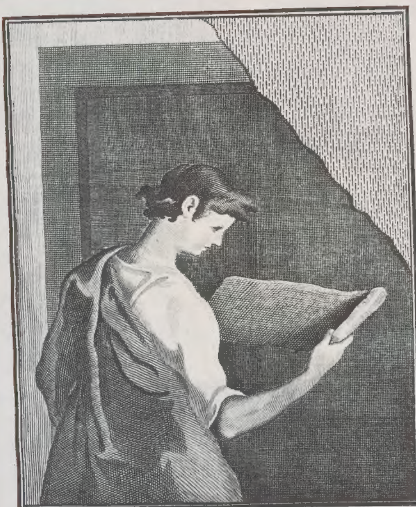
LA ILUSTRACION ARTISTICA



ILUSTRACION ARTISTICA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO V. — AÑO 1886

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1886

INDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL QUINTO TOMO DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL QUINTO TOMO DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

SUPLEMENTOS ARTÍSTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCIÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 4 DE ENERO DE 1886 — Num. 210

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DOÑA JUANA LA LOCA, copia de una acuarela de Pradilla, grabada por Weber

SUMARIO

NUESTRO CRITERIO

La importancia que en cuatro años de publicación ha adquirido la ILUSTRACION ARTISTICA, la confianza que el público la dispensa, el lugar que ocupa, no el más humilde por cierto, entre los periódicos análogos de Europa y de América, nos obligan á hacer profesión de fe; esa profesión que, alardeada en nuestro primer número, hubiera podido calificarse de inmodestia, y que callada al cabo de cuatro años, podría ser apreciada como absoluta falta de principios fijos. Nada de esto, por cierto: sabemos á donde vamos y nos tenemos trazado de antemano el camino por donde nos dirigimos á nuestro objetivo; y porque queremos ser y parecer lo que somos, vamos á decir lo que sentimos y lo que pensamos.

Es el genio dón divino, y siendo tan alto su origen, debe corresponder á su abolengo, secundando, en su ancha esfera de acción, los propósitos de la divinidad. El arte es sin duda la manifestación de lo bello; pero su misión sería más que modesta y vulgar, si esa manifestación de lo bello no fuese instrumento, medio de acción para llegar á un ideal mucho más elevado. La misión, la noble misión del genio, ora revistan sus obras la forma que las da el poeta, el pintor, el estatuario ó el arquitecto, es la popularización de lo bello para excitar el sentimiento de lo bueno. Bien sea que Homero cante en épicas estrofas las hazañas de la troyana guerra; bien que Rafael nos presente el Redentor del mundo agobiado bajo el peso de la cruz; bien que Miguel Angel nos dé una idea de los sufrimientos del esclavo retorciéndose para romper sus ligaduras; bien que Gerardo de Rile trace el proyecto de la obra más grandiosa de la arquitectura ojival, para catedral de Colonia; siempre hemos de ver en la obra de arte algo superior á la simple exhibición de la forma, siempre hemos de tener en cuenta su trascendencia para calificarla de producto digno del verdadero genio.

Los pueblos no viven sencillamente de pan material: su naturaleza, su instinto, su mismo destino futuro, por cuanto es superior, le impulsan á superiores aspiraciones. Cabe que en la infancia de las naciones, ante la inminencia del peligro, ante la necesidad de una defensa continua y á todo trance, dura ley de una más dura vida; prescindan los pueblos de producir lo bello; pero aun sin darse cuenta de la causa, por lo bello se sentirán primero atraídos, más tarde vencidos ó subyugados. Así, por ejemplo, el hombre de las sociedades rudimentarias no concibe el arte, no tiene idea ni conciencia de su fuerza artística; pero encuentra placer indecible en la contemplación del mundo sideral; rinde culto á la belleza del firmamento, y tal es su inconsciente admiración por la hermosura de los astros, que los convierte en sus dioses.

No se crea, empero, que nuestro amor por lo bello en el arte nos conduzca á deducciones tan exageradas como las de aquel Areópago que declaraba inocente y pura á cierta célebre cortesana porque no podía admitir el monstruoso consorcio de un cuerpo sin defecto y de un alma sin virtud. Esas deducciones anti lógicas y anti-prácticas convertirían al pueblo en sensual adorador de la forma, y le debilitarían y estragarían como se debilitan y estragan los sultanes de Oriente en el recinto mágico de los harems imperiales. Nunca: por esto repetimos que el arte es, á nuestro juicio, la exhibición de lo bello para glorificación de lo bueno, de lo noble, de lo santo.

Esta consideración nos ha alejado, por convicción y por sistema, de las manifestaciones de lo que ha dado en llamarse *realismo*, cualquiera que sea el terreno á que se lleve. Quien no vea en el arte sino la forma externa de los objetos, quien crea que el genio, don de el cielo, le ha sido dado al hombre para rebuscar, entre la basura social, las repugnantes deformidades de la naturaleza, no es ni puede ser artista, no es digno de serlo. Donde no se echan de ver simultáneamente la belleza en la forma y la belleza en el fondo, donde no exista la belleza invisible junto á la belleza visible, podrá haber líneas elegantes, colores que deslumbren, verdad ó realidad cuanta se quiera; lo que no habrá, ciertamente, es inspiración, genio, arte.

Por otra parte, creemos que la belleza no es precisamente una cosa material, sujeta á reglas como un problema geométrico. Tras la obra del grande artista, como tras la obra del gran poeta, hay que buscar y que encontrar el mérito inmaterial, lo que pudiéramos llamar la belleza invisible de las creaciones artísticas. Así, por ejemplo, no admiramos á Tiziano en su retrato de Carlos V, como no admiramos á Rafael y á Murillo en sus Vírgenes, como no admiramos á Miguel Angel en su Moisés, porque el primero tenga gran parecido con el César; porque las *Madonas* del italiano y las *Concepciones* del español sean estéticamente irreprochables; porque el anciano del portentoso escultor sea un titán engendrado por otro titán. Muchos y muchos pintores han ejecutado retratos de fotográfico parecido, Vírgenes realmente bellas, ancianos de respetable continente; y sin embargo, el mundo se ha preocupado nada ó muy poco de su paso por la tierra. El mérito, el valor de los artistas que hemos citado, y por ende de sus obras, no está en lo que se ve, sino en lo que no se ve; está en que tras la frente de Carlos V son de leer los pensamientos del poderoso soñador de la monarquía universal; está en que las Vírgenes de Rafael y Murillo son de una belleza inmaculada, de una belleza que nada dice á los sentidos, de una belleza á la cual se busca entre los ángeles, está en que la mirada, la actitud, la expresión toda del legislador hebreo, revelan la inspiración, la resolución, el dominio sobrehumano del que rige á su pueblo, no *por la gracia de Dios*, sino por voluntad expresa de Éste. Y esa vida que trasciende á la materia inerte, ese calor que anima el helado mármol, ese lenguaje que hablan objetos mudos por su naturaleza; es la parte inmaterial de la obra de arte, es el punto de relación entre el genio y la divinidad, es lo trascendental, es lo sublime que conduce á lo imperecedero.

El llamado *realismo* del arte nunca dará estos resultados. Y no se nos arguya en nombre de la verdad, porque la verdad escueta podrá ser el objetivo del filósofo, pero nunca lo será del artista, ni del poeta. El *realismo* producirá en el arte un Courbet ó en literatura un Zola; uno y otro podrán tener adeptos, por desgracia, porque también los tienen el error y el vicio; lo que negaremos es que la escuela de semejantes profesores llegue á aclimatarse en pueblo alguno, ó que la posteridad se ocupe de sus obras, si no es para compadecer á los que tuvieron el mal gusto de hallarlas buenas.

¡Y no se deduzca que, por ser contrarios del *realismo*, lo seamos en modo alguno de la verdad; pero entendemos y queremos entender que la verdad, en la reproducción artística de un objeto, no consiste en la exactitud material de su todo y de sus partes, sino en la verdad de la concepción general, en la verdad suprema, en la verdad absoluta, tan perfecta como la naturaleza la produce por regla general y no tan repugnante como algunas veces la hace el mundo. El idealismo en el arte no implica la elucubración del artista; no es la mentira, ni siquiera la exageración de la belleza: es sencillamente ver la obra de Dios, tal como sale de la mano de Dios, y no preferirla á lo feo, cuando esta fealdad es incidental, individual, ajena por completo á la concepción de la obra, á su espíritu, á la trascendencia ó alcance que el autor se haya propuesto darla.

Amantes del arte por inclinación natural y por la íntima convicción de la influencia que ejerce en la cultura y hasta en el bienestar material de los pueblos, desearíamos, y por nuestra parte no hemos de perdonar excitaciones, que así el Estado como las corporaciones y aun los particulares que se hallan en el caso de favorecer y generalizar las obras artísticas, se preocuparan de ello hasta donde su indudable importancia lo requiere. Sensible es decirlo, pero el hecho es que en España todos servimos para quejarnos y ninguno para remediar el daño. Cuando nos lamentamos de cierta rudeza en las formas exteriores de nuestro pueblo, bueno fuera que nos preguntáramos qué cosa hemos hecho entre todos para mejor educarle, para aficionarle á lo bello, que es el camino más corto para llegar á lo culto. Las costumbres, las formas, no se imponen de real orden: la contemplación de objetos que eleven el espíritu y el ejemplo de aquellos en quienes el pueblo busca su espejo, consiguen más resultados que todas las enseñanzas reglamentadas y todas las disposiciones gubernativas.

Pues bien, en España se hace muy poco en provecho del arte: una exposición en la corte de tarde en tarde; la compra de dos ó tres lienzos por el gobierno, no siempre bien escogidos y frecuentemente mal pagados; pocas y escasamente dotadas pensiones en Roma, y el concurso de algunos particulares que adquieren cuadros de segundo y tercer orden, más por lujo que por verdadera protección al arte; no son medios suficientes para llegar á un desarrollo artístico que trascienda á las costumbres de todo un pueblo. De aquí que la gran mayoría de nuestros insignes artistas emigren de su patria, que sus más preciadas obras enriquezcan los museos públicos y colecciones particulares del extranjero, y que fuera de España se conozca mejor que entre nosotros la altura á que han elevado el arte los dignos sucesores de las gloriosas tradiciones de la escuela española.

Semejante situación, semejante ostracismo, son indignos de una nación pundonorosa como la nuestra y perjudicial para nuestro pueblo. A todos nos interesa poner un término á semejante estado de cosas, reconociendo cuán sensible es que España produzca el árbol y fuera de España se cosechen sus frutos. Más allá de la corte no hay museos; en la misma corte, la mayor parte de las obras modernas se hallan desparramadas en gabinetes de despacho y sombríos corredores de las dependencias del Estado, en donde no es lícito penetrar al público. A nuestro entender, ni es justo privar á los españoles de lo que se compra con su caudal, ni siquiera regatear á los autores de tantos lienzos notables, de aquella gloria, que entra por mucho en la excitación del genio, y que únicamente proporciona la popularización de sus obras. Hay que hacer mucho, mucho, en pro del arte y en pro del pueblo, y la ILUSTRACION se permitirá romper de vez en cuando una lanza en defensa de tan nobles y de tan caros intereses.

Elevar el pensamiento de nuestros favorecedores, trasportarlos á superiores regiones por medio de la sensación íntima que se experimenta á la vista de un producto del arte, ayudar á formar el buen gusto del pueblo, poniendo ante su vista las obras del verdadero genio, todo esto sin predilecciones y sin exclusiones de escuela; creemos sea una empresa meritoria, cuyos frutos han de comprobarse tarde ó temprano.

En este sentido la ILUSTRACION ARTISTICA, que cuenta con la valiosa y decidida colaboración de los principales artistas y escritores españoles, tiene la honra de invitar á cuantos, con el pincel ó la pluma como medio de manifestar su pensamiento, sienten lo bello como nosotros lo sentimos, y aman lo bueno como nosotros lo amamos. Unidos por los vínculos del sentimiento con cuantos tienen levantada idea de la misión de la literatura y del arte, aspiramos á su concurso para la mejor ejecución de nuestra empresa, algo presuntuosa si se quiere, pero la única que satisface nuestro criterio estético y deja en paz nuestra conciencia de hombres honrados.

NUESTROS GRABADOS

DOÑA JUANA LA LOCA, acuarela de Pradilla

Quien haya admirado el cuadro *Juana la Loca*, echará de ver en el grabado que hoy publicamos algo que le recuerde aquella célebre obra de arte, que tan alto levantó, en exposición extranjera, á la moderna escuela española. Las obras de Pradilla tienen un sello especial, un carácter propio, como lo tienen la música de Meyerbeer y los versos de Zorrilla. Esa mujer hace sentir á cuantos la contemplan, porque Pradilla ha sentido lo que ella siente; su imaginación habrá seguido sin duda el pensamiento de su protagonista, allá por los espacios imaginarios á donde se ha transportado. Por esto ha interpretado tan fielmente el estado de su ánimo.

LA ILUSTRACIÓN envía una vez más su entusiasta aplauso al ilustre artista.

APUNTES

A la manera que una persona bien educada deja su tarjeta de visita en la casa donde ha sido recibida cordialmente, así los apuntes preciosos que en este número publicamos pueden considerarse como la tarjeta artística que dejan á la ILUSTRACIÓN sus distinguidos autores. A ellos nos habíamos dirigido para que colaboraran en el presente número extraordinario; y como no á todos podíamos destinar una página, ni todos podían favorecernos de pronto con un trabajo importante; nos han remitido una muestra, un recuerdo de su ingenio, que nosotros aceptamos por lo mucho que vale y como prenda dejada en garantía de su amistad y concurso.

Por lo demás, el mérito de un artista se echa de ver en cualquier muestra, por insignificante que parezca. Contemplando esos simples apuntes, dirá cualquiera con el refrán:

— Para muestra basta un botón.

EN EL CAMPO, dibujo de V. Ambery

Sin que el asunto sencillo de este lienzo se preste á emplear grandes recursos, es innegable que contemplando la tranquilidad del sitio, considerando cuán plácidamente se debe pasar la vida en esas soledades, y tomando en cuenta que mientras esas damas pasean en pleno día, sus amigas de la ciudad se hallan bajo la influencia de treinta y seis grados á la sombra, se siente uno tentado de preguntar al autor del cuadro dónde ha copiado ese bello sitio, para dar en él tan pronto como agosto empiece su reinado.

EN LA PLAYA, cuadro de B. Giuliano

Una marina más... ¡Cuánta marina!..

Pero no todas las marinas se parecen ni valen la que hoy publicamos; no todas tienen la fuerza de luz, el horizonte, el ambiente, la colocación de los personajes, la distribución de los accesorios, tan bien entendidos como en esta obra.

El mar tiene mucha playa y el arte tiene muchos *pintadores.*

Cuando un artista se hace notable tratando un asunto manoseado, puede asegurarse que este artista no pertenece al vulgo de los que estudian el mar desde una prosaica casa de baños.

LA VIRGEN DE LOS NÁUFRAGOS cuadro de Enrique Serra

El autor de este lienzo es joven aún, y sin embargo su nombre es célebre, sus cuadros son solicitados por los inteligentes, y allá en Roma, donde se adjudican las coronas y se forman las reputaciones de los pintores de buena escuela, ha ganado en buena lid su diploma de artista y otra cosa que no deja de ser interesante, el dinero de los que se han disputado sus obras.

Pensionado por algunos particulares que presintieron su glorioso porvenir, pagó la deuda contraida con sus protectores en lo único que podía darles, en cuadros que pintó al poco tiempo de estudiar en la *Ciudad eterna.* Y por cierto que apenas pudieron apreciar sus adelantos en la *Odalisca muerta*, no fué difícil pronosticar que en breve se haría notable, no tan sólo por su factura sino por cierto exquisito sentimiento, cierta distinción natural, cierta poesía dulcísima que campean en sus lienzos.

Tales son las condiciones que avaloran el cuadro que hoy publicamos, destinado á Londres, que es el principal mercado á donde acuden aquellos que, por suerte, se hallan en el caso de comprar obras de primera fuerza. En la de Serra, véase bien, nada hay convencional, nada rebuscado: es un asunto tratado repetidas veces, pero muy pocas con la delicadeza de nuestro compatriota. Todo en este cuadro respira unción, recogimiento, verdadera fe religiosa y tranquilidad, tranquilidad en la naturaleza, tranquilidad en los corazones de esos marineros, que realmente meditan y rezan cabe el pintoresco altar de la Virgen de los Náufragos.

REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de G. Díez

No se necesita ser inteligente en pintura para comprender el mérito de este cuadro, que recuerda las mejores producciones de Holbein y de Durero. Su autor es un hombre original que se permite ser artista sin haber visitado París ni Roma; se permite más, ser profesor de la Academia cuando apenas ha sido discípulo de ella. Otra particularidad tiene Díez, y es, como Menzel y algun otro pintor de primera fuerza, desdeñar el modelo: observador profundo y dibujante consumado, entiende que el estudio constante de la naturaleza es suficiente para reproducirla, sin necesidad de copiarla de un natural, cuyas líneas podrán ser muy correctas, pero cuyo vulgar materialismo ha de conspirar forzosamente contra la inspiración del artista.

Díez tiene un estilo propio y bien definido: el cuadro que de él publicamos, si impresiona en conjunto, admira en detalle. Cada uno de sus personajes merece un aplauso: tanta verdad hay en ellos, que nos sentimos como contagiados por su alegría y quisiéramos participar de ella, por grotescas que sean las formas que reviste. Recomendamos este cuadro á nuestros favorecedores: obras tan bien acabadas no las produce muy á menudo el arte.

UN EPISODIO DE LA GUERRA DE 1813,

cuadro de Carlos Marr

Gustavo Freitag ha escrito un libro titulado *Cuadros del pasado de Alemania*, y uno de esos cuadros *escritos* por Freitag ha inspirado el cuadro pintado por Marr, artista joven aún, á quien está reservado seguramente un porvenir brillante. Sintiéndose con aliento para tratar un asunto histórico, ha tenido el buen acierto de ir á buscar este asunto en la historia de su patria, encontrándolo en un episodio de las guerras napoleónicas.

Parece ser que después de la batalla de Bauzen, llegó á la población de Bunzlau un convoy de prisioneros franceses, custodiados por una partida de cosacos; pero llegaron tan rendidos por el hambre, la fatiga y los duros tratamientos, que daba pena el verlos y verguenza no acudir en su auxilio. Esto comprendieron los humanitarios vecinos de Bunzlau; pero los cosacos, por exceso de precaución ó de crueldad, prohibieron á los adultos aproximarse á los prisioneros. Entonces aquellas buenas gentes reunieron á sus pequeños hijos y les confiaron la caritativa misión de llevar comestibles á los franceses, misión que las inocentes criaturas desempeñaron á las mil maravillas.

Esta escena representa el gran cuadro de Marr, del cual reproducimos el más importante fragmento. Todo en él está perfectamente combinado y sentido; los grupos son naturales, los personajes no pueden estar más en situación; pero las figuras más notables y simpáticas son las de los niños, todas variadas y todas á cual más correcta y expresiva. El autor se ha poseído íntimamente del asunto y, como si quisiera tener coparticipación en la noble conducta de sus compatriotas, ha asociado á ella su pincel de artista, que es una de las maneras más seguras de trasmitirla á la posteridad, entre los aplausos de los admiradores de la virtud y de los entusiastas por el arte.



LAGUNAS DE VENECIA, de J. M. Marqués

VIAJE Á POLONIA DURANTE EL INVIERNO, cuadro de Vierniz-Kowalski

A poco que la vista se fije en este cuadro, la impresión que causa es de tal naturaleza, que parece como que sintamos algo del frío, de la desolación, de la tristeza que en él campea. Es la estación rigurosa del Norte; la nieve lo ha cubierto todo, lo ha sepultado todo: alguna que otra rama que sobresale, es indicio de que ha existido vegetación en esos sitios; bien así como la aparición de un cadáver mal enterrado revela que el campo solitario ha sido teatro de alguna gran batalla. La noche se avecina, la noche que hace más audaz al lobo hambriento: uno de los viajeros parece prepararse contra la agresión de una de esas fieras; el conductor del trineo azota los caballos; vuelan éstos cual se vuela al huir de un peligro, y en el fondo el cielo pavoroso, negro, apenas transparente en el punto donde se abre paso un sol sin calor, contrasta con esa tierra monótonamente blanca, de ese blanco horrible de las mortajas y de las losas de los sepulcros.

Hay en este cuadro vida, movimiento, verdad expresada con valentía y una facilidad en vencer dificultades de ejecución propia solamente de los verdaderos maestros. Por de contado que el autor ha hecho ese viaje, ha visto ese cielo, ha comido sobre esa nieve. Una naturaleza de esta índole ni se adivina ni se inventa.

LA SORPRESA, cuadro de Tusquets

Cuanto más dura es la vida, mayor necesidad de expansión siente el alma, y especialmente el alma de la mujer, criatura venida al mundo para amar y ser amada. La antigua castellana, prisionera, más que señora, en la mansión feudal de su esposo, rodeada de gentes rudas á quienes todo se les iba en hablar de guerras ó de caza; si por acaso llegaba á sentir una pasión correspondida, debía arriesgarlo todo en un trance decisivo, imprudente y á menudo criminal.

La dama de nuestro cuadro intenta salir furtivamente del castillo, cuando se siente bruscamente retenida por la mano ruda, grosera, vigorosa, de un hombre, su marido tal vez, corchete en aquel instante, juez más tarde, en breve quizás verdugo.

Tiene la obra de Tusquets condiciones relevantes que demuestran hasta qué punto concibe y ejecuta un asunto de verdadero aliento. La parte viva podríamos decir que se halla bien preparada por la decoración del lugar en que se realiza. Sombrío el castillo del primer término, sombrío el cielo, sombrío el horizonte, dan á la dramática escena una entonación, un carácter perfectamente en armonía con el asunto. El semblante, la actitud, la crispatura de la dama, expresan de perfecta manera el terror súbito que se ha apoderado de ella; al paso que la figura toda del caballero, la fuerza con que ase á la fugitiva, la violencia con que la arrastra al interior del castillo, demuestran hasta qué punto la explosión de los celos mueve su ánimo á la venganza.

La sorpresa se ve, se presencia, digámoslo así; la catástrofe se presiente. Lo que no se ve, pero se adivina por el examen de los personajes, es lo que constituye quizás el mayor mérito del cuadro.

FACSIMILE DE UN ESTUDIO DE RAFAEL

Las obras del inmortal pintor de Urbino tienen un valor inapreciable para el arte, y aquellas son más deseadas de cuantos lo cultivan ó aman siquiera, que dan más aproximada idea del original. Este es el mérito del *facsímil* que publicamos, reproducción fidelísima de un estudio del gran maestro.

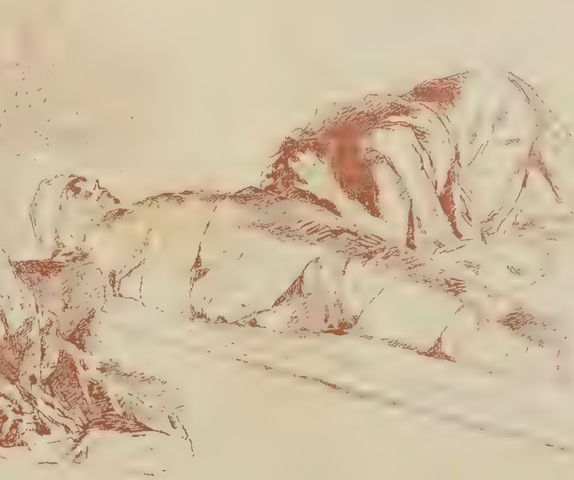
Lo compuso Rafael para aprovecharlo en su cuadro *La degollación de los inocentes*, que dibujó para ser grabado por el célebre profesor Marco Antonio; mas por correcta que sea esa figura, como no podía menos de serlo procediendo de tal autor, es lo cierto que en la composición definitiva del cuadro solamente aprovechó la cabeza y parte de la espalda de ese estudio preliminar, cuyo original posee el duque de Devonshire.

DOS CAMAFEOS ROMANOS

I

El nuevo emperador Galba había subido al Imperio por el camino de una sublevación militar; camino sembrado de espinas donde sólo podía encontrar males, ó cuando menos zozobras. Galba había soñado con el Imperio porque los magos antiguos le profetizaron tan alta dignidad, pero su pureza era parte á matar estos ambiciosos pensamientos; rico, no codiciaba la hacienda ajena, aunque conservaba con avaricia la propia; noble, tenía el orgullo de los patricios unido al recuerdo de sus antiguos privilegios; viejo, conservaba en el pecho la imagen viva de la República; gobernador de extrañas provincias, no las oprimía, pero las castigaba duramente; arreglado en su vivir, económico, hubiera sido tal vez buen padre de familia; pero el cielo le había negado hijos; más sin vicios que con virtudes, como dice admirablemente Tácito; jurisconsulto entendido antes en las particularidades minuciosas del derecho que en sus grandes y universales principios; celoso en demasía por la justicia social, pues á un mercader usurero le cortó las manos y las clavó en su tienda, y á un tutor que había matado á su pupilo le hizo morir en una cruz; débil hasta el punto de abandonar el Imperio á sus libertos y favoritos; incapaz de hacer daño, pero consintiendo que lo hicieran otros en su nombre; con intentos de restaurar la antigua disciplina, pero sin fuerzas para cumplir sus intentos; nacido para otra República menos turbulenta y gastada, Galba hubiera muerto querido y llorado, hubiera tenido sobre su tumba la corona de Emperador, y en su nombre vinculadas muchas esperanzas; hubiera sido por universal consentimiento, juzgado digno de dominar el mundo, si conociendo que su debilidad no era propia de época tan tormentosa ni su severidad bastante á curar corazones tan corrompidos, hubiera renunciado al Imperio.

Galba debía levantar contra sí muchas pasiones. El pueblo estaba acostumbrado á Césares enemigos de la aristocracia, de los patricios; gustaba de la apostura, de la gracia y hasta de la insolencia de Nerón; recordaba con amor las fiestas, los juegos, los banquetes, el circo siempre abierto, el teatro entoldado de púrpura, cubierto de polvos de oro y minio; veía con entusiasmo cómo Nerón dispendiaba sus caudales cuando iba coronado de flores, envuelto en rozagante seda, en su carro de marfil, los inspirados ojos en el cielo, y la agitada mano en las áureas cuerdas de la lira; recordaba lastimosamente que Nerón era el protector de los pobres, de los marineros, de los atletas, de los gladiadores, de los farsantes, hasta de los esclavos, en una palabra, de todos los seres degradados y envilecidos en la antigua sociedad; y un pueblo acostumbrado á todo esto, no podía ver con buenos ojos á un soldado, enfermo, gotoso, inmóvil, viejo, con un puñal siempre en el cinto, vestido austeramente, nada acostumbrado al circo ni dispuesto á juegos y fiestas y teatros; menospreciador de la plebe, amigo de los aristócratas, avaro que daba con desprecio unos cuantos sestercios á un flautista, que revocaba donaciones de Nerón, que comía lentejas, que se servía con platos de barro, que mataba á los marineros despiadadamente, que no arrojaba ni un óbolo á los soldados, que había venido á oscurecer, ¿qué digo oscurecer? á matar, la báquica alegría de Roma.



LA FARSA DE LOS LLORONES, estudio para un cuadro, dibujo á la pluma original de Antonio Fabrés

La entrada en Roma de este hombre había sido ya funesta. Alguna gente principal había pagado sus conjuraciones con la vida; casos sentidos, más que por la desgracia de los finados, por el desprecio que acusaban en el Emperador hacia las antiguas prácticas de los tribunales romanos. Unos marineros muy halagados por Nerón, que le acompañaban en sus festejos, en sus expediciones por el mar Tirreno, en sus viajes á Grecia, salieron al encuentro de Galba á pedirle el cumplimiento de promesas neronianas y fueron impíamente acuchillados en el camino, con lo cual puede asegurarse que entró ya salpicado de sangre y por lo mismo cubierto de maldiciones en la Ciudad Eterna. Los libertos y amigos más íntimos de Nerón, los que verdaderamente le perdieron y arrojaron aquella alma nacida para más altos destinos en el cieno, fueron decapitados; pero se salvó con gran disgusto de Roma, el más criminal y el más aborrecido, Tigelino. La vajilla propia de Galba era de barro, mas así que pudo gastar vajilla ajena, la gastó de oro, lo cual daba margen á que el pueblo le cantara sátiras en el teatro ridiculizando esta mezcla informe de esplendidez y de avaricia. El derecho de ciudadanía era muy regateado por Galba, que á fuer de buen patricio no quería extender mucho el recinto de la ciudad, mas le dió de grado á los galos, no sabemos si por lucro ó por agradecimiento. Llevado de una severidad que rayaba en cruel, revocó todas las donaciones que en oro, en alhajas, en prendas de toda clase había hecho Nerón en su afán de prodigar y malversar los caudales públicos; medida que llevó la confusión al seno de los pueblos, pues la gente que las había recibido, gente de poco dinero, las había enajenado, y los compradores reclamaban con justo título la pertenencia de estas alhajas, la legitimidad de estos dones.

Lo que principalmente perdía á Galba eran sus favoritos, gente de mal vivir y de pésimas condiciones. Muchos le rodeaban y todos bajo su amparo querían explotar á Roma. Era el principal Tito Vinnio, avaro, sensual, materialista, hombre que había llevado sus liviandades hasta profanar la esposa de su capitán en el sagrado recinto del campamento, y su deseo de allegar riquezas y dinero hasta robar una copa de plata en un festín del emperador Claudio. Un ladrón, un usurero, un hombre de mal vivir, escándalo de Roma, afrenta de la sociedad, que vendía todo linaje de mercedes, que se aprovechaba de su privanza para lucrarse, era un peligro permanente para Galba. El escándalo fué tan grande que Tigelino, odiado de todas las clases, se valió de la muerte por haber comprado su vida al favorito del César, al ligero y corrompido Tito Vinnio. Al frente de éste se levantaba Lacón, prefecto del pretorio, envidioso, orgullosísimo, enemigo de todos los amigos de Galba, descuidado, perezoso, y de una arrogancia tal, que humillaba á la gente más ilustre, y de un amor propio tan desmedido, que creía despreciable y baladí toda idea que no fuese de su mente, y toda obra que no saliera de sus manos. Al lado de estos hombres se encontraba también Icelo, para quien la privanza del Emperador era como una gran mercancía y el palacio de los Césares un gran mercado. Y lo mismo acontecía á todos los esclavos, á todos los libertos, á todos los amigos, á todos los domésticos de Galba, que vendían por oro los gobiernos de las provincias, las grandes magistraturas, la vida de los criminales y hasta la verdad y la justicia.



EN EL CAMPO, dibujo de V. Ambery

Y esto era más de extrañar tratándose de un emperador como Galba, que se distinguía por su avaricia; que habiendo recibido una corona de oro en regalo, la hizo fundir para ver si tenía en realidad el oro que le habían dicho, é hizo añadir á los que se la habían regalado dos onzas que faltaban; que licenció la cohorte germánica fidelísima por ahorrarse dinero; que suspiraba profundamente siempre que veía bien servida su mesa; que por toda recompensa regalaba un plato de legumbres á los más fieles y antiguos servidores de su casa; que no quería pagar á las tropas de Roma la sublevación, porque decía que él había conquistado, pero no había comprado el Imperio. Las larguezas de sus esclavos le perdieron en el juicio de los nobles y senadores y la propia avaricia le perdió en el ánimo de los soldados y de los plebeyos. Sus favoritos eran más dilapidadores con menos fausto y menos arte. El ejército esperaba en vano la paga prometida por haber consentido que Galba se elevara al trono del mundo. Los soldados que habían gozado grandes preeminencias bajo Nerón, que habían elevado en sus hombros al trono á Claudio, que participaban del general contento y de los universales festejos en aquella Roma tan alegre, incitados por el deseo de allegar oro habían levantado del polvo la púrpura imperial, y la habían puesto en los hombros de Galba, y cuando esperaban oro, honras, consideraciones, se hallaban despreciados, sin paga, sin el cumplimiento de ninguna de las promesas, tenidos en poco, obligados á levantarse en armas contra un Emperador avaro é ingrato, que sólo se curaba de su propio medro y que había dejado el timón del mundo en manos de infames esclavos y audaces y corrompidos libertos. La esperanza de la paga les contenía alguna que otra vez en sus conjuraciones para sublevarse contra Galba; pero al ver burlados sus deseos, engañadas sus ilusiones, tascaban difícilmente el freno, que no hay cosa más dolorosa que ver convertidas



EN LA PLAYA, cuadro de B. Giuliano, grabado por R. Bong



LA VIRGEN DE LOS NÁUFRAGOS, cuadro de Enrique Serra

en falsías y engaños esperanzas acariciadas por la imaginación como prontas á convertirse en realidad. Así es que en una ocasión, como al ofrecer en los juegos un sacrificio á los dioses dijese el sacerdote la fórmula de: «Orad porque los dioses concedan salud al Emperador,» los soldados murmuraron en voz baja: «Así es de los favores de los dioses digno» palabras que eran un desacato á su autoridad, una amenaza á su poder. Y estos desacatos eran cometidos también por un pueblo que en el circo consagraba al Emperador, no votos solemnes, sino canciones satíricas en que se burlaba de aquella su desmedida avaricia. El Emperador así abandonado de todos, estaba en realidad herido de muerte.

EMILIO CASTELAR

(Continuará)

UNA PAGINA PARA LA HISTORIA DEL MUSEO DEL PRADO DE MADRID (1823 á 1826)

Apenas repuesto de su sangrienta lucha con la Francia de Napoleón, había entrado nuestro desgraciado país en el interminable y triste período de las discordias políticas, cerniéndose sobre el majestuoso frontón del templo del arte el adverso *fatum* que revuelve en perpetuo contraste los éxtasis estéticos y las desventuras de todo género en que los españoles vivimos. *Realistas* y *constitucionales* se habían encargado de la malhadada misión de perturbar doquiera el público sosiego: el gobierno con sus desaciertos desde el año mismo en que recuperaba Fernando el trono, y simultáneamente, Mina en Pamplona, Porlier en la Coruña en 1815, Richard en Madrid en 1816, Lacy en Barcelona en 1817, Vidal en Valencia en 1818, y Riego en las Cabezas de San Juan en 1820.

Triunfando los constitucionales, el partido liberal dividido en fracciones, con los sucesos del 6 al 7 de setiembre de 1820, del café de la *Fontana de oro* en 1821, del cura de Tamajón en este mismo año, y con el giro que bajo su dirección tomaron las sociedades patrióticas y la prensa, por ley de reacción natural, dió origen á la insurrección del cuerpo de Guardias, á la formación del absurdo partido de los *serviles*, al motín de la corte de 30 de junio de 1822, á la insubordinación de la Guardia Española y al asesinato de Landáburu; y sucesivamente á otros hechos de mayor entidad, como la deplorable jornada del 7 de julio, los justos recelos de las potencias del Norte, las famosas *bases* de Viena, el Congreso de Verona, el vergonzoso anuncio de la ocupación de nuestro país por el ejército francés al mando del duque de Angulema, encargado de reintegrar á Fernando VII en la plenitud de sus derechos, ante la actitud amenazadora de mas de media España levantada en armas.

En este momento crítico, cuando al abrirse en 1.° de marzo del referido año 23 las cortes ordinarias de la nación, vió ésta con estupor que se trataba de abandonar la capital decretando la traslación del Gobierno á Sevilla, el príncipe de Anglona, *director gubernativo* del Museo desde el año anterior en reemplazo del marqués de Santa Cruz, que de director primero del reciente instituto había pasado á mayordomo mayor de Palacio, con celo digno de todo elogio, trató de poner á salvo de lamentables eventualidades la riqueza confiada á su custodia; y antes de que tuviera efecto aquella vergonzosa huída, en 7 del propio mes de marzo, dirigió á la mayordomía un oficio apremiante y razonado, reclamando fondos con que atender á la conservación y amparo del vasto edificio del Museo y de las preciosidades en él depositadas para el caso posible de una guerra.



UN PATIO EN VENECIA, dibujo de Leopoldo Roca



REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de Guillermo Díez.

Ignoro si produjeron resultado sus gestiones: la historia nos cuenta que lejos de trabarse la lucha con el ejército de Angulema en su marcha semi triunfal sobre Madrid, sólo interrumpida por la descabellada intentona de Bessières que quiso sobrepujarle en celo por la causa *realista*, los franceses fueron perfectamente recibidos en la capital de España, y hasta agasajados por la plebe; y que de consiguiente el Museo del Prado no sufrió el menor daño. Los percances quedaban reservados para los motejados de *liberales*, en quienes se cebó el odio del populacho que se preciaba de *servil*.

En octubre de este año 23 se hallaba el Museo sin dirección gubernativa. El príncipe de Anglona, perseguido como liberal, había tenido que ausentarse de Madrid; y en esta crítica situación, el director facultativo don Vicente López, y el conserje don Luis Eusebi, no teniendo recursos pecuniarios con que hacer frente á los considerables gastos de un establecimiento donde el monarca, con propósito verdaderamente magnánimo, había ordenado obras de mucha importancia, oficiaron á mayordomía mayor solicitando auxilios. Juzgábanse estos tanto más necesarios por cuanto la entrada del público en el Museo, limitada al principio á un solo día de cada semana, se había hecho extensiva en este año 1823 á dos días; con lo cual había crecido la urgencia de lo que se llamaba entonces la *restauración* de loscuadros, que en realidad no era sino su ruina. Afortunadamente la petición no dió resultado, ó lo dió muy mezquino, y por entonces la funesta obra de *devastación* por medio de corrosivos y de repintes al óleo, quedó en cierto modo paralizada.

Nos encontramos al año siguiente —1824—director gubernativo del Museo al almirante marqués de Ariza y Estepa, en reemplazo del príncipe de Anglona. El único acto suyo que hallo consignado es una petición á la mayordomía mayor (fecha 11 de junio) solicitando se mande satisfacer el coste del catálogo de los cuadros de la dependencia, impreso en idioma francés para uso de los aficionados que habían venido á Madrid con el duque de Angulema, príncipe de Carignan, en mayo del año anterior: galantería desusada, con dejo de adulación. El catálogo era obra del referido conserje don Luis Eusebi, pintor italiano no del todo falto de mérito y muy familiarizado con las diferentes escuelas artísticas en la medida de los conocimientos de aquel tiempo, y con la crítica propia del mismo. Comprendía cuadros de las escuelas italiana, española, alemana y francesa, únicos expuestos á la sazón al público, porque no habiendo podido por falta de fondos atender á la *restauración* de los flamencos y holandeses, éstos por aquella feliz inopia habían escapado de la obra destructora de los *restauradores*.—No sé por qué causa dejó el marqués de Ariza la dirección gubernativa en 1825: sustituyóle interinamente en ella el pintor don Vicente López, el cual en marzo de 1826 continuaba aún como *director habilitado*. En mayo de este mismo año fué nombrado director el duque de Híjar, y este prócer, en quien casi suplían la falta de inteligencia un grande amor al arte y un celo verdaderamente ejemplar, estaba llamado á realizar importantes mejoras. También, á decir verdad, favorecía ya al Museo el público reposo que se iba consolidando en la monarquía, libre por entonces de agitadores utopistas.



ESTUDIO, croquis á la pluma de A. Neuville

Después de atender á la parte económica, en la cual se comprenden las medidas tomadas para que tuviesen en invierno el temple conveniente las nuevas salas que se iban habilitando, se consagró el duque de Híjar al aumento de la riqueza pictórica que en estas había de colocarse, y en 22 de julio dirigió á la mayordomía mayor de Palacio el siguiente oficio (1):—«Hallándose en los Reales Palacios de Madrid y demás Sitios Reales, así como en la Zarzuela, en la Quinta y otras posesiones de S. M., infinitos cuadros que por su singular mérito deben reconocerse y conducirse al Real Museo de pinturas para formar las excelentes colecciones de las Escuelas española, italiana y flamenca, según me lo tiene prevenido S. M., se hace preciso el que V. S. se sirva comunicar las órdenes convenientes á los Conserjes ó encargados de ellos, para que permitan á don Juan Antonio Ribera, pintor de Cámara, y á don Luis Eusebi, conserje del expresado Real Museo, comisionados por mí para esta operación, el reconocimiento y elección de los que les parezcan más dignos para los objetos indicados, disponiendo asimismo el que por la Veeduría general de la Real Casa se facilite el carruaje necesario para los dos comisionados y para el primer escultor de Cámara don José Alvarez, que debe concurrir en unión con los anteriores, para examinar por su parte las estatuas y demás objetos de su arte que por su belleza sea justo sacar de los sótanos y otros puntos en que se hallan custodiados, que *según tengo entendido, son algunos del mejor gusto y delicado trabajo, sin que hasta ahora se sepa el verdadero mérito de unas obras de tanta estimación y aprecio*. Y para que estas operaciones se verifiquen con el orden y formalidad convenientes, me parece muy oportuno el que quede nota circunstanciada en la Veeduría general de la Real Casa, de todas las entregas que se hagan, pues de este modo se logrará el asegurar la propiedad de S. M. Dios guarde etc (2).»—Contestó el secretario de la Mayordomía en 8 de agosto, participándole haber resuelto S. M. que los conserjes y encargados de los Palacios y sitios Reales permitiesen á los referidos

(1) Hablaba en este oficio con el secretario de la Mayordomía don Francisco Blasco.

(2) Arch. de Palacio. Fernando VII, *Cámara*. - Leg. 3.°



UN EPISODIO DE LA GUERRA DE 1813, fragmento de un cuadro de Carlos Marr



VIAJE A POLONIA DURANTE EL INVIERNO, cuadro de Wierusz-Kowalski



LA SORPRESA, cuadro de Tusquets



UN MODELO, dibujo de Llovera

comisionados desempeñar su encargo; que la Veeduría les facilitase coches para hacer sus viajes, y que se pasase á S. M. nota de los efectos elegidos, para que, recayendo la Real aprobación, pudieran ser baja en los inventarios respectivos.

Comunicada esta resolución á los profesores Ribera, Alvarez y Eusebi, se procedió á instruir el oportuno expediente: dictáronse órdenes, facilitáronse fondos en 7 de setiembre; y en 7 de octubre manifiestan los comisionados á la Dirección del Museo que su encargo queda cumplido en todos los sitios Reales, exceptuados sólo la Moncloa y el Real Palacio de Madrid, donde se proponían continuar en breve sus tareas. Como testimonio de su dicho, remitió Eusebi al Duque de Híjar, en nombre de la Comisión, en 12 de octubre, el resultado de la elección que habían hecho, que eran las listas formadas en Aranjuez, el Pardo, la Zarzuela, la Quinta del Duque del Arco y San Ildefonso, completadas de allí á pocos días con las de la Moncloa y Palacio de Madrid. Más de 250 obras selectas, de pintores españoles, italianos, y principalmente flamencos y holandeses, iban á ingresar en los salones del Museo del Prado, y temeroso Eusebi de que este torrente de joyas le cayera encima de golpe, sin dejarle tiempo para destinar á aquellas preciosidades cómoda colocación, concluía su oficio con este textual gringo (no me propongo al trascribirlo al pie de la letra, ofender su honrosa memoria: ya dije que el celoso y entendido conserje don Luis Eusebi, pintor de Cámara *honorario*, era italiano): «V. E. me perdonará si le pido licencia para hacerle una observación en el supuesto que V. E. hará lo que sea de su agrado. Esto es, que como en la elección no resulta que tres ó cuatro cuadros insignificantes, menos que la Concepcion de



APUNTE PARA UN CUADRO, de J. Luis Pellicer

Murillo, de escuela española é italiana, como V. E. observará se reduce hacerle presente, primero, la estación adelantada, romperá el mal tiempo, cuando la conducción, los cuadros estarán expuestos. Segundo, que el local para la colocación de la escuela flamenca, no estará habilitado en mucho tiempo; y por último suplico á V. E. que hasta concluída la colocación de los cuadros de la escuela española é italiana en los salones que están corrientes, no recargarme con otra cantidad de 247 cuadros, porque además que no hay local donde ponerlos, sin entorpecer las operaciones de la distribución y colocación urgente, me distraería y se retardaría la abertura *(sic)* del Real Museo; pero repito estoy siempre pronto á cuanto V. E. guste mandarme. Dios guarde á V. E. muchos años. Real Museo 12 de octubre de 1826. Su más humilde S. S. Q. B. las manos de V. E.—*Luis Eusebi.*»

Por su parte la Dirección del establecimiento en 13 de noviembre ofició á Mayordomía remitiendo las listas originales de los cuadros, estatuas y demás objetos elegidos y manifestando, á fin de que la conducción de estos pudiera hacerse con el acierto y la puntualidad convenientes, el deseo de que se dignase el Rey resolver en vista de ellos lo que fuera de su agrado. Proponía el Duque de Híjar que antes de verificarse la traslación de los objetos, se pusiese nota de ellos en los Inventarios generales y en los particulares de cada Palacio. La Mayordomía mayor propuso á su vez á S. M. que pasasen las listas de la Veeduría para el referido objeto de consignar las bajas en los Inventarios, devolviéndoselas después á los comisionados para que por ellas hiciesen las traslaciones de los objetos; y el Rey, á los cinco días de recibido el oficio del Duque, en 18 del expresado mes, resolvió con la nota de la Mayordomía, pero mandando se tuviera entendido que era su voluntad no se sacase nada ni de la casa llamada del *Príncipe*, en el Escorial, ni de la del *Labrador*, de Aranjuez. Por los traslados que de esta Real resolucion se dieron á los conserjes de los Palacios de Aranjuez y San Lorenzo, y al comisionado del difunto Rey padre, don Lorenzo Martínez de Viérgol, sospecho que Fernando VII se propuso no disponer, ni de los cuadros que Carlos IV había reclamado como suyos, ni de los que había en la llamada *Casita del Príncipe* del Escorial, por circunstancias que debo recordar. Cuando empezaba á agitarse el pensamiento de crear el Real Museo de Madrid, por los años 1816, el Rey padre D. Carlos IV estaba formando en su palacio de San Alejo de Roma una, aunque pequeña, selecta Pinacoteca, que dirigían don José de Madrazo y don Juan Ribera; y entonces comisionó á Martínez de Viérgol, vecino de Madrid, para que reclamase varios cuadros de los palacios de esta corte y de Aranjuez que le pertenecían privadamente y no quería ver confundidos con los de la Corona; pero estos cuadros no fueron entregados, sino que por decreto autógrafo de 14 de agosto de dicho año 1816 «*S. M. se reservó la resolución de este expediente.*» Por otra parte, el pequeño palacio de la *Casita del Príncipe*, del Escorial, había sido construído y alhajado á expensas del mismo Carlos IV siendo príncipe de Asturias. Desde aquella época, en efecto, el primogénito de Carlos III, no pudiendo por respeto á su padre entregarse á su diversión favorita de las corridas de toros, había manifestado verdadero empeño de acumular bellezas artísticas en su casino del Escorial, y allí depositó cuadros originales de gran mérito y considerable valor, relieves y entalles de marfil de mucho precio, y obras excelentes de cerámica, producto de la *fábrica de la China* del Buen Retiro. A estos cuadros, y á los de la *Casa del Labrador* de Aranjuez, no se tocó jamás en vida de Fernando VII: no habían formado parte del cuerpo de bienes de la testamentaría de Carlos IV, debiendo haber entrado en él, y acaso por esta misma razón formó escrúpulo de disponer de ellos mandándolos al Museo. Los ya reunidos en esta gran Pinacoteca del Prado ofrecían materia abundante para la contemplación y el estudio de las más espléndidas creaciones estéticas del humano ingenio en la época más floreciente del arte.

PEDRO DE MADRAZO

EL ÚLTIMO NIÑO DE ECIJA

(RASGO HISTÓRICO)

I

No hay duda de que ha degenerado la respetable clase de bandidos de á caballo, aunque haya progresado la de á pie. De el Bizco del Borjes y Melgares, á Diego Corrientes, José María y Ojitos, hay gran distancia; la historia del latrocinio *campeante* sólo cuenta en su última etapa figuras de segundo orden como los Juanillones y Pachecos: el postrer representante *de la edad clásica*, Juan Caballero, murió hace poco en Estepa hecho lo que se llama *un buen hombre.*

En vano la nueva clase de ladrones de pacotilla, cuyos modelos son Cartouche y Candelas, quieren buscar los roeles y calderas *de su escudo* en Juan de Meung, el célebre trovador que legó á los dominicos de San Jacques para pago de su entierro un cofre de piedras preciosas que luego resultaron pizarras, ó en el Cid, que empeñó á los judíos cajas llenas de arena, tomando por ellas buenos puñados de oro; sus esfuerzos han resultado inútiles; el timo no es popular: José María, Diego Corrientes y Ojitos fueron al drama y al romance, pero los ladronzuelos de nuestra época no pasarán á la posteridad; son sencillamente industriales.

Los que hoy parodian, en Málaga y la Serranía de Ronda, los atrevimientos y empresas de los célebres Niños de Ecija, también son actores de menor cuantía. Han pasado ya los tiempos de las fechorías andantescas, y cuando el ladrón Pacheco quiso seguir en Córdoba la senda de aquellos *briganes* que más de una vez fueron héroes durante la invasión francesa, cayó atravesado por una bala á los pies del general Caballero de Rodas.

Pertenecen, pues, á la tradición, y por eso voy á relatar uno de los episodios de la vida íntima de estas gentes *non sanctas*, recogido de labios de un anciano labriego, y que tiene, á mi juicio, gran originalidad histórica.

II

Desde el principio de la invasión francesa en España, por los años de 1808 á 1809, recorrían la campiña de Ecija, importante ciudad de la provincia de Sevilla y cuya fertilidad y riquezas fueron siempre proverbiales, varios grupos de bandidos de á pie y á caballo, unos hijos de dicha ciudad y otros escapados de las aldeas y pueblecillos circunvecinos. La insignificante persecución que se les hacía, la situación topográfica de Ecija, inmediata á los ríos Genil y Guadalquivir, vadeables por varios puntos la mayor parte del año, y la proximidad de Sierra Morena, eran motivo suficiente para que estos merodeadores hubieran escogido su término por campo de batalla, pernoctando en él con seguridad extrema.

Ocupada en 1810 en su mayor parte la Andalucía baja y habiéndose acantonado en la referida ciudad fuerzas considerables de infantería y caballería francesas, propusiéronse limpiar de *briganes* el territorio y dedicaron á su persecución varias compañías montadas, las cuales cogieron muchos, que fueron fusilados á las veinticuatro horas y colgados hechos cuartos, algún tiempo después, de la llamada *Masa del Rey*, rollo de piedra coronado por el escudo de España que se levantaba á orillas del Genil en las afueras de la antigua colonia astigitana.



ESTUDIO Á LA PLUMA, de J. Luis Pellicer

Tal medida dió por resultado la extinción total de varias partidas, escapando sólo aquellas que poseían mejores caballos y armamentos y eran más conocedoras de los escondrijos y senderos que conducían á la sierra.

Entre los restos de estos briganes ó *brigantes*, se contaban los célebres Niños de Ecija, á los cuales se ha considerado por algunos como héroes, por suponer que dieron verdaderas batallas campales á los destacamentos franceses y ayudaron, de algún modo, á la gran epopeya de la independencia española.

Mi difunto amigo el diligente historiador Garay, no es de esta opinión y afirma que *Los Niños de Ecija* no fueron otra cosa que malhechores más ó menos atrevidos, que organizados de un modo particular pudieron escapar por algún tiempo á la justicia del *Rollo*. Si estaban ó no confabulados contra los franceses; si, como se afirma, entre la gente de pluma de Ecija y los citados pájaros del camino real, había secretas inteligencias, cosa es que hasta ahora no ha salido á la superficie; lo que sí puede asegurarse es que ellos respetaron muchas veces á los viajeros ecijanos.

Lo que distinguía principalmente á estos bandidos era su inalterable número y su notable disciplina. Eran siete con el capitán, y cuando uno de ellos moría ó caía en manos de los antecesores del heroico cuerpo creado en 1844, cubríase instantáneamente la plaza y volvía á completarse el número, acaso simbólico, de la cuadrilla.

Los siete Niños, que se asemejaban un tanto á los que acomodó á sus fantasías novelescas Fernández y González, solían entrar y salir en Ecija y en los pueblos cercanos con mucha frecuencia, y más de una vez se vieron en la plaza pública, á caballo, y como en casa propia, sin que los hostilizaran las autoridades. Sus fechorías se trasfor-

maban en verdaderos golpes de mano y tenían en la región andaluza inusitada resonancia.

El episodio que voy á referir y en cuyo relato seguiré estrictamente la tradición oral, que considero histórica, pinta de modo notable el carácter de aquellos hombres, y revela algo de las intimidades de sus existencias algarivas y ambiciosas, que se encenagaban en el crimen por un ducado y solían dar generosamente como San Martín media capa al pobre en determinadas ocasiones.

III

Cierta mañana, los habitantes de la ciudad del Genil, reunidos en el mentidero de la plaza Mayor, comentaban acaloradamente el acontecimiento extraordinario del día.

Los Niños de Ecija habían llevado á cabo, dos noches antes, uno de esos hechos que asombran, que no serían hoy concebibles. El corro de curiosos, que era por demás heterogéneo, puesto que se componía de rapabarbas, ministriles, braceros y hermanos de ánimas, hacía aspavientos y admiraciones. Un lego francisco del convento de enfrente, relataba *el asunto con pelos y señales* y ponderaba el valor y sagacidad de Ojitos, guapo mozo capitán de los Niños, á la sazón, del que se contaban maravillas y heroicidades.

Tratábase del robo de un rico presente enviado por el Sr. Goyeneche, gobernador de la Habana, á S. M. el rey D. Fernando VII. A pesar de la fuerte escolta que llevaba el convoy, los Niños se habían dado tan buenas trazas, en uno de los descansos del camino real, que sin sufrir la pérdida de un solo hombre, lograron apoderarse de los cajones y balijas. Ocho poderosas mulas, cargadas de preciosidades artísticas y objetos de plata y oro pasaron á poder de Ojitos y sus compañeros, desapareciendo, como por encanto, en las cercanías de la Luisiana. El botín ascendía, según el decir de los bien informados, á muchos miles de pesos fuertes.

Departíase en el corro acerca del modo, hasta cierto punto inverosímil, como los siete bandidos habían logrado realizar tan importante golpe de mano, cuando el ruido ronco de un tambor y un numeroso grupo de gente armada que asomó por uno de los costados de aquella plaza aportalada y de monumental aspecto, vino á diseminar á los habladores, y á poner en conmoción á los que en el corro se hallaban.



FACSÍMILE DE UN ESTUDIO DE RAFAEL

Como el turbión y el redoblar de cajas avanzaba hacia las Casas Capitulares, lego, ministriles y hermanos de ánimas, se dirigieron allá, engrosando las filas de verduleras y chicuelos que se habían escalonado al paso.

Lo que vieron les horrorizó. Entre un grupo de migueletes, sostenido por los brazos penosamente, iba un hombre como de treinta ó cuarenta años; alto, fornido, simpático, con patilla al uso de la tierra; vestido con traje corto, es decir, con calzón de punto, marsellés, faja bordada, botín pespunteado y sombrero de catite. Tras él, atravesados en cuatro pacientes asnos, se veían cuatro cuerpos muertos. El hombre vivo adelantaba con dificultad y parecía experimentar al menor movimiento terribles dolores; los cadáveres, acomodados en sendas cabalgaduras, mostraban sus rígidas extremidades por los remates de los lienzos que los cubrían y se bamboleaban al tardo paso de las bestias. El lego franciscano y los ministriles y rapabarbas, no tuvieron que preguntar lo que significaba aquel extraño cortejo.

El preso, que maniatado y pálido como la muerte abría la marcha, casi arrastrándose, era el celebrado y simpático capitán Ojitos; los cuatro hombres muertos no podían ser otros que bandidos compañeros suyos, á juzgar por los caballos ricamente enjaezados que llevaban del diestro los migueletes y de cuyos arzones se veían aún pendientes las pistolas y los trabucos naranjeros.

Lo que llamó más la atención de los curiosos fueron los cuatro pares de mulas con pesada carga que cerraban esta lúgubre procesión; no podían menos de ser las conductoras del gran convoy que había caído en manos de los Niños hacía dos noches.

El efecto producido por este espectáculo fué tal, que pronto el pueblo entero se dió cita en aquel sitio cubriendo hasta los soportales de la plaza. ¿Cómo habían muerto aquellos hombres? ¿De qué modo cayeron en poder de los migueletes, tan torpes de ordinario, los restos de tan soberbio golpe de mano? ¿Quién había sido el valiente que apresara al arrojado é invencible Ojitos, terror de Sierra Morena?

Durante muchos meses se repitieron en los mentideros de la ciudad estas preguntas que no pudo contestar ni esclarecer un proceso interminable. Ojitos murió pocas horas después de su entrada en Ecija, sin que fuera posible hacerle confesar lo que había ocurrido. La escena que voy á referir sólo la presenciaron los bandoleros y las dríadas que habitaban en los troncos de los álamos de la isla de Villaverde.

Ahora bien, ¿el anciano que me hizo esta relación muchos años después, fué, acaso, alguno de los *niños* que escapó al cuchillo de Ojitos ó á las garras de los migueletes? ¿Quién sabe? Yo no puedo asegurarlo, porque jamás me he permitido ver el crimen bajo los cabellos blancos y las arrugas de la senectud.

IV

Luego que se consumó el robo del convoy de la Habana, los Niños, precedidos del capitán Ojitos, se dirigieron á uno de sus más seguros puntos de parada: la isla llamada de Villaverde, distante dos ó tres leguas de la ciudad y cuya situación era la más apropiada para el reparto de todas aquellas riquezas.

El agreste teatro donde había de celebrarse el reparto del botín, estaba en consonancia con la escena fantástica y dramática á la vez que allí iba á representarse. Lejos del camino real, cerrada en sus frentes por altas arboledas y rodeada por las aguas del Genil en la parte opuesta, como aun hoy mismo se conserva, la isleta preferida por los Niños tenía todas las condiciones necesarias para poder pernoctar en ella sin temor á las asechanzas de sus perseguidores. La noche á que se refiere este relato, era una noche de plenilunio, y aquel semicírculo festoneado por tarajas, mimbreras y cañizales, sombreado por álamos negros y alfombrado de florecillas, presentaba, sin duda, el aspecto de uno de esos lugares en que los gnomos y las valkirias del Norte extienden en las veladas nocturnas sus codiciados tesoros para hacerlos brillar ante los ojos del viajero que sigue fascinado la dirección de los inquietos fuegos fatuos. A lo lejos, divisábanse las cortijadas y blancos caseríos que se perdían entre la bruma á la otra banda del Genil.

Para que la semejanza con el reino de los gnomos fuera completa, la isleta de Villaverde soportaba aquella noche verdaderos montones de oro y piedras preciosas.

Siete anchas mantas valencianas extendidas en semicírculo sobre el musgo, iban recibiendo, por turno, los objetos que el capitán Ojitos arrojaba desde el centro del corro formado por los seis bandoleros. El capitán tomaba las piezas de un gran montón que tenía ante sí, é iba repartiéndolas con precisión y habilidad extrema. Las vasijas de carey y plata, las estatuitas de marfil y sándalo, los objetos de China y el Japón, las joyas adornadas de pedrería fina, iban volteando por el aire y caían sobre cada uno de aquellos paños de colores produciendo ruidos extraños y dando fantásticas vislumbres. Cada uno de los bandidos permanecía al lado de su manta, inmóvil, resignado, sin desplegar los labios. Ojitos apartaba para la suya, colocada á su derecha, una parte semejante y chupaba tranquilamente su veguero repitiendo á media voz estas palabras:—¡Oro! ¡plata! ¡terciopelo! ¡marfil! ¡sándalo! ¡porcelana! ¡seda!... etc.

Cuando el gran montón desapareció del todo y las siete mantas estuvieron casi repletas, el capitán se cruzó de brazos y se dispuso á repetir la frase sacramental: «*que os sirva de provecho.*» Pero en este momento, *el segundo*, un bandolero llamado *el Zurdo*, feo y mal encarado, cuyos codiciosos ojos recorrían la parte de todos, creyéndolas más valiosas que la suya, se dirigió á Ojitos en són de quimera, diciéndole entre zumbón y provocativo:

—¡Capitán, el que parte y reparte...!

—¡Pierde el pan y pierde el perro...!—repuso Ojitos, con esa viveza meridional que le distinguía y le habían hecho siempre ser el primero en echarse el trabuco á la cara ó en *empalmarse* el cuchillo.

—¡El que parte y reparte,—insistió el Zurdo, ya con mala intención,—jace lo que el capitán; que se quea con el santo y la limosna!

Ojitos palideció hasta el punto de parecer lívido, y haciendo una expresiva señal á los demás Niños que habían dado un paso para acercarse á él, dijo en voz alta é imperiosa:—¡Quieto too el mundo y dejarme á mí con este *poenco!* Los capitanes como yo no necesitan repartir bien ni mal, porque es suyo too lo que hay á la vera. ¡Ahora límpiense Vds. las lagañas y vean lo que jace Ojitos...!

Y arrastrando su manta, llena de preciosidades, hasta el borde del Genil, la arrojó en el río con todo lo que contenía, menos pesaroso que aquellos soldados que sepultaron el tesoro de Alarico, bajo las aguas del Busanto.

Tan atrevido acto produjo en aquellos hombres un movimiento de asombro y expectación; el ruido de tan ricos objetos tragados por las ondas, resonó de modo particular en sus oídos: uno de los Niños no pudo contenerse y exclamó añudando su manta:

—¡El capitán está loco...!

Entre tanto, Ojitos se dirigía al Zurdo, que hacía señas á dos de sus compañeros para que le ayudasen en tan gran lance, y sacando una navaja, corta, ancha y afilada, como aquellos cachicuernos de nuestros antepasados los árabes, díjole, poniéndosele cara á cara:

—¡Cobarde avaricioso, ahora me vas á entregar tu manta que se me ha puesto entre ceja y ceja!

El Zurdo dió un rugido y los demás Niños callaron como muertos; salió á relucir á su vez la navaja del aludido, y se entabló entre ambos bandidos una lucha terrible y salvaje. Quien hubiese visto aquel duelo extraño, tenido á la luz de la luna y entre montones de ricos objetos, se habría creído trasportado á la época bárbara y rapaz de los Nibelungos. A los pocos instantes, el contrario de Ojitos acosado por éste, que daba verdaderos saltos de pantera y se quitaba los golpes con el brazo, lanzó un ¡ay!

y un horrendo voto, y cayó sobre su propia manta con el corazón partido de un tremendo navajazo. La vajilla destinada á Fernando VII recibió en vez de licores y gomas perfumadas un raudal de roja y caliente sangre.

Entre los bandidos notóse cierto movimiento hostil y sedicioso; mas Ojitos no cejó por esto.—¡Ahora esa otra! —dijo avanzándose á uno de los Niños amigo del Zurdo. Y uniendo la ofensa á la petición le acometió con tan buen acierto que le dejó tendido á sus pies antes de que pudiera defenderse.

Entonces pasó allí algo imprevisto y terrible. Unos aguijoneados por el ejemplo del capitán y otros temerosos de perder la parte de botín que les había cabido en suerte, tomaron juntamente la ofensiva y se lanzaron unos contra otros. La luna que antes se reflejaba en metales, paños y piedras preciosas, dejó caer sus rayos indiferentes sobre las hojas de los cuchillos y dió relámpagos pajizos á aquellas retinas turbias é inyectadas.

Poco después, sonaba una descarga cerrada que hacía una víctima entre los combatientes, y penetraba en la isleta un destacamento de migueletes, al que algún *bocón* había dado aviso. Ojitos, sudoroso, ensangrentado, pero todavía ágil y erguido, se revolvía contra dos de sus compañeros cuando se apercibió de la llegada de las tropas. Dió una desesperada voz de alarma, pero fué inútil; cuando hacía morder el polvo al cuarto de sus antiguos camaradas, los migueletes le sujetaban por la espalda mientras que los dos Niños restantes, huyeron por un sendero oculto de la enramada, llevándose lo que pudieron de aquel nefasto tesoro.

Cuatro cuerpos tendidos sobre lagos de sangre; algunas mantas llenas de objetos preciosos y varias caballerías atadas á los troncos de los álamos; hé aquí lo que se ofreció á los asombrados ojos de los migueletes después de apresar al capitán de los Niños que se retorcía de rabia entre las manos de los que le atarazaban. Recogido el importante botín, levantados los muertos, y acomodado el herido sobre unas parihuelas de ramas secas, emprendieron los migueletes la marcha hacia Ecija, á donde llegaron, como se ha dicho, á la mañana siguiente.

V

Aquel drama terrible dió al traste con la primitiva partida de *Los Niños de Ecija*, pues aunque después de la muerte de Ojitos, aparecieron otros con parecida organización y el propio título, siempre el matador del Zurdo y de sus compañeros en la isleta de Villaverde, fué considerado como *el último Niño de Ecija*.

BENITO MAS Y PRAT

EL PAGARÉ

Novela original

POR DOÑA CAROLINA CORONADO

I

Era el primer día de abril, á las siete de la mañana, del año 186... cuando el Duque Alvaro llamó á la puerta del cuarto que habitaba su mujer en una casa de campo en las cercanías de Sevilla. No era su costumbre presentarse á estas horas y la Duquesa se alarmó, saltó del lecho y cubrióse con una bata de cachemira que había sido primitivamente azul pálido, pero que ya era blanco ceniciento, y cuyos encajes se hallaban tan rotos y recosidos, que en vez de adorno parecían parches aplicados para ocultar las flaquezas de la tela. Calzó sus pies con unas zapatillas de raso sin talón, que antes habían cubierto medio pié y ya deshechas no cubrían nada, y arrastrando sus plantillas que apenas podían resistir el roce del suelo, se dirigió á la puerta y descorrió el pasador que la cerraba. El que entró era, en efecto, un Duque de la cabeza á los pies. Cabeza nobilísima, donde se habían conservado inalterables los rasgos de aquellos paladines semi-fabulosos que conquistaban reinos y echaban fuera moros y cuya semejanza encuentra el lector en las ilustraciones artísticas. Esta era una semejanza no ilustrada, pero de carne y hueso. Su perfil recordaba á Cárlos I, más correcto, más modelado y menos heroico. Es verdad que el traje moderno trasforma al hombre más caballeresco en un comisionista. Pantalón y saco de mezcla de lana imitando piel de lagarto, y corbata, dejando ver camisa rayada, no es vestimenta que se puede aplicar á ningún emperador, ni á ningún caballero de la edad pasada. No obstante, si el lector fuese aficionado á la heráldica, pudiera ver en la genealogía de las casas reales de Europa un origen soberano en este Duque, más verdadero siendo de novela que lo son otros de historia. Pero aquella gallarda figura parecía destruida por hondos sufrimientos. Tenía elevada talla en realidad y acrecentada en apariencia por demacración. Su cabello cortado al uso del día, dejaba íntegro el dibujo de una frente correctísima y cadavérica. El bigote se retorcía sobre sus mejillas descarnadas, confundiéndose con la barba clara y rubia del tipo del Norte. La expresión un tanto siniestra de sus ojos hundidos y la contracción amarga de su boca entreabierta, daban á esta fisonomía una expresión indefinible que aterraba y conmovía. Difícil hubiera sido juzgar á primera vista si aquel hombre era malo ó bueno. Lo que se veía claramente era que estaba desesperado. Respecto á la Duquesa, no había duda alguna. Tenía el puro rostro meridional, que revela con sincera pasión los secretos del alma. Aunque marchita y enflaquecida por el sufrimiento, era todavía una preciosidad. Con el cabello suelto y los oscuros y grandes ojos húmedos con el llanto, cualquiera podía reconocer en ella á la mujer buena. Su expresión era de madre amorosa y desgraciada.

El cuarto de la Duquesa tenía un aspecto singularísimo. No había en él, propiamente hablando, ni lecho sólido, ni verdadero tocador, ni mesa, ni sofá, ni butacas. El lecho lo formaban dos bancos de pino con tablas sin pulir, y dos colchones de damasco carmesí, remendados con otras telas de seda del mismo color y una colcha de tafetán cubierta de jirones de encaje blanco de Barcelona. El tocador lo componía un cajón volcado y vestido de fular caña, con muselinas bordadas y cuyo espejo de Venecia tenía el marco que debió ser de terciopelo y oro raído hasta la médula. Un jarro de porcelana antigua, contenía flores silvestres. En una caja de ébano, incrustada de plata, con las armas de la Duquesa, estaban los peines. Un palanganero, dos sillas de mimbre y un armario formado con cortinas de damasco de diversos colores, completaban el mobiliario, sin alfombra alguna ni cortinaje. Pero, vuelto de espaldas á manera de biombo delante de la cama y cubierto con un paño, negro como un catafalco, había un mueble de suprema riqueza. Un oratorio que se decía haber pertenecido á Isabel la Católica y que contenía maravillas de arte de aquel siglo en que se trabajaba para el culto divino, como ahora se trabaja para el humano. El paño estaba medio levantado, y del oratorio entreabierto salía la tenue claridad de una lamparilla.

El Duque besó la frente de su mujer, ésta se sentó en una silla, ofreció la otra al Duque y hablaron lo que sigue:

II

¿Te he despertado?
Estaba despierta.
– ¿Has dormido mal?
– Como siempre.
– Siempre es mal.
– Si no es mal no es muy bien.
– Yo no he dormido nada.
– ¿Por dolencia?
– Por cavilaciones.
– Siento no poder aliviarte.
– Nuestra situación, Valeria, es angustiosísima.
– Sí, Alvaro.
– Hemos quedado reducidos á la extremidad.
– Sí, Alvaro, pero yo tengo siempre la esperanza en Dios.
¿Qué ha de hacer Dios?
Lo que sea su voluntad.
Su voluntad, Valeria, es que perezcamos.
– No, porque nos conserva la salud.
– ¡La salud!
– Pues si estuviésemos enfermos, ¿con qué habíamos de pagar el médico y la botica?
– ¿Con qué he de pagar á Samuel?
– Con agua bendita, que es lo que le conviene. Allí tienes la pila llena.
La pila de oro... ya vendrá por ella.
¿Qué?
Mi pagaré vence hoy.
– ¿Otro pagaré?
– No había otro medio de lograr los mil duros que han servido para pagar las pequeñas deudas y sostenernos desde marzo.
– ¿Y qué va á suceder?
– Lo de siempre.
– Ya no tenemos nada que vender ni que empeñar. Alvaro, bien sabes que estuve pronta á cederte mi dote íntegro, el castillo de mi padre, el palacio de mi abuela, las dehesas, los molinos, los ganados. He vendido también mis joyas, no me queda nada.
– Es verdad, pero Samuel ha de venir á las diez.
– ¡Dios mío, Alvaro!... pero, ¿para qué viene ese judío si sabe que no puede sacar nada?
– Viene porque está en su derecho; mi firma es sagrada.
– ¿Y la ley puede exigir que se pague cuando no se tiene?
– Siempre se tiene honor.
– Pero él, ¿fiará en el honor?
Querrá llevarse los muebles que quedan.
¿Qué muebles? Yo ya no tengo más que el oratorio y tú no tienes nada.
– Sólo el juego de plata con que me lavo, de la vajilla de mi padre.
– Entonces que se lleve también la caja de mi tocador.
– Pero estos dos cosas no pueden cubrir, sobre todo si él las tasa, la quinta parte del pagaré.
– ¿Qué más tengo? se preguntó la Duquesa... – ¡Ah! los zarcillos que me dió mi hermana y llevo siempre puestos. Son brillantes y esmeraldas...
– ¡Oh! – exclamó el Duque, llevando sus manos á la cabeza, – no puede bajar tanto, Valeria...

Un ruido que se oyó en la habitación inmediata hizo callar á los dos, que dirigieron sus miradas á la puerta por la que entró una campesina que traía de la mano una niña de cuatro años, vestida de muselina blanca y con un ramo de amapolas en la mano. El Duque la tomó en sus brazos, y despidiendo con un ademán á la campesina, preguntó á la niña:

– ¿De dónde vienes tan temprano?
– De beber leche. La vaca estaba muy rabiosa porque el choto se iba lejos.
– Y tú, ¿tenías miedo?
– ¡Cá! si la vaca es mansa.
– Valeria, – dijo el Duque poniendo á la niña en sus brazos, y pasando la mano por la frente; – ¡qué horribles son mis sufrimientos! ¡qué agudo puñal tengo hundido en el corazon! ¡Desgraciadas! yo os he arruinado, yo os he reducido á la indigencia. Mi fe ciega en el trato humano, mi lamentable credulidad en el honor de los hombres, mi falta de penetración, mis preocupaciones caballerescas, mi ignorancia... ¿quién sabe? todo junto me arrastró... y vivo!.. Pero, ¿de qué os serviría mi muerte? Si yo hubiese sido un revolucionario que hubiera volcado tronos, se harían suscriciones entre el pueblo, ó si hubiese sido un cortesano que hubiera influído contra el pueblo, se harían suscriciones entre los realistas. Pero me he mantenido alejado de los extremos y la moderación no inspira fanatismos. He servido lealmente á la reina y he representado fielmente al pueblo y el cumplimiento del deber es frío para los reyes y para las muchedumbres. Muriendo...

– ¡Dios mio! – exclamó Valeria sollozando, ¿por qué quieres afligirme más de lo que estoy? ¿por qué ofendes á Dios que ha conservado la vida de nuestra hija? ¿qué importan los infortunios comparados con ella? Ya sabes que no tuve parte en tus actos y que siempre te amonesté para que te apartases de las gentes que te han perdido, pero cuando las cosas no tienen remedio, en vez de desesperarse, hay que afrontar la desgracia cristianamente y sufrir nuestro martirio, que nunca será tan grande como el de cualquiera humilde criatura de otros tiempos.

– Yo no soy santo, Valeria.

Yo tampoco soy santa, pero soy cristiana y me resigno.

– Yo no puedo resignarme cuando os miro.

– Mira á quien nos fortalece. Ven, hija mia, – prosiguió Valeria, llevando de la mano á su hija delante del oratorio, – ven á rezar á la Vírgen... para que te perdone, – dijo volviéndose al Duque.

Las dos se arrodillaron y el Duque las miró de pié, rígido, impasible, con la mirada extraviada y el gesto contraido. El remordimiento que sentía, en vez de acercarle á Dios le acercaba al diablo. La desgracia, en vez de amansarlo, le hacía rebelde. Ese es el espíritu del Norte. En sus pupilas vidriosas se reflejaban como rayos azules de flúidos eléctricos, encerrados en aquel sistema que le hacía pasar desde la más absurda credulidad al más implacable escepticismo. Porque le habían engañado los hombres, desconfiaba de Dios.

Pero la niña volvióse hácia él y le dijo, con un acento de reconvención que le penetró hasta el alma:

– ¡Qué! ¡tú no rezas?
– Sí, respondió el rebelde, cayendo de rodillas, - yo también rezo con vosotras.

Hubo minutos de silencio. Al fin lo rompió la niña, que asiendo la mano de su padre, dijo:

– Mira, vamos á echarles pan á los peces.

III

María Ana Valeria Monroy Velasco y Zúñiga, marquesa de Cubillana, había llevado en dote: Un castillo, un palacio, valiosas dehesas y numerosos ganados. Casó con Alvaro Antonio Felipe, duque de Hansfeld, marqués de Kalbar y conde de Osobona y de Bryas. Aunque de origen alemán, el Duque había nacido en España, y fijó su residencia en Madrid, pasando en Andalucía las primaveras. Joven, rico y gallardo, logró en la corte elegante puesto y allí conoció á la hermosa Valeria. Lectores habrá todavía de aquel tiempo, que hayan conocido en la corte á la dichosa pareja distinguiéndose siempre por su elegancia y buen tono. ¿Qué catástrofe había podido sumirlos en el infortunio en que los hallamos al empezar nuestra relación? El Duque no era jugador, ni tenía queridas, ni derrochaba en banquetes. La Duquesa no era extravagante en sus gastos de tocador, ni estos excedían de lo que ordenaba el decoro de su clase. Su palacio montado á la moderna, con servidores útiles y poco numerosos, tenía un orden perfecto. Los gastos de la casa del Duque no consumían la mitad de su renta, quedando íntegra la de la Duquesa. ¿Cómo se pudo hundir una fortuna en los pocos años que trascurrieron desde que se casaron en Madrid hasta que los hallamos en la casa de campo por las cercanías de Sevilla? Estos enigmas los han de explicar los mismos personajes y no hay sino seguirlos y escucharlos.

La casa de campo á que nos referimos era parte del caserío diseminado en la gran dehesa que había pertenecido á Valeria y la cual habitaba ésta por condescendencia del administrador que era amigo íntimo de uno de los administradores que fué de Valeria. El guarda se había conservado al servicio del nuevo dueño de la finca con su mujer y sus hijos, y así había podido Valeria refugiarse en aquel rincón y tener aún legumbres, caza y leche con poco dispendio. La casa era de un solo piso, y se componía de sala y alcobas separadas, de la cocina y cuartos de labor á los cuales se pasaba por un patio.

Delante de la sala había un jardincito con un estanque cuya agua venía desde una noria cercana por una cañería abierta que era el encanto de Rosita, la hija de Valeria, porque allí acarreaba piedras, para que hiciese más ruido el agua, y le daba ocasión de bañar continuamente sus manos y aun sus pies, si podía burlar la vigilancia de su madre. El estanque era hondo y contenía peces oscuros y de colores, y plantas acuáticas que daban flores blancas y amarillas.

El cuarto de Valeria tenía salida al jardincito, y así cuando acabó de rezar, abrió las vidrieras y se puso en

comunicación con su marido y su hija, que estaban sentados en el borde del estanque. El rostro del Duque se había serenado, y una sonrisa inefable había sucedido á su habitual ironía. Rosita, roja de emoción al ver aparecer los peces, gritaba como una loca para que su madre acudiese á participar de aquella fiesta. En su sofocación por el pelo que le caía sobre los ojos desmesuradamente abiertos, agitaba los desnudos y redondos brazos y se salpicaba de gotas de agua, por querer llevar el pan á la boca de los peces. Era una niña como otras tantas, nada tenía de extraordinario y las ve el lector todos los días al borde de los estanques. Pero eso es lo que tienen los niños, que siendo cosa tan vista, causan siempre la misma novedad. No obstante, Rosita tenía en su cara más alegría y más gracia tal vez que los otros niños de su edad, y cuando reía y mostraba sus hileras de dientes con tan fresquísima blancura, y descubría el pecho de rosa lozana en su desenvoltura, hubiera sido un precioso modelo para un pintor que quisiera personificar la inocencia andaluza. Rosita, cuando se hubo acabado el banquete de los peces, echó á correr y volvió trayendo en sus brazos un pato blanco que lanzó al agua en el estanque. Entonces su alborozo no tuvo límites y su dicha se comunicó á sus padres, que todo lo olvidaron, los palacios, los castillos, la corte, los honores, las riquezas perdidas, la indigencia presente, y rieron con su hija. Un estanque, unos peces, unas migajas de pan y un pato que nada. ¡Cuán barata es á veces la felicidad y cuán cara es otras la desventura!... Pero en aquel momento se oyó el ruido de un carruaje. El Duque miró el reloj, y una nube más negra que aquella que aborta rayos, oscureció su vista. Cogió á Rosita en sus brazos, la entregó á su madre y salió al encuentro del visitante.

(Continuará)

CONQUISTAS MÉTRICAS

Dice Manuel Tamayo y Baus que ningún versificador debe tomarse libertades de ningún género. Estoy conforme.

Sierva es la rima: obedecer le toca. (1)

Pero creo que hoy *sin razón* censuran algunos como licencias, verdaderos derechos adquiridos.

Me explicaré.

Hay que distinguir entre las verdaderas infracciones de los cánones admitidos y los ensanches y holguras, ya tan de uso general que vienen á constituir un verdadero derecho consuetudinario.

Los grandes versificadores del clasicismo usaron generalmente de consonantes en sus composiciones; exceptuando, por supuesto, sus magníficos romances de ocho sílabas, y tal vez sus raros endecasílabos asonantados en los versos pares.

Espronceda, verdaderamente, fué el primero que *de un modo sistemático* empezó á usar asonantes acentuados en la última sílaba en estrofas cuyas rimas llanas eran consonantes perfectos.

¿Es del caballo la veloz carrera,
Tendido en el escape volador,
O el áspero rugir de hambrienta fiera,
O el silbido tal vez del aquilón?

En este cuarteto hace Espronceda que las rimas llanas

carrera
fiera

sean consonantes, mientras que las rimas icti-últimas

volador
aquilón

son solamente asonantes.

Pronto tuvo Espronceda multitud de imitadores; y eso que entonces no le faltaron críticos notables, que impugnaran acerbamente semejante novedad.

Recuerdo haber leído la opinión de un crítico muy estimable, que achacaba en un principio este ensanche en el arte de la rima, á pobreza de los rimadores *de tres al cuarto*, y á libertad licenciosa en los rimadores *de á peseta*.

Pero, en verdad, ya hoy, razonablemente, no es tolerable la censura, ni menos el vituperio, fundado más bien en *escrúpulos de los ojos* que en *sensibilidad de los oídos*. Y, en materia de rima no es lícito, á nadie, apelar de las decisiones de los oídos educados.

Espronceda hizo bien.

A la distancia de 22 sílabas, métricas, y, como con frecuencia sucede, á la distancia de 44 en las estrofas donde riman el verso 4.° con el 8.°, el oído no suele percibir (á menos de gran hábito pericial, ó de una atención especialísima y exclusiva) si

luz,
juventud,

por ejemplo son asonantes ó consonantes. Y, como las imágenes poéticas y los sentimientos estéticos cautiven la fantasía y embarguen por completo el corazón, de seguro que ningún artista verdadero se parará á escudriñar si es ó no perfecta la rima de las estrofas que escuche.

Hay más. Como los versos acabados en ciertas asonancias cuyo acento carga en la última sílaba (por ejemplo en *u)* son raros en la lengua castellana, el oído, lejos de experimentar disgusto, siente placer en saborear esas cadencias insólitas (así sean asonantes, como consonantes).

Por otro lado, Espronceda introdujo esta novedad métrica (que fué un verdadero acúmulo de riqueza á los recursos de la rima española) precisamente en la época en que podía hacerse aceptable semejante introducción.

En efecto, ya entonces, y actualmente, el modo de pronunciar de los españoles (indeterminado y vario en muchos casos) podía contribuir al buen efecto; y, por tanto, á la tolerancia, y, por consiguiente, á la justificación del uso nuevo de mezclar consonancias llanas con asonancias icti-últimas.

Por ejemplo, un castellano pronunciará

juventuz

donde los andaluces educados diríamos

juventud;

mientras que los naturales de otras provincias pronunciarán resueltamente

juventú;

por manera que, aun cuando el versificador escriba perfectas rimas consonantes acentuadas en la última sílaba, el recitador se las destroza en gran número de casos, leyendo (si lo estima conveniente, y, sobre todo, si no ha recibido una esmerada cultura literaria), no como debe leer, sino como es la costumbre provincial de pronunciar ciertas terminaciones: ó bien (y por esta misma razón de los provincialismos), pronuncia de tal modo los asonantes que vienen á sonar en el oído como consonantes perfectos.

Así

tú
juventud,

serán consonantes en los labios ineducados ó más bien negligentes de gran número de españoles de ambos hemisferios; porque, al leer, pronunciarán

tú
juventú;

y, del mismo modo, los simples asonantes

andaluz
juventud,

serán consonantes cuando un castellano diga

andaluz
juventuz.

Como estos, pudieran ponerse innumerables ejemplos. Pero baste.

Espronceda ensanchó, pues, oportunamente los límites de las rimas cuyo acento está en la última sílaba, precisamente *cuando fué ya posible que tal ampliación se tolerara;* es decir, precisamente cuando la variedad de las pronunciaciones ya *coexistía* en los grandes centros de población á causa de la facilidad relativamente mayor de las comunicaciones; y, por consiguiente, cuando ya no era indispensable la articulación perfecta (por ejemplo, y continuando con la voz tantas veces usada) de la *d* terminal de una palabra para la pronunciación negligente, pero usual y admitida generalmente como no incorrecta ni como signo de poco esmerada educación, de las palabras *juventud*, etc., etc.

Paréceme, pues, que ya no puede nadie decir que es *licencia*, sino *disfrute de un derecho consuetudinario*, la facultad potestativa en los versificadores, de terminar por asonantes los versos similares acentuados en la última sílaba, aun cuando sean consonantes los correspondientes llanos de la misma estrofa: y, además, puesto caso que el oído no se ofende, antes bien suele encontrar deleite en ello, sería una verdadera quijotada privarnos, por sólo un inconsiderado respeto á la tradición, de una sonorosa fuente de placer métrico, puesta ya al alcance de todos cuantos versifican.

* * *

Y es de observar ahora una coincidencia bastante particular.

Desde el mismo instante en que Espronceda amplía los límites de las rimas icti-últimas, se hace *intolerable* (esta es la palabra) la contigüidad de los versos asonantados. Hoy nadie escribiría

Porque allí llego sediENTO,
pido vino de lo nuEVO,
mídenlo, dánmelo, bEBO,
págolo, y vóime contENTO.

donde todos los finales de los cuatro versos son asonantes en *eo*.

Grandes rimadores modernos (entre otros el admirable Quintana) ponían juntos, enteramente contiguos, consonantes en una estrofa que á la vez eran asonantes entre sí; ó bien, empezaban una estrofa con asonantes de los consonantes empleados inmediatamente en la anterior. Espronceda, nada menos, dice:

Tendió sus brAZOS la agitada España
sus hijos implorANDO;
sus hijos fueron, mas traidora saña
desbarató su bANDO.
Qué se hicieron tus muros torreADOS... etc.

El gusto se ha afinado ya de tal modo que hoy ningún versificador de nota pondría contiguos, no digamos ya los asonantes:

BANDO
torreADOS,

pero ni aun siquiera los interiores de un mismo verso, y con muchísima más razón los asonantes

llANO
tirANO
esforzADOS
grabADO
agolpADO

de las estrofas anterior y posterior á la citada de Espronceda, quien estuvo desacertadísimo en la rima de cuartetos tan llenos de ternura y de verdadera poesía.

* * *

Otra coincidencia con la ampliación. Y esta otra coincidencia es quizás más justificada que la antecedente.

La pausa métrica ha de ajustarse á la de *sentido.*

No basta que haya consonantes si no los deja percibir el sentido que deba darse á las palabras.

Hoy es defectuoso, defectuosísimo el escribir, por ejemplo, como Herrera:

Cuando con resonante
rayo y furor del brazo poderoso...

ó como Calderón:

y bruto sin instinto
natural...

porque, como el sentido exige que se diga:

Cuando con resonante rayo
y furor del brazo poderoso...

ó bien:

y bruto sin instinto natural

resulta que los consonantes más sentidos son:

rayo

y

natural

en vez de

resonante

y de

instinto.

No todos los versificadores posteriores á Espronceda hacen *coincidir* la pausa métrica con la de sentido: el oído educado, sin embargo, lo exige ya, y al fin esta exigencia se impondrá; porque lo que hoy hace que muchos rimadores excelentes interrumpan la fluidez de la frase con la pausa métrica, es, si no precisamente el *á mí qué se me dá*, cómplice de la pereza que está detrás de las dificultades, de seguro el maldecido ejemplo de las rutinas que exclama desenfadadamente:

¡Lo han hecho tantos así!

Pero, por fortuna, al argumento de que *todo el mundo peca en esto* responde la cultura literaria: *¿Y á mí qué?* Lo que quiero es lo que hace la inteligente minoría de los puritanos.

Es, pues, hoy requisito indispensable de una correcta y esmerada versificación y de un rimar escogido la *coincidencia* de las pausas del sentido con las pausas de la metrificación.

¿Para qué se cansa el versificador en adoquinar consonantes que nadie tiene de sentir? ¿Ni cómo han de *sentirse*, cuando *para dar sentido á lo que se lee* han de desaparecer las consonancias en la recitación? ¿A qué se afana el metrificador en bosquejar un verso de siete sílabas, como por ejemplo:

y bruto sin instinto...

~~si el~~ sentido imperiosamente exige que el actor declame:

y bruto sin instinto natural,

y, por tanto, lo que entra por el oído es un verso de once sílabas, por cierto de una factura bien poco escrupulosa?

¡Que lo hizo Calderón! Y bien, ¿y qué?

¡Lástima de trabajo, así el empleado en la rima como el invertido en la mensura de las sílabas!

¿A qué afanarse en la una y molestarse con la otra, cuando nadie ha de disfrutarlas; puesto caso que no las tiene de percibir con el oído? ¿O es que los versos se componen para los ojos? ¿Basta con alinear renglones de cierto número de sílabas para que se pronuncien como quiere la escritura, contraviniendo locamente á las altas exigencias y á las consuetudinarias normas del hablar?

Juzgo *en todo caso* obligación ineludible que *siempre coincidan* las pausas métricas y las de sentido;

que se eviten las asonancias interiores y contiguas;

y que, como resultan siempre tolerables, y en algunos casos convenientes, bellísimas en muchos, y *cuando la idea preocupa*, insensibles de todo punto las distinciones entre las asonancias y consonancias de las voces acentuadas en la última sílaba, debe usarse la ampliación debida á Espronceda, no ciertamente como *licencia tolerada*, sino como DERECHO SANCIONADO ya legítimamente por el ejemplo y la práctica de los buenos versificadores.

E. BENOT

(1) La rime est une esclave, et ne doit qu'obéir.
Boileau

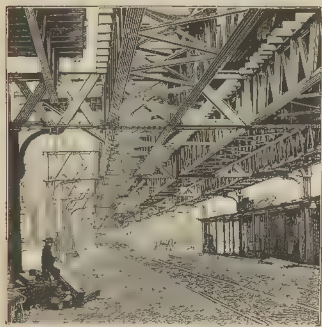


Fig. 1 Camino de hierro aéreo de Nueva York. Visto por abajo.

CARTA DE AMÉRICA

Nueva York. - Los *elevated*. - Los teatros. La luz eléctrica en los Estados Unidos.

Después de doce días de navegación es grato ver tierra, sobre todo cuando lo que se ofrece á la vista es la admirable bahía de Nueva York; pero entonces hácese preciso librarse de las molestias de la aduana, porque la administración de América es inexorable é impone un verdadero suplicio á los viajeros. Apenas he tenido tiempo de estrechar la mano de mi amigo G..., que me esperaba al otro lado de las barreras puestas por los aduaneros. Sin embargo, con un poco de paciencia, por no decir mucha, todo se termina, y me prometen enviar mi equipaje al hotel. Una vez libre, voy con mi compañero á recorrer la ciudad, aprovechándome de los caminos de hierro aéreos.

Nada más curioso que esta vía férrea, que describe tortuosas curvas á través de las calles, dando los más inverosímiles rodeos. He conservado una impresión de las más extrañas, y seguramente, difícil es imaginarse una manera de viajar tan pintoresca y tan rápida. El tren cruza algunas veces por estrechas calles; entonces llega casi á tocar las casas, y no causa poca extrañeza verse tan pronto delante de una alcoba como de un salón, cuyas ventanas abiertas permiten verlo todo; de tal manera que hasta se podría estrechar la mano de los inquilinos. Los coches van llenos de gente; las damas muy elegantes van siempre sentadas, porque ningún hombre permanecería en su sitio si aquéllas estuviesen en pie por no encontrar donde colocarse; aquí se observa en todas partes la más estricta política; en los sitios públicos, una dama puede estar segura de pasar la primera y de ser respetada.

Toda esta gente se mueve silenciosa; nadie habla, y cada cual parece absorbido, cosa que no deja de ser extraña, pues debia esperarse todo lo contrario, dada la reputación de este pueblo. Diríase que el silencio es aquí la regla general; ni en los cafés, ni en las fondas, ni en las calles se oye un grito, así como tampoco conversaciones en alta voz; y este silencio llama tanto más la atencion cuanto que el movimiento de las calles es verdaderamente febril. Los coches, los tranvías, el numeroso público que circula por todas partes, los transeuntes que van y vienen afanosos; todo ello ofrece un espectáculo de extraordinaria animación.

El sitio más curioso de Nueva York, para formarse idea del hormiguero humano que aquí trabaja de continuo, es seguramente la encrucijada de Chatham y Nueva Bowery.

Las diferencias han hecho necesario que los caminos de hierro aéreos tengan aquí dos pisos; y así es que se ve continuamente á la multitud subir las escaleras; todos van á tomar sus billetes y á ocupar los wagones, que marchan sin cesar. Esta parte aérea del cuadro sería ya una curiosidad por sí sola; pero hay además debajo de la vía férrea, á través de las columnas de palastro que la sostienen, un mundo de ómnibus, de furgones y de coches de toda especie; y el público se desliza en ese peligroso laberinto de barricadas movibles, formadas con ruedas y caballos que galopan en todas direcciones.

Este confuso y continuo movimiento es extraordinario, y hasta atronador; pero debe reconocerse que si las vías férreas son cómodas, no ofrecen un aspecto agradable, y además motivan las frecuentes reclamaciones de los ribereños. Lo que hay debajo de este camino de hierro aéreo es casi repugnante; allí se ve casi siempre estancado el lodo, que no puede secarse fácilmente bajo las vigas espaciadas por donde pasan los trenes; en este sitio todo es negro y poco agradable para el público.

En el mes de enero último, M. Edison ha hecho algunas curiosas pruebas, que al parecer darán muy buen resultado, y que tienen por objeto reemplazar las máquinas de vapor de las vías férreas aéreas por la electricidad. Los coches no producirían entonces tanta sacudida, y se preservarían los viaductos de hierro construídos, que ya en ciertos puntos parecen necesitar grandes reparaciones. Por otra parte, ya no habría humo para los ribereños, ni las molestias que las locomotoras ocasionan.

Si durante el día distrae mucho este torbellino que se agita afanosamente, por la noche no es menos curioso el espectáculo en otro sentido. Barnum, por ejemplo, tiene además de un extraordinario circo ecuestre una colección zoológica completa, en la que se pueden ver todos los monstruos del mundo en un estrado, con otras muchas curiosidades: allí están la mujer esqueleto, los aztecas, los enanos y los gigantes, los albinos, las mujeres con barba; y con todo esto, mézclanse magníficos ejemplares de diversos animales, entre los que figuran veinte elefantes sabios, etcétera. En el anfiteatro, que puede contener más de quince mil espectadores, hay tres circos, que siempre están llenos: allí se ve todo un mundo de clowns que saltan y gesticulan en medio de las amazonas; mientras que en otra parte, una multitud de saltimbanquis de ambos sexos ejecutan los más variados ejercicios. Una música infernal excita á todos estos artistas, como ellos se titulan, durante dos horas, pues no hay entreactos; y á eso de las diez y media de la noche, los espectadores se retiran completamente aturdidos, si bien pueden vanagloriarse de haber visto un espectáculo único en el mundo.

No puedo hablar de todas las salas de este centro recreativo, cuyo director se ingenia para utilizar las luces Edison de la manera más original; pero sí haré mención de un teatro nuevo, el Liceo, abierto hace poco, y que ofrece una particularidad bastante curiosa.

La sala contiene unas mil doscientas personas, y está más bien dispuesta para conciertos; el decorado, salvo algunos raros detalles, no carece de muy buen gusto; es una mezcla de estilo persa é indio, con muchas ensambladuras de gran efecto, incrustadas de plata, nácar y marfil (por supuesto, imitaciones).

El balcón de la primera galería se ha decorado con grandes rosetones de cristal iluminados por la luz Edison, y que forman así esmeraldas de considerable tamaño con monturas muy delicadas de plata y fondo oscuro, lo cual produce muy buen efecto.

No hay más palcos que tres de proscenio á derecha é izquierda, cuyas separaciones ó tabiques de madera, esculpidos al estilo indio, completan el gracioso conjunto de esta pequeña sala.

La idea más original en este teatro ha sido la de poner una orquesta de treinta músicos situados detrás del telon; hállase colocada sobre un ascensor tan ancho como el escenario mismo, que se sube al telar cuando ha concluido el entreacto, volviendo á bajar con todos los músicos apenas termina el acto.

Esta orquesta movible tiene un decorado delicioso: columnitas de madera chapeadas de plata, arañas en forma de huevos de avestruz, con cristales de diversos colores muy brillantes, y banderolas de perlas, todo lo cual, iluminado por la luz Edison, es verdaderamente encantador. Por último, el techo de la platea está adornado con un centenar de globos de forma oval, suspendidos de alambres dorados que reemplazan á la araña de costumbre, esparciendo en la sala una suave claridad.

La luz Edison se emplea mucho en los teatros de Nueva York, en las fondas, en los grandes almacenes y en los clubs. La *Primera Compañía Central del alumbrado*, situada no lejos del puente de Brooklyn, envía la luz á la ciudad por veinte mil millas de conductores; ocho máquinas de vapor de ciento cincuenta caballos, funcionan activamente con ocho dinamos de mil doscientos amperes.

Los primeros ensayos de esta luz se hicieron en 1882. La superficie sobre la cual se extendía el alumbrado era de unas 258 hectáreas, comprendiendo la parte situada entre Ferry y Wall Streets al Norte y al Sur, Nassau Street al Este y el río al Oeste. Compróse un gran edificio en Pearle Street para instalar la máquina de vapor, los dinamo-eléctricos y los diferentes aparatos; y pusiéronse en marcha seis generadores de gran modelo: su armadura tiene 27'8 pulgadas de diámetro, 5 pies de longitud y pesa cuatro toneladas. Cada máquina completa pesa más de 30 toneladas, comprendiendo el motor que está unido directamente al árbol de la armadura y marcha con la velocidad normal de 350 vueltas. Cuatro calderas Babcok y Wilcox, de 250 caballos cada una, suministraban el vapor. La potencia máximum de cada dinamo es de 1,800 lámparas de 16 bujías.

La corriente de los seis dinamos pasa á dos gruesas barras de cobre, á las cuales están empalmados los diferentes conductores de las calles. Se puede poner fuera de circuito á cada una de aquéllas mediante un conmutador ingeniosamente dispuesto, siendo fácil darse cuenta de la marcha del dinamo del modo siguiente:

Hay en la estación una batería de mil lámparas de diez y seis bujías distribuídas en dos grupos, en los cuales se puede introducir la corriente de uno de los generadores de electricidad. Si estas lámparas no dejan nada que desear en cuanto á su intensidad luminosa, la máquina no será la causa de las interrupciones ó insuficiencias del servicio que pudieran notarse. Entonces se puede investigar fácilmente esta causa por medio de series de resistencias, variables con un conmutador circular y un indicador especial. El indicador consiste en dos lámparas de incandescencia, rodeadas la una con un globo azul, y la otra con uno encarnado. Cuando la corriente derivada en los electros es demasiado fuerte, se enciende la lámpara azul; si sucede lo contrario, la lámpara encarnada se pone in candescente, y en explotación normal, ambas lámparas permanecen apagadas.

Desde el año 1882, la luz eléctrica ha hecho grandes progresos en la ciudad de Nueva York.

La cámara de los reguladores y la de los instrumentos de medición, y la sala de los depósitos de conductores de reserva, son interesantes; pero la más curiosa es aquella donde están las máquinas y los dinamos. Todas estas habitaciones diferentes son bajas, y están construídas con tabiques de madera, no ofreciendo ningún interés bajo el punto de vista de la disposición ó del buen gusto: sólo la parte práctica es notable. Todo esto es provisional, pero se ve que los ensanchamientos se hacen fácilmente á medida que lo exigen las necesidades del público. Los demás puntos de la ciudad están iluminados por las Compañías Brusk y Swan, que se ocupan principalmente del alumbrado de las calles y plazas públicas. En la plaza de Madison se puede admirar la gran corona de luz compuesta de seis lámparas que se halla suspendida en lo alto de un mástil de cincuenta metros; envían su luz á toda la plaza; y el que se colocara debajo de los árboles del jardín podría creer muy bien que está iluminado por la claridad de la luna.



Fig. 2 - Camino aéreo de Nueva York. Visto por arriba.

Todas las noches se sube esta corona por medio de un manubrio y unas poleas, y por la mañana se baja á la altura del balcón para reparar ó limpiar los aparatos. En la plaza del Carrousel, en París, el aparato eléctrico ofrece un aspecto agradable como luz; pero no es tan alto, y el alumbrado dista mucho de ser tan intenso como las lámparas Brusk de la plaza de Madison.

En la ciudad de Nueva York, así como en la de San Francisco de California y otras, se han contentado con un simple mástil para elevar las lámparas eléctricas Brusk; pero en Detroit, á orillas del lago Saint-Clair, hay una instalación mucho más bonita, bajo el punto de vista del efecto en sus espaciosas calles y plazas (fig. 3).

Es un armazón triangular compuesto de varillas de hierro unidas en forma de aspa, y de unos cincuenta metros de altura: esta especie de torre calada, de admirable ligereza, está sujeta sólo en dos puntos de la elevación por alambres fijos en postes colocados en las mismas calles, y que no figuran en nuestro croquis. La torrecilla se apoya en una columna de palastro, á cierta altura de la calle, para no entorpecer la circulación: el guardián sube al primer balconcillo con ayuda de una escala; una vez allí, penetra en el centro del triángulo é introdúcese en una especie de cubeta, que él mismo hace subir hasta el balcón superior, ayudándose con cuerdas arrolladas en poleas, facilitando la ascensión un contrapeso que baja á medida que el hombre sube. Cien torres de este género iluminan la ciudad de Detroit, y están colocadas á cada quinientos metros.

En los arrabales, el espacio es mucho mayor; sólo se encuentran á cada ochocientos metros. Para las grandes plazas, las torres son más altas, miden unos sesenta metros, y están provistas de ocho luces. Además de estos aparatos eléctricos, la ciudad posee, como Nueva York, los mecheros de gas acostumbrados.

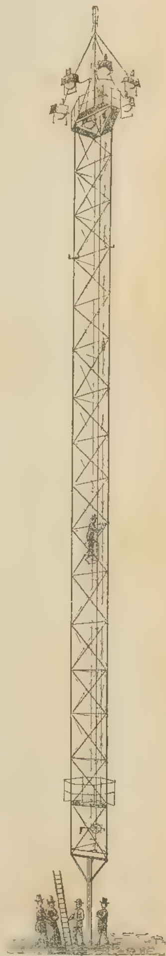


Fig. 3. - Torre de hierro para el alumbrado eléctrico en Detroit (de una copia del natural).



Fig. 4.—**Vista en conjunto del camino de hierro aéreo de Nueva York, desde el Río Este (tomada de una fotografía)**

En mi próxima carta me ocuparé de la descripción de Filadelfia, ciudad de novecientas mil almas, y una de las más curiosas que el viajero pudiera visitar en América, no sólo bajo el punto de vista de la localidad, sino también por las costumbres *sui generis* de sus habitantes, que, esencialmente caseros, pasan la vida retirados y tranquilos en sus hogares; de modo que esa ciudad ofrece el aspecto de un cementerio en los días festivos.

ALBERTO TISSANDIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO (1879-1881)

MALACA

El 20 de mayo de 1879 me embarco con mi buen compañero, el Dr. Pablo Rey, á bordo del vapor *Anamita*, para desempeñar una misión científica de que me ha encargado el señor ministro de Instrucción pública.

El 19 de junio desembarcamos en Singapore; el barco de Manila no sale aún, y por lo tanto utilizaremos el tiempo que nos queda libre para visitar las tribus indígenas rechazadas por la invasión malaya hasta el interior de la península de Malaca.

27 junio.—Varias compañías prestan el servicio del estrecho entre Penang y Singapore; pero tenemos el tiempo contado, y á pesar de ciertas aprensiones, por fortuna demasiado pesimistas, nos embarcamos en el primer vapor que sale para Malaca: es el *Ben More*, barco chino ó que por lo menos pertenece á una compañía de armadores chinos; el primer maquinista es inglés, y los oficiales son todos hijos del Archipiélago. Un delegado de la Compañía, verdadero chino, con anteojos y larga coletilla, hace las veces de cajero, y parece tener á bordo una autoridad suprema; paséase por delante de la escalerilla con la desenvoltura de un almirante; pero se abstiene de intervenir para nada en la maniobra.

Aparejan á las dos de la tarde; la cubierta está llena de chinos pobres, y la cámara ocupada por los ricos, que hablan regularmente el inglés y el malayo. Se nos sirve una abundante comida, que estos señores, por demás sobrios en sus casas, devoran aquí con un apetito voraz. Para beber sería preciso contentarnos con te si un compañero de mesa, único viajero europeo que encontramos aquí, no nos ofreciera parte de su provisión de vino. Esta persona tan obsequiosa parece algo singular: es un relojero napolitano que vuelve á Italia, pasando por Penang, después de recorrer durante diez años la China, las Filipinas, la Malasia y Australia; hombre muy inteligente al parecer, de carácter alegre y vivaz, habla muy bien francés, inglés, alemán, español, malayo, y el dialecto chino de Cantón; mas á pesar de todo no ha hecho fortuna, y vuelve á Europa con un peculio poco más ó menos igual al que poseía al emprender el viaje; es porque se ha dedicado sólo al comercio en pequeña escala, y porque el europeo, que no puede vivir con tan reducidos gastos como el industrial chino, no realiza nunca beneficios sin el empleo de grandes capitales.

28 junio, á las cinco de la tarde.—El *Ben More* acaba de anclar en la rada de Malaca, muy lejos de tierra; una barca bastante grande se acerca á nosotros; como está libre, solicitamos pasar á su bordo, y nos conduce hacia la embocadura del pequeño río que atraviesa la ciudad de Malaca; en la orilla derecha extiéndese una larga línea de casetas sombreadas por los cocoteros; en la izquierda destácase una elevada colina, en cuya cumbre se ve una gran catedral de piedra blanca.

Entramos en el río, que serpentea en medio de las sucias casas, pero muy sucias, de la población malaya y china; y como en Malaca no hay hotel, tomamos el partido de presentarnos en casa del Rdo. P. Pouget, sacerdote francés de las misiones extranjeras, á quien pedimos hospitalidad. Este excelente hombre nos dice que su casa está á nuestra disposición, y manda traer al punto nuestro equipaje, diciéndonos después que en la ciudad tenemos un compatriota, M. Rolland. Yo conocí en otro tiempo á este caballero en París, y pensé que podría facilitarnos útiles indicaciones. En efecto, M. Rolland, establecido en medio de los bosques de Kassang, á cuarenta kilómetros al norte de Malaca, nos da detalles precisos, asegurándonos que su residencia es el centro más favorable para estudiar las razas indígenas. Como vuelve á su casa en el mismo día, nos ruega que le acompañemos, y aceptamos con gusto su invitación franca y cordial.

Vamos á ver al gobernador de Malaca y á visitar la ciudad. Este gobernador, que desempeña su cargo interinamente, es el mayor Squirrel, uno de esos oficiales que entre cada dos campañas hallan siempre un momento para ir á respirar el aire de los bulevares en París. Hoy le tiene muy ocupado la administración de una provincia donde es preciso mantener el equilibrio exacto entre los europeos, los malayos y los chinos; y á fe que la tarea de conciliar tantos intereses rivales en medio de mahometanos que no han olvidado las luchas sostenidas por sus padres contra los europeos, algunas veces felizmente, no es muy fácil. El gobernador obtiene, no obstante, este resultado con un centenar de soldados ingleses y algunas brigadas de *mata mata* (1), ó gendarmería indígena.

El mayor Squirrel nos recibe de la manera más cortés, invitándonos á almorzar, con el teniente Stevenson y el médico mayor H. W. Barrington. Durante el almuerzo se nos pone al corriente de la situación de la provincia. Malaca, puerto muy importante en otra época, no hace hoy ya gran comercio, pues todos los negocios se efectúan en Pennang y en Singapore. Las tribus indígenas, hace mucho tiempo expulsadas de las costas por la invasión malaya, se retiran cada vez más al interior; á esta invasión armada sucédese hoy otra muy pacífica, pero que se acentúa cada día más: es la de los chinos, ante los cuales desaparecerán á su vez los malayos, pues aquéllos han acaparado todos los oficios y el comercio en pequeña escala de Malaca y de los pueblos; actualmente se ocupan en trabajos de desmonte en los bosques, donde van á establecer vastas plantaciones de yuca: el gobierno les concede terrenos limitados por diez años, pues el cultivo de la yuca agota rápidamente el suelo, que debe descansar después veinticinco años. El chino, esencialmente invasor, se extendería sin escrúpulo por las tierras inmediatas á las que se le conceden; y por eso el vigilar á esos activos colonos es una de las mayores ocupaciones del gobierno.

El 28 por la tarde emprendemos la marcha en compañía de M. Rolland. El camino es bastante bueno: á las dos de la mañana llegamos á *Durian Tonggal*, estación de policía, donde todos los *mata-mata* ocupan su puesto; á las siete damos vista á *Kessang*, otra estación de policía de seis *mata-mata*, no lejos de la cual se halla la casa de M. Rolland. El pueblo de Kessang sólo contiene una reducida población aglomerada; pero en medio de los arrozales vecinos, limitados por un horizonte de altas montañas cubiertas de bosques, se ven numerosas casetas de malayos.

Desde el primer día, gracias á la intervención de monsieur Rolland, puedo valerme de un *manthra*, joven salvaje que ha salido de los bosques aguijoneado por el hambre y que habla regularmente el malayo: la casualidad me proporciona á la vez en este pobre indígena el más fiel servidor, intérprete y guía.

Un descubridor portugués, Godino (2), da el nombre de *Saletas* á las poblaciones primitivas de la provincia, expulsadas de la costa por los malayos: nunca he oído hablar de estos Saletas en mis excursiones; los únicos indígenas que hemos encontrado son los *Manthras*, los *Udias*, los *Knabouis* y los *Jakouns* (3).

30 junio.—Pang Lima se compromete á conducirnos á donde están sus hermanos, en el *Bukit-kumunin*, á una veintena de kilómetros al norte de Kassang.

Después de seguir algún tiempo un camino bastante regular penetramos en un bosque, avanzando por él durante cuatro horas á través de sinuosos senderos trazados por las fieras, obstruídos por troncos enormes, que muertos de vejez han caído en tierra. ¡Qué bosque tan magnífico! No espero ver jamás otro que le iguale, así por lo solemne, como por el carácter religioso que su conjunto ofrece! los *Kayu darah* (4) y los *Dammar* (5), árboles gigantescos y rectilíneos, confunden su follaje y sólo filtra á su través una luz muy debilitada. Entre las ramas más altas deslízase de vez en cuando un gibón (6), lento y grave, que

(1) Los ojos, traducido literalmente del malayo.

(2) *Malaca, la India Meridional y el Cathay*, manuscrito original autógrafo de Godino de Eredia, reproducido en facsímile y traducido por M. León Jaussen, Bruselas, 1882.

(3) En las montañas de la península de Malaca habitan en diversos puntos otras varias tribus; una de las más interesantes es la de las *Sakkayes*, estudiada por M. de la Croix en la provincia de Perak (*Revista de Etnografía*, julio, 1882); pertenece al tipo negrito.

(4) *Caryophyllus fastigiatus*, Bl. Mirtáceas.

(5) Los malayos dan este nombre genérico á los árboles de que extraen diversas gomas y resinas; los más de ellos pertenecen á las familias de las Abietíneas y de las Dipterocárpeas.

(6) *Hillobates entelloides* (familia de los monos antropoideos).

bajo aquella inmensa cúpula parece el genio de la soledad.

Llegamos á orillas de un profundo barranco en cuya orilla opuesta se ve una alta colina (estribación del Bukit Kumunin) sobrecargada de un bosque tan espeso como el que acabamos de atravesar; al pie de la colina casi escondida en aquella masa de verdura, hay una caseta que parece liliputiense junto á los árboles gigantes que la cubren con su sombra.

Pang Lima avanza solo, portador de varios objetos de quincalla y tabaco, á fin de preparar á los Manthras á nuestra visita, pues la erupción inesperada de unos seres tan extraordinarios como los blancos podría en fuga á la tribu, haciendo imposible toda explicación. Nuestro embajador no se entretiene mucho y muy pronto nos hace una señal para que avancemos.

Los Manthras quedan al pronto como petrificados al fijar la vista en nosotros; pero algunas palabras amistosas, traducidas por Pang Lima, rompen muy pronto el hielo, y mientras que las mujeres se apresuran á cortar leña y encender fuego para darnos de almorzar, nosotros examinamos aquella gente.



Viaje á Filipinas.—Principio de una plantación china en la provincia de Malaca

Aquí se puede ver bien cómo se extingue una raza: nueve adultos y cuatro niños constituyen esta tribu, perdida al pie del Kumunin, y que pasa meses enteros sin ver á otros indígenas. Esta pobre gente, casi desnuda, espantosamente sucia, famélica, y atacada de enfermedades cutáneas, padece además otras muchas afecciones crónicas.

La caseta, tan maltratada como sus habitantes, contiene una especie de hogar lleno de cenizas, donde se conservan siempre algunos tizones encendidos, pues si se apagaran, no costaría poco obtener otra vez fuego, frotando entre sí dos fragmentos de bambú.

En un rincón se ven algunas toscas vasijas y cestos, uno de los cuales contiene todos los ingredientes del *sirih* (1); y también, cosa inesperada, una mosquitera adquirida sin duda de algún chino por vía de cambio: los mosquitos son insoportables en los bosques de Malaca; y ahora comprendo la veneración de que procuran ser objeto esas cortinas sórdidas, cien veces remendadas con pedazos de toda especie.

Fácil es imaginar lo que será la agricultura de una gente tan mísera y tan hambrienta: no hay allí instrumentos para el cultivo, cuando se trató de establecer la mezquina plantación que rodea la caseta, los Manthras derribaron algunos árboles y aplicáronles fuego cuando aun estaban medio verdes; el follaje y las ramas pequeñas se redujeron á cenizas, y entonces, haciendo uso de estacas puntiagudas, practicáronse agujeros en la inextricable red formada por los troncos que cubren el suelo. Los Manthras han sembrado un poco de arroz, plantando en el espacio de algunos pies el *oubi manis* (2) y yuca, para esperar luego filosóficamente el resultado de tantos esfuerzos.

Los Manthras se dedican también á la caza, y son bastante diestros; pero no conocen para esto más armas que el *parang* (3) y el *sampitan* (4), por medio de las cuales lanzan flechas envenenadas: los monos y las aves no suelen ponerse al alcance de sus tiros.

Y sin embargo, los Manthras no dejan de ser inteligentes; pero su indiferencia y pereza parecen impedirles todo progreso espontáneo. Bien veo aquí cuán justa es la apreciación del P. Pouget, que conoce á los Manthras hace mucho tiempo, y que á costa de los mayores esfuerzos consiguió conservar algunos en la misión de *Ayer Salak*, cerca de Malaca.

Tales son estos infelices salvajes que por su talla (5) y otros caracteres antropológicos recuerdan á los negritos de las Filipinas.

(Continuará)

(1) El betel, cuyo uso está muy difundido en toda la Malasia: lo que los indígenas mascan es un pedazo de *Areca Catechu* envuelto en una hoja de betel *(Piper betel)*, generalmente impregnada de un mástico de base de cal. El sabor del conjunto es análogo al de la yerba buena.

(2) Varias especies del género *Dioscorea* (Diosc).

(3) Especie de sable corto que sirve á la vez de cuchillo y de hacha: con distintos nombres y formas, y ligeras variaciones encuéntrase en toda la Malasia.

(4) Cerbatana. Los Manthras fabrican la cerbatana y las flechas; pero adquieren el parang por vía de cambio.

(5) 1,489 milímetros para los hombres, y 1,424 para las mujeres, según nuestras observaciones; en las demás tribus que hemos visitado en los alrededores del Kessang, los indígenas son un poco más altos. Compárese con la talla media de los franceses (hombres) que es de 1,657 á 1,660 milímetros.



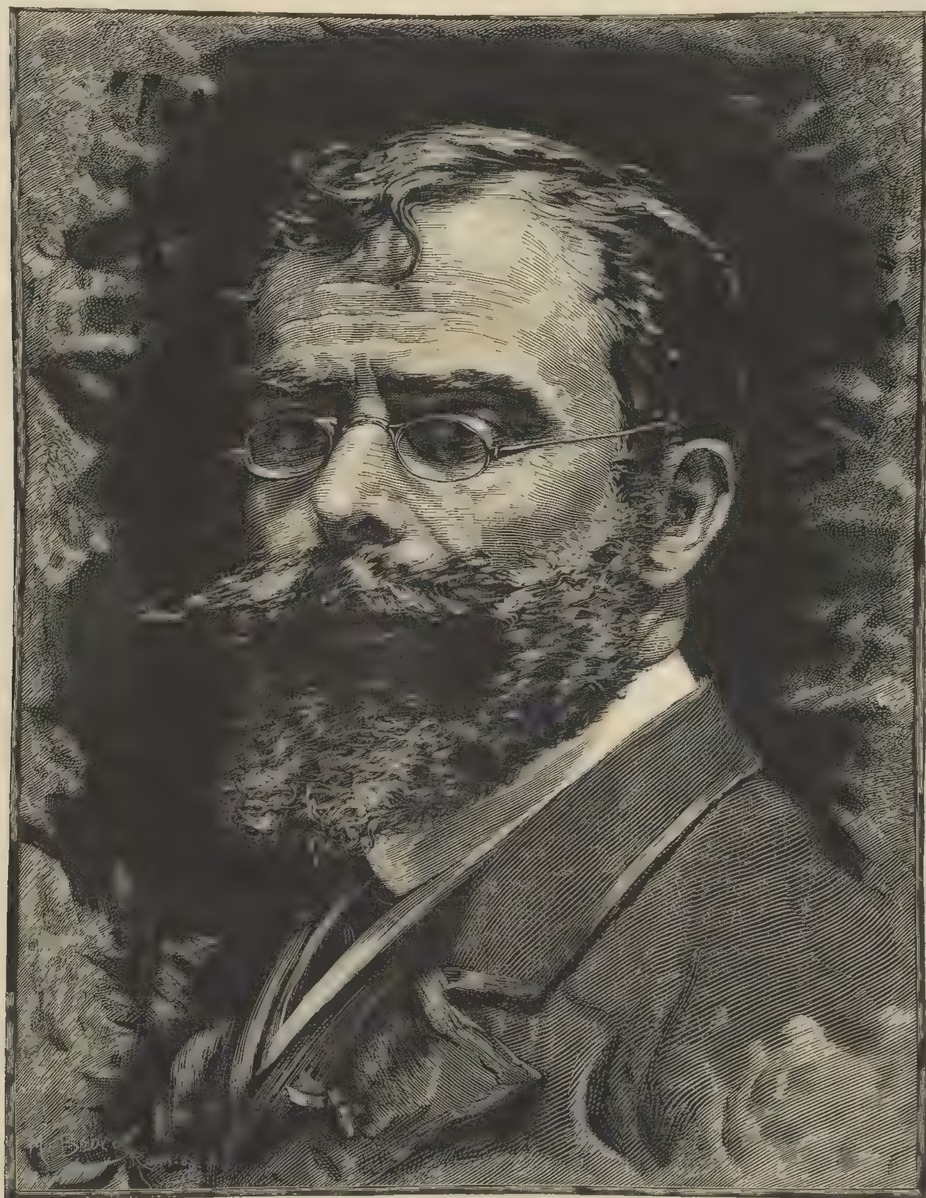
Viaje á Filipinas.— Nuestra llegada al país de los Manthras del Bukit Kumunin

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 11 DE ENERO DE 1886 — NUM. 211

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FRANCISCO PRADILLA, insigne pintor español,

copia de una fotografía, grabada por el Sr. Brocos, pensionado de grabado en Roma

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Los Reyes magos.—Ceremonías oficiales.—Año nuevo y nuevo Monarca.—El que nunca abdica.—Horrores del invierno y el hambre.—La vida en los campos.—Falta el pan y falta la cultura.—El maestro de escuela.—Ruina de ruinas.—Dos libros nuevos.—Preces de Año nuevo.

A la solemnidad con que la Iglesia conmemora la fiesta de los Reyes magos, se ha unido en la vida de España la solemnidad con que se ha celebrado la jura de la Constitución por la Reina. Con pocos dias de diferencia, la Iglesia y el Estado han tenido, la primera en su templo, la segunda en el santuario de las leyes, aquellas ceremonias singulares, dispuestas para que un pueblo dado á todas las cosas de gran espectáculo se apasione de las instituciones divinas y de las humanas.

Los Reyes magos representan en la tradición popular no sólo el homenaje que los más grandes y poderosos señores de la tierra hicieron al Redentor del mundo, sino aun más que esto; una leyenda de prodigalidad inagotable que colma de dones al objeto de sus preferencias. Así, pues, en la mente del pueblo, los tres reyes magos se representan como tres magníficos príncipes, llenos de riquezas, en la forma más tangible y visible de ellas; en la del oro y piedras preciosas, de que llevaron al portal de Belén sus camellos y acémilas cargados hasta no poder más, y allí dieron con los desaforados esportones en tierra, y que quieras, que no quieras, se los entregaron á la Virgen María y á su Divino Hijo.

La pintura mística se ha apoderado del asunto, reproduciéndole mil y mil veces; lo mismo el pincel angélico de Murillo, que el palo de escoba de Orbaneja. Todos han creído interpretar esta leyenda cristiana, dando á los rostros y á las actitudes de los Reyes, cierta apariencia de grandeza, y cierta noble compostura que les sentase á maravilla entre los armiños de sus mantos, y bajo los esplendores de las tremebundas coronas de oro, en que centellea cada diamante como un huevo de paloma.

El pueblo cristiano con una lógica que honra á su ingenio, ha deducido de la magnanimidad de los Reyes, una consecuencia práctica, y se ha dicho:

«Puesto que estos buenos señores vienen todos los años del lejano Oriente el día 6 de enero, y traen buena provisión de riquezas para repartirlas á diestro y siniestro, y á troche y moche, no seamos tontos y aprovechémonos; dirijámosles una postulación para que se acuerden de que nuestras miserias y pobrezas son dignas del amparo de tan magníficos y poderosos señores.» Y hé aquí que como por ensalmo, en la noche del 5 de enero, todos los balcones se abren para dejar paso á una cesta, á un plato, á un zapatito, á una caja, y hasta á una espuerta, según la cantidad y calidad de los donativos que esperan de SS. MM.

En Madrid, la fiesta de los Reyes ha recibido un tremendo golpe, el día en que la autoridad municipal exigió el pago de cierta cantidad, cinco pesetas, á las comparsas que recorrían las calles aquella noche, armadas de antorchas humeantes, y de escaleras de mano á que se subían los cándidos astures ó redomados aguadores que estaban en el secreto, para observar el sitio por donde los Reyes venían.

El volterianismo de la época va apoderándose de todas las cosas; y hace poco he oído preguntar á un niño, hablando de los Reyes magos:

—Y ¿van á todas partes en la misma noche?

—Sí,—le contestaron.

—¿De manera, que al mismo tiempo están en Madrid, en París y en Nueva York?

—Ciertamente.

—Pues entonces, no me explico que les sirva de guía una misma estrella.

***

Un eco de dolor y miseria se escucha en todas partes.

A las inmensas desgracias causadas por los terremotos, ha habido que agregar la parálisis mercantil que ha originado la ruina de la industria vinícola ocasionada por la filoxera, la decadencia de los mercados de granos que parecen sentir la competencia extranjera, faltos de leyes previsoras y de un proteccionismo prudente, ó de un sistema económico cualquiera que permitiese restañar estas heridas con otras ventajas sociales. Unase á esto las grandes nevadas que sobre toda la Península, y que en extensas comarcas de ella han impedido durante muchos días las labores agrícolas, de que viven las tres cuartas partes de los españoles. Es este un país en que, excepción hecha de algunas poblaciones de las Provincias Vascongadas, y de alguna población de Cataluña, en todo el resto del territorio el hombre vive de las faenas de la agricultura. Puede que haya en España más de nueve millones de ciudadanos que poseedores de pequeñas extensiones de terreno, de un par de mulas y de un juego de arados explotan y usufructúan la labor heredada de sus padres, contentándose con vivir de lo que inmediatamente les dan seis ú ocho fanegas de tierra, labrándolas por sí mismos, cosechando con sus propias manos los frutos, moliéndose la harina en el propio molino, cociéndola en el horno de la casa y comiendo el pan con aquella harina fabricado. Una cantidad de españoles igual á la anterior, viven á sueldo de estos: son los jornaleros del campo, que al amanecer salen de todas las poblaciones de Castilla, Andalucía, Cataluña, Navarra y Galicia, llevando al hombro un pico ó una azada, pobremente vestidos, sin más esperanzas para todo el día que un pedazo de pan y alguna pequeña lonja de tocino, todo envuelto en un trapo que colgado del instrumento de labranza llevan al terruño, donde pasan doce horas cavando, ya agarrados á la esteva del arado, ya destripando terrones, según la frase gráfica y característica de España. Allí el tiempo se desliza para ellos monótonamente: óyense por todas partes canciones, ya en el idioma dulcísimo de Galicia, ya en el gutural acento de Aragón. Estas canciones de amor, la mayor parte engendro de la musa popular, entretienen los labores de los jornaleros agrícolas, y los hacen llevar con resignación el aburrimiento y la fatiga de sus trabajos. No hay para estos desventurados camino de redención. Apenas son púberes cuando el hambre de sus propios padres les arranca de las manos de un maestro municipal que, pro fórmula, les ha repetido unas cuantas veces las vocales y las consonantes. Aun no sabe unir bien aqeul mancebo el uso de unas y otras, aun no sabe firmar y ya el Estado considera que su educación está terminada y que en aquel salvaje puede mañana encontrar un ciudadano. Esto explica la mayor parte de nuestras desgracias nacionales, la falta de vigor en la opinión pública, el desinterés y el despego con que la mayoría de los españoles miran lo que ocurre en la esfera de la política y la administración; la indiferencia y el desamor con que se piensa en el porvenir de la patria; el desprecio y la ira que producen los magnates y los gobernantes. Toda esta serie de fenómenos morales que indican un completo divorcio, un disentimiento evidentísimo entre el mayor número de ciudadanos y aquel pequeño número de ellos que rigen los destinos de la nación, son efecto de que entre las grandes masas dirigidas y los pequeños núcleos directores, se levanta una muralla de hielo y arena para la ignorancia. ¿Qué se diría de un minero tan loco ó tan ignorante que habiendo dado, por su fortuna, con un filón entre los estratos y cristalizaciones de una roca de cuarzo, en vez de llamar golpe de gente que armada de zapapicos hiriese las duras breñas y rasgándolas buscara la continuidad y consecución de aquel filón metálico, dejara pasar los días en inacción, y cuando la necesidad de dinero le apurase viniera á pronunciar discursos delante de aquella roca, pidiéndole que le entregara el rico metal que guardara en su seno? Pues no es otra cosa lo que sucede con el pueblo español. Las preciosas cualidades de su raza despuntan y se descubren á través de su ignorancia misma, como á través de la dureza y esterilidad de la roca de cuarzo se descubren gotas de plata que en los días de la fluidez de los metales han trasudado afuera, á la manera que el agua trasuda por el barro de la alcarraza andujareña. No hay un estadista que se ocupe de abrir la roca; es decir, de apartar las montañas de ignorancia y barbarie que envuelven y ocultan ese filón de inteligencia, filón riquísimo en la raza española, que chispea en sus canciones, que brilla en sus refranes, que palpita en su buen sentido, que se manifiesta en mil sencillísimas formas del ser moral que en vano querrán negarle nuestros enemigos, porque todos ellos fulguran con vivísimos relámpagos de fuego.

Las manos que han de manejar esos zapapicos no son otras que las del maestro. El maestro de escuela con su modesta apariencia, con su insignificancia nacional, eso es lo que necesitan los españoles para que sus condiciones se modifiquen y para que el aspecto de nuestro país varíe por completo. Nada de guerreros que armados de coruscantes chafarotes y adornados con uniformes vistosísimos sean encanto de los ojos y deleite del vecindario en los días de parada y formaciones; nada de encopetados magistrados que ocultos los nobles pechos con togas de paño y con calvarios de cruces renombradas y gloriosas asistan en estrados y hablen en academias y discutan en Parlamentos sobre lo mejor ó lo peor de la ciencia del derecho; nada de próceres aristocráticos y linajudos que arrastran por las salas palatinas los trajes de brocado, el blanco hábito de Santiago, los rojos talabartes de las antiguas órdenes religiosas... De todo esto, tenemos gran copia; hace muchos años que venimos gobernados por unos y otros, pasando de las manos del militarismo á las de la judicatura, desde un gobierno de leguleyos á un gobierno de hombres de administración; ora influídos por el absorbente espíritu de los cabildos catedrales y de las órdenes monásticas, ora empujados por el materialista ateismo inculto en su fondo y bárbaro en sus procedimientos... Lo que necesitamos es algo más modesto, más útil, más práctico, más humanitario. Un maestro de escuela fácilmente se le crea: un hombre de mediana disposición, con unos cuantos años de estudio, de honradas y puras costumbres, de humildes aspiraciones, puede desempeñar esta misión importantísima que consiste en ir repartiendo por los pueblos el pan del alma, distribuir en pequeñas porciones las ideas y en hacer asequible la ciencia del Evangelio á los espíritus más obtusos y torpes. Unos cuantos años de propaganda en las escuelas públicas, la enseñanza obligatoria y castigada la desobediencia á ella con fuertes penas, la creación incesante de centros de enseñanza, y una propaganda activa que siembre en el campo las ideas.

***

Lo que quedaba del antiguo é histórico Bazar de las Américas, en el fin de la Rivera de Curtidores, ha sido destruído por las llamas. Era aquel un archivo de miserias, un museo arqueológico de la pobreza. Todo lo viejo, todo lo inútil, todo lo miserable iba á parar á manos de unos cuantos comerciantes que después de aderezarlo con las misteriosas artes que constituían su secreto, lo ponían en circulación de nuevo. Hace pocos meses un incendio arrasó la parte principal de este mercado de ruinas.

Hoy las llamas han acabado de purificarlo. Pero ¡misterio profundo! la pérdida de aquellas miserias hace más miserables á sus dueños, y sus viejas capas, sus rotos mueblajes, serán vendidos para comprar pan y formarán pronto otro mercado como el que ha desaparecido.

Tal es el camino de la miseria: en el que siempre hay un más allá. Como dijo Calderón.

***

Dos libros tengo sobre la mesa y constituyen mis *etrennes* literarios del año.

Es el uno de Alarcón y contiene sus poesías y su drama *El hijo pródigo*. ¿Qué he de decir que pueda añadir un nuevo rayo de gloria al autor de *El Sombrero de tres picos*? Su nombre es uno de los timbres de honor de nuestras letras.

Para acabar bien este artículo, copiaré una poesía deliciosa que tomo al azar de aquel precioso libro.

Celoso de su blancura,
é imaginando eclipsarla,
cayó ese copo de nieve
en el hueco de tu palma...
Pero conoció ya tarde
que tu mano era más blanca,
y, de verguenza ó de envidia,
expiró deshecho en lágrimas.

***

El otro libro es de Campoamor y se titula *Humoradas:* es una colección de pequeñas poesías, que son como el germen ó el embrión de otras tantas doloras.

Empieza el libro con esta sentencia de terrible verdad:

«La niña es la mujer que respetamos;
La mujer es la niña que engañamos.»

***

1885... 1886... ¡Quiera el cielo acordarse en el año que empieza de lo que España ha sufrido en el año que acaba, y que desde las alturas eternas caiga una voz de perdón, diciendo: «¡Basta!»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

FRANCISCO PRADILLA

Decía Napoleón I que todo soldado que empuñaba un fusil, llevaba en su mochila el bastón de mariscal de Francia. Y cuando se trata de Pradilla y se tiene en cuenta que su carrera de pintor empezó en Zaragoza, dando manos de óleo y barniz á puertas y balcones, bien puede decirse que cuando un verdadero genio coge un pincel entre sus manos, puede aspirar á que la grosera brocha se convierta un día en cetro del arte. Así ha sucedido una vez más con el célebre autor de los lienzos *Juana la loca* y *Rendición de Granada;* con la particularidad de que en esta ocasión ha fallido el refrán que dice: nunca fray Modesto fué guardián; pues con ser nuestro Pradilla la modestia personificada, es guardián y general y rey del arte. España, Europa, América, le otorgan una corona de laurel, que produce menos, pero no es menos valiosa que si fuese una corona de príncipe; y él solo, solo entre tantos millones de admiradores, la rechaza como si no pudiera con su peso; él solo está descontento de sus obras; él solo se empeña en criticar lo que todos aplauden con entusiasmo.

Pradilla le debe á Dios su talento natural; lo demás se lo ha procurado por sí mismo, á fuerza de privaciones, de vigilias, de estudios, de esa lucha constante de todos los días y de todas las horas, en las cuales cada victoria significa la pérdida de una cantidad de vida, de juventud y de ilusiones. Solamente así se explica que quien ha conseguido tantos triunfos como ha empeñado combates, haya transcurrido apenas la edad risueña de la existencia y se distinga por una especie de melancolía, de desfallecimiento, de disgusto, hacia sus admirables creaciones, impropio de quien debiera contemplar el porvenir á través de una atmósfera de color de cielo. Y es que, en medio de la gloria que le rodea, Pradilla siente dentro de sí mismo algo que le empuja hacia derroteros distintos; algo del *divino desconocido* que le deja vislumbrar un arte superior, una escuela propia, un género histórico adecuado á sus alientos, aprisionados por la dura ley de la necesidad, que hace que los artistas sean hombres, siendo así que poseen, dioses en la tierra, el don de crear lo increado todavía.

Debe Pradilla á unas tercianas pertinaces el haber pasado desde Zaragoza á Madrid, donde entró, poco más que de aprendiz, en el taller de los pintores escenógrafos Ferri y Busato. En esta humilde situación, robando horas al descanso, frecuentó como alumno la Academia de Bellas Artes y empezó á pintar con colores molidos por su propia mano, puesto que sus recursos pecuniarios no le permitían comprarlos preparados. La Academia le fatigó muy pronto, porque la rancia pedagogía mal se aviene con las tendencias de los espíritus levantados. Sus impresiones de niño en este punto y sus continuas meditaciones acerca de la enseñanza del arte, le han inspirado ideas profesionales completamente suyas; pero su criterio no ha prevalecido en el Estado: los gobiernos españoles tienen harto que hacer con ganar elecciones y sostener estériles campañas parlamentarias, para preocuparse de cosas tan fútiles como las manifestaciones del arte.

Pintando acuarelas y dibujando para periódicos ilustrados, ejercicio que por aquel entonces pertenecía á los *medios de vivir que no dan para vivir*, como dijo Larra, le encontró en Madrid el inolvidable Fortuny, que con ser tan joven era ya una lumbrera. Fortuny adivinó á Pradilla, le dijo que la naturaleza era el libro sagrado en que los pintores debían sorprender los secretos del arte; y el alma de nuestro dibujante, enfriada por el descorazonamiento, se sintió vivificada por un rayo de sol, sol de esperanza, que reflejó en su frente desde la frente coronada de Fortuny. Hizo oposiciones á una pensión en Roma, y obtuvo la plaza.

Los pensionados en la ciudad eterna han de corresponder á la insuficiente protección del gobierno, remitiendo tres obras en otros tantos plazos. La tercera obra remitida por Pradilla fué... el cuadro de *doña Juana la loca*. España contempló admirada aquel lienzo, que es todo un poema de sentimiento y de amor desgraciado; París confirió, en certamen universal, la medalla de honor al autor de esa escena, que hace sufrir escalofríos al que la contempla; y en ese concierto de voces unánimes en el aplauso, sólo una voz disuena; es la de Pradilla que exclama tristemente:

—¡Ah! ¡Si yo hubiese tenido tiempo y recursos para hacer un cuadro!...

Otro tanto, poco más ó menos, se lamentaba el ilustre artista cuando en el salón de conferencias del Senado español resonaban los aplausos de cuantos contemplaban la *Rendición de Granada*, á cuya vista puede decirse verdaderamente que, ó nunca tuvo lugar la escena que representa, ó debió tener lugar como la representa Pradilla.

Y esos lamentos del ilustre autor no son alardes ensayados de falsa modestia para atraerse doblemente la voluntad del público; sino que Pradilla, cual otro Andrés Chenier al tentarse la cabeza que la guillotina iba á separar de su tronco, se olvida de lo que ha producido y piensa únicamente en lo que hubiera podido producir.

Estudiando al autor en sus obras, se echa de ver que no todo en ellas es simple fuego sacro, sino que el estudio ha completado al genio. Pradilla ha visto mucho, ha leído mucho y ha estudiado mucho. Sin apercibirse él mismo quizás, ha resultado ser un excelente crítico, un aprovechado historiador y un erudito arqueólogo. La contemplación extática de la naturaleza ha producido sin duda su exquisito sentimiento; pero luego el estudio ha reformado las primeras impresiones; el análisis de las pasiones le ha revelado la manera de darlas forma debida, histórica y fisiológica; y si una aspiración altísima le inclina á la más difícil y seria de las manifestaciones del arte, no tiende el vuelo á los espacios propios de la reina de las aves, sino cuando está seguro de que cuenta con las alas del águila.

¿A qué escuela pertenecen las obras de Pradilla? Aun cuando nuestro artista no niega su admiración ni sus

simpatías hacia los grandes pintores franceses; sin embargo, sus lienzos tienen cierto carácter propio, cierta tendencia á emanciparse por su sola cuenta, hasta llegar al supremo *desideratum* del genio, la originalidad en la manera de hacer. A este objetivo se encamina, y cuando llegue á él, de fijo habrá conciliado la forma natural, fuera de la cual no hay verdad, con la forma poética, fuera de la cual no hay genio. Su *Juana la loca* es una demostración muy adelantada de esa aspiración de alto vuelo: su autor, digámoslo así, *ha pintado una elegía*.

Pradilla es joven aún: tiene delante de sí tiempo bastante para realizar sus ideales. Si en su noble ambición de artista se propone la audaz empresa de llegar á la región del sol, hemos de confesar que el Icaro del arte no tiene en esta ocasión alas de cera.

EN LA CAZA DE CETRERÍA, cuadro de H. Vogel

El autor de esta obra debe haberse propuesto pintar un incidente cinegético: únicamente, y pese al título del cuadro, no son aves ciertamente lo que caza nuestra pareja. Si tales episodios tenían lugar en esa clase de ejercicios, ya nos explicamos porqué tuvieron tantos aficionados en la Edad Media.

Hemos de suponer, sin embargo, que Vogel, más que criticar una costumbre, hase aprovechado de ella para pintar un hermoso grupo que le acredite como artista correcto y elegante. No es dado á quien domine menos que Vogel el dibujo, combinar la actitud de esos amantes de modo que no resultara violenta: el autor ha vencido hábilmente las dificultades, y la naturalidad es tal vez la condición más saliente de esa bella obra.

CAZA DE LOBOS, cuadro de Antonio Kowalski

Es Rusia, por su extensión, el primer imperio del mundo, si se exceptúa quizás el imperio chino. En los dominios del Czar reinan toda clase de climas; y en su consecuencia se producen toda clase de vegetales y nacen toda suerte de alimañas y animales feroces. Entre estos, el lobo y el oso son los más comunes; y por ser los más comunes son los que más daños causan y, por ende, son los más perseguidos.

El hábito de esta caza y las mayores ventajas obtenidas por el cazador cuando se apodera de la fiera viva, han dado lugar al empleo del lazo, en cuyo manejo hay cosacos tan diestros como el mejor diestro americano.

El cuadro de Kowalski que representa una de esas cacerías, es de composición correcta y vigorosamente ejecutado. El cazador, que constituye la figura principal, está bien estudiado como tipo y actitud; siendo, asimismo, notable el caballo que monta. El campo en que la escena tiene lugar, ha de haber ofrecido al pintor bastantes dificultades de ejecución, que ha vencido con arte, obteniendo todo el efecto que se propuso y que el color debe realzar poderosamente.

DOS CAMAFEOS ROMANOS

(Conclusión)

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureísmo una idea estoica en el Imperio.

A este fin puso sus ojos en un joven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este joven, que se llamaba Pisón, había pasado los días más hermosos de la juventud en el destierro y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria que cubría sus sienes y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, á cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos más hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imagen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche en que había huído para siempre la libertad romana. Así lo trasmite á la posteridad grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imagen fiel y real de la idea estoica, en que gran parte de la aristocracia se había refugiado después de las amarguras que le trajera la caída de la República. En todas las palabras que se atribuyen de común acuerdo á Galba se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo Emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así encomienda á Pisón este legado, y al verlo, joven y fuerte, se conmueven con una gran esperanza sus entrañas. Pisón muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus labios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigía á Pisón, eran el resumen de todo la filosofía estoica. El gran principio de: «No hagas á otro lo que no quieras para tí,» fué grabado en la conciencia del joven. Galba muestra deseo de volver á comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre ni enteramente siervo. La adopción se verifica ante los soldados y ante el Senado, Pisón se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el Senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiración contra la eterna lógica de la historia. En un día querían destruir dos hombres, medio siglo de acontecimientos y de grandes revelaciones del espíritu. La naturaleza, que tiene relaciones misteriosas é incomprensibles con la conciencia, cuando Galba presentó á Pisón en el campamento estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuración del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pisón sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribunda, que se extinguía al soplo de la Providencia.

En aquella sociedad existía la lucha entre dos ideas, entre la idea estoica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podían estar por largo espacio de tiempo dormidos y habían de disputar el paso á sus contrarios. La idea epicúrea, que llegára á su apogeo en Nerón, personificóse en Othón, que había auxiliado á Galba con esperanza de sucederle. Cuando vió la adopción hecha por el César, ardió Othón en ira. Era este Othón un joven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido á Nerón en ideas y en instintos; compañero de los vicios de éste, dado á ir por la noche de casa en casa y de calle en calle inquietando á los pacíficos habitantes; sorprendiendo á las más hermosas doncellas en su lecho; siempre en danzas, juegos y festines; cargado de deudas, pues á sus ojos, Nerón era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Nerón porque se habían vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al día siguiente la derramó Othón delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las más prostitutas mancebas; supersticioso como convenía á un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de cuerpo; adulador de la plebe, codicioso del Imperio, no sólo por el natural deseo de mandar, sino por libertarse de la infamia con el pago de sus deudas; imagen fiel del Emperador que había perdido Roma, de Nerón, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya y la humillación de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancerosa.

Los ánimos en Roma sólo habían menester para encenderse, un soplo. Los soldados habían perdido la esperanza de cobrar los donativos, pues, ni en el día de la adopción, día sagrado, les había hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aún de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El Senado, perdida su grandeza, no podía avenirse á su mezquina servidumbre, y en cada nueva mudanza creía encontrar un nuevo remedio. Las legiones extranjeras, roto ya todo freno, habían en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del glotón Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el Emperador tan sin justicia y sin consejo, afilaban sus armas ofreciéndolas al primero que quisiera empuñarlas y esgrimirlas. Galba estaba, pues, como tendido sobre un volcán que iba á estallar, y al impulso de la primer mano que abriese su ardiente cráter, y esta mano audaz era la mano de Othón, sí, de Othón que no tenía más ansia que el Imperio, pues, sin honra para merecerlo, aun le quedaba aptitud para alcanzarle. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulación en el pueblo y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disipadores, el festín de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonó medio para combatir á Galba y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero para preparar la conjuración, lo allegó pidiéndolo prestado á un esclavo del Emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo á Galba y del amor del ejército al oro. La conjuración estaba tan preparada, que una noche al salir de un festín se hubiera dado el grito, á no impedirlo el temor de que se malograse por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un día de mediados de enero estaba Galba sacrificando á los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardía en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguía con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y á un lado se veía anhelante, fatigado por mil pensamientos, mirando, ora al ara, ora á la puerta, á Othón, que oía de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuración escuchado con frialdad por Galba y con espanto por su gente. Después de esto, á una señal convenida, abandonó Othón el templo y el sacrificio, y se dirigió al Foro. Una litera le conducía, pero sus esclavos no le podían llevar según su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse á correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró la carrera. Por fin llegó en medio del Foro, al pie de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othón volviese los ojos, encontraba ejemplos de fidelidad y heroísmo, que mudamente condenaban su acción, pues allí se reunían para proteger al Imperio, el rey de los sacrificios que elevaba una incesante plegaria á los dioses para la salud de la Ciudad Eterna, que Othón iba á perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro que Othón quería dilapidar; el templo de César, del fundador de aquel Imperio que Othón quería profanar; el templo de Cástor y Pólux, consagrado á la libertad patricia, cuyo renacimiento Othón quería impedir; el tribunal del Pretor donde se prestaba el juramento que Othón iba á romper; el lago Curcio; la estatua de Celio y de Marco Tulio; las imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros, en que hablaron todos los grandes oradores; la estatua ecuestre de Augusto; los milagros de elocuencia, de heroísmo, de grandeza de aquella Roma que Othón iba á prostituir; la imagen de los dioses patrios del Olimpo romano; la figura de la loba que amamantó á Rómulo, todos los genios que formaban el poema de aquellos dogmas que Othón iba á herir; el monte Capitolino levantando en sus cimas los edificios que guardaban el alma de aquellos derechos que Othón iba á pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecían animarse en medio de aquella tempestad para confundir á su degradado é indigno hijo.

La soledad de la plaza debía atemorizar á Othón; pero su ánimo resuelto no se dió á la duda ni al desaliento. De un lado á otro corrían unos cuantos soldados dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevacion que debía dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de menos aliento que Othón, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto; pero la desesperación tomaba en él la forma del heroísmo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así cuando aquellos veinte soldados que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othón creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remisión en pagar las donaciones prometidas, acariciando el puño de las espadas hambrientas de venganza, aguardaban sólo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Nerón, al epicúreo querido de todos los calaveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les había dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo, pendiente de su tornadiza voluntad. Y á pesar que en el camino se habían reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar á Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares, venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban á la luz del sol, gentes inquietas, gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitación, siguieron á los conjurados y fué obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba y poner en el solio á su competidor Othón. Este con la mano saludaba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundíase en el polvo, doblaba la frente, se rendía, se humillaba, se arrastraba á sus plantas, imprecaba á Galba, traía á la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba á todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma.

Mientras Othón subía al trono, Galba importunaba con sus plegarias á los dioses. El estoico Emperador no era muy religioso, pues á pesar de las señales contrarias del cielo, había adoptado á Pisón, y en aquel momento supremo en que acababa su vida y su imperio, renacía como por instinto y sin conciencia, un sentimiento religioso en su seno. No bien había acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuración. Galba al pronto no quería creerlo; dudaba, temía, y estaba indeciso, sin voluntad y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacían traición en aquel instante supremo, y Tito Vinnio volvía los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, más para ver aquella tragedia, que para auxiliar con sus fuerzas ó con sus deseos á Galba. Unos creían que debía echar mano de sus esclavos y de sus domésticos, fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, é invocar allí el auxilio del pueblo, herido en su Emperador; pero otros creían que debía abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasión á las plantas del amo del mundo. Galba no sabía qué hacer. La guardia germana le era hostil por haberla despreciado; la guardia marina más hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que les tocase el corazon á su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Mientras estos hechos corren y suceden se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas caen á su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnios, pórticos y patios; el Emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero entre tanta confusión se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearía el abandono, compañero del vencimiento; la soledad, única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que había matado al enemigo del Imperio, á Othón. Este gran engaño fué obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar á Galba de su palacio, para mejor asaltarlo en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se ciñó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose á la insurrecta milicia. El pueblo había inundado las calles y llevado de su curiosidad ocupaba los atrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto, como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábale poco su nuevo dueño, y sabía que para él sólo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro cuando vió venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideración alguna á la majestad del Imperio, sin respeto á la vejez del Emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si tratasen de vencer algún príncipe extranjero, que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, ó herido á los dioses patrios; en medio del Foro, allí, donde se levantaban tantos altares y tantos tribunales, allí donde el numen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos; allí



EN LA CAZA DE CETRERÍA, cuadro de Herman Vogel



CAZA DE LOBOS, cuadro de Antonio Cowalski


TRAJES TURCOS DE TREBIGNE, apunte á la pluma del celebrado dibujante español Vierge

donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo; en aquella tierra en que dormían tantas generaciones, en que había brotado la idea del derecho; allí aguardan á su Emperador como para más ennegrecer su crimen, y le asaltan y le derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado á sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo, sino porque no había abierto la mano para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendía como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus más grandes glorias. Su cabeza fué metida en un saco; su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que le habían aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hábito de la servidumbre.

EMILIO CASTELAR

EL PAGARÉ

POR DOÑA CAROLINA CORONADO

(Continuación)

IV

El Duque se enderezó en toda su estatura, y animando su fisonomía con todo el calor de la nobleza que pudo recabar de sí, sacó un puro, de dos que le quedaban, y esperó en su cuarto á pie firme la entrada de Samuel, pues no podía ser otro desgraciadamente.

Samuel era un hombre de regular estatura; enjuto, de finos rasgos, demasiado finos, pues tenía la nariz afilada en extremo y los labios en extremo delgados. Su ademán era como de querer bajarse para recoger en el suelo alguna cosa, y la postura del brazo izquierdo pegado al costado le hacía parecer manco, aunque no lo era. Vestía de paño negro blanquecino, corbata de sarga negra, con un alfiler de camafeo, busto de la reina Victoria, y traía guantes de punto negro de algodón y un bastoncillo de bambú, rematando en una cabeza de lagarto.

– Buenos días, señor Duque, – dijo Samuel inclinándose con distinción y tocando respetuosamente con la punta de los dedos la mano que le tendía el Duque.

– Bien venido, Samuel, – contestó éste ofreciéndole el puro que le quedaba, é invitándole á sentarse á su lado en el canapé. – Ante todo, ¿cómo está Disraeli?

– Muchas gracias, señor Duque, no fumo; mi tío se halla aliviado de su indisposición y ya pudo ir á Windsor donde la Reina le esperaba impaciente.

– ¿Hay crisis?

– El ministro en Madrid que ha venido á pasar unos días en mi casa, me dice que mi tío será llamado al gabinete.

– Disraeli es sin duda el único que puede resolver las cuestiones que tienen Vds. en Inglaterra.

– Que tienen ellos, señor Duque, yo no soy inglés sino porque nací en Londres.

– Usted no es inglés, pero su interés político...

– Yo no tengo interés político ni en Inglaterra ni en ninguna otra nación.

– El interés que se relaciona con los negocios

– Los negocios, señor Duque, no deben jamás tener relación alguna con la política.

– Pero en un país perturbado el negocio de minas, por ejemplo.

– Pasa por encima de los trastornos.

– Yo no puedo decir eso: los trastornos políticos son los que arruinaron nuestra empresa.

– No, señor Duque, lo que arruinó sus empresas de minas fué la mala fe de los ingenieros y la negligencia de los empleados.

– ¿Y las huelgas promovidas por los revolucionarios?

– Producen una suspensión temporal en los trabajos y eso es todo. El mineral allí queda.

– ¿Y los ferro-carriles?

– Lo mismo. Cuando tienen las sociedades una base sólida, sufren alguna interrupción los dividendos, y pasado el chubasco, unas y otras acciones crecen en valor, porque estos escarceos populares producen siempre en la industria adelantos progresivos.

– Yo no soy progresista.

– Lo comprendo, señor Duque, — replicó Daniel con finísima sonrisa, y por eso no me explico cómo se entregó atado de pies y manos á las especulaciones modernas. Para los negocios se necesita...

– No ser caballero.

– No digo tanto, pero ser más práctico.

– Es verdad.

– Ya eso no tiene remedio.

Guardaron unos compases de silencio mientras el Duque volvía á encender el cigarro y Samuel daba vueltecitas al bastón haciendo nuevo examen de la cabeza del lagarto, y luego dijo el Duque:

– Mi pagaré vence hoy.

– Venció á las diez, señor Duque.

– Estoy pronto á renovarlo.

– Este pagaré no consiente renovación.

– ¿Por qué?

– Por haber consignado en él, improrrogable.

– Pero como el acreedor es V., puede V. mismo...

– Eso es lo que no haré.

El Duque se puso del color del maíz seco y arrojó el cigarro por la ventana. En esto sonó un golpecito y luego otro.

– ¿Quién es? – preguntó el Duque.

– Yo, – replicó Rosita, entrando como un pichón que viene á comer á la mano.

– Hija mía, – exclamó el desgraciado, asiéndose á su hija como el condenado á la efigie.

– ¿Quién es este hombre que te ha puesto triste? – dijo Rosita mirando de hito en hito á Samuel.

– Es un amigo nuestro; acércate y dale un beso.

– No, – replicó con un movimiento de repugnancia, – tiene ojos como los del bastón.

– ¿Te da miedo del lagarto, chiquita? – le preguntó Samuel suavemente.

– No, de tí, de tí.

– ¿De mí, chiquita?

– Papá estaba muy contento.

– ¿Estaba contento?

– Estábamos echando pan á los peces.

– ¡Mala ocasión!

– Y bañando el pato.

– Lo siento mucho.

– Y tú has venido á...

– Señor Duque, – dijo Samuel, – esta niña es muy graciosa, pero yo tengo que volver á horas fijas.

– Sí, V. tiene razón; vamos á ver cómo arreglamos esto.

– No hay más arreglo que cancelar.

– Pero como no tengo disponible esa cantidad, será preciso reunir algunos objetos.

– Haga V. salir á la niña y hablaremos con libertad.

V

¡Qué expresión la del rostro del Duque cuando hizo salir á Rosita! Era como arrojar al ángel de la guarda para entregarse al demonio en figura de Samuel. Su mirada desgarradora siguió fija en la puerta después de cerrada como si quisiera traspasar las maderas que le impedían ver los rayos de aquella luz, única que brillaba ya en la horrible tiniebla que había envuelto su vida. El remordimiento, como una serpiente que anida en la cabeza y da latigazos al corazón, le embargaba los sentidos. Así cayó sin aliento en una silla, ofreciendo, por señas, á Samuel que se sentara, lo que no quiso este aceptar.

– Gracias, señor Duque, gusto estar de pie y siento mucho la situación violenta de esta familia, pero no puedo remediar su mal.

– Voy, Samuel, – contestó el Duque haciendo un esfuerzo, – á explicar á V. algunas cosas y tal vez nos entendamos. Yo estoy arruinado, es verdad. La quiebra de la compañía de minas y el cataclismo de las empresas de ferro-carriles me obligaron á vender precipitadamente mis posesiones del Rhin; y los préstamos sobre las fincas de mi mujer para sostener la administración hechos en condiciones ruinosas...

– Señor Duque, el trece y medio por ciento no creo que sea usura.

– No digo usura, pero el apremio de los intereses me obligó á vender las fincas.

– Yo no pude evitarlo; los plazos vencían.

(Continuará)


LA MONJA, dibujo á la pluma de Antonio Fabrés



Fig. 1.—Los hilos del telégrafo eléctrico aéreo en Filadelfia.—Esquina de *Chestnut street* y de *Third street.* (Tomado del natural.)

CARTA DE AMÉRICA

Filadelfia.—Los hilos telegráficos.—El domingo y las limonadas de los farmacéuticos.—«Las bolas pagadoras.»—Los grandes almacenes.—La fábrica Baldwin

Pasar un domingo en Filadelfia es cosa nada alegre.

Novecientos mil habitantes están en sus casas retirados y tranquilos; las calles desiertas comunican á la ciudad el aspecto de un vasto cementerio. En las principales vías, sin embargo, los coches de los tranvías corren aún, y se ven algunas personas que se apresuran á volver á sus casas. Los alambres telegráficos, telefónicos y otros son tan numerosos, que debajo de ellos apenas llegan al transeunte los rayos del sol. Las sombras que proyectan los hilos metálicos más gruesos se hallan en el ángulo de *Chestnut street* (calle de la Castaña) y de Third street (calle Tercera), representadas en nuestro grabado (fig. 1); los postes telegráficos sustituyen á los árboles, cuyas hojas, de un delicado color verde, no son otra cosa sino los aisladores de cristal ó de porcelana, fijos en su tallo de madera: sirven para sostener la inmensa tela de araña formada por los innumerables alambres.

Los almacenes permanecen abiertos en apariencia, y como no hay tablas correderas, los escaparates brillan y están abiertos lo mismo que durante la semana. Parece que esta medida molesta á los ladrones, pues por la noche se pone una luz en el fondo del almacén, de modo que los agentes de policía podrían observar fácilmente las operaciones de los cacos. El robo que se efectuó en una platería de la Avenida de la Opera, en París, no se habría podido realizar, seguramente, en Filadelfia, pues los municipales hubieran visto á través de los vidrios las tentativas nocturnas de los rateros parisienses.

Las calles desiertas de Filadelfia no ofrecen el menor atractivo, y lo natural es dirigirse hacia las orillas del admirable Delaware.

En la extensa superficie líquida hay numerosos buques mercantes, y las hermosas líneas azules trazadas por las aguas del río, de rápida corriente, presentan un espectáculo magnífico, que se ve con mucho más placer el día de fiesta, porque se puede contemplar con toda tranquilidad, entregándose á la meditación.

Debajo de uno de los numerosos cobertizos situados cerca del río veo un grupo de espectadores, muchos de los cuales permanecen en pie, mientras que otros están sentados en fardos de mercancías diversas; en medio de aquella gente, una especie de clérigo entona cánticos con su esposa, y después pronuncia un discurso sobre la perversidad de los tiempos que atravesamos. Amenaza á la multitud con la cólera del cielo, y dice que Filadelfia, Nueva-York y otras ciudades serán incendiadas y precipitadas en los abismos, si los oyentes no obedecen á sus preceptos.

Después de escuchar estas amenazas, poco caritativas y espantosas, sufriendo los rayos de un sol abrasador, experiméntase la necesidad de reposar un instante, y hasta de tomar un refresco; pero ¡ay! todas las tiendas están cerradas, por ser domingo, y no hay medio de encontrar un solo café ó tienda de licores abierta. Afortunadamente tenemos aquí las farmacias, donde se encuentran todas las bebidas y limonadas que la civilización humana ha inventado; los farmacéuticos tienen en su almacén, junto á las drogas de toda especie, frascos á la antigua, de mármol raro, provistos de caprichosas espitas, y gracias á esto por algunos cuartos se obtienen el domingo todos los refrescos que en las cervecerías no se pueden vender el día de fiesta.

Satisfecha la sed, y recobradas las fuerzas, el viajero debe ir á ver ante todo el soberbio Parque de Fairmount, situado en los alrededores de la Cité; llama la atención por lo grandioso, por sus altas colinas y árboles seculares; está cruzado por el bonito río Schuylkil, y parece que la naturaleza se ha complacido en disponerlo todo armoniosamente en este sitio encantador, con el que, preciso es confesarlo, no podría compararse el bosque de Boloña.

Pasado el domingo, Filadelfia recobra su movimiento extraordinario, y todo se anima como antes, llenándose los almacenes de parroquianos que corren á hacer sus compras: es la resurrección.

En la calle de Chestnut, la calle elegante por excelencia, están los almacenes de MM. Sharpless hermanos, que pueden considerarse como el Louvre: aquí hay un aparato muy curioso, que es la *vía férrea de pago*, y que pudiera llamarse la *bola pagadora*. M. Lamcon es el inventor, y ciertamente no se podría imaginar nada más ingenioso y más cómodo que este sistema, empleado ya en varias ciudades de los Estados Unidos, Filadelfia, Cincinati, San Francisco, etc.

En el *Louvre* molesta mucho ir á pagar en la caja, como lo saben particularmente las señoras, pues siempre se han de sufrir empujones á diestro y siniestro; pero en el magnífico almacén de la calle de Chestnut se ha obviado este inconveniente. Los compradores no se han de molestar; pagan al dependiente que les ha servido, y se sientan con toda comodidad. El empleado pone el dinero y la cuenta en una bola de madera B (fig. 2), y la hace salir hasta la corredera CC, que baja apenas recibe la bola, lanzándola á una pequeña vía férrea inclinada, con rails de madera bordeados de cuero para evitar el ruido; la bola llega así al centro del almacén, á las oficinas de la caja, que en número de dos, están suspendidas, como la barquilla de un globo, en medio de la gran sala del establecimiento, pero comunicándose con las galerías por ligeras escaleras de hierro. Hay toda una red de rails de madera para estas bolas, que corresponden con los diferentes mostradores, establecidos en el piso bajo y el principal de los almacenes. Los compradores tienen siempre á la vista esta especie de canalización aérea, con las bolas que corren silenciosamente á su respectivo destino: es un espectáculo que no carece de originalidad.

Los mostradores son numerosos; todas las bolas tienen un diámetro diferente, y llevan números para evitar la confusión. Los diámetros distintos obligan á la bola á seguir la dirección apetecida, pues los rails de madera son de una anchura correspondiente, y los números recuerdan á los empleados el sitio de su mostrador. Cuando el cajero central ha recibido el dinero enviado, da el cambio, pone el recibo, y lo echa todo en la misma bola, lanzándola en el plano inclinado inferior. Llegada la bola á su destino, el dependiente atrae hacia sí la redecilla E (fig. 2), abre la cajita y entrega el contenido al comprador, que ha esperado en su sitio sin que nadie le moleste: toda la operación no dura más de dos minutos.

Si los almacenes se ven llenos de una multitud elegante, en las fábricas de la ciudad, ejércitos de obreros se ocupan en sus interesantes trabajos.

Los inmensos talleres Baldwin, entre otros, son extraordinarios en su género: es la más grandiosa fábrica de locomotoras de los Estados Unidos.

A la entrada de este palacio del trabajo, gracias á la recomendación de uno de mis buenos amigos de la ciudad, me entregan un pase para visitar todos los talleres.

Entro primeramente en el inmenso pabellón donde se acaban de montar las locomotoras y los wagones-depósitos de petróleo; el movimiento es extraordinario, pero pronto se acostumbra uno á él, admirando la actividad de los operarios, y el cuidado con que terminan y perfeccionan su obra. Después se entra en otro pabellón de iguales dimensiones, donde están las máquinas de vapor destinadas á taladrar ó cortar las piezas de hierro ó palastro; aquí están todas las fundiciones, los grandes martillos en continuo movimiento, las salas donde el metal líquido corre en los moldes, los numerosos talleres donde se construyen las piezas de menor importancia para las máquinas, tales como tornillos de toda especie, objetos de cobre ó de acero, etc.; y en fin, las salas de dibujo para los modelos. Se sale de aquí verdaderamente deslumbrado. El ruido atronador de los trabajos causa fatiga en estas fraguas de Vulcano, donde los operarios tienen orden de conservar un mutismo absoluto, prohibiéndose hablar ó preguntar nada á los trabajadores, circuídos de llamas y de humo. La aplicación y la inteligencia reinan aquí como soberanas.

ALBERTO TISSANDIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En cuanto á su lengua, según el P. Pouget, que ha hecho un profundo estudio de los dialectos de la península, no es, como la de las otras tribus salvajes de las montañas del interior, sino un dialecto malayo con mezcla de algunas palabras siamesas.

En los días siguientes visitamos las tribus de los Jakouns, de los Knabouïs y de los Udaïs: son análogos á los Manthras, y omito los detalles que sólo interesan á la antropología. Encontramos en medio del bosque de *Rangkun* una tribu de Udaïs reducida á un hombre, una mujer y tres niños. En medio de un paisaje fantástico y en una choza carcomida es donde viven estos infelices, presa segura para los tigres, cuyos rugidos se oyen todas las noches.

8 julio.—Las supersticiones de que habla Godino y todas aquellas que yo reconozco entre los malayos y las tribus salvajes no tienen nada de muy característico bajo el punto de vista de la etnografía; pero dificultan mucho la adquisición para nosotros de esqueletos y cráneos. Pang Lima, tan obediente en todo, no se acerca á las tumbas sin repugnancia; y las tentativas hechas hasta aquí no nos han permitido recoger más que restos informes, roídos por los términes y sin valor alguno.

Sin embargo, no podemos marchar así de la provincia: mientras que el señor Rey, resuelto cazador, aumenta nuestra colección ornitológica, yo hago un esfurezo y consigo al fin obtener un esqueleto en buen estado.

Al día siguiente, mi Manthra pregunta á un chino, á quien cree muy al corriente de las prácticas de los blancos, cuál puede ser la razón que me induce á buscar osamentas humanas á costa de tantas fatigas.

—¡Cómo!—le contesta el chino—¿no sabes tú que ese *orang puteh* (1) es un gran mágico? En su país, valiéndose de sus encantamientos, devolverá á los esqueletos la vida.

—Si es así,—contesta Pang Lima,—voy á buscar los huesos de mi madre.

No me ha costado poco desengañar á mi fiel servidor.

Todas estas poblaciones salvajes del interior son de carácter dulce é indiferente, dominándoles sobre todo la pereza. A decir verdad, todos los salvajes podrían asegurarse la subsistencia para sí y sus familias trabajando en las plantaciones chinas de la provincia; pero sería para ellos un suplicio sujetarse á un trabajo regular; de modo que sólo la fuerza puede imponerlos. Prefieren estar perezosamente echados en sus casetas, mascando el betel y fumando, y no se resuelven á sacudir su letargo hasta que les aguijonea el hambre, aunque no ignoran que esta vida ociosa los expone á los más duros trabajos. En efecto, los malayos atacan con frecuencia á estos infelices, apodéranse de sus mujeres y de sus hijos y los reducen á la esclavitud. Semejantes atentados se castigan siempre con severidad cuando se conocen; pero ¿cómo se ha de saber en Malaca lo que sucede en el fondo de los bosques? El fugitivo que escapa de sus perseguidores ignora por lo regular la existencia de las autoridades á las cuales podría pedir justicia.

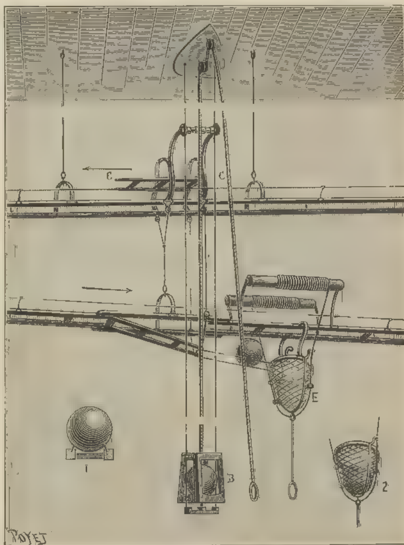


Fig. 2.—La *bola pagadora* de los grandes almacenes de novedades.

10 julio.—Nos despedimos de M. Rolland, cuya hospitalidad é indicaciones nos han sido tan útiles, y volvemos á Malaca por el camino que antes recorrimos en

(1) Hombre blanco; nombre que se da á los europeos.



Viaje á Filipinas. – Caminero malabar y buhonero chino.

sentido inverso, pero que no nos fué posible reconocer bien porque era de noche.

Este camino, que da vuelta á la provincia, atraviesa tan pronto el bosque como las plantaciones de yuca, y está bien conservado y vigilado. Con frecuencia encontramos dos mata-mata, que así, como los gendarmes, se corresponden de un puesto á otro, y algunos camineros malabares, cuyas esbeltas formas y perfil de águila contrastan notablemente con el tipo malayo; á veces divisamos también algún chino que caza furtivamente, ó que va agobiado bajo el peso de su *pikul*, y que inundado de sudor se dirige al caserío más próximo.

Atravesamos por Durian Tnoggal y otros pueblos malayos, que tienen todos el mismo aspecto: en el centro una ó dos tiendas de mercaderes chinos; muy cerca, un puesto de policía; y más lejos, diseminadas en medio de los *Bunga radjah* (1) y de los cocoteros, rodeadas de búfalos y de bueyes de dos jorobas, las casetas siempre silenciosas, excepto por la noche, durante la cual se oye á menudo la música bastante monótona de los *pantoums* (2).

Excitado por el fanatismo, por la lucha, y por el atractivo del pillaje, el malayo podrá hacer esfuerzos violentos y prolongados; pero en el curso ordinario de la vida entrégase con delicia á la indolencia. Sentado en su azotea, fuma, y mece á sus niños con la mejor voluntad durante horas enteras; mientras que la madre corta leña, saca agua y hace todos los trabajos domésticos. La ternura de los esposos parece concentrada en su progenie, siempre silenciosa y tranquila como el padre, y que rara vez se entrega á esos trasportes de ruidosa alegría, tan frecuentes en los jardines públicos de nuestras grandes ciudades.

En los alrededores de Malaca el paisaje cambia de aspecto; el gran bosque desaparece, y á las casetas de bambú sucédense las construcciones sólidas y elegantes, que pertenecen las más á negociantes chinos, quienes después de hacer su fortuna se retiran á Malaca, lejos del tumulto de los negocios de Singapore y de Penang. Sus coches, de buen aspecto, se cruzan con los *kreta* (3), mucho más modestos, de los señores malayos, llenos siempre de mujeres de toda edad, que al vernos se ocultan, por la forma, bajo sus velos de muselina.

Volvemos á encontrar en Malaca á las personas con quienes habíamos tenido el gusto de trabar conocimiento á nuestra llegada. El mayor Squirrel nos convida á comer, ofreciéndonos un banquete en que todo el refinamiento de Europa se asocia con el lujo asiático. El gobernador se informa cuidadosamente sobre la situación en que hemos encontrado á las tribus salvajes, y nos pregunta si hemos oído alguna queja, ó si sospechamos que se les cause perjuicio alguno.

El P. Pouget, siempre obsequioso, nos conduce á la misión de Ayer Salak, donde recogemos nuevos documentos antropológicos y nos es dado hablar largamente en latín con jóvenes Manthras que se educan en el pequeño seminario de Penang. Vamos á visitar también el establecimiento de las religiosas del Santo Niño Jesús, más conocidas con el nombre de Damas de San Mauro, sucursal del de Singapore. Todas las razas de la ciudad y de la provincia se hallan reunidas en este pensionado, del que depende una casa de huérfanos. Una sola religiosa francesa, ayudada por una hermana inglesa, sostienen hace más de veinte años la carga de esta dirección: difícil sería hallar una existencia más útil y mejor aprovechada. Todas las alumnas, muy alegres, están bien vestidas, y viven en la mejor armonía á pesar de la diversidad de sus razas; por indicación de las maestras cantan con mucha expresión varias canciones francesas que son muy gratas á nuestro oido. La superiora, que tiene seguramente mucha práctica en la materia, pone á las pequeñas Manthras muy por encima de las demás alumnas por lo que hace á la obediencia y á los buenos sentimientos; pero las jóvenes de esta raza educadas en la casa de huérfanos no vuelven nunca á las tribus, prefiriendo casarse con algún chino para conseguir un bienestar que en vano pedirían á un hombre de su raza.

13 julio.—Nos embarcamos á bordo del *Japón*, precediéndonos un rajáh malayo y su esposa: este vapor es chino; decididamente no nos libraremos de la compañía china.

14 julio.—El vapor ancla en la rada de Singapore. Monsieur Brasier de Thuy, director de los Trasportes marítimos, se presenta al punto en el puente, á la verdad muy á tiempo, pues si no fuera por su gente, no sé cómo hubiéramos podido reconocer y desembarcar nuestro considerable equipaje en medio del tumulto y de la confusión de que es teatro el buque en este momento. M. Brasier de Thuy nos conduce á su casa, donde pasamos muy buen día, agradable no tanto por las comodidades de una morada elegante cuanto por la conversación y las delicadas atenciones de M. Thuy. También hemos tenido el gusto de ver otra vez á los amables compatriotas con quienes hicimos conocimiento al llegar, y que nos han dispensado tan buena acogida: el cónsul Rinn, el señor conde de Jouffroy d'Abbans, canciller, y M. Martin, de los Trasportes marítimos. La noche se pasa muy pronto hablando de Francia.

LA PROVINCIA DE BATAAN (ISLA DE LUZON)

El 15 de julio pasamos á bordo del *Panay*, de la compañía Reyes, que presta el servicio regular entre Singapore y Manila.

El 21 entramos en la bahía de Manila dominada al oeste por las alturas de la sierra de Mariveles; dos horas más tarde se divisan ya los tejados rojos de la capital de las Filipinas, situada graciosamente al pie de montañas azules en un lecho de verdura.

Apenas el *Panay* deja caer sus anclas, cuando se presenta á bordo, para conducirnos á su casa, nuestro compatriota M. Luís Genu, director de la casa Guichard é hijo de París, que ya tenía conocimiento de nuestra llegada. Durante nuestros dos años de viaje debíamos encontrar muchas veces á M. Genu y obtener de él la misma favorable acogida. Gracias á su gran conocimiento de los hombres y de las cosas se nos allanará mucho el camino; su personal nos evita muchas diligencias fatigosas; y más tarde, al regresar enfermo, hallaré en su casa atenciones á que debería la salud, si al llegar á cierto grado, las afecciones ocasionadas por el clima de los trópicos no reclamasen necesariamente mi regreso á Europa.

Gracias á M. Genu nos instalamos rápidamente, y en virtud de una orden de S. E., el gobernador general de las Filipinas, la aduana deja entrar libremente nuestras armas, instrumentos y bagajes (4). Desde nuestra llegada podemos pues fijar la atención en el curioso espectáculo que se ofrece á nuestra vista.

Manila está en vías de un rápido desarrollo: reducida en otro tiempo á la ciudad fortificada que se halla en la desembocadura y en la orilla izquierda del Pasig, ahora está circuída de inmensos arrabales, de los que algunos de ellos alcanzan á los pueblos vecinos (5); y á pesar de los períodos críticos de que ninguna obra humana está libre, la historia de Manila y de las Filipinas es la de una colonia feliz. Esta prosperidad se debe indudablemente á los reglamentos establecidos desde el origen por el gobierno de las Filipinas, reglamentos muy apropiados para el carácter de los indígenas, y que siempre se han observado hasta aquí en lo que tienen de esencial. De este modo las Filipinas han podido resistir á numerosos ataques y profundas crísis económicas, sin que jamás la dominación española haya estado seriamente amenazada.

Al inmortal Magallanes es á quien se debe el descubrimiento de estas islas; pero el gran navegante, apenas pudo reconocerlas: el 31 de marzo de 1521 saltaba en tierra al nordeste de Mindanao, en la desembocadura del río Agusán, y el 26 de abril siguiente caía bajo los golpes de los habitantes de la pequeña isla de Mactán, cerca de Cebú. Su teniente, Elcano, regresaba muy pronto á España con la *Victoria*, el primer buque que dió la vuelta al mundo.

En 1542 se confió á Villalobos el mando de una segunda expedición, que contrariada por el tiempo, sólo pudo llegar á vista del archipiélago, al que el almirante puso el nombre de Filipinas, en honor del príncipe de Asturias, que muy pronto debía llamarse Felipe II.

Bajo el reinado de este último monarca los españoles se establecieron en las Filipinas. En 1564, el ilustre Miguel de Legaspi llega á Bohal, entre Leyte y Cebú, é instálase en esta última isla; en 1571 trasládase á Luzón y funda la ciudad de Manila; y en los años siguientes, la dominación española se extiende poco á poco por Luzón y las islas Bisayas.

La población de las islas Filipinas era entonces lo que es hoy: los indígenas de raza malaya, Tagaloes, Bisayas, etc., entonces idólatras, ocupaban la mayor parte del suelo; los negritos estaban confinados en las montañas del interior; y los malayos mahometanos (designados después con el nombre de moros) hallábanse establecidos en Sulu, Palawán y otros puntos del archipiélago, habiendo llegado á fundar en Manila un reino que se llamó Tondo: su resistencia no fué formal.

La sumisión de las Filipinas se efectuó rápidamente; la conversión de los indígenas al catolicismo, objeto principal de Felipe II, fué muy pronto un hecho consumado, y conseguido esto, la nueva conquista se organizó bien pronto, pues los españoles se limitaron á suprimir la esclavitud, esa institución fundamental de todas las civilizaciones nacientes, y mantuvieron la jerarquía indígena en lo que tenía de esencial.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Miranda de una casa malaya. Dibujo de Dosso.

(1) *Flor real (Hibiscus Roca Sinensis*, malváceas): es un arbusto de abundantes flores de color de púrpura brillante, magníficas, y muy conocidas en toda la península.

(2) Poesía cantada; el pantoum es una cuarteta de versos cruzados; teóricamente, los dos primeros, simbólicos, se explican por los dos segundos, pero más á menudo, sólo estos tienen una significación.

(3) Nombre que los malayos dan á los vehículos del país, por lo regular pequeños y muy míseros.

(4) El ministro de Negocios extranjeros en Francia había escrito con este objeto á Madrid, y el gobierno español concedió para todos nuestros bagajes la franquicia pedida, sólo para las armas, las municiones y los aparatos. M. Meurand, entonces director de los consulados en el ministerio, se ocupó del asunto con la mejor voluntad.

(5) Población de Manila y de sus arrabales: 75,000 habitantes en la capital y nueve millones en las islas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V · Barcelona 18 de Enero de 1886 · Num. 212

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, cuadro de J. Luis Pellicer

(Propiedad de don José Tomás Salvany)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, de J. L. Pellicer

Nada más digno del pincel de un artista que el ennoblecimiento del trabajo: en este mundo de la ruin prosa, el trabajo es una dura ley para todos; el artista produce porque trabaja; el genio merced á su trabajo es genio: el trabajo constituye el asunto del poema de la humanidad.

Pellicer ha querido llenar una página de ese poema, y ha escogido á su héroe más útil y humilde á un tiempo, al trabajador del campo, al segador de mieses, de quien, como de ningún otro, se ha dicho que gana el pan con el sudor de su frente. Héle en pleno campo que el sol baña por entero, con una intensidad, con una tenacidad cruel. En el cuadro de Pellicer entra por mucho ese sol, esa luz, ese ambiente de fuego. Bajo los rayos del sol se dobla el segador que con puño de acero corta las espigas, las apila en sitio conveniente y va formando los haces de que se deriva el más obligado manjar de los ricos y de los pobres. Unos y otros son iguales ante la necesidad del pan.

¿Quién más digno de comerlo que aquel que lo obtiene de la tierra, agradecida á sus cuidados?...

La obra de Pellicer es como todas las suyas: encierra un pensamiento profundo; está concebida con sobriedad y ejecutada con la precisión que sólo es dable á los verdaderos maestros del dibujo, que trazan lo que ven y ven lo que sólo es dado ver á los artistas de verdadero merito.

La escena tiene lugar en la ribera del Cinca; y el autor, con buen talento y fina sátira ha hecho intervenir en el asunto al señorito que aparece en el fondo, y que fumando tranquilamente su cigarrillo, contempla impasible la fatiga de los trabajadores. Ese *señorito* es la nota discordante del himno al trabajo compuesto por el Sr. Pellicer: sin duda por esto ha sido relegado al último término.

También reproducimos algunos apuntes tomados del natural, que sirvieron al autor para pintar tan notable cuadro, que ha figurado en varias exposiciones.

EL PRIMOGÉNITO, cuadro de J. Agrasot

Este asunto ha sido tratado por distintos autores; La Ilustración Artística ha publicado diversos grabados sobre este mismo tema. La coincidencia no prueba sino que el asunto es á propósito para ser tratado pictóricamente. No puede calificarse, por lo tanto, ni aun de imitación, el hecho de ejecutar un artista el asunto que otro artista haya ejecutado; porque en bellas artes el principal mérito no está en la escena ó tipo representado, sino en la manera de representarlo. Como tipos reproducidos hasta lo infinito, el cristianismo y el paganismo los han proporcionado numerosos, sin que el mérito de Rafael haya sido en detrimento del de Murillo, ni el talento de Rubens haya disminuído la importancia del Tiziano. Vírgenes y Venus, Cristos y Apolos, santos y semi-dioses, han sido reproducidos hasta la saciedad; y en punto á escenas, el monte Calvario y el monte Parnaso han dado quehacer á los pintores tanto como los milagros de los bienaventurados y las metamorfosis del soberano olímpico.

Agrasot ha estado feliz al dar forma al acto ó escena de la presentación del vástago primogénito de una familia ilustre, y aun cuando todo el talento del célebre Brend'Amour no ha podido suplir con el buril los encantos del colorido, sin embargo, el simple hecho de haberse confiado el grabado de este cuadro á tan importante artista, prueba el aprecio en que es tenida la obra que hoy publicamos.

LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD, dibujo de Teodoro Weber

Todas las fiestas cristianas tienen un fondo de poesía embelesadora; pero ninguna tan grata, tan dulce, tan consoladora, en medio del rigor de los elementos que por lo general la acompaña, como la fiesta de la Natividad del Señor. Los árboles no tienen hojas, los pájaros han suspendido su vuelo, la nieve envuelve la naturaleza toda como si fuese un sudario. Y sin embargo, apenas despunta el día, falta tiempo á jóvenes y ancianos para abandonar la abrigada vivienda, y no hay frío que no se arrostre, ni temporal que no se desafíe, para acudir al templo á oir el eco de la voz de los ángeles que publican la *buena nueva.*

¡Ah! También estaba helado el corazón de los hombres, también la sociedad espiraba bajo el sudario del egoísmo y de la sensualidad, cuando en una noche fría, en el fondo de un establo, sin más compañía que la de sus atribulados padres, nacía Aquel que convirtió el hielo en fuego, el egoísmo en caridad y la sensualidad en penitencia. Por primera vez se trastornaron las leyes de la naturaleza y un mundo lleno de vida surgió de un mundo muerto.

El dibujo de Weber nos traslada al campo en la mañana del *gran día*, y está todo él impregnado de una poesía tan sencilla, y tan grande empero, como el asunto que la inspira.

CHI MI AMA MI SEGUA, cuadro de V. Caprile

El autor de este cuadro es uno de los jóvenes pintores italianos á quienes sonríe un porvenir más halagüeño. Hace diez años expuso por vez primera sus trabajos, y hoy son éstos preciadas joyas del arte, que aficionados y comerciantes se disputan con empeño.

La pastora que hoy reproducimos llamó la atención en la última exposición milanesa, y ciertamente era digna de ello por su sencillo asunto, en que se hubiera estrellado, ó pasado desapercibido siquiera, un artista de menos condiciones. En bellas artes, como en poesía, realzar lo vulgar es la piedra de toque para el genio. Caprile ha escogido un asunto pastoril, rústico casi, y sin salirse de la verdad y de la naturalidad, ha pintado un cuadro tan correcto como elegante. Hay en esa muchacha una soltura que encanta, una sonrisa verdaderamente cándida, formas realistas sin ser groseras ni repugnantes y una perfecta confianza en sí misma, hija de la tranquilidad de su conciencia.

La frase que sirve de título al cuadro, ó recuerda unas palabras del Salvador ó está tomada de una proclama del general Garibaldi, cuando se puso al frente de los primeros voluntarios de la libertad italiana. No comprendemos la asimilación; porque, después de todo, ni los voluntarios de Garibaldi tenían grande analogía con los mansos corderos de Vicente Caprile, ni es aplicable á la guía de éstos el amor á que aludió el Divino Maestro.

EL MUÑECO

A Mariano Urrutia.

I

—Descanse V.; aquí subimos pocas veces. Bajaré la luz del gas y podrá V. dormir, si gusta.

Mucho agradecía la invitación: ¡qué queréis! esto de trabajar todo el día acaba con las fuerzas de un Hércules. Un dolor de cabeza me obligó á despachar rápidamente el negocio que me había llevado á la tienda de juguetes.

Uno de los dependientes de la tienda, persona muy amable, compadecido de mí, me proporcionó el medio de lograr un ligero reposo á la fatiga. No quedé mal del todo al cabo de algunos momentos, durante los cuales con la cabeza entre las manos, los codos en los brazos del sillón, los pies sobre un calentador y los ojos cerrados, olvidé mis preocupaciones y permanecí como al placer de un dulcísimo sueño, viendo á través de los cristales que daban á la calle pasar y repasar multitud de gentes.

El descanso es una medicina reparadora y eficaz.

Al cabo tuve un placer infantil: dejé de pensar en el tanto por ciento por comisión, en el debe y haber, en el recargo de Aduana... y fijé mis ojos en el escaparate; ¡qué abundancia abigarrada de lindas ficciones! ¡qué mundo de juguetes! Allá un bebé, rechoncho y coloradote, permanecía apoyado en un rincón como esperando la papilla; acá un nigromántico parecía evocar los espíritus levantando á lo alto su varilla mágica como un director de orquesta la batuta; un ruso feroz aguardaba sentado á unos soldaditos austriacos para tragárselos con delicia brutal, y una preciosa pastora conducía, con solicitud cariñosa, su rebaño, y en medio de éstos percibí un caballerito muy lindo que parecía un señorito elegante de esos que á su vez parecen un muñeco de feria. ¡Qué petulante era el tal monigote! Tenía el bastoncillo en una mano como haciendo con él molinetes y en la otra llevaba un *bouquet*, un ramo mejor dicho, porque dicho está en castellano; los quevedos montados en la nariz, la cabecita echada hacia atrás como hombre á quien los sesos pesan poco y á quien la vanidad zarandea á su capricho; por último, muy petimetre, muy pisaverde y muy pretencioso.

Al lado de una cocinerita que se hallaba ocupada en el arreglo de sus cacerolas y de un marinerito que remaba afanoso, me pareció aún menos simpático el diablo del muñeco.

—¿Para qué servirás tú, mequetrefe? pensé; – sin duda para importunar menos que los de carne y hueso á tus semejantes; pero en fin, ¿puedes agradar tú con esa facha de bástate solo y ese aspecto de caballero del ocio?

Dicho y sabido es que tocar los objetos que se hallan en una exposición no es acto que revele gran discreción; pero tanto pudo en mí la curiosidad que tomando á mi hombrecillo por la cintura, como Gulliver cogía á los ciudadanos de Lilliput, le elevé á la altura de mis ojos para examinarle de cerca, y al descubrir en su peana de metal un letrero, leí:

«Apriétese el botón y el caballerito dirá su nombre.» ¡Hombre, siquiera tienes una gracia inesperada y oculta! – exclamé.

—Vamos, sepamos cómo te llamas,—dije apretando el botón indicado por el letrero.

Un sonido extraño se produjo á la opresión que mis dedos hacían, algo así como el que se oye en algunos relojes antes de sonar las campanadas que cuentan las horas, y luego en voz de trompetilla de polichinela la ingeniosa máquina soltó esta respuesta:

—¡Don Dieguín!—y el muñeco volvió rápidamente la cabecita, dió un movimiento rotatorio á su bastón y quedó en otra postura no menos cómica y extraña.

Me hizo reir, me divirtió aquel frívolo juguete; miré su precio, dejé el muñeco en el sitio de donde le había tomado y no volví á pensar en él.

II

Hacía un frío glacial; era uno de los días más terribles de un crudísimo invierno.

Las puertas y ventanas de las grandes casas de París se hallaban herméticamente cerradas; los ricos lo pasaban menos mal alrededor de las anchas y abrasadoras chimeneas; los pobres en sus tugurios miserables se arrebujarían, tiritando diente con diente, en sus andrajosos abrigos.

Apenas transitaba gente por las calles; no era muy avanzada la hora; pero era oscura y espantosa la noche.

En una buhardilla, elevada sobre una de las casas más viejas de los arrabales, se hallaban seis personas trabajando á la luz de una de esas grandes lámparas llamadas de familia, y á las que parece que se cobra amor porque ellas iluminan, durante las más gratas horas de la vida, lo más íntimo y querido del hogar.

La habitación no era á la verdad tan estrecha como suelen serlo todas las de las buhardas; en ella una anciana parecía muy preocupada en coser un objeto pequeño de trapo, y cerca de ésta tres jóvenes ocupadas con igual atención en otras costuras.

No lejos de este grupo se veía un niño, como de unos catorce años, trabajando en una labor de tornero sobre un aparato de dicho arte; á la vez que un hombre de unos veinticinco á treinta años, mantenía fija su atención en un plano cubierto de rectas, curvas, puntos y dibujos.

Reinaba en aquel recinto un silencio solemne, cuando por acaso cesaba momentáneamente el rarreo del tornero moviendo su máquina, silencio en el que la costumbre de oirle hacía pasar inadvertido el simétrico tic-tac de un viejo reloj, testigo antiguo de la vida laboriosa de aquella familia.

De vez en cuando alguna de las jóvenes alzaba su cabeza y extendía sus brazos para medir el hilo de un carrete, pasar la hebra por sus frescos labios de rosa, cortar la hebra con sus diminutos dientecillos, enhebrar la aguja y volver á su tarea.

El cuchicheo que se oye en todo corrillo de mujeres que trabajan reunidas, ese picoteo de pajarillos que ocupan el mismo árbol, esa charla confidencial, dulce, que sólo interrumpe alguna que otra vez la canción que anima y alegra el taller, estaba allí reprimido.

Nadie quería interrumpir la grave preocupación del joven que examinaba los planos.

Era éste de una fisonomía grave; tenía frente despejada y en ella el ceño que suele dibujarse en el rostro de los hombres que sacrifican su existencia á las grandes operaciones del cálculo.

Aquel hombre se hallaba, sin duda ninguna, á la vez que profundamente preocupado, á merced de una íntima tristeza, y no sé si atreverme á decir sin temor de equivocarme que superaba su melancolía á la importancia de la abstracción en que tenía laborioso el pensamiento.

Prodújose nuevamente el suspendido rarreo del torno, lo cual debió de mortificar al pensador, porque, alzando la cabeza y apartando de los planos la vista, dijo:

—Por Dios, niño, ese ruido me atruena los oídos y me distrae; si tuvieras la bondad de suspender tu juego.

—No juego, Luis,—contestó el niño,—trabajo.

—¿Trabajas? ¿eres tornero tú?

—No, pero trabajo.

—¿No has trabajado hoy bastante en tu imprenta?

—Sí, pero aquí también trabajo.

—Deja eso,—dijo la anciana dirigiéndose al niño.

El niño obedeció.

Luis volvió á intentar entregarse de nuevo á su estudio, pero no le era posible sin duda hacerlo, y sentía cansancio y necesidad de dar momentáneamente un dulce reposo á su espíritu.

—A todos os veo muy ocupados,—exclamó,—¿qué hacéis? trabajáis más que otras noches. ¿Qué hace V. también tan afanosa, querida mamá, fatigando sus débiles ojos? ¿Qué es eso?

Luis señalaba el objeto que la anciana tenía entre sus manos, ésta parecía querer ocultar su obra; pero á una mirada de cariñosa é insistente súplica que Luis la dirigió mostró el objeto de su labor.

La admiración de Luis al verle fué grande. El objeto era un sombrerito de copa casi tan pequeño como una de las caperuzas del sastre de las siete monteras juzgado por Sancho, gobernador de la ínsula Barataria.

—¡Bah! me entretengo,—exclamó afectando indiferencia la anciana, y dando un giro hábil á la conversación añadió:—Nada me has dicho de lo que te ha ocurrido hoy.

—¡Oh! no van mal mis asuntos,—contestó afectando una alegría que desmentía la expresión triste de su cara.

—¿Tienes algunas esperanzas?

—Sí, no hablemos de esto,—replicó el joven, á quien sin duda le era doloroso seguir fingiendo.

—Antes bien,—dijo gravemente la anciana,—antes bien debemos hablar, porque si estás desalentado te animaré y si confías sin gran causa sabrá tu madre prevenirte para el dolor de un desengaño.

Las niñas, sus hermanas, miraron á Luis.

—¡Ah mamá querida! nada puedo ocultar; hoy he sufrido como ningún otro día. Inútil ha sido la recomendación.

—¿Pues cómo?

—El Ministro ha desoído mi pretensión. ¡Pero en qué forma tan despreciativa y descortés! Cuando entré en el despacho estaban en él varios mequetrefes petulantes, los cuales, al verme, cuchichearon entre sí y debieron, al reir se, hacerlo de mi pobre traje y de mi aspecto triste; ¡no quisiera ser malicioso! lo cierto es que apenas me puse á hablar á S. E. me cortó la palabra con una sequedad que me hirió en el alma y diciendo que no podía ocuparse en mi asunto se puso á charlar alegremente con los jovenzuelos y al salir me despidió con un imperceptible y desdeñoso saludo. Hubiera vengado el desprecio y la burla, si no fuese el sagrado deber de un empeño en el trabajo antes que la frívola vanidad... No me atienden, madre mía... Ni el gobierno me oye, ni hallo quien me preste capital, ni hay quien oiga la explicación acerca de la utilidad de mi invento y estudie éste... Y sin embargo, es útil un aparato por el cual á largas, muy largas distancias puede hacerse oir la voz de «socorro» de los náufragos, que desfallecidos, dudan hasta de que los oiga el cielo, al divisar el lejano buque, y cuando lanzan al espacio la palabra suplicante y salvadora! No hablo de otras y más importantes aplicaciones de mi invento.

Luis hundió su cabeza entre las manos; pero luego, pensando que apenaba á su madre, volvióse á ésta y la preguntó:

—Pero, en fin, madre mía, ¿qué hacéis todos desde hace algunos días que os veo trabajar con tal fervor?

—Hijo mío, no te ocultaremos la verdad; hacemos, después de nuestros trabajos caseros, casi por distraernos, juguetes para la fábrica que hay en el barrio.

—¡Oh queridos de mi alma! queréis ayudarme, queréis facilitarme el mayor reposo que posible sea para que me dedique al estudio...

Luis se arrojó en los brazos de su madre, rodeándola á su vez todos, y formaron uno de esos hermosos grupos de personas que se enlazan en un mutuo sentimiento de amor.

—Por eso te molestaba con el torno,—dijo el niño.—Porque yo, como no infundo á lo inanimado la vida con un soplo como Dios, me cuesta un diminuto brazo de madera muchas horas de trabajo.



Apuntes tomados del natural para el cuadro *El pan nuestro de cada día*, de don J. Luis Pellicer

—¿Y vos, madre mía, hacéis los sombreros?

—Sí, y tus hermanas los vestidos; sólo nos dan en la fábrica las cabecitas de porcelana. Ahora estamos haciendo un muñeco.

—Pobres, pobres y queridos obreros, ¡cuánto os debo!—añadió Luis sonriendo; pero pareció quedar como preocupado un momento, pasado el cual, dijo:



—¿Y no podría yo añadir algo á la obra?

—¿Quién lo duda? pero esto es indigno de tu talento, que ha de emplearse en más importantes trabajos,—dijo el niño.

—No hay trabajo despreciable,—replicó Luis.

Habíase iluminado su rostro, sus ojos brillaban como estrellas, pues la inspiración, fuego del cielo, da á los ojos destellos de astro; y de pronto, sonriente y alegre, exclamó:

—¡Estamos salvados! Mi primer invento puede reducir en algo sus pretensiones; parte de él dará voz al muñeco; le haremos decir por de pronto «chacha, papa,» cualquier cosa: hacer reir á los niños es una misión casi sagrada; basta para el negocio un humilde capital; haré un empréstito y haremos un muñeco singular, será la caricatura de esos petimetres, de esos séres inútiles; el secreto del aparato que había de hacer que se oyese la palabra de «socorro»



cuando al desdichado le faltan fuerzas para lanzarla, el propio mecanismo resonará antes en el cuerpo de un muñeco.

El dinero que esto nos produzca tal vez sirva para realizar el otro proyecto, y realizado éste, quizá podamos redimir á millares de artistas que gimen en la esclavitud de que nosotros saldremos; devuelvo alegremente la burla.

Así fué, en efecto; y como Minerva salió armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, don Dieguín nació de la inteligencia del mecánico parisiense

¡Don Dieguín! ¡Quién había de decirlo!

Pues esto acontece con toda obra de arte: si la miráis con detenimiento, veréis tras ella un proceso de dolores y de trabajos... y os avergonzaréis de haberla despreciado.

Felizmente no cabe otra moraleja á la historia del muñeco, porque los séres humanos de la facha de don Dieguín, van ya desapareciendo en los pueblos activos, inteligentes y libres, y si los hay, ¡Dios los perdone!

J. ZAHONERO

EL PAGARÉ

POR DOÑA CAROLINA CORONADO

(Continuación)

—No obstante todo esto, yo tengo parientes en Alemania á los cuales he acudido, y sé que no me faltarán. También entre los que han tenido la culpa de la bancarrota se ha promovido una suscrición para auxiliarme, y no necesito sino un nuevo plazo, aunque sea breve, para poder cumplir como deseo.

—Imposible, señor Duque.

—Iría á Madrid. Yo he favorecido á muchos; muchos me deben su fortuna; y crea V. en la palabra de un hombre honrado: V. tendrá su dinero; sólo necesito un respiro, Samuel. Aquí no tengo con qué cancelar el pagaré.

—Yo deseo servir al señor Duque y le daría ese plazo que me pide si pudiera responder con algunas alhajas...

—Lo que tengo está á su disposición.

—Veamos.

—Este lavabo de plata.

—Plata vieja.

—Era de mi padre.

—Eso no le hace valer más que su peso de plata vieja.

—Esta campanilla de oro cincelado.

—No dudo que tendrá buen sonido pero poco peso.

—Este cuchillito de oro.

—Un juguetito.

—Tiene piedras.

—Unas turquesas y unos rubíes... ¿Qué más?

—Este reloj,—añadió el Duque sacando del bolsillo un magnífico remontoir.







Samuel lo examinó como un anatómico pudiera examinar un esqueleto y dijo:

—No es mala pieza, pero se vende también al peso.

—¿Cuánto puede valer esto, Samuel?

—Necesitaría hacer una tasación escrupulosa... no quisiera justipreciar ligeramente prendas que se estiman por su dueño demasiado, tal vez...

—Pero poco más ó menos.

—Yo no daría más de cinco mil reales.

—¡La cuarta parte del pagaré!

—Ya ve el señor Duque que esto no basta.

—¿Y qué he de hacer?

—En efecto, la situación es apurada.

—No sé qué ofrecer á V., Samuel.

—¡Si el señor Duque tuviese muebles antiguos ó telas antiguas... tisú! La señora Duquesa tenía muy buenos encajes.

—Ha tenido que deshacerse de ellos en Madrid.

—Abanicos antiguos...

—También se los llevaron.

—Tenía un oratorio, si mal no recuerdo, que perteneció á Isabel I.

—Sí, pero...

—Era una alhaja de valor

—No de valor intrínseco.

—Pero siendo de valor artístico yo me conformaría.

—Samuel, el único consuelo que tiene mi mujer en esta desgracia, son sus devociones.

—Lo comprendo, pero para orar no se necesitan oratorios regios.

—Era de su madre.

—Su madre ve desde arriba que la hija necesita pagar, y no se ofenderá porque...

—Eso que dice V. me hace mucho daño, Samuel.

—No me propongo hacer daño al señor Duque.

—Pudiera V. aceptar estas alhajas mías y yo haría un pagaré por el resto.

—Me admira, señor Duque, que teniendo todavía con qué pagar, se niegue V. á ello.

—El oratorio no es mío y yo no puedo violentar la conciencia de mi mujer.

—La conciencia, señor Duque, la conciencia no es conservar lo que no nos pertenece; eso sería negociar con Dios y...

—Samuel,—interrumpió el Duque irguiéndose con altivez,—mi desgracia no autoriza á V. para faltarme.

—Señor Duque, soy bastante honrado para abusar de la desgracia y sólo me he permitido hacerle una reflexión.

—Esas reflexiones me ofenden.

—Pues ceso; pero, ¿no cree el señor Duque que hay algo de fanatismo en dar importancia á un mueble que al fin no es más que una forma elegante de devoción?

—Yo no juzgo las acciones de la señora á quien respeto.

—Y yo la respeto, me atrevo á decir, tanto como el señor Duque.

—Así debe ser.

—Pero no hallo medio de salir del barranco.

—Yo iré á hablar con mi mujer.

—Perfectamente. Confío en su discreción.

VI

Samuel era de origen español. Sus antepasados habitaban ya en Andalucía en el siglo XV y fueron, en la expulsión de los judíos, unos de los que pasaron á Alemania, desde donde la rama primogénita de la familia Disraeli se trasladó á Londres, en cuya ciudad prosperó rápidamente hasta llegar á ser uno de sus descendientes ministro de la corona, luego jefe del gabinete, el consejero más íntimo de la Reina, y últimamente miembro de la cámara de los Lores. Lo que quiere decir que en Inglaterra son más afortunados los hebreos que lo fueron en España; sea por la aproximación de sus creencias con las del culto del Estado ó por las concomitancias burocráticas. Ha habido, no obstante, en España, algún ilustre jefe de gabinete, que llevado de generoso impulso para reparar la injuria que se hizo á aquel pueblo inteligente y laborioso, les escribió con tierno desvelo para que volviesen á la madre patria, y tal vez fué Samuel uno de los atraídos á fijar su residencia en Sevilla, en cuya población tenía parientes y á la cual acostumbraba á venir todos los años después de pasada la Semana Santa.

Samuel era buen negociante, no mal hombre. Obedecía al instinto de su raza procurando el oro por los medios lícitos del préstamo, y, naturalmente, cuando veía alguna fortuna próxima á caer, rondaba y se iniciaba en los secretos de la familia y seguía los pasos de sus individuos hasta que llegaba el momento oportuno de aprovechar aquellas brevitas que caían por sí mismas, maduras y entreabiertas, goteando la rica miel que el judío saboreaba en los palacios del Duque.

En las largas temporadas que había pasado en Madrid con la buena posición que le proporcionaba la intimidad del ministro inglés, había sido testigo de los desastres del Duque y había terciado en las trasmisiones de sus bonos y en las ventas de sus fincas. Aunque hablaba de muebles, de telas y de encajes, sabía bien que no le quedaba á Valeria más que el oratorio, por la sencilla razón de que las mejores alhajas las tenía él en su casa adquiridas por segunda mano á precios insignificantes. El conocía muy á fondo al Duque. El Duque había caído en la emulación que impulsa en estos tiempos á la nobleza á salir de sus atrincheramientos. Viendo cómo por gracia de los sistemas constitucionales el pueblo sube al parlamento y el parlamento se hace grande de España, ha entrado en rivalidad con los diputados y los industriales luchando en los comicios y lanzándose en los negocios. Pero desgraciadamente, como la índole y la educación de estos anti-



EL PRIMOGÉNITO, cuadro de J Agrasot (de una fotografía de J Laurent, de Madrid)



LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD, dibujo de Teodoro Weber

guos infanzones no se aviene con ciertas prácticas del vulgo y no están iniciados en los misterios bursátiles, siempre sin ser los actores del drama, son las víctimas del *fiasco*. Sus nombres campanudos al frente de las empresas mercantiles son el reclamo que explotan los que están entre bastidores, y el Duque había sido uno de los silbados. Y ya se sabe que Madrid tiene abundancia de pitos para el aristócrata que cae. Es la venganza de las clases que no se satisfacen hasta que se extingue aquélla que ha producido la envidia y los rencores de los que sólo á fuerza de trabajos han podido subir y colocarse al nivel de los que nacieron privilegiados. Además, Valeria era muy hermosa y de virtudes excepcionales, y esto añadía á los ojos de la burguesía dobles motivos para que se la tratase con rigor. No poder decir que una Duquesa de alta estirpe era una dama liviana, destruía parte del argumento que sirve todos los días á la democracia para fundar sus teorías. Por otra parte, los cortesanos realistas también se alegraban de esta caída, por lo mismo que el Duque había sido benévolo con la democracia.

La verdad es que la sociedad moderna, compuesta de elementos contrarios que se esfuerzan por confundirse y se rechazan para unirse, es una batalla sangrienta donde caen muchos muertos y muchos heridos.

VII

Cuando Rosita volvió al cuarto de su madre, echada de la conferencia, Valeria lloraba desconsoladamente.

– No llores, – dijo Rosita abrazándola, – que ya le he dicho á ese hombre que tiene los ojos como el bastón.

– ¿Y papá qué hacía?

– Papá estaba muy serio.

– ¿El hombre no se fué todavía?

¡Ca! está allí con el lagarto en la mano.

– ¡Jesús, Dios mío!

– No llores; yo volveré á decir le que se vaya.

– No; déjale.

– El no se queda aquí.

– Ya se irá.

– Verás cómo se oye el coche. ¿Lo oyes ya?

– No le oigo, pero eso será porque están comiendo los caballos. Yo ví los caballos y son muy flacos.

– Ahora me parece que suena, ¿lo oyes?

– No, pero irán muy despacio, porque los caballos parecen esqueletos.

– Ya debía haber concluído.

– ¿Quieres que vaya otra vez?

– No, porque papá no quiere.

– Yo no entro en la sala.

– No, hija mía.

– Ellos no me ven.

– Ahora oigo ruído...

La Duquesa se acercó á la puerta y la abrió y la volvió á cerrar. Todo estaba en silencio.

– No sé, – dijo Rosita después de madura reflexión, por qué tienes miedo de ese hombre: yo le dije que tenía miedo de él, pero no tengo ninguno

– ¿Por qué le dijiste eso?

– Para fastidiarlo.

– ¿Y se enfadó?

¿Qué sé yo? Los ojos son verdes.

—Mejor que hubieras estado amable.

—¡Yo no le puedo ver!

-Pero las niñas deben ser bien criadas.

-Sí, pero él parece un criado.

—Cállate, que ahora sí que se oye ruido.

—Es la puerta.

Ahora sale.

—¡Gracias á Dios!

En efecto, se abrió y se cerró una puerta y se abrió otra. Era el Duque.

¡Ah! —exclamó Valeria, —¡qué ansiedad! ¿cómo vienes?

—Ten calma, Valeria, y óyeme.



CHI MI AMA MI SEGUA, cuadro de Vicente Caprile

—Habla, Alvaro, ¿no cede?

—Con ciertas condiciones

—¿Qué quiere?

—Alguna garantía de alhajas ó muebles.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dado la plata y el reloj.

—Aquí están mis zarcillos,—repuso la Duquesa, quitandolos vivamente de las orejas.

—Yo no se los llevo, y además no se satisfaría.

—¿Qué exige?

—Me habla del oratorio..

—¡Ah.

—Yo me he negado.

—Mira, Alvaro, por malo que sea ese hombre, si yo le explico lo que es para mí el oratorio, él desistirá.

—¿Quieres verle?

—Yo le daría los zarcillos y estoy cierta de que nos dejaría en paz.

Me temo, pobre amiga mía, que inútilmente hagas el sacrificio de recibirle.

No, Alvaro, yo tengo confianza en mi persuasión.

—Sea, le diré que entre.

El Duque salió con ese paso que llevan los que van al suplicio y volvió acompañado de Samuel. Valeria le recibió con digno pero afectuoso porte y le invitó á sentarse. Samuel no aceptó.

—Estoy bien de pie, señora Duquesa, — dijo humildemente, —y espero sus órdenes.

—Yo agradezco á V., Samuel, – dijo Valeria con sentido acento, — cuanto ha hecho por mi marido y deseo que todo se arregle.

—Yo también lo deseo, señora Duquesa.

— Aquí tengo esta joya, que tal vez pueda hacer al caso, y se la ofrezco á V. de buena voluntad, — añadió presentándole los zarcillos.

Samuel los tomó y les dió vueltas, los miró al trasluz y replicó:

— Son buenos brillantes, pero...

—¿No serán bastante?...

—¡Qué idea tiene de estas cosas la señora Duquesa!—exclamó Samuel sonriendo.

La Duquesa se puso encendida y replicó secamente:

—Ninguna.

—Ya lo veo, señora Duquesa.

—¿Qué quiere usted?

—He venido á tratar con el señor Duque,—respondió Samuel friamente, dando un paso para salir.

—Mi marido me dice que quiere V. el oratorio.

—Yo no lo quiero, pero entiendo que el señor Duque quiere cumplir la palabra de honor...

—El Duque cumple siempre sus palabras.

— Nunca lo he dudado.

—Y ahí tiene V. el oratorio,— añadió Valeria levantándose con ademán supremo;—¡que Dios le perdone!

El Duque tenía en los brazos á su hija y se retorcía las manos en la cintura de la niña sin poder reprimir su cólera.

Samuel se acercó al oratorio y levantó el paño negro que lo cubría.

Ya estamos aquí otra vez dos razas, dos creencias, dos pueblos que han luchado por siglos, personificados en un judío y una católica frente á frente como en la época del oratorio que promovía la lucha. Las iras de aquel pueblo diseminado y errante, cargado de vituperios. El calor de aquellas hogueras que devoraron bárbaramente tantos infelices, encendió como chispa en el rastrojo los odios de Samuel y brilló en sus ojos luminaria fosfórica que pudiera alumbrar á oscuras, como la del gato enfurecido, y que aun habiendo luz chispeaba. Un leve temblor en su barba hacía parecer que chascaba alguna cosa. Desencogió su brazo izquierdo, que sólo funcionaba en ocasiones, y con las dos manos abrió de par en par las puertas del oratorio, y descubrió á la Virgen de la Concepción, preciosísima escultura de Montañés que aun se conserva en Andalucía.

Valeria, al ver al judío acercarse al santuario donde su alma se refugiaba, donde estaba escondido el espíritu misterioso que la sostenía, lanzó un gemido y cayó de rodillas. El Duque se acercó á Samuel con el rostro descompuesto, y la niña, adivinando que pasaban cosas horribles, se interpuso entre el oratorio y su profanador. Samuel al ver á la Duquesa arrodillada se exaltó doblemente. La devoción de la una exasperaba la impiedad del otro y así con mano atrevida y expresión de infinito desprecio sacó la Virgen de su nicho y volviéndose á la niña la dijo:

—Puedes guardar esta muñeca, que no hace falta.

—¡Infame, judío, hereje!—gritó Valeria levantándose fuera de sí.—¡Alvaro, échalo fuera!

No era necesaria esta excitación. Alvaro había saltado sobre Samuel y agarrándolo por el pescuezo lo arrastró por la puerta que daba al jardín al borde del estanque, y allí, frenético, sin conciencia de lo que hacía, lo alzó con la fuerza de la locura y lo arrojó al estanque de cabeza. Sonó un golpe como de algo muy duro que choca contra la piedra y multitud de peces salieron á flor de agua.

(Continuará)



Máquina para cortar arbustos, empleada en Austral a y en Nueva Zelanda

EL DESMONTE EN AUSTRALIA

Máquina para cortar arbustos

Los progresos de la agricultura en Australia son considerables, y los colonos extienden diariamente el dominio de terrenos, ya inmensos, en cuya superficie se practican las operaciones del cultivo; pero así en Australia como en América, la mano de obra escasea, haciéndose preciso servirse de la máquina. En los trabajos preparatorios de la agricultura en un suelo virgen, nada es tan largo y fatigoso como desmontar un terreno cubierto de ramaje y arbustos, si se ha de hacer esto á fuerza de brazos. Un ingeniero mecánico de Nueva Zelanda, M. William Mac Laughlin, acaba de construir una máquina para desmontar bosques, la cual presta grandes servicios en Australia y nos ha parecido oportuno darla á conocer. Nuestro grabado, que últimamente publicó el *Scientific Americain*, dará una idea de ella.

La máquina consiste en un ligero armazón que dos caballos pueden arrastrar fácilmente; durante su marcha las ruedas hacen girar un eje, que trasmite el movimiento, por medio de ruedas de engranaje, á una cuchilla circular, cuyo borde está cortado á bisel; esta cuchilla obra directamente en los troncos de los arbustos y en el ramaje, los cuales hace caer con prodigiosa rapidez; si se trata de madera dura, la máquina puede cortar troncos de siete centímetros de diámetro, y si es blanda hasta de diez.

Esta máquina es relativamente muy ligera, y la única parte susceptible de sufrir deterioro es la cuchilla circular; pero hállase dispuesta de tal modo, que cuando se mella es muy fácil sustituirla con otra. El operador debe ir provisto de cierto número de hojas circulares, las cuales ha de adaptar sucesivamente á la máquina á medida que se vayan necesitando.

No es preciso que el terreno sea uniforme para que el aparato funcione convenientemente; opera en muy buenas condiciones en un suelo accidentado, y además se puede colocar la cuchilla en diversas posiciones, incluso la vertical, cuando así convenga para cortar ramas.

La máquina se ha generalizado ya en Nueva Zelanda y en Australia, donde actualmente la emplean muchos colonos. Ha venido á completar la serie de los curiosos aparatos que hoy figuran en la colección de útiles para la agricultura.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los sultanes y los demás jefes soberanos fueron sustituídos por el gobernador general de Manila; los *datos*, señores feudales, más ó menos dependientes, convirtiéronse después en capitanes, gobernadorcillos ó tenientes, y se les conservó á la cabeza de sus pueblos, que según su importancia tomaron el nombre de *pueblos* ó de *visitas*, ó se quedaron con el de *barangay*. Una agregación de localidades constituyó el pueblo, división administrativa que corresponde á la vez al cantón de Francia y á la parroquia; esta última está servida por un cura, cuyas atribuciones oficiales son puramente religiosas, pero cuyo poder efectivo es considerable. Los gobernadorcillos, secundados por los tenientes y por los notables, ó *cabezas*, resumieron funciones que corresponden hoy bastante bien en Francia y España á las de los alcaldes, jueces de paz y recaudadores: estos últimos eran responsables de la percepción del impuesto, que se estableció bajo la forma de capitación, tomando el nombre de tributo.

Tal es, en sus líneas generales, la organización que se dió á las Filipinas desde los primeros tiempos de la conquista, y que se ha perpetuado hasta nuestros días con gran ventaja de la dominación española. La gran masa de la población debió mirar muy pronto favorablemente una religión y un gobierno que abolían la esclavitud, sustituyendo con impuestos y prestaciones determinadas las exacciones sin límite de los *datos;* en cuanto á estos últimos, á pesar de verse abandonados de sus vasallos, diéronse aún por felices con el poder y los honores que les dejaba la conquista, aunque sus nuevas funciones no fuesen hereditarias y sí sólo electivas. Durante largo tiempo debían ser de hecho dominio de los antiguos señores; aun existen en Manila descendientes de los soberanos del archipiélago; estas familias gozan siempre de cierta consideración, y no han sido nunca un motivo de inquietud para los españoles.

Mis lectores apreciarán más exactamente el valor de este sistema de colonización si quieren seguirme después al interior de Mindanao, grande isla, en parte independiente, pero donde la dominación gana terreno cada día. Reemplazar la arbitrariedad de los datos con reglamentos fijos, obligando á los estables á responder de su ejecución, es una medida cuya eficacia no se ha desmentido jamás en las Filipinas, porque concilia en lo posible los intereses del pueblo con el amor propio de la aristocracia, ahorrando además al gobierno central los complicados detalles de una administración minuciosa, y, sobre todo, las medidas, siempre violentas, que exige la percepción del impuesto.

Nada diré de la ciudad de Manila y de sus alrededores, pues otro viajero debe hablar extensamente en este viaje. Con gran sentimiento mío, atendidos los límites á que debo circunscribir este relato, sólo puedo hacer mención de la favorable acogida que nos dispensaron los excelentísimos señores Capitán general don Domingo Moriones y Morillo, y el Vice-almirante don Rafael Rodríguez de Arias y Villavicencio, así como todos los españoles, religiosos, funcionarios y particulares á quienes hemos tenido el honor de conocer. La continuación de este relato hará conocer el apoyo que han tenido á bien prestar á nuestra misión las autoridades superiores de Filipinas, y la cordialidad manifestada en sus benévolas intenciones respecto á nosotros.

El 31 de julio emprendemos la marcha á Balanga (cabeza de distrito de la provincia de Bataán), situada en la costa occidental de la bahía de Manila. Los barcos no llegan al mismo Balanga, á causa de haber poco fondo, y detiénense á larga distancia; pero M. Genu ha escrito á uno de sus amigos en dicho punto, don Cipriano del Rosario, escribano, que envía á buscarnos á la rada.

A las ocho de la mañana abandonamos las orillas del Pasig. Nuestro barco, que presta dos veces á la semana el servicio de la costa norte y noroeste de la bahía, es muy pequeño, y tenemos mar gruesa; vamos casi solos en primera cámara, pero el barco está lleno de mercaderes chinos y de tagaloes, que llevan sus inseparables compañeros, los gallos reñidores. Hombres y animales están igualmente molestados por el mareo, lo cual nos libra de los gritos belicosos que profieren siempre esos duelistas cuando se hallan en presencia de un rival.

Llegamos frente al río de Oroni, y nuestro vapor se detiene á cuatro millas de tierra. La barca (1) de don Cipriano es exacta á la cita, y la reconocemos fácilmente en medio de las demás, llegadas de los pueblos de la costa, por las numerosas banderolas tricolores con que su dueño la ha decorado en honor nuestro. El trasbordo no se efectúa sin alguna dificultad, pues la marejada es cada vez más gruesa, y no comprendemos una sola palabra de las recomendaciones que nos hace el patrón; mas por fin enderezamos el rumbo hacia tierra. Los doce remeros sudan agua y sangre para gobernar la embarcación, que levantada hasta la cresta de las olas, con la mitad de su casco suspendida en el vacío, parece que se va á dividir en dos: cuando su centro de gravedad ha franqueado la arista, la barca se balancea, su proa se sumerge bruscamente en el espacio hueco de la ola, y levanta un penacho de espuma que hace proferir á nuestros remeros agudos gritos. Llegados á la costa, nos deslizamos en medio del dédalo de *corales* (empalizadas) y pesquerías, y después de haber embarrancado varias veces en un fondo de cieno, penetramos en el río de Balanga, bordeado de casetas semejantes á las de los malayos, pero mucho más limpias. Don Cipriano nos espera en su coche, y cruzamos rápidamente el pueblo, muy alegre y poblado de tagaloes de risueñas fisonomías. En la casa de nuestro patrón nos espera la señora de Rosario, quien nos dice que hemos tomado posesión de su casa. Es la fórmula usada en Filipinas; ya se verá que no es trivial, y que la hospitalidad española confirma exactamente las promesas de una declaración que al pronto podría parecer hiperbólica. Cierto es, sin embargo, que tenemos la fortuna de estar apoyados poderosamente por nuestro cónsul, M. Dudemaine, y por monsieur Genu.

Una palabra sobre lo que venimos á buscar en la provincia de Balanga.



Viaje á Filipinas. – Rajah malayo y su mujer

El navegante que recorriendo el gran archipiélago de

(1) Barca, *parao* en tagaloe, embarcación larga y estrecha, de una sola pieza, hecha del tronco de un árbol, por lo regular el *lauan (Mocanera polysperma*, Bl.), casi siempre provista de balancines. Es el *prau* malayo.

Asia, desde Luzón á Java y desde Sumatra á las Molucas, no abandonase jamás las costas y los estuarios podría creer que las variedades de una misma raza pueblan exclusivamente todas estas islas, y que no es posible encontrar sino malayos más ó menos modificados. Estos últimos no representan más que una raza conquistadora y guerrera, la última llegada á estos parajes, con frecuencia alterada por cruzamientos, pero siempre fácil de reconocer por sus caracteres esenciales. Más lejos, en las regiones montañosas y cubiertas de bosque del interior, habitan otras razas, claramente distintas, que poblaban el país mucho antes de la aparición de los últimos invasores. Hemos reconocido ya este hecho en Malaca, y volvemos á observarlo en todas partes. Los tagaloes constituyen el fondo de la población de Manila; los encontraremos otra vez en la provincia de Bataán, y los veríamos igualmente en las de Batangas, la Laguna, Bulacán, Cebú, etc. Así los *Bicols* de las provincias de Camarines y de Albay como los *Bisayas* de Panay, *Negros*, etc., y otros muchos, son pueblos que apenas difieren de los malayos del Sur, como no sea por una notable proporción de sangre negra ó amarilla, según las localidades. Son católicos desde la conquista española; están perfectamente civilizados, y si les cuesta comprender bien el espíritu de los preceptos religiosos, á que obedecen, manifiestan en cambio una aptitud singular para las artes mecánicas, y sobre todo para el dibujo y la música. Bajo la dirección de un jefe atento y enérgico, son buenos obreros y cultivadores laboriosos, marinos y soldados pacientes y de valor; pero abandonados á sí mismos, déjanse dominar fácilmente por la indolencia, representando en esas latitudes un tipo muy común en Nápoles en otra época; de modo que se les podría llamar *lazaroni* del extremo oriente. Hemos visto que á la llegada de los españoles el islam apenas estaba establecido en Luzón; pero si no se hubiese encontrado con las fuerzas europeas habría subyugado muy pronto fatalmente á estos pueblos, acostumbrados á la indolencia; á no ser por los cañones de la marina española, los filipinos obedecerían hoy á los malayos mahometanos de Joló y de Mindanao.



Negritos de la sierra de Mariveles

En todas las montañas que rodean la bahía de Manila, desde San Mateo á la sierra de Mariveles, y en otros muchos puntos, en Negros, en Mindanao, etc., hállase una raza completamente distinta de la de los tagaloes, de los bisayas y de todas aquellas que pertenecen á la gran familia amarilla: es la raza de los *Negritos*, que ofrece un gran interés antropológico, porque es incontestablemente la primera que pobló estas islas; vive en la independencia y en estado salvaje, más ó menos fácil de abordar según el tratamiento que recibe de los pueblos que la rodean. Todo nos inducía á creer que los negritos de la sierra de Mariveles, en la provincia de Bataán, eran los que podían estudiarse en mejores condiciones, y por eso hemos venido á Balanga.

Nuestras esperanzas se realizan mejor de lo que creíamos. Estos desgraciados Negritos, los primeros dueños del país, fueron expulsados por los tagaloes del mar y de sus orillas, de los ríos y de las llanuras; los invasores les robaron hasta su reputación, y calumniando á sus víctimas, represéntanlos como ladrones, incendiarios y asesinos. Los hechos alegados no carecen á menudo de exactitud; pero su interpretación deja mucho que desear. Los ataques de los Negritos no suelen ser más que represalias.

Bajo la administración justa é ilustrada del gobernador de la provincia de Bataán, los Negritos viven en la mejor inteligencia con los tagaloes, y no dan lugar á ninguna queja. Fácil nos será estudiarlos en el mismo Balanga, á donde irán sin escrúpulo, y en sus montañas, que podremos visitar sin obstáculo; pero hasta que llegue el momento, revestimos el terrible frac, la corbata blanca y el odioso gibus, únicos recuerdos desagradables de nuestro viaje, y salimos con D. Cipriano para visitar al gobernador. Como hemos adelantado la hora, nos queda tiempo aún para dar un paseo por el campo, y seguimos el camino de Abucay, en medio de la llanura que se extiende entre el mar y las primeras estribaciones de la sierra de Mariveles. Toda esta llanura está cubierta de arrozales y de pantanos, donde los búfalos sumergidos levantan su hocico entre las verdes hojas del nenúfar; numerosos trabajadores, cuyas ropas de colores chillones hieren la vista, agítanse vivamente en el fondo verde oscuro de los campos; y en último término, la montaña de Abucay, sobrecargada de bosques en que predominan los troncos blancos y esbeltos, cierra aquel cuadro magnífico, iluminado por la suave luz de un cielo luminoso. Encontramos un *quatuor* tagaloe provisto de una guitarra de dimensiones inverosímiles y de dos flautas: aquí se planta el arroz al són de la música; D. Cipriano ordena que en un campo donde se trasplanta el *bulubad* (1) se ejecute una tocata; los músicos saltan el vallado de bambú, y el guitarrista se prepara, con gran alegría de los trabajadores. Un momento después entona una copla en ritmo cortado; y aunque es tarde y se ha trabajado penosamente durante el día, los tagaloes, poseídos de nuevo ardimiento, muévense cadenciosamente, inclinados sobre el suelo, teniendo un puñado de plantas en la mano izquierda. El compás es á tres tiempos: al primero cogen con la mano derecha algunos tallos de arroz y los clavan en el cieno; al segundo amontonan la tierra con el pie izquierdo, y al tercero dan un paso atrás. Trasportado este baile al escenario del teatro de la Opera, con el maravilloso paisaje que nos rodea, creo que produciría buen efecto.

Al llegar al territorio del pueblo de Abucay entramos en la provincia de Pampanga. En este instante encontramos una multitud de tagaloes que vuelven á sus casetas, terminado el trabajo del día; varios hombres y mujeres van montados en los búfalos, uncidos á unas carretas de primitiva construcción; D. Cipriano tiene mucha influencia, debida más bien á la rectitud de su carácter que á su autoridad de escribano; todo el mundo nos saluda al estilo tagalo, avanzando el labio inferior, mientras que los peatones se inclinan de lado, cual si tuviesen anquilosada la columna vertebral.

En Abacay, donde reside el vicario general de la provincia de Pampanga, se está reedificando la iglesia; su magnífico reloj de piedra, y su fachada monumental, contrastan singularmente con las casetas de los tagaloes, y hasta con el edificio de los tribunales (2). Es tarde y volvemos á Balanga al trote rápido de nuestros caballitos.

Don Estanislao Chaves, el alcalde, nos recibe muy cordialmente, así como el señor Pérez, promotor fiscal (3), que se halla en este momento en la *casa Real* (4). El señor Chaves nos convida á comer, y se pasa alegremente la noche hablando de las Filipinas, que todos estos señores conocen á fondo.

Al día siguiente, gracias á la intervención del señor gobernador y de D. Cipriano, que sin advertirnos han obrado con tanta rapidez como buen éxito, recibimos á una diputación de Negritos. Estos salvajes tienen en el señor Chaves una confianza absoluta; y sin imponerles el tributo, incompatible con sus recursos y sus costumbres, los ha inducido, en su propio interés, á reconocer la dominación española.

Los Negritos que vienen á vernos están desnudos; su jefe, que ni siquiera lleva pantalón, viste sin embargo un frac á la moda de 1830, ostentando un sombrero negro cuya seda está cuidadosamente cepillada al revés. Aunque no experimentan ningún temor, todos estos pobres diablos tienen el aspecto humilde y compungido de los perros de los saltimbanquis que esperan el momento de saltar por los aros con acompañamiento de un latigazo. Hacemos varios regalos á los Negritos; y deseosa la señora Rosario de facilitar nuestros estudios, ingéniase para que estos salvajes estén con toda confianza; ordena que les sirvan una abundante comida y bromea con ellos. Muy pronto desaparece la reserva, y el jefe declara que lo mismo allí que en las montañas, podremos hacer con él y con su tribu lo que se nos antoje, pues los que son amigos del alcalde y del escribano no pueden tener malas intenciones.

Resumo en dos palabras los caracteres antropológicos de los Negritos, de estos pequeños salvajes que por su coloración cutánea y cabello crespo ofrecen mucha analogía con los negros de Africa, y también con los de Nueva Guinea, difiriendo, no obstante, por muchos caracteres esenciales.

(Continuará.)

(1) El *bulubad*, arroz en yerba; el arroz en la planta se llama *palay*; en grano *bigas*; cocido, *morisqueta* ó *sinaing* (tagaloe). Aun hay una docena de nombres para designar los diversos estados en que se puede presentar el arroz.

(2) Alcaldía, juzgado de paz y prisión; todos los viajeros son alojados en el edificio gratuitamente.

(3) Magistrado que desempeña las funciones judiciales, análogas poco más ó menos á las de los procuradores de la República.

(4) Residencia del gobernador.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V ↔ BARCELONA 25 DE ENERO DE 1886 ↔ NUM. 213

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VINO AÑEJO, cuadro de Ernesto Zimmermann

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Huelga de los padres de la patria. Rasgos cómicos de una elección. – Siempre hay en la vida risas y lágrimas. – El sainete y la tragedia viven pared por medio. – Una afrenta más y un soldado menos. – Los *Han-lon-lees*. – Músicos, actores, escenógrafos, cómicos y gimnastas. – Decadencia del movimiento literario. Lamentación antigua. - ¿Cuándo y cómo habrá teatro Español?

La clausura de las Cortes ha quitado á Madrid uno de sus principales elementos de animación. De los trescientos padres de la patria que ordinariamente asisten á los debates parlamentarios, puede decirse que doscientos no viven en Madrid, sino mientras dura el período de las sesiones, y así que termina, regresan apresuradamente á sus hogares, donde les espera el cuidado de sus haciendas y de sus negocios, abandonados durante algún tiempo para ocuparse en hacer la felicidad del país. En cambio, á la proximidad de la lucha electoral, animanse los distritos con la expectativa de la contienda entre los intereses distintos, y entre las distintas personalidades.

Es llegada la época en que los grandes hombres descienden de su pedestal, para pisar el terreno mismo de los modestos ciudadanos; en que puede encontrarse á cualquier hora del día en su casa al candidato, anhelante de recibir á sus electores, y hacerles comprender el gran cariño que les profesa. Empiezan las idas y venidas de las caravanas electorales por todos los pueblos y aldeas de España; los rústicos festines organizados en casa de algún cacique para atraer algún elemento poderoso, algún gran señor de polainas ó algún ilustre Licurgo de abacería.

Tiene, sin duda alguna, el sufragio grandes cosas, pero también las tiene pequeñas; y de éstas hubiera podido escribir Moliere algunas comedias llenas de zumbas y gracias, pintando los tres lados más ridículos de la humanidad: el de la vanidad de los candidatos, el de la estupidez de algunos electores, y el de la avaricia de otros.

Las luchas de la vida llevan en sí todos los elementos dramáticos; al lado de la tragedia va el sainete; revueltos con los personajes que representan los dolores y las angustias de la humanidad, salen los otros que encarnan la risa y el regocijo. No hay tapiz persa en que con tanta profusión se mezclen el oro y la lana, como se mezclan las alegrías y las tristezas en el gran tapiz de la vida. Hé aquí porqué no es posible mirar á ninguna de las instituciones creadas por los hombres, ni aun á aquellas más antiguas y venerandas por su naturaleza, sin sorprender en ellas algún perfil burlesco, alguna mueca de la risa, algo que la arrebate la respetabilidad.

No hay hombre grande para su ayuda de cámara, ha dicho el filósofo práctico; no hay instituciones serias para un pueblo libre-pensador, añadiremos nosotros. Con razón se quejaba un ilustre escritor de costumbres españolas, de que la generación nueva no toma en serio nada, y que es imposible sorprenderla en un momento de esos en que los músculos de la cara, apretados solemnemente, no dejan paso a la sonrisa. Ríese la edad moderna, de los hombres y de los dioses; del tirano que pega, y del profeta que anuncia los esplendores de una vida nueva; del artista que encanece ante el lienzo, y se mesa los cabellos, desesperado de no encontrar algo novísimo que impresione al público, y del sacerdote que, revestido con la dalmática de oro, entona ante el ara las viejas preces latinas. ¿Qué extraño es, pues, que en esta lucha electoral que se prepara veamos nosotros también muchos rasgos cómicos, muchas escenas burlescas, algo que sea pasto de la alegría y que hiera con las flechas de la sátira la institución fundamental de los pueblos libres, si una corriente general de risas y carcajadas engendra el chiste, produce la caricatura, esmalta de frases agudas las columnas de los periódicos, impregna la atmósfera de artículos profundos que hacen cosquillas en las narices, obligando á prorrumpir en carcajadas hasta á una estatua de piedra?

***

Lo que ha ocurrido en Cartagena, motivo es de tristeza para todos los españoles. Una intentona aventurada, á la que no podia seguir en modo alguno el triunfo, ha costado á la patria un soldado heroico, el general Fajardo. Cuatro disparos de arma de fuego han arrebatado á las filas de los ejércitos nacionales, á un gran combatiente, á una de estas encarnaciones de las milicias españolas, para las cuales la idea del valor va unida á la idea de la disciplina. Desangrándose por sus cuatro heridas, con la pierna mutilada cayendo en jirones, deshecho en esquirlas el hueso del muslo, así fué el general Fajardo, en hombros de cuatro soldados, desde los muros del castillo de San Julián, hasta una casuca abandonada, donde se le prestaron los primeros socorros; cuatro horas horribles en que la naturaleza no le permitió siquiera la anestesia de un síncope que, suprimiendo en él las funciones vitales, le ahorrase inútiles dolores. Cada paso de aquellos soldados hacía vibrar las esquirlas del muslo deshecho, y balancearse los filamentos de los músculos martirizados. Sin duda que en aquella triste caravana que bajaba desde las laderas del castillo de San Julián hasta el llano cercano á la ciudad, iban, bien que invisibles, esos ángeles de alas negras que bajan á los campos de batalla á poner coronas de luz en la frente de los soldados heroicos, y á entonar el himno del triunfo para aquellos que han sido vencidos por la muerte.

***

Dentro de pocos dias aparecerá en un teatro de Madrid, que según parece es la Zarzuela, la *troupe* cómico-gimnástica de los *Han-lon-lees*, cuya reputación es europea. Se trata de la aristocracia de los payasos, de la *crème* de los *clowns*, de la estirpe más gloriosa de los fantoches humanos. Emulos de aquel célebre payaso parisién llamado Deburau, á quien el crítico Julio Janin encontró tan admirable que le dedicó un libro haciéndole representante de una época del arte de expresar los sentimientos con gestos y actitudes, los *Han-lon-lees* son gimnastas, pantomimos, músicos, bailarines, hércules, jinetes; y lo que es aun más, compositores de música y autores dramáticos. Son cuatro hermanos, cada uno de los cuales tiene una aptitud especial. Ellos escriben sus pantomimas; ellos construyen los aparatos que son necesarios para sus *trucs* inverosímiles; ellos componen la música que ha de ejecutarse durante la representación, y hasta pintan algunos detalles de las decoraciones.

El gran éxito de su vida ha sido el «Viaje de M. Perrichon»; el segundo acto pasa en un *Heeping-car*, y todo él es una serie de cómicas escenas en que aquellos prodigiosos gimnastas y aquellos admirables mímicos interpretan la situación con todos los medios de que dispone un actor consumado, el de la voz excepto, y añadiendo á las inspiraciones de Talía, los alardes de fuerza y agilidad que constituyen el encanto de los Circos é Hipódromos.

Los *Han-lon-lees* son muy ricos, y ganan tanto dinero como una prima donna célebre, ó como un violinista notable. No deja de ser un signo social de nuestra época el que se enriquezca una comparsa de payasos haciendo reir á la humanidad con sus gracias de mono, y con sus invenciones de diablillo jocoso. Hé aquí cómo volvemos de nuevo al punto de partida: la humanidad necesita reirse, y paga y aplaude á todos los que le sirven el plato más de su gusto, la alegría.

***

Obsérvase este año muy escaso movimiento literario. En los teatros de Madrid no se estrenan obras de importancia; en los escaparates de las librerías no aparecen nuevas producciones de los mayores ingenios La vida teatral de España está reducida á los coliseos de segundo y tercer orden, donde se ponen en escena juguetes cómicos, ó revistas del año, que por lo general, y salvas contadas excepciones, no tienen nada que ver con la literatura.

El teatro Español no consigue dar animación á sus funciones; verdad que le falta el primer elemento necesario para ello, un actor bueno. En el teatro de la Comedia, y en el de la Princesa, rivales que con varia fortuna se disputan el público elegante, se ponen en escena traducciones francesas. No se ve un solo rasgo por donde pueda colegirse, en lo futuro, la regeneración del teatro nacional y el renacimiento de las glorias que otros años han resplandecido en la escena de Romea.

Las compañías dramáticas suelen ser en España un conjunto de actores medianos que acompañan á un gran actor; este entona todas las noches su aria, y los demás llevan la parte del coro. Acontece, como ahora, que una enfermedad aguda y grave hiere á Vico, y el teatro desaparece; no hay en segunda ó tercera fila un joven de mérito é ingenio, capaz de ocupar, siquiera sea interinamente, la plaza del maestro. Es bien triste, pero es muy verdad. Se han escrito cientos de miles de folletos, y multitud de artículos para analizar la causa de la ruina del teatro nacional: unos la ven en que el público no acude á las representaciones clásicas, ni á las de los autores de más mérito; otros, en que el Conservatorio de música y declamación, donde se forman las generaciones de artistas, está mal organizado; hay quien supone que una ley fatal y desconocida pesa sobre España en esta materia, privándonos de poesía buena, intérprete de nuestras letras; otros, en fin, creen que construyendo un grandioso edificio, ó teniendo para él la protección del Estado, y dándole una organización semejante á la que en París tiene la Comedia francesa, y otros teatros subvencionados por el gobierno, se conseguiría sacar de su marasmo al arte que agoniza. Difícil es decidir qué opinión de entre todas estas es la verdadera; tal vez todas ellas lo sean, y las causas de la ruina se confundan unas con otras, formando un todo abrumador que pesa sobre este gigante coronado de flores que yace en tierra como un gladiador vencido, el arte dramático español.

No he de venir con opiniones nuevas, pero creo que el buen sentido exige pedir lo que más fácilmente pueda conseguirse para no entorpecer con sueños irrealizables, que se fundan en el sumo bien, la parte de bien posible que sería fácil realizar inmediatamente. Creo que el Estado debía intervenir con su acción material para prestar los medios del Erario público á un negocio ruinoso, como es hoy el del teatro Español; destinar una cantidad anual considerable á embellecer aquel coliseo y agrandarle; formar una compañía en que figuren seis ó siete actores de reconocido mérito, que no faltan en España, y que andan desperdigados por las provincias y por los teatros de la corte; nombrar una dirección suprema, no de académicos, sino de los autores más en boga, de aquellos que, sin necesidad de acudir á las urnas, el sufragio público indica como indiscutibles para llevar la representación del arte; y sin arrebatar al actor ninguna de sus preeminencias sociales, ni aquella independencia del genio, que después de todo se impone á los reglamentos, y si es preciso los rompe, establecer cierta disciplina teatral, en virtud de la que el actor obedezca á una dirección de escritores, como sucede en la Comedia francesa de París. Si además de esto, se ponía en escena, una vez á la semana, una obra clásica, representándola con un lujo extraordinario, y con el esplendor que aquí sólo se usa para los disparates llamados zarzuelas de gran espectáculo, el público acudiría, y tomaría el gusto á una diversión que, poco á poco, iría formando su espíritu para un porvenir glorioso. Lo que creo que sin grave responsabilidad moral no puede continuar así, es la situación presente; porque llegará un momento en que las obras de nuestros grandes ingenios, nuestro teatro gloriosísimo y sin par, sean desconocidas de la generación nueva; y perdidos los jalones que marcan el camino al ideal, los escritores por venir se pierdan en la noche de las imitaciones francesas, y en las tinieblas de una decadencia lamentable. En una palabra, cuando la lucha entre los teatros de segundo orden que dan obras agradables, aunque poco literarias, por poco dinero, y los teatros de primera línea que hacen pagar sus localidades muy caras, y ponen en escena, á la diabla, cualquier obra de poco mérito, encargándose de representar actores sin ninguno, cuando esta lucha sea posible por las condiciones que les igualen á los que se disputan al público, entonces, si este no acude al llamamiento de las artes, entonces habrá motivo para juzgarle acerbamente: entre tanto, nó.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL VINO AÑEJO, cuadro de Ernesto Zimmermann

Los que no conocen á la Alemania moderna, creen buenamente que un alemán continúa siendo una especie de hombre, con un colmillo móvil en forma de pipa y un apéndice en forma de jarro de cerveza. ¡Error, profundo error, que se desvanece en cuanto el extranjero atraviesa el magnífico puente de Kiel!

En ningún país del mundo existen más almacenes ó despachos de cigarros *habanos*, en cuyas cajas, y para mayor autenticidad, se lee *havannos;* y pocos países productores de vinos, Jerez inclusive, rinden más ferviente culto á Baco que los ciudadanos de aquel reino en que el Rhin baña las cepas del príncipe de Metternich, más famoso por su vino de Johannisberg que por el tratado de la Cuádruple Alianza.

No de otra manera se explicaría el cuadro de Zimmermann, alegre apoteosis del vino alemán, que inspira al entusiasta cosechero un brindis que realmente parece que estemos oyendo. En esta composición todo huele á vino; la alegría de los personajes es de un carácter *calamocano*, y sin que el rancio zumo de las uvas haya impreso en los semblantes las huellas vergonzosas de los bebedores del célebre cuadro de Velázquez, es indudable que los efectos del vino trascienden á esas fisonomías que visiblemente se van embruteciendo.

De este cuadro, por otra parte perfectamente ejecutado, se puede decir que todo está en carácter.

MIS FAVORITOS, dibujo de G. King

Sin que seamos partidarios de la manera de hacer inglesa, en la cual encontramos cierta *tiesura*, cierta frialdad poco artística, aunque muy en consonancia con el carácter de las obras todas de John Bull, hemos de hacer una excepción á favor de los artistas de la Gran Bretaña cuando se dedican á reproducir tipos ó escenas de la vida infantil. A nuestra manera de ver, los ingleses se pintan solos para pintar niños.

Véase, sino, la composición de King que hoy publicamos, y dígase si cabe más naturalidad, más candor, más simpática factura que la de esa criatura gentil, que comparte sus atenciones entre el pequeño felino que abriga en su seno y el manso cordero que sigue sus pasos... ¡Con cuánta corrección está trazado el grupo! ¡Con qué talento está presentado el lugar de la escena!... La protagonista se halla en la primavera de la vida, y en la primavera se encuentra cuanto la rodea.

¿Es intencionado en el autor el pensamiento de que uno de los favoritos de la inocente niña sea un individuo de la traidora felina raza?... ¿Ha querido advertirnos que la mujer está condenada á luchar en sus afectos entre el manso cordero destinado fatalmente al sacrificio, y el gato traicionero que tarde ó temprano araña á quien le prodiga sus caricias?... Si así es, raras veces una lección moral habrá tomado forma más candorosa, ni desprendido de idilio más simpático.

EL OTOÑO, dibujo de Armet

En cualquier género pictórico cabe que se revele con igual facilidad el talento de un artista; pero cuando de un cuadro ha de desprenderse algo más que la corrección de la forma, cuando ha de dar idea de un sentimiento dominante en el autor, es indudable que las dificultades aumentan á medida que los objetos reproducidos son menos susceptibles de expresar esos sentimientos. En este orden de ideas, un paisaje dirá siempre menos que una escena de la vida social, porque los árboles expresan menos que las personas.

Y sin embargo, la naturaleza, aun en sus manifestaciones no personificadas, es un gran poeta, y el que sorprende esa parte inmaterial de sus escenas, está seguro de imprimir á sus paisajes una poesía tan comprensible, tan evidente, como pueda resultar de la representación de la más tierna ó dramática escena del mundo de las pasiones y de los afectos humanos. Nuestro compatricio, el pintor Armet, ha sorprendido ese secreto de la naturaleza; y por esto sus paisajes son algo más que agrupaciones de árboles exactamente copiados del natural; sus obras no se apartan de la verdad y hablan, digámoslo así, al sentimiento; sus paisajes son una poesía pintada, como las églogas de Meléndez son unos paisajes rimados en español idioma.

El Otoño que publicamos en el presente número entristece al que lo contempla; en él ha producido su autor una naturaleza que se muere; no ha llegado aún la estación del frío, y el frío se siente prematuramente. *El Otoño* de Armet es la vida que se va, espectáculo más conmovedor que el de la vida que se ha ido!...

LA DISPUTA DEL SACRAMENTO, pintura mural de Rafael

Cuando el papa Julio II quiso completar la fama que le habían proporcionado la habilidad de sus negociaciones diplomáticas y las victorias conseguidas por sus soldados, confió á su arquitecto, el célebre Bramante, la empresa de proyectar tales templos y tales palacios que, por lo grandiosos, compitieran con el alcance de sus miras políticas. Para cumplir dignamente el encargo pontificio, el Bramante llamó á Roma á su pariente Rafael, á la sazón de veinticinco años, á quien el Papa, con el dón especial que tenía de medir instantáneamente el valor de los hombres, defirió la decoración de los salones del Vaticano, empezando desde luego por el de la *Segnatura*.

Como esta sala servía de introducción y era, digámoslo así, el prefacio de las demás estancias del palacio papal, quiso formular, por medio de su decoración, el pensamiento capital del desarrollo de la historia humana, cuyos principales hechos se proponía representar en los demás salones. De aquí los cuatro pensamientos abstractos á que dió forma en la sala de la *Segnatura*, á saber: la Teología, la Filosofía, la Poesía y la Justicia. Para representar á la Teología pintó la *Disputa del Sacramento*, reproducida en nuestro grabado. De ella puede decirse que es el más poderoso y bien terminado empeño de su factura primitiva, notabilísima por la limpidez de sus tonos, por la calma encantadora de su expresión, por su carácter esencialmente religioso, por su tendencia al misticismo todo pureza de la Edad media, y por el sello especial de la escuela del Perugio, que fué el maestro del inmortal artista.

La Disputa fué el asombro de su tiempo y es tenida aún hoy día por una de las obras más acabadas de la escuela italiana.

UN MODELO PACÍFICO cuadro de F. Kallmorgen

El autor de esta obra debía estar de buen humor al concebirla. ¿Es epigrama?... ¿Se ha propuesto satirizar el afán con que los artistas se apoderan de cualquier modelo que se preste dócilmente á sus exigencias?

Sátira ó no sátira, la obrita es bella y demuestra que su autor es tan diestro en el dibujo de figuras como elegante paisajista.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISITANDO EL TALLER, cuadro de C. Kiesel

El público que visitaba la exposición de Munich en 1883 se detenía ante un cuadro original de un pintor, si no desconocido, poco apreciado hasta entonces. Se sabía de él que tenía treinta y siete años escasos, que había estudiado sucesivamente y sin grande éxito la arquitectura, la escultura y últimamente la pintura; que de Dusseldorf, su patria, se había trasladado á Berlín, donde había recibido lecciones de Schaper; y que él mismo no acertó á comprender su vocación hasta después de haber verificado un viaje á Holanda, que es la piedra de toque de los artistas del Norte, como Italia lo es de los artistas del Mediodía.

La obra del expositor de Munich era notable por la corrección de su estilo y por cierta elegancia aristocrática que afiliaba desde luego á su autor entre los hombres de buen tono. Pero las cualidades más salientes de la composición eran el sentimiento que todo en ella respiraba y un conocimiento del color, que era tan fresco como apropiado, tan brillante como valientemente aplicado á la tela.

Buscaron todas las miradas al joven cuya estrella aparecía radiante en el firmamento artístico, y le buscaron en vano. Los que sabían de él aseguraron que, huyendo los aplausos del mundo, concentraba todos los afectos en la vida de familia.

El laureado autor era Conrado Kiesel.

Su obra, tan admirada, el cuadro cuya reproducción publicamos.

EL DIABLO LO ENVÍA

Escenas de la vida real

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

I

El tío Orejón y su familia

Allá por los años 1820 existía al pie de Sierra Nevada una venta en donde los viajeros encontraban de *todo* menos de lo que pedían.

Esta venta, como otras muchas de su calaña, ya no

existe; las vías férreas las han convertido en ruinas y de ellas sólo quedan restos de muros que sirven de albergue á los lagartos y á los murciélagos.

La venta de que se trata llevaba el pomposo nombre de *Venta del Sol*, sin duda porque en unas tablas mal unidas y rústicas, la inexperta mano de un embadurnador vagabundo había pintado con almazarrón una cara redonda y mofletuda que despedía rayos en todas direcciones.

Aquel sol, que campeaba encima de la puerta, desteñido y averiado por las escarchas del invierno y el polvo del verano, tenía una particularidad bastante original y nunca imaginada por los pintores que sobre el lienzo, el cobre y la madera pintaron antes y después la efigie del padre fecundador de la tierra.

Esta particularidad consistía en que el *sol* de la venta de Sierra Nevada ostentaba una enorme oreja en el carrillo derecho.

Una cara con dos orejas se comprende y se ve con frecuencia, pero con una oreja sola hace reir á los ignorantes y pensar á los sabios.

Era indudable que aquello envolvía un misterio que arrancaba un grito de sorpresa á los amantes de la ciencia de tejas arriba, porque ellos siempre habían visto el sol sin orejas; pero un sol con orejas, ó por mejor decir, con una oreja sola, motivo era de profundas meditaciones.

Y sin embargo, nada tan en su sitio como aquel enorme cartílago que asombraba á los extraños; pues no era otra cosa que el emblema, el escudo de una familia; porque todos los de la comarca conocían á la ventera con el apodo de la *tía Orejona*, á su hija por *la Orejoncito*, y de esto resultó lógicamente que el ventero, jefe de la casa, se llamara el *tío Orejón*, el cual había hecho pintar una oreja enorme en el *sol* de su puerta como *marca de fábrica*.

Después de esta explicación, que conceptuamos indispensable para el interés de la presente historia, diremos que el deteriorado *sol* de la puerta no era más que una débil muestra exterior de las malas condiciones interiores con que tropezaba el viajero que tenía el mal acuerdo de buscar hospitalidad en la susodicha venta.

Los traginantes prácticos en aquella carretera, las diligencias, las galeras aceleradas, las sillas de postas y los arrieros, pasaban de largo por la *Venta del Sol* prefiriendo caminar una legua más y hacer noche en la famosa ciudad de Guadix, llamada por los árabes Río de la vida.

Aquel caserón desmantelado y sombrío iba poco á poco convirtiéndose en un desierto por delante del cual pasaban diariamente muchas personas sin detenerse, y algunas de ellas, como medida de precaución, se santiguaban apretando el paso.

Todas estas cosas eran sobrado motivo para que los dueños de la *Venta del Sol* agriaran su carácter y pasaran los días y los noches echando sapos y culebras por la boca contra todos aquellos que cruzaban de largo la carretera sin dejarles otra ganancia que el polvo del camino.

El ventero era un hombre de cincuenta y seis años, bajo de cuerpo, fornido de espaldas, con una enorme cabeza que parecía hundida entre los hombros, aspecto repugnante y taciturno, cejas espesas y caídas sobre los párpados como si sirvieran de pantalla para ocultar las miradas de sus pequeños y verdosos ojos. Su pelo era crespo y gris y nunca había tenido roce íntimo ni con el peine ni con la pomada.

Cada cinco ó seis meses el primer esquilador que pasaba por la carretera, le cortaba el pelo al rape, sentado al sol, y el ventero le pagaba el trabajo con una copa de vino.

El *tío Orejón* era casado. En todo el universo hubiera sido difícil encontrar una hembra más adecuada para el ventero que la *tía Orejona*: era su media naranja, su verdadera Eva.

Más que marido y mujer parecían hermanos gemelos; por eso nunca podían echarse nada en cara, ni en lo físico ni en lo moral.

La *tía Orejona* era digna del *tío Orejón* y al llamarla mujer se la calumniaba.

En cuanto á la *Orejoncito* era una muchacha desgarbada, con formas y movimientos hombrunos, más dispuesta á morder que á sonreir, y tan poco favorecida por la naturaleza, que á su lado la famosa *Maritornes* de Cervantes podría creerse con razón una Venus.

Aseguraban malas lenguas que el *tío Orejón* desaparecía de la venta y permanecía fuera de ella, cuatro, ocho y hasta quince días, y que unas veces regresaba contento con algunos duros en la faja y otros cariacontecido y malhumorado.

¿Adónde iba el *tío Orejón* durante esas ausencias? Era un misterio para la generalidad de los curiosos, aunque no faltaba quien asegurase que en estas expediciones se le había visto en los barrancos de Sierra Nevada acompañado de cierta gente de mal vivir y con un trabuco debajo de la manta.

El *tío Orejón* y la *tía Orejona* habían tenido un niño del que no se acordaba nadie en la casa.

A la edad de ocho años el chiquitín era un verdadero salvaje; cuando llevaba camisa no llevaba pantalones; pero en cambio no había usado nunca ni gorra ni zapatos.

Sus padres no se tomaron la molestia de enseñarle nada; no sabía leer: bien es verdad que el *tío Orejón* y la *tía Orejona* sobre este punto nada podían echarle en cara á su hijo, porque ellos tampoco sabían leer.

Cuando el muchacho hacía alguna travesura, propia de la infancia, la madre le largaba un cachete y el padre un puntapié. Estas dos fuerzas impulsivas le hacían andar seis ó siete pasos desnivelado hasta que faltándole el equilibrio rodaba por el suelo, ganándose alguna descalabradura.

Estos golpes de *fortuna* se los curaba el muchacho sin necesidad de médico ni de botica, pues los únicos remedios que empleaba eran el aire y el polvo del camino.

El muchacho tenía una naturaleza de hierro y un estómago de avestruz; se comía los caracoles crudos, y la carne del lagarto asada sobre una mata le parecía un manjar digno de los dioses.

Una tarde se detuvo en la venta uno de esos comerciantes que recorren las ferias de la provincia llevando sus géneros en un mulo y la vara de medir en la mano, especie de *Simón* de Mantua, andaluz que tenía su residencia en Granada.

El comerciante, mientras tomaba su mulo un pienso y le condimentaban á él en el desmantelado hogar unas sopas de ajo para fortalecer su cuerpo, vió al muchacho desnudo como un salvaje, negro como un chicharrón y con el pelo erizado, y se compadeció de él.

Entonces se le ocurrió un pensamiento y le propuso al *tío Orejón* que le cediera al muchacho.

El ventero vió un negocio en esta proposición y cambió una mirada con su mujer que en un rincón del hogar daba el pecho á una niña de pocos meses.

Aquella mirada que el *tío Orejón* dirigió á la *tía Orejona*, quería decirle:

—Puede que esto nos valga algo: veamos.

Y efectivamente, después de muchos dimes y diretes el comerciante compró al niño por seis duros y un pañuelo de lana para la madre, ofreciendo además, puesto que él no tenía hijos, tratarle como á tal y hacer de aquel rapazuelo un hombre de bien y de provecho.

Desde entonces habían trascurrido veinticinco años sin que el *tío Orejón* y su mujer se hubieran vuelto á acordar de aquel pobre muchacho.

Todo su amor paternal, todo su cariño, toda su ternura se habían reconcentrado en la hija á quien, como un escarnio de su excesiva fealdad, se les ocurrió ponerla por nombre Serafina, lo cual hacía reir á muchos y fruncir las cejas á la interesada.

Después de los antecedentes que dejamos consignados creemos llegada la hora de comenzar la acción de la presente historia.

Era una noche del mes de diciembre, soplaba el viento produciendo toda esa larga graduación de lamentaciones que tan tristes ecos levantan en las casas desmanteladas.

Las ventanas, las puertas, las chimeneas, gemían como si el viento al penetrar por las rendijas se hiciera daño.

La *Venta del Sol*, vecina á los ventisqueros de la sierra y azotada por el soplo del huracán, era, la noche que nos ocupa, una mansión de pavorosas lamentaciones muy á propósito para quitar el sueño á los espíritus tímidos, pero ninguna mella causaba á los dueños de la venta que, reunidos junto al hogar, permanecían inmóviles como estatuas, con las miradas fijas en el fuego.

Sobre una pequeña mesa de pino, que había tomado un color oscuro por los años y la suciedad, se veían unos trozos de pan negro, un jarro de vino y una cazuela vacía en cuyo fondo descansaba una cuchara de madera.

El *tío Orejón* y su familia acababan de cenar *sobriamente*, y como si aquella pobre cazuela de gachas, con que acababan de adormecer las exigencias del estómago, les hubiera producido tristeza, nadie hablaba.

Así trascurrió como un cuarto de hora. Aquello no era el silencio de la digestión precursor del sueño, puesto que la familia de los *Orejones* tenía los ojos abiertos y el aspecto taciturno.

De pronto el ventero movió un poco el cuerpo como si se cansara de la inmovilidad y, apartando la vista del fuego, la fijó primero en su mujer, luego en su hija, y comenzó á murmurar en voz baja algunas palabras ininteligibles.

—¿Qué estás rezando?—le preguntó la *tía Orejona*, con una voz que tenía algo de gruñido.

—Yo no rezo; maldigo,—contestó el *tío Orejón*.

—Malas son las maldiciones para ganar el cielo, padre,—dijo á su vez Serafina.

—El cielo no se ha hecho para nosotros, se ha hecho para los justos y para los santos, y creo que ni vosotras ni yo tenemos pretensiones de alcanzar un rinconcito en el cielo.

—Pues mire V., padre, yo estoy segura de que algunos santos que se hallan en la gloria no han sufrido en esta pícara tierra tanto como nosotros, porque esto no es vida.

—¿Y tengo yo la culpa?—exclamó el *tío Orejón*, dirigiendo una mirada feroz á su hija.

—Yo no le reconvengo á usted.

—¿Pues á quién?

—Qué sé yo... Al demonio, á nuestra mala suerte, porque otros venteros hay en el mundo y no lo pasan mal, mientras que nosotros... ¡Ah, si yo fuera hombre!...

—¿Qué harías?—preguntó el *tío Orejón*, riéndose y enseñando una boca que tenía algo de caverna.

—Haría lo que hacen los hombres de corazón, ganarse la vida en un camino,—exclamó Serafina, rechinando los dientes como la hiena que se dispone á morder.

El *tío Orejón* sacó con mucha calma un trozo de tabaco negro del bolsillo y comenzó á picarlo para hacer un cigarrillo.

En esta operación empleó aproximadamente dos minutos durante los cuales volvió á restablecerse el silencio en la familia.

Cuando el ventero tuvo liado el cigarro, cogió una ascua con las tenazas y lo encendió, despidiendo una bocanada de humo, y después de haberlo tragado, reanudó la conversación de esta manera:

—Si tú fueras hombre, era preciso que corrieras mucho para llegar á donde ha llegado tu padre. A ésta (el *tío Orejón* extendió la mano derecha) le han llamado los valientes de Sierra Nevada la *Guadaña*, y á ésta (extendió la izquierda) la conocen en las carreteras de Andalucía con el nombre de *Sepultura*. Aun no ha nacido un hombre que se me suba á las barbas sin medirle las costillas, y sabido es que lo mismo se arriesga el gaznate asaltando una diligencia cargada de pobres que cargada de peruleros y mejicanos. En estos tiempos los que viajan llevan la menor cantidad de plata posible, y por eso algunas veces en vez de encontrar un bolsillo con cien doblones, encontramos uno con cien reales. ¿Qué harías tú en estos casos? lo que hace tu padre, *tascar* el freno, lamentarse de su mala suerte y desahogar su mal humor del modo que el diablo le proporciona.

El ventero chupó su cigarro, y como nadie tomó la palabra para refutar su discurso, volvió á decir:

—Las mujeres siempre decís: «¡Si yo fuera hombre!...» y con eso levantáis á los hombres de cascos haciéndoles cometer locuras que les hacen muchas veces concluir bailando una zarabanda en la horca. ¿Qué has querido decirme con eso?... ¿Que soy un cobarde? ¿que temo á las balas de los escopeteros? Ya sé yo que tú me conoces. Si estoy en casa royéndome los puños de hambre y careciendo de todo, no es por miedo, sino por prudencia. Estos días he tenido aviso que recorre la sierra una compañía de carabineros y cada mochuelo se ha metido en su olivo. Es preciso ser cautos y mal intencionados.

—Sí, pero mientras tanto se acerca la fiesta de Guadix,—añadió la *tía Orejona*,—y tu hija Serafina no tiene ni el pañuelo de seda ni la peineta que le hemos ofrecido.

—Sí, sí, ya sé yo de dónde nace el malhumor de Serafina; pero en vez de reconvenirme valdría más le pidiera al diablo que nos mandara esta noche un huésped rico para desplumarle.

—Pues bien, señor diablo,—añadió Serafina dando una patada en el suelo,—mándeme V. un huésped rico y yo juro que no le salva ni la paz ni la caridad.

Un golpe seco resonó en la puerta de la venta y el aire produjo en la chimenea un largo lamento.

Los *Orejones* se miraron los unos á los otros.

Trascurrió un instante en el mayor silencio y volvió á oirse otro aldabonazo en la puerta, más ruidoso que el primero.

El *tío Orejón* se sonrió como un condenado, se levantó y, cogiendo el candil, dijo:

—Vaya, puesto que el diablo me lo envía, bien venido sea.

II

Las onzas de oro

—¿Quién?—preguntó el tío Orejón con malhumorado acento.

—Un caminante que busca posada,—contestó una voz fresca y varonil desde afuera.

—Voy al momento.

El posadero quitó la barra á la puerta y abrió el postigo.

Un hombre á caballo envuelto en una capa se hallaba parado ante la puerta.

—Espere V.,—dijo el *tío Orejón*,—voy á abrir del todo para que pueda entrar sin apearse.

—No hay necesidad,—contestó el desconocido echando pie á tierra con ligereza.

—Serafina, trae una luz,—gritó el posadero apartándose para dejar paso libre al hombre y al caballo.

Serafina apareció con un farolillo más abundante de pábilo que de aceite y se lo entregó á su padre.

—Sígame V.,—añadió el tío *Orejón*,—y meteremos el caballo en la cuadra.

El posadero, al desembozarse el desconocido, había visto de reojo que llevaba una gruesa cadena de oro que bajando desde el cuello cruzaba el pecho, perdiéndose en el bolsillo izquierdo del chaleco, y dos gruesos brillantes que relucían como dos ascuas en la pechera de la camisa.

El caballo era un precioso animal de raza cordobesa ricamente enjaezado que llevaba á la grupa unas alforjas tan lujosas como repletas.

Los ojos del tío *Orejón* y los de su hija Serafina brillaron con el fuego de la codicia, porque uno y otra comprendieron que el huésped, que la casualidad ó el diablo les enviaba, debía ser rico.

—Mientras dejamos en la cuadra el caballo de este señor,—añadió el posadero,—aviva tú un poco el fuego de la chimenea que no le vendrá mal á nuestro huésped calentar el cuerpo.

—Dice V. bien,—añadió el desconocido,—hace un frío de todos los diablos y tengo los pies y las manos heladas.

El tío *Orejón* y el viajero desaparejaron el caballo, le abrigaron los lomos con una manta, le echaron un pienso, y cargando con las alforjas ambos se dirigieron á la cocina en donde ya ardía una buena lumbre.

El desconocido dirigió una mirada investigadora en derredor suyo. La luz del candil era tan débil que los ángulos de aquella desmantelada pieza permanecían en la sombra.

En uno de estos ángulos, sentada en un banquillo, se hallaba la *tía Orejona* con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza apoyada en la pared, silenciosa y muda como una estatua de piedra.

Sin embargo de su inmovilidad, la tía *Orejona* clavaba sus ojos en aquel huésped al parecer rico que les había enviado indudablemente el diablo.

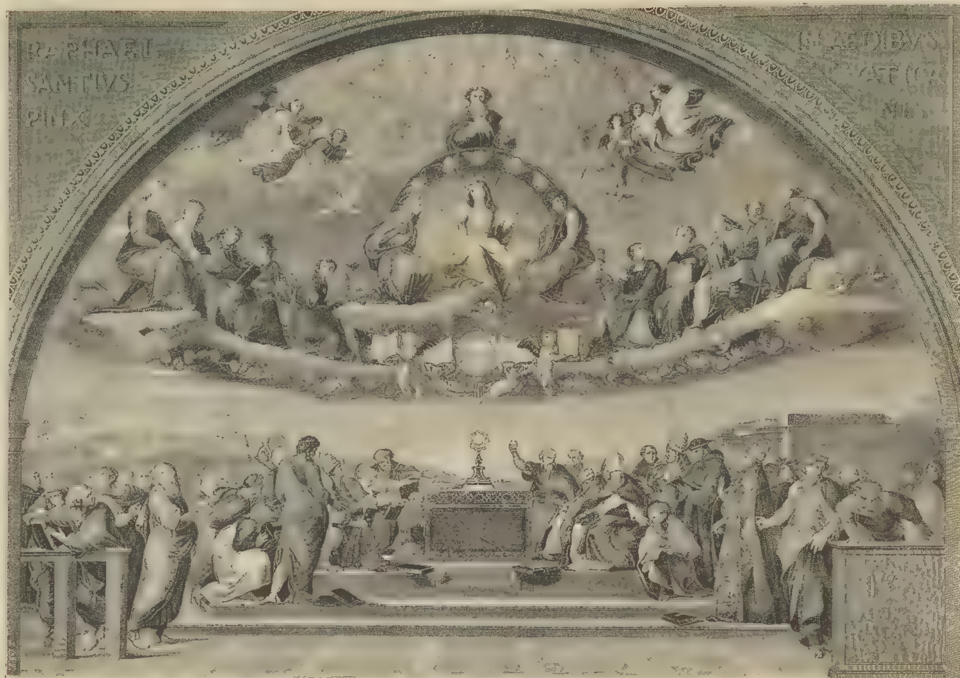
El forastero, que lo reconocía y estudiaba todo con



MIS FAVORITOS, dibujo de G. King



EL OTOÑO, dibujo de Armet



LA DISPUTA DEL SACRAMENTO, pintura mural de Rafael

cierta tenacidad, vió, á pesar de las tinieblas que le envolvían, á la tía *Orejona*, sin duda porque los ojos de aquella mujer despedían en la oscuridad los fosfóricos reflejos de las pupilas de las hienas.

El desconocido cogió una silla, se sentó junto al fuego dejando en el suelo y á su lado las repletas alforjas.

Nunca un caminante fué recibido con menos palabras en una venta que lo había sido el que nos ocupa; y eso que los venteros antiguos lo mismo que los modernos distinguen y agasajan á sus huéspedes según el mayor ó menor mérito del *arre* que les conduce, y nuestro desconocido montaba un caballo cordobés de gran precio y adornaban su persona el oro y los diamantes.

Mientras que el desconocido lo examinaba todo sin desplegar los labios y la posadera miraba al forastero con fosforescentes ojos, algo apartados de ellos, á la entrada de la cocina, el tío *Orejón* y su hija mantenían en voz muy baja este corto diálogo:

—Padre... ¿ha visto V. la cadena de oro?

—Sí.

—¿Y los botones que lleva en la pechera?

—Sí.

—Debe ser rico.

—Sí.

—Y es muy tonto el que no se aprovecha de las ocasiones.

—Sí... sí... sí...

Estos monosílabos, pronunciados con una graduación creciente y sombría, encerraban un poema sangriento para Serafina y el tío Orejón.

El forastero, que al parecer no recelaba los peligros que en la posada le amenazaban, dijo con mucha calma dirigiendo la palabra á la posadera:

—¿Usted será la tía *Orejona*?

—Así me llaman de mal nombre en esta pícara tierra.

(Continuará)

EL PAGARÉ

(Conclusión)

Alvaro, siempre vertiginoso, corrió despavorido por el jardín con la cabeza ardiendo y sin ver la tierra que pisaba.

Valeria que había salido tras él y presenciado la escena, gritaba espantada pidiendo socorro, y Rosita, asida á la falda de su madre, daba grandes gemidos; pero las gentes estaban lejos y al infeliz Samuel se le habían enredado las algas en el pescuezo. Si las flores amarillas hubieran sido de oro rígido, de seguro hubiera podido salvarse agarrándose á ellas, pero eran tiernas flores y se ahogó.

Cuando acudieron las gentes campesinas y le sacaron ya estaba muerto. Rosita no aguardaba ver entre los peces que alimentaba con migas de pan, aquel pez humano que se nutría de pagarés. Este pagaré se le había clavado en el gaznate como la punta de un anzuelo.

VIII

Cuando el Duque se recobró del vértigo y regresó al sitio de la catástrofe, volvió á ser lo que había sido siempre, un caballero cristiano. Declaró á todos su culpabilidad en la muerte de Samuel y mandó al cochero que fuese á dar parte al juzgado de Sevilla de la muerte de su amo, pidiendo que viniesen á instruir la debida sumaria que dando él custodiando al muerto para entregarlo á la justicia y entregarse él mismo.

¡Qué dia! ¡qué casa! ¡qué desolación! Los que han nacido abajo, no pueden comprender las desventuras de esas grandes caídas. El que está en el valle no puede formar idea exacta de lo que sufre el que cae de lo alto del monte. ¡Dichosos los hijos del pueblo que nacieron pobres y no conocieron los honores! Esos han tenido mejor suerte que Valeria.

Antes de la noche se presentó el juez de Sevilla, y después de la declaración espontánea del Duque, que no trató de disminuir ni un átomo de su culpa, le manifestó que se veía en el triste deber de hacerle conducir preso á la cárcel de Sevilla

Su causa era mala, pero cuando hubiese tenido atenuantes, la presencia del ministro inglés hubiera agravado la situación. Se trataba de un miembro de la familia Disraeli, y el proceso marchó tan rápido, que antes de ocho meses el Duque fué condenado á diez años de presidio en Ceuta. El Duque aparecía como un hombre que después de haber tomado un préstamo de un negociante le mata, cuando va á cobrar el dinero, en su propia casa. Si no le condenaron á muerte fué porque los sabios magistrados de Sevilla vieron en este proceso una buena fe en el reo que les hacía adivinar lo que realmente había sucedido.

En el mismo vapor que conducía á Ceuta al condenado iba una mujer vestida de negro y una niña como de cuatro años. Eran Valeria y Rosita que acompañaban á Alvaro para estar á su lado en Ceuta el tiempo de la condena.

Rosita que debía haber sido una princesa opulenta, iba á vivir entre presidiarios.

El día en que se publicó la sentencia condenando al Duque, se reflejaba la opinión de los partidos en sus órganos de este modo:

EL CLAMOR PUBLICO *(progresista)*

«El Duque de Hansfeld, Marqués de Kalbar y Conde de Osobona y de Bryas, ha sido condenado á diez años de presidio por haber ahogado á un inofensivo israelita con quien tenía cuentas pendientes. Esta es una de tantas glorias de nuestra nobleza española que es escándalo de Europa. ¿Hasta cuándo han de tolerarse esas demasías? Puede estar ufano el partido conservador con poseer en el parlamento estos magnates que quieren parecer gigantes cuando no son más que pigmeos. ¿Qué dirá la Inglaterra, esa nación libre que ha dado hospitalidad á los que gimen en el ostracismo?»

LA ESPERANZA *(realista)*

«La condena del Duque de Hansfeld es una verdadera desgracia para la nobleza y prueba lo que hemos repetido tantas veces con sereno juicio: que la nobleza no puede hacerse liberal sin degradarse.»

LA DISCUSION *(demócrata)*

«No ha terminado en España el odio contra los hebreos; un honrado negociante perteneciente á aquella raza perseguida, acaba de ser asesinado por un individuo de la nobleza española. El tribunal ha condenado al Duque asesino á diez años de presidio. Si en vez de un Duque hubiera sido un humilde artesano ¡cuánto no alborotarían con la democracia!»

LA EPOCA *(conservadora)*

«El fatal accidente ocurrido al Duque de H... ha tenido la lamentable consecuencia que nos comunica hoy el órgano oficial, y que llevará la consternación á la alta aristocracia del Rhin. El Duque de H... está enlazado con la primera nobleza alemana que tiene ramificaciones en varias cortes europeas por diversos enlaces de los antiguos Hansfelds-Hornearhek-Taxis-Dimaralchenk, miembros de casas Ducales de Dinamarca y de Hungría. Por parte de padre descienden de Cristian III por enlace de la cuarta mujer, la princesa de Kalbar, uno de cuyos biznietos casó con la princesa Palatina, y por parte de madre de la princesa Kansebourh-Bryas que casó con el Duque de Brounkuh-Gottorp-Hasse.

»No sería extraño que el principe de Hakinsperhes-Saxe-Turris cuyos títulos y riquezas inmensas debiera heredar el Duque de H... se creyera en el deber de pedir al capítulo de la alta nobleza germánica que se dignase designar otro heredero por la desgraciada ocurrencia que tal vez, y probablemente, imposibilite al Duque de H... para ceñir la diadema principesca donde brillan triples florones de las casas de Hansembergh-Kusembourgh y Kalsembak. Reciban todas aquellas ilustres casas la simpatía que desde este país caballeresco les envía la *Epoca*.»

EL GIL BLAS *(satírico)*

«Cuando el insigne Víctor Hugo escribió *El Rey se divierte*, escribía bien. Parece que nuestros nobles se divierten en echar judíos á nadar. Es el mejor modo de saldar cuentas que no pueden pagarse. Los tribunales han enviado á Ceuta al ilustre Duque para que vaya á pescar truchas. ¡Buen viaje!»

Carolina Coronado

ESTUDIO DE LAS CORRIENTES DEL ATLÁNTICO

El príncipe hereditario de Mónaco, así en su nombre como en el del profesor Pouchet, ha dado á conocer á la Academia de Ciencias un importante experimento que practicaron en las corrientes del Atlántico, y que por fortuna dió algún tiempo después resultados. El príncipe Alberto se encargó de emprender una excursión en su hermoso yacht de vela, la *Golondrina*, que no es la primera vez que presta sus servicios á la ciencia, para arrojar en el mar todo un material flotante, costeado con parte de una suma que el Consejo municipal puso hace cuatro años á disposición del profesor Pouchet para un viaje científico á las Azores. Seguramente no se podía hacer mejor uso de ese dinero.

En el mes de enero último, la *Golondrina* mandada por el príncipe Alberto, salió del puerto de Lorient, llevando más de doscientos cincuenta flotadores de tres clases: una de botellas; otra de esferas de cobre; y la tercera de barriles. En cada uno de estos flotadores se había puesto un tubo de cristal sellado á la lámpara y conteniendo un impreso del que reproducimos aquí el facsímile. El papel se arrollaba en los tubos de cristal de manera que se viese que estaba escrito en varias lenguas, para que cada cual pudiese reconocer la suya.

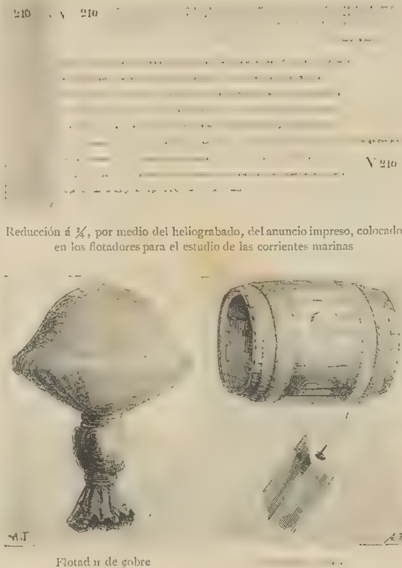
El tapón de las botellas está cubierto de un casquete de cautchuc que puede resistir algunos meses á la acción del mar, y que preserva el corcho, impidiéndole pudrirse.

El cierre definitivo de las esferas de cobre y de los barriles se hizo en los arsenales de Lorient, donde el ministro de Marina se apresuró á dar órdenes para que se ejecutaran estos pequeños trabajos.

Las esferas se componen de dos mitades con rebordes salientes que se aplican sobre un círculo de cautchuc y se oprimen fuertemente por medio de tornillos de cobre: era necesario indicar que las esferas se debían abrir, porque contenían alguna cosa.

Los barriles son pequeños toneles muy sólidos, como los que se emplean para el trasporte de la cerveza; se construyeron con madera de encina, sujetándose las duelas con aros de hierro, sin más abertura que el orificio, cuidadosamente tapado con una placa de cautchuc forrada en cobre; están embreados interiormente, embetunados y pintados por fuera. Se llenaron de paja de avena para llamar la atención sobre su contenido antes que se pensara en utilizarlos.

A fin de evitar la acción de los vientos era preciso que los flotadores se sumergiesen casi enteramente en el agua; y por otra parte, era de prever que aumentarían forzosamente de peso por infiltraciones posibles, por la acción del agua en las duelas al cabo de algún tiempo; y últimamente, por los animales, algunos de concha caliza, que no dejarían de fijarse en ellos. Sin embargo, como faltaban nociones positivas, y también tiempo para buscar un procedimiento que aligerase progresivamente las dos clases de flotadores, el príncipe de Mónaco y M. Pouchet adoptaron un medio equivalente. Hé aquí en qué consistía: alrededor de cada barril fijaron dos aros comunes, á los que nada preservaba contra la acción del mar; por estos dos aros se pasó un alambre de hierro que también debía enmohecerse, y del cual se suspendió una goa del peso necesario para que la fuerza ascensional del barril no excediera mucho de un kilogramo. De este modo la parte sumergida no representaba siquiera un decímetro cúbico.



Reducción á ¼, por medio del heliograbado, del anuncio impreso, colocado en los flotadores para el estudio de las corrientes marinas

Flotador de cobre

Confiaban en que al cabo de algún tiempo los aros de madera y los alambres quedarían corroídos, y que la goa caería; entonces el barril, por pesado que fuera, podía flotar aún largo tiempo.

Con el mismo fin, cada esfera metálica se encerró en un tosco saco de yute con arena y piedras: suponíase que la arena caería poco á poco, pudriéndose el saco, si no era devorado por los animales marinos (M. Pouchet ha reconocido que los crustáceos pelásgicos, copípodos y otros, aunque esencialmente carniceros, atacan también los textiles vegetales); y que entonces la esfera, aligerada de peso, seguiría sobrenadando á pesar de las infiltraciones, si se producía alguna, con la carga viva que seguramente se habría fijado en aquélla.

La *Golondrina* marchó á las Azores el 3 de junio último, y después de hacer escala en Fayal y en Flores, dirigióse al sitio en que debían arrojarse los flotadores, entre cien y doscientas millas al noroeste de Corvo, última isla del archipiélago por el lado de América.

Del 27 al 28 de julio practicóse la operación, lanzándoles al agua de mil en mil; emplearon en ella treinta y seis horas, y toda la tripulación del yacht trabajó, pareciendo interesarse en la empresa tanto como el mismo comandante. Terminada su misión científica, la *Golondrina* enderezó el rumbo á Lorient, adonde llegó á fines de agosto.

Ya se habían encontrado dos ó tres flotadores, y enviádose los documentos, con el reconocimiento oficial, al ministro de Negocios extranjeros. En la costa norte de San Miguel, al este de las Azores, habíanse recogido dos botellas el 15 y el 16 de setiembre; y al sud de Santa María, la última de las islas por el lado de Africa, habíase pescado un barril el 15 de octubre. Los flotadores habían contorneado, ó atravesado, pues, las Azores con la velocidad de diez y ocho kilómetros cada veinticuatro horas, poco más ó menos. ¿Adónde se dirigen ahora? De todos modos se puede considerar como probable que ninguno recalará en Europa.

Así pues, las aguas del Atlántico, aun á más de cien millas al noroeste de Corvo, no son conducidas hacia nuestras costas, ni llegan tampoco á templar la Francia. Si en realidad existe una corriente cálida en el norte del Atlántico, que influye en el clima de Bretaña, forzoso es admitir que esta corriente, después de haber remontado al norte por el lado de América, trazará bruscamente una curva hacia el este, en la región misma donde encuentra los hielos y las aguas frías que bajan del norte, y que deben contribuir mucho á enfriarla.

El experimento que acaban de practicar el príncipe heredero de Mónaco y M. Pouchet exige otros; y seguramente no es la buena voluntad lo que falta á los que han sabido ya llevar á buen fin esta primera tentativa.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Su cráneo es braquicéfalo y su talla sumamente escasa, pues por término medio, según nuestras observaciones, sólo da $1^m,48$ para los hombres y $1^m,46$ para las mujeres; el tórax está poco desarrollado; la pierna carece de pantorrilla; el pie, desviado hacia adentro, comunícales un aspecto raquítico, aunque no repugnante; no son mucho más sucios que los indígenas de la península de Malaca, y parecen aún más tímidos. Tales son los caracteres

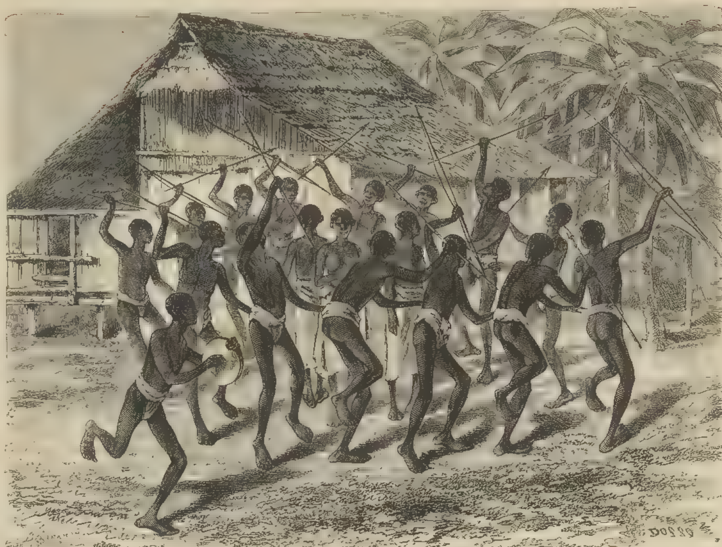


UN MODELO PACÍFICO, cuadro de F. Kallmorgen

anatómicos más marcados de estos antiguos dueños del país, que poblaban en otro tiempo toda la extensión de las Filipinas y cuyos dominios se extienden mucho más lejos aún, puesto que MM. Quatrefages y Hamy encontraron los rasgos característicos de su raza en ciertos cráneos de la India y del Japón.

En cuanto á sus caracteres y costumbres, una visita á su tribu nos pondrá al corriente del asunto.

Después de una larga excursión á caballo en medio de los arrozales, por caminos bastante buenos, llegamos al pie del monte Samat, espolón de la sierra de Mariveles, situada al oeste de Balanga. Dejamos los caballos en una hacienda propiedad de D. Cipriano, y emprendemos la ascensión de la montaña. Interrumpen nuestra marcha los arrozales, que se elevan á gran altura, y que producen una cosecha más abundante, aunque menos apreciada que la de las llanuras. Cada campo está circuído de una empalizada, á fin de preservarlos de los jabalíes de los bosques vecinos; á cada momento es preciso saltar los vallados, lo cual cansa bastante al cabo de algún tiempo. Traspásamos la zona cultivada por los tagalos, y subiendo siempre, llegamos á las tierras de los Negritos. En la cima de un montecillo, en medio de un desmonte, donde aun se ven troncos cortados y carbonizados, elévase la caseta del jefe, pequeña pero muy limpia, porque es nueva. Desde esta caseta se disfruta de un golpe de vista magnífico; divísase toda la bahía de Manila, circunscrita por un anfiteatro de montañas azules; á nuestros pies se extiende, entre el mar y las primeras colinas, la llanura cultivada, verdadero jardín formado por los cuadros regulares de los arrozales, mezclados con árboles entre los cuales se deslizan tranquilos arroyuelos; detrás de nosotros elévanse soberbias cimas, cargadas de impenetrable bosque; y al alcance de la voz, en las alturas de las inmediaciones, extiéndense los desmontes de las casetas de los demás individuos de la tribu.



Viaje á Filipinas.—Danza de bodas entre los Negritos

El jefe Negrito, completamente desnudo á nuestra llegada, se apresuró á ponerse el frac legendario de que se muestra tan orgulloso; él y su mujer llaman á sus súbditos con toda la fuerza de sus pulmones; sus gritos se repiten como un eco de caseta en caseta, de desmonte en desmonte; y muy pronto toda la tribu (una docena de hombres y otras tantas mujeres) se reune cerca de nosotros.

Mientras que esta pobre gente se agrupa alrededor de las provisiones que hemos traído para ellos, examinamos la vivienda del jefe, en la cual sólo vemos dos arcos, cinco ó seis flechas, y media docena de platos, adquiridos por vía de cambio, sabe Dios con qué condiciones, en el pueblo vecino. Por mucha que sea la sencillez de los Negritos, el contacto con los tagalos ha creado en ellos ciertas necesidades: necesitan tabaco, algunas telas, un poco de hierro para la punta de sus flechas; y dan en cambio arroz, resina, y miel del bosque; pero siempre se les roba de un modo vergonzoso, pues no comprenden el valor de las monedas españolas, y el que más sabe se enreda muy pronto cuando ha de contar más de cuatro ó cinco; si las cifras son más altas, no tienen para estos salvajes un valor preciso.

Terminado el festín, hacemos circular entre los individuos de la tribu algunas botellas de aguardiente anisado, bebida muy común en las Filipinas, y una caja de cigarros, que hombres y mujeres cogen ávidamente. Algunas piezas de percal, con varios collares y cuchillos, acaban de seducir á los salvajes, que nos manifiestan su agradecimiento ejecutando una especie de danza, la cual, á pesar de su carácter belicoso es una de las ceremonias que acompañan á la celebración del casamiento.

Los hombres se forman en ordenado círculo, apoyando cada uno de ellos la mano izquierda en la cadera del que le precede; con la derecha van blandiendo el arco y las flechas con aire amenazador; dan la vuelta lentamente, y á intervalos golpean el suelo con el talón izquierdo; tres mujeres se mantienen en el centro del círculo, entonando con todas sus fuerzas un cántico cuyas notas son siempre las más agudas; y un joven Negrito, portador de unas ligas hechas con cerdas de jabalí, y que toca á intervalos un pequeño tambor, penetra rápidamente en el círculo, da vueltas alrededor de las mujeres, va y viene, sale y vuelve á entrar, siempre con el aire inquieto y astuto de un ladrón que teme ser sorprendido. Nuestro intérprete nos dice que aquel salvaje representa al diablo; y no podemos obtener ningún otro dato sobre este personaje, tan importante bajo el punto de vista etnográfico; pero su presencia basta para demostrarnos que en los Negritos existe la concepción de lo sobrenatural. ¿Y cómo no había de ser así?

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Plantación del arroz al compás de la música, por los tagalos

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1886 — NÚM. 214

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA FLORISTA, cuadro de A. de Courten, grabado por Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA FLORISTA, cuadro de A. de Courten

Ni más ni menos que hay variedad de flores, hay variedad de floristas.

Las flores, en algunos casos, son mercancía; en otros casos son reclamos.

De estos casos se han dado varios; sin que ello quiera decir que no se den casos de los otros. Esto depende de varias circunstancias en que las flores hacen un papel secundario.

La variedad en el modelo ha dado lugar, naturalmente, á la variedad del tipo. En algunos, la florista tiene el aspecto de una rosa sin espinas; en algunos, muy distintos, la florista tiene mucho de la rosa, pero mucho más de la espina.

La florista de Courten pertenece, según nuestro leal entender, al último de estos géneros. Su mirada provocativa, sus labios entreabiertos por una sonrisa picaresca, la coquetería de su traje, su actitud, su todo, en una palabra, está de tal suerte ejecutado, que las flores desaparecen por completo de la vista del espectador quien sólo acierta á ver á la florista.

Dada esa intención del artista y dado el cuadro, hay que convenir en que su autor debe ser más amigo del mercader que de la mercancía.

EXTRAVIADOS, dibujo de R. Catón Woodville

Un panorama nevado es cosa de gusto para contemplada desde la cama. Mas ocurre todo lo contrario cuando la mala suerte nos depara el papel de figuras de movimiento en un paisaje digno del Polo Norte.

Algo de esto ocurre á los personajes de nuestro grabado. Han emprendido la marcha sin contar con los inconvenientes de una gran nevada, y hélos desorientados sin saber qué camino es el suyo, precisamente porque los caminos han desaparecido bajo la nieve. Aquí de la incertidumbre, aquí de la inquietud, aquí del peligro.

El estado de ánimo de los viajeros está perfectamente reflejado en su semblante y en su actitud. El conductor está pensando: – ¿Cómo salimos del paso?... Y la doncella, por su parte, va diciendo: – ¡Maldita la gracia que me hace el extravío!...

Es una composición bien concebida y ejecutada con conocimiento del buen efecto. El paisaje, por lo espeso é intrincado, deja comprender la crítica situación de los viajeros; la senda, deshelada en parte, está bien tocada y produce el debido efecto. La impresión es bastante notable en el ánimo de los que examinan este dibujo y les quita las ganas de aventurarse en caminos de atajo cuando reine temporal de nieve.

EL BESO MATUTINAL, dibujo de A. Echtler

El autor de esta composición es un poeta, ni más ni menos que Virgilio fué un pintor. Es posible que ni uno ni otro se hayan apercibido de ello, pero esto no impide que sea mucha verdad. Cuando el célebre poeta mantuano escribía sus *Bucólicas* y sus *Geórgicas*, pintaba la naturaleza de una manera tan grafica y con tan apropiados colores, que ningún artista le ha aventajado en ese género de cuadros. Echtler, por su parte, ha querido trazar un dibujo y ha compuesto un idilio, como no lo ha escrito más dulce el dulcísimo Meléndez.

Una casita rústica, unas campánulas que trepan libremente por los muros exteriores, un niño precioso que recibe, con inocente fruición, el beso fraternal de una niña no menos inocente; cándidas palomas revoloteando, confiadas, en torno de aquel interesante grupo; frutas, flores, y la pura luz del alba iluminando tan apacible escena... ¿Qué más interesante y completo idilio puede describir la pluma de un poeta bucólico?

¡Bien haya el artista que así siente!... ¡Bien haya quien emplea su genio en pintar esas apacibles escenas que nos hacen pensar en un mundo sin malicia y sin dolores!...

EL ATAQUE Y LA FUGA, dibujos de S. Berkley

A pesar de su gravedad y de su *spleen*, los ingleses se permiten algunas veces, ya no tan sólo decir un chiste, sino pintarlo. Y sea dicho en honor á la verdad, son unos excelentes caricaturistas; testimonio de ello puede dar su periódico *El Ponche*, que es, sin duda alguna, el primero de los satíricos de Europa, así por su texto como por sus ilustraciones. Tienen, además, los artistas ingleses, al igual que los alemanes, una habilidad especial para representar por medio del dibujo ciertas historietas y apólogos de una intención y sabor realmente notables.

Buen ejemplo de ello son los dos dibujos de Berkley que publicamos, en los cuales ha querido expresar el artista, lográndolo por completo, cuán inútil es que una docena de malandrines, tan feroces como cobardes y tan estúpidos como mal intencionados, se congreguen contra un hombre de bien, que á la tranquilidad de su conciencia una la convicción de su propio esfuerzo.

El desprecio del compositor por los follones, como dijera D. Quijote, llega á representarles por medio de repugnantes cerdos. Véase con cuán malévola fruición saborean de antemano á la víctima que presumen tener cercada; véase con cuán tranquila indiferencia les contempla el pachón del cuadro, hasta que, agotada la paciencia del noble animal, arremete contra sus doce enemigos y les pone (dibujo segundo) en la más completa y vergonzosa fuga.

Así pasa entre animales, y así pasa, ó debiera pasar, entre pueblos cultos.

El apólogo tiene todas las condiciones apetecibles para ser tal. Y en cuanto á su ejecución, hay que convenir que no puede ser más preciosa ni más significativa.

LA NOCHE, alegoría de F. Lefler

Como alegoría no presenta novedad: el manto salpicado de estrellas y la lluvia de adormideras son los accesorios obligados en tales composiciones. No puede negarse, sin embargó, que ese amorcillo está pintado hábilmente y que su autor pudiera solicitar para su obra el cielo raso de una de esas bellísimas alcobas que decoraron tan brillantemente los pintores de la época de Luis XV.

APROVECHAMIENTO
de los wagones viejos y de las barcas viejas

Los rápidos progresos en la construcción de los caminos de hierro han apresurado la caducidad de muchos vehículos que, considerados como muy seguros y cómodos por nuestros padres, no responden ya á las necesidades y al *confort*, como dirían los ingleses, exigidos en la actualidad; de modo que para las empresas no es pequeña dificultad desembarazarse de ese vetusto material. Sabido es que á varias compañías, no nombramos ninguna, les parece ventajoso aprovecharle hasta que se inutiliza del todo para el servicio; pero felizmente, no todas proceden del mismo modo. Las más importantes y emprendedoras destruyen los coches más viejos y conservan los menos malos para los trenes de excursión, para el tráfico y las líneas secundarias; mientras que los tipos nuevos se emplean para el servicio de las líneas principales.

Algunos de estos vehículos viejos se utilizan en Inglaterra para formar coches de freno, ó depósitos de útiles para la reparación y conservación de las vías; otros se emplean como vehículos para conducir el pescado ó la carne, pero en este caso, prestan mal servicio, porque los sobrecargan demasiado y se deterioran rápidamente.

Cuando al fin acaban de rodar, su existencia comienza á ser tranquila y reposada, si hemos de creer al *Mundo Mecánico*, del que tomamos estos detalles.

Se quitan las ruedas y los resortes, y utilízase entonces la caja como si fuera una especie de camarote ó refugio en las estaciones, en los pasos á nivel: allí es donde suelen reunirse los empleados para charlar un rato y *fumar una pipada*, como ellos dicen, entre el paso de dos trenes. Algunos de estos vehículos mutilados presentan un conjunto más pintoresco: colocados en medio de un jardín, los cubren de plantas trepadoras; y el interior, de donde se han sacado las separaciones y los asientos, constituye un cómodo salón de verano.

Los wagones viejos se utilizan poco fuera de los caminos de hierro, y sin embargo, podrían prestar muchos servicios para formar cabañas de pastores, lecherías, gallineros, palomares, etc. En Inglaterra existe uno de estos antiguos wagones, que sirve de cobertizo de báscula: la figura 1 representa esta instalación singular y auténtica.

¡Cuántas cosas podrían decirnos los wagones viejos, si hablasen, desde las causas de los accidentes hasta las numerosas conversaciones de que han sido oyentes indiscretos! Sin embargo, pronto ó tarde, estos vetustos vehículos sufren la suerte fatal y son demolidos; quítanse los cristales, las asas y las cerraduras; desmóntase la madera, que se utiliza para combustible, y aquéllas se venden como hierro viejo, juntamente con los ejes que no tienen suficiente diámetro para servir otra vez, atendidas las actuales exigencias de seguridad.

Las partes que se pueden aprovechar para los coches nuevos, son poco numerosas; redúcense casi á los cristales, la crin de los almohadones, despues de limpiarla bien, y los cubos de las ruedas. Todo lo demás se vende como material viejo.

Así terminan su existencia los wagones.

En cuanto á los barcos viejos, su fin no es menos original algunas veces, como lo hemos observado en un reciente viaje.

Al ir de Perpiñán á Barcelona, si en la bifurcación del Empalme se sigue la línea del litoral, todo el trayecto ofrece mucho atractivo. A la izquierda extiéndese el Mediterráneo sin límites; la vía férrea costea el mar tan de cerca, que á veces las olas lamen las ruedas del tren; y á la derecha, risueños é inundados de sol, los pueblecillos se suceden rápidamente. Algunos de sus habitantes, pescadores de oficio, aprovechan las embarcaciones viejas de una manera muy singular: despues de aserrarlas transversalmente, las tumban en la playa, y conviértenlas en cabañas muy pintorescas; tres ó cuatro malas tablas, toscamente unidas, forman un cañón de chimenea; y algunas velas viejas, ó un poco de ramaje, unido con arcilla, sirven para tapar la abertura por donde se penetra en esas singulares viviendas (fig. 2). Los viajeros que hayan recorrido el corto trayecto desde el Empalme á Barcelona, habrán observado seguramente esta ingeniosa manera de formar una vivienda con poco gasto.

EL DIABLO LO ENVÍA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuación)

—Sí, ya sé yo que ese es el apodo que se da en estos contornos á los dueños de la *Venta del Sol*, pero los apodos ni rompen ningún hueso ni deshonran y prueba de ello que muchos reyes los han tenido.

La posadera guardó silencio.

Hubo una corta pausa y el desconocido volvió á decir:

—Cuando un viajero tiene hambre ¿qué come en esta posada?

—Pues come lo que hay en la casa, —dijo el tío *Orejón* acercándose hacia la lumbre.— Sólo que los tiempos están tan malos y los trajinantes nos tienen tan olvidados que la despensa de la *Venta del Sol* anda algo escasa.

—Sí, eso me han dicho en Guadix y aun me han aconsejado que pasara sin detenerme en la *Venta del Sol* y fuera á la del *Violín* que está una legua corta más hacia Castilla.

Y clavando los ojos en el ventero y en Serafina, como si quisiera estudiar el efecto de sus palabras, añadió:

—Según he podido comprender, al tío *Orejón* y á su familia no les faltan enemigos en Guadix.

—Sí señor, esa es la verdad, —contestó el ventero con acento sordo y frunciendo las cejas;—pero son enemigos cobardes que hacen el daño y ocultan la cara, porque ninguno de ellos es capaz de ponerse delante del tío *Orejón*.

El desconocido sacó del bolsillo del pecho de la zamarra una enorme petaca de plata y de ella dos cigarros puros alargando uno al posadero.

—De estos habrá V. fumado pocos, buen amigo, —le dijo.

El tío *Orejón* examinó con detenimiento el cigarro á la luz del candil, y contestó:

—Estos no se venden en el estanco.

—No señor, se venden á muchos miles de leguas de aquí.

El desconocido cogió una ascua con las tenazas y encendió su cigarro.

Aprovechemos este momento para decir, que aquel hombre tendría de treinta á treinta y cuatro años de edad; su fisonomía era vulgar, poco distinguida, su color extremadamente moreno y su barba negra.

Su traje se reducía á una zamarra negra de piel de cordero, un chaleco de terciopelo escocés, un pantalón de *patencour* de color claro, un sombrero calañés y una capa con embozos de piel de astracán.

Llevaba al cinto un par de pistolas de arzón con las monturas de plata, armas que debían ser de mucho precio y en las que el tío *Orejón* había fijado más de una vez sus ojos.

Todo el atalaje del viajero era costoso, pero revelaba mal gusto al primer golpe de vista.

—Pues sí,—añadió el forastero, despidiendo una bocanada de humo,—me aconsejaron que pasara á lo largo por delante de la *Venta del Sol* como se pasa por un sitio peligroso, pero como yo había ofrecido á un amigo íntimo, allá en América, visitar al tío *Orejón* y á su familia, le cumplo la palabra y aquí estoy.

—¡En América!...—repitió el posadero mirando alternativamente al desconocido, á Serafina y á la tía *Orejona*. —¿Y quién me conoce á mí en América?

El desconocido, que conservaba las largas tenazas en la mano derecha y el cigarro puro en la izquierda, clavó sus ojos en el posadero, y sonriéndose y dándose al mismo tiempo golpecitos en la punta de su bota con las tenazas, añadió:

—Muy flaco de memoria es V., tío *Orejón*, pues ya no se acuerda de que una tarde, hace veinticinco años, vendió por ocho duros y un mantón de lana á su hijo Genaro y que á este hijo se lo llevaron poco después á América.

—¡A mi hijo!... ¡A Genaro!... ¿Y quién le ha dicho á usted que yo vendí á mi hijo?—repuso el posadero clavando una mirada amenazadora en el desconocido.

La tía *Orejona* y su hija escuchaban con aparente frialdad el diálogo.

—Toma, me lo ha dicho el mismo Genaro,—contestó con calma el forastero.

—¿Entonces mi hijo Genaro vive?—preguntó el tío *Orejón*, sin que en aquella pregunta dejara traslucir ni un átomo de ternura paternal.

—Ya lo creo que vive,—añadió el forastero dirigiendo una mirada á la tía *Orejona* que permanecía inmóvil y muda como si no se tratara del hijo que había nutrido en sus entrañas.

—¿Y qué tal le va por América?—preguntó Serafina, aconsejada más por la codicia que por el cariño.

—Pst, así así; Genaro se dedica al comercio, compra y vende, gana y pierde, tiene alternativas y algunas veces le sobran cien onzas, y otras le falta un peso duro.

—Siempre lo pasará mejor que si estuviera en España, —añadió Serafina; – hace bien en permanecer allí.

—Pues Genaro no deja de acordarse de su tierra, y á pesar de las alzas y bajas que experimenta, como todo el que se dedica á negociar, cuando yo le indiqué que me venía á España, me dijo: «Bautista: yo debo tener allá al pié de Sierra Nevada, un padre, una madre y una hermana. Se les conoce en la comarca por la familia de los *Orejones* y supongo que aun seguirán siendo los amos de la *Venta del Sol*, como cuando yo era pequeñuelo y vivía con ellos. Quisiera por tanto que les llevaras, para que sepan que me acuerdo de ellos, unos regalos y un poco de dinero.»

El forastero hablaba con mucha pausa, fumando su tabaco, y dirigiendo miradas recelosas á los *Orejones* que poco á poco se iban acercando al huésped atraídos por el interés de la codicia.

El desconocido continuó de este modo:

—«Si mis padres existen díles también que aunque me vendieron siendo niño, yo no les guardo ningún rencor y sigo queriéndoles de todo corazón, porque no desconozco que la pobreza y la necesidad aconsejan á veces cosas que están reñidas con las buenas intenciones de los hombres y las mujeres.»

—¿Con que dice V. que mi hijo Genaro le ha entregado para nosotros algún dinero y unos regalitos?—preguntó el tío *Orejón* desentendiéndose de la ternura de padre que tan vivamente ofendía la segunda parte del discurso del forastero.

—Sí, seis onzas de oro que me ha encargado Genaro distribuya del modo siguiente: cuatro onzas para su padre, una para su madre y otra para su hermana, y además unos pañuelos de seda y dos pares de pendientes.

—¿Y nos trae V. ahora ese dinero?—preguntó con avaricia el tío *Orejón*.

Bautista, pues seguiremos llamándole con este nombre que él mismo se había dado, miró con severidad al posadero, y dijo:

—Pues es claro que lo traigo, no vengo á otra cosa sino á cumplir los encargos de Genaro, como espero cumplir otros que me dió para averiguar ciertas cosas que han llegado á sus oídos y á las que él no quiere dar crédito.

La familia de los *Orejones* estaba tan preocupada con las onzas y los regalos de Genaro, que no dieron la menor importancia á las palabras de doble sentido que acababa de pronunciar el huésped.

Bautista sacó un ancho y largo bolsillo de torzal verde y lo dejó sobre la pequeña mesa de pino que tenía al lado. Sacó asimismo de una de las bolsas de las alforjas un paquete cuidadosamente atado y lo puso junto al bolsillo.

El tío *Orejón*, su mujer y su hija, no apartaban las codiciosas miradas del repleto bolsillo del forastero, tal vez lleno de oro y que su dueño con tanta indiferencia había dejado sobre la mesa.

Más de una vez las miradas de Serafina se habían encontrado con las de su padre, como si quisieran decirle:

—¿A qué esperamos?

Pero el tío Orejón le contestaba del mismo modo:

—Ten paciencia.

Bautista corrió con calma una de las anillas del bolsillo y lo vació sobre la mesa por donde rodaron treinta ó cuarenta onzas de oro con gran asombro de los venteros.

Entonces estuvo eligiendo con gran calma seis de aquellas monedas que brillaban á los débiles rayos del candil; asombraba á los *Orejones* la gran confianza que el desconocido ponía en ellos.

—Estas son las seis onzas que me dió Genaro: yo las hice una señal con tinta porque tenía el gusto de entregar á Vds. las mismas que él me había entregado. Tome usted, tío *Orejón*, sus cuatro onzas; tome V., tía *Orejona*, y usted Serafina, esta otra. No es mala ganga tener un hijo en América.

Los *Orejones* se apoderaron de las onzas con tan brutal avaricia, que Bautista se sonrió con marcada expresión de tristeza.

Aquellos tres seres degradados, aquellas tres fieras con forma humana, ni siquiera le dirigieron una frase de agradecimiento y ternura al pobre Genaro que desde lejanas tierras se acordaba de unos padres que habían cometido la incalificable infamia de vender á su hijo.

Bautista, á quien indudablemente preocupaba la dureza de corazón de los venteros, comenzó á desdoblar poco á poco el paquete y sacó de él seis pañuelos de seda y dos pequeños estuches forrados de terciopelo.

—Aquí tienen Vds. estos pañuelos y estos dos pares de pendientes,—añadió dirigiéndose á la tía *Orejona* y á Serafina.—Genaro me ha dicho que primero elija su madre tres pañuelos y unos pendientes y le dé los otros á Serafina, porque primero debe ser la madre que la hija.

Serafina era de tan mala ralea, corría por sus venas una sangre tan podrida, que frunció el ceño de un modo marcado, indignada de la preferencia que su hermano le daba á su madre.

Bautista observaba esta baja envidia, pero nada dijo, y como si comenzara á temer de la gente que le rodeaba, ponía de vez en cuando su mano derecha en una de la culata de sus pistolas.

Mientras tanto la tía Orejona desdoblaba y abría los estuches, lanzando gritos de gozo, no por su hijo Genaro, sino por el valor del regalo.

Serafina, que se hallaba á su lado, decía refunfuñando en voz baja:

—Yo que soy joven debería elegir primero.

—Tú te aguantas y te callas, si no quieres que de un revés te pegue á la pared,—dijo la tía *Orejona*; —yo soy la madre y elijo primero.

—Siempre me dejará V. lo peor.

—Envidiosa.

Serafina dirigió una mirada feroz á su madre, y fué á sentarse en el rincón más oscuro del hogar.

Bautista no perdía ni un solo detalle de aquella escena tan poco edificante.

El tío *Orejón* había guardado las cuatro onzas en la faja y callaba, pero su silencio tenía algo de sombrío, de amenazador, y con frecuencia dirigía oblicuas miradas hacia el bolsillo del huésped que se hallaba sobre la mesa.

—¿De modo,—añadió Bautista guardándose el bolsillo con gran calma,—que en la *Venta del Sol* no hay nada esta noche qué cenar?

—Aunque me causa mucha vergüenza el decirlo,—contestó el ventero bajando los ojos hipócritamente,—nada puedo servir á un huésped, á quien juro por Dios y por mi alma que quisiera tratar á cuerpo de rey. Mañana será otra cosa, porque con el dinero que nos ha mandado Genaro compraremos algunas provisiones.

—Hombre prevenido vale por dos,—añadió Bautista.—Como en Guadix me hablaron tan mal de la *Venta del Sol*, compré una gallina asada, un pedazo de carne fiambre, un pan de dos libras y un par de botellas de amontillado seco, y vamos á cenar al amor de la lumbre brindando á la salud de Genaro, que no serán pocas las preguntas que me haga de su familia, cuando vuelva á América.

Bautista sacó de las alforjas las provisiones, y fué colocándolas sobre la mesa.

—Nosotros hemos cenado ya, -dijo el ventero mirando con avaricia los manjares.

—Y eso ¿qué importa?... Cuando se cena mal, conviene cenar otra vez.

Y Bautista, sacando una navaja, comenzó á trinchar la gallina y á hacer pedazos la carne.

—Sinforiana, Serafina, venid á tomar una tajada y un trago, que este señor nos convida,—dijo el tío *Orejón* dirigiéndose á las mujeres.

—Yo no tengo ganas,—contestó la ventera que se hallaba embebida en la contemplación del regalo que le había mandado su hijo.

—Ni yo tampoco,—refunfuñó Serafina que no apartaba los ojos de un pañuelo fondo color de oro con cenefa carmesí que había elegido su madre.

—Vaya, no lo dejen Vds. por cortedad.

—Gracias, he dicho que no tengo gana,—repuso la tía *Orejona* con su aspereza acostumbrada.

—Déjelas V.; el regalo las ha quitado el apetito; así son todas las mujeres.

Y el tío *Orejón*, sentándose al lado de Bautista, tomó con los dedos una tajada de carne.

Los dos se pusieron á comer con buen apetito, sirviéndose de la misma botella para beber uno y otro trago de vino cuando así se lo pedía el cuerpo.

—Pues sí, tío *Orejón*,—añadió Bautista;—Genaro se acuerda mucho de sus padres, y yo estoy seguro de que si él se persuade que no siembra sus beneficios en campo estéril, hará por Vds. mucho más de lo que ha hecho hasta ahora.

—Buena falta hace que se acuerde de nosotros, porque los tiempos son malos y la *Venta del Sol* va de capa caída.

—Pero voy á darle á V. un consejo; si Genaro sabe lo que á mí me han dicho en Guadix, entonces me temo que no se acuerde más de ustedes.

El posadero levantó poco á poco la cabeza y fijando su mirada sombría en aquel hombre que al parecer se entrometía y criticaba su vida privada, dijo con esa calma que es muchas veces precursora de la tempestad:

—¿Y qué pueden haberle dicho á V.? ¿Que soy pobre? Eso no es deshonra. ¿Que en mi venta falta todo? ¿Que los trajinantes y los pasajeros no encuentran lo que necesitan? Eso no es culpa mía, sino de la perra desgracia que ha cogido á los *Orejones* por el cogote y no les deja resollar.

—Es que me han dicho cosas,—añadió Bautista bajando la voz,—que yo no puedo creer y una prueba de ello es que me encuentro aquí.

—¿Y qué cosas son esas?—preguntó el ventero mirando siempre á su huésped.

—Aseguran que el tío *Orejón* desaparece algunas temporadas de su casa y se le ve por la sierra con malas compañías.

—Eso no es verdad... Pero aunque lo fuera, ¿quién se lo había de decir á Genaro allá en América?—preguntó en són de amenaza el ventero.

—Tío *Orejón*, en este mundo tarde ó temprano todo se sabe, y podía decírselo alguno que fuera por allá.

—¿Usted por ejemplo?

—No seré yo á fe mía, porque no me gusta indisponer á las familias, y además, ya he dicho que no creo nada.

—No quisiera otra cosa, sino que V. me pusiera delante del que le ha dado tan malas noticias de mí, á ver si me las mantenía en mi propia cara.

En este momento un perro comenzó á dar grandes aullidos junto á la puerta del parador.

La ventera y su hija suspendieron la animada conversación que mantenían en voz baja; el ventero se estremeció, porque un perro que aúlla dolorosamente de noche, es siempre motivo de preocupaciones para cierta gente.

-Ese es mi perro,—exclamó Bautista levantándose;—es mi pobre *Sultán*: se me perdió en Guadix, ó por mejor decir, me lo robaron esta mañana mientras almorzaba en la posada. *Sultán* es un hermoso mastín mejicano; se conoce que ha logrado escaparse y como tiene grandes narices ha venido siguiendo mi rastro.

El perro continuaba aullando cada vez más fuerte.

—Deme V. el farol; voy á abrirle la puerta.

—Yo iré,—añadió el tío *Orejón* levantándose.

—No, no: *Sultán* es muy noble cuando conoce á las personas, pero cuando está inquieto y receloso, como debe estarlo ahora, no es prudente fiarse de él.

Y Bautista, cogiendo el farol y un gran trozo de pan, se dirigió precipitadamente hacia la puerta.

III

Reparto del botín

Apenas había salido el huésped de la cocina, el tío *Orejón* de dos saltos se reunió con su mujer y con su hija, y les dijo:

—¡Basta de gruñidos!... ¡Basta de cuestiones por cuatro pingos que no valen una patata!... La fortuna se nos ha entrado por la puerta; el diablo, á quien se lo hemos pedido mil veces, por fin nos la envía y seremos unos bestias si no nos aprovechamos de la ocasión. Ese hombre trae un tesoro consigo y es preciso que nos apoderemos de ese tesoro á todo trance. Arreglad la habitación que tiene una ventana que da al corral, quitad la llave de la puerta para que no pueda encerrarse por dentro, y luego, cuando se quede dormido, todo será cuestión de media hora.

—Sí, pero yo quiero de parte la cadena de oro,—dijo Serafina con sombría entonación.

—Tú siempre eres la misma, mala pécora,—añadió el posadero cerrando los puños y mirando á su hija de un modo amenazador.—Lo primero es lo primero: la herencia de un muerto es más segura que la de un vivo, porque el muerto no reclama nada. Como vosotras inspiráis menos desconfianza que yo, tal vez será preciso que le deis el primer golpe, luego se le mete en un saco y á la cueva, se le entierra y asunto concluído. No será el primero, ni tal vez el último.

—A mí me es igual,—repuso Serafina con voz sombría,—dar el primer golpe que el último, pero ya he dicho que quiero para mí la cadena de oro.

—A tí hay que matarte ó dejarte,—contestó el tío Orejón, dando un manotazo en la cabeza de su hija.—Tendrás la cadena de oro; yo me quedaré con las pistolas, la zamarra y el caballo.

—¿Y yo no me quedo nada?—preguntó la tía *Orejona*.

—Ya vosotras habeis elegido, yo quiero los diamantes que lleva en la pechera.

—¡Los diamantes!... ¿Y qué va V. á hacer con los diamantes?—preguntó Serafina.

—Lo que á tí no te importa, bachillera.

Y la tía *Orejona* se abalanzó con las manos crispadas hacia su hija.

El tío *Orejón* la cogió bruscamente por un brazo, y dijo:

—Haya paz, Sinforiana, porque la noche está sombría y voy viéndolo todo de color de sangre. Cuando terminemos la faena, cuando el botín sea nuestro, ya veremos el modo de repartirlo lo mejor posible; con que callando y arreglar la habitación que he dicho.

—¿Y si ese hombre no quiere acostarse?—preguntó Serafina.

—Entonces un golpe por la espalda se da con facilidad y rapidez, y ya veremos de aprovechar la ocasión.

La tía *Orejona* y Serafina salieron refunfuñando de la cocina. El posadero se sentó junto á la mesa y poco después entró Bautista.

—Efectivamente,—dijo,—era mi pobre *Sultán* con una soga al cuello y en un estado deplorable; se ha bebido un cubo de agua, se ha comido medio pan y se ha echado en el pesebre junto á mi caballo.

Y mirando en derredor suyo añadió:

—¿Qué se han hecho las mujeres?

—Han ido á arreglar el cuarto de V.,—contestó el tío *Orejón*.

—No vendrá mal dormir algunas horas, he madrugado mucho y debe ser tarde.

Bautista sacó un reloj de oro del bolsillo de su chaleco, y despues de mirar la esfera, añadió:

(Continuará)

TRABAJO HUMANO

Razas de conquistadores y pueblos de esclavos nos presenta constantemente la historia de la humanidad. Mientras de la esclavitud dependió la producción de las cosas necesarias á la vida, y mientras á la conquista y al botín de las naciones adelantadas debieron todos los pueblos superiores los refinamientos del lujo, es claro que el trabajo había de considerarse como una maldición.

La guerra y la esclavitud eran entonces los únicos medios de gozar las comodidades de la vida; y, por consecuencia, una sola palabra, DOLOR, compendió la historia de la masa general de los hombres; y otra sola palabra, la palabra TIRANIA, simbolizó la historia de las razas triunfadoras.

***

De esos ominosos tiempos todavía llegan hasta nosotros preocupaciones inveteradas. Todavía existe la esclavitud en muchos puntos; todavía la holganza y la disipación, constituyen las degradantes ocupaciones de la mayor parte de las clases ricas; y el esfuerzo muscular, la penuria y la abyección, son aún las perennes calamidades de las clases pobres; por lo cual merecen el aplauso de todos los buenos, cuantos traten de desterrar á las tinieblas del olvido, así las antiguas preocupaciones que envilecían el trabajo, como los privilegios que enaltecían las voluptuosidades de la ociosidad.

Y, una de las primeras tareas que han de imponerse cuantos traten de terminar la gran revolución del ennoblecimiento del trabajo, es la de patentizar, que el trabajo HUMANO no consiste precisamente en el empleo de las fuerzas musculares; sino en el ejercicio de las fuerzas mentales, y en la sostenida serie de actos que informa la perseverancia de la voluntad.

Tan trabajador es el inventor de una máquina como el que emplea su energía en hacerla funcionar. El ingeniero que la concibió, el dibujante que la trazó, los modelistas que le dieron forma, los que la fundieron, los que la ajustaron, los que la condujeron al mercado conveniente... son tan trabajadores, como los que, haciéndola meramente funcionar, transforman los materiales brutos de la naturaleza en los primorosos artefactos de la industria.

***

Claro es que, el TRABAJO HUMANO, el propiamente HUMANO, tiene, en este respecto que venimos examinando, un sentido muy diferente del que, á la palabra TRABAJO se da en mecánica. En la idea de trabajo mecánico, entran tres conceptos: el de PESO levantado: el de ESPACIO recorrido por el peso: y el de TIEMPO invertido en el movimiento. *Caballo-vapor*, es la fuerza capaz de levantar 75 kilogramos á la altura de un metro, en un segundo. Una caída de agua, la fuerza del viento, la onda de la marea, las olas del mar; el calor... pueden por medio de organismos adecuados, efectuar semejante trabajo, una ó muchas veces; así como al ESFUERZO REUNIDO DE GRAN NUMERO DE OBREROS ó de gran número de animales domesticados es dado contrarrestarlo ó producirlo. Pero los esfuerzos puramente musculares, no constituyen TRABAJO ESENCIALMENTE HUMANO, sino TRABAJO de HOMBRE, que la bestia en gran número de casos y las fuerzas naturales siempre, pueden ventajosamente sustituir.

***

No todos los trabajos humanos son de igual categoría. El trabajo que requiere muchos anteriores, un gran capital científico, alcanza puesto de honor más preeminente en la escala de los merecimientos. Ligeros estudios previos bastan al maquinista, para hacer funcionar el mecanismo que le está encomendado. Pero muchos conocimientos anteriores fueron necesarios al inventor que le dió vida.

Mientras el trabajo humano se acerca más al trabajo mecánico DE HOMBRE menos remuneración obtiene, más tiempo exige, y menos permite el ennoblecimiento y la realización íntegra del sér. Y mientras más intelectual



EXTRAVIADOS, dibujo de R. Catón Woodville

EL BESO MATUTINAL, dibujo de A. Echtler



EL ATAQUE, dibujo de Stanley Berkley

es el esfuerzo, mayor es su remuneración, y mayor la gloria que al trabajador produce.

* * *

Esto no quiere decir, en modo alguno, que los trabajos intelectuales estén reñidos con el desarrollo exquisito de las facultades físicas; antes bien la educación física, forma parte de la intelectual.

La exactitud de los órganos; la finura en la percepción de los detalles; la delicadeza, la claridad, la plenitud, la sonoridad, la dulzura, la flexibilidad, la insinuación y el vigor de la voz; la actividad, la fortaleza, la agilidad, la destreza del cuerpo... son cualidades indispensables al viajero, al estenógrafo, al litógrafo, al pintor, al escultor, al músico, al arquitecto, al orador, al ingeniero, al médico, al químico, á cuantos cultivan las ciencias naturales, en una palabra a todos los hombres, sea la que fuere su profesión habitual. La lectura en alta voz, el canto y la gimnasia, son el mayor preservativo contra la tisis. La habilidad manual nos hace en algún modo independientes de los otros hombres: Arquímedes fabricaba por sí mismo sus admirables máquinas: Galileo hacía sus propios telescopios: Torricelli sus barómetros; Leonardo de Vinci, Rogerio Bacón, Keplero, Pascal, Newton Franklín, Buffón, Walt, Cuvier... hicieron de su habilidad manual, el primer escalón para elevarse á la celebridad y á la fortuna.

Y, ¿se concibe un Fidias, un Praxiteles, un Rafael, un Miguel Angel... sin manos que sepan realizar lo que en la fantasía les apareció en imágenes? Una habilidad manual extraordinaria hace de un violinista un Sarasate. Un gobierno supremo y una educación portentosa de órganos privilegiados del sonido, constituye un Gayarre.



LA FUGA, dibujo de Stanley Berkley



LA NOCHE, alegoría de F. Lefler

No todos los hombres eminentes que han dedicado su tiempo á trabajos superiores han logrado, sin embargo, recompensa.

En un hospital murió Camoens, el Virgilio portugués, autor de *Las Lusiadas*, poema salvado de un naufragio horrible, porque el autor constantemente lo llevó con la mano izquierda fuera del agua tempestuosa.

Cervantes vivió siempre en la penuria: ¡el gran Cervantes, el genio sin rival, conoció muy de cerca la miseria!.!!

Sauvage, preso en Boulogne por deudas, contraídas en sus experimentos para patentizar las ventajas de la hélice en la propulsión de los buques, se volvió loco (dicen) agarrado á los hierros de su cárcel, al ver un buque maniobrando ágilmente por medio del propulsor cuyas condiciones de máximo efecto había logrado demostrar á costa de su ruina y de su crédito.

Pero... baste. Una biblioteca pudiera hacerse con la biografía de los genios que han muerto en la miseria.

Mas, si á veces el genio termina en un hospital ó en un manicomio, es porque sus facultades se anticipan á su tiempo y producen lo que aun no logra consumo.

El TRABAJO HUMANO, para ser *remunerativo*, tiene que contar con la demanda; y, por consiguiente, con las condiciones del ambiente social. Locura sería fabricar hielo para Siberia ó mantas y cobertores para el caluroso Congo.

Pero, á pesar de todo, es verdad que, como regla, el abogado gana más que el escribiente, el médico más que el practicante, el arquitecto más que el albañil, el capitán más que el marinero... y en general, el que emplea más inteligencia en su trabajo recibe retribución mayor que aquel cuyos esfuerzos son, ó *pueden ser* reemplazados por la bestia ó por las fuerzas naturales.

Aun hay quien niega la posibilidad de máquinas capaces de reemplazar los movimientos (apenas seguibles por la vista) de las manos que pliegan y cierran periódicos, que cortan naipes, que empaquetan fósforos... pero ¿quién hace hoy caso de los que negaban ayer la posibilidad de coser con máquina, mejor y más de prisa incomparablemente que la más hábil costurera?

Aun está en la infancia el fonógrafo; pero bien puede profetizarse que no pasará mucho tiempo sin que sean necesarias, para conservar la palabra de los grandes oradores, las habilísimas manos de los taquígrafos.

Todo, pues, cuanto hace ó *puede hacer* un mecanismo, es y tiene que ser de poca remuneración.

El trabajo inteligente, propio sólo del sér humano, es, pues, *por su cualidad de irreemplazable*, lo que ha de elevar á los trabajadores hasta la fortuna y la felicidad.

* * *

Así, pues, el gran problema del trabajo *humano* supone ineludiblemente la resolución de otros dos:

1.° el de la instrucción pública:

2.° el del dominio de las fuerzas naturales.

* * *

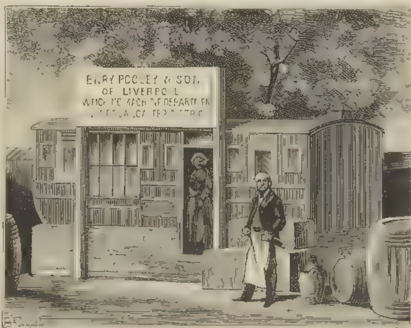
Exageran, pero no tanto como generalmente se cree, los que dicen:

«Ignorante, luego esclavo.»

«Esclavo, luego bestia.»

Ambas proposiciones son falsas; pero, en un sentido translaticio, hay en ellas mucho de verdad.

El que no sabe es *metafóricamente* esclavo del que sabe. Y quien tan servilmente depende de otro, no puede aspirar en modo alguno al trabajo propiamente *humano*.



[illegible] 1. – Aprovechamiento de un wagón del camino de hierro en Inglaterra



[illegible] 2. – Lo que llega á s[illegible] vieja en España

Resulta, pues, necesario, *absolutamente necesario*, difundir los conocimientos de la ciencia y sus aplicaciones prácticas; y pueblo donde hay niños abandonados y donde se cierran escuelas, es pueblo enteramente perdido y sin porvenir. Lo que no se invierta en escuelas se consumirá en presidios. En vez de producir se gastará. Y ¡á sabiendas!

Un pueblo de ignorantes no tiene porvenir.

La producción requiere, aun en las regiones más favorecidas por la naturaleza con dones especialísimos, la vista penetrante de la ciencia que sondea en lo futuro. Porque si un procedimiento nuevo cambia las condiciones de la producción en metalurgia, en agricultura, en navegación, etc., ¡ay del minero ignorante! ¡ay del agricultor obstinado! ¡ay del industrial sin ojos, que no sustituyan inmediatamente lo viejo con lo nuevo! Ruinoso era el procedimiento seguido por España en las minas de Río-Tinto: hoy Huelva, en virtud de otros procedimientos, es uno de nuestros principales centros de producción.

¿No se han arruinado los navieros que, para servicios regulares y periódicos, se obstinaron en esperar de los caprichos del viento la puntualidad que sólo pueden ofrecer los barcos que llevan al viento en la bodega?

* * *

Pero el desarrollo integral del hombre exige algo más que la instrucción; porque el ente humano sólo llega á la plenitud de su sér con la educación general de todas sus facultades. *Mens sana in corpore sano*, dijo la filosofía antigua. Y, en efecto, el hombre debe aspirar á algo más que á enriquecer su inteligencia. Bien poco producirá, si su cuerpo, enfermo ó enfermizo, se niega á la asiduidad y á la constancia que requiere todo trabajo mental. Pero la filosofía moderna quiere más todavía. De cuerpo vigoroso é inteligencia cultivadísima puede disponer un criminal; tanto más temible cuanto más instruído y musculoso. Pues qué, ¿no suelen vivir en consorcio tranquilo y sosegado el crimen y la inteligencia? Nó: no existe verdaderamente el *sér humano* sin lo que se llama el cultivo del corazón. Así pues, cuerpo fuerte, mente sana, y corazón verdaderamente virtuoso constituyen el hombre moral, y son el objeto de la educación perfecta.

* * *

Pero no es posible que el hombre nutra su inteligencia ni aquilate su corazón, si ha de ganar su pan con el continuo sudor de sus miembros.

El problema de la educación del género humano exige la conquista de las fuerzas naturales; que sólo puede hacerse (como en parte está ya hecha), por las maravillosas potencias de la invención.

Fuerza *mecánica* no debe, pues, pedirse nunca al hombre. Pues, ¿para qué están los vientos, los saltos de agua, las olas del mar, el calor del sol, el calor central de nuestro globo, la combustión del carbón encerrado en las hulleras?

La fuerza abunda tanto, que causa maravilla la demanda (aun persistente) de fuerza muscular. A treinta mil millones de veces la potencia actual de todas las máquinas de vapor del mundo hay quien hace subir la fuerza *(¡hoy enteramente perdida!)* del agua que en vapor se eleva sobre los montes de la tierra, y luego desciende al mar en forma de torrentes y cataratas, de arroyos y de ríos.

La sola catarata del Niágara excede en potencia á la de todas las locomotoras juntas que hoy funcionan en la tierra. La catarata del Potaro iguala en fuerza desaprovechada á la del Niágara, si no la excede. Y ¿quién será capaz de calcular la energía de las olas y la de las mareas? ¿quién las del calor central de nuestro globo?

Es preciso, pues, conquistar todas las fuerzas del Cosmos, y eso no se conseguirá nunca sino gastando mucha fuerza cerebral.

* * *

Sin la ciencia, esto es, sin el trabajo científico, resulta imposible la redención del género humano.

Y no puede haber ciencia nueva sin una cualidad del corazón: sin el AMOR DEL TRABAJO.

La ciencia, pues, del porvenir está toda en la resolución de este doble problema: Reducción *á un mínimo* de las enervantes fatigas del TRABAJO DE HOMBRE. Ampliación *á un máximo* de los placeres inefables del TRABAJO HUMANO, porque de éste sólo puede decirse

LABOR IPSE VOLUPTAS.

Luis B[illegible]



Viaje á Filipinas. – Un gobernadorcillo.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los salvajes no se elevan á las concepciones poéticas de los griegos; pues en todas las latitudes, el soplo del viento en el bosque, y los fuegos fatuos en las noches calurosas se atribuyen á potencias invisibles.

Algunos tragos de aguardiente, y una nueva repartición de cigarros recompensan la complacencia de los bailarines; despues se organiza un tiro de arco, y nos convencemos de lo que habíamos previsto: los pobres Negritos son muy poco diestros; y esta es una de las causas de inferioridad que precipitan la desaparición de su raza. En efecto, cuando en contacto con salvajes que son superiores (segun veremos en Mindanao), perseguidos y acosados, se aventuran apenas á plantar algunos bananos y *camotes* (1), los Negritos no tienen más recurso que la caza, recurso que á causa de su poca destreza es esencialmente precario; también tienden lazos, mas para que éstos dén algún resultado, deben extenderse en vastos espacios, y es preciso mudarlos con frecuencia.

Los Negritos de la provincia de Bataán, más felices, viven en paz, y es fácil conocer sus costumbres, las cuales explican con una paciencia inagotable. Su jefe, magistrado supremo, juzga con el concurso de los ancianos, cuando los hay en la tribu, todas las infracciones y diferencias. Sólo existe una pena, la de muerte, que se aplica casi á todos los delitos, al robo y al adulterio (2), así como al homicidio; pero estos delitos, lo mismo que los demás, son muy raros

. . . . . . Ultima per illos
Justicia excedens terris vestigia fecit.

Las costumbres de las jóvenes Negritas son muy morales, pues la menor sospecha las impediría encontrar marido.

La propiedad se halla establecida en sólidas bases: el terreno en que se ha practicado el desmonte pertenece al que lo ha preparado para el cultivo y á sus herederos. Muerto el padre de familia, si la madre vive aún, la herencia se divide en dos partes iguales: la una pertenece á la madre, y la otra á los hijos que la reparten igualmente entre sí.

El cariño de los padres á su progenie es muy profundo, y también sus hijos los aman y respetan. La solicitud con que se cuidan las tumbas indica que estos sentimientos sobreviven á la muerte. Por desgracia no he conseguido analizar con precisión las ideas que los Negritos pueden tener respecto á la suerte de los difuntos.

Las costumbres de los Tagalos son mucho menos sencillas; pero aquí, como en las demás provincias, las relaciones de los servidores y obreros con el amo son bastante francas; salvo algunos golpes de bejuco (3) aplicados de vez en cuando, á pesar de la ley, no se ve en las casas tagalas esa reserva por una parte, y ese aire frío, por otra, que se observa cada vez más en nuestras grandes ciudades.

Varias veces hemos pasado la noche en casa de notables de Balanga, ó en la de un gobernadorcillo. Al entrar es casi imposible distinguir á los amos de los criados, pues unos y otros están descalzos y visten de igual manera; saludan y mastican el buyo (4) del mismo modo. No obstante, cuando nos sentamos, la servidumbre, siempre muy numerosa, abandona el salón; pero se queda en el umbral de las puertas, siempre abiertas, porque rara vez ven á un europeo, como no sean los curas y los funcionarios públicos. Su actitud es á la vez libre y respetuosa, y manifiestan el placer que les causa oir tocar el piano y el arpa, acompañamiento obligado de todas las tertulias tagalas. El mobiliario de las habitaciones, aun de las más ricas, se distingue por su extremada sencillez: salvo los instrumentos de música, que á esta distancia de París y de Madrid representan una suma bastante considerable, no se suelen ver más que muebles sin valor; sillas de bejuco de todas formas, imágenes de santos colgadas en la pared; y á veces un libro de oraciones impreso en Manila, y que por el papel y el conjunto tiene el aspecto de una publicación del siglo XVII. En algunas casas he visto debajo de un globo de cristal pequeñas estatuas que representaban una escena piadosa. Estos objetos, fabricados en Manila, tienen gran valor; las partes desnudas, siempre de marfil, están correctamente esculpidas, y las ropas cubiertas de adornos de oro macizo.

Todo cuanto se refiere al culto, está lleno de riqueza: se ha visto que las iglesias, los campanarios y los conventos eran los únicos edificios de piedra. Por la noche, al atravesar los pueblos sumidos en la oscuridad y entregados al descanso, divísase en la maciza fachada de las iglesias un espacio iluminado, donde la estatua policroma del patrón de la localidad aparece como un soberano inmutable de los fieles que duermen bajo su protección.

La fe de estos pueblos es completa, absoluta; pero aquí, lo mismo que en otras partes, no es un obstáculo para las supersticiones. Al pasar una noche junto á una espesura de bambúes, nuestro guía nos dice que á la luz de la luna se ven algunas veces jinetes blancos seguidos de una traílla de perros, que vienen á rondar y á cantar al rededor de esos esbeltos tallos; la aparición es siempre funesta; el que ve á los blancos fantasmas comienza á enfermar y no tarda en morir. Las sensaciones percibidas por la inteligencia inculta son las mismas en todas partes; y los Tagalos explican, poco más ó menos como nuestros campesinos ignorantes, la influencia depresiva de la noche y las causas de la tisis pulmonar.

Salimos de Balanga el 15 de agosto y volvemos el mismo día á Manila.

III

Albay (Luzón)

2 setiembre. – Nuestro amigo M. Genu nos acompaña á bordo del *Cebú*, y preséntanos al capitán, D. Liborio de Tremaya, que se pone á nuestra disposición con una cortesía verdaderamente castellana.

A las nueve se da orden de largar amarras, y al medio día salimos de la bahía de Manila. Las horas pasan rápidas, pues acabamos de trabar conocimiento con D. Manuel Ruíz de Obregón, promotor fiscal de la provincia de Albay, que vuelve á ocupar su puesto, y que habla correctamente el francés, siendo su conversación de las más instructivas.

A las siete de la noche pasamos entre Luzón y la pequeña isla de Maricaban; y á las ocho anclamos en la rada de Balanga, capital de la provincia del mismo nombre, tal vez la más rica de las Filipinas. A este punto es á donde se dirigen todos los viajeros para visitar el famoso volcán de Taal, que se divisa en el último confín del horizonte; pero si nos detuvieran todos los atractivos de Luzón, no sé cuándo acabaría nuestro viaje. Tenemos orden de visitar sobre todo las regiones que se conocen poco, y las desconocidas.

3 setiembre. – Aparejamos á las dos de la madrugada, deteniéndonos cinco horas después en la encantadora bahía de Laguimanoc, pequeño caserío que desaparece en medio de los cocoteros, y que se cree destinado á un gran porvenir, pues ya es el centro de un comercio bastante activo, sobre todo con Pasacao. En la bahía, muy segura, aunque sólo tiene de cuatro á cinco brazas de fondo, están anclados ocho buques de trescientas á quinientas toneladas.

Continuamos muy pronto el viaje, siguiendo la costa de Luzón á corta distancia de esta; es muy accidentada, y tan pronto presenta ribazos cortados á pico como altas colinas cubiertas de magníficos bosques.

A eso de las diez cruzamos por delante de la isla Marinduque, donde una enorme estribación nos recuerda por su corte rectangular el aspecto de Bonifacio. En Marinduque hay mucha población y bastante cultivo, sobre todo en su parte occidental. En cuanto á la gran isla de Mindoro, situada más al sudoeste, era en otra época el granero de las Filipinas: Mindoro fué colonizada por los PP. de la Compañía de Jesús; y en el siglo pasado, la supresión de la Compañía fué un golpe fatal para su prosperidad, completando su ruina las incursiones de los moros (5). Actualmente la población tagala, muy escasa, se ha concentrado en las orillas; algunos Manguianes medio salvajes, que parecen ser de la misma raza que los Tagalos, vagan errantes en los espesos bosques del interior, que cubren las ruinas de los pueblos florecientes en otra época.

A la altura de Marinduque, la costa de Luzón comienza á variar de aspecto: los bosques están cortados á menudo por inmensas praderas de cogón (6); esta gramínea invasora cubre extensos espacios en todo el archipiélago; se implanta á menudo en los desmontes abandonados, pero tiene poca utilidad; empléase á veces para cubrir las casetas; y cuando está amarilla y tierna se da á los búfalos y caballos, á falta de mejor forraje.

A las nueve de la noche. – Hemos anclado en la rada de Pasacao, á una regular distancia de la orilla, con cuatro brazas de fondo, y desembarcamos á la luz de la luna, cuyos rayos iluminan un islote situado en medio de la bahía como un canasto de flores; las sombras profundas señalan el relieve de los ribazos, coronados de un verde oscuro. Pasacao se parece á Laguimanoc, que se asemeja á todos los demás caseríos de Luzón: es el puerto de Naga, ó Nueva Cáceres, cabeza de distrito de la provincia de Camarinas Sur. Naga es obispado, y tiene una escuela normal de institutrices ó maestras para las provincias *bicoles*. Deseamos buen viaje y un triunfo académico á dos jóvenes que emprenden la marcha para conquistar sus grados en aquel instituto.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Velada en casa de una familia tagala

(1) *Convolvulus batatas*: su cultivo, muy común en todo el archipiélago, es de los más fáciles; su tallo produce numerosas raíces, que desarrollan tubérculos comestibles

(2) En estos últimos tiempos, el Sr. Chaves ha conseguido que le sean entregados aquellos á quienes el jefe condena; la autoridad española conmuta la sentencia en algunos años de presidio.

(3) Bejuco es el nombre que se da al tallo de diversos *calamus* (*rotang* de los malayos), término corriente en todos los dialectos indígenas; el uso de este medio de corrección se limita más cada día, pero aun está muy generalizado en las Filipinas.

(4) El betel.

(5) Los españoles y los indios dan el nombre de moros á todos los malayos mahometanos de Palawan, Mindanao, Joló, Borneo, etc.

(6) *Saccharum Kœnigii*, L. *Imperata arundinacea*, Brgn.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1886 — NUM. 215

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de E. Lancerotto

SUMARIO

TEXTO.—*La vuelta al año*, por don J. Ortega Munilla.—*Nuestros grabados.—El diablo lo envía (continuación)*, por don Enrique Pérez Escrich.—*Carta de América*, por don Alberto Tissandier.—*Viaje á Filipinas (continuación)*, por el Dr. J. Montano.

GRABADOS.—*Declaración de amor*, cuadro de E. Lancerotto.—*Los restos del banquete*, cuadro de L. Gatteri.—*Magdalena penitente*, cuadro de Pompeyo Batoni.—*Un lobo marino*, cuadro de Emilio Renouf.—*Vista de Pittsburgo tomada desde el monte Washington.—Carruaje de tranvía en un plano inclinado, en Cincinnati.—Una ciudad naciente en los Estados Unidos: Mac Bride City, en Pensilvania.—Una aldea de Luzón.—Salón del comerciante chino Narciso en Daraga.—Suplemento Artístico: Discusión teológica entre Pedro Galle y Olao Petri, en Upsal en 1524*, cuadro de Hellqvist.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Un libro notable. – La literatura catalana: Narciso Oller, *Serafí Pitarra*, Verdaguer. – El general Fajardo ha muerto. – Decadencia del año teatral. Traducciones abominables. Aburrimiento del público. – Los *Hanlon-lees*.

Con el título de: *El año pasado, letras y artes en Barcelona*, se ha publicado un interesante volumen, en que un escritor de gran talento, J. Ixart, hace el resumen del movimiento intelectual en Cataluña durante los doce meses de 1885.

Sirve esta juiciosa síntesis como de catálogo para conocer el gran progreso de las artes y las letras catalanas.

De algunos años á esta parte ha tomado extraordinario vuelo la literatura catalana, que antes estaba dormida, limitándose su ejercicio, excepción hecha de unos cuantos escritores notables, al canto de las musas que entonaban las viejas baladas provinciales, sin verdadero carácter regional y acomodándose más bien á los modelos de Mistral que procurando infiltrar en sus endechas el perfume de los vergeles catalanes. Desde entonces acá el movimiento ha sido rápido, el desenvolvimiento velocísimo: ya no es uno, son muchos los escritores catalanes que cultivan con extremado aliento y con notable inspiración la literatura.

Narciso Oller se ha revelado con dos libros como un gran novelista, á la manera de Alfonso Daudet, estudiando el natural, sorprendiendo los perfiles físicos y morales de la vida, penetrando en el sentido de ella, y vaciando en moldes artísticos el metal líquido que ha encontrado en las minas de su observación.

La primera de sus novelas se titula: *La Papallona*, y ha sido traducida al francés, mereciendo que Emilio Zola, el príncipe de los naturalistas, encabezase el tomo con un prólogo lleno de elogios para el escritor catalán.

Ahora acaba de publicar otra novela titulada: *Vilaniu*, digna de su hermana mayor.

En estos momentos despierta gran entusiasmo en Barcelona y en los principales centros intelectuales de Cataluña el famoso escritor que firma sus obras con el pseudónimo de *Serafí Pitarra*, ya muy conocido por sus dramas llenos de energía y viveza, inspirados en los modelos de la escuela de Victoriano Sardou.

Acaba en estos instantes de dar á la estampa un poema de la más alta inspiración, de esos que puede decirse que son el aletazo supremo de un genio que, habiendo volado muchos años sobre las copas de los árboles, un día se eleva á las alturas siderales y se hunde allí en lo infinito con un supremo arranque. El poema se titula: *Las alas negras*, y su fondo es la lucha eterna entre el bien y el mal.

Empieza el poema cantando *Serafí Pitarra* la eterna monotonía sonrosada de los cielos, en los que no había más que ángeles de alas blancas, todo era bondad, todo era perfección, todo obediencia al Creador de las cosas visibles é invisibles; una pesada somnolencia gravitaba sobre aquellos resplandores rosados, cuando de repente surgió del fondo mismo de esta obediencia la rebelión y apareció Luzbel, el ángel rebelde que se atrevió á mirar á Dios cara á cara y que se permitió discutir el poder con que el autor supremo ejercía la autoridad sobre los hombres. Numerosos episodios de la vida moderna, inspirados en este mismo contraste de luz y sombras, de alegrías y tristezas, esmaltan el poema de *Las alas negras*.

Otro insigne poeta catalán, Jacinto Verdaguer, ha añadido á los laureles que consiguió con su poema *La Atlántida*, los que en este momento le proporciona su nuevo poema *Canigó*.

«En alas de una nube, dice el Sr. Ixart en su juicio del poema, el poeta cruzó ayer el Océano, y allá en las noches estrelladas, vagando suspendido entre dos infinitos, la llanura de las aguas sin límite y la bóveda del cielo sin medida, vió surgir todo un continente tragado luego por inmensa vorágine, donde otros hubieran visto cuando más algún pececillo coleando ó alguna sirena mitológica.

»Aquella visión gigantesca, que Verdaguer cantó en *La Atlántida*, asombra por su grandiosidad, destacándose como principal mérito de la creación un arte exquisito y supremo para describir lo sublime físico. Hoy, con el bastón ferrado del excursionista, trepa Verdaguer á los Pirineos, y de nuevo lo sublime físico formará el cuerpo de su obra. Ayer un continente que se sumerge; hoy una cordillera que se mantiene enhiesta, teniendo por zócalo esta parte de Europa, separando dos naciones y dominando dos mares.»

Difícil es narrar el asunto de *Canigó*, pero el notable crítico catalán Ixart nos da el trabajo hecho, y de él trasladamos esta síntesis bellísima.

«El Conde Tallaferro, con su hermano el Conde de Cerdaña, arma caballero á Gentil, su hijo, en una ermita del Canigó, que es un monte de colosal altura y de poéticas vertientes. En la romería que sigue á la ceremonia sorprende los amores de Gentil con una simple pastora, Griselda, y opónese á ellos rudo y áspero; mas sobreviene súbitamente una invasión de moros, acuden todos á las armas, y Gentil parte á caballo al castillo de Arriá, donde fué apostado para resistir al enemigo, y allí divisa una noche, pensativo, la cumbre del Canigó, y estando absorto en su contemplación le habla á su escudero del hechizo mágico, de las hadas que moran en la cima y de su poder omnipotente. Gentil se acuerda de su amada. ¡Quién sabe si le darían ellas un talismán para gozar del amor de Griselda! Arrebatado por esta idea, parte, deserta de sus banderas y olvida á su patria luego. Gentil es víctima de la seducción de Flor de Nieve, la reina de las hadas del Canigó; Flor de Nieve le muestra sus palacios fantásticos, recorre con él sus dominios en el Pirineo; las hadas sus sirvientas le cantan las leyendas del país. Pero en esto los dos héroes, Tallaferro y Guifre, acudieron á la lucha con los invasores. Desbandado su ejército, Guifre sorprende á Gentil en brazos de las hadas, y ciego de cólera por su criminal deserción lo mata y lo arroja por la montaña abajo. Cuando ya transida de pena Flor de Nieve iba á enterrarle, un escudero le arranca de los brazos el cadáver y baja con él á la ermita de San Martín: allí encuentra al padre de Gentil, á Guifre el matador y al obispo Oliva, gran figura de la historia eclesiástica de Cataluña. Guifre confiesa su crimen; el padre intenta furioso tomar venganza en él; el obispo se interpone entre ambos, el uno perdona y el otro se arrepiente. Tras el entierro de Gentil el poema canta la fundación del monasterio en que expiará sus pecados el Conde de Cerdaña, el llanto de su esposa Guisla, la locura de la desdichada Griselda y la conquista religiosa de la comarca por Oliva.»

Sobre este argumento Verdaguer hace galopar á los corceles de su inspiración, creando una de las concepciones más poéticas, más hermosas que cabe crear, y que son gloria de la edad presente.

***

El general Fajardo ha muerto.

Si pudiese darse vida á todos los españoles que han muerto víctimas de nuestras discordias civiles, ¡qué bizarra legión formarían y qué empresas no estarían al alcance de sus manos!

***

Inútilmente ensayan los teatros, las empresas y los autores nuevas maneras de satisfacer la curiosidad del público; en vano se estrenan obras todas las noches: ninguna resulta capaz de producir en las muchedumbres esos movimientos de entusiasmo febriscitante que constituyen la alegría del arte escénico. Adviértese en cuantos van á presenciar estos estrenos el aburrimiento y la falta de interés, y no porque sean escasos los ingenios que en España son capaces de atraer al público, sino porque no han iniciado las corrientes de novedad que la opinión pide.

En esta última temporada se han dado algunos autores á traducir del francés, sin ton ni són; han cogido lo bueno y lo malo; á autores que son eminentes y respetables y á otros que no merecían la pena de ser trasladados desde su idioma original al de Cervantes.

En la Comedia se estrenó, hace pocas noches, *El general Monleón*, que en francés se llamó *El honor de una familia*, en italiano *El suplicio de una madre*, y no sabemos si en volapuck se llamará de otra manera, porque si ésta lengua novísima tiende á expresar con verdad y laconismo el pensamiento del hombre, buscará una palabra que exprese el error, el absurdo, el disparate, para nombrar á este engendro.

Entre tanto, la pantomima triunfa todas las noches en el teatro de la Zarzuela. Los *Hanlon-lees*, de quienes ya hemos hablado en la anterior revista para anunciar su venida, consiguen con sus saltos, sus bofetadas y sus ingeniosas combinaciones lo que no consiguen los autores y los actores de todos los teatros: atraer al público.

No faltan cejijuntos críticos que se enojan viendo cómo se aplaude al *clown*; sin embargo, el público, sordo á estas recriminaciones, dice, parodiando al dramaturgo francés: «Yo tomo mi diversión allí donde la encuentro.»

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de Lancerotto

Bellísima composición, llena de intención y de vida.

Esta declaración prospera: es posible que hasta prospere demasiado.

El galán parece curtido en esta clase de lides; la doncella tiene trazas de ser más confiada de lo que á su honor conviene.

¡Con qué arte, aun mejor que sentimiento, pinta aquél la pasión que le devora!... ¡Cómo filtran sus palabras en el pecho de esa inocente criatura!...

El autor ha estado hábil verdaderamente; de una escena vulgarísima ha hecho un poemita. Es una escena de *Fausto*, que tiene lugar bajo el sol de Italia.

LOS RESTOS DEL BANQUETE, cuadro de Gatteri

Tristes, muy tristes para todo hombre de levantados sentimientos, debían ser esos tiempos en que una turba famélica é ignorante, y como ignorante abyecta, acudía á los patios de los alcázares y á las plazas de armas de los castillos, en demanda de los restos del banquete; bien así como la plebe romana aullaba á la puerta de las mansiones patricias, desde la cual se la arrojaba desdeñosamente lo que no tenía virtud para adquirir ni valor para arrebatar. El autor del cuadro que hoy publicamos ha pintado gráficamente una de esas escenas: en ella el lujo, el despilfarro, la destemplada alegría del palacio, dan una pobre idea de la caridad de esos señores que socorren á los pobres y socorriéndoles les degradan. Esas damas, esos caballeros, esos pajes, arrojan los opíparos restos del banquete, como pudieran cedérselos á un enjambre de perros hambrientos, para gozar el repugnante espectáculo de ver cómo se devoran entre sí, disputándose el mejor bocado.

Gatteri ha pintado un buen cuadro y al propio tiempo ha dado una severa lección á los fariseos de todos los tiempos que, ni aun al practicar obras de misericordia, saben atemperarse á los preceptos de Aquel que tanto amó á los pobres. Por lo demás, hay en este lienzo una decoración grandiosa, una animación sorprendente, actitudes inmejorables como la del paje y la dama que apedrean mejor que socorren á la muchedumbre, y cierta libertad, cierto desorden, que sientan perfectamente á la índole y situación de los personajes. Á la vista de esta composición, se felicita uno de no haber venido al mundo en semejantes tiempos.

MAGDALENA PENITENTE, cuadro de P. Batoni

Pocas figuras históricas se prestan al genio de un artista como la figura de María la cortesana de Magdala, la Magdalena del cristianismo. Célebre por su hermosura, famosa por su vida libre, rodeada de las pompas que adquiere á infame precio, sensual por temperamento y orgullosa de su belleza á copia de adoradores; penetra repentinamente en su corazón un rayo de luz divina; y aquella cuyo palacio era un pequeño y suntuoso infierno, emprende esforzadamente la vía del cielo; la que amó tan carnalmente, se abrasa de amor purísimo y se redime á fuerza de espiritualizar sus afectos.

Un tipo de esta naturaleza ha de excitar naturalmente la imaginación del artista y así se explica porqué han sido tantos los pintores que han empleado su talento en reproducirlo. Los menos han escogido á Magdalena cortesana; los más, han preferido á Magdalena penitente. De éstos forma parte Batoni, y por cierto que su lienzo puede competir con las producciones de los afamados maestros que han tratado el asunto.

En el interior de sombría cueva, por cuya entrada se descubre un pedazo de cielo, se encuentra Magdalena absorta en piadosa lectura. La penitencia no ha destruído su belleza; pero esta belleza ya no es provocativa como la de la cortesana; el desnudo de su cuerpo es el desnudo de esas estatuas de Juno que nada dicen á los sentidos. Ni el ayuno ni el cilicio han deformado su cuerpo; porque Dios cuida de ella ya que ella sólo cuida de Dios.

El cuadro de Batoni es una obra verdaderamente inspirada y, á mayor abundamiento, ejecutada con una corrección y elegancia dignas del mayor encomio.

UN LOBO MARINO, cuadro de Emilio Renouf

Nadie ignora á qué clase de personaje se aplica el nombre de *lobo marino*, el veterano del mar, el hombre que ha hecho del Océano su patria y del buque en que navega el hogar querido, tanto ó más que aquel en que vino al mundo. El sol de los trópicos ha ennegrecido su rostro, la maniobra ha encallecido sus miembros, el hábito de la borrasca ha impreso en sus facciones una serenidad inalterable, el peligro de la muerte, cien veces afrontada, le ha infundido esa tranquilidad de espíritu del que pone su confianza en Dios y no se preocupa del abismo que las olas abren á sus plantas. Duro en el trabajo propio, es exigente en el trabajo ajeno: echa ternos con la misma buena fe con que invoca á la Virgen del Carmen; tras su ruda corteza hay un alma de niño; apellídanle *lobo* y es un cordero en toda la extensión de la palabra.

El cuadro de Renouf ha sido expuesto en el último certamen parisién y ha llamado con justicia la atención de los inteligentes, pues su autor ha demostrado que la verdad y la sobriedad pueden hacer notable una obra sin apelar á efectos rebuscados. Si fuese un retrato, sería un retrato *que habla*, lo cual no es común ni probable. Y sin embargo, nosotros hemos visto á ese hombre, bien sea á bordo de un buque ó paseando á lo largo de un muelle. Pues precisamente porque le hemos visto nosotros, porque le han visto todos, el hombre del cuadro no existe, pero existe en el cuadro el tipo del hombre que hemos visto, el tipo del *lobo marino*. Hé aquí su verdadero, ó al menos su mayor mérito.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

DISCUSIÓN TEOLÓGICA

entre Pedro Galle y Olao Petri, en Upsal en 1524

El cristianismo trasformó el mundo; el luteranismo lo trastornó simplemente. Lutero era un discutidor de primera fuerza y sus discípulos unos teólogos que en ergotismos y sutilezas no iban en zaga á los teólogos pontificios. De aquí las sempiternas contiendas entabladas entre ortodoxos y reformistas, contiendas que, iniciadas en el interior de los templos, apuraban inútilmente los argumentos y apóstrofes de los mantenedores, y terminaban por lo común en el terreno de la violencia, ínterin la suerte de la Reforma se decidía en los campos de batalla.

La Reforma no hubiera dado tanto que hacer en Europa si la política no hubiera tomado pretexto de la religión para ventilar querellas de soberanos del todo ajenas á la cuestión de las *Indulgencias* y del Celibato del clero. Por esto vemos que los príncipes de los países agitados por la Reforma, convocan y presiden esas grandes asambleas de teólogos; y sin saber las más de las veces de qué se trata, ya se encargan de ahorcar seglarmente á un fraile católico, ya de tostar en la plaza pública á un ministro reformado, según conviene á los cálculos de su política.

Una de tantas escenas de esta naturaleza, representa nuestro grabado: tiene lugar la discusión entre Pedro Galle, religioso católico, y Olao Petri, gran partidario de la Reforma, que fué primer arzobispo luterano de Upsal, cuando Suecia se declaró por la religión reformada. El lienzo de Hellqvist permite formar idea perfecta de una de esas escenas, verdaderamente extraordinarias, de que en el siglo XVI fueron teatro los templos del Norte. En el interior de la catedral de Upsal se encuentran reunidos prelados y capitanes, monjes y hombres de armas, no para orar, sino para reñir, no para implorar la misericordia de Dios, sino para exasperar las pasiones de los hombres. Los dos teólogos discuten violentamente; el efecto de la polémica trasciende al auditorio: cualquiera puede leer en el semblante de esos personajes la impresión que en ellos produce la disputa de Galle y de Petri. No hay en este cuadro, concebido con verdadero aliento, grupo, figura, detalle, que no esté tan bien calculado como felizmente ejecutado. Nada en él hay hecho á la ventura: como cuadro histórico hay pocos lienzos que tengan tanta y tan merecida importancia.

EL DIABLO LO ENVÍA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuación)

—Las once y media... ¡Qué noches tan largas!

El huésped se quedó mirando al tío *Orejón*, y después de una pausa, volvió á decir:

—Para que vea V. que me tomo interés en el porvenir de la familia de los *Orejones*, le diré que he oído decir á Genaro muchas veces estas palabras: «Mi padre será ya bastante viejo y es preciso que su hijo haga algo para que acabe tranquilamente sus días. Si es hombre honrado le compraré un cortijo que le produzca diez ó doce mil reales de renta al año; pero si es un mal hombre, entonces le borraré de mi memoria. Procura tú, Bautista, ya que vas á España, enterarte de la vida privada de mi familia.»

—¿Y V. qué piensa decirle cuando vuelva á América? —preguntó el tío *Orejón*.

—Yo estoy dispuesto á favorecer á Vds. todo cuanto pueda; pero mañana hablaremos sobre este particular porque es muy tarde y me estoy cayendo de sueño.

—Mañana,—se dijo el ventero para su capote,—no hablarás tú ya, porque ni quiero que le dés á mi hijo malos informes, ni quiero desaprovechar esta ocasión que me proporciona el diablo.

Los dos interlocutores guardaron silencio permaneciendo inmóviles y taciturnos. Era indudable que se hallaban bajo esa dura impresión que ejerce en el cerebro una idea difícil á la que se procura dar claridad y forma.

Así trascurrieron algunos momentos hasta que por fin la *Orejoncito* apareció en la puerta de la cocina, con un farolillo en la mano.

—La cama está dispuesta,—dijo Serafina.—Cuando el señor quiera, le enseñaré el camino.

—Vamos allá, muchacha,—contestó Bautista cogiendo las alforjas y la capa y echándoselas sobre los hombros.

El huésped dirigió una mirada al tío *Orejón*, permaneció un instante indeciso como si vacilara, pero por fin dijo:

—Buenas noches, hasta mañana.

—Si Dios quiere,—murmuró en voz baja el ventero. —Buenas noches y descansar. ¿Quiere V. que le despierte temprano?

—No hay necesidad, soy yo muy madrugador.

Bautista dió algunos pasos hacia la puerta, y de pronto se detuvo, añadiendo:

—¿Tiene V. necesidad de entrar en la cuadra?

—No señor,—contestó el ventero.

—Lo digo porque mi perro *Sultán* está suelto, y como no les conoce á Vds. conviene no fiarse de él.

—Bueno es saberlo para no estar desprevenido.

Bautista salió de la cocina siguiendo á la *Orejoncito* que le condujo por una escalerilla desnivelada y angosta á su cuarto.

Los muebles de aquel dormitorio se reducían á una mesa de pino en un estado deplorable, una silla con el asiento de esparto, un arca de madera con la tapa agrietada y un tablado con un jergón, una manta y una almohada con funda de percal sucio y mugriento.

Serafina dejó el farolillo sobre la mesa, y dando las *buenas noches* al huésped, salió del cuarto.

El forastero la siguió con la mirada hasta perderla de vista, luego dejó la capa y las alforjas sobre el arca, acercó la silla á la mesa, y se sentó murmurando estas palabras:

—Mañana... mañana... Necesito saber algo más.

Como si le incomodaran las pistolas que llevaba en el cinto, las dejó sobre la mesa, y apoyando en ellas los codos, dejó caer la frente en las palmas de las manos.

En aquella actitud reflexiva permaneció un largo rato, luego se levantó, cogió el farolillo, y entró en la alcoba en donde estuvo examinando la cama con detenimiento.

—¡Qué miseria!...—se dijo.—Es natural que en esta venta no se hospede nadie, porque aquí, según lo que he visto, se carece hasta de lo más necesario.

Bautista salió de la alcoba, y comenzó á reconocer la habitación, abrió el arca, que sólo contenía algunos trapos viejos y trozos de cuerdas y correas.

—¡Pobre gente!...—volvió á decir.—Después de ver esto, que según parece es lo mejor de la venta, ya no me extraña esa sombría aspereza, ese malhumor de que se hallan poseídos los venteros. Indudablemente habrán pasado muchas noches de hambre, y el hambre es taciturna y muy propia para inspirar malos pensamientos.

Bautista volvió á sentarse en la silla, continuando de este modo sus reflexiones:

—¿Será verdad lo que dicen?... No, no puedo creerlo. Yo he puesto ante sus ojos un puñado de oro bastante crecido para tentar su codicia y no he notado ninguna demostración que me inspirara recelo... Es cierto que todos tienen un carácter tétrico, retraido, salvaje; que ni la madre ni la hija han pronunciado una palabra de cariño para el pobre Genaro, pero hay que tener en cuenta la miseria que les rodea, la soledad en que viven, el desprecio con que les tratan. De ser uraños á ser ladrones y asesinos, como se asegura, hay una gran distancia; pero yo necesito saber la verdad y la sabré; sí, la sabré, y si efectivamente fuera cierto lo que se me ha dicho, ¡oh! entonces me volvería á América para no acordarme más de España.

En este momento comenzó á ladrar de un modo furioso el perro de Bautista.

—¿Habrá entrado alguno en la cuadra?—se dijo este.—¡Ah! entonces pobre de él, porque *Sultán* tiene unos colmillos terribles y bastante fuerza para despedazar á un hombre.

Hacia la cuadra se oyeron los lamentos y gritos de una mujer que pedía socorro.

Bautista se levantó, cogió el farolillo, y corrió precipitadamente hacia la escalera, diciendo:

—¡Cuidado con el perro, cuidado! No entren Vds. en la cuadra, ya bajo yo.

Pero al llegar Bautista al último escalón, le faltó la tierra debajo de los pies y se hundió lanzando un grito espantoso, el grito de un hombre desprevenido y confiado á cuyos pies se abre la tierra y se lo traga.

Al caer en aquél abismo inesperado, el huésped sólo pudo pronunciar estas palabras:

—¡Dios me valga!

Veamos nosotros lo que había sucedido.

Tan pronto como Serafina dejó al huésped en su cuarto, bajó á reunirse con sus padres que la esperaban sentados en uno de los bancos del hogar.

Allí reunidos los tres comenzaron á deliberar en voz muy baja, semiocultos en aquel antro sombrío tan apropósito para trazar el asunto que allí les reunía.

Serafina, que tenía el corazón más duro y el alma más atravesada de la familia, se ofreció á entrar en la alcoba del forastero, caminando á gatas hasta la cama y hundirle un puñal en el pecho así que se le supusiera dormido.

Este ofrecimiento lo hizo sin que le temblara la voz, sin conmoverse.

La tía *Orejona* opinaba que debían entrar los tres juntos en la alcoba, y mientras las mujeres le sujetaban en la cama, el hombre de un seguro golpe debía despacharle al otro mundo.

Aquellas dos furias, aquellas dos mujeres incomprensibles y feroces, con el afán de repartirse el botín, encontraban todos los caminos fáciles y expeditos para matar al confiado huésped.

El tío *Orejón* callaba y oía, hasta que por fin dijo con esa gravedad propia de un jefe:

—En estos casos se necesita mala intención y prudencia. Ese hombre parece que no desconfía de nosotros; pero, ¿podéis asegurarme si efectivamente no desconfía ó es que lo finge? ¿Podéis asegurarme si se dormirá como un topo ó por el contrario no pegará los ojos en toda la noche? El lleva un par de pistolas al cinto, se las pondrá como medida de precaución, debajo de la almohada, y no sería extraño que al primero que se acercara á su cama, le descerrajara un tiro á boca de jarro. Es preciso andar con tiento para no dar el golpe en vago.

Serafina hizo un gesto horrible, como si la devorara la impaciencia, como si estuviera sedienta de beber sangre, como si aquel crimen le vengara de la fealdad con que le había dotado la naturaleza, y de la miseria que la rodeaba.

—No hagas muecas y atiende,—añadió el tío *Orejón*. —Yo tengo mi plan y es más seguro que el vuestro; de algo me han de servir los años y la experiencia. La trampa de la cueva está al pie de la escalera que conduce al cuarto del americano, y por lo mismo he hecho que le arregléis allí la cama. Abierta la trampa queda un agujero de tres varas de profundidad y una de ancho, junto al primer escalón. De noche no es fácil ver esta sima y mucho menos el que baja precipitadamente. Es preciso que el forastero caiga en esta trampa y que antes de reponerse del golpe y la sorpresa se le despache para el otro mundo. ¿Me habéis entendido?

Los ojos de aquellas dos mujeres, de aquellas furias del averno, abandonadas de Dios y reñidas con la naturaleza, brillaron con esos fulgores siniestros con que revelan su gozo los criminales.

Habían comprendido el terrible plan del tío *Orejón*, indudablemente el más apropósito para conseguir sus fines.

—¿Entonces le llamaremos desde la cueva?—preguntó Serafina.

—Nada de eso. Tú y yo,—repuso el ventero,—bajaremos á la cueva con el candil, colocándole en un sitio que no ilumine la entrada, de modo que quede en la más completa oscuridad. Dejaremos la trampa abierta. Tu madre cogerá un palo atándole á la punta un trapo, y desde las ventanas del corral, que dan á los pesebres de la cuadra y tienen reja, inquietará al perro para que ladre con furia dando ella al mismo tiempo lamentos y pidiendo socorro. El forastero me ha dicho que no entráramos en la cuadra, porque *Sultán* es muy malo. Al oir ladridos y voces de mujer, creerá que ha sucedido algo, y bajará de prisa para evitar que el perro haga alguna de las suyas, y naturalmente, caerá á plomo como en un pozo.

Serafina exhaló un rugido.

La tía *Orejona* sólo dijo con sombrío acento:

—Me gusta.

—Tú, Serafina,—prosiguió el ventero,—ya que quieres tomar parte, aunque yo me basto y me sobro para el asunto, coge el cuchillo grande de la cocina. Nos colocaremos uno á cada lado al final de la rampa de la cueva por donde bajará rodando como una pelota. Si se queda privado del golpe mejor para él, porque así no sentirá nada y sino lo mismo da; con que, manos á la obra.

Todo se hizo como lo dispuso el tío *Orejón*, aquel hombre fiera, de cuya casa maldita huían los viajeros y trajinantes de Andalucía.

IV

Sultán

El infeliz Bautista rodó por la húmeda rampa de la cueva quedando aturdido por el golpe.

Una casualidad, de esas que no se explican pero que suceden con frecuencia, hizo que el farolillo que se desprendió de la mano de Bautista, al caer se quedara suspendido sin apagarse en una desigualdad de la rampa.

Aquella luz derramó una débil claridad en la entrada de la cueva.

Bautista, magullado, dolorido y casi sin conocimiento, procuró incorporarse, y al apoyar una rodilla en el suelo, sintió una fuerte presión en la nuca que, imprimiéndole una brusca sacudida, le hizo caer de bruces con violencia.

Entonces lanzó otro grito de espanto, de terror, comprendiendo el peligro que le amenazaba, pues acababa de ver al tío *Orejón* con una enorme navaja en la mano.

—¡Qué va V. á hacer, desgraciado!...—le gritó Bautista.

Y recurriendo á toda la energía que presta la desesperación, hizo un titánico esfuerzo para desprenderse de la garra de hierro que le tenía sujeto por el cuello.

—Yo primero,—dijo de un modo sombrío y feroz Serafina, hundiendo su cuchillo en el vientre de aquel infeliz.

Bautista volvió la cabeza al sentirse herido y reconociendo á Serafina, á quien no había visto hasta entonces, exclamó de un modo indescriptible:

—¡Tú también!...

Pero antes de terminar esta exclamación, que le arrancaba tal vez más el dolor moral que el material, el ventero le asestó otra terrible puñalada en el pecho.

Entonces el pobre Bautista, cubierto de sangre, arrodillado y sin fuerzas para levantarse, extendió los brazos hacia sus asesinos, y les dijo con una expresión de profunda tristeza:

—¡Padre!... ¡hermana!... ¿Por qué me matáis cuando yo venía á salvaros?... Yo soy Genaro.

El tío *Orejón* y Serafina retrocedieron hasta dar con las espaldas en las húmedas paredes de la cueva.

Genaro quiso levantarse y no pudo, se quedó sentado en el suelo mirando á sus asesinos con ojos compasivos.

El ventero y su hija, con los ensangrentados cuchillos en las manos, permanecieron inmóviles y mirándole también.

Los débiles fulgores del farolillo teñían de un color sombrío esta horrible escena.

—Sí... Yo soy Genaro,—añadió el herido con débil acento,—Genaro tu hijo, Genaro tu hermano... A fuerza de trabajo y economías había reunido una modesta fortuna en América y regresaba á España para partirla con vosotros, porque yo no había olvidado ni á mis padres ni á mi hermana... En Guadix... en Granada me dijeron: «La familia de los *Orejones* es una familia de asesinos, de ladrones... Nadie se detiene en su venta por temor de ser robado...» Yo quise saber la verdad y os oculté mi nombre... Era cierto, sois unos ladrones... sois unos asesinos, pues á pesar de lo que os he regalado esta noche, me matáis de un modo tan inicuo como cobarde para robarme... Yo os perdono, pero la justicia de Dios y la de los hombres, no os perdonarán.

Genaro arrojó una bocanada de sangre; se sentía morir por momentos.

El tío *Orejón* y su hija no se movían del mismo sitio; ni un solo arranque, ni un solo impulso de compasión sintieron hacia aquél desgraciado que se hallaba en la agonía y que acaba de revelarles quién era.

Genaro, sentado en el suelo, con la cabeza caída sobre el pecho, movía los labios, tal vez rezaba, tal vez dedicaba algunas palabras de ternura á algún sér querido.

En este momento, la repugnante figura de la tía *Orejona*, con una azada al hombro, se presentó en la entrada de la cueva.

El silencio era profundo, nada se oía y la ventera, avanzando dos pasos, dijo:

—¿Habéis concluído?... ¿Hago falta?

Al oir esta voz, Genaro levantó la cabeza, se llevó las dos manos al pecho apretando la herida con ellas, y haciendo el último esfuerzo, dijo:

—Sí, madre, sí, baje V., baje V. á ver cómo muere el hijo de sus entrañas... El hijo á quien sus padres vendieron cuando era niño, y que hoy asesinan que es hombre. Pero yo perdono... á ustedes.

Genaro rodó por el suelo exhalando un bronco gemido con el cual se escapaba el alma de su cuerpo.

Estaba muerto, tendido boca arriba sobre un charco de sangre. Tenía los ojos abiertos y las manos puestas sobre la herida del pecho.

La tía *Orejona* acabó de bajar la rampa de la cueva, y viendo á su marido y á su hija arrimados á la pared, inmóviles, dijo:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Y señaló con la pala del azadón el cadáver de Bautista.

—Ha dicho que es nuestro hijo, ha dicho que era Genaro,—contestó el tío Orejón sin abandonar su sitio.

—¡Nuestro hijo!... Bah;—contestó aquella fiera,—eso lo ha dicho para que no lo matarais.

—¡No, no ha mentido, nos ha dicho la verdad!—exclamó el ventero en cuyo corazón quedaba aún sin duda un resto de ternura paternal.—¡Ese que ves ahí cubierto de sangre, es nuestro hijo Genaro!

Entonces sucedió una cosa increíble; Serafina avanzó un paso, miró al muerto, y dijo con una ferocidad que hizo estremecer hasta á sus mismos padres:

—¿Y qué?... ¡Aunque lo sea!... ¿No le hemos pedido al diablo un huésped rico? ¿no nos envió á ese? pues que cargue el diablo con la responsabilidad.

Y Serafina, inclinándose sobre el cadáver, le quitó la cadena y el reloj de oro y se lo guardó en el bolsillo del delantal.

—Con lo que cargará el diablo,—dijo el ventero,—es con tu alma, con la de tu madre y con la mía.

—Sea Genaro ó no sea Genaro,—añadió Serafina encogiéndose de hombros,—la cosa no tiene remedio. Lo que importa es que nadie descubra lo que ha pasado esta noche en la cueva de la *Venta del Sol*.

Y como el tío *Orejón* y su mujer permanecían inmóviles, aquella hiena desnaturalizada, aquella furia del averno, añadió:

—¿Van Vds. á permanecer toda la vida sin moverse como los santos de piedra? Hay que hacer una hoya en la cueva, hay que enterrar eso.

Y señaló con el pie el cadáver de su hermano.

. . . .

Los sabios académicos han definido de este modo, en el Diccionario de la lengua, la palabra *novela: Historia fingida y tejida de los casos que comunmente suceden ó son verosímiles.*

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

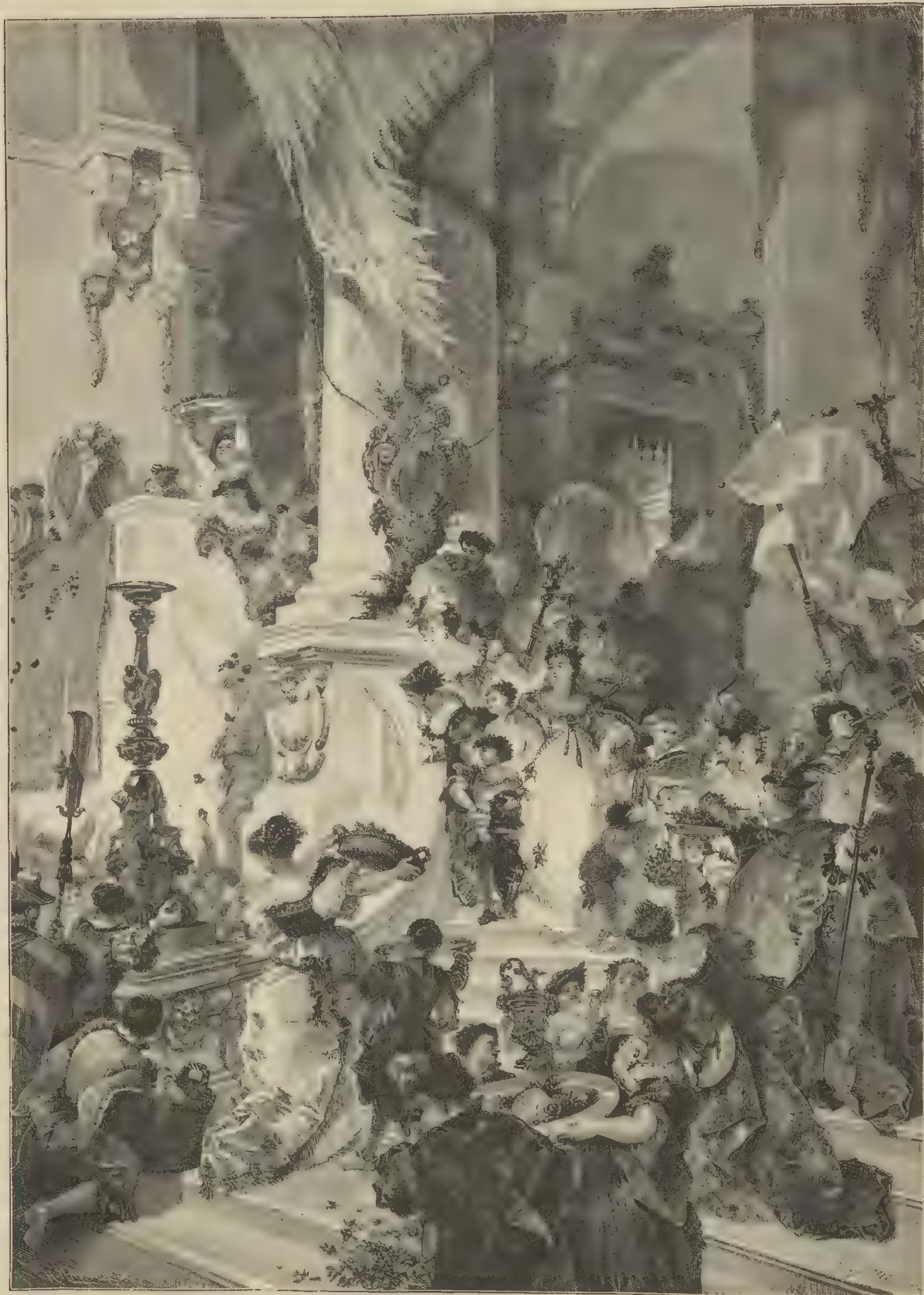
Pittsburgo. El gas natural y el petróleo. – Una ciudad de cuatro meses. – El plano inclinado de Cincinnati.

He dejado á mis amigos en Filadelfia para viajar en adelante sin compañero; pero en este país de América no se está nunca solo; me complazco en decirlo. Muchas veces, durante mis largas excursiones, me ha conmovido la extremada benevolencia de los americanos, y la simpatía que les inspiraba un francés aislado en su inmenso territorio, é impelido solamente por su deseo de ver y de instruirse. Siempre están dispuestos á serviros, y su complacencia y cordialidad son tales, que habría de ser muy ingrato quien las olvidase.

Héme aquí en Pittsburgo, ciudad siempre rodeada del humo y los vapores de las numerosas fábricas que contiene, pero muy pintorescamente situada sobre los ríos Alleghany y Monongahela, que constituyen el magnífico Ohío, (fig. 1).

Esta ciudad es muy sucia, y el olor constante del humo, muy desagradable; no se ve la parte pintoresca sino á través de negros vapores; y sin embargo, gusta permanecer aquí algunos días. Lo que más se admira es el ardimiento en el trabajo, que impresiona profundamente el espíritu.

Gracias á las atentas cartas que me dió el célebre profesor Hayden, de Filadelfia, el sabio geólogo que descu-



LOS RESTOS DEL BANQUETE, cuadro de L. Gatteri



MAGDALENA PENITENTE, cuadro de Pompeyo Batoni



UN LOBO MARINO, cuadro de Emilio Renouf

brió una gran parte del Parque de Yellowstone; y á los buenos consejos de M. Ashburner, otro geólogo, encargado del estudio de Pensilvania, he podido visitar la interesante fábrica de Bessemer y compañía y las localidades donde se recoge el petróleo, en el condado de Butler.

La fábrica Bessemer, situada á diez millas de Pittsburgo, se ha edificado sobre la orilla del Monongahela, cerca de City Farm: aquí se fabrica el acero por los procedimientos Siemens, pero en vez de hulla, emplean el gas natural como combustible para la mayor parte de las operaciones metalúrgicas, y para calentar las múltiples calderas. El agua de alimentación se toma del Monongahela, por medio de máquinas hidráulicas.

Antes se necesitaban seis mil toneladas de hulla al mes; y con el nuevo combustible se ha introducido una considerable economía.

El gas natural de la fábrica Bessemer viene de los alrededores de Murrayville, situada á catorce millas de City Farm: la empresa de Acme y compañía, de Lyón, es la que lo suministra. Hasta Braddick, los tubos de conducción miden $0^m,18$ de diámetro, y desde aquí á la fábrica sólo tienen $0^m,15$. Hace dos años que se utiliza este gas, y parece que su presión no ha disminuído en Murrayville; llega frío á la superficie de la tierra, pero su expansión fuera de los tubos le enfría más aún, produciéndose el hielo en el borde.

Calcúlase que este gas tendrá en el espesor de la tierra de 14 á 15°. La profundidad de los pozos mide cerca de 420 metros.

La fábrica Bessemer produce todos los meses siete mil toneladas de acero, y muy pronto quedará montada para dar diez mil. El número de galápagos que suministra á la industria, varía de veinticinco á dos mil kilógramos; y también fabrica rails de acero para las vías férreas, ejes para los coches, etc., etc.

La mayor parte de las fábricas de Pittsburgo consumen hoy el gas natural, y todos los días se trata de abrir nuevos pozos. Abundantes en Murrayville, lo son más aún en las orillas del Alleghany; pero más ó menos encuéntranse por todas partes en estas regiones. En las grandes ciudades no se usa el gas natural para el alumbrado, á causa de ser de calidad muy inferior á la del de hulla; mas en cambio empléase mucho en las localidades pequeñas, como por ejemplo, en la nueva ciudad de Mac Bride, que, situada en medio de los bosques del condado de Butler, tiene alumbrado gracias á ese gas.

Mac Bride contaba cuatro meses de existencia cuando yo la visité, en abril de 1885, y el número de habitantes ascendía á mil. Uno de los propietarios de pozos, M. Campbell, tuvo á bien conducirme á esta pequeña localidad, situada á seis millas de Butler City.

El país es encantador: por todas partes se ven cerros poblados de bosques, de magníficos árboles y cristalinas corrientes; pero es difícil formar idea de los espantosos caminos que es preciso recorrer.

Los caballos se hunden á menudo en el barro hasta el vientre; las ruedas de nuestro carricoche nos salpican de lodo á cada instante, y nuestro vehículo, maravilla de elasticidad y de ligereza, que sólo tiene dos asientos, sufre tales sacudidas que á cada paso temo verme arrojado á la vía. Cuando M. Campbell me preguntó si nuestros caminos, en Francia, estaban mejor conservados que los de su país, no pude menos de sonreirme, mostrándole mi rostro lleno de barro, ó más bien de una mezcla de aceite, agua y arena. Sin embargo, no estoy seguro de que me haya creído por mi palabra cuando le dije que nuestros caminos estaban limpios, llanos como el suelo de una habitación, y admirablemente conservados.

Al llegar á nuestro destino, veo la calle Mayor con sus casas de madera: Mac Bride tiene una oficina telegráfica y de correos, varias tiendas, un estanco, un hotel, un



Fig. 1. – Vista de Pittsburgo, tomada desde el monte Washington

skating rink para los patinadores, y una escuela; á lo largo de las casas hay una acera de tablones para que los transeuntes no anden por el barro (fig. 3): todo esto se ha hecho en cuatro meses, y á decir verdad, parece increíble.

Estas regiones del condado de Butler eran conocidas hace unos veinticinco años, época en que se buscaba el petróleo; pero las excavaciones se habían dirigido mal sin duda, porque estos lugares quedaron sin explotar. Hace algún tiempo se exploró otra vez el terreno, y obtuviéronse buenos resultados, debiéndose á ello la creación inmediata de esta nueva ciudad, á la cual se dió el nombre de uno de los principales propietarios de pozos de petróleo de este punto.

En los alrededores de Mac Bride se ven muchos andamiajes en forma de torres, de unos ochenta y dos pies de altura: son los pozos de petróleo, en plena explotación. Durante el mes de marzo de 1885, noventa y cinco de ellos daban diariamente, por término medio, 53,900 barriles: Thorn Creek, localidad inmediata, suministraba 7,329.

El producto de un día, si el resultado es favorable, no baja de 200 barriles de aceite por cada pozo; á veces se extraen hasta 700, pero este rendimiento no duró mucho.

Junto á los pozos se han instalado grandes cubas que pueden contener unos 600 barriles.

El aceite corre desde aquellas á unos depósitos de un volumen mucho más considerable. En el país del petróleo hay más de 2,000 de estos depósitos, que son la fuente de arroyuelos limitados en tubos de cinco pulgadas de diámetro, que llevan el aceite á las grandes ciudades tales como Cleveland, Búfalo, Pittsburgo, etc.

Para extraer el aceite y hacerle llegar á la superficie de la tierra empléanse máquinas de vapor; pero este último se produce por el agua de los arroyos de Mac Bride, y por el gas natural que se encuentra al mismo tiempo que el aceite en esta región: la hulla se emplea sólo excepcionalmente. Los pozos están situados en las colinas á diferentes alturas, y con frecuencia la misma máquina de vapor hace funcionar cuatro ó cinco bombas. Se acaban de abrir más de sesenta pozos, y todos funcionan con gran satisfacción de los propietarios.

La profundidad de estos pozos varía entre 1,400 y 1,800 pies; los tubos atraviesan diferentes capas de arena y de agua salada, etc. Reconócense bastante bien las arenas de buena calidad que encierran el aceite. Si se encuentra una roca durante la excavación, empléase la dinamita para romperla. El cañón más grueso que sirve de base al pozo mide seis pulgadas de diámetro, y á éste siguen otros que sólo tienen dos.

En el mes de abril contábanse en Mac Bride doscientos pozos de petróleo, cuyo establecimiento costó unos cuatro mil duros, que se recobrarán muy pronto si la cosecha es buena. El barril de aceite vale ahora unas cuatro pesetas; hace veinte años se pagaban por el mismo doce duros.

La región inmediata á Oil City (ciudad del aceite) era la que más producía hace algunos años; pero su rendimiento parece disminuir ahora, siendo hoy día las regiones del condado de Butler, de Venango y de Bradford los centros más importantes.

De vuelta á Mac Bride, después de mi excursión á Butler, me causó el mayor placer la cordial acogida de varias personas de la pequeña ciudad; mas no me era posible permanecer largo tiempo con estos nuevos y simpáticos amigos. Despídome, pues, preguntando antes dónde encontraré un mozo para llevarme el equipaje á la estación. Poco después se presenta un joven para servirme, mas apenas puedo creer que sea un faquín, porque va muy bien vestido. Sin embargo, coge mi maleta y emprendemos la marcha. Sabiendo que soy francés, háblame de mi país, manifestándome sus deseos de ver la gran capital, y dirígeme muchas preguntas que revelan tanta inteligencia como afán de instruirse. Este singular faquín acepta la propina que le doy al llegar á la estación, y estréchame la mano, deseándome un buen viaje.

Jamás he visto en Francia un faquín por el estilo. Nosotros estamos lejos de poseer un sentimiento natural de igualdad tan completo como en América, y que sin embargo se distingue por la conveniencia y la cortesía.

—Sois de un país mucho más antiguo que el nuestro, —me han dicho á menudo, y á pesar de ello, aun conserváis preocupaciones que entre nosotros no existen.

De vuelta á Pittsburgo, he ido á ver los curiosos planos inclinados por medio de los cuales se sube al monte Washington, que se halla al otro lado del Monongahela: los más interesantes son los de la ciudad de Cincinnati

Siempre edificadas por el mismo plano, estas ciudades americanas tienen todas el mismo aspecto: monumentos poco curiosos, y calles siempre mal conservadas; únicamente son pintorescas por su posición natural.

Cincinnati está admirablemente situada en las orillas del Ohío; su magnífico puente colgante, construído en 1865, es el primer modelo del de Brooklyn de Nueva York, y enlaza la ciudad con los arrabales, ya muy populosos. Cincinnati cubre actualmente todo el espacio comprendido entre el río y los montes Adam, Auburn, Harrisón, etc.

La ciudad se desarrollaba cada vez más, y no podía pensarse en quitar las montañas; pero los americanos no han cedido ante la dificultad, porque hacen llegar hasta las cumbres tranvías, caballos y viajeros; y establecida así la circulación, fórmase diariamente un segundo Cincinnati, no menos grande que el primero, que se extiende en los montes y progresa sin cesar.

La figura 2, que representa un coche del tranvía en el plano inclinado, dará una idea del sistema que enlaza la parte baja de la ciudad con la cumbre del monte de Adam.

El coche llega directamente á la plataforma, montada en un tinglado de hierro, cuyo peso es de diez y ocho toneladas, á pesar de su aspecto de extremada ligereza.

Después de haberse detenido algunos instantes, á fin de que los empleados puedan asegurarse de que todo está en su lugar, la ascensión comienza, y en menos de tres minutos se franquean los ochenta metros de altura de la montaña.

La longitud del trayecto recorrido es de 310 metros, y el ángulo de inclinación de 19°.

El tinglado de hierro está provisto de ruedas, y dos gruesos cables que se arrollan alrededor de una cabria de palastro le hacen subir. Al mismo tiempo que un coche asciende, otro baja; y los cables se arrollan y desarrollan en la misma cabria. Para evitar todo accidente se coloca un cable de hierro entre los otros dos; está fijo en el centro de dos armazones de hierro, y deslízase alrededor de una ancha polea. Si se rompiesen los cables, á pesar de todas las previsiones, mantendrían en equilibrio los coches que suben y bajan, y no podría ocurrir ningún grave accidente.

El peso del coche, incluso viajeros y caballos, es de nueve toneladas; la máquina de vapor necesaria para efectuar la ascensión de las plataformas es de seiscientos caballos.

En la cumbre del monte Adam se ha construído un inmenso caserón de madera para recibir á los viajeros cuando llegan los coches; es una cervecería colosal que puede contener más de tres mil personas: hay terrazos desde donde se domina toda la ciudad y las grandiosas curvas trazadas por el Ohío; salas de baile de invierno y verano, juegos de todas clases, y orquestas: estos son los principales atractivos de tan curioso establecimiento. Lejos de mostrarse excesivamente severos los domingos, por lo que hace al precepto religioso, como sucede en Filadelfia, los americanos de Cincinnati prefieren divertirse, y van á esas inmensas cervecerías con sus familias, para pasar una parte del día y de la noche. En las diferentes montañas de la ciudad hay varios establecimientos análogos, con orquestas bastante regulares. El elemento alemán predomina lo suficiente en Cincinnati para haber introducido esta diferencia de costumbres en la ciudad donde no hay tanta rigidez como en las demás de los Estados Unidos.

ALBERTO TISSANDIER

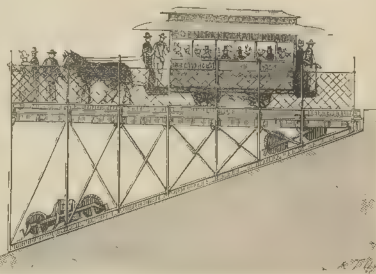


Fig. 2. – Carruaje de tranvía en un plano inclinado, en Cincinnati



Fig. 3. – Una ciudad naciente en los Estados Unidos: *Mac Bride City*, en Pensilvania. (Copia del natural por A. Tissandier)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En Pasacao se entra en el dominio del dialecto bicol (hablado por unos tres cientos cincuenta mil habitantes), que se extiende á las provincias de Camarinas Norte; Camarinas Sur, Albay, y una parte de Tayabas. Los Bicols son del todo análogos á los Tagalos, asemejándose mucho los dos dialectos.

4 setiembre.—Proseguimos el viaje á las tres de la madrugada; á las seis estamos al E. y al O. con el Mayón, el gran volcán de Albay, de 2,734 metros de altura, cuyo cono, perfectamente regular, elévase sobre el istmo montañoso de Sorsogón.

Desde que hemos pasado del estrecho de Marinduque, la costa está completamente desierta; todas estas alturas, cuyas cimas llenas de bosque se pierden entre los vapores de la mañana, sólo sirven de asilo, según me dicen, á algunos *remontados* (1), cuya reputación es poco más ó menos la de los bandidos de los Abruzzos; pero en estas soledades, el oficio dará seguramente muy poco de sí.



Viaje á Filipinas.—Una aldea de Luzón

A mediodía entramos en la gran bahía de Sorsogón, protegida por grandes espesuras; á estribor divisamos el Bulusán, volcán apagado; y más lejos la doble cima del gran San Miguel, que se pierde en las nubes. Este inmenso anclaje es muy seguro, aun durante los recios temporales del sudoeste; cuando el centro de la bahía está agitado, escuadras enteras hallarían aguas tranquilas en las ensenadas de la costa, en las cuales no se ven todavía más que algunas chozas de pescadores. El golfo de Nápoles no es tan bonito, ni la entrada de Singapore tan grandiosa.

En cuanto al pueblo de Sorsogón, aseméjase á Pasacao.

Levamos anclas á las tres y treinta minutos de la tarde, y ya de noche, entramos en la parte más angosta del estrecho de San Bernardino; la atmósfera está serena; el mar parece inmóvil, pero anchas fajas iluminadas por los rayos de la luna nos permite reconocer la violencia de la corriente, que en ciertos puntos se extiende en el espacio de algunas millas; es más débil cerca de la orilla, que el *Cebú* va rasando, desviándose lo menos posible, porque lucha á todo vapor contra las aguas del Pacífico, que se precipitan entre Masbate y Luzón.

A las ocho navegamos en el gran Océano dejando á estribor las islas de Capul y de los Puercos.

5 setiembre.—A las cinco de la mañana entramos en el golfo de Albay, ciñéndonos á la costa Norte para evitar los bancos de la del Sur, que se extienden á gran distancia; en ambos lados del golfo elévase un caos de montañas con mucho bosque y enfrente de nosotros, en el fondo del golfo, surge el majestuoso Mayón, cuyas pendientes se desarrollan á derecha é izquierda bajo un ángulo casi igual. La vegetación se eleva casi hasta la mitad de la altura del coloso, cuya parte superior, cubierta de cenizas y de lavas, está profundamente agrietada por las lluvias.

A las seis y treinta minutos, el *Cebú* fondea delante de la pequeña ciudad Legaspi, situada á dos kil. de Albay, capital de la provincia. Un extranjero que desembarque en el *pantalán* (muelle) de Legaspi, llevando muchos bagajes, y sin saber el dialecto del país, podría tropezar aquí con varias dificultades; pero la obsequiosa intervención de un negociante mexicano, don José Ortiz, nos evita todas las molestias de la llegada: este caballero manda enganchar su vehículo inmediatamente, y emprendemos la marcha hacia Albay; en el camino encontramos al simpático gobernador de la provincia, D. Juan Alvarez Guerra, á quien venimos recomendados por nuestros compatriotas MM. Genu y Dudemaine. El señor Guerra nos dice que seremos sus huéspedes, y vamos á instalarnos con el señor Obregón en el edificio del gobierno, ó *Casa Real*.

El señor Guerra nos pone muy pronto en relación con los individuos de la colonia europea; nuestros aparatos quedan instalados poco después en las grandes salas de la Casa Real; y gracias al apoyo que nos prestan la autoridad y todos los españoles, nuestros trabajos se efectúan rápidamente.

Albay, situada en el extremo sudeste de Luzón, es una de las provincias de las Filipinas que antes se sometieron, á pesar de su posición excéntrica, debiendo considerarse hoy como una de las más civilizadas y de las más ricas.

(Continuará.)

(1) Se da este nombre á los que huyen á las montañas y los bosques, aplicándose indistintamente á los hombres y á los animales domésticos: es lo mismo que cimarrón.



Viaje á Filipinas.—Salón del comerciante chino Narciso en Daraga

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 15 DE FEBRERO DE 1886 — NUM. 216

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GRAN SECRETO, cuadro de W. Lowith

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL GRAN SECRETO, cuadro de W. Lowith

Esta obra de arte, que bien merece semejante calificación, pertenece á la pura escuela alemana. Por la corrección de su dibujo, por la expresión de la fisonomía de sus personajes, por la naturalidad de su actitud, es un prodigio de verdad. Obras de esta naturaleza parecen ejecutadas para desmentir la diferencia que media *de lo vivo á lo pintado*, pues en nuestro cuadro lo pintado está lleno de vida, de calor y de intención.

El compadre que divulga el gran secreto lo hace con la fruición del que teme que la honra ajena sea un tóxico violento que hay que arrojar del cuerpo á todo trance; el anciano que recibe la confidencia paladea propiamente ese manjar de los viejos que se llama murmuración; y la maritornes que se pone al tanto del secreto, ya está discurriendo los efectos que el escándalo ha de producir en el pueblo. De esta suerte, con la garantía de la impunidad y con la *inocente* intención propia de los *cándidos* habitantes de las aldeas, se allegan las tenues partículas de la bola de nieve que ha de aplastar á un individuo y tal vez á una familia entera.

Lowith es un pintor en toda la extensión de la palabra, y su *Gran secreto* posee ciertamente el de llamar la atención aun de los profanos al arte.

AGUARDANDO ÓRDENES, cuadro de A. Pasini

El autor de este lienzo es un pintor orientalista por excelencia; no precisamente porque sus principales obras reproduzcan con exactitud de forma y de luz asuntos ó sitios de Oriente, sino porque, conocedor íntimo de la naturaleza y de la civilización de aquel su país predilecto en el arte, sus obras tienen olor y color orientales, palpitando en ellas lo íntimo, lo invisible de aquel pueblo, que pertenece á Europa y, sin embargo, de Europa se halla tan distante. Así, por ejemplo, á la vista de ese palacio suntuoso y elegante se echa de ver, se *siente*, que tras ese risueño exterior reina el silencio de la esclavitud, la desconfianza entre todos cuantos pisan sus salones, el miedo de que una palabra indiscreta, una mirada equívoca, un gesto mal interpretado, produzcan una catástrofe.

A la puerta de ese palacio es de ver un pelotón de jinetes circasianos, con su casco de acero, su vestidura de malla y su lanza desmesuradamente larga, prontos á secundar las órdenes de su señor, sin descubrirlas, sin comprenderlas siquiera; brazos de hierro ejecutores de una voluntad no menos de hierro; autómatas movibles por un resorte que se llama el Sultán.

En este cuadro está todo admirablemente comprendido y ejecutado, edificio, personajes, caballos, armas; y á su vista se comprende que Pasini sea conceptuado uno de los más preclaros artistas de la moderna Italia.

LA EXPOSICIÓN DEL SPOLIARIUM en el salón Parés, dibujo de J. Luis Pellicer

El cuadro del señor Luna era conocido de nuestros favorecedores; habíamos sido honrados por aquel distinguido artista con la exclusiva de publicar su portentosa obra por medio del grabado, y el *Spoliarium* es una de las joyas de nuestro *Suplemento Artístico*, álbum inapreciable y quizás sin rival en Europa.

Pero un grabado, siquiera sea tan magistralmente hecho como el del *Spoliarium*, no permite apreciar en absoluto el mérito de un cuadro de tanto aliento como el del señor Luna. El público amante de las artes debe agradecer al señor Parés la exposición de una obra que se contempla con asombro y deleite á un tiempo. Ese público, á su vez, ha correspondido á la deferencia del autor y del expositor y se ha apresurado á tributar su admiración por la obra coronada en el último certamen madrileño.

Pellicer, el distinguido pintor, el consumado dibujante, ha acudido, como es natural, al salón Parés, y á fuer de artista que siente y goza en el triunfo de sus ilustres compañeros, ha querido asociarse á él por medio de otra obra de arte. De aquí el dibujo que hoy publicamos, tan correcto, tan naturalista, tan bien entendido, como resulta ser cuanto produce su lápiz. Y hé aquí cómo una obra de arte inspira otra obra de arte, cuando los artistas tienen el corazón á la altura del talento.

CABEZAS DE ESTUDIO, dibujo de E. Kronberg

En esta clase de trabajos es donde se revela la ejecución de los artistas, bien así como un concertista demuestra el dominio del instrumento que profesa tocando alguna de esas clásicas sonatas, prodigio de la armonía y resumen de toda suerte de dificultades. Bajo este punto de vista, las cabezas que hoy publicamos son una maravilla de factura: difícilmente, muy difícilmente se encuentra algo más expresivo, más detallado y más acabado, en toda la extensión de la palabra.

EMBARQUE DEL CADÁVER DE GUSTAVO ADOLFO, cuadro de C. G. Hellqvist

Gustavo II ó Gustavo Adolfo I, rey de Suecia, nació en 1594 y á los diez y siete años sucedió á su padre, á tiempo que la nación se hallaba en guerra con Dinamarca, con Rusia y con Polonia. Ajustó la paz con las dos primeras, y después de las victorias obtenidas sobre la tercera, la de Vallof en Curlandia (1626) y la de Stum en la Prusia occidental (1628), la obligó á cederle todas las plazas fuertes de la Livonia y de la Prusia polonesa. Alióse entonces con los protestantes de Alemania contra el emperador Fernando II; embarcóse en 1630, atravesó la Pomerania, Brandeburgo y Sajonia, y en 1631 derrotó al célebre Tilly en Leipzig. Al año siguiente, después de someter los electorados de Tréveris, Maguncia y el Rhin, obtuvo nueva victoria sobre Tilly en el paso del Lech; atacó á Wallenstein en Lutzen, y este nuevo triunfo le costó la vida, pues murió en la refriega, á la edad de treinta y ocho años.

Gustavo Adolfo es el rey legendario de Suecia: su breve vida es una continua epopeya militar, y se concibe cuán grande debía ser el dolor de su ejército al enterarse de la muerte del valiente soldado que siempre le había conducido por la senda de la gloria. Este dolor se puso de manifiesto cuando, dando cumplimiento al natural deseo de que el cadáver del rey fuese enterrado en su patria, embarcóselc en Wolgaft, escena representada en el grabado que publicamos.

El cuadro de Hellqvist es de composición grandiosa y sus personajes están bien entendidos: en todos ellos se transparenta la pena á través de la ruda corteza del soldado. El lienzo original es propiedad del rey de Suecia y ha llamado notablemente la atención en la exposición berlinesa de *los amigos de las artes*.

UN ENVIDIOSO, cuadro de Carlos Gebhardt

Los lansquenetes eran unos soldados que, como decirse suele, se habían echado el mundo por montera. Todo país era para ellos país enemigo; toda mujer buena presa. Dígalo la escena de nuestro cuadro: dos hombres de armas han penetrado en la hostería: la moza sirve la comida, pero ésta es menos apetitosa que aquélla para uno de los comensales, es decir, para entrambos; pero de ellos, el uno tiene más desarrollado el órgano de la acometividad, y el otro se contenta por el pronto con envidiar la suerte de su compañero.

El asunto es resbaladizo; pero afortunadamente el autor no ha dado del todo en tierra con la moral, inseparable de toda obra de verdadero arte.

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

Relación contemporánea

POR DON JOSE ORTEGA MUNILLA

I

PRIMER ACTO

En el escritorio de la casa de banca *Armengol y compañía*, establecida en la Rambla del Centro de Barcelona, había seis ú ocho dependientes, todos ellos puestos delante de sus mesas y apoyados,—que no sentados,—en altos taburetes de duro pino. Enormes librotes llenos de columnas de números abrumaban con su peso aquellas mesas y en ellos escribían cifras, con mucha calma y parsimonia y sin interrumpir una conversación eterna sobre los sucesos del día, que era, digámoslo así, el entretenimiento de los honrados jóvenes.

La habitación nada ofrecía de particular y que no pueda verse en todas las oficinas análogas; además de las mesas, libros, taburetes y empleados, había allí una caja de hierro, con candado de abecedario, un estante de caoba y cristales, un banco de terciopelo muy raído y un biombo de madera, al otro lado del cual esperaba el público que de diez á dos, según rezaba el cartel fijado en la puerta, era admitido al despacho. Frente al biombo había una puerta vidriera, en que unas cortinillas de percal rameado del peor gusto, detenían las miradas curiosas; era la entrada al gabinete del principal, D. Pedro Armengol, donde entonces se oía el rumor confuso de un coloquio sostenido en voces destempladas y fuertes. Si allí detrás no se disputaba, al menos se hablaba reciamente, y los interlocutores no se hallaban muy de acuerdo en el asunto tratado.

Tanto levantaron la voz, que al fin los jóvenes del despacho alzaron uno á uno la cabeza.

—La cosa es grave,—dijo uno de ellos.

—¡Es extraño lo que ocurre aquí hace dos días!—añadió otro.

—¡Señores! ¡No murmuremos!—repuso un tercero.

—No murmuramos. Se habla y nada más.

—Pero se habla de lo que no se debe.

—No haga V. caso de este hipócrita,—exclamó en tono de buen humor el primero que había usado de la palabra.—¿Quién sino él me ha puesto al corriente de lo que ocurría?

—¡Ah! ¿Con que tú lo sabes?

—¿Con que V. lo sabe?

—Sí, señores; yo lo sé, y éste lo sabe también. ¡Cuestiones de familia! Hace ocho días que llegó Angel Armengol, el hijo del principal. Venía de París. De esto os halláis muy enterados: venía de recorrer el mundo. En Londres, en Florencia, en Roma, en Marsella había frecuentado la sociedad dorada, el gran mundo, esas casas en que hay escaleras cubiertas de alfombras, ambiente de aromas delicados, salones entapizados de seda, y mujeres ¡ay! bellas como las tentaciones de San Anton.....

—No describas con esos detalles, ¡canario! que se le quita á uno la gana de hacer números.

En aquel momento se oyó al otro lado de las vidrieras un fuerte golpe dado sobre una mesa con toda la fuerza de un puño duro y vigoroso.

—¿Te avergüenzas del oficio en que tu padre se hizo rico?—gritó una voz que pertenecía sin duda al que había descargado el tremendo puñetazo.

Los jóvenes del escritorio se miraron unos á otros con asombro.

—¡Que si es grave!—exclamó uno de ellos.—Es gravísimo.

—¡Verdaderamente que todos estos hijos pródigos, cuya única ciencia consiste en derrochar el caudal de sus padres, merecían tener por autor de sus días á nuestro principal! ¡Bonito es él para ceder y transigir con los holgazanes! No hay escape: ó trabaja ó sucumbe.

—Pero, ¿quiere V. seguir contando su historia?

—Sí, hombre, ¿quedábamos en que?...

—En que el hijo de don Pedro ha frecuentado esa sociedad de oro, en que hay escaleras alfombradas, y aromas, y mujeres hermosas, etc., etc., etc.

—Pues bien: en el trato de esas gentes distinguidas ha gastado el señorito muy cerca de 30,000 duros. En verdad que no se le puede tachar de tacaño á don Pedro. ¡30,000 duros es una linda suma!

—¡Puesta al 30 por 100!

—Y sin poner al 30 por 100,—objetó el narrador de los antecedentes de Armengol, el joven en quien no hablaban tan alto los instintos comerciales.

—Ello es que hecho Angelito á la *vita bona*, no hay quien le pueda obligar á abandonarla. El padre sabe que su hijo tiene talento y honradez; desea que emplee estos dones de inteligencia en los negocios de la casa. El se opone alegando que la vida de escritorio le molesta, que los libros de caja le sacan de idem, que la Bolsa le produce dolor de cabeza, y que la conversación de los comerciantes, que no hablan sino de balas de algodón, de alzas y bajas, de *ferros* y de *azúcares*, le enoja hasta un extremo irresistible... En suma, no se opone á trabajar, pero no quiere trabajar en el noble oficio del comercio.

—¡Sí, señor, muy bien dicho! ¡oficio noble! ¿qué les parece á Vds. el aristócrata ese? ¡Vamos, que para haberle engendrado un carretero gasta demasiados humos!

Y el que esto había dicho paseó una mirada triunfante sobre sus compañeros, que con signos afirmativos de cabeza aprobaron sus frases.

—Bien dicen que en este mundo unos desprecian lo que otros desean. ¡Miren Vds. que si yo fuese hijo de Armengol...!

—Señores, sigamos trabajando, que el tiempo pasa. ¿Tiene V. la factura de Tenipson and C.°, Terradlles?

—Aquí está. Tómela V. ¡Ay, si yo fuera hijo de Armengol!

—¡No se llamaría V. Fernández y no habría quien le pudiese resistir de puro finchado!

El aludido no se dignó responder á esta broma de su colega. Mojó la pluma con sumo cuidado, limpió luego su pico sobre el manguito de lienzo de su brazo izquierdo, acercóla al papel, y antes de trazar un rasgo sobre éste, dibujó en el aire varias líneas, según costumbre de todo buen calígrafo.

Los gritos volvieron á sonar en el gabinete.

—Mi dignidad está ofendida, padre mío,—dijo una voz de hermoso timbre, varonil al par que suave.—Usted se extralimita en sus derechos. Un hijo no es un criado.

Fernández suspendió la ejecución de una primorosa H, que estaba pintando en el libro de Caja, para prestar oído al ruido de la disputa familiar. Lo mismo hicieron los demás empleados del bufete.

(Continuará)

PAJARITOS

Respeto las aficiones particulares.

Creo que cualquier individuo está en su perfecto derecho al aficionarse á lo que guste.

Así me explico el beodo vulgar como el borracho de gloria, y el jugador como el que goza cuando le pegan en los nudillos.

Sin embargo, hay aficiones censurables y aficiones inocentes.

Entre estas últimas coloco yo la de los cazadores de pajaritos, por más que á las víctimas no parezca tan inocente la diversión de sus verdugos.

Comprendo la afición á la caza mayor.

Donde hay peligro podrá no ser completa la diversión, pero halaga más al que le arrostra.

Se comprende la enemistad entre el hombre y el oso, por ejemplo, por cuanto suele el segundo usurpar el estado incivil del primero.

No me explico la odiosidad del hombre al conejo y al gorrión y viceversa.

El conejo, sér inconsciente y tímido que huye del hombre para no molestarle, sirve de pasto á la voracidad de su enemigo.

El pajarillo del cuerpo de coros de su clase, es también alimento del hombre.

Somos las fieras más voraces y más temibles.

Devoramos á diario parte del reino vegetal, y á turno de seis (y aun con menos frecuencia algunas personas) otra parte del reino animal en el que formamos con sobrados motivos.

Pero aun hay más.

Así como los perros de caza llegan al aborrecimiento de conejos y pajarillos, así hay cazadores que no prueban, siquiera, las piezas que cobran.

Es el colmo de la crueldad asesinar inocentes para arrojar ó regalar las víctimas á cualquier amigo.

Entre todos los aprendizajes, uno de los más cómicos es el del cazador, y particularmente el de cazadores de pajaritos.

Un amigo me refirió la historia de su *debut* como cazador pajarista ó pajarero.

—¿Usted no caza?—le preguntó el jefe de su oficina.

Y el subordinado, que era mi amigo, para demostrar una vez más la subordinación, respondió:

—Cazo, pero poco.

—¿No tira usted?

—Algo al sable.

—¿Y qué caza V. con sable?

—¡Ah! ¿dice V. cazar?

—Es preciso que se acostumbre; es diversión muy higiénica y moralizadora, si se quiere.

—Si se quiere, sí,—afirmó el inferior,—y hasta instructiva, si se quiere también.

Y que quisiera ó que no quisiera, se vió mi pobre amigo alistado en el gremio de cazadores de pajaritos, conejos y otras *aves*.

El andaba detrás de un ascenso hacía dos años, y pensó:

—Si yo doy gusto al jefe, ciertos son los toros; es decir, seguro es el ascenso. La señora del jefe también influirá

en pago del servicio que la presto, librándole de la presencia de su esposo, algunos días.

No era porque la *jefa* anduviese distraída malamente, ni aborreciera á su marido, sino porque éste era una especie de abejorro, molesto é impertinente y aficionado á inmiscuirse aun en los asuntos de cocina.

Así le decía ella, cuando le veía salir de su casa:

—Anda bendito de Dios, y no vuelvas en doce horas, por lo menos.

Si cualquiera amiga le preguntaba:

-¿Por qué ó para qué quieres echarle de casa, mujer? ¿No comprendes que el hombre solo, por esas calles, está en libertad, y malgasta dinero y puede darte qué sentir?

—No hija,—respondía,—sé dónde está: en el círculo disparatando en política; en el café disparatando sobre cacerías ó en la oficina...

—¿Disparatando también?

—No; allí no disparata, puesto que cobra.

—No te fíes..

Conociendo mi amigo al jefe, y á la señora del jefe, y atendiendo á su propio interés, se resolvió á meterse á cazador.

La víspera de su *debut* se vió obligado á comprar una escopeta.

En seguida, y provisto, por supuesto, de la licencia necesaria, se echó al campo como un solo hombre, con la escopeta al hombro.

—Cualquiera que me viese, ¿qué diría de mí?—pensaba.

Algún granujilla le acompañaba imitando al mismo tiempo el toque del tambor:

—¡Ram, plam, plam, cataplam!...

—¡Eh, pillete!—le amonestó indignado el escopetero.

—¿Yo? ¿por qué? voy por mi camino, y no me meto con ninguna persona. ¡Ram, plam, plam, cataplam!

Algún transeunte le preguntó:

—¿Dónde se levanta la partida?

Otro le gritaba:

—¡Pum! ¡apunten! ¡fuego!... ¡Pum!

¡Qué emociones!

Viéndose ya á suficiente distancia de Madrid, á espaldas del cementerio del Este, se decidió á empezar el ejercicio de fuego.

¡Qué tiroteo!

Hubo vecino que acudió al «lugar del suceso,» como dicen los periódicos noticieros, y creyó que iba á presenciar un lance personal con ametralladora.

—¡Qué barbaridad!

—¡Está loco!

—¡Eh! buen hombre, apunte V. para el cementerio, que va V. á freir á cualquier infeliz.

Para regresar al domicilio aprovechó un tranvía y luego un coche de alquiler.

—¡Y mañana otra ovación!—pensaba,—pero, al fin, mañana iremos dos y nos repartiremos la curiosidad y las gritas.

El jefe iba ataviado como para sostener una campaña de tres meses, lo menos.

Hongo, coleto destezado, calzones, chaquetón, botines altos, zapatos de doce suelas con entresuelo, canana, morral, manta jerezana, escopeta de dos cañones, cuchillo de monte y otros adornos.

El subordinado no llevaba sino lo preciso: cazadora, creyendo que era la prenda más apropiada para el cazador, pantalón, zapatos blancos y hongo.

Y, por supuesto, otra escopeta de dos cañones.

—¿Así va V.?—le preguntó el jefe.

—Sí, señor.

—Bueno.

—¿Que no sirvo?—preguntó cándidamente el subordinado.

—Sí, hombre, sí,—respondió riendo el jefe.

Salieron y, como era al romper el día, nadie hizo caso de semejantes sujetos.

Con esto mi amigo se dijo:

—Se conoce que hoy no voy tan mal como ayer, puesto que nadie me dirige *indirectas*.

Cuando llegaron al puesto, era ya más que entrado el día.

—¿Cómo vamos?—preguntaba de cuando en cuando el jefe.

—Bien,—contestaba ya cansado el novel cazador.

—¿Se cansa usted?

—¡Cá! no, señor, ando mucho.

Por fin llegó el momento.

El jefe colocó á mi amigo en un campo de patatas y le dijo:

—Usted se queda ahí; yo voy á situarme junto á aquel repecho, y nada, el que se le vaya á V., le recojo.

Los pajarillos, que á las veces presienten á sus verdugos y aun pudieran decir mirando á la cara á cualquier neófito: «Ese no da un balazo á un carro de mudanzas, á cinco pasos,» revoloteaban alrededor del aprendiz de cazador menudo.

El tiraba y... efectivamente, ni un pájaro se daba por aludido.

Entonces el jefe disparaba su escopeta y... según aseguraba mi amigo, no era tan certero en herir pájaros como en dar en la nómina.

Pasaron seis horas.

El jefe seguía disparando, y, de tiempo en tiempo, recogía un pájaro, ó le mandaba al subordinado que le recogiera.

—Esto es traerme en clase de perro,—pensaba el *debutante*.

Pero acudía á recoger á los infelices, que parecía que le miraban para decirle en sus últimos momentos: «Mamarracho.»

Doce horas habrían trascurrido cuando el jefe dispuso la retirada.

Doce horas andando ó á pie quieto, y sin comer, y sin beber y sin fumar.

El joven *debutante* de cazador apenas podía andar, ni sostenerse en equilibrio.

—¿Qué tal el día? ¿Le gusta á V. la caza?

—Mucho,—balbuceaba el infeliz.

Pero no podía continuar andando.

—Verá V. qué apetito tiene esta noche

—Ya lo creo.

Próximos á Madrid y cuando ya el aprendiz de cazador no podía ni hablar, por falta de fuerzas, salió de una caseta un perro mastín, que se abalanzó al jefe.

Este acudió á la escopeta, montó y ¡pum! allá va ese perro.

El subordinado cayó como una bomba, y el perro se alejó aullando. El jefe había herido dos pájaros de una pedrada.

Al perro y al aprendiz.

—Pues mire V., me alegré,—me decía mi amigo,—porque así me trajeron á casa en coche, aunque con una rozadura en un tobillo. Afortunadamente no pasó de ahí la cosa. Pero acudió la pareja de la guardia civil y á tiempo para evitar una catástrofe; que ya venía sobre nosotros el dueño del perro, escopeta en mano. Los civiles nos detuvieron, luego nos formaron causa, luego...

—Luego,—añadió,—salí con el jefe varios días. ¡Qué días tan amargos!

Eso sí, él se portó: mi amigo logró el ascenso que se proponía y cuando el jefe, creyéndole reconocido, le propuso:

—Mañana iremos al monte.

Respondió:

—Mire V., yo, por mi parte, ya he cazado lo que me proponía: en adelante puede V. cazar solo.

La humanidad siempre es ingrata.

EDUARDO DE PALACIO

EL DIABLO LO ENVÍA

(Conclusión)

A pesar de esta definición, cuando no se quiere dar crédito á lo que se nos cuenta, se dice: «Eso es una novela,» olvidando que no hay nada tan inverosímil como la misma verdad y que muchos acontecimientos de la vida real se rechazarían como absurdos en las páginas de un libro.

El novelista más fecundo, el hombre de imaginación más creadora, no llega á concebir los acontecimientos que teje en su misterioso laboratorio la fatalidad.

Recórranse los anales del crimen y se encontrarán monstruos en forma humana, abortos de la naturaleza que nunca ha creado la pluma del novelista. No consignamos aquí sus nombres, porque llenaríamos muchas páginas evocando recuerdos que deben borrarse de la memoria.

El presente relato es un hecho histórico tomado de la vida real; el novelista no ha puesto de su parte, más que la forma literaria, la graduación de los efectos y los detalles necesarios á toda narración escrita para el público.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, toda causa célebre, después de fallada por los jueces, pasa al dominio público y los escritores se apoderan de ella. En España solamente los periódicos reseñan en algunas líneas improvisadas hechos que bastarían para escribir sobre ellos libros interesantes y útiles.

Si nuestra pequeña novela *El Diablo lo envía* tiene buen éxito, publicaremos á continuación *El hombre de las tres vacas*, basada también en un hecho histórico.

Continuemos.

. . . .

Poco á poco el tío *Orejón*, que era un hombre de ancha conciencia y avezado al crimen, comprendió, que aunque su hija era una mala pécora, sin ningún sentimiento noble dentro del alma, que aunque Serafina lo mismo que había matado á su hermano mataría á sus padres, no por eso dejaba de tener razón aconsejándoles que era preciso enterrar el cadáver.

El ventero no ignoraba que cuando se ha muerto á un hombre conviene mucho hacerle desaparecer, para que no tropiece la justicia con el cadáver, y el mejor modo consiste en enterrarle todo lo más hondo posible.

El tío *Orejón*, sin hablar palabra, cogió la azada, que de propio intento llevaba la tía *Orejona*, y encaminándose hacia lo último de la cueva, donde había dejado el candil, comenzó con gran ardor á cavar la tierra.

La tía Orejona no había desplegado los labios ni para lamentarse de la muerte de su hijo, ni para increpar á sus asesinos; aquella madre era una aberración de la naturaleza.

Miraba en silencio á su hijo muerto, ensangrentado y quizás más que á su hijo á los botones de diamantes que brillaban en la pechera de la camisa, que ella había elegido como su parte de botín.

—Madre,—dijo Serafina después de una larga pausa,—mientras padre hace el hoyo, vamos nosotras á desnudar á ese.

—¡Nadie le toque!...—gritó el tío *Orejón* desde el fondo de la cueva, temeroso, sin duda, de que su mujer y su hija le robaran parte de lo que le pertenecía.—Venid aquí, gandulas, venid á ayudarme y acabaremos más pronto.

Las dos mujeres se reunieron con el tío *Orejón* y entre los tres comenzaron á abrir la fosa.

Durante algunos minutos no se oyó en la cueva más que la respiración anhelante de los venteros, que trabajaban sacando tierra del hoyo con las manos, con el cuchillo y con el azadón.

Aquel silencio duró más de tres cuartos de hora. Los *Orejones* sudaban gota á gota á pesar del frío.

Por fin el ventero dijo:

—Ya está bastante honda.

Y saliendo de la fosa, añadió:

—Vamos ahora á registrarle y cuidado con que ninguna de vosotras se oculte nada, porque la entierro en la misma sepultura. Subiremos arriba, lo reuniremos todo, y allá veremos lo que se hace. Tal vez sea prudente largarnos por algún tiempo de esta venta.

—No tema V., padre,—dijo Serafina,—el diablo está de parte nuestra.

Un gruñido sordo, estridente, que parecía una lamentación del otro mundo, se oyó en la entrada de la cueva.

Los *Orejones* se miraron los unos á los otros sobresaltados.

El ventero, que era supersticioso, se santiguó precipitadamente tres veces.

—No nombres al diablo, bribona,—dijo,—que ya vendrá él sin que le llamemos.

Otro rugido más potente, más amenazador, resonó en los ámbitos de aquel antro donde acababa de cometerse un crimen sacrílego, y entonces los venteros vieron con espanto un objeto informe que se arrastraba por el suelo en dirección hacia ellos, y dos grandes chispas de fuego que se movían con vertiginosa rapidez en la oscuridad.

—¡Es el diablo!...—repitió el ventero con acobardado acento.

—¡Es el diablo!...—repuso la tía Orejona temblando y persignándose.

Sólo Serafina permanecía serena con el cuchillo en la mano, apoyada la espalda en la pared y dispuesta á defenderse hasta del mismo diablo á quien acababa de invocar.

De pronto, aquel objeto que avanzaba arrastrándose, exhalando rugidos amenazadores, se detuvo, se replegó, por decirlo así, y como para imprimir más violencia en el ataque, y dando un salto, fué á caer sobre el tío *Orejón*, á quien derribó de espaldas dentro de la fosa.

A la luz del candil reconocieron los venteros que el enemigo desconocido, que tanto miedo les había inspirado, no era otro que el perro *Sultán*, enorme mastín de pelo blanco, dispuesto al parecer á vengar á su amo.

—Maldito animal,—exclamó el ventero procurando defenderse de aquel adversario temible.

Entonces á la superstición, que había acobardado los ánimos, sustituyó la rabia y la energía y comenzó una lucha terrible, desesperada, espantosa, de los tres *Orejones* contra el perro.

El ventero se defendía con el azadón, la ventera con un palo y Serafina con su cuchillo.

El valiente animal, dispuesto á morir vengando á su amo, se irritaba más y más á cada golpe que recibía.

De vez en cuando un grito de dolor, acompañado de una blasfemia, se mezclaba con los ladridos y gruñidos del perro; era que había hecho presa en la carne de alguno de sus tres enemigos.

Todos habían sentido los agudos colmillos de *Sultán* clavarse más de una vez en su cuerpo, todos estaban heridos, todos sentían correr su sangre; aquello se había convertido en una lucha á muerte, eran cuatro fieras que habían comprendido que no les quedaba otro remedio que matar ó morir.

Para que la situación se hiciera más espantosa, el ventero, con el azadón, derribó el candil y se quedaron á oscuras.

Desde este momento las ventajas estaban de parte del perro, porque los *Orejones* comprendieron que dando palos de ciego en aquel estrecho local, corrían peligro de herirse los unos á los otros.

Todos se dirigieron hacia la entrada de la cueva, en donde aun alumbraba con moribundos rayos el farolillo al yerto y ensangrentado cuerpo de Genaro.

El perro, cubierto de heridas, manchado de sangre, continuaba atacando á los asesinos de su amo que huían acobardados ante la feroz bravura de aquel terco animal.

Serafina, que iba detrás caminando de espaldas y haciendo frente al perro con su enorme cuchillo, al llegar junto al cadáver de su hermano, resbaló en la sangre y cayó boca arriba mientras que su padre y su madre salían precipitadamente de la cueva.

¡El perro se arrojó sobre la *Orejoncita* y le hizo presa en la garganta.

Serafina lanzó uno de esos gritos que estremecen de espanto, y hundió al mismo tiempo, con la fuerza del dolor y la desesperación, tres ó cuatro veces su cuchillo en el cuerpo del perro; pero *Sultán*, en las ansias de la muerte, *zamarreaba* y destrozaba el cuello de Serafina rompiendo en pedazos la yugular.

La sangre salía á borbotones... Serafina se ahogaba... Quiso gritar y no pudo, se abrazó al perro con el estertor de la agonía y comenzó á morderle también.

Era una fiera abrazada á otra fiera. ¿Qué mejor fin para aquella furia que el que el diablo acababa de proporcionarle?

Mientras tanto el ventero y su mujer salieron de la



AGUARDANDO ÓRDENES, cuadro de Alberto Pasini



LA EXPOSICIÓN DEL **SPOLIARIUM** EN EL SALÓN PARÉS, dibujo de J. L. Pellicer

cueva y respiraron como si acabaran de librarse de un gran peligro.

Hubo una pausa. Nada se oía, pero el tío *Orejón* y su mujer no advirtieron aquel silencio que preludiaba la muerte; tal era el estado de sus espíritus.

Los venteros se limpiaron el sudor y la sangre que humedecía sus rostros, y luego dijo el tío *Orejón*, inclinándose hacia la cueva:

—Serafina, sube y cerraremos la trampa; voy por mi trabuco y le descerrajaremos un tiro á ese maldito animal.

Serafina no contestó.

—¿Subes ó no subes?—volvió á decir el ventero.

En la cueva reinaba un silencio sepulcral.

—Pero ¿qué haces ahí abajo?—gritó la madre. —Apuesto á que esa desalmada le está quitando algo al muerto.

Esta brutal desconfianza obtuvo el mismo silencio por respuesta.

—Es extraño,—añadió el tío *Orejón*,—ni Serafina contesta, ni el perro ladra.

Dejaron pasar un minuto, dos, tres; nadie respiraba, y la cueva permanecía muda como una tumba.

Entonces el ventero, sospechando que algo grave le había sucedido á su hija, se dirigió á su cuarto en busca del trabuco.

El día comenzaba á clarear.

El tío *Orejón*, como hombre práctico, observó si estaba bien cebada la cazoleta de su terrible arma y reuniéndose de nuevo con su mujer, dijo con resolución:

—Veamos lo que ha pasado ahí abajo.

El tío *Orejón* encontró al pie de la rampa tres cadáveres, el de Genaro, el de Serafina y el de *Sultán*.

Aunque hombre avezado al crimen y duro de corazón, no pudo contener un grito de horror al persuadirse de la terrible verdad que tenía delante de sus ojos.

Sultán había muerto sin soltar el cuello de Serafina, y Serafina, abrazada al perro, conservaba aún el cuchillo en la mano derecha, y la hoja hundida en el corazón del animal.

La sangre humeaba envolviendo con una ligera niebla aquel montón de carne destrozada, aquel grupo pavoroso de la muerte.

El ventero, temblando, volvió á subir la rampa de la cueva. Su mujer, al verle, preguntó:



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de E. Kronberg

—¿Y Serafina?

—Serafina no volverá á disgustarte más: el maldito perro la ha degollado, pero ella ha muerto al perro.

Mientras la tía *Orejona* bajaba precipitadamente á la cueva, el ventero se dirigió tambaleándose á la cocina, y dejándose caer sobre un banco, murmuró en voz baja:

—Las cosas en que toma parte el diablo siempre acaban mal.

Y cerrando los ojos se persignó tres veces

V

Donde un fraile, un carabinero y un gitano desenlazan la presente historia

El día 4 de abril de 1821, es decir, cuatro meses después de los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos precedentes, la antigua y famosa ciudad de Guadix presentaba el aspecto de esas populares romerías con que generalmente inauguran la primavera muchas poblaciones de España.

Las posadas estaban llenas de forasteros, las calles de transeuntes, todos los vecinos tenían huéspedes llegados de los confines de la provincia, y en las avenidas de la población se habían improvisado cantinas con lienzos y tablas en donde se vendía pescado frito, chuletas de carnero, huevos duros, chorizos cocidos, tortillas con patatas, vino, licores, aguardiente y otros comestibles apetitosos para matar el hambre y la sed de la concurrencia trashumante.

¿Qué sucedía en Guadix?... ¿Se iba á levantar un nuevo templo á la diosa Isis como en la antigüedad? ¿Se le había vuelto á conceder el privilegio de acuñar moneda como durante la dominación de los romanos y los godos? Nada de eso, pero en la *Plaza Real* se hallaban levantadas dos horcas y al día siguiente, 5 de abril, iban á ser ahorcados en ellas el tío *Orejón* y la tía *Orejona*, dos criminales famosos de los que se contaba y nunca se acababa en las provincias andaluzas.

La última fechoría de aquellos dos malvados había sido nada menos que asesinar á un hijo legítimo para robarle, y naturalmente, como en España nunca falta un poeta popular que escriba en verso, ó por lo menos en renglones desiguales, la historia de *Sebastiana del Castillo*, *Pierres y Magalona*, *Los Doce pares de Francia*, *El Terrible Maragato*, *El Currillo López* y otros héroes por el estilo, hubo también un poeta de afición, que, en dos ratos perdidos, escribió la vida y milagros de los *Orejones*, con tan buen *éxito* que en dos días se vendieron nada menos que ocho resmas de papel, *éxito* que superaba en mucho á todos los *éxitos* alcanzados en España á tan famosa literatura.

Pero, ¿cómo no, si el famoso romance de los *Orejones* empezaba con cuatro versos valientes y de un *gancho* literario de primera fuerza? pues decían así:

Todo el mundo se suspenda
mientras mi lengua relata
lo que unos padres hicieron
con un hijo que venía de la Habana.



EMBARQUE DEL CADÁVER DE GUSTAVO ADOLFO, cuadro de C. G. Hellqvist

Pero, ¿á qué hemos de continuar copiando el romance? *para muestra basta un botón*. Y además, el lector sabe ya todo lo que otro podía decirle sobre el particular; sin embargo, le aconsejamos que para enterarse de lo que ignora, oiga la conversación que mantienen, sentados en un banco de la *Plaza Real*, un fraile franciscano, un sargento de carabineros y un gitano, porque los tres habían tomado parte en la causa de los *Orejones* que iban á purgar todos sus crímenes colgados de dos horcas.

—Padre Tadeo,—decía el gitano,—convengamos en que la casualidad tiene cosas que no se explican. Aquella mañana nos reunió en la *Venta del Sol*, á su mercé, al señor sargento y á mí, y ahora nos vuelve á reunir enfrente de las horcas donde van á bailar una zarabanda los *Orejones*.

—No es la casualidad, hijo mío,—contestó el fraile,—es la Providencia que castiga á los culpables y protege á los inocentes. ¡Desgraciados de aquellos que apartan los ojos del cielo para fijarlos con codicia en los bienes de la tierra! Dios lo ve todo.

—¡Quién lo duda!—repuso el gitano.

—Los venteros eran una gente sin religión,—dijo á su vez el sargento,—y yo creo que si no llegamos nosotros tan á tiempo, cometen alguna fechoría con su mercé.

—¡Quién lo duda! y de las más gordas, hijos míos; no me cansaré nunca de darle gracias á la Divina Providencia que tan oportuno socorro me prestó aquella mañana enviándoles á Vds. á la *Venta del Sol*.

—Pero, ¿llegó el tío *Orejón* á apuntarle á usted con el trabuco?—preguntó el sargento.

—Y me creí más muerto que mi abuelo, que en santa gloria se halle; y eso que puedo jurar á Vds. que no le dije una sola palabra que pudiera darle motivo para enojarse conmigo; al contrario, llegué á la Venta muy cansado, serían las nueve de la mañana, en la puerta pronuncié el *Deo gracias* de costumbre, nadie me respondió y seguí avanzando y diciendo *Deo gracias*, *Deo gracias*, hasta llegar á la cocina. Entonces vi al tío *Orejón* y á la tía *Orejona* cada uno echado en un banco del hogar, y les dirigí la palabra con la humildad propia de la Orden que profeso. Al oir mi voz se levantaron y yo retrocedí verdaderamente asustado. Aquello no eran dos criaturas humanas sino dos demonios con los rostros llenos de heridas, el cuerpo cubierto de sangre, los ojos fuera de las órbitas y el pelo erizado. Daban miedo. El tío *Orejón* exhaló un rugido como una fiera y cogiendo el trabuco que tenía á su lado, me dijo.

—«Tú eres el diablo; unas veces tomas la forma de mi hijo, otras la de un perro y ahora la de un fraile. Tú quieres mi alma; pues bien, á ver si las balas de mi trabuco te mandan para siempre al infierno.»



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de E. Kronberg

Yo no esperé más, eché á correr encomendándome á nuestro glorioso Padre San Francisco y esperando oir de un momento á otro la detonación del trabuco que debía acabar con mi vida. Así llegué á la carretera en donde la Providencia me deparó el poderoso auxilio de V., señor sargento, y los doce soldados que le acompañaban, y de este buen gitano que se dirigía á la feria de Córdoba.

—Y por cierto que no me costó poco trabajo convencer á su mercé de que volviera con nosotros á la *Venta del Sol*,—añadió el sargento,—cuyos dueños los tenía hace tiempo apuntados como sospechosos mi capitán en su libro de memorias.

—Hombre, la verdad es que no soy valiente, lo confieso,—contestó el fraile,—y sobre todo cuando me mira la enorme boca de un trabuco, porque entonces quisiera tener alas para correr más.

—Aquella mañana,—añadió el sargento,—el tío *Orejón* y la tía *Orejona* tenían sobrados motivos para estar recelosos.

—Calle V. por Dios, señor sargento, calle V. por Dios; hace cuatro meses que presencié el horrible cuadro que presentaba la *Venta del Sol* y esta es la hora que todas las noches, al apagar la luz en mi celda, veo en la oscuridad aquel montón de carne humana, aquel enorme charco de sangre que nos puso á todos los pelos de punta y la carne de gallina. ¡Qué fieras, Dios mío, qué fieras!...

—Sí, pero esas fieras llega un día en que las doma el remordimiento,—repuso el gitano,—y ya recordarán ustedes con qué facilidad declararon los tíos *Orejones* su crimen, dejándose atar codo con codo y conducir entre bayonetas á la cárcel de Guadix.

—A la fuerza ahorcan, amigo mío,—repuso el sargento.—¿Qué hubieran sacado los venteros con negar? Lo que el negro en el sermón, nada, absolutamente nada; todo les denunciaba á voces, y no tuvieron otro remedio que inclinar la frente ante la justicia.

—Que Dios les perdone sus crímenes y les reciba en su santa gracia.

Y el sargento y el gitano contestaron á un tiempo:

—Amén.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

UN ENVIDIOSO cuadro de Carlos Gebhardt



Viaje á Filipinas. El volcán Mayón, visto desde la casa real de Albay. Copia de una fotografía

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los valles encajonados en esta región volcánica encierran numerosos pueblos, muy limpios y bien construídos y en los cuales reina la abundancia. La prosperidad del país data del gobierno del coronel D. José María de Peñaranda, que hace unos cuarenta años sacudió la pereza secular de los Bicols, algo rudamente tal vez, pero en su propio beneficio. Bajo su administración se propagó el cultivo del banano *(Musa troglodytarum textoria)*, que da la *abaca* ó cáñamo de Manila, constituyendo hoy la riqueza de la región. Sería injusto olvidar al obispo de Nueva Cáceres, el ilustrísimo señor Cainza, muerto hace poco, y cuya inteligencia y energía ejercieron considerable influencia así en Albay como en las demás provincias de su diócesis. Albay tiene hoy buenos caminos, que ponen en comunicación todos los puntos cultivados; y la colonización ocupa diariamente nuevos terrenos en medio de los bosques vírgenes que cubren estas montañas. Bajo el hábil y patriótico impulso del señor Guerra, la agricultura (1) y el comercio se han desarrollado mucho en estos últimos años; la provincia es pacífica, y apenas se turba la seguridad en el límite de los pueblos del noroeste por las raras incursiones de los *Atas*, salvajes idólatras refugiados en las gargantas inaccesibles que recortan la mole del monte Isarog.

La población de la provincia de Albay (220,000 habitantes) es poco homogénea; el fondo de la raza es malaya; pero se encuentran numerosos tipos en que la sangre china y europea, aislados ó reunidos, se mezclan en todos los grados. La coloración de la piel, la talla y los caracteres del semblante varían en gran manera.

En su primera juventud, casi todos los Bicols, hombres y mujeres, se hacen limar transversalmente la cara anterior de los incisivos superiores, mutilación que no se completa hasta haberse repetido la operación varias veces; sólo produce un dolor sordo, fácil de soportar, y por espacio de sesenta días el individuo no puede servirse para comer de los dientes que se acaban de limar; á esta ligera incomodidad se limitan las complicaciones inmediatas de la operación.

Entre las afecciones comunes en el país, la migraña es la más frecuente de todas, y ocasiona una deformación, provocada, bastante curiosa. Cuando un pañuelo muy oprimido alrededor de la cabeza no basta para aliviar el dolor, algunas mujeres, y casi todos los hombres de cierta edad se estiran la piel de la nuca entre los tres dedos medios de la mano, de modo que forman un doble pliegue, separado por un surco en el que se aloja el dedo medio; esta costumbre, repetida á menudo, acaba por determinar la formación de un cisto, tan común entre los habitantes de Albay, de Legaspi y de Malinao, que sorprende al viajero cuando ignora la causa.

La capital de la provincia es Albay, pero el pueblo más considerable es Cag Saua (comunmente designado con el nombre de Daraga), que se halla á corta distancia. Daraga es la ciudad donde residen los negociantes españoles, y donde está el gran mercado de la abaca.

Daraga, destruído por una gran erupción del Mayón en 1814, se reedificó un poco más al este, al pie de un ribazo aislado, en el que se ven la iglesia y el convento. Desde este punto el golpe de vista es magnífico: á la izquierda, el Mayón eleva bruscamente á través de las nubes su cráter humeante; al pie extiéndese la vasta llanura cubierta de arrozales y de casetas, ocultas en medio de los bananos; y las azuladas aguas del golfo, contenidas en una especie de media luna formada por espesos bosques, cierran el cuadro en el horizonte.

Al pie del ribazo hállase la plaza de Daraga, circuída de almacenes y tiendas; en este mercado se vende al aire libre por la noche, á la luz de las hachas. Es la hora en que los europeos se reunen en sus tertulias, en las cuales somos admitidos siempre con la mayor cordialidad, particularmente en la de D. Miguel Riu, farmacéutico, que habla muy bien el bicol y posee los más variados conocimientos sobre la región. Como se muestra muy obsequioso, apelamos á él casi diariamente, sirviéndonos de los numerosos recursos que hallamos en su farmacia, cuyos aparatos y reactivos nos ahorran mucho trabajo.

Entre todos los productos que figuran en el mercado, la abaca es el más importante. Pesadas carretas tiradas por búfalos conducen penosamente sus cargas hacia los almacenes de los negociantes europeos; los cultivadores de poca importancia llevan su cosecha por sí mismos, depositanla en bancos, en medio del mercado, y siéntanse con las piernas cruzadas, esperando compradores. Así entre éstos como entre los que venden, figura en mayoría el sexo débil, que es el fuerte en la provincia de Albay; en todas las transacciones y los acuerdos importantes sólo intervienen las mujeres, y así es que los maridos se han de reducir al papel de *príncipes consortes*, sin pensar nunca en quejarse, y dándose por contentos de que sus *bolayas* (mujeres) se cuiden de todo, lo cual hacen perfectamente. Los jóvenes que frecuentan el mercado no van por cuestión de tráfico; no es la abaca lo que atrae sus miradas, sino las graciosas vendedoras, cuya magnífica cabellera, negra y flotante, está humedecida aún por la infusión perfumada del *gogo* (2). El mercado de Daraga es el punto favorito de reunión de los enamorados.

A la hora del crepúsculo, que es cuando se comienza á vender, los entierros pasan por la plaza para dirigirse á la iglesia; pero la población, indiferente, no se afecta mucho por el espectáculo. En este hermoso país, en medio de esa vegetación exuberante, bajo los rayos de un sol que hace florecer con una abundancia y vigor indecibles todas las formas de la vida, diríase que la misma muerte no puede inspirar terror. Los funerales van acompañados siempre de grandes banquetes y de todo el aparato de una fiesta. Voy á describir un entierro, el de un niño: algunos músicos que van tocando instrumentos de cobre preceden al pequeño difunto, conducido en unas angarillas adornadas de blondas y ramaje; el niño, vestido con su mejor ropa, tiene el rostro descubierto, y parece dormir en medio de las blancas flores del *ylang-ylang* (3) y del *calachuchi* (4), que realzan su color bronceado. La pobre madre va llorando, y pasa desapercibida en medio del ruidoso cortejo.

Hay en Daraga, sin embargo, como en todos los demás puntos de las Filipinas, habitantes de un temperamento glacial, circunspectos y pacientes: son los chinos, que con su carácter positivista mejoran pronto de fortuna en medio de estos pueblos tan poco previsores. En Albay, como en otras partes, varias casas chinas han adquirido una gran importancia, sustituyendo los hombres de esta nacionalidad casi completamente á los indígenas en todos los oficios que se ejercen en el interior de los pueblos.



Viaje á Filipinas. Mercado de Daraga

Las cualidades de los chinos, aunque recomendables, no les facilitarían, sin embargo, tan buen éxito si no les secundara esa especie de fracmasonería que en el extranjero une á los hijos del Celeste Imperio. Es muy raro que un chino llegue á Manila sin llevar las señas del domicilio de algún compatriota, quien le dirige inmediatamente al punto en que podrá ocuparse con más prontitud á la vez que con más provecho.

(Continuará)

(1) El ayudante de montes de la provincia se halla en este momento agobiado de trabajo á causa de las muchas demandas de terrenos. Por grande que sea la extensión de los que se pueden conceder, la administración ha debido intervenir, prohibiendo todo desmonte que no se haga en virtud de una concesión en regla, pues los indiferentes Bicols devastaban los más hermosos bosques, y los que contienen mejores esencias, para sembrar un poco de arroz, durante un solo año. El Estado es propietario de la mayor parte de las Filipinas, y en la provincia de Albay vende los terrenos situados en las montañas al precio de una á dos piastras el medio quiñón, ó sea de 3'60 pesetas á 7'20 la hectárea.

(2) *Entada purseta* (Mimóseas).
(3) *Uvaria aromatica* (Anonáceas).
(4) *Plumiera alba* (Apocíneas).

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 22 DE FEBRERO DE 1886 — NUM. 217

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL AVARO, cuadro de Bruck-Lajos

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El volapuk.—Monomanía volapukista.—La gran vía de Madrid.—Una gran ciudad sin calles.—Un sueño de cal y canto.—Río sin cauce.—El problema del hambre.—La rebelión de los estómagos vacíos.

El pensamiento de la lengua universal es de aquellos que han tentado perpetuamente á los hombres, han dado quebraderos de cabeza á los filólogos y han constituído un sueño jamás realizado. El día en que se encontrase un idioma que pudiera ser aprendido por todos los hombres y que desgarrase las nieblas formadas entre los distintos linajes y naciones desde que la soberbia humana quiso levantar hasta los cielos la torre de Babel, se habría llevado á cabo una revolución más trascendental, más importante y más innovadora que la de la electricidad, la de la imprenta y la del vapor.

Muchos son los que han dedicado sus vigilias á buscar entre las combinaciones de letras la clave del secreto; otros le tienen por indescifrable y sostienen que, aun suponiendo que por maravilloso modo se encontrase ese idioma, fácil de aprender, de pocos signos y de escasa dificultad, luego después de constituído y de creado, las diferencias del clima, raza y organización, harían que cada pueblo pronunciase las palabras de distinta manera, y volvería á reinar la confusión de las lenguas, que nace, mucho más que de los accidentes históricos, de hondísimas causas fisiológicas y físicas.

Ultimamente un sabio, el doctor Schleyer, ha descubierto un nuevo idioma como se descubre un asteroide en el cielo: este idioma es el *volapuk* ó lengua universal.

Para no descender á detalles prolijos y aburridos, diré que el *volapuk* funda su sistema en adoptar un número de radicales que varían de sentido á medida que, siguiendo reglas fijas, fáciles y muy reducidas, se les anteponen ó añaden sílabas ó letras determinadas: por ejemplo, *puk* significa lengua; el sustantivo se declina como en latín, añadiendo terminaciones fijas á las radicales, y así tendremos que *de la lengua* se dice *puka*, *á la lengua*, *puke*, y así sucesivamente. El entusiasmo que esta idea ha despertado en todas partes es extraordinario.

España es el país en que las ideas extravagantes y originales hallan más pronto aceptación. Un sabio, el doctor Letamendi, y unos cuantos caballeros de los que siempre están dispuestos aquí para formar sociedades, constituir congresos, fundar revistas y pronunciar discursos, han creado un círculo *volapukista*, un periódico semanal para propagar el idioma y se han dedicado á la campaña con tal energía, que dentro de poco el *volapuk* será una de las muchas manías que caracterizan la actividad febril y estéril de esta raza meridional. Comprendemos que se fundasen en todo el mundo comités de organización para propagar el estudio de una lengua ya conocida, formada en donde las lenguas se forman, á través de los siglos y de las edades, por la lenta decantación de las palabras y por el escogimiento continuo del uso; comprendemos que se escogiera el idioma que ya hoy cuenta mayor número de personas que le hablan, por ejemplo, el inglés ó el castellano, ó el francés, que también se halla muy extendido, porque de esta manera los doscientos millones de hombres que ya conocen la lengua tal no tendrían necesidad de aprenderla, y los comités propagandistas contarían desde luego con un número considerabilísimo de personas capaces de extender sus doctrinas; pero ahora se da el caso siguiente: un joven, aficionado á las cosas nuevas, se entera de que se ha creado el círculo *volapukista* y acude á él con objeto de ingresar en concepto de socio. Tiene que empezar por aprender el idioma. ¿Lo conseguirá? Mucho lo dudo. Lo único que yo puedo decir es que el mismo doctor Letamendi, en los cuatro ó cinco meses que hace que se dedica al estudio del *volapuk*, no ha conseguido pasar del a, b, c; bien se comprende que tratándose de un idioma casuístico hace falta una memoria prodigiosa para conseguir dominarlo.

Hace muchos años que un español, Sotos Ochando, inventó también una lengua universal, de la cual ya no se acuerda nadie.

En el siglo pasado el alemán Mieyer publicó una gramática para el estudio de un idioma en que buscando las raíces de las lenguas griega y latina lo quería decir todo con treinta y siete palabras.

Todas estas disquisiciones pertenecen al género de las aberraciones mentales que se curan en los manicomios. Progresemos todo lo de prisa que se pueda, tengamos abiertas siempre las puertas á las nuevas ideas, seamos facilitadores y auxiliares de todas las empresas en que se trate de ganar un palmo de terreno á la ignorancia, á las preocupaciones y á los odios que dividen á la humanidad; pero tengamos un poco de juicio y no nos dejemos embaucar por el primer demente que ha querido que esa actividad literaria que caracteriza cierto género de enajenaciones mentales venga á contribuir á esta obra á que se dedican tantos españoles, de estropear el idioma nacional.

* * *

Gran sensación ha producido en Madrid la noticia de que el nuevo Alcalde presidente del Ayuntamiento, D. José Abascal, trata de realizar un colosal proyecto, cual es el de abrir una gran vía que desde el encuentro de la del Caballero de Gracia con la de Alcalá y en línea recta vaya hasta el teatro de Lara, haciendo desaparecer la calle de San Miguel, atravesando las de Hortaleza, Fuencarral, Valverde, Barco y Ballesta, destruyendo una zona de derecha á izquierda de ochenta y cinco metros de edificios, y prolongándola luego hasta el otro extremo de Madrid por la parte de Palacio. La vía tendrá 1,411 metros de largo, y en su ancho espacio se dedicarán veinticinco para calles con sus accesorios, su arbolado, su trozo arenado, su macadam y su empedrado para carruajes, y treinta para solares á cada lado, más los que resulten de las parcelas desiguales.

El pensamiento es hermoso, sin duda, por lo que tiene de sueño y de irrealizable. No otra cosa, aunque más en grande, es lo que hizo el barón Hausman en París, cuando con una revolución de la albañilería, con una guerra de la *jaquerie* contra los viejos edificios abrió aquella gran vía del *Boulevard*, que es hoy el principal ornato de París. Hay una diferencia, sin embargo, entre las circunstancias que rodeaban al Alcalde de París y las de que puede echar mano el Alcalde de Madrid: París era entonces más que ahora el centro del mundo, sonreían sobre sus muros los ángeles de las victorias napoleónicas, el oro afluía de todas partes llevado en los bolsillos de los touristas y viajeros que ansiaban pasar una temporada en aquella gran ciudad, que había llegado á ser la Roma de los tiempos infieles; era necesario abrir una gran calle para esta gran legión de forasteros, decorarla de hermosos edificios, de soberbios palacios, de teatros, edificar, dar á las plazas anchura y proporciones monumentales, en una palabra, disponer el teatro para que el público saliese divertido de la función. Las esperanzas que se fundaban en aquella reforma acompañaban á los medios; pero aquí, cuando el Ayuntamiento se encuentra agobiado por deudas, no sabemos cómo van á arreglarse los señores concejales para convertir en un hecho su hermosa idea.

Realmente Madrid necesita ensanchar sus vías de comunicación; la misma calle de Alcalá, que es la más ancha de todas, resulta pequeña en los días de gran desfile de carruajes, por ejemplo, domingos en que se celebran corridas de toros y en las tardes en que hay carreras de caballos en el hipódromo de la Castellana; entonces se ve que la calle de Alcalá es pequeña para el hormiguero de carruajes, jinetes y transeuntes de á pie. No se diga lo que sucede con las otras vías de comunicación secundarias, como la calle de la Montera, la de Carretas, la de Preciados y las de Fuencarral y Hortaleza: tranvías, Riperts, ómnibus, berlinas y *landeaus;* los carros del comercio, las carretas de la limpieza, las carretillas de los pequeños servicios domésticos, pululan, tropiezan, chocan y apenas dejan sitio para que uno á uno desfilen por la estrecha acera los que van á pie, y es muy frecuente que toda esta muchedumbre de vehículos se enrede y se produzca uno de esos atascamientos de la vía pública, en que los cocheros se insultan, los que llevan prisa se desesperan no pudiendo adelantar un paso y la calle presenta durante algún tiempo el aspecto de un campo de Agramante, en que los combatientes riñen disparándose la bala roja del insulto tabernario.

Aunque Madrid no tiene aún la extensión necesaria para que resulte justificado el empleo de tantos tranvías y Riperts, sin embargo, no hay que olvidar que es la capital de un pueblo esencialmente meridional, y por lo tanto predispuesto á la holganza y que acepta con júbilo todo medio que le evite el gasto de fuerzas. ¿Para qué andar á pie si por unos cuantos céntimos se va cómodamente sentado en blando cojín al sitio adonde nos llaman nuestras obligaciones ó nuestros placeres? Por esto han aumentado las empresas de locomoción y pasan de siete las que en competencia ruinosa para ellas y favorable para el público tienen establecidos carruajes que recorren constantemente los barrios más populosos. Para este gran movimiento hacen falta grandes vías, porque en realidad Madrid es una gran ciudad que tiene de todo menos calles.

* * *

Aunque tenemos en casa suficientes preocupaciones para que vayamos á entristecernos por las de fuera, no ha dejado de producir impresión la noticia del motín y saqueo de Londres por una turba de obreros hambrientos. En Madrid la sensación ha sido grande, porque no hace muchos días 3 ó 4,000 obreros se reunieron en la Puerta del Sol para pedir al Gobierno trabajo y sus actitudes no fueron tan pacíficas y humildes como otras veces; más que suplicar exigían, habiendo en sus gestos y en sus palabras esa espantosa desesperación del hombre que se muere de hambre.

El problema de Malthus se presenta cada día más amenazador. La humanidad crece incesantemente, se desarrolla sin límites; el amor vuela sobre todos los lechos, especialmente sobre el lecho del pobre, y el cuadro de la fecundidad del pintor flamenco se representa en todas las buhardillas y en todas las casas de vecindad; los jornales son escasos, porque al desarrollo numérico de la especie humana no ha seguido el desarrollo del numerario; las mujeres han parido muchos hijos, pero las monedas de oro se han quedado estériles, y esta contradicción entre las necesidades y los medios de satisfacerlas engendra escenas espantosas como las que han presenciado las calles de Londres estos días. No se trata ya de una revolución por principios políticos ni del triunfo de un partido sobre otro partido; es la horrible venganza de los que no tienen que comer contra los que comen á diario, el noventa y tres más espantoso que puede concebirse: la sublevación de los estómagos vacíos.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL AVARO, cuadro de Bruck-Lajos

El autor de esta preciosa obra, que ha llamado la atención en la última exposición parisiense, es un joven húngaro que está en camino de ser un pintor de primera fuerza. Aunque el asunto por él tratado lo ha sido anteriormente por otros artistas, ha sabido imprimirle cierta personalidad, que es la cualidad más difícil en el arte. Quien así emprende su camino está obligado á llegar lejos, muy lejos.

El avaro de Bruck es de aspecto enfermizo, con lo cual el autor ha estado en lo cierto, pues la avaricia es una enfermedad moral que trasciende del espíritu á la materia, de lo interior á lo exterior, y adquiere formas propias como otra dolencia cualquiera. La expresión de su fisonomía es la del miedo, del terror casi: cree haber percibido rumores extraños; recela que un malvado venga á sorprenderle en ese antro donde goza sensualmente su tesoro; quizás se lo roben; quizás le asesinen!... A pesar de ello, su primer impulso, su primer movimiento, no es defender su persona, es defender sus monedas. ¿Qué es para él la vida si le arrebatan ese oro que es su sangre, es su alma, es todo su sér, elaborado á fuerza de lágrimas ajenas, de desgracias, quizás hasta de crímenes?... ¡Cuán natural es su actitud! ¡Con qué nervioso vigor sienta la mano sobre su tesoro, cual si quisiera ocultarlo al ladrón que teme!...

En este cuadro hay una sola figura, y Bruck-Lajos ha tenido el talento de hacer con ella todo un drama.

¡AH DEL BARQUERO!... cuadro de Emilio Minet

Terminó la jornada del labrador; el sol declina, y el que ha ganado el pan con el sudor de su rostro, se enjuga ese sudor y descansa con la tranquilidad que infunde la idea del deber cumplido. Dos rapazuelos, demasiado jóvenes para empuñar la hoz ó la horquilla, se entretienen en formar ramilletes con silvestres flores; y una muchacha, adelantándose hasta la punta de la lengua que la tierra forma en el río, llama al barquero que ha de conducir á los buenos labradores hasta la orilla opuesta.

Hay en este cuadro cuanta verdad es apetecible, y sin embargo tiene una poesía embelesadora. Todo en él se halla en perfecta calma, el cielo, la tierra, el agua, y más que todo la conciencia de sus personajes. Esa calma, ese silencio especial de la caída de la tarde, esa luz amortiguada que, sin ocultar los objetos, empieza á imprimirles un tinte misterioso y triste, han de haber sido muy estudiadas, y mucho más sentidas, por el autor de este precioso lienzo. El efecto que causa es sumamente grato: el espectáculo de la naturaleza, bendita del Señor y trabajada por el hombre honrado, es una especie de oasis que aparece netamente á la vista de quien haya recogido en el mundo abundante cosecha de lo que el mundo prodiga incesantemente, cosecha de desengaños. ¡Cuán felices se sentirán muchos seres perdidos en el desierto de la vida al considerar que aun existen oasis como el pintado por Minet!...

UN BAILE DE MÁSCARA en la Gran Galería de Versalles

Al pie de esta preciosa estampa, que deja formar perfecta idea de la suntuosidad de una fiesta palatina, se lee lo siguiente:

«Decoración del baile de máscara dado por el rey en la Gran Galería del castillo de Versalles, con motivo del casamiento de Luis, Delfín de Francia, con María Teresa, infanta de España, en la noche del 25 al 26 de febrero de 1745. Esta fiesta, ordenada por el señor duque de Richelieu, Par de Francia, primer Gentilhombre de la Real Cámara con ejercicio, fué dirigida por M. de Bonne, Intendente y Contralor general del Guarda Joyas, Pequeñas diversiones y Asuntos de Cámara de S. M.»

A esta explicación nos permitiremos añadir, á beneficio de los que no quieran molestar su memoria, que ese Rey que dió tan espléndida fiesta era Luis XV, el Delfín, recién casado, otro Luis, hijo de aquél y muerto antes de reinar, por cuyo motivo sucedió á Luis XV su nieto Luis XVI; que la infanta María Teresa, casada con el Delfín, era una hija de Felipe V rey de España, que murió sin sucesión antes de terminar el primer año de su matrimonio; que el duque de Rechelieu, ordenador del baile, era uno de esos cortesanos locos y fastuosos, que con sus intempestivas prodigalidades contribuyeron poderosamente á la ruina del tesoro público; y, finalmente, que el Intendente de Bonne fué otro de esos empleados palatinos ejecutores de tanto y tanto desacierto como fueron necesarios para que, cincuenta años después de ese famoso baile, sustituyeran, en la Gran Galería de Versalles, á esas princesas, á esos nobles, á esas alegres máscaras, á ese terciopelo, á esas sedas, á esas joyas, á esas orquestas, á esas flores y á esos torrentes de luz, los harapos, los alaridos y las brutalidades de las verduleras de París, que hicieron recorrer á los reyes de Francia el camino que separa á Versalles de la plaza de la Revolución, con estaciones en el palacio de las Tullerías y en las torres lúgubres del viejo Temple.

EL FLORICULTOR

O no hay hombre feliz en la tierra, ó el personaje de nuestro cuadro es el *rara avis* del apólogo de la felicidad; ó no hay manera de bosquejar un paraíso terrenal, ó el bosquejo tiene que parecerse mucho á la composición que publicamos.

Ahí está Adan en la plenitud de su dicha, es decir, antes de conocer á Eva: el artista la ha suprimido con buen acuerdo.

Como la supresión de Eva hacía inútiles en ese cuadro ciertos objetos de que habla el Génesis, en lugar de serpientes se crían pájaros cantores y en vez de hojas de higuera hay hojas de cactus raros y ramos de jazmines y pasionarias.

¡Oh suerte envidiable la de ese mortal! Tentados estamos á suponer que el artista, después de haberle dado vida, se habría cambiado de buena gana con él.

DE PARTE DE MI MADRE, cuadro de R. Warthmuller

La escena representa el humilde alojamiento de un oficial subalterno. Reunido éste con uno de sus camaradas de regimiento, pasa revista á varios objetos que acaba de recibir, presentes sencillos de una madre cariñosa, que los dos amigos se proponen saborear con excelente apetito. Ante esta idea seductora y nutritiva, una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios: el buen aspecto del presente aleja el pensamiento de la donadora; allí no hay un hijo agradecido, hay simplemente el buen apetito de un joven ligero de cascos. ¡Pobre madre!...

Este cuadro es un modelo de expresión.

UN ALTO AGRADABLE, cuadro de W. Rauber

Esta composición pertenece á un género que no admite término medio: ó el autor tiene talento suficiente para hacer *hablar* á sus personajes, ó nadie echará de ver lo que aquél se ha propuesto representar. Por fortuna, Rauber ha demostrado que pertenece al escaso número de artistas de la primera categoría, y muy topo ha de ser quien no descubra los síntomas de la más ardiente pasión en la mirada del caballero apeado, y la más honesta complacencia en el delicado semblante de la bella amazona.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ESCENA DE CARNAVAL, dibujo de Llovera

En el número octavo de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos otra escena de Carnaval debida al experto lápiz de nuestro distinguido colaborador Sr. Llovera. Representaba aquella el Carnaval en la calle, en plena luz del día, escena de confusión y locura realizada á un tiempo por altos y bajos, encopetados y humildes. La escena que hoy publicamos es más íntima, más escondida; tiene lugar en un gabinete reducido, á la luz del gas, entre pocos personajes que, á repartirse entre todos el tesoro de la dignidad común, habían de salir á pocos céntimos por barba.

Sin embargo, Llovera ha tratado el asunto con tanta delicadeza como elegancia, bien seguro de que quien, como él, posee el secreto de hacerse simpático, no necesita llamar en su auxilio las malas artes del género licencioso.

MEDICINA POPULAR

LA RABIA

I

Por una contradicción muy frecuente en todos los actos de la vida, el hombre, que por lo general teme mucho á la muerte, mira con indiferencia la mayor parte de las enfermedades. Hay una, á pesar de esto, que goza del triste privilegio de aterrarle siempre: la rabia. Mientras nadie se preocupa por la tisis, que da un contingente de un seis ó un siete por ciento sobre la mortalidad general de la población del globo, no hay quien no se estremezca al saber que un individuo ha sido mordido por un animal rabioso; y, sin embargo, no llegará quizás á cincuenta el número de los que en España mueren anualmente á causa de la rabia, así como está comprobado que de cada sesenta mordidos por perros rabiosos, solamente en uno se produce la inoculación virulenta. Oímos decir diariamente que el cerdo puede producir la trichina y que las carnes de vaca sangrando son susceptibles de trasmitir la tuberculosis; y no nos llama la atención, y ni aun siquiera nos

pasa por las mientes, el que la Autoridad debiera tomar medidas para impedirlo; y muy tranquilamente seguimos nuestras aficiones culinarias sin importarnos un ardite el peligro más ó ménos problemático, que podemos correr de contraer tal ó cual enfermedad. Y es que el hombre juega á la salud como á la lotería, pero invirtiendo el orden de las probabilidades. En cambio, basta que ocurra un solo caso de mordedura por un perro rabioso para clamar contra la Autoridad que permite perros sin bozal, que no persigue á los perros callejeros, que no toma en fin las más serias precauciones para evitar tamaños males. ¿Cómo explicar esta inconsecuencia, cómo conciliar tanta apatía en un caso, tanto rigor en otro?

Muchas razones podrían aducirse para justificar ese temor, exagerado al parecer, á la rabia. En primer término, se tiene la idea de que el atacado de esta afección está infaliblemente condenado á muerte, y á una muerte terrible, en medio de atroces sufrimientos, sin esperanza, sin consuelo y con el pleno conocimiento de su situación, siendo un peligro para cuantos le rodean, para los seres que le son más queridos, para su propia familia. En segundo lugar, existe la incertidumbre mil veces peor que la realidad. Se ignora la mayor parte de las veces, si el animal que mordió estaba ó no rabioso, pues generalmente se comete la imprudencia de darle muerte sin la debida comprobación de su estado. También se ignora fijamente el tiempo que dura la incubación, que, mientras para unos es de días, para otros llega á muchos años; y, de aquí, una excitación moral quizás más cruel para el individuo y para la familia que la misma muerte. Para el que tiene conciencia de su estado, aunque en el animal no haya podido comprobarse la rabia, no hay un momento tranquilo. Ansioso, trémulo, aterrado, busca la soledad, le espanta la luz, ve fantasmas pavorosos que en vano intenta alejar de su conturbada imaginación; su espíritu se complace en presentarle la idea de la muerte, fatídica, implacable, amenazadora. Conoce los síntomas de la enfermedad de que se cree víctima, y sus ojos se cierran al menor rayo de luz; su garganta se contrae y no permite el paso de una sola gota de líquido; y, cuando rendido, agobiado, cierra el cansancio sus párpados, horribles ensueños, atroces pesadillas agitan su espíritu con tormentos, que nunca imaginara la mente calenturienta del Dante. Sólo la idea de un condenado á muerte, ignorando el momento en que había de cumplirse su sentencia, pudiera hacernos formar un juicio aproximado de esta triste situación.

Por otra parte, la fiebre tifoidea, la viruela, la tisis, son enfermedades comunes, son accidentes de la vida hasta cierto punto inevitables; son azares de la existencia, que entran más ó menos en nuestros cálculos; pero la rabia es una cosa extraña á nuestra organización; no es jamás espontánea en nosotros; es, por decirlo así, una sorpresa, una emboscada del destino, sorpresa que pudo evitarse, emboscada que debió preverse. Por eso nos aterra, como aterra todo lo inesperado.

Decir que las autoridades deben tomar fuertes medidas para evitar estos accidentes, es sólo repetir una vulgaridad y sobre todo es indicar una cosa que en la conciencia de todos está, y no hay Autoridad, que, con más ó menos acierto, no adopte precauciones cuando llegan estos casos, ó en las épocas en que la experiencia ha demostrado que la rabia es más frecuente; pero, lo que importa, lo que interesa, es vulgarizar el concepto que la ciencia tiene formado de la rabia, los signos por los que puede conocerse cuándo un animal está rabioso, los medios que deben emplearse para evitar sus ataques y los recursos terapéuticos que deben ponerse en práctica en el caso de ocurrir un accidente desgraciado, desvaneciendo preocupaciones y vulgaridades siempre perjudiciales y, en este caso, funestas.

Ante todo debemos hacer una observación. Dícese indistintamente rabia ó hidrofobia, y pasaríamos por alto esta sinonimia, si no pudiera acarrear consecuencias graves el admitir la identidad de esas dos significaciones. La hidrofobia, que no implica otra idea que horror á los líquidos, no es condición indispensable de la rabia ni mucho menos su carácter esencial ó patognomónico. El rabioso, no solamente no aborrece el agua, sino que tiene una sed horrible; quiere beber, intenta beber; pero la constricción espasmódica de su garganta es tal que el menor esfuerzo por deglutir le provoca un violento acceso. Hay, por el contrario, ciertos estados patológicos ajenos á la rabia, en los que existe hidrofobia. Véase, pues, lo conveniente de no confundir palabras, que pueden llevarnos á generalizaciones muy perjudiciales.

Créese también que todo aquel que ha sido mordido por un animal rabioso debe rabiar infaliblemente. Esto es un error, pues en muchos casos el virus no penetra en los tejidos, y así sucede con frecuencia cuando el animal muerde á través de las ropas, que, enjugando el diente y absorbiendo la baba, impiden la inoculación. En cambio no inspira temor el perro cuando lame la mano, y, sin embargo, aunque el animal no muerda, como acontece en el primer período de la rabia, basta el paso de la baba, con tal de que exista alguna solución de continuidad, por insignificante que sea, para que la inoculación se produzca.

La rabia es espontánea y provocada. Es espontánea en el perro, el gato, la zorra y el lobo; puede serlo también, aunque es dudoso, en algún otro animal. En el hombre siempre se origina por contagio, y no hay más elemento de contagio que la inoculación.

De todos los animales que pueden espontáneamente contraer la rabia, el perro es el que posee mayor aptitud, y el perro es también, á causa de su domesticidad y de sus contínuas relaciones con el hombre, el que con mayor frecuencia la trasmite. ¡Rara crueldad la de la naturaleza el poner la enfermedad más traidora en el sér que mejor simboliza la lealtad, en el animal más apegado al hombre, en su compañero más adicto, en su amigo más fiel!

El hombre rabioso nunca trasmite la rabia: es muy conveniente hacer constar este hecho.

Al querer investigar las causas que influyen en la producción de la rabia en los animales, nos hallamos con un problema muy difícil de resolver, pues que, á medida que este estudio ha ido completándose, se han desvanecido los fundamentos de muchas ideas, que gozaban de autoridad en la opinión científica. Como quiera que no podemos dar á este artículo unas dimensiones exageradas, enunciaremos las principales causas hasta aquí admitidas, anotando aquellas cuyo valor es negativo ó incierto. Determinados climas (1), las estaciones extremas (2), los apetitos genésicos excitados y no satisfechos, el hambre y la sed (3), la alimentación con sustancias descompuestas (4), los malos tratamientos y la cólera (5) son los factores á que más importancia se ha dado en la etiología de la rabia, y, por más que la ciencia, de un modo terminante, sólo admite el contagio, como causa eficiente, no es posible rechazar en absoluto el valor que en su presentación puede ejercer alguna, si no todas, de las circunstancias que hemos mencionado. Desde luego el apetito genésico en el perro, que, careciendo de vesículas seminales, no tiene más medio de satisfacción que la cópula, es un factor poderoso en la producción de la rabia, y más, si á esto se une la lucha que necesita entablar con sus rivales, que, más fuertes, logran la posesión del sér apetecido. En cuanto á los malos tratamientos, nada hay que decir: pegar á los animales por pura diversión ó castigarles con dureza excesiva demuestra una crueldad, que no habla muy en favor del que así obra, y otros actos, por desgracia muy comunes, como atar al rabo de un perro una lata vieja ó perseguirlos á pedradas, etc., no pueden explicarse sino como un resto de salvajismo, que sólo se ve ya en pueblos incultos y de un nivel intelectual y moral sumamente bajo. Aunque estos hechos no contribuyeran á producir la rabia, hay consideraciones de orden social bastantes para censurarlos.

La rabia, hemos dicho, sólo puede trasmitirse al hombre por inoculación; pero conviene saber dónde reside el principio contagioso. Desde luego, la saliva es el vehículo indiscutible del virus; pero, ¿puede existir ese mismo virus en alguna otra parte del animal? Esto es dudoso, pero no faltan razones para suponer que igualmente se encuentre en la sangre, en el tejido muscular y quizás en la materia nérvea. Sin afirmar nada, indicamos esta suposición para deducir la conveniencia de que los cadáveres de los animales rabiosos sean destruídos por la cremación, procedimiento que debería hacerse extensivo á todos los que sucumbiesen por efecto de enfermedades contagiosas.

Pasemos á dar á conocer los síntomas más culminantes de la rabia, síntomas, que, bien conocidos, pueden poner al hombre completamente al abrigo de esta terrible enfermedad. Para ello dividiremos en dos los períodos de la rabia: 1.° período inicial: 2.°, rabia confirmada.

Primer período. Como no tratamos esta enfermedad desde el punto de vista científico, este período es el que debe fijar principalmente nuestra atención. Cuando la rabia se halla en todo su apogeo; cuando ostenta todos sus caracteres, que no admiten confusión con los de ninguna otra enfermedad, entonces la rabia no es temible para el hombre, que, conocedor del estado del animal, lo evita y le huye. En cambio es verdaderamente peligroso el perro rabioso en los primeros momentos de la enfermedad, período desconocido por los más, porque entonces sus sentimientos afectuosos aun no están abolidos, todavía no se aleja de la sociedad del hombre, y, sin conciencia de su perfidia, lame cariñoso la mano de su dueño, dejando en ella la baba ya impregnada del virulento mal.

El conocimiento de este primer período es el que con viene vulgarizar. Entonces puede hacerse al animal inofensivo, puede encerrársele, aislarlo convenientemente y someterlo á una atenta observación, evitándose de este modo que, guiado por el instinto que lo impulsa á huir del propio hogar, muerda á los perros que encuentre á su paso, diseminando el contagio y multiplicando indefinidamente los elementos de propagación. Este es el verdadero preservativo contra la rabia.

DR. A. FERNANDEZ-CARO

(1) Hoy está perfectamente probado que la rabia puede presentarse en todas las regiones del globo.

(2) De 3,096 casos de rabia relatados por diversos autores, 755 corresponden al invierno, 857 á la primavera, 788 al verano, 696 al otoño. Como se ve, la influencia de las estaciones es completamente nula.

(3) Esta causa no tiene valor. En los puntos donde hay más perros hambrientos, como en Egipto, en Kamchactka, en la Siberia, en los desiertos de Africa, etc., es precisamente donde con menos frecuencia se observa la rabia.

(4) En Constantinopla y en la mayor parte de las ciudades de Oriente, los perros representan, puede decirse, la policía urbana, y se comen todas las inmundicias que arroja á las calles la incuria de los habitantes. Esto no obstante, la rabia allí es muy rara.

(5) Hay sobre esta causa opiniones muy contrarias. Se citan, sin embargo, muchos hechos que parecen confirmar su influencia. Hasta se cree que un animal, sin ser rabioso, puede producir la rabia en un momento dado, bajo la influencia del dolor ó de la cólera fuertemente excitadas. Basta la duda para que esta causa sea admitida y tenida en consideración.

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Entonces sonó un ruido seco, un chasquido, abrióse la puerta vidriera con estrépito, y un hombre de elevada estatura y gentil continente, salió á grandes pasos del gabinete cruzando por entre las mesas del despacho. Su mirar extraviado y centelleante revelaba una indignación profunda, un pesar grande, sin límites; sus puños crispados y la fuerte contracción de su fisonomía, hablaban de esos esfuerzos con que la voluntad se sobrepone á los primeros naturales ímpetus de la venganza. En su mejilla derecha se percibía una huella del color de la sangre, explicando el origen de aquel chasquido, y aquel ruido seco que oyeron los jóvenes del escritorio.

La fuerte vidriera volvió á cerrarse con el mismo estrépito que había sido abierta.

Fernández miró alejarse al joven Armengol, y cuando los chirridos de la escalera del almacén denotaron que bajaba por ella, dijo mirando con ojos tamaños al compañero más cercano:

—¡Le ha pegado una bofetada!

II

ARMENGOL Y COMPAÑÍA

Cuando Angel salió del despacho de su padre, decidido á marcharse de aquella casa, don Pedro, si no quedó consternado por la determinación de su hijo, sin embargo le sobrecogió un sentimiento inexplicable, algún tanto mezclado de resignación, pues al fin y al cabo, se decía él, el mozo se arrepentiría de andar solo y abandonado por el mundo y volvería al hogar paterno, como oveja descarriada al redil del amo ó del pastor.

Don Pedro Armengol era, con todo esto, poco dado á afectos tiernos y amorosos. Su rudeza era uno de los signos más peculiares de su carácter, como no podía menos de suceder atendiendo al sistema de educación que había seguido desde sus más tiernos años.

Nacido don Pedro de una familia pobre, aunque ambiciosa, ya desde muy temprano mostró aficiones bien marcadas «hacia los ochavos,» como ellos decían.

Nunca se le veía á nuestro héroe, siendo muchacho, en esos juegos que son tan propios de la infancia. El pequeño millonario siempre hallaba ocupación lucrativa en que emplear provechosamente el tiempo, convencido como estaba, desde que se lo oyó decir á un inglés, de que aquél es oro y todo cuanto se quiera.

El por su parte hacía todo lo posible por querer; quería, y el proverbio tenía realización: es decir, que Periquito, aunque muchacho y todo, poseía á los diez años una suma de dinero bastante respetable, con la que soñaba fundar una gran fortuna, único y exclusivo pensamiento que le dominaba constantemente, de noche y de día, en la mesa como en el lecho, en las faenas más rudas así como en las más livianas y ligeras.

Una de las ocupaciones en que ejercía y desplegaba su actividad con mayor fuerza era en la de conducir carros, cargados de mercancías, desde la Bisbal á Barcelona. Hacía todos los viajes que podía, sacaba buen precio por el trasporte de los efectos confiados á sus locomotivas, y muy en breve llegó á ser en este oficio una notabilidad, si bien es cierto que de los carromateros del país, él era el que llevaba más caro, lo cual, después de todo, nada tiene de particular si hallaba parroquianos.

A medida que acumulaba cuartos los iba convirtiendo en tierras, en acciones de empresas industriales y mercantiles, en intereses simples y compuestos, en artículos de comercio, en todo lo que puede convertirse el dinero sin que en la trasformación sufra menoscabo alguno, sino que cada vez suba y crezca como la espuma de oloroso jabón.

Cuando el futuro comerciante tuvo reunido un buen capital pensó en una cosa en que antes no había parado mientes sino á la ligera, y diciéndose siempre:

—Para casarse es menester ser rico.

Ya que lo fué, se decidió á tomar por esposa una muchacha, vecina suya, con quien casi se había criado, pero á la que nada de amores había dicho cuando era pobre, para no levantarla los cascos é inflamarle la sangre, antes de sazón.

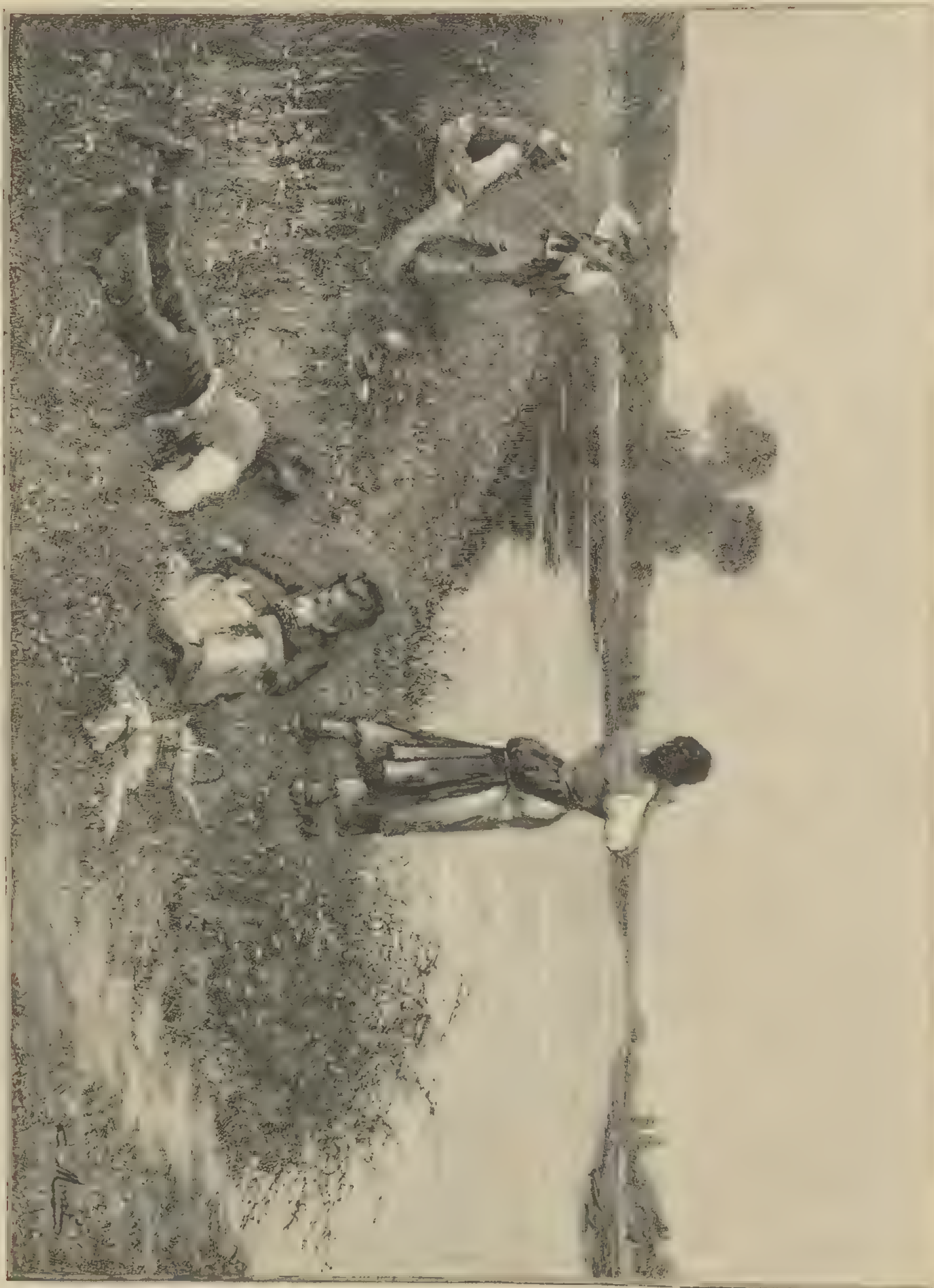
Esta muchacha no tenía más bienes de fortuna que su belleza y su honradez, y de esto sólo se enamoró el carretero Pedro Armengol.

Requebróla éste por algún tiempo, y cuando ya estuvo seguro de que aquella buena niña le había entregado su corazoncito de paloma, la pidió á sus padres, se tomaron el dicho, se amonestaron, y en el día mismo de San Pedro se unieron los dos amantes ante Dios y los hombres, en medio del regocijo y á gusto de todos.

No estaba reservada tanta dicha para Pedro Armengol, pues á los nueve meses de matrimonio murió su joven esposa, dos días después de haber dado á luz un niño rubio, rosado, hermoso como un ángel, único fruto de aquellos tranquilos amores.

Angel fué el nombre del nuevo vástago, y no desmintió en el curso vario de su vida, que tenía un corazón tan puro y tan tierno como su nombre.

El niño recibió una educación esmeradísima; primero en Barcelona, después en París y Londres, donde se hizo un cumplido mozo y noble caballero.



¡AH DEL BARQUERO!, cuadro de Emilio Minet



MÁSCARA EN LA GRAN GALERÍA DE VERSALLES (copia de un grabado de la época)

Estuvo visitando por espacio de algunos años las principales capitales de Europa, y frecuentó en este tiempo los salones más aristocráticos y las sociedades más distinguidas.

¡Cómo se había de avenir con los libros de una tienda el que se había criado entre flores, aromas y brillantes!

III

ÁNGEL ARMENGOL

El ofendido Armengol, bajada la escalera del almacén y pasado éste, entró en el pequeño gabinete donde estaba alojado desde su regreso del extranjero.

Permaneció un rato pensativo, de pie en medio de la habitación, y en verdad que en semejante actitud se le podía haber tomado por el tipo más correcto de la gallardía y la nobleza en el momento de ser mordidas por la indignidad.

Angel Armengol era alto, esbelto, recto, bien formado; su cabeza colocada sobre un cuerpo airoso revelaba inteligencia, altivez, valor; su cabello era negro como su barba; sus ojos negros también expresaban pasión y dulzura, siendo á veces serenos y melancólicos; tenía la nariz suave y graciosamente ondulada, la boca risueña y afable; sus manos, como sus pies, eran pequeñas y delicadas, pero varoniles, algo huesudas y nerviosas, lo cual les daba mayor belleza y hermosura

Vestía ordinariamente un traje negro: llevaba en el chaleco un reloj de oro unido á una cadena del mismo rico metal, y se anudaba al cuello con mucho primor una corbata de seda azul, color de que gustaba mucho, y que le sentaba perfectamente, pues el cutis de su rostro tenía algo de lo tostado y moreno del árabe.

Las maneras del joven Armengol llevaban el sello de la distinción y la elegancia adquiridas en el trato y roce diarios, y que, aun pasado mucho tiempo, son, como dijo un poeta, á la manera de los perfumes orientales, que dejan perennemente en la copa en que una vez estuvieron encerrados, una huella aromática que percibe al momento toda nariz exquisita y delicada.

Pero en honor á la verdad, del mismo modo que Armengol poseía todas estas finas cual dades, tenía en cambio una que le hacía bastante desgraciado, y que le ponía de continuo en conflictos graves. Tal era el concepto desmedido que tenía formado de su dignidad, que en muchas ocasiones rayaba en orgullo.

Sus amigos le querían á par que le respetaban, acaso por esta especie de desdén discreto é inteligente con que solía mirar las cosas, y que le hacía pasar entre ciertas gentes, no por un poco, sino por un mucho descreído, estando muy próximo, en concepto de otros, al ateísmo y la impiedad.

El se reía de las buenas y cándidas personas que le dirigían estos dardos tan poco acerados y tan endebles al chocar con su pensamiento y su corazón, educados ámbos en el mundo, guiados por la cultura moderna, real, verdadera, sin fábulas ni ficciones que embauquen la imaginación, y que hacen que el pobre sér humano se estrelle á los primeros pasos que da por esta vida.

Angel, con esta clase de temple, no podía hacer otra cosa, después de lo que acababa de ocurrirle con su padre, que tomar una determinación noble, aunque violenta, que arrancara de raíz la discordia que inevitablemente había de seguir abierta y empeñada en adelante entre su padre y él, evitando con ella el espectáculo repugnante que se ofrece siempre que entre dos miembros tan allegados de una familia como lo son un padre y un hijo, se entabla una lucha que no puede ser digna, ni noble, ni provechosa, y que por lo regular termina en catástrofe tormentosa y oscura.

Armengol prefirió á esto último la separación, la ausencia: negocio, después de todo, en el que á él le tocaba por completo la pérdida.

Así, después de haber meditado un poco, se resolvió á poner en práctica su pensamiento. Tomó y se puso el sombrero; se abrochó á la cintura un pequeño revólver con incrustaciones de oro y nácar; recogió de las gavetas de la cómoda y escritorio todo el dinero que había, y sin despedirse de persona alguna salió á la calle, poniéndose en dirección hacia la estación del ferrocarril.



Preguntó si había en aquel momento algún tren que partiese á Madrid, y habiéndole contestado afirmativamente un empleado de los que andaban arriba y abajo dando órdenes, tomó un billete de primera clase, entró en el coche, encendió un cigarro, se sentó junto á la ventanilla, dió una bocanada de humo al aire, y exclamó:

—¡A vivir!

IV

EN MADRID

Angel Armengol llegó á Madrid á las ocho de la mañana.

Era entonces el mes de mayo, y las mañanas de mayo son bellas en todas partes. Así es que Armengol, sustrayéndose por un momento á sus negras cavilaciones, no dejó de sentir la grata influencia del ambiente aromoso, del claro cielo, del día sonriente y espléndido.

Pero esto duró muy poco tiempo.

El contraste de la clara mañana y de su oscuro porvenir, del feliz aspecto de las gentes que discurrían por las calles, llenándolas con el infinito movimiento de un vecindario más grande que el casco de la ciudad en que vive, y de su honda tristeza, le apenaron en grande extremo.

Sintió ganas de llorar, y hubiera llorado si el temor de atraer las miradas de los transeuntes no le hubiera contenido.

—Hagamos inventario de mi capital,—dijo, mientras subía á un ómnibus de la estación del Medio-día.—Tengo un billete de mil reales, cinco monedas de á duro, una sortija que bien valdrá dos mil reales y un cronómetro inglés que seguramente podré vender, si es preciso, en unos cincuenta duros lo menos. Total, cuatro mil reales. ¡Ah! Si mi padre penetrase ahora mi pensamiento, habría de contentarle el ver cómo le ocupan asuntos mercantiles.

El carruaje había echado á andar hacia la calle de Atocha.

Los madrileños que madrugan, las criadas, las modistas, los estudiantes iban y venían por las aceras, dando á las calles un animado y alegre aspecto. Diríase que ninguno de ellos experimentaba la más pequeña pena, que en la corte se reparte la felicidad á domicilio y que las amarguras, el dolor, la tristeza están reservadas para los provincianos.

Y sin embargo, si individualmente se hubiese ido preguntando á aquellos seres que se movían en todas direcciones, hubiesen respondido:

—«¡Soy muy desdichado! Amo y no me aman; tengo hambre y carezco de dinero; esta noche he experimentado sueños de gloria y no hay quien me saque de la oscuridad donde la corta suerte me tiene arrinconado.»

Así lo pensaba Armengol, cuya experiencia del mundo, aunque no grande, le bastaba para saber á qué debía atenerse respecto á esa pobre alegría que decora á la multitud, á esa risueña careta con que cubren su rostro, surcado por el llanto ó entenebrecido por el dolor, las muchedumbres. Sabía cuánta verdad encierra la paradójica observación del filósofo: «El resultado del llanto de veinte hombres es una sonrisa.»

—Pensemos en la vida y dejémonos de devaneos psicológicos,—dijo para su capote.—¿Qué debo hacer? Tengo amigos, tengo relaciones utilizables, pero... ni los amigos me harán caso ni mi carácter es idóneo para explotar las simpatías como se explota una mina. Si el desengaño había de llegar mañana, me lo impongo yo ahora. Cuando los demás hablan como yo hablo, verdad será que aquí cada uno ha de buscárselas á su manera, sin contar con nadie.

Esta filosofía escéptica, fría y helada que emanaba del cerebro de Armengol había de influir mucho en su existencia y era el resultado de un conocimiento verdadero de las cosas.

Su trato con las gentes frívolas del gran mundo, le había dado una precoz madurez de juicio que pasmaba. El choque violento, rudo, aunque rudo y disimulado, entre sus ideas grandes y algún tanto utópicas y aquella sociedad elegante, había producido la luz en el alma de Armengol, anticipándole el amargo fruto de la experiencia.

Cuando el ómnibus llegó á la Puerta del Sol, aun no había resuelto nada Angel Armengol respecto á su porvenir, sino que por de pronto le era preciso hospedarse en el hotel más próximo. Era este el de Inglaterra, y echándose su gabán sobre el hombro, atravesó la ancha acera, entró en el portal del establecimiento, pidió un cuarto, le condujeron á uno del piso segundo y se arrojó sobre una butaca.

—¡Ah! ¿Por qué acobardarme de lo que me ocurre? Estoy solo. No dispongo de miles de duros. He roto con mi familia. He dejado de ser el hijo sumiso y obediente. Yo me conquistaré una posición social... y si no logro conquistarla, entonces... No, ni aun entonces volveré á entrar en aquella casa, donde he recibido el más vil é infamante insulto... No es posible transigir con la infamia... Mi alma se opone á ello, la entereza de mi espíritu lo rechaza con energía. Se olvida al amigo con quien se compartieron las meriendas y los castigos escolares; se olvida á la amante á quien se entregaron las primicias del cuerpo y del alma; ¿será superior á estos vínculos el vínculo de la sangre, cuando la sangre misma se rebela y hierve por vengar una humillación recibida de aquel á quien nos une este lazo?... No me queda en el pecho un solo átomo de odio hacia mi padre. Como pude reprimir mi furor al ser herido en el rostro por su mano, podré arrancarme su

memoria del alma. Ya que no me es dado bendecir su recuerdo, no quiero maldecirle; desterrémosle como se destierra á un conspirador. Fuera de aquí, ya no tengo padre.

Mientras así pensaba Armengol, entró en la estancia un *garçon* trayendo en una bandeja un servicio de té que había pedido el joven. Sirvióse él mismo el amarillo líquido, y mientras le gustaba con distracción, siguió diciendo allá en lo más recóndito del pensamiento:

—¿No es una locura, una ceguedad de mi señor padre, el pretender que yo olvide en un punto mis aficiones de toda la vida? Si me destinaba á medir varas de tela ó á llenar los blancos de las letras de cambio, ¿á qué enviarme á París, á qué colocarme en un colegio donde mi inteligencia se ha acostumbrado á otra vida que no puede avenirse con la del escritorio? Esto ha sido ponerme alas en la espalda y prohibirme que vuele.



DE PARTE DE MI MADRE, cuadro de R. Warthmuller

No iba tan descaminado Armengol en sus razonamientos.

Había un contrasentido brutal en la conducta observada con él por su padre. Diríase que D. Pedro Armengol había preparado los sucesos para que el choque fuese más violento y su hijo tuviese que poner á prueba la potencia de su voluntad en aquella lucha entre el pasado, placentero, brillante, y el porvenir oscuro y prosaico. Aquello había sido hacerle viajar por el país de la quimera hermosa para obligarle á fijar su residencia después en un arenal yermo, desolado y solitario. El alma briosa del joven Armengol no pudo soportar la prueba.

El rompimiento fué inevitable.

X

ENTREACTO

No hay como estar decidido á hacer algo para no hacer nada.

Armengol, que se sentía con la fuerza de voluntad necesaria para remover montañas, no hizo cambiar de sitio ni á un grano de arena.

Los resortes poderosos de su voluntad eran, sí, capaces de grandes empresas; pero por lo mismo que era tan grande su empuje, no se resolvía nunca á emplearle en vencer los pequeños inconvenientes de la vida.

(Continuará.)



UN ALTO AGRADABLE, cuadro de W. Rauber

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Esta población de chinos, cuya invasión creciente amenaza ocupar al parecer todas las islas Filipinas (1), está bastante mezclada; en ella se cuentan no pocos ladrones que más pronto ó más tarde van á presidio; pero los más de esos chinos, inteligentes, astutos é infatigables, no tardan en hacer su negocio. Desembarcado en el puerto, casi desnudo, el pobre emigrante que no tiene quien responda por él, ni sabe oficio alguno, acepta los más viles trabajos; abrasado por el sol, ó sufriendo la lluvia durante todo el día, ocúpase como descargador, barrendero ó mozo de cordel; para comer conténtase con un *carnate* (tubérculo de la *batata*) y algunas hojas de betel, lo cual le basta para llegar á la noche, reduciéndose su cena á veces á un cigarrillo. Con frecuencia no tiene sombrero; siempre va descalzo; y su traje se limita á un calzón, de cuya pretina pende una bolsa. Cualquiera de estos chinos podría decir siempre: *omnia mecum porto*, porque en esa bolsa, efectivamente, se halla cuanto posee; y aunque está muy floja, pronto comienza á henchirse poco á poco, cuando no queda vacía de pronto por el resultado de las riñas de gallos, por la lotería, y sobre todo por el *panguingui* y el funesto juego del monte. Sin embargo, casi siempre el chino repara las pérdidas sufridas; y muy pronto el descargador, ó el grasiento barrendero, vistiendo una fina camisola, con las uñas muy limpias, y la coletilla artísticamente trenzada, campea detrás de un mostrador, ó recorre ágilmente la ciudad como mercader. Cuando llega á este grado de comodidad, el económico chino se resuelve á llevar á cabo dos grandes proyectos: solicita el bautizo, eligiendo por padrino algún europeo cuyo crédito le pueda ser útil; y después se casa. Las jóvenes no se unen muy voluntariamente con chinos; pero aquí, como en todas partes, una lluvia de oro vence muchas repugnancias. El chino, pues, adquiere esposa legítima, y si sus medios se lo permiten, algunas más que no lo son, porque en cuestión de poligamia. todo buen chino, cristiano ó no, conserva siempre las ideas de su país. En adelante, cristiano, casado y rico, el chino adquirirá más bienes aun, pues tal fué, y será siempre su principal aspiración; pero algunas veces, atacado de esplín, realiza sin ruido toda su fortuna, y embárcase furtivamente para Cantón, abandonando mujeres é hijos; aunque con más frecuencia muere en las Filipinas, dejando una numerosa prole de *sangleyes* (2), herederos de sus riquezas, de sus cualidades, y también de sus defectos.

El gobernador, señor Alvarez Guerra, se convidó á sí mismo, y á nosotros, á comer en casa de uno de estos chinos ricos el día de la fiesta de Daraga, á fin de que probásemos la cocina del Celeste Imperio.

La casa del negociante Narciso es muy grande y sumamente limpia, pareciéndose á las de todos sus cofrades. En el piso bajo, todo de piedra, están los almacenes; y sobre ellos, colocado como una especie de jaula gigantesca, el único piso superior; las paredes consisten en tableros de hojas de nácar semi-opacas, que se pueden correr unos tras otros, lo cual permite que el interior se comunique libremente con el exterior; el tejado es de palastro galvanizado; y la construcción me parece admirablemente apropiada para evitar los inconvenientes propios de estas regiones, cuales son el exceso de luz durante el día, y en todo tiempo el calor, los terremotos y el incendio.

Viaje á Filipinas.—Gruta de Levante; isla de Cagraray, golfo de Albay.

Una ancha escalera, cuidadosamente encerada, conduce al primer piso, donde el salón principal y el comedor están inundados de luz. Narciso y sus socios nos esperan en el último escalón, en traje de etiqueta, con la coletilla desarrollada y la servilleta debajo del brazo. La costumbre china prohibe á las mujeres de la casa ver á los extranjeros; pero nuestro anfitrión, que se precia de haberse educado en la alta escuela, ha convidado á varias mestizas, que en el salón ostentan, á la luz de las arañas, sus joyas y diamantes deslumbradores, aunque no brillan tanto como sus miradas. En medio del salón, una mesa grande está cubierta de una montaña de pastas diversas.

Impacientes por honrar el festín, pasamos al comedor, y todos toman asiento ante una mesa en que se ven manjares azules, verdes y rojos; todos los colores del arco iris parecen haberse dado cita en el comedor de Narciso, que en pie, detrás de nosotros, dirige á una multitud de muchachos cargados con un batallón de botellas, las cuales contienen todos los brebajes conocidos, desde la ginebra hasta el vino de champaña. La emprendemos con los manjares que se consideran más suculentos: sopa de nidos de golondrina, orejas de ratas amarillas en gelatina, y serpiente boa con salsa de jengibre; cada cual saborea en silencio con la nariz sobre los platos; pero muy pronto, á pesar de nuestros esfuerzos, nos sobrecoge un acceso de hilaridad, hasta el punto de no poder pasar ni un bocado. Estos manjares brillantes tienen un olor nauseabundo ó el sabor de un carbón encendido; pero es preciso comer. Narciso, sin embargo, ha previsto el caso, y la mesa se cubre al punto de chocolate, de jamonesy de kari, todo lo cual rociamos con mucho champaña.

Acabada la comida encendemos los ricos vegueros de Cagayán (3), que pueden competir con los mejores habanos; la orquesta del pueblo, que ha tocado en el comedor durante el festín, se instala entonces en el fondo del salón, y dase principio al baile. La jota aragonesa y los valses se suceden con loco frenesí, pero no tienen tanto atractivo como la habanera, la más provocativa de todas las danzas, y la más propia del clima.

Ni las habaneras, ni las tertulias, ni las recepciones á que nos convidan á menudo los residentes españoles de la provincia nos hacen olvidar el objeto de nuestra misión. Estamos al principio del viaje, llenos de fuerza y de salud; y en este magnífico país, tan rico para la historia natural como para la agricultura, se puede muy bien, suprimiendo la siesta y tomando un poco de las noches, entregarse á la vez al estudio y á las distracciones. Nuestros herbarios se llenan de plantas, y los frascos de reptiles; el señor Rey recorre los bosques en busca de aves; yo mido y fotografío cuantos tipos me caen bajo la mano. Gracias á la autorización del señor gobernador, se me permite también tomar algunos apuntes sobre dos prisioneros *Atas:* estos indígenas constituyen un pueblo rústico, emprendedor y enérgico; y á veces hacen alguna incursión, bajando de las montañas. En una de sus correrías estos dos Atas perdieron su libertad; después de robar algunos búfalos, retirábanse presurosos, mas perseguidos y cercados, hubieron de rendirse, no sin matar á flechazos á dos cuadrilleros (4), armados de fusiles, que los acosaban de cerca.

Los Atas pertenecen á la misma familia que los Tagalos y los demás indios de las Filipinas. En el Archipiélago, la palabra Atas no es un nombre de raza, sólo indica un estado social particular: así como la palabra *Castilla* se aplica indistintamente á todos los blancos, la de *Atas* designa todos los pueblos no sometidos, que refugiados en regiones poco accesibles, viven independientes. Así en la provincia de Albay se comprende bajo el mismo nombre á los Negritos, que viven en la inmediación de las aguas termales de Tiwi, al norte de Tabaco; su tipo, menos puro que el de los Negritos de la sierra de Mariveles, está muy alterado por la mezcla de sangre Bical.

Exceptuando las razas de Atas de Isarog, los pueblos de la provincia tienen costumbres tan pacíficas, que los estudios antropológicos se pueden hacer sin la menor dificultad. Por lo demás, las investigaciones de toda especie se hacen más agradables por la belleza de los sitios que recorremos. Cuando navegamos por la costa meridional del golfo, á la sombra de los altos ribazos, las olas nos mecen sobre las espesuras de madréporas y de alcionarias, cuyos vivos colores, realzados por el azul de las movibles olas, causarían envidia al más hábil horticultor. En las montañas vemos gargantas profundas, donde las dipterocárpeas, cargadas de bejucos, comunican á estos sitios un carácter majestuoso; y nuestras miradas dominan un caos de estribaciones que, semejantes á olas petrificadas en medio de la tempestad, convergen hacia el Mayón ó el Bulusán.

(Continuará)

(1) Los chinos establecidos en las Filipinas sólo ascendían á 5,708 en 1828; pero este número se elevó á 39,054 en 1878. Dichas cifras sólo comprenden á los hombres, pues las mujeres de esta nación no van á las Filipinas.

(2) Mestizo de chino y de india. (Tagalos, Bicoles, etc.)

(3) Cagayán, provincia del norte de Luzón que produce el tabaco más apreciado.

(4) Milicia indígena, dependiente del tribunal de cada pueblo; todos los indios válidos deben prestar por turno el servicio de cuadrilleros.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO V — BARCELONA 1.° DE MARZO DE 1886 — NÚM. 218

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOVEN DE LORENA, cuadro de F. Defregger

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *En el cielo*, por don Félix Rey. – *Nido escarbado..... familia disuelta (continuación)*, por don J. Ortega Munilla. – *Medicina popular*, por el Dr. A. Fernández-Caro. – *Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Montano

Grabados. – *Joven de Lorena*, cuadro de F. Defregger. – *El salvador*, dibujo de Jorge Knorr. – *El busto de Marat en el mercado de París*, cuadro de Jorge Caín. – *Estatua de Eduardo I.* *Una buena jugada*, cuadro de G. Harburger. *El mayor de los amores*, cuadro de Eugenio Klimich. *El rentista y sus amigos*, cuadro de C. J. Arnold. – *Chino recién llegado y chino establecido.* – *Una calle de Libog.*

NUESTROS GRABADOS

JOVEN DE LORENA, cuadro de F. Defregger

Si todas las lorenesas, ó siquiera la mayoría de ellas, se pareciesen á la de nuestro cuadro, casi nos explicaríamos la guerra franco-prusiana. Si la posesión de la movediza Elena fué causa de la guerra de Troya ¡qué de batallas no mereciera reñir la ocupación de una provincia donde abundaran los tipos parecidos al de Defregger!... ¡Dichoso el artista que tiene á mano un modelo de esa naturaleza, y más dichoso si ese modelo es otra Fornarina para el moderno Rafael!

Avalora esta obra la irreprochable maestría, el cariño, con que ha sido grabada por el ilustre Weber. ¡Cuánta valentía y cuánta suavidad á un tiempo!... ¡Cuánta tersura en esa piel, cuánta pastosidad en esas carnes, cuánta suavidad en ese cabello, cuánta vida en esos ojos, cuánta luz y cuán bien combinada con las sombras de ese rostro!... Defregger debe estar contento de Weber; Weber debe estar satisfecho de sí mismo: él puede decir con el italiano:

– Anch'io son pittore!...

EL SALVADOR, dibujo de Jorge Knorr

Esta bella y poética composición ha sido dibujada para ilustrar una moderna novela alemana, inspirada, á su vez, por una leyenda de Simón Dach, poeta prusiano, nacido en Mensel, año 1605, y fallecido en 1659.

La joven desvanecida es Ana de Tarán que ha estado á punto de ahogarse por coger una flor que crecía en las engañosas márgenes del río. Su salvador es Juan Pastatins, de quien ya se figurarán nuestros lectores que es el romántico esposo de Ana.

El autor de esta composición ha demostrado en ella cuánta es su maestría en el manejo del lápiz y hasta qué punto se ha identificado con la creación del poeta. La figura de Ana es candorosa como la de Ofelia; Juan es un verdadero tipo del amante caballeresco y respetuoso que no se atreve siquiera á fijar los ojos en el objeto de su amor, temeroso de manchar su pureza con una mirada indiscreta. Hay en el amor de Juan y Ana, como lo concibió Dach y lo ha interpretado Knorr, una dosis muy grande de ese idealismo que se encuentra en el fondo de todas las baladas alemanas.

EL BUSTO DE MARAT en el mercado de París, cuadro de Jorge Caín

De todos los hombres populares de la famosa Revolución francesa, ninguno tan popular como Marat. Afectando las costumbres más austeras y las formas más rudas, llegó á ser el ídolo del populacho parisién que veía en él su encarnación, y el puñal de Carlota Corday le evitó el tremendo desengaño que más tarde ó temprano le hubiera aguardado, como aguarda siempre en esos tiempos extraordinarios, como aguardó á Robespierre después de haber sacrificado á Danton, como aguardó á Danton después de haber sacrificado á los Girondinos.

A pesar de su prestigio, Marat fué acusado el 24 de abril de 1791 y conducido ante el Tribunal revolucionario. Pero los miembros del jurado no se atrevieron á condenar al ídolo del pueblo; Marat fué absuelto, y los que le arrojaron de la asamblea creyendo enviarle al cadalso, viéronle volver triunfante en hombros de sus admiradores, la deforme cabeza ceñida de laurel y el mezquino cuerpo oculto bajo una capa de flores.

La admiración popular creció de punto cuando su asesinato: el triunfo en vida fué seguido de la apoteosis después de la muerte. Su retrato, su busto, figuraba en todos los sitios públicos; los más exaltados jacobinos daban guardia de honor al mártir de la amistad del pueblo, y las mujeres, en especial las vendedoras de los mercados, estaban dispuestas á devorar propiamente á cuantos hubieran negado á Marat en una época en que se negaba á Dios.

Esa apoteosis póstuma del terrible convencional se halla perfectamente representada en el cuadro de Caín, pintado con un color y conocimiento de causa que nos transporta involuntariamente á los días de aquella tempestad que asoló á una nación durante breves años y fertilizó al mundo por durante muchos siglos.

ESTATUA DE EDUARDO I

En la última exposición artística de Londres, uno de los objetos que más han llamado la atención, ha sido el estudio en cera de la estatua ecuestre del rey Eduardo I de Inglaterra, que hoy publicamos, trabajo escultórico verdaderamente notable por la riqueza de los detalles, la naturalidad y la belleza del conjunto. Su autor es M. Hamo Thornycroft.

UNA BUENA JUGADA, cuadro de G. Harburger

Hé aquí un cuadro de género que es, al mismo tiempo, del género de los buenos cuadros. Como dibujo es correctísimo, como grupo está bien combinado, como estudio de expresión es un modelo. La jugada *del mano* ha puesto indudablemente en aprieto á su contrincante: la fisonomía de éste lo demuestra con una verdad que dice mucho en favor del artista. El atlético herrero que contempla la partida, es un *mirón* prudente en toda la extensión de la palabra.

Este lienzo es un bello ejemplo de naturalismo ó de naturalidad, mejor diremos, porque naturalismo huele á escuela; y en pintura lo natural no es escuela, sino dogma.

En cambio, lo que se ha dado en llamar realismo, es una heterodoxia que hará escasos prosélitos entre los artistas de verdadero genio.

EL MAYOR DE LOS AMORES, cuadro de Eugenio Klimich

Tiene esta obrita un atractivo singular. Bien es verdad que su asunto es simpático; pero raras veces habrá sido interpretado con mayor sobriedad y más feliz éxito. El goce de esa joven madre es tan puro como el afecto que lo ocasiona; la hermosura de esa mujer ha sido realzada, ennoblecida, por la maternidad. Esos labios que besan no manchan; esas manos que oprimen un talle no ahogan; todo en esa mujer respira amor y dicha, y todo en ella inspira admiración y respeto.

El autor de esta obra ha estado inspirado: las madres que tengan la buena suerte de reconocerse á sí propias en ese cuadro, pueden decir á su autor:

– Caballero, ¿podríais decirnos cómo os las habéis compuesto para sentir como nosotras sentimos, para amar de la manera que nosotras amamos?...

EL RENTISTA Y SUS AMIGOS, cuadro de Arnold

Puesto que hay hombres de bien, no vemos inconveniente en que haya asimismo perros de bien; hombres y perros, en tal caso, que, llegados al colmo de la fortuna, ni se olvidan, ni mucho menos abandonan, á sus antiguos camaradas de los malos tiempos.

El perro de Arnold es uno de esos animales beneméritos, humilde en la opulencia, que practica notablemente la virtud de la hospitalidad y siempre tiene un hueso á medio roer para obsequiar á un par de amigos menos afortunados.

¡Véanle Vds., cuán lozano y orondo se encuentra á pesar de sus años!... Es natural: tiene la pitanza asegurada, y esto imprime un tinte bonachón á los mismos perros. A sus amigos no les luce tanto el pelo, ni con mucho: carecen de renta, pertenecen á la democracia, casi á la demagogia de los caninos. La amistad, sin embargo, suprime distancias; el rentista perruno tiene el instinto de la cortesía, lo cual no ocurre siempre entre rentistas racionales.

El cuadro de Arnold es un excelente estudio del natural.

EN EL CIELO

I

Hace seis mil años poco más ó menos...

Medio siglo contaba el mundo desde su creación.

Dios había arrojado á Adan y Eva del Paraíso terrenal.

Las almas que habitaban los cielos debían descender á la tierra sucesivamente para animar los cuerpos que nacieran.

La primera que apareció delante de Dios fué la de Abel, y los cánticos de los arcángeles, juntamente con las bendiciones del Señor, consiguieron la venida del alma desterrada y mártir que debió su vida á una falta y su muerte á un crimen.

La segunda fué la de Eva, y cuando las puertas del cielo se abrieron para dar entrada á esta alma pecadora, manchada por la culpa, pero purificada por el sufrimiento, todas las almas futuras la pidieron noticias de la tierra.

Eva había respondido: – He pecado, he sufrido y he llorado: la vida tiene muchas pasiones, muchos dolores y exiguas alegrías.

II

Para todas estas almas que únicamente comprendían la pasión del cielo, las pasiones y dolores eran dos palabras enteramente desprovistas de sentido. No comprendían sino una eternidad tranquila, del mismo modo que no veían más que una extensión inmensa de reposo.

Y recorrían pensativas los jardines de estrellas que Dios había hecho cerrar, preguntándose las unas á las otras lo que podían ser las cosas ignoradas en el cielo que se llamaban en la tierra pasiones y dolores.

Y suspendidas en el límite de la bóveda celeste, trataban de ver lo que pasaba entre los hombres; empero las tinieblas de las pasiones eran para sus ojos tan impenetrables como las luces de la eternidad lo son á nuestra ciencia humana.

III

Entre estas almas deseosas de esta tierra nueva, había una á quien dijo su ángel del bien:

—Tú nacerás un día del seno de una mujer, y dejarás tu forma inmortal por el mundo que ha hecho el Señor.

—¿Y cuándo naceré?—preguntó el alma.

—Espera orando,—repuso el ángel.

Un día el sol se anubló sombríamente. Otra alma acababa de dejar la tierra, y al presentarse en las puertas del Señor arrojóla lejos de sí el ángel de la justicia.

Toda la corte radiante del Señor se arrodilló, redoblando alabanzas y ruegos.

Dios respondió:

—Se llamaba Caín, y ha muerto á Abel.

Y el cielo se oscureció por el primer crimen como se oscureciera por la primera falta.

—¿Qué motivo puede haber en el mundo,—pensaba el alma que debía nacer,—para que un hermano mate á su hermano?

IV

La primera falta y el primer crimen habían excitado la cólera de Dios, de tal suerte, que los muertos se sucedían con rapidez y entraban en los cielos menos almas que de él salieran.

Las que volvían, interrogadas por sus compañeras, respondían:

—Delante de Dios se pierde el recuerdo de los hombres; pero todo lo que Dios hace es hermoso, y la tierra, en medio de sus dolores, tiene también sus goces.

Los siglos pasaban y el alma esperaba siempre.

V

Un día los ángeles guardianes del eterno trono, vieron no la cólera, sino una lágrima en los ojos del Señor, y esta lágrima fué el diluvio.

El cielo lloró cuarenta días sobre las faltas de los hombres, y la tierra desapareció.

Desde la bóveda celeste los ángeles seguían con su mirada y con sus oraciones, como desde aquí abajo nosotros seguimos á una estrella, algo que flotaba sobre las aguas: era el arca de Noé.

El alma que esperaba su nacimiento creyó un momento que el mundo iba á ser borrado por toda una eternidad.

El arca la volvió la esperanza.

El mundo apareció.

Cada vez que un alma dejaba el cielo por la tierra, la que esperaba la acompañaba y la decía:

— Hermana mía, á tu vuelta me contarás lo que se hace en el mundo.

Y desaparecía.

A cada pregunta que hacía acerca de su nacimiento á su ángel bueno, éste respondía:

—Espera orando.

VI

Y pasaban los siglos.

El mundo era más malo cada vez: las alabanzas redoblaban en el cielo á medida que el culto se perdía en la tierra.

Como el castigo no había detenido los crímenes, Dios quiso ensayar con el perdón, é hizo un alma á la imagen de su pureza y la envió á la tierra. Los ángeles la acompañan cantando, y quedan arrodillados largo tiempo hasta perderla de vista en los espacios infinitos.

Luego que esta alma, á quien Dios había dado el nombre de hijo suyo, y á quien la tierra diera el nombre de Jesús, pasó treinta y tres años en su destierro, comenzaron las almas á recorrer los casi borrados senderos de los cielos, purificadas por este hombre divino.

Todos los días, la eternidad de felicidad comenzaba radiante y espléndida, y el cielo se poblaba de vírgenes y mártires.

VII

El hijo de Dios volvió de su misión divina con una corona de espinas en sus manos destrozadas por el martirio.

Dios le dijo:

—Ven ¡oh hijo mío! tus pies han quedado destrozados por las piedras del camino de la vida, pero la obra de la regeneración se ha cumplido.

Y lo hizo sentar á su diestra mano.

—¿Cuál puede ser este mundo, — se decía el alma pensativa,—en el que se da muerte al hijo de Dios?...

Esperaban el alma de una gran pecadora que el Cristo había convertido á su llegada; el alma que esperaba su nacimiento, le preguntó:

—Hermana mía, ¿cuál era tu nombre?

—Magdalena,—contestó la pecadora:—los goces de la tierra son efímeros, mientras que los del Señor son eternos.

Y Magdalena arrodillóse á los pies de Dios.

El alma continuaba esperando. El Señor dijo á la pecadora arrepentida: «Te perdono porque has amado mucho» Y el alma futura le preguntaba lo que era este amor que había perdido á Eva y que salvaba á Magdalena.

VIII

Los apóstoles habían sufrido el martirio predicando la palabra divina. Sus almas fueron sucesivamente á inclinarse á las plantas del Altísimo. Empero, los hombres no seguían el camino trazado por la mano del Salvador.

El alma esperaba siempre, y los siglos se sucedían como los granos de arena de un reloj.

Pero la ley del Señor triunfaba: no había emperadores crueles; no había apóstoles mártires; todo parecía marchar según la eterna voluntad; y para el alma solitaria que se hubiese contentado con el amor lejos de los placeres, la tierra no hubiera dejado de presentarle hartos goces.

– ¡Espera orando! eran sin embargo las palabras del ángel bueno.

. . . .

IX

El ángel bueno había dicho:

—¡Nacerás antes de un siglo!

Y el alma continuó esperando.

¡En dónde encontrar la paciencia si falta en el cielo!

Sin embargo, el alma comprendió que esta esperanza de otro mundo que el de Dios era ya un pecado, y que iba á ser manchada con una falta original, tanto mayor cuanto se cometía en medio de la pureza eterna.

El tiempo marchaba rápidamente, porque delante de la eternidad los días se suceden como las gotas de agua que forman los manantiales. El alma veía llegar el momento tan esperado; á medida que se aproximaba deseaba más conocer ese mundo tan misterioso, y crecía su fe por ese amor terrestre y sus dolores que romperían la monotonía de la beatitud.

Y al recorrer los ocultos senderos de los cielos, en vano intentaba levantar un extremo de ese velo diamantino que Dios extiende cada noche sobre los firmamentos.

—¿Qué castigo me impondrá Dios por la falta que cometo tan cerca de *Él*, cuando mi único deseo había de consistir en verle, mi felicidad en la oración, y mis goces en la eternidad?

De tiempo en tiempo el ángel pasaba á su lado y la decía: —¡Paciencia!

X

El alma esperaba.

El ángel bueno se acercó á ella y le dijo:

—Tu madre ha nacido hoy; esperarás diez y ocho años: espera orando.

Los deseos del alma iban á realizarse, y su alegría era

infinita si puede haberla de esta suerte en la eternidad. Pero cada día entraba más en el pecado, y antes de nacer tenía ya que expiar. ¿Qué castigo reservaba Dios á esta alma que turbaba con su alegría la serenidad eterna de los cielos?

Cuanto más se aproximaba el momento anunciado por espacio de seis mil años, tanto más deseaba saber cosas del mundo que iba á habitar.

—Tu madre está en cinta y nacerás; —díjola el ángel bueno.

El alma lanzó una exclamación, que en los cielos era sin duda un crimen.

Nunca se había visto un alma tan deseosa de la vida corporal.

Y las almas, sus compañeras, que no tenían otro amor que el de Dios, comenzaron á orar por ella.

Su alegría aumentaba por instantes, y el ángel bueno se acercó y la dijo:

—Tu madre ha muerto al darte á luz, y tú al venir al mundo...

. . . .

El castigo siguió á la falta.

Y el alma sintió que se entreabrían los cielos, precipitándose en los limbos.

FELIX REY

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Entre gastar el dinero que se tiene y procurar nuevos ingresos, era mucho más fácil para Armengol lo primero que lo segundo: el hotel de Inglaterra ya saben Vds. que es uno de los mejores de Madrid; y al cabo de un mes en que dejamos de tener noticias del hijo del comerciante, venimos á encontrárnosle con diez duros en el bolsillo por único capital. El hospedaje en el hotel había consumido lo demás.

Entonces recordó todos sus propósitos, todos sus planes, comprendiendo que en filosofar y pasear había perdido mucho tiempo, y que sin dejar trascurrir un solo instante debía buscar nuevo domicilio, ya que el hotel costaba demasiado caro.

Las amarguras de ese descenso paulatino, desde la encumbrada y feliz existencia de los ricos hasta la ínfima estrechez de los pobres, llenaron el alma de Armengol en los dos días que empleó buscando una vivienda económica.

Con diez duros se pueden hacer muy pocas cosas, y Armengol hizo todo lo que pudo.

En una casa de la calle de Embajadores, cuyo portal estrecho, húmedo y repugnante, conducía á un patio ancho y destartalado, alquiló una habitación pequeñísima y avecindada con los muebles. Instaló en ella una cama de hierro, una mesa de pino, una jofaina, una silla y un espejo.

Armengol estaba dispuesto al sacrificio, y le consumó con un valor estoico y admirable.

Una tarde en que regresaba á su casa con el corazón entristecido, después de adquirir con la experiencia la confirmación de sus previstos desengaños, respecto á la indiferencia del mundo, hallóse de manos á boca con un antiguo compañero de su padre, el cual exclamó con alegría y asombro:

-¿Dónde diablos se mete V., hombre? Andolo buscando por este Madrid hace quince días y no he podido encontrar rastro de su existencia.

Angel no supo qué contestar, y ocultando á duras penas lo poco que le agradaba aquel encuentro, limitóse por toda respuesta á estrechar la mano gruesa y curtida que le presentaba su amigo.

Al cabo de un rato de silencio, repuso:

– Ya lo ve V.; estoy en Madrid.

– Ya suponía yo que no había V. salido de la corte.

Y metiéndose á toda prisa la mano en el bolsillo del gabán sacó un verdadero montón de papeles y se puso á revolverlos, mientras decía:

– Tengo un encargo que dar á V. El mes pasado salí de Barcelona. Antes fuí á despedirme de su padre de usted y le encontré sumamente afligido.

– Permítame V. que no le crea, – repuso Armengol con acento sereno y firme.

– ¡Cómo! ¿No cree V. lo que le digo? ¿Piensa V. que le engaño? ¡Vaya! pues tome V. y lea. Hablen cartas y callen barbas.

Y puso en manos de Angel un pliego cerrado que él examinó. El sóbre estaba escrito de mano de su padre. Abriólo con presteza y leyó sin dar muestra de la más ligera ansiedad. En tanto, el anciano, á quien llamaremos, pues éste era su nombre, el señor Viladi, le contemplaba con cierta curiosidad impertinente.

Hé aquí lo que decía aquella carta:

«Hijo mío: Te he escrito dos veces, dirigiendo el sóbre á la lista de correos, y no han debido llegar á tu poder las cartas, cuando ¡no te has dignado contestarme. Prefiero creer esto á creer que no me escribes por una pertinaz obstinación en considerarte ofendido. Si tu educación fuese menos *brillante*, si con tantas cosas inútiles como te han enseñado no hubieras perdido la sencillez toda de los sentimientos naturales, hasta el punto de desfigurarlos lamentablemente, sabrías que los padres no ofenden nunca á sus hijos.

»No quiero insistir sobre ese particular.

»Si piensas de distinto modo que yo, te compadezco, pero no me hallo dispuesto á transigir con caprichos ridículos ni con petulancias punibles.

»Desde que cometiste la grandísima necedad de abandonar mi casa, he tenido tiempo bastante para reflexionar acerca de los sucesos pasados.

»Cada vez me hallo más arrepentido de haberte dejado durante la primera juventud en esa absoluta libertad que hasta aquí gozaste. Yo debí entender que el hijo del comerciante Armengol no estaba llamado á pasar la vida entregado á las dulzuras de las costumbres inútiles y elegantes. Debí educarte con menos lujo; esta es la palabra que corresponde á mi pensamiento, aun cuando á tu serenidad olímpica ofenda con lo vulgar de su sentido.

»Pero si reconozco mi error y le declaro, lo cual es cosa bastante dura para quien, como yo, puede jactarse de haber acertado casi siempre en hombres y cosas, en hechos y en planes, no es por el solo gusto de que tú lo sepas, sino para procurar la enmienda del equivocado derrotero. Hemos emprendido un mal camino; cambiemos de ruta. Hé aquí lo que yo quiero.

»Mi deber es decírtelo; el tuyo resignarte á obedecerme.

»Supongo que el estado de tus asuntos es deplorable. Acaso carezcas de dinero. Si mis consejos te parecen razonables, puedes pedir á Viladi, de quien recibirás esta carta, aquello que necesites para regresar á Barcelona.

»En el caso de que la memoria de tu padre siga apareciéndosete como odiosa, y de que ciegamente aferrado á tus errores y á tu orgullo desmedido desoigas mi voz, renuncia á todo socorro que pueda proceder de mí. Yo deseo perdonarte; pero no es cosa, ya lo comprendes, – de que me prosterne ante tus plantas. – Tu padre.»

– ¿Qué me responde usted?

– Respondo que yo no puedo contestar á esta carta. Me lo veda el respeto que me inspira mi padre.

– Según eso, ¿no acepta V. el perdón?...Puede V. hablarme con franqueza. Pedro (así llamaba al viejo Armengol) me ha contado estos leves disgustillos.

– No acepto el perdón, amigo mío, – dijo Angel doblando la carta, – porque yo no he cometido falta alguna.

– Sin embargo, el respeto filial...

– El respeto filial tiene un límite y le hemos traspasado.

El bueno de Viladi, que era un obeso comerciante, para quien la vida no había presentado nunca estos complicados problemas, se calló quedando un tanto preocupado. Quiso cambiar de conversación, y dijo:

– ¿Vive V. aquí cerca?

– No es muy lejos.

– Acompañaré á V. hasta su calle.

Indudablemente Viladi traía algún encargo grave para Armengol y no osaba comunicárselo. De tal modo le asustaba el carácter vivo, enérgico, duro é inflexible del joven. – Averigüemos dónde vive y otro día le diré lo que ha motivado mi viaje, – pensó sin duda.

Angel echó á andar hacia la calle de Embajadores. Seguíale Viladi. Cuando llegaron á la pobre casa donde se hospedaba Angel, éste se detuvo.

– Hemos llegado, - dijo.

– ¡Cómo! ¿vive V. en este...?

– ¿En este cuchitril sucio y hediondo, iba V. á decir? Sí, señor; aquí vivo. Suba V., suba V. á tomar posesión de mi casa, – añadió el joven con acento de burla, mientras se dibujaba en su rostro una sonrisa amarga y tristísima.

Viladi estaba pasmado. No sabía qué pensar. De buena gana se hubiese excusado de entrar allí, pues temía que iban á ser inevitables las explicaciones que él deseaba aplazar; pero no le sugirió su pobre magín ningún recurso valedero y se dejó conducir por Angel. Entraron en la estancia.

Angel se sentó en la cama y ofreció la silla á su visitante.

– Déjeme V. que me asombre, querido amigo, - exclamó con acento cariñoso Viladi, estrechando las manos á Armengol. – ¿Cómo vive V. aquí? Me inspira V. una gran de simpatía y quiero saberlo todo.

– Gracias, querido Viladi, gracias, – contestó Armengol, comprendiendo que las palabras del anciano tenían origen en un sincero deseo de amistad. – Aquí no hay secreto alguno. El hecho es el siguiente: no tengo dinero.

– Pero si esto es así, – y acerca de ello bien veo que no cabe duda, – ¿por qué no vuelve V. á Barcelona?

– ¡Ay, señor Viladi! Eso es imposible. Volver á Barcelona es ya quebrantar un propósito firme, y no hay nada que me inspire más desprecio que el hombre de criterio movedizo y versátil. Usted, que sabe lo que ha ocurrido entre mi padre y yo, no debe extrañar mi determinación. Además, – añadió con alegría humorística, y asomándose á la ventana, aquí no se está mal. Estas vistas no tienen rival en todo el Universo. Vea V. qué fila de tejados descubro desde aquí; los matices rojos, oscuros ó verdosos de las tejas, recuérdanme los variados trozos de un paisaje; esos ejércitos de chimeneas traen á mi memoria los ejércitos de palmas de la huerta de Valencia; los declives, sinuosidades, rodeos y ondulaciones de las casas, simulan el oleaje de un mar que se ha solidificado. Todo esto es bonito, sí señor, es bonito y me ofrece distracción continuada.

– Dispénseme V. que le diga, – replicó Viladi acercándose á la ventana, – que no veo aquí nada de lo que usted dice. Veo sólo muchos tejados medio hundidos, muchos patios nada limpios y llenos de gentes míseras y desarrapadas; en suma, el más lastimoso espectáculo de miseria.

– ¡Bah! otra exageración menos disculpable que la mía, pues que la mía conduce á que yo tenga por distracción lo que á V. le causa repugnancia. Claro es que para encontrar agradable este cuadro es preciso mirarlo con los ojos de la metáfora; pero, ¿sucede otra cosa en el mundo, por ventura, con las cosas mejores?.. De noche aun tiene más atractivos el espectáculo. A veces se ilumina el cuadrado de una ventana con la luz interior de la habitación y entonces veo dibujarse en el foco luminoso las siluetas de los que allí viven; ya veo dos amantes cuyas sombras se confunden hasta formar una sola; ya veo danzar á cinco ó seis muchachos que aturden la casa y hacen felices á sus padres con aquel estruendo; ya, en fin, columbro la linda figura de alguna solitaria muchacha...

¿Está V. enamorado?

– No, hasta ahora. ¡Pobre y enamorado! Sería demasiada desventura!

Sentáronse de nuevo Viladi y Armengol, éste en su cama y aquél en la silla.

– ¿Y cuándo va V. á Barcelona?

– Si V. quiere, mañana.

– ¿Si yo quiero?

(Continuará)

MEDICINA POPULAR

LA RABIA (II) *y último*

Una quietud desusada ó una agitación excesiva son los primeros fenómenos que deben despertar sospechas y llamar nuestra atención. El perro, que acudía solícito al menor ruido; que respondía con alegres demostraciones á nuestro cariño, permanece inmóvil en un rincón escondido, se muestra indiferente á todo, y contesta con un gruñido á cualquiera insinuación para sacarle de su estado. Pero, con más frecuencia que esta inmovilidad taciturna, revela el perro una agitación extraña. Se vuelve y se revuelve en su cama, se levanta despavorido, corre, ladra, mira á todos lados inquieto, va y viene sin dirección fija, y vuelve á acostarse para, después de breves instantes de calma, repetir los mismos actos, como movido por súbita alucinación.

A pesar de esto, la inteligencia del animal permanece íntegra; es atento, dócil á la voz de su amo; pero su mirada es triste, la expresión de su fisonomía distinta, y su cola, que habitualmente se agita con rapidez, se mueve ahora con lentitud y pereza. Lejos de importunar con sus caricias, vuelve al poco rato á su escondite donde procura evitar la luz y la vista de los objetos exteriores. En este primer período el perro nunca muerde.

Esta agitación, poco perceptible al principio, se acentúa más y más, y vemos al perro levantarse de pronto con violencia; mira con vista extraviada, revuelve cuanto encuentra, araña con furor el piso, va de un lado á otro, no tiene un momento de reposo, olfatea los rincones y por debajo de las puertas, cual si buscase una pista extraviada ó previese un peligro desconocido.

Hay en este primer período de la rabia verdaderas alucinaciones, por extraño que parezca la aplicación de un concepto puramente moral á seres á quienes hemos negado quizás demasiado gratuitamente la conciencia. Durante la agitación rábica, vemos al animal ejecutar actos y adoptar posiciones, cual si espiase á otro animal ó pelease con él, ó si tuviese ante su vista algo que le inspirase terror ó sorpresa. Muerde al aire, ladra con furor á un sér invisible ó se arroja contra las paredes como para acometer á un objeto que creyese real y que claramente percibiese.

A pesar de esto, y aun en los momentos en que parece más perturbada su inteligencia, basta la voz de su amo para hacerle volver en sí, y como si agradeciera verse arrancado á tan angustiosa pesadilla ó si buscase ayuda y protección, suele en esas ocasiones extremar sus manifestaciones afectuosas, lamiendo con ardor las manos y la cara de la persona querida, mostrándole con afanosa solicitud su cariño, cariño funesto susceptible de trasmitir la terrible afección de que el pobre animal es ya víctima.

Basta esta breve descripción del estado *moral* del perro para advertir á los que no son médicos del peligro que el animal ofrece; pero, para hacer aun más completo este bosquejo, diremos algo de otros síntomas que traducen el período inicial de la rabia.

La primera afirmación que debemos hacer es que el animal rabioso no es hidrófobo. El animal bebe, y con más ansia que de costumbre; y hasta cuando la constricción de su garganta es tal que toda deglución se hace imposible, se arroja al agua, sumerge el hocico, y parece querer morder el fondo del vaso. Se ha visto animales rabiosos atravesar un arroyo á nado para acometer á un rebaño de carneros, que pastaban en la orilla opuesta. Insistimos en este punto porque es este un error tan general, que hasta los mismos médicos caen en él, y no necesitamos ponderar la utilidad de desvanecer una creencia, que puede inspirar tan fatal como infundada confianza (1).

(1) Consúltese á Delabère-Blaine, Meynell, John Hunter, Hamilton, Yonatt, Trolliet, que todos protestan contra esa afirmación desmentida por innumerables observaciones y que no tiene otro fundamento que una razón de analogía con lo que acontece en la rabia del hombre, cuyo síntoma culminante es la hidrofobia.



EL SALVADOR, cuadro de Jorge Knorr



EL BUSTO DE MARAT EN EL MERCADO DE PARÍS, cuadro de Jorge Caín

El perro rabioso no tiene apetito, ó mejor dicho, el apetito está pervertido, y á tal punto, que se le ve devorar cosas que no son comestibles, como pedazos de suela, de alfombra, madera, arena y cuanto encuentra á su alcance, y es tan característico este síntoma, que cuando en la autopsia se encuentran en el estómago de un animal sospechoso objetos de esta naturaleza, casi sin temor de equivocarse, se puede afirmar que el animal estaba rabioso. Se observa á veces en los principios del mal algún vómito de glerosidades sanguinolentas. No es un síntoma seguro, pero debe inspirar recelos.

No es tampoco la baba síntoma inseparable de la rabia, y es muy frecuente no observarla ni en el período inicial ni aun durante el de rabia confirmada. Por lo común, la secreción salivar no pasa de la cantidad ordinaria y es conveniente tener sabido esto, pues es otra de las creencias vulgares, pudiendo la falta de este síntoma inspirar una seguridad engañosa.

Dan mucha importancia, como valor diagnóstico, los autores al aullido especial del perro rabioso. Basta oir este aullido, dicen, para conocer si el animal rabia ó no. Ocioso sería en estas nociones describir el timbre particular de la voz del perro, cual lo hacen estos autores, y por nuestra parte lo consideramos completamente inútil, pues nunca la palabra escrita puede imitar el sonido. Diremos solamente que todo cambio en la inflexión de la voz habitual del perro debe inspirar sospechas al dueño y desde luego someter al animal á una detenida observación.

El síntoma que es verdaderamente característico y que casi pudiera considerarse como el *reactivo* de la rabia es la excitación que produce en el animal afectado la vista de otro animal de su misma especie, fenómeno extraño, que no se explica, pero que es positivo y constante. Animales inofensivos, de buen carácter, que ni aun siquiera habían dado muestra de agitación, han manifestado la mayor excitabilidad á la vista de otro animal extraño, y se han abalanzado con furor á morderle sin previa provocación, sin nada que motivase esta violenta agresión. Por desgracia este signo pasa inadvertido muchas veces, y sólo se recuerda cuando hechos posteriores hacen fijar la atención para entonces lamentarse de no haberlo notado oportunamente. También ofrece síntomas particulares la herida ó mordedura que inoculó al animal la rabia. Muchas veces es un simple arañazo que apenas se ve; pero, aunque sea una herida verdadera, la cicatrización se verifica como en los casos ordinarios. Mas, aunque el período de incubación haya sido largo, cuando los primeros síntomas de la rabia van á presentarse, se produce en la cicatriz una excitación tal que obliga al animal á lamerse ó á restregarse contra las paredes ó contra el suelo, si el sitio en que se halla, no es accesible á su lengua. El prurito es á veces tan intolerable que le hace morderse, arrancarse los pelos y hasta hacerse sangre en la parte afectada.



ESTATUA DE EDUARDO I

El apetito genésico durante este período se encuentra extraordinariamente excitado.

Aunque, como hemos visto, no hay ningún signo especial que constituya un carácter peculiar de este período inicial, todo este conjunto forma un cuadro tan acabado, dibuja tan perfectamente la fisonomía de la rabia, que, á vulgarizarse estos simples conocimientos, con seguridad se evitarian esos funestos accidentes harto comunes, gracias á la ignorancia de todo lo útil y gracias también á errores, que se conservan cual precioso legado de generación en generación.

2.° período: *Rabia confirmada.* Los síntomas de este período son tan característicos y conocidos, que casi podríamos excusarnos de describirlos y mucho mas no siendo nuestro objeto tratar, como médicos, este asunto. ¿Quién no recuerda haber visto alguna vez un perro de pelo erizado y sucio, agotado de fatiga, de andar vacilante, mirada indecisa, con el rabo péndulo, la cabeza baja, caída la mandíbula inferior y asomando entre los dientes una lengua seca, azulosa y cubierta de polvo? Tal es la fisonomía de la rabia confirmada. Pero antes de llegar á ese estado, precursor de una muerte próxima, el perro tiene violentos accesos de furor, durante los cuales experimenta una necesidad imperiosa de morder hasta tal punto que se le ve hacer un violento esfuerzo para no morder á sus propios amos y á las personas que le son queridas; pero, ¡desgraciados de estos, si, demasiado confiados ó sobrado imprudentes, provocan su cólera con la menor amenaza ó el más simple golpe! el animal se olvida de todo y muerde irritado la mano que há poco lamía. Es muy conveniente advertir, sin embargo, que no es un síntoma constante el que muerda un perro rabioso. Los autores citan casos en los que el animal no ha mostrado otra cosa que una sombría tristeza, sin indicios de querer atacar ni hacer daño á nadie. Aunque raros estos casos, débese tenerlos presentes para no dejarse llevar de errónea confianza. Al principio de este período, el perro huye de la casa, bien por instinto, bien por evitar las imprudentes persecuciones con que es asediado; se dirige fuera de los poblados, y corre por el campo desatentado y mordiendo á todo el que encuentra á su paso, muy especialmente á los animales de su propia especie, propagando, por lo tanto, con la inoculación el contagio. ¡Terribles consecuencias que hubieran podido evitarse, si, conocida en su primer período la enfermedad, se hubiera aislado convenientemente al animal!

Haremos, para terminar, algunas consideraciones sobre el tratamiento de la rabia.



UNA BUENA JUGADA, cuadro de G. Harburger

Esta afección es conocida desde la antigüedad más remota, y, ante la ineficacia de los remedios, júzguese cuánto y cuánto no habrá inventado la fecunda imaginación del hombre para combatirla, desde el empirismo más grosero hasta la superstición más absurda. Pero desde Celso, que indicó ya los medios quirúrgicos que hoy usamos, la ciencia no ha dado un solo paso y únicamente en el fuego aplicado con prontitud por inclemente mano encuentra el medio seguro de salvar á la víctima de tan funesta dolencia (1).

Como curiosidad solamente, citaremos algunos de los diversos medios, que en toda época han aplicado la Medicina y el vulgo para combatir la rabia. Aunque parece ocioso darlos á conocer, no lo es tanto si se considera que la destrucción de los errores no tiene sólo un valor negativo, sino que contribuye á que no se pierda un tiempo precioso en el que pudieran emplearse los procedimientos quirúrgicos, únicos eficaces, únicos indiscutibles en el tratamiento de la rabia.

El mismo Celso, partiendo del error de que el rabioso muere por no beber agua, aconsejaba que al individuo en ese estado se le arrojase á un depósito ó estanque de agua fría sumergiéndole hasta el fondo y sacándole á la superficie en el momento en que fuera á sobrevenir la asfixia, para volverlo á sumergir de nuevo, «á fin de que se viesen obligados á beber, á pesar de sí mismos, librándose de ese modo á la vez de la sed y del horror al agua.» Despues de este *humanitario* tratamiento, hacía arropar á los enfermos para procurar una reacción favorable.



EL MAYOR DE LOS AMORES, cuadro de Eugenio Klimich

No es muy explícita la historia sobre los resultados de este medio curativo; pero, al ver que ni aun lo citan los autores posteriores á Celso, es de presumir que no realizara muchas curas, no haciendo tampoco demasiados prosélitos; pues, por bárbaro que fuera el tratamiento, seguramente no hubiese sido desechado ni entonces ni ahora si el éxito lo hubiera coronado.

Ni las sangrías hasta producir el desmayo, ni la inyección de agua en las venas, ni las fricciones mercuriales, ni el opio á altas dosis, ni el cloral, ni otros mil procedimientos, desgraciadas tentativas de la ciencia en unos casos, vil especulación de descarada ignorancia en otros... nada sirve para curar ni aun para atenuar los efectos de la inoculación del virus lísico.

De ese infinito número de recetas contra la rabia que han venido amontonándose durante diez y ocho siglos, no todas son inofensivas, y algunas hay que más parecen destinadas á propagar el mal que á combatirlo. Entre estas últimas, mencionaremos la de hacer comer el hígado crudo ó cualquiera otra víscera del animal rabioso; otras veces la cabeza, cruda también pues en punto á remedios vulgares, parece que su eficacia debe correr parejas con la repugnancia que inspiren; y por último, y esto es lo mas singular, la misma baba recogida de debajo de la lengua del animal rabioso, extraña terapéutica, que parece inspirada por algún espíritu sarcástico, curioso de hallar el límite, nunca asequible, de la estupidez humana.

La superstición, que tanto influye en el hombre, ha representado y representa todavía no escaso papel en el tratamiento de la rabia. No discutiremos la eficacia de ciertos amuletos, ni el poder milagroso de San Huberto. Comprendemos cuán consoladora es la fe para el creyente y cuánto contribuye á hacerle sobrellevar sus infortunios; pero las prácticas supersticiosas tienen un gravísimo peligro, cual es el hacer perder el tiempo que es tan contado en la terapéutica de la rabia.

El único medio, el único, entiéndase bien, que hasta hoy se conoce para impedir los efectos de la mordedura del animal que rabia, es la cauterización rápida, profunda y con el hierro candente. Los cauterios potenciales (nitrato de plata, ácidos concentrados, etc.) son poco eficaces, y tienen el grave inconveniente de inspirar una confianza peligrosa, perdiéndose de un modo irreparable la ocasión oportuna, el momento preciso. Mordido un individuo por un animal rabioso, — sospechoso solamente — debe procederse en el acto á la cauterización de la parte herida con un hierro al rojo, sin lástima, sin vacilación. La compasión en estos casos es crueldad, más aun, es un crimen. En tanto que el médico no viene, cauterice cualquiera, si tiene valor, y, sino, lávese la herida con agua abundante, déjese correr la sangre y líguese el miembro para impedir la circulación. Si la herida es pequeña, debe dilatarse para favorecer la salida del virus. Hecho esto, cauterizada con *caritativa crueldad* la mordedura, ya no hay peligro: el individuo está salvado. No se olvide que OBRAR MAS PRONTO ES OBRAR MEJOR. En cambio si el remedio casero, el miedo ó la ignorancia hacen perder los primeros instantes, en balde es acudir á la Medicina casi impotente por desgracia contra esta espantosa enfermedad.

DR. A. FERNANDEZ-CARO.

(1) Recientemente ha expuesto M. Pasteur ante la Academia de Ciencias de París un procedimiento preventivo contra la rabia; pero esto, que hasta el presente no es más que una grata esperanza, necesita muchas pruebas y experimentos antes de pasar al dominio de la terapéutica.



EL RENTISTA Y SUS AMIGOS, cuadro de C. J. Arnold



Viaje á Filipinas. – Chino recién llegado y chino establecido

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En las últimas horas de la noche es principalmente cuando esta naturaleza seductora adquiere un encanto indecible; entonces es cuando el europeo, trasportado bruscamente á estas regiones, podría creerse juguete de un sueño. Muchas veces, buscando lepidópteros, que no se dejan coger sino á las primeras horas de la mañana, recorro los alrededores de Albay en medio de casetas silenciosas, cuyos habitantes se hallan entregados al sueño, debajo de los *talisays* (1) de sombrío follaje; Venus brilla entonces con tranquilo resplandor, y la luna, en el primer cuarto, proyecta su ceniciento disco sobre una cortina de estrellas. Los cocoteros se destacan en toda su esbeltez sobre una alfombra de arrozales, y el sol, aun invisible, dora con sus primeros reflejos las espesuras que cubren los flancos de Mayón. Estamos en las fiestas de Navidad, y por eso al volver á Albay encuentro una larga procesión de jóvenes veladas que llevan cirios, cuya luz palidece á los primeros albores de la aurora; el cortejo se pierde de vista silenciosamente en la iglesia, cual si le urgiese ocultar á la claridad profana la celebración de los misterios.

Desde que se sabe que nos ocupamos de antropología y que vamos en busca de cráneos, se nos dirigen varios avisos, y no dudamos que la región contiene muchos osarios. Las tradiciones del país son precisas en cuanto á su existencia, pero de una vaguedad que nos desespera por lo que hace al sitio en que se hallan. Llenos de ideas supersticiosas, más bien alimentadas que combatidas por el catolicismo, los indígenas alegan ignorancia cuando se les pregunta con empeño; pero todo parece indicar que encontraremos alguna cosa en la isla de Cagraray, al norte del golfo de Albay. Vamos á explorar la isla, mas el señor Alvarez Guerra, que ha contribuído principalmente á facilitarnos estas indicaciones, no quiere dejarnos ir solos, temiendo que no podamos vencer la repugnancia de nuestros guías. A pesar de sus numerosas ocupaciones, quiere acompañarnos él mismo, con el señor Obregón.

9 setiembre. – Nos embarcamos á las ocho de la mañana en Legaspi, en la falúa del gobierno, montada por doce remeros; esta embarcación, larga y maciza, es un poco pesada, pero muy cómoda. Favorecidos por una ligera brisa del sudoeste, dejamos á babor el estrecho de Sula, costeando al sud de Cagraray; una espesa vegetación nos impide ver nada, y al cabo de hora y media de navegación llegamos á la punta de Cagraray, al sudeste de la isla. En este lugar, la costa, cortada á pico, presenta un alto ribazo calcáreo, orientado al este, que tiene profundos surcos irregulares en toda su longitud. Como tal vez haya cavernas en el fondo de esas aberturas, se da orden de anclar, y procedemos á una detenida inspección, saltando en las anfractuosidades de la roca. A diez metros sobre el nivel del mar, una ancha cornisa sostiene varias moles desprendidas que allí se han aglomerado; pasamos entre ellas, y desde luego vemos una alta cortadura muy estrecha. ¡Oh felicidad! esta grieta, que después se ensancha, nos conduce á una magnífica cámara sepulcral: el suelo está cubierto de osamentas y de cráneos, mezclados con algunos vasos de porcelana china, donde sin duda se depositaba una ofrenda de arroz; la bóveda y las paredes, ocultas bajo largas cortinas de estalactitas, parecen adornadas para una ceremonia fúnebre; la gruta está sumida en una semi oscuridad; y por la abertura que nos dió entrada divísanse las puntas de Batun y de Rapu-Rapu, distinguiéndose más allá el mar sin límites, el inmenso Océano Pacífico. Llegada la noche, los espíritus de todos estos difuntos, según las tradiciones indígenas, deben venir aquí, deslizándose sobre las aguas.

Todas las osamentas son humanas; sólo encontramos en ellas un húmero de quiróptero. Algunas salamandras parecen ser los únicos habitantes de la gruta, que antes de servir de refugio á los muertos debió serlo de los vivos, pues en la pared del fondo se ve uno de esos morteros para mondar el arroz como los que aun se usan en el país.

Estos cráneos, esta bóveda y estas rocas, iluminadas por el claro-oscuro, ofrecen un aspecto tan tranquilo é imponente, que vacilamos algunos instantes antes de perturbar aquel reposo secular; pero ¿qué antropólogo resistiría largo tiempo ante un tesoro semejante? Con no poca alegría reconocemos cráneos magníficos, muy bien conservados, que presentan evidentes deformaciones artificiales, análogas á las que se practican aún hoy en algunos puntos de Borneo. El cráneo de los habitantes actuales de la provincia de Albay no tiene ya tales deformaciones; así como el de todos los malayos, es muy aplanado en su parte posterior; mas no creo que este aplanamiento sea resultado de operaciones practicadas durante la infancia; muy á menudo he penetrado en las casetas y siempre vi á los niños con la cabeza desnuda sin vendaje ni aparato alguno.

Los cráneos recogidos, convenientemente empaquetados, irán á enriquecer las colecciones del Museo, pues el señor Guerra no quiere conservar más que dos ó tres, como recuerdo de nuestra excursión. Los remeros lo trasportan todo con mucha repugnancia á la falúa, y durante esta operación acércase á nosotros una barca, en la que vemos, con no poca satisfacción, al digno Apolonio, cocinero chino de la Casa Real, que nos trae un almuerzo muy á la europea. Apolonio no se ha mostrado jamás tan consumado artista: las viandas frescas y los pasteles desaparecen con singular rapidez, rociados con numerosas copas de la mejor manzanilla, y así celebramos el feliz encuentro del osario, dándole el nombre de *Gruta del Levante*.

Nuestro regreso se hace algo difícil, pues la brisa que nos ha conducido refresca ligeramente, y este fenómeno tan sencillo impresiona á nuestros tripulantes, que ven en esto la influencia evidente de los espíritus perturbados en su reposo. Para distraer á los remeros, el señor Guerra les manda navegar *á la generala*, es decir, como lo hacen los del Sultán cuando conducen á éste desde Dalma-Bagtché á Estambul; pero la embarcación es muy estrecha, y nuestra falúa no avanza mucho por esta maniobra desesperada. Nos resignamos fácilmente, porque no nos faltan ricos cigarros, y porque las horas pasan pronto en el golfo de Albay. No llegamos á Legaspi hasta las once de la noche; de modo que el movimiento, la conversación, y el aire penetrante del mar han contribuído á que sólo conservemos del almuerzo de Apolonio un recuerdo lejano. D. José Ortiz nos espera, y adviértenos que comeremos en su casa. La jornada termina alegremente en la mesa de este caballero y su esposa, que hace los honores con tanta amabilidad como distinción.

Pasamos los días siguientes examinando nuestro botín, y también consagramos algunas horas á la caza, á la pesca, y á las observaciones de todo género; pero como nuestro descubrimiento nos ha hecho tomar el gusto, queremos buscar más cráneos. La resolución del señor Guerra ha roto el encanto, y sin duda la lengua de los indígenas se desatará ahora; pero sobreviene un contratiempo enojoso, y es que el cocinero Apolonio enferma. La noticia de esta indisposición, bastante grave, debida sin duda á alguna falta en el régimen, se extiende por todas partes; los indios ven en ello una manifestación evidente de la venganza de los muertos; y desde entonces todas las bocas se cierran. Bajo el punto de vista de la superstición, los bicols no pueden envidiar nada á nuestros pueblos de Europa; los aparecidos, los fantasmas y los duendes, tienen sus equivalentes así en las Filipinas como en la China. En la provincia de Albay, lo mismo que en otras partes, los fenómenos más naturales revelan siempre la acción de un sér sobrenatural. Llamado cierta noche por una familia indígena para practicar una operación indispensable y urgente, no consigo sin gran esfuerzo que me dejen obrar, pues se ha dado muerte hace poco á una mariposa negra y dos murciélagos, presagio seguro de muerte. Por fortuna, la operación tiene buen éxito, y el enfermo se salva, pero considérase la cura tan sobrenatural como el presagio, y atribúyese á un sortilegio, del que debo tener el secreto; para esta gente tan sencilla é ingenua, todo se explica naturalmente por lo que es menos natural. La ciencia de las matronas es elemental, y la mortandad de las mujeres embarazadas muy considerable: los Bicols atribuyen este sensible resultado á la acción de un espíritu invisible, que por un procedimiento que no se puede describir hiere de muerte á la madre y al hijo. Si no sucede siempre así es porque durante el alumbramiento el padre hace centinela en el tejado de la casa, y esgrimiendo un sable sin cesar en el espacio, consigue muy á menudo dividir en dos al cruel vampiro.

Sin embargo, Apolonio es sometido á un tratamiento enérgico, y como no se puede tener bastante confianza en los muchachos que le sirven para que se cumplan nuestras prescripciones, el señor Guerra le da por enfermero un mediquillo bicol, encargado de la ejecución de nuestras disposiciones. Estos mediquillos, muy ignorantes en cuanto á las teorías europeas, prestan, sin embargo, grandes servicios, pues conocen bastante bien por experiencia la marcha de las principales dolencias del país, como la diarrea y la disentería; y tienen á su disposición en las plantas de la localidad una colección numerosa de amargantes y astringentes, que si bien carecen de la fuerza y precisión de nuestras medicinas, no dejan de producir su efecto. Nuestro mediquillo, D. Pascualito, anciano bicol, flaco y bronceado, se enorgullece al saber que desempeñará su cargo bajo la dirección de dos doctores europeos. Le hemos confiado un termómetro, indicándole el medio de reconocer tres veces diarias la temperatura del enfermo; pero este trabajo no basta para su actividad: al volver á la habitación del enfermo, D. Pascualito nos hace un saludo exagerado, se pone unos anteojos



Viaje á Filipinas. – Una calle de Libog

gigantescos, y como el Leporello de *Don Juan*, desarrolla á nuestra vista una larga faja de papel donde están registradas, medidas, y apreciadas de cuarto en cuarto de hora, las actitudes, las palabras, los suspiros, y hasta las diversas fases del estado moral del enfermo. Bajo los esfuerzos combinados de la medicina europea é indígena, Apolonio recobra muy pronto la salud y vuelve á sus hornillos, desapareciendo con su restablecimiento las inquietudes de los supersticiosos.

(Continuará)

(1) *Terminalia latifolia* (Combretáceas).

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 8 DE MARZO DE 1886 — Num. 219

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN VIEJO VERDE, copia de una acuarela de C. Plasencia

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN VIEJO VERDE, acuarela de C. Plasencia

Véanle Vds... Tan coquetón y tan calaverilla como siempre, con todo y peinar canas, ó mejor dicho, no peinar canas ni otra suerte de pelo.

Así lo veía un día y otro el célebre D. Ramón de la Cruz; ocupante impertérrito de un banco de piedra en el Prado madrileño, sonriendo maliciosamente á las pasiegas y á las majas, dispuesto á desempeñar el entonces común papel de cortejo y sosteniendo que los jóvenes *menores de sesenta años* eran unos enclenques incapaces de cosa de provecho. El obsequiaba con panales á las niñeras y amas de leche, él frecuentaba los tendidos en compañía de chisperos y mozas de garbo, él asistía á todos los corrales en que actuaban cómicas frágiles y no se desdeñaba de frecuentar los bailes de candil en que se jaleaba por lo fino.

Plasencia ha dado forma á ese tipo de que están llenos los argumentos del ilustre *sainetista*, y aun cuando ni el pintor le ha conocido, por fortuna suya, ni nosotros tampoco, por suerte nuestra, así debió ser ni más ni menos, en los buenos tiempos del Sr. D. Carlos IV, que es cuando los viejos verdes han sido más verdes y más ridículos. En la edad presente el tipo tiende á disminuir: no diremos que se ha extinguido la casta, porque la de los tontos es inextinguible; pero al presumido seductor de Plasencia ha reemplazado el banquero, que, en materia de conquistas, acepta la teoría del célebre monarca macedónico: no hay fortaleza inexpugnable si se puede hacer penetrar en ella una acémila cargada de oro.

LES ÉGOUTIERS, cuadro de R. Ribera

El título de esta composición no tiene palabra equivalente en castellano, sin duda porque tampoco tienen equivalencia ó analogía las cloacas de París con las cloacas de España. Los *égoutiers* son aquellos hombres que, con buena ó mala intención, viven ó trabajan en los inmundos receptáculos de las aguas sucias y pluviales. Esta clase de seres son ciertamente bien poco artísticos; pero la notable ejecución realista que ha impreso en su obra el Sr. Ribera, recomienda para ella el honor de la popularidad.

UN DRAMA EN EL DESIERTO, cuadro de E. Kaemp Her.

Raras veces un pintor ha conseguido mayor efecto empleando menos suma de medios. Ningún objeto ajeno á la escena representada, ningún detalle, distrae la vista del drama que tiene lugar en el desierto.

El cazador de leones ha hundido su lanza en la garganta de la fiera; ésta es implacable en su odio; pero á punto de dar muerte á su enemigo, fáltanla las fuerzas; las fauces abiertas para devorar, dan paso al estertor de la agonía.

La simplicidad con que está ejecutado el asunto, contribuye poderosamente á la impresión que produce. El autor ha despreciado en este cuadro los recursos vulgares, fiándolo todo á su fuerza de ejecución. Esto no es dable á las vulgaridades; la sobriedad en los medios empleados está en razón directa de la potencia del artista.

LA NOCHE DE SAN JUAN, cuadro de J. Bretón

El autor de este lienzo es dos veces poeta, cuando escribe y cuando pinta. Tiene compuesta una poesía descriptiva del asunto á que se refiere este cuadro y sobre ella ha basado la escena que en aquél se representa, escena común á todos los pueblos y á la cual se entregan con gran confianza las niñas casaderas, ni más ni menos que si San Juan fuera un casamentero de profesión. El artista ha dado á su obra una animación extraordinaria, justificando una vez más cuán digno es de la doble corona que le han ceñido la poesía y [illegible]...

PESCADORES CON ANZUELO, dibujo de Jiménez

Tres tipos sicilianos reproducidos con verdad suma. Dícese que los pescadores con anzuelo dan pruebas de una paciencia inagotable. El autor de nuestro dibujo, á quien no le debe escasear cuando tan buen estudio ha hecho del tipo, ha plantado, como si dijéramos, tres mojones en el mar. En él se pasarán horas y más horas aguardando á que el pez pique, y lo que picará más probablemente es un sol bastante y sobrado para darles un tabardillo.

EL AZUD, dibujo de J. M. Marqués

Hace tiempo que venimos pronosticando el glorioso porvenir que aguarda al joven pintor tortosino: cada una de sus obras nos confirma más y más en nuestra opinión, porque en cada una de ellas observamos un adelanto. Marqués no tiene escuela especial, por la sencilla razón de que puede decirse de él que no ha tenido maestro. No es esto, sin embargo, bastante exacto: el maestro de nuestro artista es un maestro infalible, pacientísimo, de caudal inagotable, en cuyo estudio se han formado los grandes artistas todos: se llama la Naturaleza.

Marqués la contempla, la saborea, la siente; y en este estado de observación y de inspiración la reproduce, unas veces tal como es realmente, otras veces tal como la ven sus ojos de artista, bella ó embellecida; pero siempre natural, verdadera, animada por su propia fuerza de vida, llena de ambiente, de luz y de armonía.

Ejemplo el dibujo que publicamos: este paisaje no puede confundirse con una fotografía; entre esos árboles cruza el aire, de ese azud salta el agua que vemos correr rápidamente, espumosa, mugidora: esos árboles se balancean muellemente; es la naturaleza funcionando y en este estado sorprendida por el artista.

Continúe Marqués por tan buena senda; observe mucho, estudie mucho y, sobre todo, no cambie de maestro.

SILENO MODERNO, copia de una pintura de E. Sala

Dícese que el Carnaval autoriza muchas libertades. Esto podrá ser cierto, pero no es menos condenable, cuando la libertad degenera en licencia y el licencioso no es ya un estudiante barbilampiño, cuya cabeza han exaltado bien el alcohol del *fine-champagne*, bien los ojos, más incendiarios aún, de alguna pierrotina sentimental ó tití frágil.

Pero cuando se trata de un hombre serio, baqueteado y á quien ya no abona la menor edad, ni el Carnaval ni la Cuaresma excusan su ridículo proceder. La mejor manera de curar sus excesos es reproducirle, como en un espejo, para que se contemple á sí mismo cuando haya pasado la borrasca. Esta obra meritoria ha llevado á cabo el autor de nuestro cuadro: si con ella no se alivia, tiene necesidad de ingresar en el hospital de incurables. Por la ejecución del asunto felicitamos de todas veras al señor Sala, uno de nuestros más notables coloristas.

PELANDO LA PAVA, cuadro de García y Ramos

Esta composición de costumbres andaluzas está hecha con conocimiento de causa; su autor debe haber presenciado más de una vez la escena que representa. Tiene sabor local, y si la decoración es característica, las figuras tienen todo el aire de los hijos de esa excepcional región española. El cuadro del señor García y Ramos es con justicia merecedor del aplauso de todos los inteligentes.

DERECHO DE PRIMACÍA, copia del cuadro de Guido de Maffei.

El autor de este cuadro, uno de los discípulos más sobresalientes de la Academia de Munich, ha alcanzado merecido renombre por el inimitable acierto con que en sus lienzos reproduce las más variadas especies de las faunas terrestre y aérea. Por la inteligencia y verdad con que pinta las aves de plumajes más variados así como los cuadrúpedos de más abigarrado ó espeso pelaje, se le considera como hábil especialista en este género. El grabado que hoy publicamos, copia de uno de los últimos lienzos de este aventajado artista, prueba hasta qué punto es fundada la justa fama de que goza en su país el Sr. Maffei. Por lo demás, creemos ociosa toda explicación del asunto en que el pintor se ha inspirado, pues basta examinar un momento el grabado para comprender por la actitud expresiva de los animales la causa que motiva la reclamación del *derecho de primacía*.

ORA PRO NOBIS, cuadro de Domingo Morelli

Esta verdadera obra de arte respira sentimiento; pero un sentimiento profundo y que pudiéramos calificar de erudito. Con efecto, la Virgen se apoya ó se levanta de entre un grupo de flores: su semblante es hermoso, pero de una hermosura no exenta de tristeza, como la del divino niño que estrecha entre sus brazos. Parece que ambos tienen el presentimiento de su destino. El Jesús de Morelli no es, tampoco, un niño sonrosado y mofletudo como le pintan artistas vulgares; al contrario, es una de esas criaturas en las cuales domina la inteligencia sobre la materia, cuya vida se halla concentrada en los ojos y cuya actitud de brazos diríase que preludia el futuro suplicio.

Este cuadro, bien concebido y ejecutado á conciencia, fué adquirido por la princesa Sirignano, y es una de las joyas de su galería de París.

¿ME LO CUENTA V. Á MÍ?... dibujo de A. Fabrés

En el patio de una casa que dista mucho de ser un palacio, ha colocado Fabrés una deliciosa pareja, rica de juventud, palpitante de verdad, saturada de intención. Que el joven requiebra á la doncella, está á la vista; que la muchacha no se traga el anzuelo, lo dice harto claramente la expresión de incredulidad que denota su semblante. Por lo demás son jóvenes y juegan con el amor... Milagro será que existiendo en contacto fuego y estopa, no se produzca una llama.

Esta composición es notabilísima por la naturalidad de sus personajes, ejecutados con la delicadeza, cariño y perfección que Fabrés imprime á todas sus obras. Nuestro compatriota posee el don de reproducir como pocos la parte íntima, la nota dominante del sentimiento de sus personajes: ninguno que los examine puede equivocarse; antes bien cuanto más se fija la vista en ellos, van adquiriendo relieve mayor y aquella nota vibra con tal fuerza, que ni profanos ni entendidos pueden confundirla con otra alguna.

¡ABSUELTO!..... cuadro de Fernando Brutt

Un acusado político ha comparecido ante sus jueces: al pie de la escalera del palacio en que el tribunal se reune, una mujer joven y apenada, una criatura inocente y angelical, tienen fija la vista en la puerta que da paso á curiales, litigantes y curiosos. Arriba se decide de la libertad de un hombre: abajo agonizan su esposa y su hija.

Trascurrieron minutos largos como horas y horas largas como días... De pronto un hombre, joven y pálido de emoción, se precipita por la escalera, y un momento después el amor y la felicidad forman el grupo más interesante que puede concebir un corazón sensible.

El cuadro de Brutt es una obra magistral: ajustado á la más estricta verdad, está saturado de poesía: la satisfacción con que se contempla es de aquella que hace arrancar lágrimas á los ojos de toda persona sensible.

GRUPO DE FIGURAS DE ARCILLA, de Federico Leighton

Federico Leighton, cuyos trabajos se distinguen por la corrección del dibujo y la naturalidad de las formas, debe este resultado á su método especial, consistente en moldear en arcilla las figuras de sus modelos, para estudiarlas después con el detenimiento que debe conducirle á la mayor perfección de su obra. Nuestro grabado representa uno de los grupos de ese aventajado artista, grupo verdaderamente escultórico que, por lo exquisito de las formas y la pureza de los contornos, llama la atención de los inteligentes.

VICTA, busto en mármol por Feraze

Entre las obras más notables debidas al cincel de este hábil escultor italiano, que á pesar de su juventud se ha dado á conocer ya ventajosamente, figuran en primer término sus bustos ideales, algunos de ellos expuestos últimamente en Londres. El que más ha llamado la atención de los inteligentes es el que lleva por título *Victa*, del cual reproducimos una copia en nuestra ILUSTRACIÓN. Este busto, de tamaño algo mayor que el natural, es de una mujer de nobles facciones y altiva mirada, en la cual el artista parece haber querido representar á Polonia vencida, por cuyo motivo se la ha dado el nombre que lleva. Nada más acabado que esta obra maestra, en la que se creería reconocer la influencia de Miguel Angel y el armónico conjunto de Venus de Milo; si no fuera porque sus formas tienen cierta voluptuosidad impropia del tipo que el autor ha querido idealizar.

EL DÍA DEL SEÑOR, cuadro de J. Scheurenberg

Nos cabe la satisfacción de poder incluir entre nuestros grabados una copia del encomiado cuadro del pintor alemán Scheurenberg, cuyas obras son tan apreciadas. De las condiciones artísticas de este lienzo, únicamente debemos decir en su elogio que la acreditada revista *El Arte para todos* ha publicado recientemente una copia de él, y ya es sabida la escrupulosidad con que esta publicación da acogida en sus páginas á las reproducciones de las obras contemporáneas.

CABEZA DE ANCIANO, de Leonardo de Vinci

Leonardo de Vinci es sin disputa uno de los príncipes de la escuela pictórica italiana. A una potencia de concepción altísima y á una forma intachable, unía un talento analítico evidenciado en todas y cada una de sus obras. La que hoy publicamos, que es de admirar en el Museo Británico, demuestra hasta qué punto se complacía en aumentar dificultades para vencerlas á fuerza de talento.

Así, en esa cabeza de anciano suprimió el gran Leonardo todo accesorio que pudiera disminuir la importancia del estudio; pelo, cabello, cuanto tendiera á ocultar la osamenta, que resulta neta y tan bien entendida como pudiera estarlo si se hubiera ejecutado bajo la dirección del más consumado profesor de anatomía. Los inteligentes admiran esta obra y la consideran un modelo de estudio y de talento. Muy bien debía parecerle, asimismo, á su autor cuando la reprodujo en varios de sus lienzos.

LA MADONA DEL GRAN DUCA

Este grabado representa un bosquejo del cuadro que admiran los amantes de las artes en el palacio Pitti de Florencia. Es un lienzo de reconocido mérito y gran valor, que tiene marcadas afinidades con la factura de Leonardo de Vinci. Si no se debe, realmente, á este autor, no cabe duda en que debió serlo algún maestro eminente de la escuela florentina.

UNA EXCURSIÓN DOMINGUERA

(Cuadro de familia)

Llegó por fin el domingo tantas veces anunciado por don Buenaventura, y con tanta impaciencia esperado por su mujer y sus hijos. El sol, bostezando por detrás de las sonrosadas cortinillas del balcón de la aurora, parecía prometer al mundo un apacible calor primaveral, y á nuestros amigos un buen día de Aranjuez, cuando doña Prudencia, llena de su nombre, dejaba el lecho para preparar lo necesario. Poco después que ella empezase á poner la blusa de gala á Ricardito, metía D. Buenaventura piernas y barriga en los pantalones que el sastre del portal arregló dos días antes, y Amalia, ajustándose la bata de percal, levantaba la cortinilla del balcón de la sala para ver si estaba de llover, según decía, ó para observar si había llegado Alfredo al portal de enfrente, según para sus adentros deseaba.

Empezaron entonces los preparativos formales: D. Buenaventura corría en mangas de camisa de una parte á otra; encendía doña Prudencia con fósforos y trapos la lumbre para el chocolate, que debían tomar en casa por economía; y Amalia se arreglaba las rubias trenzas de modo que pareciese que estaban sin arreglar; mientras Ricardito, pegando patadas en el suelo, regaba con llanto un arañazo, demostración pacífica del gato á quien se empeñó en poner en dos pies de centinela.

BUENAVENTURA	Pero mujer, ¡cuándo querrá Dios que esté caliente el agua para afeitarme!
PRUDENCIA	Aféitate con agua fría. Para lo bien que lo haces: siempre vas con la cara hecha una regadera de sangre.
BUENAVENTURA	Bien, mujer, no te acalores. (*Revolviendo una cómoda.*) Pero, ¿y la camisa de cuello bajo?
PRUDENCIA	¡Bueno me estás poniendo ese cajón con tanto escarbar en él! Quítate, porque... ¡Jesús! ¡No sé como una aguanta! Es mucha casa esta.
RICARDITO	¡Mamá, yo quiero llevar el ros y el fusil!
PRUDENCIA	Déjame en paz. Para adefesios, bastante llevamos con tu padre.
BUENAVENTURA	¡Mujer, calma!
PRUDENCIA	Sí, como la tuya: media hora hace que estás cepillando la levita. Así te pones tú de gordo.
BUENAVENTURA	Y si quisieras coserme un botón de los tirantes...
PRUDENCIA	Sí, entre prisa y prisa...
BUENAVENTURA	Pero hija, se me van á caer los pantalones en la calle.
PRUDENCIA	Ponte un alfiler. Ahora estoy muy ocupada. ¡Pobrecito! ¡picarón! que tiras todos los cañamones. (*Llenando el comedero al canario.*)
BUENAVENTURA	Me parece que nos va á hacer buen día; en los jardines de Aranjuez estará delicioso

PRUD. Eso es lo que tú sientes: si en lugar de ir con tu mujer y tus hijos fueses con alguna perdida...

BUENAV. ¡Ave María Purísima! ¡mujer, qué cosas tienes!

PRUD. ¿Llaman? Amalia, ves á abrir.

AMALIA *(Desde la alcoba.)* No puedo, mamá, que me estoy vistiendo.

PRUD. Abriré yo: ¿quién? *(Asomando al ventanillo.)* No señor: ya podía usted haber visto que este es el segundo. ¡Insolente! ¡mala lengua! Buenaventura, sal con un palo, que ese hombre me ha llamado vieja.

BUENAV. Déjale, mujer, que después de todo no eres ninguna chiquilla, y al fin y al cabo...

PRUD. ¡Majadero! Otra vez la campanilla. Si quisiera Dios que se os cayese en la cabeza.

BUENAV. Me parece que es el aguador. ¡Pícaro zapatero! ¡vaya unas botas! nada, no entran: tendré que llevar las viejas.

PRUD. *(Al aguador que sale con la cuba vacía.)* Ya podía V. haber venido más temprano, lo tengo dicho cien veces.

AGUADOR Tuvimos fuegu esta noche, y llevárunnus los cívicos de aquí para allá.

Estos razonamientos tenía la familia, y estando por fin todos preparados para la expedición, fuéronse acercando hacia la puerta. Doña Prudencia había dejado al gato comida para todo el día, y de las llaves de la casa pensaba encargar al tocinero de enfrente, que era hombre de confianza. No hay que decir, por supuesto, que Ricardito llevaba el ros de cartón y el sable de hojalata: mis oyentes saben que cuando los niños se empeñan en una cosa, son como los periodistas de oposición cuando empiezan á asegurar que hay crisis: por más azotes que lleven unos y otros, aquellos se salen con su capricho y estos hacen bambolearse el gabinete más enganchado en la poltrona.

– Muy de prisa tenemos que andar para llegar á tiempo, – decía D. Buenaventura, mirando el reloj.

– Si tú no fueras tan posma, – contestaba su mujer, – tiempo nos hubiera sobrado.

– Pero si he concluído antes que tú.

– ¡Eh! basta. Mira, aquí hay un coche, vamos á tomarle.



LES ÉGOUTIERS, cuadro de R. Rivera

– ¡Hija! ¡una peseta más! ¡no aumentes los gastos!

– Qué gastos ni que... En un día como hoy es preciso ser generosos; y así también verán las del escribano de enfrente que vivimos como las personas de tono.

Convencido D. Buenaventura por el modo con que su mujer pronunció aquello del tono, dejóse llevar á la portezuela del coche. Viólos abrir el cochero inmóvil en su puesto, pero al oir la voz de D. Buenaventura que decía «al ferrocarril» en acento de amo, contestó con la misma imperturbable serenidad: «está alquilado, señoritu.»

– ¡Cómo! – exclamó doña Prudencia; – ¿y esa bandera no dice «se alquila?»

– Es que olvidóseme quitarla.

– Anda, Buenaventura, arriba: siguió Prudencia, empujando á su marido, – y dejémonos de cuentos.

– ¡Pero señurita, si está tan léjos y son tantos!

– Yo te daré propina, – interrumpió nuestro padre de familia, añadiendo en voz baja con un suspiro: ¡otros cuatro cuartos más! ¡cuánto gasto inútil!

– Mamá, – gritaba Ricardito, – yo quiero ir en el pescante; yo quiero el látigo para arrear el caballo.

En fin, acomodáronse todos, y echaron á andar camino de lo que fué puerta de Atocha.

Se me olvidaba decir que detrás de nuestro coche iba otro. Por la ventanilla de éste asomaba de vez en cuando una cara con lentes y bigote, y por la del primero salía también al mismo tiempo la cabeza de Amalia, y aquella cara y esta cabeza se miraban con un gusto y un aquel, que me daban ganas de tener novia.

De repente, ¡oh dolor! sálese una rueda de su sitio y quédase el coche tumbado en medio del arroyo. Allí fueron las quejas de Prudencia, allí los lamentos de D. Buenaventura y los lloros de Amalia, hasta que un joven de lentes y bigote, ayudado de dos guardias civiles, los sacó de tan estrecha y maltratada cárcel.

Era preciso seguir á pie, y faltaba la mitad de la calle de Atocha. A los pocos pasos, aparece un señor de grave aspecto, dirígese derechito á D. Buenaventura y exclama:

– ¡Amigo mío! ¡cuánto me alegro de encontrar á V.! he estado buscándole para hablarle de un negocio hace dos semanas.

BUENAV. *(Con aire tímido.)* Ahora voy á Aranjuez y...

EL AMIGO Una palabra nada más, con permiso de la señora.

El amigo se lleva á parte á Buenaventura.

Pásase un cuarto de hora discutiendo acaloradamente.

Prudencia muerde el pañuelo y rompe el abanico; y Ricardito tira de la levita á su papá, gritando: que yo quiero ir al vapor.

Por fin se despiden. – ¡Jesús, creí que no acababas! – dijo doña Prudencia.



UN DRAMA EN EL DESIERTO, cuadro de E. Kaemp Her

– Mujer, ha sido mi jefe, ya ves tú que al cabo...

Escena final: delante de la estación del ferrocarril.

Prud. ¿Se oye una campana?

Amalia. – Sí, estarán tocando á misa en Atocha.

Buenav. – No: debe ser algún aviso: es en la estación. Apretemos el paso, no cierren el despacho.

Ricar. – ¡Ay papá! mira, mira, una máquina que sale, ¡qué bonito! ¡cómo corre! ¡cuántos coches lleva!

Prud. – ¡Maldición! Ya se marcha el tren; por tí, por tí nos sucede eso.

Buenav. Bien, mujer; otro día iremos. Tableau.

Prudencia vuelve la cara hacia Madrid con un hocico de tres varas.

Buenaventura se sonríe con la expresión de un bienaventurado: Amalia mira de cuando en cuando al de los lentes, y Ricardito grita: «que yo quiero ir en el vapor.»

Marcos Calvo y Bustamante



LA NOCHE DE SAN JUAN, cuadro de Julio Bretón

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

– Sí, amigo mío; si V. quiere, porque yo he venido á Madrid exclusivamente para buscarle. No ignora usted, – añadió, resolviéndose á decir cuanto sabía, – la grande amistad que me une con su padre de V., cuántos favores me ha hecho durante su vida toda. Por eso me ha confiado el encargo de buscar á V. y de...

– Me maravilla lo que V. dice. ¿Para cuándo ha guardado mi padre su ternura?

– ¡Ah, querido Angel! es V. injusto con su padre. El le ama á V. muchísimo y desea vivamente que regrese usted á su casa.

– Sí, ciertamente que eso sería muy dramático. ¡Representar la parábola del hijo pródigo! Mas si aquí no hay hijo pródigo, ¿cómo hemos de inventarle?

– Sus instrucciones respecto á este particular han sido concretas, – continuó Viladi, sin tomar acta de las amargas palabras del joven. – «Busca á Angel, me dijo; comunícale mi deseo de volver á verle. Y si no cede, si se obstina, si no acepta lo que mi carta le propone, entonces...»

– Entonces, le encargaría á V. que me pegase en su nombre otra bofetada. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

¡Angel! – exclamó Vilad: poniéndose de pie. – Usted no olvida nunca los agravios.

– ¡Algunos jamás! – respondió con calma y serenidad suma Armengol.

Viladi volvió á sentarse.

– En el triste caso de que V. no acepte su perdón, me encargó le manifestase que está decidido á casarse.

– ¿A casarse? sea enhorabuena.

– Vive solo, no tiene á su lado una persona con quien le liguen otros lazos que los del interés. Esto es horrible cuando ya blanquean las canas sobre nuestras sienes.

– Pues aplaudo su resolución. ¿Y quién es la feliz mujer?

Lo ignoro... Pero, Angel, Angel! ¿Ha pensado usted bien en su situación? ¿Por qué empeñarse en labrar la propia desgracia?

– Así lo quiere el hado, – repuso Angel usando aquel tono de fina broma que acostumbraba á emplear.

– Me voy con el corazón destrozado, amigo querido.

– Hace V. mal. Eso consiste en que V. ve en mí un hombre miserable, sin alma casi, un ogro en quien jamás tuvieron arraigo los dulces sentimientos de la familia. ¡Ay Viladi! no es eso, no es eso.

– Ni yo le juzgo de esa manera. Sé que es V. un amable joven, un gran corazón; pero sé también que ahora confunde V. el sentimiento de la dignidad con una intransigencia poco cristiana... En fin, V. se ha decidido y fuera vano tratar de disuadirle... Su padre de V., que es hombre prevenido, me ha dado esta carta para usted.



PESCADORES CON ANZUELO, dibujo de Hector Jiménez



EL AZUD, dibujo de J. M. Marqués

– ¿Otra carta? – exclamó Angel tomando la que le presentaba Viladi.

– Sí, una segunda carta.

– Vamos, un *ultimatum*, como se dice en términos de diplomacia.

– Y me marcho. Adiós, querido amigo, adiós. Creo innecesario repetir á V. mis ofrecimientos de siempre. Me inspira V. grandísimas simpatías. Adiós.

Angel estrechó la mano de Viladi y le acompañó hasta la salida de la escalera.

Cuando Viladi llegó á la calle lanzó un hondo suspiro de su pecho, y dijo:

– ¡Qué corazón de hielo, Dios mío! ¡qué hombre de mármol!

El hombre de mármol rompió el sobre de la carta, pero como ya estaba oscureciendo, fué necesario que buscase una luz y la encendiera.

Entonces se aproximó á la mesa y leyó la siguiente lacónica misiva:

«Si Viladi te da esta carta, será porque ha agotado antes todos sus recursos para hallar entre las cenizas de tu amor filial, un resto, un solo resto que te hablara de tu padre. Adiós, hijo, adiós. Lo que has hecho es horrible. Has asesinado todas mis esperanzas.»



GRUPO ESCULTÓRICO PARA SERVIR DE REMATE AL ARCO DE TRIUNFO DE PARÍS (boceto de A. Falguera)

Mudo, pensativo y sombrío quedó Armengol cuando hubo leído el papel, y con los codos apoyados en la mesa y la cabeza en las manos permaneció un buen espacio de tiempo.

Después dió más luz al quinqué y buscó un libro en una pequeña maleta que había debajo de la cama.

Sentóse junto á la mesa y se puso á leer.

Aquel libro contenía las tragedias de Shakespeare.

Armengol abrió el libro por la parte donde estaba el Hamlet y fijó sus ojos en el sintético verso inglés:

Ser ó no ser: ¡esta es la cuestión!

VI

BATALLA.—MONÓLOGO

Aunque Armengol estaba dotado de una excelente naturaleza, con todo, las privaciones, las amarguras, los sufrimientos acabaron por echar por tierra la fábrica tan hermosa de su cuerpo sensible y delicado.

¡Quién le hubiera visto en la época á que vamos refiriéndonos!

Los cabellos de su cabeza se hallaban en un estado de descuido lamentable, así como su barba, antes tan reluciente y perfumada. El color de su rostro tenía esa palidez mate y blanquecina que hace recordar la piel apergaminada y sin vida de uno que dejó de existir. Los huesos se dejaban traslucir fácilmente bajo la fina epidermis que revestía sus miembros. Sólo dos cosas hacían simpático y hermoso á Armengol, resto de sus antiguos varoniles encantos: sus ojos, que con la fiebre habían tomado mayor fulgor y más profunda negrura, y su boca, cuya sonrisa era cada vez más dulce y cariñosa, á medida que daba un paso en el vía-crucis de la desgracia.

Por fin, no pudiendo nuestro joven soportar en pie el peso de su infortunio y su miseria, después de unos días de lucha horrible consigo mismo, decidió guardar cama y se dispuso á morir descontento de todo el mundo, á cuyas puertas había llamado con dignidad antes de su postrera resolución de abandonarse resignadamente al torrente de la inhumana desventura.

Pasó algunos días siendo víctima de la fiebre más contumaz que puede imaginarse. Nadie, si no era su conciencia pura y tranquila, le hacía compañía ni le prodigaba consuelos en medio de su soledad y abandono. Y aunque veía por momentos acercársele el fin de su existencia, no se curaba de ello, decidido como estaba á no transigir con ninguna cosa que menoscabara su orgullo de granito.

El se decía á veces en són de reproche:

—¿Pero no soy joven? ¿no poseo riquezas? Yo bien puedo trabajar en algún empleo digno que me proporcione lo suficiente para vivir; y si ésto no, ¿por qué no he de pedir á mi padre eso mismo que había de ganar con el sudor de mi frente, ya que tarde ó temprano todo lo que él posee habrá de venir á mis manos?

Mas á seguida que se dirigía interiormente estas preguntas, aparecía su vanidad, algún tanto disculpable por la educación especial que había recibido desde su niñez, respondiéndole en sentido siempre contrario, triste, abrumador y desesperante.

Armengol jamás pediría dinero alguno ni por nada del mundo á su padre, ni tampoco se avendría á solicitar, sombrero en mano, un destino, un empleo, un cargo que no había de desempeñar á conciencia por su falta de saber en este género de ocupaciones, y opuesto en absoluto á su carácter independiente, superior y nada rastrero ó rutinario.

Sus amigos no había para qué contar con ellos; desde que llevaba género de vida oscura y estrecha que hemos visto, no había echado los ojos encima de ninguno de sus antiguos camaradas. Y en cuanto á reclamarles algún auxilio, pensar tal cosa sería pensar lo imposible y lo absurdo, conocido como es el temple del alma del joven Armengol.

En tanto, su estado valetudinario se agravaba y no se le ponía remedio ni lenitivo. La fiebre amenazaba consumirle en pocos días, á semejanza de una fiera hambrienta que tiene entre sus fauces una pobre víctima desfallecida y moribunda.

Las noches las pasaba nuestro enfermo casi todas en vela. Una luz, puesta en un vaso de vidrio oscuro, proyectaba sobre la pared mil sombras confusas y fantásticas que venían á formar comparsa con los lúgubres pensamientos del calenturiento, despertando en su memoria recuerdos dulces y halagadores esperanzas de otros tiempos.

Hacía ya seis días con seis noches que se encontraba en esta postración del alma y del cuerpo, cuando en la madrugada del que hacía el número siete oyó que llamaban suavemente á la puerta de su cuarto.

Al pronto creyó que sería una alucinación ó un sueño de su sobrexcitada fantasía

Pero llamaron por segunda vez.

¿Sería la muerte que había tomado forma sensible?



SILENO MODERNO, copia de una pintura de E. Sala

VII

UNA OBRA DE CARIDAD

Angel puso atento oído á los golpes que por segunda vez, ya más distintos, daban en la puerta de su gabinete.

Incorporóse en el lecho para oirlos mejor; y habiendo sonado aquellos por tercera vez con más fuerza que antes, con voz debilitada y doliente, exclamó:

– ¿Quién es?

– Yo soy, vecino; no se moleste V., – contestó una voz femenina de dulce timbre y agradable entonación, al mismo tiempo que entreabría la puerta de la habitación del enfermo.

– Entre V., – repuso éste, picado algún tanto de curiosidad.

La mujer que se había titulado vecina, y que en efecto lo era, dió un paso adelante por el callejoncito que precedía al departamento que hacía las veces de dormitorio, comedor, sala de estudio y de recreo para el pobre Angel.

Era esta mujer, según lo que hasta ahora se puede columbrar á la luz de la mortecina lámpara del enfermo, aún joven, pues sólo contaba, al parecer, como unos treinta años, de regular cuerpo, algo gruesa, redonda de cara, agraciada, abandonada en los movimientos, lenta en los ademanes, de cabellos castaños, de ojos negros, de boca fresca, risueña, voluptuosa y con unas manos pequeñísimas y limpias, sólo comparables á sus pies menuditos como los de una niña y airosamente arqueados.

Iba vestida con toda sencillez, con demasiada sencillez; acaso no llevaba envolviendo su cuerpo más que la camisa interior y la bata de indiana á rayas, que la cubría exteriormente. Al menos tal podría presumirse por lo ceñido de los paños que se plegaban con cierta gracia sobre sus formas, dejando ver en todos sus contornos.

La vecina, sin duda alguna, por lo extraño é intempestivo de la hora en que venía á visitar á nuestro Armengol ó por otra causa cualquiera, daba muestras de haber estado, antes de tomar esta determinación, acostada en su lecho ú ocupada en vulgares oficios domésticos, pues que de pronto y tan á la *deshabillée* se había presentado en el cuarto de nuestro héroe.

Este, al verla adelantar hacia él por la sala, llevado de un impulso de pudor, el cual siempre está bien visto en toda clase de personas, cubrióse con la colcha hasta el cuello y se colocó una almohada á sus espaldas para mantenerse sentado, en señal de respetuoso acogimiento á aquella mujer que tan á deshora se le entraba por las puertas.



PELANDO LA PAVA, cuadro de García y Ramos

El pobre de Armengol no pudo permanecer un instante en esta nueva postura. Sintió que se le iba la cabeza, que toda la sangre refluía con precipitación, y que un frío glacial discurría por sus nervios quitándoles toda su extensión y agitándolos convulsivamente.

La trasformación y lividez de rostro del joven y el temblor de su cuerpo no pasaron desapercibidos para la hermosa vecina.

– Acuéstese V., D. Angel, – dijo; – yo no vengo á que se moleste V. por nada, sino, por el contrario, á hacerle cuantos servicios le sean precisos...

Armengol le dió las gracias con un ligero movimiento de cabeza, la cual tenía apoyada sobre una mano continuando, no obstante lo dicho por la vecina, en la misma posición que al principio.

Esta, sin apercibirse de ello, prosiguió hablando.

– Ya hacía algunos días que no le veía á V. por ninguna parte. Al pronto creí que se había V. marchado de esta casa: mas esta noche me he convencido de que estaba equivocada. Llevada de la curiosidad, siempre viva en mí, mayormente desde que á cosa de las dos oí desde mi cuarto ciertas voces, que á no dudarlo era V. quien las daba tal vez en el delirio de la fiebre, me acerqué á esta puerta. Por que V. debe de estar malo. ¿No es verdad, D. Angel?

Angel respondió sólo con un suspiro.

Repuesto un poco, sacó el brazo derecho de debajo de las sábanas, y quitando los chismes que contenía la silla, que estaba junto á la cabecera de la cama, se la presentó á la buena de la vecina, diciéndole en tono afectuoso:

– Gracias, D.ª Antonia. Siéntese usted.

Doña Antonia, sin cumplimiento alguno, hizo lo que el joven le mandaba.

Ambos permanecieron por espacio de algunos minutos en silencio.

La hora, el lugar apartado, el silencio que reinaba en aquel sitio, el desorden de las cosas que percibía la vista, la desgracia cuyo imperio se dejaba sentir en todo aquel lugar, el espectáculo que ofrecían dos jóvenes solos, apenas conocidos el uno del otro, lo que el mundo pudiera colegir de esta extraña visita ó encuentro, todas estas cosas, en fin, creaban una situación embarazosa y violenta, para salir de la cual se necesitaba emplear un esfuerzo poderoso de una y otra parte.

Rompióse, al fin, el hilo por lo más delgado.

Doña Antonia, viendo que se prolongaba el silencio más de lo regular, se levantó de su asiento y balbuceó estas frases, llenas de cierta displicencia al considerar el poco efecto de sus ofrecimientos:

– Sin duda no me ha comprendido usted.

Armengol irguió á estas palabras su cabeza, dirigió sus ojos hundidos hacia la vecina, y haciendo un ademán



DERECHO DE PRIMACÍA, copia del cuadro de Guido de Maffei



[illegible] NOEL [illegible]



¿ME LO CUENTA V. Á MÍ? dibujo de A. [illegible], grabado por M. Weber

para que ésta se volviera á sentar, intentó pronunciar algunas frases; pero su extremado abatimiento le impidió decir lo que quería. La compasiva mujer se acercó entonces al enfermo, el cual apenas daba más muestras de sí que las que puede dar un moribundo.

Pasó su hermosa mano sobre la ancha frente del joven, la cual abrasaba como una esfera de fuego. La fiebre había llegado á su más alto grado. Ya no podía ser más intensa. El descuido y la miseria la habían acrecentado considerablemente.

La vecina, comprendiendo de un solo golpe la gravedad del caso, y ardiendo en un deseo vivísimo de salvar á aquel infeliz de una muerte segura, dejando á un lado escrúpulos de todo género, empezó á prodigarle todos los pequeños servicios que por el momento se requerían.

Le mulló un poco la cama, que la tenía bien dura; le arropó con cuidado y afecto; y ya, al ir á echarle sobre la almohada, Armengol, escapándose de los brazos de Antonia que hasta entonces le habían retenido con amor mientras hacía las anteriores operaciones, dió un grito, la miró con ojos desencajados pero dulces, y exclamó:

– ¡Antonia! ¡Antonia! no puedo más... tengo sed, tengo hambre, tengo... ¡ay!

Y cayó desplomado sobre el lecho.

Antonia salió precipitadamente en busca de auxilio.

VIII

¿QUIÉN ES ANTONIA?

A los tres días:

– Vamos, reanímese usted, D. Angel.

– ¡Ay! señor D. Juan, si V. supiera cuán poco me importa la vida. Siempre la he tenido en poco, en la dicha como en la adversidad, lo mismo cuando estaba sano que ahora que me encuentro enfermo.

(Continuará)



¡ABSUELTO!... copia del notable cuadro de Fernando Brütt

LA GALLEGA

POR D.ª EMILIA PARDO BAZÁN (1)

Describióla á maravilla la musa del gran Tirso. La bella y robusta serrana de la Limia, amorosa y dulce como una tórtola para quien bien la quiere, colérica como brava leona ante los agravios, aun hoy se encuentra, no sólo en aquellos riscos sino en toda la región cántabro-galaica.

No obstante, región que es en paisajes tan variada, tan accidentada en su topografía, que tiene comarcas enteramente meridionales por su claro cielo, otras que por sus brumas pertenecen al norte, manifiesta en su población la misma diversidad, y posee tipos de mujeres bien distintos entre sí, marcados en lo moral y en lo físico con el sello de las diferentes razas que moraron en el suelo de Galicia, que lo invadieron ó lo colonizaron. Celtas, helenos, fenicios, latinos y suevos vivieron en él, y sus sangres, mezcladas, yuxtapuestas, nunca confundidas, se revelan todavía en los rasgos y apostura de sus descendientes. Pero hay un tipo que domina, y es el característico de todos los países en que largo tiempo habitó la noble raza celta: el de Bretaña é Irlanda. Donde quiera que se alce sobre las empinadas cumbres ó se esconda en la oscuridad de la selva el viejo dolmen tapizado de líquen por la acción de los años, hallará el etnólogo mujeres semejantes á la que voy á describir: de cumplida estatura, ojos garzos ó azules, del cambiante azul de las olas del Cantábrico, cabello castaño, abundoso y en mansas ondas repartido, facciones de agradable plenitud, frente serena, pómulos nada salientes, caderas anchas, que prometen fecundidad, alto y túrgido el seno, redonda y ebúrnea la garganta, carnosos los labios, moderado el reir, apacible el mirar. Es la belleza de la mujer gallega eminentemente plástica; consiste sobre todo en la frescura de la tez, blanca y sonrosada, no con la fría albura de las inglesas sino con esa animación que indica el predominio de la sangre sobre la bilis y la linfa, y en la riqueza y amplitud de las formas, que algunas veces se exagera y hace pesados sus movimientos y planturosa en demasía su carnación. No arde en sus ojos la chispa de fuego que brilla en los de las andaluzas; su pie no es leve, ni quebrado su talle; mas, en cambio, el sol no logra quemar su cutis, y sus mejillas tienen el sano carmín del albaricoque maduro y de la guinda temprana.

Siempre que cruzo, en los flemáticos coches de la llamada diligencia, el trecho que separa á Lugo de León, me entretengo considerando el íntimo enlace que existe entre la tierra y la mujer, la relación que guardan los paisajes con las figuras que los animan. Conforme va quedándose atrás la provincia gallega, cesan de ser verdes los vallecillos, y herbosos los prados y frecuentes los arroyos, bórranse los manchones de castaños, olmos y nogales; desaparecen las blancas manzanillas y los amarillos tojos, y se presentan interminables y pardas llanuras, escuetas montañas salpicadas de fragmentos de granito, ó revestidas de negruzcas láminas de pizarra. Las últimas mujeres que recuerdan á Galicia son las que salen á ofrecer al viajero el vaso de aromática leche de vaca; mozas sucias, desgreñadas, maltraidas por la intemperancia y el trabajo, pero femeninas aun en su hechura, tratables en sus carnes y no sin cierta lozanía en el rostro. Corridas algunas leguas más, al entrar por los tristes poblachones del territorio leonés, asómanse á las ventanas ó salen por las puertas de las casuchas, terrizas mujeres de enjuta piel pegada á los huesos, semblantes de recias y angulosas facciones, de color de arcilla ó ladrillo, cual si estuviesen amasadas con el árido terruño ó talladas en la dura roca de las sierras.

No desmiente la mujer gallega las tradiciones de aquellas épocas lejanas en que, dedicados los varones de la tribu á los riesgos de la guerra ó á las fatigas de la caza, recaía sobre las hembras el peso total, no sólo de las faenas domésticas sino de la labor y cultivo del campo. Hoy, como entonces, ellas cavan, ellas siembran, riegan y deshojan, baten el lino, lo tuercen, lo hilan, y lo tejen en el gimiente telar; ellas cargan en sus fornidos hombros el saco repleto de centeno ó maíz, y lo llevan al molino; ellas amasan después la gruesa harina mal triturada, y encienden el horno tras de haber cortado en el monte el haz de leña, y enhornan y cuecen el amarillo torterón de borona ó el negro mollete de mistura. Ellas, antes de que la pubertad desarrolle y ensanche su cuerpo, llevan en brazos al recién nacido, que grita que se las pela; ellas, rústicas zagalas, apacentan el buey, y comprimen las gruesas ubres de la vaca para ordeñarla; y cuando ven colmado un tanque de leche cándida y espumosa, en vez de beberla, con sobriedad singular y religioso cuidado colocan el tanque en una cesta de mimbres que acaban de llenar con un par de pollos atados por las patas, cosa de dos docenas de huevos,



GRUPO DE FIGURAS EJECUTADO CON ARCILLA, de Federico Leighton

(1) Este artículo forma parte de la coleccion titulada: MUJERES ESPAÑOLAS, AMERICANAS Y LUSITANAS, PINTADAS POR SÍ MISMAS, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición se ha puesto á la venta, ilustrada con bonitos cromos que dan idea exacta de los tipos descritos en el texto. Débese éste, como su título dice, á distinguidas escritoras exclusivamente; y por cierto que, según su fondo y forma, nada tienen que envidiar esas ilustres damas á los literatos más profundos en sus observaciones y más elegantes en su estilo. El nombre de la mayoría de esas escritoras es bien conocido, pues en esa obra han colaborado casi todas las eminencias del bello sexo literario; y en cuanto á las menos populares de las autoras, han demostrado que esta circunstancia es debida á que su mérito es tanto como su modestia.

un rimero de hojas de berza, y tres ó cuatro quesos de tetilla, y sentando en la cabeza la cesta, dirígense al mercado de la villa más próxima, donde venden sus artículos regateando hasta el último miserable ochavo. Así vive la mujer gallega, afanándose sin tregua ni reposo, luchando cuerpo á cuerpo con el hambre que la acecha para colársele en casa y sentársele en mitad de la piedra del lar humilde. Pobre mujer que de todos es criada y esclava, del abuelo gruñón y despótico, del padre mujeriego y amigo de andar de taberna en taberna, del marido brutal quizás, del chiquillo enfermizo que se agarra á sus faldas lloriqueando, de la vaca ante la cual se arrodilla para ordeñarla, del ternero, al cual trae en el regazo un puñado de yerba, del cerdo para el cual cuece un caldo no muy inferior al que ella misma come, de la gallina á la cual atisba para recoger el huevo que cacarea, y hasta del gato, al cual sirve en una escudilla de barro las pocas sobras del frugal banquete.

Mientras la gallega permanece en estado de soltería, aun es tolerable la no escasa ración de trabajo que le toca; pero al casarse, empeora su situación. Sólo el imperioso mandato de la naturaleza, la ley que fuerza al germen á brotar, á espigar á la mies, al árbol á rendir su fruto y á la materia toda á sacudir la inercia y animarse, puede obligar á la mujer gallega á constituir una familia. Damas del gran mundo, vosotras para quienes el tapicero viste de seda las paredes de la alcoba nupcial, y los dedos ágiles de la modista combinan artísticamente ricas estofas en los trajes de gala, voy á referiros cómo está decorada la vivienda de la novia gallega, y á pintaros su ajuar. Entrad en la casa: el piso es de tierra húmeda y desigual; el techo á teja vana, por donde muy á su sabor se introducen agua y ventisca; en los ángulos hay colgaduras de primoroso encaje que labraron las arañas; la alfombra compónela algún troncho de col alternando con vainas de habas, hojas secas de maíz y excremento de animales domésticos. Sobre la losa del hogar pende de la férrea cremallera el negro pote; en el rincón reluce la tapa de la artesa, bruñida de tanto pan como sobre ella amasaron, y se ve la maciza arca apolillada, depositaria del *trousseau*, que llegará á un repuesto de tres camisas de lienzo moreno y gordo, y algún mandilón de burdo picote. El tálamo conyugal lo hacen cuatro tablas sin acepillar, formando una como caja pegada á la pared y abierta por donde es preciso que lo esté para dar ingreso á sus ocupantes. Dos pasos más allá asoman la cabeza terneras y bueyes, que con ojazos tristones contemplan á los novios, y con prolongados mugidos les cantan el epitalamio, mientras las gallinas escarban el suelo en derredor y el cerdo gruñe hozando contra el lecho.



EL CURIOSO IMPERTINENTE, dibujo á la pluma de L. Marohs

Ello es verdad que el festín de bodas fué lucido: sopa de fideos muy azafranada, bacalao y carne á discreción, vino á jarros, puches de arroz con leche á calderos, pan de trigo y añejos dulces de hojaldre. Pero después de tan babilónico regodeo, en la mañana en que los germanos solían hacer á sus desposadas un don, la gallega salta descalza del lecho, y enciende la lumbre y echa en la oscura concavidad del pote los ingredientes del caldo, y equilibra en su cabeza la sella para ir á la fuente por agua. Y son estos los más llevaderos de sus deberes y afanes. Impónele la naturaleza un hijo por año, como impone su cosecha anual á la campiña; y si en los primeros meses de la gestación, período de languidez tan inevitable y profunda, la gallega trabaja, según frase del país, *como una loba*, en los últimos, abultada y pesadísima, tragina más si cabe, y á veces el trance terrible la sorprende camino de la feria, ó en el monte partiendo el espinoso tojo; á veces suelta la hoz de segar, ó la masa de la borona, para oprimirse el talle en la primer explosión de dolor materno, y quizás el inocente ser ve la luz al pie de un vallado ó en plena carretera, y metido en la propia cesta y envuelto en el *mantelo* de su madre entra en el domicilio paternal; pero, al venir al mundo así, como por casualidad, halla la tierna criatura dispuesto el seno próvido que ha de alimentarla: la gallega tiene de sobra licor de vida con que atender á sus hijos, amén de los ajenos que suele encargarse de amamantar, oficio que desempeña con no menor felicidad que las amas pasiegas. Así es que la semblanza de la mujer gallega puede bosquejarse suponiéndola rodeada de sus hijuelos como la gallina de su echadura, llevando de la mano un rapaz de siete años, asidas del refajo dos ó tres mocosas poco menores en edad, colgado del ubérrimo seno un mamón de doce meses y sintiendo acaso en lo más íntimo de su organismo el vago estremecimiento de otra nueva vida, de otro ser que se forma en sus entrañas.

Bien merece, bien merece disfrutar de un poco de solaz esta paridera y criadora y madraza mujer gallega; dejadla, dejadla que el día del santo patrón del lugar, ó en la primaveral y deliciosa noche de San Juan, ó cuando las primeras castañas estallan al calor de la alegre hoguera y el mosto remoja el gaznate de los vendimiadores, ella también se divierta y pegue un par de brincos á la sombra del nocedal ó del castañar hojoso. Dejadla que lave rostro y pies en la pública fuente ó en el *regato* que atraviesa su huerto, y peine y alise sus dos trenzas, uniéndolas por las puntas, y vista el gayo traje de las ocasiones solemnes.

Si ha nacido en la Mahía, en alguno de los fértiles valles que cercan á Iria Flavia y á Compostela, ceñirá á su cabeza con cinta de vivos tonos la linda cofia de puntilla trasparente. Si en el Ribero de Avia, ó en las cercanías de Orense, llevará el pañolito de seda oscura, que realza la suave palidez del rostro oval, y abrochará atrás el brevísimo dengue con dos conchillas de plata. Si vió la luz en las poéticas orillas de las Rías Bajas ó en Muros, vestirá el rico atavío que enamora á cuantos lo ven: basquiña de claros matices, corpiño de negro raso, ancho *mantelo* de brillante sedán franjeado de panilla y recamado de azabache, pañuelo de crespón color lacre ó canario, cuyos flecos caen acariciando la cadera airosa, como las ramas del sauce sobre el tronco; rodearán su garganta pesados collares de filigrana de oro, hilos de cuentas, y de su menuda oreja colgarán largos zarcillos, y sobre el pecho refulgirá la patena, conocida por *sapo*. Pero, aun cuando presumen con razón las muradanas, por su elegante arreo, de llevarse la palma en Galicia, pienso que el traje clásico de *gallega* es el usado por las mujeres de mi país, las *mariñanas*. Lucen éstas dengue de escarlata orlado de negro terciopelo y sujeto atrás con plateado broche; el justillo, de fuerte drogué, se escota sobre la chambra de lienzo con flojas mangas y puños de curiosa manera fruncidos; el soberbio mantelo no cede en riqueza á otro alguno, y se ata atrás con cintas de seda de charros colorines; bajo la franja del mantelo se ve media cuarta de saya de grana, y se entrevé un dedo de refajo de amarilla bayeta, y el zapato de cuero con lazadas de galón azul; ciñe su cuello la gargantilla de filigrana, y cubre sus hombros el pañuelo de blanca muselina, prolijamente rameado. Cuando con estas bizarras ropas salen á bailar la tradicional *muiñeira*, danza nacional desde mucho antes de los remotos tiempos en que guerrillas gallegas y lusitanas auxiliaban á Aníbal y contrastaban el poder de Roma, es imposible imaginar más regocijado y pintoresco golpe de vista: pasan las mujeres, bajos y entornados los ojos, la trenza al viento, arrebolada la tez, movido el dengue por la oscilación del seno, rozando unas contra otras las yemas de los dedos, el pié hiriendo blandamente la tierra, en cadencioso girar, arremolinándose á cada vuelta del cuerpo las sayas multicolores, mientras la gaita exhala sus sonidos agrestes y melancólicos, graves ó agudos, pero siempre penetrantes, y el tamboril apresura la repercusión de sus notas secas y estridentes, y la pandereta lanza sus carcajadas melodiosas, y los cohetes aran con surcos de luz el cielo y caen disolviéndose en lágrimas de oro.

Pero cada día escasea más este espectáculo. Trajes, danzas, costumbres y recuerdos van *desapareciendo* como antigua pintura que amortiguan y borran los años. A la *muiñeira* sustituye el *agarradiño*, grotesca parodia de la *polka* húngara y del *wals* germánico; á las sayas de grana y bayeta, el faldelín de estampado percal francés; al dengue el mantón, á las trenzas la *moña* tamaña como un rosquete de pan, al villanesco zapato de cuero la botita de rusel... y en breve será preciso internarse hasta el corazón de las más recónditas y fieras montañas para encontrar un tipo que tenga olor, color y sabor genuinamente regionales.

PAISAJE

I

Todo el mundo sabe lo qué es un paisaje; y sin embargo, ¡qué concepto más complejo encierra esta palabra! A primera vista, quien dice «paisaje» parece decir «campo;» pero el desierto dista mucho de ser campo y nadie negará que es paisaje. Además, si por campo se entiende una comarca con vegetación, donde la vida del animal y la planta prepondera sobre la del hombre, por oposición á la ciudad, donde acontece lo contrario, en el paisaje, concepto mucho más comprensivo, pueden entrar, no sólo los caseríos y los pequeños grupos de población rural diseminada, sino las ciudades mismas, por grandes que sean, á condición de avenirse á no representar más que uno de tantos accidentes, de subordinarse á la naturaleza —por decirlo así—deshabitada, merezca ó no el nombre de campo. De esta suerte es como, al par de los elementos puramente espontáneos, contribuyen también y enriquecen al paisaje otros (casas, caminos, tierras cultivadas, etc.) que son obra ya del arte humano, y hasta el hombre mismo, cuya presencia anima con una nueva nota de interés el cuadro entero de la naturaleza.

Por esto podría decirse en algún modo que la pintura de paisaje es el más sintético, cabal y comprensivo de todos los géneros de la pintura. Pero, si dejamos á un lado el antiguo paisaje llamado «histórico,» donde se representan á un tiempo, equilibrando su interés, perspectivas campestres y escenas de la vida social, en el paisaje puro y sin aditamentos la figura humana no entra sino como un ser físico, como una forma, como una nota de claro-oscuro ó de color, aunque siempre ofrezca á nuestros ojos cierto valor ideal de un tipo, de una clase, de un género de vida determinado; v. g., aldeanos, caminantes, cazadores, pastores, artistas.

En su más rigorosa acepción, el paisaje es la perspectiva de una comarca natural; como la pintura de paisaje es la representación de esa perspectiva. A poco, sin embargo, que se reflexione sobre los diversos elementos en que cabe descomponer el goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que



OTOÑO, copia del notable cuadro de G. Oeder

no lo es nunca el de las ciudades), se advierte que este goce no es sólo de la vista, sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros; el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos; el bienestar que equilibra las fuerzas todas de nuestro sér, y hasta el sabor de las frutas, por prosaico que parecer pudiera á la sensiblería de una estética afectada y romántica... todo, ya más, ya menos, contribuye á producir en nosotros ese estado y á preparar el segundo momento, el momento ideal, de las representaciones libres, que extiende nuestro goce más allá del horizonte del sentido.

Aun reduciendo el paisaje á una perspectiva, y su percepción á la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituirla: tantos como fuerzas, seres y productos despliega la naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes; el hombre con sus obras; los animales y hasta el cielo con sus astros y con el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro á cada hora del día y de la noche. Ahora bien, de todos estos elementos, hay uno en el que tal vez no siempre se repara bastante: el suelo. Sin duda que no hay quien desconozca el papel, por ejemplo, de las grandes montañas en el paisaje ó el del contraste entre el mar y la costa; pero á esto se reduce casi todo. Vischer mismo, que en su *Estética* tan extraordinaria amplitud concede al estudio de la belleza en este orden, descuida sin embargo, - cosa explicable por sus ideas, - muchos puntos.

El suelo, la costra sólida del planeta, como elemento de paisaje, prescindiendo de las corrientes de agua y de la vegetación, ofrece por sí solo datos suficientes para constituir una que podría llamarse «estética geológica.» El primero de éstos es la naturaleza de los materiales que lo forman. Así, por ejemplo, hay paisaje granítico, basáltico, de aluvión, etc. Todo el mundo v. g. distingue el pintoresco dentellado con que se recortan sobre el azul del cielo las Pedrizas del Manzanares en la vecina sierra Carpetana, y el suave modelado de los cerros que rodean á Madrid. Aquéllas son de granito; éstas, de diluvio cuaternario. El granito, por su composición y estructura, presenta una cierta resistencia, así en cantidad como en dirección, á los agentes atmosféricos; merced á lo cual, no se deja destruir sino en un cierto sentido, de donde nacen á su vez ciertas formas. Doquiera que aflora al descubierto, el agua, al resbalar sobre sus masas, las redondea, produciendo, en las pequeñas, esas superficies ásperas, rugosas, cubiertas de líquenes, que interrumpen la continuidad de la tierra vegetal; y en los grandes cantos, la configuración peculiar de las «piedras caballeras,» monolitos á veces enormes y que en ocasiones oscilan como otros tantos monumentos megalíticos naturales; hasta que, la radiación del calor, que las dilató durante el día, las contrae por la noche, las hiende, las raja en mil grietas, que luego, al hincharse dentro de ellas el hielo, estallan, desprendiendo gigantescas esquirlas; y éstas, apiladas unas sobre otras, forman ese agudo dentellado de las cimas graníticas de nuestra cordillera: dentellado, sobre todo visible allí donde se entrelazan dos tipos de granito: uno más resistente; otro más quebradizo y más blando.

Por el contrario, la lenta sedimentación de los aluviones cuaternarios depositados en el valle de Madrid, con proceder exclusivamente de la trituración de los materiales de la propia sierra, ha hecho imposible en él toda aspereza y toda forma abrupta: los grandes horizontes, cuyos últimos términos se funden dulcemente en el celaje; el inmenso radio de las ondulaciones del terreno; las cumbres rectilíneas de los cerros, semejantes al «conoide» de los geómetras; la uniformidad, pero no monotonía, que reina en toda esta región, contrastan con la cordillera, realzando este contraste la vegetación, tan distinta en una y otra zona. En la montaña, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla flor de la retama, el rojo de tal cual amapola ó de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, ó muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas.—Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual; las sombras menos acentuadas, los tonos más ricos y brillantes; los olmos, los chopos los sauces, los espinos, las zarzas, agotan casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al negro de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su yerba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa.

Suaviza, sin embargo, este contraste una nota fundamental de toda la región, que lo mismo abraza al paisaje de la montaña que el del llano. En ambos se revela una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco ó Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España. Nada alcanza á dar idea de él como su comparación con las formas que más frecuentes son en nuestras comarcas del Norte y el Noroeste, y en especial de Galicia. En las riberas del Saja ó del Nalon, pero más aún en las encantadoras orillas del Miño ó en las rías bajas de Pontevedra, todo es gracia, armonía, proporción, encanto: los valles son cerrados y pequeños; los cerros, bajos; pálido el azul del celaje; el verdor de los árboles, trasparente; fresco y brillante el de los prados: la naturaleza entera sonríe en una media tinta que lo envuelve todo y hace imposible la ruda acentuación de contrastes enérgicos. Es la belleza femenina, expresión de una actividad desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí, por el contrario, asoma por doquiera el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso á través de obstáculos sin cuento; y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así también el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo, de puro azul, casi negro. Es la nota varonil, masculina, que pudiera llamarse. «Los valles del Guadarrama—me decía há poco uno de mis compañeros de excursiones—se sonríen también, pero á su modo: no cómo los niños de Murillo, sino como los de Miguel Angel.» Precisamente por esto, la grave y austera poesía de un paisaje, cuyo nervio llegaría hasta la fiereza, si no lo templasen la dignidad y el reposo que por todas partes ofrece, es menos accesible al sentimiento del vulgo. Este pondrá siempre á Lucas della Robbia sobre Donatello; á Bellini sobre Beethoven; á Perugino sobre Signorelli; á Lamartine sobre Dante. ¡Dichosa tierra, sin embargo, aquella, que puede como España concentrar ambos tipos, el varonil y el femenino, en el paisaje de sus varias comarcas!

Esta relación del suelo con el paisaje, de la geología con la estética, que ya ilustraron en sus tiempos un Cuvier y un Humboldt, presenta problemas de interés extraordinario. Respecto de los materiales de los terrenos arcaicos, v. g., pueden observarse delicadas diferencias entre las formas graníticas y las gneisicas, diferencias tan visibles casi como las que separan ambas clases de formas de las que ofrecen los conglomerados del Montserrat, ó las calizas carboníferas en las cumbres de los Picos de Europa, ó los depósitos lacustres de los llanos de la Tierra de Campos. Sin embargo, la distinta posición orográfica de unos mismos materiales, esto es, el plegamiento de las capas, influye considerablemente en el paisaje. Igualmente, una acción química superficial puede dar á las rocas un aspecto muy diverso del que usualmente revisten. Recuerdo el magnífico tono frío amoratado de los acantilados del circo de las Dos Hermanas, en el macizo de Peñalara, debido á la hidratación del óxido de hierro contenido en las micas de sus gneises; mientras que en el puerto del Reventón, en el vallecito de la Berzosa (debajo de la Maliciosa y de las Cabezas de Hierro), y en tantas y tantas otras partes, ese mismo gneis, por cuyas lajas corre una fina capa de agua, ofrece los rojos más cálidos, ricos y trasparentes, merced á otro grado de hidratación de esos mismos hierros.



REZAGADO, apunte de Guillermo Díez

(Concluirá)

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

LAS PRIMERAS ROSAS

Hablo de las rosas *pur sang*, de las que según los mitólogos salieron del talón herido de Venus; de las verdaderas hijas de la primavera; no de esas florecillas tísicas criadas en la estufa, como doncellicas entecas, y que se ofrecen en París fuera de tiempo á veinte francos la pareja.

Las flores y los frutos es preciso buscarlos en la época en que la tierra los ofrece vestidos de color, saturados de esencia, henchidos de savia y rodeados de verdura: *cada cosa en su tiempo* y *los nabos en adviento*, dice una saludable advertencia hortícola, cuyo realismo zolaico espeso dispensarán mis lectores.

Yo me perezco por las primeras rosas, por las primeras golondrinas y por los primeros vasos de leche, justificando esta última afición, el siguiente precepto del doctor Pópulo:

La leche de abril para mí.
La de mayo para mí hermano.
La de junio para ninguno.

Antes ó después del veintiuno de marzo, que no siempre sabe el almanaque cuándo hace su entrada triunfal la primavera, procuro hacer mi primera excursión á los jardines, alamedas y campiñas donde esparce sus heraldos y trompeteros con flores y con alas. Pláceme oir las conversaciones de los pájaros que acaban de llegar de sus viajes de recreo y que han aprendido al vuelo el volapük á juzgar por la facilidad con que se comunican unos con otros sin necesidad de intérpretes, aunque vengan de diversas latitudes y distintas tierras.

Claro es que las rosas no están lejos: ¡cómo han de estar! flores y aves, son cosas, entidades ó ideas correlativas, seres ó formas que se complementan; ya lo dijo Calderón:

..... con las galas
que le dan belleza suma
es el ave flor de plumas
ó ramillete con alas.

Están las rosas cerca, repito, y voy á ellas con verdadero frenesí de *amateur*, con deseo de apreciar en ellas los efectos de la decantada ley darwiniana, con el ansia de hallarlas más frescas y más hermosas, con el firme propósito de meter en ellas la nariz, de profanar sus pétalos, de dar un mal rato á toda larva viviente que haya buscado leche en el cáliz de la que por mí sea preferida.

A mi llegada tiemblan y se estremecen sobre sus tallos; ¡es claro! el hombre es para las flores un bárbaro, un tirano, un asesino. Si ellas tuvieran lengua, como asegura el Ramayarza, se quejarían de nuestros atrevimientos con lágrimas de rocío; cubrirían sus senos suaves y húmedos cuando nos propasásemos con ellas, y nos despedirían á cajas destempladas, al ver que cometíamos, sin el menor reparo, la villanía de poner en sus cálices nuestros labios.



VICTA, busto en mármol por Teraze

¡No te vayas, por tu vida,
que vendrán los osmandinos
á besar á tu querida!

decía una hermosura del Sahara á su africano, según nos cuenta en sus orientales el malogrado Arolas; añadiendo incontinenti:

Vendrán por los arenales
cual tigres de horrendas garras
y cortarán mis rosales
con sus corvas cimitarras.

De lo que se desprende que los osmandinos, bárbaros al fin, tomaban los labios por las rosas y las rosas por los labios, profanando estos y cortando aquellas, como si dijeran para sí: — ¡ahora veremos lo que son flores! ¡Y vean mis lectores lo que es el contagio. Estos trucatintas de los hijos del desierto, parece que se han generalizado por la culta Europa y ya no hay coplero, tenorio ni amador que deje de confundir las rosas y los labios, cuando las primeras son frescas y coloradas y los segundos rosados, húmedos y suaves.

¡Qué más! yo también me confieso osmandino, y al contemplar las primeras rosas pienso en los primeros besos que he recibido.

Hay otra relación que demuestra que los labios y las rosas se parecen como dos gotas de agua del mismo diámetro. Según afirman los naturalistas que han visitado los poéticos valles de la Rumelia, donde las rosas de Kezanlik se riegan como los trigos en los campos andaluces, se necesitan veintiseis kilogramos de rosas, es decir, 130,000 de estas poéticas hijas de los Balkanes para producir treinta gramos de esencia; pues bien, muchas más palabras salidas de los labios de cualquiera coqueta, de cualquier charlatán de salón ó de cualquier orador político se necesitarían para extraer un solo gramo de discreción, de verdad y de pensamiento racional y humano.

¡Y cómo huelen las primeras rosas!

Habrá algunos de mis lectores que afirmen que huelen como todas las demás que han de bordar nuestros búcaros y nuestros terrados; pero se equivocan lastimosamente.

Las primeras rosas nacen cuando aun está humedecida la tierra con los chaparrones de marzo; cuando todavía montan en sus caballos fantásticos las legiones de la bruma, cuando el humus se orea, cuando la hoja seca se pudre en el surco, cuando las violetas, sus precursoras, modifican con su penetrante perfume esa reunión de olores acres que se elevan del gran pudridero mundano.

Por eso respiramos en gratos éxtasis sus aromas virginales y saludamos en ellos el reinado de la primavera. Rosas nuevas, vida nueva: muy luego necesitamos para espolear nuestros sentidos cansados, la loca oleada del jazmín, el jacinto y la azucena.

Huele el campo á flores nuevas, decía Zenea, el poeta mártir, recordando sus amores con Fidelia. Flores nuevas, tan coloradas y frescas como la boca que le besara, tan airosas y flexibles como el talle que él oprimió, tan fáciles de coger como las manos menudas que estrechó entre



DÍA DEL SEÑOR, cuadro de J. Scheurenberg

las suyas tantas veces. Sin embargo, aquellas flores no eran las mismas que él cortó para colocarlas en el seno de su adorada, como las golondrinas que volvió á ver Becquer no eran aquellas oscuras avecillas que aprendieron nombres queridos.

¡Mira, mi bien, cuán mustia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer, brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada!...

decía Plácido el mulato, recordando tiempos pasados, *siempre mejores que el presente* á juicio de otro poeta. Y es, que en vano conservaréis el mismo búcaro, el mismo jardín, el propio plantel cuidado por la podadera: las flores no son las mismas. ¡Cómo han de ser, si aquéllas os dieron todo su aroma y os complacieron hasta deshojarse en vuestras manos!

Los que no hacen versos ni tonterías, se explican lógica y naturalmente la sucesión de las flores; la rosa que dura mucho en nuestro vaso, acaba por cansar la retina y la pituitaria. Un cocinero decía confuso y cariacontecido á su amo, que era extremadamente aficionado á las perdices:

– Señor, ¿cómo las condimentaré para que no cansen á V. E.?

Y al día siguiente se las sirvió rellenas de carne de perro perdiguero.

La variedad en la unidad, el mudar eterno, el perpetuo *móvil inmóvil,* hé aquí la ley de la vida. Sin los cambios de decoración de las estaciones apenas nos daríamos cuenta de la belleza de los paisajes. Adán y Eva se debieron de aburrir soberanamente en las florestas del Paraíso: aquello era, según Milton, un verdadero empacho de verdura.

Suele acontecer que el afán de formas, perspectivas y sensaciones nuevas lleve á sensibles extravíos al hombre ó á la naturaleza. *Per troppo variar natura é bella;* mas si reconocemos la escala de los afectos hasta llegar al egoísmo, y la escala zoológica hasta llegar á la víbora y al murciélago, vendremos á convenir, con el cocinero de S. E., en que el afán de la variedad suele degenerar en aberración.



CABEZA DE ANCIANO, por Leonardo de Vinci (facsímil)

¡Las primeras rosas y los primeros sueños! Paso á la juventud y á la primavera, que ya sabemos que son una misma cosa.

Muchas veces me he preguntado si es la vista de las rosas tempranas la que produce esos sueños de los primeros años en que las hadas y las silfas tienen principal parte, ó si, por el contrario, son los primeros años los que traen los tempranos sueños de primavera que se trasforman en flores, pájaros, luciérnagas y mariposas.

La mitología miente cuando asegura que las rosas nacieron de la herida que los abrojos causaron al talón de Venus, cuando ésta buscaba desolada el cadáver de Adonis por las florestas y campiñas. Las rosas han nacido y nacerán siempre de las heridas que el travieso rapaz causa en los corazones juveniles. Algunas veces no son heridas, sino alfilerazos; si queréis ver nacer un par de rosas, acercaos al oído de la virgen enamorada y pronunciad esta palabra: Matrimonio.

Hay en las primeras rosas una serie de promesas que rubrica el sol, la luna y las estrellas. Con la primavera, estación que abre la puerta de la más hermosa parte del año, comienzan los días de eterno azul, de misteriosos rumores, de actividad corporal é imaginativa. Corre la sangre más aprisa por las arterias, y los rayos del sol no se deslizan por la epidermis, sino que penetran corazón adentro.

LA MADONA DEL GRAN DUCA

En Andalucía, con las primeras rosas aparecen las primeras caras bonitas en las ventanas y en los balcones. Durante el invierno, la lluvia que golpea los cristales de los elegantes cierros sevillanos parece llorar la ausencia de las silfas que duermen el sueño invernal; mas, cuando se acerca el equinoccio, aquellos cristales se iluminan súbitamente con reflejos de iris y *se hace la luz,* es decir, el busto de la andaluza se dibuja en el fondo del vidrio con todos sus contornos pictóricos y estatuarios.

Si las viese Rollinat, afirmaría de ellas lo que de las rosas: *On dirait de la chaire pétrie avec du réve.*

Consérvase en el gran ducado de Baden una tierna y sencilla tradición de las primeras rosas.

La castellana de Rossemberg, nido feudal que se halla en una altura cerca de Heidelberg, era asaz caritativa con sus siervos, habiéndose formado su carácter como para contrarrestar el egoísmo y mala ralea del de su esposo, que no sólo era avaro hasta el punto más grotesco, sino que pecaba de cruel y sanguinario, como buen señor de horca y cuchillo.

Hasta tal extremo llegaban los cuidados de la castellana de Rossemberg con las gentes del contorno, que ella misma cuidaba de llevar al hogar del pobre el pan de su mesa y las piernas de jabalí ahumadas en las chimeneas de su señorial morada; para los necesitados de los alrededores, era el ángel bueno de aquel maldito castillo.

Una desapacible mañana de marzo, el señor de Rossemberg, que iba de caza seguido de sus jaurías y monteros, alcanzó á ver á su esposa que caminaba al propio tiempo por las estrechas sendas de la montaña, cargada con las pesadas cestas de mimbres llenas de provisiones para dedicarse á sus caritativas tareas. Montando en cólera, al verla en tan plebeya guisa, sin acompañamiento de damas y pajes como á su elevado rango cumplía, dirigióse á ella, y, sin dejar siquiera el arzón ni hacerle las usadas cortesías, díjole en alta voz y de mal talante:

– ¿Qué lleváis en esas endiabladas cestas con las que más parecéis torpe villana que señora principal y de valía?

La noble señora tembló como cervatilla á quien los lebreles cierran el paso, y conociendo la dificultad de dar al avaro señor satisfactoria respuesta, díjole entre temerosa y confusa:

– ¡Señor, son las primeras rosas, que acabo de cortar en la pendiente para adornar mi reclinatorio...!

El señor de Rossemberg, que veía, aún, á su alrededor, árboles desnudos y picachos cubiertos de nieve, dudando de aquella respuesta que avispaba al par las desconfianzas de su avaricia, y echando pie á tierra como si se tratase de más serio asunto, mandó á uno de sus monteros que abriese las cestillas que su esposa había colocado á sus plantas. ¡Cuál no sería la sorpresa de ambos al ver rebosar en los mimbres coloradas y odoríferas rosas!

Poco tiempo después se hizo público el milagro: los tasajos de jabalí y los panes de Rossemberg habían sido trocados en flores por el ángel de la Caridad, y el señor del castillo cambió de carácter y fundó varios monasterios. Sus descendientes colocaron sus estatuas encuadradas á ambos lados de la gran poterna del castillo, donde aun puede verse á la caritativa castellana cargada con su cesta de flores prematuras.

También las primeras rosas, es decir, las rosas paradisíacas, influyeron grandemente en los destinos del género humano. Un viejo talmudista revelóme, no sé cuándo ni cómo, el hecho que yo puse soñando en verso castellano. Hélo aquí con asonantes, incisos, puntos y comas:

Eva, perdida en el Edén, vagaba
Por las calles de tilos,
Cubierta con la gasa de la aurora,
Coronada de perlas... de rocío.

En sus mórbidas formas se mecían
Placeres infinitos,
La tibia luna y las estrellas faustas
En su primera noche habían lucido.

El jazmín, la clemátida olorosa
Y el perfumado lirio,
Soñaban encontrarse en sus cabellos
O verse entre sus labios encendidos;

El colorín la saludó, entonando
Sus deliciosos trinos,
Y no hubo fiera que, al pasar la hermosa,
Dejara en el espacio un solo aullido.

A orillas de un remanso silencioso,
Cuyos raudales límpidos
Eran, como una lámina de acero
Por delicado artífice bruñido,

Detúvose la hermosa, contemplando
Las orlas de jacintos
Que bordaban sus márgenes, cubiertas
Con las flores acuáticas del Nilo.

Iba á inclinarse al borde de las aguas,
Acaso á ver el nido
Que, con débiles pajas, en los juncos
Formaban dos incautos pajarillos;

Cuando avanzó, sobre las ondas claras,
El contorno indeciso
De una hermosura de turgentes formas
Y de sedosos y dorados rizos.

Pintándose el asombro en su semblante
Miróla de hito en hito,
Y observó que, la imagen de las aguas,
Silenciosa también, hizo lo mismo.

Interrogar á la importuna sombra
Acercándose quiso;
Pero al mover los labios, vió á sus plantas
El imperioso gesto repetido.

Adivinando, al fin, que era ella misma
La causa del prodigio,
Dudó un momento y apartó los ojos
De la brillante lámina del río;

Pero era hermosa y encontró su espejo...
¿Cómo hubiera podido
Resistir al deseo peligroso
De contemplar en él sus atractivos?



ESTUDIO, de Alberto Durero

Con la regia osadía, que heredaron
Semiramis y Dido,
Volvió á clavar de nuevo la mirada
En aquel limitado precipicio.

Contemplóse orgullosa; una sonrisa
Vagó en su labio altivo,
Y, prendiendo una rosa en sus cabellos,
Exclamó satisfecha: —¡El mundo es mío!

El eco repitió la osada frase,
Con su lúgubre són, de risco en risco....
¡En aquel mismo instante, cuenta el Génesis,
Escalaba Satán el Paraíso!

BENITO MÁS Y PRAT


Carruaje de vapor de M. Bollée. – Pequeño modelo de aficionado

CRONICA CIENTIFICA

CARRUAJE DE VAPOR DE M. BOLLÉE. - EL GAS NATURAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

I

Muchas tentativas han hecho los mecánicos para aplicar el vapor á la locomotiva terrestre en los caminos, y ya se nos ha dado á conocer un considerable número de carruajes de vapor. Entre los constructores más perseverantes son dignos de mención los señores Bollée é hijo, vecinos del Mans, que acaban de construir, y han ensayado ya, un nuevo vehículo de este género, cuyo modelo es el que representa nuestro grabado, copia de una fotografía de M. Sollier.

El armazón del carruaje, todo de hierro y acero, mide 1m,90 de longitud por 0m,85 de anchura, y apóyase en cuatro ruedas por medio de muelles, á fin de evitar las sacudidas. Las ruedas motrices posteriores, de un metro de diámetro, están puestas en acción por un movimiento diferencial, de tal modo, que en las curvas ambas pueden tomar velocidades diferentes; las ruedas directrices anteriores miden 0m,80 de diámetro, y gracias á su sistema de armadura especial, el carruaje no puede volcar, y es muy fácil dirigirle.

El generador, colocado delante, lleva todos los aparatos reglamentarios; es de un nuevo sistema que permite caldear una extensa superficie para poco peso; y es muy fácil limpiarle. Contiene treinta y cinco litros de agua, volumen relativamente grande, que tiene por efecto mantener la presión más regular, pudiendo desarrollarse sin dificultad una fuerza de 2½ caballos.

En la prueba que se hizo la presión fué de veinte kilogramos por centímetro cuadrado, aunque la ordinaria no pasa de ocho. Durante la marcha, la alimentación de agua se hizo por medio de una bomba, y en las paradas por un inyector. La máquina motriz, que está detrás, es de inversión de marcha y de expansión, y tiene una fuerza de 200 kilográmetros.

Los viajeros, en número de dos, van sentados detrás de la caldera, y el de la derecha tiene á mano todos los órganos necesarios para la marcha rápida de la máquina.

El combustible, puesto á cada lado del generador, puede bastar para recorrer veinte leguas. El peso del carruaje vacío es de 650 kilogramos; puede subir por las pendientes más rápidas, y su celeridad media es de veinticinco kilómetros por hora. El inventor ha obtenido velocidades de 35 á 40 kilómetros.

El sistema puede afectar las formas y dimensiones más variadas; en las máquinas de lujo, la caldera va detrás, como el modelo de carretela de vapor que se presentó en la Exposición de 1878.

II

En uno de los últimos números que hemos publicado, M. Tissandier daba algunos curiosos detalles sobre el gas natural empleado en Pensilvania. Una reciente Memoria sobre el asunto, dirigida por M. A. Carnegie al *Irón and Steel Institute*, nos permite publicar ahora algunas noticias complementarias del mayor interés.

El descubrimiento del gas natural en Pensilvania sólo data de algunos años. Hace siete, poco más ó menos, que una compañía se ocupaba en perforar un pozo en Murrayville, como á treinta kilómetros de Pittsburgo; y habíase llegado á la profundidad de cuatrocientos metros cuando la sonda fué rechazada bruscamente y lanzada al aire á gran altura; mientras que la cabria se hacía pedazos y los fragmentos se dispersaban á causa de un terrible escape de gas.

El ruido ocasionado por la columna gaseosa se oyó á la distancia de diez kilómetros. Adaptáronse tubos de cinco centímetros á la boca del pozo y se prendió fuego al gas, lo cual produjo una llama enorme que iluminó todo el país. Aunque el pozo no estuviese á muy larga distancia de las fábricas metalúrgicas, se dejó quemar, sin utilizarle, ese combustible natural durante cinco años. En aquella época, el carbón no era tan caro como hoy, y por lo tanto no se quiso distraer una suma importante en los trabajos de conducción del gas; gastábase por valor de tres francos setenta y cinco céntimos de combustible por tonelada de rails concluídos, y este gasto no parecía ser de bastante importancia para justificar el empleo de varios millones de francos en proporcionarse otro combustible más barato.

Hace dos años, una compañía ofreció poner los conductos ó cañerías y llevar el gas, á sus propias expensas, á las diversas fábricas, mediante el pago anual de una suma equivalente á la que se venía gastando en carbón, hasta cubrir los gastos hechos para establecer las cañerías, despues de lo cual, la anualidad se reduciría á la mitad de la suma invertida en carbón. Han bastado diez y ocho meses para pagar la conducción, y ahora las herrerías ahorran una mitad en su gasto de combustible. Porteriormente, otras sociedades establecieron líneas de conducción desde los pozos en una distancia de veinticinco á treinta kilómetros.

Al visitar el distrito principal del gas natural en Murrayville, M. Carnegie ha reconocido la existencia de nueve pozos, de los cuales uno de ellos produce, según se ha calculado, ochocientos mil metros cúbicos de gas cada veinticuatro horas.

En Murrayville, la salida del gas se efectúa con tal fuerza y celeridad, por tubos de 0m,15 de diámetro, que no se inflama sino á una distancia de cerca de dos metros del orificio; la llama forma una columna de fuego sin la menor apariencia del humo.

Actualmente hay once líneas de conductos diferentes para el servicio de los establecimientos industriales de los alrededores de Pittsburgo. El diámetro máximo de los tubos es de 0m,305; ahora se emplean mucho los de 0m,20; en un principio no se pusieron más que los de 0m,15. Hoy día se pierde aún la mayor parte del gas, y así sucederá hasta que se haya generalizado su uso en las fábricas.

Calcúlase que el aprovechamiento general del gas ahorrará el trabajo diario de cinco mil operarios; y con esta economía entra la cuestión muy importante de la pureza del combustible, ventaja principal para la metalurgia, la cristalería y otras aplicaciones industriales.

Como es indefinida la cantidad de gas de que se puede disponer, hasta aquí no se ha tratado de economizarle, habiéndose adoptado para su uso disposiciones primitivas. Nuestro grabado representa un mechero de gas natural en los alrededores de Pittsburgo: es un tubo en cuya extremidad el gas inflamado produce una especie de hacha inmensa. Ahora se trata de emplear también este gas para el alumbrado, porque es muy superior al de hulla; y hasta se dice que si fuera caro en vez de barato, aun sería ventajoso utilizarle con dicho objeto á causa de su hermosa llama.

El empleo del gas natural ha producido un resultado muy apreciable á primera vista. Una región primitivamente más ennegrecida que ningún distrito metalúrgico del mundo, no ha tardado en llegar á estar tan limpia como un país en que no se hubiera conocido la hulla. Las fábricas de acero donde antes se veían treinta fogonistas desnudos hasta la cintura, que trabajaban por espacio de ocho horas (ó sea noventa fogonistas cada veinticuatro horas) en la calefación de las calderas, que consumían cuatrocientas toneladas diarias de combustible, no necesitan ya hoy más que un hombre para vigilar la alimentación de todos los generadores. Ahora no se sabe tampoco lo que es humo; y tanto es así, que hasta las paredes de las antiguas carboneras de las fábricas están hoy pintadas de blanco.

Debe advertirse, sin embargo, que para el empleo del gas se hace preciso adoptar ciertas precauciones: es necesario vigilar las cañerías, pues los escapes de gas han producido algunas veces explosiones, sobre todo en invierno, cuando la tierra está helada y se opone á la infiltración de aquél, que entonces se disemina en espacios donde puede inflamarse. En las fábricas se colocan los tubos siempre que es posible fuera del suelo. Además de las ventajas ennumeradas, hay que añadir la de que el nuevo combustible tiene una fuerza calorífica considerable.

El gas natural es el combustible gaseoso de más fuerza, exceptuando el hidrógeno, y también muy económico, porque se puede utilizar casi toda su capacidad calorífica. Como es muy puro y no tiene azufre, aventaja mucho á la hulla para las aplicaciones industriales. Su uso es muy ventajoso para la producción del vapor, porque se puede regular la llegada del aire de una manera constante, sin que la abertura de las puertas ocasione enfriamientos. Por otra parte, no se necesitan hombres más que para vigilar la alimentación del agua; y hasta se puede prescindir de ellos si se quieren emplear aparatos automáticos. Las calderas duran también mucho más tiempo, pues no han de temerse los peligrosos efectos de las dilataciones y contracciones producidas por las corrientes de aire frío que vienen á dar directamente sobre las paredes candentes de las superficies de calefacción.

Mister Ford, una de las primeras autoridades del día sobre la materia, ha hecho numerosos análisis del gas natural, habiendo reconocido que su composición es muy variable de un pozo á otro. Así, por ejemplo, su proporción de nitrógeno varía de 0 á 23 por 100, y la de oxígeno de 0'4 á 4 por 100; el gas natural de 50 á 72 por 100 de gas de los pantanos, y de 9 á 35 de hidrógeno puro; además contiene gas oleífero, óxido de carbono, etílena y otros.

Difícil es hacer un cálculo sobre la permanencia de las enormes cantidades de gas que hay en Pensilvania; pero cuando se ven los territorios del aceite, que dan 70,000 barriles de petróleo diariamente, y cuyo producto aumenta más y más desde hace veinte años, no se puede menos de admitir la opinión de las personas competentes, las cuales piensan que la región gasífera bastará para satisfacer las necesidades de las fábricas y talleres de Pittsburgo y de sus alrededores por lo menos durante la generación actual.

En un reciente informe, M. J. Lowthian Bell observa muy acertadamente que los enormes volúmenes de gas producidos por los pozos de que se trata inducirían á creer, á menos de admitirse una condensación bajo presiones que excediesen á cuanto se puede imaginar razonablemente, que hay en el país cavidades subterráneas de una extensión no menos difícil de calcular. Además, añade, como se demuestra que la considerable presión bajo la cual sale el gas no ha variado sensiblemente desde hace algunos años, debe deducirse que el flúido se va formando constantemente á medida que se consume, en virtud de una reacción que aun no conocemos.


ALUMBRADO POR EL GAS NATURAL EN PENSILVANIA
(cercanías de Pittsburgo)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

En estos pueblos, á la vez indolentes é impresionables, todo acontecimiento hace olvidar muy pronto el que le ha precedido. Marcados indicios nos inducen á creer que hallaremos otra caverna, y vamos á buscarla: será una excursión agradable, porque el promotor fiscal, señor Ruiz Obregón, quiere ser de la partida.

Emprendemos la marcha á las seis de la mañana: yo monto uno de los mejores caballos de la provincia, caballo acostumbrado á conducir á su dueño al trote largo á través de los campos; y avanzamos por el camino que, pasando por Legaspi y Libog, contornea la vertiente oriental del Mayón. El terreno, excelente, parece de ceniza negra endurecida por la lluvia; la vía, ancha y bien conservada, tiene pocos puentes, pero los arroyos que bajan del volcán se pueden vadear sin dificultad. Poco más allá de Legaspi entramos en el terreno del último cataclismo, que fué desastroso, habiendo costado la vida á centenares de habitantes (1). Aquí no hay ya casetas, porque todas quedaron destruídas; el terreno está cubierto de una ceniza fértil, sembrada de masas de lava; á la izquierda elévase la sombría pendiente del Mayón; á la derecha se extienden las aguas tranquilas y azules del golfo de Albay, estrechadas entre alturas cubiertas de verde; y á lo lejos divísase el Océano Pacífico. Algunas velas que se deslizan sobre las aguas comunican al paisaje un carácter grandioso é imponente, por el carácter de su fragilidad con las masas que nos dominan; y en este conjunto majestuoso extiéndese una luz gris, dulcificada por los grandes árboles, cuyos contornos parecen flotar inciertos sobre un océano de follaje.



Viaje á Filipinas.—Interior de una cabaña bicola

Muy pronto salimos del perímetro devastado, y al punto reaparecen las casetas, tan risueñas como la fisonomía de sus habitantes: todo este país es un jardín encantado. Nos detenemos para tomar un nuevo guía en la plaza de Libog, pueblecillo que ofrece el aspecto de todos los demás: iglesia y campanario de piedra, convento, y edificio del tribunal, que circunscribe la plaza céntrica, de donde arrancan las principales calles, sombreadas por las palmeras, ó por las espesuras de cañas. A esta temprana hora de la mañana las mujeres salen del templo, cubierta la cabeza con el velo tradicional, y se alejan contoneándose graciosamente. El guía llega muy pronto; es un cuadrillero, buen tipo de los de su especie; su traje se reduce á un calzón muy corto, cubriendo su cabeza un *salaco* (2); la brida de su caballo es un simple ronzal; la silla carece de cincha; y en cuanto al cuadrúpedo, es muy asustadizo, pero un cuadrillero indígena aventaja al árabe en el arte de sacar partido del animal más rehacio, y nuestro guía nos sigue al galope tendido que nuestras monturas toman al salir de Libog. Saliendo del camino llano, continuamos la marcha á través de arroyos y arrozales; las nubes parecen rasar la tierra y resuélvense al fin en una de esas copiosas lluvias de que sólo serían una pálida imitación nuestros más recios temporales; pero nos refugiamos en el pequeño caserío de San Andrés, en el que uno de nuestros muchachos debe desempeñar una comisión: lleva á una joven indígena la *Historia de los amores de dos amantes célebres*, que es la *Iliada* del dialecto bicol.

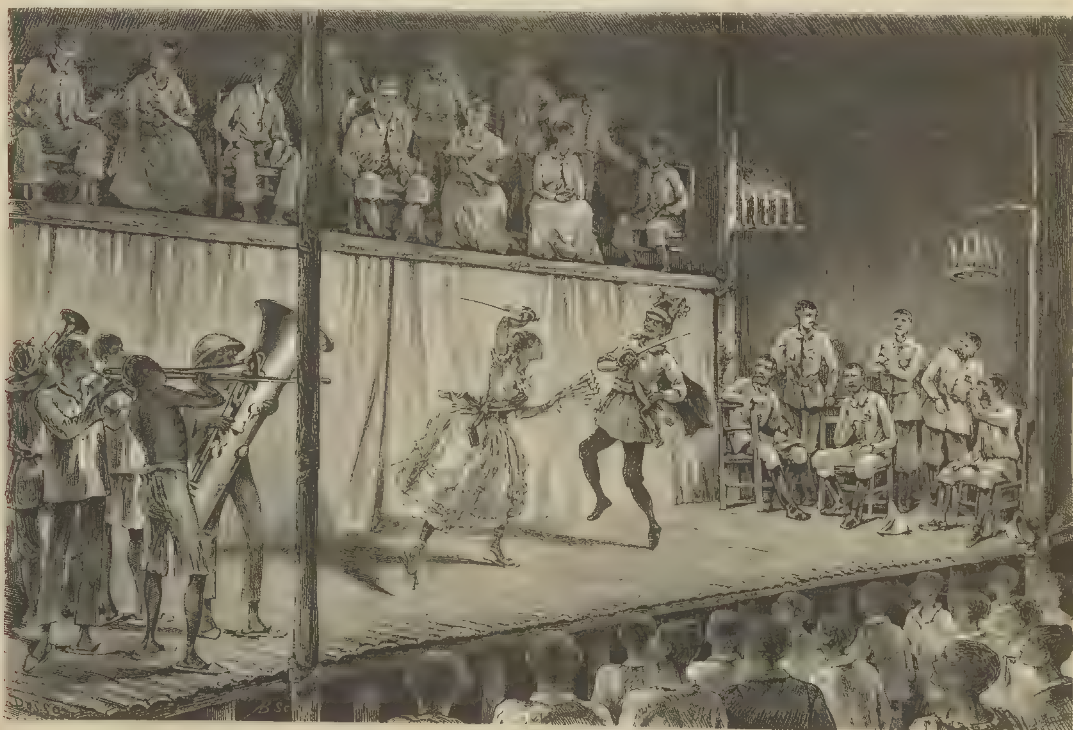
La perfección de esta epopeya ha debido desanimar á los poetas, pues me dicen que es la única obra del país que se puede leer. Las cualidades intelectuales de los indios nada tienen que ver con el razonamiento y el análisis; en estos pueblos, dominados únicamente por sus sensaciones é instintos, el estudio delicado de un sentimiento no encontraría modelo ni lectores; de modo que el autor suele contentarse con el desarrollo de una aventura trivial, en la que su pluma aglomera descripciones de insoportable extensión.

La caseta donde dejamos la famosa epopeya es semejante á la de todos los indígenas agricultores. En la provincia reina el bienestar, pero en estos climas, donde la vida es tan fácil, sólo se reconoce á primera vista la abundancia por el número de búfalos y la buena conservación de las casetas.

(Continuará)

(1) La última erupción (lavas y cenizas) ocurrió en 1877; en 1875, el viento y las lluvias torrenciales de un ciclón, arrastrando las materias de la cima del cráter, sepultaron á 1,500 víctimas. En julio y diciembre de 1881 produjéronse nuevas erupciones de lavas y cenizas.

(2) Sombrero en forma de sombrilla.



Viaje á Filipinas.—Moros-Moros, comedia y baile en el teatro de Albay

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V —Barcelona 15 de marzo de 1886— Num. 220

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ALABADO SEA EL SEÑOR!... cuadro de Grocholsfi

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Desde Roma*, por don A. Fernández Merino.—*Nido escarbado... familia disuelta (continuación)*, por don J. Ortega Munilla.—*El rigor de las desdichas*, por don Angel R. Chaves.—*Paisaje*, por don F. Giner de los Ríos.—*Viaje á Filipinas (continuación)*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*¡Alabado sea el Señor!...* cuadro de Grocholsfi.—*La Merienda*, cuadro de J. Geoffroy.—*Persiguiendo á un canalla*, cuadro de José Wopfner.—*Bosquejos y dibujos* de Gustavo Doré.—*Cuadrillero.* –*Rada de Joló.*

NUESTROS GRABADOS

¡ALABADO SEA EL SEÑOR!.. cuadro de Grocholsfi

En el interior de una sinagoga, el rabino entona el himno de la alabanza, que repiten en voz baja los judíos que pueblan el templo.

El interés de este cuadro está concentrado casi absolutamente en su figura principal: el resto de la tela tiene escasa ó nula importancia. La sinagoga es pobre, nada en ella habla al sentimiento religioso; lo mismo puede ser templo que escuela de primeras letras de un mal pueblo. Esto, empero, aumenta quizás el relieve de la figura del rabino, que es verdaderamente una obra de grande ejecución.

A la vista de ese hombre, que conserva en toda su pureza el tipo de los hijos de Israel, se echa de ver el fervor religioso de que se halla poseído: cualquiera puede confundirle con uno de esos profetas que en sus éxtasis parecían descubrir las interioridades del cielo y entonar sus cánticos cabe el mismo trono del Señor. Su arrobamiento es completo; la materia se halla completamente subyugada por el espíritu; su alma, su pensamiento se encuentra lejos, muy lejos del mundo; cualquiera le diría ciego y pudiera decírselo con propiedad, porque sus ojos rechazan la vista de los objetos que le rodean y buscan á Jehová entre las tinieblas de que voluntariamente se rodean. El rabino de Grocholsfi es la personificación del misticismo judaico.

LA MERIENDA, cuadro de J. Geoffroy

El autor de este lienzo se ha dedicado especialmente á pintar escenas de niños. Esto le ha proporcionado la clientela de muchas madres y la admiración de todas. Como Detaille estudia las costumbres militares, ó mejor como Giacomelli estudia las de los pájaros, Geoffroy estudia las de esas preciosas criaturas que su pincel reproduce, bellas, frescas, lozanas, ingenuas aun en la manifestación de las pasiones á que obedecen de momento. El pintor, que es muy joven aún, conserva perfectamente en la memoria sus recuerdos infantiles y se complace en dar forma á la sociedad en que formaba no há muchos años.

Aparte la fuente de su inspiración, que no puede ser más simpática, hay que reconocer en él una factura delicada, expresiva y que revela dominio del arte. Los niños de ese cuadro no son hombres pequeños, reducciones de figuras mayores que nada tienen de la forma y del espíritu de aquellos; al contrario, son bebés deliciosos, bien comprendidos, bien sentidos, admirables de expresión y dignos de ser comidos á besos. Geoffroy goza de verdadera reputación como artista; y muy merecidamente.

Tocante á la escena que el cuadro representa no hay para qué describirla: el semblante de sus personajes recorre toda la escala de los sentimientos promovidos por la gula infantil; y pues en otro alguno como en los niños la cara es el espejo del alma, en la de esas criaturas son de distinguir los diablillos y los ángeles de la escuela.

PERSIGUIENDO Á UN CANALLA, cuadro de José Wopfner

El autor de este cuadro se ha forjado primero una leyenda, y sobre ella ha pintado una escena verdaderamente dramática. Ignoramos hasta qué punto la leyenda tiene fundamento histórico; pero puede tenerlo, puesto que es la generalizada tradición del hombre malo. Empieza por las travesuras malévolas del muchacho, siguen las faltas graves del adolescente, vienen en pos los primeros delitos del joven y coronan la historia los crímenes del hombre maduro, incluso el asesinato.

En este estado, la justicia, de acuerdo con alguna de las víctimas, sale en persecución del delincuente, que ha huído en una frágil embarcación; y este es el momento escogido por el artista para representado en el lienzo.

El cielo es tempestuoso; el viento encrespa las aguas, la lluvia se desata á torrentes... Pero nada arredra á los perseguidores, porque van animados por sus agravios.

Añade la leyenda que al fugitivo se le rompe un remo, y esto le pone en manos de la justicia, que da cuenta de él por todo lo alto.

Aparte la perfecta concordancia que existe entre el asunto del cuadro y su ejecución, es indudable que la obra de Wopfner impresiona profundamente y que en ella ha dado una prueba de vigoroso dibujo al par que de profundo estudio de la naturaleza.

BOSQUEJOS Y DIBUJOS de Gustavo Doré

Entre los diversos dibujos que se conservan como recuerdo del eminente artista Gustavo Doré, hay uno muy característico, «La Abuela,» que llamó la atención por la naturalidad y gracia con que está representado el personaje. Cuando el célebre dibujante fué á Londres, bosquejó también varios tipos, con esa maestría que le caracterizaba, y en los cuales revelábase la prodigiosa rapidez de ejecución, y su habilidad para representar en cuatro pinceladas las figuras que se proponía caracterizar. Ejemplo de ello son «La Madrecita,» bosquejada en el Puente de Londres, y que representa dos escuálidos niños en dos grupos diferentes, y la figura de un pobre anciano con su hijo. Del viaje á Italia de Gustavo se conservan también algunos bosquejos de paisajes, como el que representa la «Vía Mala.» Todos estos dibujos son los que se reproducen en nuestro grabado.

DESDE ROMA

Es bien triste, pero muy cierto, que los más y mejores de nuestros artistas son poco conocidos en la madre patria: tal vez así ocurre porque antes de llegar al apogeo de su fama, la triste realidad les enseñó que una de las grandes verdades del Evangelio es, la de que nadie es profeta en su tierra.

Casi todos ellos hicieron y hacen aquí su carrera y por cierto que en ninguna parte mejor. Roma ha sido y es madre del arte y aun más que esto; hoy es uno de los grandes mercados para el arte: de todas las naciones acuden aquí ricos personajes, que tienen también algo más que dinero: visitan estudios y galerías, compran á mejor precio que en cualquier otra parte, y como desgraciadamente de todos ellos ninguno es español, hé aquí por qué las obras de nuestros artistas que tanto valen, van al extranjero y España carece de ellas. Preguntad á Serra, los Benlliures, Pradilla, Villegas y todos os dirán que no exageramos.

A dar á conocer estas obras, á recordar estos buenos compatriotas que tan alto ponen el nombre de España, tienden nuestras Revistas en las que procuraremos no omitir nada, cuidando mucho también de, al propio tiempo, no decir nada de más.

Los españoles que se dedican aquí al cultivo de las bellas artes, unos son libres é independientes, otros se hallan sujetos á reglamentos; unos viven cómo y donde quieren, otros están acuartelados; para unos la animación del Corso y del Babuino, para otros las soledades de San Pietro Montorio, del histórico Janículo, donde se alza la Academia de España; donde han de vivir los pensionados, no gratis por supuesto, sino satisfaciendo todos sus gastos con la mísera pensión que el gobierno les da para remunerar el talento que manifestaron en las oposiciones y como paga, por adelantado, de las obras que han de constituir los envíos. Menos mal si luego estas obras fueran convenientemente apreciadas, pero no puede menos que dominarnos honda tristeza al recordar la dedichada suerte que les aguarda: los cuadros servirán para adornar los pasillos del Ministerio de Fomento ó para decorar alguna oficina, donde los ennegrecerá el humo del tabaco que se quema en gracias de la holganza. Las estatuas, mal colocadas en bajos, húmedos y oscuros corredores, se caerán á pedazos sin que nadie se aperciba de ello ó servirán de solaz y divertimiento á muchachos mal criados, que pondrán sucia punta de cigarro en los labios que modeló el artista, tal vez pensando en frases que articularon y que excitaron su entusiasmo.

Estos pensamientos nos atormentaban no há muchas tardes, visitando los estudios de los pensionados: quisiéramos hablar de todos, pero los de pintura, Checa y Maura, están ausentes, creo que en Padua, para hacer la copia á que el reglamento los obliga: desde luego afirmamos que serán notables, pues es bien conocido el talento de ambos; á estas horas estudiarán á Giotto y á Mantegna, maestros que tanto y tanto representan en la historia del verdadero arte. Sala, hace estudios que son verdaderos cuadros: pensionado de mérito, con respecto á él debían invertirse los términos y decir que es mérito pensionado: pintará cuadro notabilísimo, lo auguramos, pues entendemos que vino á esto; como artista en Roma no aprenderá nada: tal vez sólo el tiempo le enseñe alguna cosa más. Del maestro Serrano, pensionado de mérito también, no podemos ocuparnos: el autor del *Mitrídates*, tan aplaudido en el teatro Real, escribe ahora una nueva ópera, que en su día juzgarán los inteligentes, sin duda para aumentar los laureles del joven compositor.

Quedan pues allí, en aquel caserón que tiene por igual de cuartel y de convento, los pensionados de escultura, notables ambos; artistas de gran porvenir y cuyas obras revelan ya sin que pueda dudarse el genio de que felizmente se encuentran animados. Jóvenes los dos es de menos años aún Querol, aventajado discípulo de Vallmitjana, para quien corre ahora el segundo año de pensión. Los escultores que vienen á la Academia, tienen obligación de enviar el primer año una figura, el segundo un bajo relieve y el tercero un grupo. Querol tiene terminado el envío del primer año, admirable estatua que representa al *Vencido de hoy*. Bellísima representación del desnudo, revela grandes estudios y extensos conocimientos en el difícil arte de Praxiteles y Fidias: con la espada rota y ceñida la cabeza con la venda que oculta sus heridas, aquel guerrero está en la calmada actitud del que cumplió con su deber; sus ideales, simbolizados en la victoria que lleva en brazos, pueden contar aún con todo el valor que respira aquel rostro varonil medio vuelto, como si mirase desdeñosamente á quien se fuga en su retirada. Querol ha hecho más que debía: el reglamento le pide un estudio; él ha hecho una estatua que acredita su mucho valer, obra que no es una promesa de estudiante, sino una realidad de artista.

Hállase ahora preparando el envío del segundo año, del que muy poco puede decirse aún: se ha inspirado con fortuna en uno de los acontecimientos más dramáticos de la antigua historia romana. Tulia, la hija del sexto rey de Roma, henchida de soberbia, ciega de orgullo, al saber que su marido es rey de la ciudad que se hará eterna, porque ya asesinó á su padre, corre presurosa á saludarlo: el cadáver de Servio Tulio yace insepulto aún al pie del Esquilino y aquella hija desnaturalizada no se para en nada, ni ante los restos de su padre, que quedan hollados por las ruedas de su *biga*, en la que prosigue á pesar de los gritos de espanto que lanzan los de su séquito. Este joven artista de conciencia, ha realizado grandes estudios para llevar su obra á feliz término y más de una vez se le ha podido ver en la vía que por tal acontecimiento aun se llama *Scelerata*, para estudiar el terreno, ó en el museo capitolino donde se conservan en perfecto estado carros como el que debía llevar la que de una manera tan infausta inauguró el reinado de su marido Tarquino el Soberbio. Lo que lleva hecho es notable; la colocación de las figuras acertada, y no hay por qué dudar que como suya será una creación sobresaliente.

Barrón, el otro pensionado de escultura, no desmerece en nada: trabaja activamente en su segundo envío y hace una obra notable desde todos puntos de vista: *Santa Eulalia ante el pretor romano*, es el asunto escogido para hacer el gran bajo relieve que pronto quedará terminado. La joven entusiasta que voluntariamente se ofreció al martirio, confiesa su doctrina, y á su rostro ha sabido llevar el artista una expresión de ardimiento al par que de dulzura que atrae desde luego las miradas; el magistrado, por su actitud y por su expresión, más parece atento á las gracias de la joven, que al delito que comete, pero junto á él se hallan sacerdotes horrorizados y consejeros fanáticos cuyas actitudes son diversas, como son diversas sus facciones, y para que no falte nada, en una obra tan perfectamente estudiada, que su mismo gran movimiento lleva á la melancolía, casi detrás de la santa ha colocado el escultor un joven que parece estar diciendo: «á mí lo mismo me da.» Sinceramente felicitamos al artista que de un asunto tan sencillo, ha sabido sacar tan grandísimo partido.

Entre los artistas libres, esto es, entre los que no están bajo la benévola vigilancia de D. Vicente Palmaroli, hay gran movimiento no sólo moral, sino que también material. Los tres hermanos Benlliure que viven en esta y Silvela salieron para España, no á pasearse como pudiera creerse, sino á seguir trabajando. De los Benlliure, el mayor fué á entregar al Marqués de Campos un cuadro que el rico valenciano le tenía encargado. Representa la distribución de premios en una de las escuelas fundadas por el opulento contratista de los vapores á Filipinas. En esta obra campean todas las buenas condiciones que como pintor atesora Pepe Benlliure; corrección en el dibujo, brillantez de colorido, naturalidad y gracia en el movimiento, en fin todo lo que contribuye á formar un notabilísimo cuadro. El artista ha luchado en él con la no pequeña contrariedad de que todas las figuras son retratos: sobre plataforma casi cubierta de preciosas flores, se ve el tribunal formado por el Cardenal-arzobispo, que ocupa el centro, y los Marqueses de Campos que están respectivamente á su derecha é izquierda: frente á ellos y sobre un taburete, sin duda para que puedan verlo, está un pequeñuelo que, sostenido por una bondadosa hermana de la Caridad, recita alguna composición poética hecha *ad hoc* ó repite aprendida lección que á todos gusta, á juzgar por la expresión de satisfechos que revelan. En el segundo término de esta obra, se ven algunos mudos espectadores de la interesante escena que no pueden menos que fijar nuestras miradas: el artista ha querido que todo esté en perfecta relación y obligado á hacer retratos en los actores de la escena que se representa, ha hecho también retratos en el público que la presencia y entre ellos se reconocen á Pradilla, Villodas y algunos más de nuestros notables compatriotas.

Juan Antonio Benlliure, simpático como todos los de la familia, artista que comienza y al que se le ve progresar por días, marchó también á tomar apuntes para el cuadro que prepara y que aun sin haberlo empezado auguramos que será una nota de color altamente simpática como todas las suyas, en la que campará alguna ó algunas de esas figuras femeniles que tan maestramente toca. De esta familia de artistas, el menor es Mariano, escultor de grandísimo talento cuyas producciones alcanzan ya precios exorbitantes. Por encargo tenía empezada una estatua, representacion de la Música en forma originalísima y de la que hablaremos en su día, y un jarrón de capricho, que será una maravilla. Suspendió sus trabajos y fué á España á estrechar vínculos que formó el corazón: á esta hora Mariano Benlliure se ha casado. Dios quiera que la compañera que Dios le ha formado, sea cuando menos tan perfecta como las obras que salen de sus hábiles manos.

Silvela, y no hay error, pertenece á la conocida familia de los Silvelas: hacemos esta aclaración, pues no faltaría quien sin ella lo pusiera en duda. Es una familia de magistrados, ministros, profesores, militares, diplomáticos, que después de todo son profesiones de tonos sombríos: reunidos casi casi resultaban lúgubres y hacía falta pues una nota de color brillante, que diera luz al cuadro, que formara contraste al menos. Hay familias privilegiadas y esta es una de ellas: ya tiene lo que le hacía falta, un notable pintor, pues sin que pase mucho tiempo, llegará á serlo Mateo Silvela, hijo del serio D. Manuel, varias veces ministro, algunas diplomático y siempre abogado, á quien se hubiera podido predecir mejor un hijo pontífice, que pintor. Discípulo de Casto Plasencia que podría ser llamado el Vigoroso, si fuera costumbre dar á los pintores sobrenombres como á los reyes, Mateo Silvela vino á Roma á seguir sus estudios y debidas á su pincel mostró cabezas que hacen esperar mucho bueno: teniendo presente siempre el natural, trabaja con fe y afán, venciendo dificultades y revelando una notable vista para el color. Juzgóse con fuerzas para hacer algo más que estudios y en verdad que no se le puede acusar de presuntuoso, pues el cuadro que ha terminado acredita sus rápidos progresos. Lo que sin duda favorece más á los artistas que aquí vienen, es la facilidad de adquirir conocimientos y la proporción de estudiar los grandes maestros de todos los tiempos y todas las escuelas: Italia será siempre inagotable mina de riqueza artística, pues apenas si hay poblacho que carezca de joyas de este género: aquí un viaje de recreo, lo mismo por una parte, que por otra, es siempre provechoso, y Mateo Silvela ha sacado opimos frutos de su viaje á Assisi. La patria del Santo á quien llamó Dante *Serafico in ardore*, aquella ciudad que tantos recuerdos despierta, atesora en su catedral estimadísimas obras de Cimabúe y Giotto, de Cavallini y Capanna y allí en aquella cripta reposa el santo caritativo, á quien

con razón creía la gente un emisario de Dios. El artista ha sacado de todo provechosas enseñanzas y en un lienzo de más de tres metros, ha pintado con verdad y acierto una escena ternísima; *San Francisco dando limosna á los pobres*. Vana y ridícula exageración sería decir que el cuadro está exento de defectos; en primer término es una obra humana, en segundo es el primer cuadro de este inteligente joven, que será en el arte tal vez más que sus parientes en la ciencia, pues si sólo á uno de ellos nos atenemos, como pintor el sobrino vale más á sus pocos años, que el tío como ministro, á pesar de sus excelencias tan decantadas.

El lugar de la escena en este cuadro es uno de aquellos macizos claustros que tanto recuerdan la Edad media: en el fondo hay un bello estudio de perspectiva que facilita luz al segundo término: sin la bien estudiada colocación de aquella puerta, tras la cual se adivina el anchuroso patio, el cuadro hubiera tenido que resultar en exagerada penumbra ó faltar á la verdad. A la izquierda, el santo, en la seráfica actitud que le prestan los antiguos maestros y en forma tal que sin querer se recuerda la estatua de Cano, socorre á varios desvalidos que forman interesante grupo: entre ellos hay dos figuras de primer orden por lo acabado del estudio; la del mendigo que se halla arrodillado á los pies de San Francisco y la del viejo infirme que acude presuroso en busca de paños para cubrir su desnudez. Correcto de dibujo y armonioso en la composición hay que esperar más aún de un joven que no pasa todavía de principiante.

No hace muchos días se abrió aquí una exposición de pinturas, á la que han concurrido algunos artistas españoles: de ellos y de los demás compatriotas, hablaremos en nuestras sucesivas crónicas.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

– ¡Cuidado! no hay que jugar con esas cosas, porque nada hay en el mundo tan precioso como la vida.

– ¿Ha sido V. siempre feliz? – preguntó Armengol al hombre que, sentado á los pies de la cama, hacía todo lo posible por consolarle.

– ¡Jinojo! de todo ha habido en mi viña; pero qué quiere V., con este carácter que Dios me ha dado, que me hago á todo, siempre he tomado las cosas por la cara mejor con que se me han aparecido.

El que esto decía era un pobre señor, como de unos sesenta años, con el pelo entrecano y aun abundante; de rostro jovial y bonachón; de ojos un tanto vivos, pero poco penetrantes en su mirada; delgado de cuerpo, bajo de estatura, ligero en el andar, grave y sentencioso en sus palabras, pero de muy escaso magín y de cortísimos alcances.

Vestía con modestia, pero con aseo. Su traje se componía de un gaban ajustado al cuerpo, un chaleco y un pantalón, todos de una misma tela y de color oscuro con ciertos visiumbres azules y morados.

No bebía, ni jugaba, ni se le conocía vicio alguno si no era el de fumar, y esto con moderación y de lo más barato.

Empleado en Hacienda con cuatro mil reales, allá cuando contaba sólo veinte años, había seguido cobrando el mismo sueldo hasta la edad en que le hemos conocido.

Él, á pesar de tan corto progreso en sus honorarios, había permanecido contento y satisfecho durante todo este tiempo, y cuando alguno le hacía alguna observación sobre el poco haber que cobraba, respondía con la mayor mansedumbre:

¿Y yo para qué quiero más? Con esta cantidad que á algunos parece tan pequeña, tengo yo lo suficiente para vivir, eso sí, con modestia, y aun siempre me sobra con qué echar, al cabo del año, alguna cana al aire.

Pocas, en verdad, echaría el menguado, si no eran las suyas, con tan mezquino patrimonio.

– ¿Y doña Antonia? – preguntó Armengol después de una breve pausa.

El empleado, por toda contestación, comenzó á dar voces saliendo al corredor.

– ¡Antonia! ¡Antonia! que D. Angel pregunta por tí.

– Ya, ya voy, – contestó ésta desde su habitación.

En efecto, á los pocos momentos salió la vecina, toda apresurada y confusa, y se dirigió al cuarto del enfermo.

Llevaba en la mano izquierda un plato y sobre él una taza bastante honda, llena de caldo, que para que se enfriara un poco iba agitándolo por el camino con una cuchara que llevaba en la mano.

– Don Angel, V. me dispensará si no he venido antes á traerle lo que yo, sin saber jota de medicina, creo que no le sentará del todo mal, – dijo la buena mujer mientras entraba en la habitación de nuestro joven.

– Señora, – replicó éste lleno de dulzura, – no llamaba yo á V. por eso, sino por saber de quién tan bien se porta conmigo; del ángel cariñoso que en medio de mi tristeza y abatimiento me consuela de la manera que usted, doña Antonia, sabe consolarme.

– Vamos, Antonia, no te aturdas con los piropos y requiebros de D. Angel, – dijo el viejo con el tono jovial que le era característico. – ¿Ves? ya has derramado el caldo, ¡torpe! Ea, date prisa; dáselo pronto á nuestro vecino y que le sirva de salud y provecho Yo ya me marcho á la oficina. D. Angel, con permiso de V. voy á ver qué hora es en su reloj; porque el mío ya hace días que el maldito no quiere andar. ¡Pues si son ya las diez! Señores, hasta la vista. Que V. se quede con Dios.

Diciendo esto, sin dar tiempo á que ninguno de los dos que con él estaba le contestase, puesto el sombrero y con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del gabán, tomó las escaleras abajo y se encaminó hacia la oficina, temeroso de que por llegar unos minutos más tarde de lo establecido, le fuesen á quitar su empleo, que sería lo que él hubiera sentido más en el mundo.

Quedáronse, pues, solos Armengol y Antonia. Aquél tomando el caldo; ésta de pie junto á la cama.

– ¡Cuán buena es V.! – dijo Angel.

– ¿Por qué soy buena? – repuso la vecina.

– No es menester discurrir mucho para saber que lo es usted

– ¡Ba! esto no merece la pena; lo que importa es que usted se ponga bueno, y salga pronto á la calle, y frecuente las tertulias y los salones de los grandes señores, y vea tantas señoras guapas como hay en el mundo, y que encuentre una que, en ocasiones como esta, le dé todos los consuelos á que es V. acreedor.

– Antonia, nunca he creído en tales consuelos.

– ¿Cómo que no?

– Dispénseme V., no lo digo por V., á quien verdaderamente estoy reconocido; dígolo por esa mujer de quien poco há me hablaba usted.

– Según eso no cree V. en el amor.

– Bajo ningún aspecto.

Antonia se mordió los labios al oir esta última declaración del joven, y miró hacia la puerta para ocultar el gesto de enojo que adoptó su semblante.

Tal revelación había sido para ella como una luz aparecida de pronto en el momento de espiar, á favor de las tinieblas y el misterio, un subterráneo donde se ocultara un tesoro, custodiado por vigilantes guardias.

El amor de Armengol había sido el sueño que había acariciado con más gusto Antonia, el tesoro ambicionado con mayor ansia por ella, desde la primera vez que le vió.

Todos sus pensamientos fueron desde entonces para él. Todos sus deseos se cifraban en verle, hablarle, tomar con él conocimiento, merecer su confianza, su intimidad, poderle mostrar, á despecho de todas las cosas é inconvenientes que se pusieran como obstáculos, el amor que le tenía, la pasión que la dominaba y que la hacía padecer horriblemente.

Antonia era una de esas naturalezas nacidas sólo para amar, y á quienes, por lo mismo, una fatal circunstancia deja y priva de ese elemento esencial y necesario á su existencia.

Es como si á un ave, creada para volar por el espacio, se la sumergiera en el fondo de las aguas; lucharía, se revolvería en todos sentidos, abriría las alas, éstas se le troncharían bajo el peso enorme de las ondas, y terminaría irremisiblemente por ahogarse, si una mano invisible no la sacase de aquel sitio donde sólo le aguardaba la muerte.

A Antonia, educada en medio del más religioso, pero también del más absurdo recogimiento, se la había acostumbrado desde muy niña á renunciar á su voluntad y á su franca y sincera manifestación en las palabras y en las obras.

Los impulsos, aun los más puros de su corazón, se habían estrellado siempre contra una roca que, al salir de la férula paterna, arrebatarían como torrente desbordado, para el que nada puede detener al borde del abismo.

Ya había llegado para Antonia el momento de romper todos los frenos que la sujetaban, los grillos que la tenían en prisión, la cárcel en que, sin culpa alguna, vivía triste, sin luz y sin esperanza de libertad su alma atormentada.

Si Armengol no hubiera pasado ante sus ojos, Antonia hubiera permanecido algún tiempo aletargada, pero al fin el sol la hubiera despertado y vivificado con sus rayos.

A los treinta años una mujer como Antonia, que ha pasado su vida sin amores, cuando éstos llegan á desflorar su corazón de virgen, no son ya un sentimiento más ó menos puro que se apodera de la niña, un sueño ideal y risueño de la fantasía que nos eleva á regiones imaginarias, conviértense en una cosa más real, más grosera, más apremiante, se truecan de sentimiento purísimo en rastrera necesidad.

Que nadie, pues, eche sobre Antonia más culpas que las que por la naturaleza y la educación buenamente le caben á todo mortal que anda por la tierra.

Antonia, pues, quedó profundamente consternada al escuchar de labios del que amaba con locura, una profanacion: tal la creyó ella del amor dios á quien rendía entonces toda su alma.

Armengol, por su parte, al manifestar su irreligión en esta clase de culto, había dicho lo que sentía.

El amor había sido para él como un entretenimiento; cuando más un motivo de orgullo. Ser amado por una mujer hermosa y distinguida, codiciada de muchos, objeto de la universal admiración, llamarse su amante en presencia del gran mundo, acompañarla en paseo, caracoleando con el caballo junto á su carruaje, oir de los amigos plácemes y felicitaciones, hé aquí todo lo que hasta entonces había comprendido por esta pasión.

Armengol, luego que hubo tomado el caldo, le dió la taza á su enfermera con muestras de agradecimiento.

Esta vez Antonia no dijo nada en excusa del poco mérito de sus ofertas y servicios.

Por un corto rato permaneció indecisa, de pie en un mismo sitio, sin acertar á dar un paso.

Armengol la miró atentamente, y de pronto exclamó.

—¡Antonia! ¿por qué llora usted?

Antonia no supo qué contestar á esta pregunta.

Echó á andar pausadamente hacia la puerta.

– ¡Don Angel! – murmuró entre sollozos al llegar á ella. Solo Dios sabe lo que pasa en este momento por mi corazón. He sido una loca. He olvidado que pertenezco á un hombre y que no puedo ser... de... nadie más que de él. ¡Adiós para siempre!

Y desapareció.

IX

LA MUJER DE FUEGO

Luego que quedó solo nuestro héroe, se puso á discurrir acerca de la escena que había ocurrido en aquel sitio pocos momentos antes.

De reflexión en reflexión sobre lo que son las mujeres en general y lo que sería particularmente Antonia, llegó á adquirir cierto interés hacia ésta, muy distinto de los que hasta entonces había cobrado su alma por mujer alguna.

Presumió el extraño sentimiento que había despertado en aquel corazón dormido y sereno, al parecer, como un lago rodeado de montañas, á donde no penetra el aire y en cuya superficie sólo se refleja el azul purísimo del cielo.

Halagóle en cierto modo esta consideración. Ser amado por una mujer como Antonia, cuyo corazón, no había que dudarlo por las señales exteriores con que se había patentizado, era uno de los más puros, generosos y apasionados que podían hallarse, era cosa para envanecer á cualquier hombre.

Armengol concibió, pues, por Antonia cierto afecto, el cual, aunque él no se daba clara cuenta de la clase que fuese, no estaba muy lejos de parecerse al amor.

El resto del día trascurrió sin que acaeciese nada de particular.

Al anochecer sintió pasos en la puerta de su cuarto.

Era la portera, que, por encargo de Antonia, iba á suministrarle cuanto le fuese necesario.

Armengol comprendió entonces con toda claridad la pasión que le profesaba aquella mujer, pasión doblemente grande por el crimen que suponía al llegar á tener efecto.

Armengol, ya más aliviado de la calentura, durmió bien aquella noche.

Cuando despertó á la otra mañana, halló sobre la silla que le servía de dama de noche, un papel doblado.

Este papel estaba escrito: era una carta.

Antonia la autora de ella.

La carta decía lo siguiente:

«Señor D. Angel: Perdonad ante todo á una mujer que va á confesar su falta. Sin duda que mi conducta seguida hasta ahora para con V. es reprochable, pero más hubiera llegado á serlo si ya yo no hubiera hecho el propósito de cortar, en raíz todavía, esta inclinación que, andando el tiempo, podría ser causa de algunas desgracias.

»¿Por qué se lo he de negar á V.? Le amo, sí, le amo con toda mi alma. Aunque unida á otro hombre que no es V., por vínculos sagrados, yo siempre había soñado con otro amor. Le ví una vez, y le adoré con frenesí.

»Usted ignora las locuras, las quimeras, los medios que he puesto en juego para llegar hasta su intimidad; porque si bien es cierto que ya desde su principio nos conocíamos, y nos saludábamos, y sabíamos nuestros respectivos nombres, yo anhelaba más que todo esto; mi corazón ardía constantemente en una llama que, sólo aproximándose, uniéndose, confundiéndose con otra, podía producirse la luz que alegra y calma, y no el fuego que abrasa y que consume.

»Acaso extrañará V. este lenguaje en boca de una mujer. Pero no soy yo la que hablo; es mi pasión. Además, ya no soy una niña para ocultar hipócritamente los sentimientos más profundos de mi alma.

»¡Ay! D. Angel, soy muy desgraciada. Ruégole me compadezca en mi desdicha.

»Otra cosa le suplico también: ¡por favor! no haga usted nada por verme; es más, se lo prohibo.

»Adiós, Angel; recobre pronto su salud y sea feliz.

»No olvidará á V. nunca, – *Antonia*.»

Armengol, con la lectura de esta carta, sintió nacer dentro de su alma algo que ahogaba su vanidad de hombre.

Dos días trascurrieron sin que Armengol saliese de la perplejidad en que le había sumido el escrito singular de Antonia.

Por fin, al tercer día, se decidió á escribirla rogándola viniese á verle por su cuarto, donde hablando se entenderían mejor.

Cogió la pluma y trazó sobre el papel algunas palabras que borró y sustituyó con otras. Pareciéndole éstas tan poco acertadas como las primeras, rompió el papel y pensó que mejor sería ir á visitarla él mismo.

Procuró levantarse de la cama á pesar de sus debilitadas fuerzas. Hízolo en efecto; vistióse, y yendo apoyado con la mano en las paredes, llegó á la habitación de su vecina.

Lo primero que experimentó Antonia al verle entrar fué un sentimiento de alegría.

Después, por una reacción súbita, sintió un afecto contrario.

Esto la desconcertó y turbó de tal manera, que no pudo articular palabra alguna, ni moverse del sitio en que se encontraba.



LA MERIENDA, cuadro de J. Geoffroy



PERSIGUIENDO Á UN CANALLA, cuadro de José Wopfner



BOSQUEJO, de Gustavo Doré

Angel llegó hasta ella, y, tendiéndole la mano, le dijo:
– ¿Cómo está V., Antonia?

Ella contestó con una fórmula vulgar al saludo.

Antonia, al pronunciar estas frases y estrechar la mano de Armengol, estaba convulsa, mostrando por la palidez de su rostro lo mucho que sufría en aquel momento.

El joven, comprendiéndolo todo, repuso:

– No; pues lo que es V. no está bien

– Angel, no me atormente V. más, – replicó Antonia.
– Es cierto, no estoy bien. No lo estaré nunca. Soy muy desgraciada.

Sus ojos se humedecieron al acabar de decir esto.

Armengol estrechó una mano que Antonia le tendió.

(Continuará)

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

Inocencio Negro estaba llamado á tener un porvenir más oscuro que su apellido, y como la suerte ó la desgracia empiezan á manifestarse desde bien temprano, las desdichas de nuestro protagonista comenzaron desde el momento de su nacimiento.

Hijo de un matrimonio que se había pasado quince años esperando un heredero, excusado es decir que sus progenitores le prodigaron toda suerte de cuidados cuando encerrado en la prisión del claustro materno no podía disfrutar de ellos. Mas ¡ay! su bondad innata no quiso sin duda prolongar la impaciencia que devoraba á los autores de sus días é Inocencio se decidió á traspasar los umbrales de la vida antes del plazo marcado por la ley. Aquel rasgo de magnanimidad, con que voluntariamente se condenaba á la condición de siete-mesino, tuvo fatales consecuencias. Su madre perdió la vida al darle á luz, y su padre, no pudiendo soportar el rudo golpe que le privaba de su compañera, se ahorcó de la reja á través de cuyos hierros Inocencio recibía los primeros rayos del luminar del día.

***

La temprana orfandad de nuestro personaje no impidió que con más ó menos trabajos, llegara á la edad en que la palmeta de un dómine nos hace envidiar la suerte de esos pájaros que aprenden todo cuanto tienen que saber sin que nadie coarte su libertad; y en ese período Inocencio demostró que su índole era tan bondadosa como negro su sino. Jamás se proponía un premio en la escuela á que él con una constancia digna de mejor suerte no aspirase; pero siempre había otro que, con menos trabajo y menos mérito, se llevaba la recompensa apetecida. En cambio, los palmetazos que merecían todos, venían á parar á él, y cuando llegaba un día de asueto no faltaba una importuna fiebre ó una impensada indigestión que le retuviera en el lecho privándole de los juegos extraordinarios con que se solazaban sus compañeros. Estos incidentes acabaron por granjearle una poca envidiable reputación, precedido de la cual se presentó á tomar el grado de bachiller.

En los ejercicios de aquel acto tuvo la debilidad de desarrollar los temas que habían tocado en suerte á uno de sus compañeros y éste mereció los más entusiastas plácemes del tribunal. A él, por el contrario, se le acusó de haber copiado los trabajos del otro y por unanimidad fué reprobado.

***

Tales contratiempos al principio de la vida, hubieran acabado por ennegrecer una conciencia cualquiera; pero Inocencio Negro estaba dotado de un alma á prueba de infortunios, y, persuadido de que la propia satisfacción es la gran recompensa de la virtud, se resolvió á vencer la mala fortuna á fuerza de heroísmo.

Con tal propósito entró en una casa de comercio, que consumió un voraz incendio al día siguiente de su entrada en ella. En medio de la desolación general viendo pintada en el rostro de su principal la más cruel de las desesperaciones, no dudó un momento en arrojarse en medio de las llamas para salvar la caja. Chamuscado hasta las cejas, cubiertos sus brazos y sus piernas de horribles quemaduras, logró, con gran peligro de su vida, llegar hasta el arca de hierro en que estaban encerrados los valores, y en la imposibilidad de cargar con ella hizo saltar la tapa de un hachazo y retiró los fondos.

Mas ¡ay! el fuego los consumió en sus manos y al salir milagrosamente de aquel verdadero infierno de llamas y de escombros, un agente de policía se apoderaba de él. Un mes después se le condenaba á cinco años de presidio correccional por haber tratado de apoderarse, á favor de un incendio, de una fortuna que no corría riesgo alguno en una caja de hierro.

***

Un día estalló una sublevación entre los penados del correccional en que se encontraba; su natural bondad le hizo ponerse de parte de sus jefes, pero creyendo salvar á uno de los empleados del presidio, atrancó con resolución una puerta, dispuesto á que nadie la abriera si no pasaba antes sobre su cuerpo. Por desdicha la salvación del desgraciado empleado estaba en aquel paso, y mientras nuestro héroe creía impedir que los perseguidores le alcanzaran, lo que hizo fué embarazar su fuga y dar lugar á que le asesinaran. El premio de aquella acción fué su traslado á Ceuta con la pena de veinte años de grillete.

Después de consultar largamente con su conciencia, se decidió á aprovechar una coyuntura y se fugó del presidio. Vuelto á Madrid, cambió de nombre y con ello creyó haber despistado á la fatalidad. Con tal seguridad volvió á practicar el bien, diciendo para su coleto:

– Ahora sí que mi tarea no será infructuosa.

***

Una tarde volvía de la romería de San Isidro, ve un caballo desbocado que arrastra en pos de sí un carruaje amenazando precipitarse en el río, y sin darse tiempo de pensar en los peligros á que se expone, se arroja á detener al indómito animal. Al sujetarle cae en tierra y se disloca un brazo, se fractura una pierna y se infiere una ancha herida en la cabeza; pero está satisfecho. Su cuerpo ha separado al animal del camino trazado y ha



BOSQUEJO, de Gustavo Doré

impedido una caída que todos tenían por inevitable. Sin embargo, el caballo no se detiene y se precipita en la pradera y allí aplasta á un viejo, dos mujeres y tres niños. Como detalle debemos hacer constar que dentro del carruaje no iba nadie.

***

Disgustado esta vez de los actos heroicos, Inocencio Negro se decide por hacer el bien humildemente, y desde luego se consagra al alivio de los desdichados. Entonces reparte su dinero entre las mujeres pobres, pero sus maridos lo derrochan en las tabernas; provee á los obreros de buenas mantas de Palencia, pero los infelices, habituados al frío, no pueden sufrir el cambio de temperatura y se ven diezmados por las pulmonías; por último, recoge á un perro vagabundo y á los pocos días atacado de hidrofobia muerde á seis personas del barrio.

***

Inocencio comprende que el dinero mal distribuído hace más daño que beneficio y se decide á concentrar en un solo sér toda su filantropía. Para llevar á cabo su propósito, adopta una huérfana que no tenía nada de hermosa, pero que estaba dotada de las más bellas cualidades. Tales ternuras paternales desplegó al educarla, de tantas atenciones supo rodearla, que una noche arrojándose á sus pies la doncella, le confesó que le amaba.

El se esforzó en hacerla comprender que siempre la había mirado como una hija y que conceptuaría un crimen ceder á la tentación, acabando por demostrarla paternalmente que había tomado por amor lo que no debía ser otra cosa que la crisis de una naturaleza apasionada.

Más que con aquel razonamiento creyó haberla calmado con la promesa de buscarla un esposo digno de sus virtudes y con esto quedó tranquila su conciencia; pero bien pronto debía convencerse de su error. Al día siguiente se encontró á la puerta de su habitación el cadáver de la desventurada joven, que se había atravesado el corazón con un puñal.

***

De repente Inocencio Negro renunció á su papel de providencia de los desgraciados y se hizo la promesa de no meterse á practicar el bien de otro modo que oponiéndose al mal.

Poco tiempo después la casualidad le puso sobre la pista de un crimen que un amigo suyo se disponía á perpetrar. Nada le hubiera sido más fácil que denunciar al criminal á la policía; pero temeroso de que la trama se deshiciera por falta de pruebas, prefirió coger todos los hilos y para ello fingió tomar una participación en el asunto. El resultado fué que el criminal acabó por advertir su juego y con pasmosa habilidad arregló las cosas de modo que el crimen se perpetró y él quedó á salvo, y, recayendo todas las sospechas en el que se había propuesto descubrir el crimen, el preso fué Inocencio Negro.

***

El informe fiscal contra nuestro personaje fué una verdadera obra maestra de lógica. En él se recordaba toda la vida del acusado, su infancia deplorable, sus castigos en el colegio, sus malas notas en los exámenes, la audacia de su primera tentativa de robo, su complicidad odiosa en el motín correccional, su evasión de Ceuta y su vuelta á Madrid con un nombre supuesto. A partir de este momento especialmente el ministerio fiscal rayó en el más alto grado de elocuencia forense. Apóstrofes conmovedores le sirvieron para estigmatizar á aquel monstruo de hipocresía, á aquel corruptor del proletariado que para satisfacer las más repugnantes pasiones enviaba á los maridos á beber á la taberna con su propio dinero, á aquel pseudo-bienhechor del cual no se había podido averiguar si de lo que trataba era de granjearse una popularidad encaminada á malos fines ó de acabar con los hombres honrados y trabajadores. Sólo haciendo escrupulosísimas salvedades se atrevió á profundizar la refinada perversidad de aquel malvado que recogía perros rabiosos para lanzarlos sobre los pacíficos vecinos, de aquel demonio que hacía el mal por el mal y que se dejaba estropear por un caballo desbocado ¿para qué? para darse el incomprensible placer de verle revolverse entre la multitud y aplastar débiles mujeres, decrépitos ancianos é inocentes niños. ¡Ah! ¡semejante miserable era capaz de todo! Sin género alguno de duda, su vida había sido una larga cadena de crímenes, de la que su habilidad había ocultado los más sólidos eslabones. En cuanto á aquella desvalida huérfana que había educado y encontrado un día muerta en su casa, ¿quién podía dudar que él la había asesinado? Aquel crimen era de seguro el epílogo sangriento de uno de esos dramas infames en que se mezcla todo cuanto de bajo y repulsivo existe en los más odiosos instintos.

Después de tan extenso tejido de maldades no era preciso insistir sobre el último crimen. En él, á pesar de las impudentes negativas del acusado, la evidencia era absoluta, y al dejar caer sobre él todo el peso de la ley se castigaba no ya á un gran criminal, sino á un genio del crimen, uno de esos monstruos de malicia y de hipocresía, que llegan á hacer dudar de la virtud y mirar con repugnancia á la humanidad.

Ante semejante informe, el abogado defensor no pudo hacer otra cosa que recurrir al gastado tema de las enajenaciones mentales. Su discurso reveló grandes conocimientos científicos, habló de casos patológicos, disertó, apoyado en la autoridad de los más doctos escritores, de la *neurosis del mal*, presentó á su cliente como un mo-



BOSQUEJO, de Gustavo Doré

nómano irresponsable y concluyó diciendo que tales aberraciones del cerebro las corrige un alienista, pero no se entregan al verdugo.

Demasiado sabía que sus levantadas frases le conquistarían un honroso puesto entre los oradores forenses, pero que no llevarían el convencimiento al ánimo del tribunal. Con efecto, en todas las instancias Inocencio Negro fué condenado á muerte, y los hombres virtuosos, feroces siempre cuando se trata de castigar el crimen, saludaron con entusiasmo aquel fallo.

***

La muerte de nuestro héroe fué como su infancia: ejemplar, pero desgraciada. Subió al patíbulo sin temor y sin afectación; la tranquilidad de su conciencia imprimió á su rostro la impasibilidad del mártir; y todos tomaron aquella serenidad como un último acto de cinismo.

En aquella época todavía no se había usado en España el garrote: la muerte que se daba á los reos era la de horca. En el momento supremo, sabiendo que el verdugo era pobre y padre de familia, le anunció con dulzura que le había legado toda su fortuna. El ejecutor de la justicia, conmovido ante este rasgo, debió tener el pensamiento de salvarle y al desprender el cuerpo del desdichado la cuerda se rompió.

Sabido es que en aquellos tiempos, cuando ocurría un incidente de esta naturaleza, la sentencia se daba por cumplida y el reo era perdonado. Al ver caer el cuerpo, un grito de *perdón* sonó por todos los ámbitos de la plaza de la Cebada; mas ¡ay! cuando se levantó de las piedras á nuestro desdichado protagonista, más que un hombre parecía una masa informe de huesos rotos y músculos macerados. Aquel incidente sólo sirvió para que su agonía se prolongara durante algunas horas.

***

La historia del desventurado Inocencio, que he sabido muchos años después de su trágico fin, me hizo un día concebir el propósito de exhumar sus restos y ponerles un epitafio digno de sus virtudes; pero ¿quién es capaz de encontrar sus cenizas en la fosa común en que yacen todos los ahorcados?

Sin embargo, fuerza me es confesar que otras han sido las causas que me han impedido realizar esta obra de vindicación de un hombre honrado. En la fosa común en que yace nuestro héroe hace tiempo que no se entierra ya y su vasta extensión se ha cubierto de floridos jaramagos y de crecidos zarzales. Sólo un espácio como de cuatro pies ha quedado escueto y desnudo de toda vegetación. Para mí no hay duda alguna. Ese trozo es la sepultura de Inocencio Negro.

ANGEL R. CHAVES

PAISAJE

II

Un escritor, un jurista por cierto, Carlos Salomón Zacharía, ha dicho: «el desierto, la palma, el camello, la tienda, el beduino forman un todo indivisible.» Esta relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el mundo natural, en suma, y el hombre, relación que se imprime en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende á nuestros gustos, hábitos, artes, á la obra y modo entero de la vida, se advierte por extremo en la región que se despliega sobre la falda Sur de este tramo central de los montes Carpetanos. La raza, las ciudades, las habitaciones, el modo de vivir, el carácter, se corresponden en unidad perfecta. Repárese, por ejemplo, en el traje con su reducida gamma de colores. El negro, el blanco, el pardo, preponderan despóticamente; y sobre este fondo, luego, se destacan sobrias notas de azul oscuro y rojo. Más al Sur todavía, esta gamma se va reduciendo, hasta apagarse en el negro vestido de los toledanos; pero desde allí comienza á abrillantarse más y más, culminando en el iris espléndido de las andaluzas. Al N. de la sierra, en Avila, en Segovia, en Salamanca, se reproduce igual fenómeno; nuevas notas se añaden, sobre todo visibles en el pintoresco atavío de las charras, y sigue así creciendo y enriqueciéndose más por León, Asturias y Galicia, aunque sin llegar á las pompas del Mediterráneo. ¿Hay mayor prueba del organismo universal de la vida?


LA ABUELA, dibujo de Gustavo Doré

Rompamos un momento los vínculos de la servidumbre cortesana y vámonos al campo, que está mucho más cerca de Madrid de lo que tantos se figuran. Subamos, por ejemplo, desde la estación de Villalba, por la carretera, dejando á la derecha la entrada al valle del Berrocal, que riega el Manzanares, con sus pueblos, resguardados entre la Maliciosa y el Serrajón; y á la izquierda, en medio de las dehesas, á Alpedrete y Collado Mediano. Parémonos en la venta de las Salineras, volviendo cara al Sur, hasta dominar otro valle más alto, el de Navacerrada, ya á nuestra izquierda entonces; y al frente toda la anchurosa región central del Tajo, que limitan al O., primero, los montes del Escorial, en la falda de los cuales se destacan los tonos fríos del Monasterio; después la Paramera de Avila; más allá, la sierra de Gredos: en lontananza, la Oretana; y de otro lado, por Levante, hacia el Sur, Somosierra, entre cuyas últimas estribaciones se continúa la ancha meseta que atraviesa el Tajo para llevar sus aguas por Extremadura á Lisboa. Subamos todavía; ya comienza el pinar, que va poco á poco espesándose por toda la rápida pendiente, á uno y otro lado del camino. A nuestros pies, en el fondo del valle, al Oeste, tenemos á Cercedilla; más al Sur, Los Molinos; luego Guadarrama: los tres pueblos, con su color severo, que apenas se destaca del paisaje, en uno de sus más hermosos repliegues.


VÍA MALA, dibujo de Gustavo Doré, (tomado del natural en su último viaje á Italia)

Dejamos muy atrás la zona de la vid; estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos á la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desnivel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplaremos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsain, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al E. del cual se extiende el suave cordón, que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modelado hasta perderse en el celaje; y al O., la cadena de la Cordillera viene corriendo por cima del Escorial á cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo, multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más ó menos pronto llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente Norte, el Eresma, el Valsain, el Clamores, el arroyo de Moros, que van á acabar en el Duero.

Jamás podré olvidar una puesta de sol, que, allá en el último otoño, ví con mis compañeros y alumnos de la *Institución Libre* desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amoratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces, sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortedad y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional, á carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizá murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor á las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza.

El cuerpo, por su parte, enteco, muelle, decaído, sin aquel vigor varonil que el griego estimaba señal del ciudadano, tiembla de la humedad, del calor, del viento, de la lluvia, del frío, víctima de un sistema nervioso en perpetua corea; huye del aire libre como de su mayor enemigo y pone por ideal del hombre sano una especie de crisálida, revuelta en innumerables estratos de vidrio, lana y algodón y medio podrida entre la mugre de sus exudaciones pestilentes.

Y sin embargo, para sentir en nuestra alma impresión como aquella, y en nuestro cuerpo el roce vivificante de la Naturaleza maternal, no hay que emprender la peregrinación á los Alpes, ni á Sierra Nevada, ni á los Picos de Europa, ni siquiera á la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuerga al Manzanares; ni aun adelantarse hasta las Cabezas de Hierro, y los espléndidos valles que dominan; sino soportar hora y media de ferrocarril, dos de diligencia y hacer á pie un trayecto como el que cualquier madrileño tiene que recorrer desde su casa á cualquier parte por céntrico que viva...!

Pero es ley que todo pueblo, dormido en secular postración, cuando despierta de nuevo á la cultura, no pueda comenzar por volver los ojos hacia el horizonte más cercano, sino á los más distantes. La misma ley que lleva á sus pensadores, como á sus políticos, á estudiar antes la ciencia, la historia, las instituciones de otros pueblos que las del suyo propio, arrastra á sus viajeros á contemplar y gozar el paisaje remoto, mientras llega aquel día en que el desarrollo de la cultura en su nación, y el de la suya propia, le permitan tender la mano para coger el fruto, menospreciado tanto tiempo, con tenerlo tan cerca. Tal acontece en España, y por tanto en Madrid, donde la in-



Viaje á Filipinas. (Cuadrillero)

mensa mayoría de la gente se abrasa y consume en la fiebre de los negocios, en la de la política, y hasta en la del pensamiento y el estudio (tan grave y dolorosa como las demás) ó se aburre en la estéril pereza. Apenas la caza redime á unos cuantos de esta anémica vida ultra urbana; pero es por muchos modos impotente, y en particular por lo que desconcierta con el tono general de esa vida, para compensar su desequilibrio y labrar en las honduras del espíritu camino de regeneración y de progreso. La organización de sociedades alpinas, ó de excursiones, al modo de las de Cataluña, contribuiría sin duda y de mejor manera á aquel fin; especialmente, si pudiesen evitar las formas frívolas, vulgares é insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros.

F. GINER DE LOS RÍOS

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

No hay muebles, ni ropa blanca, ni batería de cocina; los trajes y las alhajas, á veces muy ricos, se pueden colocar fácilmente en dos ó tres arcas y algunos *tampipi* (1). La caseta, más ó menos grande, elévase sobre unos pilares de la altura del hombre; las paredes se componen de bambú, así como el suelo; el tejado se forma con *nipa;* en la habitación no suele haber más que una sala; y las ventanas se cierran imperfectamente con ruedos de nipa. En toda la construcción no se emplea ni una pulgada de hierro, pues las diversas piezas se ajustan y unen por medio de ligaduras de bejuco. Estas casetas responden en suma bastante bien á su destino; su elevación sobre el suelo las preserva de la humedad; y es preciso que los terremotos sean muy violentos para deteriorar sensiblemente este conjunto elástico que se dobla y endereza como un junco.

La lluvia no cesa, y es preciso continuar la marcha. En medio de un nuevo diluvio franqueamos las escarpadas pendientes que nos separan del pequeño caserío de San Pedro, cerca del cual nos embarcamos, dirigiéndonos hacia Sula entre un dédalo de altos islotes, cuyo terreno queda oculto por la vegetación. La lluvia cesa por fin, y contemplamos con placer este maravilloso paisaje, animado por la gritería de los monos. Sula es un caserío muy pequeño, que sólo cuenta algunas viviendas, perdidas en medio de gigantescos árboles; pero el anclaje tiene mucha importancia; es profundo y seguro, y admirable para albergar á los buques sorprendidos por los temporales del Este en el golfo de Albay. En Sula encontramos indicaciones que precisan nuestro itinerario, y muy pronto abordamos la isla de Cagraray por una playa de fina arena, cerca de la punta de Sula. A pocos pasos de la orilla elévase un ribazo calizo de unos treinta metros de altura, fácil de escalar, gracias á las grietas que le surcan en toda su extensión, y también á las *baletes* (2), cuyas ramas y troncos nudosos se prolongan hasta la cima como una red gigantesca. Con ayuda de los muchachos, que se deslizan por las ramas con la agilidad de un mono, pues llevan los pies descalzos, encontramos muy pronto la caverna buscada, que más bien es una gruta de refugio, dividida en dos; su posición es muy pintoresca, pero carece de la majestad fúnebre de la gruta del Levante. Recogemos los cráneos, y damos á este nuevo osario el nombre de *Karabas* (3), á causa del arrecife que hay enfrente, cuya forma se asemeja á la del búfalo.

12 setiembre, domingo. – Nos han despertado al amanecer el tañido de las campanas y las detonaciones de los petardos; estamos en el solemne día de Nuestra Señora de la Natividad, patrona de Albay. ¡Qué fiesta! El gobernadorcillo, rico bicol, nombrado últimamente, quiere señalar su entrada en la Administración con regocijos memorables. Hace más de un mes, los jóvenes de la ciudad, convertidos en actores, ensayan un gran drama escrito por un poeta adocenado; los muchachos construyen centenares de farolillos de papel de color, sostenidos por una ligera armadura de bejuco; y el *Cebú* acaba de llegar de Manila cargado de provisiones de toda especie.

Por la noche, después de unos magníficos fuegos artificiales, el pueblo cambia de aspecto. ¡Ah! el gobernadorcillo ha hecho bien las cosas; todas las casas están iluminadas; en las principales calles, los arcos triunfales, los palacios y obeliscos de bambú, llenos de farolillos, inundan de luz toda la ciudad; y en las avenidas, un inmenso número de estos faroles de color, extiéndense en una doble fila hasta perderse de vista debajo de los bananos. A la luz de esta iluminación fantástica, á pie, á caballo, ó montados en búfalos, corren presurosos hacia el teatro los que creen llegar tarde, pues nadie quiere perder una sola palabra del drama que se debe representar esta noche, y que parece ser de los más patéticos.

La multitud está en pie al aire libre, en una inmensa explanada que hay frente al teatro, el cual, construído en ocho días, sólo puede contener á los notables del pueblo, que se colocan á ambos lados en dos palcos; las autoridades toman asiento en el escenario, como lo hacían los grandes señores de la época de Luis XIII en el palacio de Borgoña. La orquesta, es decir, la murga de Albay, se acomoda también allí, y aunque funciona desde la mañana, sigue tocando con una furia siempre igual. La acción que se desarrolla á nuestra vista es sumamente complicada, pero la maquinaria del teatro, tan sencilla como la que bastaba á Shakespeare. Dícese que ante la corte de Isabel un cartelón clavado en los bastidores reemplazaba las decoraciones; pero aquí falta hasta el cartel. Los actores, que al salir á la escena exclaman: *¡Qué horrible soledad!* ó bien: *Saludo temblando á Vuestra Majestad*, son los que nos indican que estamos en un desierto ó en un palacio; en el fondo del teatro, sobre la cortina que separa el escenario, hay un estrado que sirve á la vez de tribuna, de trono y de cámara nupcial; una escalera, ó más bien, una escala, que llega al tejado, representa las montañas y los abismos, donde reinan los monstruos horribles que durante el día han abandonado sus guaridas para asistir á la procesión del pueblo.

Antes de nuestra llegada, la *princesa de Constantinopla*, después de mil peripecias, ha sido arrebatada de la corte de su padre, por un pastor, poderoso mágico que la ha trasportado á las cimas más inaccesibles, donde la hace guardar por un león y una serpiente de cartón, que en medio de los fieles tenían el aspecto más grotesco. En el instante de sentarnos en el escenario, el padre de la princesa, rodeado de toda la corte, deplora su desgracia; pero se interrumpe para saludar al gobernador, mientras que la música toca la marcha real española. Después de este incidente, acogido por las aclamaciones de la multitud, la pieza continúa. El desgraciado monarca manda á los cortesanos que corran en busca de su hija, y en el momento en que van á marchar, preséntase una embajada de moros, que también quiere ir á buscar á la princesa; entonces comienzan los insultos, las provocaciones y los desafíos; embajadores y cortesanos bailan y se baten á sablazos; las damas de la corte empuñan también sables, y el baile se generaliza. Sigo las peripecias del drama con bastante dificultad, pero hétenos aquí en la principal escena, que el dramaturgo bicol ha sabido buscar para un auditorio que considera como sinónimas las palabras no católico y enemigo. La princesa de Constantinopla se ha resistido al pastor mágico á pesar de todas sus amenazas, y cuando el raptor está más ocupado, la virtud, talismán más poderoso que el suyo, hace también milagros. La princesa baja á la escena, que en aquel momento representa un espantoso desierto; el león y la serpiente la siguen de mala gana; pero la hermosa doncella, esbelta y ligera, ejecuta ante sus feroces guardianes una vistosa danza, aplicándoles fuertes golpes en el hocico con una maza; los monstruos, fascinados, acércanse á lamer los pies á la princesa, y se declaran sus esclavos. Entonces, preséntase el valeroso príncipe de Toscana, único que ha podido encontrar las huellas de la princesa, de la que está perdidamente enamorado; y el público, sumamente conmovido, retiene su respiración para no perder una palabra del diálogo. Pero este príncipe tiene un defecto capital: es moro, es decir, infiel; mientras que la princesa, ferviente católica, no quiere que el paladín conozca los sentimientos que le inspiran su gallardo aspecto y su valor; el príncipe insiste; dobla la rodilla para terminar su declaración, y al fin la princesa comienza á vacilar.

«Tal vez escucharía tus seductoras palabras, le dice, pero mientras no renuncies á tu religión maldita, no esperes mi consentimiento.»

El público no puede contener ya su entusiasmo, el cual manifiesta silbando cadenciosamente para acompañar las palabras de los actores.

La pieza termina por la conversión del príncipe de Toscana y por su casamiento con la princesa.

Ya es la media noche, y este primer día de fiesta debe dar fin como de costumbre, es decir, con el *catapusan*, que significa á la vez *terminación* y *baile* en dialecto bicol. Esta noche es preciso poner la palabra en plural, porque hay lo menos media docena de bailes, uno en casa del gobernadorcillo, y los demás en las de los notables del pueblo. Las danzas y el diabólico *monte* se prolongarán toda la noche; este juego, fértil en desastres, será lo único censurable de tan alegre fiesta, en la cual vemos á todo un pueblo embriagado con el movimiento, el ruido y la luz, sin que la autoridad haya tenido que reprimir el menor desorden. Todos los cuadrilleros de los alrededores vigilaban, aunque participando también del frenesí general; pero sólo las brigadas de la guardia civil indígena eran una garantía de seguridad muy suficiente. Estos indios, antiguos soldados, cuyos oficiales son españoles los más, parecen haber adquirido, con su nuevo uniforme, cualidades de moralidad excepcionales en sus compatriotas.

20 setiembre. Hemos concluído de arreglar nuestras colecciones, y sólo esperamos la fiesta de Albay para continuar el viaje. Es preciso abandonar esta hermosa provincia, donde la autoridad española y la amabilidad de los habitantes han facilitado nuestras investigaciones al visitar las islas del Sud y los pueblos mahometanos ó idólatras. No sin pesar nos separamos de nuestros amigos, y el sentimiento es mayor porque se toman la molestia de venir á estrecharnos la mano por última vez á bordo del *Cebú* en la rada de Legaspi.

El 26 de octubre entramos en Manila, y el 5 de noviembre nos embarcamos á bordo del *Pasig*, que debe conducirnos al Sud. El mal tiempo entorpece nuestra travesía, durante la cual nos dispensa las mayores atenciones el amable capitán D. José Zavala. El 7 llegamos á Cuyos, cabeza de distrito de las islas Calamianas, y el 8 á Puerto Princesa, nuevo establecimiento fundado por los españoles en la isla casi desierta de Palawan ó Paragua. El 10 estamos en Balabac, puesto militar que domina la entrada sudoeste del mar de Mindoro; y el 13 en Zamboanga, al sudoeste de Mindanao, base de operaciones de las fuerzas españolas contra los Malayos del Sud. El 14 tocamos en la Isabela, arsenal y estación naval sobre la admirable rada de la isla Basilán, y proseguimos nuestro viaje el 15, dirigiéndonos á Joló.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. Rada de Joló

(1) Cestos cuadrados, con una tapa de forma especial, muy comunes: son las balijas del país.

(2) *Ficus indica.* Las ramas se extienden en todas direcciones, y emiten retoños que al ponerse en contacto con el suelo echan raíces y desarróllanse formando al rededor del tronco primitivo una especie de red de nuevos troncos que le ahogan.

(3) Búfalo, en dialecto tagalo y bicol.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 22 DE MARZO DE 1886 — NUM. 221

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CON EL SUDOR DE TU ROSTRO...., dibujo de Enrique Serra

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CON EL SUDOR DE TU ROSTRO..., dibujo de Enrique Serra

Cuando Enrique Serra partió para Italia, era un joven desconocido: gracias si unos pocos amigos le adivinaron, tendiéndole una mano protectora, cogido á la cual visitó y estudió el país tradicional del arte. Han trascurrido pocos años, y el artista desconocido es hoy un pintor de fama, cuyos lienzos se disputan los inteligentes y cuya creciente reputación es un timbre para España.

Nuestro joven pintor se ha penetrado de la misión que le está confiada y camina hacia el porvenir con la planta firme del que conoce perfectamente el camino recorrido y el que le falta recorrer. Por esto, en lugar de dormirse sobre sus laureles, profundiza cada día más en el arte, y cada obra nueva que sale de su mano, es señalada con un adelanto, con una condición más que avalora el talento y el estudio de su autor.

El dibujo que hoy publicamos es una prueba de ello. Hay en esa figura un aplomo, una corrección, una verdad, que sólo se obtienen después de una profunda observación del natural. Ese trabajador está realmente fatigado; pero la rudeza de la labor no es bastante para doblegar su cuerpo atlético. En su actitud naturalísima se echa de ver que el ardiente sol napolitano le obliga á suspender momentáneamente su faena, pero no acusa la menor debilidad, ni mucho menos abatimiento. Es un hombre que se diría fabricado con lava del Vesubio.

Los que *adivinaron* á Serra deben estar satisfechos de su obra.

ENTRE PATOS, cuadro de José Berres

El título de este cuadro no es de lo más poético. A pesar de lo cual, la composición no carece de poesía. Es que los patos están en mayoría numérica, pero no en mayoría de importancia, pues la absorbe por completo la interesante pareja que ocupa el centro del lienzo. Hállanse aquellos jóvenes en esa edad difícil en que las pasiones no imperan todavía sobre el organismo, pero se insinúan maliciosamente y se revelan poderosas á la menor ocasión y por la más imprevista causa.

Examinando á esa niña, se echa de ver que algo ignoto se despierta en ella; contempla ostensiblemente al ave, y sin embargo es visto que su pensamiento se encuentra bien distante del vulgar objeto que al parecer llama su atención. El artista ha vencido delicadamente la dificultad que ofrece esta contraposición de lo visible y de lo invisible, punto de transición entre la niña y la mujer, sorprendido é interpretado por Berres de una manera admirable. Alguna mayor malicia caracteriza el semblante y la actitud del mancebo, cuya mirada parece devorar á su joven compañera; pero su osadía es la osadía del niño, y aunque se aproveche de los gansos para disimular su gansada, al menor movimiento de la niña, se espantará de su conato de libertinaje.

En una palabra, el cuadro de Berres es una obra que justifica el caudal de observaciones juntado por su distinguido autor en sus estudios del sentimiento humano.

LA REUNIÓN DE LOS CAZADORES, cuadro de M. Correggio

Nuestros lectores son ilustrados de sobra para no confundir al autor de este cuadro, artista contemporáneo, con el célebre Correggio, fundador de la escuela pictórica lombarda en la primera mitad del siglo décimosexto.

Pero hay apellidos comprometedores. ¿Quién se permitiría llamarse Cicerón no siendo un orador notable, ó quién, que no dominase nuestro bellísimo idioma, firmaría una carta siquiera con el nombre de Cervantes? El autor de *La reunión de los cazadores* se encuentra en este caso; pero digamos en su defensa, que sortea el peligro con rara habilidad y éxito.

El cuadro que hoy publicamos del moderno Correggio, está lleno de animación en su conjunto y de verdad en cada uno de sus grupos. Tras de una fatigosa, pero no desaprovechada cacería, los émulos de Nemrod, algo menos duros que su predecesor, sienten la necesidad del descanso y acuden al sitio de antemano designado, sitio perfectamente escogido, pues la sombra de sus bien trazados árboles invita al reposo y estimula el apetito. Los criados y gente menuda, que en el campo olfatea siempre dónde se puede sacar la tripa de mal año, se disponen á asar los conejos y venados, víctimas de la expedición cinegética, mientras los cazadores apagan la sed con sendos jarros de cerveza, cuéntanse sus aventuras, ó no se desdeñan de requebrar á una moza rústica, condición que no desentona la escena ciertamente.

En una palabra, este Correggio tiene derecho á llamarse como se llama.

MONTE CARLO

La Cornisa es uno de los más famosos caminos de Europa, y en otro tiempo hablábase más de sus peligros que de sus bellezas, pues prolongábase á lo largo del borde de precipicios y promontorios que llegaban hasta el mar, y era tan escabroso y estrecho, que sólo podía pasar una mula de frente. Dícese que el célebre Dante, al recorrer esta vía solitaria, en ocasión de dirigirse al norte de los Alpes, concibió la imagen del camino del Purgatorio. La parte más grandiosa de la Cornisa es la que domina el pueblecillo de Eza, donde, en la estrecha cordillera que aquí se debe atravesar, divísanse por un lado las nevadas cimas del Col de Tenda, y por el otro las azuladas aguas del Mediterráneo, distinguiéndose también en lontananza, cuando la atmósfera está muy serena, los blancos picos de Córcega. Después del pueblecillo de Eza, tan pintoresco como antiguo, se encuentra el de Turbia, con su maciza torre romana, que data de la época de César Augusto; en otro tiempo debía tener un aspecto muy imponente, con sus pilares dóricos á los lados, y sobrepuesta de la colosal estatua de dicho emperador, que mide veintidos pies de alto.

Desde Turbia, una senda muy escarpada, que forma una especie de escalera de anchos peldaños de tierra endurecida, conduce á Mónaco.

Hay una carretera, mucho más conveniente para el viajero, sobre todo por lo pintoresca, pues prolóngase entre una serie de rocas grises de caprichosas formas, algunas de las cuales parecen verdaderamente castillos ó fortalezas, y atraviésanse además deliciosos bosques, cuyas esencias perfuman el ambiente. El camino que conduce desde Niza á Mónaco es igualmente encantador; más allá de Villafranca y Beaulieu desarróllase un panorama grandioso que con justa razón excita la admiración del viajero, aunque también podrían infundirle pavor los espantosos precipicios, del todo perpendiculares, que llegan hasta el mar, y entre los cuales está abierto el camino.

Una vez en Mónaco, el primer punto que el viajero suele visitar, es Monte Carlo, lugar demasiado conocido para que sea necesaria una minuciosa descripción. Basta decir que es el punto más delicioso y encantador que puede encontrarse en la región de que hablamos. La naturaleza y el arte parecen haberse combinado allí para seducir la vista y estimular la imaginación; el contraste que con esta especie de oasis ofrecen los descarnados precipicios, en los cuales no crece ni la más mísera planta, es verdaderamente notable; y si la aspereza de las rocas no seduce la vista, en cambio una vigorosa vegetación, casi tropical, embellece en el más alto grado este sitio. Los terrados y los jardines de Monte Carlo son verdaderamente admirables, y no menos preciosas las quintas de recreo situadas en la pendiente donde se halla el Casino, edificio que llama la atención por su magnífico decorado y sus ricos adornos. En los jardines de Monte Carlo abundan los naranjos y limoneros, las palmeras y los olivos. En las partes oriental y occidental se han formado últimamente verdaderas ciudades, donde se halla toda la comodidad que el viajero pueda apetecer.

Nuestro grabado representa el punto que llaman Terrado de Monte Carlo, y Mónaco visto de lejos.

LECCIÓN DE CANTO, cuadro de Hugo Achmichen

No son los cuadros como los diamantes que se avaloran por su tamaño, ni como las novelas para folletines que se pagan según su enredo. Un asunto pequeño y una tela tan pequeña como el asunto, pueden contener maravillas de ejecución.

En este caso se encuentra nuestro cuadro de Achmichen, de género naturalista, de asunto hasta manoseado á puro repetido; y que sin embargo, se contempla con satisfacción y se aplaude con justicia. Hay en la totalidad de la composición tal armonía, hay tanta naturalidad y expresión en los semblantes, están tan bien colocadas y son tan atractivas sus figuras, que del conjunto de esas circunstancias nace precisamente una impresión simpática, una fuerza de atracción muy superior en apariencia á la importancia del cuadro. Y con esto se demuestra una vez más que para el verdadero genio no hay asuntos pequeños. Y si no que lo diga (¡por desgracia no puede decirlo!) el inmortal autor de LA VICARÍA.

UN PARTIDO DESIGUAL, cuadro de Zimmermann

Otro cuadro de costumbres y otro modelo de ejecución. También su asunto ha sido tratado repetidas veces, lo cual se explica teniendo en cuenta que ninguna pasión como la del juego es susceptible de tan profundas impresiones, desde las más cómicas hasta las más trágicas.

Generalmente, los artistas han escogido el primer temperamento; y sin embargo, el segundo se presta á grandes composiciones para los pintores de verdadero aliento. Zimmermann, en el cuadro que publicamos, figura entre aquellos, y por tanto no ha elevado el asunto; pero ha producido maravillas de verdad y de naturalidad y una variedad de sensaciones á cuál mejor interpretada. El mérito de esta composición resalta más teniendo en cuenta su título: raras veces la ejecución ha correspondido tan magistralmente al pensamiento de un autor.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MUERTE DE ABEL, cuadro de C. Gebhardt

Entre los asuntos culminantes tratados pictóricamente, el de la muerte de Abel ha inspirado á diferentes artistas: verdad es que pocos, ó ninguno, pueden superarle, pues no se trata solamente en él de un homicida y de una víctima, sino de la primera víctima y del primer homicida. Y así como la imaginación se complace en figurarse al primer hombre y á la primera mujer como modelos de belleza escultural, así la idea del primer crimen se nos presenta revestida de cuantas circunstancias pueden agravar la delincuencia y rodearla de mayor estremecimiento en la naturaleza.

Así lo ha comprendido Gebhardt, y como sus facultades artísticas se hallan á la altura de su potente concepción, ha producido una obra grandiosa, sorprendente, conmovedora. En un escenario hábilmente dispuesto para causar la impresión debida, estallan conjuntamente dos grandes sentimientos, debidos á una misma causa; el del remordimiento personificado en Caín, el del dolor personificado en Eva. La figura de esta última es un portento de expresión. El fratricida, como retenido en aquel lugar por las cadenas de su delito, no puede apartar los ojos de su víctima: mudo, aterrado por su propia obra, parece querer arrancarse el pensamiento torturador que no le abandona; la madre, doblemente herida por el crimen y la calidad del criminal, no tiene ojos sino para su hijo asesinado; quiere dudar de su desdicha, quiere negar la verdad horrible. A todo esto los elementos se desencadenan, y sobre el fragor de la tempestad, domina la voz del Eterno, pidiendo cuentas á Caín de la vida de su hermano

Este lienzo es de un mérito superior y basta él solo para formar una envidiable reputación al artista que tan valiosa prueba ha dado de su talento.

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Ella le separó sin replicar y fué á sentarse en una silla que estaba al lado de una ventana, desde la cual se divisaba un jardín.

– Angel, aquí tiene V. á mi lado otra silla, – dijo Antonia.

Armengol tomó la silla que le había indicado Antonia y la puso delante de ella.

Eran las cinco de la tarde.

El sol se aproximaba á su ocaso, envuelto en su sudario de púrpura y de oro, mientras que las sombras iban descendiendo sobre la tierra desplegando su manto de oscuridad y de misterio.

La habitación de Antonia iba quedándose poco á poco entre tinieblas. Un vientecillo fresco y juguetón agitaba los flecos de las cortinas que estaban sobre la puerta. Y el rumor sordo y lejano de la corte llegaba hasta allí como un murmullo de aguas, convidando al sueño.

Armengol estaba mirando atentamente á Antonia, y no pudo menos de confesarse al fin que era hermosa y que merecía ser amada.

Desde que acaecieron los últimos sucesos, una trasformación se había verificado en su alma.

Como jamás hubiera creído, aquella mujer, que no era ni duquesa ni elegante, ni ofrecía ninguno de los atractivos que hasta entonces le habían llevado hacia las mujeres, con su hermosura algo zafia y su condición apasionada y violenta, había conseguido tocar en el corazón de Armengol.

Este, por su parte, si se había dejado prender en tales redes amorosas, más había sido por condescendencia y reconocimiento que por verdadera pasión.

Antonia le gustaba porque, en efecto, era hermosa; si la quería, más se debía atribuir á capricho ó á una de esas coincidencias del azar, las cuales, por pequeñas que sean, suelen á veces revestirse de cierta importancia en la vida de los hombres y torcer el curso de su destino.

Armengol la encontró en su camino y se paró un rato á descansar á la fresca sombra de un árbol y á beber las aguas de un arroyuelo que serpeaba por allí cerca.

Llegó la noche.

Antonia y Armengol, ya con miradas, ya con frases, se habían mostrado en aquella primera entrevista de amantes, el cariño que se tenían.

Durante este tiempo había mediado entre ellos una correspondencia íntima de pensamientos y de ensueños, que habían concluído por completar aquellas dos almas, confundiéndolas en un solo sér.

De pronto se abrió la puerta del cuarto.

El empleado de Hacienda volvía de la oficina á su casa donde le esperaba su tierna esposa, haciendo una obra de caridad, es decir, visitando á los enfermos.

X

EL GRAN ESPECTÁCULO

Los carteles del Teatro Real anunciaban, para dentro de pocos días, el debut de una gran artista que iba á cantar el papel de *Rossina* de la ópera del inmortal Cisne de Pésaro.

Angel Armengol, como se había restablecido algo de su enfermedad, acostumbraba á salir á la calle siempre que hacía bueno y se lo permitía el estado de su ánimo, en el cual apenas si entraba la alegría.

Tres tardes después á la en que tuvo lugar la entrevista de Angel y Antonia, leía el primero en el gran cartelón colocado en la esquina del teatro de la Opera, el anuncio del debut de la artista Herminia Sannazaro en el papel de Rossina, cuya función había de celebrarse aquella misma noche.

Armengol concibió la idea de llevar á Antonia á este espectáculo, el cual hacía ya algún tiempo que no había presenciado.

Tentó el pulso á su bolsa y la encontró poco menos que muerta.

Angel pensó entonces en un recurso en el que hasta aquel momento no había parado mientes en su vida. Por primera vez pensó en llevar al Monte de Piedad el reloj y la cadena de oro que condecoraban su pecho de hombre rico.

– Puesto que ya no lo soy, – dijo, – arranquémonos una distinción que no me pertenece, ni es símbolo de mi situación actual.

Cogió, pues, sus joyas y las llevó al Monte de Piedad.

En el Monte de Piedad le dieron por la cadena y el reloj mil reales; todo valía tres veces más, pero Armengol no podía apelar á otro recurso y le aceptó reconocido y sin vacilaciones.

Con su dinero en el bolsillo corrió al despacho de billetes del teatro de la Opera. Ya no había ninguna localidad en contaduría, los pocos billetes que quedaban libres estaban en manos de los revendedores y pedían por ellos un sentido.

Armengol no tuvo más remedio que dar lo que querían aquellos tunantes, que sabían también aprovechar las ocasiones, y compró tres asientos de palco, dos para Antonia y su esposo, y otro para él.

Le parecía que por bueno que fuese D. Juan, no consentiría que su mujer fuese sola con un joven al teatro; así, para obligarla á ir, había adoptado la resolución de que su esposo la acompañara, tomando para él también billete.

Volvió á su casa Armengol, entró en su cuarto, se arregló algún tanto su traje y pasó á la habitación de Antonia.

Esta se hallaba con su esposo.

– Dios guarde á mis vecinos, – dijo Armengol en tono risueño. – ¿Cómo les va á ustedes?

Tomó una silla y se sentó, dejándose caer para atrás sobre la pared.

– ¡Qué cansado vengo! – añadió.

– ¿Pues qué ha hecho V.?—le preguntó Antonia con cierta coquetería.

– ¡Ay, Antonia! mucho y nada.

– Vea V. una cosa, – dijo el viejo, – que yo no comprendo bien.

– Hay cosas que no se comprenden nunca, señor don Juan,—replicó Armengol dirigiendo sus ojos hacia Antonia.

Esta, que le estaba atentamente mirando desde que entró, bajó los suyos al suelo y se puso colorada como una amapola.

– Es verdad, – dijo el empleado sin apercibirse de la turbación de su mujer.

– Señores, esta noche vamos todos á la Opera.

– ¡Jinojo! ¡qué sorpresa! – exclamó el viejo echándose

á reir con todas sus ganas.

Antonia levantó del suelo sus hermosos ojos y los puso sobre Armengol llenos de ternura y de satisfacción. Sólo se limitó á decir:

—¿Y por qué ha hecho V. eso?

Don Juan seguía aún riendo estúpidamente. Cuando terminó, se puso un poco serio, y con tono mísero y aflictivo, exclamó:

– Sí, señor; ¿para qué ha hecho V. eso? Nosotros no empleamos nunca el dinero en diversiones. Es una lástima gastarlo en entretenimientos cuando se necesita para tantas cosas...

– Dejemos ahora los sermones para la cuaresma, – interrumpió Armengol. – Lo que importa es que Vds. se preparen. Mientras tanto, yo voy á dar una vuelta, y por si me alejase demasiado y no pudiera volver aquí con tiempo, sobre esta mesa dejo los billetes de Vds., y allá nos veremos todos...

Armengol salió de la habitación de Antonia.

Pasado el tiempo que imaginó que habría ésta tardado en vestirse y adornarse, volvió á entrar en su cuarto.

Esta vez se hallaba sola.

– ¿Y D. Juan? – preguntó Angel.

– Calle V., – dijo esta riéndose. – Mi marido es el hombre más raro y más extravagante del mundo. ¿Pues no ha ido á vender el billete que V. le ha dado? Me suplicó le dijera que habían venido á buscarle para un asunto que corría mucha prisa y que no podía desatender.

– Según eso, – replicó Armengol, – ¿iremos solos al teatro?

– Solitos, en amor y compañía, – contestó picarescamente Antonia.

Los dos amantes se dirigieron al teatro de la Opera.

Eran las ocho y media de la noche.

XI

EN LA ÓPERA

Cuando Antonia y Armengol llegaron á las puertas del teatro Real, una multitud se apiñaba sobre ellas, deseando todos entrar á la vez para oir á la célebre *diva*, que de universal renombre venía acompañada.

Herminia Sannazaro había cantado en los mejores coliseos de Europa y del Nuevo Mundo, donde había conquistado mucha fama, muchos lauros y no poco dinero.

En todos los papeles de su repertorio, que no era muy escaso, rayaba por sus excelentes condiciones de voz, de timbre y sonoridad á grande altura. Pero en el que más principalmente mostraba su talento, su gracia, su agilidad y su dulzura era en el de *Rossina*. Por eso hacía todos sus *debuts* con la ópera *Il Barbiere*.

Antonia y Angel entraron por fin en el teatro y se instalaron en sus sitios respectivos.

Eran ya las nueve de la noche; la función estaba á punto de empezar.

El director de orquesta alzó la batuta, dió la señal sobre el atril que tenía delante, y un torrente de armonía, ora risueña y picaresca, ora dulce y amorosa, ora ronca y alborotada, anunció que la sinfonía de *El Barbero de Sevilla* se extendía por los ámbitos del regio coliseo como una bandada de aves que se mezclan, se confunden, vuelan en todos sentidos, se cruzan, se separan y se esparcen cantando cada una en el tono peculiar con que la dotó la naturaleza.

Los dos amantes, mientras se tocaba la sinfonía, se entretuvieron en mirar el brillante aspecto del teatro.

Desde sus asientos se divisaba todo él.

(Continuará)

LA ARITMÉTICA EN LA PAREMIOLOGÍA

En la última de las notas que puse á mi artículo anterior, ofrecí dar en su día cuenta del mayor desarrollo que obtuvieron sucesivamente mis indicaciones paremiológicas en la consabida tertulia, acompañando mi promesa de estas circunstancias que transcribo literalmente: *si la varita no se rompe*, ó, como decía mi difunta abuela, *si Dios quiere, y Juan viene*. Que la *varita*, ó la vara, no se ha roto, así como que *Dios* se ha servido de concederme que siga manejándola, el presente artículo es prueba terminante de ello; ahora, en lo de haber venido *Juan*, ya eso nos obliga á entrar en algunas consideraciones previas.

Cosa es que siempre me ha hecho títere en la cabeza la circunstancia de ver figurar las palabras *Juan* y *Pedro*, más que las de ningún otro nombre de persona, en nuestros refranes y locuciones proverbiales, por lo que he dedicado no pocas vigilias á la solución de semejante enigma. ¿Qué razón puede militar, en efecto, para tal preferencia? ¿Será la circunstancia de ser más comunes y usuales estos nombres que los de Dionisio, Evaristo ó Mamerto?.. Pero, en igual caso que aquéllos se hallan Manuel, José, Francisco y Antonio, y sin embargo, no salen á relucir fácilmente en nuestras frases vulgares. Hay más: cuando en la conversación, ó en algunos textos gramaticales, se aducen tres ejemplos seguidos, es lo más frecuente poner los dos primeros en cabeza de *Pedro* y de *Juan*, y el tercero á nombre de *Diego*, circunstancia que creo da la clave del enigma, ó mucho me equivoco, pues sabido es que *Pedro*, *Santiago* (ó *Diego*) y *Juan* fueron, en concepto de discípulos predilectos de Jesús, lo que pudiéramos llamar sus compañeros de glorias y fatigas, como sucedió, v. g., en la Transfiguración del Mesías en lo alto del monte Tabor, y en el monte Olivete, ó séase *donde Cristo dió las tres voces*, exhortándolos á que permanecieran despiertos. Sea como quiera, dichos nombres representan, paremiológicamente considerados, un supuesto impersonal, del mismo modo que *Fulano*, *Zutano* ó *Mengano*, y, para mi objeto, el *Tiempo* ó el *Momento* oportuno de continuar yo mi interrumpida tarea, por lo que, sin más preámbulos, arrequives ni zarandajas, volveremos á instalarnos en la consabida tertulia.

En resumidas cuentas, propuse aquella noche que, al seguir jugando á los refranes, lo hiciéramos en términos que cada propuesta había de envolver en sí, ya explícita, ya tácitamente, algún número, con objeto de poner de relieve la influencia que ejerce *La Aritmética en la Paremiología*, á cuyo efecto abrí el camino, á ruego de la concurrencia, y por vía de ejemplo, diciendo:

– *Estar á la cuarta pregunta*. Frase con que se pondera que alguien se encuentra tan apurado é indigente, como que carece de los recursos necesarios para atender á su subsistencia. ¿Qué cuarta pregunta será ésta?...

Confieso mi verdad, que, después de reflexionar detenidamente sobre el asunto, no he hallado solución más satisfactoria que la que, con cierto temor, procedo á emitir.

Todos saben que en el Catecismo de la Doctrina Cristiana, al explicarse la Oración dominical, se divide ésta en partes, correspondientes á cada una de las 7 peticiones en ella contenidas. Pues bien, al preguntarse:

¿Qué pedís en la cuarta petición?

y contestarse, poco más ó menos:

Que nos dé Dios el mantenimiento conveniente para el cuerpo, el espiritual de la gracia, y sacramentos para el alma, ha pretendido ver el vulgo quizás un emblema del hombre actualmente necesitado, del hombre que carece absolutamente de pan; y como quiera que ese vulgo es inclinado por naturaleza á emplear las metáforas más adecuadas y pintorescas, de ahí que seguramente no habrá encontrado tropo más expresivo para representar la extremada miseria de alguna persona, que figurársela como el doctrino á quien preguntándole el Catecismo, y tratándose del Padre nuestro *se halla á la cuarta pregunta*.

Por extensión se dió más adelante á esta locución proverbial la significación de quedarse chafado, ó sin saber qué contestar, un sujeto. –

Multitud de aplausos resonaron á mi alrededor, debidos á la bondad de los circunstantes; sólo el señorón *académicólogo* de que ya tienen noticia mis lectores, permaneció indiferente, hasta que, pasado el estrépito laudatorio, dijo, aun no bien escarmentado del revolcón que llevara en la tertulia anterior:

– No sé si debe exigírsele, ó nó, prenda á este caballero, nó por la explicación que de la significación de esta frase proverbial ha dado, sino por el origen que le ha atribuído. Creo que el verdadero origen de dicha locución es el siguiente:

En los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza ó insolvencia, es muy común comprender dicho extremo en la *cuarta pregunta*, concebida poco más ó menos en los siguientes términos: «*Cuarta:* como Fulano carece de bienes y rentas, y es *pobre de solemnidad*, no teniendo más medios de subsistencia que los que se proporciona con su trabajo personal ó mediante la limosna de algunas personas caritativas, etc.» He dicho.

– Pues ahora me toca á mí decir, – repliqué yo, – empezando por manifestar lo poco afecto que á la gente curialesca soy, por hallarme convencido, á pesar de los pocos años que cuento, de que las leyes se parecen en su deficiencia á las telarañas, donde, mientras queda preso el mosquito, salen libres y sin costas los moscones, ó, valiéndome de la letra del refrán español, *la telaraña, suelta al rato y á la mosca apaña*.

Ahora bien, no obsta á mi antagonismo hacia la llamada Ciencia del Derecho (que yo llamaría más bien del *Tuerto* ó del *Entuerto*) el conocer que no siempre recae en los interrogatorios por V. citados semejante pregunta en el *cuarto* lugar, como muy oportunamente ha manifestado V. al expresar que «es muy común comprender dicho extremo en la *cuarta pregunta*;» luego, si no siempre ocupa semejante cláusula el *cuarto* lugar del interrogatorio, y la petición de *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy* lo ocupa constantemente en el orden de los que componen la Oración dominical, síguese que mi propuesta tiene más probabilidades á su favor que la por V. indicada. –

Nuevos signos de aprobación se declararon á favor de mí, con lo cual quedó serenada aquella nube de verano, aun cuando nos hallábamos á la sazón en pleno invierno. Acto continuo me dirigí á uno de los circunstantes, mozo de bastante provecho y no pocas esperanzas, como lo acreditó en lo sucesivo ocupando uno de los puestos más distinguidos y pingües del Estado, manifestándole que se hallaba en el uso de la palabra, el cual en su verbosidad, pues antes reventara que quedarse callado por nada de este mundo, dijo así:

– *Las siete hermanas: una, coja; cinco, sanas; y una, santa.* Dicho festivo que se aplica antonomásticamente á la Cuaresma, por constar de *siete* semanas (que son las *hermanas* aludidas) comprendidas bajo esa calificación, en el orden siguiente: la *coja*, en atención á comenzar el Miércoles de Ceniza, y no ser por lo tanto completa; las *sanas*, las llamadas 1ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª de Cuaresma, junto con la subsiguiente, denominada de Pasión; y la *santa*, comprendida desde el domingo de Ramos hasta el Sábado de Gloria, así calificada á consecuencia de haberla destinado la Iglesia á conmemorar de un modo solemne y especial la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor. –

Atronadoras palmadas y ruidosos bravos surgieron luego del concurso, no siendo yo quien menos se los prodigó al disertante, tanto más cuanto menos esperaba semejante *salida*. Pero, aficionado á las *de pie de banco* nuestro criticastro de marras, no podía quedarse callado, por lo que se descolgó con la siguiente *pata de gallo:*

– ¡Prenda, y más prenda! Aquí se trata de *refranes*, y no de *adivinas* (1). –

En esto, convirtióse la sala en un nuevo campo de Agramante, dándole unos la razón al censor, y quitándosela otros; mas, tomando yo la defensa del disertante, dije así, poco más ó menos:

– El señor D. N. ha estado en su derecho al citar el dicho de esas *siete hermanas*, no sólo como verdadero *refrán* y *proverbio*, legítimo por todos cuatro costados, sino en fuerza de que algunas *adivinanzas* pertenecen de hecho á la jurisdicción de la *Paremiología*. En prueba de ello recuerdo ahora que se dice:

Viejecita arrugadita, y en el pico una tranquita,

quisicosa que se refiere á la *uva seca* ó *pasa*, y, sin embargo, figura en la colección de los *refranes* publicados en Salamanca, año de 1555, por el Pinciano; no veo, pues, motivo justificado para que se le imponga al disertante la pena de soltar prenda.

Convenidos todos en la razón que asistía á defensor y defendido, encaróse éste con su reprensor, á quien se le conocía que ya estaba despereciéndose por hablar, el cual dijo así:

– *Tres contra uno, vuélvome grullo*. Este refrán aconseja que, cuando se lucha con fuerzas superiores, lo más prudente es retirarse; como me sucede ahora con respecto á esta ilustre asamblea, cuyos individuos todos parece que se han conjurado contra mí.

– Eso no, señor D. N., – gritamos todos á una, apresurándonos á darle á aquel sujeto las más amplias satisfacciones. Y conociendo yo su carácter envidioso, después de serenada la borrasca tomé la palabra, y le dije:

– Dispénseme V. le diga que no le asiste razón alguna para la aplicación que de dicho adagio acaba de hacer, y, como primera prueba de ello, vea V. cómo toda la reunión aprueba desde luego, tanto el enunciado del refrán, cuanto su explicación; con lo que no puede conformarse de ningún modo es con la aplicación que V. ha hecho á su personalidad, por todos títulos respetable, como las de todos los individuos aquí presentes. Creo, por tanto, señor D. N., que ha sido una broma inocente la susodicha aplicación por V. empleada, tal vez por lo breve de su explicación al no ocurrírsele más que decir acerca del particular. Antójaseme, sin embargo, que V., que tan aficionado es al texto académico, podía haber agregado: «La Academia enuncia esta locución por los términos siguientes: *Dos á uno tornarme he grullo;*» y añadir á continuación (que en su vasta literatura no le hubiera sido difícil) como los antiguos decían *Ne Hercules quidem adversùs duos*, fundados en los juegos de los gladiadores, así como nuestro dicho proviene de un juego de muchachos, etc.

Como segunda prueba, recuerde V. que no há mucho se le impuso prenda á la señora doña N., por haber dicho el refrán gaditano

Lo que es churri, yo no sé;
pero burris, hay bastantes.—

Trunco y trueco aquí el relato del anterior discurso, porque ya me figuro al lector, ó á la lectora, que muestra curiosidad por saber en qué términos se produjo la señora doña N. con ocasión del refrán que sacó á colación, y la causa de habérsele impuesto la condigna pena. A este fin, abro un paréntesis, y digo:

La individua aludida era abuela de la joven que, como vimos en el artículo anterior, mostraba indiferencia, si no desdén, á las pretensiones amorosas del academicólogo, y, abundando en el sentimiento de su nieta, *tenía* igualmente *sentado en la boca del estómago* (metafóricamente, se entiende), á aquel sujeto. Si con intención, ó sin ella, porque ¡vaya V. á averiguarlo! lo cierto es que cuando le tocó á dicha señora proponer su ejemplo, lo hizo así:

– Señores, mi regular edad me hizo conocer en esta ciudad, muchos años há (¡quién volviera á aquellos tiempos, y lo pasado, pasado!), á un canónigo de la Catedral, que se llamaba D. Antonio Trianes. Habían vacado por la época á que me refiero algunas prebendas en la santa Iglesia gaditana; y como se disputara en una tertulia acerca del mérito un tanto equívoco de los sujetos sobre quienes acababa de recaer la provisión de dichas plazas, y uno de los circunstantes se dirigiera al lectoral Trianes, preguntándole: «¿No es verdad, señor canónigo, que de algún tiempo á esta parte está entrando en la Catedral de Cádiz mucho *churriburri*?» respondió el prebendado:

Lo que es churri, yo no sé;
pero burris, hay bastantes.

(1) Debo hacer constar aquí (ó *debo* CONSTATAR *aquí*, como han dicho algunos académicos de la Española en plena sesión pública, y, por ende, en letras de molde), que en *Andalucía*, y singularmente en la provincia de Cádiz, es lo más común llamar *adivinas* á las *adivinanzas*, aunque no lo consigne así nuestra Academia, y según hace tiempo que lo tengo sentado en mi *Diccionario de Andalucismos*, todavía inédito.



ENTRE PATOS, cuadro de José Berres



LA REUNIÓN DE LOS CAZADORES, cuadro de M. Correggio

Desde entonces hízose proverbial en Cádiz el aplicar semejante dicho á toda corporación en que ingresan personas ineptas.

Todos aprobaron el relato de aquella respetable señora, sin caer en que su ejemplo no era admisible, por cuanto faltaba á las leyes de la propuesta, que exigía la inclusión de un número en una locución proverbial, como prueba de la influencia que ejerce *La Aritmética en la Paremiología*, hasta que yo lo advertí. Defendióse la preopinante lo mejor que pudo, y aun defendióla el *academicólogo*, en la esperanza que, siquiera tibia, alimentaba de poderla tener á su lado en la cuestión de *casaca* respecto de la hija de su hija; pero yo, que desde niño *no me he ahorrado ni con mi padre* cuando se trata de defender los fueros de la verdad, pese á quien pese, y caiga el que caiga (aunque no pocas veces haya podido pesar á mis intereses, y sin querer acabar de *caer de mi burro* en lo tocante á que para hacer negocio en el mundo no hay mejor receta que tener poca vergüenza y menos conciencia), insistí en que la cualidad de *bastantes* que se presentaba por la parte contraria como suficiente á expresar una *cantidad*, era tan vaga é indeterminada, que no podía representarse á la vista por medio de guarismos; y que siendo así que la *Aritmética* representaba la cantidad por medio de *números*, y no existiendo la expresión de estos en la frase debatida, no había lugar á su admisión. Asintióse entonces por la mayoría á mis reparos, y, en su consecuencia, quedó resuelta á favor mío la cuestión que promoviera el presente paréntesis; cerrado el cual, continúo el relato interrumpido.



VISTA DEL CASINO Y PASEO DE MONTE CARLO

– Ya ve V., – terminé diciendo al envidioso academicólogo, – que aquí no se trata de abrigar prevención contra nadie, sino de administrar justicia seca; ¡ojalá nunca fuera mojada!

¡Eso no ha sido más que una broma! exclamaron varias personas; y continuó el acto, dirigiéndose el consabido sujeto á un chicuelo, que, al verse apostrofado, dijo sin pararse en barras, señalando á un hermano suyo bastante mayor que él, el cual tenía fama de tragaldabas, y, tal vez por no desmentir el refrán de que *el mucho comer embota los sentidos*, pasaba entre sus conocimientos por *no haber inventado la pólvora*. En conclusión, el referido chico, que *podía contarle los pelos al diablo*, se expresó, con el descaro del mundo, en los siguientes ó parecidos términos

– *Este es el Niño Zangolotino del Tío Caniyitas.* –

Fuerza es advertir aquí al lector, por si no lo sabe, ó recordárselo, si lo ha echado en olvido, que por aquel entonces se acababa de estrenar en Cádiz la zarzuela de *El Tío Caniyitas*, que alcanzó la repetición de ciento y tantas representaciones consecutivas, aunque en rigor, sobre todo musical, no las mereciera, de cuya letra quedaron algu-



LA LECCIÓN DE CANTO, cuadro de Hugo Achmichen



UN PARTIDO DESIGUAL, cuadro de A. Zimmermann

nas locuciones en proverbio en boca de mis paisanos. Una de ellas fué la susodicha, aludiendo el rapaz á los versos siguientes:

– El niño Zangolotino
es este.
– ¡Ja, ja, ja, ja!
– Mirar que retotoyúo;
se come, para almorzar,
cuarenta arrobas de corcho
y *una* bota de alquitrán.
Cuando tose, se menea
er peñón de Gibartá.
¡Quié sé menistro, y es tonto!

Pues bien, la circunstancia de las *cuarenta* arrobas de corcho y la de *una* bota de alquitrán fué lo que salvó al rapaz de la crítica universal que se le echó encima exigiendo *prenda*, en atención á no haber expresado número alguno en su enunciado. Pero el chico, que según llevo dicho, *era más listo que Cardona*, replicó sin titubear: – Aquí se ha exigido, al sentar la propuesta, que cada ejemplo ha de envolver en sí, *ya explícita, ya tácitamente*, algún *número;* es así que de unos cuantos meses á esta parte no se cae de la boca de ningún gaditano la frase susodicha para motejar á alguno de comilón, como le sucede á mi hermanito de mi alma, y que tras de *el Niño Zangolotino* se columbran las *cuarenta* arrobas y la *una* bota del pico, luego me he servido de una alusión, de una referencia, hallándome por lo tanto comprendido en las leyes de la propuesta, que es lo que se trataba de demostrar. –

Como la criatura apenas contaría unos once ó doce abriles, todas las viejas, y más de una polla, se lo comieron á besos. El chico, á la verdad, daba grandes esperanzas, y si vive y ha seguido creciendo en talento á proporción de los años, tiene que ser forzosamente un monstruo de naturaleza. Nada he vuelto á saber de él, así como tampoco de *el Niño Zangolotino*, por lo que no puedo asegurar de éste si llegó á ser ministro, académico ó cualquier otra cosa, lo que nada me sorprendería, porque... se dan casos.

En conclusión, pues se necesitarían muchas páginas para *pintar con todos sus pelos y señales* la sesión que nos ocupa, allí salieron á relucir, entre multitud de otras que no recuerdo, las frases siguientes:

Tener la cabeza á las tres. No hay más bronce que años once. - Tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre. – Tomar las once. – Con sus once de oveja. – Al cabo de los años mil, vuelven las aguas por dó solían ir. – Seguir en sus trece. – Andar buscando cinco pies al gato, etcétera.

Impusiéronse las penas oportunas á los respectivos infractores, y pasadas algunas noches se celebró otra reunión en que se trató de *refranes músicos*, de la cual daré cuenta en otra ocasión, á fin de poner término á los *Juegos celebrados por medio de la Paremiología*.

JOSÉ MARÍA SBARBI

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

IV

Isla de Joló

15 noviembre. – A medio día seguimos el diámetro de la semi circunferencia formada á babor por las islas Bucutúa, Tongquil, Balanguingui y Simia; y muy pronto costeamos la isla de Joló cuyas altas montañas están cubiertas de vastas praderas circuídas de bosques. Aunque tengo un buen anteojo, sólo diviso alguna rara vivienda; pasamos por delante de Paticolo, punto donde desembarcaron las tropas españolas el 22 de febrero de 1876; y á las 6 anclamos al noroeste de la isla, en la rada de la ciudad española (1).

Esta pequeña ciudad es del todo nueva, y si el ilustre Dumont de Urville volviera á la rada donde ancló en 1839, quedaría sin duda sorprendido, tanto por el aspecto de los lugares, como por la acogida que se le haría.

Aquí son necesarias dos palabras sobre historia. Joló, centro comercial, político, y sobre todo religioso, es en rigor la Meca del extremo Oriente. La sultanía de Joló, una de las de fundación más antigua, pues data de la época en que el islamismo se propagó en el norte de la



Viaje á Filipinas.—Episodio del ataque de los *juramentados*

Malasia, sufrió muchos cambios de fortuna, crisis terribles de las que siempre pudo salvarse. El régimen político era lo que aun es hoy: una oligarquía de *datos* (señores feudales), sometidos más ó menos formalmente á la autoridad suprema del Sultán. El comercio, el proselitismo mahometano, y sobre todo la piratería, absorbían la actividad del reino; pero estas empresas no se llevaban á cabo sin graves conflictos con las fuerzas holandesas y es-

(1) Los naturales la llaman *Tiangi* (el mercado).

pañolas. Los naturales, piratas en el alma y buenos marinos, asolaban continuamente las costas de las islas Bisayas (1), arruinaban los pueblos y reducían á sus habitantes á la esclavitud. No hace mucho tiempo que el profesor Semper, hallándose al nordeste de Mindanao, sólo debió á un retardo casual el no ser cogido por los barcos procedentes de Maibun.

Veinte veces España había enviado expediciones contra Joló, y casi siempre volvieron victoriosas, después de librar á los indios cautivos é imponer al Sultán tratados solemnes. Cuando se incendiaban sus pueblos y se echaban á pique sus barcos, los titulados señores feudales, reunidos ante los cañones españoles, juraban someterse á las exigencias del vencedor; pero los compromisos se violaban invariablemente. En estos mares erizados de escollos, cuyas cartas geográficas son incompletas aún, y donde los cruceros permanentes se ven siempre contrariados por la regularidad de los monzones, los ligeros *praws* navegan tan bien con remo como con vela, y por lo tanto tienen mucha superioridad. Apenas se retiraban los españoles, la piratería comenzaba de nuevo, con el impulso de una industria ávida de reparar sus pérdidas. Desde hacía algún tiempo, los sultanes parecían comprender la superioridad de España, así como la derrota irremediable con que les amenazaba la civilización; y sin duda hubieran querido respetar más sinceramente los tratados consentidos, pero faltábales fuerza para ello, pues su autoridad no tenía valor sino para exigir la tercera parte del botín de sus súbditos, tributo pagado siempre religiosamente. Era les además imposible vigilar bien á todo un pueblo de datos diseminados en las ciento cincuenta islas é islotes comprendidos en sus dominios. Por otra parte, la autoridad de los sultanes debía su fuerza á la idea religiosa, y hubiera perdido todo prestigio al tratar de que se respetase á los pueblos católicos de las Filipinas. Esos soberanos tan temibles se hallaban en realidad sometidos á sus vasallos, y érales forzoso tolerar continuas exacciones, por más que previesen las fatales consecuencias que debían resultar (2).



Viaje á Filipinas. – Cadáveres de los juramentados reunidos después del ataque

El 29 de febrero de 1876, el ejército español, que había desembarcado siete días antes en Paticolo, hallábase en los atrincheramientos de Tiangi; la escuadra se había situado convenientemente en la rada, y por la noche, las llamas que se elevaban sobre la ciudad, de la cual huían los habitantes, iluminaron el pabellón de España, flotando en todos los fuertes.

Hoy día, la antigua ciudad destruída por el bombardeo ha desaparecido. Los oficiales españoles del cuerpo de ingenieros cegaron los fondos bajos con una parte de las colinas que dominaban la ciudad mora; y en el terreno que se formó, la mayor parte de él ganado al mar y dominado por montañas llenas de bosque, de setecientos á ochocientos metros de altura, elévase la nueva ciudad, muy pequeña aún, pero que tiende á ensancharse.

Todos los trabajos se ejecutaron por los indígenas sometidos á alguna condena, representados por tres clases: los militares, que forman compañías disciplinadas y contribuyen al servicio de la plaza, sin dejar de tomar parte en los diversos trabajos; los deportados, detenidos en virtud de medidas administrativas; y los presidiarios.

La guarnición se compone de unos quinientos hombres, pertenecientes al cuerpo de ingenieros y á la infantería indígenas, mandados por oficiales españoles

Al desembarcar en Joló, encontramos la ciudad en pleno período de creación, por lo cual no es fácil encontrar alojamiento; pero al fin hallamos uno, gracias á las atenciones del señor coronel D. Ventura Nuño, gobernador interino, y los PP. Federico Vila y Juan Carreras. Las calles, medio construídas, presentan una animación extraordinaria; las tiendas de mercaderes chinos están llenas de gente que pide informes, y no se puede dar un paso sin hallar centinelas, que llevan bayoneta calada.

Se espera á los juramentados.

El sultán de Joló se ha sometido al protectorado español; y no sé si la tranquilidad y el bienestar de que goza (3) le parecerán preferibles á una autoridad nominal y siempre perturbada; pero mucho menos inteligentes, y de todos modos más perjudicados en sus intereses, los datos no pueden soportar un régimen que, manteniendo en jaque á la piratería, agota la fuente principal de sus recursos. Su resistencia encuentra un apoyo poderoso en la inquietud de los panditas (sacerdotes mahometanos), amenazados por la vecindad de España y de sus misiones católicas. La sumisión es por lo tanto insoportable á los datos, que no retroceden ante ningún medio para luchar contra la dominación española, secundándoles sus súbditos de un carácter muy aventurero y belicoso, acostumbrados en todo tiempo á los caprichos de una autoridad mal reprimida. Las leyes seculares de Joló, por otra parte, facilitan el reclutamiento de hombres dispuestos á las empresas temerarias; según estas leyes, el deudor insolvente, así como la familia, llegan á ser propiedad de su acreedor; y la indiferencia de estos malayos es tal, que á sus señores no les importa hacerles contraer deudas del todo desproporcionadas con sus recursos. El desgraciado deudor no se pertenece ya, y su familia puede estar diseminada en los cuatro ángulos del Archipiélago; con frecuencia se ofrece al padre rescatarla á costa de su vida, si quiere perecer inmolando el mayor número posible de cristianos; si el deudor acepta, debe jurar; y entonces ya está todo concluído: es *sabil* ó *juramentado*.

Los juramentados saben muy bien que si consiguen introducirse por sorpresa en la ciudad española deben renunciar á toda esperanza de escapar, pues siempre hay en la rada escampavías y cañoneros, y al menor grito de alerta, sus embarcaciones llegan á la playa. Por la parte del campo, una torre y dos fuertes desafían toda empresa aventurada, batiendo el pie de una alta empalizada que no se puede franquear sino por las puertas, cuya custodia está confiada á vigilantes centinelas; y para mayor precaución, á cada veinte pasos, á lo largo de dicha empalizada, hay grandes garitas, en cada una de las cuales hay cuatro hombres, siempre con las armas preparadas.

La muerte es de consiguiente segura para todo juramentado, y por lo mismo, tal vez alguno de ellos se arrepintiría de su imprudente promesa; pero el caso está previsto. Apenas los miserables constituyen el número deseado, los panditas los reunen para someterlos á sus acostumbradas prácticas. Entonces comienzan los ayunos, las excursiones solitarias á los bosques desiertos, las oraciones en las tumbas de los juramentados difuntos, á la claridad fascinadora de la luna; y las largas predicaciones que detallan en términos seductores las delicias del paraíso de Mahoma. Después, cuando los súbditos llegan al grado de excitación suficiente, y sólo entonces, se les lanza á la ciudad española.

Una conspiración que interesa siempre á varias familias, y que exige formalidades tan prolongadas, no puede mantenerse secreta, por más que se haga; y el demonio de la avaricia, con frecuencia más poderoso que el del fanatismo, desata muchas lenguas. El gobernador de Joló recibe casi siempre el informe sobre la inminencia de un ataque; pero no se le puede indicar el momento preciso, porque los mismos juramentados lo ignoran. Llegamos á Joló en uno de esos momentos sospechosos; témese un ataque, y es preciso estar alerta.

Así me lo recomienda, por lo menos, al darme estos detalles, uno de mis vecinos, valeroso capitán, que ha visto ya varias veces á los juramentados. «No bajéis nunca á la calle sin el revólver, – me dice, – y sobre todo, guardaos muy bien de franquear la empalizada.»

Sin embargo, no viendo venir á nadie, y deseoso de buscar algunas plantas, salgo una mañana, en compañía de Juan, mi muchacho, cobarde como una liebre cuando está solo, pero susceptible de dar pruebas de valor á los ojos de un europeo. Esta excursión me permite adquirir algunas nociones sobre la estructura geológica de la isla.

El archipiélago de Joló se extiende desde Borneo á Mindanao, en una cadena de islas situadas en las cimas del relieve submarino.

(Continuará)

(1) Negros, Cebú, Leyte, etc. Calcúlase que hasta en estos últimos tiempos se llevaban anualmente de las Filipinas, y hasta del golfo de Albay, á pesar de hallarse tan lejano, cuatro mil cautivos por término medio.

(2) Después de la expedición del *Astrolabio* y las de Wilkes, el contraalmirante Mouchez, hoy director del Observatorio de París, que en 1842 trazó el plano de la rada de Joló, no obtuvo mejor acogida que los navegantes que le precedieron.

(3) España le pasa una renta de 12000 pesos anuales, cuyo capital se evalúa en 300,000.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V ←BARCELONA 29 DE MARZO DE 1886→ NUM. 222

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JAIME I EL CONQUISTADOR, boceto-estatua de Venancio Vallmitjana

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JAIME I EL CONQUISTADOR, boceto-estatua de Venancio Vallmitjana

Jaime I de Aragón es una de las figuras más colosales de la Edad media: el sobrenombre ó calificativo con que se le conoce, prueba hasta qué punto riñó batallas y ganó victorias. Una de las más famosas fué la conseguida contra los sarracenos cuando les tomó la ciudad de Valencia. Cualesquiera que fuesen con posterioridad los resultados de aquella jornada, el pueblo valenciano no podía ni debía olvidar al héroe que le devolvió su libertad, su nacionalidad, el imperio de su fe, cuanto aman los pueblos que no quieren renegar á su Dios y su patria, aun cuando su enemigo les pague el servilismo á precio de oro.

Diez generaciones se han sucedido desde que Jaime I llevó á feliz término esa conquista, y la ciudad del Turia se halla dispuesta á levantar un monumento á su libertador. La obra capital del monumento, la estatua de Jaime I, ha sido encargada á nuestro paisano Venancio Vallmitjana, que ha cumplido esta vez como cumple siempre. El boceto que publicamos es prueba de ello.

El rey *conquistador* entra majestuosa y tranquilamente en la ciudad de Valencia, calado su capacete típico, ceñida la espada con que fué enterrado en Poblet; no en ademán de triunfador romano, ebrio de orgullo y respirando venganza, sino en actitud de cristiano adalid á quien el hedor de la sangre no ha hecho perder la serena calma, tan necesaria á los grandes capitanes. Cuando el boceto se haya convertido en obra definitiva, Vallmitjana habrá añadido una hoja más á su corona de artista.

EN EL HAREM, cuadro de Juan B. Hunsmans

Si el autor de este lienzo no le hubiera titulado *En el harem*, nosotros le hubiéramos dado por título *Las fastidiadas*. Y este es el mayor elogio que podemos hacer de la obra de Hunsmans.

El harem es el departamento más lujoso y elegante de la vivienda oriental; pero está habitado por mujeres reducidas á dorada prisión, encarceladas en cuerpo y alma, mujeres puramente materia, destinadas á una hora incierta de placer y á una eternidad de indiferencia. ¿Qué pueden hacer esas infelices mujeres del soberano si no es fastidiarse y aburrirse soberanamente? Por esto hemos dicho que es hacer grande elogio de esta obra consignar que la nota dominante de sus figuras, la nota del cuadro, es el fastidio.

Dado el criterio, completamente justificado, del autor, hemos de convenir en que la ejecución no puede ser más meritoria. Esas hermosuras, que empiezan á serlo antes de los quince años y dejan de serlo á los veinte; esas muñecas del sultán que vejetan sin sentimientos, ó sin otros sentimientos que el del odio y los celos; esos seres condenados á niñez perpetua, con muchas flores, muchas galas, muchos perfumes y muchos dulces, pero sin derecho á sentir, con prohibición de amar, han sido bien interpretadas por Hunsmans, no menos feliz en la traza de las estancias del harem. Dado el rigor con que está prohibido á los hombres acercarse siquiera á esta parte de los palacios orientales, no podemos decir que la vista esté tomada del natural; pero si nuestro artista no la ha conocido realmente, es indudable que la ha construído como debe ser.

Á LA SALUD DE MIS VECINITAS, dibujo de Antonio Fabrés

El autor de este dibujo es uno de los pintores que con más cariño tratan sus obras: ellas son, propiamente, sus hijas; por esto las crea todo lo sanas que sabe y vigila su desarrollo con solicitud verdaderamente paternal. En tan benemérita empresa ni omite medio ni perdona trabajo: quiere *acabar* sus obras, y sus obras son realmente *acabadas*. No le seduce la idea de la primera impresión, al contrario, quiere que sus composiciones sean examinadas detenidamente, porque está seguro de que cuanto más minucioso sea el examen, más y más han de resaltar sus cualidades.

Véase, sino, el *Fígaro* de nuestro dibujo. ¡Qué bien sentada figura! ¡Cuán natural es su actitud y cuán correcta al mismo tiempo! ¡Cuánta y cuán bien entendida diferencia entre la mano que sostiene la caña y la mano que oprime el cuello de la botella!

Fabrés nos deja en breve. Roma le atrae como artista; París le seduce bajo el punto especulativo de la vida. Al fin y al cabo, un artista no deja de ser un hombre... Pero como Horacio aseguraba en una de sus odas inmortales que no moriría del todo, Fabrés tampoco del todo nos dejará: sus obras, de que nuestra ILUSTRACIÓN se promete las primicias, le recordarán á sus compatriotas; y bien considerado, allí donde se admiran los trabajos de un artista, allí está lo más puro y lo más noble del hombre.

EN LA ESPESURA, estudio de R. Martí Aguiló

El artista que estudia la naturaleza tiene la seguridad de poseer un maestro infalible: no todos, empero, sus discípulos son dignos de serlo. Quien creyera, por ejemplo, que estudiar la naturaleza es copiarla simplemente, en lugar de seguir para pintor debiera hacer práctica de fotógrafo. Para interpretar á la naturaleza artísticamente, hay que comprenderla, hay que sentirla.

Esto pasa á Ricardo Martí: véase el estudio que hoy publicamos y se convendrá en que la fotografía puede producir una verdad más matemática, pero de ningún modo una verdad más natural y más poética.

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Las quinientas butacas del patio estaban ocupadas por caballeros vestidos de frac y corbata blanca, representantes de la alta banca, de la aristocracia, de la política, de la prensa y de la diplomacia, cuyas cabezas casi todas calvas, en medio de lo negro de sus trajes y lo rojo de los sillones de terciopelo, semejaban un fecundo plantío de floridísimas cucurbitáceas.

Los palcos plateas, principales y segundos, ostentaban desde su fondo innumerables bellezas, cubiertas de oro, brillantes, flores, blondas, sedas y terciopelo, cuyo conjunto no podía menos de pasmar aun al más acostumbrado á ver esta clase de cuadros tan ricos en colores y en hermosura.

El resto del teatro se hallaba ocupado por personas de todas las clases sociales, como artistas, empleados de poco sueldo, estudiantes, modistas, aficionados á música, alumnas del Conservatorio, y además por la gente que constantemente está viniendo á Madrid, y que no se halla en circunstancias para hacer grandes desembolsos.

Terminó la sinfonía y se levantó el telón, dando comienzo el primer acto.

Cuando llegó el momento en que la *estrella* debutante debía salir á las tablas, todo el mundo permanecía callado; no se oía más que la música que acompañaba á los cantantes en la ópera; hasta las luces de las arañas se estaban quietas, sin pestañear, sin moverse de un lado á otro.

Una nube de flores y una tormenta de aplausos siguió al acabar la *diva* la bella *romanza* del primer acto.

En todo el curso de la ópera no hubo sino esta clase de demostraciones de admiración y de entusiasmo hacia la gran Herminia.

Antonia y Armengol no se descuidaron, con todo, de entusiasmarse y admirarse mutuamente.

Satisfecha la primera curiosidad que nace siempre que se presencia algo nuevo, los dos amantes se ocuparon más de sí mismos que de lo demás.

Hablaron largamente sobre sus amores: se dijeron esas mil pequeñeces que forman tantas cosas grandes en el corazón de dos que se aman; se confiaron muchos secretos que ya ellos sabían; ponderaron la felicidad que proporciona un amor verdadero, profundo é ilimitado, y terminaron jurándose fidelidad perpetua.

Acabada la ópera, salieron del teatro y tomaron un coche de los que estaban en la puerta.

XII

EN BUSCA DE UNA POSICIÓN SOCIAL

Por primera vez en su vida acometió á Armengol una idea triste y atormentadora cuando empezó á reponerse de su físico quebranto. Estaba descontento de sí mismo. Ese descontento que llena el alma del hombre honrado cuando sus actos no están de acuerdo con sus ideas, apoderóse del alma de Armengol, no de otro modo que las nubes se apoderan de las montañas en día de tormenta.

Su conducta respecto á D. Juan no era en verdad la de un caballero, y aunque Angel estaba acostumbrado á ver repetido frecuentemente en el mundo este caso, sus principios morales tomaban voz para denostarle por ello.

Si hubiera sido posible oir el diálogo que sostenían en el cerebro de Armengol sus sentimientos nobilísimos y sus deseos, como resultado de esta lucha, habríamos escuchado lo siguiente:

¿Qué te propones, desdichado?

¡Veremos! Hay que dejar algo á la casualidad.

¡La casualidad! – le replicaba con voz terrible la conciencia. – ¿Hay crimen mayor que fiar al acaso la ventura? Eres ilustrado, tienes talento; ¿por qué no trabajas?

¿Dónde? – replicaba el instinto malo. ¿Encuentro acaso en qué ocupar mi actividad?

Busca una ocupación y la encontrarás ¿Prefieres ser un pordiosero con levita? ¡Qué vergüenza! ¿De qué te sirve tu instrucción si al primer golpe de la fortuna quedas nivelado con el hombre más ínfimo, más rudo y de menos recursos intelectuales?

– Pediré dinero prestado.

¡Nunca, nunca!

Volveré á Barcelona y me reconciliaré con mi padre.

¡Qué dignidad tan elástica! ¡Yo no quiero, no lo consiento!

¡Pues me pegaré un tiro!

¡Oh, valiente!

Entonces no sé qué hacer.

¿Dices que son muchos tus amigos? Exígeles su apoyo para obtener un destino.

¡Me avergüenza la idea de presentarme como un pobre desvalido á aquellos ante los cuales hice diaria ostentación de mi riqueza.

Este mudo coloquio destrozaba el alma de Armengol; estas vacilaciones de su espíritu eran un torcedor cruel de su vida.

Muchas mañanas salía de su casa resuelto á seguir los impulsos de su conciencia, pero el temor de no ser atendido por aquellos de quienes iba á solicitar apoyo, la vergüenza de hacerles la declaración de sus discusiones familiares y un desaliento que oscurecía la claridad de su ánimo con las más penosas dudas, eran parte á que volviese á entrar en su mísera vivienda sin haber intentado dar un solo paso que pudiera mejorar su situación.

El amor de Antonia trataba en vano de aminorar con sus atenciones el eco de la voz de la conciencia del joven, que le gritaba constantemente con ensordecedor acento:

– ¡Obras mal! ¡Obras mal!

Por otra parte, el pequeño repuesto de dinero se le iba acabando Aquel capitalito se extinguía, y, al contar Armengol las monedas de plata que le formaban, sentía la triste opresión que experimenta el peregrino del Sahara al ver que los odres del agua están flojos y exhaustos del cristalino líquido.

Muchas veces trató de darle consejos el bueno y desventurado de D. Juan.

¡Ah! – le decía, si yo fuera como V. Si yo tuviera su ilustración vastísima, sus maneras elegantes, su aspecto simpático... (á esto último asentía Antonia con un leve movimiento de cabeza y una dulce sonrisa, que se reflejaba en el rostro de Angel á quien iba dirigida), entonces no habría nadie que me tosiera... yo me abriría camino. En el mundo hay que empezar por ahí, y sin encontrar una ruta practicable y ganarla á fuerza de puños no se hace nada, á menos de haber nacido en esos lugares preferentes de la sociedad, donde estaría V. ahora si sus disgustos de familia no lo hubieran desbaratado todo.

Tiene V. razón, contestaba Angel; pero ¿á qué he de dedicarme?

– ¡Hombre! Esa cuestión no es tan difícil de resolver. Cierto que V. no tiene un título académico, pero en cambio tiene V. más ilustración que muchos caballeros titulados. ¡Jinojo! (Esta era la más fuerte interjección que se permitía D. Juan). En ciencias naturales es V. un prodigio... Sabe V. francés, inglés y alemán; y los estudios históricos los ha profundizado grandemente. ¿Por qué no emprende V. la carrera del periodismo? Para V. es ancha y expedita y en ella se ganan laureles y una posición. Por de pronto ella le resuelve á V. el problema de la vida, y para el porvenir, ¡Dios sabe á dónde puede conducirle!

Tantas veces repitió D. Juan estos saludables consejos, que al fin llegaron á penetrar en el alma de Angel y quiso ver si eran practicables.

Pasó revista mental á aquellos de sus amigos que disfrutaban en la política mayor influencia y eligió de entre todos ellos á uno que había sido diputado á Cortes por un distrito rural de Barcelona, gracias á la decidida protección de los parientes de Armengol, que allí gozaban de grandes bienes raíces y por ende de un predicamento popular asombroso.

Fué á verle y le dijo:

– Amigo mío: deseo probar fortuna en la política y me parece que debo empezar por darme á conocer en la prensa V. es hombre de grandes relaciones políticas y puede facilitarme el ingreso en la redacción de uno de los periódicos de su partido.

– Amigo mío, le respondió el padre de la patria, – la época es malísima para lo que V. desea. Ahora se publican pocos periódicos democráticos y esos andan con la bolsa muy escueta. Pero no pienso que pueda usted suponer que me evito de servirle. Yo hablaré á Pepe Añobe, que dirige *El Universo*, y ahora mismo le daré á usted una carta para que con ella se presente á él. Dudo mucho del éxito de mi recomendación, pero aun así lo hago por complacer á usted.

El diputado á Cortes escribió la carta y se la entregó al desengañado Armengol que, á pesar de todo su pesimismo, creyó que, al menos por cortesía, aquel señor que debiera principalmente su encumbramiento á los Armengoles habríale acogido con más cariño.

Sin duda conoce el estado en que me encuentro, – pensó el joven para justificar aquella incomprensible frialdad y aun desabrimiento conque le había respondido el diputado á Cortes.

Llegó á su casa de peor humor que había salido. Entró en su estancia y se dejó caer en la cama, ocultando el rostro en la almohada.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que Antonia llamó á la puerta, como la noche primera en que, llevada por el amor y la caridad, – ¡dos caridades! – llegó cerca de Angel.

– ¡Siempre lo mismo! – exclamó Antonia parándose frente á Armengol, que abrió los ojos para mirarla. – ¿Cuándo dominará V. esa tendencia suya á estar triste?

– ¡Nunca!

No era una respuesta muy galante á la verdad, para ir dirigida á la mujer que procuraba alegrar su existencia con las alegrías de un afecto lleno de abnegación.

Angel se levantó para sentarse en el lecho. Después que lo hizo, tomó las manos de Antonia y las besó con dulzura. De los ojos apacibles de Antonia se desprendían dos lágrimas que resbalaron sobre el fino cutis de su rostro como una perla sobre un plano inclinado de mármol. Un suspiro hondo y entrecortado acompañó á aquellas lágrimas.

—¡Qué tiene V., Antonia! —dijo Armengol alzando su rostro al oir el gemido de su hermosa amante.

—¡Pienso en lo desventurada que soy, en que nada valgo, en lo para poco que he nacido!

Armengol la contemplaba con asombro, no sabiendo á dónde iba á parar con aquellas imprecaciones.

—¿Por qué no seré rica? —añadió ella. —Si yo fuese rica no tendría V. que pensar en esas pequeñeces miserables de la vida; yo pensaría por V. en todo, Angel de mi vida. Huiríamos de Madrid, huiríamos de estas gentes ante las cuales es un crimen nuestro cariño. Viviríamos en París, en Londres, donde viven los amantes sin que nadie se meta á averiguar cuándo ni cómo se han amado.

Angel sintió que nacían en el fondo de su alma dos sentimientos: uno de agradecimiento ternísimo á aquella generosa mujer; otro de disgusto profundo, porque se le juzgaba capaz de aceptar en el caso de ser ella rica el despreciable y vil apoyo pecuniario de un amor condenado por las leyes y la conciencia. Pero como este segundo sentimiento se fundaba en una hipótesis fabulosa de Antonia, que, desgraciadamente para ella no era cierta, y el

otro sentimiento nacía de un hecho real, de una emoción verdadera, Angel exclamó:

– Tiene V. razón, Antonia, me da V. una lección sabia de resistencia en esta lucha continua con el mundo. Quisiera ser como V. á quien nada arredra...

– Sí; me arredra una cosa.

– ¿Cuál?

– ¡La idea de que no podemos amarnos!

– ¿No nos amamos? El hecho se impone. Sería un ingrato si pudiese perder mi memoria el recuerdo de lo que á V. debo, el recuerdo de un amor generoso como ninguno.

Antonia dejó caer su cabeza en el hombro de Armengol. Suave languidez se apoderaba de su cuerpo.

Entónces oyóse ruido en la escalera. Habían dado las cinco y D. Juan venía de la oficina cantando un coro de *La Gran Duquesa de Gerolstein.*

XIII

IMPREVISTO

Cuando entró en su casa D. Juan ya estaba en ella su esposa.

—¡Jinojo, qué tarde tan fresca!—dijo D. Juan, quitándose el sombrero y desliándose el negro y raído tapaboca que protegia su cara del airecillo traidor.—¿Está en su casa D. Angel?

—No lo sé,—repuso con la mayor serenidad Antonia: —¿Quieres que llame?

—No; yo mismo iré. Es para entregarle una carta que me ha dado el cartero.

—¿Para él? – preguntó Antonia, mirando el sobre que tenía en la mano su marido.

– Sí.

Era un sobre de color de rosa, pequeño, perfumado, con una E elegantemente grabada en el dorso y dos líneas negras en los márgenes; un sobre que trascendía á sobre de mujer.

Nosotros ignoramos si este pensamiento cruzó por la mente de Antonia; lo que sí sabemos es que se puso pálida y que sus ojos adquirieron súbita opacidad, como si las nieblas de la tristeza se hubiesen aglomerado sobre ellos.

Don Juan entró en el cuarto de Armengol, que leía su libro de tragedias de siempre.

—Hace V. bien en no salir, señor D. Angel. La tarde es horrible. Corre un gris que corta la cara. Yo vengo tiritando, amigo mío. ¿Lee V?

Don Juan se aproximó á la mesa y vió la cubierta del libro.

—¡Bah! *Inglis manglis.* Para mí como si fuera griego... Siga V., siga V. su leyenda. No quiero molestarle. Vengo á darle esta carta...me encontré abajo al cartero y... para evitarle la subida... pues... Vaya, me marcho, me marcho, me marcho. Ya está Antonia preparando la comida. ¿Oye V. el alegre ruido de los platos? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Hasta luego, vecino.

(Continuará)

EL POETA INCÓGNITO

Hay un POETA ANÓNIMO é INCÓGNITO que escribe poemitas admirables. Regularmente le bastan 32 sílabas métricas para encerrar toda una historia.

Algún día me verás
cuando no tenga remedio;
me verás y te veré;
pero no nos hablaremos.

Dos besos tengo en mi alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre,
y el primero que te dí.

Otras veces, no necesita tantas sílabas: le bastan 24 solamente.

¿Qué eres tú mejor que yo?
Ni tu hermana, ni tu madre,
ni el padre que te engendró.

Muchos poetas, verdaderos poetas, han tratado de imitar estos poemas, que todos conocemos con el nombre de CANTARES. ¿Lo han hecho á la perfección? Rarísima vez. Unos pocos han logrado que sus cantares artificiosos tengan, como si dijéramos, el lenguaje de la taberna: muy pocos han conseguido repetir aquellas quejas de profundísimo sentimiento, y, á veces, de profunda filosofía melancólica, que nos encantan y sorprenden cuando las oímos en las fiestas del pueblo, ó bien en los ocios de los trabajadores, ó acaso mezcladas con el ruido mismo de las herramientas, ó acompañando á los esfuerzos de la laboriosidad.

Por de pronto, el vocabulario de los hombres del pueblo, y los principios morales á que ellos arreglan su conducta tienen que dar un tinte particular á sus cantares. Toda palabra abstracta en demasía debe por precisión estar proscripta de esos cuadros. Por otra parte, el lenguaje del hombre y de la mujer del campo ó de la mar no puede ser, ni con mucho, la lengua del hombre de las aulas. El organismo ha de tener también su influencia en unos versos hechos precisamente para el canto, y es de evidencia que el timbre de la voz y la facilidad de pronunciar ciertas articulaciones y de colocarlas fácilmente en los versos de 8 sílabas, ha de entrar por mucho en la composición de esta clase de cuartetas. Las licencias de la poesía, á las que se presta admirablemente la música del pueblo, influye también mucho, muchísimo, en la estructura de los cantares. Y la tradición y el hábito deben haber exigido ciertos giros, consagrados en la memoria de los que hallan placer en el canto de esos versos.

Pero más que cada cosa de estas en particular, y más también que todas ellas en conjunto, tiene que influir la esencia misma de los hechos que originan los cantares. El gabinete donde el poeta se finge una situación, muchas veces imposible en el mundo de la realidad, no es el lugar más á propósito para la incubación de esas cuartetas. Por el contrario, los cantares tienen siempre su estímulo, su motivo y su razón, en la realidad de las contrariedades y desgracias frecuentes de la vida; y claro es, que cuando los celos hacen empuñar el acero de la ira, cuando la muerte arrebata á la persona de nuestros amores, cuando la ausencia disloca nuestras esperanzas en lo porvenir, cuando leyes brutales arrebatan para la guerra al joven querido, cuando, en una palabra, alguna violenta pasión deprimente nos destroza y nos martiriza..., de la imaginación y del dolor deben brotar las ideas, como si dijéramos, *de bulto;* y el cielo, y el clima, y la arboleda, y el viñedo, y las arenas de las playas, tienen que resonar en cuartetas encantadas y encantadoras, que en el bufete del literato se elaborarían como la flor exótica en la estufa, porque en el bufete está excitado artificialmente el corazón, y subyugado el entendimiento por lo convencional del sentimentalismo: nó por las realidades de la vida.

Sin embargo, en los labios del pueblo y monte adentro, ¡quién no ha oído alguna vez cantares procedentes en línea recta de poetas conocidos! En Alcalá del Valle he oído estos dos cantares, que son de mi amigo desde la niñez D. Angel María Navarrete.

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas:
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

Yo soy uno, tú eres una,
uno y una que son dos;
dos que debieron ser uno,
pero ¡no lo quiso Dios!

En Torrox y Málaga se oyen los siguientes, también de autores conocidos, pero cuyos nombres no acuden ahora á la pluma:

Más temo una mala lengua
que la mano del verdugo;
que el verdugo mata á un hombre,
y la mala lengua un mundo.

Los desengaños y el tiempo
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

Yo no sé porqué la luna
tu ventana me recuerda,
cuando me dijiste «vete»
con la cara de una muerta.

Pero esto no contradice en modo alguno lo anteriormente dicho. De estos cantares solamente sobreviven los *fittest*, como diría Darwin: esto es, no los mejores, sino los más aptos, los más propios, los más adecuados al medio donde tiene de conservarse su existencia, mientras que todos los demás perecen en las simas del olvido.

Y sobreviven, nó por su procedencia y estirpe literaria, sino por su esencia popular.

El pobre segador ó la infeliz lavandera, que solamente en silencio pueden derramar sus lágrimas, porque nadie les toleraría los paroxismos estrepitosos que todo el mundo encuentra muy naturales en una elegante dama aristocrática, ¿cómo no han de encomendar simpáticamente á la memoria el poemita sentidísimo

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas:
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

La otra cuarteta

Mas temo á una mala lengua
que la mano del verdugo;
que el verdugo mata á un hombre,
y la mala lengua á un mundo,

me parece de tan profunda filosofía, que sin yo saber porqué me recuerda los versos de Othello cuando Shakespeare dice:

Quien me roba el bolsillo, ese me quita
un nada, una miseria:
algo es, pero al fin importa poco:
era mío: ahora suyo: y fué de miles
esclavo aun. Mas quien á mí me roba
mi buen nombre, me roba lo que en nada
lo puede enriquecer, y á mí me deja
enteramente pobre.

He dicho *pasiones deprimentes*, porque nuestro temperamento andaluz llora más de pena que de alegría; porque todo lo que abate el ánimo, cuadra y se armoniza con la melancolía del trabajador, el cual no tiene sino la indispensable para satisfacer las necesidades más urgentes del vivir, y sólo en las regiones de la posibilidad ve la alegría y aquellos goces no regalados espontáneamente por la generosidad de la naturaleza. Hasta los cantes (no cantares) tabernarios,—alegría estólida de la plebe,—parecen verdaderas lamentaciones; y lo son, así en la letra como en las notas musicales.

Todo tiene su excepción, y es preciso dejar aparte los himnos anónimos de guerra, que en nada se parecen á los cantares.

Puede hacerse una pregunta: ¿Por qué el POETA INCÓGNITO hace sólo cuartetas *generalmente*, y nó composiciones más largas?

¿Quién lo sabe?

Tal vez sea que el idioma disponible, el exceso de estro poético, lo vivaz de las impresiones, ó bien la carencia de recursos verdaderamente literarios, no suministren materiales más que para esas CASI INTERJECCIONES DE 32 SÍLABAS MÉTRICAS, verdadera explosión de los sentimientos reales, y no de las formas oficiales y reglamentadas por el convencionalismo de las gentes *comme il faut;* ¡nueva especie de esclavitud á que tienen que subordinarse los que viven en cierta altura sobre las capas inferiores de la sociedad! ¿Quién, en algunas ocasiones solemnes y violentas de su vida, no habrá envidiado la libertad para imprecar, desahogarse, y hasta insultar, que sólo es concedida á la gente del pueblo? Pero, delante de las gentes de tono, ¿cómo dar rienda suelta á las explosiones del corazón? Hay formas para todo... ¡hasta para llorar á los que se nos mueren!

Los cantares tienen indudablemente sus secretos de estructura, que hasta ahora no están descifrados; y esa estructura contenga acaso el enigma todo de la dificultad.

¿Cuál es el secreto?

Adhuc sub judice lis est.

¿Son las antítesis? No siempre. ¿Son las sentencias? Algunas veces. ¿Es una maliciosa observación? Acaso. ¿Qué es?

No lo puedo explicar; pero creo sentirlo tan profundamente, que si me presentaran confundidos y mezclados cantares escritos por literatos y cantares hechos por el POETA INCÓGNITO, entresacaría sin titubear y pondría aparte los procedentes del pueblo; y dejaría sólo los nacidos en fuentes literarias, con rarísima excepción.

¡Qué vaguedad hechizada suele encontrarse en los cantos populares, consistente en el acopio de materiales acumulados indecisamente para que el oyente construya según su ingenio, y adivine según su imaginación!

No me mires, que miran
que nos miramos,
y verán en los ojos
que nos amamos.
No nos miremos;
que cuando no nos miren
nos miraremos.

Llorando se la escribí,
llorando se la mandé;
las lágrimas de mis ojos
no me la dejaron ver.

El banco... el árbol... tu nombre...
el cielo del mismo azul...
todo, todo como estaba;
todo, todo, menos tú!

Algún día me verás
cuando no tenga remedio;
me verás y te veré,
pero no nos hablaremos.

Yo te diría mis penas
si me quisieras oir:
pero ¿quién se queja á un mármol
como yo me quejo á tí?

Se volvió loca de celos,
loca se volvió de amar;
y se bajaba á la playa
á contárselo á la mar.

Dos besos llevo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí.

Por último, los cantares conservan su distintivo cuando no es la realidad, sino la hipérbole, y hasta lo imposible, el fondo de esos poemitas.

En el hoyo de tu barba
estoy mandado enterrar:
sólo deseo morirme:
¡quien se hubiera muerto ya!

Me mataste y me enterraron;
pero ya he vuelto á nacer,
porque de nuevo me mates
cuando te vuelva á querer.

Yo estuve un día en la Gloria,
pero no estabas tú allí;
y para verme en tus ojos
á la tierra me volví.

E. BENOT



EN EL HAREM, cuadro de Juan B' Hunsmans



Á LA SALUD DE MIS VECINITAS, dibujo de A. Fabrés

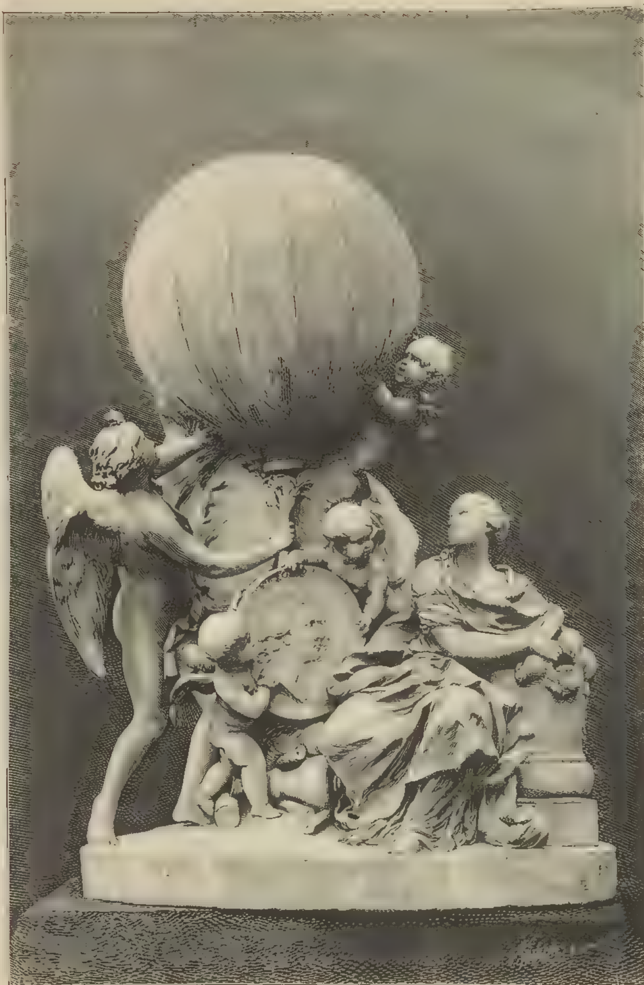


Fig. 1. — GRUPO EN BARRO COCIDO, DE CLODIÓN. A la gloria de los hermanos Montgolfier *(Colección Tissandier)*

CRONICA CIENTIFICA

CURIOSIDADES AEROSTÁTICAS DEL ORIGEN DE LOS GLOBOS. — UN GRUPO INÉDITO DE CLODIÓN.

Entre los diversos objetos curiosos que nos recuerdan la época de los Montgolfiers y de los primeros ensayos de la navegación aérea, y que se han conservado hasta aquí cuidadosamente, hállase un dibujo muy exacto del globo llamado de Bagnols, cuya ascensión se verificó en la ciudad de este nombre en 1785 (fig. 2.) Este globo, que medía unos catorce metros de diámetro por veinte de altura, se elevó el 18 de abril de dicho año á la vista de más de diez mil espectadores, y después lleváronlo con gran pompa á Bagnols para depositarlo en la Casa Ayuntamiento, donde se conservó hasta 1792. En esta época se utilizó la tela, con la cual confeccionaron blusas para los voluntarios; pero antes sacáronse varios dibujos, de los que se conserva uno en la Biblioteca Nacional.

Otro objeto más notable aún, bajo el punto de vista artístico, es un antiguo busto en barro cocido, de Clodión, verdadera curiosidad que merece ser conocida. Véase qué circunstancias concurrieron á su ejecución. El 1.° de diciembre de 1783, con motivo de haberse elevado en un globo el aeronauta Charles Robert, en las Tullerías, acordóse erigir un monumento á la memoria de los Montgolfier en el sitio mismo en que se había efectuado la ascensión; y al efecto se abrió un concurso, en el que tomaron parte casi todos los escultores de la Academia. De los dibujos y proyectos presentados entonces, aun se conservan algunos, y entre ellos dos grupos en barro cocido, que Clodión ejecutó sucesivamente; el uno representaba un gran número de Amorcillos hinchando un globo y sobrepuestos de la Fama; el otro, mucho más notable como obra artística, y apenas conocido, es el que vamos á describir.

Este grupo auténtico, de 55 centímetros de altura; y que lleva la firma de Clodión, representa varios personajes: á la izquierda se ve un Genio que hincha un globo por medio de una tea encendida; al otro lado, dos Amorcillos presentan á una mujer sentada, que debe ser la Gloria ó Francia, el medallón de los hermanos Montgolfier, que es, poco más ó menos, la reproducción del que Hondon acababa de hacer, y en el cual están inscritos los nombres de Esteban y de José Montgolfier. Detrás del asunto principal hay otros dos Amores y un Tiempo con su guadaña, del mismo tamaño que las figuras principales; pero estos últimos personajes no se pueden ver en el grabado. La composición del conjunto es bastante acertada.

El señor barón Ponsard ha cedido generosamente este curioso grupo, del que era poseedor hace algunos años, para enriquecer la colección que se está formando. En concepto de los inteligentes, la obra de Clodión es interesante, tanto bajo el punto de vista artístico como por lo que concierne á la historia de los globos; y bajo este doble título nos ha parecido oportuno darla á conocer.

G. TISSANDIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Sin duda algunas de ellas, poco elevadas, están constituídas en gran parte por bancos de políperos que se elevaron poco á poco hasta la superficie del mar, y que por el acarreo de los detritus de toda especie han llegado á ser propias para la vegetación; pero no sucede lo mismo con otras muchas, y particularmente con Joló. La formación precedente sólo se ha efectuado en la orilla; la masa de la isla es volcánica, y la lenta destrucción de la capa superior de las lavas es la que ha producido este suelo, prodigiosamente fértil así en las altas montañas como en los valles. Las moles de lava, muy numerosas, se ven solamente en la orilla del mar, en el lecho de los arroyos, ó en las grandes trincheras abiertas para sacar el material de los derribos practicados; en todos los demás puntos, el poderoso bosque ó los prados de *cogon* forman una serie continua.

Recorro los bosques que se elevan en suave pendiente al sudeste de la ciudad, y sólo veo algunos esclavos enflaquecidos que sacan agua de un torrente, entre las sonrosadas campanillas de las *Ipomœa* (1); más léjos, en medio de un pequeño desmonte, hay una caseta de colonos tagalos, licenciados de presidio, que se han atrincherado en su casa, y me aconsejan que vuelva cuanto antes á la ciudad. Siguiendo las sendas practicadas en el bosque hallo numerosos insectos debajo de los detritus vegetales, y poco después llego al centro de una cantera, donde los presidiarios desmontan una porción de bosque, protegidos por una compañía de infantería desplegada al rededor de ellos. El jefe me reprende amistosamente mi imprudencia, aconsejándome que espere su vuelta á la ciudad para volver yo á ella. Sin embargo, al ver que deseo marcharme, el jefe no insiste, pero reune sus hombres, forma la columna y me acompaña.

23 noviembre. — Los días siguientes trascurrieron en una tranquilidad relativa, y había olvidado ya, ocupado en mis investigaciones antropológicas, los famosos juramentados, cuando esta mañana á las ocho, hallándome en la plaza, oigo algunos tiros, seguidos de gritos confusos, sucediéndose un silencio de muerte. El mercado se despeja en un momento, y encuéntrome solo, á pocos pasos de dos centinelas, que, apoyados en una caseta, cargan sus fusiles. En el mismo momento veo una mujer descabellada que va corriendo, seguida de un hombre, pálido como un cadáver, que lleva en la mano un *kriss* (especie de machete) teñido en sangre. La mujer me grita: ¡los juramentados! y disparada como una bala de cañón, me derriba al paso; y en el mismo instante resuenan dos tiros, me levanto, y veo caer al juramentado herido en el pecho; pero de un salto se pone de pie á su vez, y con el arma levantada, precipítase sobre los centinelas: traspasado de un bayonetazo, aun se mantiene derecho, tratando de alcanzar al soldado, que le contiene con la extremidad de su fusil; mientras que el otro centinela vuelve á cargar su arma y remata al furioso.

Por todas partes oigo después un tiroteo, y al llegar á la calle mayor veo algunos hombres que yacen tendidos en un lago de sangre; en medio de la calzada, tres juramentados, con la cabeza erguida y blandiendo el kriss, avanzan resueltamente al encuentro de un pelotón de soldados; los fusiles se inclinan, y cuando el humo de la pólvora se disipa, veo á los tres infelices tendidos en tierra boca abajo. Con esto quedamos libres de agresores.

En tan tristes circunstancias el deber del médico está indicado desde luego: nos dirigimos presurosos hacia el hospital, y en el camino encontramos al gobernador, acompañado del bravo coronel D. Ventura López Nuño, admirable en su serenidad y sangre fría, pero cuyos ojos brillan de cólera; estréchole la mano, y muy pronto me hallo en medio de los muertos y de los heridos. Los juramentados han inmolado quince víctimas, infiriendo heridas horribles, pues hay cadáver que tiene la cabeza enteramente cortada, y alguno que está casi dividido en dos. El primer herido que examino es un soldado que estaba de guardia en la puerta por donde entraron los agresores; tiene en el brazo izquierdo tres fracturas, y el hombro y el pecho materialmente destrozados á cuchilladas; la amputación sería el mejor remedio, pero de tal

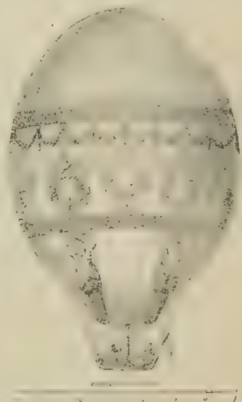


Fig. 2. — GLOBO DE BAGNOLS, elevado en esta población en 1785

modo ha lacerado las carnes, que la operación no es nada fácil: mientras que reduzco las numerosas fracturas, el soldado, á quien aun domina la excitación del combate, me refiere el principio de la agresión. La consigna

(1) Convolvulus.

ordenada observábase puntualmente por todos los centinelas: todo individuo, hombre ó mujer, que se presentase en las puertas debía ser registrado, y detenido si llevaba arma alguna. Los juramentados, en número de once, habíanse dividido en tres grupos, separados á la distancia de algunos pasos; llevaban haces de forraje y cañas, que ocultaban sus armas; dos de ellos se presentan primero en la puerta, y en el momento en que los centinelas se inclinan para registrar, todos los juramentados á la vez empuñan sus machetes; uno de los centinelas queda muerto en el sitio; su compañero, sufriendo una granizada de golpes, tiene aún fuerza para disparar su fusil, y mata á uno de los agresores; pero los demás pasan como un torrente y se diseminan por la ciudad.

Las atroces heridas que infieren con el kriss, á menudo mortales en el acto, cúranse á veces muy pronto si se cuidan juiciosamente. Al cabo de poco tiempo, todos los heridos del 23 de noviembre están en pie, notable resultado que se debe al celo del director del hospital, el cirujano mayor D. Manuel Rabadán y Arjona, que además de un profundo saber se distingue por su generoso corazón. Más tarde deberé hablar sobre el mérito de este excelente cofrade.

24 noviembre. – Pronto se calma la emoción producida por el ataque de los juramentados; en Joló ya no se considera esto como una cosa nueva, y á causa del incidente mismo, se está seguro de tener tranquilidad algún tiempo. Al aparato belicoso sucédese la actividad fecunda de la paz: los chinos prosiguen sus transacciones, doblemente lucrativas con los habitantes de Joló y los europeos; el genio del tráfico lo mueve todo, lo cual hace decir á uno de mis amigos indígenas, noble pandita, que los españoles lo revuelven todo. Este pandita, de tipo semítico, descendiente de uno de los árabes que introdujeron aquí el Islam, habla bien el malayo, y esto me permite conversar con él fácilmente; no se cansa de escuchar la descripción de Constantinopla, de sus grandes mezquitas de piedra, y de la corte del poderoso sultán de Estambul, maravillándole sobre todo los relatos sobre nuestra Argelia y los tres millones de *Orang Island* (mahometanos) que obedecen al Rajá (1) de los *Orang Prantjis*. Aunque es muy inteligente, veo que la cifra no tiene para él un sentido exacto, ni representa más que una multitud innumerable. En cambio me da mil detalles sobre el Corán y sus compatriotas, pasando por alto hábilmente lo que puede herir su amor propio de joloano y de pandita.



ESTUDIO, de don Leopoldo Roca

Gracias á los informes de este amigo, y sobre todo al apoyo moral y material de todos los españoles, nuestras observaciones antropológicas, así como las colecciones, aumentan diariamente. Tan pronto separados como reunidos, el señor Rey y yo estudiamos cada vez más el radio de nuestras excursiones en el interior de la isla y en la costa.

Por todas partes encuentro vestigios de la guerra, casetas destruídas, cafetales invadidos por el bosque; y á veces, detrás de un cercado en desorden, algunos indígenas, piratas á quien la mala situación de los negocios obligan á trabajar la tierra; me miran con malos ojos, pero voy alerta y estoy bien armado. Un día, á eso de las doce de la mañana, sufriendo un sol abrasador, y descontento de mi herborización, procuro recobrar mis fuerzas á la sombra de un mangustar (2) gigantesco, en el límite de una plantación; llamo á dos trabajadores, ocupados allí cerca, enséñoles algún dinero, y los invito á buscar para mí algún insecto ó reptil. Los dos sonríen desdeñosamente, pero de pronto uno me coge de la mano, recomiéndame el silencio con un significativo ademán, y condúceme junto á un cafetal. Después de mirar bien descubro un magnífico trigonocéfalo (3); su

(1) Soberano de los franceses. La palabra Presidente no tiene equivalente en malayo.

(2) *Garcinia mangostana* (gutíferas) da el mejor fruto de los trópicos.

(3) *Tropidolæmus Hombroni:* abundan en Joló.



EN LA ESPESURA, estudio del natural de Ricardo Martí Aguiló

lomo verde está casi invisible en medio del follaje, pero sus ojos brillan como dos rubíes.

«¡Cógele!» grito á mi hombre. Por toda respuesta da un salto hacia atrás, sin ocultar su temor, pero no hay que vacilar; descargando sobre el trigonocéfalo un golpe con mi baqueta le derribo en tierra; de otro golpe le lanzo á quince pies de altura, y mientras que trata de ponerse en pie, aplícole la baqueta sobre la nuca, y con el pie le mantengo inmóvil; entonces se hace fácil sujetarle con una cuerda en la punta de un palo, y héle aquí ya corriente para introducirle vivo en el alcohol, condición indispensable si se quiere conservar sus magníficos colores.



Viaje á Filipinas. – Arado usado en Joló

Esta operación, con la cual estaba ya familiarizado, y que acabo de practicar por necesidad, basta para que el indígena me mire con respeto; condúceme á su caseta, bastante grande y cómoda, porque mi hombre es uno de los pocos propietarios cuyos bienes han sobrevivido á la guerra y á la supresión de la piratería, y encuentro en su casa ancianos padres, chiquillos, esclavos de toda edad, y numerosas mujeres: toda esta gente está casi desnuda. En Joló, así como en los demás países del Archipiélago, las prescripciones del Corán se observan muy imperfectamente; y por otra parte, el clima haría insoportable ese *feredjé*, que en las aguas dulces de Europa protege con su sombra trasparente las facciones de los favoritos de Estambul. Cuando en la ciudad española las mujeres moras ven á un europeo, aparentan cubrirse con su velo; pero en el interior de las casetas ni aun se conoce esta costumbre. Mi acompañante me presenta á su familia, enseñándome su vivienda: su caseta no tiene en rigor más que una sala, dividida por un tabique incompleto en dos piezas desiguales; veo alguno de esos cofrecillos donde todo indígena, libre ó esclavo guarda su fortuna, y los cuales me indican el sitio donde cada individuo pasa la noche; algunas porcelanas chinas, gran número de lanzas y kriss de toda forma, y un antiguo fusil enmohecido, terrible sobre todo para quien tenga la imprudencia de usarlo, constituyen poco más ó menos todo el ajuar de aquella morada.

Muy pronto nos traen diversos frutos; hombres y mujeres parecen apreciar en extremo la leche de coco mezclada con el ron que yo llevo en un frasco; pero al amo le parece este brebaje demasiado dulce, y no se hace rogar mucho para dar fin con mi provisión alcohólica. Muy pronto se anima la conversación; sentados en el suelo, ó tendidos en un grande estrado de bambú, amos y esclavos toman parte en ella, tratándose unos y otros con mucha familiaridad. Es preciso ser justo hasta con los piratas; ni los de Joló, ni los otros malayos mahometanos de las Filipinas, ni las razas salvajes del interior de las islas del Archipiélago, han sometido jamás á sus esclavos á esa explotación metódica; á esas refinadas crueldades, de que aun ayer hallé un ejemplo en los relatos de Darwin (viaje del Beagle, Londres, 1839). La barbarie de estos moros ignorantes y fanáticos es casi dulzura si se compara con los usos de los esclavistas cristianos. Por lo general, el esclavo de Joló recibe un regular alimento, y su trabajo no es excesivo cuando no se ocupa en la pesca de otras perleras (1); los castigos son raros, y, cosa singular, no tienen esa ferocidad que por otros conceptos comunica un carácter especial á las costumbres de esta nación. Al cabo de algún tiempo de vigilancia, el cautivo tagalo ó bisaya queda libre de sus grillos, pudiendo casarse y tener familia; pero desgraciada de ésta si sus deudas la reducen á la esclavitud, é infeliz la familia del esclavo fugitivo. En estos casos, la ley es inexorable; mujeres y niños, cualesquiera que sea su edad, son vendidos por el acreedor, y se diseminan en los cuatro ángulos del Archipiélago. Hé aquí por qué tantos cautivos cristianos de las Filipinas no se acogen á la sombra del pabellón español, que los cañoneros pasean por las aguas de Joló. Por otra parte, la evasión, posible para los hombres, no lo es para las mujeres, que no tienen los mismos pretextos cuando quieren alejarse de las casetas.

(1) Los esclavos ocupados en esta pesca deben sumergirse á profundidades que varían de diez á veinticinco metros, y permanecen debajo del agua de dos á tres minutos por término medio. Ese trabajo cotidiano, muy penoso, determina rápidamente la tisis en los que le practican.

En este momento, á pesar de la tranquilidad del cuadro patriarcal que tengo á la vista, recuerdo el relato conmovedor de Mme. Beecher Stowe, bendiciendo la cruzada emprendida por esta noble mujer, y el éxito que alcanzó en el Nuevo Mundo, que se extiende cada día más á los países de esclavos del extremo Oriente.

En medio de estos malayos soñolientos, de estas mujeres, que tal vez mañana estarán separadas de sus hijos, respírase cierto aire de harem.

Terminada mi visita, despídome, monto á caballo y me lanzo á través de la pradera á galope, precedido de mi patrón, que quiere acompañarme, y de su esclava favorita, joven malaya de Borneo. Bajando de continuo, y siempre á galope, pasamos como una avalancha por el bosque, franqueando los grandes troncos diseminados en el suelo, y después de cruzar otra pradera, llego al pie de la torre de Isabel. Mi acompañante se despide; mas no tarda en presentarse mi muchacho Juan, muy orgulloso porque ha cogido un trigonocéfalo vivo.

El tiempo trascurre así rápidamente, porque después de las fatigas de nuestras excursiones obtenemos siempre una acogida amistosa en las tertulias de la colonia española. Casi todos los funcionarios son célibes, lo cual no impide que haya alegres reuniones y bailes, en los que algunas pobres tagalas sustituyen á las señoras; estas mujeres hediondas con sus harapos durante el día, parecen deslumbradoras de noche, con su camisola de *piña* y su saya de seda multicolor: por pobre que sea una de estas indígenas siempre conserva en su *tampipi* un vestido de gala.

Sin embargo, es preciso ver al sultán. Mahommed Yamalul Alam se ha retirado á Maibun, pueblo grande de la isla, situado en la costa sud. Como sé que es bastante letrado, le escribo en malayo; pero pasan los días sin recibir yo contestación.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Casa de un joloano acomodado

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V | BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1886 | NUM. 223

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOAQUINITO, cuadro de Eugenio Ritter de Blaas

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JOAQUINITO, cuadro de Eugenio Ritter de Blaas

Este Joaquinito pudiera llamarse indistintamente Santiaguillo ó Periquito Fernández, á gusto del espectador. Esto es indudable; pero no lo es menos que la figura pintada por Ritter revela á un verdadero observador y constituye uno de esos modelos que pudiera suscribir sin reparo el más consumado maestro en el arte.

Joaquinito está entregado por completo á su obra; pone en ella sus cinco sentidos, como vulgarmente se dice, y si su fisonomía es un portento de concentración, su actitud es una maravilla de naturalidad. Cuanto más se estudia á ese muchacho, más agradable se nos hace su factura. Gracias á ella penetramos el pensamiento del rapaz, comprendemos la fruición con que se entrega á su obra y nos parece saborear con él la deliciosa fruta que colma todos sus deseos. Joaquinito vive la hermosa edad en que el presente lo constituye todo, y su presente es tan dorado... como la naranja que monda.

Ritter es un maestro: Joaquinito es un legítimo diploma.

CAZADORA CON HALCÓN, cuadro de F. Wagner

Las damas de la Edad media no tenían, como en la presente, un programa inagotable de fiestas y diversiones en que emplear sus eternos y monótonos días, trascurridos en el interior de un castillo, muy lleno de blasones y gloriosos recuerdos, pero más lleno aún de gentes feudalmente fastidiadas. No es de extrañar, por lo tanto, que, á trueque de interrumpir su aburrimiento, tomaran parte en expediciones cinegéticas, durante las cuales respiraban á lo menos el aire libre del campo y se sentían bañadas por un sol purísimo y desconocido en el interior de su mansión habitual. Una partida de caza era para una ilustre castellana algo como unas horas de libertad concedidas á un prisionero devorado por la nostalgia del mundo.

No se crea, empero, que las nobles cazadoras de aquellos tiempos fueran una especie de ninfas de Diana, dispuestas á hundir sus agudas lanzas en las entrañas del jabalí ó del oso selvático; no por cierto. Desarmadas por completo acudían las damas á las cacerías y provistas únicamente de un halcón previamente adiestrado, el cual soltaban en persecución del ave que tentaba su codicia. Cuando así sucedía, gozaban en ver al pájaro cazador remontarse en el aire, descubrir en el espacio á su víctima, hacer presa en ella y venir á depositarla á las plantas de su dueña, como orgulloso por su destreza. Esta costumbre se prolongó hasta últimos del siglo XVI.

Wagner ha pintado una de esas cazadoras, dando muestras de ser un perfecto conocedor del asunto y un hábil artista. Corrección, elegancia, movimiento y vida son de ver en esa figura, digna de un maestro.

EMPIEZA ASÍ: AMOR MÍO... cuadro de Favretto

El título de este cuadro es tan original como el carácter artístico de su autor. Sin embargo, cuadra perfectamente á la escena representada: tiene ésta lugar en un taller de modista; las oficialas, aprovechando la ausencia de la maestra, se comunican sus aventuras amorosas, y una de aquellas da lectura de un billete recibido y que empieza por las palabras sacramentales: «Amor mío...»

Favretto es un pintor veneciano, notable por su verdadero talento y, más aún, por la independencia de su factura. Aborrece instintivamente la simetría; tiene guerra declarada al convencionalismo, y sin ser propiamente realista, produce la realidad, desentendiéndose de las reglas. Así, por ejemplo, en el cuadro que publicamos nada le ha preocupado á Favretto el hecho de que la protagonista se encuentre de espalda al público y de tal suerte colocada, que oculte por completo su rostro. Así la ha concebido y así la ha ejecutado. Y sin embargo, no se puede negar que en esa figura hay intención y hasta pudiera decirse fisonomía. El grupo es natural y la impresión causada por el cuadro altamente simpática.

EL SANTO DE PAPÁ, cuadro de F. Verhas

Llegó el día suspirado, el día que hace un año se viene aguardando y cuya proximidad ha dado á los individuos de la familia cierta misteriosa apariencia de conspiradores de melodrama. La víspera se ha pasado en apartes y cuchicheos entre la madre, el hijo y la doncella de la casa, impuesta en el secreto de la conspiración. Y en cuanto el sol ha aparecido en el horizonte, ¿quién hubiera podido retener al muchacho en la cama que ordinariamente le cuesta tanto de abandonar?

A todo esto, papá tan tranquilo en su aposento, porque papá lo ignora todo, hasta que sea el día de su santo; y si no lo ignorase, debe aparecer como que realmente lo ignora; porque de otra suerte faltaría al agasajo el aliciente de la sorpresa. La madre y el hijo llegan sigilosamente á la puerta de la estancia; llaman á ella, ábrese, y aquí empieza una de aquellas escenas, tan escasas en la vida, en la cual las lágrimas de la dicha borran los surcos causados por las lágrimas de la pena.

¡Lectores míos, jamás se os ocurra prescindir de esas fiestas de familia! Y si alguna vez creyerais que no merece la pena de santificar esos aniversarios, fijaos en el cuadro de Verhas; leed en el semblante de esa dama y de ese niño el contento de que se hallan poseídos, y vamos á ver quién será bastante mal esposo y mal padre para destruir las purísimas ilusiones con que es aguardado el día del santo.

COLLEONI

Este grabado representa un grupo en bronce, obra de Verrocchio y Leopardi, que se considera, con razón, como una obra maestra, en la cual ha demostrado el autor que se puede conciliar muy bien la expresión artística con la naturalidad de la actitud. Tal vez sea este grupo de Verrocchio uno de los más notables que se conocen en el mundo, en el género de estatuas ecuestres, en las que tan difícil es obtener un conjunto de formas perfectas y suaves, exento de esa rigidez que generalmente caracteriza á los grupos de esta especie.

NUBLADO, cuadro de Roger-Jourdain

Algo ha ocurrido; ignoramos qué, pero ha ocurrido algo.

Unos jóvenes esposos que, en plena luna de miel, se separan bruscamente, y mientras el café pierde su aroma, él hace que mira lo que no ve y ella hace que piensa lo que no piensa, deben tener á la serpiente colada dentro del paraíso. Mucho cuidado, novios inexpertos, mucho cuidado con las serpientes; son animales que tienen muy mala baba.

Esta escena, harto común en la vida íntima, ha sido para Jourdain ocasión de producir un cuadro bien sentido y altamente recomendable por la naturalidad con que el asunto se halla expresado. En esa elegante estancia se ha puesto el sol inopinadamente, amenaza lluvia, los horizontes están cerrados; el autor entiende de borrascas conyugales; la escena es dramática y está hábilmente preparada. ¿Triunfará la serpiente? No lo esperamos: esa joven esposa está impaciente porque su marido persiste en su retraimiento, y el marido, á su vez, no se atreve á volver la vista temeroso de que á la menor indicación de su cara mitad va á dar al traste con la gravedad marital. Los sentimientos de la joven pareja han encontrado fiel intérprete en el autor del cuadro, que ha estado sumamente hábil al pintar esa escena doméstica.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡ÁNIMO, COMPAÑERO! cuadro de Cederstrom

No es difícil comprender quién sea el *compañero* á quien con maliciosa intención, dan ánimo los reverendos padres. La fisonomía aguda y picaresca de la casi totalidad de ellos, contrasta con la del último *caballo blanco* de la partida. Es sumamente notable este lienzo por la expresión de sus personajes, por el acierto en su colocación, por la naturalidad de sus actitudes y por el tinte de bienestar material que todos ellos revelan.

Esto aparte, y aparte igualmente las dimensiones de la mesa de billar que nos parecen excesivas, la escena representada nos parece algo falta de verdad. No respondemos de los conventos que ha visitado el autor, ni discutimos la vida más ó menos regalona de los frailes; pero los de por acá á buen seguro no entretienen sus ocios tan confortablemente. Los cuadros de costumbres han de tener la condición de que las tales costumbres sean ciertas en conjunto y en detalle; y esa condición, si existe en nuestro cuadro, á buen seguro que constituye una excepción.

Salvo este reparo, la ejecución de esta obra puede calificarse de intachable.

CARA DE LUNA

(Cuento absurdo)

En uno de los más oscuros rincones que hay sobre la superficie dilatada de entrambas Castillas, tuvo nacimiento, sin duda por misteriosa influencia de los astros, el mayor prodigio de los monstruos conocidos hasta el día. Hijo de no se sabe quién, era algo así como la forma de un hombre. Cuerpo corto, rechoncho y achaparrado; espaldas anchas y chupadas. Cabeza deforme, ojos oblicuos y fieros, pelo rojo y enmarañado, cara arrebolada, llena de protuberancias y oquedades, piernas como vigas, pies como almudes, manos fuertes y duras, cual si de hierro fuesen; eran los extraños componentes de aquel ser, que el vulgo dió en llamar *Cara de luna.*

Su rostro, en efecto, guardaba no poca semejanza con la faz que presenta el disco del astro nocturno. Sobre un fondo rojizo se destacaban á trechos manchas blancuzcas y brillantes, parecidas á las placas argentinas que revisten la alba Diana. Pero, si el dicho popular no se equivocó, apodando á aquel hombre-fenómeno, cuando al mirar su conformación externa le daba un nombre astronómico, no fué su perspicaz instinto menos profundo, porque bajo tal apelativo se había adivinado el recóndito fondo de un espíritu sensiblemente relacionado con cierto magnetismo fatal de la máquina del firmamento.

No; aquello no era un ser humano, sino un aborto de la naturaleza. Sin duda, fué engendrado por la conjunción de dos cuerpos celestes. Su frente prominente y llena de tolondrones, su faz granulenta, su barba erizada y rala á trechos como bosque chamuscado, todo el empaque, en fin, de su rostro, hablaba algo de las erupciones volcánicas que en la asidua compañera del globo terráqueo han observado los modernos telescopios. Tenía, además, su cara una expresión de zurdidez y entuertamento, sus ojos sanguinolentos guiñaban de tal modo, su cabellera presentaba un matiz tan encendido, que involuntariamente se creía en aquella especie de prohijamiento filial de aquel ser nacido entre los hombres, pero que pertenecía evidentemente á otras esferas. Nadie le conoció padres, casa ni fortuna. Cuando muchacho vagaba á su antojo, desnudo, descalzo y empuercado, por los sitios más inmundos, como vertederos, cloacas, egios y demás lugares, donde la humanidad vacía los residuos remanentes de lo que perdona su voracidad nunca saciada. No tuvo, pues, otra educación que la disciplina que flojamente impone una libertad errante, sin guía, falta de inteligencia que ilumine, de mano que ayude, y rica sólo en instintos relajados, no menos enérgicos y avasalladores por lo que de brutales y salvajes incuban dentro de su huevo corrompido. Los vicios pulularon en su alma como hormiguero de gusanos. Y así como la acre gota de vinagre produce un nido de vermiformes seres si en el seno de un organismo se derrama, de igual modo, cada lección de mal ejemplo que recibía, hacía nacer en él un enjambre de pasiones y maldades, á cuyo zumbido se adormecía su espíritu como al són del más dulce arrullo.

Sin embargo, bajo la corteza de aquel cuerpo deforme, se ocultaba un rincón donde, resguardada de todo exterior influjo, yacía en su ser primitivo de pureza, incólume y vigorosa una entraña. Corrientes impetuosas de sentimientos la conmovían á cada instante; y en el eterno y desacordado batallar de su cerebro y su corazón, lo que aquel arrasaba este sembraba de flores de ilusiones, de retoños suavísimos de ternuras. El corazón era la entraña ilesa que aquella extraña y ruda organización conservaba acaso como regulador supremo de las acciones de aquel ser. *Cara de luna* sentía este lado flaco de su natural constitución, y cuando se lanzaba á alguna hazaña tremenda, impulsado de aquel foco de fragua abrasadora que ardía en su cerebro, veíase de pronto acometido por inexplicables debilidades, por súbitos reblandecimientos que descoyuntaban sus fuerzas dejándole en un estado de reposo inerte ó de vapor soñoliento.

Ya, desde niño era asediado por siniestras inspiraciones, que le arrojaban en accesos de furioso delirio. Imaginábase ver fantasmas á todas horas; y en la oscuridad de la noche, él descubría todo cubierto de un manto rojo, donde bullían soles dorados, azules, verdes, violáceos, girando unos al rededor de otros, en confusión, en tropel, llevando á la retina el mareo, y á su mente la locura. No bajaba una pendiente sin agarrarse fuertemente á lo que hallaba á su paso; se le iban los pies, daba vueltas el espacio y atronaba sus oídos el remolino del vértigo.

Un fenómeno de tal naturaleza no podía pasar desapercibido. Todas las gentes del lugar pararon su atención en aquel muchacho que tantas irregularidades ofrecía. No faltó doctor que no le llamara á su gabinete y practicase mensuras de cráneo y otras experiencias frenológicas; mas siempre se sacó en limpio la imposibilidad de ajustar ninguna de las medidas averiguadas en los sistemas hasta ahora inventados, sobre aquella caja huesosa, forrada por afuera de lanudo pelo, y por dentro Dios sabe de qué sustancia, si gris, blanca ó amarilla, ya laboratorio de ideas, ó ya receptáculo de sensaciones de animalidad inconsciente.

Unos le tuvieron por idiota, otros por loco, y otros por poseído del espíritu diabólico. Hubo, con todo, personas más prudentes que tomaron el hecho como una simple excepción, como una rareza, pero que no por eso merecía el abandono á que parecía estar condenado el muchacho. Buscáronle oficio, y el primero en que se ejercitó fué en un taller. Aprendía ¡cosa singular! todo el complicado mecanismo del arte con una facilidad y prontitud pasmosas; mas no había máquina que no tocaran sus manos que no saltara en pedazos; no había utensilio, por grande que fuera su dureza, que al manejarlo no se abollara, despuntara, rompiera ó embotara. Nada sólido existía para sus fuerzas más leves. Poníanle á los trabajos más rudos, y las barras de hierro, los cables de retorcido y vibrante cáñamo, las flexibles hojas de acero, estallaban hechas virutas, astillas ó jirones imposibles de recomposición y soldadura. Así permaneció algún tiempo, hasta que, ya cansados los contramaestres del taller donde tantos desafueros causaba, le devolvieron á su antiguo estado de vagabundez y correrías.

El deplorable éxito obtenido en su aprendizaje de obrero tuvo un eco prolongadísimo en la villa. Corrió el rumor de que algo infernal había adherido á su persona. El vulgo fué comentando de minuto en minuto el perverso resultado de su educación, y al fin llegó á emitir, como opinión fuera de toda duda, el fallo condenatorio para el chico-monstruo. Todos le huían; los rapaces de su edad, cuando le encontraban en la calle, arremetían con él, espantándole á pedradas; en el campo no había huertero que no le azuzara los perros rabiosos, no bien le veía aparecer por un extremo de su finca. Hasta el cura del pueblo tomó cartas en el asunto; y en más de una plática representó al terrible Antecristo en la pobre figura del desdichado *Cara de luna.*

Este, entretanto, volvió á su vida errática, llevando el desorden y la destrucción por doquiera que pasaba, como nube de tempestades. Cuando las gentes le perdían de vista por algún tiempo, aparecía de pronto en medio de un campo desolado, ó entre las tumbas de un cementerio. Las comarcas tristes y estériles simpatizaban extraordinariamente con la índole de su ser, y los desiertos arenosos, las montañas riscosas, las hondas cortaduras de la tierra despobladas eran su habitación, durante estos períodos de misantrópico salvajismo. Gustaba de los elevados picos de las rocas, y desde allí espaciaba su vista desorientada, abriendo desmesuradamente sus ojos sombríos como si pretendiera abarcar la inmensidad de una mirada.

El niño se hizo hombre. Las facultades ingénitas se desarrollaron, y con su pujante desenvolvimiento crecieron las malas raíces que crearon la educación descuidada y la germinación de funestas pasiones. La iniciativa, de que antes carecía el órgano de su voluntad, llegó á ser en él de una potencia arrolladora. Inventó empresas, para cuya realización se necesitarían los pujos de un gigante. Cuando tales ensueños se posesionaban de su mente, su frenesí subía de punto, y tenía momentos de exacerbación febril, que, como en las bestias feroces que tal enfermedad padecen, le sumían en un amodorramiento, muy parecido al que es precursor fatídico de la muerte.

Mientras tales trasformaciones ocurrían en la naturaleza extraña de *Cara de luna*, el vecindario continuaba en su dañina tarea de patrocinamiento benéfico con que se disfrazaba su ansia sin fondo de intervención dominadora. No desmayó con sus primeros fracasos, antes cobró aliento para dar cumplido y eficaz remate á la comenzada obra de regeneración de aquel desdichado ente, borrón y azote de la humana raza. No fué ya la acción individual la que se ocupó de este asunto; el municipio, el augusto municipio, como representación de la cabeza del estado, con sus cuerpos de alcaldes, escribanos, alguaciles, pregoneros y guindillas, reunido en cabildo, expidió un decreto acerca de la mejor manera de proceder en el dificultoso adoctrinamiento de aquel mancebo calamitoso.

Diósele, en obediencia de esta orden, ocupación nueva al mozo incorregible. El campo se presentaba aquel año

vestido de sus más opimos frutos. Inmensas llanuras de mieses doradas se extendían bajo un horizonte lleno de luz fecundadora. La siega reclamó millares de brazos, y, en su consecuencia, empleáronse en esta faena campestre todos aquellos desocupados que habían adoptado un vagar sin reglas como única norma de su existencia.

Cara de luna entró á formar parte de una cuadrilla de segadores. En medio de aquellos rostros atezados, que por sombrero llevaban sendos cobertizos de labrada paja, su semblante desproporcionado adquirió mayor realce, acentuándose más vigorosamente sus facciones dentro de su marco irregular. Vedlo, ahora, con la cortante hoz empuñada, ordenado en fila movible con los otros labriegos, avanzando en actitud devastadora, bajo los ardorosos rayos de un día de canícula. Toda la campiña se halla cubierta de aquellos ejércitos, á cuyo pacífico aunque impetuoso pasaje, van quedando atrás, no montones de cadáveres, sino promontorios riquísimos de rubias gavillas. El opulento hacendado sueña con la capacidad de sus trojes, viendo cómo el dentado trillo voltea triturando los manojos de espigas, repletas de granos.

Pero, ¿qué polvareda es aquella que se levanta en la ancha senda de travesía? No son, no, los pesados y chirriantes carros quienes la producen, por más que su carga sea considerable. El vendaval sacude sus alas, y negras masas de nubes apíñanse ya á lo largo del horizonte. Todos los ojos miran en alto, los brazos paran de trabajar, y como á una seña convenida de alarma, todas las labores agrícolas se suspenden, y las gentes todas parten á correr, huyen, se guarecen donde primeramente encuentran un lugar capaz de servir de improvisada techumbre. Oyense aquí y allá gritos desesperados, y el pánico hiela hasta á los más atrevidos en quienes el valor exhaló su postrer aliento.

Una tempestad pesa sobre la atmósfera. Los cielos se deshacen en torrentes, surcados sólo por la voz del trueno y las cárdenas culebrinas de la electricidad. La inundación llega y arrebata los tesoros de la tierra. Cunde la desolación, y toda la comarca se ve en breves días sujeta á las más tremendas catástrofes. El hambre, el crimen, la miseria, pasean sus espantosos espectros por las calles públicas, y ya las fuerzas del hombre se agotan, y no hay cosa que baste á remediar tanto infortunio. Apela el clero á las rogativas, los magistrados á la virtud de la ley, el vulgo á todos los asideros que tiene la superstición.

Las calamidades continuaron lloviendo sobre el pueblo de *Cara de luna* hasta que un día oyóse una voz decir que él era la causa de aquellos inauditos estragos. El rumor fué creciendo, y bien pronto, la tempestad que levantó tras sí, dominó á todas las borrascas del cielo. Un clamor universal pidió su muerte; buscáronle en huestes por los escondrijos más inaccesibles; pero, precisamente cuando tales pesquisas empezaron á ser practicadas, vióse, con gran alegría, que el firmamento desarrugaba el entrecejo, salía el sol y tornaban á reverdecer los campos.

Diferentes versiones corrieron acerca de este hecho. Unos atribuían la súbita aurora de felicidad al propiciatorio sacrificio de la vida de nuestro héroe; otros, que eran por cierto los más piadosos, atribuían este caso al mismo motivo, contentándose sólo con la desaparición, y no la muerte, del promovedor del mal. Estos últimos estaban en lo firme. Aquel ser, dotado ciegamente por la naturaleza de absurdas anomalías, había sido el blanco de la cruel superstición de sus semejantes Acosado como fiera, por tal se creyó, y así se alejó de su lugar gritando con todos sus pulmones:

—¡Crueles! ¡infames! ¡No me veréis más!

JUAN DEL PUEBLO

EL ASIA DE COLÓN

Los primitivos griegos (Homero, Hesiodo, Anaximenes...) creían plana á la tierra. Los grandes geómetras griegos (Eratóstenes, Hiparco, la escuela de Alejandría) demostraron la redondez de nuestro planeta; (nó su esferoicidad). Pero los conocimientos topográficos algo concretos y precisos quedaron vinculados en los navegantes (tirios, cartagineses....), en los mercaderes del Oriente y en los conductores de las caravanas líbicas: sólo trascendían á la generalidad las relaciones de algunos viajeros distinguidos, (Heródoto, Polibio, Posidonio, etc.)

Heródoto (484-406), el Alejandro Humboldt de la antigüedad, viajó inmensamente; pues los países por él recorridos abarcan 31° de longitud y 24 de latitud. Lo que describe fué, sin duda, examinado personalmente ó recogido de buenas fuentes: visitó á Babilonia y á Ardérica, los países entre el mar Caspio y los golfos de Persia y Arabia, residió en Egipto, estuvo en Escitia y en Tracia, y recorrió la Magna Grecia.

Heródoto dice expresamente que «el mar rodea al Africa por todas partes, excepto por el istmo que la une al Asia.... En el otoño, los circumnavegantes sembraron tierras en la Libia; esperaron á la cosecha; y, recogida, continuaron su navegación, hasta que al cabo de dos años llegaron á las Columnas de Hércules, de donde fueron á Egipto, en el que desembarcaron al año tercero de la partida. A su regreso, contaron—lo que (dice Heródoto) se me ha hecho difícil de creer—que al dar la vuelta al Africa habían tenido el sol á la derecha hacia el Norte.» Esta dificultad de Heródoto es precisamente la garantía y la prueba de la realidad de la circumnavegación á que se refiere, pues esa circunstancia era imposible de imaginar ni de referir por quien no hubiese pasado verdaderamente la línea equinoccial.

Polibio y Posidonio, modelos todavía, emularon los viajes y escritos de Heródoto.

La escuela de Alejandría continuó reuniendo materiales para completar el sistema de geografía matemática instaurado por Eratóstenes é Hiparco; pero bien poco se agregó en muchísimos años á las compilaciones y sistemas de Ptolomeo, hasta que en el siglo XIV, un suceso de carácter casi personal vino á influir grandemente en la Historia de la Geografía y en el descubrimiento de tierras hasta entonces ignoradas.

* * *

En 1259 dos mercaderes venecianos, Marco y Niccolo Polo, compraron joyas en Constantinopla, y las llevaron á vender á orillas del Volga, al Khan de los Tártaros occidentales, quien se las pagó muy bien. De allí, por el Norte del Mar Caspio fueron á Bokhara, donde estuvieron tres años aprendiendo el mongol, y en 1264 se unieron á una embajada que, de Persia, mandaba un nieto de Gengis á Kublai, el gran Khan de los Mongoles, que entonces gobernaba en Tartaria y en China. Kublai recibió muy bien á los dos venecianos; y, queriendo entrar en relaciones con el Occidente, los envió con cartas para el Pontífice Romano, pidiéndole le enviase cien hombres eminentes en las ciencias y en las artes, para que fuesen maestros de su pueblo. Los Polo volvieron á Venecia á los diez y nueve años de ausencia; pero no pudieron cumplir su encargo, por haber regresado á su patria durante el interregno de casi dos años que medió entre la muerte de Clemente IV y la exaltación al solio pontificio de Gregorio X (Teobaldo Visconti de Piacenza, electo en 1271), que en el Concilio de Lyon de 1274 hizo fijar el modo de elección de los Papas por medio del Conclave. Los Polo, entonces, decidieron volverse á Tartaria con un hijo nacido á Niccolo durante su ausencia; pero, noticiosos de la elección de Gregorio X, fueron á verlo en Tolemaida. El Papa hizo que los acompañaran dos dominicos, que, por miedo, se volvieron; y ellos llegaron al campamento de Kublai en 1275. Kublai encargó varias comisiones á Marco Polo en India y China, de manera que Marco fué el primer europeo que penetró en China. Al fin formaron los tres Polo parte del acompañamiento de una princesa de la familia de Kublai, que iba á casarse con el rey de Persia, y en 1291 atravesaron la China, se embarcaron en Fo-Kien (?) frente á la Isla Formosa, de donde, por el Estrecho de Malaca llegaron á Ceilán, y de allí por Ormúz, en el golfo Pérsico, á Teherán. De Teherán volvieron á Venecia en 1295. Marco Polo hizo testamento en 1323.

Era Nuremberga entonces uno de los principales emporios del comercio europeo, y centro de los más entendidos geógrafos. Estos, publicados los viajes de Marco Polo, determinaron la extensión de los países que había recorrido el célebre viajero, computando tan exageradamente la vaga estimación de los días empleados en los viajes, que en los mapas y globos nurembergueses el Asia cubría nada menos que todo el Mar Pacífico, viniendo á caer en las Antillas las playas orientales asiáticas. Es de notar que jamás expresó Marco Polo el número de horas que tenían sus días de marcha, y que los geógrafos alemanes, computando muy mal los datos del famoso griego Eratóstenes, consideraban á la tierra mucho menor de lo que es. Este error de la escuela de Nuremberga fué el tendón de Aquiles de la argumentación de Colón para considerar como camino más corto al Asia el que, tras tantas luchas y contradicciones, logró al cabo emprender, navegando hacia Oeste;—error en el cual persistió con tal ceguera el insigne navegante, que murió creyendo, no haber descubierto un Nuevo Continente, sino haber tomado tierra en el Oriente asiático.

La escuela de Nuremberga, cuyos errores había abrazado el gran Colón, le privó, por otro error insigne, de los honores del gran descubrimiento del Nuevo Mundo; porque las noticias de este colosal acontecimiento llegaron á los geógrafos alemanes juntamente con los nombres de Colón y Américo Vespucio, tan indecisas y confusas, que los alemanes tomaron á Vespucio por el verdadero descubridor.

* * *

¡Qué lento es el progreso! Así, en veinticinco siglos desde las ideas de la planicidad de la tierra, sólo había conseguido adelantar la humanidad hasta llegar á las ideas de la redondez del globo, y á tener un concepto del Asia tan distante de la verdad, como el del radio de la esfera entonces admitido.

Colón todavía halló en contra de sus proyectos las opiniones de Lactancio y San Agustín sobre la imposibilidad de la existencia de los antípodas; si bien Colón tenía en favor de sus opiniones, no solamente la autoridad del cardenal Aliaco, que en 1416 asistió al Concilio de Constanza, y cuyo tratado de Cosmografía era tan familiar á Colón cuanto que lo tenía lleno de anotaciones de su puño y letra, sino también la autoridad de su contemporáneo Toscanelli, físico y geógrafo de Florencia, cuya interesante correspondencia con Colón nos ha conservado el filántropo dominico, honor de España y bienhechor de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas.

* * *

¿Por qué tanta lentitud? Porque la ciencia no realiza sus pasmosos adelantos sin medios exactos de medir. ¿Qué cómputo sério puede hacerse fundado en *días de marcha*, sin llevar siquiera en cuenta si los días son largos ó cortos? ¿ó calculando el paso de los camellos, como en tiempos de Almamún? ¿ó por el número de las vueltas de un carruaje, como hizo Fernel al principio del siglo XVI?

Los antiguos no tuvieron medios adecuados de medir las distancias angulares. Colón fué de los primeros en aplicar el astrolabio á la navegación. Hasta que Ramsden inventó en 1766 la máquina de dividir, perfeccionada en 1776, las indicaciones de los sextantes no merecían confianza dentro de cinco minutos de grado, lo que podía dejar una duda de cincuenta leguas náuticas. El error de los grandes instrumentos de Ramsden no llegaba á dos segundos y medio, aproximación entonces admirable.

Ni hubo medios de medir aproximadamente siquiera el segundo de tiempo, hasta que el péndulo (semejante á una plomada) se usó como perpendículo. Faltaban reglas auténticas. Ni aun siquiera existían prototipos de medir. ¿Qué mucho que el estado general de la ignorancia fuese como una petrificación? ¿Cómo esperar medir la tierra, sin medidas?

E. BENOT

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Y D. Juan se alejó riendo como un bienaventurado.

Armengol no había tenido tiempo ni para contestarle al saludo primero. D. Juan era así: en tomando la palabra él se lo decía todo.

El sobre de la carta estaba escrito de una letra menuda, firme y esbelta. Abrióle Armengol, y leyó lo que sigue:

«Usted no me conoce, señor D. Angel: ni yo conozco á V. Estamos en igualdad de circunstancias; pero así como V. no sabe quién soy yo, en cambio yo sé quién es usted y me inspira mucho interés su suerte. Como V. es bastante perspicaz para conocer que soy mujer, debo advertirle que sería lamentable que se engriera en la idea de que este interés proviene del amor. No, señor D. Angel; soy mujer, pero no estoy enamorada de V., ni mucho menos. Es otro interés el que me inspira su persona, y aunque parezca inverosímil, pura caridad cristiana es lo que me mueve á escribirle.—Usted desea encontrar algún destino, alguna ocupación, algún medio de ganar su subsistencia con dignidad; pues bien, yo voy á proporcionarle á V. lo que busca En Cadaqués se ha establecido en grande escala una pesquería de coral. En ella hace falta un hombre de sus condiciones de V., inteligente, activo, honrado, cuya particular afición á las ciencias naturales, halle atractivo en la aislada existencia que es preciso llevar, cuando el punto de residencia está alejado de toda grande población. No crea V. que ignoro cuáles son las condiciones de la vida que ha hecho V. antes de ocurrir el desgraciado incidente que le separó de su padre; sé que tiene V. aficiones aristocráticas, pero sé también que tiene V. talento y con este dato me basta para adquirir la seguridad de que á la hora presente anhele una ocupación honrada y de que aceptará mi oferta. Si así no fuese, confiese que sufriría un solemne chasco.—¿Acepta V.? Pues preséntese V. el día 18 del actual en casa de los *señores Kompert y Macquart*, del comercio de Madrid, y haga efectiva la letra que acompaña á esta carta; trasládese el día 20 á Gerona, salga para Cadaqués el día 25, y en el punto donde se detiene la diligencia hallará al conserje de la *fábrica de pulimento*, á quien se habrán dado las instrucciones oportunas para que conduzca á V. á lo que ha de ser su domicilio y para que le presente en la *masía* donde reside el principal accionista de la pesquería. —¿No acepta V.? Entonces cometerá V. una grandísima necedad.»

Así decía la carta; ni firma, ni fecha, ni nada que indicase su origen. Afortunadamente el sobre tenía bien claro el sello de la estafeta de Barcelona, y esto indicaba algo ya, aunque no era mucho, dada la curiosidad extraordinaria, femenina, loca, que se apoderó de Armengol.

¿Quién era aquella mujer, que, «no por amor, sino por otro interés distinto,» le facilitaba tal medio de salir de su situación, un tanto embarazosa? Acaso alguna de sus parientas. Pero esta suposición le parecía poco razonable.

¿A qué ocultar el nombre en este caso?

Y si no era una de sus parientas, ¿quién podía ser?

En una hora que dedicó á las más extrañas imaginaciones, en que levantó sobre la leve base de una hipótesis incierta, castillos fantásticos que el más ligero empuje de la razón echaba por tierra, su imaginación giraba sobre sí misma, puesta en el cruel torniquete de las dudas, hasta que, colérico de no hallar una explicación satisfactoria, herido en su amor propio, indignado de su torpeza, y que hubiese llegado á un extremo tal de desgracia, que alguien interesado por su felicidad hubiera tenido que apelar á tan peregrino medio para favorecerle, exclamó, descargando sus puños con brío sobre la mesa:

—¡Pues bien! Sea quien fuere, yo no acepto. Mi dignidad, de que tan vano alarde hago, no puede admitir estos dones de mano que desconozco. Seguiré mi camino, y si por mí solo no hallo salida, moriré.

Durante aquel tiempo, había tenido D. Juan el bastante para comer, para fumarse un cigarrillo del estanco, para enjuagarse la boca con un sorbo de agua de la tinaja, para leer la sección de noticias de *El Imparcial* y para



CAZADORA CON HALCON, cuadro de Fernando Wagner



EMPIEZA ASI AMOR MIO cuadro de J. Favretto

cansarse de permanecer callado. Antonia estaba triste y sombría. Su mirar vago no prestaba atención alguna á los incidentes usuales de la comida; tenía su oído, su corazón, su alma toda al otro lado del tabique que separaba la reducida estancia de Armengol de la que ocupaban los esposos; así que cuando el jóven dió con sus puños sobre la mesa, ella no pudo menos de estremecerse, como si entre aquellas manos y su sistema nervioso hubiese habido alguna relación directa, alguna comunicación de electricidad.

—Vamos á ver qué tiene este pobre hombre,—exclamó D. Juan con acento de lástima.—Sus arrebatos de malhumor, su hipocondría. ¡Pobre joven!

El buen señor atravesó el pasadizo y entró de nuevo en el cuarto de Angel. Este seguía en la misma postura que cuando empezó á leer la extraña y original epístola.

—Es V. un niño, D. Angel,—le dijo el anciano,—usted se ha empeñado en ponerse malo otra vez.

—Crea V., amigo, que las cosas que me ocurren no son para menos. Confiese usted que...

—Confieso que la situación de usted es anormal, que le ocurren cosas graves... pero eso no justifica el estado de excitación moral en que vive, ese furor eterno, esa falta de resignación... Vaya, vaya, pues si mis desgracias, que no son menores que las de V., no tuvieran frente á ellas y contrapesándolas, una paciencia á prueba de bomba, ¡jinojo! ¿dónde pararían mis huesos ahora?



EL SANTO DE PAPÁ, cuadro de Francisco Verhas

Don Juan tenía razón, mucha razón, acaso más de lo que él mismo creía.

—Lea V. esta carta y dígame V. qué le parece,—dijo Armengol.

Sin darse cuenta de ello, había llegado á inspirar confianza á Angel el bondadoso D. Juan, y sin duda porque él le hacía objeto de la más negra de las injurias, se consideraba autorizado para referirle sus cuitas, no siempre con el deseo de oir su consejo y seguirle, sino por una costumbre disculpable. Muchas personas han entrado en posesión de secretos graves, porque los que se los revelaron habían adquirido la costumbre de comunicarles las pequeñas vicisitudes de su vida. Hay hábitos espirituales tan desprovistos de razón como muchos de los hábitos del cuerpo.

A medida que iba leyendo el anciano, sus facciones iban tomando el mayor asombro.

—¿Cómo?—dijo al llegar al fin.—¿Y á V. le causa disgusto esta sorpresa? Pues si es la fortuna que se le mete á V. en casa. Acepte V. sin demora.

—¿Sin saber á quién debo este beneficio?

—¿Qué importa eso? Ya lo sabrá V.—No cabe duda de que el beneficio es cierto, pues la letra de cuatro mil reales que acompaña á la carta es harto elocuente. Nadie se gasta cuatro mil reales por el necio gusto de embaucar á un pobre.

También en esto tenía razón D. Juan, pero Angel no se daba por vencido. Su carácter independiente rehusaba aquella sumisión que le pedía el anónimo y veía en ella una falta de valor personal, la declaración de su miedo á los sucesos que pudieran sobrevenirle.

La noche fué para Armengol de sombrías meditaciones. Antes de amanecer se arrojó del lecho y abrió la ventana, por la que el viento de Guadarrama pasaba sus cuchillos de hielo. El estómago le avisó entonces con incómoda molestia de que la tarde anterior se le había olvidado comer. Tanteóse el bolsillo y sólo encontró en él una moneda de medio duro.

XIV

UNA DUDA RESUELTA

Armengol, desde que recibió la anónima carta, tenía enredado el pensamiento en una madeja de dudas y confusiones.

El orgullo, la necesidad y el misterio libraban en su espíritu una reñida lucha, en la que hubiera sido difícil, desde luego, atribuir la palma á uno de estos terribles contendientes.

—¿Qué dama misteriosa habrá escrito esta carta singular?—se preguntaba Armengol á sí mismo.—¿Qué interés habré podido yo inspirarle en mi desgracia?

Repasaba su memoria por centésima vez los nombres de todas las mujeres que había tratado ó conocido en su vida; cotejaba sus nombres con el que parecía indicar la letra E, inicial timbrada en el sobre y el papel de la carta, y concluía por quedarse tan á oscuras como al principio.

Decidióse al fin por una dama, á la que hacía dos años había cortejado durante su estancia veraniega en Biarritz, y á cuyas pretensiones ella se había mostrado algo indiferente y esquiva, sin duda para probar la fuerza de la pasión que hubiera despertado en el pecho de Armengol, admitiendo ó rechazando á éste, según que su cariño fuera verdadero ó falso.

La dama en cuestión se llamaba Andrea, de suerte que su nombre no podía convenir con la letra del sobre del anónimo.

También se le ocurrió entonces la idea de que era un modo singular de escribir anónimamente la de enviar en el sobre un dato por el que pudiera colegirse el nombre de la bienhechora.

Pensó luego Armengol en otra mujer, y por más que se devanó los sesos no pudo sacar una chispa de luz que le iluminara en aquel enmarañado laberinto.

Se dió, al cabo, por vencido y determinó no hacer nada en dicho asunto, que no fuera darlo al olvido.

Armengol dejó pasar en claro dos ó tres días, haciendo todo lo posible por olvidar la carta; pero esta era una maga que le había hechizado con su varita de virtudes, y le tenía siempre bajo el dominio de su encantamiento.

Además, lo misterioso es como el abismo, que atrae y fascina á todo el que, conocedor de él, se asoma una vez á su borde.

El deseo de explorar sus concavidades oscuras y sus escondrijos crece por momentos; hasta que hiriendo el sol de lleno toda la sima, enamorado el espectador de las flores, de las piedras preciosas, de los iris que forman las aguas al brotar de una peña, de todos los encantos, en fin, escondidos hasta entonces á sus ojos en aquel recinto, concluye por marearse, desvanecerse y caer al fondo lanzado como una flecha.

Armengol acabó también por lanzarse resueltamente en busca de la solución de aquel problema.

Imaginó que el mejor modo de averiguar la procedencia de aquella carta era remontarse hasta sus fuentes.

(Continuará)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Un plantador alemán, M. Schuck, que está en muy buena inteligencia con el sultán, me propone ser mi introductor. La historia de M. Schuck se podría titular: *Cómo se llega á ser dato en la isla de Joló.* Antiguo capitán del famoso Mina, estaba en relaciones con los de Joló antes de la conquista española y goza de gran prestigio entre los naturales; mas por muy respetado, y hasta temido, que sea M. Schuck, tropieza algunas veces con graves dificultades para realizar con buen éxito sus empresas agrícolas.

17 diciembre. – Se ha convenido que iríamos á buscar á M. Schuck para dirigirnos después á Maïbun; ayer fuímos, y al llegar á su casa no la reconocíamos ya, pues desde la víspera había sufrido una trasformación completa; las galerías y las escaleras se han suprimido; la caseta está circuída de una sólida empalizada de estacas y de bambúes; y es que la noche anterior, á eso de las doce, la casa ha sido asaltada de improviso por una cuadrilla de merodeadores. M. Schuck, despertando sobresaltado, ha muerto á cuchilladas á uno de los agresores, que había penetrado ya en su habitación, y consiguiéndose con esto una tregua, se ha podido atrancar puertas y ventanas para sostener un sitio en regla, al estilo de Joló. El tejado de nipa se ha cubierto de flechas inflamadas, pero muy húmedo aun por una reciente lluvia, no se ha encendido. M. Schuck disparaba al acaso, y cuando al fin amaneció, dispersáronse los sitiadores, dejando tres muertos y un herido: era éste un hombre de formas atléticas, que una fractura del fémur le había dejado inmóvil, echado en un rincón, y allí esperaba flemáticamente su muerte de la cual decidirá el sultán, á quien M. Schuck tiene ahora mayores deseos de ver, á causa de lo ocurrido. Recomienda á sus hombres que no abandonen la casa, entrega su revólver al indígena que debe mandarlos en su ausencia, montamos á caballo, y hétenos al punto en marcha hacia Maïbun. Después de atravesar un bosque, seguimos al galope una inmensa pradera que se extiende al pie del monte But-Pulah, y desaparecemos en un mar de gramíneas, cuya superficie nos oculta casi. Me ocurre que el sitio es muy favorable para una sorpresa, y en el mismo momento surgen ante nosotros cuatro hombres armados hasta los dientes; hemos caído en una emboscada, pero sin duda se había preparado para uno solo y somos cuatro. Los bandidos caen en su propio lazo; y mientras que sacamos los revólvers de las pistoleras, las lancas de los moros se inclinan, y uno de ellos, provisto de un fusil de pistón, le desarma con aire compungido. Por fortuna para estos piratas del bosque, vamos deprisa; llevar prisioneros retardaría nuestra marcha; y después de dirigirles algunas amenazas tremendas, seguimos avanzando á galope.



COLLEONI, estatua ecuestre en bronce por Verrocchio y Leopardi

El sendero que atraviesa la isla de norte á sud, desde Tianggi á Maïbun, no presenta en punto alguno graves obstáculos; y hasta se ve que antes de la guerra, cuando la isla estaba llena de esclavos, se conservaba bien; hoy es preciso vadear los arroyos, pues los troncos de árboles que servían de puentes hállanse casi reducidos á polvo. El sendero atraviesa primeramente un bosque entre los montes But-Dato y But-Pulah, por una parte, y Tuman Tangis por la otra; á partir de este punto serpentea con ligeras desigualdades sobre las pendientes un poco onduladas que se inclinan hacia el Sud. En todo el trayecto sólo se ven algunas raras casetas ruinosas y solitarias, sombreadas por los cocoteros y otros árboles, donde viven familias enteras de monos, que apenas nos dirigen una mirada distraída. Sólo en la inmediación de Maïbun se ven algunas casetas habitadas, pero mezquinas y sórdidas.

Después de franquear el último arroyo penetramos en una extensa pradera, donde resuenan detonaciones á intervalos iguales: estamos en el polígono del sultán, que siempre se entretiene en tirar al blanco por la tarde. Su palacio, inmensa construcción rústica de cañas y de nipa,

NUBLADO, cuadro de Roger-Jourdain

elévase á corta distancia; la pradera está limitada á nuestra izquierda por un arroyo profundo, y más allá se ve el pueblo de Maïbun que se extiende hasta el mar.

Nos apeamo para dirigirnos al sitio donde está Mahommed Yamalul Alam. El sultán, rodeado de sus cortesanos, ocupa un rico sillón en un mísero kiosco de nipa, y á su lado vemos á su hijo Brahamuddin, que tiene una expresión inteligente; los dos ostentan un magnífico traje de la más rica seda de la China; en sus kriss y sus sortijas brillan las piedras preciosas; pero las personas que los rodean no se distinguen por este lujo, aunque las armas de varios de los cortesanos podrían llamar la atención por sus empuñaduras delicadamente cinceladas, en las cuales abundan las perlas, diamantes y rubíes. Estos cortesanos tienen una actitud muy libre, aunque respetuosa, y nos dirigen miradas poco afables. El sultán tiene un aspecto grave y digno; le saludamos, manda traer asientos, y el tiro continúa.



Viaje á Filipinas. – Asalto de la casa de M. Schuck

El sultán no tira jamás, contentándose con juzgar de la destreza de los que se ejercitan. Sólo se emplean fusiles antiguos, fabricados en Borneo, sumamente pesados, cuyas baterías y cañones están en muy mala condición. Dos esclavos, después de cargar las armas, las dejan sobre una especie de horquillas. Entablo la conversación con el sultán, que habla muy bien el malayo, con estilo sencillo y elegante, libre de los solecismos usados en todos los puertos de mar. Me dice que si no ha contestado antes á mi carta es porque estaba enfermo; pero la verdadera causa de su silencio es que no ha podido leerla.

Acércase la noche, la corte vuelve á palacio, y el sultán nos invita á seguirle.

La vasta caseta designada con ese nombre está sostenida, como todas las del Archipiélago, por una estacada en la cual vemos atados búfalos y caballos, que piafan en una especie de lodazal. Se trepa al palacio por medio de una escala, y después de atravesar un vestíbulo, penétrase en la sala de audiencia, que ocupa toda la longitud de la construcción y la mitad de su anchura; á la izquierda, esta habitación no está separada del harem más que por unas ligeras cortinas y un estrado de bambú; á la derecha, á lo largo de la pared, se corre un banco, delante del cual se agrupan los esclavos y los habitantes de Joló á quienes la curiosidad atrae, porque á estas horas están siempre abiertas las puertas del palacio, y todos los hombres libres ó esclavos, pueden hallar al sultán y asistir á las audiencias cuando quieren.

El mobiliario es casi nulo; varias bujías colocadas en candeleros iluminan bastante bien la asamblea. En el fondo, debajo de una especie de dosel formado con telas de vistosos colores, elévase el trono, ó más bien el estrado del sultán, el cual se sienta á la turca, apoyándose en unos cojinetes ricamente bordados. El presunto heredero se coloca junto á su padre, y detrás de ellos un *hadji*, pandita del Afghanistan, que ha *hecho fondo* en Maïbun después de numerosas aventuras; este insoportable personaje, tan vanidoso como ignorante, es consejero íntimo y mayordomo de palacio. Los cortesanos están junto al trono, con la mano apoyada en la empuñadura de sus kriss.

Se traen para nosotros sillas y una mesa, y nos sirven desde luego un chocolate muy malo, al que sigue más tarde una comida sazonada con salsas incendiarias, pero exquisitas.

La etiqueta de la corte concilia muy bien la libertad y el respeto. Todo el mundo fuma como el sultán ó masca betel; los servidores, las mujeres, los curiosos van y vienen y se inclinan sobre nuestros hombros para vernos comer; pero cuando se habla al sultán, es preciso hacerlo con la expresión de una profunda deferencia, y si se le da algún objeto, se ha de sostener con las dos manos inclinándose la persona como si presentase alguna ofrenda.

Después de nuestra comida, el sultán interrumpe el despacho de los asuntos para hablar con nosotros. Acepta sin grandes dificultades que hagamos su fotografía, y conviénese en que volveremos á los pocos días; entre tanto nos alojará en una de sus casas, en el pueblo de Maïbun; pero rehusa políticamente, aunque con obstinación, dar la orden de conducirnos al lago de Panamaut, el cual quisiéramos visitar, porque debe contener riquezas zoológicas de primer orden. El sultán teme todo incidente que pueda turbar su tranquilidad, y me indica que no vería circular con gusto en toda la extensión de sus dominios; pero que á menos de levantar un ejército para escoltarnos, no puede responder de nuestra seguridad, no creyendo, por otra parte, necesario exponernos á las complicaciones que resultarían de un accidente.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Visita del autor al sultán de Joló

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 224

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PASADO cabeza de estudio de Roubaik

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL PASADO, estudio de Roubalik

Los años han inclinado esa hermosa cabeza, que un día se irguió fieramente. ¿Nada más que los años?... No es difícil la respuesta.

Haber vivido mucho significa, por regla general, haber sufrido mucho, haber concebido muchas esperanzas y cosechado muchos desengaños.

No los años solamente; las penas, al par de ellos, han abatido al triste anciano. En el último período de su existencia, el pasado entero acude á su memoria; y en este pasado, ¡cuán pocas glorias compensan tantas fatigas, cuán breves horas de placer para indemnizar de tantas eternidades de dolor!...

El autor de ese estudio es un artista checo, ó bohemio, que ha dado pruebas de verdadero talento. Examínese con detención esa cabeza venerable y se verá que sobre ella pesa todo un mundo de recuerdos. Su fuerza de expresión es notabilísima, y si de ella pasamos á los detalles de su factura, son tantos y de tan primer orden que, para compararla, tendríamos que recurrir á los estudios de los grandes maestros, á esas carteras que guardan la primera inspiración de las obras inmortales del arte.

LAGO DE LUGANO, SUIZA, dibujo de J. Marqués

En nuestro número 219 publicamos un paisaje que demuestra cuán bien comprende Marqués la agitación del azud: nuestro dibujo de hoy, digna pareja de aquél, prueba que no menos felizmente interpreta la tranquilidad del lago. Cuantos han tenido ocasión de recorrer los lagos de Suiza, de Italia ó de Escocia y gustar las emociones plácidas que se experimentan en estos fáciles viajes, saturados de poesía, comprenderán la que se desprende del dibujo de nuestro estimado y asiduo colaborador.

Por nuestra parte, á la vista de ese vapor que surca las inmóviles aguas, nos permitimos lanzar un suspiro, manifestación de nuestra nostalgia, y exclamar:

—¡Quién pudiera, en el viaje de la vida, embarcarse en esa nave y tener siempre á la vista tan pintorescas orillas y tan risueños horizontes!.....

OLIVERIO CROMWELL VISITANDO Á MILTON cuadro de David Neal

Cuando en 1640, estalló en Inglaterra aquella famosa revolución que condujo á Carlos Estuardo desde el palacio real hasta el cadalso, Milton encontrábase en Italia y soñaba en emular la gloria de Torcuato Tasso, á la sazón en su mayor apogeo. Los acontecimientos de su patria le distrajeron de la poesía para lanzarse al terreno de la política; y quizás la violencia de sus escritos atrajo hacia él la atención del poderoso Cromwell, que le hizo nombrar secretario intérprete latino del Consejo de Estado. Desde entonces dató la amistad entre el poeta, entonces mal apreciado, y el protector, de quien fué secretario particular.

A esa época se refiere sin duda la escena que representa el cuadro de Neal. Si el autor, empero, ha querido significar en ella la consideración que el gran poeta mereció al gran político, creemos que ha cometido un error histórico. El genio de Milton era aún poco apreciado. No había compuesto todavía el famoso *Paraíso perdido*, poema que á su aparición obtuvo escaso aplauso; y el protector no era un literato de gusto tan exquisito que se anticipara al juicio de la posteridad, formado bastantes años más tarde por iniciativa de Addison en Inglaterra y de Voltaire en Francia. Esto no impide que el lienzo de Neal reuna verdaderas condiciones artísticas.

Cromwell penetra en el cuarto de trabajo del entonces gran controvertista á tiempo que éste ejecuta una composición en el *armonium* ú órgano, instrumento á que era muy aficionado y que contribuyó no poco á endulzar sus penas cuando, ciego, perseguido por sus opiniones políticas, sin fortuna y lacerado el corazón por irreparables desgracias de familia, se vió en la necesidad de vender por treinta libras esterlinas su inmortal poema. El árbitro de Inglaterra, más viejo, más feo y más desaliñado de lo que fué en realidad, se detiene para escuchar los acordes de la música: Milton, figura de segundo término, absorto por completo en su música, no se apercibe siquiera de la visita. Quizás el poeta resulta desairado en el cuadro; pero el conjunto de éste es de buen sabor y revela que el artista ha trazado su obra con buena voluntad y estudio.

TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio de A. Edelfelt

El gran ducado de Finlandia, en otro tiempo provincia sueca, forma parte actualmente de la Rusia europea. Su golfo viene á ser la vía marítima de San Petersburgo, y sus naturales son honrados, bondadosos, laboriosos, pacíficos; cualidades todas que se reflejan en la fisonomía del tipo que publicamos y que hace de él un verdadero ejemplar sintético de aquel pueblo. Como dibujo está hecho con una sencillez, á la par que con un vigor de verdadero maestro.

CARRERAS AL TROTE, cuadro de Gustavo Marr

El genio es don del cielo; pero los artistas son de carne y hueso y tienen necesidades idénticas á las de los mortales más prosaicos. Esto les impulsa á seguir en algo, por lo que á sus trabajos se refiere, el derrotero que les traza la moda, fuera de la cual no se consumen productos en el mercado caprichoso de los que tienen dinero para emplear en obras de arte. Hoy, por ejemplo, está en boga el *Sport*; y Marr, que tiene ductilidad de talento, ha pintado unas carreras al trote... Bien hecho; porque estos cuadros, cuando están bien ejecutados, como el que publicamos, se venden también al trote y hasta al galope tendido.

Después de todo, una carrera al trote ni es cosa fácil de realizar con estricta sujeción á reglas, ni de pintar con precisa sujeción á hechos. Hasta el año 1840 no se introdujo esta novedad en Inglaterra, que es la patria de los modernos centauros, y hasta 1878 no se inauguró en Berlín, que por el pronto hubo de renunciar á esos trotes. Marr sabe todo esto, y sabe que los caballos rusos son los más adiestrados en ese ejercicio, y sabe que el conde Orloff es el dueño de los mejores caballos trotadores, y sabe, en suma, otra porción de cosas igualmente interesantes, para pintar con propiedad un cuadro como el que publicamos.

QUIEBRA-CÁNTAROS

I

¡Por Dios que no parece sino que las pajuelas de la almohada se tornaron agujas, que de guijarrillos está relleno el colchón y no de vellones, según lo que la cama le molesta á Teresa! De buena gana ésta buscaría á tientas con la mano hasta dar con las medias y los zapatos, y se levantaría á encender el candilejo en el rescoldo del hogar, si no temiera hacer ruido despertando á padre!

Diríase que había bebido, según las cosas que se le venían al pensamiento, ó que le había ocurrido alguna desgracia, tal era la pena que tenía en el corazón; no cerró los ojos en toda la noche; suspiró recio, movióse de uno á otro lado, y haciendo por desvelarse de un ensueño quimérico volvía á él, y haciendo por dormirse despierta se sorprendía y pensando en lo propio, sin acertar á decir si se hallaba mortificada de no dormir ó inquietada por una fatigadora pesadilla.

¿Y todo por qué? ¡miren qué cosa! Tentaba á risa el saberlo; pues ni más ni menos que porque estando ella sentada á las piedras-grullas cerca de la carretera, vió llegar hacia aquel punto montado en un caballo de los que pueden llamarse hermosos, á Fernando, el hijo del amo de los Zarzuelos, dehesa que no se halla muy lejos de los Castrojales, el pueblo donde Teresa había nacido y donde entonces vivía.

Fernando le dió miedo y alegría al propio tiempo; la verdad es que padre le había dicho que Fernandín estaba muy mozo y cumplido y con portes de hombre y aires de galán y mucho señorío en la persona.

Cuando Teresa oyó esto, se echó á reir esperando reirse en las barbas del señorito y darle, como cuando los dos eran chicos hacía, un torniscón tentándole á correr y á saltar, escalando como antes los árboles en busca de nidos, como antes jugando y riendo.

¡Cabal y justo! así ella había de respetar al nuevo señorito como respetaba al gato cuyas orejas y cuyo rabo sentía tentaciones de pellizcar sin daño y como provocación al retozo!

Pero cuando el señorito Fernando llegó, Teresa, que era dos años mayor que el jovencillo, se puso roja y estuvo aturdida, y no supo lo que contestaba... y le dió ceremoniosamente el tratamiento... No era ya Fernando aquel muñeco con el que tanto había jugado! Y no bien se acostó, dió en pensar en el señorito viéndole siempre ante los ojos, montado á caballo... alardeando de persona de valer; tenía la cara más seria, los ojos más grandes, bajo el negrear del bozo unos labios encendidos, más estatura, más pecho, más espalda, voz recia... los cabellos negros y ensortijados y una expresión en el rostro... que encantaba, sorprendía y amedrentaba á Teresa.

Ella le habló como antes lo hacía él, con miedo; él, como antes acostumbraba á hacerlo ella, con marcado acento de protección.

Y pensando en esto y viendo esto, por el ventanuco del cuarto creyó descubrir una tan indecisa claridad que en un principio juzgó sería ilusión de los ojos; después la claridad marcó las salientes vigas y las sombras de éstas en el techo, destacáronse los pesados racimos de uvas de colgar que á modo de cristales de la araña de un salón pendían allí, y la cesta y una sarta de chorizos, todo esto en lo alto; el arcón, el harnero y la artesa de amasar, multitud de objetos y algunos muebles que había en el cuarto de Teresa, todo fué descubriéndolo completamente la claridad del día en su rápido aumento.

Y Teresa no se levantaba; ya había entrado en la cerca Pedrucos el pastor; había oído desde su cama la moza el chirrido que producía el portillo al abrirle ó cerrarle; los bueyes volvían del bosque; se sentía ya el cascado sonar de los grandes cencerros; había percibido el rastrear de los zapatones de Lolo que iba por su asna para llevar la leche de venta á la ciudad.

Cuando las campanas de la iglesia sonaron, Teresa llegó á pensar si padre se habría levantado ó no; raro era el día que á la hora de tocar el chicuelo no se hallaba en la sacristía el padre de Teresa.

Esta se levantó por fin, se lavó en agua fresca y limpia, peinóse con rapidez y destreza y salió á la cocina y allí recibió una viva sorpresa: Fernando se hallaba sentado junto á la puerta de la casa en un banquejo de encina.

—Teresa, vengo por tí, has de ir á ver el corral del palacio, —dijo Fernando.

—Bueno, —contestó con voz debilísima la moza.

—Desde que tu padre y tú no os cuidáis de eso, tiene aprensión mi madre de que no hay el número de patos, pavos y gallinas que le dicen.

—Créame, señorito, que lo mismo le cuida la Cayetana que yo le cuidaba.

Así sería, pero la señora Marquesa, madre de Fernando, pensaba lo contrario de lo afirmado por Teresa; ésta era invitada por el joven para que fuese con él al palacio.

—¿Ahora, señorito Fernando?

—Pues esto es, ahora; tu padre se ha ido á la iglesia. Ya le dije que venías, y lo que es conmigo te deja. ¿Te acuerdas de cuando colándote por el ventanillo del sobrado, saltabas al pajar y por este salías á donde yo te esperaba y nos íbamos á Palenciana, á Río Morjes, á Fuente los Picos ó Cerro-Tilo, cerca de Mejorana?

Vaya si se acordaba. Se acordaba de cuando iban los dos á catar las colmenas, á levantar los pedruscos para aplastar alacranes si los descubrían, á comer antes de tiempo las frutas de la huerta ó tirar piedras á las piñas en el pinar de Palazete.

Había perdido Teresa todo temor y hablaba sonriendo al recordar todo aquello de que Fernando le hablaba, y éste y la moza charlando salieron de la casa y emprendieron al paso el camino del palacio.

El sol saliente tendía horizontales sus rayos, y los rostros de Fernando y de Teresa recibían la iluminación tenue de tono de fuego que se cobra á la mañana marchando cara al sol; tendíanse en vuelo rápido desde la alameda del pueblo al bosque de los Zarzuelos, las bandadas de abejarucos bulliciosos, saltaban los gorriones por el camino ante los jóvenes, de los surcos salían escapadas las terrerillas y las caperuzonas, cuyas alas doraba el sol, y se veía el ganado de Pedrucos marchar á la dehesa.

Los jóvenes no se hablaban; iban como tantas veces cuando chicos habían ido silenciosos á buscar esas aventuras de los niños en los campos, el hallazgo de una planta ó de un insecto raro, la sorpresa terrible que produce descubrir un reptil venenoso, la caza de pájaros y el robo de frutas y de flores.

¡Cuántos millares de pajarillos rompiendo los huevos, escapando después del nido, habían volado por cima de aquellos campos, y cantado en aquellos lugares y habían desaparecido dando lugar á otros y otros, tanto como flores brotan y se renuevan en aquellos primeros momentos de aparecer la vida primaveral, cuando el ambiente era tibio, cuando la luz era deslumbrante, cuando cada flor exhalaba su aroma y cada avecilla su pío! Fernando y Teresa se habían hallado juntos, asombrados, gozosos y libres.

—¿Se ha de quedar por aquí mucho tiempo el señorito? —preguntó Teresa.

—¿Por qué me dices *el señorito*? Cuando no haya gente delante, llámame como me has llamado siempre, —dijo Fernando sonriendo; y descubriendo el temor y el asombro pintados en los ojos de Teresa, añadió:

—No abras tanto los ojos, mujer.

Y entonces la miró Fernando; hasta entonces no lo había advertido: Teresa había crecido, y sin duda, como no salía, como cuando era niña, á picardear, el sol no quemaba tanto su cara que estaba más blanca; la boca era fresca, los colores hermosos; bien sabía ya el cadetillo Fernando lo que eran mujeres bellas, y á no saberlo, hubiéralo aprendido con sólo mirar á su amiga; el pelo de ésta era de un color castaño con centelleos de oro al sol, el cuerpo gracioso y esbelto.

La verdad era que Fernando tenía cariño á Teresa; pero al verla tan linda, sintió una inexplicable alegría.

—¿A que no sabes, —le dijo el joven, —porqué tienen algunas personas que yo conozco los ojos grandes?

Teresa se encogió de hombros sin comprender la malicia de la pregunta.

—Pues para que se puedan ver y no los pierdan los pies que son tan menudos y lindos como está á la vista, porque he de mercarte unos zapatos que sean de oro y te sirvan de zapatos y de pendientes.

Una ardorosa mirada del jóven, todo el fuego juvenil abrasó á Teresa; confusa, ruborizada, entontecida, siguió á Fernando, el cual, precedido de un criado no bien hubieron llegado al palacio de los Zarzuelos, fué á visitar el corralón.

II

Quien quiera que fuese el que encontrara camino de Segovia al sacristán de los Castrojales montado en su asnuelo, metido en su funda el violín y el envoltorio bajo del brazo izquierdo, con la vareja de fresno en la diestra para avivar por agudo flagelo al borriquillo, el cual, no bien sentía el latigazo en las ancas, aguzaba las orejas y ponía pies como el viento ligeros; quien viese á Tiesteban, el sacristán de los Castrojales, padre de Teresa, menos triste, menos grave, con ojos vivarachos y sonrisa de hombre satisfecho, no hubiera reconocido en el músico de los bailes rival del gaitero, al cantor de vísperas y de entierros, roba cabos y apaga velas, ni al medidor de trigo, ni al negociante en granos que tenía el pueblo.

—A buen andar, señor Tiesteban, que la madrugada ayuda y la gente está de fiestas, —decíale una mañana Vitorio, el guarda bosque, atajando al asnuelo en que el sacristán venía montado. ¿Dónde bueno? —añadía poniendo en tierra la culata de la carabina y apoyando la mano derecha en la bandolera de chapa dorada.

—¿A dónde he de ir, Vitorio, si no es á la Mejorana y á Urraca á ver si se hace danza en la plaza ó se canta la salve en la iglesia? —replicaba Tiesteban.

—Y como no les da á los de por aquí por música de *vigulín*, volverá V. con su música, á no ser que vinieran señoritos de la ciudad ó de la villa, que esos bailan abrazos y se sobresaltan en cuanto que oyen pitar la gaita, ó el racataplán del tamborín. Pero diga, Tiesteban, ¿cómo es que nunca lleva de función á la hija? ya es bien moza, y el paño en el arca se apolilla... mejor que como suelen decir, se vende. Nadie compra lo que no le enseñan y palpa, que ha de mirar si es de buen ver y de buen hilado.

—Déjeme, Vitorio; más sabe el cuerdo en su casa que el loco en la ajena; la chica no está por esos salti-brincos; además, bien sabe Vitorio que hacen ruedas en el aire los milanos.

—Vaya que es malicioso, Tiesteban. Apuesto á que por aquello del niño del amo cuando la decía que si el pelo era negro visado de azul como ala de vencejo, si tenía boca como golosina de confitura, y de si Dios la había dado aquellos tan grandes y hermosos ojos para que pudiera verse la menuda gracia de sus piececicos, que bien me

acuerdo de haber oído estas lindezas al amo, se escama el sacristán y guarda á la más lucida y vistosa doncellica de esta tierra.

– Del señorito nada he de temer ni de ella... se han criado juntos como hermanicos. Yo me sé, y qué he de temer... No ando descaminado... Crea que jamás hice malicia sin causa, y déjeme ir que tengo priesa, y la misa mayor en las Mejoranas está á empezar según que repica mi compadre Andrío, – contestó aturdido el sacristán.

– Vaya en gracia de Dios, Tiesteban; pero deje que la moza venga á los bailes que alegra su padre; no sea el regocijo sólo para el *vigulín* y el que lo toca.

– En casa dejé á la moza, así la guarda y la casa á ella, – dijo Tiesteban.

Dicho lo cual arreó al asno y á paso rápido en trote picadillo, el burro puso danzando al aire las faldillas de la levita, las alas del sombrero, los cordones de la funda donde iba el violín, las vacías alforjas, dando á todo el vivo movimiento de su acelerado caminar.

– ¡Queda en casa! – pensó Vitorio sonriendo. – Tiesteban no estará de vuelta hasta mañana, en Mejorana no hay fuente, á la madrugada vendrá Teresa á Quiebra-cántaros... ¡Pobre sacristán! canta á los santos y azuza danzas... El buen paño en el arca es robado!

Y el viejo guarda bosque, arma al hombro, siguió en opuesta dirección á la que el sacristán siguiera en su borriquillo.

III

Hacia el lado por donde á la empinada de cerro-Tilo se sube, en el fondo de una pedregosa grieta cercada de zarzamoras y escaramujos, se halla la fuente de Quiebra-cántaros.

¡Quiebra cántaros! el lugar de maliciosas murmuraciones; el lugar de las sospechas y de los temores. Quiebra-cántaros se halla entre los Castrojales y Mejorana.

Forma la grieta, desde la poza al valle, un lecho de guijas por el que corre un cintillo de agua que el prado bebe y en él se empapa cobrando lozanía y frescura. Para llegar á la poza de la fuentecilla hay que saltar peñas formidables y oscuras, muros deformes que parecen una defensa de titanes para resguardar el gracioso capricho de aquel manantial en estrecho cerco. El camino es quebrado y desigual, le escalonan agudas piedrecillas puestas en filo y en puntas que destrozan los pies como los zarzales inmediatos desgarran los vestidos.

El ganado bebe en abrevaderos hechos cerca del prado con pedruscos y mimbrales; los pastores suben al manantial; allí se arrodillan, se apoyan en las palmas de la mano, echan atrás el sombrero y bajan la cabeza hasta tocar con sus labios la fuente y besar los de la imagen de su rostro que reproduce la límpida superficie de la poza.

Las mozas llenan sus cantaritas cerrando con piedras la parte más escalonada del arroyuelo y sirviéndose para coger el cordón de agua de una caña que de caño les sirve y con el que llenan las cántaras.

Difícil y expuesto era bajar con el cántaro á la cabeza ó á la cadera por el áspero sendero de pedruscos; pero el agua de Quiebra-cántaros es la más dulce de todas cuantas hay por aquellos contornos; su manantial jamás conoció sequía.

Cuando á esta fuente se dirigía Teresa muy de mañana, según costumbre, llegó á ver á la moza al cabo de cuatro días que no la veía, Fernando su amigo; habíaseles dado broma con si eran ó no eran novios y esto acrecentó de tal modo la confusión y el miedo en el ánimo de la joven, que no hacía sino por no encontrarse á Fernando.

Este, por el contrario, la buscaba, iba á su casa y parecía muy complacido cuando por acaso la hallaba.

– Teresa, – dijo al aparecerse bruscamente á la moza, – andas como si no quisieras verme y ahora he de acompañarte á donde vayas.

– No... no puede ser, – contestó con timidez Teresa. – Voy á Quiebra-cántaros.

– Bueno, ¡qué se me da! Voy contigo á la fuente... de nosotros nadie puede hablar, sino que nos metemos en todas partes como cuando éramos niños.

– Pero ya no lo somos.

– Pero yo, mañana me voy á Segovia... Ya ves, he de pasear un día contigo, un día siquiera...

Y así hablando siguieron, ella temerosa de sí misma, y él alegre y sin maliciosos intentos; habían convenido en no llegar juntos sino hasta las peñas del Tilo.

¡Ah! pero hablando y riendo, al poco tiempo Teresa parecía la niña y Fernando el niño de hacía dos ó tres años; él había saltado á una altísima roca para ver desde allí el valle y dió la mano á Teresa, que á su vez saltó, dejando antes el cantarito en un lugar seguro con el que no podían dar después cuando bajaron; comieron moras de las zarzas y pan de centeno que Teresa llevaba en el bolsillo, y por fin, sin darse cuenta ni uno ni otro se hallaron junto á una fuente...

– ¡Ya estamos en Quiebra-cántaros! – exclamó sorprendido el joven.

– Váyase, Fernando, – dijo Teresa volviendo repentinamente á su temor... Diríase que el airecillo gentil que estremecía las hojas de las zarzas causaba el temblor extraño que agitaba á Teresa.

¡Qué terrible acción la de los recuerdos suscitados por aquella fuente! ¡qué dulce y maliciosa risita descubría el intento de Fernando! Era aquel lugar un lugar de espera y de acecho, de perfidias y engaños; bajaban las avecillas á beber y quedaban ligadas á las varetas del niño cazador.

– Mañana me voy, Teresa; no nos hemos de ver más, quiero despedirme de tí, – dijo triste y dulcemente Fernando.

Teresa preparaba la cañuela para llenar el cantarillo y volvía á suplicar á Fernando que esperase fuera del cerco y no dieran motivo á burlas; y cuando quiso alzarse, Fernando hizo porfía de abrazarla, logró su intento y... ¡oh fatalidad! ¡perverso destino!... lo peor que pudiera ocurrirla en Quiebra-cántaros para dar motivo á murmuraciones...

El cántaro cayó al suelo y se hizo mil pedazos.

Era y sigue siendo Quiebra-cántaros un lugar de engaños. Como en el cielo las nubes traslucientes ú opacas forman fantástico, mentido y caprichoso juego, allí las rocas, ora sombrías, ora teñidas de sol, fingen singulares apariciones, la luna arranca de allí misteriosos encantos, los ecos se producen, se cree edificio lo que es roca, arbusto lo que es sombra, voz lo que es resonancia... amor lo que es un peligroso jugueteo.

JOSÉ ZAHONERO

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Aceptando lo que se le proponía, tarde ó temprano llegaría á saber cuál había sido la mano que le había levantado del polvo, de la miseria, del olvido, y le había mostrado una puerta salvadora por donde entrar á tomar parte en el gran festín que el mundo celebra para sus elegidos.

Mirando las cosas despacio, – decía Armengol, – no estoy ahora tan sobrado de medios para vivir, que derroche tontamente este que, por lo visto, me ha caído llovido del cielo. Andese, enhorabuena, con melindres quien posea lo necesario para no tener que rendir su cuello á nadie. Yo, ya no soy lo que en otro tiempo fuí. La vida es la vida, que dijo el poeta. Así, pues, afuera dudas, incertidumbres y vacilaciones.

Y tomando Armengol su sombrero, salió de su cuarto, bajó rápidamente la escalera, llegó á la calle y echó en dirección de la casa de comercio adonde venía girada la letra de cuatro mil reales, con el propósito de cobrarla, y poner en práctica al momento cuanto en la carta anónima se le prescribía.

Cerca de media hora empleó Armengol en llegar á la casa de los señores Kompert y Macquart situada al otro extremo de Madrid.

– ¡Ah! ¿Es V. el caballero á cuyo favor viene extendida la letra del señor Arnaldo? – le preguntaron.

– Según parece, yo soy en efecto, – contestó Armengol.

– Bien, al instante se le hará á V. efectiva.

Después de permanecer en silencio un breve rato, añadió el comerciante:

– Por lo que se ve, acepta V. el cargo que se le ha propuesto. ¡Es una ganga, amigo mío! Conozco el asunto, le conozco bastante para poder dar á V. mi enhorabuena.

– ¡Cómo! – exclamó Armengol algo contrariado – ¿No le es á V. desconocido este asunto? Y si así es, ¿podría usted descifrarme este enigma para mí de todo punto incomprensible?

– ¡Un enigma! – replicó el banquero. – No hay enigma de ninguna clase, que yo sepa. Es una empresa digna, honrada y honrosa para V., que es más. Hé aquí mis noticias... El señor Arnaldo, con quien mi casa está en relaciones comerciales, es todo un caballero y en él hallará usted quien respete su ciencia estimándole en cuanto vale.

Armengol agradeció el elogio, pero se sintió de nuevo contrariado al desvanecérsele la esperanza, por un momento abrigada, de que el banquero le revelase de quién emanaban aquellos favores, aquella protección valiosa, desinteresada y desconocida.

Realizada la letra, despidióse Armengol del señor Kompert, ofreciéndose á él en cuanto pudiera serle útil.

Preocupado iba aún Angel Armengol con los sucesos que le ocurrían, cuando regresó á su casa de la calle de Embajadores.

Era un día, aunque de invierno, hermoso y de mucho sol; y bien por esta causa ó por otra más secreta, reparó Armengol en que su casa era de lo más feo, sucio y miserable que encontrarse puede.

Entonces no pudo explicarse cómo había vivido en ella por tan largo tiempo.

El demonio del orgullo se apoderó súbitamente de Angel, de tal suerte, que estuvo á punto de no concluir de subir sus escaleras, por las que había ido haciendo las anteriores reflexiones, sino salirse á la calle, y dejar cama, silla, mesa y todos los demás enseres que contenía su antigua habitación, donde tanto había padecido.

En esto había trepado á la última meseta, á la cual daba su cuarto.

Una ancha sábana de sol penetraba por la puerta abierta del de enfrente, que estaba en comunicación directa con la abertura de la ventana, por donde en primer término derramaba su luz el astro del día.

Sobre esta sábana de oro divisó Armengol la sombra de una mujer que paseaba de un lado para otro.

Esta mujer era Antonia.

Angel contempló largo rato aquella sombra querida, y pensando en la próxima separación no pudo menos de conmoverse y avanzó lleno de tristeza hacia aquella fantasma de un amor ya pasado.

XV

UN NUDO ROTO

Serían próximamente las tres de la tarde.

Antonia, al oir pasos próximos á su cuarto, había suspendido su paseo, y permanecía silenciosa y de pie en medio de su habitación.

Cuando vió que era Angel el que tales pasos producía salió á su encuentro, y le cogió de las manos, mirándole con viva curiosidad.

– ¿Dónde has estado hoy? – le preguntó.

El tono con que Antonia hizo esta pregunta, revelaba, al mismo tiempo que su deseo, cierta repugnancia porque este se realizase. Así, cuando ya se disponía Armengol á satisfacer su inquietud, se adelantó, exclamando:

– Pero no, no quiero saberlo. Tú tienes amigos, habrás ido á visitarlos. Tienes negocios; habrás tenido que arreglarlos.

Armengol no supo qué contestar.

Antonia prosiguió:

– Ya me lo decía el corazón. Aquella fatal carta había de traerme la muerte. ¡Angel mío! soy muy desgraciada.

Al decir esto, los ojos de Antonia se bañaron en llanto.

Algunas lágrimas, tibias y relucientes como perlas recién caídas de un nido de conchas, rodaron por las mejillas de la amada de Armengol.

Ante aquel llanto sintió éste enternecerse su alma y que sus ojos pugnaban por llorar también.

Antonia observó que Angel lloraba como ella.

Entonces ya no fué dueña de sí misma.

Le miró con tanta pasión, que no parecía sino que el alma se le iba á escapar por los ojos para confundirse con la del joven.

La infeliz mujer había visto por fin satisfechos todos sus deseos; había visto que Armengol la amaba hasta el punto de derramar lágrimas por ella.

La mujer más coqueta del mundo, al ver llorar á su amante, no puede menos de idolatrarle, aunque no sea sino por aquel momento. Luego volverá tal vez á su antigua dureza y frialdad de corazón, pero por un instante esta dureza y frialdad se convierten en suavidad y en enamoramiento.

Ambos permanecieron largo rato mirándose arrobados.

Armengol salió, por fin, de su éxtasis y dijo:

– Antonia, tarde ó temprano había de suceder. Mi vida aventurera, mis desgracias, el destino que se complace siempre en perseguir á aquellos que más lo desprecian, algún día me arrastrarían hacia otro punto que no fuera el en que tú resides.

– Según eso, – replicó vivamente Antonia, – ¿me vas á dejar?

– A dejarte, no; pero sí á separarme de tí... dentro de muy poco... esta tarde misma, – dijo Armengol.

– ¡Oh! no sucederá así; yo te seguiré hasta el fin del mundo; seré tu esclava, seré y haré lo que tú quieras que sea y que haga, todo por tí, á quien amo con todo mi corazón.

Antonia, al pronunciar estas palabras, se retorcía de dolor las manos y se mesaba los cabellos con visibles muestras de desesperación y de locura.

Armengol procuró consolarla en su aflicción, haciendo para ello los mayores esfuerzos del mundo.

La dijo que en la ausencia, él la escribiría siempre que le fuese posible; que no la olvidaría nunca; y que regresaría, sólo con el objeto de verla, tan luego como estuvieran arreglados los asuntos para que había sido llamado por aquella carta anónima, que ella ya conocía.

Por un momento pareció Antonia consolarse; pero volviendo á su antigua pena, recordando los días felices que había pasado con aquel hombre, de cuyo lado la arrancaba una separación repentina, é insistiendo sobre su primera idea de que él no la amaba gran cosa, y creyendo que todo cuanto había dicho de no olvidarla nunca y cuantas protestas de amor la había hecho poco antes, no había sido sino con el propósito de calmar su aflicción, su alma fué presa de una terrible angustia, de uno de esos dolores que no hay expresión ni palabras en el lenguaje humano con que determinarles.

Después, disparando en una larga risa, que hizo estremecer de pies á cabeza á Armengol, Antonia comenzó á correr por su cuarto, gritando:

– ¡No, no se ha de ir! Es mío, mío; nadie me lo puede disputar. Yo le he dado mi corazón y mi alma; mi vida y mi sangre suyas son también.

Al acabar de decir esto Antonia, con los ojos desencajados de sus órbitas, sueltas y alborotadas las trenzas de sus cabellos, y con el vestido descompuesto, se llegó á Armengol, le miró de hito en hito y cayó delante de él arrodillada á sus plantas.

Alzóla á viva fuerza del suelo Armengol, y la sentó en una silla que estaba en la corriente de aire de la ventana.

Antonia había enmudecido.

Antonia no lloraba.

Antonia no reía tampoco.

Antonia era una estatua de piedra con unos ojos que brillaban como carbunclos, y unas manos crispadas semejantes á las garras de una leona en el momento de serle arrebatada su presa, con que aun se estaba regocijando tranquilamente.

La amada de Armengol estaba en situación semejante á la de una loca acometida del sueño en el momento de su arrebato más delirante.



LAGO DE LUGANO SUIZA dibujo de J. M. Marqués



OLIVERIO CROMWELL VISITANDO Á MILTON, cuadro de David Neal

Armengol, viendo que no se movía ni decía nada, la preguntó:

– Antonia, ¿cómo te encuentras?

Antonia permaneció impasible.

Armengol, creyendo que estaba desvanecida, la cogió de la cintura, y con grandes esfuerzos hizo que se sentase en una butaca.

Antonia no dió muestra alguna de advertir lo que á su alrededor pasaba.

Reclinada en la butaca permaneció lo mismo que antes.

– ¡ Antonia ! ¡ Antonia ! – gritó Armengol.

Antonia no contestó nada.

Armengol creyó que Antonia había muerto.

Llamóla de nuevo valiéndose de todos los tonos, desde el triste y desesperado, hasta el dulce y amoroso.

– ¡Si esta mujer estuviese muerta, – exclamó, – qué conflicto tan grande!

– ¡Por desgracia mía no lo estoy! – replicó ella echándose de la cama, y dando un profundo suspiro.

Angel quedó consternado.

– Puede V. marcharse cuando guste, – le dijo Antonia sin mirarle. – Todo ha concluído entre nosotros.

Armengol salió de la habitación sin proferir palabra.

XVI

ESCENOGRAFÍA

«Salga V. de Gerona el dia 25.» Esto decía la anónima carta que Armengol recibió en aquel sobre coquetón y perfumado, y así se hizo.

El día 25, á las cuatro de la tarde, salía Armengol de Gerona, en la berlina de una destartalada y sucia diligencia, con rumbo á Cadaqués.



TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio del natural de A. Edelfelt *(tomado del álbum de Ch. Baude)*

Bien pronto quedaron atrás los hundidos bastiones de la ciudad heroica y un paisaje original y pintoresco ofreció al espíritu y á los ojos de Angel amenas perspectivas. Colinas quebradas, en cuyos huecos la aguda reja de un labrador activo había hallado industria para enredar las cepas de numerosas vides que, como dosel verde y amaranto, festoneaban las alturas, rodeaban el camino encallejonándole. Un río, el río Ter, acompañaba á la carretera en su excursión montaraz, hasta que, cansado de lamer rocas, giraba sobre sus talones como un recluta para volver sobre sus pasos y dirigirse al mar inmenso. Desigualdades, cortaduras, abismos, torrentes de pequeños arroyos, espumosas cascadas, por las cuales no caía un azumbre de agua, aparecían aquí y allá, siendo encanto del observador artista. Parecía aquello el remedo de la naturaleza americana, una caricatura del accidentado encadenamiento vecino del Pirineo, una burla humorística de todos los furores volcánicos de la tierra, algo que inspiraba ideas risueñas y no sublimes. A pesar de esto, Angel, que iba en su berlina sentado junto á un señor, que frisaría en la edad de los cuarenta años, bien vestido, locuaz y amable y obsequioso al parecer, no podía apartar de su ánimo las dudas, las vacilaciones, el dolor y el desaliento que le atormentaban. En vano trató el señor de quien hemos hablado, de sacarle cuatro palabras del cuerpo. El buen señor comenzaba cincuenta conversaciones distintas; ninguna despertaba en Angel curiosidad ó interés, y todas languidecían, acabando á los pocos momentos. Al fin cayó Angel en la cuenta de que se puede estar triste sin correr plaza de grosero, y se resolvió á contestar á las insinuaciones de su compañero de viaje.

– ¿Decía usted que esas viñas?... ¡Ah! Dispénseme que no opine como V. – exclamó. – Nada hay más horrible que esta vegetación pobre y difícil. Esos sarmientos débiles, flacos, medio secos, que por todo fruto muestran orgullosos un cuarterón de uvas podridas ó agrias, me recuerdan á las niñas tísicas, zancudas, de busto enteco, desmedradas física y moralmente, que acuden al Retiro de Madrid á jugar al corro en las tardes del invierno.

– ¡Cómo! – replicó el señor mirando de frente á Angel. – ¿No le gustan á V. nuestras cepas? Pues si son lo mejor del país.

El defensor de las cepas catalanas se puso serio. Diríase que las cepas tenían con él algún parentesco, al ver cómo le disgustaban las palabras de Armengol. Pero éste, que no quería volver á caer en el silencio, siguió hablando:

– Estamos llenos de ridícula vanidad con los vinos españoles. ¡Lástima de *philoxera* que acabe con ellos! Saque V. á un lado las nobles cepas de Jerez, apárteme usted cincuenta majuelos andaluces y ya puede V. meter el fuego en las demás.

Como notará el lector, Angel pecaba de injusto con la vinicultura española, pero su pésimo humor le movía, ya que se propuso hablar, á contradecir, á discutir, á llevar la contraria á todo, como vulgar y gráficamente se dice. En verdad, en verdad, más valía que se hubiese callado.

Las palabras de Armengol causaban en su interlocutor un deplorable efecto.

– No tengo el gusto de conocer á usted, – dijo éste despues de un rato de silencio, y ajustándose el cuello de la camisa (que era postizo) según su costumbre siempre



CARRERAS AL TROTE, cuadro de Gustavo Marr

que adoptaba alguna resolución enérgica, – pero si tuviera ese gusto, me tomaría la libertad de disertar sobre el tema (también esta frase era de sumo agrado para el viajero) hasta probarle que...

– ¿Me probaría V. que yo no he visto vides más lozanas en el mundo? Caballero, permítame usted que le diga que eso equivaldría á pretender un imposible.

En aquel momento pensaba Angel lo siguiente: «¿Querías hablar? ¿Tenías gana de charla? ¿Sí? Pues vas á llevar un disgusto; yo haré que te calles.»

Esto que alguien llamará inocente y pueril deseo, es muy común hasta en hombres dignos de respeto, cuando cualquier suceso desagradable les contraría. Al primero que cogen por su cuenta le hacen pagar su enojo por alguna suerte de procedimiento parecido al que empleaba Armengol.

Este añadió:

– Yo que he viajado por América, tengo una idea muy pobre de la agricultura española.

– ¿Y V. cree que no he viajado yo? Pregunte en todo el país por mí, inquiera V. noticias, y le dirán que Arnaldo es un verdadero judío errante, que ha pasado su juventud dando vueltas al mundo.

– Pero, ¿qué... es V.... es V. el señor Arnaldo? – balbuceó Armengol.

– ¡Sí! para servir á usted.

– Caballero; siento no haberlo sabido antes. En ese caso yo debo presentarme á V. y no sé cómo hacerlo. Yo soy Angel Armengol.

– ¡Caramba! ¿Es V. el hijo de Pedro?

– Sí, señor.

Uno y otro se quedaron mudos, perplejos, buscando en su magín algo oportuno que decir, alguna excusa que formular por su intemperancia en la discusión sostenida.

Armengol pensó:

– Bien, Angel, bien; te portas como una acémila. Has aceptado el cargo que se te proponía deseando saber á quién debías agradecérselo, y en cuanto te hallas con la persona de quien dependes, comienzas por tratarla de ignorante. Eres un sabio, un lince. ¡Qué oportunidad de discusión! ¿Por qué no me callé todo el camino?... Este señor de Arnaldo sabe de quién soy hijo... ¿Si será esto cosa de mi padre? ¿Quién me ha mandado aceptar un cargo ignorando de quién le aceptaba y por qué se me ofrecía?

Al mismo tiempo pensaba el señor Arnaldo:

– ¡Qué impertinente es este prodigio de Armengol! Me ponderaban la inflexibilidad de su carácter y... la verdad es, que no habían exagerado. ¡Ah! pues como yo me empeñara, disertaría sobre el tema hasta dejarle tamañito! ¡Mire V. qué pedantería, decir que ha visto en América campos mejor labrados que los de Cadaqués!

Y seguía pensando Armengol:

– ¡No he cometido mala tontería emprendiendo mi viaje! Esto ¡no admite duda! ha sido trazado por mi padre. Es un ardid para atraerme á sus redes. Todo lo del anónimo, lo de la letra de mujer, y cuanto ha rodeado de misterio la proposición, es una pura comedia, una fábula tan torpe, que yo debí conocerlo antes, una repugnante farsa.

– Pues celebro infinito conocerle, señor D. Angel; conocerle personalmente, quiero decir, que de otro modo, de oídas, de referencia, le conozco hace algunos meses... ¡Excelente hombre es su padre de V., si no fuese por aquella pícara intransigencia!... Por supuesto, que él no sabe nada de cuanto ocurre, nada de su venida á Cadaqués.

Armengol dijo para sí:

– ¿Si me habré equivocado en mis suposiciones?

– Sí, señor D. Angel, – continuó diciendo el señor Arnaldo. – Es preciso que hablemos mucho. ¡Hombre! Tengo gana de que disertemos acerca del punto de las viñas catalanas. Pero eso será después de arreglados otros asuntos más urgentes, después que V. tome posesión de su cargo y después que descanse.

El carruaje, que venía al trotecillo vil de cuatro pencos gurruferos, aligeró un tanto su marcha. Sonó el restallido del látigo y pronto las ruedas entraron metiendo bulla en una rampa empedrada de granito. Después se detuvo el vehículo.

– Hemos llegado, – dijo Arnaldo.

Tan preocupado se hallaba Armengol, que casi sin responder á las frases de cortesía que le dirigió su compañero, atravesó una calzada de piedra, ante la cual un edificio hermoso, de antigua fábrica, alzaba su masa imponente, penetró en un portal, y se dejó conducir á una habitación ancha, amueblada con gran lujo y buen gusto poco común, y sólo cuando sintió que cerraban la puerta, salió de su ensimismamiento ridículo.

Arnaldo, que había sido quien guió á Armengol hasta la estancia, bajó la escalera que llevaba á las habitaciones de su hija, *disertando* mentalmente, como él decía, acerca de si Armengol era loco ó simplemente tonto.

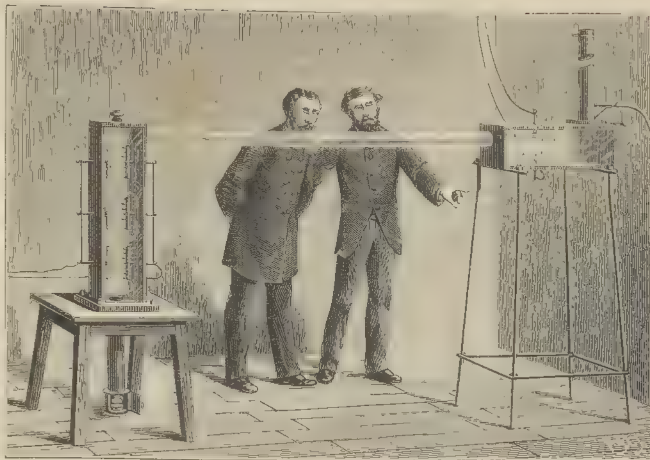


Fig. 1.—Gran aparato para el estudio de la condensación del humo *en movimiento*, por medio de la electricidad estática

XVII

LA VENTANA Y LA CURIOSIDAD

Fuera enojosa labor, á par que difícil, la de analizar las diversas fisonomías que adoptó el espíritu de Angel desde que se vió solo en aquella estancia hasta que se decidió á reconocerla, y asomar su rostro á una de las dos ventanas, por las que la moviente luz del día filtraba sus postreros reflejos.

Pensó en Antonia con pena, recriminándose á sí mismo, no el haber dado fin á sus amores con la mujer del desventurado D. Juan, sino el haberlos comenzado, el haber incurrido en el prosaico pecado de codiciar los bienes ajenos, lo mismo que el estudiante menos versado en cosas de mujeres.

Arrancó luego su mente de la contemplación de aquellos despojos, que aun le inspiraban la simpatía vaga de un agradecimiento dudoso, y meditó entonces acerca de su nueva situación.

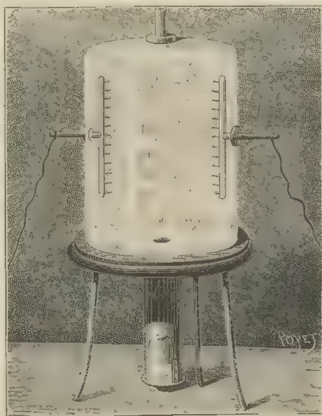


Fig. 2. – Pequeño aparato para el humo *en reposo*

Y como la tarde era calurosa, se acercó á una ventana, abrióla y apoyando los brazos en el alféizar, iba á continuar sus divagaciones espirituales, cuando la luna... Pero ¿qué intentamos describir? Lo que entonces vió Armengol merece todo un libro, y nosotros no podemos dedicarle sino algunas líneas, pues nos esperan impacientes los personajes de esta narración y los precipitados acontecimientos que la ponen remate... Sigamos, pues... Cuando la luna, – decíamos, – saliendo de entre una maraña de grises nubes, le mostró el grandioso mar con su cambiante oleaje, la pequeña ensenada donde se balanceaban mansamente un vapor inglés, el *Pickwick-House*, cinco ó seis laúdes y *místicos*, y unas dos docenas de chalupas *traineras* y botecillos. Daban aquellas ventanas á un anchísimo patio bien enlosado, que cerraban por tres partes las paredes del edificio dejando libre y expedito uno de los flancos, del cual arrancaba una escalinata suave, cuya última gradería mojaba el oleaje del mar.

(Continuará)

CRONICA CIENTIFICA

CONDENSACIÓN DEL HUMO POR LA ELECTRICIDAD ESTÁTICA

Hace poco tiempo llamaron la atención los notables resultados industriales obtenidos en Inglaterra por M. Lodge en la condensación de los humos por la electricidad estática; y ahora vamos á dar cuenta del hecho bajo el punto de vista más especialmente científico, describiendo los aparatos de demostración, que facilitan el estudio del asunto.

M. O. Hempel, el constructor de estos aparatos, los ha presentado últimamente á la *Sociedad de Electricidad;* pero antes de hacerlos funcionar resumió la historia de tan curioso descubrimiento, y de la Memoria que redactó tomamos los apuntes para el presente artículo.

Después de las investigaciones de Tyndall sobre los polvos del aire, MM. Clark y Lodge reconocieron que un cuerpo cuya temperatura es superior á la del medio ambiente está rodeado de una delgada capa de aire completamente libre de polvos. Mister Lodge, profesor en Liverpool, concibió la idea de estudiar el fenómeno sirviéndose de la electricidad, y observó que las descargas eléctricas producidas á una elevada tensión por las máquinas estáticas tenían la propiedad de condensar los polvos ó humos de todo género, en medio de los cuales se determinaba la producción. Este descubrimiento se pudo utilizar muy pronto en la industria metalúrgica para condensar los humos peligrosos y los polvos de plomo en la fábrica Walker Parker y C.ª, una de las más importantes de Inglaterra. Los resultados obtenidos fueron maravillosos, y la atención de los sabios se fijó tanto más en este nuevo tratamiento cuanto que interesaba á la vez á la salud de los obreros y á la economía industrial.

Los experimentos de M. Lodge son de aquellos que deben figurar entre los verdaderamente clásicos, y que por lo tanto conviene conocer y propagar. Con este objeto, M. Hempel construyó los dos aparatos representados en las figs. 1 y 2, que han funcionado ya con el mayor éxito.

El primer aparato, de grandes dimensiones, destinado á demostrar los efectos de la electricidad en los *humos en movimiento* (fig. 1), se compone de un hornillo donde se queman las materias propias para producir el humo que debe atravesar el aparato. Dichos humos se desprenden primero en una caja vertical provista de cristales que permiten ver el interior; con ellos se enlaza, por medio de un largo tubo de cristal, otra análoga, pero colocada horizontalmente, y sobrepuesta de un tubo de evacuación, cuya cabida se puede regular. Las dos cajas contienen unos peines de cobre opuestos entre sí, los cuales se han de poner en relación con los dos polos de una máquina eléctrica con plancha de Tœpler-Voss, de Ramsden ú Holtz, etc.

En el hornillo se hace quemar yesca, por ejemplo; el abundante humo que se desprende, atraviesa todo el aparato, y si entonces se hace funcionar la máquina eléctrica, á fin de que la descarga se produzca entre los peines, el humo se agita inmediatamente, arremolínase y no tarda en desaparecer condensándose: las cajas y el tubo quedan tan trasparentes como antes del experimento.

El humo de la yesca se puede sustituir ventajosamente con el que se produce poniendo en contacto ácido clorhídrico y amoníaco: los humos blancos y muy espesos del clorhidrato de amoníaco se condensan rápidamente en los peines electrizados.

El pequeño aparato representado en la fig. 2, es mucho más práctico para la demostración; se aplica á los efectos de la electricidad en los humos *en reposo*, y dan una idea muy clara del fenómeno.

Es un cilindro de cristal perforado lateralmente por dos aberturas que tienen los peines metálicos entre los cuales se desprende la electricidad; está montado en un zócalo de tres pies, provisto del hornillo donde se produce el humo, y un tubo adaptado en la parte superior sirve de chimenea. En el hornillo se quema papel *nitrado*, ó yesca, ó bien empléase una reacción química para obtener los vapores con que se quiere hacer el experimento.

Cuando el cilindro de cristal está lleno de humo, se vuelve la plancha de la máquina eléctrica enlazada con los peines; la electricidad pasa entre estos; y el cilindro, turbio y empañado, queda casi al punto trasparente por haberse condensado el humo que contenía.

El experimento da el mejor resultado con el humo de tabaco, que se condensa pronto, y que tiene la ventaja de producirse fácilmente fumando.

Estos fenómenos son notables; importan á la vez al sabio, al industrial y al higienista; y nos demuestran que el campo de los descubrimientos es infinito, puesto que se pueden producir efectos tan nuevos con ayuda de la electricidad estática, cuyas propiedades se hubieran podido creer conocidas todas después del largo tiempo que han sido estudiadas por los físicos. – G. TISSANDIER



Viaje á Filipinas. – Mujer de Joló.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Nuestra conversación continúa largo tiempo; se fuman cigarrillos, y el sultán sigue manifestando muy buen sentido y finura, asociados con una ignorancia sorprendente. Este soberano parece ávido de noticias políticas, y tiene, sobre todo, empeño en saber cuál es exactamente la situación de España respecto á las demás naciones europeas. Aunque posee un vapor que cruza constantemente entre Maïbun, Labuan y Singapore, nunca piensa en adquirir diarios españoles é ingleses, para los que encontraría fácilmente traductores, bien á bordo de su barco, ó entre los soldados y presidiarios indios desertores á quienes admite secretamente en su corte.

Reducido á no recibir más noticias que las que sus cortesanos ó sus vasallos le llevan de Tianggi, el sultán procura aprovecharse de la casualidad que le proporciona dos viajeros recientemente llegados de Europa; pero sus preguntas son siempre sensatas. Comienza por informarse sobre las fuerzas militares, y particularmente las navales de los diversos Estados, rogándome varias veces que repita las cifras de hombres y cañones, de las cuales no puede formar una idea exacta. La visita del Shah de Persia á la última exposición de París le preocupa mucho; duda al principio, y después parece quedar muy satisfecho de los detalles imaginarios que le doy sobre el particular, pues sé muy poco sobre la permanencia de este soberano en París. Después de hacerme enumerar otra vez todas las potencias de Europa, me ruega que le indique las que han instituído exposiciones universales; y por último me pide numerosos datos sobre el Rajá de los franceses; quiere saber si es hereditario como en Joló, ó si se le nombra por cierto tiempo como en América. Infórmase también sobre la agricultura de Francia, sorprendiéndole mucho que toda la tierra se cultive, sin haber un solo esclavo; y por último me interroga acerca del mecanismo de nuestro gobierno, que parece comprender fácilmente, porque el consejo de los datos *Roumah Bitjara* (1) ofrece bastante analogía con nuestro parlamento.

Esta conversación cortés, que no podía hacernos prever remotamente la que tendríamos algunos días más tarde en este sitio, duró largo tiempo. Rey y yo nos caíamos de sueño, y como el sultán lo notase, invitónos á retirarnos para dormir, mientras que él seguía dando audiencia á su pueblo. Nos aprovechamos del permiso, y vamos á echarnos en las esterillas preparadas sobre un estrado entre el harem y el trono. No tardamos en dormirnos, á pesar del rumor de las conversaciones; pero nos despertamos sobresaltados al menos diez veces durante la noche, pues un esclavo que anda de puntillas, toca una especie de timbal sobre nuestras cabezas, y cumplida su consigna, el vigilante centinela entra en el harem, levantando la cortina que de él nos separa. Entonces vemos á la vacilante luz de algunas mechas humeantes un confuso grupo de mujeres y chiquillos diseminados en un caos de cojines.

18 diciembre. Seguimos en el pueblo de Maïbun á donde le llaman sus negocios á nuestro complaciente guía. En la extremidad sud de la pradera, franqueamos un arroyo ancho y profundo; y después de cruzar un bosquecillo que presta su sombra á varias tumbas medio ruinosas, llegamos á las primeras casetas del pueblo; las más de ellas, sórdidas y deterioradas, elévanse sobre las fangosas orillas de un arroyo muy sinuoso. Durante la alta marea se puede llegar sin dificultad en canoa á las casetas más avanzadas en el lecho del arroyo; pero desgraciadamente es la hora del reflujo, y debemos pasar de una caseta á otra por unos bambúes escurridizos, á riesgo de caer veinte veces en un cieno infecto, lleno de todas las inmundicias que el descuido malayo deja fermentar alrededor. Después de hacer varias estaciones en casetas cuyo interior no es mucho menos sucio que el exterior, llegamos á la orilla del mar, á una especie de cortadura que forma una ensenada sin profundidad, cuyo horizonte está limitado por la isla de Teombal. En plena rada, sostenidos por altos postes de madera, extiéndense los vastos almacenes de los negociantes chinos, que asociados con el sultán monopolizan el comercio de importación y exportación, de no poca importancia. El puerto de Maïbun, mucho más activo que el de Tianggi, exporta en cantidades considerables: las ostras perleras (mutiara tipay) (2), que sólo contienen perlas excepcionalmente, pero cuyas valvas dan el nácar; la gutapercha, producida por distintas esencias (3); diversas resinas (estos tres artículos sufren unos considerables cambios de precio); el trepang (4); el café, y otros productos del cultivo, en más pequeña cantidad. La importación se hace principalmente para los percales de color, remitidos por casas alemanas de Singapore, cuyas fábricas imitan muy bien los colores usados en la Malasia; los tejidos indígenas, fabricados muy cuidadosamente, son de calidad muy superior, pero los módicos precios de las imitaciones extranjeras les aseguran en todas partes una venta considerable. Los chinos de Maïbun importan también armas, municiones, machetes y hierro para su fabricación. En los almacenes se encuentran pequeños cañones de bronce, máquinas más pintorescas que temibles, y también una buena provisión de pólvora inglesa, así como numerosas cajas de carabinas rayadas de Enfield, del modelo de 1857.

A estos diversos géneros de comercio debemos agregar el tráfico de esclavos. ¡Cuántos de estos infelices hay á bordo de los barcos entre los cuales hemos circulado en la rada! ¡Cuántas madres que no verán más á sus hijas arrojadas en el harem de un viejo cortesano! ¡Cuántos hombres destinados al trabajo mortífero de la pesca de perlas morirán tísicos lejos de su familia diseminada! Si se quisieran saber las cifras, sólo podrían decirlas las olas de este mar, cuyo murmullo ahoga tantas quejas. La autoridad española no tolera este espantoso tráfico; pero no puede tener conocimiento de todas las exacciones que se cometen fuera del radio de su acción inmediata.

Mientras que nuestro guía arregla sus asuntos con un negociante chino, la mujer de este último, malaya de pura sangre, borda en bastidor un rico turbante; el trabajo es magnífico, pero avanza con mucha lentitud; á cada cinco minutos la bordadora llama á una esclava, pídela un cigarrillo y una criatura, á la cual da el pecho hasta que acaba de fumar un tabaco chino malísimo, dicho sea entre paréntesis, cuyo sabor acre haría entregar el alma á nuestros más intrépidos fumadores. Apurado el cigarrillo, la bordadora vuelve á continuar su obra, mascando el eterno betel; la esclava, por su parte, también masca y fuma alternativamente. Tal es la vida de las mujeres de Joló en las casetas donde hay alguna comodidad. Este espectáculo, que ya he observado varias veces, da sueño, mas por fortuna me distrae un muchacho de Maïbun que habla muy bien el malayo, y que con la familiaridad del país, se sienta á mi lado sobre un fardo, y háblame de sus tres viajes á Singapore, como pudiera hacerlo un marino veterano y observador. Me divierte oirle, y le doy cigarrillos y algunas monedas.

Viendo entonces que á todo se puede atrever conmigo, va en busca de una hoja de papel, y me suplica que le trace con sus dimensiones respectivas los diversos Estados de Europa, comenzando por Holanda y Portugal; y al ver que Francia es tan grande, y que tiene costas tan extensas, me pregunta: «¿Cómo es, entonces, que se ven tan pocos buques de tu país en nuestro archipiélago? ¿Será porque tus compatriotas tienen miedo al mar?»

De vuelta al palacio, obtenemos una audiencia del sultán, que nos cita para el lunes próximo, condenando después á la pena de muerte al prisionero de M. Schuck. Montamos á caballo para volver á Tianggi.

Ignoro lo que habrá sido del pobre condenado, pero si ha sufrido la pena de muerte, más le ha valido recibir la fuera de Maïbun. Las prescripciones penales del Corán, tal como la amputación de la lengua para el blasfemo, etc., se observan muy pocas veces, pero la legislación de Joló las sustituye con una pena más terrible aún, pues lo mismo aquí que entre los Negritos raro es que se limite á la de palos. El castigo, en suma, es casi exclusivamente la muerte; pero ¡qué muerte! Unas veces el culpable, encadenado á cierta distancia, sirve de blanco en el tiro á los cortesanos; otras, algún magnate ensaya su revólver, disparándole sobre el infeliz, para gastar los cartuchos averiados; y con frecuencia se le ata á un árbol, para que los indígenas se entretengan en darle cada cual un golpe con su kriss, hasta que el cadáver se cae á pedazos. Todos vuelven entonces á sus casas muy satisfechos, tanto más orgullosos cuanto más cubiertos están de sangre.

El suplicio aplicado á las esposas y á las esclavas infieles, así como á las solteras de conducta dudosa, es igualmente cruel, aunque no producen necesariamente la muerte. A decir verdad, este suplicio se aplica rara vez á la tercera categoría de culpables, porque el sultán ha debido comprender que una exacta observación de la ley daría demasiado qué hacer á su policía.

Apenas de vuelta á Tianggi, nos ocupamos en preparar todo lo necesario para fotografiar al sultán. Yo iré por mar á Maïbun, contorneando la costa occidental de la isla. Mi compañero el señor Rey, aprovechándose de la llegada á Tianggi de un correo del sultán, irá á caballo con él, y como debe llegar antes que yo, tomará posesión de la caseta que se nos ha prometido, aunque sólo contamos con ella eventualmente.

22 diciembre. – A primera hora nos ponemos en camino, cada cual por su lado. Yo tengo una buena embarcación, una piragua completamente nueva, montada por buenos tripulantes, que el gobernador, D. Carlos Martínez, ha tenido á bien elegir para mí en el pueblecillo indígena sometido á España, que está en la inmediación de Tianggi.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Praw de Joló

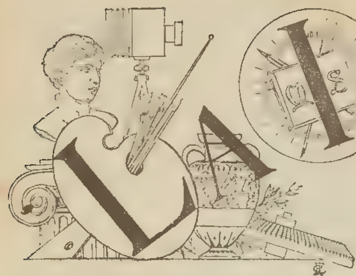
(1) Traducido literalmente: casa ó cámara de las discusiones.

(2) La ostra perlera verdadera es la *Meleagrina margaritifera*; la que produce la *concha* empleada en las Filipinas para sustituir á los vidrios es la *Placuna placenta*.

(3) Las principales parecen pertenecer al género *Isonandra* (Sapotáceas).

(4) *Holothuries desséchées* (Equinodermos). Este comestible es muy apreciado en China.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 19 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 225

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JESÚS EN EL CAMINO DEL CALVARIO

Cuanto es más eminente un artista, más nobles y levantados asuntos acomete; y si el genio es don de la Divinidad, muy natural se presenta que en todos tiempos haya puesto el pensamiento en su origen. Así se explica que en todos los tiempos los asuntos religiosos hayan tentado á los pintores más célebres, y que entre esos asuntos la imagen del Redentor haya sido la piedra de toque en que se han graduado las fuerzas de los más enteros y algunas veces de los más osados.

El asunto del cuadro que hoy publicamos ha sido repetido infinitas veces; á pesar de lo cual puede decirse de los que lo han ejecutado aquello de: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos.* Entre estos pocos, cabe un honroso lugar al autor de nuestro cuadro. Sin que la figura de Jesús carezca de aquel misticismo que llevaron hasta la exageración los artistas anteriores al siglo XVI, no está falta de verdad, aun cuando tal vez exprese débilmente los dolores materiales y morales padecidos por el que cargó sobre sus hombros la cruz de todos los pecados. Esta ausencia de sufrimiento está compensada por una gran expresión de dulzura, reflejo de aquel amor purísimo, santo, inmenso, que determinó el más terrible y voluntario de los sacrificios. Su factura nos recuerda algo la de Sebastián del Piombo tratando el propio asunto; la misma sublimidad de expresión, la



JESÚS EN EL CAMINO DEL CALVARIO

misma armonía de tonos, el mismo sentimiento..... No es poco decir de nuestro pintor que nos trae á la memoria á tan incontrovertible eminencia.

AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de H. Schen

Al pie del leño santo en que acababa de realizarse el más incruento sacrificio, el amor reunió á las tres personas más especialmente queridas de Jesús: María, encarnación del amor materno; Juan, tipo del amor del discípulo al maestro; Magdalena, á quien un amor ideal y purísimo levantó del fango en que la sumergieran los torpes amores del mundo de las cortesanas.

Tales son, aparte el cadáver del Redentor, las figuras del cuadro que publicamos, ejecutado con sobriedad y de sabor verdaderamente clásico. El grupo está perfectamente entendido y los personajes en actitud natural y bien sentida. La de la Virgen es la propia y natural de la resignada cuanto afligidísima madre que junto á la cruz *estaba*, no junto á la cruz caía ó sucumbía. Su semblante es el de la mujer escogida que treinta y tres años antes, al tiempo de recibir la salutación angélica, había dicho: Sea de mí según tu santa voluntad.

La desesperación de Magdalena en el cuadro parece mayor porque es más común, más vulgar..... La Magdalena es el arrepentimiento que se prosterna; la Virgen, en medio de su dolor, aun no superado, es la mujer fuerte que acaba de aplastar la cabeza á la serpiente del paraíso. El cuerpo de Cristo está perfectamente estudiado; el evangelista es, tal vez, la figura menos feliz de la composición. Esta tiene verdadero colorido religioso y es á propósito para excitar la piedad del cristiano y la admiración del amigo de las artes.

LLEGADA AL CALVARIO, cuadro de J. Echena

Admiración tan profunda como justa mereció á su aparición este lienzo, en el cual su autor trata la llegada de Jesús al Calvario con una grandeza y un talento de primer orden. El gran número de figuras que entran en la composición no embarazaron poco ni mucho al artista; antes bien le sirvieron para dar una prueba de cuán bien pueden distribuirse muchos personajes sin producir confusión y de cómo puede tratarse á cada uno de ellos con visible maestría y singular cariño.

Las exigencias de una distribución ideada para causar verdadero efecto artístico, fueron causa de que la figura principal, el protagonista del asunto, apareciese en segundo término; pero el talento del autor venció esta inconveniencia, haciendo que, á pesar de ella, se destacara Jesús, llamando desde luego la principal atención y siendo lo que se llama el alma del asunto, pese á los grupos y figuras de mayor trabajo material ó término más importante. Así en un drama no es la duración de una escena lo que califica lo culminante de aquél, ni un actor de verdadero genio dirá jamás que el personaje más saliente de una obra es el que declama en ella mayor número de versos.

Sin apelar á medios rebuscados ó sobrenaturales, ha conseguido Echena que el grupo formado por Jesús y las santas mujeres produzca un contraste de luz verdaderamente celestial; como contrastan, asimismo, las figuras del cuadro, según el sentimiento que las domina, de odio fanático entre los hebreos, de indiferencia ó cansancio entre los romanos, y de resignación ó abatimiento en los dos reos que con Jesús han de ser ejecutados. En conjunto y en detalle es, por lo tanto, este lienzo una obra notable y muy digna de conferir á su autor un lugar honroso entre los grandes maestros contemporáneos.

Publicamos, igualmente, en este número algunos bocetos ó estudios preparados por Echena para facilitar la ejecución de su proyecto. Comparados estos estudios con la obra definitiva, son de ver las modificaciones que sufrieron al pintarse el cuadro, modificaciones que ni destruyen el valor de aquellos estudios, ni han perjudicado por cierto el buen efecto de tan precioso trabajo artístico.

EL SANTO SEPULCRO
LA ADORACIÓN DE LA VERACRUZ,
dibujos de Gustavo Doré

Los dos hermosos grabados que publicamos en las páginas 142 y 143 de este número son parte de las preciosas ilustraciones que el malogrado Doré compuso para la *Historia de las Cruzadas*, verdadero monumento literario y artístico que prontamente darán á luz los Editores de este periódico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII,
retrato de Gaillard

Tienen los hombres eminentes el privilegio de que su retrato se popularice con una rapidez asombrosa. El de León XIII inundó, apenas el cardenal Pecci reunió los sufragios del Cónclave, los aparadores de cuantos mercaderes se dedican á la venta de tales artículos. Sin embargo, el nuevo Pontífice no encontró su Tiziano ó su Velázquez hasta que Gaillard pintó el retrato que hoy publicamos.

Ese es el verdadero León XIII, no solamente en cuerpo, sino en cuerpo y espíritu: esa frente, esa mirada, esos labios, esa contracción del semblante, revelan al pensador profundo, al diplomático hábil, al hombre de mundo, bondadoso, simpático; no exento, empero, de la energía indispensable en todo aquel que gobierna. El papa reinante es un tipo italiano puro, correcto, fino; en presencia del cual flaquearán muchas resoluciones, no porque el Pontífice se imponga por lo terrible, antes bien porque seduce con la superioridad de su instrucción, de su talento y de su don de gentes. Dios tiene destinada á León XIII una gran misión..... El último de los Leones en el pontificado no desairará la memoria de los doce varones que, llevando igual nombre, le han precedido en el pontificado máximo.

LA SEMANA SANTA

Su liturgia y significación de sus principales ceremonias

En el culto católico entra por mucho la sensibilidad, sobre todo para las personas que, por falta de talento, de virtud, ó de ciencia, tienen que valerse de los sentidos y percepciones externas más bien que del entendimiento, y de las imágenes más que de las ideas. Y como quiera que los indoctos son más que los doctos, recomendando á éstos la oración, la meditación y la contemplación, procura instruir y educar á los otros, más numerosos, por la oración vocal y en común, y por las imágenes y las ceremonias representativas.

El año católico más bien que cristiano comienza con la primavera: entra ésta el día 21 de marzo, el año litúrgico católico por la tarde del 24 de aquel mes, víspera de la festividad llamada la Anunciación. Suele coincidir con esta festividad cuando la Cuaresma principia pronto, la época de Semana Santa, pues en la necesidad de repartir los misterios de la vida de Jesús entre los doce meses del año, los extremos de principio y fin vienen á estar en contacto precisamente.

Tiene la Semana Santa por objeto recordar periódicamente al pueblo cristiano los sucesos de la muerte de Jesús y redención del linaje humano. Este culto data de los primeros tiempos de la Iglesia, pues los Apóstoles mismos no podían olvidar aquel lúgubre aniversario, y aun menos la Virgen María, cuya sensibilidad exquisita los tuvo siempre tan presentes, que, aun después de la Resurrección jamás quiso ni pudo borrarlos de su imaginación, como aseguran muchos y piadosos escritores. Y ¿á qué Madre buena y cariñosa no le sucedería lo mismo en igual caso?

Sirven de preparación á la Semana Santa el ayuno de la Cuaresma, el Evangelio especial de cada día hábilmente calculado, y otras prácticas y devociones, en particular los viernes de cada semana. El viernes que precede al Domingo de Pasión tiene por asunto del Evangelio y meditación, la resurrección de San Lázaro, cuatro días después de muerto y enterrado. Como en todas las poblaciones principales había *leproserías*, que, por lo común, estaban al otro lado de los ríos (1), y bajo la advocación de San Lázaro, de donde vino la palabra *lazareto*, el pueblo, al visitar la ermita de este Santo, convertía la tarde de aquel viernes en jira campestre, si el tiempo lo permitía, y no solía guardarse el ayuno con gran rigor.

Al día siguiente, sábado por la tarde, á las vísperas, se cubren los altares con velos ó paños negros, color de luto, ó morados, color de penitencia y retiro en la Iglesia, como preludio de la Semana Santa, que comienza al Domingo siguiente. Esta costumbre de cubrir los altares es tan antigua que hace San Braulio mención de ella.

La Semana Santa comienza en el Domingo de Ramos. En este día son notables tres cosas que constituyen su liturgia especial, la bendición de ramos ó palmas, el himno de Teodulfo que se canta durante la procesión, y la narración de la pasión y muerte de Jesús, que suele recitarse en las iglesias mayores cantada y aun coreada.

En unas bellísimas y eruditas conferencias que dió el cardenal Wissemann en Roma, el año de 1839, acerca de los ritos de Semana Santa en la capilla Papal, en obsequio de los viajeros que suelen acudir en gran número á presenciarlas, destinó una de ellas á tratar de la relación de aquéllos con el arte, aun bajo el punto de vista que llamó *dramático*, ó de la liturgia en acción, ó por decirlo así, en movimiento y representación.

La bendición de ramos precede á la Misa. El Preste y los asistentes al altar visten paramentos morados que en latín se dicen *violaceos* por ser del color de la violeta. El subdiácono canta en tono de *Epístola* una lección del Exodo en que habla de la llegada de los israelitas á Elim á los dos meses de su salida de Egipto. Había en Elim doce fuentes con abundantes aguas y 70 palmeras. Allí los fugitivos, librados de su esclavitud y recobrada milagrosamente su libertad é independencia, dieron á sus libertadores la primera muestra de ingratitud y rebeldía. Desde luego se ve la correlación íntima que esta narración tiene con la ingratitud que sus descendientes acreditaron en el Deicidio asesinando jurídicamente al Redentor del linaje humano.

El diácono canta en tono de Evangelio la narración de la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén, precedido de mucha gente que con ramos en la mano le vitoreaban, gritando *Hosanna* al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor. La bendición de ramos se hace en la forma litúrgica de rociarlos con agua bendita y sahumarlos con incienso. En la capilla Papal y las iglesias mayores suelen bendecir palmas en lugar de ramos de oliva, que es lo más usual y económico para repartir al pueblo.

Terminadas la bendición y reparto de ramos salen de la iglesia el pueblo y el clero procesionalmente con los ramos, precedidos del subdiácono con la Cruz. En Jerusalén solía hacerse esta escena conmemorativa de la entrada de Cristo en aquella ciudad muy al vivo. El guardián del convento franciscano subía con doce frailes al monte Olivete, y montado en una borriquilla, precedido y acompañado por el pueblo con ramos, entraba en la ciudad por la puerta misma por la que entró Jesús.

En algunas catedrales (la de Salamanca una de ellas) hay puerta especial, llamada «de Ramos», por donde ingresa la procesión. En otras solían colocarse en las torrecillas laterales dos sochantres con los niños de coro para hacer también al vivo lo que dice la antífona: *Pueri hebræorum*, durante el himno: *Gloria, laus et honor*.

Dícese que este bellísimo himno lo compuso nuestro compatriota Teodulfo, obispo de Orleans, el año 818, teniéndole preso en Angers Ludovico Pío, por sospechas de una conspiración. Al pasar el Emperador con la procesión por bajo de las rejas de la prisión, el sabio obispo entonó su himno con voz melancólica y cadenciosa, que impresionó á su favor el ánimo de aquel gran político. No todos lo creen, pero, *si non è vero è ben trovato*.

El subdiácono golpea tres veces en la puerta con el palo inferior de la Cruz: ábrese el templo y la procesión entra pausadamente en él. El cardenal Wissemann al describir esta escena altamente poética y calificarla de *altamente dramática*, vindica el uso de este adjetivo por no encontrar palabra más adecuada para expresarla. Recuerda, á propósito de ello el bellísimo aunque breve salmo: *Domini est terra*, ó la subida al monte santo, en que la comitiva grita: —¡Levantad el puente levadizo y el rastrillo, oh Príncipes, que va á entrar el Rey de la gloria! Y los Angeles contestan desde las almenas:—¿Y quién es *el Rey* de la gloria?

Antes del Evangelio salen tres cantores escogidos y en traje de diáconos, pero sin dalmática, pues en este día y en el de las Candelas y el Viernes santo no la usa el diácono, á fin de estar más expedito y desembarazado para lo que tiene que hacer.

Estos tres cantores son de diferente voz. El contralto en tono vivaz y movido narra los acontecimientos: el tenor en voz más pausada sostiene los diálogos, menos las palabras y respuestas de Jesús, las cuales en voz muy grave y pausada son dichas por un bajo escogido al efecto, cuya voz no sea bronca ni desapacible. En la Capilla Sixtina, y lo mismo en casi todas nuestras catedrales é iglesias mayores en que hay capilla de música, el coro canta con entonación especial las voces del pueblo y de las turbas tumultuadas contra el Salvador. La bellísima música de estos capítulos del Evangelio, llamados comunmente «la Pasión,» fué compuesta el año de 1585 por nuestro compatriota Luis Vitoria, natural de Avila. Presentado su trabajo al célebre Palestrina, maestro de la Capilla Pontificia, lo halló tan oportuno y acabado que no quiso retocarlo.

II

El Martes santo se reza, y en las iglesias mayores se canta, antes del Evangelio la Pasión según San Marcos. En este Evangelio contrasta el tono lúgubre con que se canta la irrisión de los soldados al decir irónicamente: —*¡Ave Rex judæorum!* — con el tono de rabia con que el populacho en tres notas rápidas y secas da preferencia á Barrabás, diciendo enérgicamente el coro *Ba-rá-bam.* En este de San Marcos canta en fabordón é inarmónicamente el *Crucifige*. El *tolle tolle*, *crucifige* del Evangelio de San Juan se cantaba, y aun suele cantar en algunas partes con tanta repetición y casi desentono, que llegó á quedar en proverbio (2). Mas en el *Ave Rex judæorum* la música con que canta el coro esta irrisión es tan grave y pausada que inspira tristeza. Quien no comprenda esta melancolía y la de los improperios el día de Viernes santo no sabe sentir.

El miércoles por la tarde se cantan lo mismo en la Capilla Sixtina que en las catedrales, iglesias mayores, parroquias que tienen suficiente clero y muchas comunidades religiosas, maitines solemnes, que suelen ser los más concurridos, pues los del Jueves y Viernes santo, aunque iguales, no son tan frecuentados por el pueblo que en ellos acostumbra tener otras distracciones.

Constan estos maitines solemnes de nueve salmos divididos en tres grupos ó nocturnos, pues los monjes y canónigos regulares tenían esta parte del oficio divino á media noche, y aun los rezan á esa hora muchas comunidades religiosas.

Al fin del primer nocturno de este día se cantan tres de las lamentaciones del profeta Jeremías sobre la ruina de Jerusalén, que son de gran ternura, y aludiendo al acontecimiento histórico que vino á castigar el Deicidio, tiene también otras místicas y alegóricas significaciones. A cada estrofa, ó endecha, pues son cláusulas de la poesía hebrea, precede una letra del alfabeto hebreo, á guisa de número: *Aleph* que es A, *Beth* que es la B.

¡Cómo yace sola y cómo desierta la ciudad tan poblada en otro tiempo (3)! No parece sino que están de luto los caminos, pues no viene ya por ellos á celebrar las fiestas..... ¡Jerusalén, Jerusalén, vuélvete á Dios tu Señor!

Como la palabra Jerusalén significa también la Iglesia y el alma del justo, es muy expresiva.

Las lecciones al fin del tercer nocturno son alusivas á la festividad de la institución del Sacramento de la Eucaristía, que celebra la Iglesia católica al día siguiente, y son comentarios de San Agustín sobre la epístola de San Pablo, alusiva á este asunto.

Terminados los maitines se cantan laudes y aquéllos y éstos se van apagando unas velas puestas en un candelabro triangular, llamado comunmente *tenebrario*, pues sólo se usa durante estos tres días, á los cuales generalmente se llama «las tinieblas» El *Miserere* final se canta con gran solemnidad y á oscuras, pues antes se apagan todas las luces menos una, que se deja detrás del altar mayor, y al final se mete algún ruido, aludiendo al terremoto que acaeció á la muerte de Jesús.

III

La festividad de Jueves santo no representa la Pasión de Jesús como cree el vulgo, sino la festividad de la institución del Sacramento de la Eucaristía, y su rito apenas se distingue del de los otros días. Por ese motivo los paramentos son blancos y la Epístola en la Misa la de San Pablo sobre los *agapes* ó convites fraternales de los primeros cristianos.

(1) La iglesia y hospital de San Lázaro, en París, estaba y está al otro lado del Sena y cuidaba de él una comunidad de canónigos agustinianos. El último Prior lo cedió á San Vicente de Paul, que allí vivió y murió, de donde vino el llamar *Lazaristas* á sus misioneros. En Salamanca había un hospital de *San Lázaro caballero* que era para los nobles é hidalgos. A este San Lázaro, hermano de Marta y María, suelen representar vestido de obispo, por haberlo sido, según la tradición. Al otro llamaban *Lázaro leproso*, por ser el enfermo de quien habló Jesucristo en contraposición al glotón que se desdeñaba de socorrerle. Pero no en todas las leproserías se hacía esta distinción de los dos Lázaros.

(2) Armar el *tole-tole*, se dice vulgarmente, en alusión á ese griterío.

(3) Asimismo comienza sus endechas el Rey sabio:
¡Oh! ¡cómo yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que fué!

Apuntes de José Echena para su cuadro LLEGADA AL CALVARIO, premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid en 1884



Los ritos ó ceremonias especiales de este día son: el silencio de campanas, consagración de los santos óleos, comunión general con reserva de una hostia, procesión al Monumento, despojo de altares y Mandato ó lavatorio. Los maitines por la tarde vienen á ser como en la víspera, sin más que la adición de una cláusula al final.

Al concluir el toque y cántico de *Gloria in excelsis*, se suspende todo toque de campanas, sustituyéndolo con otros aparatos de madera, según el uso de cada país. En la antigua disciplina duraba este silencio hasta el Domingo después de salir el sol.

La consagración de los óleos sólo tiene lugar en las catedrales ó donde celebra el obispo de pontifical Es acto de larga duración y aparato. Asisten al obispo doce presbíteros y varios diáconos que traen y llevan las grandes ánforas é ingredientes necesarios de aceite, aromas y demás para su mezcla. Los doce presbíteros, revestidos de casullas blancas, se sientan á derecha é izquierda del obispo en representación del antiguo presbiterio.

Repártense los óleos en seguida á los comisionados de los arciprestazgos, pues los han de tener los párrocos el Sábado santo para la bendición de la pila bautismal.

La Comunión general es también acto solemnísimo en las catedrales, donde además del cabildo, clero y ministros inferiores, suelen comulgar los seminaristas. En las iglesias mayores y parroquias suntuosas y bien organizadas suelen comulgar los individuos de la Sacramental, y debieran hacerlo en todas para cumplir los fines de su instituto. Los Reyes no dejaban de hacerlo antiguamente, y en muchos puntos las autoridades municipales y aun los mismos Virreyes

El claustro de Salamanca, que conserva sus antiguas tradiciones universitarias, comulga en la Real Capilla de San Jerónimo y le vale por cumplimiento Pascual.

El sacerdote reserva en un cáliz una hostia que guarda allí con patena, cubriéndola con una palia. En seguida se ordena la procesión para conducirla bajo palio al altar preparado para esta reserva, que lleva el nombre de *Monumento.*

En Roma el mismo Papa lleva el cáliz con la hostia desde la Sixtina á la Capilla Paulina, ambas dentro del Vaticano. Allí solamente se usa poner un gran dosel blanco, y escalonar delante de la urna cirios y flores, y esto ha recomendado la Congregación de Ritos recientemente La misma prohibió también algunos abusos que se cometían en el ornato de los monumentos, unos por ser poco serios y aun algo teatrales, y otros por ajenos á la mente de la Iglesia.

Después de rezar vísperas, el preste acompañado de diácono, subdiácono y otros ministros inferiores, sin casulla ni dalmáticas, viene al altar mayor y luego á los demás y los van desnudando de los lienzos, manteles y demás adornos movibles que los cubren ó adornan. En el Vaticano se conserva todavía la antigua disciplina de lavar los altares, que son de mármol, con agua y vino blanco, lo cual practican los canónigos mismos con esponjas y paños abundantes para secar la humedad. Como antiguamente no había culto durante el viernes por la tarde y todo el Sábado Santo, se aprovechaba esta ocasión para limpiar completamente la iglesia y quitar los velos ó cortinas de los altares, limpiar las lámparas, candeleros y demás utensilios del culto. Llámase el *Mandato* á la ceremonia de lavar los pies á doce pobres en conmemoración de lo que hizo Jesús del mismo modo con sus doce apóstoles en la noche de la Cena. La antífona con que principia la ceremonia empieza con las palabras: *Mandatum novum do vobis.* Este mandato es de mutuo amor, como expresa luego el canto: *Ut diligatis invicem*, y de humildad, cuyo ejemplo daba en aquel acto: *Exemplum dedi vobis.*

En la Capilla Sixtina lava el Papa los pies á trece sacerdotes de varios países de la Cristiandad.

En Madrid lava el Rey los pies á doce pobres, pero no en la Capilla sino en el salón de columnas, y en seguida les sirve, asistido de la alta servidumbre de palacio, una gran comida que se les permite llevar á su casa, con el traje completo y una cantidad en metálico que se les da. Las Reinas suelen hacer lo mismo con doce mujeres ancianas.

Desde que acaba el toque de campanas en las iglesias de Madrid no se permite que transiten por las calles coches ni carruajes, y en algunas capitales de provincia se hace lo mismo. Por la tarde, el Rey con toda la corte y la alta servidumbre, y toda la inferior, con trajes de gala, visita siete iglesias, y aun cuando el acto es puramente palatino, la asistencia de los ministros de la Corona y la formación de las tropas le da carácter oficial. Antiguamente practicaban también los Consejos y altos tribunales esta visita de los monumentos en corporación y con todos sus empleados, y aun la conservan en muchos puntos las autoridades superiores.

Como al desnudar y limpiar los altares se limpiaban también las grandes pilas marmóreas que contienen gran cantidad de agua bendita, secándola con esponjas, resultó suprimido el uso de ellas en algunas iglesias hasta que se volvían á llenar el Sábado Santo, pero ya está declarado que debe haberla y usarse.

La liturgia del Viernes Santo recuerda de un modo patético la adoración de la Cruz en la iglesia de Jerusalén, y en Roma en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén á donde concurría el Papa y se tenía la estación. Los ritos principales son el de la adoración de la Cruz con el canto de los llamados *Improperios*, y la Misa con algunas de las antiguas ceremonias. La Pasión que se canta en este día es la del Evangelio de San Juan, la más minuciosa y como de testigo presencial.

Después de varias oraciones por el Papa, clero, monarca y pueblo cristiano, con numerosas genuflexiones, se procede al descubrimiento y adoración de la Cruz. En Jerusalén se hallaba ésta guardada con gran esmero y cubierta de ricos y numerosos velos, que los diáconos iban levantando lentamente. La concurrencia de peregrinos era grande y aun lo es ahora al Santo Sepulcro, y de todos los ritos cristianos, teniendo los soldados turcos que sostener el orden. Hoy día el preste, en representación de aquel antiquísimo culto, toma un crucifijo, cubierto con un velo de tafetán morado: el diácono lo descubre un poco por la parte superior, luego el brazo derecho y acaba por descubrir el crucifijo por completo. Al terminar cada uno de estos actos, el preste alzando más la voz y también el crucifijo, dice de frente al pueblo: – Ved el leño de la Santa Cruz *(Ecce lignum Crucis)*... El clero y el pueblo se prosternan diciendo: – ¡Vamos á adorarlo! *(Venite, adoremus)* y en efecto lo hacen así todos pasando de dos en dos, pero sólo el clero y las corporaciones religiosas, y autoridades que asisten. En las iglesias mayores y de comunidades cenobíticas suelen poner un crucifijo en la capilla parroquial ú otra para que pase el pueblo á la adoracion.

Durante ésta, dos cantores entonan una invocación en griego y latín para significar el rito en las dos iglesias oriental y occidental, ó sea griega y latina, como había que hacerlo en Jerusalén.

El uno canta *Agios o Theos* y el otro lo dice en latín, *Sanctus Deus;* y así van alternando otras invocaciones, mezcladas con los *Improperios.* Son éstos unas quejas amorosas que la Iglesia pone en boca de Jesús Crucificado, echando en cara á los israelitas y alegóricamente á



AL PIE DE LA CRUZ, cuadro de H. Schen



LLEGADA AL CALVARIO cuadro de José Echena premiado en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1884



EL SANTO SEPULCRO, dibujo de Gustavo Doré

(Muestra de los grabados de la obra *Historia de las Cruzadas*, próxima á ser publicada por nuestra c.

todos los pecadores la ingratitud con que le pagaron, y los agravios con que le ofenden. - ¡Oh pueblo mío, qué te hice yo para que así me maltrataras! Yo te saqué de Egipto y tú me llevaste al Calvario. Yo planté en tu tierra rica viña y tú me diste vinagre en mi agonía. Yo abrí el mar para salvarte de la servidumbre y tú abriste mi costado con una lanza.

Estas tristes endechas y querellas las canta el coro en tono pausado, triste y con una canturia sencilla y semitonada que inspira melancolía, con acompañamiento solamente de un instrumento grave y nada estrepitoso, alternando con las invocaciones greco-latinas de los sochantres, que las expresan en castellano. Cuando se cantan bien, difícilmente contienen sus lágrimas las personas que las entienden y saben sentir.

Ordénase luego la procesión que va al monumento, trayendo de allí bajo palio la hostia consagrada que se depositó el día anterior. Al entonar el himno *Vexilla Regis prodeunt*, hay en algunas iglesias la costumbre de salir un sacerdote con algunos ministros inferiores y los mayordomos sacramentales llevando el guión parroquial, ó un gran estandarte con la cruz, y colocarse á la cabeza de la procesión, precediéndola.

Llegados al altar el preste continúa la Misa, con algunas ceremonias distintas de la ordinaria y entre ellas el levantar la hostia en alto con la mano derecha, al estilo de los clérigos mozárabes, para adorarla.

En la Capilla Real de Madrid al adorar el magnífico Lignum Crucis que al efecto se expone, acostumbra el Rey conceder indulto á alguno ó algunos reos de pena capital, con la fórmula de: - Yo los perdono para que Dios me perdone.

A las lúgubres ceremonias de los días anteriores suceden las alegres del Sábado Santo. Mas en los antiguos tiempos éstas no principiaban hasta la media noche; y como la iglesia estaba á oscuras, tenían necesidad de encender fuego y luces para entrar en ella, alumbrarla y fumigarla con el incienso. A esto alude la ceremonia de encender fuego con pedernal y eslabón á la puerta del templo.

El diácono entona la *Angélica* con voz vibrante y sonora como himno de triunfo, para lo cual se prefiere la voz de contralto, pues la composición es altisonante. ¡Oh feliz noche! exclama el diácono, pues en los antiguos tiempos de noche se cantaba. ¡Oh feliz culpa, repite con un célebre Santo Padre, pues que nos trajo tal Redentor!

Coloca en el Cirio Pascual cinco granos formados con incienso. Entre tanto se preparaba á los catecúmenos dándoles las últimas nociones del arcano para el bautismo que iban á recibir.

A esto alude la lectura de las profecías el día de Sábado Santo y la bendición de la pila bautismal en las parroquias.

En seguida el preste con su diácono y subdiácono se postran completamente al pie del altar mientras el coro invoca á toda la Corte celestial. Poco antes de concluir las letanías se dirigen á la sacristía, de donde salen con vestiduras blancas y de lujo.

Al *Gloria in excelsis* córrense los velos de los altares, suenan las campanas, vuelve el regocijo á los ánimos contristados, entónase el *Alleluya*, como exclamación de regocijo, y después de la Comunión el cántico de la Virgen, á la cual se invoca por la tarde con otra exclamación de júbilo: — Alégrate, Reina celestial, pues que ya resucitó tu Hijo.

¡Regina cœli lætare!

Con esto concluye regocijadamente el tiempo de la penitencia y contrición, recordando la Resurrección de Jesús y aludiendo á la que esperan los justos en la suya.

VICENTE DE LA FUENTE

LA MONJA BLANCA

(Fantasía de Miércoles de Ceniza)

[illegible]

I

No os devanéis los sesos en averiguar dónde, cómo ó cuándo aconteció el suceso que voy á referiros, porque tengo el firme propósito de no revelároslo. Os confesaré sólo que, por aquel tiempo, me hallaba yo en una ciudad populosa, tenía mi habitación frente á un convento de Mercenarias Descalzas, en cuya portería solía detenerme más de lo necesario para contemplar los primorosos azulejos de que el patio contiguo estaba adornado, - y hacía vida común, vamos al decir, - con dos estudiantes de Derecho, que siempre tenían torcidas las mesadas y las intenciones.

Dispuestos los tres á todo género de divertimientos, no nos quedó nada por explotar durante los diez y ocho meses que estuvimos bajo el mismo techo. Conocimos todas las gradaciones del alcohol y del ajenjo, empeñamos hasta los presentes de nuestras novias y aburrimos á cuantos nos rodeaban, incluso á las castas devotas que llamaba á sí, un milagroso Crucifijo de talla, de cuerpo entero, que se hallaba colocado en la ya referida portería de las Mercenarias, bajo un dosel de terciopelo rojo con largos flecos, y de modo que pudieran besar sus pies, atravesados por flordelisado clavo de plata, los que le dedicaban lágrimas, limosnas y oraciones.

El martes de Carnaval, del año que dejo de propósito en el tintero, oíamos desde mi balcón, con desiguales intervalos, las músicas de las mil comparsas callejeras y el canto monótono de las monjas nuestras vecinas, no faltando ocasión en que los ecos postreros de unos y otros sonidos se confundían de manera autonómica é inconveniente. Las madres campaneras que se asomaban por las celosías de la espadaña, con sus caritas color de rosa y sus hábitos blancos, parecían hacer *pendant* á los grupos de capuchones y dominós que se deslizaban por la acera, siendo parte para que nuestras imaginaciones meridionales hicieran impíos truecatintas, la luz crepuscular que envolvía unas y otras apariciones en delicadas penumbras.

Confieso, para descargo de nuestras conciencias y para que jamás pueda tildársenos de haber faltado al respeto debido á esas santas vírgenes del Señor que ven pasar sus días en la oración y en la continencia, que nuestros cotejos y observaciones eran puramente pictóricos, de perspectiva, de apariencia. Las madres Descalzas se nos ofrecían en la torre, elevadas, junto al azul del cielo, y los capuchones blancos, rastreando, en el suelo, por las aceras. Entre éstos y aquéllas no era posible establecer más paralelos que los que permite un pedazo de tela blanca movida por la misma racha de viento, ó un perfil borroso que la luz crepuscular alarga, desfigura ó desvanece.

Bajo la impresión de tales antinomias salimos á la calle cuando la noche cerraba, se encendían los faroles del gas y las lamparillas del Cristo de las Descalzas, y crecía el

hervir vividor de las máscaras y de las murgas por calles y plazuelas.

La locura es contagiosa; pasadas algunas horas estábamos decididos á echar la noche á perros, como suele decirse, visitando los bailes de *la muy noble y muy leal Ciudad* en que nos hallábamos, y con especialidad el del Gran Teatro, donde suponíamos, con razón, que había de afluir la *crème* de las *demi-mondaines*, ó lo que es lo mismo, la espuma del mar del entretenimiento.

Mis compañeros decidieron disfrazarse, no tan sólo por evitar encuentros fatales, sino también por no hacer perder la seriedad á alguno de sus catedráticos que solía permitirse el lujo de echar una ó más canas al aire, en estos días clásicos del champagne y de la careta; yo, poco conocido en aquel centro y sin la travesura propia para servir de *Pierrot* ó de *Mefistófeles*, decidíme á llevar la careta de todos los días; es decir, me zambullí en mi frac y en mi abrigo, teniendo cuidado de vestir un buen *coselete* de lana bajo la presuntuosa pechera.

A las doce penetrábamos en el salón del Gran Teatro y nos confundíamos en un verdadero océano de cuerpos pecadores y de cabezas calientes. El director de orquesta, como atildado Lucifer del tumultuoso aquelarre, levantaba en aquel punto el cetro ó la batuta, y toda aquella multitud, dócil y obediente como una colección de *marionettes* atadas á un hilo eléctrico, seguía los tiránicos compases de una voluptuosa y callejera polka mazurka.

Pronto un choque imprevisto de celestinas, brujas y diablos encarnados, apartáronme tanto de mis amigos, que no logré verlos en algún tiempo. Lo que había acontecido era después de todo muy natural: vestían de Faustos y habían cargado con ellos, apenas los divisaron, aquellos espíritus infernales.

Yo me resistí á la tentación, recitando por lo bajo la oración favorita de San Antonio, y seguí estudiando friamente aquel pandemonium, en el cual los deseos, las voluptuosidades, las locuras y los apetitos carnales, haciéndose visibles con distintas fases y bajo múltiples vestiduras, contribuían á entorpecer la conciencia, á atrofiar el sentimiento y á levantar las impurezas del fondo del abismo.



ADORACIÓN DE LA VERACRUZ POR LOS CRUZADOS, dibujo de Gustavo Doré

(Muestra de los grabados de la obra *Historia de las Cruzadas*, próxima á ser publicada por nuestra casa editorial)

¡Cuántas cosas vi que me repugnaron más que las cariátides desnudas y sonrientes que soportaban las andanadas de lujosas localidades! ¡Cuántos grupos más desenvueltos y procaces que los de las bacantes borrachas que se perdían entre las nubes pintadas del plafón! Las notas de la orquesta parecían el acicate aplicado al ijar de aquellas parejas libidinosas; las perfumadas olas de nardo y agua de Kenzalik, hacían flotar aquellos senos y aquellos hombros en un lago caliente y pesado. Había cabezas tan juntas que se confundían los perfiles, y brazos tan enlazados que parecían sierpes juguetonas adornadas á trechos con dijes de hembra. Al mirar á la alfombra siempre se distinguían cuatro pies en el mismo círculo; al abarcar las lontananzas tropezábase siempre con Paolos y Francescas, arrastrados en alas de huracanes satánicos.

Cuando más embebido me hallaba en estas contemplaciones, una voz juvenil, á juzgar por el timbre, deslizó en mi oído estas palabras:

– ¡Hola, vecino! ¿os divertís mucho?...

Volvíme, agradablemente sorprendido por aquel acento suave y argentino, que contrastaba de extraño modo con los gritos descompuestos y las voces chillonas que alrededor sonaban, y subió de punto mi admiración al ver en mi presencia una mujer con dominó de blanca estameña, irresoluta, un si es no es turbada y como con vivos deseos de que fuera yo su timón en aquel golfo de locuras y placeres.

No dudé un momento; contesté con la primera vulgaridad que me ocurrió su cándida pregunta y ofreciéndole mi brazo, que ella tomó con cierto arranque nervioso, nos abrimos paso entre la multitud, cuando rompían filas las parejas después de haber apurado los últimos compases de una *redowa*.

Al primer paseo noté que no me las había con ninguna *demi-mondaine*, porque sus palabras tenían cierto sello de atrevida ignorancia que no se compaginaba bien con la ciencia del mal en que tales mujeres están por demás iniciadas. Para saber, – metafóricamente hablando, – *los puntos que calzaba* la conduje al restaurant y le ofrecí una copa de Málaga. Mi curiosidad no pudo satisfacerse por esta vez; la mujer que bebe y se cubre el rostro, bien puede ser Lucrecia, Julia ó Mesalina.

Volvimos al salón, y como nos convidaba una diabólica polka de Suppé con sus incitadores acentos, nos lanzamos como torbellinos entre aquellas parejas unidas y jadeantes: también esta vez me llevé el solemne chasco; mi pareja no sabía bailar, aunque llevaba el compás con gran precisión y se abandonaba como las demás entre mis brazos.

Cuando expiró la última nota nos detuvimos cansados y sudorientos, sentándonos en un escaño lejano: yo me sentía orgulloso de mi conquista. – ¿Os ha gustado el baile? – le dije, como para recordarle las varias peripecias de que estaba salpicado tan peligroso divertimiento.

(Continuará)

LA CORONA RADIATA Y LA CORONA DE ESPINAS

(artículo tomado de la revista inglesa *The Art Journal*)

Cuando los emperadores romanos se arrogaron la divinidad, adoptaron el símbolo oriental de la corona de rayos que figuraba en sus monedas, y que servía también para adornar las cabezas de sus imágenes en los templos. Los gobernadores y magistrados romanos siguieron el ejemplo, y así es que en el arte primitivo vemos siempre á Herodes representado con este símbolo. Según parece, cuando el Tetrarca de Galilea se burló de las palabras de Jesucristo, dió orden de conducirle á presencia de Pilatos, pero disfrazándole antes con el traje y las insignias reales; y los soldados romanos, para manifestar su desprecio al rey del pueblo, parodiaron los honores que era costumbre hacer al gobernador, complaciéndose luego en escarnecer, golpear y escupir á su prisionero. Por cetro, pusiéronle en la mano una caña, y en vez de la corona romana de rayos, circuída de la guirnalda de hiedra, tejieron una de espinas y ciñeron con ella su cabeza. Las verdes hojas del *Spina Christi* se asemejan bastante á las de la hiedra, así como las punzantes espinas pueden representar los rayos.

Esta idea fué sugerida por un cuadro de Baltasar Peruzzi, que se halla sobre el segundo altar de la iglesia de Fonte Giusta, en Siena; el asunto es la Sibila anunciando al emperador Augusto el nacimiento de Jesucristo; y aquí la corona de rayos con la guirnalda de los Césares ofrece una semejanza más que accidental con la de espinas.

El obispo Pearce observa que la Escritura no arroja la menor luz acerca de la planta de que se sirvieron los soldados romanos para su impío propósito; pero entre las numerosas especies de espinos de Judea, una de ellas ha



BUSTO DE AUGUSTO, por Baltasar Peruzzi

recibido el nombre de *Spina Christi;* tiene las espinas muy agudas; y en la estación del año en que se perpetró aquel acto inicuo, adquieren considerable longitud; las ramas son blandas y flexibles, y por lo tanto se pueden retorcer, reduciéndolas al tamaño de la cabeza humana. Los monjes de Jerusalén enseñan, ó enseñaban últimamente, un añoso espino situado cerca de la ciudad santa, y dicen que de él se cortó la rama con que se formó la Corona. Esta se dispuso de tal manera que, colocada en



CORONA RADIATA

la cabeza, las espinas apuntaban hacia arriba, asemejándose así en cierto modo á los rayos de la corona con que los reyes de Oriente tenían por costumbre adornarse. Hasselquist, viajero sueco, se inclina á creer que la planta espinosa elegida era de la especie *Nabca Paliurus Athenai* (el *Nabk* de los árabes), porque sus hojas se parecen mucho á las de la hiedra, siendo tambien de color verde oscuro y brillante. «Tal vez los enemigos de Cristo, añade el viajero, quisieron elegir una planta semejante á la que usaban los emperadores y generales en su coronación, á fin de que hubiese una calumnia hasta en el castigo.» Algunos escritores, tales como el obispo Pearce, Kenrick, Cappe y Belsham, van más lejos, é indican que nada en la Escritura nos autoriza para decir que esta corona se empleó con el propósito de inferir un tormento. La primitiva palabra usada significa punta y flor (*ac*, punta, *anth*, flor), y aplicábase indistintamente á cualquiera flor espinosa, ó planta que tuviese espinas ó pinchos. El dolor físico estaba representado allí, pero sólo como la imagen de un padecimiento moral más profundo. «Tertuliano, dice el obispo Pearce, fué el primer cristiano primitivo que hizo mención de esa corona, citándola como ejemplo de la crueldad con que se trató al Salvador, y vivió ciento setenta años después de Jesucristo.» En la escena de la coronación con espinas, los antiguos escritores que hemos apuntado hallan un doble sentido de ilimitada significancia, pues convierten los insultantes atributos de una majestad burlesca en las insignias de la más alta soberanía espiritual. Dicen que aquella corona real puesta en són de befa y escarnio en la cabeza de Jesús, representa las espinas y zarzas sembradas en la tierra por el primer Adán, y entonces clavadas para siempre en la sagrada cabeza del segundo, pensamiento que San Ambrosio amplía, diciendo que las espinas son los pecadores del mundo, que se ostentan como un trofeo triunfalmente clavado en la frente de su Redentor.

Sin embargo, los primeros pintores cristianos han facilitado un detalle mucho más claro y verdadero, pues en los primitivos trabajos artísticos en que figura esa corona, hállase mucho mejor indicada su significación.

La primera representación de Jesucristo así coronado se encuentra en una cámara pintada de la catacumba de Pretextato, en la Vía Apia, abierta accidentalmente en 1848, y que puede datar de principios ó mediados del siglo segundo. Durante las excavaciones, practicadas bajo la dirección de M. Rossi por la Comisión de Arqueología Sagrada, descubrióse la cripta de San Januario, que murió en el A. D. 162; y después otra, que en concepto de M. Rossi debió ser la sepultura de San Quirino, muerto hacia el A. D. 130.

Cerca de la tumba de Quirino hállase la cámara pintada de que hemos hablado, y uno de los tres asuntos que representa es una ilustración de las palabras: «Golpearon su cabeza con una caña.» Como la manera de tratar este asunto difiere en un todo de lo que estamos acostumbrados á ver en las escuelas modernas del arte, alemana é italiana, no nos extraña que algunos le equivocasen con el bautismo de Jesucristo; pero la corona que se proyecta de la cabeza á manera de rayos desvanece desde luego todas las dudas en cuanto á la verdadera naturaleza del asunto. En la pintura primitiva que representa la flagelación se ve la corona de rayos, parodiando estos los del Dios-Sol. Semejante teoría respecto á la verdadera significación de la pintura no explicada hasta aquí, confírmase al parecer por la misma actitud de nuestro Señor, que absorto y concentrado en sí mismo, tiene el aspecto de un hombre profundamente afectado, poseído de una angustia más bien moral que física.

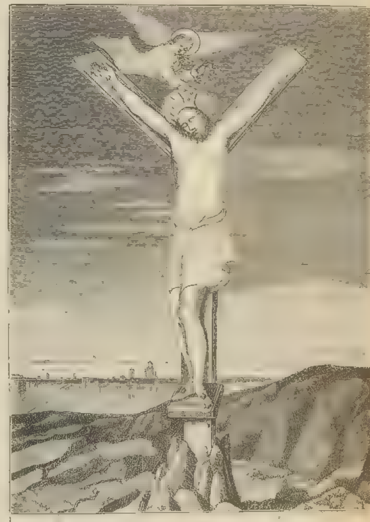
Se puede ver esculpido el mismo asunto en las puertas de bronce de Benevento, en territorio napolitano, representándose á nuestro Señor en noble actitud, sin la menor indicación de corona en la cabeza, y con una especie de báculo ó cayado corto en la mano. Ciampini, que grabó una reproducción, cree que esa obra data de fines del siglo XI ó de principios del siguiente. En una miniatura del año 1310 se ve á nuestro Señor sólo con cetro, y sin corona de espinas durante la flagelación. Hasta el siglo XV no encontramos representada esa escena teniendo Jesucristo ceñida la corona de espinas; y en otros trabajos de la más primitiva ejecución, en los cuales se figuran varias escenas de la vida de nuestro Salvador, de tal modo que no se puede dudar del padecimiento físico ocasionado y sufrido heroicamente, como por ejemplo el desmayo bajo el peso de la cruz y la crucifixión, se ha omitido la corona de espinas. Por esto nos inclinaríamos á deducir que no se la comprendió entre los instrumentos de tortura, y que la dejarían á un lado con la caña y el vestido, es decir, con las otras insignias burlescas de la majestad. En una crucifixión trabajada en marfil el año 800, Jesucristo no tiene corona; mientras que en las primitivas obras de arte irlandesas represéntasele con una puntiaguda. En la catacumba del papa Julio se encontró en el año 1000, otra crucifixión en que el Salvador figuraba sin corona, entre el sol y la luna; en tres iluminaciones y miniaturas de la Ascensión de la Cruz, ejecutadas en los siglos XII y XIII, tampoco la tiene; y lo mismo se observa en varias pinturas que nos dan á conocer la escena, debidas á Duccio A. D. 1282; Tadeo Gaddi, 1300; Pietro Cavallini, 1279, y Angélico 1367. Hasta en los siglos XV y XVI hállanse ejemplos en que Garofalo, Rafael y Miguel Angel representan á Jesucristo crucificado sin la corona de espinas. «De todos modos, dice M. Jameson, los artistas italianos, con su acostumbrado refinamiento, figuraron generalmente una guirnalda de espinas, tal como se podía obtener de la naturaleza, con ramas ligeras y flexibles; mientras que del norte de los Alpes, y yo pienso que de la escuela alemana, tomamos una falsa imagen, un objeto imposible de estructura inverosímil, una corona de ramas rígidas, llenas de nudos, y con espinas descomunales, á las que ninguna mano humana hubiera podido dar la forma que presentan.» Este es un ejemplo de cómo algunos hombres, sin consideración alguna, y sin cuidarse de la exactitud de los detalles, pueden falsear la más hermosa verdad, representada por todo noble simbolismo. ¿No se ha destruído con semejante exageración toda semejanza con la corona radiada del Dios de Luz?

El más notable ejemplo que hemos visto de esa asociación de la corona de espinas con la de rayos le hallamos en un grabado, copia de un fresco que por desgracia se restauró, y que adorna una de las paredes de la pequeña capilla de San Silvestre, á la entrada de la iglesia de



SPINA CHRISTI

los *Quattro Coronati* en Roma. En esta pintura se ve un ángel que retira de la frente del Salvador la corona de espinas y pone en su lugar el símbolo del Dios de Luz, el emblema de la transfiguración. Al pie de la pintura hay un pequeño entrepaño en cuyo centro se representan dos mujeres arrodilladas, en actitud de súplica, con la inscripción; «A. D. MCCXLVIII *hoc opus divitia fieri fecit.*» Nuestras observaciones deben referirse desde luego á la manera de tratar y de representarnos el «Ecce Homo.» Este asunto no se encuentra, por supuesto, en la «Guía de la Pintura» bizantina, descubierta por Didron en el monasterio del Monte Athos; esa imagen del «Ecce Homo» pertenece al arte más moderno de la Edad media. Después del siglo XV, la Iglesia Romana, deseando avivar una llama moribunda, pidió una imagen que pudiera excitar al hombre, despertando su emoción apasionada;



JESUCRISTO CRUCIFICADO
copia de una pintura al fresco existente en la iglesia de los Quattro Coronati de Roma

pero debióse tener en cuenta que sólo cuando la fe se debilita puede necesitar el estímulo producido por la sensación; y bueno será que el arte cristiano se preserve en lo futuro de las falsas influencias del de la Edad media. Nos inclinamos á creer que toda apreciación errónea respecto á la crisis en la pasión del Salvador se debe á las falsas representaciones del asunto, que han dado lugar á errores por no haberse interpretado bien la verdadera significación de la corona de espinas. Y si hacemos un esfuerzo para representarnos mentalmente el rostro del Mesías en aquella hora suprema ¡cuánto diferirá la imagen de las que nos da el arte de la Edad media!

No es necesario salir de nuestro Museo Nacional para explicar con hechos lo que dejamos apuntado. Allí hay cinco lienzos en que se trata el asunto, uno de Giovanni Mattei, de Siena (1462); los otros cuatro de Lo Spagna, Rogier Vander Weide, Corregio y Guido Reni; y basta una mirada para reconocer la diferencia que existe entre ellos y los que se han hecho después

En la primera pintura se representa al Salvador de medio cuerpo; tiene cruzadas sobre el pecho sus manos enflaquecidas; y algunas líneas de sangre, corriéndose por la frente, forman en el centro de la misma como una estrella roja. El conjunto es duro y severo, pero produce una impresión profunda. En las obras más modernas es difícil reconocer en la cara de Jesucristo nada que indique la verdadera causa de su angustia, expresándose sólo el padecimiento físico de la manera más vulgar. Sin embargo, no se observa lo mismo en la concienzuda obra de Lo Spagna (1430): en los ojos medio cerrados del Redentor adivínase que el corazón es el que está herido; y en la impasibilidad del rostro se ve algo más profundo que el dolor físico.

Con esto daremos por terminadas nuestras observaciones, no sin abrigar la esperanza de que el resultado de este estudio de los orígenes del Arte, en cuanto se relacionan con los de la Religión, nos inducirá á buscar nuevos tipos en lo futuro, tipos en armonía con la ley del desarrollo gradual que toda verdadera religión sigue, y que correspondan al progreso de la inteligencia humana; tipos que estén conformes con esos principios que en el arte griego regían, y en los cuales se debe buscar la abstracción en la imagen, no menos que en el artista, siendo siempre la tranquila calma el estado más propio para representar la belleza. El Arte futuro no nos representará en el «Ecce Homo» una imagen sangrienta y contraída, sino una que exprese más noblemente el sufrimiento, demostrándonos que al ceñir con la corona de rayos la sagrada cabeza, los soldados se burlaron del antiguo símbolo de la divinidad y de la soberanía espiritual, legado desde las más remotas edades, y que hicieron su sacrílega parodia en la única cabeza que tenía derecho para heredarle. – MARGARET STOKES

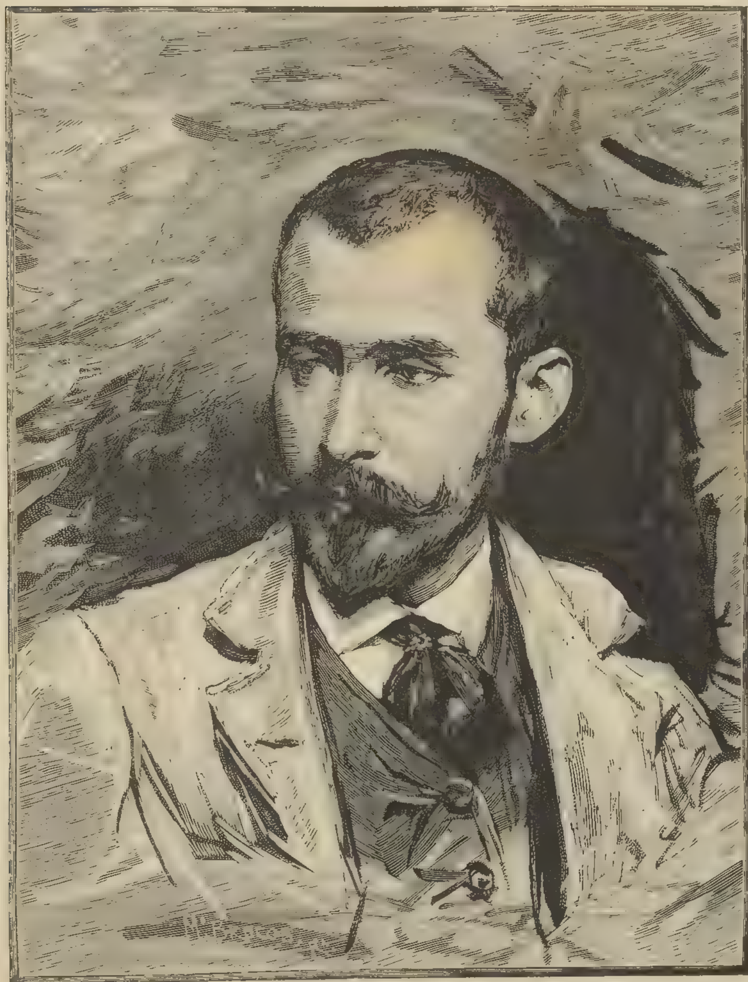
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 26 DE ABRIL DE 1886 — NUM. 226

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUESTROS PINTORES



JOSÉ BENLLIURE,

autor del notable cuadro: LA VISIÓN DEL COLOSEO

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA VISIÓN DEL COLOSEO, fragmento del gran cuadro de Benlliure

Aun cuando en el artículo del señor Fernández Merino que insertamos á continuación se hace un acertado juicio crítico de este admirable cuadro, creemos oportuno reproducir, para que se comprenda mejor toda su importancia artística, algunos párrafos de un escrito que el señor marqués de Molins le ha dedicado. Dicen así:

«La escena que pinta Benlliure acontece en el Coloseo, pero no en las oscuras profundidades en que fué sembrado el grano de la fe y que Luna ha iluminado con su vigoroso pincel, sino al aire libre, en todo el esplendor y grandeza del colosal edificio. No aparece éste resguardado de los rayos del sol, por el velo de púrpura, ni ocupa su tribuna el César, ni se apiñan en sus gradas los orgullosos quirites, los lisonjeros senadores, las cortesanas impúdicas y las vestales árbitras de la vida y la muerte, no; sus gigantescas masas están desiertas y como destrozadas. Destrozadas, sí, tanto como estuvieron los cuerpos de los mártires. Los bárbaros del Norte vinieron como leones á despedazar al gigante, y aquellas bravas generaciones y las que siguieron en pos de ellas arrancaron sus piedras para construir sus fortalezas, sus palacios, sus altares, sus templos. Todavía, sin embargo, se ven en parte alzadas, unas sobre otras, sus bellas galerías y sus espaciosas gradas, y el pincel les ha dado la magia de que su soledad y abandono les ha privado.

»Allá abajo la luna ilumina con pálido y melancólico resplandor la arena no ensangrentada ya, en la cual el Via-Crucis y los devotos grupos sustituyen á los furiosos luchadores y á los santos mártires. No están éstos ausentes, sin embargo, no, que aparecen suspensos en medio del espacio, y en el aire se elevan sus gloriosos cuerpos, como se eleva sin esfuerzo el espíritu á la contemplación inefable de Dios. Un monje, un eremita, acaudilla aquellas legiones de bienaventurados y empuñando en su diestra una tosca cruz de fulgurante y sobrenatural resplandor, parece que á todos los llama, los guía, los alienta, y sobre todo, los ilumina.

»¿Quién es este anacoreta? El mártir San Telémaco.

»Cuando el pueblo romano celebraba, á principios de 404, el sexto consulado del emperador Honorio, y cuando con tan fausto motivo muchos combatientes habían ya regado con su sangre la arena, salta de repente en medio de aquellos furiosos un monje, se interpone entre los combatientes, les intima la paz y desvía las espadas.

»Las gradas, las tribunas se alborotan, lo colman de imprecaciones, arrancan piedras de sus asientos y las lanzan certeras contra el apóstol de paz. Aciértanle algunas y le derriban al suelo, rematándolo con sus espadas los mismos combatientes á quienes había tratado de apaciguar.

»San Telémaco, pues, que no por violencia de tirano alguno, sino por propia voluntad; no por confesar su fe, sino por poner en práctica su caridad, cayó inmolado en la misma arena que tantos mártires, y medianero entre éstos y los penitentes, bien puede convocarlos.

»Ahí veo en larguísima fila como de blancas palomas á las vestales del cristianismo, que guardan inextinguible en su pecho el fuego del amor divino. Junto á ellas los tiernezuelos niños derramando flores, que son, como ellos, producto y gala de la primavera y esparcen el suave aroma de celestial inocencia. Allí los anacoretas que se condenan á perpetua pobreza y á hambre y sed inextinguibles. Allí los penitentes que destrozan sus desnudas carnes con fieros azotes; llevando unos y otros en las manos sendas antorchas cuya viva y rojiza llama contrasta con la pálida luz de la luna y con el milagroso resplandor de la Cruz.»

DULCES RECUERDOS, cuadro de C. Czachorski

La única figura de este cuadro es elegante y expresiva: su actitud es natural, su dibujo correcto. El todo de la composición tiene un tono poético, como que toda ella trasciende á juventud, belleza y amor.

DESDE ROMA

JOSÉ BENLLIURE Y SUS OBRAS

Han ilustrado á Valencia tantas notabilidades de todos géneros, que bien puede estar orgullosa la ciudad de encantadora vega fecundada por el Turia. Hasta parece que por ello la naturaleza la obsequió abundantemente con flores, y tantas le dió, que con razón se llama el jardín de España á la patria de Juan de Juanes y Ribera.

Es orgullosa la ciudad aquella, y como si quisiera atesorar todos los encantos, dejando atrás la vega, se aproxima á la costa: el Grao es un eslabón que enlaza las bellezas del mar, inmenso espejo de los cielos, con las hermosuras de una vega en que Dios vertió primores. En aquel modesto caserío, que poco á poco va formando ciudad nueva, en el seno de una familia honrada cuanto modesta, que andando el tiempo había de llegar á ser familia renombrada de artistas, nació el que presentamos hoy; uno de los grandes pintores con que puede enorgullecerse España. No sabemos qué existe entre el talento y la fortuna, pero es cierto que casi siempre parecen estar reñidas: si no fuera por temor de cansar, repetiríamos lo que tantas veces ha sido curiosa gacetilla de periódicos, esto es, la larga lista de hombres celebérrimos que más de una vez fué tanta su desgracia que se vieron amenazados de morirse de hambre.

Los rigores de la suerte no han sido tan duros con nuestro artista, mas le debe parecer cruel pesadilla recordar las muchas vicisitudes de su vida. Discípulo de su padre, á quien debe los primeros conocimientos en el arte, tomó de él las primeras lecciones de dibujo; junto á él sintió sin duda nacer la vocación tan fuerte que le lleva á crear y ejecutar de la manera que él sabe hacerlo. Desgraciadamente no siempre al par que el lápiz pudo manejar los pinceles; alguna vez tuvo que hacerlo compatible con las brochas del taller en que durante dos años fué aprendiz: las necesidades de la vida llevan á duros extremos y en verdad que pocos lo serán tanto como tener que matar la inspiración y las más acariciadas ilusiones para salvar la miserable materia, que tan prosaicas imposiciones nos hace sufrir. José Benlliure no tuvo en sus principios cuanto anhelaba; su imaginación y su alma hostigada por un sentimiento exuberante nacido con él, se vieron cohibidas de cruel manera.

Después de aquellos primeros días, bien aciagos por cierto, Benlliure tuvo la suerte de ingresar en el estudio de Francisco Domingo: tenía entonces trece años, y á partir de aquel tiempo es cuando verdaderamente se puede decir que comienza su carrera; como artista había de empezar también para él la serie no interrumpida de desengaños. Teniendo que ser forzosamente hombre antes de tiempo, su corazón de niño experimentaría el dolor multiplicado, pues con la muerte de la ilusión sobrevenía casi siempre el fallo de la esperanza. Consiguiendo progresar rápidamente, pronto estuvo en disposición de hacer retratos, y tal vez recordar incidentes de aquella época, sea causa de la antipatía que conserva á este género de trabajos.

El capitán del puerto de Valencia pensó un día que nada más natural que perpetuar el recuerdo de la señora que lo asistía; para ello pocas cosas tan á propósito como trasladar al lienzo la figura de su compañera. Acordado así buscó pintor resultando elegido Pepe Benlliure: ¡ojalá que no lo fuera! Aquella mujer que nada tenía de bello púsose horrible el día en que comenzó el artista su tarea; creyendo que con carmín y blanco podría remediar sus faltas, acudió al colorete y á los polvos de arroz y procuró cubrir los muchos defectos de aquel rostro, aumentándolos como es consiguiente. Afortunado el artista, consiguió á fuerza de aplicación y paciencia dar cima á la ardua empresa, y el retrato discutido primero y alabado después, llegó al extremo del pago. Podían no dolerle prendas á aquel capitán de puerto, mas seguramente le dolía el dinero, y una obra hecha para su delectación, en que podía recrearse toda la vida, creyó que estaba pagada con cinco pesetas, que entregó al joven Benlliure. La favorecida beldad no quiso quedarse en zaga, y pareciéndole escasa la retribución, pero deseando estar siempre en armonía con los actos de su jefe, añadió un real, pensando que así quedaba colmada la medida.

Nuestros lectores juzgarán los efectos de tan cruel desengaño; lágrimas, lamentos y protestas; mas ni aun aquello que lastima se puede dejar cuando la necesidad impone, y por duro que le fuera, debió seguir haciendo retratos: la madre del boticario del pueblo fué causa de su segunda desilusión. Hizo el retrato de aquella señora, y el hijo, que al par de drogas quería entender de colores, aquel farmacéutico que de los ungüentos sacaba sólo dinero, quiso sacar fama de la pintura aun mintiendo cínicamente, y casi enternecido, para que la ilusión fuera completa, decía haber retratado á la que lo llevó en sus entrañas; y no faltando quien lo creyera, Benlliure resultaba sin gloria y sin dinero. Si mal pagaban los facultativos, no fueron los artesanos tampoco los que alimentaron en él la esperanza de que haciendo retratos podría ganarse la vida. Retrató al sastre y tuvo que cobrar en especie: hízole un traje, pero tan mezquino y raído, que una vez puesto, hacía el efecto de camisa de fuerza y lo dejaba sin movimientos; el carpintero le pagó con bastidores, y algunas personas más rumbosas llegaron á darle hasta cinco duros por tener al óleo un retrato en que pasar á la posteridad.

A pesar de todo Benlliure, artista de corazón, no se desanimaba; seguía adelante trabajando con fe y constancia, estudiaba sin cesar, y al mismo tiempo para atender á las necesidades de la vida, vendía cuadritos á veinticinco pesetas é ilustraba dramones imposibles ó bailes de espectáculo pintando los carteles que sirven para llamar la atención del vulgo motejado por Lope de Vega. ¡Qué diferencia de tiempos! Entonces ilustraba composiciones dramáticas que de literarias tenían sólo la parte material, hoy en extenso lienzo se prepara á ilustrar uno de los más interesantes episodios de la epopeya cristiana. Entonces el abuso que siempre se hace de la necesidad, le obligaba á ingrata tarea que no produciéndole ni aun lo indispensable, cohibía sus facultades artísticas; hoy abarcando el infinito, creando lo sorprendente que revela al genio, y todo merced á su trabajo y constancia, á su honradez y talento, pues José Benlliure no tuvo más padrinos que sus buenas cualidades ni más pensiones que los sabrosos frutos de los trabajos que ejecutó á conciencia.

Cuando á los diez y ocho años de edad llegó á Madrid, podía ser considerado como un verdadero pintor; entonces se advertía ya de una manera evidente lo mucho que prometía y hubo un momento en que pareció iniciarse para él la necesaria protección. Los diputados valencianos lo presentaron al caballeroso monarca de la casa de Saboya que entonces ocupaba el trono de España. Su augusta esposa, que siendo tan digna de mejor suerte tuvo allí más dolores que alegrías, pensó en favorecer al artista después que hubo hecho el retrato de sus hijos, pero parecía estar escrito que Benlliure no había de deber nada á nadie, y cambios de la política, menos estable en nuestro país que en ninguno, desvanecieron toda esperanza, y sus ventajas palaciegas quedaron reducidas á 500 pesetas que la Intendencia Real mandó al padre del novel artista.

No fué más afortunado en las oposiciones que para cubrir las plazas de pensionados en Roma celebró la Diputación provincial de Valencia en 1872. Obtuvo sólo lugar en la terna y le dieron como accésit 3,000 reales y 3,000 más en pago del cuadro que había presentado (1): el beneficio no alcanzó á más y aquel dinero le sirvió para hacer su primer viaje á París, viaje de estudio, no de placer, en el que escuchó ventajosas proposiciones de Coupil, en el que conoció á Gerome y el que aprovechó cumplidamente para estudiar los tesoros de arte que posee la capital de Francia. Temiendo al frío y dudando de su salud, nada fuerte por entonces, volvió á Madrid, y poco á poco sus producciones fueron subiendo de precio, pues en gradación constante, probaba cada una las admirables facultades de que está dotado el artista á quien presentamos.

Desde hacía mucho tiempo Roma era su objetivo: su temperamento artístico y sus estudios le tenían convencido de que aquella era la tierra en que cuando no se aprende se perfecciona, y no bien hubo vendido al gobierno el cuadro que le premiaron en la exposición (2), partió para la Ciudad Eterna, acometiendo desde luego la pintura de su cuadro *¡Tierra!* episodio el más sentido de la vida de aquel tan ilustre cuanto desgraciado genovés que dió á España un mundo para joya de su corona. Los recursos no son eternos y 3,000 pesetas se acaban pronto: Benlliure dejó su comenzada obra y pintó para vender, teniendo la fortuna de que al poco tiempo sus trabajos revelaran en Londres todo su valer, y que allí donde tanto abundan los buenos aficionados, se apreciara debidamente su talento. Una bellísima fantasía que llamó extraordinariamente la atención y que alcanzó subido precio (3), despertó la codicia de Conaghi, el experto negociante inglés que la había adquirido, por lo que vino á Roma para contratar con el artista cien cuadros de género que debía pintar en tres años, como así lo hizo.

La reputación de Benlliure estaba hecha, sus sobresalientes condiciones probadas y nadie podía dudar de que dibujante de primera línea, sabía ver el color como pocos. Ultimamente en su estudio, frecuentado ordinariamente por cuanto bueno existe y llega á Roma, pudieron admirarse dos cuadros, ambos de indisputable mérito, obras en las que existen riquezas de detalles y recursos de arte como pocos saben desplegarlos. *La fiesta de iglesia en un pueblo de la provincia de Valencia* y *El Sermón* son cuadros que bastarían para hacer la celebridad de un artista, pues en ellos nada se echa de menos: los antiguos maestros los hubieran admirado detenidamente, Fortuny hubiera querido firmarlos. De sencilla composición, cada uno es un poema; el primero tiene por campo de acción el coro de una antigua iglesia, en el que se han congregado todas las notabilidades musicales del pueblo, sin duda para celebrar el santo patrono: afanados los de la orquesta, hace cada cual sus posibles para que el esplendor sea completo: parece que suenan los instrumentos, se adivinan los inmejorables deseos del pobre cura que dirige el coro y como que hieren nuestro oído las agudas voces de los distraídos acólitos, más atentos á los movimientos de los infelices gañanes absortos en la música, que al facistol en que campea el vetusto libro de coro.

Igual riqueza de detalles, igual maestría en el dibujo se advierte en *El Sermón:* anciano sacerdote de faz bondadosa ocupa la exornada cátedra, y el artista sin duda ha copiado el momento más solemne, el en que relata la más estupenda maravilla, el más sorprendente milagro á juzgar por el interés con que el auditorio lo escucha: en cada uno de aquellos rostros hay una expresión, recorriendo en sus tonos desde el fervor más grande hasta la completa extrañeza, y todo armonizado de la manera más admirable que puede soñarse, hasta el punto de formar un cuadro que nadie se cansa de contemplar.

Si algo echaba de menos Benlliure, con las dos obras citadas podía decir que lo había conseguido; en Roma fueron celebradas como debían, el que las había ejecutado tenía que elevarse á la categoría de maestro, y correspondiendo á tal dictado, sobre hacer época en Londres el primero fué pagado en 30,000 francos y en 35,000 el segundo.

Dicen que nunca falta un *pero* y es verdad: los que no podían negar cuanto dejamos dicho, ponían en duda más amplias facultades, escudándose con que no había pintado ningún cuadro grande, pues hasta entonces el mayor no había pasado de dos metros. Por suerte ó por desgracia, al cuadro grande lo ha matado la arquitectura moderna: en estos reducidos gabinetes, en estos salones en miniatura que se estilan ahora, no es posible colocar aquellos lienzos que se hacían necesarios en los palacios antiguos, para destruir cuando menos la monotonía de aquellos inmensos muros; hoy el cuadro grande no puede hacerse más que con dos objetos: ó para venderlo á una empresa que lo exponga en las principales capitales de Europa, ó para concurrir á un certamen artístico, tomando después lo que los gobiernos quieran dar por la obra, pues ellos son los que, disponiendo de los museos, tienen lugar para colocarla. Estas consideraciones eran sin duda las que cohibían á Benlliure, pues que sabe pintar en grande lo ha probado suficientemente con el cuadro que aun se admira en Roma.

No sostendremos nosotros que el cuadro de historia ó la obra pictórica cuyo asunto se tome de la tradición, pierden parte de su mérito por ajustarse á ideas conocidas, á croquis estudiados, descritos por otros; á nuestro modo de ver esto implicaría grave censura al empleo del natural. El artista que busca inspiración en la historia, no pinta una página del libro maestro de la vida, ejecuta la composición que sugirió á su espíritu la lectura de un hecho grandioso. El Testamento de Isabel la Católica, la

(1) El cuadro representaba al cardenal Adriano recibiendo á los jefes de las Germanías de Valencia; lo adquirió la Sociedad de Amigos del País, que actualmente lo tiene en su salón de sesiones.

(2) Nos referimos á la exposición de 1878. La obra premiada representaba una escena del Calvario.

(3) Es una paleta pintada y fué adquirida por M. Vanderbilt, de Nueva York. Viene incluída con el núm. 203 en el catálogo que de esta galería se publicó en 1884 y tiene por título *Artist's Dream* (sueños de artista).

Rendición de Granada, son hechos perfectamente históricos, y sin embargo, ni Rosales ni Pradilla han podido leer en ninguna parte lo que son sus cuadros. A pesar de todo, Benlliure huyó cuidadosamente de la historia y de la tradición y se echó en brazos de su fantasía, que lo ha elevado á gran altura.

Motivos de inspiración no faltan en Roma: á cada paso se encuentran vestigios de una edad envuelta ya en lo lóbrego del pasado tiempo, edad que se reconstruye con recuerdos y reminiscencias, edad cuyos vicios y virtudes abultamos, pues no gusta á la imaginación concretarse á lo real, que casi siempre, más que otras cosas, engendra vulgaridades. En la Vía Appia, en el Foro, en el Palatino, la historia aprendida se olvida, y entre aquellas ruinas cuando no se pueden engendrar nubes como las del incienso, se hace humo quemando abrojos; cuando no hay facultades para engendrar visiones fascinadoras, se cierran los ojos y despierto se sueña, aunque, como en la aparente privación de la vida, todo resulte informe y desproporcionado.

Para un cuadro que mide más de siete metros por cinco, Benlliure pidió inspiración al Coloseo, á la gigantesca ruina cuyos muros podrían dar cuenta de tantas sensaciones como la humanidad entera, y en verdad que si el artista hubiera consultado su pensamiento, se lo hubieran rebatido. ¿Qué iba á pintar? La brillantez del circo momentos antes de comenzar las luchas, la parada de los gladiadores que precedidos de lanistas se dirigían á saludar al César, había sido pintada por Gerome en el cuadro que tituló: *Ave Cæsar imperator, morituri te salutant*, y el mismo autor en *Police verso* presentó el terrible momento en que el atleta vencedor consulta al pueblo la suerte del vencido, haciendo ver de admirable modo el furor ciego de aquel pueblo, embriagado ya con los vapores de la sangre; Luna, excediéndose á sí mismo, pintó escenas ulteriores á las señaladas, presentando el *Spoliarium*, dejándose guiar por testimonios que adulteró para conseguir efectos. Gustavo Doré, cuya fantasía nunca será bien alabada, hizo con elementos repugnantes un admirable cuadro que no podía menos que sobrecoger: ha caído la tarde y ligera viene ya la noche apoderándose del espacio. Las fiestas han terminado, el Coloseo está desierto para que más pueda apreciarse su extensión; en la arena se ven masas de cadáveres sobre los que reposan las fieras ahitas ya, cansadas de devorar, pues sin duda aquella tarde han luchado ó contra los bretones que en masa fueron condenados al circo el año 47 ó contra los pobres germanos de la Bructeria, que tuvieron igual desgracia, ó contra los 2,500 infelices judíos que según Flavio Josefo fueron lanzados á la arena en una tarde, para divertir al pueblo que los había dejado sin casa, sin templo y sin patria. Desde el punto de vista cristiano el Coliseo había servido también para obras pictóricas; Gerome hizo *La última plegaria:* la entona un admirable grupo de indefensos cristianos, que ven avanzar al soberbio león exasperado por los gritos de la loca muchedumbre, y un artista cuyo nombre no recordamos, presentó la sentida escena en que San Almaquio, venido desde el extremo Oriente, se lanza á la arena para impedir el sangriento combate de los gladiadores. ¿Qué iba á pintar Benlliure? La fantasía más admirable que puede soñarse: el pintor ve el Coloseo tal como se encuentra hoy, medio derruído, más por barbarie de los hombres que por injurias del tiempo; los altos muros grieteados, las galerías en ruina, el pulvinar deshecho, los fosos descubiertos y todo iluminado por el astro de la noche. La humanidad reposa, y al mediar la noche, hora sacramental de los conjuros, escuchando el del Santo que dió su vida por evitar efusión de sangre, dejan las tumbas monjes, penitentes y anacoretas, vírgenes del Señor y seres angélicos que poblaban el limbo, y fijos los ojos en la cruz, entonan el dramático *Miserere* ó el *Dies iræ*, acento estridente de la Edad media, para recomendar á la Divina Omnipotencia las almas de cuantos murieron allí.

Son tales los encantos de este cuadro, que una vez visto no puede olvidarse jamás: el efecto de las luces es admirable: la cruz tiene los destellos del fuego sobrenatural, la luna da el melancólico tono que era necesario al cuadro, y las hachas encendidas que llevan aquellos mendicantes, dan á sus rostros reflejos rojizos que aumentan más los encantos. El grupo central, sin duda el más acabado y el más interesante, lo forman individuos de las órdenes religiosas caracterizados por sus hábitos, significados por sus bien estudiadas actitudes; la línea se une por la izquierda con un coro de vírgenes y angélicas figuras que vierten vivas flores de sus manos, en tanto que de sus pechos emiten dulces acentos pidiendo misericordia, y la misma línea se prolonga por la derecha hasta unirse con las contritas religiosas, que van á perderse en gradación perfecta hasta las inmensidades á que abarca la fantasía del artista.

Obra perfectamente estudiada, ha llamado la atención de cuantos la han visto: alabada por todos, no pasarán muchos días sin que salga para Inglaterra, donde se expondrá primeramente, para hacerlo luego en las principales capitales de Europa. ¡Ojalá Madrid y Barcelona estén contadas entre ellas! pues así verán nuestros lectores que escribimos para darles cuenta de lo que vemos, sin crecer ni menguar reputaciones ni facultades en relación con nuestros buenos ó malos sentimientos. Decimos siempre la verdad cual la sentimos; de aquí la afirmación nuestra que José Benlliure es de los grandes artistas con que la patria querida puede enorgullecerse.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

En el centro del patio hallábanse multitud de cajones, aun cerrados, que parecían contener máquinas ó útiles de alguna industria, un lanchón volcado y restos de otro, que sin duda destrozaron en la vecina ensenadilla las últimas tormentas. El silencio era grande; interrumpíale sólo de rato en rato alguna canturia que sonaba á lo lejos, en el mar, tal vez donde brillaba una movible lucecilla, que flotando á merced de las aguas, parecía el reflejo de alguna estrella.

Después de contemplar todo esto Armengol, oyó un ruido continuado y leve que se percibía más cerca. Buscó con la vista el lugar de que podía proceder y muy luego le descubrió.

Frente á su ventana había otra y en ella brillaba la luz de una lámpara. Estaba puesta la lámpara sobre una mesa de caoba, al lado de una pequeña máquina de coser, cuyas ruedas causaban el rumor que había impresionado el oído de Armengol. Veíanse entre las palanquetas de la máquina dos manos blancas muy pequeñas y lindas, y el nacimiento de unos brazos, correspondientes en hermosura escultural á las manos citadas. Esto se distinguía completamente: la luz del quinqué retenida por la pantalla formaba un círculo de oscuridad, que no permitía descubrir el semblante de la dueña de aquellas manos.

– ¿Quién será esa señorita? – pensó Armengol.

Y como para responder á esta muda pregunta, la señorita se levantó de la mesa, acercóse á la ventana, y al sacar su cara fuera del marco, dióle de frente la luz de la luna, que besó una gentil cabecita, adornada de pelo negro muy bien peinado.

La señorita miró al patio, paseó sus ojos, que á la distancia desde que Armengol los miraba parecían grandes y negros, por la fila de ventanas en que se hallaba la de Armengol, fijóse en éste, y cuando notó que curiosa investigación era motivo de otra no menos curiosa, retiróse precipitadamente como una avecilla asustada.

Oyó entonces Armengol el ruido de sus pasos ligeros y el chasquido de un jarrón de flores que estaba sobre la mesa, el cual cayó rodando por haberle enganchado con la manga perdida de la elegante bata que vestía la fugitiva señorita.

– ¡Ay! – dijo bajándose á recoger los pedazos del jarro. – ¡Agueda, Agueda, ven!... Ayúdame á remediar esta catástrofe.

Estas palabras fueron pronunciadas por una voz argentina, perlada, pura y suave, y terminaron con una sonora risa de delicioso timbre cristalino.

Después no vió más Armengol, porque se llevaron la luz de la estancia, cuyos secretos escrutaba, se marchó la costurerita de la máquina, unas manos que por la fuerza de su empuje revelaron no ser las de la muchacha de la vocecilla argentina, cerraron las maderas de la ventana... y Armengol cerró también la suya para irse á acostar.

Mientras se desnudaba pensó las siguientes cosas:

Que aquella muchacha debía ser muy bella.

Que debía tener un genio sumamente simpático.

Que debía ser muy laboriosa cuando cosía á máquina, y no del todo pobre cuando tomaba á risa la ruptura de un elegante florero.

Que por todas estas circunstancias, bien valía la pena de enterarse cuanto antes de cómo se llamaba la desconocida, sin ningún ulterior propósito que el de saber su nombre.

Y como Armengol, aun cuando era pesimista desengañado, hombre de mundo y de amargado corazón, era también algo poeta, durmióse, sí (pues estaba rendido del viaje), pero durmióse pensando en la *maquinilla de coser*, cuyo ruido monótono creía sentir cada vez más cerca

XVIII

CUADRO DE FAMILIA

Angel Armengol se hallaba todavía acostado, contemplando desde su lecho la buena mañana que hacía, cuando oyó llamar á la puerta de su habitación.

Al mismo tiempo vió que ésta se abría, y que entraba el señor Arnaldo, saludándole.

– Buenos días, – contestó Armengol.

¿Cómo ha pasado V. la noche? – preguntó aquél.

Bien, ¿y usted?

– Perfectamente.

Después de arrellanarse en una silla el señor Arnaldo, dijo:

– Señor D. Angel, como V. comprenderá, yo no vendría á molestarle aquí á estas horas si no tuviera que hablar largamente con V. En otro sitio, acaso hubiera sido difícil encontrarnos solos, y por lo tanto, no hubiéramos podido decirnos nada.

– Puede V. empezar cuando guste, señor Arnaldo, – replicó Armengol.

Pues, hablando sin rodeos, se trata de un asunto importante en que intervienen mi hija Enriqueta y usted.

– No comprendo, – repuso Armengol un poco confuso.

- Sí, señor, – prosiguió D. Arnaldo. Es el caso que ustedes dos van á emparentar.

Al decir esto, D. Arnaldo fijó una mirada escudriñadora en el rostro del joven, para observar el efecto que habían hecho estas palabras.

Armengol, á la verdad, quedó sorprendido.

Como un relámpago cruzó por su mente la idea de que Enriqueta y él iban á ser esposos. Pero esta idea no aparecía del todo clara y comprensible á su espíritu, sino envuelta en cierta neblina, cual si una aurora hubiese surgido de repente de entre las sombras de la noche.

Así, Armengol preguntó de nuevo á D. Arnaldo:

– ¿Podría V. explicarme la clase de parentesco que está en ciernes, y para mí rodeado del misterio?

– Con ese propósito he entrado aquí tan de mañana; para ponerle al corriente de todo aquello que le es de interés, y no dudo que de provecho, si cambia V. un tantico de carácter. Pero en fin, toda la cuestión se halla reducida á que Enriqueta se casa con D. Pedro Armengol. ¿Le conoce usted?

¡Mi padre! – exclamó Angel.

Arnaldo comprendió al momento, por sólo la exclamación del hijo de su amigo, la impresión que había obrado en su espíritu la revelación del matrimonio del viejo padre con su hija.

Para desvirtuar un poco su efecto, trató de poner de relieve la necesidad en que se encuentra todo hombre rico, que tiene intereses que guardar, de unirse lícitamente á una mujer honrada que cuide de ellos, los conserve y multiplique, si posible es, en beneficio de la casa y de la familia.

Después añadió:

Mi hija, claro está, que al dar su mano á su padre de V., debía tener en cuenta que éste se hallaba ligado íntimamente con un ser á quien importaba no poco la suerte del que iba á ser su esposo. El carácter de Enriqueta es de los más atrevidos, ingeniosos y emprendedores que se ven en el mundo.

(Continuará)

LA MONJA BLANCA

(Conclusión)

– ¡Psh! – me contestó fríamente, dejándome estupefacto, – en realidad es un placer que vale bien poca cosa.

Toqué su mano y la cubría un sudor frío; creí que había sufrido algún mareo y quise sacarla de allí para que aspirase un aire menos pesado, pero ella se opuso riendo y me dijo, levantando un poco su careta y mostrando la boca más fresca y hechicera del mundo: ¡Veamos, veamos, si puedo hallar esos placeres tan ponderados por los que conocen el mundo!

No hay para qué decir que mi curiosidad y mi amor propio se interesaron en la original aventura; ¿qué había de pensar de semejante máscara, ni qué argumentos hallar más elocuentes que la realidad que allí palpitaba?..

– Pero, ¿quién sois? - le pregunté al fin, perdiendo todo mi aplomo.

– ¿Qué os importa?.. – replicó ella con viveza; una mujer que desea conocer esos placeres y que os ha escogido por caballero.

A la sazón llegaban mis amigos llevando del brazo sus respectivas parejas. El uno compañaba á una hermosa ramilletera del Trastévere, de formas amplias como la Floraia del pintor de Urbino, el otro una Margarita rubia é ideal, según lo que dejaba ver su bajo justillo y su antifaz color de rosa. Sin ceremonias nos reunimos los seis y tratamos de organizar el gran divertimiento de la noche, la franca y orgiástica cena. Mi desconocida se prestó sin cortapisas, – como las otras, á aceptar el ofrecimiento: más que mujer de mundo, parecía autómata viviente que se movía á mi antojo.

No había trascurrido un cuarto de hora y ya estábamos instalados en un precioso gabinete particular y sentados en torno á una mesa adornada con todas las reglas del arte de Brillat-Savarín: mantelería chinesca, servicio de cristal y porcelana fina, jugueteros con pastas, corbeilles y ramos de flores.

Pidióse el primer plato, llenáronse las primeras copas y se dió al fin la voz terrible, el golpe de campana china, el grito de *¡abajo las caretas!* que pone siempre el alma en un hilo y los cabellos de punta. Las dos amigas de los estudiantes se descubrieron; mi desconocida. contra lo que yo esperaba, no opuso el menor obstáculo al mandato, y rompiendo también la cinta de su antifaz de raso blanco, dejónos ver un rostro de virgen, bello, trasparente y sonrosado.

Mis compañeros, admirados, como yo, de hallar bajo la máscara de mi dama tal suma de perfecciones, prorrumpieron en un imprudente ¡hurra! que provocó un expresivo gesto en sus parejas; éstas, que no eran feas ni viejas por cierto, le ofrecieron la primera copa de Burdeos, como para sellar con larga libación el lazo orgiástico que nos había de unir en aquella noche de locuras carnavalescas.

¿Qué os podré decir de las peripecias de esta cena? ¿Cómo recordar detalles que con tanta facilidad caen en las aguas del olvido? Cuando los estómagos estuvieron repletos; cuando el Rhin y el Chateaux Margaux empezaron á subirse á la cabeza, la conversación se hizo libre y general y cada cual expresó sus deseos é imaginaciones atropelladamente. ¡Qué vivas ocurrencias! ¡Qué francas carcajadas! ¡Qué arrullos de aves y qué zumbidos de moscardón! Sólo mi pareja tenía para todos palabras punzantes é histéricas carcajadas. Apuraba las copas y aseguraba, entre náuseas, que era detestable el vino; se le hablaba de la vida alegre y hacía remilgos de monja; oía mis protestas de amor y clavaba en mí sus ojos desdeñosos, que me hacían el efecto de la hoja de acero iluminada por el relámpago; ¡qué más! me abandonaba sus manos y creía tener entre las mías las de una estatua de pórfido helado y trasparente.



LA VISIÓN DEL COLOSEO, fragmento del gran cuadro de Benlliure



EL TALLER DE BENLLIURE EN ROMA, donde pintó su cuadro: «La visión del Coloseo»



DULCES RECUERDOS, cuadro de C. Czachorski

Aquel dominó blanco, tenía cierta rigidez de cilicio; aquel rostro bello tenía las líneas desapacibles que imprime el aburrimiento: diríase que cada gota de vino y cada frase desenvuelta tenía para aquel ser un desencanto nuevo y una ilusión desvanecida.

Lo que en los festines de los Borgias hacía el vino envenenado lo hace en los modernos el champagne; es, como si dijéramos, el heraldo del delirio. Uno de los camareros entró á poco con seis botellas lacradas. Yo, al verle alzar el portier creí que iba á repetir la terrible frase que presagia el final de la ópera *Lucrezia: ¡Ecco il Siracusa'* .

Saltaron los tapones, encaramóse la espuma sobre las anchas copas, como cuajado montón de perlas, y se fué tiñendo el cristal de color de topacio; la espuma del champagne tiene algo del satyrión del Esquilino y vino la escena del sábado, aunque sólo nos hallábamos en la madrugada del miércoles de Ceniza.

También bebía champagne mi pareja largamente; pero exclamó, arrojando su copa vacía contra el pedestal de un amorcillo de porcelana que adornaba la mesa:

– ¿Y es este el soberbio rey de los festines, el néctar de los dioses modernos? ¡pues te juro, amigo mío, que es un brebaje insípido y fastidioso!

Yo quise levantar el entusiasmo en aquel corazón que se helaba entre las llamas de la orgía, y exclamé aprovechando un momento de calma: – Ya sé que nada son esos vapores y esas espumas comparadas con el amor, que si es verdadero jamás se desvanece: ¿me amarías tú como yo te amo?

Una carcajada burlona y larga, cuyo eco pareció prolongarse en el dorado plafond, fué su única respuesta. Volvióme la espalda, dirigióse alternativamente á cada uno de mis amigos, y volviendo al asiento que cerca de mí ocupaba, díjome al oído en voz baja, muy baja, casi con un lenguaje sin sonidos:

– ¡Te doy la preferencia si quieres ser mi verdugo!

Yo era entonces vano y susceptible y sentí al escuchar este insulto algo como una picadura de abeja en el labio; ella conoció el mal efecto que habían producido sus palabras y me ofreció la copa postrera: la luz del día penetraba, á este punto, por la marquesina acristalada.

II

Cuando salimos de aquel gabinete, las calles estaban humedecidas por la escarcha, y un cielo sin claridad de aurora ni luz de estrellas, pesaba sobre nosotros como losa de plomo. La voz de las campanas llamaba á los fieles á la triste ceremonia de la ceniza, y recuerdo que mi desconocida tuvo el raro capricho de que penetrásemos en una iglesia: *Memento homo*, etc.; tras el arco de triunfo el pedregal del Calvario.

No sé qué pasó después. ¿Qué fué de mi pareja? ¿Cómo me hallé en mi dormitorio, triste como Mañara después de haber asistido á sus propios funerales? Jamás he podido averiguarlo.

La historia de aquella noche sólo se reanuda en mi memoria por su misteriosa relación con un suceso que hubo de turbar mi sueño á la siguiente mañana.

Luchaba aún, en mi lecho, con los vapores del champagne y con el fantasma de mi extravagante pareja, cuando un rumor desusado y extraño me hizo abrir los ojos á pesar mío. Entreabrí con curiosidad las persianas del balcón que daba á la calle y ví agruparse en la portería de las Descalzas un sinnúmero de curiosos de ambos sexos. ¡Miradla, miradla! – decían unos, con grandes voces, señalando el lugar en donde se levantaba el dosel del Cristo milagroso y expresando en sus semblantes el pavor y el respeto. – ¡La monja, la monja!... – decían otros, signándose y persignándose al proseguir su camino.

Salté del lecho, no sé por qué, – cuidándome apenas de envolverme en mi abrigo de pieles, y salí á la calle, casi á carrera abierta, exponiéndome á cualquier fracaso. Al asomarme á la portería mi vista se nubló, un grito ahogado se escapó de mi pecho, y sentí algo como un martillo de acero que caía sobre mis sienes. Abrazada á los pies del Crucifijo de talla de que os he hablado, había una forma blanca, que bien hubiera podido tomarse por monja descalza, aunque sobre su hábito de estameña no ostentaba escudo ni relicario: una gran mancha roja partía de su costado izquierdo, en el que se veía clavado, á guisa de puñal, un largo clavo con cabeza flordelisada de plata; y un extraño objeto, una careta de raso, casi adherida á un gran charco de sangre coagulada, parecía conservar aún, en los huecos del cartón, el mohín sarcástico de mi pareja.

BENITO MÁS Y PRAT

EL FILTRO MAIGNEN

CLARIFICACIÓN Y PURIFICACIÓN

Las aguas de que se hace uso para cocer los alimentos, y para las operaciones industriales, contienen muy á menudo, además de las sales en disolución que toman de los terrenos que atraviesan, numerosos organismos microscópicos resultantes de causas diversas y variables, como descomposición ó fermentación de las materias animales ó vegetales, polvos y corpúsculos en suspensión, etcétera.

Las nociones elementales de higiene implican la purificación de esas aguas desde el momento en que deben servir para la alimentación y han de introducirse en el organismo.

Este es el objeto del filtro. Los fenómenos que en su interior se producen pueden dividirse en dos operaciones muy distintas: la *clarificación*, que separa de la masa líquida los cuerpos en suspensión, y la *purificación*, que desaloja materias disueltas.

La primera es puramente mecánica.

En la segunda se producen, probablemente, varias acciones químicas.

El número de sustancias empleadas para separar las materias en suspensión es muy considerable, y los muchos ensayos de todo género practicados hasta aquí prueban que hace largo tiempo se daba gran importancia al filtrado. Desde el papel que se usaba en los laboratorios, el filtro y el negro animal, hasta la esponja, la arcilla cocida y el amianto, podría decirse que se han probado todas las sustancias; y ahora se trata de encontrar una materia cuyos poros sean bastante finos para que sólo puedan pasar los líquidos, quedando detenido todo corpúsculo sólido, por ligero que sea. Supónese que los gérmenes más tenues tienen un diámetro de $^{6}/_{10\,000}$ de milímetro y un volumen de $^{1}/_{10\,000\,000}$ de milímetro cúbico, cifras que bastan para demostrar cuánta debe ser la delicadeza de los poros de la sustancia destinada para filtro si se quiere que reuna las mejores condiciones.

Mr. F. Breyer, ingeniero de Viena, inventor de un método especial para el filtrado, ha hecho profundos estu-

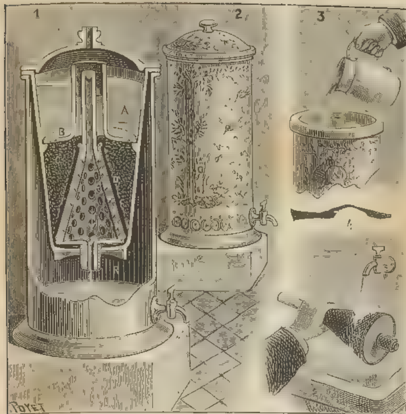
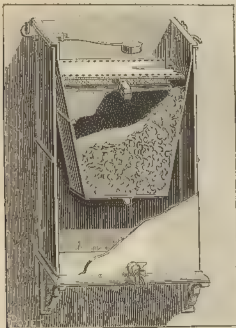


Fig. 1.—Filtro doméstico.—N.º 1. Sección trasversal.—2. Conjunto del aparato reducido á menor escala.—3. Montaje del filtro.—4. Modo de limpiarlo

dios sobre la materia, y de ellos resulta que el amianto es la sustancia que tiene los intersticios más finos, habiendo demostrado el análisis microscópico que aventajan por este concepto á los de la tela de araña, y *á fortiori*, á la hebra de seda, de lana ó de algodón, ó á los poros de una esponja. Según el mismo autor, se necesitan cien mil bacilos de la tisis para cubrir la superficie de la proyección de uno de aquéllos; de modo que es evidente que la filtración de las aguas á través de una capa de esponja ó de arena, por espesa que sea (1), no podría detener los


Fig. 2.—Filtro llamado Servicio

esporos ó las bacterias, y otros seres infinitamente pequeños.

El agua se clarifica, pero no se purifica.

Si ponemos en disolución en el agua sales de plomo, de hierro, de arsénico, etc., cuando salen de un filtro de arena ú otros semejantes las encontramos casi por completo.

Preocupado por la importancia de esta cuestión, el señor Maignen, después de practicar numerosos trabajos combinó una serie de modelos de filtros que clarifican y purifican á la vez el agua que los atraviesa.

Veamos ante todo cómo se forman y después examinaremos los resultados que se obtienen.

La fig. 1 representa un filtro doméstico, cortado transversalmente.

En un cono de barro cocido, M, perforado por agujeros que deben dar paso al agua filtrada y prolongado por dos cilindros de escaso diámetro, se fija un tejido especial de amianto, y en su superficie se extiende por igual una capa de polvo de carbón sumamente fino, que se obtiene por medio de una preparación particular. El inventor le ha dado el nombre de *carbo-calcis*, y las partículas son tan tenues que, según aquél, una capa de un milímetro de esta sustancia, en un espacio de un decímetro cuadrado, presenta una superficie filtrante de dos millones de centímetros cuadrados, poco más ó menos. Sobre este polvo impalpable se pone carbo-calcis en grano, C, y todo este conjunto se coloca en una vasija de arcilla, abierta en su base mayor, por la cual se echa el agua que se ha de filtrar, provista de un orificio en la base pequeña; por este orificio sale el agua filtrada, que pasa á través de una pieza de ajuste cilíndrica, cuya juntura se hace en el depósito R con el amianto.

Una cubierta, B, también de arcilla, y que tiene varios agujeros, distribuye por igual en toda la masa de la materia filtrante el agua que se ha de purificar; y además se ve que el aire circula libremente en la cámara M, donde el agua cae filtrada, y que por lo tanto está muy bien aereada.

El agua que se ha puesto en A atraviesa primero los intersticios que han quedado entre los granos del carbo-calcis, despojándose de las partículas más groseras, y después llega á la capa de polvo y de amianto, en las cuales se verifica el trabajo más interesante, que es el de la purificación. Añadamos que la cabida es muy suficiente, aunque se opere sin presión.

El agua purificada se recoge en una vasija cilíndrica, que sirve de cubierta á todo el aparato. Se puede adornarla, como lo representa la fig. 1 (n.º 2), para tenerla en las habitaciones donde su presencia es más necesaria.

Para extender con uniformidad la capa de carbo-calcis en polvo, ó más bien para comenzar á montar el filtro, se echa cierta cantidad de este polvo en una vasija, como lo indica el número 3; agítase cuanto es posible y viértese sobre el filtro esta agua ennegrecida por el polvo de carbón, la cual pasa á través del tejido de amianto y deposita una capa regular de aquél en toda la superficie del cono filtrante.

Esta operación dará un filtro homogéneo, lo cual es de la mayor importancia, porque si en una parte hubiese poros más grandes que en otra, el agua los atravesaría de preferencia, arrastrando consigo las impurezas más peligrosas. Esta condición es de todo punto comparable con la solidez de una cadena, cuya fuerza pende de la resistencia del anillo más débil.

Siendo distintas una de otra todas las partes de este filtro, la limpieza se puede hacer con la mayor facilidad: se desmonta el aparato, retirando sucesivamente el depósito B, el cono filtro M, y con éste el carbón; se enjuagan todas las partes del filtro, y se lava con mucha agua la superficie del tejido de amianto (número 4, fig. 1), cepillándola si es necesario. Después se vuelve á montar el filtro, poniendo una nueva capa de carbo-calcis; y hasta se puede echar en el fuego el tejido de amianto á fin de destruir todos los gérmenes y microbios que hayan quedado en el espesor de su tejido.

Esta facilidad para practicar la limpieza completa, juntamente con la imposibilidad de que se alteren las materias empleadas, constituye las cualidades más preciosas del mencionado aparato, porque es evidente que si no es posible retirar las impurezas detenidas en la superficie, ó en el espesor de la masa filtrante, el agua que la atraviese después será por lo menos tan mala, si no peor, que antes de pasar el filtro. Hé aquí por qué los aparatos que no se pueden limpiar por completo se deben rechazar en absoluto.

Se han presentado diversas formas del mismo aparato, cuyas propiedades daremos á conocer.

Para economizar el espacio ocupado se practica á menudo un corte rectangular, como se representa en la figura 2; este es el corte de un filtro llamado «de servicio,» cuya figura exterior recuerda la de nuestras antiguas fuentes domésticas, de las que se ha propagado en demasía el uso, por desgracia.

Se podrá proveer este filtro de un flotador, para llenarle automáticamente, si se cuenta con los elementos necesarios.

Esta es una de las numerosas formas de ese filtro, con el que se han hecho las aplicaciones más diversas. El ejército inglés le adoptó para purificar las aguas que las tropas debian beber, y en la última expedición al Nilo, los soldados que estaban á las órdenes de lord Wolseley iban provistos de ese aparato. El trasporte de ciertos filtros especiales, llamados de cubeta, se hizo en mulos ó camellos. También hay otros modelos de mayores dimensiones, montados en ruedas, que pueden filtrar de dos mil á cuatro mil litros por hora.

Además de estos aparatos, que permiten tratar grandes cantidades de agua para las necesidades colectivas, los oficiales y soldados llevaban un filtro portátil especial de tamaño muy reducido: el de los oficiales, llamado filtro-reloj, recibió este nombre á causa de su forma y de su escaso volumen, pudiéndose llevar fácilmente en el bolsillo para usarle, como lo representa la fig. 3, y beber directamente en una corriente de agua cualquiera, ó hasta en una balsa cuyas aguas no sean potables. Gracias á las poderosas propiedades del filtro, el agua se purifica y se puede beber sin el menor inconveniente. Este filtro puede ser muy útil en muchas circunstancias.

Se compone, como los demás, de una pequeña superficie filtrante que se comunica con un ajutaje, el cual se coloca entre los labios; un tubo de cautchuc conduce el agua desde una caja cilindro al exterior de dicha superficie, dispuesta como en el filtro casero; y al aspirar por dicho ajutaje, se hace subir el agua al aparato, dando una cantidad suficiente la diferencia de presión.

En el filtrado de las grandes cantidades de agua para


Fig. 3.—Filtro de bolsillo, llamado filtro-reloj

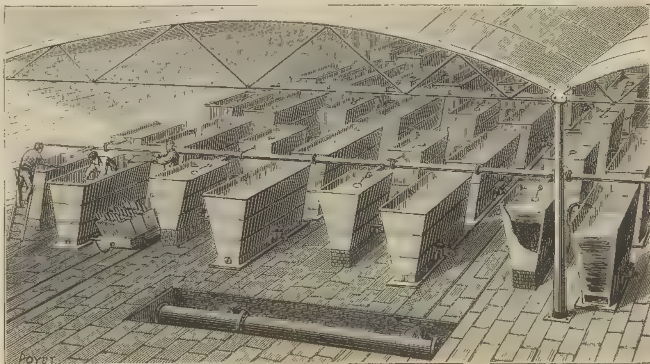
las aplicaciones industriales, por ejemplo, se emplea una serie de grandes filtros que se pueden demostrar: la figura 4 representa el aspecto de una sala de filtración, en la cual se limpia uno de los aparatos.

Para demostrar la eficacia de estos últimos, nada podemos hacer mejor que citar algunas experiencias hechas en el último congreso higiénico de Londres, y repetidas en el congreso internacional de Bruselas, porque nos demuestran que los filtros distan mucho de haberse perfeccionado aún y que está por desarrollar toda la teoría.

Si en un filtro que esté funcionando se echan quince gramos de acetato de plomo líquido, al cabo de un cuarto de hora, el agua que se obtenga, tratada por el sulfhidrato de amoníaco, no da coloración negra, aunque este reactivo sea muy sensible.

Y si en el mismo filtro se echa una solución de sulfato de hierro, el ciamuro amarillo de potasio nos demuestra que ninguna partícula de hierro ha atravesado la superficie filtrante.

Varios fenómenos análogos se producen si se filtra arena fermentada, ó sales de otros metales, como el cobre,


Fig. 4.—Colocación de los filtros en grande escala para usos industriales.

el zinc y hasta el arsénico: al desmontar el filtro se las encuentra depositadas en estado insoluble sobre la capa de carbón pulverizado.

Lo mismo sucede con el vino: si se echa en el aparato el vino tinto que contenga una botella, teniendo el líquido ocho grados de alcohol, á los pocos instantes pasará un líquido incoloro, casi tan límpido como el agua pura, que tiene un sabor soso, como el del agua con algunas gotas de alcohol.

Conocida es también la propiedad que tiene el carbón de absorber de ochenta á noventa veces su volumen de gas amoníaco, sulfuroso ó clorhídrico.

(1) En general, á través de todas las materias empleadas, la piedra, el glomerado, etc.

Estas cualidades reunidas hacen de la superficie filtrante un laboratorio, donde se efectúan reacciones que no conocemos con exactitud. ¿Se deberá esa fijación de los productos en la superficie del filtro á una acción molecular simplemente mecánica, ó bien se verificarán fenómenos de oxidación bastante intensos para trasformar la materia orgánica, haciendo pasar al estado de sales insolubles las partículas en disolución que precipitadas en el filtro se han detenido mecánicamente? No lo sabemos aún con certeza; mas parece probable que la división á que el líquido filtrado está sometido produce un estado que favorece la oxidación, bien por el oxígeno del aire que esté disuelto, ó ya de otro modo, pero probablemente por la misma razón que una corriente de hidrógeno lanzada sobre una esponja de musgo de platino se combina con el oxígeno del aire para dar agua.

Una probabilidad hay en favor de esta explicación, y es que si se dosifica el oxígeno al salir del filtro, se encuentra siempre menor que al entrar, pareciendo probable que el gas desaparecido contribuya á la precipitación de las sales metálicas.

¿Cuál es la explicación de este fenómeno?

¿Cómo se verifica la purificación en el filtrado?

Aun no lo sabemos, tal vez nos lo enseñen experimentos ulteriores; pero los resultados conseguidos deben aprovecharse para evitar la propagación de enfermedades contagiosas, cualesquiera que sean sus causas, pues desgraciadamente el agua y el aire son los dos vehículos más activos, y tanto más peligrosos para el organismo humano cuanto que son absolutamente necesarios para su vitalidad.



Viaje á Filipinas.—Mohammed, sultán de Joló en 1880

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

¡Qué buena tripulación forman estos piratas! Jamás la tendré tan intrépida. El viento no es favorable, pero poco les importa á estos valientes, que navegarán todo un día sin descansar un momento.

Avanzamos conservándonos á respetuosa distancia de la costa, donde distingo con mi anteojo Bato-Bato y otros pueblos cubiertos de sombra; todos son enemigos, según me dicen mis remeros, y de allí parten los juramentados, que habiendo consentido en someterse á la autoridad española, parecen poco deseosos de encontrarse con sus compatriotas completamente libres. A las cuatro de la tarde dejamos atrás Paranz, considerable pueblo de 4,000 almas, delante del cual veo numerosos corrales.

La noche cerrará pronto, y nos acercamos á la orilla: en todas las casetas brillan luces, por todas partes resuena la música de los instrumentos de los indígenas, divertimiento común de los malayos por las noches; y al rumor de las orquestas, alojadas en todas las anfractuosidades de la orilla, llego á la rada de Maibrun, que en rigor no es tal, pues cuando el mar está muy bajo, todo el espacio comprendido entre las dos puntas de la bahía queda en seco. Mis tripulantes, con su penetrante vista, distinguen la desembocadura del arroyo, á pesar de la intensa oscuridad, y avanzamos al azar en medio de un bosque de barcos.

El señor Rey me llama desde lejos; ya ha reconocido la posición de nuestra caseta, mas no puede entrar por falta de luz. El farol que yo llevo nos permite instalarnos; la habitación es grande y está bastante limpia, porque es nueva, pero por lo demás deja bastante que desear. La única servidumbre se reduce á un viejo esclavo, que descansa en un ruedo, junto á una olla vacía; evidentemente los fondos que el sultán ha dado para nuestra recepción han tenido algún otro uso más útil en manos del funcionario encargado de atender á nuestras necesidades. Por fortuna llevo suficientes provisiones; comemos alegremente y nos echamos en el suelo, no sin poner antes un centinela, como medida de precaución. Nuestro hombre examina su fusil, desenvaina el kriss y échase junto á sus armas. De todos modos, compadeceré al ladrón ó al fanático que osare atacarnos, pues el sultán lo tomaría como cuestión de amor propio, y el culpable pagaría con la vida.

23 diciembre. – Nos anuncian la llegada de un dato, un gran señor que viene á saludarnos de parte del sultán, encargado de cuidar que no nos falte nada. Este tunante, hércules de fisonomía patibularia, tiene el descaro de preguntarnos si tenemos todo lo necesario. Nos conviene evitar toda complicación, que pudiera comprometer el éxito de nuestra empresa, y nos contentamos con poner á este pillo á la puerta, con tanto más motivo cuanto que acaba de darnos á conocer la importancia de su cargo. ¡Es el verdugo jefe de Maibun!

Nos dirigimos al palacio por un sendero casi impracticable, sembrado de bloques de políperos. El sultán nos recibe cortésmente, mas parece estar preocupado, sin duda porque le han hecho mil observaciones acerca de su retrato, y su corte nos sigue con la vista, á la manera de los perros guardianes que olfatean á un visitante sospechoso en compañía de su amo. No obstante, Mohammed nos cita para el día siguiente; por la mañana prepararemos nuestra cámara negra y por la tarde se sacará la fotografía.

Salimos del palacio seguidos de un gañán, pariente próximo de S. A., que habla algunas palabras en malayo, y nos dirige muchas preguntas malévolas. Por fin nos libramos del importuno, cuya tenacidad se cansa, siguiéndonos en medio del infecto lodazal donde está el mercado de Maibun. Algunos tejadillos de nipa protegen varios bancos de bambú, en los que los vendedores se sientan detrás de sus mercancías. Estos mercaderes de puesto fijo son los privilegiados; los que vienen del campo para vender sus productos por sí mismos buscan algún bloque de polípero que sobresalga en aquel océano de cieno, y sostiénense en él conservando el equilibrio, como el mono en una rama. En este mercado hay mucha animación; casi todos los compradores, armados de kriss y de una larga lanza, van á caballo, y comunican al conjunto el aspecto de un campamento de alabarderos; por lo demás, aquí no va nadie sin su kriss, compañero inseparable del habitante de Joló. Solamente nosotros vamos desarmados entre esta compacta multitud. Junto al mercado elévanse las grandes casetas de los negociantes chinos, y compramos en una algunos kriss. En todos los puntos de la Malasia los chinos representan á los judíos que en otra época ejercían el monopolio, y se conducen con una inteligencia y una actividad indecibles. Los que se dedican á la usura y á prestar sobre prendas tienen aquí un centro sumamente favorable, en medio de estos pueblos de piratás, imprevisores, apasionados por los juegos de azar y las riñas de gallos.

25 diciembre. – Nuestra situación se hace intolerable. El sultán no está visible y nos envía á decir que tiene jaqueca. En este día de Navidad, consagrado en Europa á las alegres reuniones de la familia y de los amigos, nosotros somos presa de estos renegados. Su número aumenta á cada instante; llegan de todos los puntos de la isla; algunos embajadores boughis, que por desgracia han venido de las Celebes, aumentan la confusión; su jefe, astuto pondita, se había declarado al principio en favor nuestro, pero bajo la presión de los hombres de su séquito, sus sentimientos se modifican muy pronto, y todos juntos nos agobian con ridículas preguntas.

«Se ve bien que somos mágicos, pues hacer el retrato de un hombre, sin pincel, no es natural. ¿Podremos explicar este prodigio?... ¿No tendremos nosotros aguas mágicas para que nos crezca tanto la barba, siendo así que los chinos ó malayos sólo tienen algunos pelos?... Por otra parte, Alá prohibe hacer retratos; seguramente el sultán morirá si accede (1); sin duda nosotros queremos llevar su retrato á Manila, como *un vil prisionero...*; no, es preciso que la imagen del sultán no salga de Maibun.»

Los días pasan, y el sultán sigue encerrado en su harem. Simulamos una falsa partida: después de destruir ruidosamente la instalación dispuesta junto al palacio, empaquetamos nuestros frascos, gritando que debemos dar cuenta del tiempo á nuestro sultán, y que no podemos perderle inútilmente. De improviso preséntase el príncipe Brahamuddín, medio desnudo y sin turbante, cosa extraordinaria bajo el punto de vista de la etiqueta entre esta gente; nos jura que su padre estará curado al día siguiente, y aparentamos quedar persuadidos, accediendo á esperar.

27 diciembre. – Ha llegado el gran día: el sultán, pálido, y vestido con la mayor magnificencia, preséntase en medio de sus cortesanos, cuyos trajes y adornos brillan á los ojos de un sol abrasador; todos visten de gala. Se dispone el aparato, y regúlanse las distancias, pero en el momento fatal el sultán retrocede y hace sentar á su hijo delante del objetivo. Reina un silencio de muerte, el bastidor se abre y se cierra con un ruido seco; de todos los pechos escápase un largo suspiro; descubro un momento después y ¡oh felicidad! Brahamuddín se hace visible, con algunas sombras, es verdad, pero no importa, *ha venido* perfectamente. El sultán se entusiasma de tal modo que pierde su gravedad acostumbrada; impone bruscamente silencio á sus cortesanos y se hace fotografiar de diversos modos, en busto, sentado, de pie, solo y en compañía; si le escuchase debería fotografiar hasta el último esclavo. Sólo se trata ahora de marchar con los clichés; sin duda el sultán no se opondría, pero los datos han jurado que el retrato no irá á Manila: gracias á una estratagema conseguimos burlar la vigilancia de estos importunos y llegamos sin tropiezo á Tianggi.



Viaje á Filipinas. – Mercado de Maibun

El 18 de enero de 1880 nos despedimos de nuestros amigos de Joló, de los PP. Federico Vila y Juan Carreras, del señor gobernador D. Carlos Martínez, de nuestro cofrade D. Vicente González y Baladón, y de todos los oficiales españoles, que tantas atenciones nos han dispensado. Poco después pasamos á bordo del *Realista* para dirigirnos á Sandakán (nordeste de Borneo).

(Continuará)

(1) La casualidad parece confirmar á veces las más absurdas creencias. El sultán Mohammed, que sólo tenía cuarenta años, y cuya salud parecía excelente, murió poco tiempo después.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 3 DE MAYO DE 1886— NUM. 227

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LABOREMUS, cuadro de Mejía

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LABOREMUS, cuadro de Mejía

A la vista de este lienzo, en el cual una mano perita ha reproducido un tipo de antiguo estudiante español, se viene, sin querer, á las mientes aquel *D. Félix de Montemar*, tan elegantemente descrito por Espronceda en su bellísima leyenda titulada: *El estudiante de Salamanca*.

Sí, ese es don Félix; el joven que en medio de su desordenada existencia, conserva el sello de la nobleza heredada; el galán algo Apolo y dos algos pendenciero; dispuesto siempre á enamorar á una muchacha y á empeñar un lance; preocupación del Rector, pesadilla de los alguaciles, desesperación de los catedráticos, á propósito para un barrido y para un fregado, con tal que ni el fregado ni el barrido tengan que ver con los libros, ni con las aulas, ni con ninguno de sus deberes estudiantiles. En una palabra, el escándalo de la universidad salamanquina, devoto de Venus, de Marte, de Baco; pero reñido en absoluto con Minerva.

El título del cuadro es un epigrama. *¡Laboremus!*..... No es mala la labor que nuestro estudiante trae entre manos... Al fin del curso se lo dirán de misas, ó de calabazas; mas, ¿qué le importan al mancebo los desaires del claustro si las muchachas de la ciudad se los compensan con sus favores?..... ¡Al diablo los libros! Los libros se han escrito para los tontos y nuestro estudiante sabe más que necesita. Podrá no recibir la borla de doctor en derecho; pero en cuanto á su fama de maestro en duelos y galanteos, nadie se la eclipsa. Lo dicho: Espronceda dió la idea; Mejía ha encontrado la forma. El pintor ha comprendido al poeta.

EL HERBORIZADOR EN VIAJE, cuadro de Nautier

La manía de coleccionar se ha generalizado de una manera asombrosa. Desde los sellos de correo inservibles y las tapas de las cajas de fósforos, hasta las monedas antiguas y modernas y los billetes de banco presentes y pasados, todo es objeto de colección. El coleccionista es, por regla general, un hombre cuerdo que domina todas sus pasiones, excepto una, la pasión de coleccionar.

Hay coleccionista á quien la perspectiva de un tesoro no le decidirá á abandonar las comodidades de su casa durante veinticuatro horas; y emprende, no obstante, un viaje á lo desconocido en busca de un ochavo que se perdió Dios sabe dónde ó de una mariposa que revoloteó entre los árboles del Paraíso.

A esa especie de hombres constantes en su empeño hasta la terquedad, pertenece el ejemplar de nuestro cuadro, señor muy pacífico y muy de su casa, que en estado normal se resguarda del sol y del relente y no da tregua á su esposa quejándose ora de la jaqueca, ora del reumatismo; y sin embargo se da caminatas de horas y más horas, bajo los rayos de un sol abrasador, por el gustazo de aumentar su colección con unas cuantas ramitas que, después de todo, resultan ser muchas veces de vulgar tomillo ó yerba buena.

¡Bendito sea, empero, ese ente inofensivo que ha dado ocasión al bellísimo cuadro de Nautier que hoy publicamos!... ¡Cuánta beatitud en el semblante de ese anciano! ¡Cuánta moralidad en su actitud!... ¡Qué bello grupo el de esas jóvenes que le contemplan con cierta compasión burlesca!... ¡Cuán bien entendido se encuentra el lugar de la escena y cómo contribuye al efecto del conjunto!... Cuadros de género, y de este género, son los que avaloran el talento de un artista observador y correcto.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED estatua de don Maximino Sala

Abierto por el Excmo. Ayuntamiento de nuestra capital público concurso para adoptar el mejor proyecto de una imagen de la Virgen de las Mercedes, que serviría de coronación á la nueva cúpula del templo de su advocación, existente en Barcelona, tomaron parte en él seis artistas que presentaron proyectos en verdad notables, habiendo recaído el fallo del Jurado en favor de la estatua del aventajado escultor D. Maximino Sala. En rigor, no puede decirse que ésta sea una composición enteramente original, pues el artista se ha ceñido á la idea del arquitecto, el cual deseaba que el remate de dicha estatua representara, á la vez que una estatua, la cruz en que termina todo templo católico; pero esto mismo avalora su mérito, y si el señor Sala ha sabido realizar el propósito del arquitecto, no hay para qué encomiarlo; basta contemplar la obra para conocer que ha estado sumamente feliz y acertado en la disposición que ha dado á los brazos y atributos de la Santa Imagen y de su divino Hijo.

La estatua en cuestión tendrá 5 m. 40, y se colocará, naturalmente, sobre la cúpula, que medirá 60 m. sobre el nivel del suelo. Así como esta clase de obras escultóricas se funden en bronce, la del señor Sala será de chapa de metal, á fin de que el considerable peso que de aquel modo tendría no gravite excesivamente y á tanta altura sobre la cúpula que debe sustentarla.

EL ABATE LISTZ

El eminente pianista cuyo retrato reproducimos en nuestro grabado, nació en Raiding (Hungría) en 1811. Sólo contaba nueve años cuando se presentó por primera vez al público, con tan buen éxito, que desde luego se pudieron presagiar sus futuros triunfos. Desde su juventud, Listz se distinguió por su hábil y admirable ejecución en el piano, hasta el punto de no haberse conocido quien le igualara. Nadie había interpretado como él las obras de los grandes maestros, particularmente las de Beethoven; pero Listz, no satisfecho con su fama de gran pianista, que nadie le podía disputar, quiso darse á conocer como compositor, y muy pronto produjo numerosas obras en diversos estilos, que prueban el gran mérito artístico del autor. Sus composiciones para orquesta han sido oídas con admiración, sirviendo para confirmar el talento del eminente músico. En cuanto á sus cualidades morales, debemos añadir que el abate Listz tiene un carácter caballeresco y que siempre mereció los elogios de cuantos le conocían por sus generosidades, así públicas como privadas. A su iniciativa se debe la erección de una estatua á Beethoven en el lugar de su nacimiento; y cuando ocurrieron las inundaciones de Pesth, en 1837, el noble artista fué quien más contribuyó con cuantiosas sumas al alivio de las víctimas. La ejecución de las obras dramáticas de Wagner en Alemania fué debida también por mucho á la enérgica protección de Listz, siempre entusiasta por los grandes compositores.

ENRIQUE TAYLOR

La república de las letras ha sufrido una sensible pérdida por la muerte de Sir Henry Taylor, que falleció á principios del presente mes, á los ochenta y seis años de edad. Eminente poeta dramático, maestro en la gaya ciencia, había ilustrado la literatura inglesa con sus obras *Felipe Van Artevelde* y *Edwin la Hermosa*, y numerosas composiciones poéticas que le valieron merecidos elogios. Antes de consagrarse á las bellas letras, había servido dos años como oficial en la marina inglesa, prestando después los más útiles servicios á su gobierno en diversos centros oficiales, por lo cual se le confirió en 1869 el título de Comendador de la Orden de San Miguel y San Jorge. Su primera obra *Isaac Comnenus*, publicada en 1827, no obtuvo gran éxito, pero su drama histórico *Felipe Van Artevelde*, que vió la luz pública en 1834, le permitió alcanzar una reputación bien merecida, confirmada después por sus obras *La víspera de la Conquista, La virgen viuda*, y otras que sería prolijo enumerar. Escribió también varios poemas notables, y algunos *Ensayos políticos*, que revelaban sus profundos conocimientos en la materia. Compañero de Southy, Wardsworth, Rogers, Charles Austin, Macaulay, Mill, Temyson, Browning y otros, figuraba dignamente en esta pléyade de ilustres escritores, que tanto contribuyeron á enriquecer la literatura de su país.

FUGA DESESPERADA

Es cuestión de vida ó muerte; una verdadera competencia entablada entre las piernas de la liebre y las alas del águila. El cuadrúpedo huye como quien en la ligereza de pies pone su última esperanza; el águila acosa con el estímulo del hambre y el aguijón de la ferocidad. ¿Sucumbirá la liebre? Es muy posible: la inocencia se bate siempre con armas desiguales contra enemigos de raza carnicera.

Este cuadro es verdaderamente animado, y de los tres animales puede decirse que vuelan en realidad. El autor ha hecho un buen estudio de ellos y hasta ha conseguido despertar el interés del que contempla su obra. ¿Quién, con efecto, no daría algo, en semejante trance, por una buena escopeta de dos cañones?

–¿Y por qué no de tres?... – dirá seguramente para sus adentros algún aficionado á las liebres.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CONSTRUCCIONES MODERNAS DE LEIPZIG dibujo de Strassberger

Leipzig es la rival de Dresde, capital de Sajonia. Fundada á últimos del siglo XV, fué conocida primero con el nombre eslavo de Lipzk, que significa tilo, porque estaba rodeada de gran número de estos árboles. Ventajosamente situada en la confluencia del Elster blanco, del Partha y del Pleisse, en un fértil llano, el comercio la ha enriquecido y la ciencia la ha ilustrado. Hoy por hoy es uno de los centros literarios más importantes de Europa y el más importante sin duda de Alemania.

En una población de esta naturaleza el arte ha de haber encontrado ancho campo para sus manifestaciones; no es de extrañar, por lo tanto, el carácter, á la vez grandioso y elegante, de sus construcciones modernas. A la vista de ellas, y teniendo en cuenta que Leipzig tiene muy escasamente doscientos mil habitantes, se nos ocurre decir: ó en ese país se obran milagros, ó en el nuestro estamos muy atrasados en la ciencia que tales maravillas produce.

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Como en su casa de usted, dada su delicadeza, no podía entrar á sangre y fuego, como se dice vulgarmente, Enriqueta ideó un medio de que se reconciliasen V. y su padre, de suerte, que llegará V. á ver en ella, lejos de un demonio que venía á introducir más la discordia en su casa de V., un ángel de bendición y de paz, cuya misión principal consistiría en derramar la ventura en aquel hogar antes desierto y desordenado. El medio á que me he referido poco antes no es para V. desconocido; es por el que se ha alcanzado que V. venga aquí, lo cual no era seguramente de esperar, si se hubiera apelado para ello á otros procedimientos más sencillos y naturales. Esto es lo que tenía que decirle. Acabada mi misión me marcho de nuevo. Dejo á V. para que se vista. Señor D. Angel, el almuerzo nos está esperando; con que á vestirse pronto. Hasta luego.

– Hasta después, – respondió Armengol.

Diéronse las manos ambos interlocutores, y D. Arnaldo salió del dormitorio de su joven huésped.

Angel se tiró del lecho, y comenzó á vestirse á toda prisa.

Como se ha visto, Armengol había quedado casi en absoluto silencio durante la conversación del futuro suegro de su padre.

El no pudo imaginarse que éste, á su edad, pensara todavía en los placeres propios de un joven, que en un asunto tan grave como es este del matrimonio, hubiera obrado con la misma ligereza y acaloramiento del que se encuentra en la primavera de la vida.

Aparte de esto, Armengol conoció desde luego que su padre, al contraer segundas nupcias, evidentemente más lo hacía por conveniencia é interés que por afecto ó ilusión amorosa.

– ¡Sin duda esa señora Enriqueta es la muchacha que ví anoche desde esa ventana!

Y entonces, dando nuevo curso á sus ideas, pensó que bien podía inspirar por su hermosura, gracia y distinción, no sólo afecto y cariño templado, sino hasta una verdadera pasión, encendiendo amorosas llamas aun en los pechos más enfriados por los años.

Luego que Angel hubo terminado su *toillette*, salió de su cuarto y se dirigió al comedor.

En él estaban D. Arnaldo y su hija, conversando, al parecer, secretamente, y en voz apenas perceptible, reclinados sobre el alféizar de la ventana que daba sobre el jardín.

Angel hizo algún ruido antes de llegar á ellos, para avisarles indirectamente que se encontraba á sus espaldas y que no quería cometer ninguna descortesía, oyendo cosas que no debía escuchar.

Padre é hija se volvieron de pronto, algo turbados por la repentina presencia de su huésped y le saludaron llenos de satisfacción.

Momentos después, Arnaldo, Enriqueta y Angel se hallaban sentados á la mesa, devorando con buen apetito un suculento almuerzo, compuesto de platos que hacían honor á la cocina del país.

Durante el almuerzo se habló de todas esas cosas que sirven de repertorio á las conversaciones en que los que la sostienen no se llevan otro propósito que pasar agradablemente el tiempo.

Estaban ya en los postres, cuando se oyeron pasos por el jardín y un rumor de voces como de gentes que venían hablando alto.

La puerta de cristales que ponía en comunicación al comedor con el jardín, se abrió, y apareció en su dintel el señor D. Pedro Armengol, acompañado de otros amigos de la casa.

Angel quedó aterrado al ver á su padre, y comprendió que sería de muy mal gusto hacer conocer á todos aquellos señores sus disidencias familiares. De igual modo pensó su padre, y los señores de Armengol fueron al encuentro uno de otro, y abrazándose con cierta frialdad, profirieron sólo estas dos palabras:

– ¡Padre!

– ¡Hijo!

XIX

¡SE AGUÓ LA FIESTA!

Tres días corrieron después de los anteriores, y como nada de verdadero interés había ocurrido en ellos, dejaremos que pasen inadvertidos.

A los cuatro días de la llegada á Cadaqués de Angel Armengol, reanúdanse los sucesos. Para la mejor inteligencia de ellos, procuraremos sintetizar las impresiones de Angel en un *diario* que no escribió, pero en el que no había una sola idea que no cruzara por la mente de nuestro héroe:

«*Día 29 de junio.* – Esta mañana he cumplido mi oferta. Anoche hablaba con Enriqueta acerca de los sucesos de mi vida, y ella se reía á más y mejor de lo que llama mi humor negro y pésimo, atribuyendo á él la mayor parte de las desgracias que me acontecen.

- Usted necesita modificar ese genio, – me dijo.

Yo la contesté:

Ya sabe V. lo que dice el refrán: genio y figura...

– ¡Ah! el refrán dice una gran mentira. No hay filosofía más perniciosa que la que enseñan esas malvadas sentencias vulgares, donde rara vez se halla una sola gota de bálsamo consolador para las desventuras humanas. ¡Genio y figura hasta la sepultura! Claro es que el jorobado no podrá tener nunca la esbeltez que V.; esto es una pero-grullada; y claro está también, que un carácter viciado y criminal no se corregirá sin grandes esfuerzos. Pero lo que yo afirmo es, que dado el esfuerzo, viene indefectiblemente la enmienda. ¿Quiere V. hacer la prueba? Bueno; yo le enseñaré á vivir, yo le enseñaré á aplicarse esta medicina moral... Y V. en cambio ¿qué me enseñará?

– ¡Ah, Enriqueta! Usted lo sabe todo; V. sabe todo lo que debe saber. Hay seres á quienes ningún adorno del cuerpo y del alma pueden hacer falta, y V. es uno de ellos. ¿Concibe V. á la novatilla con más moños, ni más linda que con sus plumitas blancas y moradas? Pues de igual modo yo no concibo á V. de otro modo que es, ni menos discreta ni más sabia. ¿Usted es? Pues no puede ser de otra manera.

(Continuará)

CELEBRIDADES SEVILLANAS

QUIJÁ EL FLORERO

Por flores me fí á Madrí
Y como es tierra tan fría
Me tuve que dí á surtí
Ar sielo de Andalusía.
Y en er camino encontré
A Quijaíya er florero.
Me cantó cuatro playeras
Copiáas der Chiclanero,
Jarminiyos, nardos y flores
De toos colores.

(Pregón popular)

El día que murió Quijá, debieron haberse vestido las flores de negro luto, y sin embargo, no ha habido quien arroje siquiera un pobre ramo sobre su sepultura; sólo la musa popular, menos ingrata y más generosa que los hombres, conserva indisolublemente unidos los nombres de esos seres hermanos que la misma muerte no ha logrado separar: Quijá y las flores. El pregón que encabeza este ligero artículo es un epitafio que no por no hallarse grabado en mármoles, ha de ser menos duradero que los suntuosos con que dan el último testimonio de su necedad las clases aristocráticas: el pregón que encabeza este artículo es un epitafio vivo, una prueba más de que el pueblo es verdadero artista y de que el arte no muere nunca.

¡Y qué bien pregonaba Quijá! ¡no hubo en el mundo quien pregonara como él! ¡aun me parece que lo estoy escuchando cuando de pie, parado, con la cabeza levemente inclinada, la mano derecha ahuecada colocada sobre el oído derecho y en el brazo izquierdo un gran canasto lleno de vistosas flores, echaba aquel pregón cuya delicio-

sa y no aprendida música era acaso como la de los hoy, contra lo que se piensa, casi perdidos *cantes flamencos*, un motivo de envidia y desesperación para los compositores que no aciertan á trascribir esas partes infinitesimales de nota, esas insólitas expansiones y recogidas de voz, esos quejidos, esos lamentos, esos ayes, esas riquísimas modulaciones que tan bién reflejan las riquísimas variaciones y tonos y colores y tenues y sutilísimos matices del sentimiento humano; aun me parece escuchar á Quijá cuando cantaba:

«¡Qué bonitas!—¡Qué divinas!—¡Qué divinas!—¡Qué divinas!
Encarnaíyas,—encarnaíyas.
De toos colores,—de toos colores.
Tri,—tri,—Ti,—ri,—rí.
Y á cuartito la asucena.
Y á cuartito caracoles.
¡Qué bonitos los claveles!
¡A canela y clavo cómo huelen!»

Si fuera posible que los extranjeros y los españoles que no son de Sevilla hubieran escuchado á Quijá este pregón, que jamás cantó sin que las gentes se detuvieran á escucharlo, entonces hubieran podido apreciar por sí la certeza de lo que venimos diciendo; entonces hubieran podido comprobar también esta verdad innegable; no hay en el mundo, tanto para lo bueno como para lo malo, una raza más original, de mayor sentido estético que la raza andaluza; la misma letra del pregón, que es, hasta cierto punto, sin la música, como cuerpo sin alma, indica ya algo del temple y vigor artístico de los andaluces tan privilegiados por sus cualidades de inteligencia y de sentimiento como de escaso mérito moral: los andaluces tienen, como dijo no sé quién, con mucha razón, un sentido más que los otros hombres, el sentido de *hacerse cargo*, pero les falta una tecla principalísima, la voluntad; por eso somos no sólo incapaces de gobernar á otros, sino incapaces, y esto es lo más triste, de gobernarnos á nosotros mismos. Pero volvamos á la letra del pregón. ¿Qué erudito se atrevería á mejorarla? ¿Quién no ve el mimo, la delicadeza y la ternura con que se celebra y encarece la mercancía, de un modo tal que no parece sino que se trata, más que de vender, de requebrar, esto es, de echar flores á las flores? ¿Quién que tenga ojos no verá también el arte magistral con que queda oscurecido y en segundo término lo de menos valor, poéticamente hablando, que es el precio de la mercancía? Y es que como entre los andaluces, según hemos dicho, todo es original, y Quijá lo era, no pregonaba para vender, sino que vendía para pregonar; por eso se dió, no una ni dos, sino muchas, muchísimas veces, el caso de que saliera sin flores y con el canasto vacío, ó mejor dicho, únicamente cubierto con grandes hojas verdes.

En su buena época, esto es, hará unos veinte años, Quijá era el rey de los floreros de Sevilla. De constante buen humor y de mucha gracia, enérgico, aunque de complexión delicada, y lleno de vida, pues tendría entonces unos cuarenta y cinco años, veíasele recorrer casi diariamente las calles principales y sitios más concurridos de la población con su canasto de flores, echando pregones, unas veces cortos y otras largos, unas veces andando y otras parado, y requebrando y pellizcando, cuando había ocasión, á las *mozas crúas* que lo llamaban, más que para comprarle, para oirlo pregonar; á estos pellizcos y á las quejas, alharacas y chillidos consiguientes alude en el siguiente pregón, que es un verdadero sainete que nada tiene por cierto que envidiar á los del renombrado Ramón de la Cruz y á los del, á mi juicio sin razón, desconocido Castillo, sainete que él representaba remedando los ademanes y el tono de voz de los supuestos é históricos personajes.

«Entro por la puerta e Triana.
Me voy á la puerta e Jeré.
Me llama una mujé.
—Florero *(amariconado)* - ¿es V. Quija?
—Para servir á usté.
—Pues cánteme V. una copla.
—Me voy ar Puerto.
Me voy á Cái.
En Chiclana no hay
Er riquiyo clavé.
Y no hay torero *(hace como que pellizca á la mujer que está descuidada escuchándole.)*
—¡Ay, florero! déjeme usté quieta.
—Y no hay torero
En la España con salero,
A cuartito la rebaná.
Aonde está Domingues—con el ojiyo e menos.
Aonde está er Tatito—con la pierna e menos.
En San Bernardo.
Regaíyas con vino blanco,
A cuartito la rebaná. *(Hace como que tira otro pellizco.)*
—¡Ay, florero! déjeme usté por Dios.
—¡Qué flores! - ¡qué flores!—¡qué flores!
—Andando, pae cura *(como hablando consigo mismo.)*
—¡Corralera! *(dirigiéndose á la mujer.)*»

Hé aquí ahora íntegro el pregón á que se alude en el anterior.

«Me voy ar Puerto
Me voy á Cái.
En Chiclana, en Chiclana no hay
Er riquiyo clavé
Y no hay torero,
Y no hay torero,
En la España con salero
Aonde está Domingues—con el ojito e menos.
Aonde está er Tatito—con la pierna e menos
A cuartito la rebaná.
¿Aonde está Charpiya?
¿Aonde está Arjoniya?
Er probesito en la Habana ya murió.
En Utrera Juan León.
En Sevilla Juan Pastó.
Venir por flores,
Ar jardín de la alegría
De toos colores:
Estreyitas de la má.
Y arbahaquiya de limón
Y arbahaquiya de limón,
En er carmín,
En er carmín,
Cantillana en Cantillana,
En Chiclana el Chiclanero.
En España con salero
Quijaíya er rosero,
La rosa e la vitoria
Mosquetas encarnás,
Re, pin, pin, pin, pin, pin, pinpín.
Re, quin, quin, quin, qûin, quinquín.
Traigo nardos, jazmines,
Resedanes, reinúnculos, violetas
Muy bonitas
Jazminín—rebibibín—binbín,
Jazminín—rebibibín—binbín,
¡Qué flores!—¡qué flores!
Y están regás con vino
E á cuarenta cuartos.
Er que las ve—las yeba.
¡Qué bonitos!—¡qué vivitos.
Mis claveles.
Que á canela y clavo.
¡Cómo huelen!—¡cómo huelen!—¡cómo huelen!»

Como se ve, la primera mitad de este pregón puede considerarse como una relación conmemorativa de las desgracias, muertes y excelencias de los más famosos toreros, tales como Domínguez, Antonio Sánchez, conocido por el Tato, Juan Pastor, Juan León, Francisco Arjona Guillén (Cúchares), el gran Francisco Montes (Paquiro), José Redondo (el Chiclanero), Cantillana, y el banderillero Charpilla. El pueblo conserva en sus producciones la memoria de los hombres que se distinguen en cualquier oficio, profesión ó habilidad: ¡cuántos datos históricos no se han perdido por no consultar estás riquísimas minas de conocimientos! ¡Cuántos nombres de personajes, de héroes quizás, enteramente desconocidos, no existen en nuestros *Refraneros!* Afortunadamente, hoy que la ciencia ha probado que nada, absolutamente nada, es desperdiciable, se recogen con amor estas producciones útiles para el etnólogo y el psicólogo. En la segunda mitad del pregón en que nos ocupamos, se enumeran una porción de flores designándolas con el nombre vulgar, razón que nos mueve á creer que podrá ser leído con gusto por los que se dedican al estudio de la *Botánica popular*, en la que tan lindos trabajos tiene hechos la distinguida escritora italiana señorita doña Carolina Coronedi Berti. Las flores mencionadas en este pregón, son, por lo general, harto conocidas: las llamadas *estrellitas de la mar* corresponde á una especie de flores compuestas de la tribu de las asteroideas, *bellis annua;* la *albahaquilla* de limón, es una especie de albahaca fina que tiene la hoja grande; la mosqueta encarnada, la *rosa índica*, los resedanes, el *reseda odorata*, etc.

Este aspecto de los pregones es por sí sólo lo bastante interesante para movernos á su estudio: por ellos sabemos que hay brevas muy ricas en Almonte, excelentes naranjas en Mairena y Gibraleón, melones exquisitos en la Isla, peras de superior calidad en Priego y Aragón y, muy buenos también, damaseos en la Palma, melocotones en la Sierra, higos en Lepe, peros en Ronda, tomates y calabazas en Rota, papas en Sanlúcar, granadas en Alcalá, uvas moscateles en Chipiona, y á qué más? sandías sin igual en el cortijo de Quijano, próximo á Santiponce.

No todos los pregones de Quijá eran tan largos: uno de los que cantaba con más frecuencia era este, que entonaba unas veces andando, otras parado y echando á andar al decir el último renglón:

Tlibili, tlibili—¡Tormenta!
¡Vayan buenas!
¡Qué flores!—¡Jardín de Cái!
Vamos allá, pae cura.

Estos y no más son los pregones de Quijá que hemos logrado reunir hasta ahora: nos han sido dichos por un sobrino suyo, autor del que encabeza este artículo, que también pregona muy bien, siendo hasta ahora el que más ha conseguido imitar á su inimitable tío. Este no tuvo rival en sus pregones, que valieron siempre mucho más que sus flores; mas ¡ay! que su misma habilidad le costó quedarse ciego y perder la vida, pues se dió al aguardiente y ya no vendía ni pregonaba para llevar un bocado de pan á su familia, sino para mantener su vicio; en sus últimos tiempos ya Quijá llevaba siempre su canasto vacío; no parecía sino que las flores habían huído asustadas de su implacable enemigo, de ese horrible veneno que abrasa las entrañas de la pobre y honrada clase jornalera. Compadezcamos y olvidemos las debilidades del hombre, que tan caras pagó, y recordemos que durante mucho tiempo él solo animaba y alegraba las calles de Sevilla cuando entraba por ellas con el sombrero ladeado y su canasto de flores en el brazo izquierdo, gritando:

¡Vayan buenas!
¡Qué flores!—Jardín de Cái!

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ

EL CIRCO NÁUTICO DE PARÍS

El nuevo circo que los señores Oller han edificado en el solar antes ocupado por el antiguo Salón Valentino en la calle de San Honorato, de París, está construído de tal modo que durante la temporada de invierno pueden alternar en él los acostumbrados espectáculos acrobáticos, gimnásticos y ecuestres con exhibiciones y justas náuticas ejecutadas en el recinto de la misma pista; y además se puede trasformar durante el verano la instalación actual en una vasta piscina de natación, análoga á las de la calle de Rochechouart y de Chateau Landon.

Para que el local reuniera estas condiciones, tan nuevas como originales, ha habido que levantar el edificio con disposiciones arquitectónicas y de construcción especialísimas, de las que daremos á conocer los principales detalles.

En medio de la sala hay una gran cuba de betón, de veinticinco metros de diámetro interior por tres de profundidad en la mayor parte de su superficie; y en el centro de dicha cuba está la pista que tiene $13^m,50$ de diámetro, limitándola una verja metálica sostenida por veinte pilastras de hierro, en las cuales se apoyan las cuchillas también metálicas, en que descansan las gradas y los palcos, sobre los cuales corre una extensa galería. Toda la armazón se puede desarmar fácilmente.

La cuba forma una piscina permanente, en cuyo centro se ha colocado un ascensor hidráulico que sostiene un pavimento calado del mismo diámetro que la pista, sobre el cual se extiende una alfombra de fibras de coco, de cinco centímetros de grueso, puesta en lugar de la capa de arena de las pistas ordinarias, y que, á la par que proporciona á los cascos de los caballos un buen punto de apoyo, tiene la ventaja de suprimir el polvo por completo.

El agua que llena la cuba hasta la altura del pavimento ó plataforma de la pista pasa al través de ella, por los calados que contiene, cuando se baja el ascensor; de modo que la primera parte del programa consiste en quitar la alfombra y bajar el pavimento.

Maniobra para quitar la alfombra. - Esta operación, representada en la fig. 1, no dejaba de ofrecer dificultad, pues la alfombra tiene $13^m,50$ de diámetro, y pesa dos mil kilogramos, y la flexibilidad de este largo rollo no permitía manejarle como un fardo rígido Se han obviado estas dificultades del modo siguiente: se comienza por replegar los bordes de manera que formen un rectángulo; después, dos brigadas ó grupos de criados enrollan la alfombra paralelamente al eje del corredor de salida, avanzando un grupo hacia otro; unas correas fijas á la parte inferior de la alfombra facilitan el enrollamiento. En seguida se coloca en cada uno de los extremos de aquella una especie de carretón compuesto de dos vigas puestas sobre ruedas, y reunidas sólo en la parte superior con unos travesaños, lo cual permite situar estos carretones encima de la alfombra; se introducen por debajo de la alfombra enrollada cuatro cabos ó cuerdas recias (dos por carretón), que pasan sobre unos ganchos de que están provistos los montantes de las vigas, y se levanta así el rollo. Hecho esto, los mozos le pueden retirar ya empujando los carretones (fig. 1): la operación dura unos diez minutos.

Ascensor que sostiene el pavimento de la pista. — Este pavimento ó plataforma debía tener la rigidez suficiente para poder soportar sin marcadas trepidaciones los choques inherentes á los ejercicios ecuestres. Al efecto está sostenido por veinte soportes de hierros cruzados que radian del centro á la circunferencia, enlazados en sus extremos y en los puntos intermedios por una serie de coronas metálicas: el conjunto reposa en la cabeza del émbolo del ascensor.

Las condiciones impuestas á M. Edoux, encargado de la construcción del ascensor, se resumen como sigue:

1.ª Para las funciones de invierno, es necesario que el aparato pueda desaparecer, aunque sea en medio de una representación, de modo que la pista se trasforme rápidamente en una piscina destinada á los ejercicios náuticos.

2.ª Durante el verano, el pavimento se mantendrá en la piscina á la altura de $0^m,90$ bajo la superficie del agua, de manera que forme el fondo de la parte del baño reservado para las personas que no sepan nadar; mientras que la parte periférica constituirá el baño grande.

Bajo la acción del agua comprimida el émbolo del ascensor puede subir ó bajar por un cilindro de guarnición estanca colocado en el centro de la cuba; cuatro bombas conjugadas suministran el volumen de agua necesario, que asciende á unos trescientos litros por cada maniobra; la presión varía de 25 á 35 atmósferas, según la mayor ó menor altura de inmersión de la pista. El peso total de este conjunto movible es de unos 30,000 kilogramos, y la altura que ha de recorrer, de tres metros. El descenso exige de uno á dos minutos, y en la subida se emplean de cinco á seis, exigiéndose una fuerza de cinco caballos.

Para guiar en su marcha ascendente ó descendente una plataforma de 150 metros cuadrados de superficie y para



EL HERBORIZADOR EN VIAJE, cuadro de B Nautier



NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, estatua de don Maximino Sala
premiada en el concurso abierto por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, y que debe servir de remate á la nueva cúpula del templo del mismo nombre



F. A. A. E. LISZT, eminente pianista y compositor musical



ENRIQUE TAYLOR, notable poeta dramático

fijarla con seguridad una vez terminada la subida ó la bajada, se requerían disposiciones particulares. Lo primero se ha conseguido por medio de correderas fijas en la corona metálica que enlaza las columnas ó soportes del pavimento, y que se deslizan á frotamiento suave por unas guías verticales perfectamente rectas.

La fijación se efectúa por medio del movimiento de reposo llamado de bayoneta: los veinte pilares fijos que sostienen las gradas están provistos de unos pies sobre los cuales se apoyan las veinte columnas del pavimento. Con este fin, cuando el émbolo ha llegado al término de su carrera, se hace girar la pista, por medio de una corona dentada y de un piñón que se puede manipular fácilmente, lo necesario para desprender las correderas de sus guías, y se pone así cada columna derecha con los pilares; después se comunica un ligero movimiento de bajada á la pista, y las columnas vienen á reposar sobre los pies, que están provistos de placas aisladoras de cauchú para amortiguar las trepidaciones.

El descenso se efectúa haciendo la misma maniobra, pero al contrario: levántase primero ligeramente la pista para separar las columnas de los pies, se vuelven á colocar las correderas en sus guías con un movimiento de rotación, y se hace salir el agua por debajo del émbolo.

A pesar de la rigidez de la plataforma y de quedar perfectamente sentada, merced al sistema que acabamos de describir, el constructor M. Edoux ha creído conveniente sostener la pista en algunos puntos intermedios entre la cabeza del émbolo y los pilares de las gradas. Con este objeto ha colocado simétricamente cinco columnas á $1^{m},50$ del eje del émbolo: sus cabezas penetran libremente en unos collares fijos á los brazos de un crucero pentagonal, el cual está sostenido á su vez por una corona adaptada á la cabeza del émbolo, de suerte que en el movimiento ascendente las columnas se levantan al mismo tiempo que la pista, y se desprenden enteramente de los collares cuando ésta ha llegado al término de su carrera. Se imprime al crucero y á las columnas un movimiento de rotación análogo al comunicado á la plataforma para aplicarla sobre sus pies ó arrastraderas, y las columnas descansan entonces en unos patines encajados en el fondo de la piscina.

A la bajada, vuelven á acercarse al eje de sus collares, y entran en ellos progresivamente.

Para cumplir la segunda parte del programa (disposiciones para la piscina de natación) los veinte pilares fijos del contorno están provistos de otros tantos soportes articulados, fijos á una altura correspondiente á la que se quiere dar al baño pequeño. En invierno, los soportes están vueltos de modo que no pueden impedir la subida y bajada de la pista.

Alimentación y desagüe de la piscina. - Según hemos dicho antes, la piscina está formada por la cuba central, que contiene 1,200 metros cúbicos de agua calentada á unos 23°. Se la llena la primera vez con ayuda de las bombas, que extraen el agua de un pozo de 80 metros de profundidad; cuando sale tiene unos 12°, y después se la calienta con las aguas de condensación de las máquinas de vapor que alimentan los aparatos del alumbrado: el volumen de agua calentada que se recibe cada hora es de cincuenta metros cúbicos. Como en las máquinas se engrasan los cilindros, las aguas de condensación, antes de llegar á la piscina pasan por dos cubetas desengrasadoras, saliendo de ellas por la parte inferior, suficientemente despojadas de las materias que han recogido. Para mayor seguridad, la misma piscina está provista de una salida para el líquido excedente, formada por una canal circular. Para vaciar el agua progresivamente se emplea un sifón que desemboca hacia el fondo, y en el que el agua caliente, al llegar á la parte alta de la piscina, rechaza poco á poco el agua más fría. Unos eyectores ponen el brazo horizontal del sifón



FUGA DESESPERADA

en comunicación con el aire para que no se llene enteramente de líquido y no recoja una cantidad de este superior á la alimentación.

Si se quiere efectuar rápidamente el desagüe se han de emplear bombas de alimentación de las máquinas motoras, haciendo que se comuniquen con la piscina por una disposición especial.

El agua se mantiene fácilmente á una temperatura de 23°, porque las pérdidas de calor son relativamente escasas, y además se evitan estas pérdidas introduciendo en ella el aire caliente, que sale por debajo de las gradas á la temperatura de 40°.

En verano se retirará el armazón de las gradas, y se dispondrá así de una piscina de 25 metros de diámetro, que se puede alimentar á razón de 50 metros cúbicos por hora, lo cual permite renovar el agua del todo en dos días. La instalación de los cuartos para los bañistas comprenderá dos pisos, uno á la altura de los palcos y el otro al nivel de la piscina; el primero se formará suprimiendo los tabiques de aquellos, que se trasportarán al pasillo inmediato, ahora exterior á la sala; el segundo se organizará en la galería circular que rodea la piscina. Los tableros que ahora están adosados á la pared se trasladarán hasta el centro de la galería, y se practicarán en ellos las debidas separaciones por medio de tabiques: el número de cuartos en cada piso podrá ser de sesenta.

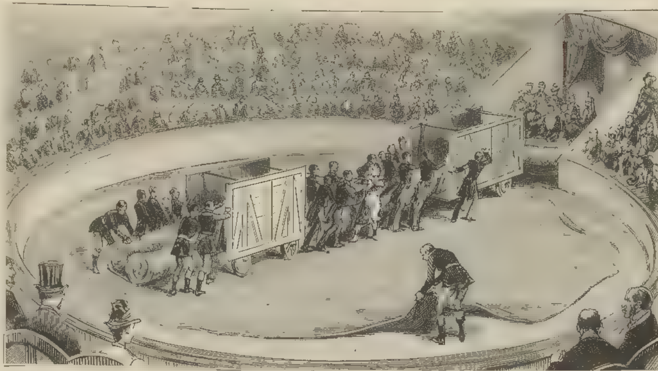


Fig. 1. El nuevo Circo de París. – Operación de quitar la alfombra de la pista

La piscina se compondrá de dos partes de profundidad desigual: la parte céntrica, apoyada en el pavimento, que sólo se bajará 0m,90 y que estará sostenida por los soportes articulados de que se ha hecho mención antes, formará el baño pequeño, puesto en comunicación con la galería exterior por una especie de puentecillo; y la parte periférica constituirá el baño grande, de unos tres metros de profundidad.

Calefacción y ventilación. – Además de las condiciones ordinarias que se debían obtener para asegurar convenientemente esta parte del servicio, era necesario ocuparse en evitar las condensaciones del vapor de agua que no habrían dejado de producirse en las paredes y el techo con grave perjuicio de las pinturas, y hasta de los espectadores, sobre los cuales habría caído aquel convertido en gotas. Se ha conseguido haciendo penetrar en la sala, cuya capacidad es de 15,000 metros cúbicos, una masa de aire muy superior á las necesidades ordinarias de la ventilación, es decir, 40,000 metros cúbicos por hora.

Un ventilador de 2m,25 de diámetro aspira el aire puro sobre el tejado y le impele á las mangas de tres caloríferos del sistema Perret. El aire cálido se difunde por un humeral ó especie de conducto formado por una de las paredes de la galería circular practicada alrededor de la piscina, y llega con una temperatura de 40° á las bocas dispuestas debajo de las gradas, y á la altura del suelo de los pasillos, saliendo por la cúpula superior, cuyos orificios se pueden obturar cuando se quiera. Si la temperatura se eleva demasiado, suprímese momentáneamente la llegada del aire caliente, y la sala se ventila entonces por los intersticios de las puertas; pero en ningún caso se produce corriente alguna de aire frío, puesto que lav entilación se alimenta durante la momentánea supresión de la entrada del aire caliente por el que penetra por los pasillos. De este modo la regulación de la temperatura es sumamente fácil, y se obtiene con notables condiciones de igualdad, entre los 18° y 20°, lo cual se consigue muy rara vez en los teatros actuales.

Para preparar la sala antes de la entrada de los espectadores, se la caldea haciendo aspirar por el ventilador el aire que contiene, y cerrando del todo la evacuación por la cúpula.

Alumbrado. – La electricidad es la que lo suministra totalmente; pero M. Solignac le ha variado hábilmente según las dimensiones de las superficies y la naturaleza de las necesidades que se han de satisfacer. La pista recibe la luz de ocho lámparas-sol de cristales opalescentes, y de una estrella superior de diez bujías Jablochkoff dispuestas horizontalmente; además hay una guirnalda luminosa, compuesta de cuatrocientas lámparas incandescentes de Edisson. Las diversas coloraciones de estas luces armonizan perfectamente entre sí, y con el tono amarillo claro del decorado de las paredes. El vestíbulo de entrada se ilumina con lámparas incandescentes, que forman como otros tantos clavos de oro y hacen que se destaquen las vigas aparentes que hay á los lados de los artesonados del techo. El mismo sistema se emplea para el alumbrado de los pasillos y el de los sesenta palcos que hay en el contorno del circo; unas pantallas de tulipán de tinte sonrosado tamizan la luz en el exterior y la reflejan en el interior, constituyendo así reflectores trasparentes del más agradable efecto. En la entrada hay cinco lámparas de arco voltaico de Street y Maquaire, y cuatro lámparas sol en el café.

Para que no se deba temer ninguna extinción total de la luz, las lámparas incandescentes, en número de 1,200, de medio ampère cada una, están colocadas en tres circuitos diferentes; de modo que si uno de estos llegara á romperse, aun quedaría suficiente luz con la proporcionada por los otros dos; en los palcos, por ejemplo, de cada cinco lámparas, dos están en comunicación con una dinamo Edison de veinticinco caballos, dos con otra y la quinta con una batería de sesenta acumuladores, que se cargan durante el día por medio de una de las dinamos. Las lámparas de arco voltaico y las bujías Jablochkoff se alimentan por dos máquinas de movimiento alternativo del sistema Maquaire, excitadas por dos pequeñas dinamos Gramme.

Las máquinas motoras son tres; dos de ellas, de sesenta caballos cada una, están acopladas al mismo volante que trasmite el movimiento por una serie de cables de cáñamo á una polea de gargantas múltiples que pone en acción las dos Edisson y las dos Maquaire. La tercera máquina es de treinta caballos y, juntamente con una de las dos primeras, puede bastar para el alumbrado. Todas son del sistema Corliss, y han sido construídas por Lecouteux y Garnier.

Las calderas son del sistema Collet y están provistas de parrillas de las llamadas inmergidas de M. Miguel Perret, en las cuales, lo propio que en sus hogares, se pueden quemar combustibles menudos y de poco valor.

Las disposiciones arquitectónicas están muy bien entendidas; el decorado general se ha hecho con un gusto y una riqueza sumamente notables, siendo dignos de llamar la atención los frescos de M. Delaunay, que representan asuntos ecuestres. En resumen, el Circo náutico no merece sólo el favor del público por ofrecer un atractivo completamente nuevo, debido á la ingeniosa combinación de los señores Oller, sino que también es digno de la atención de los ingenieros por constituir una obra llevada á cabo con el mejor éxito, y en la cual se han resuelto las cuestiones técnicas impuestas por el objeto especial á que está destinado.

C. RICHOU

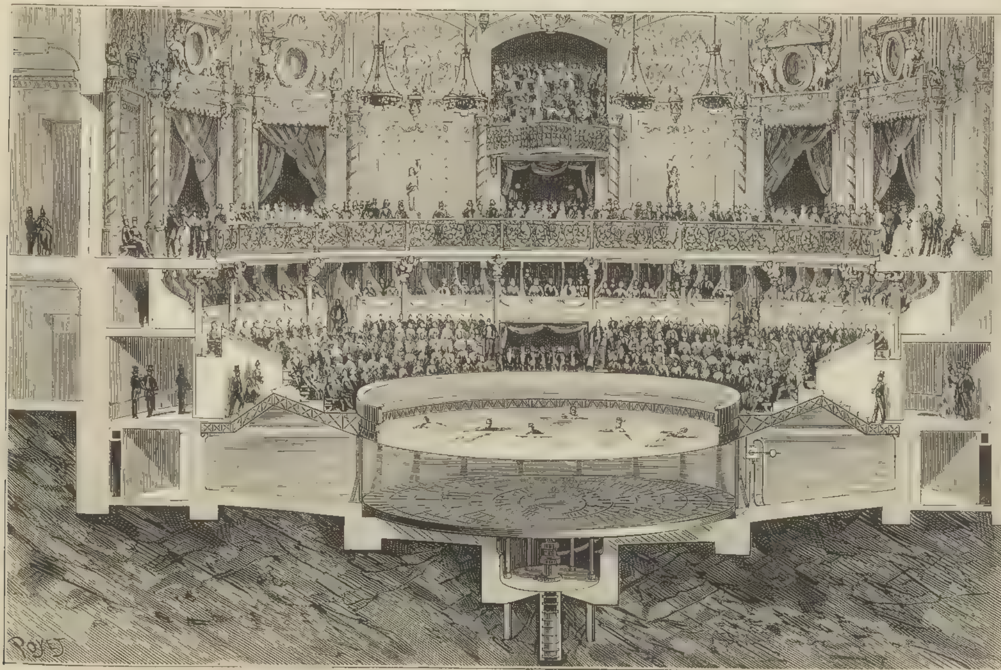


Fig. 2. – Sección del circo náutico (nuevo Circo) en que se ve la colocación de la piscina y del ascensor de la pista



de la bahía de Sandakán (N. E. de Borneo). – Dibujo de E. Ronjat, tomado de unas fotografías de MM. J. Montano y P. Rey

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

V

La bahía de Sandakán (nordeste de Borneo). El golfo de Davao (sudeste de Mindanao)

20 enero 1880. – El mar del Norte está sumamente picado; una fría lluvia nos oculta las islas y los arrecifes del archipiélago de Tawi-Tawi, que se extiende entre Joló y Borneo, desde el nordeste al sudoeste, y separa el mar de Mindoro del de las Celebes. Anclamos á las diez de la noche en la bahía de Sandakán, delante de *Elok Pura* (bella ciudad en malayo), en el punto que nuestras cartas geográficas designan con el nombre de Tong Papal.

Hace seis meses no se veía caseta alguna en estas montañas, destinadas tal vez á un gran porvenir; Elok Pura es hoy la capital de la *Compañía Británica del Norte de Borneo*, que ha adquirido en completa soberanía de los sultanes de Joló y de Broeni 40,000 kilómetros cuadrados en el norte de Borneo.

El residente (director de la compañía) M. W. B. Pryer, cumplido caballero y notable entomólogo, nos recibe como á cofrades; insiste para que vayamos á su casa; y no pudiendo vencer nuestra resistencia, pues tememos entorpecer los trabajos que en aquella se ejecutan, nos instala en la caseta más nueva de Elok Pura.

Los navegantes del archipiélago malayo, atraídos por el comercio de la naciente capital, que figuran aquí en mayor número son los *Biadjaws*, que por su vida errante han merecido el nombre de *gitanos del mar;* no se les debe confundir con los malayos, á los que son muy superiores bajo el punto de vista antropológico, ni con los *Bughis*, que se hallan á menudo en la bahía de Sandakán. En todas partes, desde Luzón á Borneo, encontramos razas que difieren á la vez de los malayos y de los Negritos; y también vemos que estas razas de un tipo superior son menos poderosas que los malayos, hecho que no se puede atribuir enteramente á la influencia del Islam, pues la conquista del archipiélago por aquellos es anterior á su conversión al mahometismo.

6 febrero. – Después de algunas excursiones al rededor de Elok Pura marcho hacia el río *Sagaliud*, que desagua en el golfo de Sandakán, detrás de *Hadji Pulu*. Voy á estudiar allí los *Buled Upih*, indígenas cuyo tipo antropológico tiene el mayor interés. Anclamos por la noche cerca de Timban, pueblo de emigrados de Joló.

7 febrero. – Emprendo la marcha á las cinco y media de la mañana. La costa se deprime; sus contornos indecisos, y la vegetación de los paletuvios (1), que sustituye á las altas esencias, anuncia la inmediación de la desembocadura del Sagaliud, en el que penetro á las nueve y treinta minutos con la marea baja. Obstruye la desembocadura una barra que franqueo por un canal estrechado, cuya profundidad varía 90 centímetros á 1m,50; pero un instante después hallo un fondo de cinco á siete metros. Las orillas, muy bajas, están sobrecargadas de paletuvios, á los que poco á poco suceden los *nipah*.

Varias corrientes de agua van á verterse en la porción terminal del Sagaliud, y mi guía, despues de interrogar los cuatro puntos cardinales confiesa que no le es posible reconocer el verdadero curso del río. La mayor parte del día se pasa en practicar reconocimientos bajo un sol abrasador, y al fin descubrimos por la tarde el verdadero curso del Sagaliud. A las palmeras nipah sucédense á su vez las altas espesuras de la selva virgen; y á partir de este punto, secundados por la marea, avanzamos entre dos ribazos cubiertos de follaje, en medio de los cuales se precipitan las aguas del río como en una garganta profunda. Hasta mis remeros parecen dominados por la majestad de tan magnífico paisaje: de vez en cuando, el silencio de esta imponente soledad se interrumpe por gritos roncos y rugidos; los árboles de la orilla relucen bajo un polvo invisible; y á intervalos oímos muy cerca un ruido de ramas rotas y abejucos desgarrados, que poco á poco se pierde en lontananza. Además de los ciervos y de los jabalíes, estos bosques sirven de albergue á los elefantes, los rinocerontes, los urangutanes y los monos de otras especies. Inútilmente trato de herir alguno; la cortina de follaje que los oculta agítase en todos sentidos, pero mantiénese impenetrable.

8 febrero. – Llegado á primera hora á Sagaliud, el mísero pueblo de los Buled Upih, recíbenme bastante bien. Estos indígenas, cuyos caracteres son casi europeos, tienen mediana talla, de 1.583 milímetros por término medio, según mis observaciones; y color relativamente claro; distínguense como intrépidos cazadores, y matan rinocerontes y elefantes con malos fusiles, cargados de pedazos de plomo, que ni aun son del debido calibre.

16 febrero. – Después de trazar el curso del río Sagaliud vuelvo á Elok Pura, donde encuentro al señor Rey, que ha formado buenas colecciones, á las cuales agregaré hoy una nueva muestra.

Hace ya largo tiempo que viajamos en los países de los crocodilos, y en condiciones esencialmente favorables para encontrarles, pero aun no hemos visto ni uno solo: todos los europeos formales á quienes hago esta observación me contestan que no han sido más felices que yo; mas por fortuna, hoy llenamos este vacío. Cuatro naturales nos traen un crocodilo joven, vivo y bien atado. Ahora se trata sólo de quitarle la piel; y como padezco mucho por efecto de las picaduras recibidas de las sanguijuelas en los bosques de Sagaliud, confío esta importante operación á mi muchacho Juan, que si bien sufre por la misma causa, no se halla tan aquejado como yo. Juan, que con frecuencia nos ha ayudado en nuestras operaciones, pero que nunca tuvo el honor de trabajar solo, acepta muy contento; instálase cómodamente en la galería, amarra el crocodilo á una viga, le estrangula por el clásico procedimiento del *garrote vil*, y después, con mano firme, practica una incisión en la piel del esternón. En el mismo instante, un estrépito espantoso me hace ponerme en pie; Juan y el muchacho del señor Rey están tendidos boca arriba en medio de instrumentos, de tablas y de cajones derribados; la muerte del crocodilo era sólo aparente; al sentir el escalpelo cortándole la piel, ha roto sus ligaduras y saltado por encima de la balaustrada de la galería; y ahora se dirige hacia la orilla del río, franqueando, como el caballo en una carrera, los troncos diseminados en el suelo. Desde Elok Pura, situado al pie de nuestra colina, se ha visto este drama; todas las puertas se cierran, y la única calle de la ciudad, tan animada á esta hora, queda al punto desierta. Avergonzado, y fuera de sí, Juan se lanza en persecución del fugitivo, agárrale por la cola, y consigue volverle de espalda; el temible animal, ya sin defensa, sufre poco después la operación, y vemos que contiene una enorme cantidad de alimentos, sobre todo peces, reducidos en su volumen por la compresión de las poderosas túnicas musculares del estómago.

Enfermo, así como Juan, á causa de la fiebre y de las picaduras de las sanguijuelas, estoy prisionero en mi caseta y paso las noches sin dormir, distrayéndome sin embargo un poco la música del kuling-tangan (orquesta malaya), que con motivo de no sé qué fiesta indígena, toca todas las noches. Esperamos con impaciencia un buque libertador, cuando por una rara casualidad ancla en la rada el *Kerguelen*, crucero de nuestra división de los mares de China; su comandante, el capitán de fragata Mathieu, tiene á bien desviarse de su ruta para conducirnos á Joló.

3 marzo. – Nos despedimos de M. W. B. Pryer, que me ha dispensado las mayores atenciones. El *Kerguelen* endereza el rumbo hacia Joló, donde ancla el 4, á las seis de la tarde, habiendo recorrido con una precisión y rapidez extraordinarias este difícil trayecto, en un mar sembrado de escollos, y cuyas cartas geográficas están plagadas de errores.

Aunque padezco mucho, los dos días que he pasado á bordo del *Kerguelen* serán uno de los mejores recuerdos de mi viaje, pues el capitán, M. Mathieu, y su oficialidad nos dispensan la acogida más afable y más cordial.

Es preciso permanecer un mes en Joló, esperando ocasión para ir al sudeste de Mindanao; y paso todo este tiempo en cama, lo cual me permite al menos apreciar los solícitos cuidados del señor Rey y del excelente doctor D. Manual Rabadán, que ha llegado á ser también mi amigo. Debo elogiar también mucho las delicadas atenciones de todos los españoles.

6 abril. – Nos embarcamos á bordo del *Passig*, siempre mandado por el simpático D. José Zavala. La primera persona que encontramos á bordo es el coronel D. Joaquín Rajal y Larre, nombrado recientemente gobernador de la provincia de Davao (sudeste de Mindanao), quien nos asegura que hará uso de toda su autoridad para facilitarnos nuestras investigaciones.

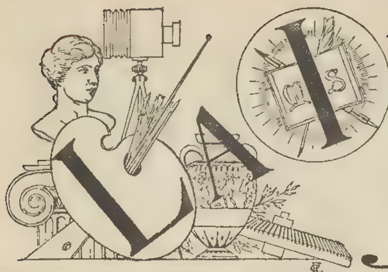

Un crocodilo resucitado

Mindanao es la isla más grande de las Filipinas, exceptuando la de Luzón; su superficie se calcula en 94,400 kilómetros cuadrados. Por el norte, Mindanao da frente á las islas Bisayas; está limitada al oeste por el Océano Pacífico; su costa meridional, bañada por el mar de Mindoro, está recortada por profundas bahías, entre ellas la de Illana, base de operaciones de los piratas, cuyo principal establecimiento dominaba el Río Grande.

(Continuará)

(1) *Avicennia alba* (Verbenáceas).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 10 DE MAYO DE 1886 — NÚM. 228

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡DESDICHADA!..... cuadro de A. Guinea

Este cuadro resuelve una gran dificultad pictórica, ó sea representar el dolor, el abatimiento, y, lo que es más difícil, la vergüenza, por medio de una figura cuyo rostro esté absolutamente oculto para el espectador. Esa dificultad aparece completamente vencida en este lienzo, verdaderamente dramático. A la vista de esa mujer, sola, sin defensa alguna contra la tempestad que amenaza, estatua de la insensibilidad ó la indiferencia por todo cuanto la rodea, surge espontáneamente un drama íntimo, el drama de la joven vilmente seducida y más vilmente abandonada. Obligada por la miseria se separó de sus padres, y perdida en el desierto de la vida, cometió la torpeza de cogerse á la mano que creyó tendérsela generosamente. ¡Pecó!.... Y tras un día de confianza entrevé una eternidad de remordimiento; antes era el mundo un desierto para ella, ahora el desierto, el vacío, las tinieblas, están en su corazón. ¡Oh! ¡Quién la diera cerrar los ojos de su alma como cierra los de su ajado rostro!... ¡Quién la diera ocultarse de sí misma como se oculta de las gentes que no tienen que acusarse una falta!...

Tal es la impresión que causa esta notable obra, tratada con un talento exquisito y que, sin medios rebuscados ni efectos de relumbrón, conmueve cuanto el autor puede haberse propuesto. Dos tempestades rugen en este lienzo: quien no vea sino la que estalla en la atmósfera, ha de entender poco de la forma que adapta el sentimiento.

EN LA COCINA, cuadro de Francisco Vinea

El autor de este lienzo es de aquellos artistas que opinan que las escenas de la vida moderna son demasiado vulgares para que produzcan el debido efecto tratadas pictóricamente. No es, por cierto, Vinea el único que de esta manera piensa en materias de arte, y aun la generalidad se inspira mejor en asuntos de otros tiempos que en los tipos, trajes y costumbres de nuestros contemporáneos. Parece como que el artista conozca mejor el pasado que el presente, ó que creyendo que las manifestaciones de la pasión tenían forma más dramática en los tiempos que fueron que en los nuestros, busque en aquéllos una inspiración que le niega nuestra menguada sociedad.

Sin aplaudir ni criticar de momento esa tendencia de muchos pintores, diremos que Vinea siente marcada predilección por la época de la dominación española en Italia y que sus paisanos sostienen que sus tipos de soldados y las escenas á que dan lugar se hallan tan exactamente reproducidos, que sus cuadros pueden creerse copias de sucedidos presenciados por el autor. Buena prueba es de ello el cuadro que hoy publicamos, lleno de vida y movimiento: sus grupos hábilmente dibujados y distribuídos, los tipos y trajes de las figuras, sus actitudes, el carácter algo licencioso de la escena, que á pesar de todo no degenera en grosera chocarrería; todo revela conocimiento de causa, investigación, habilidad consumada en la representación de lo que pudiéramos llamar, ampliando el título de nuestro cuadro: En la cocina... de un país conquistado.

SERENATA VENECIANA, cuadro de H. Makart

Nuestros favorecedores conocen ya varios cuadros de este insigne artista, á quien la muerte ha detenido en el camino de una gloria cada día más legítima y una fortuna cada día más acrecentada. Del autor y de sus condiciones nos hemos ocupado en precedentes números: el grabado que hoy publicamos justifica el privilegiado genio de ese hombre que supo, sin salirse de la realidad de las cosas, vagar por los dorados espacios de la más poética fantasía.

En el lienzo «La Serenata» plúgole trasladarnos á la incomparable Venecia en los tiempos de su mayor esplendor; pero rechazando la costumbre generalmente seguida por otros artistas, no ha pintado Makart la ciudad del palacio ducal y del puente de Rialto, la ciudad de las iglesias que parecen museos y de las góndolas que parecen ataudes... Puesto que Venecia ha sido un tiempo la reina del mar, en el mar ha ido á buscar la Venecia del fausto y del poderío, de las mujeres agraciadas y de los galanes trovadores.

La escena tiene lugar en el Adriático; esos buques que flotan sobre las aguas mansas son los rivales del Bucentauro, el palacio flotante de la poderosa República, buques construídos de maderas preciosas, con velas bordadas de oro, palos con incrustaciones de marfil y remos con arabescos de nácar y corales. Makart ha visto en el arsenal de Venecia los despojos de esos buques y los ha reconstruído tales como fueron, por más que esas maravillas del arte naval parezcan elucubraciones de un artista que sueña á orillas de mares de Oriente.

ESOPO, grupo escultórico de Enrique Moller

El autor de este grupo se ha propuesto representar á Esopo, el fabulista, enseñando al pueblo en su período de niñez. Por esta misma razón el autor ha figurado al pueblo en dos niños, el menor de los cuales sólo comprende la parte literal del cuento y le causa proba-



¡DESDICHADA!..... cuadro de A. Guinea, grabado por Sadurní

blemente risa que los animales hablen; pero el otro alcanza algo más y discierne su sentido moral; así lo indica la expresión inteligente de su rostro y á mayor abundamiento la frente, avanzada en madurez, que tiene en la mano y que á estar madura del todo no iría unida á la rama.

Esopo nació por el año 620 antes de nuestra era, se supone que en Frigia. Fué esclavo sucesivamente de varios amos; el último, Jadmon de Samos, le dió la libertad, y Esopo pasó á la corte de Creso, quien le nombró su consejero íntimo y le confió varias embajadas. En una de éstas fué Esopo al famoso templo y oráculo de Delfos cuyos sacerdotes le asesinaron por el año 560 pretextando haber sido insultados por el sabio; mas los dioses, dice la leyenda, le devolvieron la vida. La imaginación popular, para dar á su modo más realce á la sabiduría práctica de Esopo, le atribuyó una fealdad física extraordinaria y no contenta con ésto le hizo jorobado y bufón rústico.

Las fábulas y parábolas de Esopo se trasmitieron en prosa á manera de cuentos de generación en generación, y se sabe que Sócrates se entretuvo en el calabozo poniendo en verso varios de estos cuentos, como hicieron después de él otros.

LAS SEGADORAS, copia del cuadro de Bretón

Uno de los mejores cuadros expuestos por Julio Bretón en el Salón de Bellas Artes de París, es el que representa «Las Segadoras» que hoy tenemos el gusto de publicar en la ILUSTRACIÓN. El artista, á la vez poeta, tiene escrito un precioso poema con el mismo título, y nada mejor que leerle para comprender y apreciar debidamente las bellezas de ese lienzo, cuyos detalles se armonizan singularmente con las estrofas de dicha poesía. Nuestro grabado es una copia fiel de ese cuadro. Hé aquí ahora la traducción de las principales estrofas de dicho poema que se refieren al cuadro.

«El sol, próximo á su ocaso y semejante á un globo de fuego, ilumina la inmensa bóveda celeste con sus postreros fulgores, que coloran de rojizas tintas los prados y la montaña. Las segadoras recogen sus haces de doradas espigas; mientras que el capataz, aplicándose las manos á la boca á guisa de bocina, ordena á las jornaleras que suspendan sus trabajos para entregarse al reposo. A su voz, todos comienzan á desfilar; las mujeres van delante, cargadas con sus gavillas, y detrás van los muchachos, llevando también sendos manojos de la espigada mies. El sol se ha ocultado ya tras la cima de la montaña, y de sus rojos resplandores sólo queda una aureola entre nubes purpurinas. Las segadoras se acercan ya al pueblo, cuyo campanario se divisa confusamente á través de la bruma de la tarde; en la campiña vuelve á reinar el silencio; y allá en el horizonte, limitado por nubes de oro, la pálida luna brilla serena, difundiendo en torno su melancólica luz.»

NIDO ESCARBADO..... FAMILIA DISUELTA

(Conclusión)

Enriqueta se ha puesto muy seria al oir estas palabras. La eterna sonrisa que vaga por sus labios como un reflejo del sol por la superficie del agua, ha desaparecido y se ha puesto pálida. ¿Qué será esto? Yo no puedo descifrar el secreto... ello es que me ha contestado al cabo de un rato:

– Puede V. enseñarme en cambio el inglés.

– Yo me he comprometido á ello y esta tarde he empezado á cumplir mi oferta.

Día 1.º de julio: – Estoy pensando hace media hora en una cosa muy gravísima, mucho. Estoy pensando en el motivo que pude haber hecho que yo mire con tan buenos ojos á Enriqueta. ¿No va á ser *mi madrastra?* ¿Y á pesar de esto la quiero? Anoche, cuando la acompañaba á la playa seguido de su padre y el mío, se le ocurrió á aquél una broma de pésimo gusto.

Mire V., dijo á mi padre, parecen dos novios.
- Y se echó á reir á carcajadas.

Mi padre no contestó nada, pero yo noté en su semblante una contracción colérica y que dirigió la más odiosa mirada á su amigo. Enriqueta oyó las palabras de Arnaldo y me miró sonriendo. ¡Vaya V. á saber lo que decía aquella sonrisa! Bien decía Beaumarchais: «¡Ah, mujer, mujer, mujer!...»

Día 3: – El día 15 empiezan los trabajos preliminares de la pesquería. Hasta entonces no podré ocuparme en nada serio. Habré de apelar á mis libros y á conversar con Enriqueta. Progresa á maravilla en el idioma inglés, aun cuando sus labios de grana no aciertan á pronunciar las más sencillas palabras. Esta mañana me preguntó:

– ¿Cómo se dice *amar* en inglés?

– *Tho love*, – repuse yo. – ¿Quiere V. decírselo en inglés á mi padre?

Enriqueta se puso seria lo mismo que en la tarde primera en que yo la llamé bonita, y digo «primera,» porque después se lo he llamado muchas veces. Recuerdo que entonces recobró pronto su habitual alegría; hoy no ha sucedido de este modo. Apenas ha respondido á mis preguntas, y al traducir el *tema inglés*, no ha acertado con tres palabras seguidas.

Día 7: Mi padre nos ha anunciado después de comer que mañana sale para Barcelona, á donde le llama una carta de su cajero. Enriqueta se ha puesto tan satisfecha como si la hubieran dado la noticia mejor del mundo. ¿Es que no ama á mi padre y desea que se aparte de su lado? Eso bien se ve que... ¿Por qué unirse á él entonces? Arnaldo no hace cosa que su hija no le aconseje, y la menor resistencia de ella desbarataría la boda. Otro misterio. ¡Cuánta duda!

Día 8: – Nuestra lección de inglés ha sido hoy larga.

«Confieso que he visto con gusto el viaje de mi padre, porque su presencia me recuerda siempre sucesos desagradables y tristes. Después de almorzar entré en el gabinete de Enriqueta, y en cuanto me presenté, abandonó su maquinilla de coser y se puso derecha. ¡Esta mujer es demasiado bonita para darla lección diaria de inglés.

Día 10: – »Mañana regresa mi padre y ya no dejará á Cadaqués hasta que se celebre la boda, hasta que se vaya con Enriqueta.

»He invertido tres horas en analizar mis sentimientos hacia ella, y no he sacado nada en limpio.

Día 11: – »Acaba de llegar mi padre. ¡Qué desgracia! Indudablemente: estoy enamorado de la novia de mi padre. Esto es desesperante, atroz, sin comparación posible á cuantos tormentos han ideado los tiranos más crueles de la humanidad.

»Desde que me he dado cuenta de lo que me sucede, mi humor negrísimo é intratable va en aumento.

¡De poco sirven mis lecciones! – me ha dicho hoy Enriqueta.

– ¿Ve V. como tiene razón el refrán? ¡Genio y figura...!

– El refrán tiene razón, cuando las gentes no quieren tenerla. Eso sucede aquí.

– ¿Y V. piensa que yo no quiero ser feliz?

– Lo pienso, y estoy segura de ello.

– No entiendo lo que V. quiere decirme.

Nos han llamado para comer y ha sido preciso suspender la conversación.

Día 11 (por la noche): – »No sé qué he advertido en la fisonomía de mi padre. Distintas veces ha fijado en mí y en Enriqueta una impertinente mirada llena de curiosidad y de amenazas. ¿Sabrá qué es lo que pasa por mi alma? ¿Habré yo revelado mi secreto?»

XX

ESGRIMA

La tarde era hermosa y fresca.

Angel Armengol salió de paseo con uno de aquellos amigos que había visto acompañando á su padre el día en que se encontró con él inesperadamente en el comedor de casa de Arnaldo.

El amigo á quien nos referimos era un lindo sujeto, chisgaravís, doctor en Jurisprudencia, *por Osuna*, como diría Cervantes, y el ente más pedante y ridículo de todos los que se pasean por los claustros de nuestras universidades, y pueblan los bancos de nuestras Academias.

Este doctor *in utroque*, era la sombra viva de Angel Armengol.

Desde que trabó con él conocimiento, no perdonaba ocasión ni momento alguno en que no pusiera á prueba la paciencia y comedimiento de Angel, con sus eternas é impertinentes discusiones.

Este las rehuía con todas sus veras; pero el doctorzuelo poseía un arsenal inagotable de recursos y de armas con que seguir librando sus combates.

En los casos en que no había discusión posible, le dirigía á Armengol estas preguntas ó cosa semejante:

– ¿Sin duda, V., señor D. Angel, ignorará esto ó lo otro? Pues voy á decírselo yo á usted.

Y amontonando palabras sobre palabras, vanas, huecas, sin sentido ni interés, formaba una inmensa mole abrumadora con que aplastaba al fin á todo el que tenía la desgracia de escucharle.

Angel, ya fuese porque de los que había en aquella población era el más ilustrado, ó porque lo violento de su carácter le lanzaba con más prontitud á la arena de las disputas, era siempre la víctima sacrificada sobre las aras de la locuacidad del doctor.

Este le seguía por todas partes, le acosaba y le aburría.

La tarde aquella el doctor dió un nuevo giro á sus discusiones, mejor dicho, las dejó de reserva, poniendo en campaña otros nuevos útiles de combate.

El doctorcillo se hizo murmurador.

– Desengáñese usted, – decía, – yo no puedo creer que Enriqueta se case por amor con su padre de V. Yo que soy más experimentado en las cosas de la vida, y tengo gran conocimiento del mundo, le digo que no pueden mover su corazón sino impulsos bastardos ó poco generosos y puros.

Angel no pudo oir con calma estos insultos inferidos en la honra y proceder de Enriqueta por una persona á quien odiaba con toda su alma.

Se le subió la sangre á la cabeza, cegó, y lleno de ira, al mismo tiempo que de desprecio, y alzando la mano, dió una terrible bofetada en la mejilla al infamante doctorzuelo.

Este comenzó á gritar, á gesticular ridículamente, manoteando en el aire, como nadador en el agua, y haciéndose del valiente y del ofendido.

Exigió de Armengol una reparación pública y humillante de la ofensa que le acababa de inferir, y éste le contestó dándole su tarjeta y diciéndole buscara los padrinos que quisiera, para que ajustaran y presidieran el desafío.

Los padrinos de ambos contendientes convinieron en las siguientes condiciones:

1.ª El duelo había de ser á primera sangre.

2.ª El arma con que se había de jugar sería el sable de gran tamaño, llamado de caballería.

3.ª La hora, á las cinco en punto de la mañana del día siguiente.

4.ª El sitio, en la playa.

A la hora y en el punto prefijados, se encontraban reunidos los dos duelistas con sus padrinos, disponiéndose ya para la lid.

Sonaron en el reloj de la ciudad las cinco y media.

Angel y el letrado tomaron los sables y se colocaron en sus respectivos sitios, uno frente del otro.

Los padrinos se retiraron como unos veinte pasos y dieron la señal.

Llegó el instante del combate.

Las hojas de acero brillaron pálidamente al fulgor todavía tenue de la aurora. Después se cruzaron, chocaron varias veces, dejando oir su acompasado paloteo.

La mano de Armengol lanzaba sobre su contrario tajos, reveses y mandobles, en medio de la mayor serenidad y aplomo.

La del doctor temblaba como la de una mujer.

La frente de aquél estaba serena; la de éste conturbada por horribles temores.

Mas aunque Armengol llevaba todas estas ventajas sobre su enemigo, á más de la de manejar con mayor agilidad el sable, aquél era más astuto en sus golpes, aun en medio de su aturdimiento.

Alcanzóle uno de estos en la mano derecha.

Entonces Armengol acometió con brío y decisión al doctorzuelo, dándole un tremendo sablazo en la cabeza.

La sangre corrió á borbotones.

Acudieron los médicos á curar á los heridos, declarando que la herida del doctor era gravísima y la de Angel no muy liviana tampoco.

El padre de Angel, don Arnaldo y Enriqueta, sabedores del desafío, se habían levantado muy temprano y aguardaban con impaciencia en su casa el resultado triste del duelo.

Don Pedro parecía reconvenirse interiormente, porque en efecto, él era el ofendido en aquel caso, y no su hijo.

Una puerta se abrió penetrando por ella Angel.

Enriqueta al verle con una mano vendada, lanzó un grito, brillaron sus ojos con vivo fulgor, y cubrióse su rostro de densa palidez.

XXI

¡ESTO SI QUE ES GRAVE!

Vagos sentimientos, extrañas ideas, encontrados pareceres se revolvían confusamente en el alma de Enriqueta atormentándola y sumiéndola en una perpetua duda, á la que en vano se aproximaba una y otra luz, permaneciendo siempre oscura y envuelta entre sombras.

Muchas veces se preguntaba, en la soledad y silencio de la noche, á solas con su conciencia y su corazón, si amaba efectivamente á Angel, y amándole, si tendría fuerzas para arrostrar una resolución extraña que coronase este amor recién despertado en su alma, pero que no podía acallar ni volver al sueño de la muerte ó de la nada.

Su viva y lozana imaginación le repetía fácilmente como un espejo los encantos y excelencias de Angel.

En alas de esta misma imaginación se trasportaba dulcemente al tiempo futuro, á aquellos días llenos de amor y de ventura, en que al lado de Angel, siendo su esposa, su confidente, su amiga, le sonreiría el cielo, le encantaría la naturaleza, y gozaría su alma de todas las dichas, de todos los placeres, de todas las felicidades con que premian los dioses buenos á los predilectos del bien, del amor y de la hermosura.

Después, cuando Enriqueta penetraba con su pensamiento más hondamente en el misterio real y verdadero que este amor representaba, el rubor asomaba á sus mejillas, y sus labios se entreabrían con la dulce ansiedad con que se acercaría á su boca un cáliz rebosando de licor ó de néctar divino.

De tan sublimes y encantadores ensueños venía á derrocarla y á precipitarla en el abismo de la desgracia y de la realidad el pensamiento de su padre.

Enriqueta respetaba á su padre, como una hija educada en medio de los más sanos principios morales y religiosos.

Y no sólo le respetaba, sino que le amaba.

¡Había sido D. Arnaldo tan bueno y tan cariñoso para con ella!

¡Le había dado tantos gustos!

¿Cómo, pues, negarse al primer favor que le había pedido aquél, de quien en toda su vida no había recibido sino beneficios.

Y luego, ¡le parecía tan feo á la señorita Enriqueta trocarse de súbito, de ángel bueno y glorioso, en ángel rebelde é infernal!

¿Qué había de hacer la encantadora doncella sino resignarse con su suerte y llevar á cuestas su cruz hasta el Calvario?

Enriqueta ni amaba ni aborrecía á D. Pedro Armengol; le era indiferente; en último caso, le estimaba á la manera que se estima y aprecia una cosa cualquiera en sí, no teniendo en cuenta si podrá servirle á uno para nada, ó si podrá perjudicarle en algo.

Enriqueta, al casarse con el padre de Angel, hasta ignoraba si iba al altar en calidad de víctima ó de diosa.

No la movía el interés ni otra ambición mundana, pues era rica, y además humilde, modesta y conformadiza, obedeciendo en todo gustosa la voluntad de su padre.

Esto, cuando no había conocido aún á Angel.

Desde el momento que le conoció y pudo confesarse que le amaba, – porque esta es la verdad, – el espíritu de Enriqueta había sufrido una gran trasformación.

Varios días habían trascurrido desde aquel en que se verificó el desafío entre Angel y el doctor.

Este seguía aún muy grave, con pocas esperanzas de cura; en caso de que sanara de la herida, se presumía que no quedaría muy en su punto su razón, pues la masa encefálica había sido interesada grandemente por el golpe del sablazo.

Angel se hallaba casi por completo bien de la herida de su mano, la cual no había sido dañada tan considerablemente como al principio se pensó.

Durante su breve enfermedad, Enriqueta había sido su más asidua visitadora, habiendo mediado entre los dos jóvenes los más tiernos coloquios y las conversaciones más interesantes.

Ya no cabía duda; Angel y Enriqueta se amaban; habíanse declarado su amor recíprocamente; y la adoración del uno hacia el otro rayaba en los horizontes de la idolatría.

Una noche, por fin, se hallaban los dos paseándose solos por el jardín, á donde, después de cenar, habían salido á respirar el fresco ambiente del Mediterráneo.

Ambos permanecieron callados, henchidas sus almas de vaga y soñadora poesía.

– ¡Angel! – exclamó repentinamente Enriqueta, toda anegada en llanto. – Una desgracia igual nos une á ambos en la tierra: ni tú ni yo tenemos madre. Mira al cielo. Aunque el hombre no crea en Dios, el hijo siempre cree en su madre. Juremos por las almas de aquellas que nos llevaron en su seno amarnos eternamente.

Angel, conmovido, anonadado, cayó de rodillas á los pies de Enriqueta, y juró amarla toda su vida.

XXII

¡SE VAN!

La catástrofe del drama estaba cerca.

Los acontecimientos iban empujando á los personajes hasta hacerles chocar unos contra otros.

Así lo comprendió Armengol, quien después de permanecer durante un rato á la puerta del cuarto de Enriqueta á donde una magnética influencia le atría, decidióse á entrar donde estaba su amor.

Enriqueta se hallaba sola y en su rostro notábase la sombra de una infinita tristeza.

– ¿Qué ocurre? – preguntó Angel, observando la pena que se retrataba en el semblante de su amada. – ¿Qué te sucede?

Enriqueta calló; pero como Angel repitiera sus preguntas, fuéle preciso contestar.

– Nuestros destinos son distintos. Las circunstancias disponen de nosotros y á pesar de que sentimos el uno hacia el otro el atractivo de la simpatía, del amor, jamás podremos unirnos.

– ¡Jamás! – repitió Armengol, – ¿y por qué jamás?

– Sí; es inútil luchar contra los sucesos: vuelvo á decirlo.

– Se vencen los sucesos; se muda su curso cuando hay voluntad. ¿No decías que la voluntad hace prodigios? ¡Me aconsejabas que me valiese de ella como duro escalpelo para curar las dolencias de mi alma, y demuestras carecer de ese precioso don, apenas una dificultad te sale al paso... Yo creo que no puede haber nada más horrible que asesinar los sueños acariciados por el alma. Antes que permitir ese suicidio, que suicidio es cuando no procuramos salvar el objeto de nuestras esperanzas de la brutalidad del mundo, todo es lícito, todo justo... ¡Dentro de una semana es tu boda! Todos lo anuncian; tú ya lo sabes... No... no hay tiempo que perder. ¿Quieres hacerte infeliz eternamente, labrando al mismo tiempo mi desdicha?

– ¿Qué quieres que haga? Indícame un medio de romper el compromiso en que mi padre se encuentra. El cedería á mi deseo si yo se lo mostrara tan enérgico, tan grande como es... Esto me costaría un sacrificio, pero lo haría.

– ¿Qué dudas entonces?

– ¡Ah! No conoces á mi padre si tal dices. Sería para él un disgusto horrible. ¿Cómo se decide ¡él que es la indecisión misma! á decir á tu padre: «Señor mío: su hijo de V. nos ha destrozado cuantos planes comerciales fundamos en su matrimonio de V. con mi hija?» ¡Ah! Eso es demasiado fuerte para poderlo decir sin que se subleve la indignación en un carácter tan vivo y suspicaz como el de tu padre. Mi padre no se atrevería jamás á dar este paso.

– ¿No hay solución entonces?

– No hay solución, – dijo también Enriqueta, ocultando su rostro entre ambas manos.

Un momento de silencio absoluto sigue á estas palabras, hasta que Armengol, sentándose en una silla baja que había cerca de la ocupada por Enriqueta, exclamó con acento de la más firme decisión:

– Y si yo hallase manera de resolver lo que tú consideras insoluble, ¿aceptarías mis planes?

– ¡Angel! eso equivale á preguntarme si aceptaría la felicidad.

– Es que necesitarías emplear toda la fuerza de voluntad de tu alma para llevar á cabo mis propósitos... Mira, Enriqueta, la situación en que nos hallamos es harto grave y difícil para entretenernos en amorosas retóricas. Hay que hablar con franqueza. Hay que plantear el problema con claridad. Ni tú ni yo podemos dudar del mutuo afecto que ha unido nuestras almas con el hilo de oro del amor, como no podemos dudar tampoco de que un azar maléfico ha apartado nuestros caminos, llenándolos de obstáculos, al parecer insuperables.

El caso es anormal y hay que resolverle también con medidas extraordinarias. ¿No es posible realizar pacíficamente lo que anhelamos? No; tú lo has dicho. Solo un camino queda. Dentro de tres horas zarpa del puerto el vapor *Pichweck-Housee*. Huyamos en él.

Enriqueta no contestó al atrevido pensamiento de su novio. Tenía embargado todo su espíritu con una lucha en que tomaban parte los deberes filiales y otros aún más poderosos ímpetus del corazón; pero su vacilación fué breve, tanto como enérgica y definitiva su respuesta.

– Sí, comprendo que es el único camino que nos queda.

* * *

A las tres de la tarde el *Pickwick-Housse*, lanzando todo su vapor por el silbato, salía de la ensenada de Cadaqués. En la ventanilla de un camarote del buque inglés veíanse dos rostros, uno de mujer, de hombre el otro, que miraban alejarse poco á poco la orilla de donde salieron los dos amantes.

El buque continuó su marcha, y cuando el sol se puso, estaba á la vista de Barcelona. No se detuvo allí tampoco, y siguió la costa del Mediterráneo con rumbo al Sur.

XXIII

CAE EL TELÓN

Para acabar esta relación son precisas muchas cosas, pero ni el tiempo ni nuestro humor, que hoy por hoy es malo, nos dejan buscar todos los datos necesarios á fin de terminar debidamente la historia de nuestros personajes.

Como la curiosidad del lector debe, sin embargo, ser satisfecha, copiamos á continuación dos cartas que un amigo de Armengol, á quien dimos á leer las anteriores cuartillas nos remite:

«En la relación que ha escrito V. faltan datos de importancia.

»Prescindiendo de la claridad con que van narrados los últimos sucesos de Cadaqués, lo cual hasta cierto punto les da cierto carácter, pues la verdad es que fueron todos imprevistos, y sin otra explicación lógica que la lógica del corazón humano, conviene que haga V. algunas revelaciones acerca de los acontecimientos posteriores.

»Diga V. que Armengol y Enriqueta llegaron á Londres sin novedad, á bordo del *Pickwick-Housse*, que aprovecharon muy bien el tiempo para amarse primero y para legalizar su posición después. Ignoro si son completamente felices, pero me parece que lo son en el grado relativo de la ventura terrestre.

»¿Y D. Pedro Armengol? ¡Ah! El viejo comerciante se va haciendo intratable. Yo tengo para mí que ha perdido la lucidez intelectual que antes poseía, porque, dígame usted si es posible en otro caso que repita con frecuencia las siguientes frases:

» – ¡Mi hijo! Mi hijo es un grandísimo tunante. Ha nacido para ser mi martirio. ¡Soplarme la dama! ¿qué les parece á Vds. el pillo?

»En cuanto á Arnaldo, que acompaña largas temporadas á su pariente D. Pedro, le escucha con la sonrisa en los labios y le propone alguna vez *disertar sobre el tema* de si tiene ó no razón para quejarse de Angel.

»Haga V. el uso que estime oportuno de estas noticias.»

Otra carta:

«¿Ha leído V. *La Correspondencia* de anteanoche? Habrá V. visto en ella la noticia de que al excelente don Juan le han ascendido el sueldo á doce mil reales. ¡Albricias para él! ¿Sabe V. por qué méritos ha obtenido tan grande distinción?

»¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!»

J. ORTEGA MUNILLA

EL GRANO DE CENTENO

Para comprender que su tarea era obra de titanes, bastaba considerar que el grano de centeno que arrastraban sus casi invisibles antenas era cuatro veces mayor que su cuerpo. Que el granero estaba lejos lo decía el que en toda la extensión que abarcaba la vista no se distinguía ninguna otra hormiga que viniera á ayudarla en su penoso trabajo. Y sin embargo, ella no cejaba. La fatiga la obligaba á veces á detener su marcha; otras, las ondulaciones que el tacón de una bota había producido en la pasada humedad del terreno, la presentaba una barrera que sólo su ingeniosa paciencia era capaz de vencer. Momentos había en que, forzada á abandonar su para ella preciosa carga, rodaba al fondo de un precipicio de tres ó cuatro líneas de profundidad. Pero el activo animalejo no desmayaba, y trepando con más precaución á la empinada cumbre, se deslizaba de nuevo por ella con su tesoro.

Mi hijo, con la cabecita rubia inclinada hacia el suelo, no la perdía de vista un momento. Sin atreverse á respirar siquiera por no interrumpir aquella azarosa marcha, parecía tener concentrada la vida toda en sus ojos azules, desmesuradamente abiertos, de los cuales separaba de tiempo en tiempo el rebelde mechoncillo de cabello con que el viento le azotaba la frente. En ellos se veía un relámpago de júbilo cada vez que la hormiga salvaba un obstáculo, una sombra de tristeza y desaliento siempre que encontraba uno nuevo.

Yo, que le seguía á corta distancia, no le decía una palabra; él parecía hasta haber olvidado mi presencia. Sin embargo, después de unos cuantos segundos invertidos indudablemente en una fructífera exploración, irguió el esbelto cuerpecillo y con la satisfacción del que ha realizado un importante descubrimiento, me dijo:

– Ya sé adonde va.

Y extendiendo el índice de su manecita carnosa y aterciopelada, añadió:

– Allí.

Con efecto, á corta distancia del sitio donde nos hallábamos, la insegura línea trazada por un reguero de hormigas marcaba el punto á que indudablemente se dirigía el trabajador insecto.

– ¿Y qué piensas hacer? – le pregunté, como si efectivamente el problema fuera de difícil solución.

– Ayudarla, – respondió con tono resuelto.

Y sin dar tiempo á que yo pusiera el visto bueno á su designio, asió cuidadosamente á su protegida con dos dedos. Esta, asustada al principio, pareció querer huir, pero en seguida su claro instinto la hizo comprender que nada de hostil tenía la inesperada agresión y todo lo que hizo fué ceñir con mayor fuerza sus antenas al grano de centeno.

Cuando llegué al hormiguero la preciosa carga, empujada por un enjambre de obreras, se perdía en las profundidades del pequeño orificio que servía de pórtico á aquel falasterio.

Tan pronto como el grano de centeno desapareció por completo, mi hijo se volvió á mí. Una sonrisa de satisfacción delataba el legítimo orgullo de que estaba poseído. De su garganta salía ya un grito de júbilo, cuando de pronto se quedó parado como si un súbito terror paralizara sus facultades. Sus ojos acababan de fijarse en el reguero de hormigas en que las huellas de sus diminutos pies habían quedado marcadas por un centenar de cadáveres.

Yo, no sabiendo qué responder á la muda interrogación que me hacía, me limité á cogerle de la mano y llevármele de allí.

Aquel día nuestra vuelta á casa fué menos animada que de costumbre. Mientras el chiquillo hacía sin duda extrañas reflexiones sobre el pasado incidente, yo, mirando sus arqueadas cejas, fruncidas en un gracioso mohín de meditación, murmuraba para mis adentros:

– ¡Ay! hijo mío, no será el último disgusto de este género que lleves en la vida. La mayor parte de las veces, cuando creas haber realizado una buena acción, si te tomas la molestia de volver los ojos, verás que son mucho mayores los males que inconscientemente has causado.

Por supuesto, esto ni se lo dije entonces, ni se lo diré nunca. Hay cosas que vale más saberlas tarde ó no saberlas. Sólo ignorándolas es como se puede contribuir á que este viejo mundo siga su marcha.

ANGEL R. CHAVES

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR DON PEDRO M.ª BARRERA

Excepto la señora Decorosa, abuela del pescador Cosme Mourelo, nadie ignoraba en Bayona de Galicia que éste bebía los vientos por Socorro Patiño, hermosa huérfana de diez y siete años, cuyo menor encanto era la hermosura. El señor Liberato, otro pescador, más conocido con el apodo de Ourogue (1), había recogido á la huérfana cuando acababan de destetarla, y la conservaba á su lado queriéndola como á una hija. No merecía menos la pobre muchacha: ella cuidaba de ir á la fuente para que en los baldes de la cocina no faltase nunca agua; ella tenía tal arte para guisar, que con unas tristes patatas preparaba un plato capaz de abrir el apetito á las piedras; ella hacía las más primorosas puntillas y colchas de *crochet*, labores en que las bayonesas son una especialidad; ella recogía la pesca cuando llegaban las lanchas, metía en tierra los aparejos y componía con una agilidad pasmosa los agujeros que en las redes hacía el pescado; y atendiendo á todo en la casa, y ocupándose en faenas tan diversas, todavía le quedaba tiempo para asistir al anochecer la mayor parte de los días á rezar el rosario en la iglesia del convento de las monjas dominicas.

Las circunstancias de Cosme y del señor Liberato eran completamente distintas. Aquél no había cumplido cinco lustros; éste pasaba de los catorce: el primero iba á la pesca todos los días que el vendaval, la niebla ó la intranquilidad del mar no impedían que las lanchas saliesen del puerto; el segundo hacía ya bastante tiempo que después de cerca de medio siglo de vivir casi constantemente á bordo, se limitaba á ir al muelle ó á la playa, y, todo lo más, á cruzar la bahía cuando en la aldea frontera del Panjón le calafateaban ó carenaban alguno de sus barcos: había tenido Cosme la suerte de no servir en la marina de guerra; al señor Liberato le echaron la zarpa al cumplir la edad reglamentaria y sirvió día por día en *barco de rey* el número de años exigido por las ordenanzas: aquél, por último, no contaba con otros recursos que con el producto de la pesca; éste, además de la pesca, tenía una casa, la lancha espinelera (2) de más toneladas del distrito marítimo de Bayona, otras tres lanchas sardineras, dos botes, dos gamelas y unos diez mil duros que invertía en hacer préstamos á la gente de su oficio cobrando un rédito insignificante.

El nieto de la señora Decorosa era uno de los veinte marineros que desde octubre hasta San Sebastián se metían treinta millas mar adentro persiguiendo al besugo en la gran lancha de Ourogue: marzo y abril los pasaba tras la merluza: el resto del año el viejo le entregaba uno de los botes, y con otro hombre y un chiquillo que él buscaba, hacía guerra á muerte á congrios, pajeles, salmones y fanecas en todo el espacio comprendido entre el puerto, las islas Cíes y el cabo Silleiro.

La víspera de un domingo de Ramos habían salido á las ocho de la mañana, como de costumbre, las lanchas pinchadoras ó espineleras. El tiempo era bueno, y según los inteligentes, cuatro horas después todas debían estar largando los aparejos. Poco á poco el horizonte se fué envolviendo en negros nubarrones; arreció por momen-

(1) Anguila.

(2) Espineleros son los que pescan besugo.



EN LA COCINA, cuadro de Francisco Vinea



SERENATA VENECIANA, copia del celebrado cuadro de Hans Makart



ESOPO, grupo escultórico de Enrique Moller

tos la marejada, convirtiéndose al cabo en veloces olas que azotadas por rachas huracanadas producían espantosos remolinos; espesa bruma se cernió sobre montañas de rabiosos espumarajos; las nubes parecían conjunto de torrentes y cataratas, y se confundían los rugidos de las rompientes con los del vendaval. En la carretera y en los peñones de la costa hormigueaban las familias de los pescadores, queriendo en vano divisar entre la bruma y el revuelto oleaje las frágiles barquillas donde el que menos tenía un ser querido. Los botes y gamelas habían dispuesto del tiempo preciso para tomar puerto y varar lejos del alcance de las recias sacudidas que en la playa producía la tormenta; pero ¿cuántas lanchas zozobrarían? ¿cuántos marineros de los que horas antes dejaban la villa rebosando vida no debían volver jamás? La noche cerró sin que el tiempo abonanzase: noche horrible en que hubo quien soñó despierto con quillas vueltas, remos y mástiles dispersos, cadáveres arrojados á la orilla del mar. Al día siguiente el terrible viento sur había desaparecido; el cielo estaba despejado; la mar ligeramente picada. En toda la mañana no cesaron de entrar lanchas. La llegada de cada una producía un alboroto: ¿se habían encontrado á punto de naufragar los recién llegados? ¿volvían buenos? ¿habían visto á los demás?... – Afortunada y milagrosamente, aunque muchos pescadores regresaban en un estado deplorable y casi todas las lanchas necesitaron carena, ni en hombres ni en barcos hubo que lamentar baja alguna.

Poco después una persona desconocida, según aseguraban las monjas, regaló unos candeleros de plata para que luciesen en el altar de Santa Rosa de Lima.

Llegó el mes de mayo, y mientras campos y montañas se llenaban de follajes y flores, la mar, constantemente picada, obligaba á los pescadores á permanecer en tierra un día y otro día.

– Cuando el temporal amaine, – dijo Cosme al señor Liberato, – ya será ocasión de ver cómo se da el congrio este año.

– Será. ¿Y tú piensas buscarlo siempre en el mi bote *Lucero*?

– ¿No le conviene?

– Me conviene; pero no es de mi conveniencia de lo que quiero que hablemos, sino de la tuya.

– Pues la mía es preferir su bote al de otro.

– No estamos de acuerdo: la tuya es ser patrón de un bote propio.

– ¡Ya! y como el oficio produce menos cada vez y apenas gano para ir tirando la mi abuela y yo, resulta que ó me llueven las onzas del cielo ó no veré ese bote en todos los días de mi vida.

– Estás equivocado. Pregúntale á Socorro si necesitará ella lluvia de onzas para amueblar la tu casa cuando os caséis, y es seguro que después de oirla te parecerá muy fácil lo que ahora juzgas imposible.

Este diálogo tenía lugar en la plaza, enfrente del muelle y del pretil del malecón del puerto, y cerca de la puerta de un hojalatero, trabajador incansable, que siempre detrás de una gran ventana sin reja ni cristales, solía enredar conversación con todo el que pasaba, mientras hacía para la calderada de los marineros una olla de medio metro de altura y más de un metro de circunferencia, faroles, jarros y vasos, ó convertía las latas de petróleo en calderos para cocer mondaduras de patatas, verduras, harina de maíz ó salvado.

– ¿Va por allí Socorro? – exclamó Cosme señalando hacia el pretil: y el señor Liberato, sonriendo maliciosamente, contestó:

– Por allí va: anda y que te diga eso que tú no sabes.

La muchacha cruzaba con una cesta de ropa en la cabeza, de lo cual dedujo Cosme que iba á lavar, y que desde el muelle al riachuelo del Burgo bien podían caminar juntos un cuarto de hora largo, yendo á paso de buey como es de razón cuando agrada el palique y más que el palique la compañía.

– ¡Eh, amigo Ourogue! – gritó el hojalatero, sin dejar la labor que tenía entre manos.

– ¿Qué tripa se le ha roto? – preguntó el viejo acercándose á la ventana.

– Estoy pensando que aunque ya no navega ese cuerpo y el mío no ha navegado nunca, nos relameríamos de gusto si pudiéramos embarcarnos en esa lanchita que se llama Socorro.

– Tiene patrón que la gobernará mejor que nosotros, amigo latonero.

– ¡Buena pareja va hacer con Cosme!

Buena. El es todo un hombre de bien y un pescador de mucho mérito.

– Y ella una rapaza que no se encuentra mejor ni con candiles.

En tanto que los de la ventana ponían por las nubes á los novios, prueba evidente de que no siempre que se juntan dos personas es para desollar viva á una tercera, Socorro explicaba á Mourelo de qué manera pensaba adquirir todos los enseres necesarios en la casa de un pobre. El procedimiento no podía ser más sencillo: ganaba de salario veinte reales mensuales: además podía calcularse en otro tanto el producto de cocer y arreglar pulpo para cebo de los anzuelos, y de meter en tierra la pesca y los aparejos á la llegada de las lanchas: además, los días que iba á la Palma á atar malla en los rapadizos (1) de las redes, le daba una peseta el señor Liberato. Durante el invierno, que no suele haber redes, se hacía á ratos dos colchas de *crochet:* gastaba



LAS SEGADORAS, copia del cuadro de Julio Bretón

en ellas unas siete libras de algodón del número doce, que le costaban cincuenta y seis reales, y vendía cada colcha en cuatro pesos. Entre todo podía calcularse que ganaba y ahorraba al año cuarenta duros, puesto que no teniendo que gastar nada en comer, ni en vestirse por que esto lo hacía con la ropa que desechaba la mujer de Ourogue, ni en calzado porque no le usaba más que los días de fiesta y conservaba casi nuevos un par de zapatos que al cumplir los quince años le habían regalado sus protectores, claro está que sus ingresos quedaban intactos.

(1) Agujeros.

(Continuará)

COMUNICACIONES PERMANENTES
CON LOS TRENES EN MARCHA

COMUNICACIONES PERMANENTES CON LOS TRENES EN MARCHA



Fig. 1.—Comunicaciones telefónicas de los trenes en marcha, sistema Edisson. – Empleado provisto del aparato telefónico, recibiendo un despacho en el interior de un wagón en marcha

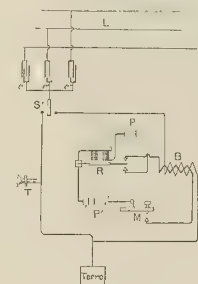


Fig. 2. – Estación con condensadores

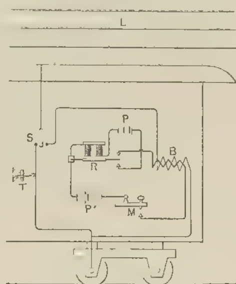


Fig. 3. – Estación en el tren en marcha

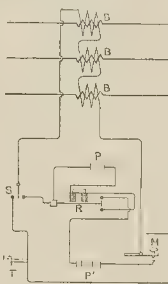


Fig. 4. – Estación con trasformadores

Los accidentes que se producen con demasiada frecuencia en los caminos de hierro vienen á comunicar un carácter de actualidad cada vez más triste á la difícil cuestión de las comunicaciones permanentes, telegráficas ó telefónicas, entre los trenes en marcha y las estaciones vecinas, cuestión de tanto interés é importancia. Sin ánimo de insistir en la evidente utilidad de la solución de semejante problema, vamos á dar cuenta de los proyectos propuestos, ó ya ensayados, indicando más particularmente aquellos que, desde hace un año, excitan algún interés en América, y de rechazo en Europa. Sólo nos ocuparemos de las comunicaciones *permanentes*.

La idea de establecer estas comunicaciones con los trenes en marcha es ya muy antigua. El primer medio propuesto consistía en un rail especial *continuo* colocado entre los dos ordinarios, sobre el cual un frotador movible establecía un contacto permanente. Este sistema se probó durante un mes, en 1856, en una línea de ensayo establecida entre Argenteuil y Saint Cloud; pero se debió renunciar á la práctica al cabo de este tiempo.

Un estudio más profundo de la acción eléctrica á ciertas distancias, el descubrimiento de los diapasones eléctricos, y por último del teléfono, han aumentado considerablemente los recursos del ingeniero-eléctrico, y varios inventores han investigado para ver si sería posible utilizar estos nuevos descubrimientos, suprimiendo la comunicación metálica permanente, y sustituyéndola con acciones inductrices, que se trasmiten con mucha rapidez á través de todos los dieléctricos, en particular el aire. Este principio es el que caracteriza los nuevos sistemas, ya muy numerosos, y que pueden subdividirse en dos grandes clases, á saber:

1.ª Sistemas de inducción *magnética*, en los que se utilizan las acciones magnéticas de la corriente.

2.ª Sistemas de inducción *electrostática*, en los cuales intervienen las acciones electrostáticas.

Cada una de estas clases es además susceptible de las subdivisiones fundadas en la naturaleza de los aparatos de trasmisión y receptores que, según los casos son postes telegráficos, teléfonos, ó una combinación de ambos.

Sistemas de inducción magnética. – El primer aparato telegráfico con los trenes en marcha, fundado sobre el principio de la inducción magnética, fué imaginado por M. Lucius y J. Phelps, y establecido hace más de un año, por vía de ensayo, en una línea de veintidos kilómetros de longitud, en Nueva York, entre Harlem-River y New-Rochelle-Junetion. Desde que comenzó á funcionar ha prestado servicio diariamente, y hace muy poco tiempo evitó una desgracia, anunciando al conductor de un tren en marcha que otro que le precedía acababa de sufrir un percance, habiendo quedado detenidos varios coches que obstruían el paso. Hé aquí el principio del sistema Phelps:

En medio de la vía, entre los dos rails, se fija un conductor, aislado en una vaina de madera; por una de sus extremidades se comunica con la tierra, y por la otra con el manipulador de la estación. Este manipulador permite enviar al conductor una serie de corrientes largas y cortas, que obran sobre el circuito inducido movible que va en el tren, circuito formado por un carrete vertical que tiene noventa vueltas, y que ocupa toda la longitud del furgón telegráfico, presentando unos 2,400 metros de largo, de los que mil se ponen muy cerca del conductor colocado entre los rails, y otros mil tan lejos como sea posible.

Las extremidades libres terminan en un poste telegráfico instalado en el furgón: aquí se presentan dos casos, según que éste *reciba* ó *trasmita*.

Para la *recepción*, el carrete inducido se enlaza con un poste muy sensible que cierra el circuito de una pila local sobre un *sounder* (resonador). Para la *trasmisión*, la pila se cierra sobre el carrete inducido por medio de un *buzzer* (vibrador), que envía una serie de corrientes interrumpidas á dicho carrete, las cuales inducen sobre la línea una serie de otras que hacen funcionar un teléfono en la estación receptora, permitiendo leer las señales Morse al sonido. M. Phelps, considerando que el teléfono no se podría emplear como receptor sobre el tren, á causa del ruido, se sirvió de un poste y de un *sounder*, que producen *clics* perceptibles á tres metros del aparato, aunque el tren lleve toda su velocidad.

La construcción del poste era sumamente delicada, pues debía obedecer á corrientes inducidas muy débiles, manteniéndose al mismo tiempo insensible á las sacudidas, trepidaciones y movimientos, con frecuencia muy fuertes, del tren en marcha. Este resultado se obtuvo construyendo una armadura de escaso volumen, para que el momento de inercia fuera muy breve, y haciendo mover aquella en un campo magnético sumamente intenso, constituído por dos poderosos imanes permanentes.

Sólo se han verificado hasta aquí estas comunicaciones entre un tren en marcha y una estación; pero concíbese que sería posible establecerlas entre dos trenes en movimiento. Bajo el punto de vista de la práctica, sin embargo, esto último no ofrece tanto interés, pues la utilidad de comunicarse es principalmente para el tren y la estación de donde salió, que le tiene así bajo su dependencia hasta que cambie de línea.

M. Phelps había previsto hasta el caso de una estación completamente aislada, puesta en comunicación con la línea por inducción, para lo cual emplearía un carrete inducido *fijo*, de la longitud necesaria, paralelo con el conductor principal. Tales son los principios aplicados en el sistema Phelps.

Sistemas de inducción electrostática.—Hace algunos años, hacia 1881, M. Wm.-W. Smith pensaba que sería posible establecer una comunicación permanente con los trenes en marcha, sirviéndose de acciones electrostáticas, y hasta pidió un privilegio para utilizar este orden de ideas, pero como no persistiese en su plan, un día se apoderaron de él M. E.-T. Gilliand y Edisson, desarrolláronle é hicieron posible la aplicación.

El principio consiste en formar un vasto condensador, una de cuyas armaduras, que es fija, está constituída por los hilos telegráficos que costean la vía; mientras que la otra, movible, se forma por los techos ó cubiertas de los trenes, que siendo metálicos se aislan convenientemente, enlazándolos entre sí por la electricidad, no siendo el dieléctrico otra cosa sino la capa de aire comprendida entre los hilos del telégrafo y los techos de los coches. Cada vez que se eleve la potencia de los hilos telegráficos ó de los techos de los coches, se encargará este condensador de armadura movible; y su carga producirá una *corriente* de carga momentánea, que puede utilizarse para hacer funcionar un receptor apropiado. Para tener cargas sensibles, capaces de ejercer su acción en los receptores, es preciso servirse de altos potenciales, puesto que la capacidad del condensador es débil, y esto se conseguirá con el auxilio de los *trasformadores*.

Los telegramas llegan á las estaciones bajo la forma de señales Morse y se reciben en dos teléfonos, que el empleado que va en el tren se fija en las orejas permanentemente (fig. 1) por medio de un casquete, quedándole las manos libres.

Como las combinaciones son muy numerosas, nos contentaremos con indicar una de aquellas de explicación más sencilla. La fig. 2 indica el arreglo de de una de las estaciones, y en la fig. 3 se representa cómo está dispuesta la estación ambulante en el tren. Se verá que ésta última comprende cuatro circuitos diferentes: 1.° el circuito de un vibrador sometido á una pila especial P, y en el que se producen unos quinientos contactos eléctricos por segundo; este vibrador funciona de continuo durante todo el tiempo de la *trasmisión*; 2.° el circuito de una pila P', que se comunica con el circuito inductor de hilo grueso de un carrete de inducción B, al que se envían corrientes interrumpidas cada vez que se oprime el manipulador M; 3.° el circuito inducido del carrete B, que en la posición de *trasmisión* se comunica por una extremidad con la tierra, mediante las ruedas del coche y los rails, y por la otra con el techo aislado de los coches por medio del comunicador S; y 4.° el circuito del teléfono T, que toca con la tierra con una extremidad, comunicando por la otra con el techo de los coches en la postura de recepción.

Oprimiendo la llave se producirá, por medio del carrete B, una rápida serie de corrientes de alta tensión, que se comunicarán en la línea ó la red de líneas paralelas bajo la forma de cargas y descargas sucesivas.

La fig. 2 demuestra cómo estas cargas de la red de líneas podrán cargar á su vez los condensadores c, c' c'', obrando en el teléfono receptor y haciéndole emitir una verdadera serie de sonidos largos ó cortos, según que se oprima más ó menos tiempo la llave del manipulador M.

En la estación fija se pueden sustituir los condensadores con carretes de inducción, ensartados en uno de los circuitos en la línea misma, y que cierra en el otro localmente, sea sobre el teléfono, en la posición de recepción, ó sobre el manipulador ó el vibrador en la de trasmisión: este es el arreglo representado en la fig. 4, explicándose la acción fácilmente por lo que hemos dicho de las otras combinaciones.

Inútil parece decir que en todas estas aplicaciones se utilizan los hilos telegráficos ordinarios sin distraerlos de su servicio; entonces conviene aplicarles las disposiciones anti-inductrices y graduadoras de M. Van Rysselberghe, para que las trasmisiones telegráficas ordinarias no se perciban por los teléfonos.

M. Phelps, cuyo sistema de inducción magnética hemos dado á conocer, ha obtenido privilegio también para nuevas disposiciones fundadas en la acción electrostática. Por una de ellas queda suprimido el *buzzer* ó vibrador, así como el carrete de inducción, y los sonidos se reducen á *clics* característicos en el momento de cerrarse y romperse el circuito. Por último, sustituyendo la llave de Morse con un micrófono, M. Phelps se propone *telefonar* con los trenes en marcha; pero esto se reduce á un proyecto que no ha sido sancionado aún por la experiencia.

El problema de una comunicación telegráfica permanente con los trenes en marcha se puede considerar hoy, pues, como resuelto; mas por ahora no creemos que esté llamado á desarrollarse mucho más en la práctica; es preciso, en efecto, no perder de vista que el sistema ha de inmovilizar una ó varias líneas para una sola comunicación, y que para obtener varias á la vez con los mismos conductores, en secciones diferentes, será preciso aislar éstas telefónicamente, separar los partes á la llegada, etc., y realizar, en fin, trasmisiones telefónicas musicales simultáneas.

Si hemos de creer á los diarios americanos, estos fenómenos de cargas y descargas habrán conducido á Edisson á un verdadero descubrimiento relativo á la manera de propagar cargas eléctricas á través del aire.

E. HOSPITALIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

La isla está administrada por un gobernador general, brigadier, que reside en Zamboanga, hallándose dividida en cuatro gobiernos particulares, Cottabato y Davao en el sud, Misamis y Surigao en el norte. Sólo las costas son bien conocidas, aunque algunas de las cartas hidrográficas de esta región dejan mucho que desear; pero en este momento la comisión hidrográfica permanente de las Filipinas se ocupa en hacer el trazado de la parte de costas de la isla que no ha sido objeto de recientes trabajos.

El suelo de esta grande isla, fértil, accidentado, y de difícil acceso, está ocupado por pueblos que pueden dividirse en cuatro grupos:

1.° Los indios Bisayas, todos católicos, y sometidos á España; compréndense también bajo este nombre muchos indígenas *conquistados* hace largo tiempo, es decir, convertidos al cristianismo. Se encuentran pocos Bisayas fuera de los pueblos, situados casi todos en la costa ó en su inmediación: el número de estos indígenas no excede de 150,000 almas.

2.° Los Malayos ó moros, todos mahometanos, diseminados principalmente en el sud, en la cuenca del Río Grande, y alrededor de algunos lagos del interior.

3.° Varios chinos, cargadores y mercaderes, establecidos en los pueblos.

4.° Los *Infieles*, indígenas de razas muy diversas, salvajes idólatras é independientes, que ocupan el interior de la isla.

El número de los moros y los infieles reunidos se calcula en 300,000 mil almas; pero la evaluación sólo puede ser aproximativa, porque estos pueblos son en gran parte desconocidos.

Se ha de tener presente, para comprender el estado de Mindanao, que es una grande isla, cuyas dimensiones extremas llegan á 470 kilómetros, poco más ó menos, de norte á sud; y á 490 de este á oeste, ocupando los españoles los cuatro ángulos; de modo que dominan todas las costas.



Río Sagaliud. Golfo de Sandakán (nordeste de Borneo)

9 de abril, á las siete de la tarde. – Después de tocar en Pollok, magnífico puerto natural de la costa Sud, y en Cotta Bato, que domina las orillas del Río Grande de Mindanao, penetramos en el estrecho de Sarangani, formado por las islas del mismo nombre y la punta Panguian. Nos detenemos al oir un cañonazo y á los pocos minutos sube á bordo el teniente de navío D. Enrique Ramos y Azcárraga, seguido del Dr. D. Gabriel López y Martín. El señor Ramos, comandante de la estación naval de Davao, cruzaba aquí hacía algunos días con una de sus goletas para vigilar á los moros de la costa, ocupándose á la vez en trazar la carta de las islas Sarangani.

El señor Ramos, avisado de nuestra próxima llegada por una carta del cónsul, M. Dudemaine, viene á buscarnos y nos asegura que no podríamos elegir mejor terreno que la provincia de Davao para continuar nuestras investigaciones, añadiendo que podemos contar sin reserva con todos los medios de que dispone.

10 abril. – El *Pasig* avanza por la costa oeste del golfo de Davao, cuyas altas montañas, bosques y praderas reproducen el paisaje que vemos desde Pollok.

Sobre estas montañas, á larga distancia por el oeste, elévase el Matutun, al pie del cual se deslizan las aguas de Río Grande. Cerca de Davao, en la costa misma, descuella majestuosamente el Apó, el gran volcán cuyas pendientes, cubiertas de bosque con frondosos valles, no hollados aún por la planta del europeo, nos ofrecen desde nuestra llegada el atractivo de una ascensión importante y magnífica.

A las dos de la tarde el *Pasig* ancla á milla y media del pequeño río de Davao, cuya desembocadura está obstruída por una barrera. Los cuidados y las molestias que nos causan nuestros numerosos cargadores en casos de traslación, disminuyen mucho esta vez, gracias á la falúa de la estación naval, que por orden del señor Ramos recoge todos nuestros equipajes y los desembarca.

El P. Minovés, de la Compañía de Jesús, cura de Davao, nos recibe afectuosamente, é insiste para que nos instalemos en su casa; pero temiendo molestarle, nos alojamos en dos casas próximas, gracias á la intervención del doctor López; yo me hospedo en la del amable D. Juan Junquero y Luján, oficial de infantería, que tiene un piso bajo con jardín, muy conveniente para la instalación. Aunque mi compañero Rey está enfermo, aquejado de dolores hepáticos y de una ardiente fiebre, debidos á la humedad, muy pronto se nos prevee de todo lo necesario, gracias al concurso de todos los españoles residentes aquí; tomamos á nuestro servicio dos muchachos, con la seguridad de obtener una barca; compramos caballos, y ya nos será posible correr en todas direcciones.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Una calle de Davao (sudeste de Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO V — BARCELONA 17 DE MAYO DE 1886 — NÚM. 229

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL MÚSICO DE ALDEA, cuadro de Vicente March

Bien pensada, bien sentida y bien ejecutada, la obra de March es un cuadro de costumbres recomendabilísimo. La escena tiene color local; los personajes están bien colocados; sus actitudes son naturales; todos hemos visto á ese pobre ciego que vaga de aldea en aldea y de alquería en alquería, cantando frecuentemente esas coplas de autor desconocido, saturadas de poesía popular, en que el concepto brota inculto como la violeta en el bosque, como la amapola en los campos.

¡Pobre bardo de rústicos labradores y de fruteras zafias!... ¡Quién te contara que en otros tiempos tu acatarrado instrumento abría de par en par las puertas de los góticos castillos y que las crónicas narran sucedidos de castellanas que partieron tálamo y patromonio con oscuros trovadores!... Otros tiempos, otras costumbres..... En nuestros prosaicos días, gracias que artistas de la valía de March consagren su talento á pintar la triste figura y más triste suerte de ese trovador de la actualidad!

TAREA ENOJOSA, de una fotografía de Stevens

¡Cuán agradable sería la existencia en la primavera de la vida, si la humanidad no se hubiera empeñado en contrariar á la naturaleza!... ¿A quién le sugirió el diablo la triste idea de inventar gramáticas y aritméticas y esas tristes jaulas llamadas colegios, en que se pudren de fastidio los párvulos y adolescentes de ambos sexos, cuando el sol baña los campos, brotan las flores y cantan los pájaros, seres felices á quienes les importa un grano de mijo (lo de un bledo se deja para los hombres) de que dos y dos hagan cuatro ó hagan cuatrocientos?... Para jugar al volante, vestir y desnudar las muñecas ó dar un asalto á la despensa, supremas ilusiones de la infancia, ¿qué falta hace saber cuántos dioses hay en el cielo ó cuántos artículos en el idioma?...

Así discurre para sus adentros la niña de nuestro cuadro, sujeta á la mesa de su estudio por una mamá desconocedora de las ventajas de la ignorancia. Y que tales son los pensamientos de esa niña, lo demuestra de una manera gráfica su semblante, su actitud, su distracción, cuantos síntomas externos pueden revelar las evoluciones del cerebro ó los impulsos del corazón. Feliz, felicísimo ha estado el autor de esta reproducción; raras veces el artista ha traducido tan fielmente en un retrato el estado de ánimo de un personaje. Ejecutada la obra con los menos accesorios posibles, nada distrae al espectador de su objeto principal, único diríamos mejor; y cuanto más se le contempla, más crece la admiración que legítimamente inspira.

EL ARREPENTIMIENTO cuadro de A. Freye

Hay en esta obra un doble estudio, el estudio del orden físico y el del orden moral, del exterior y del interior humano, del cuerpo y del afecto dominante. En el primer concepto demuestra el autor conocer perfectamente la estructura anatómica; hay en ese hombre algo más que carne y huesos; hay músculos, tendones, nervios, cuanto produce la tensión, sostiene la masa humana y da lugar á contracciones violentas, consecuencia ó expresión de un no menos violento estado del ánimo. Este estado se revela, no tan sólo en la actitud, sino en el semblante de nuestro personaje. Y aquí entra el estudio moral de la persona.

Sí; ese hombre ha cometido una falta; harto lo indica su mirada fija en el suelo, como si, levantándola, temiera encontrar la de aquellos que hubieran de afearle su conducta. Esa falta provoca una manifestación de arrepentimiento, no de remordimiento, dos sensacio-



EL MÚSICO DE ALDEA, copia fotográfica del cuadro de Vicente March

nes distintas que el artista no ha confundido ciertamente. En ese rostro alterado ha impreso sus huellas el dolor, pero no la desesperación; la tempestad se cierne sobre su cabeza, pero no ha estallado dentro de su pecho. En una palabra, la obra de Freye es fruto de un estudio profundo que demuestra la potencia de su autor.

A las dificultades inherentes al asunto ha agregado el artista las del dibujo, escogiendo una presentación de la figura en condiciones tan difíciles que únicamente pueda resolverlas quien haya hecho del desnudo un estudio tan á conciencia como lo ha hecho el autor de nuestro cuadro.

MARINERO FINLANDÉS, apunte de A. Edelfelt

El finlandés es individuo de una raza típica. Si se compara el apunte que hoy publicamos con el publicado en el nuestro número 224, se echará de ver la perfecta semejanza entre uno y otro marinero. Esto aparte, el tipo de Edelfelt es una nueva prueba de la precisión con que observa y la firmeza con que dibuja.

EL VETERANO, cuadro de Carlos Spigweg

Cuéntase del célebre cantante Verger, padre del actual barítono del mismo apellido, que habiendo sido atacado de una grave enfermedad en su juventud, se metió en cama bajo profundo y dejó el lecho tenor de fuerza. Algo parecido ocurrió al autor de nuestro cuadro, que enfermó boticario y convaleció pintor. La espátula, en manos de Spigweg, se convirtió en pincel, á la farmacia reemplazó el taller, y de sus buenos tiempos del mostrador y de las manipulaciones conservó, y conserva aún, por raro privilegio, una dosis de buen humor, que trasciende casi siempre á sus obras de arte, y entre éstas á sus deliciosas caricaturas, que le han conquistado merecida popularidad en Alemania.

No pertenece á este género su *Veterano*, delicioso y típico cuadro de costumbres militares. Lo primero que llama la atención en este cuadro es la mescolanza de *parterre* y de fortaleza que tiene el lugar de la escena. Tal es, empero, el aspecto de la mayor parte de las fortificaciones alemanas: los cañones asoman en ellas envueltos en guirnaldas de rosas y las terrazas de las ciudadelas, vistas á distancia, pudieran tomarse por jardines ingleses. Profundizando en la causa de esta antítesis, cualquiera deduciría que el imperio comprende el mal efecto que produce, á propios y extraños, la ostentación de una fuerza que protege, de manera bien triste y costosa, los destinos de un pueblo.

De lo dicho resulta que el veterano de Spigweg, salvo su uniforme y el formidable cañón del primer término, puede ser confundido con el más pacífico rentista que haya fumado una pipa en el confortable jardín de su casa de campo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CAMINO DEL MERCADO, cuadro de A. Moreau

Surca las mansas aguas del lago la barca que conduce á la bella labradora, y á la que, sin serlo, es igualmente bella. Otro tripulante, agraciado joven, se dirige al mercado igualmente. ¿A qué mercado?.. A un mercado de corazones; y sin duda para no perder el tiempo, entabla negociaciones por el camino.

Todo es notable en esta obra; pero en donde su autor ha estado más feliz, es en la expresión de los semblantes, perfecto reflejo del estado de ánimo de los personajes. El de la labradora, en particular, es un modelo de malicia delicioso.

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR D. PEDRO M.ª BARRERA

(Continuación)

- ¡Ay, miña vidiña(1)! - dijo Cosme: - mientras no nos casemos el mi bote no parece.

- ¿Qué bote?

- Uno que según la cuenta del señor Liberato puedo adquirir siguiendo el sistema que tú empleas para tener muebles. Yo entrego á la mi abuela hasta el último ochavo de lo que gano, y parece que no alcanza para que nos veamos libres de deudas.

- Así será; pero si el señor Liberato dice otra cosa, ten por seguro que no debes tener deudas y que debes tener bote.

- ¡Buena es esa! ¿Querrás creer que los dos últimos días que salí al mar no pude fumarme un mal pitillo porque el estanquero se negó á dar á la mi abuela un brigadier (2), con pretexto de que le debo ya no sé cuántos?

- ¡Si serás parbo (3) y más que parbo! ¿No comprendes que no hay motivo para que debas ni para que te falten cigarrillos, si lo asegura el señor Liberato?

Tenía Cosme fe tan ciega en su amada, que desde aquel momento quedó persuadido de que su abuela carecía de condiciones para manejar y distribuir dinero, y de que llegaría á ser dueño de un bote sin esperar á casarse y sin necesidad de la consabida lluvia de onzas.

Cesó el mal tiempo y comenzó la pesca del congrio. Mourelo salió con el compañero y el chiquillo de costumbre. Siendo inútil la vela porque no corría ni un soplo de brisa, avanzaron penosamente á fuerza de remo y fondearon á la caída de la tarde. Como el congrio lo pescan de noche, mientras ésta cerraba echaron sus cordeles con anzuelos pequeños, y calada tras calada lograron sacar veinticinco pajeles. Después cambiaron los anzuelos, y cuando entre seis y siete de la mañana siguiente encapillaron en la proa del bote la montera para alar el cabo del rizón, con los pajeles tenían unas dos arrobas de congrio y tres hermosas merluzas. Regresaron al puerto viento en popa: gracias á ello bastó una hora escasa para recorrer la misma distancia en que invirtieron la tarde anterior tres horas de continuo remar. A favor de la marea pudieron atracar junto á una de las rampas del muelle, en vez de hacerlo en la playa. Allí esperaban la llegada del bote el señor Liberato, Socorro y la encargada de pedir limosna para la fiesta de Santiago, que todos los jueves anda desde las calles al puerto y desde el puerto á las calles con un cepillo y un santito de talla montado en un caballo blanco y envuelto en amplia capa roja.

- ¡Para el santo! - dijo Cosme echando desde el bote dos pajeles á la rampa. - ¡Para tí! - añadió echando cuatro magníficos á los pies de Socorro.

- ¡Buen principio de temporada! - exclamó Ourogue, comprendiendo que la gente volvía satisfecha.

- ¡Bueno! - contestó Cosme: - más de veinte panchos (4), tres merluzas y dos arrobitas de congrio y enguiachos (5).

- Si todos los días fueran lo mismo, habría que levantar altares á santa pesca de liña (6).

Marchóse la mujer del cepillo á vender los pajeles del Apóstol: recogió Socorro pescado y aparejos: Cosme y su compañero saltaron á tierra después de dejar listo el bote, y el muchacho separó la embarcación para fondear á unas cien brazas del muelle.

No pasarían de tres las horas que aquellos infelices marineros dedicaron á descansar del trabajo y vigilia de la noche anterior y reparar las fuerzas para la siguiente. Al medio día se reunieron con el dueño del *Lucero* á fin de repartirse el producto de la pesca.

- Por las merluzas, - dijo el viejo, - se han sacado quince reales. Por los panchos cuatro y medio. Por lo demás hay que poner cuarenta y nueve libras á real y un can pequeño (7) la libra.

Cosme garrapateó números y más números en un papel, y concluyó diciendo: - Pues todo junto suma tres pesos y medio, ocho reales, un can pequeño y dos céntimos de peseta.

- A ver si es eso lo que hay en este pañuelo.

Desataron un pañuelo de hierbas que de un bolsillo de la chaqueta sacó el señor Liberato, y entre plata menuda y calderilla encontraron la misma cantidad que arrojaban los garrapatos de Cosme. El otro pescador advirtió que había que rebajar tres reales y dos cuartos de la carnada.

- Quedan tres pesos y medio y cinco reales, - exclamó el muchacho con un airecillo que parecía decir: ¿ustedes creen que yo soy rana?

- Pues rebajamos también un real de vino para cada uno de vosotros, - añadió el viejo, - por ser hoy el primer día que vais al congrio este año y quedarán tres reales menos.

A continuación hizo cuatro montones de á diez y ocho reales y le resultó un sobrante de tres que repartió para el vino ofrecido. Se guardó un montón; dió la mitad de otro al muchacho; uno y medio á Cosme, y el cuarto á su compañero. Hecho el reparto, pronunció estas palabras: - No queda nada para añadir al producto de la pesca de esta noche.

La distribución del dinero se hacía siempre en la misma forma, subordinándola á una regla fija convenida de antemano, que consistía en dividir el fondo común en partes iguales, después de sacar el importe del cebo: de esas partes una correspondía al bote, otra á cada uno de los dos marineros, media al tercer tripulante, que se daba por muy satisfecho con ganar á su edad nueve reales cuando los hombres ganaban diez y ocho, y la otra media á los aparejos. De la parte del bote, el dueño tenía que dar la mitad al patrón, y por consecuencia de todo ello, en el reparto hecho por el propietario de los aparejos y el *Lucero* tocaron á Cosme veintiocho reales, diez y nueve al otro pescador, diez y ocho al viejo y diez al chico.

- Guárdeme ese peso, - dijo Cosme al señor Liberato, entregándole cinco pesetas.

- Tú tendrás bote, - contestó el último sacando una hoja de papel que dobló y entregó al primero, después de escribir en ella: - Día 11 de mayo, un peso.

Cosme, que admitió á regaña dientes aquella especie de resguardo, vió que el papel no estaba en blanco. Temiendo una equivocación lo desdobló y leyó lo siguiente: - Cuesta el casco de un bote, de veinticinco á treinta pesos. La vela, de brin, con rizos y todo, de diez y siete á diez y ocho pesos. El rizón de hierro, peso y medio. Cabos del rizón, de quince á veinte brazas para fondear en la bahía: uno de esparto para el buen tiempo, medio peso; otro de *liña*, de una pulgada de espesor para tiempo malo, cuatro pesetas: para fondear en alta mar, uno de esparto de cien brazas, dos pesos; otro de *liña*, tres pesos. Las drizas, con motón, dos pesos. El timón, medio peso. Cinco *liñas* para pescar el congrio, de cien brazas cada una, tres pesos y medio. Cuatro remos, un peso y ocho reales. El palo, cinco ó seis reales. La verga, dos reales. Dos achicadores, cuatro reales. Dos bicheros, seis reales. La caña del timón, dos reales. Cuatro boureles, cuadro reales. La montera para alar el cabo del rizón en alta mar, tres reales. Veinte anzuelos de varios tamaños, medio peso. Un farol, tres reales. El asiento en la matrícula del puerto, seis reales y dos canes pequeños. Los derechos de arqueo diez y seis reales. Total, cuatro onzas, poco más ó menos.

Cuando Cosme concluyó de leer, enternecido dió un apretado abrazo á su buen amigo Ourogue, y oyó que éste, reteniéndole en sus brazos, le decía de nuevo: - Tú tendrás bote.

Era necesario aprovechar el tiempo para hacer una porción de cosas antes de volver á la mar. Cosme comenzó por ir al estanco á tomar un *brigadier* y pagar los atrasados. El estanquero, que además de tabaco, papel, sellos y fósforos, vendía lienzo, licores, aceite, vinagre, loza, velas, gaseosas, conservas, azúcar, dulces, cacharros de cocina y todo cuanto Dios crió, le presentó una cuenta de más de cien reales, cuyos detalles ponían de manifiesto que la mayor parte de la deuda tenía por origen los frecuentes trinquis de aguardiente con que la señora Decorosa se había remojado el gaznate. El nieto, avergonzado, ofreció pagar la trampa de la abuela poco á poco, advirtiendo que en lo sucesivo no respondería más que de lo que personalmente pidiese. Desde el estanco pasó á una panadería y compró dos libras de pan de maíz. Profundamente afligido dirigióse después á su casa, donde su abuela le recibió con gesto de perro de presa porque había tardado en llevarle el dinero que impaciente esperaba. Como si esto fuera poco, le dió la noticia de que no había podido preparar comida, por culpa de él que no ganaba lo necesario, y porque en la tienda se negaban á fiarle el puñado de habichuelas que cocidas con sal solía ser, amén del pan de maíz, el alimento cuotidiano de aquella gente.

- Desde mañana, - dijo el pescador, esforzándose por aparecer sereno, - no nos faltará comida ningún día.

Dejó sobre una mesa una libra del pan que llevaba; guardóse la otra en un bolsillo del pantalón; se echó al hombro una chaqueta, único abrigo con que se resguardaba del rocío de las noches, y se dispuso á salir.

- Pero oye, tú, mi nieto, - gritó deteniéndole la señora Decorosa: - ¿y los veintiocho reales que me ha dicho el rapaz... á quien he visto por casualidad, que te han correspondido en el reparto?

- Esos, y todos los demás que me vayan correspondiendo, - contestó el joven, - no correrán peligro de que se empleen en aguardiente.

Siguió á tales palabras una marimorena mayúscula: gritos, aspavientos, amenazas; de todo echó mano la vieja para defender el incuestionable derecho que creía asistirle á recibir y manejar el fruto del trabajo de Cosme. Desgraciadamente para ella, Cosme se mantuvo firme, y á cada chaparrón de injurias y destemplanzas replicó sin rodeos que allí no volvería á faltar comida ni habría más dueño que él de lo que pudiera ganar exponiendo su vida á todas horas.

- Si está conforme, - dijo para concluir, - vaya por las tardes á la tienda y á la panadería, que yo dejaré pagado diariamente lo que nos haga falta: si no le conviene el trato, puede irse á donde quiera, sin perjuicio de volver á mi lado cuando necesite casa, alimento y cama: esto no se lo negaré nunca.

Una hora después Cosme bogaba en el *Lucero* hacia el cabo Silleiro y la señora Decorosa enteraba á todas las vecinas de las *mil infamias* que acababa de cometer con ella su nieto. Y las vecinas, entre las cuales había de todo como en botica, la acabaron de exasperar emitiendo pareceres tan encontrados como los que resultan de estas frases:

- Si las mujeres debíamos morirnos antes de llegar á viejas.

- Como si lo viera: niega el dinero á la su abuela para gastarlo con alguna pájara de cuenta.

- Yo le arrancaría los ojos antes de dejarme pisar de ese modo.

- Tiene razón Cosme, porque todo lo que él gana es poco para que alguien que nos oye se emborrache.

- Peor sería que se casara, porque la su mujer no aguantaría lo que él aguanta.

- Le ofrece cama para dormir, alimento para matar el hambre y casa para cobijarse: ¿puede pedirse más á un pobre?

- ¡Nada, nada! átele corto, que él amainará y volverá al buen camino.

Desde entonces la casa del pescador fué un campo de batalla, en el que la vieja atacaba al enemigo apenas le echaba la vista encima, y el enemigo rechazaba imperturbable los ataques repitiendo invariablemente estas palabras: - No se canse, mi abuela; no vuelvo á darle el dinero aunque me lo pida puesta en cruz. - Llegó un día en que la señora Decorosa comprendió que tenía perdido el pleito; pero, ¿cómo había de poder vivir si no volvía á entonarse el cuerpo con frecuentes libaciones alcohólicas? No sirviendo para mangueletera (8), porque estaba ya para pocos trotes, ni para hacer calcetines, porque se eternizaba en ellos, se dedicó á ir á los montes por leña: de este modo lograba reunir algunos reales que sólo paraban en sus manos el tiempo necesario para meterse en el primer chiscón que encontraba al paso. Enteróse, al fin, de que Cosme pensaba casarse con Socorro y dedujo de ello que la huérfana tenía la culpa de todo lo que aquél hacía. Contra lo que era de esperar, ni armó camorra á su nieto ni habló mal de la novia ni se dió por entendida de tales amores: buenas ganas se le pasaron, sin embargo, de vomitar mil abominaciones, de arañar á Cosme y de morder á la que le tenía sorbido el seso; pero el recuerdo de lo inútil de todos sus altercados por manejar el producto de la pesca, y cierto puntillo de amor propio ofendido por la existencia de unas relaciones sobre las cuales no se le había pedido su parecer ni se le había hablado nunca, le hicieron sospechar que encender otra guerra civil á lo único que podría conducir sería á precipitar los acontecimientos y adelantar una boda que necesitaba impedir á toda costa. Guardó, pues, silencio, y ¡para desahogarse de algún modo, solía decir, cuando había bebido algunas copas de más: - ¡No se casará!... No vendrá aquí una extraña que comenzaría por hacerse ama de todo y acabaría por echarme á la calle á pedir limosna. ¡Y esa relamida de Socorro que tuvo valor para decirme un día que estaba siendo el escándalo de Bayona con mis borracheras!... digo, no estoy segura de que fuese ella quien me lo dijo;

(1) Vidita mía.
(2) Brigadier: mazo de diez cigarrillos de papel que se expende á cinco céntimos.
(3) Parbo: tonto.
(4) Panchos: pajeles.
(5) Enguiachos: congrios pequeños.
(6) Liña: cordel.
(7) Can pequeño: moneda de cinco céntimos de peseta.
(8) Mandadera.

pero sí, ella debió ser; como será la que va ahuchando ¡hambrona! el dinero de mi nieto; como es la que á mis años me obliga á subir á los montes para tener con qué medicinarme cuando el histérico me agobia. ¡No, no se casará! ¡ni con ella ni con otra! ¡no se casará!

Era en pleno invierno. Las mejores lanchas salían del



puerto á la una de la madrugada á fin de estar al amanecer en las calas donde suelen pescar el besugo. Mientras éste dura se quedan por turno en tierra dos tripulantes de cada lancha, que salen después á buscar en el pueblezuelo de Cangas el pulpo para la cornada y vuelven el mismo día por la tarde. Esos marineros llevan á Vigo la pesca, excepto cuando hay mucho temporal y se teme que las barcas zozobren. Un día que tocó á Cosme quedarse en tierra, bajó el señor Liberato á la playa y le dijo: — Tengo ya en mi poder cinco onzas tuyas. Al volver hoy de Vigo y Cangas, no dejes de llegar al Panjón á tratar de la construcción del tu bote.

(Continuará)

APUNTES ARTÍSTICOS

ENRIQUE SERRA

En verdad que los apuntes artísticos que publiquemos en esta sección, no podrán dar nunca acabada idea del carácter ni de las tendencias del artista en cuyas carteras los recojamos. Sin embargo, son, digámoslo así, pensamientos vertidos al acaso, que mañana ú otro día sorprenderemos en sus cuadros, son ideas primeras que se revelan aisladas para armonizarse más tarde en obras de trascendencia.

El álbum del artista es la cartera del literato: en él se van aglomerando detalles; con éstos se harán conjuntos. En la colonia artística española que vive en Roma, no faltan extraviados para los que ser artista consiste en tener estudio en la vía Marguta, prendarse de algún modelo (no de virtud) y pintar cuadritos ligeros, *manchas de color*, de fondo nulo y de forma impropia: no faltan los



que suponen que para presentarse como artista español, es menester que en sus cuadros aparezcan picadores y toreros, cuadros en vista de los que cualquier extranjero puede pensar que los trajes de lidia son los característicos de una clase y que con ellos pueden presentarse y se presentan en bautizos, bodas y funerales. Para revelarse artista español en este género, no hacía falta abandonar la patria. ¿No tenían más cerca la calle de Toledo? ¿No es de más carácter el barrio de la Macarena?

Afortunadamente estas son excepciones: la colonia artística española que vive en Roma y que pensamos dar á conocer en esta sección, la colonia española de Pradilla y los Benlliures, de Vallés y Querol, de Sala y Villodas, de March y Muñoz, honra la patria y pone muy alto el amadísimo nombre de España. A ello contribuye, juntamente con los demás queridos compatriotas, el honrado catalán, el fiel amigo y el bravo artista Enrique Serra. ¿Cuántos cuadros ha pintado? Muchos y buenos: desde *El Árbol Sagrado*, representación de tradiciones de otras épocas, publicado en el núm. 188 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hasta su última producción que podríamos titular *En verdad que es bella*, Serra ha recorrido todos los tonos, ha cultivado todos los géneros y en cada uno de sus cuadros ha dado prueba de su amor al estudio y ha revelado la conveniencia y necesidad de los apuntes. Hemos citado dos cuadros, obras de las que, una no es posible hacerla de memoria; otra, sin apuntes del natural, no tendría su verdadero carácter

El árbol herido por el rayo quedaba consagrado á Júpiter; bajo él se colocaba el ara y en ella se hacían sacrificios al padre de los antiguos dioses. El conocimiento de esto se adquiere en cualquier parte, pero la vista del encantador paisaje que ha servido á Serra para fondo de su cuadro, hay que venir á la campiña romana para disfrutarla. Mirados estos paisajes con la prevención que crea *la Malaria*, no son bellos ciertamente, pero cuando se les contempla como partes de la naturaleza, entonces se advierten en ellos notas que llegan al corazón: llanos muy llanos; malezas en el primer término, débiles cañas á la izquierda, en el fondo azules montañas, á la derecha



grupos de viejos árboles y en el centro juncos que cimbran reflejándose en las turbias aguas de insalubres pantanos. El gris abunda, el verde es oscuro, el dorado de las matas secas recuerda los ardores del sol y todo dispone á la melancolía, todo engendra sueños y todo contribuye á la formación de cuadros en que abunden las notas misteriosas. Al tomar apuntes de estos paisajes, hay que tomarlos también de las gentes que los cruzan en todos sentidos: la atmósfera viciada y lo yermo de aquellas tierras, hacen oficio de penitencia, y el trabajo que exigen es penosísimo silicio, de aquí esos rostros macilentos, esas figuras que parecen frailes escapados y que Serra ha sabido copiar tan perfectamente.

Dejemos la nota triste, abandonemos ya la campiña romana, cuyos tipos recuerdan penitentes y anacoretas, y fijémonos en esas airosas jóvenes de amplias formas y mirar ardiente. Son venecianas, cuyas facciones apuntó el artista y le han servido para hacer la figura capital de su último cuadro, tipo ideal en su encantadora sencillez, que baja descalza las gradas del muelle en el *Canalazzo*, excitando codiciosas miradas de audaces soldadones, cuyas fisonomías no sabemos donde sorprendió Serra, pero que pertenecen á tiempos que pasaron y de las que aun se ven en nuestros días, pues parece que aquí en Italia, lo mismo los hombres que las cosas se han empeñado en conservar carácter.

Trajes, armas, edificios, ruinas, todo puede estudiarse aquí del natural; de todo esperamos hallar apuntes en las carteras de nuestros compatriotas y lo presentaremos á los abonados á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA como recuerdos de esta clásica tierra de héroes y artistas, que tanto interés despierta por su historia y por sus tradiciones. — A. FERNÁNDEZ MERINO

LA CRUZ DE MAYO

(CUADRO DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII)

I

Pardiez que nadie diría sino que la villa en que tiene asiento la ostentosa corte de la católica majestad del rey don Felipe IV, salió de las manos del Creador de todas las cosas hecha como de encargo para no darse punto de vagar en eso de los festejos.

El 25 de abril, tomando pretexto de solemnizar el día que la Iglesia dedica al evangelista San Marcos, se entregó á grato solaz y tumultuoso esparcimiento en la fiesta del *Trapillo*, y ya anteayer, que era 1.° de mayo, repitió con creces la holgura en la no menos celebrada festividad de *Santiago el Verde*.

Pero, ¿qué mucho que media docena de días le dieran sobrado espacio para el descanso, cuando ya torna á las andadas, y sin curarse de que por no ser día de fiesta, y sí solo de misa, tuvo que ocuparse en sus habituales tareas, sálese otra vez de quicio y se desparrama por sus estrechas calles y poco regulares plazuelas, buscando en las emociones de la alegría, algo que distraiga el tedio de sus ocios?

La Invención de la Santa Cruz es hoy, y todos saben que en tal día se elevan en cada calle cien improvisados altares al sacrosanto signo de nuestra redención, ante los cuales se pasa la tarde y buena parte de la noche, dando paz á las animadas agitaciones del *turdión* ó de la *zarabanda* para hacer razón al ventrudo jarro de aloque que remoja la aspereza producida en las gargantas por la pesada pasta de las tortas y roscones que el día anterior amasaron las manos de las villanas de Vallecas y Villaverde.

Lo más sabroso de la fiesta, sin embargo, no es esto. Añeja costumbre es en la villa que cada barrio escoja de entre sus mozas la más garrida y apuesta para presidir el festejo, y como á ésta, que recibe el nombre de *Maya*, además de reconocérsele el envidiable privilegio de la hermosura, se la otorga el fuero de absoluta reina, doncella casadera hay que un dedo de la mano y tal vez algo más diera por alcanzar tan señalada distinción.

Hoy por hoy, tal merced ha recaído en Anilla, la hija única del más renombrado maestro de hacer broqueles que registró en sus fastos la calle de las Carretas, y como á Dios gracias aun tiene su padre en el fondo del arca unos cuantos centenares de reales de plata vieja que tirar por la ventana cuando el caso llega, ni en el altar que se alza en el zaguán de su casa faltan candelillas y lazos de Colonia con sus puntas de hojuela, ni en las orejas y torneado cuello de Anilla se echan de menos arracadas y gargantillas de piedra de luces tan finas y de tantos quilates como los que luce más de una dama de lechuguilla y copete.

Si al tanto de las nuevas que por los mentideros corren estuviéramos, el solo antecedente apuntado nos bastaría para no extrañar que apenas llegada la noche, entrara en su casa D. Diego de la Revilla, rico mayorazgo de Extremadura, y recién venido á la corte al lado de su tío el corregidor, ni menos nos produciría asombro, que cambiado el severo traje negro con que bajó poco antes á hacer la rua en el Prado Viejo, se pusiera, según uso, el traje de noche de más vivos colores y tomara rumbo desde la calle de los Convalecientes, en que tenía su posada, á la de las Carretas.

Pero, ya que al tanto de estas cosas no estemos, bueno será que tras él sigamos, y de este modo fácil nos será venir en conocimiento de cuáles son sus pensamientos.

II

Aunque á decir verdad no brilla la corte de S. M. don Felipe *el Grande* por la seguridad que ofrecen sus calles alumbradas sólo por el fulgor de las estrellas y por algún que otro farolillo que la piedad encendió ante una imagen, no siempre para gloria del arte pintada, lo cierto es que esta noche toda precaución sobra, pues los más apartados sitios de la villa se ven de tal modo concurridos que, tan difícil como meter una lanza en Orán, sería para los capeadores dar un asalto contra no bien guardada bolsa ó mal defendida persona. La causa de ello es que por más que en la fiesta del día le toca á la gente villana desempeñar la parte activa, ni los más lucidos galanes, ni las más encopetadas damas desdeñan acudir á las cruces, los primeros con el fin de recuestar de amores á las doncellas de saya de sempiterna y medias de cordellate; y las segundas para ver, y sobre todo para ser vistas, que es la razón que á todas partes las lleva.

Esta es la causa por la que nuestro mozo galán, aunque más por gallardía que por precaución llevara la espada de vaina abierta sujeta en tiros cortos, harto convencido estaba de que en tal noche no había de hacer uso de ella á no ser que la empleara con los mozos de silla ó con los rodrigones, obligada escolta de las señoras más ó menos alcurniadas que tornaban á sus hogares fatigadas por el peso de los apretados manojos de lilas con que la villanesca cortesanía las obsequiara. A esto fué sin duda debido el que, cosa que raras veces en el año sucedía, llegara al taller del broquelero sin haber tenido que lamentar ningún mal encuentro.

En cambio el que tuvo allí fué tan envidiable que



TAREA ENOJOSA, de una fotografía de H. Stevens



EL ARREPENTIMIENTO, cuadro de Arminio Freye

no hubiera sido preciso tener tan poco seso como el hidalgo tenía, para perderle del todo. Amén de que Anilla con los adobos de la compostura había hecho ganar en más de un tercio su belleza, que ya de suyo era pasmosa, tan desvanecida por los vapores de su postiza soberanía se encontraba, que pareciéndole sin duda muy inferiores á sus merecimientos cuantos mancebos de su condición ponían los ojos en ella, no encontró sujeto más digno de ser escuchado que el linajudo mayorazgo extremeño. De aquí que las que hasta entonces habían sido esquiveces se tornaran en marcadísimas muestras de deferencia, y de aquí también que el hidalgo, contenido hasta aquella sazón por el encogimiento, perdiera el miedo hasta el punto de hacer tan público alarde de los favores de la Maya, que constituyéndose como por derecho de conquista en su obligada pareja, paseara sus altaneras miradas por el concurso como retando á todo el que fuera osado á disputarle su sabrosa presa.

Los celos que en los hombres producía y la envidia que en las mujeres despertaba, de tal modo sacaban de su quicio á Ana, que más que mortificación, regocijo producían en ella las aceradas burlas de que todos la hacían blanco. Sus ojos despedían chispas de orgullo; sus antes no más que sonrosadas mejillas tenían ya los colores de la grana, y su voz de suyo dulce, tornábase empalagosa al contestar á las ternezas de su nuevo galán, cuando de pronto, no sólo en ella, sino en el festivo senado, á pesar de que el vino tenía á medio trastornar más de una cabeza, prodújose tan súbito cambio que no se diría sino que el festejo se había cambiado de pronto en mortuorio.



TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio del natural de A. Edelfelt *(tomado del álbum de M. Baude)*

La razón de tan rápida mudanza era, á no dudar, la entrada en escena de otro hombre, que, como sombra obediente á desconocido conjuro, había salvado los umbrales de la puerta y que, á fuer de cristiano, después de desembarazar su frente del ancho fieltro que la cubría, había doblado devotamente la rodilla ante la engalanada cruz.

III

Contraste extraño formaba el recién llegado con don Diego de la Revilla, pues si en éste toda la elegancia provenía del atildamiento con que sabía acicalar su persona, en aquél era bizarría el mismo descuido con que su luenga y no muy bien traída capa besaba sus carcañales, defendidos por las descomunales estrellas de sus espuelas, y le daban marcial apostura lo mismo los descosidos y desolladuras de su coleto de gamuza que las manchas que decoraban el follado de sus gregüescos y su tan mal compuesta como bien arrugada valona.

Si estos detalles no estuvieran diciendo que algunos de aquellos desperfectos debió adquirirlos en la lucha que aun sostenían nuestras armas contra hugonotes y luteranos, bastarían á darle por soldado el tostado matiz de su tez surcada en algunas partes de horrorosas cicatrices, su crespo bigote torcido en ademán de tomar por asalto los ojos y más que todo ello la desenvoltura de sus maneras y la altivez de sus miradas que, como acostumbrado que estaba á sostener las de la muerte, ni á nadie temían, ni nadie era capaz de hacerlas retroceder un punto.

Verle, y quedar Anilla más pálida que la cera de las candelillas que en el altar lucían, fué tan uno que, como si su pánico fuera contagioso, atragantóse en la garganta del lindo Medoro cierto trasnochado madrigal más culto que las Soledades de Góngora que comenzaba á enderezar al objeto de sus amores, y sin ser dueño de sí mismo, á punto estuvo de abandonar el asedio de la plaza cuando ésta estaba ya punto menos que rendida. Sin embargo, bien pronto su condición altiva le hizo olvidar todo peligro, y cobrando su natural osadía, midió de alto á bajo la gallarda persona del soldado que, con paso firme, aunque sin mostrar impaciencia, hacia él se adelantaba conservando en la diestra el ancho fieltro y apoyando la izquierda en la guarnición de la toledana que le pendía del talabarte.

– Seor caballero, – dijo éste último con acento un tanto ceceoso y no sin cierta burlona cortesanía, – mucho siento privar á vuesarcé por algunos momentos de tan sabrosa fiesta; pero, como me obliga á ello el encargo que allá abajo recibí de un muy mi amigo que murió á mi lado en el cerco de Ostende, en la precisión me veo de rogarle salga hasta la calleja vecina para escuchar dos palabras.

– Con gusto las oiré, – replicó disimulando mal su cólera el mancebo, – y creed que tan impaciente estoy por oir la encomienda de vuestro amigo, cuanto que pienso enviarle al otro mundo la respuesta por medio de persona que sin duda estimó mucho en esta vida.

– No poco os lo agradecerá su ánima, – contestó sin perder su calma el soldado, – y á su vez crea voacé que haré cuanto pueda porque el mensajero sea de vuestra confianza.

Dicho esto, D. Diego estrechó nerviosamente la mano de Maya; ésta, sin poder reprimir un grito salido de lo más hondo del alma, cayó al suelo sin sentido, y mientras su padre y muchos de los convidados acudían en su socorro, el soldado y el mayorazgo se lanzaron á la calle oprimiendo las guarniciones de las espadas.

IV

Algunos momentos más tarde sobre las desiguales piedras de la calleja vecina yacía el cadáver de un hombre, cuya persona trataba de identificar un alcalde de corte, que, seguido de numerosa hueste de alguaciles, según añeja costumbre, había llegado bastante tarde para no poder impedir aquella muerte.

Como ni él, ni los corchetes conocían las lívidas facciones del muerto, ya se encogían filosóficamente de hombros, como diciendo: «uno más,» cuando de pronto dos transeuntes que, atraídos por el rumor de la ronda, asomaron por la esquina más cercana, llegándose al cadáver, murmuraron casi á la par:

– ¡Pobre mozo! Dios haya recogido su alma.

– ¿Le conocíais por ventura? – preguntó el alcalde.

– Como que me honro con la amistad de su tío el corregidor, – respondió uno de los recién llegados, – y aun soy algo deudo de la rica heredera con quien esta misma semana debía contraer matrimonio ese desventurado mozo.

– ¡El sobrino del corregidor! – gritó el alcalde con espanto.

Y volviéndose iracundo á sus secuaces, añadió:

– Entonces preciso es que el matador parezca Si no dais con él echad mano al primero que os venga en mientes. Lo principal es ahorcar á alguien.

Y como si aquellas fueran todas las exequias de don Diego de la Revilla, cargaron con él cuatro corchetes y tomaron rumbo á la posada de su tío el corregidor sin decir palabra.

Sólo el que había reconocido aquellos despojos, murmuró al que le acompañaba:

– Tal vez por forastero os sorprenderán estos lances. Mas tened entendido que tan comunes son en nuestros días, que no parece sino que la Iglesia más creó sus festividades para que ofendamos á Dios con nuestros delitos, que no para que le demos grato solaz con el espectáculo de nuestra piedad y devoción.

ANGEL R. CHAVES



EL VETERANO, cuadro de Cárlos Spigweg

CARTA DE AMÉRICA

San Francisco. – La ciudad China. – Los jardines de Woodwards



Fig. 1.—Tranvía funicular de San Francisco

San Francisco es una ciudad de que se ha hablado mucho; y cuando se ha visto, compréndese que los viajeros se muestren deseosos de visitarla. Apenas cuenta cincuenta años de vida; mas á pesar de esto, reserva cosas admirables para los extranjeros.

La llegada á San Francisco es propia para recrear la vista y excitar el interés. La línea férrea termina en Benicia, donde es preciso pasar á una inmensa barca, magnífica por cierto, y destinada sólo á cruzar la bahía de San Pablo, á fin de continuar la marcha desde San Costa. La barca del pasaje, el *Solano*, es soberbia: en su puente hay cuatro rails para colocar los trenes; un plano inclinado, provisto de charnelas por una parte, y sujeto con cadenas por la otra, á manera de puente levadizo, permite bajar los coches y la máquina á la enorme embarcación; y lo mismo sucede en la otra orilla, para tomar de nuevo la vía del camino de hierro, porque es preciso obedecer á la diferencia de altura de las aguas. La maniobra se hace sin ruido y muy fácilmente; esta manera de trasportar todo tiene algo de audaz á la par que de elegante, y es típico del país. Como el *Solano* no tiene la longitud de un tren, éste se divide en dos mitades, y únese sin dificultad en la otra orilla.

Poco después de salir de San Costa llegamos á Oakland, donde todo el mundo se apea, porque ya se divisa la bahía de San Francisco. Se ha de pasar á otra enorme barca, que puede contener seis mil personas, donde hay inmensas salas de espera, galerías cubiertas para los viajeros, etc. En veinte minutos se atraviesa la bahía, y durante ellos, la admiración crece de punto. La ciudad de San Francisco, asentada en colinas de unos cien metros de elevación, parece aproximarse y venir al encuentro de los viajeros, con los innumerables buques que ocupan sus aguas. Se ven los muelles, las playas, y el suntuoso palacio que corona las alturas, todo lo cual resplandece y anuncia de antemano la alegría y el placer.

Por fin desembarcamos y me dirijo al *Hotel palacio*. El establecimiento tiene bien merecido su nombre, porque verdaderamente es un palacio, pero su arquitectura es por demás singular. El patio, sobre todo, muy grande y cubierto, recuerda esos monumentos de estuco recortado que se venden en las calles, y en los cuales se pueden poner luces. Las ventanas, guarnecidas de papel rojo, son luminosas, y así es que se puede tener al punto un magnífico castillo iluminado á *giorno*. He aquí lo que es el Hotel palacio; pero debo añadir que la organización del establecimiento es admirable: se puede estar con la mayor comodidad; hay magníficas habitaciones, gabinetes tocadores, sala de baños, y cuanto se pueda apetecer; no faltan tampoco elegantes salones para los bailes, los banquetes y las reuniones de toda especie: es verdaderamente maravilloso.

La ciudad, una de las más pintorescas, sería de difícil acceso, á causa de sus numerosas colinas; pero aquí tienen los *Cable railway* (cables carriles); y he aquí el sueño realizado para el público, porque es el medio de trasporte más agradable. No se necesitan caballos, y la celeridad es igual en la subida que en la bajada; los asientos de los coches son cómodos, y nada mejor se puede pedir; como hay cierto número de estos *coches de cables*, nunca se ha de esperar. San Francisco tiene además tranvías con caballos. El movimiento en las calles es considerable, aunque no tánto como en Nueva York. Es muy grato para el viajero utilizarse del cable carril, sólo por cinco sueldos, para recorrer esa ciudad tan pintoresca por sus numerosas cuestas y pendientes (fig. 1), donde á cada momento se disfruta de vistas deliciosas de la ciudad y de la bahía.

Una de las grandes curiosidades de San Francisco es la *ciudad China:* la colonia de los chinos es muy interesante, y con seguridad lo más divertido que hay en San Francisco. No sé por qué este lugar tiene la reputación de ser espantoso y repugnante por la suciedad. Con frecuencia me han dicho que los chinos son seres detestables, y que se debería expulsarlos de América; y hasta me han citado hechos horribles que se atribuyen á esa gente; pero á mí me parece que todo es una exageración. La causa del odio contra ellos se explica por lo siguiente: los chinos trabajan casi por nada, y conservan lo poco que ganan; pero cuando han economizado una pequeña fortuna, vuelven á su país. Los americanos dicen que perjudican á sus compatriotas, trabajando á tan bajo precio, y que se llevan los duros á China sin dejar ninguna ganancia á los Estados Unidos. Sin embargo, por todas partes se ven las huellas del útil trabajo de los chinos, que siempre aceptan el más penoso, ejecutándolo pacientemente sin quejarse. Situado en el centro de la ciudad, el barrio chino tiene una calle principal muy alegre, bordeada de tiendecillas al estilo chino, de tal modo que aquello parece una feria perpetua. Los pirotécnicos, los relojeros, los fruteros, los comerciantes en telas, y otros, rivalizan en celo para tener sus tiendas limpias y brillantes, y siempre llaman la atención por sus colores charros y sus farolillos. A cada paso se ve una multitud de chinos, con sus túnicas de seda negra, el acostumbrado casquete que les cubre el cráneo, y su larga coletilla. Se puede entrar en los almacenes y en los cafés, donde los chinos fuman el opio, ó en las callejuelas donde habitan, sin que se moleste á nadie. En el gran teatro chino se representaba una función con mucho aplauso: la platea, que tiene cabida para 400 ó 500 personas, está adornada con sencillez, y hay una galería en el primer piso. Creo que entre los espectadores yo era el único europeo, y observé que todos los chinos parecían divertirse mucho. Yo no comprendía ni una palabra, pero distraíame mucho ver los brillantes trajes de los actores, la alegría de los concurrentes, todos del sexo masculino; y sobre todo oir la música. En el escenario no hay decoraciones; el principal adorno es la orquesta, colocada en el centro, orquesta que se compone de tamtams, cítaras, é instrumentos de madera muy sonoros; los músicos no se detienen apenas, y hacen un ruido atronador, acompañándole las voces de los actores que salmodian ó cantan muy alto. Los personajes de la pieza trabajan delante de los músicos, y pueden salir de la escena por una especie de biombos de tela colocados á derecha é izquierda.

Los trajes y sobre todo las caretas de los guerreros y de los dioses eran muy curiosos; las telas de seda, con placas doradas, de mica muy brillante, producían á la luz del gas gran efecto; de modo que el golpe de vista era encantador.

En la colonia China hay algunos sitios que conviene visitar con un agente de la policía; allí hay casas para dormir, donde muchos chinos pasan la noche en salas de techo muy bajo, sin ventilar. Yo no sé cómo pueden estar allí tantas horas apiñados y dormir, pues siempre se percibe un olor repugnante y malsano. Hace poco tiempo que la autoridad ha mandado cerrar esos míseros asilos.



Fig. 3.—Tienda de limpia-botas en San Francisco

Las calles de San Francisco, en los barrios americanos, están llenas de magníficas tiendas, y por todas partes se ven cafés-cantantes y teatros, que ofrecen numerosas curiosidades. En todos los puntos de los Estados Unidos es raro encontrar un sirviente americano que se preste á limpiarle á uno el calzado, pues lo consideran como un acto deshonroso; y he aquí por qué solamente los negros se encargan de esta tarea, y tal vez algunos pobres italianos.

En todos los hoteles se encuentran siempre, por lo tanto, negros dispuestos á servir al que los necesita por tal concepto, y las calles están llenas de tiendecillas de limpiabotas, donde los concurrentes pueden sentarse en buenas butacas, y leer los diarios, mientras que el negro desempeña su cometido por una módica cantidad

Además de todos esos centros de recreo, en las extremidades de la ciudad hay preciosos jardines que sirven para los conciertos al aire libre ó los bailes públicos: los *jardines de Woodwards* son los más concurridos.

El director organiza fiestas nocturnas, con espectáculos de todo género: hay invernaderos llenos de magníficas flores, un aquarium, colecciones de animales disecados, focas y serpientes de cascabel vivas, una colección de fieras, una cámara negra que califican de mágica, restaurán, etc. En medio de este conjunto, hay también una diversión para los niños, que me ha parecido deliciosa: es el *barco rotatorio* (fig. 2). En un pequeño estanque adornado de plantas acuáticas se ha instalado una especie de barco circular con banquetas, en el cual caben unas cien personas; se baja fácilmente á este barco de nuevo género, pues hállase colocado casi al nivel de una especie de muelle, en el que se ha construído un bonito embarcadero, protegido por la sombra de los árboles.

Este barco singular tiene tres mástiles con velas, que recogen el viento á medida, lo cual sirve de ayuda á la máquina, y además hay remos en los bordes interiores, para que los niños se ejerciten. El barco rotatorio está

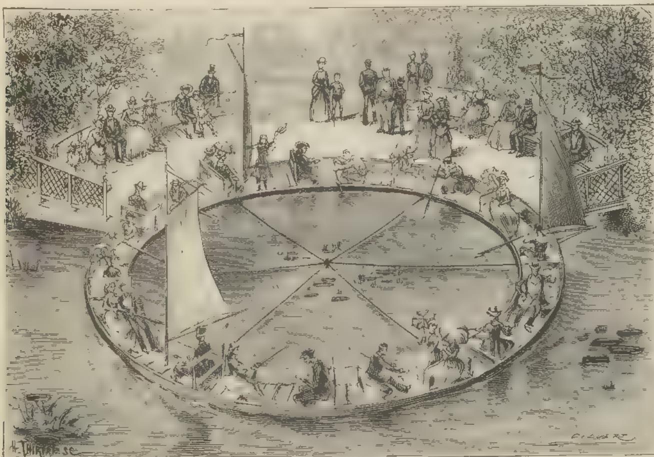


Fig. 2.—El barco rotatorio en los jardines de Woodwards, en San Francisco

sujeto por un eje central, oculto en las flores por seis alambres de hierro. Ya se comprenderá que no puede volcar, y además de esto el estanque es muy poco profundo.

Alrededor de San Francisco hay sitios muy propios para las excursiones: el más agradable de visitar es el hotel de Monterey con sus deliciosos jardines y su establecimiento de baños á orillas del Pacífico; el maravilloso valle la Yosemita, y los árboles gigantes de Calaveras y Mariposa, son dignos de visitarse; pero nada diré de esta excursión, porque se han dado ya numerosos detalles sobre esos sitios.

A. TISSANDIER

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)



Viaje á Filipinas.—Dato bagobo de viaje

La pequeña ciudad de Davao, conocida también con el nombre de Vergara, es cabeza de distrito de Nueva Guipúzcoa, la cual se extiende por la costa sud de la grande isla, desde la bahía de Sarangani, donde confina con la provincia de Cotta Bato, hasta la bahía de Mayo en el océano Pacífico: sus límites septentrionales son dudosos, pues el centro de la isla es aún más ó menos independiente. En el interior, en medio de las montañas volcánicas, llenas de espesos bosques, viven aún en estado salvaje los *Infieles* de razas diversas, que trataremos de ver; en las costas, particularmente en la desembocadura de las corrientes, están acampados los moros, cuyas depredaciones dieron lugar al establecimiento de los españoles en estos parajes. La especie de cordón litoral que los malayos forman es aquí mucho menos compacto que en otros puntos del gran archipiélago de Asia. En 1847, Oyanguren, oficial de rara energía, obtuvo del gobierno de Manila autorización para emprender por su cuenta y riesgo una campaña contra los moros de Davao (1). El último conquistador partió en un pequeño bergantín, detúvose en Caraga, pueblo bisaya de la costa del Pacífico, reclutó doscientos voluntarios, y presentóse delante de Davao, que era entonces, como hoy, capital de la región; apoderóse de ella muy pronto, é impuso su autoridad en todas las costas que limitan actualmente la provincia. Desde aquella época la dominación española no ha sufrido nunca una agresión formal; todo el rencor de los moros se resuelve en asesinatos y piraterías, reprimidos estos últimos años por el establecimiento de una estación naval en Davao, estación mandada por un teniente de navío, y compuesta de tres falúas con setenta y cinco marinos cada una; hay un pequeño arsenal, cuyos dependientes, gracias á la fina atención del señor Ramos, nos prestan los más útiles servicios. La provincia está gobernada por un coronel que tiene á sus órdenes una compañía de indígenas disciplinados, compuesta de unos doscientos hombres acuartelados en Davao. Estas fuerzas son suficientes para asegurar la tranquilidad de la costa. En cuanto á la conquista del interior, España tiene el mayor interés en alcanzarla con una política firme y paciente; y los acontecimientos de los últimos años demuestran el valor de este sistema; las expediciones militares en un país accidentado, desconocido, y con frecuencia desierto, exigirían esfuerzos que no estarían en proporción con resultados siempre mezquinos.

2 junio. Hacemos una exploración en todos sentidos, y nuestras excursiones son casi siempre fructuosas. Los habitantes de esta región se hallan casi en el estado de barbarie, aunque se cuenta con grandes recursos para el comercio y la agricultura; la falta de puertos es el mayor obstáculo para el progreso. Las costas este y oeste del golfo de Davao se hallan expuestas al rigor de los monzones, y á la violencia de las corrientes; la desembocadura de todos los ríos, poco importantes, está obstruída por barras; sólo la bahía de Malalac, en la costa oeste, tiene un buen anclaje, según dicen.

Las costas del golfo son en general peligrosas, y hay grandes bancos que impiden acercarse á ellas; en muchos puntos, donde las corrientes tienen menos violencia, y á profundidades que varían de cincuenta centímetros á doce metros, extiéndense considerables arrecifes de políperos. El trabajo de los zoófitos, los restos acarreados por las corrientes y los terremotos, poco intensos, pero casi diarios, modifican de continuo el relieve de la costa, donde predominan, en suma, los fenómenos de levantamiento. En épocas pasadas, cuando el volcán Apó era muy activo, estos fenómenos fueron sin duda mucho más intensos.

Una alta cordillera, que sigue generalmente la dirección de norte y sur, se corre paralela á la costa oeste, dominada por el volcán Apó, cerca de Davao, y en varios puntos presenta inmensas depresiones circulares, antiguos cráteres cubiertos hoy de espeso bosque. El Apó, en el golfo de Davao, y el Matutún, en la cuenca del Río Grande, constituyen el punto de reunión de las dos cordilleras volcánicas (prolongaciones de la japonesa) que pasan por los volcanes Taal y Magón en la isla de Luzón, y que después de haberse reunido aquí se corren hasta las Molucas.

Toda la región del golfo es esencialmente volcánica; su fértil suelo se compone, por lo regular, de los detritus de las rocas eruptivas; pero en muchos puntos, incluso las grandes alturas, las grutas y vestigios de políperos revelan la acción prolongada del mar; estos puntos son bien conocidos de los indígenas, los cuales saben por experiencia que los cafetales no prosperan en los terrenos sumergidos en otro tiempo.

La provincia de Davao es salubre, hasta en la costa, excepto en todos los puntos costeados de paletuvios, y en aquellos, muy raros por fortuna, en que la depresión del suelo ocasiona la formación de grandes pantanos, en los que se descomponen los restos de los bosques sumergidos. La diarrea, la disentería y la fiebre intermitente son las afecciones dominantes. Entre los indios bisayas y los indígenas hacen estragos, y también atacan á los europeos, con menos frecuencia, es verdad, pero mucho más gravemente, no siendo raro encontrar bisayas que durante muchos años han sufrido á intervalos accesos de fiebre.

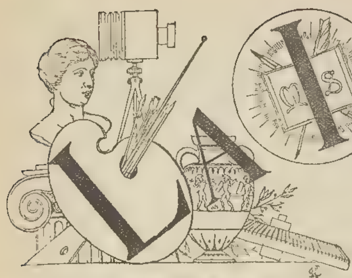
(Continuará)

(1) Oyanguren sólo recibió del gobierno algunas armas, municiones, y autorización para organizar una compañía de voluntarios; debía ser durante diez años gobernador de toda la región que sometiera, concediéndosele el monopolio del comercio por espacio de seis después de la conquista. En 1849, ayudado por algunas fuerzas enviadas de Manila, Oyanguren venció la última resistencia de los moros en el río Hijo, con lo cual la conquista fué definitiva. El valeroso oficial no disfrutó largo tiempo de los beneficios de la victoria; llamado á Manila en 1852, murió en 1859, en la desesperación y la miseria.



Viaje á Filipinas.—Río de Davao (Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



La Ilustración Artística

Año V — Barcelona 24 de mayo de 1886 — Num. 230

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL MESTIZO, dibujo de José María Marqués

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL MESTIZO, dibujo de Marqués

El autor de este estudio es tenido por distinguido paisajista. Pero he aquí que se ha empeñado en probarnos lo general de su talento artístico, y por vía de muestra nos remite al estudio que hoy publicamos. Aun dejando aparte la verdad del tipo, en que la sangre africana reclama sus derechos, la obra de Marqués es recomendable por su ejecución franca y vigorosa, de que ya nos tenía dados algunos ejemplos en la última exposición Parés.

Torre de 300 metros de altura, proyectada para la celebración del centenario de 1889 en París

En el proyecto de la Exposición universal que se trata de celebrar en París en 1889 figura la construcción de la torre colosal de 300 metros de altura que representa nuestro grabado.

Esta torre gigantesca, que será toda de hierro, arrancará del suelo, formada por cuatro pilares que al acercarse unos á otros describirán una curva calculada de modo que oponga el máximum de resistencia al viento. Las cuatro aristas de esta pirámide irán aproximándose así hasta la cúspide ó vértice, en donde se instalarán un faro y una cúpula de cristales con una galería para los espectadores. Estos subirán en un ascensor hasta la plataforma superior, desde la cual podrán contemplar un panorama de 130 kilómetros de extensión: en cuanto al faro, se podrá divisar desde Dijon ó Mans. Además, en otra plataforma situada á setenta metros de altura, ó sea á diez más que la de las torres de Nuestra Señora, se establecerá un restaurant.

Pero esta torre metálica no servirá solamente para los curiosos; sino que desde su cúspide se podrán hacer observaciones meteorológicas y astronómicas en condiciones enteramente nuevas, así como experimentos de física, en especial sobre el movimiento de rotación de la tierra.

El peso de la torre no excederá de seis millones de kilogramos y su coste se calcula en tres millones de francos.

M. Eiffel, el ingeniero que la ha ideado, ha pedido para cubrir los gastos, el precio de entrada durante los diez primeros años, porque la torre debe subsistir aun después de la celebración del centenario de 1889.

Esta pirámide gigantesca, dos veces más alta que la de Egipto, adornará la entrada principal de la fachada del Campo de Marte.

LECTURA INTERESANTE, cuadro de Shade

Cuando una composición artística contiene una *x*, ó sea una incógnita, ha de allegar en sí misma los medios para resolver el problema. La incógnita, en nuestro caso, es la carta, y la solución está en el semblante de la joven lectora.

¿De qué trata la carta?... He aquí el problema, como dijo el gran Shakespeare.

Pues bien, cuando una joven de diez y ocho abriles busca la soledad para enterarse de un escrito, y reconcentra todo el ser en su lectura, y se abisma en ella, y sonríe cándidamente á medida que los conceptos filtran en su alma, y se siente feliz y sospecha que el ambiente es más puro y que las flores huelen más delicadamente, ¿qué puede ser esa carta que no sea carta de amor?

Bello es el cuadro de Shade: el autor ha pintado una escena plácida y risueña, cual si quisiera darnos idea de la inocencia de la pasión declarada en el escrito y compartida por la hermosa criatura. ¡Oh! si el amor casto, el amor purísimo que engendra las esposas modelo y las madres sublimes, es susceptible de tomar forma de mujer, esa mujer debe parecerse á la hermosa lectora del cuadro de Shade.

VELÁZQUEZ RETRATANDO Á INOCENCIO X, cuadro de T. Moragas

Velázquez y Rubens fueron dos príncipes de la pintura que, cosa raramente vista, vivieron como unos príncipes y como tales príncipes fueron tratados por los verdaderos príncipes de su tiempo. Cuando nuestro gran pintor fué á Italia por vez primera, previo permiso de Felipe IV, que le colmaba de honores y riquezas, realizó el viaje como pudiera hacerlo un poderoso infante. En Venecia dióle hospedaje en su palacio el embajador de España, y en Roma el papa Urbano VIII le destinó suntuoso alojamiento en el Vaticano. No fué en esta ocasión, sino en su segunda visita á la ciudad Eterna, cuando Velázquez hizo el retrato del pontífice Inocencio X, obra que se conserva aún y que asombró á los artistas contemporáneos por su factura, tan valiente y original, que no pudo ser bien apreciada hasta que el lienzo fué colocado en el sitio que previamente se había indicado al artista.

Nuestro compatriota Moragas ha pintado á Velázquez en el momento de retratar á Inocencio X; y en honor de la verdad el gran maestro no tiene por qué estar quejoso del trato que le ha dado su compañero en el arte. Ese es Velázquez, el fastuoso caballero, el pintor de mirada penetrante y pulso firme, el retratista que mereció, como el Tiziano, la admiración y amistad de sus modelos coronados. Echase de ver en esta obra que Moragas ha querido imitar la manera del ilustre D. Diego, y por comprometido que sea el empeño, ha salido de él honrosamente.

¡ABANDONADA! cuadro de Matías Schmid

Matías Schmid, autor de este cuadro, es conceptuado, después de Defregger, el mejor pintor de escenas tirolesas. Natural de Zell, en el Tirol, á su patria ha dedicado todo su talento: la ha estudiado en sus montañas y en sus valles, en sus tipos y en sus costumbres; y aunque en Munich, la moderna Atenas, como es llamada la capital de Baviera por sus aficiones artísticas, hizo sus estudios y en Munich tiene establecido su taller, el fondo de su inspiración está en el país que le vió nacer y al cual se ha entregado en cuerpo y alma.

El cuadro que publicamos es una de las más bellas y sentidas obras que ha producido el grupo ó escuela especialista, cuyos miembros se denominan en Alemania: *Pintores de labradores tiroleses.*

LAS SEÑORITAS DEL TERCERO

Don Lucas Gómez, natural de Trujillo, capitán que fué de carabineros hasta 1860, en que pidió el retiro, ingresando en una dirección en Hacienda, en la que hace veintidos años sirve *día por día*, habiendo llegado á 24,000 reales de sueldo, vive en la calle de Tudescos número..., y tiene tres hijas: Elvirita, Lucecita y Amparo, conocidas en la vecindad por *Las Señoritas del tercero.*

La portera, que al mismo tiempo que desempeña estas funciones, es comercianta, puesto que vende cuellos y puntillas, gorros de niño, de esos que tienen aceritos y abalorios, piqué para festones y otros excesos, mujer entrada en años, y viuda de un ambulante panadero conocido en el barrio por *Libreta*, es la que á fuerza de hablar á todos los vecinos de *Las Señoritas del tercero*, ha logrado que se las conozca por este nombre. Ella ha sido la protectora de todos sus amores; ella ha entregado las cartas de varios estudiantes de Derecho, alféreces de todas las armas, telegrafistas en servicio, y hasta algún topógrafo que en cierta ocasión hubo de dirigirse á Lucecita; ella tose de un modo descompasado en la escalera cuando Amparito habla por el ventanillo con un joven de muy buena familia y auxiliar del Tribunal de Cuentas, para prevenir á la niña que D. Lucas sube; ella, en fin, ha llevado y traído á las niñas más cartas que el correo interior.

Ya se ve: la viuda de *Libreta*, que necesitaba para su manutención comerse dos veces diarias el apodo de su marido, como el comercio da poco, y el dueño de la casa escatima el aceite del farol, y sólo da un real diario por desempeñar la portería, tiene que ayudarse y se ayuda fomentando el origen de todo lo creado: el ramo del amor.

Don Lucas, que, como muchos de los que han sido militares, conserva un aire tan marcial como puede tenerlo un antiguo carabinero, lleva el bigote á la *borgoñona*, azul de puro teñido, levita negra, sombrero de copa en todo tiempo, y un bastón de muleta con un anteojito dentro del puño, con el que todavía mira á las mujeres con mejores ojos que á los contrabandistas cuando estaba en el resguardo; y, á pesar de estas circunstancias y de desear *dar salida* á sus hijas, se opone á todo lo que no sean relaciones serias, por lo cual las niñas tienen que vigilar su vigilancia y la de su mamá D.ª Felisa, verdadero Argos, aunque con un solo ojo, porque es tuerta, más ancha que alta, que cuando tose rompe las ballenas del corsé, que suda y se pone como un pavo en andando cien metros, y cuyo vértigo, cuya manía y cuyo *desideratum*, es tratar *personas decentes*, como ella dice: - A las personas decentes se nos conoce en seguida; yo no quiero que mis hijas entablen relaciones con ningún cursi.

Y como la mayor parte de los jóvenes que obsequian á *Las Señoritas del tercero*, ó llevan los tacones deshermanados, ó la levita vuelta, ó el sombrero demasiado reluciente á beneficio de plancharlo á domicilio con una toalla ligeramente humedecida, ó fuman picado, ó llevan guantes que apestan á tinte, y otros indicios que no acusan la persona decente, D.ª Felisa les hace la oposición desde el primer instante, sin recordar que cuando era Felisa y se casó con Lucas, teniente del resguardo en Figueras, porque Felisita es catalana, Lucas me gastaba unos cuellos y unos borceguíes, y tenía el dedo grueso por la yema tan retostado de apurar las colas, que seguramente no tenía grande aspecto exterior de persona decente.

¡Cosas de la vida! ¡Mudanzas del cosmos que da muchas vueltas! Lo que en su juventud le parecía ideal, le es antipático en la vejez, y de aquí que Elvirita, Lucecita y Amparo, se vean precisadas á utilizar los servicios de la señora de *Libreta* para dar pasto á la parte ideal de sus respectivos individuos.

Elvirita es la mayor: tiene veintiún años y ha paseado su inocencia hace diez años constantemente, el Dos de Mayo, el Corpus, el Viernes Santo, siempre que ha habido formación ó después que ha habido barricadas, por todas las calles de Madrid, llevando á su mamá al margen sudando y con la lengua fuera.

Porque, excepción hecha de las solemnidades militares, en invierno es muy difícil á una familia que tiene 24,000 reales y tres hijas, salir todos los días á paseo; mientras que con un vestido de *chaconá* de á dos reales vara, un velo de treinta, y un clavel doble en la cabeza, ya está una muchacha dispuesta á pasear el Prado, y si aumenta diez céntimos por barba, puede sentarse en el farol número tantos del salón, donde acuden Ramírez, López, González y el hijo del Contador, que espléndidamente las convidan á merengues para lo cual acude la aguadora María, ya conocida de la mayor parte de los *cursis* que están abonados *á diario*, y con quien suelen tener alguna cuenta.

De aquí que, como la mayor parte de los paseos son en verano, D.ª Felisa suda de un modo extraordinario paseando las niñas, principalmente á Elvira y Amparito, porque Lucecita, que es extraordinariamente romántica, suele quedarse en casa en las noches de verano, mirando á la luna y echando de menos los tiempos de los barbacanes, á cuyo pie solían ir á cantar las barbas rubias.

Doña Felisa, al salir de su casa con Elvira y con Amparo, las previene y las dice: - Si vienen Ramírez, López, González y el hijo del Contador á sentarse á nuestro lado, dejadme en medio, y no sentarse de ninguna manera con ellos *por el lado del ojo del defecto.* (D.ª Felisa no ha dicho en su vida que es tuerta.)

Elvira y Amparito, que, como ya he dicho á Vds., son las que más salen con mamá á paseo, son también las que más novios han tenido, relaciones efímeras que muchas veces han durado menos que las flores, y que sin embargo, han ocupado aquellos corazones que sienten la necesidad de amar, más que *la de establecerse* á que constantemente aspiran Lucas y Felisa.

Lucecita sale poco: tiene una pasión por un poeta que ni aun siquiera le conoce de vista, y es feliz pensando que algún día puede que le conozca, y que *le ame.* Tanto recogimiento y tanto amor romántico tienen á sus papás fritos, porque según asegura D. Lucas, que cuando estuvo en el resguardo aprendió algo de literatura, *los poetas se casan muy difícilmente.*

Las Señoritas del tercero, son hacendosas como pocas; es preciso hacerlas esta justicia.

Una amiguita, cuyo padre es redactor de un periódico, les prestó «El Salón de la Moda,» y ellas mismas se cosen los vestidos y se hacen sus patrones, cortándolos de «La Correspondencia,» lo que á Elvira y Amparo les ha proporcionado serios disgustos con Luz, cuando han cortado también el folletín que Lucecita colecciona, porque el héroe, que por más señas se llama Hermenegildo, es trovador y tiene barba rubia, y le recuerda su adorado poeta.

Además, Luz no tiene interés por *ir de moda:* ella, desde que vió *La Huérfana de Bruselas* (por cierto un domingo por la tarde y en galería), prefiere á todo las batas blancas largas, un fichú negro, formando corpiño, muchos tirabuzones y una dalia en el pecho. Como sale poco, apenas gasta calzado, única forma de su romanticismo que agrada á su padre.

Elvira y Amparo son esclavas de su ropa: ellas lavan en casa sus velos con una botella de cerveza (bien entendido que con el contenido, no con el continente) para que se limpien y se *apresten;* ellas, por la mañana en el balcón, con aquellos dedos sonrosados y aquellas afiladas uñas, restregan los bajos del vestido para quitarle el polvo, y después lo sacuden sobre la barandilla para que quede limpio; se dan tinta en las botas cuando *se rien*, y con miga de pan limpian los guantes.

Hacen en casa el *Cold-crean* y el agua de Colonia; se limpian los dientes con carbón machacado; tienen para las tres una sola pastilla de jabón (de La Rosario-Santander), y cuidan de mojarlo poco y dejarlo *bien sequito* para que no se gaste. Se componen las medias, se peinan las unas á las otras; Elvirita peina á su mamá, operación difícil, porque D.ª Felisa es calva y no quiere conocerlo; Amparo recose á su papá, y le quita las rodilleras de unos pantalones de *patencourt*, por el procedimiento de plancharlos poniendo encima una toalla húmeda, y hasta Luz plancha lo fino.

Lo basto, sábanas y manteles, *se estiran*, cogiendo Elvira de un lado y Amparo de otro, tirando cuanto pueden, y luego doblándolo cuidadosamente para dejarlo en una silla baja, sobre la que después se sienta D.ª Felisa, con el objeto de darle la última mano por virtud de una ley física: la de la pesantez.

Las señoritas del tercero comen muy sobriamente, tanto, que á pesar de su romanticismo, hay días que Luz desearía más garbanzos.

¿Qué hay, pues, de extraño, en que estas adorables *cursis*, como decía el malogrado Eulogio Florentino Sanz, tengan la aspiración de que el amor las haga, por medio del matrimonio con *una persona decente*, ricas y felices? Yo las defiendo franca y abiertamente; estas señoritas *cursis* porque son pobres, pero con instintos *subjetivos* de elegancia á que aspiran por el *matrimonio*, constituyen el nervio de las buenas madres de familia.

En Francia, todas ó la mayor parte de las que, como *Las Señoritas del tercero*, son *cursis*, porque su posición, relativamente más brillante que sus medios, no las permite vivir con desahogo, no aspiran al matrimonio *sino al bienestar*, que buscan por cualquier camino.

Para terminar:

Mis heroínas se han casado.

Elvira es capitana en Badajoz.

Amparo telegrafista en Morella.

Luz, miedo me da el decirlo, viendo que el poeta no se fijaba en ella, casó, ¿con quién dirán Vds? Pues con un topógrafo, y, como si esto fuera poco, tiene un chiquitín y lo cría ella misma.

¡Oh, si la viese la huérfana de Bruselas!

J. VALERO DE TORNOS

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR DON PEDRO M.ª BARRERA

(Continuación)

Inútil es decir que el encargo fué cumplido al pie de la letra. Sintió el joven entonces irresistible comezón de contar á todo el mundo, y antes que á nadie á su novia, lo cerca que estaba de poder demostrar con un rol que la constancia y la economía hacen milagros; y la comezón subió de punto al referir á Socorro lo que pasaba, porque ella le pagó la noticia con la de que tenía ya comprado casi todo el menaje para una casa.

Como la señora Decorosa había renunciado hacía mucho tiempo á sus irracionales envestidas, y era, después de la huérfana, la persona á quien Cosme tenía más cariño, puede suponerse que no fué la última en oir de los labios del futuro patrón con barco propio que la fortuna

le soplaba viento en popa. Alegre como unas castañuelas puso la abuela el arrugado rostro al saber la fausta nueva, y expresó su deseo de que Dios derramara perdurables bendiciones sobre el nuevo bote y su propietario.

– ¿Y qué nombre va á llevar? – preguntó siempre risueña.

– Yo pienso que se llame Socorro.

– ¡Socorro!... Es un nombre muy bonito... muy bonito.

– ¡Ya lo creo! A mí no se me cae de la boca.

– Tú sabrás por qué.

– Hablaremos más despacio de esto, mi abuela.

– Hablaremos cuando tú quieras. – ¡Malo! añadió mentalmente la vieja. Ya prepara el terreno para darme cuenta de sus proyectos: señal de que las cosas van de prisa; pero no se casará... ¡no se casará!

Hubo al siguiente día horas de sol y horas de lluvia: por la tarde quedó el cielo raso como un pandero y se levantó viento sur, que es muy temido de los pescadores bayoneses. Al anochecer entró la señora Decorosa en la hojalatería de la plaza con la pretensión de que le estañaran un candil que necesitaba tener listo para la llegada de Cosme.

– Siéntese un rato, – dijo el hojalatero: – hay vendaval, y ese maldito viento de bolina impedirá que las lanchas regresen antes de media noche. Charlaremos mientras concluyo esta cafetera que está esperando el cabo de mar desde el invierno pasado.

Tocaban á la sazón una campana del convento.

- Tarde me parece para las oraciones y temprano para las ánimas, – exclamó la vieja.

– Es que las monjas llaman á rezar el rosario.

- Pues entonces en vez de charlar aquí me voy allá á pedir á Dios que no le pase nada al mi nieto.

– Pues á la vuelta tendrá el candil mejor que nuevo.

En la iglesia del convento ardían dos velas en el altar mayor: otra en el de la Virgen del Rosario, y una lámpara colocada delante de las altas celosías del coro: estaba, pues, el templo, casi á oscuras. La señora Decorosa se arrodilló junto á un grupo de contemporáneas suyas, á los pies de la iglesia, debajo de las celosías. Momentos antes de terminar el rezo, dijo al oído de una vecina.

¿Ha visto, señora Agueda?

– ¿Qué he de haber visto?

– Juraría que la mujer que está cerca del altar de santa Rosa, ha cogido un candelero.

– ¿Está segura, señora Decorosa? La que siempre se pone allí es la huérfana de Patiño, de quien todo el mundo se hace lenguas.

Entonces debo haberme equivocado, porque Socorro es una bendita.

Apagó el sacristán las velas del altar mayor: guardóse la de la Virgen del Rosario una devota que costeaba aquella luz todas las noches, y los fieles fueron saliendo á la calle poco menos que á tientas. La abuela de Cosme volvió á la hojalatería á recoger el candil y allí contó muy asombrada, y jurando que se resistía á creerlo, que la señora Agueda y otras habían visto á Socorro llevarse un candelero del altar de santa Rosa. En aquel momento la huérfana y su amo y protector hacían algunos preparativos con objeto de ponerse en camino después de cenar para ir á asistir al párroco de Mondariz, que, además de ser pariente cercano del antiguo pescador, había escrito á éste que estaba enfermo y que tenía hecho testamento nombrándole su heredero.

Con la rapidez del rayo circuló á la mañana siguiente en Bayona la noticia de que habían robado un candelero de plata en el convento, y por la tarde casi todo el pueblo achacaba el robo á la novia de Cosme. Ni siquiera faltó quien atribuyera el viaje de Socorro á Mondariz, que también se hizo público en pocas horas, al intento de desorientar la opinión y las pesquisas de la justicia. En las fuentes, en los lavaderos, en la pescadería, en el puerto, en el mar, en el campo, en los caminos, en la plaza, en las calles, en las casas, de puerta á puerta, de ventana á ventana, de carreta á carreta, de lancha á lancha, nadie hablaba de otra cosa que del sacrílego robo. Unos aseguraban que el juez había estado en el convento, donde, con el auxilio de la priora, adquirió importantes antecedentes para el más acertado desempeño de su deber; otros decían que se había dado orden de que la guardia civil detuviera á Socorro y la condujera á Bayona; otros citaban los nombres de todas las personas que habían sido llamadas á declarar. Pasaron algunos días sin que de las averiguaciones y trabajos del juzgado municipal trascendiera al público otra cosa que detalles aislados, desprovistos de importancia y contradictorios entre sí; y tanto por esto, que en vez de calmar irritaba la curiosidad general, como por haber sido remitida la sumaria al juzgado de primera instancia, haber resultado falsa la noticia de la detención de la presunta autora del robo, y asegurar algunos de los que habían prestado declaración que el juez quería á todo trance que las sospechas recayeran en cualquiera que no fuese la huérfana, comenzó la gente por decirse al oído que mediaban empeños para que el esclarecimiento del delito no adelantase un solo paso, y concluyó por ser moneda corriente que habían pasteleado el asunto porque se trataba de una mozuela de buen palmito con la cual alguien había visto al mismísimo juez una noche oscura entre unos castillos de tablones en el muelle. Aunque hasta los más sueltos de lengua y de intenciones más torcidas se daban un punto en la boca en presencia de Cosme, el desdichado fué uno de los primeros en saber lo que la respetable opinión pública iba achacando á la mujer que él adoraba con todo su corazón.

TORRE DE 300 METROS DE ALTURA,
proyectada para la celebración del centenario de 1889 en París

– ¿No sabes lo que cuentan? – le preguntó su abuela, apenas empezó á circular la especie de que Socorro no se asustaba por pecado mortal más ó menos.

– ¿Qué ha de saber de tierra el que acaba de llegar de la mar?

– ¡Oh, es una infamia!... en este pueblo ya no se puede vivir.

¡Vamos! habrá dicho pestes de mí alguno que me envidia porque voy á tener un bote.

– Si no fuera más que eso, con reirnos del envidioso estaba terminado el asunto; pero se trata de algo más infame: se trata de que están deshonrando á una infeliz que es casi una rapaza y que de seguro es inocente. ¡Pobreciña!... A nosotros nada nos va ni nos viene con que fuera de la nuestra casa se devoren los que mal se quieran; pero clama al cielo que persigan á una cuitada y que nos metan en semejante chapucería.

– Hable claro, mi abuela.

– Claro es lo que he dicho. Lo turbio es que hoy me haya obligado la justicia á declarar acerca del robo que han hecho á las monjas.

– ¿Qué robo es ese?

– Por supuesto que he dicho en redondo que yo no sé nada, ni he oído nada, ni he hablado nada con nadie de tal cosa.

– Pero, ¿qué robo es ese?

- El de un candelero de plata que quitaron hace dos noches del altar de Santa Rosa de Lima. Tú andabas por esos mares: el vendaval me tenía intranquila y fuí al convento á rezar el santo rosario para que Dios cuidase de la tu lancha.

– Mi abuela, acabe pronto.

– ¡Nunca hubiera ido! Así me hubieran dejado en paz, en vez de llamarme para que dijera si es verdad, como se asegura, que el candelero lo ha robado la huérfana de Patiño.

Las últimas palabras fueron un puñal que atravesó de parte á parte el corazón del pescador. El desgraciado dió un grito horrible; alzó abiertos los brazos, y cayó al suelo sin conocimiento. Aterrada la vieja salió de la casa pidiendo socorro. Momentos después, ayudada por algunos vecinos, colocaba sobre un jergón de hojas de maíz al pobre Cosme, mientras otro marinero corría en busca del médico, suponiendo con sano juicio que así lo exigían perentoriamente las circunstancias. Llegó el médico, llevando á todos con su presencia el consuelo de saber que se haría lo que se pudiera; y aunque después de enterarse de lo ocurrido, examinar al enfermo, sangrarlo, ponerle sinapismos y adoptar las demás disposiciones que creyó oportunas, permaneció silencioso, taciturno é inmóvil al lado de la cama hasta que logró ver contrarrestados los efectos de la congestión; al fin, desarrugando el ceño y colocando una mano sobre el hombro de la señora Decorosa, que parecía un palomino atontado, aseguró que no habiéndose producido derrame en el cerebro, no podía resultar parálisis, y que antes de una semana el pescador volvería á la gran lancha besuguera como si nada hubiera ocurrido.

La semana pasó, afirmando el médico que Cosme disfrutaba de nuevo de una salud envidiable; pero á la señora Decorosa no le llegaba la camisa al cuerpo temiendo que su nieto pudiera volverse tolo (1), porque desde el ataque cerebral apenas hablaba, tenía la manía de que nadie se acercase al jergón y ni para que se lo mulleran un poco consentía en levantarse.

– Mi abuela, ¿siguen diciendo que esa ha robado el candelero?... – preguntó una vez á la atribulada vieja, que se apresuró á contestar:

– Siguen, siguen; pero añaden que no la meterán en la cárcel.

– ¿Cómo no la han de meter siendo ladrona?

– No lo será: yo juraría que no lo es.

– Yo también lo juraría... y no tardará en jurarlo todo el mundo.

– Así debía suceder; pero...

– Pero ¿qué?

Que Bayona está desconocida; que la gente se ha vuelto chismosa y embustera y sin entrañas, para regocijo del infierno. ¿Querrás creer que ahora se susurra que esa *pobriña* sigue en libertad porque entre ella y el juez ha habido sus dares y tomares, y él quiere pagar los favores de ella haciendo que en los papeles resulte que lo blanco es negro? Querrás creer...

Cosme interrumpió á la vieja fijando en ella una mirada indefinible y diciendo con amargura: ¡Creo, creo, mi abuela! Hasta creo que hay madres peores que las fieras, muchísimo peores que las fieras. Pero vamos andando, – añadió cambiando de tono, – que, á Dios gracias, vivo y muy vivo está el que ha de hacer ver que Socorro Patiño tiene más virtud y más vergüenza que juntos los que se entretienen en quitarla la honra.

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

El Parque de Yellowstone en el Wyoming. – Los manantiales cálidos de Mammoth. – Los geysers

Desde San Francisco al Parque de Yellowstone hay una distancia considerable, tanto que para recorrerla se necesitarían de cinco á seis días por camino de hierro, y esto sin detenerse. Después de atravesar una parte del territorio de California, cuya campiña, muy bien cultivada, es admirablemente fértil, se franquea el Oregón, pero como aun no está terminada la vía férrea, es preciso servirse de un coche para pasar por las inmediaciaciones de la gran montaña que llaman *Shasta Mount* (4,800 metros). Una vez franqueados los montes se vuelve á tomar el camino de hierro para dirigirse á Portland, y luego es preciso embarcarse en el vapor que presta el servicio en *Columbia river*, magnífico río en cuyas orillas se elevan numerosas rocas volcánicas y columnas basálticas; en el horizonte destácase la montaña *Hood*, cubierta de nieve y semejante á una pirámide inmensa. Cuando se desembarca se ha de tomar otra vez la vía férrea para costear fantásticos lagos, cruzar los interminables bosques del Idabo y de Montana, y seguir las orillas del río Clark. Recorrido todo esto, se comienza á divisar las praderas sin fin de la misma provincia, llenas de caballos y otros animales, y las orillas del Missouri.

El viajero se siente como trasportado á la vista de todos estos magníficos paisajes, y su admiración va en aumento; mas por fin se llega á la estación de *Livingston*: un cambio de tren para ir á Cinnabar; otra carrera en una especie de enorme carro tirado por seis caballos, y se llega, por último, al corazón de Yellowstone Park, á los manantiales cálidos de Mammoth *(Mammoth hat springs)*.

El Parque Yellowstone ocupa en la provincia del Wyoming una superficie de 3,575 millas cuadradas, comprendiendo la de su gran lago que es de trescientos treinta (5.752,175 metros cuadrados). Varias montañas coronadas de nieves eternas, que pertenecen á *Teton's range* (cordillera de los Titanes), tienen cimas que se elevan á 3,500 y 4,000 metros sobre el nivel del mar, y el Parque mismo se halla á 2,000 en sus partes más bajas. Las montañas y el suelo de Yellowstone son de origen volcánico; pero los siglos han pasado, y ahora vemos los extraordinarios vestigios de todos los cambios producidos por la naturaleza.

Hace cuatro años era bastante penoso un viaje á Yellowstone; pero hoy, aunque el trayecto es largo, no presenta dificultades. El hotel que se ha edificado, de vastas dimensiones, asemájase á un gran monasterio, y hállase situado en uno de los sitios más curiosos del Parque. Nunca faltan guías, caballos, y los víveres necesarios para emprender excursiones más ó menos largas, y siempre agradables. Se ha de acampar en los bosques, dormir al aire libre como en la meseta de Kaibal (Arizona) pero nunca falta nada; encuéntrase agua en todas partes, y en los puntos de más importancia se pueden comprar víveres y

(1) Tolo: loco.



LECTURA INTERESANTE, cuadro de W. A. Shade



VELÁZQUEZ RETRATANDO AL PAPA INOCENCIO X.



¡ABANDONADA!.. cuadro de Matías Schmid

hasta obtener un alojamiento si se quiere. Dentro de dos ó tres años los americanos podrán visitar todos esos sitios tan cómodamente como los que hoy van al Mont Blanc ó á los Pirineos.

El Parque de Yellowstone, ó más bien ese inmenso territorio, tan extenso como una provincia de Francia, es una posesión del gobierno, que procura conservarlo como nosotros un monumento histórico. Para ello tiene allí nueve guardas con su jefe; y cuando es necesario ejecutar trabajos importantes, como abrir caminos, construir puentes, etc., utilízanse los servicios de los soldados, que acampan entonces en el sitio del Parque que se les designa. La caza está terminantemente prohibida; de modo que las aves, las liebres y conejos pueden vivir en paz; sólo se tolera la pesca, y así es que muchos aficionados, pescadores de caña, suelen coger allí un considerable número de truchas.

guramente no se verá en parte alguna un conjunto tan completo y extraordinario. Los paisajes del bosque que es preciso recorrer para ir de un punto á otro, los torrentes y las cascadas distan mucho, sin embargo, de igualar á lo que se ve en los Alpes y en los Pirineos.

Para ver todas las curiosidades conocidas ahora bastan doce ó catorce días de exploración: los desfiladeros ó cañones del río Yellowstone son las primeras bellezas que se deben visitar; se acampa cerca de las cascadas, en medio de los pinos, y se ven las aguas correr á través del estrecho conducto abierto por ellas: están como encajonadas entre muros de trescientos metros de altura.

Estos muros son notables, pues las rocas de que se componen, calcinadas por la acción volcánica, han tomado tintes extraordinarios: el amarillo de azufre, los colores ferruginosos, verdosos, violáceos, negros, ó de una blancura de nieve, se mezclan y confunden en toda la altura

Siguiendo las orillas del río se remonta hasta la misma fuente, es decir, el lago de Yellowstone, situado á 2,475 metros sobre el nivel del mar, con la cordillera de los Titanes y los bosques que cierran el horizonte.

En las orillas del lago y en el camino que se sigue para llegar al mismo, hállanse numerosos manantiales de aguas termales, solfatadas y volcanes de cieno. El primero que ví (fig. 1) está junto al río; en el fondo del cráter, que puede tener de diez á doce metros de diámetro, se ve un cieno espeso é hirviente, y en las paredes laterales, numerosas gotas del mismo, de color gris que al secarse toman las delicadas formas de ligeras estalactitas denticuladas; los vapores dejan caer alrededor, cuando se elevan, un polvo blanco muy fino, que cubre el suelo y los árboles inmediatos. La vegetación muere en las inmediaciones de los manantiales, pero más lejos recobra todo su vigor. En algunos sitios parece que el suelo está cubierto de



Fig. 1. – Volcán de lodo en el Parque Yellowstone (Estados Unidos)



Fig. 2. – Otro volcán de lodo en el mismo Parque



Fig. 3. – Interior de un antiguo manantial de agua hirviente en el Parque Yellowstone

Siempre se habla de las maravillas del Parque de Yellowstone, y no sin motivo, si se trata de los manantiales de aguas termales, del cañón de *Yellowstone river*, de las solfataras, de los geysers, de los volcanes de cieno, etc., pues creo que son cosas únicas en todo el mundo, y se-

del precipicio de la manera más curiosa, y tienen un brillo incomparable, sobre todo cuando se refleja en ellos la luz del sol. Las aguas de color de esmeralda de Yellowstone se precipitan en el fondo de esos extraños abismos, y el espeso y sombrío pinar corona todas las rocas.

nieve, á causa de la brillantez del depósito silíceo. Junto al lago, cuyas aguas son frías como el hielo, se ven los manantiales hirvientes, cuyos tintes de esmeralda ó de azur son admirables. Una trucha pescada en el lago se puede cocer al momento en el manantial, con gran satis-



Fig. 4. – El Géyser llamado el *Gigante*, en erupción

facción del viajero. Las aguas termales van á verterse en el lago, dejando en la tierra vestigios de hierro y de azufre, y tintes diversos que indican las diferentes capas de los terrenos con que se han puesto en contacto en las profundidades.

Es preciso recorrer un espacio considerable por los bosques para ir desde el lago á la cuenca superior de los geysers; las etapas, bastante largas, parecen de vez en cuando monótonas, pues hay regiones enteras de bosque quemadas ó muertas; y también se ven pinares muy espesos, que parecen todos de la misma edad. En el bosque escasean los grandes árboles seculares; y al cabo de algunas horas de marcha bajo un follaje cada vez más sombrío, no se deja de experimentar cierta melancolía, por más que todo sea muy pintoresco. Las subidas y bajadas se multiplican á través de los árboles; pero al fin mi guía me señala unas columnas de vapor que se elevan majestuosamente por los aires; allí está la región de los geysers.

Apenas llegados á la inmediación del *Upper Geyser Basin* (géyser de la cuenca superior) percibimos un fragor subterráneo, y casi al punto, una enorme columna de agua hirviente se lanza á cincuenta metros de altura y vuelve á caer resuelta en menudas gotas; los vapores formados suben como una espesa columna á más de doscientos metros de altura cuando el tiempo está sereno, ofreciendo un espectáculo solemne, casi imponente, que difícilmente se olvida.

Permanecemos dos días en este vasto territorio de los grandes geysers, juntamente con algunos viajeros que acampan, como nosotros, debajo de los pinos, ó á orillas del *Fire hole river* (río del agujero de fuego): sus aguas rápidas se calientan al pasar por las tierras de los geysers; de modo que los peces no podrían vivir en ellas, sobre todo porque, impregnadas de las materias de los depósitos sulfurosos y volcánicos de toda especie que los manantiales les envían, serían un veneno para esos animales. Nos bañamos con el mayor placer, á pesar de todo, y después vamos á buscar entre los pinos los manantiales de agua fresca.

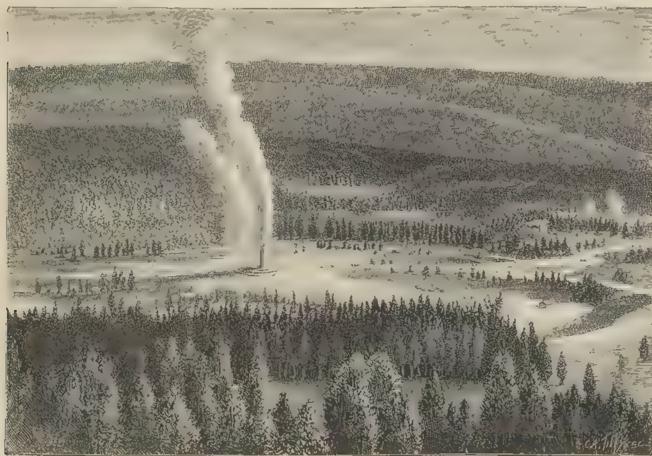


Fig. 5. – El Géyser *Viejo Fiel* en el Parque Yellowstone

La cuenca superior de los geysers es la más importante; en un día es casi seguro ver algunos de esos chorros de aguas naturales, pero la hora de su salida es variable, y no se puede indicar de antemano. El géyser que llaman *Viejo Fiel* es exacto, y á cada sesenta y tres minutos se le verá funcionar; mientras que el *géyser grande*, que está inmediato, sólo arroja su contenido cada veinticuatro horas. Hemos esperado casi dos horas con algunas señoras y otros viajeros el momento de la erupción, sentados todos en la blanca alfombra que cubre el suelo, sufriendo los rayos del sol, pues los pocos pinos achaparrados que aquí hay apenas prestan sombra. Cuando las damas comenzaban á impacientarse, golpeando el suelo con sus sombrillas, las aguas salieron de pronto, elevándose á unos sesenta metros de altura durante diez minutos.

Todos manifiestan su entusiasmo con gritos de alegría; pero á los pocos instantes llama nuestra atención otro géyser, el *Espléndido;* montamos á caballo, porque es preciso atravesar el *Fire hole*, y gracias á esto podemos contemplar durante algunos minutos otro espectáculo imponente. La altura á que se elevan las aguas en ebullición iguala casi á la de las torres de Nuestra Señora de París; los vapores inmensos, teñidos por varios arcos iris á la hora de ponerse el sol, tienen un aspecto maravilloso, y los vemos subir hasta las nubes; pero al cabo de diez ó quince minutos todo vuelve á su tranquilidad normal; las aguas lanzadas se han diseminado en forma de arroyos; el cráter del géyser está vacío; percíbense sólo algunos murmullos subterráneos, y después reina el silencio más profundo.

El día se pasa así, corriendo de un géyser á otro; pero el *Viejo Fiel* es el más favorecido, le vemos á la luz de la luna y al salir el sol, porque en estos parajes los viajeros se olvidan de dormir. El croquis de la fig. 5 representa al *Viejo Fiel* en uno de sus mejores momentos; mas por desgracia no puedo dar una idea de la grandiosidad de los pinares que rodean este géyser y de las mesetas que le sirven de base. En el dibujo se verá también un rincón del *Fire hole river*, y en medio de los árboles un hotel recientemente construído, destinado para aquellos que no quieren acampar en el bosque al aire libre.

A la mañana siguiente nos es dado disfrutar de otro espectáculo bastante raro: el más hermoso géyser, el *Gigante*, ha comenzado su erupción delante de nosotros, siendo de advertir que ésta suele producirse sólo cada cuatro ó seis días. Si la altura de sus aguas hirvientes no es mayor que la del *Espléndido*, el espectáculo que ofrece es mucho más hermoso, porque dura más de hora y media, y á veces tres: la fig. 4 representa una de las fases de esta maravilla. Los vapores se elevan á más de trescientos metros, oscureciendo á veces el sol; y su admirable cráter, esculpido por los depósitos silíceos, desaparece en la masa enorme de las aguas precipitadas. Es fácil acercarse si se sigue la dirección del viento, evitándose de este modo una lluvia de gotas hirvientes que forman en el suelo un torrente de agua y de vapor.

Volvemos al hotel después de pasar por la cuenca inferior de los geysers y los *Gilbon* ó Geysers Norris: no son tan importantes como los otros, pero en cambio abundan las solfataras, que mezcladas con los manantiales forman una especie de valle y de lagos azulados y colinas humeantes de fantástico aspecto. Después pasamos á la región de los *painted pots*, ó manantiales cuyas orillas presentan diversos colores; aquí hay algunos volcanes de cieno muy notables; uno de ellos (fig. 2), de color gris perla, lanza á cada instante gruesas gotas de cieno á tres ó cuatro metros de altura. Muy cerca, otro volcán forma montones silíceos de un color blanco brillante, en figura de campanillas, que se funden en toda la anchura del cráter, constituyendo una especie de espesa crema. El hotel se halla en el centro de los inmensos manantiales, que muy abundantes, han formado hace siglos depósitos de sílice y de caliza, depósitos que acumulándose capa por capa, produjeron colinas. El agua en ebullición, escapándose siempre de las entrañas de la tierra, corre á lo largo de las paredes de esos montecillos artificiales, y vuelve á caer en forma de cascadas, de las cuales resultan después arroyos. Gracias á esto se pueden admirar las formas variadas y los colores maravillosos de las estalactitas, que presentan las más caprichosas figuras y adornos. El *Terrado del Púlpito* (fig. 6) es un ejemplo notable del aspecto de esos manantiales; mas por desgracia son cambiantes; de modo que este sitio, el más hermoso de todos, no será dentro de poco más que una ruina. Los depósitos de sílice se endurecen y conservan sin dificultad cuando están alimentados por las ligeras cascadas de agua hirviente; pero si el manantial no los baña se hacen friables y quedan destruídos por la acción de las lluvias y de la nieve. El *Terrado del Púlpito* se halla en este caso; el manantial muere, y las admirables formaciones esculpidas por el depósito continuo de las aguas se reducen á polvo gradualmente.



Fig. 6. Cascada petrificada en el Parque Yellowstone

Muy cerca del hotel se puede bajar al interior de uno de estos manantiales, agotado hace largo tiempo: la entrada es angosta al principio, pues sólo tiene unos dos metros de diámetro; y con ayuda de dos escaleras se llega á la profundidad de unas veinte varas, sobre un orificio, donde se puede penetrar aún, si el viajero se quiere atar con una cuerda. A los cincuenta metros de profundidad es preciso detenerse en esos negros abismos, porque los vapores sulfurosos sofocan. Mi guía es quien me da estos detalles, porque yo no he bajado: el interior de ese manantial es curioso (fig. 3), pues se ven distintamente las capas de caliza que se han sobrepuesto en el trascurso de los años; la humedad y el musgo que las cubren van destruyendo poco á poco su forma.

No deja de ser extraño que á pesar de la reputación universal de Yellowstone Park vayan tan pocos viajeros á visitarle; sólo unas dos mil personas ven todas estas maravillas cuando llega la estación. En cambio los Pirineos y los Alpes franceses son visitados por treinta mil personas todos los años, lo cual se explica por ser mucho más cómodos los medios de trasporte y más fácil el viaje.

ALBERTO TISSANDIER



Viaje á Filipinas.—Atas del volcán Apó (sud-este de Mindanao)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Su carácter, por fortuna, es paciente; su temperamento linfático, resultado de una higiene deplorable, está muy desarrollado entre ellos, é indícase por flemones y úlceras, los cuales se producen bajo la influencia de las causas más ligeras, y sólo se curan lentamente.

En resumen, la constitución médica está dominada sobre todo por las influencias telúricas. Los europeos no pueden atribuir al medio meteorológico sino una afección, la anemia, y cuando ésta no es provocada por otra enfermedad, no sobreviene hasta después de una prolongada permanencia.

Estas observaciones sólo conciernen á los hombres adultos; lo mismo aquí que en otras partes, las mujeres y los niños de raza blanca soportan mal la influencia depresiva del centro tropical; los mismos hombres no se benefician de la benignidad relativa del clima si no pueden observar exactamente las reglas de una severa higiene, poco compatibles con los trabajos de nuestra misión. El doctor Rey sufre las consecuencias casi inevitables de nuestro régimen; hasta aquí sólo había experimentado algunas indisposiciones sin gravedad; pero hoy, su quebrantada salud no le permite proseguir sus trabajos, y le es necesario volver prontamente á Europa. Me separo con profundo sentimiento de mi excelente compañero, con quien viajo hace más de un año, sin que jamás se haya producido entre nosotros la más ligera diferencia, hecho bastante notable, debido á la amenidad de su carácter. Acompaño al señor Rey á bordo del *Pasig* donde nos estrechamos cordialmente la mano. ¡Ojalá que el mar sea favorable al amigo fiel y al hombre generoso que en Sandakán y en Joló me prodigó sus cuidados (1)!

En el mismo buque va el comandante D. Faustino Villabrille, gobernador de Davao, que acaba de resignar el mando en el comandante Rajal. Desde que estamos aquí, el gobernador nuevo y el antiguo se han mostrado muy benévolos con nosotros, valiéndose á cada instante de todos los recursos de su autoridad para facilitar nuestras investigaciones.

2 junio al 5 octubre.—Extiendo cada vez más el radio de mis excursiones alrededor de Davao, donde dejo mis bagajes. Las correrías por el sud del río van siempre precedidas de un preámbulo desagradable, pues las lluvias, impelidas por los vientos del sudoeste han aumentado mucho el caudal de aguas. Este río, ancho y profundo, es rápido en el punto en que la inclinación de las orillas permite poner el pié. Un enorme crocodilo ha establecido aquí su residencia, é inútilmente se le acecha; ya ha recibido varios balazos, sin que al parecer le hayan hecho mella; casi siempre anuncia su presencia apoderándose de alguna cabeza de ganado, y particularmente de los caballos que cruzan nadando, remolcados por las embarcaciones. Después de franquear este difícil paso, hállanse praderas y bosques, y paisajes magníficos; uno de ellos, en la desembocadura del río Matina, recuerda la decoración del cuarto acto de la *Africana*.

En las orillas mismas del río de Davao algunos infieles han construído sus casetas, y mantenidos en respeto por la inmediación de las bayonetas españolas, han modificado un poco sus costumbres violentas; pero en el fondo son siempre las de los salvajes del interior. A cada instante encuentro en estas casetas esclavos sin familia, que sólo necesitarían dar algunos pasos para conquistar su libertad, y que perseveran en la servidumbre, ya porque su extremada ignorancia les impide creer en la eficacia de la protección de la bandera española, ó bien porque son apáticos y temen un cambio cualquiera. Algunos colonos, indios bisayas, se han establecido entre estos indígenas; y es muy triste que hayan tomado sus costumbres; así como ellos, tienen esclavos, y al parecer les sorprenden mucho mis observaciones sobre este punto. «Pero señor, me dice uno de ellos, todos mis vecinos tienen esclavos; si yo no los tuviera ya no se me respetaría, y bien pronto lo sería yo mismo, quedando expuesto á que un día ú otro me vendieran á cambio de *platos* (2). Por otra parte, no podría cultivar mi plantación sin esclavos. Si concediera la libertad á esos hombres, probablemente rehusarían abandonarme, aunque negándose á trabajar; esto no les retraería de pedirme de comer lo mismo que antes, y no temiendo ya un bejuco, me hallaría á merced suya.»

Cuando se ha pasado algún tiempo en el grande Archipiélago de Asia, semejantes razonamientos no sorprenden ya.

Los Infieles de esta región, particularmente los Bagobos, se dedican á la cría caballar, con muy buenos resultados; todo el mundo monta en estas montañas, hombres, mujeres y niños; los caballos son aquí objeto de la misma solicitud que en Argel; mas á pesar de su reputación de centauros, los jinetes salvajes no son maestros en la equitación; no se sostienen por la presión de las rodillas, imposible á causa de la saliente lateral del arzón, sino por el equilibrio; la ruptura de la cincha y la inestabilidad del jinete ocasionan frecuentes caídas, y á menudo tuve ocasión de curar en el fondo de los bosques á infelices completamente magullados. El armamento de los salvajes complica tales accidentes de una manera grave, pues cuando montan llevan siempre la lanza en la mano, como los naturales de Joló. Ultimamente he cazado el ciervo y el jabalí con dos jefes vecinos de Davao. Nos hallábamos en el límite de una inmensa pradera circuída de una valla de bosques; y en derredor nuestro, una legión de esclavos ahuyentaba con sus gritos la caza hacia nosotros. Muy pronto saltó un ciervo, y al punto nos precipitamos á galope en su seguimiento, en medio de la compacta yerba. Los caballos del país tienen un olfato maravilloso, perfeccionado por la costumbre; con sus pezuñas reconocen bien la menor resistencia del terreno, que indica la inmediación del fango, y franquean el mal paso de un salto instintivo. Esta vez, uno de los caballos mide mal la distancia y cae; lanzado hacia adelante, el jinete describe la parabola obligada y clávase en su lanza, que por desgracia se ha hundido en el suelo, quedando la punta descubierta. Aunque la herida es penetrante, curada en el acto no es mortal; pero el infeliz no podrá en lo sucesivo respirar bien, lo cual le impedirá dedicarse á la caza.

Las tribus que ocupan los alrededores de Davao son muy diversas, y no se deben confundir.

Los Bisayas designan con el nombre de *Atas* á los Negritos que sólo he visto aun como esclavos, y también otras tribus que se hallan al noroeste del Apó. Estos últimos pertenecen á un tipo superior, y su civilización es bastante adelantada; son los únicos que no temen medirse con los moros, á los cuales profesan un odio hereditario: su audacia les hace triunfar á menudo.

Los *Tagabawas*, mezcla de *Bagobos* y de *Guiangas*, tienen las mismas costumbres; pero una de sus tribus, por lo menos, parece ser de un carácter más alegre y sociable. Los Tagabawas suelen vestir muy á la ligera, pero los días de fiesta, estos indígenas se sobrecargan de adornos; las hijas de los jefes, particularmente, parecen agobiadas bajo el peso de los collares. El grabado siguiente representa tres jóvenes princesas en traje de baile. A pesar del calor de un día tempestuoso, y del peso de sus adornos, he visto á estas princesas bailar horas enteras con una animación muy semejante á la del clásico can can.



Viaje á Filipinas.—Hijas de un jefe tagabawa en traje de baile

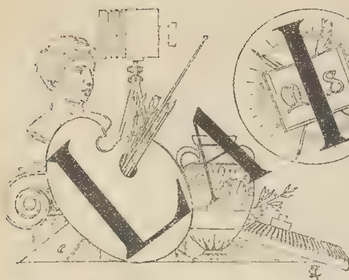
Los Guiangas y los Bagobos, diseminados en la vertiente oriental del Apó, son notables por su aire afeminado; pero distínguense por lo ágiles, por su destreza y su robustez; su talla es de 1631 milímetros, por término medio, llegando á medir á veces 1715.

(Continuará)

(1) Mis deseos no dejaron de cumplirse en parte; el *Panay*, que canducía al señor Rey, sufrió en el mar de China un furioso huracán que rompió su hélice, y con mucho trabajo pudo navegar á vela hasta el puerto de Labuán, donde el gobernador, M. Treacher, nuestro compañero de viaje á bordo del *Realista*, le acogió favorable-[illegible]

(2) Platos chinos de porcelana muy ordinarios, importados en gran número á las Filipinas; es uno de los principales artículos de cambio en el país.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 31 DE MAYO DE 1886 — NUM. 231

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ESTUDIO DE RAFAEL SANZIO, copiado del original, hecho con lápiz rojo, que se halla en el museo Albertina de Viena

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIOS DE RAFAEL

El facsímile de un boceto es quizás uno de los medios más conducentes para estudiar á un artista: el boceto es producto espontáneo del genio, antes de que éste tenga que doblegarse á las exigencias de una composición obligada. El de mayor tamaño que publicamos, cuyo original se encuentra en el museo Albertino de Viena, debió ser tenido en mucho por su inmortal autor, cuando hizo presente de él á su amigo el célebre Alberto Durero, que tan competente voto era en la materia. El presente fué remitido en 1515 y consta del autógrafo que es de ver en el mismo facsímile. Por lo demás, tratándose de una obra de Rafael, nos parece ociosa toda alabanza.

MEMORIALISTA EN SEVILLA, cuadro de J. Jiménez Aranda

El memorialista es un tipo que se va, como tantos otros: en lugar del anciano que en otro tiempo interpretaba el pensamiento y redactaba las instancias de viudas y cesantes, ó ponía en comunicación semi-gramatical á las fámulas de la ciudad con sus rústicos progenitores; en lugar de aquel varón pacientísimo que, á guisa de los centauros, era mitad hombre y mitad silla, que por su aspecto podía ser confundido con el sacristán de las Descalzas y por sus estrecheces ser tomado por maestro de escuela; existe un chulo con más intención que un toro, secretario de amores no siempre platónicos, confeccionador de cuentas á gusto de cocineras y acomodador de doncellas dudosas que buscan con preferencia *señores solos* á quienes prestar toda suerte de servicios.

El personaje de Jiménez Aranda tiene todo el sabor de aquel tipo, no há mucho popular, y dentro de poco arqueológico.

EXPEDICIÓN MILITAR, cuadro de Isaac Israels

Este lienzo obtuvo el premio de la medalla de oro en la exposición de 1884 en Bruselas. Representa el embarque en Rotterdam de las tropas destinadas á las colonias holandesas de la India, de cuyo asunto, en sí poco artístico, ha sacado el autor el mayor partido posible. Para ello no ha tenido necesidad de apelar á medios rebuscados y poco naturales; antes bien hay en él una sola nota dominante, y esta nota es el militarismo. Apenas si en el centro del cuadro el artista ha llamado la atención hacia una buena mujer que se despide de su hijo.

Pero en esta nota uniforme hay una asombrosa variedad de tipos, á cuál más reales y bien estudiados. En un regimiento todo son soldados, es cierto; no todos, sin embargo, se parecen ni se dirigen á una expedición lejana dominados por un mismo sentimiento. Desde el veterano al recluta; desde el que camina á paso de reglamento hasta el que en su entusiasmo rompe la formación; desde el que parte sin consagrar un recuerdo á lo que deja, hasta el que se siente desgarrado por este recuerdo; hay una variedad de manifestaciones que sólo es dable exhibir á un artista de mérito indiscutible, como Israels.

TIPO DE SOLDADO Y MUJER POBRE DE ROMA, dibujos de Leopoldo Roca

Ejecutados con esmero y profundamente sentidos son los tipos de Roca. Nadie que atentamente los considere podrá suponer que sean meras copias de modelos alquilados á tanto por hora: los modelos acusan líneas, revelan formas, toman actitudes académicas; pero no imprimen calor, no producen vida en las composiciones artísticas. El calor lo comunica el genio, la vida la engendra algo superior á la materia inmóvil; y ese algo lo tiene Roca y lo ha inoculado en sus dibujos.

En la mujer *pobre de Roma* aparecen claramente los dolores físicos y morales de la desdichada criatura; el *tipo de soldado* es un recuerdo viviente de la corte de Enrique III. Quien así dibuja es un verdadero artista.

LA PROCESIÓN DE LAS HIJAS DE MARÍA, cuadro de Enrique Serra

Nuestro compatriota ha visto en Venecia algo más que puentes y góndolas, palacios y canales. Esto le ha permitido ejecutar el lienzo cuya copia publicamos y en el cual puede decirse que no existe la Venecia habitual. Pero en cambio existe Venecia en sus tipos, en sus costumbres, una Venecia vista con ojos habituados á la observación, dando por resultado un cuadro que se hace tanto más simpático cuanto más se analiza.

Las voces de todas esas figuras cantan las alabanzas de la Virgen; pero, ¡cuánta diversidad de impresiones, cuán distintos sentimientos, produce en ellas el sagrado cántico!... Ahí están las Hijas de María, modestas y fervorosas, prorrumpiendo en notas que salen del fondo del corazón; y junto á ellas otros cantores que, al parecer, cantan de oficio, maquinalmente, como pudieran cantarle á la luna ó á las estrellas.

El grupo está bien combinado, los detalles contribuyen al efecto del conjunto: es un cuadro en que hay como una especie de claro-oscuro de poesía y de prosa obtenido á fuerza de ejecución.

TREN DE ADMINISTRACIÓN MILITAR, cuadro de R. Balaca

El malogrado Balaca *pintaba en español*. Artista verdaderamente nacional, conocía de una manera profunda los tipos y costumbres de muchas de nuestras provincias; pero sobresalía de una manera especial en las escenas militares. A la vista de sus composiciones de este género, pudiera creerse de él que, como á Neuville, el amor patrio le había puesto un fusil en las manos y que sus condiciones de artista tienen resabios de su vida de soldado.

Esas condiciones son apreciables en el dibujo que insertamos, en el cual una mano, tan hábil como perita en el asunto que trata, da perfecta idea de una de las fases de la vida de campaña, vida ruda, vida mal apreciada por el que tiene la costumbre de ver al soldado en guarnición y cree que el límite de sus penalidades está circunscrito al ejercicio y á la parada. Balaca demostró en este dibujo, como en muchos otros, cuánto compadecía al soldado, precisamente porque conocía á fondo las duras condiciones de la existencia militar.

IMPULSO DE AMOR

Reuniéronse los jóvenes de nuestro lienzo, por cita ó casualidad, en la entrada de un bosque. Dentro de ese bosque se guarecía una fiera. ¿Un león, acaso, una pantera, una serpiente de cascabel?.. Mucho peor que esto; un niño alado, es decir, una monstruosidad, porque los niños con alas, cuando no son ángeles, deben ser diablos. Sin duda la tierna pareja interrumpió el tranquilo reposo del monstruo, y el amor, que no es otra la fiera, se venga haciendo una de las suyas.

Esta graciosa composición está llena de vida: la mujer, en particular, es un modelo de expresión; el cupidillo tiene todas las trazas de un pícaro precoz. El semblante del mancebo es el menos feliz, pero en cambio en el de la doncella hay un acabado concierto de pasión y de candor, cual no puede ser producido sino por un maestro en vencer dificultades. A ese doble sentimiento obedece también la actitud de la joven, que es sin duda la mejor figura del cuadro.

¿A do va la nave?...—¡Quién sabe do va!... (*Espronceda*) cuadro de Luna

El autor del *Spoliarium* es uno de los pintores modernos de más aliento. Si el inmenso lienzo en que describió de manera tan gráfica y terrible las costumbres del pueblo romano, demuestra hasta dónde puede llegar Luna en la pintura de historia, el cuadro que hoy publicamos evidencia la profundidad de su pensamiento y la facilidad con que cambia de estilo, sin cambiar de condiciones.

Obra de menos impresión que el *Spoliarium*, su asunto es tal vez más trascendental y de más difícil ejecución. Esa lancha conduce á la juventud; ese mar no es sino el mundo: la síntesis del cuadro es la vida, en toda su energía, caminando hacia lo desconocido. El porvenir ignoto está representado por un horizonte que empieza á cargarse: la tempestad no se ha desencadenado aún, pero se está elaborando sobre la cabeza de esas hermosas criaturas, que arrostran el peligro indiferentes, neciamente confiadas en el seguro de un frágil esquife.

Y sin embargo, el triste ejemplo está á su vista: el mar ha hecho ya una presa; otra víctima se inclina inconsciente hacia el abismo... Pero, ¿cuándo se ha preocupado la juventud de los cadáveres que arrastra la corriente de la vida?... Espronceda lo dijo: «Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?...» Luna ha interpretado á nuestro gran poeta: si éste escribió una página inmortal á guisa de prólogo de un gran poema, Luna ha pintado esa página, y allá se van el uno y el otro por el camino de lo pensado, de lo sentido y de lo sublime.

EL HIJO PRÓDIGO, escultura de Llimona

Esta estatua fué modelada para las oposiciones á la pensión Fortuny. Su autor, que es hoy uno de nuestros distinguidos escultores, se hizo perfecto cargo del asunto y lo interpretó á conciencia. En este *Hijo pródigo* se personifica la juventud malograda, la antigua belleza decaída, la miseria que aniquila el cuerpo y el dolor que trastorna el alma. La anatomía es correcta y la actitud bien escogida y con naturalidad expresada.

DIBUJO Y APUNTES de Adolfo Federico Menzel

Menzel es conceptuado el dibujante más correcto y artista más concienzudo de Alemania. En sus cuadros no existe, bajo el punto de vista de la factura, principal y accesorio: todo lo trata con idéntico cariño y pinta con igual esmero. Estudioso hasta lo sumo y gran de observador de la naturaleza, nada deja al acaso ó á la engañosa inspiración del momento: así resultan sus obras, aun las menos importantes, de un acabado muy difícil de igualar.

En este concepto es notable el dibujo que publicamos; pero donde su conocimiento del natural se demuestra de una manera irreprochable, es en los apuntes que también incluímos en este número, posibles de comparar con los estudios de los más clásicos maestros. Sirvieron á Menzel esos apuntes para el tan celebrado cuadro titulado: *La Herrería*, que es tenido por el mejor de sus lienzos (1875), adquirido por el museo nacional de Berlín.

CABEZA DE ESTUDIO, de Alberto Durero

Viena posee en el museo Albertino el original de este dibujo, digno del gran maestro que, desde un humilde taller de Nuremberg, hizo célebre su nombre en toda Europa. En ese original existe una nota escrita de puño y letra de Durero, que dice: «Este hombre tenía noventa y tres años de edad y se conservaba robusto y sano.» Semejante longevidad raras veces se adquiere cuando al peso de los años hay que sumar el peso de la conciencia. Pero á la simple vista del anciano de Durero es de ver con cuánta energía, con cuánta riqueza de detalles representa el artista al varón dotado de *mens sana in corpore sano*.

No hay para qué detallar los primores de ejecución empleados en esa cabeza: las obras de los maestros se imponen por sí mismas. Cabe llamar la atención hacia el mérito relativo, pero de ningún modo hacia el mérito absoluto.

SAFFO, cuadro de Alma Tadema

Es una de las obras de este ilustre pintor que han llamado más poderosamente la atención pública. En ella ha ejecutado maravillas de contraste de luz y sombra, difíciles de apreciar por medio del grabado.

LAS HILANDERAS, cuadro de D. Diego Velázquez de Silva

El museo del Prado de Madrid, que es sin disputa el más rico del mundo, tiene un sitio de honor reservado para este cuadro, considerado quizás el más admirable de su autor, que tantas maravillas del arte produjo. Prodigio de dibujo y de color, es un modelo de los diversos términos de un cuadro: el grabado, como observa muy atinadamente un crítico extranjero, no puede dar idea de esa luz y de ese ambiente característicos de los grandes maestros españoles, entre los cuales D. Diego Velázquez no ha encontrado aún igual en la patria de Murillo, de Zurbarán y de Ribera. Y para que no pueda creerse que nuestro orgullo nacional nos ciega, oigamos lo que de este lienzo dice el insigne Mengs:

«Dió Velázquez, sin embargo, una idea más ajustada de la naturaleza en su cuadro: *Las Hilanderas*, que pertenece á su último estilo. En la ejecución de esta obra parece no haber tomado parte alguna la mano del artista; antes bien pudiera creérsela producto de un simple acto de su voluntad, engendradora de un cuadro *único en su género*.»

Imposta y Galería del Minarete de Delhi (India) Tomado de la obra: *Historia general del Arte*

Delhi es la capital de una provincia del Indostán que se extiende al norte de Agra, desde el Ganges al Setledje, hasta las montañas de Sewalik y Kurraun. El nombre sanscrito de Delhi es *Indraprast'ha*, que quiere decir: *mansión de Indra*. La importancia, así en lo antiguo como en lo moderno, de Delhi, la demuestran sus monumentos, muchos de ellos en ruinas. Entre los templos, palacios, fortalezas y sepulcros, tantos en número que el espacio que ocupan se pierde de vista, es de notar el célebre minarete Kut-Ab ó Kutab, nombre derivado de Kutubudin (Estrella polar de la religión) nombre del primer soberano patan ó afgan. La base de este célebre monumento tiene cuarenta y cuatro metros de circunferencia; su altura debió ser de noventa y siete metros aproximadamente, antes de que su cúspide hubiera sido destruída por un rayo: en la actualidad tiene unos sesenta y cinco metros. Es una torre construída de piedra roja, cuyo ancho disminuye insensiblemente á partir de su base, dividida en cinco pisos, alrededor de los cuales corren unas galerías, ornadas de preciosas esculturas y colosales inscripciones árabes en relieve.

Es un bello ejemplar de esa originalísima arquitectura india, por la cual se viene en conocimiento del genio, riqueza y poder de ese pueblo, cuya magnificencia es aún proverbial en el mundo. La lámina que reproducimos es otra de las muchas que ilustran la *Historia general del Arte*, publicada por los editores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quizás la obra más importante que ha dado á luz la España editorial moderna.

BUENA VOY Á PONERME

En el momento de ir á cruzar el arroyo donde indudablemente han de enfangarse sus lindos piececitos, la pulcra criatura titubea, mide la extensión del peligro y toma oportunas precauciones.

Bonito paisaje, bonita figura y admirable grabado.



APUNTE, del pintor alemán [illegible] Thumanns

DOMENICO MORELLI Y SUS OBRAS

La escuela napolitana de pintura ha tenido en todas las épocas tradiciones distintas de las que existen en el resto de Italia, y tal vez hayan contribuído á esto la mezcla de sangre griega en la población, la vida independiente de los Abruzos y los poéticos paisajes de la Calabria. A decir verdad, esa escuela se ha distinguido siempre por cierto carácter de salvaje romanticismo, propio de la región del Sur, por su estilo ligero y alegre y por la viveza del colorido, de lo cual podrían dar fe Salvator Rosa, Luca Giordano y Ribera, esos altivos y audaces genios que antepusieron á la forma la imaginación y el tono. En los descendientes de estos ilustres artistas ha sobrevivido algo de su espíritu, y por eso el lugar en que el arte italiano se muestra hoy más vigoroso y activo es indudablemente la encantadora ciudad de Nápoles. Extravagante á menudo en su exuberante fantasía, nunca bien acabada en su impetuosidad creadora, esa escuela canta, baila y ríe, retratando la orgía con sus vivos colores y placeres, los resplandores de un sol siempre brillante, los encantos de un paisaje impregnado de perfumes, tan propio todo del país y sus alrededores. Caprichosas en sus formas, las obras napolitanas se distinguen siempre por los colores, el vigor y la verdad.

De las tres escuelas del arte que predominan en la Italia moderna, digámoslo así, la napolitana es la que tiene más influencia; Ussi y Pagliano están á la cabeza de dos de ellas; Domenico Morelli será elegido de común acuerdo, jefe de la del Sur. Este artista no es sólo el hombre que la imprimió su dirección, sino también el que ha modificado las demás escuelas italianas; y bien conocido en toda la península, tiene muchos prosélitos en favor de su arte, no faltándole tampoco adversarios que le critiquen, tanto, que sólo al oir pronunciar el nombre del pintor se muestran dispuestos á sostener acaloradas discusiones. Amigos y críticos esperan siempre una nueva obra del afamado artista con ansiosa curiosidad, y apenas aparece uno de sus lienzos, todos los diarios se ocupan de él, unos para enumerar sus defectos y censurar la obra con la mordacidad de que son susceptibles; otros para ensalzar su mérito y elogiarla en el más alto grado. Seguramente que pocos pintores modernos habrán dado lugar á que se escriba tanto sobre sus trabajos, y es porque, si Morelli tiene muchos entusiastas admiradores, y también no pocos imitadores, sus enemigos, en cambio, son numerosos. Sin embargo, no le arredra esto, guiándose por sus propias luces. Siempre se consagró al arte por su amor al arte, no para ganar un puñado de oro, y hasta se le ha oído decir á menudo que si llegase á pensar que el objeto de su trabajo era adquirir dinero, le sería imposible acabarlo. Siendo todavía muy joven, un negociante francés le ofreció señalarle una pensión, prometiendo enri-

quecerle después, como lo había hecho con otros artistas, si consentía en trabajar para él solo durante cierto número de años; pero ni las súplicas ni los ofrecimientos bastaron para convencer á Morelli, que no quería depender de nadie, ni ajustar tampoco su arte al estilo francés.

No es conocida la fecha del nacimiento de Morelli, ni tampoco el lugar en que vió la luz; hasta él mismo lo ignora, pero cree que fué en Nápoles hacia el año 1826. Sus padres, hijos del pueblo y muy pobres, ganaban el sustento con su trabajo diario, y dieron á su hijo una educación de carácter religioso, pues la madre, así como la generalidad de las campesinas italianas, deseaba que Domenico siguiese la carrera eclesiástica. Dotado el niño de un carácter esencialmente poético, el aparato artístico que continuamente veía en las iglesias influyó mucho en su ánimo, y por lo que á veces oía decir de algunos artistas, comenzó á experimentar un singular afecto hacia ellos. Imaginóse que eran hombres muy superiores á los que le rodeaban, y no perdonó esfuerzo para llegar á conocerlos. La repentina muerte de su padre puso término súbitamente á la educación que se le daba, y fué necesario que también trabajase para ganar la subsistencia. Optó por la mecánica y decidióse á ella con afán, pero al cabo de algún tiempo, diversas circunstancias le pusieron en contacto con varios artistas jóvenes, y venciendo al fin la resistencia de su madre, consiguió que se le permitiera estudiar en casa de un pintor, quien le recomendó para que ingresara en la Academia de Bellas Artes. Esta institución era una pobre cosa en la época de Fernando II de Borbón; en un período en que el despotismo político predominaba en el mundo, manifestándose en todas las cosas sin excepción, no era de extrañar que alcanzara también al arte, en el que tomó su forma exigiendo á los artistas como artículos de fe el amaneramiento académico, el servilismo y la rutina. Contra todo esto hubo de luchar Morelli, pobre y con escasas fuerzas. Las antiguas formas y convenciones le disgustaban, reconociendo que eran letra muerta y no podrían dar nuevo fruto; deseaba elevarse en alas de su genio, y si no lo consiguió tan pronto como quería, fué porque debía vencer antes á cuatro enemigos muy poderosos, la pobreza, la indiferencia pública, el absolutismo y la intriga, siempre en juego en aquella desaparecida corte; el mayor mérito del artista fué haber alcanzado el triunfo en esta lucha. Apenas ingresó en la Academia, parecióle imposible tomar por modelo sus estatuas, y por eso se creyó entonces que nunca llegaría á ser un gran pintor; pero Morelli estudió con afán, sostenido por su fe, infatigable en el trabajo, favorecido por la buena voluntad de los unos, y sufriendo con resignación las censuras de los otros; pero su método y su lenguaje entusiasta le hicieron en breve demasiado notable para que no se fijara la atención en él. Pronto trabó amistad con varios jóvenes literatos, pues Morelli es uno de los pocos artistas que han reconocido que el arte, para ser más verdadero y grandioso, debe darse la mano con la literatura, que alimenta el pensamiento y comunica buen gusto. Careciendo de medios para frecuentar las escuelas donde podría entregarse á este nuevo estudio, el artista quiso aprender por sí solo, y al efecto compró con los escasos recursos de que disponía las obras que juzgó necesarias.



MEMORIALISTA EN SEVILLA, copia del cuadro de J. Jiménez Aranda

Cierto día, hallándose en una exposición de pinturas, vió un paisaje que representaba la *Pía dei Tolomei*, cuadro que le produjo una impresión profunda, aunque ignoraba de qué poema se había tomado el asunto. Pocos días después fué casualmente á recorrer los puestos donde se venden libros de lance, para ver si hallaba algo que le conviniese, y cuál no sería su sorpresa al encontrar uno cuyo título era «Pía dei Tolomei.» El pobre joven no tenía los pocos sueldos necesarios para adquirir el libro, y le costó algunas horas reunir la cantidad; entonces volvió presuroso en busca del libro, temiendo que el poema se hubiera vendido ya, mas por fortuna hallólo en el mismo sitio, apoderóse de él, y se creyó entonces el hombre más dichoso del mundo. Aun hoy día se le oye decir que aquel momento fué uno de los más felices de su vida. Después de leer y estudiar este poema, que le produjo su primera impresión de la poesía romántica, obtuvo un ejemplar de las obras de Byron, cuya lectura devoró con ansia; las composiciones de este poeta, más que todas cuantas leyó después, abrieron á su vista vastos horizontes en aquel oscuro período de su carrera, y desde entonces fué el más apasionado amante de la literatura. Poco después de esto contrajo íntima amistad con Pasquale Villari, ahora eminente profesor, del cual se aconsejó para emprender futuros trabajos; y también se hizo muy amigo de jóvenes dedicados al estudio de las bellas artes, con quienes visitaba los alrededores de Nápoles para trabajar con ellos y explicarles sus teorías, tan opuestas á las que se enseñaban en las escuelas. Nadie comprende cómo pudo estudiar tanto en tan poco tiempo, pero el caso es que llegó á conocer perfectamente las literaturas inglesa, española y portuguesa. En cuanto á los esfuerzos que hizo para cultivar su arte, para adquirir los materiales que su estudio exigía, tales como papel, lienzo, pinceles y colores, son verdaderamente maravillosos por la perseverancia que necesitó. Para obtener algunos recursos, pintaba respaldos de sillas, representando batallas de Nápoles, adorno que estaba muy de moda en aquella época. Por entonces comenzó á bosquejar su primer lienzo; eligió por asunto «David consolando á Saul;» y en los detalles de la composición reprodujo muy aproximadamente lo que Browning había cantado



EMBARQUE EN ROTTERDAM DE TROPAS DESTINADAS Á LAS COLONIAS HOLANDESAS DE LA INDIA,

copia del celebrado cuadro de Isaac Israels premiado con la gran medalla de oro en Bruselas (1884)



Morelli. - LA ESCALERA DORADA

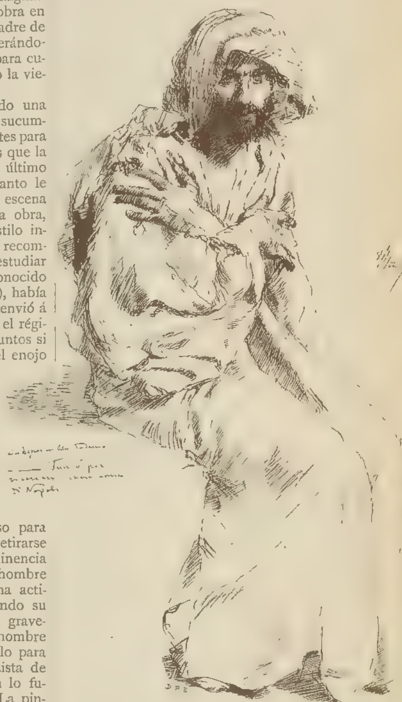
en su maravilloso poema; de modo que la analogía entre aquellas dos inteligencias para expresar una misma cosa por tan distintos medios no pudo menos de llamar la atención. Así como Browning, Morelli fué siempre profundo y filosófico; por eso no es posible que todos le comprendan; y nadie interpretará bien sus obras sin estudiarlas antes.

Cuando el novel artista juzgó que podía dar por terminada su segunda enseñanza, presentóse en un certamen de dibujo natural y obtuvo el premio, lo cual fué para sus maestros y compañeros la primera revelación de lo que podía esperarse de él. Desde aquella época no se le consideró ya como un discípulo caprichoso y atrasado, sino como un joven artista de gran porvenir. Su competencia para obtener la supremacía en los certámenes se renovaba todos los meses, y como entonces los premios consistían en dinero, la situación pecuniaria de Morelli cambió muy pronto, pues siempre alcanzaba una recompensa. Con la suma así adquirida emprendió un viaje á Roma, y sólo la vista de la ciudad eterna le confirmó en su opinión de que el arte de la pintura, tal como se enseñaba en la Academia de Nápoles, era falso y vicioso. Sus estudios literarios, sus visiones juveniles, que no correspondían á los axiomas de la retórica artística, indujéronle á rebelarse más aún contra la escuela académica, y al fin resolvió trabajar por su cuenta y á su modo.

Gastados sus recursos, Morelli volvió á Nápoles y estableciose en un mísero estudio, en Capodimonte, asociándose con un amigo. En aquella época estaba dominado por el romanticismo, que señaló hasta cierto punto el primer período determinado de su estilo; entonces fué cuando concibió la idea de pintar alguna cosa tomada de Byron, su poeta favorito, y al efecto eligió como asunto la despedida de Conrado y Medora, pues de todos los poemas del famoso vate, el «Corsario» era lo que más le agradaba. En medio de las tribulaciones y aventuras de aquel período de su vida le consoló mucho vivir en el mundo ideal, y la poesía ocupaba de tal modo su mente, que parecía olvidar las realidades del mundo que le rodeaba. Referir los apuros y las privaciones que sufrió para pintar su nuevo lienzo sería larga tarea, pues podría llenarse todo un volumen de anécdotas; y poco se imaginaba el artista el escándalo que iba á ocasionar la obra en que tanto se afanaba. Baste decir que la misma madre de Morelli abrió la campaña contra el cuadro, considerándole tan indecoroso, que sacrificó su mejor mantel para cubrir la pintura como con un velo, á fin de que no la vieran ojos profanos.

Morelli comía muy mal; jamás había conocido una buena mesa, y sólo gracias á su robusta salud no sucumbió entonces; pero las privaciones no eran suficientes para desterrar de su imaginación las queridas imágenes que la ocupaban. Poco después de haber terminado su último cuadro, Morelli hizo otro, esmerándose en él cuanto le fué posible; esta vez el asunto representaba una escena de corsarios griegos en la orilla del mar. La nueva obra, notable por su originalidad, distinguíase por un estilo inclinado al realismo, y le valió la medalla de oro, recompensándosele además con una pensión para ir á estudiar á Roma. Entretanto, su lienzo «La despedida,» conocido por otros con el título de «Il Bacio» (El beso), había puesto al artista muy en relieve, pues cuando le envió á la exposición, rehusóse admitirlo, porque durante el régimen de Bomba no se permitía exponer ciertos asuntos si se juzgaban demasiado libres, y la comisión temió el enojo del rey. Morelli manifestó de tal modo su sentimiento por semejante negativa, que uno de los individuos de la comisión, más atrevido que los otros, le dijo: «Si tanto pesar os causa retirar el cuadro, ¿por qué no vais á ver á Monseñor Scotti, el confesor del rey? Si él no se opone, nosotros lo aceptaremos.» Morelli hizo al punto lo que le aconsejaban, y después de vencer algunas dificultades, pudo ver á Scotti, á quien refirió el caso. «¿No es más que eso? - exclamó monseñor; - pues yo doy mi permiso para que se admita el cuadro.» Y el artista iba á retirarse ya, después de dar las gracias, cuando Su Eminencia añadió de pronto: «Pero, decidme... ¿estaban el hombre y la mujer que os sirvieron de modelo en la misma actitud en que los habéis representado?» Morelli, viendo su causa ganada, apresuróse á contestar con toda la gravedad que le fué posible: «¡Oh! no, monseñor; el hombre estaba solo; un busto de yeso me sirvió de modelo para la mujer.» El prelado hizo entonces seña al artista de que podía retirarse, aconsejándole, al salir, que en lo futuro eligiese asuntos más castos para sus lienzos. La pintura, pues, fué admitida, pero colocáronla en un rincón más oscuro, lo cual no impidió que llamara la atención y que muchas personas se detuviesen á contemplarla. Desgraciadamente el rey se presentó cuando menos esperado era, y un individuo del Comité, temeroso de que el *casto* monarca se escandalizara, arrojó la pintura por una ventana. Este incidente dió mucho que hablar, pues Morelli exigió una satisfacción, la cual obtuvo por completo.

De vuelta á Roma, el artista se entregó otra vez al más asiduo estudio; era entonces lastimosa su penuria, pero afortunadamente, no le faltaron amigos que le ofrecieron gustosos su protección, gracias á lo cual no sucumbió á sus esfuerzos. En aquella época fué cuando estudió bajo la dirección del pintor alemán Oberveck, cuya mística influencia indujo seguramente á Morelli á consagrarse á los asuntos sagrados; y es curioso observar los efectos de este cambio, comparando las pinturas religiosas del joven artista con las que hicieron en Alemania los imitadores de aquel rígido maestro. ¿Quién dirá después de semejante estudio que nada importan las influencias geográficas? Morelli permaneció con Overbeck poco más de un año, y entonces fué cuando dió la primera prueba de ese genio especial que se revela en sus pinturas religiosas: era un cuadro en que representaba una Madona meciendo su Niño en la cuna y arrullándole con su canto, mientras que una legión de serafines forman coro, acompañándose con sus instrumentos. La pintura produjo el mayor



Morelli. - UN ESTUDIO, dibujo dedicado á Miss Alma Tadema

entusiasmo entre los artistas de Roma, que buscaron al autor desconocido; y no fué poco su asombro al reconocer en él á un pobre joven á quien habían visto varias veces recorriendo los museos. Esto bastó para que su nombre se diese á conocer, y también para demostrar de qué modo el estudiante se había emancipado al punto de los clásicos preceptos pedantescos de su maestro. Este cuadro se halla hoy en la capilla Real de Castiglione y constituye uno de sus más bellos adornos. De esa fecha son también el «Neófito en las Catacumbas,» «César Borgia en Capua,» y los «Iconoclastas,» pintura que llamó la atención casi tanto como la Madona. Estas últimas obras fueron las primeras en que la paciente investigación y el equilibrio corrían parejas con la impetuosidad del pensamiento y la fantasía; en esta última está la fuerza de Morelli; pero exagerada á veces, también constituye su debilidad. Hasta ahora, la exaltación de su alma no guarda proporción con su fuerza para producir, y por este concepto sus bosquejos son á menudo sus mejores obras.

Por esta causa igualmente, sus pinturas son con más frecuencia bosquejos que obras concluídas, ideas indicadas más bien que desarrolladas, y esto es porque antes de terminar una, su fértil imaginación ha creado ya otras. A esta clase pertenecen su «Episodio durante las Vísperas Sicilianas,» su «Reina Ginebra,» y «Paje y Dama.» En este último lienzo, el artista introdujo tantas variaciones, que al fin resultó un cuadro. Su verdadero vigor parece residir en la fuerza de su improvisación pictórica que seguramente llegó á su máximum en el «Cristo embalsamado» y «Cristo escarnecido,» obras que Rembrandt no hubiera tenido á menos firmar. El mismo Morelli confiesa que siempre se cuidó más de la concepción y del pensamiento



Morelli. - «TALITHA CUMI»



Morelli. – JESUCRISTO ESCARNECIDO

de sus obras que de la ejecución, y por eso se observa á menudo que cuando ha revelado su idea, la pintura queda sin concluir.

Esto es lo que suscita contra Morelli las iras del grupo pedantesco del mundo artístico; esto lo que le atrae el favor de los impresionables, y esto lo que induce á los severos académicos á decir que no puede dibujar. Tal vez haya en esto último algo de verdad, si se juzga bajo el punto de vista de la rigidez de las reglas y del compás; pero debe advertirse que Morelli no quiere la exactitud mecánica para el arte, y que busca, ante todo, figuras de carácter, principal objeto en su dibujo. Sentado esto, añadiremos que cuando él quiere, nadie dibuja con más exactitud. Sin embargo, el color y la luz son los dos auxiliares más poderosos de que se sirve para expresarse, y he aquí por qué sus obras se prestan tan difícilmente á ser reproducidas por el grabado.

Cuando Morelli trabajaba y soñaba así, lució la aurora de 1847, con sus ilusorias esperanzas de libertad para los italianos oprimidos. La arrebatada juventud creyó que se anunciaba una nueva era, y hasta el soñador Morelli no pudo permanecer sordo y ciego á las ardientes aspiraciones que surgían á su alrededor. Entonces volvió á Nápoles para encerrarse en su estudio, é hizo cuanto era posible para vivir solitario con su Madona; pero todo fué inútil, porque hasta en el aire se respiraba la perturbación. Cierto día, Morelli oyó hablar de barricadas y de una sangrienta lucha; salió á la calle, y encontró á sus amigos con las armas en la mano, resueltos á defenderse hasta la muerte; entonces, poseído de entusiasmo, armóse también y se batió valerosamente contra los emisarios del Borbón. No tardó en ver caer á sus compañeros uno tras otro, y al fin, herido él también gravemente, fué conducido á un hospital. Aun conserva en su mejilla la honrosa cicatriz que recuerda el día en que luchó por la defensa de su patria. La hora de la libertad no había sonado aún para Italia, y cuando Morelli se restableció y pudo salir del hospital tuvo el sentimiento de ver que el aborrecido monarca seguía ocupando su trono. Los espías del gobierno vigilaron al artista hasta que se convencieron de que no era un conspirador, pues Morelli volvió á encerrarse en su estudio para llorar á sus amigos, prosiguiendo sus trabajos. Sin embargo, el aire de Nápoles le parecía ya pernicioso; y aunque contaba con muy escasos recursos, halló medios para emprender un viaje, durante el cual proponíase visitar las escuelas de pintura de Lóndres, París, Alemania, Holanda y Bélgica, para inspirarse y explorar nuevos horizontes; de modo que durante algunos años trabajó poco para sí.

II

La escuela italiana halló la fuente de su inspiración en las Sagradas Escrituras, y algunos de sus lienzos fueron poderosos auxiliares para la religión. Cuando la fe se debilitó, también el arte entró en el período de su decadencia, y llegado á otra era, ha podido reconocer que los nuevos ideales de la humanidad no se prestan para expresar lo que siente. Por eso lamentamos, y no sin razón, verle vagar errante, sin objeto, sin ideas ni pensamientos. Morelli es el que en Italia ha hecho renacer la afición á los asuntos sagrados, pero al hacer esto, no ha seguido, como los pintores ingleses y franceses, una senda ya trillada, sino que, aprovechándose de las observaciones de la crítica moderna y de los conocimientos históricos, ha conseguido reproducir la Biblia bajo un nuevo aspecto. Y no se crea que trata los asuntos convencionalmente; para demostrar lo contrario, baste decir que Morelli es considerado como el Renán y el Strauss del arte sagrado. Siguiendo los pasos que la moderna literatura exegética indicó, se ha esforzado, no en desfigurar, sino en interpretar nuevamente los santos misterios, de una manera no menos poética y divina, permítasenos decirlo así, que la de sus ilustres predecesores, pero que tiene sus raíces en la vida moderna. Justo fuera que los artistas siguiesen la nueva vía que les abren la ciencia y la historia. Teófilo Gautier sienta como un axioma que «en el arte no hay progreso:» tal vez no le haya; pero seguramente es posible producir una condición tan buena como la antigua, y siendo el sentimiento de la época el que la reclama, debe esperarse que se apreciará mejor. ¿Quiere sentar Teófilo Gautier que sólo debería copiarse lo que ya está hecho, sometiéndonos á serviles imitaciones y á la reproducción de las concepciones del antiguo mundo?

Así como Byron era el ideal del joven Morelli, del mismo modo el Espíritu Santo fué el ideal del artista. Ha estudiado con prolija atención el Nuevo Testamento, y se ha instruído, digámoslo así, en la época y en la vida de Jesús. Desde el día en que comenzó este estudio, todas sus aspiraciones se redujeron á ilustrarlas con sus pinturas; pero pasó algún tiempo antes de que pudiera dominar bien el asunto.

Cuando Morelli presentó por primera vez la Madre del Redentor en forma humana, su pintura produjo una profunda sensación, no sólo en los críticos del arte sino también en los fieles. Al punto observaron que aquella Madona no era semejante á las de Rafael ó de Fra Bartolomeo; tenía poca afinidad con las Vírgenes alemanas ó bizantinas, y ninguna con Andrea del Sarto y otros célebres maestros italianos; sólo Morelli hubiera podido imaginar que aquella hermosa mujer hebrea, por cuyas venas corría la ardiente sangre del Sur, era una descendiente directa de su Madona de la Asunción. De un solo golpe el artista había roto las cadenas de la tradición, y esto porque quiso atenerse á la historia y no á la leyenda eclesiástica; de modo que su Virgen no era el ser macilento y descarnado de los *quattrocentiste* de la frígida escuela alemana moderna. Humanizada en el lienzo de Morelli, presentábase á la *rosa mística* del cielo como joven y cariñosa madre, con su niño en brazos; pero no del todo terrenal, sino con una mezcla divina y humana de indecible efecto. Aun hoy día, los críticos no han podido seguir el recóndito pensamiento de Morelli, ni tampoco hacer completa justicia á su concepción poética. Así, por ejemplo, en la «Salve Regina,» la Virgen, que oprime á su hijo contra el seno, cierra los ojos como en el éxtasis de la felicidad; el mundo exterior no tiene nada que revelar á su mirada; la alegría que siente está en su pecho, y procura disfrutar de ella sin que la perturben extrañas impresiones. La idea era tal vez demasiado sutil para la expresión pictórica, y propia solamente para la exposición literaria. A decir verdad, Morelli peca á menudo en este sentido, faltando á las leyes establecidas por Lessing.

Muchos críticos, incapaces de comprender, declararon que aquella Virgen se representaba dormida, y únicamente los de sentimientos más delicados reconocieron lo que el artista había querido expresar; pero todos se aunaron para elogiar en aquel cuadro la figura del Niño, en cuyos ojos parecen revelarse los destellos de esa divina caridad y amor sublime que es la eterna belleza en el tierno infante de la Madona de Rafael. Se ha dicho que muchas de las pinturas de Morelli se podrían poner en música en vez de describirlas, pues rayan en ese límite de lo indefinido que es del dominio de aquella, y escapan de los toques más pesados de la literatura y del arte. Como ejemplo de ello podría citarse el cuadro «Amores de los ángeles,» idea inspirada por el poema de Tomás Moore, que lleva el mismo título.



Morelli. JESUCRISTO BEFADO

Una de las más hermosas obras de Morelli, así como también la más característica, es la «Asunción,» que pintó para el techo de la Real Capilla de Nápoles, y en la cual se pueden estudiar admirablemente su modo de pensar y su ejecución.

No era fácil tratar este asunto tan gastado ya, y sin embargo, cuando se contempla esa obra, no se puede recordar la de otra escuela anterior, ni representación alguna del mismo género. Antes de comenzar su trabajo, Morelli leyó detenidamente un gran número de escritos en los cuales se discutía con la mayor gravedad la importante cuestión teológica que tenía por objeto determinar cuál era el color del vestido usado por la Virgen; y preguntado por qué perdía el tiempo en aquello, contestó que era para impregnarse en la atmósfera mental, en el aire ambiente que necesitaba para inspirarse en su pintura. Este lienzo, el de mayores dimensiones que nuestro artista ha producido, es notable por sus principales figuras, de una mitad del tamaño natural, y por los pocos colores empleados para la composición, pues Morelli pensó que su obra tendría así un carácter más religioso; pero estos colores están distribuídos tan hábilmente, que en nada se observa la menor monotonía. En el centro de la pintura se ve la Virgen, cuyo semblante expresa el amor y la bondad; su vestido



Morelli. – LOS POSEÍDOS Ó ENDEMONIADOS

es azul; un velo blanco rodea su cabeza, y de los hombros pende una túnica del mismo color; varios ángeles la sostienen, y más allá se ven salir otros de una vaporosa nube, figurándose así admirablemente que su número es infinito. Debajo se ve un grupo de figuras que representan las principales virtudes de la Virgen, la Fe, la Humanidad, la Caridad, que estrecha un niño contra su seno, la Esperanza y la Resignación, á las cuales se figura bajando á la tierra para dispensar al mundo la paz y la alegría de que tan necesitado está. Esto es una alegoría pictórica, sublime en su composición, que exige las explicaciones del pintor para hacer completa justicia á su talento. Todo el conjunto se destaca en una especie de fondo cerúleo que parece traslúcido como el firmamento, y cuya ejecución es tan delicada como armónica y poética. La aérea perspectiva parece más maravillosa aún cuando se recuerda que la pintura carece por necesidad de ligeras sombras y de las condiciones de luz elegidas en particular para poner en relieve los efectos escénicos. Morelli dice que mientras pintó este lienzo procuró tener siempre presentes las invocaciones á Dios atribuídas por el Padre orientalista, San Juan de Damasco, á María de la Asunción. *Meum corpus tibi trado non terræ salvum fac à corruptione in quo tibi placuit habilitare.*

Cristo y la Virgen son los temas favoritos de Morelli, quien los presenta una y otra vez bajo diversas formas. Excepto en la «Asunción,» María es siempre la Madre que se distingue en todas las composiciones del artista por un correcto dibujo y bondadosa expresión.

En el cuadro «Mater amabilis,» contemplamos á Jesús en diferentes escenas de su vida terrenal: primeramente se le ve andando sobre las aguas; después entra en el espacioso atrio cuadrado donde la hija de Jairo yace muerta al parecer, rodeada de mujeres que la lloran; y más allá, Jesús, protegido por la sombra de un pórtico situado frente á un espacio abierto, que parece abrasado por los rayos de un sol deslumbrador, intima á la mujer adúltera á retirarse en paz, amonestándola á no reincidir en el pecado, y dice á los que le rodean que podrá arrojar la primera piedra aquel que se crea sin culpa. Aunque el asunto es tan gastado, este lienzo de Morelli no se asemeja en nada á las demás composiciones del mismo género, y no sólo es original la concepción, sino que bastaría para llevar al ánimo de todos el convencimiento de que la escena debió ser tal como la pinta el artista, y no de ningún otro modo. En último término, en fin, vemos á Jesús en la cruz, donde la multitud le escarnece, y después oímos sus postreras palabras de angustia y resignación. Una de las cualidades más notables de Morelli es su singular intuición de los lugares y de los tipos que jamás vió, intuición que asombra á cuantas personas han recorrido los países de que se toma el asunto. Así, por ejemplo, en la pintura «Jesús tentado por el demonio» represéntase la vasta y pedregosa llanura de Judea tal como hoy día existe, con sus moles erráticas y su aspecto desolado; en el fondo no se ve más que una pelada roca, donde algunos buitres parecen esperar su presa; y en primer término hállanse los protagonistas del grandioso drama, las fuerzas contendientes de Ahriman y de Ormuzd, del mal y del bien, que aun agitan al mundo, y que le agitarán hasta el último día de su existencia.



TIPO DE SOLDADO, dibujo de Leopoldo Roca

Esas dos figuras de Jesús y Satán representan dos contrastes, dos impresiones, dos principios; Jesús simboliza el del bien, y el Demonio es el principio mundano, semejante á un hediondo reptil, y que con siniestra expresión espía al Redentor á través de una profunda grieta del terreno. La pintura rebosa de poesía y originalidad; el asunto es muy antiguo, pero la concepción de Morelli es completamente nueva, y como suya, filosófica, pudiendo también considerarse como un nuevo estudio del efecto de luz. En el lienzo «Gli Ossessi» obsérvase el mismo carácter de tranquila dignidad y gráfica elocuencia: aquí también vemos una parte del desierto de Judèa, donde la primitiva acción geológica ha desgastado las rocas, formando en ellas oscuras grutas, donde en remota época se depositaban los muertos, sirviendo también de refugio para los leprosos y todos aquellos á quienes la sociedad arrojaba de su seno. El Salvador recorre también aquella soledad; y como ya ha llegado hasta allí la fama de sus milagros, todos se prosternan al verle, salen de sus guaridas uno tras otro para contemplarle, escuchar su voz, besarle los pies y tocar su ropa. En último término divísase un grupo: son los acompañantes de Jesús, que, temerosos del contagio, no se atreven á penetrar en aquel lugar maldito.

En el último lienzo presentado por Morelli, con el título de «Buona Novella,» Matías Arnold hallaría seguramente la suavidad y la luz que tanto aprecia: representa un lago cuyas aguas opalescentes se hallan encerradas entre desnudas rocas abrasadas por los ardores del sol; Jesús está junto á la orilla entre flores y matorrales, y á su alrededor se ve una multitud de curiosos que quieren oirle predicar sus doctrinas; mientras que otros corren para examinar de cerca al nuevo profeta de Israel. Las palabras del Redentor atemorizan á los ricos, cuyas fisonomías revelan una mezcla de espanto y de incruedulidad. Detrás de Jesús, una mujer trata de acercarse, llevando un niño enfermo en brazos, y la expresión de sus facciones indica la ciega fe que le inspira el Salvador. Si se examina detenidamente la pintura, obsérvase que todos los sitios por donde Jesús ha pasado se han cubierto de flores, mientras que aquellos á que no ha llegado aún están áridos y resecos por los ardores del sol. Esto comunica á la pintura cierto carácter místico y de gran significación, que es precisamente lo que Morelli busca, porque no es sólo artista notable, sino también pensador y poeta.

Pero ninguna pintura de Morelli ha impresionado tan profundamente como su «Tentación de San Antonio,» que al ser expuesta en Turín y París sirvió de asunto durante varias semanas á las discusiones de los ascetas. Es un lienzo cuya composición, tan maravillosa como complicada, parece casi incomprensible á primera vista. Nada tan sutil, tan original, y si puedo expresarme así, tan moderno como la manera el tratar el asunto, tan gastado ya, de la tentación del fundador del monasticismo, y digo original porque esta tentación proviene del hombre mismo y no se produce por la vista de objetos exteriores. Las tentaciones sufridas por San Antonio eran alucinaciones de su espíritu, despertadas en él por la abstinencia y la privación de todos los goces terrenales. Antonio, según la leyenda, fué asaltado á menudo por Satán, contra el cual luchó vigorosamente: así se decía en otro tiempo, pero nosotros, los que vivimos en pleno siglo XIX, debemos ver en su historia una alegoría, por la cual se quiere demostrar cómo la naturaleza castiga á los que alimentan doctrinas contrarias á sus leyes. A un artista de ardiente imaginación, como es Morelli, que vive en una edad de positivismo, estábale reservado interpretar de nuevo la leyenda conforme á nuestra moderna composición. Las visiones de aquel monje se asemejan al famoso sueño de D. Rodrigo en la obra inmortal de Manzoni, y en este sentido se concibió y humanizó el asunto por Morelli. El santo, lívido, desencajado, casi cadavérico en su rigidez, está en un rincón de su celda; sus bra-



LA PROCESIÓN DE LAS HIJAS DE MARÍA EN VENECIA, cuadro de Enrique Serra

zos se oprimen convulsos sobre el pecho, tiene los puños crispados, y todo su vigor parece concentrarse en el esfuerzo que hace para vencer sus sensuales deseos por la voluntad y la energía. No fija la atención en las tentaciones que le rodean por todas partes en forma de cuerpos lascivos, cabezas, brazos, pechos y piernas, y todo aquello que puede excitar el apetito carnal; no ve el cuerpo macerado que se incorpora en el mísero jergón que sirve de lecho al asceta; no ve con sus ojos corpóreos, digámoslo así, pero lo distingue todo; y es porque lo que el cuadro representa sólo es el reflejo de la fantasmagoría del sueño: San Antonio sueña con los ojos abiertos. El artista ha querido mostrarnos el progreso de la alucinación, traspasando una vez más los límites pictóricos, puesto que en esta parte resulta lo indefinible; pero lo ha hecho expresamente para indicar la vaguedad de las formas que los objetos presentan en los sueños. También ha suprimido intencionadamente toda la figura completa de una mujer hermosa para expresar la tentación, poniendo en su lugar cabezas, brazos y piernas, que parecen flotar en todo el lienzo, mezcladas con mariposas, emblema de las ideas ligeras. No es la mujer en particular, sino los sentidos en general los que se conjuran contra el santo varón, destinado á inaugurar la era de la completa esclavitud de aquéllos. Aquí tenemos la lucha entre los ideales del antiguo y del nuevo mundo; aquí la antítesis en el drama de la vida, tal como lo representan la materia y el espíritu, la voluptuosidad y el misticismo, la carne y la religión. Después de exponer esta obra tan acabada, Morelli hizo un boceto sobre el mismo asunto, y en cierto modo, algunos le preferirían al cuadro: se representa al santo retrocediendo con horror hacia la pelada roca de su celda, á la cual se coge cual si quisiera invocar auxilio de la helada piedra. La figura del hombre tiene aquí una expresión más digna. En las dos obras se critica que las cabezas de las mujeres no sean hermosas ni los cuerpos perfectos; pero Morelli lo hizo así expresamente, teniendo en cuenta que en la alucinación no se ven los séres perfectos.

Como para formar contraste con este monje primitivo, Morelli ha pintado uno moderno en su «Viernes Santo,» ó *Vexilla regis prodeunt*, que se puede considerar como la sonrisa desdeñosa del Arte moderno ante la gastada fe, cuyo primer vigor nos ha dado á conocer también el artista. ¡Qué abismo separa á este mofletudo, sonrosado y risueño discípulo del Nazareno de aquel asceta del desierto Tebano! Apenas se puede creer que pertenezca á la misma religión ese cantante de salmos, ese hombre vulgar que va en procesión con un cirio en la mano, y cuya expresión apática revela que no piensa en nada, simplemente porque nada tiene que hacer ni que pensar.

Vemos, pues, como dijo muy bien un crítico italiano, que Morelli ha recorrido toda la gama de la historia de la cristiandad, representándonos la Madre y el Hijo, el Maestro y el Salvador. En su «Conversión de San Pablo» nos recuerda cómo el cristianismo tomó forma doctrinal en la persona de este apóstol, y de qué modo el Antiguo Testamento, la antigua civilización, retrocedió ante la nueva. En el «San Antonio» vemos que la fe ha llegado á las más sublimes alturas del sacrificio y que está á punto de caer y perderse por perniciosas influencias.



MUJER POBRE DE ROMA, dibujo de Leopoldo Roca

Toda la colección de las obras de Morelli presenta una serie razonada. ¿A dónde nos conducirá después? ¿Irá más lejos aún, mostrándonos la osificación de la fe, ó retrocederá ahora para continuar su narración de la «dulce historia de las antiguas edades?» Ya lo veremos.

Tal es el pintor italiano que, moderado en el gusto, sencillo en sus deseos, é indiferente al mundo que le rodea, vive y trabaja tranquilo en su estudio de Nápoles, tan absorto y feliz en su arte, que nunca experimenta el deseo de distinguirse ni de descansar.

H. ZIMMERN

EL DESCAMISADO

POR D. JOSÉ SELGAS (1)

I

Si hubiésemos de buscar el origen del tipo moderno que se nos viene á las manos, pidiéndonos los rasgos más salientes de su fisonomía, tendríamos que remontarnos al momento, ya bastante lejano, en que el hombre apareció sobre la tierra; más aun, al momento en que se encontró dueño del Paraíso, porque en esa ocasión es cuando por primera vez se nos presenta el hombre sin camisa.

¡Y véase qué caprichos suelen tener los idiomas puestos en bocas humanas! Llama el diccionario descamisado, en su sentido propio, al que es tan pobre que no tiene sobre qué caerse muerto, y cabalmente nadie más rico que el primer hombre, que poseyó él solo los pingües beneficios del Paraíso, mejorado en tercio y quinto con toda la extensión de la tierra.

Y aconteció, como la cosa más natural del mundo, que desde el momento en que, por razones que no son de este sitio, aunque en verdad caben en todas partes, perdió el perpetuo usufructo de lo que podemos llamar la casa solariega del linaje humano, fué cuando, advirtiendo su completa desnudez, comenzó á sentir que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Parece cosa averiguada que ese paño menor, tan íntimamente unido á la parte externa de la personalidad humana, fué el primer movimiento, tímido si se quiere, pero al fin el primer movimiento del pudor, bella vergüenza en que el alma luego que deja de ser inocente intenta ocultarse y no hace más que descubrirse, porque, bien mirado todo, el pudor es á la malicia lo que el remordimiento al delito.

No es cosa, ciertamente, de poner la camisa sobre la cabeza en señal de homenaje, pero tampoco sería conveniente echársela á la espalda como cosa de poco más ó menos. Quiero decir, que la camisa empieza en una hoja de parra, y que en buena filosofía no es un mero detalle suntuario, sino más bien un sentimiento y hasta un consuelo, como si dijésemos el paño de lágrimas de las flaquezas humanas. Existe, pues, cierta relacion psicológica entre la camisa y el alma. Y aquí recomiendo al lector que conserve en la memoria la última observación hecha, porque sospecho que más adelante ha de convenir tenerla presente.

Adan es el primer descamisado que la historia nos presenta, como si desde el principio se nos hubiese querido advertir, que ese debía ser, figuradamente hablando, el destino del hombre sobre la tierra. Y, ¡válgame Dios! qué esfuerzos hace el ingenio humano por ocultar la humildad de su persona hasta á sus propios ojos. No obstante la antigüedad del caso, el tipo auténtico de la nueva especie, que mueve á escribir estos renglones, no aparece hasta el último tercio del siglo próximo pasado, que aso-

(1) Artículo tomado de la obra *Españoles, Americanos y Lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.



TREN DE ADMINISTRACIÓN MILITAR ESPAÑOLA, cuadro del malogrado pintor español D. Ricardo Balaca



IMPULSO DE AMOR



¿Á DO VA LA NAVE?... –¡QUIÉN SABE DO VA!... cuadro de Juan Luna, según fotografía directa, grabado por M. Weber



¡CUIDADITO! Apunte de Marco Stone

mó la cabeza en Francia bajo el nombre de *sans-culotte*, sin calzones, traduciendo al pié de la letra; *descamisado*, haciendo la traducción más completa, que es la generalmente admitida.

Eso sí, Robespierre no fué indiferente á cierta pulcritud esmerada en la compostura de su *toilette*, ni Saint Just se desdeñó de dar al aspecto suntuario de su persona el elegante abandono de estudiada *negligée;* ni en fin, Danton, hombre de grande estómago, hizo nunca ascos á las apetitosas sugestiones del *menu*. Puede decirse que aquella generación descamisada no tenía al *confort* por enemigo de la patria; pues el mismo Marat, asta humana de la bandera de los harapos, se entregaba con frecuencia á las sensualidades del baño, si no en agua rosada, á lo menos en agua enrojecida por la sangre que hacia correr de la guillotina.

Cierto; mas fuera de esas genialidades particulares de aquellos *sans-culotte*, los pingajos triunfaron en principio, la miseria externa, como dando testimonio de las miserias interiores, se puso en moda y los *descamisados hicieron furor*. No hay para qué juzgarlos, puesto que ellos, que debieron conocerse bien, se condenaron á muerte sin apelación y sucesivamente se fueron decapitando unos á otros.

A los noventa años, poco más ó menos, el tipo se encuentra perfeccionado, y sería un error de señas ir á buscarlo á esas regiones donde la escasez ó la completa ausencia de los bienes de fortuna, ponen al hombre en la cumbre de aquel magisterio desde el cual se enseñan los codos. Las palabras, que al fin y al cabo no han hecho juramento solemne de conservar perpetuamente su sentido propio, gracias á la confusión de ideas, que reina y gobierna, experimentan desviaciones que las apartan de su significación verdadera; y las hay que, rompiendo completamente con la tradición, que en materia de lenguaje es la etimología, parece que se complacen en representar la idea contraria de lo que, según las leyes de la lengua, significan.

De esta especie de sentido contrapuesto participa como ninguna la voz *descamisado*, y es tal la fuerza de su concepto, permítaseme decirlo así, neológico, que ya no se usa como designación de un estado individual de material desnudez, sino como expresión de un desahogo particular del espíritu. No expresa la situación externa del cuerpo, sino más bien el aspecto interior del alma.

No son ociosas estas explicaciones si hemos de comprender bien el tipo, que no de muy antiguo ha obtenido carta de naturaleza entre nosotros. Por eso han sido necesarias algunas palabras acerca de su origen, y alguna indicación aclaratoria acerca del sentido de su nombre.

II

Nace el *Descamisado* ni más ni menos que el resto de los simples mortales, porque la naturaleza, más democrática que los hombres, no le ha concedido privilegio ninguno. No preguntéis en qué cuna se mecieron los primeros años de su vida, pues humilde ó excelso, según las vanidades del mundo, el linaje no ejerce influencia alguna en su naturaleza.

Tampoco es fácil reconocerlo á primera vista en el movimiento continuo de la vida, porque su apariencia más bien descubre al hombre entregado á la sabrosa indolencia de los goces materiales que al espíritu sombrío que busca en la destrucción universal los *ideales*, como ahora ridículamente se dice, de una creación enteramente nueva.

Si en efecto la curiosidad de conocerlo nos mueve á buscarlo, no hay que perder el tiempo registrando los talleres, indagando en las fábricas, descendiendo á esas últimas regiones de la sociedad en que el hombre compra el sustento de su vida ignorada con el sudor de su frente, porque á este tipo que bosquejamos jamás se le encuentra oculto bajo el polvo del trabajo.

No llaméis á las puertas desvencijadas de esas viviendas reducidas á la estrechez de cuatro paredes desnudas, donde la familia tiembla de frío, se ahoga de calor ó se muere de hambre, porque el *descamisado* de nuestros días entiende la vida de otra manera, y la penuria de la escasez y la dureza de la miseria son cosas que no le hacen maldita la gracia.

Si hemos de tropezar con él, hay que penetrar ya en este, ya en el otro círculo de recreo, con tal de que el aspecto de la casa revele cierta opulencia y ofrezca aquellas confortables comodidades que se han hecho indispensables para convertir en paraíso de delicias este mundo incorregible, empeñado en llamarse valle de lágrimas.

Si como es cosa corriente en las interioridades del edificio, adonde, dicho sea de paso, concurren también gentes, digámoslo así, sencillas, á quienes nadie señala con el dedo, hay una habitación algo separada de las demás, y dispuesta de modo que los aficionados á las eventualidades de la suerte, busquen en los caprichos de la fortuna las satisfacciones de la vida, seguramente allí encontraremos el tipo de una de las ramas de la familia; quizá al embrión de la especie.

Juega, ya por placer, ya por costumbre, ya por necesidad, y en cualquiera de los tres casos es capaz de jugarse hasta la camisa que lleva puesta, contingencia que no lo pone nunca en el caso de quedarse sin ella, pues la circunstancia más característica del *Descamisado* que describimos, es cabalmente, no sólo la camisa, sino la camisa limpia, inmaculada, exquisita.

Allí se le encuentra, bajo ese exterior que descubre el desahogo del bienestar y la posición fácilmente adquirida de los goces materiales, empeñados en ser el único destino del hombre sobre la tierra.

Exteriormente, si no es siempre la opulencia deslumbradora de todas las vanidades satisfechas, es cuando ménos el aspecto de esa holgura, ya que no envidiable, envidiada, con que cuentan los hombres felices que pueden decir: «Para mí se ha hecho el mundo.»

Interiormente es un espíritu completamente desnudo, un alma, que, si me es permitido decirlo así, enseña por todas partes los codos, que atestiguan la desolada miseria en que vive.



EL HIJO PRÓDIGO, escultura de Llimona

Dios, entre las cuatro paredes de su entendimiento, no viene á ser más que una mera abstracción, una antigualla, buena sin duda para dormir á los niños en la infancia del mundo.

La sociedad ya es otra cosa, por lo menos desde que Juan Jacobo Rousseau descubrió el contrato social. Es una compañía, hasta cierto punto anónima, representada por acciones de bancos y por acciones de guerra, donde se cotizan y negocian, con la prima que permita el estado de los mercados, cuantas malas acciones se presenten al cambio. La empresa tiene por objeto definitivo la gran obra del siglo, la de vivir lo mejor posible.

El hombre no es á los ojos de este *Descamisado*, equívoco si se quiere, pero realmente auténtico, más que uno de aquellos hermosos cuadrúpedos que, según Horacio, formaban la piara de Epicuro.

Chevalier es un economista que ha dicho: «Nuestra civilización se ve obligada á hacer una triste confesión: en nuestros estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.»

Otro economista de cuyo nombre no me acuerdo, observa que la miseria crece en la misma proporción que el lujo.

Pues bien, el *Descamisado* ha venido á ser por el movimiento natural de las cosas el ejemplo personal de las averiguaciones hechas por la ciencia económica en el conjunto total de los pueblos civilizados.

Los economistas no se han fijado más que en la multitud, y han separado lo que al mismo tiempo consideran inseparable, á saber, la miseria y el lujo, y han visto la miseria en unos y el lujo en otros, sin caer en la cuenta de que existe una nueva especie que facilita la realización del fenómeno económico dentro de cada individuo.

La miseria escondida en el fondo del alma, el lujo colgado, digámoslo así, por toda la exterioridad



ESTUDIO Á LA PLUMA, de C. E. Wilson

de la persona como una corte suntuosa un día de gala. Tal es el nuevo *Descamisado*, conforme al sentido, si no etimológico, filosófico sin duda alguna.

Mr. Chevalier tiene mucha razón al asegurar que esta clase tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.

Pero el sabio economista no ha visto más allá de sus narices (defecto de que suelen adolecer los sabios), pues no ha encontrado por una parte más que la desnudez de los *descamisados* originarios, de los *descamisados* tradicionales, y por otra parte la opulencia deslumbradora á que han aspirado los hombres de todos los tiempos; mas no ha advertido que uno y otro extremo, por la ley de misteriosas atracciones, se hallan ya confundidos en un mismo individuo.

El *Descamisado*, resulta que viene á ser el gran fenómeno económico de nuestros tiempos, y como la síntesis del estado moral económico del mundo moderno.

Decir *descamisado*, es lo mismo que decir lujo y miseria.

III

De la sala de juego al salón de buen tono hay tan poca distancia que el *Descamisado* puede sin grande esfuerzo salvarla de un solo salto. No digo yo que se levante para recibirlo el arco de Tito, pero todas las manos se le tienden, todas las bocas le sonríen, y si como el destructor de Jerusalén no es precisamente la delicia del género humano, la gente que se viste tres veces al día no tiene inconveniente, ya que no en abrirle los brazos, por lo ménos en abrirle de par en par las puertas del gran mundo.

En rigor el *Descamisado* se presenta de una manera irreprochable; están perfectamente tomadas todas las precauciones que la *toilette*, digámoslo así, oficial, exige; la camisa es blanca como la nieve, la corbata compite en blancura con la camisa, el frac incorregible, esto es, correcto; el aire suelto y desenfadado como corresponde al hombre que sabe perfectamente que ha nacido en su tiempo. En todo aquello que entra por los ojos nada hay que pedirle.



TIPO DE OFICIAL DE FEDERICO EL GRANDE, dibujo de Adolfo Federico Menzel

Su erudición en punto á *menus* es realmente amena. No hay plato ni por nuevo ni por exquisito que no se halle anotado en el registro suculento de su paladar. Saborea las delicias de la mesa como quien sabe hacer los honores debidos á la digestión, y puede decirse, fuera de toda lisonja, que es un estómago sublime.

Príncipe ó duque, potentado ó simple particular, porque de todas clases se dan ejemplares, sigue sin rebozo las corrientes de su siglo, con tal de que la mesa sea apetitosa, el salón confortable, la vida muelle y regalada.

¿Qué hay que sacrificar á la realidad continua de esas satisfacciones?... Pedidle sacrificios, en la inteligencia de que no ha de escasearlos; lustre de la familia, amistad, favores alcanzados, respetos debidos...: todo está pronto á sacrificarlo. Socialista activo en el fondo de su manera de ser, huye de todo trabajo útil y se declara individualmente en perfecta huelga.

Y es razonable. Separa con bastante acierto las debilidades de la materia, de las fortalezas del espíritu; deja al cuerpo que satisfaga todos los caprichos de sus apetitos, y echa sobre los hombros desnudos de su inteligencia la balumba de los grandes problemas. Es... lo diré en francés para mayor claridad, es lo que llamamos un *esprit fort;* pero téngase en cuenta que los *espíritus fuertes* son cabalmente los que tienen la carne más flaca; ¡y eso que se dan tan buena vida!

Allí, en el casino, por ejemplo, junto á la chimenea, abandonado al muelle regazo de la butaca, exhalando en repetidas bocanadas de humo el jugoso perfume de suculento tabaco, con los pies casi á la altura de la cabeza, mediante la silla sobre la que los tiene colocados para mayor delicia, discute con énfasis trascendental los puntos más salientes de las cuestiones sociales, puestas á la orden del día por el furor inagotable de la controversia.

La libertad humana, los derechos del hombre, los títulos de las clases desheredadas á la posesión del mayorazgo universal, la ignominia del trabajo, las oscuridades de la propiedad... todo lo examina, lo expone y lo resuelve de plano, merced á la abundancia de lugares comunes con que la ignorancia invencible de que hablan los teólogos ha enriquecido el lenguaje de los sabios. Porque nuestro tipo es casi orador, semi-filósofo y hasta medio literato. ¿Por qué no? Cabalmente el *Descamisado* de que tratamos posee como única virtud, la cualidad intrínseca de ser co-partícipe privilegiado en la herencia del mundo; quiero decir, de serlo todo á medias.

¡La libertad humana!... ¿Quién—pregunta,—puede



Estudios para el renombrado cuadro: LA HERRERIA, pintado por Adolfo F. Menzel, existente en el museo nacional de Berlín



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Alberto Durero

ponerle límites?... ¿Acaso la bestia salvaje ha de ser más libre que nuestra especie? ¡Los derechos del hombre! Eso es definitivo. Todavía las leyes pretenden limitar el ejercicio ilegislable, imprescindible del *Yo* humano; pero la ciencia, señores, no hay que darle vueltas, acabará con la ley. En vano los escrúpulos supersticiosos de una moral añeja se obstinan en condenar el suicidio. ¡Qué aberración! Cuando se le ha dicho al hombre que puede disponer libremente de su alma entregándola, ya á esta creencia, ya á la otra, ya á ninguna, se quiere impedir que disponga de su vida. ¡Las clases desheredadas! No puedo volver los ojos hacia esa parte de la sociedad sin que se aflija mi alma, y me refugio indignado en el fondo de las mayores comodidades como una protesta viva. ¡El trabajo! ¡Ah! ¡Todavía existe esa palabra en el diccionario de las lenguas cultas! Yo pregunto: ¿Por qué la pobreza ha de ser un delito que se condene á la pena de trabajos forzados? ¡La propiedad! Sí, cierto, cuestión delicada, porque al fin beato el que posee, pero también tendrá su término esa beatería, y entretanto, convengamos en principio en que todo es de todos.

Tal es el *Descamisado* por dentro en las grandes cuestiones del día.

En los salones del buen tono sus tesis no participan de menor desnudez. El amor libre no le parece más que una fórmula nueva, á la cual no hemos acostumbrado todavía el oído, y reclama en su apoyo todos los derechos de la naturaleza. No sabe por qué no ha de ser libre la afición más espontánea de que es capaz el mecanismo humano. La mujer,—dice con exquisita galantería,—no merece ser engañada nunca; permítasenos la libertad de dejar una por otra y no nos veremos en la necesidad de engañarlas. El amor no se pue- de tomar como la vida, que ha de durar necesariamente hasta la muerte; y sin embargo, ¡quién no cambia de vida!... ¿Es por ventura el amor una obligación? Si lo fuese, ¿qué mujer sería amada?

Por lo que hace á las costumbres es el defensor asiduo de cuantas debilidades caen en el platillo de las conversaciones.



SAFFO, cuadro de Alma Tadema

Una infidelidad... ¡Phs! ¡Mire usted qué arco de iglesia! El mundo está aún lleno de preocupaciones. Ya no hay más infieles que los moros. La mujer propia no es una esclava: y después de todo, un marido que encuentre quien le ayude á llevar la cruz del matrimonio no tiene por qué quejarse.

Una traición... ¡Bah!... El mundo está muy adelantado para que semejante cosa escandalice á nadie. El éxito es el juez definitivo: el fin justifica los medios.

En cuanto á los diferentes modos de vivir á que el hombre puede apelar, sostiene que no hay más que uno, á saber: vivir bien, vivir lo mejor posible; buena casa, buena mesa, todas las comodidades del bienestar, un lujo desahogado, razonable. Su tesis económica es ésta: que el dinero, sea el que quiera el origen de que proceda, vale siempre lo mismo, que es absolutamente necesario para la vida, y que hay que buscarlo donde se halle, ó convertirse en monedero falso, sistema hasta cierto punto desacreditado.

En resumen: el *Descamisado* es ese gran perdido, ese perdido fastuoso que nos encontramos en todas partes.

IV

Acaso se crea que son demasiado vagos los contornos en que hemos diluído el bosquejo de este tipo, que en último resultado se confunde con la especie, conocida en todos los tiempos, de esos hombres que echan el cuerpo adelante al mismo tiempo que se echan el alma á la espalda. No me opongo á la fuerza de tan juiciosa observación, pero téngase en cuenta que el nuevo sentido de la voz *descamisado* se ha hecho para designar en la presente época á esa especie de todos los tiempos.

Mas si se quieren líneas más precisas que determinen bien el tipo original que la palabra por filosófica ampliación determina, ahí está la historia que no nos dejará mentir, y que sin andarse con rodeos inútiles y con vanas salvedades retóricas, nos presenta de golpe y de cuerpo entero en su doble naturaleza jerárquica y descamisada el ejemplar auténtico del género verdaderamente descamisado.

A manera de anuncio del ser compuesto que, andando el tiempo había de circular en el mundo como moneda corriente, aparecen á nuestros ojos unidos en una misma persona, en un solo individuo, el duque de Orleans y *Felipe Igualdad*. Marat no fué en sustancia más que el embrión, el conato, la intuición imperfecta, incompleta del tipo, la cuna de la especie. Tomó la natural desnudez con que todo nace por forma auténtica y definitiva de la regeneración social, y elevó los harapos á la jerarquía de las ideas. Fué, si no hay inconveniente en que así se diga, el tipo inconsciente, espontáneo, la infancia del arte, el pedazo de mármol de que había de salir después la verdadera estatua, esto es, el *Descamisado* suntuoso, el que se codea en los salones con las más altas jerarquías, el que viste soberbios uniformes, el que habita en palacios, tal vez el que ciñe corona.

La corrección no se detuvo mucho tiempo y la idea desnudamente expuesta por Marat encarnó bien pronto en *Felipe Igualdad*, ¡ohpudor! conservando la camisa, no así como se quiera, sino exquisita, pulcra, intachable, dos por lo menos cada día, una, si es preciso, para cada hora.

El infeliz que por las adversidades de la suerte se encuentra condenado á no tener camisa, ¿qué ha de hacer más que apetecerla? ¿Se resigna nadie á vivir sujeto á la triste condición de que no le llegue nunca la camisa al cuerpo? Ese es el *descamisado* involuntario. Si al niño recién nacido por su desnudez originaria no se le puede llamar propiamente *descamisado*, por la misma razón no debe designarse con ese nombre al que no lleva camisa, sencillamente porque no la tiene.

No, ese no es un tipo moral que forme especie, y cuyos ejemplares obedezcan á leyes comunes; son casos aisla-

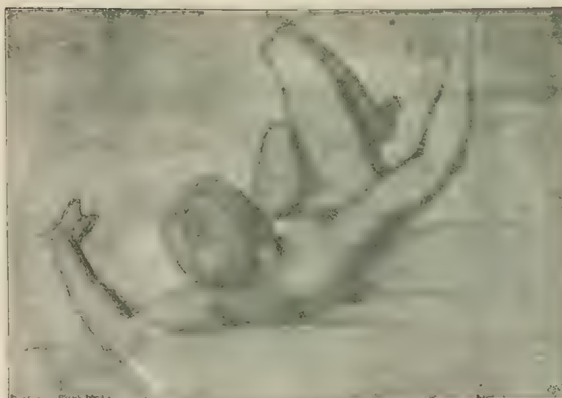
dos, fortuitos. La palabra no ha hecho fortuna, merced á tan mezquina significación, porque entonces, ¿qué palabra no sería célebre? Su valor consiste en la perspicacia con que su sentido designa, no la desnudez material del cuerpo, sino la desnudez moral del alma. A un cadáver no se le llama desalmado, á pesar de que no tiene alma, porque desalmado no es el que no la tiene, sino el que no quiere tenerla.

Del mismo modo cuando nos valemos de la palabra *descamisado*, más que un orden de hechos pretendemos expresar un orden, digámoslo así, de ideas; más que una clase de pobres desventurados, se nos presenta una especie de dichosos aventureros. Así resulta que no es el desorden externo de la persona lo que determina y caracteriza el tipo, sino el desorden interno que se descubre al través de las galas del vestido.

Para determinar más esta diferencia que salta á la vista, basta observar dos hechos constantes, que el movimiento agitado de la vida que traemos, nos pone de continuo ante los ojos. Son dos hechos al parecer contradictorios y que en el fondo se corresponden. Obsérvese cuán penosamente, si llegan á conseguirlo, salen de pobres los que no tienen camisa, y véase de paso con cuánta facilidad prosperan los *descamisados*. A la vez que los primeros se ahogan en la estrechez de la miseria, los segundos se mueven en la holgura de la comodidad y del regalo.

No es el *sans-culotte* inculto, de aspecto patibulario, de semblante sombrío, que ha tomado su descontento por opinión, su fuerza por ley y su cólera por potestad. Nada de eso. Es el *sans-culotte*, sí, pero culto, limpio, risueño, hasta afable... ¡qué digo!... tolerante, que toma las cosas como vienen, que vive arriba y piensa abajo, que medita hondamente en las necesidades de los pueblos porque en la descendencia corriente de las palabras, popularidad viene de pueblo; que adivina los caprichos de las multitudes para anticiparse á propagarlos; que profesa los errores más halagüeños á la ignorancia del vulgo como gracia que concede ó como lisonja que tributa.

Por último, si es simple particular desdeña en principio las jerarquías, pero tiene su asiento en la mesa de los potentados.



ESTUDIO, en el álbum de Arturo Fitger

Si es marqués, conde, duque, príncipe, desprecia sus títulos, pero los lleva.

No es posible describirlo con todos sus pormenores, porque en la mayor parte de ellos se confunde con el resto de los hombres; pero, no importa, porque es imposible desconocerlo.

LOS CANDELEROS DE PLATA

POR D. PEDRO M.ª BARRERA

(Continuación)

Después de pronunciar estas palabras se volvió hacia la pared y guardó tenaz silencio, á pesar de que la vieja le hizo varias preguntas en que á vueltas de calificaciones lisonjeras para la huérfana se traslucía el despecho de no adivinar todo el alcance de lo que acababa de oir, con el prurito de conocer los planes de Cosme y los medios de que disponía para darles cima.

No tardaron en regresar del valle de Mondariz Ourogue y Socorro, muy ajenos de cuanto había sucedido en su ausencia. Cuando pasaron por la Ramallosa y Savarís, la muchacha creyó notar que sus conocidos volvían la cabeza aparentando que no los veían; al llegar al riachuelo del Burgo, se persuadió de que las lavanderas, amigas suyas, evitaban el hablarle; al entrar en la villa, observó que hombres y mujeres la miraban con extraña curiosidad, cuchicheando misteriosamente; y cuando, preocupada por aquellos inequívocos indicios de desvío, pasó los umbrales de la casa de su protector, la preocupación tomó forma de angustioso presentimiento, porque la mujer del señor Liberato, abrazándola y besándola repetidas veces, y derramando abundantes lágrimas, no cesaba de exclamar: – ¡Hija mía!... ¡hija mía!

– ¿Qué demonios ocurre? – gritó amostazado el anciano, que desde la Ramallosa había ido haciendo las mismas observaciones que su compañera de viaje, y no pudo ocultar más tiempo la agitación de su espíritu.

La interpelada, sorprendida por aquella pregunta tan natural, después de un momento de vacilación contestó:

– Cosme ha estado muy malito... no ha salido al mar desde que os fuisteis; pero ya ha echado fuera la ruinera, según dice el médico.

Conoció Ourogue que su costilla buscaba el modo de llegar por el camino más largo y tortuoso á algo que quería y no quería decir, y que debía ser la clave de cuanto él había visto y observado desde su paso por la Ramallosa. Socorro, olvidándose de sí misma al saber lo ocurrido á su novio, como si toda su sensibilidad y todos sus pensamientos y toda su vida no tuvieran más razón de ser ni más raíz que el solo sentimiento, la idea única y el exclusivo objeto de su amor al elegido de su corazón, fijó sus hermosos ojos en el antiguo pescador y entreabrió la boca para traducir en palabras lo que con claridad y elocuencia estaba diciendo su mirada; pero arrebolando sus mejillas el santo carmín del pudor, bajó la cabeza y apenas se atrevió á balbucear esta frase: – Y si ya está bueno, ¿cómo es que no va á la pesca?



LAS HILANDERAS, cuadro de Velázquez

— Pronto lo sabremos, — replicó el señor Liberato. — Desde aquí á su casa no hay mucho que andar, y allá me planto sin quitarme el polvo del camino.

— Espera, — dijo la mujer; — que si á tí te ven sucio pensarán que yo he dejado de ser limpia. Ven, te pasaré un cepillo por esa ropa.

Llevóse á su marido lo más lejos que pudo, y bajando la voz y con pocas palabras, le contó muy apurada que Socorro estaba perdida. Cuando concluyó, el anciano, tan sereno entonces como alterado momentos antes, exclamó:

— ¡Qué peso me has quitado de encima! Yo te prometo que muy pronto los mismos que han inventado esa calumnia proclamarán á voz en grito la inocencia de Socorro.

— ¿No me engañas?

— ¿Te he engañado alguna vez? Pero háblame de Cosme: ¿es verdad que está enfermo?

— Lo ha estado. Su abuela dice que hoy está tolo; pero el médico asegura que tiene mejor salud que nunca.

— Voy, voy á escape á verlo. ¡Ah!.. reza por el alma de nuestro pariente el señor abad de Mondariz. Ha muerto en mis brazos con la tranquilidad de un justo: ya te contaré...

— Dios le tenga en su santa gloria.

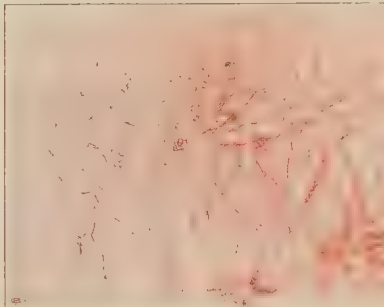
Abrió Ourogue un armario del que sacó unos papeles, y se echó á la calle, no sin decir antes á la huérfana: — Mal rato hemos pasado desde la Ramallosa á Bayona; pero el timón está en mi mano y llegaremos á puerto: no te amilanes.

Poco tardó aquel honrado hijo del mar en estar junto al no menos honrado Mourelo, que, tendido sobre el jergón de hojas de maíz, oía á la sazón, como el que oye llover, el cotorreo que en la misma estancia sostenía la señora Decorosa con algunas vecinas.

Al ver á su amigo, Cosme, incorporándose, dijo: ¡Gracias á Dios que ha vuelto! ahora podré abandonar esta cama, de la que ya estoy harto.

Las mujeres, que habían cerrado el pico al tomar la palabra Cosme, no perdieron ni una sola de las que mediaron entre los dos pescadores, y regocijadas las más y asombradas todas, se fueron enterando de que el señor Liberato tenía en su poder una factura y una carta de un platero de Vigo; de que la factura se refería al coste de los candeleros del altar de Santa Rosa; de que la carta expresaba que á la chapa de plata del pie de cada candelero llevarían éstos, como se pedía, en la parte interior adherida otra chapa con esta leyenda: «Socorro Patiño á Santa Rosa de Lima por haber salvado la víspera de un domingo de Ramos de una horrorosa borrasca al marinero Cosme Mourelo;» de que la noche del robo la huérfana faltó al rosario del convento porque estuvo ocupada en hacer los preparativos del viaje á Mondariz; y por último, de que el señor Liberato, no sólo pensaba enseñar á todo bicho viviente la carta y la factura, y conseguir, aunque tuviera para ello que acudir á la justicia, que las monjas dejasen despegar ante testigos la chapa del pie del candelero que no había sido robado, á fin de poner tan claro como la luz del sol, el hecho de que se achacaba el robo precisamente á quien menos podía caer en la tentación de cometerlo, sino que además se dedicaría con tal ahinco á descubrir al ladrón que esperaba lograr con sus pesquisas lo que no habían conseguido las del juzgado.


UNA DE LAS SIBILAS DE SANTA MARÍA *della Paca*
Facsímile de un estudio de Rafael, imitando á las famosas Sibilas de Miguel Angel


ESTUDIOS DE RAFAEL SANZIO

No fué mayor el asombro de las mujeres que el inefable júbilo con que oyó Cosme al anciano: reía como un niño al saber que la demostración de la inocencia de su amada era cosa fácil, inmediata y de innegable evidencia: lloraba de contento, de gratitud y de ternura al enterarse del origen de los candeleros, de que nunca le había hablado Socorro. Sin embargo, al terminar Ourogue la relación de lo que podía y pensaba hacer, el nieto de la señora Decorosa quedó silencioso y grave; y aunque no tardó en mostrarse de nuevo alegre y expansivo, claro revelaba su semblante que aquella alegría no estaba exenta de tristeza.

— ¡Bueno, bueno! — dijo: — Dios me libra de tener que tomar cartas en este juego. ¡Qué bien he hecho en esperar á que regresaran de su viaje!... ¡Bueno, bueno!... Mi abuela, ahí queda libre el jergón: múllalo ahora todas las veces que quiera. Y yo necesito andar: y yo necesito respirar el aire de la playa... Vámonos, señor Liberato; tenemos todavía mucho que hablar.

Salieron los dos pescadores. Las vecinas, muertecitas de curiosidad, porque para ellas era indescifrable charada lo que sobre Dios y el jergón había dicho Cosme, y porque sospechaban que no sería menos sustancioso lo que aun hablasen aquellos dos hombres que lo que en la casa habían hablado, aceptaron el único partido que les quedaba disponible, que fué ir á visitar comadres con el objeto de ser trompetas vocingleras del inesperado sesgo que tomaba el asunto del robo, y deshacerse en elogios de la huérfana, acaso para dar á entender que no figuraban entre las que sin piedad le habían roído los huesos.

Mientras tanto, Cosme confiaba á Ourogue que apenas viese á Socorro pensaba tomar el camino de Vigo, decidido á venderse por nueve onzas y media para servir en barco de rey cuatro años, y le encargaba que recogiese el bote del Panjón y lo matriculase como de la propiedad de la huérfana, poniéndole el nombre de ésta y manejando para ella tanto lo que produjese la pesca como las nueve onzas y media que le enviaría en cuanto las cobrase. El anciano opuso á Cosme mil reparos: pintóle á su modo todas las felicidades que disfrutaría uniéndose sin demora á la mujer que tanto amaba y de quien tanto era amado: hizo minuciosa y exagerada relación de todas las penalidades que le esperaban en la marina de guerra; pero ¡que si quieres!... El joven lanzaba cada suspiro capaz de derribar á un buey; juraba que por un solo cabello de su novia se dejaría cortar las dos orejas; y por último, con un acento que tenía más de rugido que de voz humana, hacía punto diciendo: — Mi resolución es y debe ser irrevocable. No hablemos más de esto.

La entrevista con Socorro fué breve. La mujer de Ourogue, segura de que la verdad quedaría en su lugar, había referido *ce* por *be* á la pobre muchacha el milagro que le colgaban. Lágrimas como puños lloraban una y otra cuando entraron en la casa los dos pescadores.

— ¿Ya sabes lo que pasa? — dijo Cosme: — pues sobra el llanto. Si el señor Liberato no tuviera, como tiene, pruebas para hacer callar á los calumniadores, yo lo arreglaría todo en cinco minutos.

La muchacha, con la grandeza de un espíritu verdaderamente superior, se limitó á contestar: — ¿Y qué me importa eso á mí? Siendo yo como Dios manda; no dudándolo tú ni los que me recogieron compadecidos de mi orfandad; que los demás digan lo que quieran ¿qué me importa? Pero yo sé por qué lloro.

— Es que los demás, — replicó la mujer del anciano, — nos hubieran hecho pasar muchas amarguras á quedar las cosas como estaban. Ahora es distinto: descubrirán al ladrón y no faltará quien venga á decirnos su nombre.

— Lo que nos interesa, — exclamó el señor Liberato, — es saber quién ha inventado la calumnia, y no tardaremos en averiguarlo. ¡Vaya si lo averiguaremos!

— No quiero saberlo, — dijo Socorro: — le odiaría y no quiero odiar á nadie; desearía su mal, y no quiero desear el mal de nadie.

Aquel mismo día salió Cosme para Vigo. Podía ahogársele con una hebra de seda y tenía el corazón angustiado y dolorido.

Avanzando por las ásperas cuestas de Nigrán encontró á una cuadrilla de hombres y mujeres ocupados en partir piedra junto á la cuneta del camino real, que para él fué entonces camino de la gloria porque aquella gente hablaba de la huérfana poniéndola á dos dedos de la inmaculada madre del Redentor. ¡Con tal rapidez habían arrojado á los cuatro vientos las vecinas de la señora Decorosa las importantes nuevas de que por casualidad eran sabedoras!

El señor Liberato enseñó la carta y la factura del platero á todo el que quiso verlas: en el convento quitaron la chapa del pie del candelero no robado, para que por medio del sacristán pudiera andar de mano en mano: y el juez municipal, sincerándose de habladurías, hizo público que si durante la sumaria puso especial empeño en salvar á Socorro, fué porque la priora del convento, persona incapaz de mentir, le había manifestado que toda la comunidad sabía á ciencia cierta que no era la huérfana quien tendría que dar cuenta á Dios del sacrílego robo.

— Eso de que las monjas sabían que Socorro no había atrapado el candelero, no lo veo yo muy claro, — decía á una mandadera del convento un calafate enemigo de pensar bien del prójimo.

Y la mandadera le contestaba: — Pues lo sabían porque la madre tornera la conoció cuando fué á dejar en el torno los dos candeleros con una papeleta que decía: «Para el altar de Santa Rosa.»

— ¿Y por qué lo han callado hasta ahora?

— Porque los llevó recatándose para que no le vieran la cara, y comprendieron que deseaba que no se supiese quién hacía la ofrenda.

— ¿Y por qué lo han contado después?

— No lo han contado: sólo han dicho que la comunidad sabía que la huérfana era ajena al robo.

— ¿Y por qué lo cuentas tú en vez de guardar el secreto?

— Porque yo no soy monja y porque me da la gana.

Todas estas cosas reunidas cambiaron de tal modo las corrientes de la opinión que cuando cualquier marido estaba poco satisfecho del entendimiento, de la rectitud ó de la laboriosidad de su consorte, lamentaba que no se pareciese á Socorro; cuando dos amantes andaban de monos por si tú me quieres poco ó si á mí me quieres menos, no faltaba alguna indirecta de la parte masculina hacia los votos que la mujer que ama de veras suele hacer á los santos de su devoción para que libren de peligros á la persona querida; y cuando se trataba de aplicar á una joven la mayor alabanza posible, se decía sencillamente: es otra Patiño. *Item más:* después de que varones y hembras adquirieron la persuasión de que habían sido sin quererlo cómplices de una villanía, entró á todos deseo irresistible de descargar la conciencia, poniendo cada cual por su parte un poco para descubrir al ladrón verdadero y el origen del lamentable error en que el pueblo en masa había incurrido. Y el resultado fué que de unos en otros, diciendo éste «á mí me lo contó Pérez,» aquél «á mí López,» el de más allá «á mí Fernández,» etc., etcé-

tera, llegó rodando la pelota al punto de partida, y quedó demostrado que al salir del rosario la señora Decorosa la noche del robo, dijo al hojalatero que la señora Agueda y otras, habían visto á Socorro apoderarse de la alhaja, y la señora Agueda, poniendo por testigos á Dios y á toda la corte celestial, aseguró por su parte, que la señora Decorosa, durante el rosario, había sido la que á ella misma le había dicho que acababa de ver robar el candelero. Por igual procedimiento se supo que la señora Decorosa había inventado la poco caritativa especie de los dares y tomares del castillo de tablones del muelle: y atando con estos cabos el de que la vieja era enemiga declarada de que su nieto se casase, y el de que los muebles comprados por Socorro y el bote encargado por Cosme en el Panjón, estaban oliendo á boda como á yodo la brisa marina, formóse un cable capaz de sostener por los siglos de los siglos las siguientes afirmaciones: Primera: Que la abuela de Mourelo era una vieja hipócrita, borrachona, infame y bruja, cuya última hora esperaban impacientes todos los demonios del infierno para empezar á darle el pago de sus fechorías. Segunda: – Que nadie más que aquella vieja, bruja, infame, hipócrita y borrachona, podía ser la ladrona del candelero.

A todo esto, Socorro seguía llorando á lágrima viva. Y ¿cómo no, si enterada por Ourogue de la ausencia y planes de Cosme, y de los encargos que le había hecho, veía en todo ello que dos almas abrasadas en mutuo y purísimo amor, nuncio de venturas celestiales, pueden por culpas ajenas hallar el germen de torturas infinitas en lo que debía serlo de placeres y alegrías inefables?

Causó general extrañeza que después de acreditada la inocencia de su novia, Mourelo hubiera abandonado los barcos pescadores para servir en los de la marina de guerra. Bueno, decían, que tomara tal determinación cuando era creencia general que la moza no temía á las leyes divinas ni á las humanas; pero pasado el chubasco, ¿había cosa más natural que casarse con aquel pico de oro y retorcer el pescuezo á la señora Decorosa? Poco, en verdad, hubiera perdido ésta con sufrir el *retorcido* de que la juzgaban digna sus convecinos. Abandonada por Cosme, quiso sacar partido de ello pidiendo limosna de puerta en puerta, para lo cual se preparó hilvanando una relación sobre la ingratitud de los hijos, los alifafes de la vejez, y lo horrible de la pobreza cuando toca en la linde de la miseria; pero no contaba con la huéspeda, y la huéspeda fué que desde las personas más caritativas hasta las de peores entrañas, vieron en lo que pasaba algo como un castigo de Dios, á quien no debían enmendar la plana metiéndose á practicar las obras de misericordia. No faltó quien tuviera que resistir generosos impulsos de amor al prójimo para oir con oídos de mercader las lamentaciones de la vieja; pero desgraciadamente para ella, hilaban tan delgado las preocupaciones y los escrúpulos de conciencia, que los menos inclinados á rechazarla se contentaron con formar el propósito de someter al confesor la duda de si á una mujer tan mala, tan mala, tan mala, podía dársele agua cuando tuviera sed y pan cuando tuviera hambre; y los que veían en la pordiosera una víbora con forma humana, que eran los más, interrumpían sus clamores con palabras tan iracundas como éstas: – ¡Largo de aquí! ¡pronto, pronto! no hay limosna: no hay más que maldiciones para las ladronazas, quitahonras y malas madres! ¡largo!

La situación moral y física de la vieja era horrorosa. Con esa tenacidad que sólo puede ser engendro de supina ignorancia y refinado egoísmo, sin ceder ni vacilar por nada ni ante nada, había trabajado para evitar que nuevos lazos y obligaciones de su nieto la relegaran á un lugar secundario en la casa donde otras veces fué ley su voluntad y pudo hacer mangas y capirotes de cuanto la pesca producía; y en vez de conseguir su objeto se veía completamente abandonada, y aborrecida acaso del mismo que deseaba dominar y retener para ella sola. Por otra parte, el cuerpo le reclamaba alimento imperiosamente. Rechazada al pedir limosna, entró por borona en la panadería y le dijeron que allí no se fiaba cuando sabían de antemano que no habían de cobrar: trató de vender los pobres trastos de su vivienda, y le contestaron:

(Continuará)

PLANICIDAD Y REDONDEZ DE LA TIERRA

La geografía empieza por una época de tinieblas y de error que ahora ni siquiera nos es dado comprender.

Homero, el admirable autor del más antiguo poema existente de los griegos, consideraba el mundo como un disco; chato, rodeado, cual el borde rodea al escudo, por el Río Océano, padre de todas las aguas, aunque de todas ellas diferente. La bóveda de los cielos se apoyaba en los bordes del gran disco: la parte superior de la Tierra era la morada de los hombres, y la inferior el Tártaro, mansión de los castigados. Hellas, por de contado, era el centro del universo.

Y aun no está claro que para Homero fuese la Tierra un disco circular. Quizá para él era más bien oblonga; ó, acaso, rectangular con los ángulos redondeados, como el escudo de la época; con un diámetro más corto que otro, pero no el de E. á O. sino el de N. á S. Los Etíopes se hallaban á Oriente y Occidente; y, aunque se habla de la tierra de Egipto, el Nilo no se menciona.

Ya en tiempos de Hesiodo (800 antes de J. C. y como 400 años después de la destrucción de Troya) los conocimientos geográficos se habían ensanchado: el Nilo se conoce por su nombre, y el Sur de Libia es ya la mansión de los Etíopes. Pero todavía para Esquilo (525 - 456 (?)) que á los lauros militares ganados de joven en Maratón y Salamina agregó de adulto (á los 41 años) los del primer triunfo en la escena, seguido de otros que le constituyeron en el padre de la tragedia griega, todavía para Esquilo el mundo está rodeado por el Océano, no ya río, sino mar. Hay tres continentes. El río Phasis separa á Asia de Europa, y el Estrecho de Hércules se interpone entre ésta y la Libia. El N. y el S., el E. y el O. se distinguen; pero el mundo es todavía un disco cuyo centro se halla en Delfos.

Epoca entonces de tinieblas, no hay que extrañar ninguna clase de suposiciones.

Unos cuentan que Anaximandro (610 – 547) enseñaba que la tierra era un cilindro tres veces más alto que su diámetro, y otros dicen que él fué quien primero construyó un mapa geográfico, y enseñó que la Tierra era redonda y que la Luna recibía su luz del Sol. Pero, sea de ello lo que quiera, hay quienes dicen que Anaximenes, su discípulo, todavía en 550 antes de J. C. enseñaba que la Tierra era plana, lo mismo que el Sol.

.˙.



IMPOSTA Y GALERÍA DEL MINARETE DE DELHI (India) lámina tomada de la *Historia general del Arte*

No se crea por este errar *respecto de lo general* que en los primitivos tiempos de nuestra civilización fuera escaso el caudal de conocimientos geográficos *concretos*. Homero estaba muy bien informado de la geografía de Grecia y del Norte del archipiélago helénico, lo que no sería de extrañar, si el autor de la *Iliada* y la *Odisea*, y los de los antiguos himnos que se les atribuyen en honor de los dioses, llevaron una vida errante, como la de los trovadores que, hasta fines del siglo XIV, recorrían los castillos y dominios feudales, cantando las proezas de los héroes, las hazañas de las antiguas tradiciones, y, á veces, sus mismos amores y propias aventuras.

La navegación había hecho grandes progresos y descubrimientos muy notables. Tarsis (que se supone existente junto á la antigua Carteia, en el fondo de la bahía de Algeciras y Gibraltar, y donde se han encontrado monedas con la cabeza del Hércules Tirio) se halla citada á menudo en los libros del Antiguo Testamento, como íntimamente ligada con el comercio de los Hebreos y de los Fenicios. Ofir era ya conocido de los Hebreos desde los mismos tiempos de Job (1700 a. J. C.). Salomón (1033 – 975), en unión con Hiram, rey de Tiro, envió á Ofir una armada desde Ezion-geber, en el mar Rojo, la cual volvió con 420 talentos en oro para Salomón, con mucho sándalo y con multitud de piedras preciosas, según el libro de los Reyes; y con 450 talentos, según el de las Crónicas. Además, Salomón tenía otra flota que, cada tres años iba á Tarsis, y volvía con oro y plata, marfil, simios, y pavos reales.

El bronce es conocido desde la antigüedad más remota, pues no parece probable que desde la edad de la piedra pulimentada se pasase sin transición á la del bronce. Pero el estaño, que no se encuentra tan repartido como el cobre, supone un comercio antiquísimo y una navegación regular, sostenida y muy adelantada hace 4000 años por lo menos, si no 5000, ó acaso más. El comercio de los Fenicios y Cartagineses parece que debió extenderse desde la India hasta el Níger y las islas Casitérides, cuya situación ocultaban los últimos como un secreto nacional y que con toda probabilidad eran las Sorlingas ó pequeñas islas Scilly, al Sur de Cornualles, y acaso el Cornualles mismo. El comercio de Tiro y de Cartago era inmenso: Tiro cambiaba sus mercancías por perlas, bordados, lanas y sedería, marfil, ébano, resinas, aceites, vinos, hierro labrado, oro, plata, cobre, estaño, plomo, caballos, carneros, cabras, y cuanto exigía el lujo, más bien que las necesidades de la vida oriental, según la magnífica enumeración del profeta Ezequiel. Cartago sacaba del interior del Africa, oro, piedras preciosas, esclavos negros, y elefantes; de Sicilia, aceite y vinos, de Malta lienzos y paños, del Elba hierro, de Inglaterra estaño, y del Báltico ámbar. *Hasta hay quienes crean* que los Cartagineses visitaron las Azores.

Navegantes tan intrépidos, que desde el Oriente del Mediterráneo atravesaban las columnas de Hércules para ir por el Atlántico hacia el Norte hasta las Casitérides y la lejana Tule (las islas Shetland, ó tal vez el Jutland) y hacia el Sur quizá hasta el Senegal, y que por el mar Rojo bajaban hasta el Golfo Pérsico y la India, NO PODÍAN tener el concepto de que la Tierra fuese PLANA, según las nociones que en el mundo griego vemos todavía en los tiempos relativamente modernos del trágico Esquilo.



¡BUENA VOY Á PONERME!... reproducción fotográfica de un grabado sobre plancha de acero

* * *

Pero era necesario para elevarse á la noción de la REDONDEZ de la tierra, el pueblo de eminentes pensadores que dotó á la Humanidad con la ciencia de la extensión. La geometría es esencialmente griega. Que Babilonia y Egipto tenían conocimientos geométricos, lo evidencian sus pirámides, obeliscos, y templos, hoy en ruinas. Pero los conocimientos aislados no son ciencia, y de los unos á la otra va un abismo. Tanto valdría decir que los Egipcios de la dinastía XVIII, hace treinta y seis siglos, profesaban nuestra química actual, porque usaban colores capaces de resistir indefinidamente la acción de los siglos, ó que los actuales japoneses la conocen, porque saben preparar barnices exquisitos, ó que han estudiado astronomía las caravanas árabes que atraviesan el desierto guiándose por las estrellas. La geografía astronómica es, de consiguiente, esencialmente helénica, por lo mismo que lo fué la geometría. Sin Eratóstenes y sin Hiparco habría sido imposible la geografía real.

* * *

Eratóstenes de Cirene (276 antes de J. C.), geómetra, astrónomo, geógrafo, filósofo, gramático y poeta, contemporáneo del prodigioso Arquímedes, y superintendente de la Biblioteca de Alejandría, donde se archivaba el saber de la Fenicia, la Caldea, el Egipto y la Grecia, Eratóstenes que, habiendo perdido la vista, se dejó morir de hambre (según cuentan) por no poder seguir dedicándose al estudio, fué el primero que determinó la distancia entre los trópicos y que se atrevió, no sólo á demostrar la redondez de la Tierra, sino á intentar su medición por un método excelente. De los datos de su evaluación del arco entre Alejandría y Siena (hoy Assouan), que él creía situados en el mismo meridiano, dió á la total circunferencia la longitud de 25000 estadios. Eratóstenes halló el arco de meridiano entre trópicos $= \frac{11}{83}$ de la circunferencia $= 47^\circ 42' 39''$ (!). La Academia francesa, veinte siglos después, lo encontró $= 47^\circ 40'$. Eratóstenes también fué quien primero determinó la oblicuidad de la eclíptica, inventó la esfera armilar, fundó un observatorio, construyó una carta general geográfica, y fijó el lugar de muchas ciudades importantes, en gran parte desconocidas á los Europeos; y, aunque muchos de sus datos son conjeturales, su mapa fué un prodigio para la época.

Hiparco dió medios de medir todos los triángulos planos y esféricos; descubrió la precesión de los equinoccios; confirmó el movimiento del Polo, descubierto por Piteas; marcó la posición de las poblaciones y de los puntos notables del globo por círculos tirados desde los polos perpendicularmente al Ecuador, esto es, por longitudes y latitudes como ahora (!); determinó la longitud geográfica por la observación de los eclipses, único recurso científico que podía utilizarse en aquel tiempo; y, por medio de la proyección de que Hiparco es autor, formamos todavía nuestros mapas. Ptolomeo, en fin, compiló los trabajos de estos grandes hombres y de sus tablas geográficas se deduce que el conocimiento del mundo antiguo era ya bastante extenso para la escuela de Alejandría.

Por las tablas de Ptolomeo se ve que conocía las islas Afortunadas (Canarias), pues desde ellas cuenta las longitudes hacia Oriente, y que las costas Occidentales de Africa se conocían hasta el grado 11, latitud N.

* * *

Pero tanto Eratóstenes como Hiparco habrían sido á su vez imposibles sin los grandes geómetras que los precedieron: sin Pitágoras (584 según unos, 608 según otros), feliz demostrador de la igualdad de los cuadrados sobre los catetos con el construído sobre la hipotenusa: sin Tales de Mileto (639 ó 640 antes de J. C.), descendiente de Fenicios, uno de los siete sabios, de salud tan vigorosa que á los noventa años pudo asistir á la batalla de Pterio entre Creso y Ciro (547 ó 546) y vivir todavía hasta contar un siglo (lo mismo que sus colegas Colon y Pítaco, según cuenta Luciano), el primero en prever un eclipse (el ocurrido en 585 cuando los ejércitos de Ciaxares, rey de Media, y Alyattes, rey de Lidia, estaban empeñados en dudosa batalla), el primero también de los griegos que descubrió el paso de trópico á trópico, y midió la altura de la gran pirámide de Egipto por la sombra de un gnomón cuando era igual á su altura: sin Anaxágoras (500), maestro de Pericles, Eurípides y acaso Sócrates, y condenado, según Montucla, por haber intentado explicar la causa de los eclipses, aunque más probablemente por enseñar que no había generación ni aniquilación, sino simplemente unión temporal de las cosas, y que la Luna no era diosa, sino simplemente un cuerpo que reflejaba luz, lo mismo que Iris era la luz del Sol reflejada de las nubes: sin Hipócrates de Chío que inventó la cuadratura de las lúnulas: sin Archytas, filósofo, diplomático y general, que acometía problemas como el de la duplicación del cubo, y fabricaba palomas de madera que podían volar algunos instantes, y lograba inventar la polea y hasta el tornillo (?): sin Eudoxio de Cnido (Caria, Asia menor), que introdujo la esfera en Grecia, fijó el año solar en 365 ¼ días, construyó un observatorio en Cnido en lo alto de un monte, excitó los celos de Platón, con quien había estado trece años en Egipto, y dejó obras numerosas de las cuales tomó largamente el inmortal Euclides: sin Platón, el gran generalizador de los estudios geométricos, y cuyo nombre solamente basta á su historia: sin Euclides, nuestro maestro aun, – de nosotros los geómetras del siglo XIX, – maestro de Eratóstenes y de Arquímedes, de Apolonio y de los más eminentes de la escuela de Alejandría: sin la legión, en fin, de pensadores que se dió al estudio de las secciones cónicas, á la invención de curvas de doble curvatura, á la cuadratura de los espacios circulares, á la trisección del ángulo y la duplicación del cubo... ¡oh! sin tales hombres y sin tales estudios, no habría podido caer en ruinas la noción de la planicidad de la Tierra, ni siquiera demostrarse, como una primera aproximación, su redondez, ya vislumbrada por los Pitagóricos y admitida como cosa corriente en los tiempos de Platón.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1886— NUM. 232

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PLAYA DE BADALONA, cuadro de F. Miralles (Fotografía directa grabada por M. Pérez)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA PLAYA DE BADALONA, cuadro de Miralles

Miralles es uno de nuestros distinguidos artistas á quienes ha seducido, no el suelo extranjero, pero sí el mercado que no encuentran en su patria. París ha atraído principalmente su atención, y á las impresiones que ha recibido en la capital de Francia se deben muchos de sus cuadros de género, notables por su elegante factura y saturados de color local.

No, empero, se ha olvidado Miralles del país en que vió la luz y sintió los primeros impulsos del genio; antes bien le consagra frecuentes recuerdos y da perfecta forma, en notables lienzos, á las notas que apunta en su álbum artístico. El cuadro que hoy publicamos demuestra hasta qué punto observa bien y está en lo justo cuando desarrolla sus observaciones. Todos conocemos esa playa; todos hemos visto repetidas veces á esas mujeres que comparten las rudas faenas de los pescadores; y al encontrarlas en el cuadro de Miralles tales como las hemos visto en la playa de Badalona, fuerza nos es proclamar que eso es la verdad desnuda, quizás demasiado desnuda ó cruda para una obra de arte.

Porque en el cuadro que publicamos, parece como que su autor haya querido demostrar que es capaz de pintar escenas y tipos menos risueños, menos *fashionables* que los tipos y escenas del buen tono parisién, que son su especialidad. Esto quizás le haya llevado á otro realismo menos simpático; lo cual le advertimos no en són de censura sino de queja. Quien, como Miralles, sabe producir la realidad de lo bello, debe evitar la realidad de lo basto, por muy realidad que sea.

EL VINO DE SILESIA, cuadro de E. Gruzner

Existe en las bodegas silesianas un vino tan rancio y fuerte que, según fama, se sube á la cabeza del mismo diablo. A propósito de ello existe en el país una balada popular, y en la balada se ha inspirado el cuadro de Gruzner.

Un bebedor silesiano, de cabeza de hierro y garganta asfaltada, apuesta á trincar con el demonio y á derrotarle en la competencia. Tiene el maligno espíritu una hora tonta, y acude á la cita, como un estudiante inexperto. El bebedor de Silesia apura imperturbable vaso tras vaso y jarro tras jarro: quiere el diablo sostener el pabellón, pero su cabeza se enturbia, sus piernas flaquean, escápase el vaso de su mano y se declara vencido, confesando, ¡oh vergüenza para el poder infernal! que para beber impunemente vino silesiano se necesita haber nacido en Silesia.

Esta balada no será del todo poética, pero se presta para ser tratada en el lienzo, y Gruzner lo ha hecho con éxito completo. El lugar de la escena está bien concebido y ejecutado: aunque se ajusta estrictamente á la verdad, tiene carácter á propósito para una acción en que lo real anda mezclado con lo fantástico. La figura del bebedor es felicísima de expresión, y la del diablo, que conserva el tipo especial de los malignos espíritus alemanes, da una perfecta idea del pesar del vencimiento y de la repugnancia que le inspira el vino causante de su vergonzosa derrota. No cabe sacar mayor partido del asunto, empleando mayor economía de medios, ni hacer más bella apología de la fuerza alcohólica del vino de Silesia.

LA DOLORA, dibujo de Conrado Kiesel

Dolora es una palabra que hemos inventado no há mucho, por la sencilla razón de que necesitábamos expresar una cosa nueva, una forma de poesía no demasiado española y que por lo mismo carecía de nombre en la tecnología de *las líneas desiguales*, como alguno llamó á los versos. La Academia de la lengua, que no se da gran prisa en poner el idioma á la altura de las necesidades que ocasiona la inventiva, apenas ha consentido en expedir el *regium exequatur* á la dolora; pero, en fin, ello es que la palabra existe, gracias principalmente á Campoamor, que ha puesto de moda la palabra y la cosa. En fin, hoy sabemos que dolora es una poesía rimada (sea dicho sin redundancia), breve en la forma, triste en el fondo, sentenciosa por lo común, y saturada, sobre todo si á Campoamor es debida, de cierta filosofía desgarradora, que para su uso especial se ha fabricado el poeta en quien lo escéptico y lo cristiano andan no pocas veces á brazo partido.

Y ya que nuestros lectores saben lo qué es la Dolora, harto comprenderán por qué titulamos así el hermoso cuadro de Kiesel, traduciendo libremente, ó mejor dicho, aplicando una palabra española al pensamiento del artista. Esa joven cantante entona indudablemente una dolora, porque este género poético fué conocido en Alemania antes que en nuestro país, y para la letra de muchas de ellas se ha compuesto música llena de sentimiento. Una de esas composiciones entona nuestra joven, en la cual el artista ha personificado, sin apelar á alegorías anticuadas, el espíritu, la esencia, la poesía de la dolora.

HERNÁN CORTÉS, estatua en mármol de Vallmitjana Abarca

Los Cuerpos colegisladores de España han fomentado el progreso de las bellas artes, si no con elementos poderosos que el presupuesto nacional no pone á su alcance, á lo menos dentro de los límites de que disponen, después de dar mucha tortura á sus consignaciones. Así, por ejemplo, el Senado posee *La Rendición de Granada*, no porque haya pagado el justo precio de esa admirable obra de arte sino porque tuvo el buen acuerdo de encargarla á un artista ilustre que no calcula sus obras por la cuenta que traen á su gaveta, sino por la aureola que aumentan á su gloria.

Esa protección, tan honrosa para los artistas como para su Mecenas, ha sido causa de que el referido Senado ostente en su salón de conferencias la estatua del conquistador de Méjico que publicamos en este número. Su autor viene de raza de artistas, y de artistas de primera fuerza: sus obras nos demuestran cuán presente tiene aquel célebre mote ó divisa: *Nobleza obliga*. El hijo y sobrino de un Vallmitjana, ó no debía dedicarse á la escultura ó debía estar á la altura del compromiso que le imponía su nombre. Por fortuna suya y del arte, se ha verificado lo segundo.

La estatua del gran conquistador reune cuantas condiciones son de exigir en una obra de arte: semejanza según antiguos retratos, gallarda presencia, arrogante postura, verdad en prendas de vestir y armas, y una expresión en que andan á vueltas la energía del caudillo y la magnanimidad del héroe. Vallmitjana Abarca ha pagado su deuda de familia y el arte escultórico puede cifrar en él legítimas esperanzas.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN LA ACADEMIA DE ESPAÑA

No hace mucho tiempo que informando docto académico acerca de una gramática, decía para acreditar méritos, quepodía servir para enseñar el idioma que el autor se había propuesto. Recordando sin duda penas pasadas, refiriéndose á mamotretos antiguos, que fueron un día textos oficiales, decía que con ellos se habían aprendido las lenguas *á pesar* de las gramáticas. Probaba esto, como fácilmente se comprende, al par que lo defectuoso de los libros, lo privilegiado de las inteligencias, y todo ello sin querer acude á nuestra mente hoy que vamos á hablar de laAcademia de España en Roma.

Hay que afirmar desde luego las privilegiadas condiciones que para las artes tienen nuestros compatriotas por cuanto sobresalen Á PESAR de la Academia, que se llama así sin que sepamos por qué. La emulación más que el buen deseo, tal vez más el afán de competir con otras naciones que el deseo de hacer el bien fué sin duda lo que llevó á la creación de este instituto, híbrido compuesto de convento y cuartel, insuficiente para su fin y defectuosísimo en su organización; extremando más, puede decirse que la Academia Española en Roma sirve para probar en el extranjero las mezquindades del Estado español. Desde la cumbre del Janículo, en que está enclavada, se distingue la hermosísima *villa Medici*, en la cual se halla la Academia de Francia: ambas están en históricas colinas; nuestros pensionados tal vez se paseen por el mismo sitio que los soldados del etrusco Pórsenna, que tuvo allí su campamento cuando vino á sitiar á Roma; los pensionados de la Academia fundada por Luis XIV discurren por la agradable colina de los jardines, testigos un día de las deshonestidades de Messalina y del castigo que le fué impuesto por un esposo impulsado más por consejos de un interesado sicario que por su propio deshonor. Entre ellas existe una notable diferencia: los pensionados de Francia puede decirse que están en el centro de la ciudad; bajando la cómoda escalera que conduce á la *Trinità dei Monti* están en la plaza de España, corazón de la ciudad Eterna, donde todo se encuentra: los españoles están lejísimos, en una altura que fatiga, á una distancia que medida mentalmente cansa ya. Si necesitan cualquier cosa pierden un día, y para verlos hay que emprender una peregrinación más pesada que la de la Cárcel Modelo.

Esto, como vulgarmente se dice, es lo que cae por fuera. Por dentro... es infinitamente peor. Aunque el Diccionario de la Real Academia Española puede inspirar muy poca confianza, consultándolo se ve que ninguna de las acepciones dadas á la palabra, conviene con lo que es esto que se llama Academia. En ella no se encuentran ni clases, ni medios de enseñanza, ni museo, ni biblioteca, ni nada; aquello en resumidas cuentas es una mala casa de huéspedes de la cual es patrón el Gobierno español. Es lo único que le faltaba y lo tiene, debiendo contarse que desempeña el papel á las mil maravillas: alojamiento caro y reducido, pretensiones exageradas y pago anticipado. ¿No es esto lo que se encuentra en las casas de las Escolásticas, Vicentas, Hermenegildas y demás viudas de intendentes y comandantes avecindadas en los alrededores de la universidad y de San Carlos, que buscan caballeros con asistencia ó sin ella para que les ayuden á pagar el cuarto?

Tal vez á muchos de nuestros lectores les parezca exagerado el juicio, por lo que presentaremos claramente los términos y que ellos deduzcan consecuencias: previas oposiciones en que hay que luchar y probar que ya se es artista, se le concede la pensión en Roma consistente en doscientas cincuenta pesetas. Al hombre que ha hecho lo que exige el reglamentó para conseguir esta plaza, parece lo regular que se le dejara libre y que cuando más el Gobierno exigiera al fin del plazo una prueba de que el pensionado no había perdido su tiempo, pero desgraciadamente no es así. Llegado á Roma debe acuartelarse en la Academia y pagar el alojamiento: allí no hay un criado que, como en cualquier mediana fonda, les limpie la ropa y el calzado; allí no hay una persona á quien enviar para que avise á un modelo ó para que compre un tubo de color ó traiga un lienzo: todo deben hacerlo ellos ó pagarlo separadamente. En estas condiciones debe abonar si mal no recordamos setenta francos, que en Roma sería mucho pagar estando infinitamente mejor. Si quieren estudiar, como es su deber, han de tener modelo, y poniendo uno solo por mañana y tarde son cinco pesetas al día ó sean ciento cincuenta al mes, que sumadas con las setenta anteriores, hacen doscientas veinte. Quédanle, pues, treinta pesetas, con las que debe comprar lienzos, colores, pinceles y demás si es pintor, y tierra, pago de vaciados y herramientas si es escultor. Como en este mundo el que no se consuela es porque no quiere, de la misma manera que un escritor satírico, hablando del hambre que sufrieron los israelitas en el desierto, decía que era una gran señal, porque el apetito es signo de buena salud, el gobierno, al leer nuestras exactísimas cuentas, puede quedar satisfecho pensando que no resta al pensionado absolutamente nada para comprar una cuerda y ahorcarse.

Pues como decimos, *á pesar* de la Academia, que por su organización y defectos nada bueno puede dar, los pensionados, más atentos á un porvenir que les sonríe que á un presente lleno de miserias, siguen adelante y en la Exposición que estará abierta cuando nuestros lectores lean las presentes notas, el público podrá convencerse de sus adelantos. En dicha Exposición se advierte desde luego uno de los más censurables vicios de que adolece la institución: campea entre las demás obras expuestas, un lienzo grande en dos secciones en el cual Maura y Checa, pensionados de pintura, han copiado al óleo uno de los frescos más notables de Andrea Mantegua, joya del arte de que Padua se muestra con razón orgullosa. Dispone el reglamento de aquella casa, que en el segundo año los pensionados de pintura hagan una copia de cualquiera obra notable de las muchas que se conservan en esta patria del arte. ¿Qué objeto se proponen con esto? lo ignoramos. ¿Qué resultado esperan conseguir? ninguno.

Hasta ahora es verdad que la cultura no ha sido condición sobresaliente de nuestros artistas, y desde este punto de vista comprendemos que en el deseo de que la adquirieran, fuesen obligados por el reglamento al estudio de los precursores del Renacimiento en el primer año, á los del Renacimiento en el segundo y en el tercero que estudiaran la escuela moderna, cosa que en modo alguno puede implicar la obligación de hacer copias serviles, que no conducen á nada, y de lo que resulta una tremenda contradicción; en el primer año el pensionado tiene el deber de hacer un estudio del desnudo, que ciertamente sería desechado si no reuniera perfecciones que se deben por completo á las evoluciones del arte en los últimos tiempos, y en el segundo se les obliga á prescindir de todos los adelantos y sacrificar todos los conocimientos para realizar copia de una obra que merece importantísimo puesto en la historia general del arte, pero que en nuestros días hace sonreir pensando en la puerilidad de los medios empleados allí para conseguir efectos y en el candor que revela tanto la ejecución como el resultado.

Todavía podía defenderse la necesidad de la copia, cuando se hicieran de maestros que se imponen hoy, como se impondrán siempre. ¿Se han copiado ya las obras de Miguel Angel, que tanto dibujo pueden enseñar á los que más dibujan hoy? ¿Se han copiado los frescos de Rafael, en los que tanto colorido puede aprenderse y que cada uno de ellos es una escuela de composición? Como precursor del primero en la aplicación de la anatomía al arte y en la propiedad de los movimientos, ¿se ha sacado ya todo el partido que puede dar Luca Signorelli? Como armonizador de tonos y maestro de sencillez y dulzura, ¿está agotado el Beato Angélico? Creemos que no, y sin embargo nuestros pensionados sacrifican su tiempo y su dinero; pasan larga temporada en la fría Padua para copiar un fresco de Mantegua medio borrado ya. No queremos decir con esto que el notabilísimo discípulo de Squarcione valga poco, antes al contrario, creemos que vale mucho y que con razón ha merecido ser llamado el Masaccio de la escuela lombarda, lo que afirmamos es, 1.°: la inutilidad de la copia servil llevada á cabo; 2.°: la poco acertada elección del autor, y 3.°: que para copiarlo no valía la pena de tener en Padua á los pensionados tanto tiempo, por cuanto en Roma, en la capilla de Inocencio VIII, hay notables frescos de aquel celebrado maestro, que en nada desdicen de los de Baticelli, Angélico de Fiesola y Leutile de Fabriano, más apreciado que el mismo Mantegua aun dentro de la escuela á que pertenece.

Si el deseo es hacer adquirir á los pensionados una general cultura, un conocimiento más ó menos extenso, se les podía exigir una memoria, en la cual la forma literaria no entrara por nada y en la que manifestaran su particular juicio acerca de las distintas escuelas que tan perfectamente pueden estudiarse en Italia.

Aparte de estas censuras motivadas por el hecho en sí, no podemos menos que afirmar la perfección con que está hecha la copia del *Martirio de San Cristóbal*, última y más notable obra de Andrea Mantegua. Los caracteres del pintor y de la escuela que representa están mantenidos con sin igual verdad y acierto en una obra, la primera tal vez, en la que la perspectiva fué perfectamente estudiada, detalle por el cual ha llamado más la atención y ha sido más celebrada.

Cada uno de los pensionados presenta además su envío de primer año, indicados por nosotros en una anterior revista. Están obligados á remitir un estudio del desnudo, ya solo, ya acompañado de alguna figura más, según lo exija la composición. Cumpliendo, pues, con este deber, Checa ha hecho un simpático cuadro cuyo asunto es: *La ninfa Egeria dictando leyes á Numa Pompilio*. El asunto, como se ve, no puede ser más sencillo, y seguramente que el distinguido pintor hubiera elegido uno más en armonía con sus condiciones si no se hallara cohibido por un reglamento redactado á la española, que es lo más que puede decirse. A un pensionado, que lo es porque probó que era artista, no se le puede obligar á esta cosa ó á la otra; hay que dejar libre su fantasía para que aproveche lo que Roma enseña y lo que Roma inspira; procediendo así, Checa hubiera realizado una composición más amplia, no le hubiera resultado un estudio de figuras mitológicas, que por perfectamente hecho que esté, como lo está, no dice nada á los modernos, porque á los antiguos ilustrados decía también muy poca cosa. Frescas de color y seguras de línea, el artista ha trazado dos figuras que seguramente llamarán la atención: tal vez el conjunto del cuadro le hubiera resultado más agradable si en vez de darle por fondo los pardos muros de la gruta cercana á la puerta Capena, le hubiera dado la espesura del bosque de Aricia, donde según la antigua tradición se aparecía al segundo rey de Roma la ninfa inspiradora de sus leyes; pero Checa ha atendido más al desnudo y ha hecho perfectamente: es lo que resulta más cuidado, es lo que resulta casi perfecto, pues á pesar de

la completa desnudez se le mira como deben ser miradas las ninfas. Comprendemos perfectamente que Numa no podía ser un tipo de rey de los que ahora se estilan, pero nos parece que el artista ha incurrido en el extremo contrario; resulta tosco y un poco duro; hay allí un alarde de fuerzas que no es necesario, ni aun para grabar en mármol.

Maura, tan bueno y simpático como su digno compañero, ha escogido un asunto menos nuevo: *Susana sorprendida por los viejos al salir del baño.* Desde el siglo XV la casta Susana, como generalmente se llama al personaje bíblico que se desnudaba completamente en un jardín para bañarse, ha servido de asunto á un número considerable de artistas: en el Louvre y en el Belvedere de Viena hemos visto cuadros de aquella remota época, divididos, para mejor poder presentar la historia completa. Después, el momento más celebrado que caracteriza á la notable hermosura de la tribu de Judá, ha servido, si no recordamos mal, á Pablo Veronés, que lo ha pintado cinco ó seis veces, al Guerchino, á Carraccio y á Murillo; Rubens no podía menos de aprovechar un asunto que tanto entraba en sus aptitudes, y lo mismo ha hecho Van Dyck, cuyo cuadro, como el de su maestro, se encuentran en Munich; Rembrandt ha aprovechado también este incidente bíblico, en el que se han ejercitado los más hábiles grabadores de todas las escuelas. Como se ve, el asunto no es nuevo, y en sí, tal como se ha concebido por todos los artistas, sin entrar en detalles de ejecución, esto es, presentando completamente desnuda á una mujer hermosísima, perfectamente formada y excesivamente voluptuosa, sufrió ya el justo ataque de Proudhon, contra el que la única defensa es declarar que, poco moralistas y filósofos, los pintores atienden más que á la verdad que dicte la razón, á las ocasiones que se presenten para pintar, con ciertas excusas, cuidadísimos desnudos. Maura podrá no haberse sentido inclinado, pero estaba obligado á hacer un desnudo y la Biblia le presentó á la mujer de Joaquín en tal estado: la moral estaba salvada, y de todos modos, preferible es esto á pintar un interior de harem ó alguna turca en el baño, pues aun los más pudibundos preferirán una mujer desnuda por desgracia á una mujer desnuda por gusto.

En su cuadro Maura se revela buen dibujante y hábil colorista, que irá mucho más allá con trabajo y constancia; pero atentamente considerada la obra, se ve que ha cuidado con singular esmero el desnudo á costa de todo lo demás. La Susana que nos presenta es una hermosísima joven, tan hermosa como el artista la ha soñado, pues aquella corrección no la da ningún modelo. Tal vez este sea su único defecto: en aquella figura no hay la natural descomposición que debe resultar en una señora que se ve sorprendida al salir del baño; aquélla parece una coqueta joven que se esfuerza en mantener toda su belleza á pesar de todo; como desnudo, volvemos á repetirlo, está bien ejecutado, es correcto, es bello. Los viejos valen poco: los de la Biblia no sedujeron á Susana; los de Maura tememos que no van á seducir á nadie.

Pensionado como paisajista está Esteban, quien presenta un trozo de verde prado de la histórica y accidentada Bretaña. Una de las cosas más difíciles en este género de pintura es evitar lo convencional hasta el punto de que la naturaleza resalte verdaderamente. Esto que llamamos convencional, ha resultado en un gran número de paisajistas á causa de un procedimiento equivocado: salen al campo y toman una serie de apuntes más ó menos grandes; con estos apuntes combinan después el cuadro, lo componen, digámoslo así, y ajustan por último la luz de modo que armonicen los verdes y los grises de una manera *bonita*, ya que no bella. El paisaje realizado así resulta duro necesariamente, seco, falto del gusto que al alma del artista lleva la contemplación de la naturaleza; más que cuadro constituye una prueba de color, hecha en el estudio, teniendo por modelo recortes de latón iluminados con anilina. Afortunadamente nuestro compatriota ha realizado su obra con los medios conducentes al fin que puede apetecer un verdadero artista, y lo ha conseguido. El paisaje que Esteban envía en su último año de pensión revela gran aptitud para el género que cultiva: en su contemplación se ensancha el alma, frente aquel cuadro se ve la naturaleza verdadera, la asombrosa naturaleza, en presencia de la cual hay que lamentar con Goethe no ser más que un hombre.

(Concluirá)

A. FERNÁNDEZ MERINO

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

I

El general D. Blas Arizcum, después de haber cumplido con su deber en la guerra civil, pidió el retiro, para descansar de sus glorias y fatigas.

Era de corta estatura, musculoso, ágil todavía, de ojos vivos que contrastaban con sus grises cabellos y con su blanco bigote.

Esto, en cuanto á la parte física; respecto á la moral, tenía un carácter algo raro y arrebatado, pero un excelente corazón.

Según él decía, nunca había tenido tiempo de hacer la maniobra de casarse; así es que en su vejez sintió los movimientos de espíritu inherentes á casi todos los solteros que no son malos; esto es, la necesidad de crearse una familia, basada en su afición á los niños; y para conseguirlo, cifraba sus esperanzas en un sobrino suyo, joven de veinte años de edad, á quien había servido de tutor y de padre.

Se vanagloriaba de haber sido un Tenorio en su juventud, y declarado en retirada ante las mujeres, hízose cazador encarnizado; por lo cual, vivía el menos tiempo posible en Madrid, pasando la mayor parte del año en una buena casa de campo que poseía, situada en los alrededores de Alcalá de Henares.

No bien su sobrino Santiago, que era huérfano, cumplió catorce años de edad, el general le sacó del colegio de la Escuela Pía de la calle de Hortaleza, y se le trajo á Alcalá, haciéndole participar de su vida campestre; y en verdad que obró cuerdamente, porque Santiago tenía una organización débil que era preciso robustecer.

Tío y sobrino eran poseedores de una buena fortuna, y como éste hubiera mostrado desvío hacia la carrera de las armas, no quiso aquél contrariarle, reservándose para más adelante elegir una carrera, que en último extremo no era necesaria.

Sentóle admirablemente á Santiago la vida del campo, hízose cazador incansable y desarrolló su naturaleza hasta trasformarse en un gallardo y robusto joven.

Al verle, su tío guiñaba el ojo como diciendo:

–¡El picarón! ¡qué guapo se ha puesto! ¡á cuántas pasará á cuchillo!

Pero Santiago no pasaba á cuchillo á nadie y mucho menos á las mujeres, porque apenas se atrevía á mirarlas y ¡cosa rara! cuanto más bonitas le asustaban más.

Su timidez era monumental.

Al ver á una mujer se turbaba, atascábasele la voz en la garganta, y sólo pensaba en huir de ella en vez de saludarla.

¡Pobre Santiago! una sonrisa, una mirada intencionada producíanle una contracción parecida al efecto que causa un golpe en la boca del estómago.

¿Háse visto cosa semejante?

Y sin embargo, Santiago conquistó una inmensa reputación de calavera, de libertino y de audaz.

¡Juicios del mundo!

II

Una mañana, el general paseaba por la huerta de su casa, siguiendo la sombra proyectada por una tapia paralela al río Henares. Oyó voces y risas de mujeres que estaban lavando, y el nombre de su sobrino repetido con frecuencia.

–El señorito Santiago es un atrevido, – decía una voz; – el otro día, al anochecer se encontró, ó se hizo el encontradizo, con la señora Vicenta, que volvía á Alcalá, y quiso darla un abrazo.

– ¿Con la viuda del carabinero?

– Sí.

– Pues no repara en pelillos, – observó otra voz juvenil; la viuda no tiene nada de particular.

– Pues ahí verás. Lo cierto es que por milagro pudo zafarse de él.

– Envalentonado con la faja de su tío, todo lo atropella.

– Pues está muy mal hecho.

– Ya lo creo.

– No, yo ya estoy prevenida, y si me encuentro con él...

Al general, que no perdía palabra de esta chismografía de lavadero, se le caía la baba de gusto.

– Es como yo era á su edad, – pensaba, – tiene desarrollado el órgano de la acometividad.

– El mejor día va á haber un escándalo, – dijo la mujer que había hablado la primera, – creo que la Vicenta va á dar parte.

– ¡Pues no es poco delicada! no se armarían malos líos si todas hiciesen lo mismo.

¡Pobre Santiago! el incidente de su encuentro con la Vicenta tenía un fondo de verdad; pero era todo lo contrario de como lo comentaban.

La viuda del carabinero se ocupaba en lavar y planchar ropa y tenía buenos parroquianos en Alcalá y entre las personas pudientes que habitaban en los alrededores.

Una de ellas era el general.

Vicenta era lista, burlona y coqueta. Pronto caló, como vulgarmente se dice, al tío y al sobrino. Una tarde, al anochecer, volvía á su casa, situada en las afueras de la ciudad, y viendo venir á Santiago por la misma senda que ella seguía, se la ocurrió una broma.

Había ya mucha oscuridad; antes que el joven llegara se ocultó entre unos jarales, y cuando éste pasaba se acercó á él precipitadamente, fingiendo tomarle por otro, y abrazándole con efusión, exclamó:

–¡Gracias á Dios, Pedro! creí que no venías.

Santiago se quedó inmóvil y asustado, pues había sentido el contacto de una mujer.

Se desasió de sus brazos y dijo balbuceando:

– Usted se equivoca.

Y sin esperar á más explicaciones se alejó á buen paso, mientras la socarrona Vicenta apenas podía reprimir una carcajada.

III

La misma tarde del día en que el general oyó los comentarios del lavadero, por vía de paseo, fué á casa de la viuda, que, como ya se ha dicho, vivía en el arrabal.

Encontróla planchando.

– Buenas tardes, Vicenta.

– Santas y buenas, señor general. Ramona, acerca una silla.

– He sabido la escaramuza que tuviste con mi sobrino la otra tarde.

– ¿Qué escaramuza? – preguntó la viuda, no acordándose ya de nada.

– ¡Bah! ¿Te haces la desentendida? ¡Tanto mejor! Había oído lo contrario. ¡Vaya! Toma, para que te hagas un vestido, – y puso sobre la mesa de la planchadora dos monedas de cuatro duros. – Mi sobrino es un D. Juan Tenorio, pero ¡qué se ha de hacer! No le toleres nada, siéntale la mano á ver si se refrena, pues el mejor día va á tener un disgusto.

Vicenta que vió en perspectiva un pequeño filón y que era muy despreocupada, afectó un aire de resignación modosa y dijo:

–Es verdad, señor D. Blas; el señorito Santiago tiene mucho... arranque; yo me he aguantado por consideración á usía...

– Y yo te lo agradezco. Ya calentaré las orejas á ese galopín. Nada, nada, cuando te ocurra algo dímelo. ¡Pues no faltaba más! ¡atreverse á las mujeres, así de sopetón y en el campo!

El general se fingía indignado, pero en su interior se bañaba en agua de rosas.

Algunos días después, cuando Vicenta fué á llevar la ropa limpia á D. Blas, le dijo, estando solos:

–Mire usía, señor, yo lo siento; pero no se trata de mí, yo soy una mujer hecha y derecha y viuda, pero las cosas de las jóvenes son muy delicadas...

– ¿Qué es ello? vamos á ver, ¿alguna nueva fechoría de mi sobrino?

– Ramona, mi ayudanta, es una niña de diez y ocho años y...

– ¿Y qué? vamos.

– Que la otra tarde se propasó con ella el señorito. ¡Si la hubiera visto usía! llegó á casa encarnada como una cereza.

– ¡Pero ese chico es el diablo! – exclamó el general. – Toma, da esos cinco duros á Ramona, para que se ferie.

Estas aventuras que ni D. Blas ni la viuda trataron de ocultar, cundieron por todas partes, y un incidente originado en consecuencia, puso el sello á la reputación de Santiago.

(Continuará)

LOS CANDELEROS DE PLATA

(Conclusión)

Ni de balde los queremos; traerían á nuestra casa la desgracia que ha arrojado á Cosme de la suya. – Y como la llamada casa de Cosme era en realidad de otro que la tenía alquilada al pescador, ese otro advirtió á la atribulada vieja que en vista de sus circunstancias, necesitaba la llave ó el importe anticipado de un año de arrendamiento. Añádase á lo dicho que cuando el hambre grita no hay para hacerle callar más argumento que la comida, y se comprenderá que aquella mujer se decidiera, como se decidió, á implorar la clemencia de las pocas personas de que hasta entonces había huído instintivamente: el señor Liberato, la señora Agueda y el hojalatero.

Estaba cerca de la plaza: la noche iba cerrando, y el monótono ruido de interminable martilleo, revelaba que en la hojalatería se trabajaba aún Trémula y haciéndose grandísima violencia se acercó la vieja á la ventana. Quiso hablar y no pudo; pero el menestral, que la vió, dijo, dirigiéndose á un aprendiz:

– ¿Dónde has oído tú que hoy metían en la cárcel á la señora Decorosa?

– Lo he oído en la Palma á un alguacil.

– Pues mira á la ventana y verás que el alguacil es un embustero.

– Será; – contestó el muchacho después de mirar y no ver nada.

La aludida, al oir la pregunta del hojalatero, había huído lo más de prisa que pudo: llegó á su casa, se acercó á tientas al jergón, del que sacó puñados de hojas de maíz hasta que su mano tropezó con un objeto que envolvió en su delantal; y al cabo de breves instantes, más bien arrastrándose que andando, porque contra la debilidad y los años no hay voluntad ni piernas que basten, salió de la villa y se internó en los montes, siguiendo las sendas que le parecían menos frecuentadas. Muchas veces buscó apoyo en los troncos de los pinos: muchas se recostó sobre duros peñascos, sin fuerzas para continuar caminando; pero aquí la voz de un campesino que estimulaba á sus bueyes á bajar casi entre tinieblas por empinadas cuestas, ora tirando, ora evitando ser arrollados y arrastrados por la pesada carreta; allí los ladridos de un perro y el balido de las ovejas que volvían al aprisco; en un sitio el ruido de herraduras, vago al principio, luego claro y distinto, que denunciaba la proximidad de un jinete; en otro, el eco de las campanas del convento de las monjas dominicas que tocaban al rosario, eco que el viento llevaba desde el valle á la cumbre; y sin cesar los confusos rumores de las olas que chocaban en los escarpados riscos de la costa, le producían terrores espantosos y bríos momentáneos que aprovechaba para avanzar algunos pasos en su penosa marcha.

– Me muero, – decía, – me muero; pero no iré á la cárcel ni se acercarán á verme en ella los que me han nega-



EL VINO DE SILESIA, cuadro de Eduardo Gruzner



LA DOLORA, dibujo de Conrado Kiesel

do un pedazo de pan y me han llenado de injurias. ¡Si pudiera llegar hasta Baredo! Los aldeanos se compadecerían de mí; repondría mis fuerzas... luego en el faro de cabo Silleiro... luego en Villasuso... luego en la Guardia... luego pasaría en la barca á Portugal, y entonces... entonces vendería el candelero. Todos dicen que yo lo he robado, ¡pero que lo prueben! ¡Oh!... si Ourogue no hubiera tenido aquellos papeles, Socorro sería la ladrona, el mi nieto la aborrecería... y me entregaría de nuevo todo lo que ganase. ¿La aborrecería?.. aquel empeño en que nadie se acercase á la cama... aquello que dijo de que hay madres peores que las fieras y de que todos confesarían al fin que esa bribona es inocente... ¡Maldita huérfana! suya es la culpa de cuanto me pasa. Pero me estoy muriendo. ¡Tengo calor... tengo frío... frío hasta en los huesos!...

Cerca de la media noche salió la luna y la vieja sintió en su alma un estremecimiento de alegría al ver destacarse sobre el fondo azul del cielo la torre de la iglesia de la aldea. ¡Allí estaba Baredo! Allí la esperanza domeñadora de penas, sobresaltos y contrariedades. Algunos esfuerzos más y llegaría á la población: descansaría en el umbral de una puerta hasta el amanecer: los más madrugadores la socorrerían: todo cambiaría de aspecto y en la odiosa Bayona no volverían á tener noticias de la fugitiva. Esto le decía su espíritu á la vista de la torre; pero la materia había ya dado de sí todo lo que podía, y aquella desdichada criatura momentos después notó que sus ojos se nublaban, perdió el conocimiento y cayó en tierra *como cuerpo muerto cae*.

Sin duda lo tenía decretado así la justicia divina: porque ni la humana pensaba en Bayona volver á ocuparse del robo del candelero, ni lo que el aprendiz del hojalatero dijo á éste era más que una equivocada interpretación de las palabras: «¡Hoy mismo dormirá en la cárcel!» que oyó á un alguacil sin saber á quién se referían, ni acudiendo la miserable á casa de Ourogue hubiera tenido que huir, porque mientras ella se encaminaba á los montes por el valle de la Trinidad, el viejo pescador, á ruegos de Socorro, la buscaba en su abandonado albergue llevándola provisiones y la promesa de entregarle para su sostenimiento todo lo que produjese el bote recién construído en el Panjón.

—¿Se habrá tragado la tierra á esa condenada? — exclamaban las familias de los pescadores, echando de menos á la señora Decorosa; pero el primer día de mercado se supo por un aldeano que la habían encontrado casi yerta en el camino antiguo y que ya ocupaba un hoyo en el camposanto de Baredo.

Al cabo de dos años, el abad de Vilar devolvió al convento el candelero robado, con un papel que decía: «Recibido de un penitente bajo secreto de confesión.» Con este motivo la novia de Mourelo, cuya alma hermosísima era como el sándalo, que llena de aroma al cuchillo que le hiere, tomó á su cargo rehabilitar la memoria de la que tan mal la había querido, consiguiendo generalizar la opinión de que puesto que la señora Decorosa había fallecido dos años antes en una aldea cercana y puesto que en un pueblo cercano acababa de restituir el candelero un penitente, era un acto de justicia no achacar el robo á la difunta.

El calafate de marras, deseando sin duda que donde una persona se levantaba otra cayese, mientras en la playa de la Palma metía estopa en las junturas del casco de una lancha sostenía conversación con las mujeres que componían las redes ó hacían *crochet* y con los hombres que colocaban los cordeles y anzuelos de sus aparejos de pesca en las banastillas.

—Desde hoy, — decía, — no se puede hablar mal de la muerta.

—Ni de nadie, porque está visto que es muy fácil equivocarse.

—Eso conforme y según. Todos creímos que Socorro era la ladrona.

—Y todos nos equivocamos.

—Y ahora resulta que es un penitente cuya modestia no le permite decir su nombre.

—Ni hace falta. ¿Podrá evitar que lo sepa Dios que le ha de juzgar?

—Claro que no. Pero vuelvo á lo que iba diciendo. Desde el momento en que no se puede hablar mal de la señora Decorosa, tampoco se puede hablar bien de Cosme.

—Ya quisieras tú valer la mitad de lo que él vale.

—Yo no he abandonado á la mi abuela como si fuera un perro.

—Como que la tu abuela tuvo el talento de irse al otro barrio antes de que tú nacieras, para no conocerte. Además, de Cosme nunca ha habido nada que decir.

—¿A que vais á volveros atrás, poniendo como un trapo á la abuela?

—Nadie se vuelve atrás ni nadie embrolla el asunto más que tú. Que la señora Decorosa no robara el candelero, ¿qué tiene que ver con que diera ó no diera motivo á Cosme para hacer lo que ha hecho?

—Nunca hay motivo para dejar á los padres morirse de hambre.

—Esa es una verdad como un templo; pero también puede ser verdad que Cosme se haya ido contra todo su gusto.

—¡Puede! ¡puede!... lo mismo es posible todo lo contrario.

Una silba general contestó al calafate, que cerró el pico y siguió metiendo estopa en las junturas de la quilla de una lancha.

Al cabo de otros dos años volvió Mourelo á Bayona, después de haber pasado cuatro sirviendo en barco de rey; y Socorro, que tenía mil quejas que darle y mil cuentas que pedirle, porque ni se despidió de ella al marchar ni le había escrito una sola vez en tanto tiempo, se las compuso de manera que antes de formular el primer cargo se encontró estrechamente abrazada, envuelta en una mirada de fuego, de amor y de alegría sin límites, y embelesada por el eco de la voz más dulce á su oído que la llamaba: «¡Miña vidiña!» y claro está, la pobre muchacha sintió que el corazón no le cabía de gozo en el pecho, y cuando logró dominar la emoción que la embargaba ya había dicho sin pensarlo: — ¡Cosme! ¡oh!.. desde hoy no te separará de mí más que la muerte.

¡Vaya V. después de esto á ocuparse de cuentas y quejas! No era posible tal cosa, y aquella paloma sin hiel tuvo que contentarse con pensar que las cosas no podían quedar así, que estaba enojada, pero muy enojada, y ofendida, pero muy ofendida, y que aprovecharía la primera ocasión que se presentase para hacer ver que con ella no se jugaba. Todos los pescadores se regocijaron de la vuelta de su compañero; todos á porfía querían contarle los detalles de la pesca durante su ausencia, la vida del bote Socorro desde que le bautizaron, la restitución del candelero en Vilar y la obra piadosa que Socorro había llevado á cabo propalando que era injusto el anatema que pesaba sobre la memoria de la señora Decorosa. Por su parte, el señor Liberato dispuso que la boda se celebrara sin perder momento; y como nadie podía disputarle en aquel acto solemne el papel de padrino; y como en calidad de tal tenía el deber de echar la casa por la ventana, el día que al pie de los altares se juraron los novios fidelidad eterna, obsequió á la marinería con una comida en que, amén de otras menudencias, se consumieron una ternera, unas cuantas docenas de pollos y gallinas, algunas arrobas de pescado que desde las lanchas fué á las sartenes; una carga de confites de Vigo; muchas cántaras del áspero y endiablado vinagre que los bayoneses fabrican con el pomposo nombre de vino y no pocas botellas de aguardiente. La banda de música de la villa estuvo todo el día tocando bailes de *agarradillo* con gran alborozo de la gente moza, y desde el amanecer hasta que cada mochuelo se fué á su olivo, cruzaron los aires más cohetes y globos de papel de colores que algas echa á costas y playas el mar de fondo.

Cuando por la noche, después de dejar solos á los héroes de la fiesta en su casa, la concurrencia se diseminó elogiando á boca llena á la novia, al novio y la esplendidez del padrino, éste, quedándose unos instantes con Socorro y Cosme, dijo al recién casado: — Aquí tienes en un talegüillo las nueve onzas y media que te dieron cuando te vendiste para servir en barco de rey; otras trece y media que ha producido el bote desde que se construyó y las seis que me diste el día de tu vuelta como ahorros del tiempo que ha durado tu empeño. Con ellas he puesto diez onzas más que Socorro ha economizado desde que dejó de comprar muebles y trebejos: otras diez que la mi mujer y yo le damos de dote, y cuatro que han producido algunos negocios en que he invertido vuestros fondos según iban llegando á mis manos, para no tenerlos parados. Además, desde hoy tú serás el patrón de mi gran lancha espinelera: de modo que no sólo tenéis ya casi un dineral, sino que por poco que Dios os ayude, y os ha de ayudar mucho porque los dos lo merecéis, vais á ser pronto más ricos que yo. ¿Estáis contentos de mí?

—¡No haría más un padre! — exclamaron arrojándose en sus brazos marido y mujer.

—Pero, — añadió Cosme, ¿y el patrón actual de la lancha?

—Ese va ya siendo viejo. Necesita descanso. Quedará en mi casa y hará la vida que yo hago. Más adelante, cuando tengáis hijos, nos dedicaremos los dos á ser niñeros Y no digo más, que aquí estoy estorbando.

Al día siguiente ya sabía Cosme que si Socorro al volver de Mondariz lloraba sin consuelo después de asegurarle que sus calumniadores habían dado el golpe en vago, era porque su corazón le advertía que la enfermedad de él y la deshonra de ella se debían á la señora Decorosa; y asimismo sabía Socorro que si Cosme, repuesto de la congestión, permaneció en cama mucho tiempo sin consentir que nadie se le acercara, era porque notando en su enfermedad entre las hojas del maíz del jergón un cuerpo duro, trató de sacarlo y resultó ser el candelero

Nunca, dijo el pescador, — habíamos hablado en mi casa de nuestros amores. La mi abuela creyó siempre que solo ella podía tener derecho á mi cariño y al fruto de mi trabajo, y yo pensaba evitarle el disgusto de demostrar que se equivocaba hasta que hubiese absoluta necesidad de que lo supiera. Debía, sin embargo, estar enterada de todo, pues si no se supone que quiso impedir nuestra boda no se comprende que verificara el robo, haciendo que te lo achacaran á tí, ni que fingiendo defenderte me contara *lo que se decía*, ni que al observar que la justicia no te echaba mano añadiera á tantas infamias la de atribuir un origen vergonzoso á la conducta del juez. Con el deber de salvarte yo tenía el de no acusar á la verdadera ladrona. No me separaré del candelero hasta que el señor Liberato regrese, me dije; si él salva á Socorro sustituiré á un marinero de guerra; si no la salva, presentaré el objeto robado confesando que soy el ladrón. ¿Quieres saber ahora por qué en un día tan alegre te cuento cosas tan tristes? Para que veas que mi alma no tiene secretos para tí. ¿Quieres saber también por qué no te he escrito durante mi ausencia? Porque tú me hablarías de la que no he perdonado hasta que he sabido que ha muerto, y yo necesitaba para poder vivir que nada me recordase la causa de nuestros males.

No pasó mucho tiempo sin que Cosme confiara á su mujer un nuevo secreto: había averiguado que el abad de Vilar, nombrado párroco poco antes de la restitución del candelero, se hallaba accidentalmente en la aldea de Baredo, en la misma casa donde recogieron á la vieja el día en que la encontraron casi yerta en un camino, y de esto deducía que dicho sacerdote á la buena obra de ponerla bien con el cielo por medio de la absolución de sus culpas, había agregado la de ponerla bien con el mundo, reteniendo el objeto robado y enviándolo al convento al cabo de dos años desde una población diferente, sin lo cual todos dirían para sus adentros: — La señora Decorosa, ladrona; Cosme, nieto de una ladrona; Socorro, mujer del nieto de una ladrona.

El nuevo patrón de la gran lancha de Ourogue dió con sus dulcísimas confianzas ocasión á que su compañera, cada vez más enamorada de él, le convenciese de que la señora Decorosa, lejos de destruir la felicidad que disfrutaban, había contribuído á hacerla mayor, proporcionándoles, con el retraso de la boda, los medios de reunir un capitalito suficiente para librarles de la precaria existencia que arrastran los que con redes y aparejos tienen que buscar en el mar el pan de cada día. En cambio, Socorro no llegó á encontrar oportunidad para dar las quejas y pedir las cuentas con que debía demostrar que con ella no se jugaba.

PEDRO MARÍA BARRERA

LAS CUSTODIAS GÓTICAS

de nuestras iglesias

I

España es uno de los pueblos donde menos se ha hecho por recoger, ni conservar siquiera, las obras de platería y joyería, que tanta importancia tienen sin embargo para la historia de la civilización. Aun sin contar con la vergüenza de lo sucedido con las coronas de Guarrazar, y sin la pretensión de comparar las colecciones de alhajas y objetos preciosos de nuestros museos con las de otros más afortunados, bastará notar que no conozco ninguno de ellos que pueda al menos presentar una serie de las joyas españolas contemporáneas usadas por nuestras clases populares, para estudiar las cuales y reunir los datos que de su estudio deben sacarse hay que hacer nada menos que un viaje á Londres, cuyo Museo de Kensington las ha recogido y tiene expuestas (el año pasado, en la sucursal del barrio de Bethnal-Green); como las tiene de nuestra cerámica ordinaria actual, algunos de cuyos tipos, quince años después de formada dicha colección, es ya casi imposible encontrar en España. Ya se comprende que de todo esto es causa nuestro atraso y la ignorancia de muchas de las personas dedicadas á la arqueología y que tienen á su cargo los museos; no, como suele decirse (cómoda excusa), nuestra falta de medios. No hay para qué recordar más hondos contratiempos aún: v. gr., nuestros más opulentos magnates y prelados vendiendo cálices, tapices y viriles, etc., etc.

Y sin embargo, ¡cuánto queda todavía! Los tesoros de las catedrales de Oviedo, Sevilla y Toledo, para no mencionar sino las de más importancia en este sentido, expoliadas y saqueadas por propios y extraños como están, no tienen quizá hoy todavía rivales en los de ninguna otra nación. Para su estudio no hace falta, en verdad, que el Estado se incaute de ellos; basta que los mismos cabildos los cataloguen y expongan con mayor holgura y mejores condiciones, sin perjuicio por esto de los fines religiosos, confiándolos siempre á persona perita, que podría ser, bien un capitular, bien un empleado dependiente de la corporación y nombrado por ella. Si para el efecto hace falta que el Estado auxilie con medios pecuniarios y quizá hasta con una guardia en ocasiones, hágalo sin demora; á esto debe limitarse.

No todas nuestras catedrales poseen tesoros tan ricos y abundantes como las indicadas; pero casi todas, y aun muchas iglesias de menor importancia, tienen una *Custodia* de mérito arqueológico. Sabido es que este nombre designa una alhaja casi peculiar á nuestro país (1): el templete destinado á albergar el viril ú ostensorio donde se expone la Sagrada Forma y se lleva especialmente en procesión en la fiesta del Corpus. Estos templetes, ó más bien, series de templetes sobrepuestos en forma de pirámide escalonada, son, ya de oro, ya de plata al natural, ó sobredorada, y están adornados con nielos, esmaltes y hasta pedrería; su estilo es el último gótico, el del Renacimiento, ó el plateresco, que combina á entrambos, y que de estas y otras alhajas pasó tal vez á la arquitectura monumental, dando nombre á sus ejemplares de este tipo. Su origen, por tanto (al menos no se conserva resto ni mención de anterior fecha), data de fines del siglo XV ó principios del XVI, perteneciendo á esta época las más importantes obras que han logrado sobrevivir á tantas guerras, revoluciones, desórdenes, hurtos y rapiñas. A veces, se ha añadido á las custodias, ya unas andas, de plata también, y hasta un baldaquino completo, como en Palencia, á fin de llevarla en procesión, ya un carro de madera dorada y plateada con el propio objeto; pero estas adiciones, algunas de ellas tan ricas como las de Cádiz ó Zamora, son por lo común muy posteriores, churri-

(1) En Italia las hay, pero de forma de viril: sirva de ejemplo la de la catedral de Padua, que se tiene por la mejor.

gueréscas casi siempre y de escaso interés artístico. Otro tanto puede decirse de las campanillas contemporáneas de las andas, ó aun posteriores, con que, siguiendo el gusto que puso estos adminículos de moda, se han estropeado frecuentísimamente los más hermosos ejemplares de este género. No dejaría, sin embargo, de tener utilidad el estudio de esta moda.

Las custodias góticas y las platerescas pueden bien comprenderse en un solo grupo, atendiendo á que en unas y otras preponderan las formas ojivales, hasta el punto de que, á veces, el primer aspecto es idéntico en ambos tipos y sólo una observación atenta revela que, por ejemplo, son flameros los que nos parecían pináculos; y que los motivos de las cresterías, doseletes y portadas, combinados al modo ojival, están, sin embargo, tomados del gusto clásico. Las estatuillas que las decoran corresponden generalmente, en su tipo, al estilo flamenco, característico del último período de la escultura gótica entre nosotros y representado por Gil de Siloe y Enrique Egas; ya veremos después cómo las custodias de la región oriental forman excepción de esta regla.

Entre todas las que se conservan, son las más importantes las de Toledo, Córdoba, Sahagún, Cádiz, Salamanca, Zamora, Toro, Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca (1).

La primera es la de mayor interés, salvo quizá la de Córdoba, cuya finura parece también mayor por ser de plata al natural, mientras que aquélla está sobredorada, aunque no primitivamente, sino desde 1595 tan sólo, por Valdivieso y Merino, que dejaron en blanco algunas partes, incluso el plinto añadido entonces. Mandó hacer la obra el cardenal Cisneros, eligiendo, en concurso con los proyectos de otros dos extranjeros, Copin y Juan de Borgoña, el de Enrique Arfe, el famoso platero alemán, venido á España á fines del siglo XV y fundador de la gloriosa dinastía de su apellido, connaturalizada luego en León. Trabajó en ella desde 1517 á 1525, auxiliándolo Lainez para las piezas de oro y pedrería, v. g. el viril (que como en tantas otras partes, se dice hecho con «el primer oro que vino de América») y la hermosa cruz del remate (2). Es de estilo gótico conopial, de planta exagonal, casi 3ᵐ de altura y tres cuerpos sobre un zócalo enriquecido con relieves: el primero de estos cuerpos guarda el viril, y el segundo, la imagen del Salvador resucitado; y tal es la delicadeza de sus doscientas sesenta estatuas, de sus arcos, cresterías, pilares, contrafuertes y pináculos, que parece imposible compongan un peso total de 192 kilogramos, 178 de plata y de oro el resto.



HERNÁN CORTÉS, estatua en mármol de Vallmitjana Abarca

La custodia de Córdoba, obra del mismo autor, es algo más antigua (de 1513), de plata en blanco, como ya se ha indicado, y completamente análoga en su disposición y estilo. Las principales diferencias están en el segundo cuerpo, cuya estatua central (de gusto barroco) representa la Asunción de la Virgen, en lugar de la del Salvador, que á su vez corona aquí la obra entera, mientras que una cruz remata la de Toledo, según queda dicho. El influjo del Renacimiento se advierte en algunos motivos y estatuillas, aunque las más de éstas corresponden todavía al último período gótico, que entre nosotros, como ya se ha dicho, tiene generalmente carácter flamenco. El riquísimo zócalo y pedestal sobre que descansa es admirable.

Aun era más antigua la de León, que desgraciadamente no existe, y primera, según parece, que hizo Enrique Arfe, pues consta que en 1506 trabajaba ya en ella (3).

Del mismo platero es también la del antiguo monasterio de San Benito de Sahagún, conservada todavía en dicha ciudad; atribuyéndosele tal vez sin razón la de Zamora; y al propio estilo corresponden otras dos: la de Cádiz, que lleva el nombre de «el Cogollo» y se coloca en lugar del viril de costumbre, dentro de otra custodia mayor y de gusto clásico, que posee aquella catedral, y la de Salamanca, más pequeña que las anteriores, con serlo éstas asimismo en comparación con las de Córdoba y Toledo.

De las cuatro, la más auténtica (la de Sahagún) no es quizá la más importante (4). Pertenece al mismo tipo que la de Córdoba, está en blanco también como ella y es de tres cuerpos, pero en planta cuadrada; su estructura mucho menos graciosa y proporcionada, su poca esbeltez y altura en relación con el ancho del basamento, la hacen muy inferior á aquélla, más que su sencillez y menores dimensiones. Sin embargo, la faja de la base, compuesta con follaje y figuras ya casi por completo del Renacimiento, está perfectamente tratada; y las estatuas, en corto número, que, por el contrario, conservan todavía cierto purismo gótico, son excelentes, sobre todo la del Salvador, que corona la custodia; en el segundo cuerpo se ostenta una de la Virgen en el mismo estilo. Por cierto, que, á pesar del inequívoco testimonio que de su legítimo autor, ó al menos de su época y gusto, da la obra misma y de la noticia concorde de Cean (5), en el zócalo de esta pieza se ha grabado, en la fecha que indica su segunda parte la inscripción siguiente: *Joannes de Arphe fecit An. 1441. A. S. Facundi*, R. D. Pedro de Medina. — *Josephus Serrano refecit Ann. de 1772. Antistite R. D. F. Anselmo Albarez de Mendieta.*

Pero, ni esta custodia podía ser de Juan de Arfe, precisamente uno de los más eficaces agentes de la introducción del clasicismo en España, ni este artista ejecutar la obra en 1441, tiempo en el cual no había nacido (6). La inscripción es, pues, á todas luces inexacta; probablemente, la inmensa fama de Juan de Arfe había oscurecido la de su abuelo en la época en que se grabó.

Aunque mucho mayor que esta custodia, queda por bajo de ella la de Zamora, en blanco también, salvo algunos relieves y estatuillas doradas; sus proporciones, muy poco graciosas, nada ganaron con el cuerpo inferior barroco que posteriormente se le añadió y cuyo gusto es análogo al altar de plata repujada, de 1598, sobre que se la expone en las solemnidades. No es menos barroco por cierto el pedestal agregado al «Cogollo» de Cádiz: custodia que, en cambio, ofrece las más bellas formas. Tiene dos cuerpos, está dorada y coronada por una cruz de amatistas, de fecha posterior; las estatuillas ofrecen menos carácter que las de Sahagún, indudablemente superiores.

La de Salamanca, casi toda sobredorada, es de planta octogonal, de un metro de altura, distribuído en cuatro cuerpos, y una de las que presentan menos fundidos entre sí el elemento gótico y el clásico, hasta el punto de que á primera vista, el cuerpo inferior, perteneciente al último de los dos estilos, con sus columnas balaustradas y su coronamiento de bichas y medallones, podría pasar á primera vista por una adición posterior á los otros tres. En éstos dominan, por el contrario, las formas ojivales flamencas, visibles sobre todo en las ocho estatuillas adosadas al primero de los tres, bajo sus correspondientes doseletes. En el templete inferior, cuya altura (más de 0ᵐ,60) excede á la de los otros tres sumada, se coloca la Sagrada Forma; y la obra toda lleva por coronamiento el jarrón de azucenas, emblema usual de nuestras catedrales, pero que en ninguna de las otras custodias aparece (7).

La colegiata de Toro, que tan profundo interés encierra para la historia de nuestra escultura, así como de uno de los más importantes ciclos de nuestra arquitectura, – el formado principalmente por ella y la catedral de Zamora, alrededor de la vieja de Salamanca, – posee también su excelente custodia, obra en blanco de Juan Gayo en 1538, y que es un ejemplar de los más característicos para estudiar la transición del estilo gótico al del Renacimiento; también tiene sus andas churriguerescas de plata repujada.

(Concluirá) F. GINER DE LOS RÍOS

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los Samals, hostiles á todos los indígenas, son también intrépidos y más laboriosos, y ocupan por sí solos la isla de Samal, en el golfo de Davao. He hallado una de sus sepulturas en el mayor de los islotes de Malipano, constituído por la parte culminante de un inmenso banco de políperos, alrededor del cual apenas hay un metro de agua. Esta posición indica la manera de formarse el islote, producido indudablemente por un levantamiento, pues el suelo está cubierto de rocas madrepóricas, llenas de grutas y de grietas, donde es evidente la acción del mar. Lo muy marcado de estos vestigios, y la vigorosa vegetación, sin árboles seculares, indican cla-

(1) Excepto las dos últimas, todas he tenido la fortuna de verlas en mis excursiones con los alumnos de la *Institución libre de Enseñanza*. Las personas que quieran tener idea de ellas pueden acudir, además de Cean Bermúdez, de la *Notice des principaux orfèvres espagnols*, del barón Davilliers (1879) y del libro del Sr. Riaño sobre las *Artes industriales españolas* (inglés, 1879), á las fotografías, desgraciadamente sin escala, que ha publicado la casa Laurent, de las de Palencia, Sevilla, Cádiz, Sahagún, Zaragoza, Jaén, Avila y Córdoba; de algunas de las demás se han hecho también, pero en menor tamaño, en las respectivas localidades.

(2) Riaño, *ob. cit.*, p. 26, etc. La casa Laurent no ha publicado esta custodia, pero sí el fotógrafo de Toledo Sr. Alguacil.

(3) Cean, *Diccionario*, t. I.

(4) Fué hecha para el famoso monasterio de benedictinos, del cual la adquirió el Ayuntamiento en la cantidad de 10,000 reales.

(5) *Diccionario*, t. I, p. 58: «No ceden en delicadeza y mérito... las otras custodias que trabajó (Enrique Arfe) para las catedrales de León y Córdoba y para el monasterio de los benedictinos de Sahagún... La de Sahagún, aunque más pequeña, está muy enriquecida de adornos y torrecillas góticas.»

(6) Nació en León en 1535 y murió, no se sabe si en Madrid ó en Segovia, entrado ya el siglo XVII, según Cean. A ser exacta la referencia de éste, la custodia, si es obra de Enrique, tampoco puede ser de 1441, como asegura la inscripción, pues aquél debió nacer en Alemania entre 1470 y 1480.

(7) Aunque he visto esta custodia varias veces, no tenía notas de ella, ni se hallan en Cean, ni aun en la reciente *Guía* de Salamanca del Sr. Araujo; habiéndome servido para completar mis recuerdos de las noticias que han tenido la bondad de facilitarme el erudito cronista de aquella ciudad D. Manuel Villar y Macías y el señor sacristán mayor de la catedral y que publico casi literalmente.

ramente que la fecha del levantamiento es moderna, hecho normal en esta región volcánica, sacudida diariamente por los terremotos.

En el centro del islote, á pocos pasos de la plaza, y debajo de una especie de gruta formada por una roca madrepórica, descubro un verdadero osario: este albergue, de unos cuatro metros de altura por dos ó tres de profundidad, sirve de cementerio á la tribu vecina, que sin duda no deposita aquí más de un muerto al año. En el centro hay muchas osamentas rotas, confundidas con los detritus; en una especie de angarillas cubiertas con *palma brava* (1) veo dos ataudes sobrepuestos, en los que se ha depositado una rueca, un poco de abaca para hilarla, un cestillo que contiene todos los ingredientes del betel, y dos copas de porcelana china, llenas un día de arroz, que hace mucho tiempo se comieron las aves.

Los ataudes afectan la forma de las piraguas del país; están construídos con un tronco duro, y cerrados por una tapa que se ajusta exactamente, sujeta con bejucos. Los cadáveres están envueltos y estrechados como momias en una especie de sudarios cubiertos de esterillas.

Los Tagacaolos (talla media, 1,524 milímetros en los hombres), inferiores á las tribus vecinas, á las cuales temen mucho, habitan en las estribaciones del Apó, entre Cauit y Malalac, cerca de los *Bilanes;* estos últimos, reducidos á unos pocos grupos sin importancia, son los parias de la región.

Los traficantes Bisayas y los moros explotan vergonzosamente á todos los Infieles y los engañan de una manera odiosa en todas las circunstancias posibles: he aquí un ejemplo.

Cierto día, habiendo emprendido una excursión á la costa oeste del golfo, mi piloto bisaya me invitó á anclar cerca de un pequeño caserío, alegando varios pretextos, evidentemente falsos. Curioso por conocer el motivo de su insistencia, díle orden de abordar, y no le perdí de vista. Apenas llega la noche, mi piloto se desliza misteriosamente en una caseta, y yo le sigo; de repente, la rama resinosa que iluminaba el interior se apaga; una mano me guía en la oscuridad, y á los pocos instantes, encendida de nuevo la luz, hállome en un estrado de bambú, entre dos bagobos; una treintena de chiquillos, de mujeres y de esclavos están sentados en el suelo, y mis remeros, agrupándose á la puerta, miran con mucho interés. Poco á poco comprendo la escena: aprovechando su viaje, mi piloto ha venido á concluir un negocio después de estar en tratos largo tiempo: ha pedido la mano de la hija de la casa. Según la costumbre de estos indígenas, la luz se ha apagado á fin de que la joven tuviera tiempo de ocultarse detrás de uno de los pilares que forman saliente en la casa.

(1) *Corypha minor* (Palmeras).



Viaje á Filipinas. – Abrigo sepulcral del islote Malipano (golfo de Davao)

Sacando partido de mi presencia, el piloto hace su demanda en buena forma: expone su situación, sus esperanzas, el número de platos que dará á los padres; y pinta con vivos colores la feliz existencia que destina á su futura esposa.

Varios parientes toman la palabra después, y el hijo mayor parece resumir los debates: está grave y solemne; una demanda tan cortés le parece que debe ser aprobada por la familia, dándose una respuesta favorable; pero su hermana es dueña de su corazón, y sólo ella puede disponer de él. Dicho esto invítala á salir de su escondite para hablar libremente delante de la familia reunida. La joven resiste algún tiempo, mas al fin viene á sentarse junto á nosotros, estimulada por las ruidosas exhortaciones de las mujeres y de los esclavos. Reina entonces el mayor silencio; la joven tiene la palabra, y después de un breve intervalo, dice que no opondrá una negativa absoluta.

El piloto da las gracias y me dice que se casará dentro de quince días.

Esta escena nos da á conocer uno de los numerosos procedimientos que para explotar á los salvajes emplean sus vecinos más civilizados. Para los Infieles estos casamientos son legítimos, mas no indisolubles, porque admiten el divorcio, aunque sólo cuando median graves motivos. Para el bisaya, por el contrario, la unión con una infiel carece de importancia, y sin escrúpulo trocará su mujer por algún costal de arroz. Ni siquiera tiene en cuenta los regalos, por más que no sean insignificantes, pues un bagobo se creería deshonrado si poco después de la boda no diese á su yerno un valor en caballos, resinas y otros artículos, por lo menos equivalente al que ha recibido del novio. Entre los bagobos no sucede así: el esposo que repudiara ó vendiese á su mujer arbitrariamente, atraería sobre sí una venganza terrible; pero el traficante bisaya sale del paso eligiendo otro valle para su comercio.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Demanda de matrimonio entre los Bagobos (Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1886— NUM. 233

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIC-TAC..., cuadro de Canuto Etwall

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TIC-TAC..., cuadro de Canuto Etwall

He aquí una escena vulgar, un grupo común, un asunto realista, como se ha dado en decir modernamente. Y sin embargo, he aquí, también, cómo cabe en lo vulgar poesía, en lo común elegancia, en lo realista elevación y sentimiento.

El bueno del abuelo presta el reloj á su nietecita para que ésta se distraiga con el acompasado rumor de la diminuta máquina, que pega á su oído. Esta inocente manera de entretener á los niños es cosa tan corriente, que el asunto del cuadro de Etwall apenas pudiera ser tomado en serio por quien careciese de las grandes condiciones de ejecución que tiene aquel artista. Con todo, de él resulta un lienzo simpático, más que esto, resulta un estudio admirable. La expresión ruda, dura tal vez, del anciano, se halla suavizada por cierto goce íntimo, por cierto placer de noble condición que experimentan aquellos cuya vida acaba al ponerse en relación con aquellos en quienes la vida empieza.

El semblante de la niña es precioso y expresivo: en él se refleja la sorpresa, la curiosidad y aquella primera reflexión de la infancia que busca incesantemente la causa de lo desconocido. ¿De qué proviene el tenue y acompasado rumor que hiere sus oídos? He aquí la pregunta que se formula esa tierna criatura, pregunta que dirigirá acto continuo á su abuelo y que éste contestará imprudentemente atribuyéndolo á una causa inexacta. Nunca hemos podido comprender la costumbre de falsear la razón de los niños, dándoles explicaciones necias ó maravillosas de aquello que las tiene ciertas y naturales.

El cuadro de Etwall, de difícil ejecución por lo mismo que representa una escena trivial, es un modelo de naturalidad que no puede confundirse, empero, con el realismo anti poético y anti artístico de ciertos pintores olvidadizos de que donde no hay belleza no hay arte.

APUNTES ARTÍSTICOS

Nuestros favorecedores habrán observado el merecido valor que damos á los apuntes de distinguidos pintores, apuntes que en breve espacio contienen primores, á menudo de primer orden. Entre los que hoy publicamos los hay de autores tan reputados como Neuville, Obón, Chodowiecki y Leighton, y en todos ellos se echan de ver las condiciones especiales, la fisonomía de esos maestros.

REGRESO DEL PRADO, cuadro de Grunenwald

Nos hallamos en presencia de un verdadero idilio. El anciano pastor y la niña gentil han pasado el día en el campo, apacentando su rebaño. Lejos del bullicio del mundo, tranquila la conciencia, ante el espectáculo de la naturaleza que habla al sentimiento de la obra de Dios, han bendecido á la Providencia, compartido la frugal comida y juntado sus oraciones de gracias por las mercedes recibidas, ¡ellos que al parecer tienen tan exigua parte del patrimonio del mundo!

Y á la caída de la tarde, cuando el sol parece despedirse tristemente de los campos, como el enamorado se aleja tristemente de su amada, aun cuando sea por breves horas; el anciano y la niña han emprendido el camino de su cabaña á los agrestes acordes del caramillo rústico, el instrumento en que el pastor ejecuta el canto peculiar de las montañas que le rodean.

Todo en esta composición es apacible, el campo y el cielo; todo parece invitar al recogimiento propio del crepúsculo vespertino: cualquiera que se fije por un momento en esta obra de arte, si el mundo ha agitado su espíritu, ha de suspirar por esa calma plácida, ha de envidiar esa soledad que eleva la mente á regiones puras, serenas, más próximas al cielo.

Cuadros que, como el de Grunenwald, elevan el pensamiento á tan nobles esferas, llenan cumplidamente una de las más nobles misiones del arte.

LA DIETA DE AUGSBURGO, cuadro de Lindenschmit

Los hechos de Lutero han servido de argumento para muchos cuadros; pero en todos ellos desentona la figura del heresiarca, que en la época de su celebridad tenía bien poco de artística. Su obesidad y lo vulgar de su semblante le hacen generalmente poco á propósito para servir de personaje culminante en una obra bella; y demostró buen gusto el autor del cuadro que publicamos, ya que se inspiró en la vida de Lutero, eligiendo el asunto de la Dieta de Augsburgo, que se celebró cuando aquél tenía solamente treinta y cuatro años y la lucha y la pasión no habían trasformado aún la naturaleza del joven agustino, en mal hora disidente de la Iglesia.

Como obra de arte, el cuadro de la Dieta está perfectamente concebido y ejecutado con pleno dominio del asunto. Las figuras se hallan agrupadas con habilidad y los tipos estudiados con talento. Así, por ejemplo, es imposible confundir al cardenal italiano con los teólogos alemanes: su tipo, sus maneras, la impresión externa que determina en él la conducta del heresiarca son distintas de las de aquéllos. Mientras los teólogos parecen solamente jueces ávidos de recoger las declaraciones de un acusado, el legado pontificio contempla al disidente cual si presintiera todas las consecuencias de la naciente protesta del joven agustino. En suma, *La Dieta de Augsburgo* es un cuadro no común, para el cual se necesita mucho aliento y grandes facultades de ejecución.

EL MEJOR JURADO.-EN AUSENCIA DE..., cuadros de Lengo

No conocemos al autor de esos cuadros; es el Lafontaine artístico de las palomas; y pues tanto las ama, debe tener un corazón sin hiel, como lo tienen aquellas aves, si asentimos á ciertos versos de Zorrilla.

Lengo ha compuesto con palomas, idilios, comedias, dramas y hasta tragedias. Romeo y Julieta, Otelo y Desdémona, lo más tierno, lo más cómico, lo más sublime, ha adquirido forma de paloma, mediante el pincel de Lengo. Giacomelli conoce la vida y costumbres de los pájaros en general; Lengo debe conocer *el alma* de las palomas en particular. Imposible parece que con tales *personajes* pueda componer tan interesantes escenas.

Artista genial, es Lengo una maravilla de ejecución en su especialidad. Pero como ésta necesita accesorios que completen la ilusión, tal como el autor se ha propuesto causarla, distínguese nuestro artista por la habilidad que demuestra en la reproducción de estancias, muebles, adornos y toda clase de chucherías, más ó menos importantes, pero ejecutadas siempre con una exuberancia de recursos que raya en prodigalidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LOS ALPES BÁVAROS,

Vistas copiadas del natural por J. J. Kirchner

Ha llegado la ocasión de hacer maletas.

El calor y la moda echan de casa á los que todavía tienen dinero.

Los *touristes* amigos del bullicio y de las aventuras se dirigen á las playas francesas, donde no se bañan, y á ciertos lugares de aguas renombradas..... por el mucho champagne que en ellos se bebe y el mucho dinero que se juega.

Los amantes de la naturaleza se dirigen á los Alpes. Alabamos el gusto de estos últimos.

Como muestra del espectáculo alpino pueden nuestros suscritores recrearse en el *Suplemento Artístico* del presente número.

Si á la vista de tantos cuadros, ya imponentes, ya apacibles, pero siempre bellos, se sienten tentados á comprobar la verdad, no resistan á la tentación. Pocas veces habrán empleado mejor un verano.

Pero cuando se dirijan á los Alpes bávaros, eviten el paso por los Alpes suizos.

Porque de lo contrario, Baviera corre peligro de quedarse sin visita.

Esto no impide que los Alpes bávaros sean preciosos, como la existencia de rubias muy bellas no impide que haya morenas muy bonitas. Lo mejor, cuando no se trata de mujeres, es quedarse con las morenas y con las rubias: un verano en los Alpes suizos y otro verano en los Alpes bávaros.



APUNTE, de C. de Neuville

LA LINTERNA MÁGICA

Cuento fantástico

I

En un pueblecito de las montañas de León, vivía á fines del pasado siglo un sabio, de los más sabios que por aquella época andaban por el mundo; ó mejor dicho, se escondían del mundo; tanto porque de verdaderos sabios ha sido siempre huir de las vanidades y estrépito mundanos, cuanto porque el oficio de sabio, en España sobre todo, ha tenido siempre muchísimas quiebras. El tribunal de la Santa Inquisición aun extendía sus verdes ramos por la católica tierra española, y todavía su sarcástico escudo de oliva y palma adornaba más de un pecho cortesano y más de un cuello poderoso: y aunque ya no era el terrible tribunal del glorioso reinado de Carlos II, todavía y de cuando en cuando se permitía quemar á alguna bruja que otra, y azotar por calles y plazas á más de un químico atrevido ó de un filósofo irreverente. *Con la Inquisición... ¡chitón!...* decía el pueblo español á guisa de refrán; y físicos, astrónomos, matemáticos y toda esa gente de mal vivir y de bien pensar, adoptaban el silencio como medida previsora para librarse de las garras de familiares y expurgadores. Había aún cada fraile exorcista que cantaba el credo, y era cosa corriente y práctica santa, andar con el hisopo y el agua bendita á vueltas, tanto para librar la casa de ratones y correderas, como para echar de cuadras y desvanes á duendes atrevidos ó á diablos tercos y libidinosos. Por estas razones, y por la modestia natural que acompaña siempre á la verdadera sabiduría, el sabio de quien hablamos, vivía retirado en un pueblecito de las montañas de León, á fines del pasado siglo. Pero así como por el hilo se saca el ovillo, y por el *tufo* del puchero que hierve á la lumbre del fogón casero, se adivina si la cena que nos aguarda es estofado de vaca ó guisado de coles, así en los más pequeños actos de la vida del sabio en cuestión, se adivinaba su profunda sabiduría. Y tanto, y tan de gente en gente corrió, aunque en voz baja, la fama del buen hombre, que olvidándose poco á poco de su nombre de pila y de su vulgar apellido, todos dieron en llamarle el *doctor Merlín*, nombre por el cual le conoceremos nosotros, y único que ha llegado á nuestra noticia. El doctor Merlín tenía familia, que no es gran prueba de sabio por cierto, y era viudo además: peor prueba aún de sabio, si como es natural para llegar á viudo había sido antes casado; y quería á su hija y á su sobrina más que á las niñas de sus ojos; y á un muchacho joven y travieso que con ellos vivía, más que á los ojos de sus niñas, disparates todos que probaban su buen corazón, pero que no hablaban muy en favor de su vasta ciencia y profundos conocimientos filosóficos y psicológicos. Llamábase su hija, María; nombre impecable que llevan en el mundo miles de pecadoras; y su sobrina, Rosa; bonito nombre para quien tiene de quince á veinte abriles, y sarcasmo risible para las que pasan de cuarenta otoños. Ambas eran jóvenes y lindas, en la época en que las colocamos, y sus caracteres encontrados (triste y pensativo el de la primera, y jovial y alborotado el de la segunda), eran el claro oscuro de aquellos días de paz y de esperanza que formaban la venturosa existencia del sabio Merlín. Pero como no hay dicha completa en este mundo, ni creo que en ningún otro, el diablo, que todo lo enreda (y aquí viene de perilla la utilidad de la Inquisición), trajo á aquella casa pacífica á un muchacho travieso, ambiciosillo y alborotado y á un su amigote compañero de Universidad y de correrías mundanales. Llamábase el primero, Carlos, y el segundo, Colín; nombre más de perro que de persona, pero que justificaba el cariño tenaz y entrañable afecto con que servía y amaba á su compañero y amigo. Como este cuento, es no sólo cierto, sino verosímil, á pesar de ser fantástico, no extrañarán mis lectores que Carlos se enamorara de María, y Colín de Rosa; y menos extrañarán aún, que María correspondiera á Carlos, y que Rosa se muriera por los pedazos de Colín. El sabio Merlín adivinó estos amores; que no se necesita ser muy sabio para adivinar que dos muchachos y dos chicas han de quererse viéndose á menudo y siendo unos y otros jóvenes y guapos; alegróse interiormente é hizo la vista gorda; vista muy de sabios para evitar cuestiones; y todos vivían en paz y en gracia de Dios, dejando pasar el tiempo, y esperando los chicos el feliz momento, en que dos bodas por amor llegaran á hacer de aquella modesta vivienda un paraíso abreviado de cariño y de delicias.

Pasaron muchos días, varios meses y algún que otro año, y por fin señalóse para celebrar ambos matrimonios, el día en que cumpliera un año de la conclusión de la carrera de ambos pretendientes. Estudiaba el primero para abogado y el segundo para médico. Estudios ambos que con el de boticario y escribano, constituían las únicas carreras á que por entonces aspiraba la juventud masculina en España. Para la carrera militar bastaban empeños de camaristas y frailes, y para la carrera eclesiástica no se necesitaba más que recomendaciones de azafatas y generales. Carlos acabó, mal que bien, de entender el *digesto* y de hacerse licenciado *in utroque jure*, y Colín no pudo jamás entender á Avicena ni comprender á Galeno; ignorancia que hubiera podido conducirle á ser un gran médico, si para ejercer la medicina no le hubieran hecho falta títulos académicos. Insistióse, sin embargo, en lo de la boda, y quedó concertado en que ésta se efectuaría al año justo de la fecha del título de Carlos. Y cátate á los dos futuros esposos, con un año por delante de libertad y soltería, y á las dos futuras con doce meses de impaciencia y de temores. ¡Qué año aquél para el sabio! ¡Qué de planes concertó y deshizo el doctor Merlín! ¡qué de proyectos para lo futuro! ¡qué cálculos para los tiernos vástagos que de seguro habían de nacer de aquellos bien concertados consorcios! ¡Lo malo fué que Carlos y Colín diéronse á corretear por campos y aldeas: de bailes en romerías, y de fiestas en jaranas, no daban á su vida tregua ni reposo, y más de otra María y de otra Rosa tuvieron que llorar los atrevimientos del uno y las sencilleces del otro. Canciones y bailoteos, serenatas y pendencias, juegos lícitos é ilícitos, riñas y galanteos, todo les pareció poco á aquellos esposos en ciernes; y como es natural, fuéronse poco á poco olvidando de sus compromisos y de sus cartas amorosas; diéronse á llorar las olvidadas Rosa y María, y dióse á todos los diablos el sabio Merlín.

Y como todo llega en este mundo, llegó el día marcado para las bodas; y llegó con él la más inesperada peripecia que registran los anales de aquellos días. Cariacontecidos y meditabundos entraron en casa del doctor los dos novios; carilargas y cejijuntas los esperaban las novias y con cara *ferocce* y gesto avinagrado los recibió el sabio Merlín. De las mutuas explicaciones y de las quejas de unos y otros resultó que María rechazó abiertamente la mano de Carlos; y que el *Sabio*, fundándose en que el novio no estaba aún en sazón para marido, le invitó á pasearse por el mundo durante algún tiempo, prometiéndole dinero y recomendaciones para su viaje. «Si al cabo de dos años más,—le dijo,—sigues pensando en mi hija y vuelves á esta casa en busca de la paz y la felicidad que hoy no mereces, aquí te esperaremos tan leales y cariñosos como nos dejas. Si te matan por esos barrios, ó si la suerte te lleva por otros caminos, Dios te ayude y hasta nunca!...

—Francamente,—contestóle Carlos,—V. y María provocan con la suya mi franqueza. Yo amo á su hija, se lo juro: pero cuando pienso en mi modesta posición y veo que el hombre puede conquistar la fortuna, envidio á los ricos y siento despertarse en mí la ambición del lujo y las riquezas. Cuando veo que un hombre puede, con su valor ó su talento, hacerse célebre y lograr el aplauso de las gentes, ¿cómo no he de ambicionar la aureola de la gloria? Y cuando considero por fin, que desde mañana he de vegetar por siempre en esta aldea, sin aspiraciones, sin horizonte, sin porvenir, salta mi corazón dentro el pecho y ambiciono el poder y me abrasa la sed del oro, de la gloria y de los placeres.

—Pues á buscarlos, hijo, á buscarlos,—contestóle el sabio;—despídete de mi hija, y vé á mi laboratorio. En él te espero para darte mis últimas instrucciones.»

María rompió en llanto y marchó á encerrarse en su habitación, sin querer escuchar las protestas de amor que Carlos la dirigía. El Doctor se fué tras de su hija, y Colín apareció riñendo con Rosa, y recibiendo de ésta por vía de despedida una serie no interrumpida de pellizcos y arañazos: porque es de advertir que enterado Colín de lo que ocurría, decidió *ipso facto* acompañar á Carlos por esos mundos de Dios, y dejar también vestida y sin novio á la linda Rosa. Y dicho y hecho: Rosa fué á buscar á su

prima y Carlos y Colín se encaminaron al laboratorio de Merlín, donde éste debía esperarlos. Y ya ven Vds. si el doctor Merlín sería sabio, cuando tenía su *laboratorio:* cosa reservada en todos tiempos para magos, alquimistas y astrólogos. ¡Y qué laboratorio! Vamos á tener el gusto de llevar á él á nuestros lectores, en la seguridad de que por poco simpática que les haya sido la Santa Inquisición, no podrán menos de confesar que había razón más que sobrada, para que á ser conocido aquel *antro de sabiduría humana,* hubiera tenido el sabio Merlín que ver y que sentir con el católico tribunal divino.

II

Retortas, alambiques, crisoles; caimanes y culebras disecadas y colgadas por las paredes: libros de coro colocados en facistol enorme; sillones de cuero de Córdoba; tapices con figuras de la Mitología griega; ánforas romanas; botijos y cacharros de Talavera; arcones árabes y bargueños: aquello más que despacho ú oficina de sabio leonés, parecía una tienda de objetos de arte, ó estudio de pintor del último tercio del siglo XIX en que vivimos. Si hoy con todos esos chirimbolos hay para admirar el lujo ó el dinero modernos, á fines del siglo pasado había para chamuscar á cien sabios juntos. Y lo que más llamaba la atención, por lo extraño de su forma y lo desconocido de su objeto, era una gran linterna que ocupaba el centro de una mesa de malaquita, y una inmensa botella conteniendo un licor verdoso, fabricado con yerbas aromáticas y de un sabor muy parecido al que saben dar hoy al suyo unos frailes trasconejados en la gran Chartreusse. Al lado de la linterna había una docena de cristales planos y pintarrajeados; y al lado de la botella dos copas de ágata de forma extraña y de talla incomparable. Penetrar en el laboratorio Carlos y Colín y aparecer el sabio fué una misma cosa. Hiciéronse lenguas los primeros de aquella habitación sorprendente y Merlín los obligó á sentarse. Hablóles de su viaje; dióles dinero para afrontar los primeros gastos de aquella expedición aventurada, y con el objeto de demostrarles que no les guardaba rencor por aquella mala partida, llenó las dos copas

MODELO EN YESO, de Sir. F. Leighton

con aquel licor extraño y se las dió á beber con demostraciones de afecto y de cariño. No bien las apuraron los inocentes, cuando llevándose las manos á la cabeza, que parecía írseles por el aire, cayeron como desplomados sobre sus sillones. Merlín colocó entonces un cristal en la linterna; encendió una lamparilla que dentro de ella estaba, y en el acto y como por conjuro mágico, apareció en la pared un gran disco luminoso, única luz que alumbró el laboratorio, sumido en todas sus otras paredes en la más profunda oscuridad.

—Despertad y mirad,—dijo Merlín á sus dos comensales, y como si éstos hubieran estado sujetos á una *hypnotización moderna* ó á un experimento somnambúlico de Mesmer, abrieron sus ojos y vieron sobre aquel círculo alumbrado por una luz muy parecida á la luz eléctrica moderna, pálida y temblorosa, lo que verá también el curioso lector.

III

¡Eran ellos! ¡ellos mismos! ¡Carlos y Colín, lujosamente vestidos... rodeados de amigos y admiradores; festejados, victoreados y aplaudidos! Suntuoso palacio era su morada: joyas de gran precio adornaban sus trajes, y en una habitación cuya puerta estaba cruzada por barras de hierro, altos montones de oro y plata alegraban la vista y el corazón de ambiciosos y avarientos. En suntuoso banquete celebraban tanta riqueza, pues los más exquisitos y extraños manjares se servían en vajillas de inestimable precio, y los vinos y licores brillaban á través de copas y vasos de impalpable cristal de bohemia. De pronto surgieron en el círculo luminoso dos nuevas figuras: eran María y Rosa vestidas de mendigas tirolesas; entonaban tristes canciones y pedían limosna á aquellos ricos señores relatando su abandono y su miseria. Lo más extraño de todo, era que en el ángulo superior de la derecha de aquel cuadro viviente y animado, aparecía con letras rojas un letrero, en el que se leía con caracteres góticos, estas palabras: *El dinero.* De pronto, un resplandor siniestro iluminó todas las figuras. Del cuarto de las barras de hierro comenzaron á salir llamas terribles; el incendio se propagaba con espantosa rapidez; los hombres huían, y el palacio comenzó á desplomarse entre los gritos de angustia de Carlos y Colín que veían desaparecer como por encanto todas las riquezas. Pocos momentos bastaron para convertir el palacio en un montón de ruinas; y á este cuadro sucedió otro no menos extraño. Era una calle oscura y triste de una ciudad desconocida. Carlos y Colín, con los trajes hechos jirones y semblantes patibularios, perseguían á sus antiguos amigos y aduladores en demanda de protección y amparo. Unos fingían no conocerlos y pasaban de largo: otros los obsequiaban con mohosas monedas de cobre, y todos huían de ellos como de la peste. Parecían sufrir los rigores del hambre y del frío, y pálidos y desencajados llegaron á la puerta de un edificio en cuyo frontón se leía la palabra: *Hospital.* A su puerta cayeron exánimes; y en aquel momento desaparecieron de la pared, figuras, edificio y letreros. Merlín acababa de sacar de la linterna mágica el primer cristal.

IV

Colocar otro menor y aparecer en el foco iluminado un campamento, fué obra de un instante. ¡Ellos otra vez! Carlos vestía el uniforme de capitán del ejército de Carlos XII, rey de Suecia, y Colín, con traje de ranchero, no se hartaba de probar las ollas de rancho. Muchos oficiales ensalzaban el valor de Carlos; un general adornaba su pecho, con una cruz laureada, por sus brillantes hechos de armas; y un ángel, en traje de mujer y con una trompeta muy larga, pregonaba las hazañas del héroe. De pronto el eco del cañón retumbó por el espacio, y generales, oficiales y soldados corrían á ocupar sus puestos. ¡Sangrienta y horrible batalla! El mismo Rey cayó sin vida frente á los muros de Frederischalt y todo su brillante ejército fué ignominiosamente derrotado. En una camilla apareció herido gravemente el capitán Carlos y á su lado Colín llorando, y María y Rosa ¡ilusiones ópticas! con traje de edecanes del Rey curaban al herido. De entre aquellos montones de cadáveres, surgió de repente la figura gigantesca del sabio Merlín, vestido de tambor mayor, y dirigiéndose al pobre Carlos, que parecía próximo á exhalar el último suspiro, le dijo con acento profético y voz estentórea:

«¡Ya lo veis, ilusos! La muerte no respeta ni la juventud, ni el valor! Se sacrifican millares de hombres! Se talan los campos!... se arruinan las naciones!... y todo ¿por qué?—Por la *Gloria!* Un nombre vano! una ilusión! una mentira!»

V

Apenas podía el nuevo cristal contener las figuras dibujadas en él. ¡Qué algarabía! ¡qué confusión! Pocos cuadros hay tan animados como el de un baile de máscaras en el teatro de la Grande Opera de París. Trajes de todas épocas, dominós y capuchones de todas clases; Pierrots y Debardeurs de todos colores. ¡Cuánta mujer! Carlos se veía asaltado por las más hermosas, y Colín no le iba en zaga. A los apretones de manos seguían tiernos juramentos, y á éstos embriagadoras promesas de amor y de placer. Giraban en vertiginoso wals todas las figuras, y la mujer que le había parecido á Carlos más constante, huía burlándose de él, del brazo de otro mortal preferido. Otras engañaban por él, á sus amantes ó á sus maridos y éstos reuníanse á reclamar de Carlos su honra ó su dicha. Colín abrazaba á todas y de todas recibía puntapiés y empellones. ¡Caos horrible de pasiones desbordadas y apetitos sin máscara! En el rincón de una platea, llorando sus esperanzas perdidas y vestidas de luto, invisibles sin duda para aquella multitud ebria de crápula y escándalo, María y Rosa contemplaban avergonzadas aquel cuadro de la decadencia. Atropellados por los ofendidos, Carlos y Colín salían del baile y se dirigían con armas y testigos al bosque de Bolonia. Era de noche aún, y cuando la aurora empezó á alumbrar con su tenue resplandor la *Cascada del bosque,* dos cadáveres yacían en tierra. Eran Carlos y Colín que pagaban con su vida la pasajera dicha de los amores fáciles.

VI

¡Hermoso cristal! Carlos y Colín eran personajes importantes de una nación poderosa. *La voluntad nacional* los había elevado á la cumbre del poder, y manejaban á su capricho la fortuna pública y *la voluntad nacional!* Próceres y magnates se prosternaban ante ellos y como reyes dirigían los destinos de su pueblo. Días sin descanso, noches sin sueño formaban su vida; pero el placer de mandar, la dicha de ser obedecidos, y el fausto y esplendor de la majestad, embriagaban su alma y embotaban sus sentidos. Nada se resistía á su vanidad y su orgullo, y conculcando leyes y ejerciendo tiranías, iban haciéndose aborrecibles al mismo pueblo que los había elevado. En cadalsos afrentosos solían pagar sus rebeliones los hombres valerosos que anhelaban ser libres; y el descontento popular, como sordo volcán escondido en las entrañas de la tierra, parecía amenazar la vida de los tiranos. Y estalló por fin la revolución universal. De nada sirvieron los cañones del poder, ni las bayonetas de la esclavitud. Como arrebata el simoun la menuda arena del desierto, así el odio popular barre tronos y arrolla monarquías. Asaltado el palacio, derribados los ídolos, y hundido para siempre el edificio de la tiranía al santo grito de libertad, los cuerpos de Carlos y Colín, arrastrados por la multitud ebria de venganza, pregonaron con sus destrozados músculos y sus hediondos y repugnantes restos que sólo en sangre y fuego suelen concluir el poder y la ambición. Un grito de espanto resonó en el laboratorio. Los verdaderos Carlos y Colín empujaron



APUNTE, de Daniel Chodowiecki

aterrados la mesa, y la linterna mágica del sabio Merlín rodó por el suelo hecha pedazos.

VII

¡Basta! ¡basta! El que tiene la felicidad á su alcance y corre á buscarla en las horribles luchas de la vida es un imbécil. ¡Paz de la conciencia! ¡Dicha de la medianía! Felicidad del hogar doméstico! ¡Sólo vosotras sois la ventura de los humanos! ¡Riqueza! ¡gloria! ¡amor venal! ¡poder! ¡ambición! ¿De qué servís y para qué valéis si la vida del hombre es un soplo y más soplo aún la vanidad humana?

Carlos y María, Rosa y Colín, celebraron sus bodas y fueron todo lo felices que es posible serlo en este valle de lágrimas: y el sabio doctor Merlín, si viviera hoy, saltaría de gozo al ver generalizado en las manos de la infancia, su prodigioso invento, que llamó entonces y se llamará siempre hasta la consumación de los siglos *La linterna mágica.*

LUIS MARIANO DE LARRA

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Una tarde volvía éste de caza por la cuesta Zulema, y se dirigió hacia una fuente en la que una muchacha estaba llenando un cántaro, la cual al verle venir, azorada quiso marcharse de prisa, tropezó y rompió el cántaro, en ocasión en que llegaba un zagalón que la requería de amores, y que suponiendo algún desmán por parte de Santiago, le increpó con muy malos modos. Pero el joven, tímido con las mujeres, era poco sufrido respecto á los hombres, y valiéndose de la escopeta como de un palo, dió á aquél unos cuantos golpes, que le causaron algunas contusiones y una herida en la cabeza.



APUNTE, de E. Obón

El general echó tierra al incidente, arreglándolo con dinero; pero desde entonces Santiago fué el *Bú* de los alrededores, y sus calaveradas tuvieron eco en la insigne



REGRESO DEL PRADO, cuadro de J. Grunenwald



LA DIETA DE AUGSBURGO, cuadro de W. Lindenschmit

ciudad, patria del Príncipe de los ingenios españoles.

He aquí cómo se crean las reputaciones.

IV

Una mañana, Santiago seguía un camino abierto en un plantío que hay en la falda de la susodicha cuesta Zulema, cuando oyó el ruido sordo y regular del galope de un caballo, y poco después dos jinetes, que apenas pudo distinguir, atravesaron la senda, á alguna distancia.

Luego disminuyó el ruido de las pisadas, como ahogadas por la hojarasca del otoño, que tapizaba el suelo, y momentos después, y casi al lado de Santiago, se presentó una amazona que cabalgaba en un precioso *poney*, gritando en voz clara y juvenil:

– ¡Aquiles, Aquiles, espérate!

Ya sabemos que cuanto más bonita era la mujer que veía, Santiago se turbaba más; no es, pues, de extrañar que en esta ocasión se quedara como petrificado y sin fuerzas para huir.

La amazona era una joven de diez y siete años de edad, poco más ó menos, de facciones delicadas, de ojos expresivos, y no muy alta. Su traje ceñido diseñaba la rara elegancia de su talle, y la agitación de la carrera que acababa de dar, teñía sus mejillas de un color sonrosado.

Se había quitado el sombrero, que tenía en la mano, dejando ver sus cabellos castaños, algo levantados en las sienes; pero lo que más chocaba en aquella encantadora joven era la graciosa viveza de su movible fisonomía y la infantil y expresiva sonrisa, que aun estando seria, contraía sus purpúreos labios.

Miraba al suelo como si buscara alguna cosa, y como tenía la cabeza baja, Santiago se atrevió á fijar en ella durante un momento sus ojos espantados; pero al incorporarse aquella, el tímido joven retrocedió, y una rama le derribó el sombrero, que alzó del suelo, precisamente en el momento en que la amazona reparó en él, y creyendo que la saludaba, le devolvió el saludo diciendo:

– ¿Ha encontrado V. por casualidad un látigo que he perdido? – y luego repuso sonriendo: – Dispense V. la pregunta... pues parece como que le pido que lo busque.

Santiago, muy conmovido, halló un pretexto para ocultar su turbación, inclinándose como para buscar el objeto perdido, y fué tan feliz ó tan desgraciado, que le encontró en un surco que formaba el vallado.



EL MEJOR JURADO, cuadro de Lengo

Tomó el látigo por la parte flexible, se acercó á la joven, y casi sin mirarla, se lo presentó dándosele por el puño; pero al cruzar con ella la mirada, el pobre joven sintió flaquear sus piernas, y aflojarse sus dedos hasta tal punto, que el puño del látigo haciendo una báscula, vino á darle precisamente en los labios, cuando pudo muy bien haber sido en la nariz ó en otra parte cualquiera.

La fatalidad es muy ingeniosa.

Fué cuestión de un momento; por la imaginación de la joven cruzó la idea de que aquello había podido parecerse á un conato de beso, y se puso muy encarnada, tomando la fusta con un movimiento rápido.

En cambio, Santiago estaba lívido como un espectro.

V

Afortunadamente un nuevo personaje vino á interrumpir aquella escena muda.

– ¡Gracias á Dios, Aquiles! – exclamó la amazona, – creí que te había tragado la tierra.

– La tierra no, – contestó el aludido, – pero he tenido que habérmelas con el agua. Mira cómo me he puesto.

La joven soltó una carcajada; porque el aspecto del recién llegado no podía ser más deplorable; estaba mojado, salpicado de lodo, y á trechos, de ese légamo verde que se cría en los estanques. Era un jóven pálido, raquítico, chiquitín, de ojos apagados, y llevaba el cuello tabicado en un alto corbatín á la inglesa; en una palabra, un gomoso perfecto. Con voz meliflua y al propio tiempo estridente, dijo que su caballo había dado un bote de carnero, precipitándole en el *estanque de los guijarros*.

Los dos jóvenes jinetes saludaron á Santiago y se alejaron comentando el accidente, y dejando á nuestro héroe inmóvil como una estatua.

Por fin este se repuso y se encaminó hacia su casa, maldiciendo á la fatalidad que le había hecho cometer una impertinencia. Tan preocupado se hallaba por su torpeza que no pudo menos de contársela á su tío, como por vía de desahogo.

– ¡Ah tunante! – dijo el general, – ¿con que besaste el látigo?

– No, tío, pareció que le besaba.

– Vaya, ¿quieres hacerme creer?... ¿Y cómo se llama?

¿Quién?

- Ella, la joven.

– ¿Qué sé yo?

– ¿Dónde vive?

– Pero si no la conozco.

Está bien, – murmuró el general, – pues si llegas á conocerla, Dios sabe lo que hubiera pasado.

Don Blas se hallaba muy satisfecho de la aventura de su sobrino; veía en lontananza una boda y un sinnúmero de sobrinitos saltando en su derredor.

Estuvo preocupado dos ó tres días y apenas paraba en su casa.

Una noche, cuando empezaban á comer, dijo á Santiago:

– ¡Muchacho, gran novedad!

¿Pues qué hay?

– Vamos á cazar liebres con galgo.

– ¿En setiembre, tío?

– Pues ahí verás.

– Pero, ¿cómo? ¿dónde?

Supongo que habrás visto una quinta muy hermosa, que está más allá del *Val*.

– Sí, tío, la he visto de lejos; es del marqués de Montelona.

– Precisamente; ¿le conoces?

– Le he oído nombrar.

– Pues el marqués fué amigo mío en la guerra civil; entonces era capitán y segundón; pero habiendo heredado el título, por muerte de su hermano mayor, ha dejado el servicio militar, y se pasa muchas temporadas cazando por estos alrededores. Yo no lo sabía, hasta que felizmente me le he encontrado hoy; hemos charlado un rato, y conociendo nuestras aficiones cinegéticas, nos ha invitado para pasado mañana...

¿A cazar liebres con galgo?

– Sí, hombre, sí.

– Pero tío...

– Eres pesado. El marqués tiene predilección por esta caza, y como gran señor no repara en nada con tal de satisfacer sus caprichos. No lejos de su quinta posee una heredad de mucha extensión, y la tiene siempre en barbecho: ¿comprendes ahora?

– Ya.

– Pues bien, prepárate. Pasado mañana cazaremos con galgo, que es como comer fresas en enero.

VI

El día fijado, á las nueve de la mañana, tío y sobrino se apeaban junto á la verja de la quinta del marqués.

Un criado se llevó los caballos, y el marqués, que paseaba por el jardín y que los vió llegar, salió á recibirlos.

Después de la presentación de Santiago, el dueño de la casa les condujo á un cenador grande, oculto entre el follaje de un sinnúmero de plantas trepadoras y de una parra de uvas tintas.

Hizo pasar primero á sus huéspedes, y no bien nuestro héroe se acostumbró á la penumbra que había en el cenador, se quedó inmóvil de sorpresa y de espanto, porque, ya lo habrá adivinado el lector, en aquel *antro* se encontró con la amazona del látigo.

Había allí, además, otras personas, que fueron presentadas por el marqués en los siguientes términos:

– Mi hija Mercedes.

– Mi sobrino Aquiles.

– Doña Genoveva Zárate.

Cuando Santiago se repuso del aturdimiento producido por aquel encuentro inesperado, pudo reparar en las otras dos personas presentadas además de la temible amazona. En una de ellas reconoció al joven jinete mojado en el estanque de los guijarros; la otra era una señora de edad provecta, de esa edad temida de las mujeres que tienen pretensiones. Constituían su filiación las siguientes señas: pelo gris peinado en tirabuzones, ojos verdes, nariz chata, boca escueta, busto escuálido, piernas largas y manos descarnadas; todo esto acompañado de una delgadez espectral.

Afectaba un aire digno y sentimental, y á juzgar por el manojo de llaves que pendía de su cintura, ejercía en la casa las funciones de ama de *idem*.

Después de las formalidades de cajón, el general y el marqués se engolfaron en los recuerdos de sus glorias y fatigas guerreras.

Entretanto, y sin casi decir una palabra, Aquiles miraba á su prima, ésta de reojo á Santiago, y éste, como menos peligrosa, á doña Genoveva.

El pobre joven estaba como sobre ascuas, porque se sentía observado, y en su interior maldecía á todas las liebres y á todos los galgos del mundo; y no me atrevo á decir que hasta á su tío, pues sería irrespetuoso.

Por fortuna, el marqués puso fin á aquella embarazosa situación, diciendo:

– He mandado hacer una nueva cuadra y perrera; vengan Vds. á ver qué tal les parece.

Tío y sobrino le siguieron.

Cuando se hallaba á alguna distancia, el marqués gritó al ama de llaves:

Genoveva, el almuerzo en seguida.

VII

– ¿No vas á acompañar á esos señores? – preguntó Mercedes á su primo.

– No, prima, y no sé cómo el tío los recibe...

– ¿Cómo, qué?

– No me refiero al general, sino á ese joven.

– Pues qué, ¿es algún salteador de caminos? – preguntó Mercedes en tono zumbón.

– No lo tomes á broma; tengo noticias de *ese caballero*.

– ¿Graves?

Puedes preguntárselas á diez ó doce jóvenes comprometidas por él.

– ¿Es posible? – exclamó Mercedes palideciendo ligeramente.

– Parece ser que ese joven hace el D. Juan Tenorio, un Tenorio de provincia; y casi ninguna se le resiste: ¡verdad es que las mujeres son tan tontuelas!

– ¡Muchas gracias!

– No lo digo por tí...

- De modo que según se ve, ese joven es un monstruo?

– Uno de esos hombres desalmados que han perdido el sentido moral.

Los dos primos, cortando este traje al pobre Santiago,

habían ido al comedor á reunirse con doña Genoveva que se ocupaba en los preparativos del almuerzo, ayudada por una criadita llamada Agueda, que medio se había enterado del diálogo antecedente.

– ¿Hablan Vds. del sobrino del general? dijo. ¡Buenas cosas se saben de él! A todas da palabra de casamiento y luego...

– ¡Agueda! – interrumpió el ama de llaves, – ocúpate en lo que estás haciendo. Lo demás no te importa.

¡Es que ese señorito me da un miedo!...

– ¡Silencio! - dijo Aquiles, – aquí viene.

La criada retrocedió hasta un extremo del comedor. Mercedes, que parecía preocupada, se miró instintivamente á un espejo arreglándose el peinado, mientras que doña Genoveva se frotaba con disimulo las manos para hacerlas perder un plebeyo encarnado.

El marqués y todos los demás se sentaron á la mesa. El dueño de la casa colocó al general á su derecha y á su hija á la izquierda, y viendo que Aquiles iba á sentarse al lado de ésta, le hizo una seña y ofreció el sitio á Santiago.

Este, pues, se sentó consternado entre Mercedes y doña Genoveva.

(Continuará)

LAS CUSTODIAS GÓTICAS

de nuestras iglesias

II

Ya se dijo en el artículo anterior que nuestras custodias de la región de Levante constituían una excepción en lo relativo al carácter de su escultura y ornato. Ahora, antes de dar alguna sumarísima noticia de las principales, puede añadirse que, no sólo en aquel sentido, sino en otros que se indicarán, forman un grupo perfectamente distinto de las del resto de España, merced á ciertos caracteres comunes. Las que se tienen por interesantes son de estilo plateresco y doradas las cuatro, á saber: las de Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca. Sería de desear poder comparar con ellas las del reino de Valencia.



EN AUSENCIA DE..., cuadro de Lengo

Las dos primeras, únicas que he tenido ocasión de ver, son las más importantes, á juzgar por las fotografías y referencias de las otras. La más fina de todas es la de Barcelona. Forma un templete gótico de dos cuerpos y una aguja, que remata en una cruz, todo ello de oro, y un pedestal de plata dorada y gusto algo inferior, en forma de columna como el de los viriles ordinarios; ofreciendo la particularidad de estar cerrada por todos lados, abriéndose sólo por delante con una puerta de trampilla para mostrar el Santísimo. Su decoración es sumamente fina y puramente ornamental, sin una sola estatua, pues cuatro querubines que tiene, con cabezas esmaltadas y las alas de diamantes, pertenecen al estilo del XVII. La adornan multitud de joyas antiguas y modernas, algunas de las primeras de estilo florentino, aunque tal vez catalanas, y el famoso collar del Toisón de Carlos V (al cual falta la insignia), también en el tipo del Renacimiento italiano, con esmaltes blancos y rojos traslúcidos. Por último, se halla colocada sobre el magnífico trono gótico del XV, llamado del rey D. Martín, de plata dorada, cuyos brazos son dos soberbias bichas y de cuyo respaldo, terminado por tres gabletes, arrancan dos varas modernas, á modo de pescante y de mal gusto, que sostienen dos hermosas coronas góticas, con las que se ha querido formar una especie de dosel. La inferior tiene forma de aro torcido en espiral, al modo de las de los Cristos de su tiempo, y una inscripción de esmalte azul; la superior, con hojas ya y menos carácter, es muy interesante también. El peso de la custodia, con sus joyas y trono, es de ciento ochenta kilogramos y de doscientos sesenta con las andas que posteriormente se le añadieron para llevarla en procesión.

Según parece, en la iglesia del Pino de la misma ciudad, se conserva otra custodia gótica, del propio tiempo; pero no la conozco ni he podido hallar informes suficientes.

Es la catedral de Gerona famosa en la historia de la platería española por el magnífico altar y baldaquino del siglo décimocuarto, únicos en España. Pero su custodia, menos fina que la de la ciudad condal, y la más alta quizá entre todas las de este grupo, tiene una disposición análoga á la de aquélla, salvo que la planta es prolongada y que está abierta por todos lados. Consta igualmente de dos cuerpos, sobre un pie de columna también, y la corona una esbelta aguja que remata en una cruz. Es de oro con profusión de piedras finas. Tiene doce estatuas, seis en cada cuerpo, con más, dos ángeles en el interior del primero adorando la Forma colocada en el viril de costumbre; las cabezas y manos de estas figuras están pintadas. Afean el conjunto, de muy bella proporción, algunas adiciones modernas, y en particular dos borlones barrocos de oro y pedrería, añadidos pocos años há. Por último, está hecha á mediados del XV por Francisco Artau, platero gerundense, y pesa más de 120 kilogramos.

La de Vich, más modesta que las precedentes, tiene sobre ellas la cualidad de ser quizá la más antigua que se conserva hoy, pues ya estaba hecha en 1413, época en que la donó á la catedral el canónigo Despujol (1). Es de plata dorada y corresponde al mismo tipo y planta que la de Gerona; pero tiene un solo cuerpo, abierto, colocado sobre un pedestal análogo al de las otras y termina en una aguja que lleva por remate una cruz. En dos contrafuertes laterales, se hallan las estatuillas de S. Pedro y S. Pablo, bajo doseletes, de que arrancan dos botareles que sostienen la aguja. – Finalmente, la de Palma de Mallorca pertenece al mismo orden y estructura; un pie gótico moderno la sostiene y carece de estatuas.

Respecto de los caracteres diferenciales entre este grupo oriental y las del tipo que podríamos llamar castellano, sólo disponiendo de más tiempo y de mayor conocimiento de este arte y su historia sería dado determinarlos con exactitud. Sin estos elementos, poco puede decirse. Cabe únicamente indicar que las custodias de esta región parecen guardar mayor analogía con la escultura italiana, y ser por tanto más clásicas, según acontece también en los monumentos de su arquitectura; en lugar de seguir las huellas del estilo flamenco, preponderante en el último gótico de Castilla, donde puede afirmarse, por ejemplo, que Enrique Arfe es en la platería lo que en la estatuaria Gil de Siloe, el afamado artista de la Cartuja de Burgos.

Entrando en otros pormenores, tal vez podrían citarse como rasgos comunes, los siguientes:

1.° La disposición general del templete, que descansa sobre un pie en forma de vástago, al modo de los ostensorios y viriles, difiere de la estructura más arquitectónica, por decirlo así, de las demás, colocadas sobre un simple zócalo ó basamento, más ó menos rico, que mantiene mejor el carácter constructivo de la obra.

2.° Su planta, generalmente, se halla determinada por dos ejes desiguales, resultando de esta suerte prolongada, con la admirable excepción de Barcelona.

3.° La decoración, quizá más menuda que la de las castellanas, aunque no por esto más fina que las de Córdoba y Toledo por ejemplo, corresponde más bien al tipo del bajo relieve con muy escaso realce, que al de la filigrana, á que se aproximan las líneas, cordones, hojas y demás elementos delicados, pero de bulto, que presentan las de Castilla.

4.° La frecuencia de carnaciones pintadas en las figuras, nueva señal tal vez del influjo de Italia, recuerda las estatuillas con cabezas esmaltadas de aquella península, á imitación de las cuales se pintaron tal vez las catalanas.

Estas observaciones, sin embargo, pueden ser inexactas y son de seguro por demás deficientes. A personas de mayor competencia toca completarlas y rectificarlas. De todos modos, lo que puede asegurarse es que el tipo de nuestras custodias levantinas, como el de todo el arte de esta región, obedece marcadamente al influjo clásico italiano. Visible es también en las obras del Mediodía de Francia; pero tal vez fué más preponderante aún entre nosotros, donde halló escasa resistencia en los elementos locales, mientras que el empuje del arte grandioso románico-ojival de nuestros vecinos no pudo menos de contrarrestar aquella acción y contenerla en más estrechos límites. Así, por ejemplo, se observa que la arquitectura y la escultura de la Edad media en nuestra costa oriental presenta un carácter extraordinariamente clásico, muy diverso de los tipos genuinos medievales que en Toledo, en Burgos, en León, en Santiago, en Avila, por ejemplo, se ofrecen. Para un templo como la maravillosa catedral vieja de Lérida (de las más hermosas de Europa y convertida para vergüenza é ignominia nuestra en cuartel), que pertenezca de lleno al puro estilo románico-ojival, dentro de la corriente general de su tiempo - y aun esto no sin ciertos elementos clásicos, en sus incomparables capiteles – la mayoría de los edificios catalanes y valencianos de los siglos XI al XIII corresponden á un género peculiar (2) que vacila entre los dos factores y rara vez acepta con franqueza los principios del arte medieval, ni en la estructura, ni en la ornamentación. Esculturas hay del XII y hasta del XIV, que parecen obras de la decadencia latina; las pinturas son más giotescas que en el resto de España; y de la romántica y noble catedral de Barcelona, puede quizá decirse, aunque de otra manera, lo que de los hermosos monumentos góticos de la Italia central: que son muy hermosos, pero que no son góticos.

Parece como si hubiese también en el genio mediterráneo de nuestra zona oriental un resto más potente é indómito de clasicismo que en el resto de la península. Las catedrales de Santiago y León son más francesas que españolas y responden á los más puros tipos de sus estilos respectivos; Toledo y Avila son más nacionales; los monumentos del E., más italianos, á pesar del influjo incontrovertible de los elementos locales y franceses.

Por este orden de ideas, una vez concienzudamente aquilatadas, y aplicadas con inteligencia á la orfebrería de aquella risueña é industriosa región, podrá explicarse la diferencia entre sus custodias góticas y las de otras comarcas de nuestro pueblo, por fortuna tan rico todavía en variedad y espíritu provincialista, á pesar de la centralización que en vano ha pretendido ahogarlos.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

---

(1) Debo este dato á la bondad del capitular D. Jaime Collell, entusiasta favorecedor de la arqueología. No he podido ver la custodia, y sí únicamente su fotografía en el pequeño, pero muy interesante museo de la Sociedad Arqueológica de aquella ciudad.

(2) En los resúmenes que de las interesantes conferencias sobre *L'art romanich á Catalunya*, dadas en la importante y benemérita *Associació catalanista d'excursions científicas* por D. Joaquín Olivó publicó *L'Excursionista* en 1883, pueden hallarse algunas pruebas de esta afirmación.


Viaje á Filipinas. La ranchería de Mani

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

VI

ASCENSIÓN AL VOLCÁN APÓ

Octubre 1880. - De vuelta á Davao, el gobernador me dice que acaba de celebrar una entrevista con el dato Mani, jefe de la más numerosa y terrible de las tribus de Bagobos que habitan en las pendientes orientales del volcán Apó, impidiendo á los Infieles, así como á los *Castillas*, acercarse á dicho punto, pues según su religión, es un lugar sagrado, santuario de un temible *Mandarangan:* y si le dejasen profanar, resultarían las más espantosas desgracias.

Este Mani, aunque asaz inteligente, creía que sus dominios eran inaccesibles á los españoles de Davao, basándose sin duda su convicción en el mal éxito de algunas expediciones que tuvieron por objeto la ascensión del Apó (1). Mani era para Davao un vecino incómodo; alguna falta más grave que las otras impacientó al gobernador anterior, D. Faustino Villabrille, que llevando consigo veinte hombres, presentóse una mañana donde estaba Mani con toda su tribu, y le cercó. El jefe Bagogo pidió y obtuvo gracia; y aprovechándose de esta sumisión reciente, el comandante Rajal ha procedido con tal destreza, que vuelve á Davao trayéndome el consentimiento de Mani para que pueda visitarle. El Bagogo no se opondrá á la ascensión al volcán; muy lejos de ello, me servirá de guía, absteniéndose de sacrificar esclavo alguno para calmar el enojo de su dios.

El amable gobernador, resuelto á intentar la ascensión lo más pronto posible, me propone acompañarme, y acepto su cordial ofrecimiento con el mayor gusto. Muy pronto quedan terminados nuestros preparativos; nos acompañan algunos indígenas, y además ocho soldados provistos de carabinas, que nos servirán á la vez de escolta y de mozos. Importa determinar lo más exactamente posible la altura del Apó, pues la que se expresa en las cartas geográficas sólo puede ser aproximada, atendido que no se ha explorado nunca la montaña. El obsequioso comandante de la estación naval, D. Enrique Ramos, viene en mi auxilio con su bondad acostumbrada, aviniéndose á examinar el barómetro seis veces diariamente, así como el termómetro y el higrómetro, en la estación naval de Davao; provisto de los mismos instrumentos, observaré en el curso de la ascensión cuanto sea posible á las mismas horas; y de nuestras observaciones comparadas deduciremos la altura. Esta colaboración será un favor más sobre los que debo á este distinguido oficial, que no ha dejado de poner á mi disposición con la mejor voluntad los numerosos y útiles recursos de que su mando le permite disponer.

5 octubre. – Desde la víspera, los soldados indígenas, á las órdenes de un sargento europeo, se han dirigido por mar á la playa de Sibulan; y á las seis de la mañana montamos á caballo. El Apó, cuya cima está en parte velada por los vapores de la mañana, desaparece muy pronto completamente de nuestra vista, pues hemos comenzado á internarnos en los profundos bosques que cubren su falda y se extienden al pie.

Nuestra reducida caravana se compone del P. Mateo Gisbert, agregado á la misión de Davao, y de los señores don Ramón Lon y Albareda, subteniente de infantería, don Ramón Cordero, D. José María Campo, y D. Rafael Martínez.

Después de recorrer un camino bastante largo en medio del bosque, donde se encuentran algunas estaciones de los Guiangas, nuestros caballos vuelven á pisar con gusto el suelo unido de la playa; la fina arena, ligeramente húmeda, conviene admirablemente para la carrera, y no pudiendo contener á nuestros cuadrúpedos, aflojamos la rienda. Uno de los jinetes ha conseguido adelantarse; pero la cincha de su silla se rompe y rueda sobre la arena; como todos vamos á escape, pasamos por encima; mas por fortuna, el jinete caído sale del apuro con algunas contusiones sin gravedad. A eso de las tres, al llegar á Binugao, vasta caseta situada en la playa de Sibulan, encontramos á nuestros soldados y al jefe Mani, á quien acompaña una escolta de un centenar de indígenas, jinetes y peones, armados todos con lanzas. Mani dice que aquella numerosa escolta tiene por objeto honrarnos, y nosotros aparentamos creerlo. Los Bagobos, muy aficionados á la carrera, desafían á nuestros muchachos, y después de lucirse más ó menos, se emprende la marcha, de espalda al mar; las primeras pendientes se franquearon siguiendo la senda que conduce á la ranchería de Mani.

Esta primera parte del camino no presenta ninguna dificultad; más allá de un bosque bastante accidentado cruzamos por unas mesetas suavemente onduladas, donde hay barrancos profundos, cuyo lecho está cubierto de rocas volcánicas.

A las siete de la tarde llegamos á la caseta de Mani (altura seiscientos trece metros); es muy grande, y está circuída de otras más pequeñas y de desmontes bastante extensos, alrededor de los cuales sólo se ve bosque. Todas estas casetas, muy altas, están sostenidas por troncos de helechos arborescentes; la maravilla de esta ranchería es una fragua provista de un yunque, objeto de envidia de todos los Infieles y de los Moros de la región; es casi el único útil fijo de esta fábrica, que produce, sin embargo, muy buenos *kriss.*

Las mujeres y el padre de Mani nos reciben en la extremidad superior de la escala por donde se sube á la caseta señorial: el padre del jefe es un anciano más que octogenario, aquejado de una doble catarata y no se separa nunca de su última mujer, joven de catorce años.

El 6 por la mañana, nuestra escolta de lanceros ha disminuído algún tanto por las deserciones, pues los Infieles temen que les obliguemos á conducir nuestros víveres. Mani, al parecer lleno de bondad, aconseja secretamente á los hombres que rehusen toda carga; pero es preciso llevar víveres; y como todas estas dificultades nos hacen perder tiempo, no podemos marchar hasta las doce del día.

Después de franquear un torrente muy encajonado, que fatiga bastante á nuestras monturas, cruzamos una meseta de suelo bastante unido, y se puede avanzar cómodamente á través de un bosque en que á los altos árboles se suceden inmensas espesuras de bambúes, cuyos retoños vigorosos elévanse á la altura de treinta ó cuarenta pies. Una lluvia torrencial, mezclada con violentas ráfagas de viento, nos detiene algunos instantes, y al continuar nuestra marcha nos encontramos al borde de un barranco cortado á pico, impracticable para los caballos. Con no poco sentimiento debemos apearnos, pues no se tiene la seguridad de volver á encontrar estos excelentes cuadrúpedos. Los soldados indígenas reciben algunos bagajes más, y llegados á la rápida pendiente, cubierta de bosque, bajamos, subimos y volvemos á bajar, hasta que al fin damos vista á las orillas del río Tagulaya, ancho, profundo, y crecido con las aguas de un afluente. Le franqueamos por un puentecillo compuesto de un solo bambú; los Bagobos, que van descalzos, pasan fácilmente, como unos acróbatas, buscando apenas un ligero punto de apoyo en su lanza; mas para nosotros, la cosa no deja de ser difícil. En la orilla opuesta, el puente termina en un muro de rocas verticales, unido y muy alto, que es preciso escalar elevándose á fuerza de puños á lo largo de un bejuco. Este paso es muy enojoso, pues debajo, á treinta pies de profundidad, las aguas del Tagulaya se arremolinan en medio de rocas agudas. ¿Cómo podrán pasar nuestros hombres, cargados con sus armas y bagajes? Este arriesgado ejercicio me parece inexplicable.

Durante este difícil paso, nuestra columna, que formaba una larga línea, concéntrase bastante penosamente á pocos pasos mas lejos en una estrecha lengua de tierra, casi al nivel del torrente, y allí se establece nuestro campamento, en medio de los primeros helechos arborescentes. La garganta, llena de animación por el furioso remolino del Tagulaya, y por las bandadas de tórtolas y otras aves, es verdaderamente fantástica. He descubierto en la arenosa playa una grieta horizontal, y allí paso con bastante comodidad la noche, oyendo el ruido del torrente, y contemplando las aguas que caen con estrépito.


Viaje á Filipinas. – Puente de bambú sobre el río Tagulaya

7 octubre. – A las siete de la mañana estamos en medio del Tagulaya, que se desliza ruidosamente en un tortuoso desfiladero, y como sus paredes son verticales, debemos renunciar á la esperanza de avanzar por la orilla.

(Continuará)

(1) Oyanguren la intentó en 1859 á la cabeza de 67 soldados, y su infructuosa tentativa le costó 20 hombres. En 1870, el gobernador Real hizo otra tentativa, que no dió mejor resultado, si bien no costó la vida á ninguno.

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 21 DE JUNIO DE 1886— NUM. 234

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA JORNADA POSTRERA, cuadro de G. Urlaub

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA JORNADA POSTRERA, cuadro de G. Urlaub

El asunto de este cuadro está tomado de una Balada alemana. Los poetas populares de Alemania han cantado y cantan en ese género de poesía, los grandes hechos y las más arraigadas creencias de su tierra. La patria y la mitología son las fuentes comunes de inspiración de la Balada, horizonte más vasto que el de nuestro Romancero, consagrado casi exclusivamente á enaltecer determinadas hazañas ó héroes de nuestra historia. El romancero, expresión del sentimiento de un pueblo por demás caballeresco y cristiano, carece de la parte fantástica de la Balada, propia de un país donde la tradición ha poblado de seres imposibles los ríos, los prados, los bosques y los montes. Es cuestión de temperamento popular: el poeta se ajusta casi siempre al sentimiento de la multitud, que encarna en sus versos, si es realmente un poeta nacional.

El autor del cuadro que publicamos se ha inspirado en una Balada de Carlos Bleibtren. El viejo guerrero prutzi ha salido á campaña con su hijo: casi desnudo ha presentado su cuerpo al enemigo, y la lanza de éste se ha quebrado como una caña hueca antes de llegar á la curtida piel del veterano. Menos piadoso el cielo con su hijo, le ha herido de muerte en la refriega; y el anciano carga en su caballo al joven moribundo, que verifica su jornada postrera, la jornada que conduce al término celeste.

El sentimiento que respira la Balada trasciende al cuadro. El semblante del anciano revela el dolor del padre, dolor mudo, dolor comprimido, porque en el fondo de las creencias del viejo prutzi hay una parte de ese fatalismo horrible que neutraliza los más naturales impulsos. El cuerpo del mancebo acusa su mortal estado, mas tampoco el dolor físico le rinde: el prutzi no puede ser cobarde ni aun después de herido por la muerte. Hasta el caballo que conduce á los dos guerreros parece comprender la desgracia de éstos. La misma vegetación es triste: el autor ha estado en lo justo; en este cuadro todo parece morirse.

HUYENDO DEL FASTIDIO, cuadro de F. Seymour

Rara es la persona á la cual no place el aire libre; mas para el infeliz prisionero, el aire libre es la obsesión de todos los días y el sueño de todas las noches. En la sociedad musulmana, la mujer es un ser condenado á prisión perpetua, prisión sufrida á menudo en preciosa jaula, pero al fin y al cabo prisión. Cierto que su fatal destino se halla compartido con otras mujeres igualmente desgraciadas; mas la desgracia engendra raras veces generosidad: la prisionera del harem se hace muy pronto egoísta y huye el trato de sus compañeras, busca la soledad y en el sitio más recóndito del jardín que rodea el palacio, donde es á un tiempo reina y sierva, se hace la ilusión de que ha recobrado su libertad y con su libertad el derecho de amar voluntariamente y de defender su pudor contra los ultrajes inferidos á la esclava. Mas esta agradable ilusión dura bien poco: uno de los guardianes del harem, representante de los ilegítimos celos de su señor, va en busca de la ausente y se complace en desgarrar sus ensueños. La mujer de Oriente no es dueña ni de huir del fastidio.

Tal es la escena ó mejor la situación que Seymour ha interpretado con talento.

EL ESTANQUE, dibujo de J. M. Marqués

Marqués se ha propuesto estudiar y reproducir en pintura y dibujo una de las cosas más difíciles, el agua. En este estudio hace progresos tan rápidos como pueden haberlos apreciado los favorecedores de nuestra ILUSTRACIÓN, que poseen las mejores primicias del joven y distinguido artista. El trabajo que hoy publicamos es de una ejecución admirable de verdad: esa agua no puede confundirse con la del río, ni siquiera con la del pantano; es una agua muerta, espesa, fangosa, de la cual se exhalan miasmas deletéreos, engendradores de esas fatales fiebres intermitentes, que son el azote de ciertas comarcas. En las orillas de esas aguas apenas se eleva la frágil caña combatida por el cierzo: al verlas tan altas y tan delgadas, cualquiera diría que las cañas son los tísicos de la vegetación y que su falta de corpulencia es debida á las ponzoñosas aguas que bañan sus raíces.

En la ejecución de ese dibujo ha estado Marqués verdaderamente económico de recursos; y sin embargo, la impresión que causa es profunda: esto consiste en que ha visto á la naturaleza con ojos de artista.

EN LA BAHÍA, cuadro de H. Woods

Bajo el esplendente sol de Italia, á la sombra de unos árboles que cobijan artísticas estatuas, aspirando el ambiente de las flores, oyendo de continuo apasionadas canciones y entregados al *dolce far niente* de los pueblos meridionales; no es extraño que el amor adelante mucho camino en el corazón de los italianos. De amor es la escena de nuestro cuadro; amor tranquilo como las aguas cabe las cuales se enamoran esos dos jóvenes; pero, como las aguas, susceptible de agitarse y producir catástrofes.

UN BAZAR AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Woods

Escena callejera presentada con suma verdad. Las figuras son expresivas y los objetos se hallan expuestos con el mismo desorden que preside generalmente en esos lugares donde se venden prendas de lance, cada una de las cuales tiene una historia triste ó repugnante. El viejo mercader *hace el artículo* con gravedad propia de sus años, los cuales le dan cierto aspecto de hombre de bien, no común en los prenderos, comerciantes casi siempre en agenas desdichas. Regatea el mercader con naturalidad y sonríen maliciosamente unas mozas, acostumbradas sin duda á ver cómo el ropavejero saca más partido de sus palabras que de los mismos cachivaches de su bazar. Del todo resulta un concierto armónico, una escena animada y un cuadro de género agradable.

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI EN ESPAÑA

I

El origen de esta festividad se remonta á mediados del siglo XIII, como general y para toda la Iglesia católica, pues algunas particulares sostienen que se celebraba en ellas desde época anterior. La de Angers asegura que allí existía desde el año 1019 una festividad que llamaban *Sacrum* establecida en desagravio de los errores de Berengario, arcediano de aquella ciudad, precursor de los sacramentarios, pues negaba la presencia real y corporal de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, con cuyo motivo se celebraron concilios en Roma y Francia en los cuales fué condenado él y anatematizados sus errores, en que estuvo tenaz, pues aunque abjuró dos veces, tuvo la debilidad de recaer en lo mismo que negaba, apelando á varias sutilezas. Por ese motivo en aquella iglesia se celebraba una gran procesión, con gran concurrencia y aparato.

Pero este y algunos otros hechos aislados que se refieren significan poco en este asunto. El papa Urbano IV, natural de Troyes, fué el que la mandó observar en toda la Iglesia con gran solemnidad desde el año 1264, pues también se celebraba ya establecida anteriormente en algunos puntos de Bélgica, y especialmente en Lieja, donde Urbano había sido arcediano antes de abrazar el monacato. Contribuyeron para ello las súplicas de una venerable religiosa Cisterciense, llamada Juliana, natural de Betines, aldea cerca de Lieja en Flandes, y Abadesa del monasterio de Monte Cornillon. Esta comunicó á su director revelaciones que había tenido y á que había resistido dar asenso en su grande humildad. El obispo de Lieja, Roberto, estableció la fiesta en su diócesis el año de 1246. Cuando Jacobo Pantaleón, arcediano de Lieja y después obispo, llegó á ser Urbano IV, extendió la festividad á toda la Iglesia.

El objeto de esta piadosa festividad es aumentar el culto del Santísimo Sacramento con cierto aparato público y externo, pues aunque el día de Jueves Santo se celebra la fiesta de la Institución de la Sagrada Eucaristía en la noche de la última Cena de Jesús con sus discípulos, como á ésta siguió inmediatamente la cruenta pasión y muerte de éste, la Iglesia católica tiene que añadir á este recuerdo otro lúgubre, que viene en el mismo día, cortando las expansiones de júbilo y solemnidad, pues en la misma Misa de aquel día suprime el toque de campanas.

Encargóse á Santo Tomás de Aquino y á San Buenaventura redactar el oficio de aquél. Muy bello y lleno de ternura el de este segundo, pero se prefirió el del primero que hoy día es el que se reza. Se ha querido suponer que según iba leyendo Santo Tomás iba San Buenaventura rasgando lo que había escrito; pero esto es una anecdotilla desechada por la sana crítica. En todo caso honraría la humildad de Santo.

El oficio indica desde sus primeras palabras el objeto de la festividad. El versículo con que comienza el oficio declara desde luego el pensamiento, pues en la invitación á la festividad (*ó invitatorio)* prorrumpe el coro en esta exclamación: ¡Vamos á adorar á nuestro Rey, el que manda en todas las naciones!... De Santo Tomás son los preciosos y bien conocidos himnos *Pange lingua... Sacris solemniis*, que parece el más adecuado á esa solemnidad, *Verbum supernum prodiens*, y también el ritmo *Adoro Te, devote latens Deitas* en versos asonantados, recuerdo de los leónicos de la Edad media. El *Pange lingua* es el más conocido de todos, pues se usa cuotidianamente para la exposición y reserva del Santísimo, dedicando á esta las dos últimas estrofas conocidas por el *Tantum ergo Sacramentum* que se cantan estando todos postrados de rodillas, para cumplir lo que luego dice, *veneremur cernui.*

El otro objeto de la solemnidad es dar un culto público á Jesucristo en los pueblos católicos, aún fuera de los templos y las iglesias en las calles mismas de las poblaciones, saliendo por ellas triunfalmente como Señor universal, y como para santificarlas y purificarlas, al modo que por otro concepto en días anteriores y en las mañanas de la risueña primavera sale el párroco procesionalmente en los pueblos rurales, en forma de modesta rogativa, á bendecir los campos y las mieses, y pedir su conservación al autor de la naturaleza y árbitro de los destinos para que lleguen á sazón y puedan recolectarse para la conservación de los cuerpos.

No tuvo al pronto la festividad del Corpus toda la aceptación que debiera por efecto de las muchas guerras y discordias de aquella época. Por ese motivo fué restablecida en el Concilio de Viena el año de 1311, en tiempo de Clemente V, estando allí los reyes de Aragón, Francia é Inglaterra. Más adelante el Papa Juan XXII el año de 1316 añadió el mandato de que se llevase el Sacramento por las calles, con el objeto que se acaba de indicar, y además que durante ocho días hubiesen el culto y liturgia especial del día del Corpus con exposición del Santísimo. Con este motivo tomó ya la festividad un carácter especial, no como quiera de solemnidad pública, sino también oficial, asistiendo no solamente las autoridades civiles y militares, sino los Reyes mismos con toda la Corte y la grandeza, todo el clero secular y regular, y teniéndose por honra el llevar una vara del pálio, pues no podía negarse á Dios la ceremonia que se hacía con los Reyes el día de su coronación. De aquí también el aparato de entoldar y enarenar las calles, engalanar las ventanas y balcones con vistosos tapices y colgaduras, según la fortuna de cada uno, la formación de las tropas, las salvas de artillería, los arcos triunfales ó de ramaje, y las muestras de rendimiento de armas y banderas; pues tomado por punto de partida que Dios es más que Rey y Emperador, que se le ha de tributar, no sólo culto particular y de corazón, sino también público homenaje y acatamiento, y que para éste se debe tomar por tipo el que se da al monarca, ó se daba en el día de su coronación, claro está que se adoptaron para esto los usos y ceremonias que en cada país se usaban en tales festejos reales, hasta el ostentar la custodia en magníficas carrozas. Así que en todos los países católicos el día del Corpus llegó á ser, y es hoy día, de gran regocijo: la Iglesia ostenta todas sus galas, y paramentos blancos bordados de vistosos colores y recamados de oro, y aún las familias cristianas visten sus mejores ropas, las señoras sus alhajas, y en Madrid todavía á mediados de este siglo era costumbre en el paseo por las calles recorridas por la procesión bajo el toldo municipal, que resguardaba estas del sol meridional, lucir las señoras la clásica mantilla blanca española de ricos encajes de Almagro, Barcelona y Flandes en elegante competencia.

Tal es el caracter grandioso, festivo, tradicional, oficial y público de esta solemnidad religiosa y civil á la vez. En España conserva todavía condiciones especiales en varios conceptos que no deben ser olvidados (1). Barcelona, Granada, Daroca, Madrid y Toledo tienen cosas tradicionales que bien merecen algún recuerdo especial, aún prescindiendo de la descripción de las riquísimas custodias de sus iglesias, que sería asunto demasiado vasto.

II

La tradición española supone que influyó algo en el ánimo de Urbano IV el célebre misterio de los Corporales de Daroca, ocurrido hacia el año 1138 en tiempo de don Jaime el Conquistador y poco antes de la conquista de Valencia. Estando para comulgar las gentes del Bajo Aragón que sitiaban el castillo de Chío, al mando de don Berenguer de Entenza, salieron los moros de rebato. Acudieron los caudillos á ponerse al frente de sus huestes, mas cuando volvieron á comulgar halló el sacerdote las seis formas pegadas á los corporales y bañadas de un color rojo sanguinolento.

Conserváronse en la iglesia de Santa María ex-colegial de Daroca, en un rico viril de oro que regaló el mismo don Jaime, y que sólo se saca en procesión el día del Corpus en que se enseñan al público, con gran aparato.

En Barcelona reviste la solemnidad condiciones especiales. La custodia, riquísima por su materia y pedrería, es de forma antigua y de gran mérito artístico. Va colocada sobre silla de plata que regalaron los Concelleres á don Juan II y éste no quiso usar.

Desde la muerte del virey marqués de Santa Coloma en el funesto día del Corpus, las tropas de la guarnición formaban en otro tiempo sobre la muralla y los buques de guerra se hacían al mar.

En Zaragoza y muchos pueblos de Aragón la procesión se verifica por la tarde, antes de ponerse el sol.

En Madrid se trató años pasados de adoptar esta costumbre, pero no gustó á la gente elegante, pues quitaba el paseo de una á cuatro en la calle Mayor. La procesión de Madrid tiene poco que ver: muchos hospicianos, muchos pendoncillos, muchos curas y mucha tropa. La custodia antigua fué robada el año de 1854 misteriosamente y eso que pesaba bastante, pues tenían que llevarla en hombros doce sacerdotes relevándose de seis en seis. La actual de plata es de buen gusto y estilo moderno, pero no puede compararse con la mayor parte de las de las antiguas catedrales.

Las custodias de Toledo y Sevilla pasan por ser de las principales y mejores de España y sus descripciones son bien conocidas, como también los nombres de Juan de Arfe, los Becerriles de Cuenca y otros célebres plateros que construyeron varias y muy preciosas en la mejor época del género plateresco en el siglo XVI.

La de Toledo es conducida en una carroza guiada por dos hombres, uno de los cuales maneja una especie de timón que la mueve y dirige, mientras que el otro, que va delante, pero sin dar la espalda á la custodia, procura que vaya ésta siempre recta y vertical, por medio de una especie de teclado que hace subir ó bajar los tableros de la carroza, de modo que á pesar de las muchas cuestas y pendientes de aquella ciudad enriscada, la custodia no se puede ladear ni quedar inclinada hacia atrás ni hacia adelante.

En Sevilla al regresar la procesión á la grandiosa catedral, queda la custodia entre el trascoro y la puerta principal abierta de par en par, por delante de la cual desfilan las tropas con el capitán general á la cabeza, haciendo los honores que prescribe la ordenanza para el Rey en tales casos.

Las fiestas de Granada el día del Corpus y durante la octava, tienen fama por su esplendidez y brillantes decoraciones, lo cual atrae allá gran número de forasteros.

En algunas partes se conserva la costumbre de llevar en andas las efigies de los santos de gran devoción en el pueblo y sus reliquias, á manera de celestiales cortesanos que acompañan al Rey de la gloria en aquel acto triunfal, pero en otras partes no lo consienten, ora porque distrae la atención del principal objeto, ora porque en Roma no se hace y aun se dice haberlo prohibido. Pero en esto como en otras cosas ha prevalecido la costumbre,

(1) En esto se fundó el general Prim para mandar con buen sentido práctico que se cumpliese con la ordenanza militar en esta parte el año 1869, para evitar el disgusto de la generalidad de los pueblos y los desacuerdos entre los militares, cualesquiera que fuesen las opiniones religiosas de los jefes.

y no deja de ser notable que en una ciudad como Salamanca, cuya célebre universidad no podía ignorar estos mandatos, se use el llevar en la procesión las efigies de todos los santos titulares de las parroquias.

También está prohibido llevar la custodia en andas ó peanas conducidas en hombros de sacerdotes, y con todo, la Congregación de Ritos lo permitió para España, por no ser posible llevar de otro modo las enormes custodias de nuestras catedrales, que echaría de menos el pueblo en tales solemnidades. Lo ritual es que el preste, asistido de diácono y subdiácono si fuese posible, lleve la custodia en sus manos, por lo cual se hacen pausas (ó estaciones) en algunos parajes de la carrera, á fin de que pueda descansar algún tanto, y entre tanto se hace la adoración y se inciensa, mientras que el coro entona algunos motetes.

En Roma lleva el Papa la custodia, siendo él á la vez conducido en le sede ó silla *gestiaria*, conducida en hombros de sus *sediarios* (criados vestidos de encarnado), pero en ella va arrodillado, apoyando la custodia en el reclinatorio.

III

En España, entre los muchos y ruidosos pleitos á que daban lugar las cuestiones sobre colocación de corporaciones, antigüedad de las corporaciones religiosas y civiles, conducción del palio, distribución de sus varas y otras de este género, hubo también en el orgulloso y etiquetero siglo XVII y aun en el XVIII, algunos entre los obispos, audiencias, vireyes y otras autoridades. Solían, y aun suelen los obispos, sobre todo presidiendo de pontifical, llevar un sillón de respeto, que conducían sus pajes ó familiares: como eran ancianos y se fatigaban, lo que era de respeto en su origen, comenzó á ser de uso. Llevaron á mal las audiencias estar en pie mientras el obispo estaba sentado y exigieron llevar también sillas. La cuestión tomó tales proporciones que fué al Consejo de Castilla con motivo de una reyerta ocurrida con el obispo de Cartagena y Murcia. Fallóse que el obispo pudiera llevar silla, y está entre las leyes recopiladas.

También se halla entre ellas la que prohibe vayan delante de la procesión tarascas y gigantones, lo cual daba lugar á muchas irreverencias. La tarasca (1) era un enorme reptil ó lagarto, que representaba á Satanás. En Madrid la tarasca soportaba una gran muñeca, como especie de ángel que la dominaba; pero se introdujo la costumbre de vestirla con el traje de moda, de modo que servía de figurín para los trajes de verano. Este y otros varios abusos dieron lugar á tal prohibición. En Toledo los gigantones antiguos y otras figuras grotescas se colocan contra la pared, junto á la puerta por donde sale la procesión.

Están excusados de asistir á la procesión del Corpus los institutos monacales, por estar generalmente lejos de poblado, pero no los mendicantes; mas en Madrid se obligaba á que asistiesen cuando el Rey asistía á la procesión. En tales casos solía haber grandes etiquetas, pues iba toda la servidumbre de palacio, alta y baja, después del clero regular y parroquial, presidiendo el capellán mayor con el clero palatino, lo cual daba lugar á no pocas irreverencias y al disgusto del clero en general, pues en realidad eran dos procesiones en una.

La última vez que se vió esto fué en la de 1875 á la cual asistió el joven monarca D. Alfonso XII (q. s. g. h.).

VICENTE DE LA FUENTE

(1) El nombre dicen que provino de una enorme sierpe que hacía grandes estragos en tierras de Tarascon.

INTERIORES

Para tertulias caseras la del bueno de D. Tiburcio Rodríguez Zaguanete. D. Tiburcio, empleado en Hacienda con veinte mil reales, después de cerca de cuarenta años de irreprochables servicios, sin más paréntesis en su dilatada carrera que el que abrió (con no poco daño del presupuesto de la casa que desde entonces no acaba de enjugar su déficit) una malhadada cesantía allá por los meses del último gobierno de Narvaez, todo este D. Tiburcio es *pater familiæ* en un hogar donde bullen y se dan á los demonios de continuo una esposa de mal genio y peor cara todavía y cinco pimpollos, cinco rosas, como dice Panchito Gil, un *sinsonte de la enramada*, muy su platónico amigo; y detalle no es para olvidado que aún ninguna de aquellas cinco gracias, que no siempre han de ser tres, ha encontrado galán ni barba que con buenos fines le haya dicho, como quien no quiere la cosa: Buenos ojos tienes.

La tribu de D. Tiburcio, como la denomina en sus ratos de indignación la portera de la casa, vive en una bastante vieja y destartalada, sita en la calle del Pez y en un cuarto no muy grande, pero tampoco muy bonito ni alegre. Todo en él, sin embargo, se sacrifica á la decencia y amplitud y galas de las habitaciones *de recibo*. La nunca bastante célebre familia *se queda en casa* todas las noches, si se exceptúan las de los domingos, pues en tales días ¿quién no se permite el lujo de un poquito de teatro? Las tertulias de D. Tiburcio tienen dos objetos. Con uno se entusiasma su noble mitad. Con el otro por lo menos transige. Las niñas, cuyos años andan ya desde los veinte muy cumplidos hasta los treinta muy pasados, necesitan encontrar *quienes carguen con ellas*. (Esto no lo dice D. Tiburcio sino cuando se pone de muy mal humor.) A semejante motivo, que lo justifica todo, se añade el de la conveniencia de que acudan algunos compañeros y amigos del probo funcionario público con la sana intención de hacer más llevaderas las horas de sus veladas acompañándole á jugar su partidita de tresillo. Así D. Tiburcio se entretiene, y, lo que gotea, gotea, es á saber: tres ó cuatro ó seis reales por noche... ¡para tabaco! Ya lo dice Gutiérrez, su compañero en Hacienda por el día y su víctima en los codillos por la noche: «No hay quien pueda con él. No hay quien pueda con él.»

Además de la mesa donde se decide la partida magna, en otra mayor presidida por D.ª Dolores, la media naranja de D. Tiburcio, y amenizada con la presencia de Eduvigis, Lola, Casilda, Pepa y Virtudes, los cinco pimpollos, se reune la flor y nata de la *divertidísima* tertulia. Allí también tienen sus juegos. ¡Pues no faltaba más! El *julepe*, el *burro... e tutti cuanti*. La ley de la costumbre y la no menos atendible de la economía reconocen, como campo de batalla continuo, el gabinete. La sala, el salón, que por no menos le distingue D.ª Dolores, se reserva para los días muy sonados, pero muy sonados. Por razón, que ya excuso porque huelga, sólo en tales ocasiones se baila. ¡Naturalmente! ¡Con tantos brincos no hay alfombra que resista!

¡Qué animada y rebosando satisfacción y holgorio no bullía en estas noches de invierno crudo la encantadora tertulia de la calle del Pez! Al amor de la lumbre... del brasero ¡qué animadísimos coloquios, y cuánto de chanzas y bromas y dimes y diretes! Don Tiburcio acaba de merecer una de las mayores honras que pudo soñar. ¿Quién dirán Vds. que va todos los martes, todos los sábados y hasta algún que otro lunes á su casa, dignándose jugar con él su clásica partidita? Pues nada menos que D. Sisebuto González de Lamadrid y Díaz de los Huércoles, director que ha sido en el Ministerio de Gracia y Justicia, hará solamente unos treinta años y que á pesar de los setenta que le van á los alcances acaba de contraer matrimonio con una de las muchachas más preciosas de Madrid. ¡Lo que Vds. oyen! Bien es verdad que la pobre Conchita Pérez, harta de pasar miserias y de esperar en vano el santo advenimiento de un novio y á la vez temerosa de ser relegada al gremio ilustre de modista de imágenes, se resignó á entregar su blanca mano en la muy arrugada y débil de D. Sisebuto, pues su arriscado pretendiente, con un desprendimiento que no dudo en calificar de conmovedor, le ofrecía como dote más de la mitad de lo que él se permitía llamar sus ahorros; casi unos tres mil duros de renta. ¡Tres mil duros de renta! ¡Y en estos tiempos! Si no olvidamos que D. Sisebuto jamás heredó ni tuvo de quién heredar un céntimo; que nunca trabajó particularmente ni limpio ni mucho, y que las noticias que debemos á su hoja de servicios públicos no nos los cuenta sino en muy breve plazo (casi todo él en Cuba), ¿quién no admira la sorprendente virtud del ahorro del incorruptible D. Sisebuto? Tuvo lugar la boda no hace gran cosa de tiempo; allá por la primavera. Fué condición impuesta por D. Sisebuto convencido seguramente de la verdad profundísima de una gran frase, que ha hecho grabar sobre los vasares de su tienda, un comerciante de ultramarinos en Madrid y que dice (la frase por supuesto): *El amor es la mejor flor*. ¡Qué de abrazos y enhorabuenas recibió D. Sisebuto por aquellos días! Ciertas palabras, singularmente, parecieron estereotiparse en todas las conversaciones: - ¡Vamos! D. Sisebuto, es V. el hombre de la suerte! - y de tal modo, que ya no hay amigo casi, que no le dirija, cada vez que se le halle de manos á boca, tan lisonjera salutación. Pero, ¿dónde no dejan sentir sus mordeduras las malas intenciones? ¿Querrán ustedes creer que ya hay gentes que se dedican á murmurar sobre los chascos de que está siendo víctima don Sisebuto y sobre alguna que otra aventurilla, no de muy buen género, aunque probablemente inventada, en la que juega papel, si no muy claro, muy divertido, su encantadora mitad? Y no sólo esto. ¿Qué cosa más natural que Juanito Soler (un capitán de artillería muy listo y muy buen mozo por cierto), enterado, vaya V. á saber dónde ni por quién, de lo divertidas que son las tertulias de la calle del Pez, abandonase su butaca del Real y su círculo de la Peña para concurrir á menudo á tan amenísima reunión. Pues ¡y poco, apenas, que han criticado á Soler! ¡Como si fuera responsable de que su amistad con los señores de Rodríguez Zaguanete coincidiera casi con la presencia de Conchita en la famosa tertulia! ¡Como si no pudiera ser obra solamente de la pícara casualidad, que todo lo revuelve y trastorna, la coincidencia de que no va el uno sino las mismas noches que concurre la otra!

De todas maneras, ¡qué calumnias, sí señor, qué calumnias se han levantado sobre la frente de D. Sisebuto! ¡Y si no hubieran sido más que calumnias!

Pero, ¿quién es capaz de parar los pies á la murmuración?

La calumnia è un venticello...

- ¡Ni en casa de Medinaceli! - decía con gran éntasis don Sisebuto no hace muchas noches entrando en el gabinete del *palacio* de D. Tiburcio. - ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¡No falta nadie! ¿Usted también por aquí, Soler? Tanto gusto..

Y decía verdad el buen señor. No cabía más gente ya, ni en la sala, en cuya media luz refugiábanse los desterrados, por su tardanza en venir, de las alegrías del gabinete. ¡Qué gran noche! González, un tipo delicioso cuyas bondades y excelencia cantaba en todos los momentos doña Dolores, ocupaba desde temprano su sitio en la mesa grande y á su alrededor se dejaba ver lo más distinguido y agradable de la tertulia. ¡Qué manera de contar chascarrillos y decir cuentos la de González! ¡Inimitable! Es verdad que algunos, muy pocos, no brillaban por lo pulcros ni por lo velados, pero, «¡Ay! González, los dice usted tan bien, - le aseguraba D.ª Dolores, - tan bien, ¡tan bien! ¡y con tantísima gracia!» Algún mal intencionado se atrevió á indicar sus temores de que algunas veces el tal González *se quedaba* con la reunión. Pero... ¡no era posible! ¿quién podría sospecharlo? Por Dios, hombre, ¡un chico tan formal!

- ¿Cuántos? ¿Cuántos? - gritó D. Sisebuto que ya tenía empeñado su juego con Gutiérrez, D. Tiburcio y Panchito. - ¿Cuántos van, González?

- Pocos y malos.

- ¡Ay! no lo crea V., - interrumpió Virtuditas.

- Por Dios, González, no se achique V., - insistió doña Dolores.

- ¡Señora!

- ¡Codillo! señor D. Sisebuto, - le gritó Gutiérrez.

- ¡Caracoles! ¡Si no me distrajera!

- ¡Fíese V., fíese V. del mozo. .!

- ¡Caramba, con Panchito, y qué suerte...!

- No me envidie V., no me envidie V... ¡Afortunado en el juego!

- ¡Afortunado en el juego! ¡Afortunado en el juego...! - gritaron dos ó tres voces recalcando la frasecilla.

- ¡Señores...! - se permitió balbucear Panchito medio saltando en la silla, turbado por la emoción. - ¡También á veces!

- ¡Qué jóvenes, pero qué jóvenes! - dijo con voz campanuda y seca D. Sisebuto desde la cima de su respetabilidad.

- ¡Vaya, que V., le interrumpieron por lo bajo, don Sisebuto, es V. el hombre de la suerte!

- Y á propósito, - indicó González, - ya que discuten ustedes sobre cosas tan viejas, ¿á que no saben Vds. lo que pasó no hace mucho al pobre Pérez? Alguna de ustedes lo conocerá...

- Ya lo creo; ¡su amigo de usted!

- Tan simpático.

- Muy simpatico.

- Cuente usted.

- Pero, ¿qué le ha sucedido?

Todas las conversaciones se detuvieron de repente.

Y principió González:

Yo creí que Vds. ya lo sabían. ¡Si es para tirarse por un balcón! El infeliz es de los tontos que aun creen á ojos cerrados en ciertas antiguallas...

(Don Sisebuto con voz estentórea.) ¡Joven! ¡Joven!

- Déjeme V. seguir Es de los que se preocupan con ciertas supersticiones.

- Ya eso es otra cosa. Adelante, pollo, adelante. No se distraiga V., Gutiérrez, dé V. las cartas. El *público* lo primero.

- Pues bien, - continuó González, - el infeliz Pérez creía, ¡pero cómo! en la verdad absoluta de los dichos y por consecuencia en la del que asegura que *afortunado en el juego... etc.* Cierta noche que volvía cariacontecido y fastidiado á su casa en busca de sueño y olvido... ¿qué tal? después de recibir una de las más horribles calabazas que registra la historia *(grandes risas)* recordó que al día siguiente se jugaba la lotería y, dicho y hecho, ahorcó sus ahorros y compró... un billete entero. *(Sensación.)*

(Eduvigis á D.ª Dolores que se permite regañar á Virtudes por ciertas miradas que ha dirigido al sinsonte: Por Dios, mamá, cállate ¡que está hablando González!)

- «¡No es posible dudarlo, - se afirmaba á sí mismo Pérez. - Después de tamaña desilusión en achaques de amores, ¿qué más natural sino que la suerte me favorezca en el juego?» Figúrense Vds. que á cualquiera de los que nos estamos viendo las caras ahora le tocase el premio gordo. *(Murmullos prolongados.)* ¿Calculan Vds la emoción? ¿La suponen, mejor dicho? Pues ya pueden ustedes imaginarse la sorpresa de mi desgraciado amigo al encontrarse poseedor nada menos que de diez y seis mil duros. Y luego nos vendrán contando, me decía aquella tarde, calenturiento de tanta alegría, después nos dirán que las preocupaciones...

- ¡Y tenía razón!

- ¡Pues, ya lo creo!

- Y le llama V. desgraciado.

- Señores, por favor, si no he concluído.

- ¡Ay! ¡siga V. González, siga V. ¡niñas! ¡qué imprudentes!

Figúrense Vds. ahora que á cualquiera de nosotros, después de habernos sacado á la lotería diez y seis mil duros, le dan la estupenda noticia de que por no haber entrado en el bombo un millar, se ha anulado el sorteo; ¿quién no se desmayaría, siquiera? ¿Qué menos de un desmayo exige tamaña catástrofe? ¿Han comprendido ustedes la inmensa desgracia del malaventurado Pérez? ¿Qué suerte más negra es posible imaginar? ¡Desgraciado en amores! ¡Desgraciado en el juego!—repetía el pobre casi loco. - ¡Si no es posible! ¡Si no puede ser, hombre! ¡Si parece mentira! Si ..

- ¡Basta por hoy! - exclamó de pronto con voz de trueno y levantándose de la mesa D Sisebuto. - ¡Basta por hoy! ¡Cuatro codillos! ¡Que los aguanten otros!

- Pero... ¡D. Sisebuto...!

- ¡Señor D. Sisebuto!

- ¡Desgraciado en el juego...! Me parece que usted...

—¡Ya ven Vds. lo que nos ha contado González!

—Sí... pero usted...

- ¡Usted es una excepción!

- Vaya, D. Sisebuto, si V. es el hombre de la suerte...



HUYENDO DEL FASTIDIO, cuadro de F. Seymour



EL ESTANQUE, dibujo de J. M. Marqués

– ¡Don Sisebuto!

... Y en el entretanto... ¡Oh, media luz de la sala!... ¡Oh, Soler!... ¡Oh, Conchita!... ¡Oh fragilidad eternal!... ¡¡Ah!!... ¡¡Oh!!

¡Corramos un velo...!

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Inútil será decir que el almuerzo le pareció interminable. Permanecía casi inmóvil, sin atreverse á mirar hacia ningún lado, comiendo con el extremo de los labios y sin darse cuenta de lo que comía.

Entretanto Mercedes pensaba:

– ¿Será posible lo que cuentan de él, con ese aspecto de cartujo?

Luego añadía para sí:

– Debería mostrarse más obsequioso. ¿Me creerá tal vez demasiado niña para fijarse en mí?

Y á consecuencia de estas reflexiones, alargó su vaso á Santiago, diciendo con maligna y graciosa expresión:

– Si mi vecino tuviese la bondad...

– ¡Ah! señorita, balbuceó el atortolado joven tomando una botella para echar vino en el vaso que le presentaban; y buscando al mismo tiempo una frase galante, añadió: – ¡qué vaso tan bonito!

– ¿Le gusta á V.? Es un vaso que papá me trajo de Alemania; está muy bien grabado; tiene ramilletitos de margaritas. ¿Le gustan á V. las margaritas? A mí me encantan no obstante su silvestre sencillez; pero por estos alrededores no las hay.

– Por cerca de casa, sí; – se atrevió á decir Santiago.

– No es extraño. Creo que Vds. viven hacia la cuesta de Zulema y aquello está al mediodía... Y ahora recuerdo: me parece que una mañana ví á usted...

Santiago se puso encendido; pensaba en el incidente del látigo, y tratando de disimular su turbación, tomó maquinalmente un vaso para beber; pero desgraciadamente fué el vaso de las margaritas el que se llevó á los labios.

Mercedes se turbó y dijo para sí:

Efectivamente, va descubriendo la hilaza.

El pobre joven se fijó en la inconveniencia que había cometido; al poner apresuradamente el vaso sobre la mesa, dejó caer al suelo el servilletero de Mercedes; y al querer cogerle antes de que cayera, dió un golpe á ésta en el brazo.

La joven le observaba preocupada, diciéndose:

¿Qué significa esto?

Entretanto el pobre mártir, queriendo reparar en parte tantas torpezas, trató de levantar con disimulo el objeto caido, buscándole con el contacto de los pies.

Ya le tengo, pensó, sintiendo el susodicho contacto con una cosa redonda al parecer.

VIII

Trató de atraerle hacia sí; después reparando en que doña Genoveva le miraba de reojo, se hizo la reflexión de que podía esperar una ocasión favorable para levantarle; pero de vez en cuando, llevaba un pie al mismo sitio para asegurarse de que el objeto estaba allí.

Entretanto D.ª Genoveva hacía mil aspavientos afectando disimulo.

– ¿Por qué me mirará tanto? – pensaba Santiago.

De repente, le pareció que el objeto que estaba en el suelo se metía bajo su pie, y apoyó éste con alguna fuerza.

Entonces D.ª Genoveva murmuró á su oído:

– ¡Me ha hecho V. daño!

¡Estupefacción! ¡horror! Su pie pisaba el de aquella señora. Retiró la pierna como si hubiese sentido la picadura de una serpiente é hizo un esfuerzo para no levantarse de la mesa. Afortunadamente, terminó el almuerzo, y Santiago se apresuró á seguir á su tío y al marqués, que se apercibían para la caza.



EN LA BAHÍA, cuadro de H. Woods

Se trasladaron todos á un gabinete próximo y entonces dijo el general á su sobrino:

– He perdido el pañuelo; vé al comedor á ver si le encuentras.

Santiago obedeció. Volvió al comedor en donde estaba Agueda, la criadita, levantando la mesa, la cual al ver al joven dió un grito y luego huyó *despavorida*.



UN BAZAR AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Woods

Aquiles oyó este grito y dijo para sí:

El tunante hace de las suyas; pero yo le vigilaré.

Un cuarto de hora después, cuando Santiago se halló en el campo, á caballo, rodeado de los galgos del marqués que correteaban, exhaló un suspiro de satisfacción.

Sin embargo, en sus adentros no se hallaba completamente tranquilo.

¡Cuántas torpezas en tan poco tiempo! Decididamente tenía que renunciar al trato de las mujeres.

Se trasladaron á la heredad en donde debía verificarse la caza.

Durante el trayecto y casi de repente, el viento cambió haciéndose *viento de Toledo*, esto es, precursor de lluvia infalible. Las nubes poco densas que entoldaban el cielo desde el amanecer, fueron tomando cuerpo.

Comenzaron á caer gruesas gotas de lluvia.

– Nos vamos á mojar, – dijo D. Blas.

– No, general, – observó el marqués, – no es esa la palabra: á calar. Conozco este aire; antes de un cuarto de hora estará cayendo un diluvio.

– ¿Supongo que pasajero?

No tiene trazas de eso; el nublado ofrece el aspecto de un temporal, y por tanto opino que suspendamos nuestra expedición y nos refugiemos en casa si tenemos tiempo para ello.

¿Sin cazar?

– ¿Y qué remedio?

– ¡Caramba!

– No hay nada perdido. Ustedes no tienen señoras que les esperen; esta noche se quedan en casa, y si mañana, como es probable, ha mejorado el tiempo, cumplimos nuestro propósito.

– Pero...

– Advierto á Vds. que no nos hacen la más mínima extorsión; por el contrario, charlaremos y se nos hará más corta esta encerrona forzosa.

– En ese caso...

– Nada, nada, volvamos y de prisa, porque la lluvia se formaliza.

Este contratiempo fué un golpe terrible para Santiago.

IX

Volvieron á la quinta. El marqués y el general se detuvieron en una antesala á examinar una panoplia, y nuestro héroe entró en un gabinete contiguo, en que no había nadie.

Vió un objeto en el suelo y se bajó para recogerle: era un guante pequeño como de mujer. Después de haberle mirado con cierto estremecimiento, iba á dejarle sobre un velador, pero oyendo ruido, se atortoló como de costumbre, y se llevó á la espalda la mano en que tenía el guante, pues vió con verdadero espanto á Mercedes y á D.ª Genoveva que entraban en la pieza.

– ¿Está V. solo? – preguntó aquella con amabilidad.

Sí, señorita, – balbuceó Santiago. – Acabamos de llegar... ya ve V... la lluvia...

¿De modo que no han cazado ustedes?

Santiago contestó maquinalmente, estrujando el guante entre sus dedos y sin saber qué hacer. Otro cualquiera hubiera discurrido una frase galante para preguntar á cuál de las dos señoras pertenecía el objeto encontrado; pero él sólo se fijó en la idea de que no habiéndolo hecho en seguida, era inconveniente la devolución del guante.

Por tanto, aprovechando una distracción de sus interlocutoras, deslizó éste en el bolsillo de su americana.

¡Imprudente! Un rato después, cuando ya todos estaban reunidos en el gabinete, y en el momento en que Santiago, distraído, sacaba el pañuelo para sonarse, Aquiles, el raquítico gomoso, dijo con voz estridente:

– Mercedes, ¿no buscabas un guante?

Esta frase fué como un golpe de maza para el pobre Santiago, porque vió á su lado en el suelo el guante que antes se había guardado en el bolsillo. Entonces, aturdido, le levantó diciendo:

– Este guante es mío.

Y volvió á guardárselo en el bolsillo.

Mercedes se puso muy encarnada.

El resto de la tarde pasó sin incidente alguno.

La comida fué más soportable que el almuerzo, pues aunque nuestro héroe estuvo también colocado entre las

dos señoras, éstas parecían preocupadas. Sin embargo, Santiago no se atrevió á mirar á ningún lado, é hizo los menores movimientos posibles, temeroso de cometer alguna torpeza.

Las miradas escudriñadoras del joven gomoso le molestaban.

En una ocasión sintió el contacto de un objeto que rozaba con su pie derecho y como en este lado estaba sentada el ama de llaves, retiró la pierna, poniéndose encendido de vergüenza.

¡Pobre Santiago!

Un rato después de tomar café en el gabinete contiguo, dijo el marqués:

– He observado que en este clima, el tiempo sigue las mismas fases durante algunos días. Estoy seguro de que mañana, como hoy, no lloverá hasta por la tarde. Por tanto, opino que verifiquemos temprano nuestra expedición, estando de vuelta para la hora del almuerzo, ¿qué le parece á usted, general?

– Perfectamente; así encontraremos á las liebres descansadas y darán más que hacer á los perros.

– Pues para estarlo nosotros también, creo que debemos retirarnos. Si hace buen tiempo yo me encargo de avisar á ustedes.

Media hora después cada mochuelo se había ido á su olivo.

X

Pero Mercedes no se había acostado.

Despidió á su doncella y se quedó sola y pensativa.

Ella misma se quitó las botas y se calzó unas chinelas tan bonitas y tan pequeñas, que parecían haber pertenecido á la Cenicienta.

Sacó su pañuelo del bolsillo del vestido y lo dejó sobre un velador, así como también una cinta azul que llevaba en la cabeza; y hechas estas operaciones con lentitud y como maquinalmente, se puso á mirar á la luna, que después de una lluvia tropical, aparecía en un cielo despejado.

Pero yo creo que miraba á la luna sin verla.

No era ella sola la única que velaba.

Santiago estaba en su cuarto, situado en el segundo piso de la quinta, precisamente encima del de Mercedes; y completamente vestido, se entregaba al siguiente monólogo:

– Digan lo que digan, yo no quiero hacer el papel de víctima. Basta con el día de hoy. Me largo; por nada en el mundo arrostraría el día de mañana. La noche está magnífica, y el paseo me sentará bien. Cuando mi tío me encuentre en casa, gruñirá y rabiará; pero la tranquilidad ante todo. Me salgo por la puerta del jardín, y que vayan á buscarme.

Tomó su sombrero, y cuando ya tenía la mano puesta sobre el picaporte de la puerta de su cuarto, le detuvo una reflexión.

– El tío, – se dijo, – tiene el sueño muy ligero, y como he de pasar por su dormitorio, me va á sentir.

Pero en aquel mismo momento se le ocurrió una idea.

(Continuará)

EL BARCO SUBMARINO

SISTEMA NORDENFELT

La cuestión sobre la lucha del torpedero contra el acorazado es hoy la que tal vez preocupa más vivamente al mundo de los marinos, y hasta el público se fija en ella con atención interesándose en los argumentos contrarios aducidos en defensa de ambos sistemas. Entretanto espérase que un gran combate naval venga á demostrar evidentemente la superioridad indiscutible de uno de los dos. Hasta ahora, los torpederos no parecen hallarse aún en estado de proseguir siempre la lucha con buen éxito, pues con dificultad pueden mantenerse en alta mar, como lo han demostrado las pruebas en simulacros de combates navales verificados últimamente en Inglaterra; y además es probable que no puedan atravesar las redes de seguridad, de compactas mallas, con que se rodean los acorazados. Por último, podríamos preguntarnos si la vía de agua que determina la explosión de un torpedo producirá necesariamente una avería de suficiente importancia en el buque grande, pues por el sistema de construcción actual se protege el acorazado con una red de compartimientos; de modo que la vía de agua debería localizarse en uno aislado sin producir más accidente.

Como quiera que sea, para obtener con los torpedos un efecto más seguro trátase ahora de hallar el medio de lanzarlos con ayuda de barcos submarinos, que puedan tocar al acorazado en las partes más peligrosas de su casco inferior, evitando la red que detiene los torpedos y la coraza metálica que protege al buque contra el choque de los proyectiles de la artillería enemiga.

Las principales naciones de Europa estudian atentamente el asunto, y han hecho ya experimentos muy repetidos, cuyos resultados no se dan á conocer; también los inventores se ocupan mucho de la cuestión, y aunque el problema no se haya resuelto aún, no se debe considerar irrealizable. M. Nordenfelt, que le estudia particularmente, ha ideado un tipo de barco submarino que excita vivamente la curiosidad, y sobre el cual daremos aquí algunos detalles, tomados de una revista marítima extranjera, y de una conferencia que el 29 de enero último dió en Londres M. Nordenfelt ante los altos funcionarios del Almirantazgo inglés y los príncipes de la familia real.

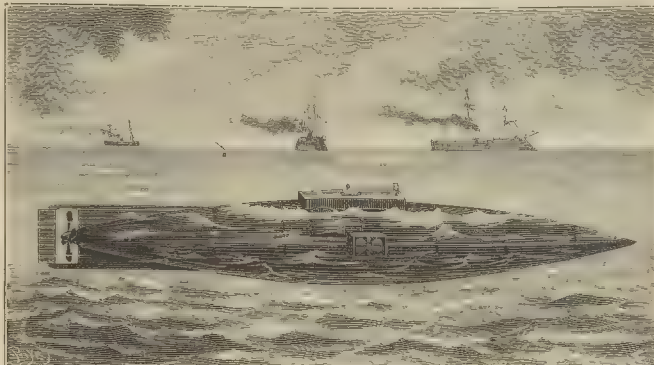


Fig. 1.—El barco submarino de M. Nordenfelt

M. Nordenfelt atribuye principalmente el mal éxito de las diversas tentativas hechas antes con los barcos submarinos á sus dimensiones demasiado reducidas, que no permitieron comunicarles una fuerza motriz suficiente, tanto para dirigirlos como para asegurarles el medio de ascender y sumergirse fácilmente en el mar. El nuevo barco, movido por vapor, sólo lleva tres tripulantes; y puede recorrer, según el inventor, ciento cincuenta millas por lo menos, sin que sea necesario renovar la provisión de carbón. El aparato de inmersión se compone de dos hélices laterales de eje vertical, movidos por una máquina de vapor especial, y la inmersión se regula por una válvula automotriz. Además se emplea un depósito auxiliar de agua fría, en el cual se pueden introducir, según los casos, hasta cuatro metros cúbicos de agua.



Fig. 2.– Corte del barco submarino

Para asegurar la posición horizontal del barco debajo del agua, condición de todo punto indispensable, los timones colocados en la proa están provistos de contrapesos que mantienen siempre el barco en su posición normal.

M. Nordenfelt dice que se ha propuesto ante todo conservar el motor de vapor á fin de que su barco pueda tener independencia y le sea fácil renovar siempre las provisiones de agua necesarias sin necesidad de ir á tierra. Se ha evitado el uso de la electricidad, calculándose que las baterías y acumuladores, á los cuales se hubiera debido apelar, eran aparatos demasiado susceptibles de frecuentes descomposiciones, y que por lo mismo podían comprometer la seguridad del barco. Los temores de M. Nordenfelt son quizás un poco exagerados bajo este punto de vista, y así se priva de un auxiliar particularmente precioso, que hubiera sido, por el contrario, muy propio para la maniobra de un barco submarino, puesto que los motores eléctricos tienen la enorme ventaja de no viciar el aire, no producir ruido ni humo, y ocupar poco espacio. Por otra parte, creemos que esta cuestión se estudia atentamente en diversos países extranjeros, donde se hacen pruebas para la aplicación de los motores eléctricos al nuevo tipo de barco.

Hemos representado en las figuras 1 y 2 el dibujo del barco Nordenfelt, ensayado en Estocolmo: según se vé, tiene la forma de un cilindro afilado en ambas extremidades para disminuir la resistencia; la anchura máxima es de 3m,65, la longitud total de 19m,50; su mayor altura en el centro, de 3m,25, el desplazamiento total, de 60 toneladas, y la celeridad sobre la base medida, de 9 nudos. La tripulación se reduce á tres hombres, que se sitúan en el centro del barco delante del hornillo de la caldera. La torrecilla del comandante, que sobresale en la parte superior, tiene una puertecita, por la cual se pasa á una escala que conduce al interior del barco; y cuando éste se halla sumergido, una cúpula de cristal permite observar el mar.

El barco se ha construído con planchas de acero dulce, reforzadas interiormente; la máquina principal pone en movimiento el hélice de popa, asegurando el desplazamiento horizontal del barco, así como la bomba de aire, las que alimentan la caldera y las de circulación de agua caliente: es del tipo compuesto de condensación. El cilindro de alta presión mide 0m,30 de diámetro y el de baja presión 0m63. Una segunda máquina motriz de dos cilindros de 0m,10 de diámetro hace funcionar un ventilador, así como los dos hélices laterales de eje vertical que tienen por objeto asegurar la inmersión del barco. La caldera que alimenta las máquinas es del tipo ordinario; los productos de la combustión caen en una caja especial, inmediata á la cúpula, y son arrojados fuera á la parte inferior, para evitar el humo, que revelaría la presencia del barco.

Cuando este último se ha sumergido, el vapor se produce por el calor acumulado en dos depósitos de agua hirviente, que contienen ocho toneladas, hallándose el uno á proa y el otro á popa. El agua de estos depósitos se mantiene siempre á una elevada temperatura estableciendo una corriente de cambio continuo con la caldera por medio de tres bombas de circulación gobernadas por la máquina principal. Los depósitos se pueden vaciar en caso necesario para aligerar el barco, cuando se quiera remontar á la superficie.

En tiempo normal, el barco navega flotando, con su depósito de agua fría vacío; pero cuando se halla bastante cerca del enemigo para que se le pueda ver, comienza á sumergirse de modo que solo la cúpula llega al nivel del agua. Al efecto introdúcese cierta cantidad de esta en el depósito de agua fría, y ciérranse todas las salidas de aire y la chimenea, así como el hornillo de la caldera. Los hélices laterales se ponen en movimiento para determinar la inmersión, regulándose siempre la profundidad, según hemos dicho, por la válvula automática, gobernada por la presión de agua exterior que abre ó cierra el depósito de vapor. En cuanto á la invariabilidad de la posición horizontal, se asegura por los timones especiales de que ya hemos hablado.

Al acercarse al buque que se trata de atacar, el barco se sumerge completamente, pudiendo hundirse á veinte metros de profundidad, según M. Nordenfelt; y entonces lanza mecánicamente un torpedo movible de 4m,26, colocado en la proa del barco.

Las pruebas con este último se efectuaron en Estocolmo los días 22, 23 y 25 de setiembre último, á presencia de los delegados de todas las naciones europeas, del Brasil y del Japón.

Los días 22 y 23, el barco hizo diversas evoluciones, manteniéndose sumergido; pero la celeridad no excedió de seis nudos por hora: en el ensayo de inmersión se emplearon treinta minutos. El día 25, hallándose reducida la tripulación á dos hombres, además del comandante y maquinista, pues el fogonista se había herido la víspera, se trató de simular el ataque de una cañonera, y el barco debió acercarse sumergiéndose desde el punto en que se le hubiera podido ver.

Recorrió el trayecto con escasa celeridad, y hubo de remontar varias veces á la superficie para tomar aire. Según los informes oficiales, el aparato destinado para asegurar la horizontalidad de la posición no funcionaba todavía de una manera que pueda infundir plena confianza, pues el barco ha de remontar á menudo á la superficie, exponiéndose así al peligro de ser descubierto. La celeridad de la marcha del barco sumergido es muy insuficiente, no excediendo de tres nudos; y por último parece que el armamento que puede recibir no basta para su defensa.

Por esto se ve que si el problema no está del todo resuelto aún, la cuestión se halla en el terreno de la práctica; y según lo ha observado el duque de Edimburgo después de la conferencia de M. Nordenfelt, este inventor ha dado un gran paso hacia la solución, que tendrá mucha importancia para las futuras guerras marítimas. Sin embargo, podríamos preguntarnos, suponiendo que el problema estuviese completamente resuelto, cómo podrá la tripulación del barco submarino, tan próxima al buque enemigo en el momento de la explosión, escapar bastante á tiempo para no quedar aniquilada á su vez por el mismo golpe dirigido contra su adversario.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

El hipócrita Mani nos dice que muy pronto se franqueará aquel mal paso; pero la verdad es que el jefe, no osando ya negarse á conducirnos al volcán, por temor á nuestras carabinas, trata de hacernos desistir, aumentando las dificultades de la empresa. Durante cinco horas mortales, remontamos con mucho trabajo la corriente en medio de oleadas de espuma, que se deslizan á cada paso sobre las rocas pulimentadas; doce veces nos vemos obligados á cruzar el torrente, luchando contra furiosos torbellinos, para buscar un sitio practicable, y con frecuencia nos hundimos hasta los hombros en estas aguas, que nos parecen de hielo. Por lo demás, el paisaje es maravilloso; por ambos lados elévanse perpendicularmente á la altura de 50 á 100 metros las paredes de roca, compuestas de conglomerado oscuro, por las que se precipitan frescas cascadas; largas cortinas de bejucos y de orquídeas bajan hasta las aguas, ocultando en parte grandes cavernas, llenas de moles desprendidas, las cuales exploraríamos de buena gana si pudiéramos detenernos en medio de tan difícil camino. Sobre nosotros, una espesa bóveda de helechos arborescentes y de amentáceas deja filtrar los rayos del sol, produciendo los más hermosos efectos de luz sobre las aguas que se precipitan formando una serie de mugientes cascadas. Nuestros Bagobos, cuyo traje se reduce á un calzón de abacá de vivos colores, y que empuñando siempre su lanza están diseminados, comunican al conjunto un carácter extraño, mágico; y si no estuviésemos empapados hasta los huesos, molidos y llenos de contusiones, podríamos creernos juguetes de un sueño.

Al fin salimos de este torrente de Tagulaya, cuyas maravillas y dificultades no olvidaré jamás; después franqueamos una cuesta escarpada, y por fin llegamos á las doce de la mañana, rendidos de fatiga, á unas casetas rodeadas de pequeños campos de maíz: es la ranchería de Tagaydaya, perteneciente al dato Bitil, aliado de Mani. Los Bagobos de Tagaydaya no han visto nunca europeos, y al principio parecen desconfiar de nosotros, pero tranquilizados después, nos dan los pocos víveres de que pueden disponer, y uno de mis muchachos les compra cinco pollos por algunas cuentas de vidrio y varias chucherías que apenas valen 30 céntimos.



Viaje á Filipinas. - Paso del torrente Tagulaya

Por la noche, Mani, Bitil y todos sus hombres celebran consejo, entablando unos *bitchara* (discusión, conferencia) interminables. Uno de nuestros compañeros, que comprende bien el dialecto bagobo, nos dice que, juzgando por la prueba de esta mañana, les parece demasiado difícil desanimarnos, y los Infieles se resignan á conducirnos directamente al pie del volcán.

8 octubre. – Uno de nuestros compañeros, resintiéndose del día de ayer, ha tenido un fuerte ataque de fiebre, mas espero que mañana se hallará en estado de seguirnos. Por desgracia, su indisposición persiste; y como los pocos recursos de la ranchería de Bitil, y los escasos víveres que llevábamos no nos permiten diferir la ascensión, es preciso dejar al enfermo en Tagaydaya, con una provisión de quina, al cuidado de uno de sus amigos y de dos hombres de los más cansados.

El 9 proseguimos nuestra marcha, franqueando el monte Pupug, de 789 á 1080 metros de altura, que se extiende en una ancha meseta cubierta de bejucos con flores sonrosadas (1), y de una vegetación magnífica. La temperatura del suelo se eleva marcadamente, y el aire está impregnado de un olor sulfuroso; al pie de la vertiente norte del monte Pupug franqueamos una de las fuentes del Tagulaya; en la orilla opuesta, al principio muy escarpada, la vegetación cambia completamente: á las esencias que hasta aquí dominaban, sucédese un bosque de helechos arborescentes de 10 á 20 metros de altura, cuyos troncos, así como el suelo, están cubiertos de una espesa capa de musgo y de líquenes (2); la humedad es extremada; el agua se desliza por el terreno, por los troncos y las hojas, comunicando al paisaje el aspecto de un bosque submarino. A las dos de la tarde, la pendiente se suaviza, y penetramos en el lecho de un torrente casi seco, donde nos detenemos una media hora: este punto se halla á 1680 metros de altura, y los indígenas le llaman *Badayán* ó *Siribán*.

Proseguimos nuestra marcha siguiendo el lecho del torrente formado por una profunda cortadura de la montaña, donde deben producirse numerosas cascadas cuando llueve. Por fortuna, apenas hay agua ahora, y conseguimos, no sin dificultad, franquear las enormes moles que encontramos á cada paso. La fatiga de nuestros hombres, pesadamente cargados, es extremada; uno de ellos pierde el conocimiento y se deja caer sobre una estrecha cornisa, al borde de un abismo; la asfixia pulmonar es inminente, y con mucho trabajo podemos conducirle al punto en que acampamos, á la altura de 2229 metros. Estamos en medio de los helechos de escasa talla, impregnados de humedad, tanto más incómoda cuanto que durante la noche mi termómetro de mínima desciende á 8°.

Aquí cesan los informes de nuestros indígenas. Vemos muy distintamente el volcán, del que me apresuro á sacar un croquis. El Apó nos presenta su vertiente sud, dividida por una ancha grieta, de la cual se escapan nubes de vapores; nos parece infranqueable, y en su consecuencia, no pudiendo subir sino por uno de sus lados, nos decidimos por el del este: nuestra inspiración ha sido feliz, porque es el único camino practicable.

10 octubre. – Aunque hayamos alcanzado la altura de 2229 metros, aun podemos subir bastante más; y durante dos horas la marcha es sumamente penosa. Los helechos arborescentes han desaparecido á la altura de 1900 metros, y ahora nos hallamos en medio de una compacta espesura de vegetales de la misma familia, pero subarborescentes; sus troncos ramificados y nudosos constituyen un compacto y mullido lecho, sobre el cual no se puede avanzar sino saltando de una rama á otra. Después de sufrir muchas caídas, de ninguna gravedad, pero cuya repetición es muy fatigosa, alcanzamos el punto en que la vegetación, achaparrada y clara (3), no es ya un obstáculo (2370 metros de altura). Se comienza la ascensión propiamente dicha en medio de moles de *andesitas* y de cenizas, cubiertas en gran parte de una capa de azufre de uno ó dos centímetros de espesor; en los huecos de las rocas, lavadas por frecuentes lluvias, encontramos agua muy buena, que nos alivia mucho. La ceniza aglomerada retiene los fragmentos de andesita, que forman escalones muy cómodos.

A las diez estamos en el borde de la gran grieta mediana que distinguíamos ayer; su anchura es de unos 50 metros, y sus paredes verticales de una elevación que varía de 20 á 60, componiéndose de una mezcla de andesitas y cenizas; de ellas se escapan, produciendo un agudo silbido, chorros de ácido sulfuroso, cuya blancura se destaca vivamente sobre el tinte amarillo de la espesa capa de azufre que tapiza toda la grieta. El suelo comienza á ser abrasador, y la aridez más marcada; sólo algunas matas se cruzan en medio de las cenizas.

En este punto los indígenas se detienen vacilantes; pero viéndonos resueltos á seguir avanzando, un esclavo viejo que se precia de tener algo de mágico dice á sus compañeros que pueden seguirnos sin temor, pues acaba de ver á *Mandarangán* salir del cráter y perderse en medio de las nubes. Al oir esto, varios indígenas gritan que también lo han visto ellos; y tal vez digan más verdad de lo que piensan, pues la llegada de los europeos al santuario, hasta entonces respetado, de una divinidad bárbara, es un paso más en la senda de la civilización, ante la cual deben desaparecer, en efecto, los dioses del asesinato y de la esclavitud.

A medio día llegamos al pie del cráter, donde hay un vallecito cuyo lado norte, menos alto que el opuesto, parece la cima del volcán, visto desde Davao. En este momento hubiera podido hacer interesantes observaciones sobre la topografía del país, pero las nubes nos invaden. A pesar de todo, resolvemos terminar la ascensión, y sin dejarnos imponer por la verticalidad de la vertiente exterior del cráter, llegamos á la cima sin grandes dificultades, gracias á la disposición de las moles de andesita, que forman casi en todas partes una escalera bastante cómoda. En el momento mismo de llegar al término de nuestra ascensión, las nubes que nos rodean se oscurecen, y al punto nos inunda una lluvia fría y compacta.

(Continuará)

(1) Familia de Melastómeas.

(2) *Hypnum, Usnea, Sticta*, etc.

(3) Los *leucopogon* (Epacrídeas) abundan en este terreno de cenizas entre los 2,000 y 3,000 metros de altura.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1886 — Num. 235

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡DEMASIADO TARDE!.. cuadro de A. de Wahl

Presentado en la Exposición de Berlín. (De fotografía directa de F. Hanfstangl de Munich)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡DEMASIADO TARDE!... cuadro de Wahl

Este lienzo, altamente dramático, une á sus excelentes condiciones artísticas, la circunstancia de ser una lección de alta moral, más comprensible, y por ende más eficaz, que si se desprendiera de un tratado de filosofía.

Un avaro sin conciencia, un usurero sin corazón, ha sacrificado al culto del Dios Oro los más naturales sentimientos, los impulsos que la Providencia ha impuesto hasta en las fieras. La víctima ha sido su propia hija; una criatura inocente á la cual ha privado de todo, de sustento cuando lo pedía su cuerpo, de aire cuando lo demandaban sus pulmones, de expansión cuando lo reclamaba su alma, de caricias cuando las exigía su noble corazón. Aprisionada, asfixiada, atrofiada en una malsana buhardilla, la pobre flor, sin luz, sin sol, sin cuidado, ha muerto lentamente, sin que su larga agonía haya despertado el menor sentimiento en el envilecido pecho del autor de su vida.

Un día, empero, la muerte, más generosa que ese padre, ha batido sus alas sobre el misero lecho de la joven; y el sórdido avaro ha comprendido toda la extensión de su crimen. Entonces ha ido en busca de sus tesoros, ha desparramado junto á la cama de la moribunda el dinero, las joyas, las mil y una prendas, adquiridas al precio de una transacción vergonzosa entre su avaricia y su conciencia.

¡Es demasiado tarde!... Ha sonado la hora de la libertad y del remordimiento. El cielo llama á su ángel y la expiación comienza para un miserable.

Tal es el drama que Wahl ha representado de una manera gráfica. En presencia de ese cuadro, las almas nobles se sobrecogen y comprenden que el arte puede llegar á ser uno de los grandes instrumentos del estigma de Dios.

LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze

Este paisaje causa frío, frío en el cuerpo y frío en el corazón.

La figura que lo anima atrae privilegiadamente las miradas, porque esa pobre mujer es la representación de la miseria, abrumada, más si cabe, durante el invierno. La naturaleza vegetal se ha desprendido de sus galas; pero no parece sino que al mismo tiempo se ha desprendido de sus necesidades. Diríase que ha dejado de vivir transitoriamente, hasta que un rayo de sol de abril la llama á la resurrección anual. Mas la infeliz habitante de la cabaña no se aletarga como los árboles, ni se aletargan sus hijos, que tienen frío, que tienen hambre, que tienen necesidades en todas las estaciones y más en la estación del invierno. Por esto la madre solícita desafía la inclemencia del tiempo, y pisando nieve y sin reparar que la escarcha destruye su semblante, se dirige al campo, al bosque; do quiera que la Providencia haya dejado algo para remedio de los pobres durante los días de la gran crisis.

Bien poco es lo que aprovecha: los mismos pájaros la han hecho competencia en descubrir el último grano perdido en la inmensidad de los prados, el último fruto olvidado en la elástica rama de los árboles. Gracias si recoge algunos tallos secos para reanimar la escasa lumbre del frío hogar. El pobre que en invierno se calienta, puede decirse que medio come.

El autor de este cuadro ha pensado y hecho pensar en los que, durante los eternos días de invierno, tienen hambre y tienen frío... Es una obra meritoria que realza el indudable valor artístico de la composición.

EL VICE-CÓNSUL RIVADENEYRA EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico J. L. Pellicer

Adolfo Rivadeneyra, hijo de D. Manuel, que con la edición de la *Biblioteca de Autores españoles* levantó el mayor monumento dable á las letras patrias, fué nombrado, hace algunos años, vice-cónsul de España en Persia. Por una anomalía que ocurre tarde ó nunca en España, el vice-cónsul hizo lo que no hace ningún *vice* en nuestra tierra de garbanzos, y entre las pruebas que dejó de su fina observación y de su elegancia de estilo, figura un curioso libro ó viaje á Persia, en cuyas páginas encontró el señor Pellicer el asunto de su cuadro.

Representa éste la llegada á Dizful de Rivadeneyra, acompañado del gobernador de la provincia y de numerosa escolta. A la vista de la población, que se divisa en lontananza, son recibidos por los derviches y funcionarios de todas clases, procediéndose á los sacrificios de reses, entre ellas una vaca blanca, que puesta en la punta de una pica por el más anciano de los santones, equivale á decir:

—Sean Vds. bien venidos.

Los restos de los animales sacrificados se ceden á la multitud, que nunca es poca, y más en los pueblos orientales, donde hay algo que llevar gratis á la boca.

Pellicer pintó este cuadro con presencia de apuntes tomados sobre el terreno por el propio Rivadeneyra y con sujeción á las indicaciones de éste tocante á efectos de luz, de colores y de localidad. Esto dice el artista con su habitual modestia; pero nosotros, que en ese lienzo encontramos rasgos dignos de Horacio Vernet, diremos á nuestra vez que cuando no se dibuja y no se agrupa y no se combina y no se pinta como Pellicer pinta, combina, agrupa y dibuja, es perfectamente inútil buscar en libros y relaciones de viajeros lo que no ha de encontrar el vulgo de los artistas á tanto el metro.

Y en prueba de ello, publicamos en este mismo número algunos de los apuntes con que el señor Pellicer se previno para la ejecución del cuadro, apuntes dignos de su lápiz, seguro como el de muy pocos maestros. No es, por lo tanto, de extrañar que este lienzo, después de haber llamado la atención en la Exposición de Madrid (1877) y en el Salón de París (1878), decore hoy los salones de la Presidencia del Consejo de Ministros, por más que su adquisición sea honra, ya que no provecho, del Ministerio de Estado.

Á TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

Inspirados por la frase francesa *si vieillese pouvait*, se han pintado muchos cuadros, y no hay para qué decir que en todos ellos hay algo picaresco que constituye la síntesis de la obra. Conciliar la malicia con el buen parecer, armonizar la picardía con la decencia, fuera de la cual el arte pierde uno de sus mayores atractivos, desciende de la región de la poesía y se enfanga en el lodazal de un materialismo repugnante, es el mayor mérito que puede contraer el artista que aborda asuntos arriesgados de suyo. Y este mérito ha demostrado poseer el autor de nuestro cuadro, pues sin ocultar su intención, ha sorteado perfectamente los escollos de la empresa.

Aparte estas consideraciones, la factura de la obra es franca y muy bien pensada á un tiempo; es decir, que el estudio concienzudo, perfecto, de las figuras, no afecta en lo más mínimo á la espontaneidad de su ejecución. Bien concebido en su conjunto, rico en detalles, espléndido en todo, este lienzo no podrá nunca relegarse al montón de cuadros que constituyen el innumerable martirologio de las vulgaridades artísticas.

DE VUELTA DEL RIALTO, cuadro de M. Wood

Los ingleses son apasionados por Venecia. Ellos sostienen la escasa vida de la que fué un día reina de los mares. En el Rialto se celebra el mercado diario, y en él ha encontrado Mister Wood el delicioso ejemplo de la joven veneciana que ha reproducido acertadamente. Su belleza característica, su perezosa actitud, su abandono y hasta dejadez, muy propias de las hijas de Venecia, hacen de este cuadro un verdadero y estimable tipo.

REGRESO INESPERADO, cuadro de Lojacono

Los modernos pintores napolitanos y sicilianos hacen prodigiosos estudios de efectos de luz, alardeando de ellos particularmente en la pintura de horizontes despejados y límpidos, como lo son por lo común los que sirven de fondo á Nápoles y á Palermo. Esta circunstancia no puede apreciarse en un simple grabado. Pero como el cuadro de Lojacono es recomendable, además, por la claridad del concepto, por la naturalidad de sus personajes y por la sobriedad de los recursos empleados por el artista, sin perjuicio de la vida que todo él respira; nuestros favorecedores deben estimarlo en cuanto vale, que ha de ser mucho cuando se ha apresurado á adquirirlo un *amateur* tan inteligente como el rey de Italia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA COSECHA DE PATATAS, dibujo de L Hermitte

Unicamente á los grandes dibujantes les es permitido arriesgarse en este difícil género de manifestaciones artísticas. Botessini arrancaba acentos llenos de melodía á un contrabajo; L'Hermitte produce maravillas de dibujo con un pedazo de carbón. Esto prueba que, dentro del arte, el instrumento es lo de menos y lo de más son las manos que el instrumento manejan.

¿QUÉ ES EL VULGO?

¿Dónde está la pastora?

Desde que oí decir á cierto personaje de una comedia, muy popular en su tiempo: «el vulgo, hija mía, es casi todo el mundo,» me anda por la cabeza la sospecha de que el autor de la comedia mentada estuvo á punto de asentar una verdad como un templo; y de que solamente le faltó para ello suprimir el *casi*.

Para mí está fuera de discusión que una de dos: ó no hay vulgo, ó todos somos vulgo; bien que me inclino más á lo último que á lo primero.

Aquella frase que tan frecuentemente y con tanto encomio suelen citar algunos: *no hay hombre grande para su ayuda de cámara*, pudiera tener su contraria, que también es cierta: *en la intimidad no hay hombre pequeño*. Como que, en último resultado, lo pequeño y lo grande son mera cuestión de distancia y de perspectiva.

¡Vulgo! ¡vulgo! ¿Y qué viene á ser eso? ¿Hay efectivamente vulgo? Y si lo hay en efecto, ¿dónde está?

La Academia española, en su Diccionario de la lengua, contesta de este modo á mi pregunta: «VULGO.—El común de la gente popular ó plebe.» Donde se echa de ver que los autores del diccionario son literatos y sabios y eruditos. Si los encargados de redactar esa especie de código del lenguaje hubieran sido simples obreros, sin cultura intelectual y sin conocimientos literarios, de seguro habrían dicho que el vulgo es la BURGUESÍA; palabreja francesa que ahora usamos muy frecuentemente los españoles.

Porque la idea de vulgo es puramente subjetiva. Para el poeta es vulgo y archi-vulgo y hasta vulgacho el que no logró nunca *elaborar* una redondilla. Un maestro tenía yo, para quien era vulgo todo aquel que no había estudiado matemáticas. El músico reputa vulgo al comerciante; y el que consagra su actividad y su inteligencia á las transacciones mercantiles, no concibe que un hombre se pase meses y aun años enteros llenando de figuras un trozo de lienzo.

Pero no se trata por ahora de lo que la Academia dice, ni de lo que puedan pensar éstos ó los otros caballeros particulares: que el sabio llame *vulgo* á los ignorantes, que para el rico sea vulgo todo pobre, se comprende y es lo usual; pero, ¿es eso realmente el vulgo? y dado que, en efecto, lo sea, ¿dónde comienza la ignorancia á ser vulgar? ¿dónde principió á dejar de serlo la sabiduría?

Porque, como me apuren Vds. un poco, voy á negar que haya ignorantes y voy á negar que haya sabios.

Admitiré, cuando mucho, que todo eso de la ignorancia y de la sabiduría es, como lo grande y lo pequeño, simple ilusión óptica, mera idea de relación.

Voy á suponer, á fin de aclarar el concepto, que el lector benévolo pasea conmigo por las calles de Sevilla: entre los numerosos transeuntes con quienes tropezaremos en nuestro paseo, los hay de seguro altos, muy altos, y bajos; flacos y gordos; hermosos y feos; niños y ancianos. Los unos andan en coche, á pie los otros. Este reirá, aquél llevará la desesperación ó la ira pintada en el semblante; pues bien, si en lugar de observar desde la calle misma, observásemos desde lo alto de la Giralda, por ejemplo, los altos y los bajos, los feos y los hermosos, los viejos y los niños, alegres y tristes, jinetes y peatones quedarían reducidos á una misma talla y á un solo aspecto; como si dijéramos, á la condición de vulgo. Vistos desde lo alto, para nosotros serían todos unos; y muy pequeños todos.

Si en vez de subir á la Giralda hubiésemos ascendido en globo, habríamos llegado á perder de vista por completo á todos los que tan variados matices nos ofrecían; los edificios más elevados, la Giralda misma, los picos de las montañas, todo lo que tan gigantesco nos parece, se empequeñecería á nuestra vista.

Sigamos elevándonos, aunque sólo sea con la imaginación; continuemos alejándonos de la torre, y colosales montañas y mares inmensos se reducirán á nada. Veremos nuestro planeta del tamaño de cualquier estrella, ó dejaremos de verle á fuerza de aparecer pequeño. Esas diferencias de tamaño que aquí advertíamos, esas distancias que nos parecían inmensas, todo eso que juzgábamos grande se halla contenido en un punto apenas perceptible.

Pero hagamos la observación en sentido inverso. Y ya que en Sevilla comenzamos nuestra observación, continuémosla en Sevilla.

Si comparamos la catedral, por ejemplo, con una casucha del barrio de Triana, ¡qué asombrosa diferencia de dimensiones y de mérito artístico hallaremos entre uno y otro edificio! Pero aproximémonos á la catedral, mucho, mucho, mucho, hasta tocar en ella con las narices; aproximémonos después á la casucha del mismo modo; y nuestra vista sólo abarcará en el uno y el otro edificio un trozo de igual magnitud.

Es decir, que los conceptos de pequeño y de grande han menester para tener existencia, que haya la distancia conveniente: nos alejamos demasiado de los objetos y dejan de ser grandes; nos acercamos mucho á ellos y dejan de parecernos pequeños.

¿Por qué no hemos de admitir que sucede algo parecido á esto en lo que se refiere á las grandezas y á las pequeñeces morales?

Vistos desde la Giralda todos los hombres aparecen de igual estatura: mirados desde algún observatorio moral todos los hombres parecerán de la misma ignorancia.

La distancia que existe entre el hombre más sabio de la tierra y el más ignorante, no puede ser mayor, en lo moral, que la que en lo físico existe entre el pico más alto del Himalaya y el nivel del mar.

Esta distancia, sin embargo, aparecería reducida á la nada si pudiésemos observarla desde cierta altura; ¿qué parecería la diferencia entre el ignorante y el sabio, mirada desde la sabiduría absoluta? El sabio más sabio del mundo ignora infinitamente más de lo que sabe.

Por eso los ignorantes y los sabios aparecen confundidos é iguales cuando se les mira desde lejos.

Y si se les mira desde muy cerca... ya he recordado al comenzar la frase célebre de no recuerdo quién: *No hay hombre grande para su ayuda de cámara*; ya he dicho que podría agregarse á esa esta otra: *En la intimidad no hay hombre pequeño*.

¿A quién no ha ocurrido alguna vez, ó muchas veces, aproximarse lleno de respetuoso temor á uno de esos portentos de la humanidad y después de haber conseguido el altísimo honor de ser admitido á su presencia, quedar desencantado y perplejo? ¿Y es esto nada más, ese coloso de la ciencia? se pregunta uno á sí mismo.

En cambio, ¿quién no ha encontrado miles de veces hombres sin instrucción, personas sin cultura, que allá, á la buena de Dios y *á la pata la llana*, discurren con suma claridad y dan solución pronta y acertada á las más arduas dificultades de un negocio intrincado?

¡Y parecía tonto este hombre! salimos diciendo después de conversar un rato con el ignorante.

Quedamos pues... ¿en qué?

En que, ó no hay vulgo, ó en que, si lo hay, el vulgo es siempre para todos... lo que está lejos; á la distancia suficiente para que parezca igual todo.

Eso es el vulgo.

A. SANCHEZ PÉREZ

LA VIÑA DEL SEÑOR

POR DON PEDRO MARÍA BARRERA

El mismo día que el alcalde de A... mandó fijar en la plaza de la villa la lista de los mozos sorteables de la quinta de 1862, se presentó en la secretaría municipal el tío Canina, padre de uno de los interesados, preguntando por qué razón el Pato (abreviatura que significaba Patricio To-melloso), cortijero, de veinte años cumplidos, sin padre ni madre, sobrino del tendero de paños y baye-

APUNTES PARA EL CUADRO *El Vice-cónsul Rivadeneyra en Dizful*, DE NUESTRO DIRECTOR ARTÍSTICO J. LUIS PELLICER



tas y novio de Pepa, la hija del aperador del síndico del Ayuntamiento, no figuraba, como uno de tantos, entre los que corrían peligro de soltar la azada para coger el chopo.

Examinó el secretario los borradores de la lista, y notó la falta.

Dijo, sin embargo, que allí constaba incluído; se mandó á uno de los alguaciles descolgar la tablilla en que dicha lista estaba expuesta al público, y, como es consiguiente, en la lista había la misma falta.

– Aquí no aparece, – exclamó el secretario. – Es indudable que el escribiente, por involuntario error de copia, ha dejado de incluirlo.

El denunciante, que milagrosamente pasaba su vida manejando un arado,—y digo milagrosamente, porque tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando, y no manejando, – comenzó á echar por su boca tales lindezas contra el escribiente y el síndico y el municipio en masa, que el acto de la reclamación concluyó con esta orden verbal del alcalde:

– Póngase al Pato en la lista de los mozos del sorteo, y que metan á este cernícalo en la cárcel, antes de que yo tenga tiempo de meterle de un silletazo el esternón en la espalda para qué aprenda á hablar delante de la autoridad.

Cuando el secretario y el escribiente quedaron solos, aquél exclamó, con acento á la vez enérgico y reposado:

– Tengo seguridad de haberte dictado ese nombre que has suprimido en los borradores y en la lista. ¿Qué significa esto?

Pálido, temblando y lloroso, el escribiente contestó:

– Significa que soy un tuno; que merezco un presidio. Al llegar el último invierno mi mujer no tenía refajo, ni yo capa, ni mis hijos vestidos. Gracias al tendero, que me fió géneros, no nos hemos muerto de frío. Como no he podido pagarle, hace algún tiempo que no deja de mandar recados á mi casa preguntando que en qué pienso; y el domingo pasado fuí yo á decirle que no me apurara, porque no tengo una peseta. Estaba allí su sobrino, y poniéndole una mano en el hombro, dijo el tendero dirigiéndose á mí:

– Haz que éste no entre en la quinta, y te prometo que no vuelvo á pedirte nada hasta que tú puedas pagarme. Ya sabe V. por qué he hecho la picardía que acaba de



descubrirse. Ahora haga V. de mí lo que quiera: yo mismo me delato.

– Ni tú te delatas, ni yo te oigo, ni eso que dices es otra cosa que una estúpida mentira, inventada para no confesar que ni al dictado escribes con sentido común. ¡Si te conoceré yo á tí! Como eso fuera verdad, que no lo es, te juro que habías de arrastrar una cadena. ¡Bonito soy yo para aguantar pillerías de nadie! No se hable más del asunto.

– Este hombre es un ángel, – exclamó el delincuente para sus adentros; y el secretario para los suyos decía entretanto: – Yo en su caso hubiera hecho lo mismo que él: ¡lo mismo! ¡lo mismo!

Llegó el sorteo, y la tercera ó cuarta bola favoreció al Pato con el número uno. Se apresuró el huérfano á poner en conocimiento de Pepa que podía ir haciéndole una escarapela roja para el sombrero, y la pobre muchacha, pasadita de amor hasta los tuétanos, se dió tal pechugón de llorar, que si las lágrimas se tomaran á cuenta de reales para redimir del servicio de las armas, le hubieran sobrado muchas, después de pagar los cuatrocientos duros que por la redención exigía la ley.

– ¿Por qué no vas á ver á tu tío? acaso él querrá prestarte el dinero para que te libres.

– Mi tío ya ha hecho lo que ha podido; pero no ha servido de nada.

– Su tienda es la que más vende; si no te pone un hombre, será porque no quiere.

– Es que tampoco quiero yo. Ni él tiene obligación de hacerlo, ni yo le he de pedir lo que nunca podría devolverle. Pero, mira, eso no importa: me han asegurado que no llega á diez kilómetros, no recuerdo si es kilómetros como se llaman, lo que tengo más de la talla. Hasta que nos citen para la declaración de soldados, sólo comeré lo indispensable para no morirme de hambre, sólo me acostaré cuando esté cayéndome de sueño. Además, voy á andar todos los días unas cuantas leguas, llevando encima el peso que mis fuerzas resistan. Además, media hora antes de que me tallen, haré que el barbero me afeite la cabeza. Además, cuando me metan en la talla me encogeré todo lo que pueda. ¡Ya ves tú si con tantas precauciones hay casi seguridad de menguar esos kilómetros que me sobran, ó como se llamen!

El día de las grandes amarguras de los padres, las madres y las mozuelas enamoradas, el Pato, que había cumplido al pie de la letra su plan para menguar de estatura, se colocó en la talla descalzo, con la cabeza más mondada que los pies, encogido, rígido, y dispuesto á dejarse desollar vivo antes que ser declarado soldado.

Empeñado él en ser de granito, y el tallador en volverlo más elástico que la goma, cada uno puso de su parte lo que pudo para lograr su intento. Sudaban uno y otro: daban resoplidos como fieras acorraladas; la numerosa concurrencia que, separada del estrado por una barandilla de hierro, presenciaba apiñada la lucha, lanzaba gritos y apóstrofes desaforados.

– ¡No sea V. bestia! ¿Va V. á hacer pedazos á ese hombre para que crezca en un minuto lo que no ha crecido en veinte años?

– ¡No sea V. ganso! ¿No ve V. que se encoge? ¿No ve usted que se comba? ¿No ve V. que no toca con la espalda la talla?

El alcalde no cesaba de tocar la campanilla y de amenazar con que iba á llenar los calabozos de la cárcel con los que más alborotaban. El secretario, sin alterarse, le apaciguaba de vez en cuando, diciéndole:

– No se irrite V.; nosotros en su caso haríamos lo mismo.

De pronto, levantóse de su asiento un sargento de la guardia civil que presenciaba la medición desde un extremo del estrado: separó al tallador, cogió con cada mano una oreja de Patricio, le puso en la boca del estómago la rodilla de la pierna derecha, hizo presión, y el pobre novio de la hija del aperador del síndico fué dando tanto de sí, que acabó por tener muchos kilómetros, como él decía, sobre la estatura exigida para vestir un uniforme del ejército. Desde aquel momento ya no pensó el quinto más que en tener frecuentes coloquios con su novia, en lucir una hermosa escarapela bordada por Pepa, en reponer las fuerzas perdidas y en recorrer las calles de la villa con los otros quintos cantando coplas al compás de las guitarras. El secretario del Ayuntamiento los condujo á todos pocos días después al Gobierno civil de la provincia para verificar la entrega en caja, y nadie volvió á tener noticias directas del Pato, hasta que, algunos meses después, su desconsolada novia recibió una carta en la cual, debajo de un corazón verde atravesado por una flecha encarnada, habían escrito con tinta azul lo siguiente:

«Querida prima: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo. La mía es buena á Dios gracias, para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, como me toca de obligación. Prima: esta sólo se dirige para decirte que sepas que no te he escrito antes porque bien sabes que no entiendo de pluma, y no he tenido quien me escriba, hasta que hoy lo hace el cabo Terrones, lo cual que se digna de ser mi amigo, porque aunque es clase no es vanidoso, y es el cabo más querido de los jefes y las mujeres, por ser el mejor cabo del ejército del mundo terráqueo. Prima: sabrás como estoy siendo de la sexta compañía del batallón de cazadores de Alcántara, número 20, que es el mejor batallón de las Españas, porque sabrás que en la guerra de Africa los de mi compañía nos llenamos de gloria, que fué en el boquete de



Anghera y barranco del Infierno, el 25 de noviembre de 1859, donde, aunque nos quedamos en cuadro, mi compañía sola escabechó muchos moros, por lo que dieron una cruz pensionada al cabo Terrones, que desea conocerte, y me encarga que te dé expresiones de su parte, porque, aunque es clase, estima á todas las personas de mi particular aprecio. Si ves á mi tío, dile que ya estoy al corriente de mi obligación, y que ahora voy á destruirme en la lectura y escritura, porque el capitán de mi compañía se empeña en que los números que no saben eso son unos borricos y que no son verdaderos números sino aprendiendo á leer y escribir de corrido, como el cabo Terrones. Lo cual que á éste le estoy muy agradecido y le he dado palabra de convidarle en un establecimiento de bebidas, por lo que si puedes mandarme algún dinerillo con alguna persona que venga por Aranda de Duero, donde estamos de guarnición, te lo agradeceré mucho. Y no cansando más, darás expresiones de mi parte á tus padres, y á mi tío, si le ves, y á todas las personas de tu particular aprecio, y dime todo lo que pasa en el pueblo, y recibe el corazón de este que te quiere y lo es tu primo – *Patricio Tomelloso*.»

Recibió Pepa la carta del Pato como reciben los campos las lluvias de primavera, y se apresuró á contestarla, guardándola en el seno, donde la llevó dos meses que tardó en recibir otra. La segunda ocupó aquel dulcísimo nido hasta que tuvo la tercera, y la tercera, escrita ya por su mismo novio, llegó á hacerse pedazos con el calor y contacto del pecho ceñido por el corsé.

***

Mientras el Pato continúa comiendo rancho y manejando un fusil, veamos lo que ha pasado en la villa á los demás personajes de esta verídica historia.

Desde el día que los quintos de 1862 dejaron sus hogares para ir á ser entregados en caja, el hijo del tío Canina, que se había librado del servicio por tener un nú-



LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze

mero alto, comenzó á rondar la calle á Pepa, dando cada suspiro que levantaba el empedrado y hacía huir á las gallinas que picoteaban las hierbezuelas nacidas entre las piedras. La muchacha, que no era corta de genio, apenas se enteró de lo que aquello significaba, llamó desde una ventana á su nuevo pretendiente, y sin andarse en chiquitas le largó esta andanada:

– Oye, tú, sin vergüenza; ¿sabes lo que te digo? Que si tu padre ha podido quitar la libertad al Pato, denunciándolo para que lo incluyeran en la quinta, ni tú, ni tu padre, ni todos los Caninas del mundo juntos, le podríais quitar la novia, porque lo que á mí me pide el cuerpo es un Pato y no un mastuerzo como tú.

Para indicar que no tenía más que decir y que no necesitaba respuesta, Pepa cerró de golpe y porrazo la ventana, dejando al hijo de Canina como el que ve visiones; pero el discurso no debió producir el efecto que Pepa esperaba, porque ni el empedrado ni las gallinas de la calle se vieron libres de los suspiros del mozo.

No está averiguado todavía si la insistencia del desdeñado pretendiente obedecía á instigaciones del amor, ó si era fruto de intrigas de la codicia: la gente se inclinaba á esto último, porque los Caninas no tenían sobre qué caerse muertos, y el padre de Pepa poseía un olivar, una casa y unas cuantas ovejas.

Fuera lo que fuese, aquel moscón estaba empeñado en que habían de ser pares, aunque le habían dicho que nones, y preciso es confesar que si no se salió con la suya, hizo por salirse milagros de terquedad y de paciencia.

Su padre acudía á la plaza todas las mañanas á la hora en que los jornaleros se reunian allí en busca de trabajo, y bullendo de corro en corro promovía pláticas tan sabrosas como estas:

En un corro:

– Dios guarde á la buena gente.

– Dios guarde á V., tío Canina.

– ¿Qué hay de nuevo?

– Usted dirá.

– Parece que unos segadores que han venido de tierra de Castilla han contado que el Pato es el soldado más borracho y más pendenciero que hay en el ejército: yo no lo creo.

– Ni nadie lo creerá: el Pato es de la calidad de la carne sin hueso ni piltrafas: no tiene desperdicio.

– Parece que los mismos segadores añaden que se pasa la vida jugando: unas veces con las cartas y otras con las mujeres: yo no lo creo.

– Eso último lo oirá su novia con el mismo gusto que si le arrancaran las muelas; pero su hijo de V. bailará de alegría por si él, sin jugar, sale ganando.

– Mi hijo sospecha que Pepa empieza á pasar fatigas por él y á no pasarlas por el Pato: yo no lo creo.

– Pepa sería una mala mujer si no esperase á su novio, que así que cumpla con la reina vendrá á cumplir con ella.

En otro corro:

– Dios nos dé muy buenos días.

– Tío Canina, santos y buenos.

– ¿Qué noticias corren?

– Las que V. traiga.

– Yo no sé nada. Malas lenguas aseguran que el secretario del Ayuntamiento es un ladrón, que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero: yo no lo creo.

– Hace V. bien, porque todo el pueblo sabe que el secretario es el hombre más bueno que come pan.

– También se cuenta que el señor alcalde es otro ladrón, que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen la que les corresponde y la que no les corresponde: yo no lo creo.

– ¿Cuánto paga V., tío Canina?

– Yo no tengo nada, y al que no tiene, el rey le hace libre; además, ya he dicho que no lo creo.

– ¿Y no ha oído V. algo más?

– Sí que he oído. He oído que el síndico es otro ladrón, que se entiende con el escribano, á fin de que siempre que llamen á éste para hacer un testamento, ponga que el difunto deja una manda al síndico. Y he oído que luego se reparten las mandas entre el síndico y el escribano: yo no lo creo.

Como se ve, aunque el tío Canina tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando de un arado, no echaba en olvido que sus desahogos al reclamar la inclusión del Pato en el sorteo de la quinta le habían costado estar preso, y había buscado y encontrado el modo de injuriar á todo el mundo sin peligro inmediato de hacer otra visita al carcelero. Por aquello de que de todo tiene la viña del Señor, el secretario del Ayuntamiento que, como ya hemos visto, era harina de otro costal, consiguió que el alcalde y los regidores aceptaran por artículos de fe los puntos siguientes:

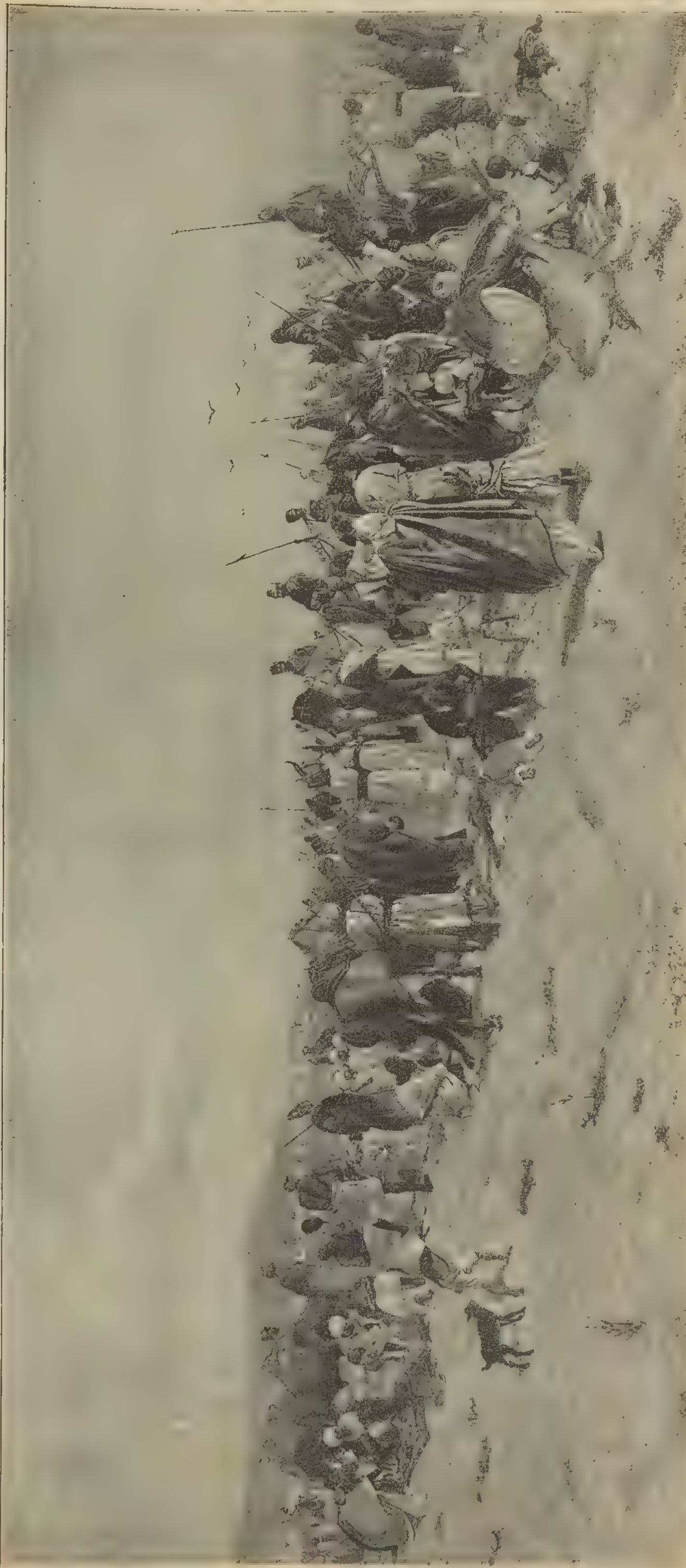
(Continuará)

EL RAMO DE MARGARITAS

(Conclusión)

La habitación en que se hallaba, tenía, como todas las de la quinta, una puerta de cristales que daba á un ancho balcón corrido. Estaba en el piso segundo, pero Santiago creyó fácil descolgarse al principal y desde éste al jardín; pues el edificio no tenía gran altura.

Comenzó á poner en práctica su descendimiento, y agarrándose al extremo de los hierros del balcón, se dejó caer, pero al llegar al piso inferior, resbaló, dió de espaldas con un cierre de cristales entreabierto, y cayó casi redondo al lado de Mercedes.



EL VICE-CÓNSUL RIVADENEYRA, EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico, D. J. Luis Pellicer



Á TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

¡Momento de asombro!

Mercedes asustada se puso en pie; Santiago se quedó tan inmóvil como la *estatua de magnesia* de la fábula de Miguel de los Santos Alvarez.

La joven fué la primera que se repuso, diciendo:

– Ha hecho V. una cosa incomprensible. Váyase usted, váyase inmediatamente.

– ¡Ah! Señorita, permítame que la explique...

– Nada, no es necesario.

– Sí que lo es, óigame V., se lo suplico...

Y se interrumpió; no hallaba palabras, luchaba contra su timidez y su emoción.

Por fin pudo decir:

¡Voy á volverme loco!

Había tanta verdad y tanta consternación en esta frase, que Mercedes, conmovida y con la encantadora sencillez de sus pocos años, preguntó:

– Con que, ¿tanto me quiere usted?

El joven, en el colmo de la desesperación, levantó la cabeza, y atreviéndose á mirarla por vez primera de frente, la soltó esta respuesta á modo de escopetazo:

– No, señorita; V. se ha equivocado.

Al oir estas palabras, que eran como un insulto, Mercedes se puso encendida y luego pálida; cerráronse sus ojos, vaciló y hubiera caído al suelo á no sostenerla Santiago.

La cogió en brazos, y la llevó al sofá; una de las microscópicas chinelas se desprendió de su pie, y cuando el aturdido joven la tomaba para colocarla en una silla, oyó un grito comprimido, y halló á su lado á D.ª Genoveva.

Retrocedió, y tropezó con un velador lleno de objetos de china, que cayó al suelo con gran estrépito

– Pero ¿qué es esto? ¿por qué está V. aquí? ¿por dónde ha entrado? preguntó D.ª Genoveva.

Santiago señaló al balcón balbuceando:

– Por ahí... una casualidad... no venía á este sitio...

– Lo cual, – pensó el ama de llaves, quiere decir que se dirigía á otro. ¡El pobrecito se ha equivocado de balcón!

Y satisfecho su amor propio, prodigó sus cuidados á Mercedes, mojándole con agua las sienes; pero, á los pocos momentos, oyóse ruido en la escalera y en los corredores.

– ¡Vienen! – dijo Santiago.

– Váyase V. en seguida.

– Pero...

– Váyase V., ¿no conoce que es preciso? – y al mismo tiempo D.ª Genoveva levantaba el velador y los objetos caídos. No se deje V. nada, repuso viendo que Santiago buscaba algo en el suelo.

He perdido la petaca y el saca-trapos.

– Tenga V., lléveselo V. todo. Vamos, de prisa, ya están aquí.

Y diciendo estas palabras, la pobre señora, azorada, llenaba los bolsillos de la cazadora de Santiago con cuantos objetos hallaba á mano.

Llamaron á la puerta, gritando:

– ¡Mercedes! ¡Mercedes!

– ¡El marqués! – exclamó D.ª Genoveva. – ¡Por Dios! váyase V., – y le empujaba por la espalda.

El desgraciado joven salió al balcón, se descolgó al jardín, atravesó éste corriendo, abrió la puerta de la verja, y se lanzó á campo atraviesa.

XI

– ¡No has armado mala trapatiesta! la casa del marqués es un campo de Agramante.

– ¿Qué dice V., tío?


DE VUELTA DEL RIALTO, cuadro de Mister Wood

-En todo hay límites, pero tú los traspasas todos. ¡Entrarse en el cuarto de una joven! ¡y el primer día!..

-¿Con que se ha sabido?

-¿Pues qué, somos sordos? ¡floja tremolina que hiciste! veladores caídos, doncellas desmayadas: ¡válgame Dios!

-¡Ah! tío ¡qué desgraciado soy!

-El marqués está hecho un tigre. Me he visto negro para aplacarle un poco; le he ofrecido lo que era de cajón, que te casarías con su hija.

-¡Ah, tío! ¿qué ha hecho usted?

-No, no te alteres; ni él ni su hija quieren oir hablar de ti.

¿Ni ella tampoco?

-Está hecha una panterita contra tí, te detesta; ¿qué la has hecho?

-¡Oh, tío!

-Y la verdad, me daba lástima: lloraba como una Magdalena.

-Pues qué, ¿se habrá atrevido su padre á levantar la mano?

-Peor que eso.

-¿Peor?

-La vuelve á las Salesas, de donde la había sacado hace tres meses.

-¿Al convento?

-Sí.

¡Y yo tengo la culpa! ¡Bestia, animal! - exclamó Santiago levantándose de la mesa en donde estaba almorzando, y encerrándose como un loco en su cuarto en donde comenzó á dar vueltas como una fiera, mientras que el general, que en su interior celebraba la audacia de su sobrino, tomaba pacíficamente café.

Santiago, un poco más tranquilo, buscaba una petaca en el bolsillo de la cazadora que la noche anterior había dejado en una silla; y comenzó á sacar objetos acusadores que le llenaron de emoción: una cinta, un guante, un pañuelo marcado con una M, y, ¿lo creerán Vds? una chinela tan mona y tan diminuta, que parecía hecha para el pie de un niño.

Y al considerar aquellos despojos, reconstruyó á Mercedes, como Cuvier á los animales antidiluvianos; el pelo por la cinta, la mano por el guante, la boca por el pañuelo y el pie por aquella chinela maravillosa.

Se enterneció, sintió remordimientos, se figuró el convento con sus claustros y sus celosías y, tomando su sombrero con expresión enérgica, exclamó:

-¡No, yo no lo puedo consentir; voy á decir la verdad al marqués!

Desde aquel momento se trasformó en un héroe de resolución. Fué á la cuadra y ensilló él mismo su caballo, y después de cerciorarse de que llevaba en el bolsillo todos los objetos pertenecientes á Mercedes, montó, y comenzó á trotar en dirección á la quinta del marqués.

Era ya algo tarde, pero ¿qué importaba? Él no hubiera podido dormir tranquilo sin desfacer aquel agravio.

XII

En setiembre los días ya son cortos, y Santiago llegó á la quinta poco antes de anochecer.

La puerta de la verja estaba abierta.

Entró, y encontrando un criado le preguntó:

-¿Está en casa el señor marqués?

-Sí señor, hace un instante, cuando he ido á encender luces, le he dejado en la sala del piso bajo.

-¿Es allí, donde brilla aquella luz?

-Sí señor.

Llegó casi á la carrera, subió cuatro escalones, empujó una puerta de cristales y... se quedó estupefacto.

Mercedes sola estaba allí.

-¡Ah! -exclamó el pobre Santiago.

-¿Supongo que no es á mí á quien busca V.? balbuceó la joven.

Santiago hizo un signo negativo.

-¿Supongo que será á D.ª Genoveva?

El atortolado mancebo hizo un nuevo esfuerzo para hablar, pero se le trabó la lengua.

-Hace V. bien en amarla, -repuso Mercedes con acento indefinible. - Es una excelente señora que no tiene más ridiculeces que cualquiera de su edad

Estas palabras, y sobre todo la expresión con que fueron dichas, devolvieron á Santiago el uso de la voz.

Pero, ¿qué dice usted? ¿amar yo á esa señora?

-¿A qué fingir? lo sé todo.

-¡Fingir! yo...

Ella me lo ha contado, incluso lo de pisarla el pie debajo de la mesa.

Santiago, petrificado, había vuelto á quedarse mudo.

-Buenas noches, -dijo Mercedes, -voy á avisar á doña Genoveva.

-¡Oh! -exclamó el pobre joven alargando los brazos en ademán suplicante.

-¿Qué significa esto?

-¿Usted ha podido creer...?

Pues, no siendo esa señora, ¿qué le trae á V. aquí?

Santiago, incapaz de explicarse, sacó apresuradamente de sus bolsillos un ramillete de margaritas, que había hecho en el camino atándole con la cinta perteneciente á Mercedes, un pañuelo, un guante, y la linda chinela, poniendo estos objetos sobre una mesa próxima.

-¿Qué hace usted? - dijo atónita la joven.

-Estas cosas son de V. y se las devuelvo, -y al mismo tiempo, antes de dejarla, llevó á sus labios la preciosa chinela.

Mercedes hizo ademán de irse.

-¡Por Dios! no se vaya usted!

Ella se detuvo y le miró con fijeza; él bajó los ojos desesperado, porque no hallaba palabras para desahogar su corazón.

La joven dió algunos pasos hacia la puerta, y él, viendo escapársele la última ocasión de justificarse, anhelante, loco, dió un soplo á la bujía que alumbraba la sala.

Mercedes dejó escapar un grito; y como si la oscuridad hubiera hecho nacer la verbosidad del tímido amante, exclamó.

-No se vaya V., óigame, no tema V. nada de mí; moriría mil veces antes de ofenderla. Soy un tonto, un idiota; lo que V., y todos, suponen atrevimiento no son más que torpezas y necedades, que constituyen una especie de fatalidad inherente á mí. Todos mis esfuerzos para desengañar á V., se vuelven en contra mía; he querido huir por pura timidez y he caído en su cuarto de V.; y mire usted, creo que no tengo yo solo la culpa, sino sus ojos de usted, que al mirarme me causan un mareo que me hace enmudecer; y si no, ya lo ve, apenas nos hemos quedado á oscuras, he podido hablar, bien ó mal; he podido decir á V. lo que la decía á mis solas, porque, sépalo ya: yo la amo como un loco.

¡Qué bien finge V.!

¡Fingir yo! ¡Ah! no me conoce V.; en otra ocasión le dije que no la amaba y entonces sí que creo que sin saberlo mentía... Ahora... Ahora.. ¡Tenga V. piedad de mí! no sé lo que me digo.

-Encienda V. la bujía, dijo Mercedes conmovida;


EL BEBEDOR DE AGUA, bosquejo de E. Manet

-mi padre vendrá de un momento á otro.

-¡Mejor! que venga; hace poco le buscaba para suplicarle de rodillas que no recayese en V. la culpa de mi torpeza; yo no puedo consentir que por causa mía vuelva usted al convento. Yo creo que el marqués se hará cargo de mi situación, que comprenderá la estúpida fatalidad de mi carácter... y si V. fuera tan buena que me perdonara..

Encienda V. la bujía; se lo ruego.

-Una palabra todavía ¡Dios mío! ¿qué haría para convencer á usted?

-Es inútil, estoy convencida.

-¡Ah! ese tono me da á entender lo contrario.

-¿Cómo he de decirlo?

-De modo, ¿que me perdona usted?

Sí.

Santiago encendió un fósforo y luego la bujía con temblorosa mano.

XIII

Mercedes ocultó el rostro entre las suyas.

-¿Usted me perdona? ¡No sabe el bien que me hace!

Y repuso con íntima expresión:

-Ahora me siento aliviado de un peso horrible; hasta creo que tendré valor de mirar á V. cara á cara.

-Míreme pues, dijo la joven separando las manos.

Santiago clavó en ella sus ojos; y ella, con ese maravilloso instinto de la mujer, leyó en aquella alma amante y leal, y le presentó la mano derecha.

El pobre, se puso muy pálido y no se atrevió á tomarla; su timidez era la mejor prueba de sus torpezas anteriores.

Entonces ella alargó aquella misma mano á la mesa próxima, tomó el ramillete de margaritas y le llevó á los labios...

¿Qué puede haber después de este idilio si no la prosaica, pero dulce realidad?

Las antorchas de Himeneo; la luna de miel, esta vez sin menguante; y al cabo de cuatro años, tres sobrinitos saltando sobre las piernas del general Arizcum.

Parece ser que desde dicha fecha se habían acabado las torpezas de Santiago.

F. MORENO GODINO


REGRESO INESPERADO, cuadro de Lojacono


Viaje á Filipinas.—El volcán Apó; vista tomada á 2200 metros de altitud

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Apenas puedo distinguir el interior del cráter, que mide unos quinientos metros de diámetro, y que, así como sus costados exteriores, está cubierto de una vegetación achaparrada de enebros. Espesas nubes ocupan el fondo; y para mayor desgracia, Marcelo, mi fiel muchacho, que me ha seguido hasta aquí con la mayor docilidad, detiénese extenuado á unos cien metros más abajo que yo, sin que le sea posible sobreponerse á su fatiga ó al vértigo. No puedo consultar el barómetro si no voy al sitio donde Marcelo se halla; pero el error que de esto resultaría es muy pequeño, pues sólo puede afectar á la evaluación de la altura comprendida entre el lugar de la observación y la cima del cráter, error que no excederá de veinticinco metros, cantidad pequeña para una altura total de 3,133. El termómetro marca 15° centígrados sobre cero.

Con la mayor rapidez posible emprendemos la bajada, porque debe temerse el mal tiempo. No tardamos en volver á estar á 2,400 metros de altura, y ahora la atmósfera es clara y serena: detrás de nosotros, el cráter, que parece desprendido de las nubes, destácase como una gigantesca muralla ruinosa, con su pico denticulado; alrededor de nosotros extiéndese una vasta alfombra de azufre, cuyos contornos se pierden en los tintes violáceos de un nimbus que se desliza perezosamente á nuestros pies; sobre esta cortina de nubes contemplamos un panorama espléndido: los espesos bosques que cubren los flancos del Apó, y más lejos las aguas azules del golfo, donde las puntas de Dumalac y de Malalac, las islas de Samal y de Talicud se proyectan sobre un fondo verde oscuro.

No disfrutamos largo tiempo de este maravilloso cuadro, pues al llegar á la región de los helechos subarborescentes, una copiosa lluvia nos impide ver, helándonos hasta los huesos; en este temporal pierdo la mayor parte de las plantas que he recogido en la cima, y aguantando un diluvio llegamos á nuestro espantoso campamento de ayer, donde pasamos la noche en un montón de ramaje formado apresuradamente por nuestros hombres.

11 octubre. Estamos calados hasta los huesos cuando amanece; pero un buen fuego y algunas tazas de café nos reaniman. Acto continuo levantamos acta de la ascensión, y encerrámosla en una botella, que se cuelga de la rama de un árbol. Decimos á los Bagobos que es una autorización en debida forma, permitiendo á todos ir á recoger al volcán la cantidad de azufre que quieran.

Pasamos la noche en la ranchería de Bitil, donde tenemos el gusto de hallar á nuestro compañero libre de la fiebre y completamente restablecido.

12 octubre. – Proseguimos nuestra marcha, dejando á la derecha el magnífico torrente de Tagulaya, que tanto nos costó remontar el día 7: Mani no tiene hoy ya razón alguna para imponernos é imponerse á sí mismo la prueba del agua; nos conduce por un sendero muy practicable que sigue la cresta de las alturas de la orilla izquierda del torrente, y nos dice que si no nos lo ha indicado á la venida era porque teníamos prisa al parecer, y aquel camino era el más largo. Esta explicación nos satisface, pues nuestro objeto esencial se ha conseguido; y por fortuna, encontramos también caballos, que no esperábamos ver más. A las tres de la tarde llegamos á la ranchería de Mani, donde se nos dice que una de sus mujeres ha fallecido la víspera. Tememos que la coincidencia de nuestra ascensión con esta muerte sea considerada por los Bagobos como un indicio de la cólera de Mandarangán, y, que según su costumbre, traten de aplacar á su divinidad con algunos sacrificios humanos. El señor comandante Rajal llama á Mani aparte, y hácele sobre este punto las recomendaciones más terminantes y severas. El dato jura por la memoria de su madre que no se verterá sangre alguna, promesa que, según supe meses después, cumplió fielmente.

13 octubre. – Volvemos á entrar por la mañana en Davao, donde produce no poco asombro el buen éxito de nuesta empresa, que los indígenas y los Bisayas habían considerado irrealizable. Estamos algo cansados, pero muy contentos, y por mi parte conservaré el más agradable recuerdo de esta excursión, durante la cual, á pesar de las fatigas y de algunas privaciones inevitables, ha reinado la mejor inteligencia, gracias á la amabilidad del comandante Rajal y á la buena voluntad de todos.

VII

Á TRAVÉS DE MINDANAO

4 noviembre 1880. – Emprendo la marcha hacia el interior: mi proyecto es atravesar Mindanao de sud á norte, franqueando las montañas centrales que separan las vertientes sud y norte de la isla. Llegado á las orillas de la bahía de Butuán, daré la vuelta por la península de Surigao, y corriéndome por la costa del Pacífico, volveré á Davao doblando el cabo de San Agustín.

Este itinerario es difícil de seguir: las dos únicas personas que le recorrieron en sentido inverso, los PP. Juan Heras y José Minores, me comunican bondadosamente todos los informes que han recogido, sin ocultarme los obstáculos probables, pues la estación no es conveniente. La monzón del sudoeste no ha terminado aún en la vertiente del golfo de Davao; más lejos hallaré la monzón del nordeste en toda su fuerza, y por lo tanto se deben temer abundantes lluvias. Sea como quiera, no puedo esperar seis meses el cambio de monzón, que en la costa del Pacífico no se producirá hasta el mes de mayo.

Salgo por la tarde en una grande y sólida barca, que me ha facilitado D. Basilio, antiguo vacunador (1) de la provincia, que muy á menudo me prestó servicios análogos con la mayor bondad durante mi permanencia aquí.

Preparo hace largo tiempo esta excursión, adoptando todas las precauciones necesarias para sacar el mejor partido. Mi sextante y mis cronómetros están encerrados en una caja muy sólida, ligera y bien seca; también llevo algunas conservas alimenticias, llegadas últimamente de Manila y una regular cantidad de víveres al abrigo de averías. A mis servidores agrego otros dos muchachos, Marcelo y Lorenzo; Flores, antiguo marinero de la escuadra de Filipinas, se encargará particularmente de la conservación de las armas; y acompáñanme además el cuadrillero de Davao, Francisco, á quien el gobernador Rajal ha tenido la bondad de conceder una licencia. Todos estos servidores son indios Bisayas; por guía é intérprete he tomado un anciano traficante que asegura haber estado en relaciones con los Mandayas y conocer perfectamente el dialecto; ha debido ocultar en mis bagajes alguna pacotilla, y sin duda espera obtener un gran beneficio, gracias á mi protección; pero yo también tengo mi pacotilla de objetos de latón y de quincalla, así como *coco crudo*, con lo cual espero vencer la desconfianza de los Infieles. En fin, como último argumento, llevo dos carabinas de dos cañones, una para mí y otra para Flores, con suficiente cantidad de municiones.

Una vez fuera del río de Davao enderezo el rumbo al norte, y á las siete de la mañana llegamos á la plaza de Cabayugán.

5 noviembre. – No salimos hasta las cinco de la tarde, pues nos detienen algún tiempo las calmas y los chubascos; y pasamos la noche un poco al norte del pueblo moro de Lasan.

6 noviembre. – Entro en el río Tagum á la hora de la baja marea, y obligado á detenerme por la violencia de la corriente, prosigo después mi marcha con ella á las dos de la tarde. El curso del Tagum, que se abre paso en medio de una llanura de aluviones, presenta una infinidad de sinuosidades que no pueden figurar en la carta geográfica; las orillas, al principio bajas, cubiertas de paletuvios, elévanse un poco más arriba de Bincungán, ranchería de moros asaz importante, donde me detengo á las seis. Aquí fué donde asesinaron par sorpresa, hace algunos años, al malogrado D. José Pinzó, gobernador de Davao, con una parte de su escolta. Estos miserables piratas de Bincungán me manifiestan al principio muy mala voluntad, pero nada más, porque han pagado cara su traición; uno de ellos cede á mis hombres algunos víveres, por los cuales pide seis reales; pero con aire desconfiado rehusa recibir el precio en dinero, y toma en cambio cierta cantidad de coco crudo, que sólo me ha costado dos reales.

7 noviembre. – La corriente del Tagum es cada vez más sinuosa y menos profunda: las sondas acusaban al principio cinco metros, y ahora sólo uno ó menos; de modo que mi barca toca á veces en la arena. Adelanto muy poco, y no llego hasta las seis de la tarde á Babao, primer pueblo mandaya. Los habitantes huyen al divisarnos. Como mi barca es inútil á causa del poco fondo, resuelvo enviarla á Davao con su tripulación y pedir á los Mandayas piraguas ligeras y remeros. Mi intérprete, cargado de regalos, marcha al bosque en busca de los fugitivos, y consigue traerme algunos; pero, como yo temía, el pobre diablo está muy lejos de hablar corrientemente el mandaya; por fortuna, este dialecto tiene mucha afinidad con el bisaya, y después de una interminable conversación, entorpecida por la estupidez y el aturdimiento de los indígenas, pero facilitada luego por numerosas libaciones, llegamos á entendernos. Mañana tendré tres ligeras embarcaciones que están amarradas en la orilla, y seis remeros que las conducirán cuando el río sea navegable.

(Continuará)


Viaje á Filipinas. – Panorama del golfo de Davao; vista tomada desde el volcán Apó á 2400 metros de altitud

(1) Generalmente, este cargo se ejerce por mestizos que reciben en Manila una instrucción especial, y que después pasan, á expensas del gobierno, á las diversas provincias de Filipinas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 5 DE JULIO DE 1886 — Num. 236

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

Á MERCED DE LAS OLAS, cuadro de M. Renouf

La idea del náufrago que disputa á la voracidad de las olas una existencia cada momento más amenazada, es siempre conmovedora y dramática. Esto explica porqué ha inspirado tantas obras de arte, y continuará inspirándolas, mientras el artista busque, como es natural, asuntos que interesen al sentimiento público.

El autor del cuadro que hoy publicamos acudió ya á ese sentimiento cuando expuso su inmenso lienzo *Los náufragos*, en el cual describió la prolongada agonía de los tripulantes de una lancha, perdidos en un mar proceloso. Seguro de sí mismo y de la bondad del argumento, Renouf ha pintado últimamente lo que pudiéramos llamar un detalle; y con tanto acierto lo ha verificado que difícilmente cabe excitar con mayor poder el sentimiento del espectador.

Si un náufrago es siempre interesante, mucho más ha de serlo ese pobre niño, arrancado sin duda por las olas á los brazos de su madre desesperada, y pendiente su vida de ese leño que la casualidad le ha deparado con la maligna intención de prolongar sus tormentos. Mas ya el pobre niño ha cesado de padecer: el instinto de conservación, mejor que la conciencia del hecho, lo tiene débilmente unido á ese pedazo de mástil: fáltanle las fuerzas, ha cerrado los ojos como el reo de muerte al descubrir el cadalso, y dentro de un instante...

Dentro de un instante todo habrá concluido; el cuerpo se hundirá en el abismo, y las olas, rodando con su implacable monotonía, borrarán el epitafio de ese sepulcro, imposible de colmar, que se llama el Océano.

Dada esta inspiración, dado este asunto, dígase si es posible ejecutarlo con mayor verdad y con mayor sobriedad de medios de los empleados por Renouf para llamar la atención hacia ese débil ser abandonado á merced de las olas.

LA CATEDRAL DE COLONIA

Por la grandiosidad del proyecto, por la elegancia y armonía de



Á MERCED DE LAS OLAS, cuadro de M. Renouf

sus líneas, por las bien estudiadas proporciones de sus diversas partes, por lo imponente de su conjunto y por la riqueza de sus detalles, la Catedral de Colonia debe considerarse la más importante y bien acabada construcción del arte gótico. Ante una obra de tanto aliento, el hombre se sentiría muy pequeño, si al fin y al cabo esa gran maravilla ojival no fuese obra de los hombres.

Concibió esta portentosa catedral el maestro Gerardo de Ryre y se colocó su primera piedra el día 14 de agosto de 1248. Sus torres, digno remate del edificio, tienen la elevación de 156 metros: no las hay más altas en Europa. Nuestro grabado representa una sección de la fachada principal tomada por su base. Ella basta para formarse idea de la riqueza del monumento: las esculturas que la adornan profusamente, sin que por esto se resienta su severidad, son del siglo XV y las ejecutó probablemente Conrado Cuyor.

El interior del templo en nada desmerece de su aspecto exterior. A la hora del crepúsculo vespertino, cuando las inmensas naves se hallan apenas alumbradas por la dudosa luz que penetra por los ventanales acristalados de colores, cuando el paso del *touriste* resuena bajo aquellas bóvedas que se elevan á más de sesenta metros, la imaginación tiende el vuelo en alas del sentimiento cristiano y se le figura que una legión de prelados, de príncipes y de artistas han abandonado sus sepulcros para ser testigos del asombro que causa su obra á los hombres del siglo XIX, á los hombres que han construido el istmo de Suez y perforado el San Gotardo; pero que han quedado muy rezagados en arquitectura cristiana, porque no tienen, ni en Dios ni en el arte, la fe que levantaba catedrales como la de Colonia.

MAGDALENA, cuadro de Pedro de Rotari

El autor de este lienzo es uno de aquellos pocos hombres que, cuando más extremadas eran las exageraciones de la rancia nobleza, ó sea á mediados del siglo XVIII, no creyeron incompatibles los laureles del artista con los blasones del aristócrata. Conde de Rotari le llaman los biógrafos y en la corte de Rusia encontró acogida digna de su cuna y de su talento. El Museo de Dresde, empero, es el que posee los más bellos cuadros de este pintor, incluso el que hoy publicamos. Por él se echa de ver que Rotari cultivó la buena escuela italiana. Su *Magdalena* es bella y no carece de sentimiento; pero en rigor ni su belleza es la de la penitente del desierto, ni su pena es la de la mujer arrepentida y sublimada por un amor tan intenso como inmaterial. Ello, sin embargo, no desmerece la importancia del autor y su obra es digna de figurar entre las valiosas reproducciones que valen á un artista el derecho de ocupar un sitio en la historia formal del arte.

UN APUNTE, de J. M. Marqués

A la vista de este dibujo sólo nos cabe decir que si su autor apunta siempre de la misma manera, muy á menudo dará en el blanco.

ASPASIA, escultura de Ernesto Herter

El autor de esa preciosa estatua suele inspirarse en los personajes de la antigüedad clásica. Su *Aquiles moribundo* y su *Patricia romana* le dieron justa reputación, á la cual ha puesto el sello con *Aspasia*, la célebre cortesana griega, la amante de Alcibíades, la oradora elocuente y disoluta, que debiendo estar en el vergonzoso gineceo, compartió legalmente el tálamo de aquel supremo magistrado que dió nombre á su siglo, el siglo de Pericles.

Herter ha dado en esta obra una prueba ostensible de que ha hecho un profundo estudio de la estatuaria griega, en la cual se traduce el carácter de ese pueblo, más que otro alguno adorador de la forma. La *Aspasia* de nuestro escultor es bella en todas sus partes y mereciera la calificación de correcta aun después de acostumbrada la vista á las estatuas de Fidias.

EL DRAMA BÁVARO

La reciente catástrofe que ha puesto fin á la vida de Luis II rey de Baviera, ha servido de epílogo á una existencia llena de insensatos desvaríos que tanta notoriedad dieron al desgraciado monarca. Juzgamos inútil describir el modo cómo el rey Luis y su médico Gudden han encontrado la muerte en las tranquilas aguas del lago de Starnberger, pues nuestros lectores deben conocerlo por los muchos detalles con que lo ha descrito la prensa de todos los países, y nos limitamos á publicar los retratos de los dos protagonistas de este drama, así como el del actual rey Oton I, heredero nominal del trono bávaro, desgraciadamente tan falto de juicio como su difunto hermano, y el del príncipe Leopoldo, que por esta causa ha debido empuñar las riendas de la regencia en nombre de su sobrino.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN LA ACADEMIA DE ESPAÑA

(Conclusión)

Por esta vez ha ocurrido lo que, según cuentan, hace mucho tiempo que no sucedía: las obras de los pensionados de escultura son superiores á las presentadas por los de pintura. Unos y otros han llevado á la actual exposición sus envíos correspondientes á los dos años que llevan pensionados y gracias á esto aumenta la importancia del concurso celebrado en estos días. Bansells, Barrón y Querol son los campeones que mantienen allí el arte caracterizado por Praxiteles y Fidias, y justo es confesar que si el primer impulso en pro de la excelsa causa no es muy fuerte, tiene grandísima intención y está perfectamente dirigido al fin que se han propuesto.

El orden alfabético que hemos establecido para estudiar las obras que han presentado, tiene en esta ocasión la ventaja de que nos lleva á tratar primero del pensionado de mérito señor Bansells, obligado en su primer año á presentar un bajo relieve. Esta declaración nos hace lamentar de nuevo el estúpido rigorismo del Reglamento á que está sujeta la mal llamada Academia de España en Roma. Pensándolo bien, ocurre con ésta lo contrario que con todas las demás que existen en España: aquí por condiciones especiales que enumeraremos en su día, vienen los artistas á momificarse por algún tiempo; allí llegan momificados ya; aquí vienen á sufrir desengaños, cuando sonríen ilusiones; allí se despiertan vanidades cuando el corazón está seco y tan extraño contraste hace pensar en la verdad de aquel loco que afirmaba estaban en los manicomios los francos, pues los disimulados conseguían gozar de libertad.

Hará V. una estatua, dice el Reglamento, tal vez cuando el joven artista sueña con las tenues líneas de un bajo relieve y le ordena hacer uno de estos cuando seducido por el Apolo del Belvedere ó por la Venus capitolina, anhela llegar á la realización de una obra bella desde todos puntos de vista. Si en la realización de una estatua hubiera menos dificultades que en las de un bajo relieve ó vice-versa, comprenderíamos aún que el Reglamento estableciera éste ó aquél orden; pero, ¿quién es el maestro que ha definido esto? Mirados con los ojos del alma los bajo relieves del Partenón, ¿pueden compararse en dificultades con alguna estatua? ¿Es más fácil realizar la Venus de Milo, que cualquiera de los grandes bajos relieves que pueden admirarse?

Tal vez se nos diga que la exigencia del bajo relieve es principalmente para probar lo que el artista vale en composición; mas para esto es preferible el grupo, obra á la que naturalmente se inclinan los artistas de verdad y que es, digámoslo así, el cuadro en escultura. Volvemos á decirlo, el Reglamento exigía y Bansells tuvo que hacer un bajo relieve y como si la imposición fuera escasa aún, hasta le determinó el género, prescribiéndole que el asunto lo debía tomar de la Historia Sagrada. Estas exigencias son aventuradas, pues de la Biblia pueden tomarse escenas nada edificantes que el Gobierno rechazaría después, faltándose á sí mismo: con arreglo al reglamento un pensionado de escultura puede inspirarse en los infundados temores que asaltan á las hijas de Loth ó puede representar alguna escena de la vida íntima del Santo y Sabio Salomón, ó queriendo justificar la cólera celeste, presentar interiores de Sodoma ó Gomorra antes de su destrucción ó la tremenda escena á que debió su salvación el Levita de Efraim, y juzguen nuestros lectores lo que resultaría de la obra del pensionado inspirándose en la Sagrada Escritura, para lo que sin duda y aunque fuera sólo como sobre ascuas, tendría que pasar por el Cantar de los Cantares. Pero detalles son estos en que no se fijó sin duda la inteligencia suprema que redactó la ley interna de aquel cuartel-convento: debió atender sólo al mérito incalculable que adquiría el Estado pensionando á quien le probó merecerlo justamente y no vió que le colocaba en la situación del infeliz sobrino á quien su rico tío le comprara frac con que asistir á suntuosos bailes; pero que no presentara al joven en parte alguna y lo tuviera trabajando todo el día.

El señor Bansells, que no es nuevo en el arte, escogió para asunto de su obra más que una escena, más que un momento indivisible, un drama tiernísimo, una serie sucesiva de impresiones que se reflejan plácida y dulcemente en el ánimo del espectador. La vida del precursor de Cristo, los actos, la muerte de aquel que con las aguas del histórico río que enriquece el lago de Tiberiades, determinó al redentor del linaje humano, ha servido de inspiración á distinguidísimos artistas cuyas obras son conocidas de todos, pero hasta ahora la pintura era la que había encontrado más campo para producir, inspirándose en la vida del Bautista: Ghirlandajo y Andrea del Sarto la explotaron casi por completo y de una manera admirable, dejando obras de eterna fama en los claustros de Santa María Novella y en la Hermandad de lo Scalzo, é incidentes aislados y presentaciones diversas han servido á muchos más para lucir méritos inolvidables. La escultura no se había ejercitado tanto en los asuntos señalados; salvo alguna que otra escena convencional, hecha más para adorno de iglesia que como obra de arte y alguna cabeza separada simulando la que, sobre repujado plato, fué presentada á Herodías, no recordamos obra alguna digna de particular mención. Bansells ha hecho una de la que se debe sentir orgulloso; tal vez en su ejecución no esté de acuerdo con las imposiciones modernas del arte, pero guarda intactas las venerandas tradiciones y la acusación de académico que no puede estremársele en modo alguno, es un elemento que hace bien á su producción por las condiciones particulares de la misma.

Titular la obra de este pensionado de mérito *La Degollación de San Juan Bautista* no nos parece propio: el Bautista ha sido degollado ya y sus discípulos se aprestan á darle sepultura; mas antes contemplan el inanimado cuerpo con religioso recogimiento, expresión en la que el artista ha sabido encontrar efectos que colocan su nombre muy alto. El cuerpo del Santo es tal vez demasiado rígido; la anatomía en el cuerpo muerto no resulta bien estudiada, mas en cambio la figura del discípulo que besa la mano de su maestro, sacrificado á temores de la que más tarde tuvo que seguir en el destierro á Herodes Antipas, complaciente juez en injusta causa, es muy notable. Perfectamente estudiada la composición, armoniosa de líneas en el conjunto y en sus detalles, llamaría justamente la atención. Aun posee un mérito más, muy digno de tenerse en cuenta, la escena presentada por el artista se halla tan bien sentida que no resultando arcaica en modo alguno, tiene carácter de época; hay en ella una suavidad de líneas tan grande, que resulta, siendo perfecto de proporciones, una creación artística de los primeros siglos; está impregnada del sentimiento cristiano más puro, y contemplándola se recuerdan sin querer las catacumbas y los primeros mártires, las escenas de caridad llevadas á cabo por aquellos que, á costa de su existencia, querían probar eran hermanos en la vida y en la muerte.

El *Acta martyrum* resulta puesto á contribución este año por los pensionados del cuartel-convento que el Gobierno español tiene aquí, para que haga el papel de Academia de Bellas Artes. Después de San Juan Bautista, Santa Eulalia. La confesión de la exaltada cristiana ante el pretor Daciano, ha servido á Barrón para asunto de su bajo relieve, esto es, para asunto de su *alto* relieve, que es lo que por ejecución resulta. Desde luego se advierte una cosa que salta á la vista y es que el autor no ha sentido el asunto como su compañero de quien hemos hablado. La composición resulta perfectamente estudiada, siendo sin duda de esto de lo que peca: Barrón no ha podido perder aún sus hábitos de escuela y es una verdadera lástima, pues tiene como escultor recomendabilísimas condiciones, que aparecen dominadas por hábitos académicos, que si pasaron en un tiempo, no pasan ya en nuestros días. Consideradas separadamente, las figuras de la obra son dignas de alabanza, mas dentro del cuadro revelan inexperiencia ó afán de conseguir efectos á los que puede llegarse por más legítimo camino: el artista lo sabe perfectamente, pero no ha querido probarlo, antes bien hace como que no lo sabe y de aquí los defectos que se le pueden señalar. Para conseguir una obra notable no eran necesarias tantas figuras como resultan aglomeradas allí y que sobran ciertamente: aquel lictor que apoyado en sus haces escucha como si formara parte del tribunal, no estaría con tanta confianza si respirara Daciano, y la vestal que cuida del fuego y el sacerdote de luenga barba, son personajes que huelgan allí; los pretores romanos no estaban asistidos por personajes religiosos como en la Edad media ocurría con los fanatizados jueces. Nerón, Domiciano, Adriano y Decio lo que exigían era que no fueran cristianos y que sacrificaran á los dioses sin decir á cuáles; de aquí que estén de más personajes en la composición y que se revele un sensible defecto. La figura más sentida es sin duda la de la santa; el artista, libre de sugestiones, inspirándose en los grandes ideales cristianos y sintiendo verdadero entusiasmo por aquella atrevida joven, ha puesto su alma en ella y resulta en actitud calmada, mas la expresión de aquel rostro es bastante para hacerla comprender valerosa y entusiasta de una causa que la arroba. ¡Cuánto más no valdría la composición toda, tratada con la sencillez con que el autor ha tratado á la protagonista!

El desnivel que hemos señalado entre el detalle y el conjunto, se revela de una manera más clara y perfecta en la figura del pretor Daciano. Quitada de allí tal figura, aislada como estudio de interés, en el que por partes iguales se quisiera dar importancia á los paños y al desnudo, nada tendríamos que decir, alabaríamos sólo; mas en el relieve hace un efecto deplorable. ¿Cree el señor Barrón que el hecho de haber sido enviado á Barcelona Daciano porque el emperador lo sabía *truculentiores expertus*, basta para suponerlo inmoral, mal educado é inconveniente, hasta el punto de presentarle medio desnudo en el tribunal? ¿Cree el señor Barrón que porque los pretores romanos han adquirido fama de crueles, que por haber condenado en algunos casos á jóvenes doncellas á penas en las cuales el pudor sufría tanto como el cuerpo, eran inmorales hasta el punto de administrar justicia con menos ropa que cuando se sale del baño? No por cierto; casi estamos seguros de que el distinguido artista lo sabe, pero la toga y la clámide no le parecieron de efecto: acudió al desnudo que manejó bien, pero que le paga mal por las condiciones en que lo ha empleado. Cuando la mártir cristiana no le hubiera inspirado ningún respeto, la presencia de la vestal aquella, le debió obligar á vestirse. De todos modos, la obra del distinguido pensionado será un elemento de fama en su vida artística y puede estarse seguro que el día que proceda libre de trabas de escuela y de imposiciones académicas, será una gloria de la patria.

El tercer pensionado de escultura es Agustín Querol, discípulo de Vallmitjana á quien honra sobremanera. Querol ha cultivado ya el género religioso y pocos de nuestros lectores desconocerán su *Mater dolorosa*, obra en la que al par de la buena ejecución, puede admirarse la más perfecta originalidad. Nada mas antiestético que esas vírgenes de corazón superpuesto, atravesado por siete espadones y al parecer descolgado de una armería de la Edad media: el primero que concibió en esta forma á la Santa Madre de Dios, debía de ser romo de ingenio ó demasiado presuntuoso, hasta el punto de concebir á la grey cristiana del todo obtusa: de otro modo no se comprende que tuviera que sacar fuera el corazón, para indicar claramente el lugar del daño y significar el dolor más grande, el de una madre que ve morir á su hijo, por una puñalada. Querol, separándose de trivialidad tan grande, presentó á la Virgen atristada, en el momento que oprime contra su pecho la corona de espinas que fué instrumento de martirio para su hijo.

En la ocasión presente ha dejado á un lado las tradiciones religiosas, para buscar inspiración en lo que le rodea: pensionado en una Academia donde no se aprende, ha vuelto sus ojos á la Roma que puede contemplar desde el histórico Gianicolo y en la historia antigua de este pueblo, que fué tan grande, halló elementos en que ejercitar sus poderosas facultades. El asunto no puede ser más terrible ni más dramático: Tulia, la hija de Servio, sabe que su padre ha sido asesinado; se ve reina, en lo que no han tenido pequeña parte sus criminales sugestiones y corre á saborear la satisfacción del trono, con aquel á quien sarcásticamente había dicho: *Devolvere retro ad stirpem, fratri similior, quam patri:* hace volar sus caballos hacia el foro, para dar á Tarquino la que en su ambición cree feliz noticia y una vez hecho esto al volver al

Palatino, pasando por la vía Cypria donde yace en su sangre el monarca asesinado á quien debió la existencia, nada le detiene y la biga pasa por encima, con horror de los que contemplan la escena y que llamaron á la calle *vía Scelerata*. De aquel sangriento drama el artista ha escogido la mejor escena, el momento en que el auriga mismo horrorizado, se vuelve hacia Tulia refrenando los caballos para pedirle órdenes, y ésta le manda seguir sobre todo.

Atento Querol al plano principal de la composición, se ha fijado, y ha hecho bien, en el grupo central, que es de indisputable mérito. La biga ha sido estudiada del natural en los bellos ejemplares que de tan antiguos carros se hallan en el Vaticano y en el Capitolio; el modelo constante ha servido á nuestro ilustre compatriota para el perfecto estudio de los personajes, y del natural también ha tomado los caballos, que resultan admirables, tal vez lo mejor de la composición. El movimiento en toda la obra se ve admirablemente representado; se ve desde luego la pasión vehemente en Tulia, el miedo y el horror en el cochero, el ímpetu violento en los fogosos animales que se sienten reprimidos con violencia y los personajes que se destacan en el fondo manifestando su horror con ademanes distintos, completan el cuadro.

Este fondo, que atentamente considerado resulta inocente y la figura de la derecha, que aunque buenísima como estudio del natural, resulta inestable dada la dirección de la escena, son los dos lunares de la obra, mas contribuyen poderosamente á quilatar los sobresalientes méritos de la acción principal. La figura de Tulia pudiera parecer desproporcionada dentro de la biga, más hay que tener presente el movimiento natural de la misma; está erguida por la violencia; como vulgarmente se dice, crece.

La apertura oficial de la exposición, en que se pueden admirar las obras que dejamos señaladas, tuvo lugar el día 11 de junio: allí, en la mal llamada academia, donde se obliga á los artistas á más de pagarlo todo, á que dejen de su escaso haber diez pesetas *por lo que pueda romperse*, nos parecía estar en España. Resultó lo peor posible: dentro del Salón, que no es nada grande, se colocó una numerosa orquesta que sobre quitar la mayor parte del espacio no dejaba ver las obras, por lo que acompañamos en su sentimiento al autor de tan descabellada idea. No felicitamos á nuestros ilustres compatriotas Espino, Bretón, Chapí, etc., pues aunque con la mejor intención y por una orquesta que tiene justa fama, quedaron EJECUTADOS. El embajador, jefe de la casa, llegó tarde, lo cual aumentó la impaciencia del público, formado por más de ochocientas personas que se agitaban donde cómodamente no se pueden mover doscientas; el cuerpo diplomático extranjero, falto de asientos, se paseó por las galerías y todo, todo, estuvo á esta altura.

Hubo faltas mayores por quien no debía cometerlas; se dieron tristes escenas que acusan los profundos vicios de aquella inútil institución en que tanto dinero se tira: de unas y de otras nos ocuparemos, si la índole de los sucesos nos obliga á ello.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LAS CUSTODIAS CLÁSICAS

de nuestras iglesias

I

Ya en otra ocasión (1) he hecho ligerísimas indicaciones de nuestras principales custodias góticas; ahora toca la vez á las que poseemos pertenecientes al tipo clásico, ó del Renacimiento, entre las cuales descuellan las de Avila, Sevilla, Valladolid, Palencia, Jaen, Baeza, Zaragoza, Alarcón, Segovia, Santiago y la grande de Cádiz, ciudad que tiene dos, por consiguiente: ésta y la gótica, apellidada «El Cogollo» de que ya en aquella ocasión se dió cuenta.

Las tres primeras son obra del más célebre platero que trabajó en este gusto, á saber: Juan de Arfe, nieto del no menos famoso Enrique, fundador de la dinastía y autor de las custodias de Sahagún, Córdoba y Toledo, como de tantas otras piezas de orfebrería eclesiástica. A su padre Antonio, también celebérrimo, atribuye Cean Bermúdez (2) haber sido «el primero que usó en España, en las piezas de plata, de la arquitectura greco-romana, desterrando la gótica, aunque la usó con columnas balaustradas y con excesivos adornos, que es la que llamaron plateresca (3).» Por desgracia, de todas las obras que á Antonio dieron fama, sólo parece haberse conservado la hermosa custodia de Santiago (1554).

Es esta de plata sobredorada, tiene $1^m,50$ de altura y consta de cuatro cuerpos, sustentados cada uno por seis columnas y adornados con estatuas. En el primero, un ángel sostiene el viril; ocupa el segundo la imagen del apóstol de Compostela; el tercero, la del buen Pastor, y el libro de los Siete Sellos el cuarto, sobre cuya cubierta, probablemente á causa de haberse perdido el remate, suelen colocar un ramo de flores naturales, al exponerla y llevarla en procesión (4). Por el carácter general de las obras de este artífice, corresponde su custodia al tipo de las de Zaragoza y Palencia, más que al de las de Avila, Valladolid y Sevilla, debidas á su hijo.

(1) Véase el núm. 233 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.
(2) *Diccionario*, I, p. 54.
(3) Este término hoy va mudando de sentido, aplicándose más bien al arte que combina el elemento gótico con el del Renacimiento; en vez de entenderse por él, tanto las formas de su tipo como de otro, con tal que presente riqueza excesiva de adornos.
(4) Completo mis ligeras notas personales con los datos que ha tenido la bondad de facilitarme el diligente catedrático del Seminario de Santiago, presbítero D. Emilio Villelga.

Respecto de éste, nada hay que decir, siendo el más célebre de nuestros plateros del Renacimiento. Fuera de su arte, se le deben también otros trabajos de mérito, ya de escultura en bronce, como las estatuas de los duques de Lerma, hoy en el museo de Valladolid, y hasta hace poco atribuídas á Pompeyo Leoni; ya de grabado, como las estampas del *Caballero determinado* ó el retrato de Ercilla; ya, por último, de ciencia, como sus tratados de *El quilatador de oro, plata y piedra*, ó el tan celebrado de la *Varia comensuración para la escultura y arquitectura*. El número de las custodias, bustos, cruces, porta-paces y demás alhajas que Arfe hizo fué extraordinario, y su fama tal, que no hay pieza de platería de estilo greco-romano que no se le haya atribuído, con tal de que tuviese algún mérito (5)

Ciñéndonos á las custodias, á él se debieron—por lo menos — las de Avila (1564 – 1571), Sevilla (1580 – 1587), Burgos (concluída en 1588), Valladolid (concluída en 1590), Osma y San Martín de Madrid. De ellas, por desgracia, se han perdido la de Burgos y las dos últimas (6).

La de Avila, que le encargó el cabildo cuando apenas contaba veinticinco años, tiene cerca de 2^m de altura, seis cuerpos, alternando los exagonales con los cilíndricos, sobre un basamento muy alto; profusión de estatuas; en el templete inferior, de gusto jónico, el grupo del sacrificio de Abraham; el viril, en el segundo, de orden corintio; en el tercero, compuesto, la Transfiguración; la Asunción de la Virgen, en el cuarto; de la bóveda del quinto pende la acostumbrada campana, y el sexto es una linterna, rematada por una cruz. El zócalo, los pedestales, los frisos, las enjutas, los fustes de las columnas: todo está lleno de relieves. La estructura, completamente clásica, es muy esbelta: sólo la afean las pirámides terminadas por bolas, que por entonces entran á sustituir á los pináculos góticos. Pesa más de cincuenta y cinco kilogramos y costó 1.907,403 maravedises.

La de Valladolid, donde habitualmente residía el artista leonés, es de la misma altura y muy semejante á la anterior, incluso en el peso de más de sesenta y seis kilogramos y el precio (44,649 reales), aunque el conjunto es menos elegante. Consta de sólo cuatro cuerpos, alternativamente exagonales y redondos también; en el primero de ellos se hallan Adan y Eva; en el segundo, el viril; en el tercero, la Concepción; y la rotonda que forma el cuarto termina por una pirámide, coronada por su correspondiente esfera, sobre la cual se alza la cruz.

La disposición de la de Sevilla, sin duda la más importánte de todas las de Juan de Arfe, el cual la reputa por «la mayor y mejor pieza de plata que de este género se sabe (7)», varía de las anteriores. Todos sus cuatro cuerpos son cilíndricos. Dentro del primero, puso el artista la estatua sentada de la Fe, sustituída desde 1668 por una imagen de la Concepción, obra de Juan de Segura y de gusto bastante inferior y menos puro que el de las restantes del primitivo artífice, muchas de las cuales rodean este primer cuerpo, coronado por una balaustrada, sobre cuyos machones, correspondientes á las columnas jónicas que la sostienen, se ofrecían «doce ángeles niños, con las insignias de la pasión (8),» sustituídos hoy por otros tantos «ángeles mancebos» que dice Cean, bastante barrocos. El segundo cuerpo, corintio, está ocupado por el viril, en medio de las figuras y signos de los evangelistas; en el tercero, se alberga el cordero Pascual; y la Trinidad en el cuarto, de orden compuesto, como el anterior y cerrado por una cúpula, sobre la que se eleva una linterna, coronada por la estatua de la Fe, obra también de Segura, que reemplaza á la primitiva cruz de Arfe y que ha desfigurado con su excesiva mole la elegancia del conjunto. Por último, la altura total de la fábrica es de cuatro varas; y su peso, tal como hoy se encuentra, de unos 435 kilogramos.

No se construyó esta obra sin grandes cuestiones. En primer lugar, para ello se deshizo la antigua custodia de Mateo y Nicolás Alemán (1515), acto de vandalismo, tal vez más frecuente todavía por aquellos tiempos que en los nuestros, pero que con razón promovió disturbios entre los capitulares. Además, para elegir el proyecto de la nueva alhaja, se abrió concurso, según la costumbre, entre varios plateros, siendo uno de ellos el famoso Francisco Merino, autor de la custodia de Baeza y de las urnas de Santa Leocadia y San Eugenio para la catedral de Toledo; y en atención á su nombradía y á pesar de haber sido preferida la traza de Arfe, el cabildo, á buen componer, le concedió una recompensa de diez mil reales por su trabajo.

La de Burgos, perdida y sustituída hoy por una moderna de metal, se componía sólo de dos cuerpos, jónico el inferior, como de costumbre, y corintio el de encima; pesaba once arrobas (110 kilogramos) y costó 235,664 reales. En ella, como en la de Osma (9), perdida también, y en la que hizo para la Hermandad del Santísimo de la parroquia de San Martín, de Madrid y que tampoco se conserva (según ya se ha dicho antes), ayudó á Arfe su yerno Lesmes Fernández del Moral. Era la última de tres cuerpos exagonales, concluyendo también con linterna y cruz, teniendo veintiseis kilogramos de plata y habiendo costado, sólo de hechuras, 16,813 reales.

(5) Buen ejemplo de esto es la inscripción apócrifa en la custodia de Sahagún (á pesar de ser gótica) que la da por obra suya, no siéndolo sino de su abuelo Enrique. – V. *Custodias góticas* en el núm. 233 de la LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA
(6) En la parroquia de San Martín se conserva un pequeño y sencillo templete de dos cuerpos, de bronce dorado (metal tan en uso por entonces), montado sobre un pie en forma de vástago que sale de una de esas urnas ó jarrones tan usuales á fines del siglo XVI y en todo el XVII, al cual parece pertenecer. Estos caracteres han hecho pensar á algunos si este templete sería la custodia de Arfe; pero basta verlo para convencerse de lo contrario.
(7) En la Descripción que, al acabar su obra, en 1587, hizo de ella al Cabildo, y que publica Cean *(Diccionario*, I, 60 y sigs.: nota).
(8) Idem idem.

A otros distintos artífices, y á muy diverso estilo, dentro del clásico (salvo la de Palencia), pertenecen las principales custodias de este gusto de que todavía debe hacerse particular mención

El estilo de Arfe tiene, en efecto, su carácter propio. De los dos tipos que el Renacimiento en España reviste, á saber: el rico, decorativo, suntuoso, cuya representación más antigua se halla quizá en la Cartuja de Pavía, y el rígido, austero, sobrio de San Pedro de Roma ó de la Sacristía nueva de San Lorenzo de Florencia, tipos ambos que tienen respectivamente su expresión después entre nosotros en la universidad de Salamanca y en las obras de Herrera, prefiere Juan de Arfe el segundo, subyugado por el prestigio del Escorial, mientras que su padre, Antonio, prefirió el primero). El mismo lo confiesa, cuando, al hablar de este «maravilloso templo» que «iguala en suntuosidad, perfección y grandeza á los más célebres edificios que hicieron los asianos, griegos y romanos,» aplaude con entusiasmo deje «por vanas y de ningún momento las menudencias de resaltillos, estípites, mutilos, cartelas y otras burlerías,» «flamencas y francesas (10)» y se refiera á la tradición de Vitrubio. Sus obras, así pues, son la traducción del estilo de Herrera en la platería, aunque algo más rico (por exigencia del material, siempre influyente en el arte), sobre todo, en los frisos, pedestales y fustes. Pero, á pesar de esta mayor riqueza, difícil sería hallar en sus custodias columnas balaustradas, doseletes y otros elementos de esa ornamentación profusa, cuya censura acaba de leerse. Podrían quizá sorprenderse en ellas ciertos comienzos de churriguerismo en otro orden, v. g. en las cúpulas abiertas, ó en el abuso de la vid y el racimo, que nuestros decoradores tomaron de los orientales y que luego ofrecerá, un siglo después, los horrores del retablo mayor de San Esteban de Salamanca: porque no obstante su intención de guardar en todo «significado», ó sea, lo que hoy diríamos «sinceridad constructiva,» esta era empresa por completo imposible para la arquitectura del Renacimiento, y de consiguiente para las artes de ella derivadas. Se había roto el vínculo entre la estética y la estructura de los edificios, cuyos miembros decorativos son tan falsos en manos de Arfe, como en las de Churriguera.

En la custodia de Palencia, obra de Juan de Benavente (1582), contemporáneo de Arfe, es tal vez en la que más domina el gusto greco-romano y la que mayor analogía guarda con las de aquél. Sin embargo, aun descontando las adiciones posteriores, siempre sus líneas presentan algún más movimiento y descomposición en el conjunto. De sus dos cuerpos, de orden corintio ambos (contra la regla general), el inferior contiene el viril y el superior la estatua de San Antolín, patrono de la ciudad, levantándose sobre una falsa cúpula la linterna, que termina en pirámide, coronada por la indispensable esfera. Es muy de notar que las estatuas de esta custodia presentan todavía cierto purismo gótico, que pudiera decirse, muy distinto sin duda del estilo arquitectónico de la obra, en cuyo conjunto se muestran de esta suerte tres estilos diversos.

F. GINER DE LOS RÍOS

(Concluirá)

LA VIÑA DEL SEÑOR

POR DON PEDRO MARÍA BARRERA

(Continuación)

1.° Que el escribiente era un pozo de ciencia.

2.° Que el escribiente trabajaba doble que cualquier empleado de cualquier oficina en que los empleados trabajasen.

3.° Que el escribiente estaba retribuído con mucha mezquindad y que era vergonzoso para la corporación no aumentarle el sueldo.

4.° Que urgía arreglar el archivo de la villa, cuyos documentos, revueltos y abandonados en los desvanes de la casa capitular á las ratas y las goteras, corrían peligro de ser destruídos, debiendo ser ordenados, clasificados y conservados con esmero.

5.° Que esta difícil tarea la desempeñaría como nadie el escribiente, aprovechando horas extraordinarias.

No creía el secretario lo que había hecho creer á los demás. En su opinión cuatro de los cinco puntos eran completamente mentira y el restante era completamente verdad; pero convencido de que su subalterno, honradísimo muchacho, unas veces porque en invierno se necesita abrigo para no helarse, otras porque en el verano hace falta ropa ligera para no achicharrarse, y siempre porque es preciso comer para no morirse de hambre, se veía obligado á emprender, contra su instinto y sus deseos, más de una y más de dos cosas reprobadas por la moral

(9) Véase la *Descripción histórica del obispado de Osma*... por don Juan Loperraez Corvalan. - Madrid, 1788, 3 vol.
(10) Documento citado, dado á luz por Cean.



LA CATEDRAL DE COLONIA



MAGDALENA, cuadro de Pedro de Rotari

y castigadas por el código, pensó que él estaba llamado á arbitrar medios para que aquel padre de familia pudiera seguir siendo un hombre de bien sin desfallecimientos, intermitencias, ni vacilaciones. Con tan caritativos propósitos se había impuesto la tarea de engañar á todo el Ayuntamiento, persuadido de que Dios no le pediría cuenta de aquel engaño, y el Ayuntamiento demostró que se había dejado engañar como un chino, acordando por unanimidad que el escribiente ascendiese á oficial con mil reales anuales más de sueldo, y que además, por una sola vez se le diesen otros mil reales, como gratificación por el servicio extraordinario de arreglar el archivo.

No tardó en saberse que el tendero había cobrado el piquillo que le adeudaba el flamante oficial de la secretaría. Con este motivo el tío Canina se expresó así en los corros de la plaza:

– Como los pobres estamos por un triste jornal desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, trabajando como negros para que el campo dé á los ricos buenas cosechas, parece que los del Ayuntamiento han tomado sus medidas para que las cosas varíen.

– ¿Y ha dispuesto que nos den más jornal y nos quiten horas de trabajo?

– Dicen que ha dispuesto que pague el pueblo cerca de cien ducados más al escribiente del secretario, que no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone: yo no lo creo.

– Si es verdad, Dios le dé viruelas al Ayuntamiento.

– Como nuestras pobres mujeres trabajan como negras desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, y están reducidas á comer mendrugos y un potaje de habas ó lentejas, y á no tener más ropa que cuatro guiñapos, parece que los del Ayuntamiento han tomado sus medidas para que las cosas varíen.



UN APUNTE, de José María Marqués

– ¿Y han dispuesto que se reparta comida y ropa?

– Dicen que ha dispuesto que pague el pueblo cerca de otros cien ducados, para que la mujer del escribiente, que todos los días come su buen cocido, y gasta buenos vestidos y buenos pañuelos de Manila, y no hace nada desde que el alba despunta hasta que el sol se pone, pueda pagar deudas contraídas para regalarse el hocico y lucir moños, perifollos y galas: yo no lo creo.

– Si es verdad, Dios dé un cólico cerrado al Ayuntamiento.

A fuerza de mala intención y de noticias falsas, el tío Canina llegó á ser una especie de catedrático al aire libre y de jefe de partido, á quien lo más ignorante y baldío de la villa escuchaba como á un oráculo. No limitaba sus ataques aquel ser venenoso á las personas cuyo descrédito pudiera interesarle desde cualquier punto de vista: la tranquilidad y la dicha ajenas le entristecían de tal modo, que el miserable sólo estaba contento cuando clavaba en alguien el diente.

Había entonces en la villa una mozuela muy hermosa, pero de tan poquísima aprensión y tan ligera de cascos que todo bicho viviente la señalaba con el dedo, y las demás mujeres, ricas y pobres, feas y guapas, creían que con sólo mirar á Mariquilla, que así se llamaba la infeliz, quedarían deshonradas en esta vida y condenadas en la otra. Aprovechando esta circunstancia, el tío Canina trató de introducir en los corros matutinos de la plaza la opinión de que todas las mujeres cojean del mismo pie. Un día pasó una señorita con su criada, y un jornalero, que era novio de ésta, dijo:

– La señorita Guadalupe ha madrugado hoy para ir á confesar; ¡Valientes pecados tendrá ese ángel de Dios!

– Hombre, – replicó el tío Canina; – pecado más pecado menos, tendrá los mismos que Mariquilla.

* * *

Volvió el Pato del servicio, más galán que Gerineldos



ASPASIA, escultura de Ernesto Herter

y más alegre que unas castañuelas. Pepa estuvo á punto de reventar de gozo. No faltó quien con piadosísima intención pusiera al licenciado al corriente de los suspiros pegajosos del hijo del tío Canina: pero el Pato que, contra lo usual, había aprovechado su vida de soldado para aprender mucho bueno y para olvidar algo malo, en vez de escupir bravatas y buscar camorra á su rival, lo que hizo fué darle las gracias.

– Si tú, – le dijo, – no hubieras sido un mal amigo y un moscón de siete suelas, no sabría yo toda la constancia del amor de Pepa. ¡Mira si te debo!... Yo la quería antes; hoy estoy tentado por ponerla en un altar, como á la Virgen. ¡Mira si te debo! En resumen, gaznápiro, te desprecio; pero nos has hecho tanto bien á ella y á mí, que hoy y mañana y siempre haré por tí todo lo que me pidas y yo pueda.

– Pues haz que tu tío me admita para llevarle las cuentas de su tienda, – le contestó el hijo de Canina con envidiable serenidad.

No había pasado una semana, y el tendero, á ruegos de su sobrino, ocupó en su establecimiento al desdeñado pretendiente de Pepa.

En los corros de la plaza se habló mucho del regreso del Pato.

– Ahora veremos si se ha vuelto borracho

– Ahora veremos si se ha hecho pendenciero.

– Ahora veremos si es jugador.

– Ahora veremos si se despepita por todas las mujeres.

Estas frases andaban de boca en boca, y el tío Canina solía añadir diplomáticamente:



LUIS II REY DE BAVIERA, † el 13 de junio de 1886

– Lo que veremos ahora es que los segadores que trajeron esas noticias eran unos grandísimos embusteros. Lo único que yo temo es que se haya vuelto flojo para el *arate cavate*. ¡Son tan malos jornaleros los que vienen de servir al rey!

El temor del catedrático al aire libre duró poco: á los dos días de estar el Pato en la villa, se le vió en los corros de la plaza con su azada al hombro buscando trabajo. Pasaron otros dos días y corrió la voz de que el novio de Pepa seguía siendo capaz de hacer lo que el más pintado. Poco después se supo que trabajaba de nuevo en el cortijo de su antiguo amo. Después se dijo que tenía algunos ahorrillos: que Pepa hacía á toda prisa su ajuar; que él había comprado una casita en los arrabales; que á ella le daban sus padres de dote seis fanegas de tierra y unas ovejas; que se casaban en seguida; que se habían casado; que no había matrimonio más ocupado en quererse y en vivir como mandaba la doctrina. Vacó una plaza de alguacil, por defunción del que la desempeñaba. Todavía no habían enterrado al muerto, y ya andaban unos cuantos golosos haciendo la rueda á la vacante. El tío Canina fué á casa del Pato.

– Aquí vengo, – dijo tomando un asiento que le ofreció Pepa, – á que tu marido se interese por este pobre viejo.

– ¿Qué es ello? - preguntó Patricio.

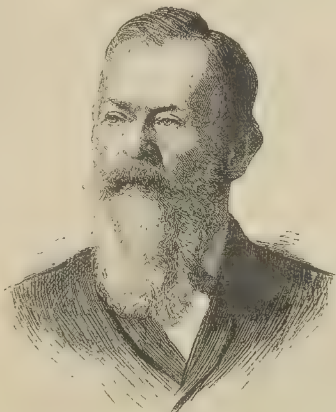
– Que quiero ser alguacil.

– Pues vuelva V. por acá cuando yo sea alcalde y hablaremos.

– Ahora es cuando tenemos que hablar; porque tú que debiendo haberle cortado las orejas á mi hijo,



OTON I, REY DE BAVIERA



LEOPOLDO, príncipe regente de Baviera



EL DOCTOR GUDDEN, médico de Luis II, † el 13 de junio de 1886

le has hecho hombre, no has de negarme á mí, que te he defendido de malas lenguas, el pedazo de pan que puedes darme.

– Gracias, tío Canina, pero no vuelva V. á defenderme; porque para eso tengo yo cinco dedos en cada mano. Sepamos qué puedo hacer por usted.

– Ayúdame tú, Pepa, que si tú se lo pides, no hay quien me quite la vara. Es el caso que el señor secretario tiene mucha mano con los señores del Ayuntamiento; que el señor oficial de la secretaría no tiene menos con el señor secretario; y que tu tío el tendero ha hecho bastantes favores al señor oficial, y éste le está muy agradecido y deseando servirle.

– No diga V. más, – exclamó Pepa, que tenía siempre gana de estar á solas con su marido. – Esta noche iremos á la tienda, y mi Patricio y yo haremos lo que V. quiere.

– Ya lo ha oído V. tío Canina; con que vaya V. con Dios; – añadió el Pato, que no tenía menos gana que Pepa de estar sin testigos de vista.

Dió el viejo las gracias lo mejor que supo y tomó las de villadiego.

Cuando se quedaron solos marido y mujer, dijo Pepa:

– Al hijo debías haberle arrancado las orejas; pero al padre también debías haberle arrancado la lengua.

– Yo he aprendido que no hay nada tan hermoso como pagar el mal con bien; pero si tú quieres que haga una barbaridad...

– ¿Qué he de querer, si lo que me tiene á mí más orgullosa es que en tu corazón no hay hiel para nadie?

Pepa y el Pato hablaron al tendero.

– Esto es echar margaritas á puercos, – dijo el tendero; – pero cúmplase vuestra voluntad.

Y habló al oficial de la secretaría.

– Mejor haríamos en pedir que mandaran á ese danzante á presidio, – dijo el oficial; – pero yo no puedo negar á V. nada.

Y habló al secretario del Ayuntamiento.

– A tí, por recomendarme á Canina, y á mí porque voy á darte gusto, – dijo el secretario, – debían declararnos cesantes en el acto; pero pongámonos en su caso. ¿Quién sabe si seríamos tan depravados como él?

Y habló al alcalde, manifestando que así conseguirían convertir en un auxiliar del orden el elemento más disolvente de la población.

– Ese nombramiento nos va á deshonrar para lo que nos queda de vida, – dijo el alcalde; – pero póngamelo usted mañana á la firma, ya que cifra V. en él tan buenas esperanzas.

De este modo, convencidos todos de que hacían un disparate, se llevó el tío Canina la plaza de alguacil que nadie quería darle.

* * *

Como el Pato no parecía por las tabernas, por la plaza, por los billares, ni por ningún sitio más que por el cortijo, para ganarse honradamente el sustento, y por su casa, para descansar del trabajo cuotidiano, y como la mujer del Pato en vez de perder el tiempo cotorreando con las vecinas ó visitando comadres, lo aprovechaba para tener su vivienda como una taza de plata, y su ropa y la de su marido sin manchas ni desgarrones, nadie hablaba de ellos más que de ramos á pascuas. Sin embargo, contábase que Patricio utilizaba los conocimientos que adquirió en el servicio para apuntar los gastos é ingresos de su casa y para leer obras de agricultura, y un curioso hubiera podido observar que cada dos años hacía Pepa que las campanas tocaran á bautizo y que la gente dijera:

– ¿Quién será la que no quiere que se acabe el mundo?

– La mujer del Pato, que ha salido una conejita de las más aprovechadas.

En cambio el alguacil Canina que después de remojarse el gaznate con una copa de aguardiente, no pagándolo, por olvido, casi nunca, se presentaba todos los días en la plaza á cobrar un cuartillo de los forasteros de las cercanías que acudían á ella á vender algo, se arreglaba de manera que lo mismo los hortelanos y revendedores que los jornaleros, no se ocupaban de otra cosa que de él, y no por cierto para echarle incienso ó agasajarle con flores.

– Vuelva V. más tarde, – le decía un verdulero: – todavía no he vendido ni un ochavo de berengenas y no puedo pagar á usted.

– Eso no es cuenta de la autoridad, – contestaba el tío Canina: – tú paga, y luego vende ó no vende.

– Pero si le digo á V. que después le pagaré.

– Pero si te digo que la autoridad no viene aquí á entrar en contestaciones. ¿No tienes dinero? Pues dame un par de manojos de verdolagas y un par de libras de tomatés, y asunto concluído.

– Un tiro le daría yo á usted.

– Que te soplo en la cárcel si me alzas el gallo.

– ¿Usted no sabe que trabajo todo el día para sacarle á la tierra cuatro berzas y cuatro lechugas, y que si usted con sus manos lavadas se las lleva, tendré yo que pedir limosna?

– Lo que yo sé es que los pobres tenéis muchas camándulas y mucho jarabe de pico, y que sois capaces de comeros lo vuestro y lo ajeno. Con que ó suelta los cuartos ó las verdolagas y los tomates.

– Llévese V. lo que quiera: ¡ojalá se vuelva cardenillo!

– Deja que escoja lo mejor, y agradece que mi autoridad se hace cargo de que eres un ignorante y de que clamores de burro no llegan al cielo.

Sus antiguos discípulos y satélites solían rodearle para echar un párrafo, y con frecuencia sostenían con su ex-catedrático y ex-jefe animados diálogos.

Oigamos uno, referente á las autoridades y funcionarios públicos.

– Diga V., tío Canina, ¿es verdad que el secretario es un ladrón que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero?

– El señor secretario se está sacrificando por el pueblo y el deslenguado que diga otra cosa merece un calabozo.

– ¿Es verdad que el alcalde es otro ladrón que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen lo que les corresponde y lo que no les corresponde?

(Continuará)

VIAJE A FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

El salario se estipula sin dificultad, conviniéndose en que daremos diariamente cierta porción de arroz, tabaco y objetos de quincalla.

8 noviembre. – Llegada la hora de marchar, ya no hay remeros; todos los hombres han huido otra vez á los bosques; las mujeres que están en las casetas me miran con expresión estúpida, sin que sea posible hacerlas decir una palabra. Mientras que mis muchachos buscan los remeros se pasa el tiempo hasta medio día. Observo el sol, y mi cálculo me da un triste resultado; estoy á los 7° 27′3″ de latitud norte; y hallándose Davao á los 7° 1′34″, no he recorrido más que 25′ 29″ - 47 kilómetros, por el norte; para llegar á Surigao (9° 47′ 53″), debo franquear todavía una distancia que á vista de pájaro equivale á 261 kilómetros.

No se encuentran los fugitivos; pero las embarcaciones prometidas siguen amarradas en el mismo sitio. Todos mis *casancapan* (bagajes en bisaya) quedan embarcados en las tres piraguas; envío á Davao la barca de D. Basilio, y emprendo la marcha con mis cuatro muchachos y mi pretendido intérprete. Aunque esta tripulación no sea bastante, ni con mucho, mis hombres luchan contra la corriente sin queja alguna.

Una de las piraguas, muy averiada, acaba de zozobrar, y dejo en el fondo su cargamento, que no me es indispensable; en el mismo instante veo en la orilla un joven mandaya, que nos contempla con aire estúpido; le hago pasar á bordo, le pongo un remo entre las manos, y sin pedirme explicación alguna comienza á remar; de modo que ya tengo tres tripulantes para cada embarcación.

A una milla más arriba de Babao, el Tagum recibe un afluente, el Sahug; y después de algunas vacilaciones, ocasionadas por los informes contradictorios de mi nuevo auxiliar, me resuelvo á penetrar en el Sahug, deteniéndome á eso de las cuatro de la tarde en Mapawa, pueblo mandaya bastante poblado.



Viaje á Filipinas. - Encungán, aldea de moros

Todos los indígenas, agrupados á cierta distancia, me miran como si fuera un animal extraño, sin manifestarme benevolencia ni hostilidad; mis muchachos se mezclan con los habitantes, y este es el mejor medio de franquearse, pues los mandayas no se asustan de hombres que tienen el mismo color. Voy á los alrededores para cazar algunas aves; al primer tiro, varios indígenas que me seguían á cierta distancia se dejan caer unos encima de otros, y huyen después profiriendo gritos de terror; inútilmente los llamo, y no consigo darles alcance hasta llegar á Mapawa, donde se disponen á sembrar la alarma. Contengo la emoción popular, señalando á varios ancianos un ave parada en un árbol; disparo el tiro, hágola caer, y se la doy á los indígenas, asegurándoles que *mis rayos* no son temibles más que para los jabalíes y los ladrones.

Una botella de vino que esos naturales prefieren al rom, algunos espejos y collares aseguran la tranquilidad, y hasta la benevolencia; una mujer me trae dos huevos, y algunos esclavos ayudan á mis hombres á guisar la comida.

Mucho tiempo después de ponerse el sol resuenan en las casetas las carcajadas y las canciones: restablecido el silencio, un anciano que se precia de adivino eleva la voz, salmodiando una larga letanía, con la que parece invocar á la luna, cuyos rayos iluminan poéticamente muchas casetas silenciosas en medio de los bananos. El adivino se calla al fin, pero entonces prodúcese una furiosa disputa entre un marido y su mujer, y todos los mandayas de ambos sexos no tardan en tomar parte; por desgracia, se necesitaría apelar al latín para referir las peripecias tragi-cómicas de esta escena, que me da á conocer una fase enteramente nueva de las costumbres conyugales del país.

9 noviembre. – Continúo el viaje á las seis de la mañana. Los habitantes de Mapawa me aseguran que el Libaganum viene de un lago situado al oeste; mientras que el Sahug nace hacia el norte; y en su consecuencia sigo remontando la corriente de este último. Durante el día encuentro siempre bastante fondo, y no hay obstáculos, salvo algunos árboles tendidos á través del Sahug, que no resisten largo tiempo á las hachas de mis muchachos; pero el río describe curvas cada vez más estrechas, formando penínsulas innumerables, cuyos istmos no tienen á menudo más de 50 á 60 metros de anchura. He aquí por qué, aunque adelanto bastante camino, me elevo poco por el norte; la latitud observada á medio día cerca de la desembocadura del río Hilug no me da más que 7° 29′ 48″; en los pequeños promontorios bañados por el Sahug veo con frecuencia casetas rodeadas de algunos pequeños plantíos de batatas y de arroz; me cruzo con algunas piraguas que no tan cargadas como las mías, pasan como una flecha.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Aldea mandaya (región central de Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 12 DE JULIO DE 1886 — NUM. 237

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ESCENAS PARISIENSES



LAS PRIMERAS GOTAS, cuadro de F. Miralles (copia fotográfica, grabada por M. Pérez)

SUMARIO

Texto.—*Nuestros grabados.—La viña del Señor* (conclusión), por don Pedro María Barrera.—*Las custodias clásicas de nuestras iglesias* (II), por don F. Giner de los Ríos.—*Ella*, por don Francisco Grasys Elías.—*La música en la exposición de inventos.—Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Montano.

Grabados.—*Las primeras gotas*, cuadro de F. Miralles.—*Estudio*, de Werner Schuch.—*Capricho infantil*, cuadro de G. Brennan.—*El sacrificio*, dibujo de Stone.—*El movimiento*, cuadro de Eduardo Picnul.—*La tranquilidad*, cuadro de Maudtmann.—*Galería de mujeres hermosas*, cuadro de Elena Birnbacher.—*La pastora.—Balsas mandayas.—Interior de una cabaña manduya.—Suplemento Artístico: Una fiesta de bodas*, cuadro de F. Weiser.

NUESTROS GRABADOS

LAS PRIMERAS GOTAS, cuadro de F. Miralles

El autor de este cuadro es uno de los artistas extranjeros que con mayor facilidad se han empapado de las costumbres parisienses. El *boulevard* de los Italianos y el Bosque de Boloña le son tan conocidos como si hubiera nacido á la sombra del campanario de *Notre Dame*. Esto prueba la serenidad con que observa y la seguridad con que ejecuta.

Generalmente, cuando un pintor reproduce tipos ajenos á su país natal, si no comete errores garrafales, cosa muy frecuente, dista mucho de trasmitirles el sabor, la sangre de los personajes que le inspiran. Para convencerse de esta verdad, basta examinar cualquier dibujo de artista francés que reproduzca costumbres españolas. No há muchos días hemos visto á un *Hernani* con polainas de cuero y sombrero calañés.

Miralles ha vivido en París y no ha pintado cuadros de género sobre asuntos de la elegante capital, hasta que se ha identificado con ellos, es decir, hasta que ha pintado en parisiense. El cuadro que hoy publicamos es otra demostración de cuanto venimos diciendo hace tiempo respecto de este artista.

La acción reproducida, los tipos, las actitudes, el conjunto como los detalles, tienen sabor especial, y cuantos conocen las avenidas de los Campos Elíseos no pueden equivocarse en el lugar de la escena. En todas partes llueve y en todas partes las damas procuran resguardar sus *toilettes* de las primeras gotas y de las últimas. Pero ni la igualdad ante la ley, ni la igualdad ante la lluvia, se manifiestan en todas partes de la misma manera. Miralles *pinta en francés* como no hay un pintor francés que *pinte en extranjero*.

ESTUDIO, de Werner Schuch

Dibujo hecho á conciencia: su autor no pinta al acaso. Es la mejor manera de no resbalar en el difícil camino del arte.

CAPRICHO INFANTIL, cuadro de G. Brennan

El viejo tambor se dirige al cuartel y una niña de pocos años no puede resistir á la tentación de golpear con su linda manecita la caja que aquél lleva colgada á la espalda. Esta sencilla escena está representada con naturalidad y buen gusto en el cuadro de Brennan, artista irlandés, sorprendido por la muerte cuando más risueño se le presentaba el porvenir.

EL SACRIFICIO, dibujo de M. Stone

Marcos Stone es un artista inglés que llamó la atención al exponer su cuadro titulado: *El Sacrificio*. Su principal figura es la de una joven que renuncia á enlazarse con el elegido de su corazón para salvar la honra de su padre. El grabado que publicamos es un correcto dibujo de esa figura, admirable de expresión y de naturalidad.

EL MOVIMIENTO, cuadro de Eduardo Picnul

Tratándose de dar forma al bullicio de una gran ciudad, el autor de este lienzo ha creído que la mejor síntesis era uno de los *boulevares* de París. Y ha estado, realmente, en lo cierto. Algunos barrios ingleses ofrecen, quizás, mayor animación, es decir, mayor número de carruajes atareados, más transeuntes atropellándose unos á otros, empujones en superior cantidad, mayor contingente de ciudadanos curados en las casas de socorro. Pero la animación inglesa es la precipitación del negocio, es la forma del aforismo: *El tiempo es oro*, es la actividad de la máquina de vapor que imprime un movimiento uniforme á las máquinas secundarias que de aquélla reciben vida. Al paso que la animación del *boulevard* tiene causas múltiples y manifestaciones múltiples, desde el banquero que va á la Bolsa hasta la griseta que va al taller, desde el militar que se incorpora á su regimiento hasta el pilluelo que pregona los periódicos del día, desde el estudiante que va á encerrarse en el anfiteatro para destripar cadáveres, hasta la *cocotte* que va á pasearse por el *Bois* para arruinar príncipes rusos.

Este movimiento está bien reproducido en el cuadro que publicamos, de un color y sabor rigurosamente parisién.

LA TRANQUILIDAD, cuadro de Maudtmann

Este lienzo es contraste del anterior. El movimiento es nulo, mejor dicho, el movimiento tiene lugar en el seno de la tierra, en el tronco de los árboles, en el curso de los astros: el hombre, explotador activo de ese movimiento invisible, parece la nota discordante en medio de tan apacible calma. La naturaleza, llamémosla así, no es tan chillona como el hombre; trabaja más, mucho más, trabaja sin distinguir ni los días, ni las horas de los días; y sin embargo, no se queja, no se alaba á sí misma, no pide aumento de salario ni promueve sangrientas huelgas. ¡Cuándo el hombre se hará digno de su reino!...

GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS, cuadro de Elena Birnbacher

Convienen los escritores en que las dos cosas más difíciles de definir son la libertad y la belleza. Se comprende la dificultad, pues se trata de dos cosas que cada cual concibe á su manera. Sin embargo, el arte se ha encargado á menudo de dar forma por medio de líneas y sombras á lo que no la tiene por medio de palabras, siquiera se concierten las de todos los idiomas conocidos é ignorados.

¿Cómo ha de ser la mujer hermosa?... ¿Cuándo es hermosa una mujer?

Cuando lo es; he aquí la única respuesta admisible, sin que la estética tenga el derecho de imponer reglas *constituyentes*, de que la práctica se burla con frecuencia.

En Munich y en Berlín, principalmente, hay galerías de mujeres hermosas: todas lo son y ninguna se parece. Entonces, ¿de qué sirven las reglas?

A la simple vista del cuadro de Elena Birnbacher exclama el más indiferente: —¡Hermosa mujer!—El arte demuestra lo que la crítica no define. Contemplando á esa dama, nos sentimos fuertemente atraídos hacia ella; quisiéramos merecerla, ser dignos de su amor, de su amistad á lo menos...

Pues esto es, precisamente, la obra de la belleza.

LA PASTORA

Este lienzo trasciende á retrato. Pero no es uno de esos retratos vulgares en que la reproducción de las líneas da por resultado un algo frío, insoportable, sin vida; el algo de las figuras de cera. Todo lo contrario: tenemos á la vista un rostro expresivo, unos ojos que subyugan, unos labios que convidan á besarlos, una pastora temible...

Temible, ¿para quién? Quizás para ella misma. Dios no lo permita; mas no sería la primera vez en que el idilio empezado en el campo terminase en la marmórea mesa de un anfiteatro anatómico.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UNA FIESTA DE BODAS, cuadro de F. Weiser

Hay en este lienzo algo que recuerda á Rubens; la grandiosidad de concepción, la prodigalidad de personajes, la riqueza de detalles, y hasta cierta manera de agrupar propia del ilustre pintor flamenco.

LA VIÑA DEL SEÑOR

(Conclusión)

—El tunante que ponga en duda que el señor alcalde es la honra del pueblo, merece ir á presidio.

—¿Es verdad que el síndico y el escribano son otros dos ladrones que están ligados para heredar á todo el que se muere?

—El pillo que no hable bien del señor regidor síndico y del señor escribano merece que le den garrote.

—Pues de V. lo hemos aprendido, tío Canina.

—¡Embusteros!... ¡canallas!... ¡Eso es una mentira! ¡eso es una calumnia!... ¡viva el señor alcalde! ¡viva el señor regidor síndico! ¡viva el señor secretario! ¡viva el señor escribano!...

Era costumbre inmemorial en la villa arreglar durante el otoño los caminos y calzadas, para evitar que se convirtieran en barrizales intransitables con las lluvias del invierno. Cuando el caso llegaba, el Ayuntamiento publicaba un bando en que advertía que los mayores contribuyentes estaban obligados á pagar tres jornales; dos los demás propietarios y dueños de establecimientos no matriculados en las clases inferiores del subsidio industrial, y uno toda la gente menuda avecindada en la población. La primera vez que el alguacil Canina colgó en la plaza la tablilla del bando de los caminos, uno de los más fervorosos oyentes de sus predicaciones de otros tiempos se le acercó seguido de cortejo numeroso.

—¿Qué quiere la buena gente?—preguntó el alguacil, dando un golpecito en el hombro á su discípulo y echando una mirada sesgada y recelosa á los que le acompañaban.

—Como V. tiene un pico de oro,—dijo el interpelado,—venimos á que nos favorezca. Queremos que nos lleve usted á ver al alcalde...

—Al señor alcalde, corrigió Canina, interrumpiendo á su admirador. Este continuó:

—Sea el señor alcalde, que no hemos de disgustarnos usted y yo por palabra más ó menos. Queremos que le diga V. en nuestro nombre que no ignora que el año ha sido muy malo para los pobres, y que aunque estamos dispuestos á seguir trabajando como negros desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, para que el campo dé á los ricos buenas cosechas, desearíamos que antes de exigirnos un jornal para arreglar los caminos se echara mano de los cien ducados que paga el pueblo de más al escribiente del secretario, que no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone.

—El señor escribiente del señor secretario ascendió á señor oficial porque merece mucho más de lo que cobra,—repuso Canina.—De ello podemos dar fe todo el ayuntamiento. ¿Qué sabéis vosotros de lo que valen los trabajos de cabeza? Además, el señor alcalde nos mandaría á paseo.

—Pues no le diga V. eso. Dígale V. que estando reducidas nuestras pobres mujeres á trabajar como negras desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, comiendo mendrugos y un potaje de habas ó lentejas, y vistiendo una ropa que es un purísimo guiñapo, queremos que antes de pedirnos un jornal le hagan devolver á la mujer del oficial del secretario, que todos los días come su buen cocido, y gasta buenos vestidos y buenos pañolones de Manila, y no hace nada desde que despunta el alba hasta que el sol se pone, los cien ducados del pueblo que le dieron para regalarse el hocico y lucir moños, perifollos y galas.

—La señora del señor oficial, replicó Canina impacientándose,—hace muy bien en gastar en lo que le dé la gana el dinero de su casa. Y en vez de meteros en si trabaja ó no trabaja, lo que vosotros tenéis es obligación de hablar bien de ella porque es toda una señora.

Tales palabras hicieron enmudecer al que antes había hablado, y desataron las lenguas que hasta entonces habían permanecido mudas. Entre un vocerío general se oyeron estas frases, que si no eran rayos, eran relámpagos y truenos de una tormenta pavorosa.

—¡Señora! ¡señora! Pecado más, pecado menos, será una Mariquilla.

—¿Y qué tenéis que decir vosotros de Mariquilla?

—¡Nada! Que no sabemos por qué le han regalado la casa en que vive.

—Y los muebles de lujo que tiene.

—Y los anillos de sus dedos y los zarcillos de sus orejas.

—Y el dinero con que compró el último verano veinticinco cahíces de trigo.

—Y el que empleó el invierno anterior en cincuenta arrobas de aceite.

—Y el que tiene prestado con escritura á los labradores, que de dos mil ducados no bajará mucho.

—¡Todos sois unos envidiosos! ¡todos sois unos deslenguados! ¡todos sois unos tunos!

—Hace V. bien en defenderla. Ya sabemos que su hijo de V. la quiere para mujer.

—Y que V. la quiere para nuera.

—Y que el domingo pasado leyó el señor cura en misa la segunda amonestación.

—Y váyase lo perdido por lo ganado.

—Y lo que le sobre por lo que le falte.

—Lo que yo os digo es que vosotros y vuestras mujeres sois una gentuza; vosotros robáis el jornal que os pagan, porque todo el día lo pasáis murmurando, en vez de pasarlo destripando terrones; y vuestras mujeres son unas tramposas que deben el pan en el horno, el aceite en la tienda, y hasta la carne al carnicero, porque todo lo necesitan para vinazo y aguardentazo. ¡Los pobres! ¡los pobres!... ¡la canalla! digo yo ¡la canalla!

Se oyó un rugido y voces de ¡muera! Afortunadamente para el viejo alguacil, pasaba en aquel momento por la plaza el Pato, montado en una mula, de la que llevaba otras dos de reata. Hecho cargo de la apurada situación del viejo, metió las mulas entre la muchedumbre, atropellándola y abriéndose paso, con lo cual no sólo produjo la confusión consiguiente, sino que logró también llegar hasta Canina. De un salto se plantó á su lado, y de un tirón quitó la azada al que tenía más cerca, enarbolándola con la misma facilidad que si fuera un carrizo.

—¡Valiente hazaña de cobardes!—gritó con todas sus fuerzas.—¿Os ha insultado? ha hecho bien: eso merece una multitud de fieras que se juntan para acorralar á un anciano. ¿Os ha amenazado? ha hecho bien: aquí estoy yo para aplastar de un solo golpe al que se atreva á tocarle.

Todos retrocedieron. Y es que todos sabían que aquel hombre que había sufrido con paciencia muchas ofensas que otro hubiera vengado, tenía aliento para mandar á la eternidad al primero que se acercase.

Aquella noche se presentó el Pato en casa de Canina y le habló de este modo:

—Está de Dios que yo lleve á V. al buen camino. Si Pepa no se encontrase en vísperas de darme otro hijo, y si mi amo no me dejara ser cortijero á mi modo, ni yo vendría todas las noches á mi casa, ni saldría tan tarde á cumplir mi obligación, y á estas horas habría vacante una plaza de alguacil.

—Puede ser,—refunfuñó Canina con un acento que revelaba menos gratitud á su salvador que odio á sus antiguos oyentes.

—Délo V. por cierto; pero no vengo á eso. Vengo á decirle á V. que cuando yo fuí militar conocí á un cabo llamado Terrones. Hablaba mal de todo el mundo porque era envidioso, sin perjuicio de hablar bien al siguiente día, si entraba en sus cálculos, porque era egoísta. Le gustaba echársela de personaje, porque no le faltaba vanidad. Se humillaba para pretender, porque también era adulador, y con tal de tener dinero sin trabajar se atrevía á todo, porque además era de la raza de los holgazanes. Es decir, que si hubiera estado aquí, hubiera hecho lo mismo que V. viene haciendo toda su vida, y hasta se le hubiera ocurrido, como á su hijo de V., casarse con Mariquilla. Pues bien, la envidia, el egoísmo, la vanidad, la adulación y la holgazanería del cabo Terrones tuvieron un fin desastroso. En una taberna le atravesaron el corazón de una puñalada. Acuérdese V. de ello todos los días al salir de su casa, y quédese V. con Dios, que Pepa me estará esperando impaciente.

A rejalgar supieron á Canina las palabras del Pato. Ya lo presumía éste: pero así como los médicos recetan lo que creen que ha de curar á sus enfermos, sin tener en cuenta lo dulce ó lo amargo de los medicamentos, Patricio, á pesar de su temperamento generoso, ó mejor dicho, precisamente por su temperamento generoso, había apelado á frases que cada una era una bofetada, creyendo conseguir de este modo que el alguacil se desviase del camino de los profundísimos infiernos. ¡Vana esperanza! No hay medicina capaz de volver á un tísico los pulmones que las úlceras le han destruído, ni son menos incurables los pulmones del alma cuando están destrozados por las úlceras de todas las ruindades y todas las miserias humanas.

El alboroto de la plaza no produjo sólo la visita del Pato al tío Canina: produjo además una sesión extraordinaria del Ayuntamiento. Se puso á discusión si debía destituirse al alguacil: el secretario dijo:

—Como en el fondo resulta que ha ensalzado á la corporación municipal, yo opino que en vez de castigarle, lo que procede es acordar que todos en su caso hubiéramos hecho lo mismo.

Entonces se pensó que lo mejor sería formar causa criminal á los alborotadores. El secretario habló así:

—Si oyéramos que á nosotros y á nuestras mujeres nos llamaban gentuza, canalla, ladrones y tramposos, ¿tendríamos serenidad para oirlo? Pongámonos en su caso, y convengamos en que hubiéramos hecho lo mismo que ellos; ¡lo mismo!... ¡lo mismo!

—Pues algo hay que acordar,—dijo un individuo del Ayuntamiento.

– Acordemos irnos á comer, – replicó el alcalde, poniéndose el sombrero en señal de que había concluído la sesión extraordinaria.

***

El hijo de Canina se casó filosóficamente con Mariquilla.

Acto continuo manifestó al tendero que en adelante no podía dedicarse á llevar cuentas ajenas porque necesitaba el tiempo para ajustar las de la riqueza de su mujer. En esto se equivocaba de medio á medio: cuantas veces intenta intervenir en la administración y manejo de lo que Mariquilla aportó al matrimonio, tiene que contentarse con oir que ella no necesita cirineos y que él no sirve para nada. Viven como perros y gatos. ¡Se dicen uno á otro unas cosas, y se llaman con unos nombres tan feos!...

El padre de Pepa murió de puro viejo, dejando á su hija una herencia de más de diez mil ducados. El Pato está convencido de que llegará á tener un cortijo propio, á pesar de que Pepa continúa siendo una conejita de las más aprovechadas.

El tío Canina tuvo una mañana el mal acuerdo de enjuagarse el gaznate con mayor cantidad de aguardiente que el que acostumbraba. Se presentó en la casa capitular en un estado lamentable. El alcalde le anunció que desde aquel momento quedaba destituído, y acto continuo el viejo fué á la plaza, donde se acercó á un grupo de jornaleros que no habían encontrado trabajo. Pronunció una de aquellas arengas que podían condensarse en dos frases: Los pobres son honrados y laboriosos: el Ayuntamiento es una madriguera de ladrones.

Los jornaleros le oyeron como el que oye llover.

Al siguiente día, en vista de que lo de la destitución no pasó de ser una amenaza, el alguacil se creyó obligado á cambiar de opiniones, y sostuvo que los pobres son unos haraganes y canallas y que el señor alcalde y los demás señores del Ayuntamiento se sacrificaban por la felicidad de la villa. También esta vez le oyeron como el que oye llover.



ESTUDIO, de Werner Schuch

Poco después murió ahogado en un pozo de las inmediaciones de la población. ¿Se arrojó? ¿Lo arrojaron? Las diligencias que se instruyeron con tal motivo no esclarecieron el hecho: con distintas palabras, todas las declaraciones que se tomaron decían:

– He oído que el tío Canina era una víbora, y si lo era, parece natural que le hayan aplastado; pero yo no lo creo. Si no le aplastaron, esto es, si no lo echaron al pozo, es que se echó él; pero tampoco lo creo.

El secretario del Ayuntamiento, hablando con el oficial, dedicó al suceso el siguiente comentario:

– Si ha sido un asesinato, pongámonos en el caso del asesino y convendremos en que tal vez nosotros hubiéramos hecho lo mismo. Si ha sido un suicidio motivado por los remordimientos, pongámonos también en el caso del suicida y sacaremos en limpio que probablemente nosotros hubiéramos obrado como él.

¿Se ha suicidado? ¿Le han asesinado? No formemos juicios temerarios: de todo tiene la viña del Señor; uvas, pámpanos y agraz, y lo mismo puede haber sido lo uno que lo otro.

PEDRO MARÍA BARRERA

LAS CUSTODIAS CLÁSICAS de nuestras iglesias

II

Es la ciudad de Cuenca tan famosa casi como la de León, por la familia de plateros que con el apellido de Becerril dió al arte de Castilla, y entre los cuales sobresalieron Alonso y Francisco, hermanos, y Cristóbal, hijo del segundo. Sobre quién de los primeros fué el verdadero autor de la custodia de dicha ciudad (1528-1573), ha habido distintos pareceres, aunque la inscripción la atribuía á Francisco; según Cean, pudo haberla comenzado Alonso y concluído éste. Por la descripción que hace de ella (pues se perdió, como siempre se dice, «cuando los franceses»), pesaba 616 marcos (unos 123 kilog.), constaba de tres cuerpos coronados por un cimborrio con su linterna, sobre la cual se alzaba la imagen del Salvador; tenía quizá mayor número de estatuas que ninguna de las demás; el viril ocupaba el segundo cuerpo; y en los otros dos, en vez de las figuras aisladas que usualmente van en el centro, ofrecía dos grandes composiciones de escultura (en el primero la Cena, y en el tercero la Resurrección), peculiaridad esta que, junta con su extremada riqueza de ornamentación, debió dar á la custodia de Cuenca la fama á que alude el mismo Juan de Arfe, el cual añade, trabajaron en ella «todos los hombres que en España sabían en aquella sazón (1).»



CAPRICHO INFANTIL, cuadro de G. Brennan

Por fortuna, se conserva aún otra custodia de este grupo: la de Alarcón (Cuenca), ejecutada por Cristóbal Becerril para la parroquia de San Juan de dicha villa y acabada en 1575. Consta de tres cuerpos, terminados por una cúpula. Los dos primeros son de planta cuadrada, corintio el inferior, y jónico el segundo; decorados ambos con profusión de estatuas de santos, evangelistas, cabecitas, etcétera; en el tercero, octógono, va un apostolado; la cúpula está sostenida por unos dragones; y el viril por cuatro ángeles en el centro (2).

La custodia de Segovia es obra del toledano Rafael González, comenzada en 20 de setiembre de 1654 y concluída en 28 de abril de 1656, é inferior, sin duda, á lo que habría sido en caso de haberse llevado á cabo el encargo que para hacerla recibiera del cabildo en 1588 Juan de Arfe, el cual llegó á presentar el proyecto, quedando en tal estado. La alhaja de González tiene dos cuerpos (en el segundo de los cuales van, por cierto, ocultas en la especie de buhardilla que viene á formarse entre el cielo raso y la cúpula, las campanillas de ordenanza). Su planta es octogonal, de lados desiguales abajo, é iguales en el cuerpo de encima, cuya linterna remata en una perinola de forma poco agraciada. En el primer templete se halla alberga do el viril, dorado, de escaso gusto y que representa al ave mística, en cuyo corazón se coloca la Sagrada Forma; la estatua de la Fe ocupa la capilla superior, estatua que, como las restantes, carece de importancia. En cuanto á su estilo, puede en cierto modo referirse al de Juan de Arfe, cosa por lo demás explicable, pues es sabido que, de los dos tipos del Renacimiento que aquí prosperan, el greco-romano preponderó al cabo, hasta ahogar por completo á su rival, con ser tan espléndido y suntuoso. A esto queda reducida la semejanza entre la obra de González y las del platero leonés, de cuya gracia sería difícil hallar el menor vestigio en sus adornos, más bien que sobrios, pobres (que es muy otra cosa), y en sus repujados de muy vago carácter, como lo es la decoración general del XVII, entre nosotros, hasta que se acentúa el barroquismo, visible ya en muchas partes de esta pieza.

Las otras custodias que merecen citarse son las de Jaén y Zaragoza y la grande de Cádiz.

Fué autor de la primera, Juan Ruiz, andaluz, discípulo de Enrique Arfe, mientras en Córdoba trabajaba la de aquella Catedral; pero que optó por el nuevo estilo «de la arquitectura restaurada,» comenzando su obra en 1533 y dándola por concluida en cuatro años. Pesa 80 kilog. de plata; tiene más de dos metros de altura y consta de seis cuerpos, el primero de los cuales contiene el viril, sostenido por unos ángeles; llevando en los demás gran número de estatuas, una de ellas la de la Concepción, dentro del tercero, y coronándolo todo por la del Salvador. Sus proporciones son por extremo esbeltas, recordando la forma general de las góticas de Córdoba y Toledo, y su estilo es diametralmente opuesto al de Juan de Arfe, es decir, el más rico y profuso. Templetillos, hornacinas y doseletes; columnas, balaustradas, flameros y una superabundancia de estatuillas, relieves y filigranas tal, que no hay faja, pilastra, zócalo, enjuta... en suma, superficie alguna, por pequeña que sea, que no esté decorada de espléndida manera, ofrecen un conjunto, cuya primera apariencia más recuerda en verdad el último estilo gótico, que la severidad y sequedad greco-romanas. En este género del primer Renacimiento suntuoso, es la custodia de Ruiz, la mejor tal vez que poseemos.

Las proporciones de las de Zaragoza y Cádiz son muy inferiores á las de ella, aunque por diversa razón: la de la Seo aragonesa, por demasiado ancha en sus cuerpos inferiores, en relación con los altos; la de Cádiz, por excesivamente estrecha é igual en todos ellos, que parecen casi del mismo diámetro.

La primera (3), cuyo autor fué Pedro Lamaison, se concluyó en 1537, siendo hecha de la plata que dejó para ella el arzobispo D. Alonso de Aragón, hijo del Rey Católico. Tiene cuatro cuerpos y pesa 200 kilog. En el primero de aquellos se halla la imagen de Santo Tomás de Aquino; en el segundo, el viril; el Salvador (título de la Iglesia) en el tercero; terminando por un remate extraordinariamente prolongado, subdividido en tramos y cuya forma recuerda la de las macollas góticas de los siglos XV y XVI. El número de sus columnas, templetes, estatuillas,



EL SACRIFICIO, dibujo de M. Stone

(1) Citado por Cean, I, p. 116.

(2) No he visto esta custodia y me limito á extractar á Cean.

(3) Todos los datos relativos á la historia de esta rica obra, que he podido en más de una ocasión admirar y cuya fotografía (por Laurent) tengo delante, los debo exclusivamente á la bondad del erudito coronel de artillería Sr. D. Mario de la Sala. Cean Bermúdez nada dice de ella. En cuanto al apellido *Lamaison*, no ofrece mucho carácter nacional; pero la obra lo tiene resueltamente.

EL MOVIMIENTO, cuadro de Eduardo Picnul



LA TRANQUILIDAD, cuadro de Maudtmann



GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS, cuadro de Elena Birnbacher

relieves, cresterías y adornos de todas clases, es verdaderamente enorme, hasta hacer de esta riquísima pieza, en su género, la más suntuosa quizá de nuestros tesoros eclesiásticos. Por lo mismo, resulta recargada hasta el extremo; defecto que, unido á las excesivas dimensiones de los dos cuerpos inferiores y de sus magníficos contrafuertes, por relación á las de la parte superior, impiden que su estructura sea de tan delicado gusto como el de otras, por más que el pormenor ofrezca verdaderas maravillas de finura. El basamento y otras adiciones, como son las estatuitas de los cuatro doctores sobre la cornisa del primer cuerpo, son obra de Xargallo, á principios del siglo XVIII.

En cuanto á la de Cádiz, es de Antonio Suárez, que la principió en 1648, acabándola en 1664. Su planta es exagonal; y su altura excede de 4 metros, distribuídos en tres cuerpos, sobre los cuales y la cúpula cerrada que los termina, se alza la estatua de la Fe. En el cuerpo inferior se coloca, como viril, el «Cogollo,» de que ya se hizo en otra ocasión mérito (1) y que se recordará es por sí mismo una custodia completa: particularidad que quizá no se ofrezca en otra alguna; en el segundo cuerpo se halla la imagen del Salvador resucitado, y en el tercero, una cruz. A pesar de la época, todavía conserva en su estructura y ornamentación el estilo Renacimiento afiligranado, tan enteramente distintivo é imposible de confundir, así con el de Juan de Arfe, como con los desvaríos posteriores. En las estatuas y relieves, como en alguna alteración que experimentó en 1698, parece haber tenido parte Bernardo Cientolini, italiano, autor quizá de los cuatro grandes faroles que decoran el carro; aunque no de este, completamente churrigueresco y obra de Juan Pastor, en 1740. Ya se ha dicho su capital defecto; por lo demás, presenta sumo interés.

No lo tendrían menor tantas otras que se han perdido. Cuando los aficionados á ver estos productos del arte llegamos á un templo y nos enseñan los estuches vacíos, donde se guardaron la fabulosa cantidad de alhajas, relicarios y joyas, cuyos últimos restos hacen, sin embargo, que hoy mismo nuestras Catedrales no tengan probablemente rival en el extranjero; cuando sobre todo vemos las enormes cajas de las custodias, hoy desaparecidas; cuando se piensa en nuestras turbulencias, guerras, calamidades, y sobre todo, en nuestro atraso, causa la más grave de todas y la más lenta de remediar, un sentimiento de dolor profundo se apodera del espíritu, al ver lo que hemos sido, lo que todavía podríamos ser... y lo que somos!

F. GINER DE LOS RÍOS



LA PASTORA

ELLA

(Historia de un pañuelo de batista)

POR DON FRANCISCO GRASYS ELÍAS

Introducción

Era la hora del alba; pero era una aurora sin el saludo de la alondra, sin el toque de diana de los pájaros, sin lluvia de perlas, sin rosados resplandores, sin perfumes, sin galas, sin encantos, sin poesía.

La luna, como un grandioso globo de fuego, se ocultaba tras los violetados montes del vecino reino de Aragón, en el mismo sitio en que algunas horas antes se había hundido el claro sol ansioso de admirar otros seres, otras tierras, otros mares y otras regiones.

Era el espectáculo más triste, más imponente y más desconsolador el que presentaba en aquella hora indecisa del crepúsculo matutino aquel melancólico astro, perdido tal vez en el vacío; aquella mole sin vegetación y sin aire, hundiéndose en el ocaso y asemejándose al sol de los muertos, al sol del Polo, al sol que alumbrará á la tierra, según rezan las Escrituras, en el tremendo día del juicio final.

Y sin embargo, aquella luna me atraía, me cautivaba y reunía á la par ciertos encantos arrobadores. Tal vez había besado la tumba de mi padre y la cama de mi madre; las trenzas de la mujer amada, los cristales del balcón de mi casa solariega; la tierra que me vió nacer y el mar que se adormece ante los muros de la populosa capital que como un ara santa, guarda las páginas más bellas de mi revolucionaria juventud.

La naturaleza presentaba en aquella hora el aspecto de un vasto cementerio: y los árboles, despojados de sus verdes ropajes y envueltos en la niebla, parecían imponentes esqueletos que hubiesen abandonado el panteón.

El frío era glacial; la escarcha trocaba la vía en un camino de plata; el aire matutino hería como punzantes agujas nuestros rostros y todo respiraba tristeza, silencio, abandono, muerte y quietud.

Acurrucado y más que arropado con bufanda y capa, admiraba desde el interior de una diligencia tan sombrío como imponente panorama.

Todos los viajeros aguardábamos con impaciencia la hora de partir.

La villa dormía por sus cuatro costados, y el canto de los gallos, el cacareo de las gallinas y el repique de las campanas que llamaban á los fieles á misa de alborada, eran los únicos acentos, aunque vagos, que se escuchaban en derredor.

Era domingo, y como tal día de descanso, y por lo tanto, todo hijo de vecino descansaba á pierna suelta en la población.

De pronto, en medio de aquel sepulcral silencio, llegó á mis oídos una de esas coplas desaliñadas, pero siempre tiernas y llenas de sentimiento, que constituyen la poesía del pueblo español.

El cantor era un mozo de mulas; la copla decía así:

Por lo mucho que te quiero,
tan sólo reclamo,
Que con tu pañuelo,
cuando yo me muera,
me aten las manos.

Esta trova, cantada con melancólica voz en aquella hora, en aquel sitio, en aquella mañana de invierno, lejos de mi ciudad natal, ausente de mis amores, apartado de mi familia y de cuanto amaba y codiciaba en la tierra, me llegó al corazón.

Recordé otros pañuelos, cerré los ojos y soñé.

Aquel sueño fué una verdadera novela, y aquella novela empieza así:

I

Nuestro héroe ó Félix, si quieren Vds. darle este nombre, pues este no es el suyo ni lo será nunca, era un joven de treinta años, moreno, de ojos negros, de cabello idem, de sedoso bigote, de recortada barba como los árabes, elegante sin afectación, de carácter franco, comunicativo y emprendedor. Poseía algunos caudales, cuatro idiomas, había cursado en diferentes Universidades, poseía el mágico don de la oratoria, manejaba los pinceles, amaba la música hasta el delirio y tiraba el sable como el general Ney. A más reunía la mejor de las condiciones en su favor: era soltero.

Una tarde de mayo, en que paseábamos juntos por la carretera de Castellón, le dije amistosamente:

– Me han dicho, Félix, que hay en tu vida una página de amor muy interesante.

– Pues te han engañado por completo, – contestó mi interlocutor.

– Aseguran que no has sentido más que un amor.

– Y obran bien en asegurarlo, aunque eso no encierra nada de particular.

– ¿Es posible que una sola pasión se haya albergado en tu pecho?

– ¿Por qué no? Tú mismo lo has dicho y lo has jurado en aquella obra titulada: *Para la mujer*, que se compone de pensamientos de varios autores, que coleccionó el hermano del pintor de los muertos, como le llaman en la corte, y que tan bien pinta las mujeres vivas. «En el corazón humano caben todos los dolores y todas las alegrías; pero tan solo un amor.» ¿Te acuerdas de ello?

– Sí. Lo tengo presente. Has ganado el pleito, – murmuré bajando la frente.

– Te he vencido con tus mismas armas.

– Es verdad. Pero ¿podrá saberse el nombre de la dama?

– La heroína de mi historia, es... un pañuelo de batista.

¿Pues es una historia en blanco?

– Sí; es un libro virgen, la primera página de un álbum, que tú podrás llenar.

– Préstame el pañuelo y principiaré la obra.

– Procuraré complacerte. Suprimirás todos los nombres y el lugar de la escena.

– Se da por suprimido. Empieza.

– Allá voy.

Tomamos asiento en uno de los puentes de la carretera, desenvainamos las petacas, encendimos los cigarros, extendí el blanco lienzo sobre las rodillas, crucé las piernas, empuñé el lápiz, habló mi amigo y escribí.

Principia el drama.

II

Era una tarde de otoño. El melancólico sol de las almas tristes, como dicen en las Provincias Vascongadas, bañaba por última vez su espaciosa galería.

(1) *Custodias góticas*, en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, n.º 232.

Allí estaba ella, allí la ví por vez primera, sentada en un taburete, bordando sus iniciales en un pañuelo de batista, con el cuerpo inclinado hacia adelante, con los ojos fijos en la costura, con la sonrisa en los labios y con la aguja en las manos.

Toda su persona respiraba hermosura y juventud. Blanco era su rostro, y blanca su pureza, blanco su lienzo, blanca su bata y blancas las flores que adornaban su púdico y redondo seno.

Era... una divina transición entre la Virgen de la Silla de Rafael y la Margarita del Fausto sentada en la rueca.

El sol la envolvía con sus ósculos de luz; yo con las miradas más ardientes, más vivas y más apasionadas que hayan brotado del corazón.

Huí de ella y de la ciudad.

Procuré olvidarla, y sin embargo, su bella imagen no se apartaba de mi pecho.

Parecía que él fuera su marco, su altar, su medallón, su guardapelo.

¡Y cómo olvidar su pequeño y peregrino rostro; sus lustrosas trenzas negras como el ángel de la noche; sus rasgados y amorosos ojos verdes, que parecían dos hermosos cielos pintados del color de la esperanza; su esbelto y flexible talle; su elegante porte; sus aristocráticos ademanes; su pintoresca conversación; sus finísimas manos, y hasta, aunque parezca exagerado, sus diminutos pies!...

Era pedir un sacrificio, y ellos no se han hecho para mí.

III

Era la noche de un viernes de cuaresma.

Velada de penitencias, de maceraciones, de vigilias, de rezos, de ayunos y de abstinencias de carne.

Era una noche consagrada al espíritu y en que la materia estaba de más.

Como no había función en el teatro, siguiendo añejas costumbres, ni velada literaria, ni científica, ni musical en el Ateneo, ni ninguna reunión política, encaminé mis pasos á una de las iglesias principales de la capital.

La música de capilla ejecutaba el sublime Miserere de Doyague. Aquel poema musical que encierra el arrepentimiento de una página de amor sacrílego en alto grado y que no es del caso consignar.

En el crucero, detrás de una mesa petitoria, ante una artística bandeja colocada entre dos magníficos candelabros de plata, la descubrí.

Allí estaba ella. Allí la admiraron mis ojos por segunda vez.

No era una mujer, era una tentación, era una divinidad con todo el esplendor de su hermosura.

Se hallaba de nuevo en mi camino; pero más esbelta, más hermosa, más elegante que cuando la contemplé por vez primera.

Iba vestida de negro, como todas las mujeres que has amado, que has descrito en tus novelas y que has cantado en tus poesías. Una elegante mantilla cobijaba su pequeña cabeza dejando en claro los perfumados rizos que jugueteaban sobre su frente, y una caprichosa cruz de oro se agitaba sobre su pecho.

Me acerqué á la mesa y tiré á la bandeja una moneda de cien reales.

Dí algo más que una moneda de oro: en aquella bandeja arrojé el corazón.

Ella sonrióse dulcemente, dobló la cabeza con cierta coquetería aristocrática y murmuró un cumplido.

Entonces creí que Dios había abandonado el altar y que ella era la única divinidad en aquel religioso templo.

Entonces... me tratarías de ateo, de loco, de visionario, de exagerado y prefiero ocultar mi sentimiento y continuar la narración.

Una hora mortal estuve de pie en el templo.

Cuando terminó la función, salí á la calle, encendí un cigarro y la aguardé.

La niña no se hizo esperar. Acompañada de dos respetables damas, abandonó la iglesia y una vez en la calle subieron juntas á una carretela.

Al cerrar un lacayuelo la portezuela del carruaje noté en el suelo un objeto blanco. Lo recogí y era... su lienzo.

¡Era un finísimo pañuelo de batista, un tesoro recogido en medio del arroyo, una perla en el fango, el cendal de un ángel perdido en un lodazal!

Inútil es decirte, que sin darme cuenta de ello, lo colmé de besos, ocultándolo después sobre mi corazón.

Aquella noche me sirvió de almohada.

Fué mi paño de lágrimas, pues también lloré.

Al día siguiente lo besé de nuevo, lo coloqué dentro de una caja de marfil y por conducto de mi fámulo lo devolví á su dueña.

Me separé de él como de un ser querido.

Aquel trapo, como dirían algunos, constituía, sin embargo, mi felicidad.

IV

Te mofas. Ríete á tu gusto. ¡Bienaventurados aquellos que pueden reir!

Ha dicho sabiamente Víctor Hugo: «que el amor tiene cosas de niño.» Pues bien, yo soy un rapaz hecho y derecho que aun no ha soltado los andadores del amor.

¡Hay tontos que sin sospecharlo me hacen compañía!

Una noche de mayo Dios ó el diablo nos juntó de nuevo.

Era una de esas veladas que se sienten, pero que no se describen. Noches en que la atmósfera está inundada de electricidad; en que hay necesidad de vida, de amor y de mutua correspondencia; en que cierto fluido, hijo del cielo, se dilata en nuestras venas; en que hierve la sangre; en que ansias infinitas inundan el corazón; en que la mente se forja mil candorosas imágenes; en que parece que se aviva, rejuvenece y trasforma nuestro ser.

El alma y la materia representan á *duo* en el mes de mayo el gran papel.

Quien dice mayo dice nidos, y quien dice nidos lo dice todo.

Es el mes de las rosas con espinas y sin ellas.

La primavera del año.

La estación del amor.

De las golondrinas.

De las cerezas, alegría de los niños y alimento de los pájaros.

De las mañanitas cantadas por Calderón.

De los paseos matinales y de las citas de amor al resplandor de la luna.

De los idilios.

De las fresas. Acabo de acordarme de tus labios bermejos, amor mío, que son dos fresas que encierran mi corazón.

El mes consagrado á María, pues el nombre de María es un ramo compuesto de flores y de estrellas. De lo más bello y de lo más puro.

El mes de la Maya. Fiesta popular abolida y olvidada.

El de condena para los estudiantes.

El de gloria para las floristas.

Y el bendito mes en que Dios crió las mujeres en este mundo.

Porque las mujeres son un mayo, rosas con espinas, pájaros de la tierra, regocijo del amor y tormento de los hombres.

Sin las mujeres el mundo sería un cementerio; y si el mes de mayo no existiera, no fuera tan temible y tan res baladizo el amor.

Aquella noche tenía lugar un gran concierto en la embajada francesa.

Allí fuí de frac y corbata blanca.

Allí la admiré, la aplaudí y la besé con el alma y con el pensamiento, pues bien sabes que de ese modo también se besa, según ha dicho Campoamor.

Vestida con una elegancia sin igual; con flores en el tocado y en el pecho; desnuda la espalda y los torneados brazos; envuelta en seda; arrastrando la crujiente y majestuosa cola; inundada de luz; henchida de gracia y majestad y con una hermosura *matadora*, – pues no ignoras que hay hermosuras que matan como los celos, los desengaños y otras mundanales pasiones, – ejecutó en el piano una melodía robada á los cielos, una melodía casi divina de Mendelssohn.

La ejecutó con tanta expresión como sentimiento y una lluvia de aplausos resonó en el salón.

Cuando la hermosa abandonó el piano, me apresuré á ofrecerle el brazo.

Ella sonrióse dulcemente y lo aceptó.

Enjugóse sus lindos labios con aquel bendito pañuelo de batista y murmuró después con dulce acento:

– ¿Lo reconoce usted?

– ¡Y tanto! – contesté con cierta adoración.

Mi bella inclinó la cabeza, y con lisonjeras frases, me encareció su agradecimiento por el servicio que le había prestado devolviéndole aquella prenda de inestimable valor.

En aquel momento, lo digo sin rebozo, hubiera querido con alma entera que se le hubiera extraviado de nuevo su pañuelo para tener el placer de besarlo y la satisfacción de podérselo devolver.

El amor es sólo un conjunto de pequeñeces de esta especie, y estas pequeñeces, aunque te parezca extraño, constituyen el alimento del corazón.

Félix tiró el cigarro y dijo después:

– Ha dicho Calderón que el delito mayor del hombre es haber nacido.

Es verdad.

Si mis padres se hubiesen ahorrado el trabajo de mandarme á este mundo, me hubieran evitado una de las mañanas más tristes que he pasado en esta vida.

En aquella época, fuí á visitar una de las ciudades más celebradas de España por sus monumentos, por sus mujeres, por sus flores y por su risueño mar, que parecía un inmenso espejo de plata bruñido por los ángeles del cielo, y en el cual se mira Dios.

Porque Dios también se miró en sus obras como las madres en los ojos de sus hijos.

Aquella mañana, al salir á la calle noté que el cielo amenazaba lluvia, mas no quise cargar con el paraguas, ni poner mi persona al abrigo del pesado chubasquero y recorrí á pie la populosa capital.

De pronto se ocultó el sol, retumbó la tremenda voz del trueno, cruzó los aires una exhalación, y un verdadero diluvio inundó la ciudad y su florida y dilatada campiña.

Busqué un refugio, y como los reos de lesa majestad lo hallé en un templo.

¡Cuánto me arrepiento de haber entrado en él!

Huí del agua y dí con el fuego.

Quise ponerme á salvo de la tormenta atmosférica, y otra tormenta más horrible desencadenóse en mi corazón.

(Continuará)

LA MÚSICA EN LA EXPOSICIÓN DE INVENTOS

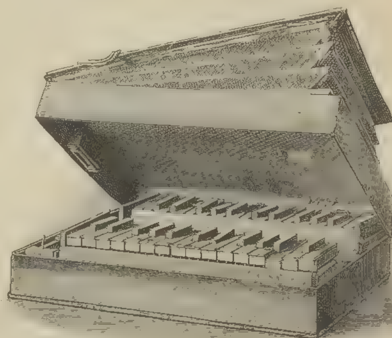
En la última exposición de instrumentos musicales celebrada en Londres, han llamado mucho la atención las magníficas colecciones de violines, organillos y otros instrumentos, entre los cuales figuran algunos antiguos junto á los de más reciente invención. Si faltan los dos ó tres violines célebres conocidos con los nombres de la *Doncella* y el *Diablo*, en cambio hay otros que por sus excelentes cualidades se pueden considerar como verdaderas joyas. Seguramente los profanos no sabrán apreciar su mérito, y á éstos les diremos que el violín ha llegado á ser un instrumento tan perfecto y admirable que las más ligeras diferencias tienen la mayor importancia para sus cualidades; hasta el barniz, que da color y brillo á la forma, influye en los tonos musicales que el instrumento debe producir.

En la colección de que hablamos hay una serie completa de violines, violas y violoncelos; los grandes nombres de Stradivarius y Amati están representados por instrumentos cuyo valor en metálico se cuenta por miles de pesetas; algunos tienen doble interés por sus asociaciones históricas, y otros son los instrumentos favoritos de célebres violinistas de nuestro tiempo, cuyos nombres conoce todo el mundo.

El expositor M. Donaldson ha presentado, entre otros, un curioso instrumento llamado *violín de bolsillo*, largo y muy estrecho, que según parece se inventó para uso de los maestros de baile, los cuales podían llevarle fácilmente consigo. Este violín no tuvo nunca gran importancia como instrumento musical, aunque el construído por Stradivarius, conservado en el museo del Conservatorio de París, se tocó en la orquesta del teatro de la Ópera en 1858 y excitó la admiración de los inteligentes por la sonoridad y dulzura de los tonos. El violín de bolsillo de Donaldson, con su hermosa cabeza de marfil esculpida, es una preciosa muestra del arte italiano del siglo XVII, y debe creerse que semejantes instrumentos tenían más valor por la belleza de su forma y sus adornos que por su utilidad práctica.

Violín de bolsillo

En la colección enviada por el Conservatorio de Bruselas para la Exposición de que nos ocupamos, hay varias muestras de pequeños órganos portátiles, algunos de los cuales se tocaron con muy buen éxito en una serie de conciertos celebrados en Londres. Uno de estos instrumentos, único en su género, según dicen, es de reducidas dimensiones, á fin de que se pueda colocar sobre las rodillas del músico, que oprime los fuelles con una mano y hace jugar las llaves con la otra. Los tubos, dispuestos verticalmente, son de metal, y la caja tiene en su interior placas de marfil. Por el mismo estilo es el órgano portátil llamado *órgano-Biblia*, igual en un todo al que se guarda en el museo del Conservatorio de París. Se le ha dado este nombre porque cuando se cierra adquiere la forma de un tomo en cuarto mayor de la Sagrada Escritura, con el título en el lomo como todos los demás libros. La parte superior de una de las cubiertas forma los fuelles, plegados á la manera de los de un acordeón; los tubos son de metal y el teclado de madera. Los sonidos que este instrumento emite son dulces y gratos al oído, si le maneja una mano práctica; pero de lo contrario resultan duros y discordantes, pues se necesita cierta habilidad para graduar bien la cantidad de aire cuando se quieren producir tales ó cuales notas. Así el *órgano-Biblia*



ÓRGANO-BIBLIA, grabado de J. Hipkins

como otros dos que se le asemejan por su conjunto, aunque son algo más complicados, y sobre todo más ricos como obra de arte, datan del siglo XVII y son una preciosa muestra de los adelantos de aquella época en la construcción de este género de instrumentos musicales.

Nuestros grabados son una copia exacta del violín de bolsillo de Donaldson y del *órgano-Biblia*.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

A las tres de la tarde llego á Kalibuhassan, centro importante, donde hay cinco grandes casetas: es el tipo del pueblo mandaya.

Kalibuhassan se halla en un alto promontorio enlazado con la orilla por un istmo; las casetas parecen como suspendidas á la elevación de 12 á 15 metros sobre el suelo; y apóyanse en estacadas y troncos de árboles; su techo, de dos pendientes, formado con dos bambúes, es sumamente bajo; las dos extremidades de la arista media, dos caballetes, sobresalen del tejado, con el que forman un ángulo opuesto por el vértice; veo en ellos un penacho de crin destinado á conjurar los espíritus (1). Al rededor de las casetas se corre una alta empalizada de estacas muy agudas, constituyendo un recinto flanqueado por dentro y por fuera de *trampas de lobos*, profundas y erizadas de fuertes puntas de bambú, disimulándose su orificio bajo una capa de ramaje y basuras. En la orilla, una especie de tridente sirve de apoyo á una tabla en que se han depositado bananas y arroz, ofrenda á *Limbucun*, la tórtola sagrada, á la que todos los naturales de Mindanao parecen rendir homenaje. Así como en los demás puntos recorridos antes, prodúcese una pasajera emoción á mi llegada, pero pronto renace la tranquilidad con algunos presentes: mientras que me baño, algunos indígenas me observan, á fin de asegurarse, según me lo dijeron más tarde mis muchachos, si el hombre blanco tiene tan velludo el cuerpo como el rostro.

Deseoso de economizar mis víveres, pido algunos huevos y gallinas; pero los recursos de esta pobre gente son insignificantes, y no se atreven á tocar nada en ausencia de su jefe, que ha sido llamado por su soberano, el dato moro de Bincungán. Por degenerado que esté el islamismo de los malayos del golfo de Davao, aun le deja al mísero dato de Bincungán suficiente prestigio para mantener en estrecha obediencia á mandayas que por la raza y el valor son por lo menos sus iguales.

Los mandayas se distinguen por lo vigorosos; con frecuencia son esbeltos y barbudos, pero comunmente se afeitan la barba y las cejas; su rostro, muy ancho, caracterízase por lo saliente de los pómulos, mas á pesar de esto la fisonomía no es desagradable, gracias á los grandes ojos negros, velados por largas pestañas.

Doy algunos collares á los niños, que se revuelcan en el fango de la orilla; y entonces un pariente del jefe acércase á mí y me dice: «Bien veo que eres un *lumun* (hermano); sube á mi casa y duerme en paz.»


Viaje á Filipinas. – Balsas mandayas

Dos bambúes cortados, cuyas extremidades se unen con un fuerte tejido de bejucos, sirven para penetrar en el interior de la caseta; forman una especie de escala primitiva, que el amo manda retirar apenas se pone el sol; la caseta no tiene puerta ni ventana; de modo que el aire y la luz penetran escasamente por una abertura practicada entre las paredes y el tejado; esta abertura da la vuelta á la única habitación; las paredes, toscamente cortadas, presentan como unas troneras, del todo semejantes á las de nuestros castillos del siglo XIII, el humo sale por donde puede; y á veces se queda dentro. El mobiliario, casi nulo, se reduce á unas esterillas, un ruedo y un bastidor primitivo, pues los mandayas fabrican, así como los Guiangas y los Bagobos, sólidos *dogmays*. Las armas abundan: hay arcos y flechas con puntas de bambú, puñales, lanzas y balas de hierro, todo lo cual constituye un verdadero arsenal.

10 noviembre. – Emprendo la marcha á las siete de la mañana: antes de partir, el joven mandaya embarcado el 8 cerca de Babao arrójase á mis pies y me suplica que no le lleve más lejos; creíase ya esclavo, y al parecer sorpréndele que le deje marchar, dándole una razonable cantidad de percal. Aunque le hago nuevas ofertas para que me acompañe, niégase tenazmente, diciéndome: «Verdad es que contigo como cuanto quiero; pero si fuera más lejos me cortarían la cabeza.»

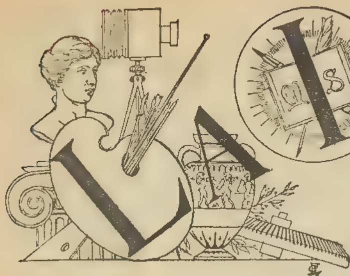
Las orillas del Sahug están desiertas; su curso, cuya dirección general se inclina al norte, sigue siendo tan sinuoso como antes. La latitud de mediodía me da 7° 32′ 53″; de modo que sólo he ganado 3′ 5″, poco más ó menos por el norte = 5,5 kil. desde hace 24 horas; en una porción muy pequeña de su curso, las orillas, cortadas á pico, se componen de espesas capas de arcilla estratificadas horizontalmente en una altura de 4 á 6 metros; en todos los demás puntos, una enmarañada vegetación cubre el suelo.

(Continuará)

(1) Las casetas de los Dayaks de Borneo ofrecen mucha analogía con las de los Mandayas.


Viaje á Filipinas. – Interior de una cabaña mandaya

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO V — BARCELONA 19 DE JULIO DE 1886 — NÚM. 238

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA BAYADERA, cuadro de G. Courtois

Los tipos orientales privan de tal suerte entre los pintores contemporáneos que, francamente lo decimos, vamos temiendo que el público se subleve contra tanto orientalismo. Las bayaderas han sido llevadas y traídas de mil diversas maneras, á tal punto que si los moros pueden todavía con ellas, los cristianos ya no tenemos paciencia para resistirlas.

Convengamos, sin embargo, en que hay bayaderas y bayaderas, ó sea que en todo asunto artístico la excelencia de la ejecución abona hasta lo vulgar del objeto. Digamos más; digamos que cuanto más manoseado ha sido un tipo ó asunto, mucho más sobresalientes deben ser las condiciones del artista que, al tratarlo de nuevo, consiga un triunfo no controvertido. Pues esto ha ocurrido con *La bayadera* de Courtois en la última Exposición de bellas artes celebrada en París.

Se comprende con sólo fijarse en la ejecución de esa obra, tan fina, tan bien estudiada, tan perfecta, tan nueva, que ella sola diera fama á un autor de menos valía. En el semblante de esa mujer se trasparenta toda su existencia; su lánguida mirada fascina, sus labios sensuales matan. Esa figura es el materialismo poetizado de Oriente; es el drama de toda una raza; casi estamos por decir que es el poema de todo un pueblo, que ama la forma, no como el griego por la educación estética, sino por lo que la forma dice á los sentidos.

LA ROSA DE ORO

Esta alhaja, enviada por el pontífice León XIII á la reina regente María Cristina, consiste en una rama de rosal con siete flores, catorce capullos y más de cien hojas, todo de oro fino. La rosa central se abre y contiene los perfumes (bálsamo del Perú y almizcle) que simbolizan la gloriosa resurrección de Jesucristo. Dicha rama está metida en un jarro de plata sobredorada, de estilo del siglo XVI, primorosamente cincelado. Dos ángeles forman sus asas, y en medio del jarro se ve por un lado la imagen de Santa Cristina, patrona de la Regente, y en el otro la siguiente inscripción redactada por el Papa mismo:

MARIÆ CRISTINÆ
ALPHONSI XIII
HISPANIARUM REGIS MATRI
ROSAM AUREAM
LEO XIII
PONTIFEX MAXIMUS
D. D. D.
ANNO MDCCCLXXXVI

Esta bella obra de arte tiene ochenta centímetros de altura y ha sido labrada por el señor Tanfani, platero del Papa.

TIPO AFRICANO, dibujo de T. Moragas

Es un tipo, un tipo en toda la extensión de la palabra. Africa produce muchos africanos; pero no todos lo son tan puramente.

Limitándonos, empero, á la ejecución del artista, ¡cuánta energía en el dibujo! ¡cuánta inteligencia en los efectos de luz y sombra! ¡cuánto relieve, cuánto detalle, cuánta difícil facilidad empleada en esta obra!... La carne de ese rostro es carne; sus huesos son huesos; debajo de esa piel se está viendo circular la sangre, la vida, el calor africano.

AMORÍOS EN VENECIA, cuadro de E. Woods

Este grabado es copia de uno de los mejores cuadros de M. Enrique Woods, artista inglés de reconocido mérito, y representa uno de esos pequeños muelles que hay á orillas de los canales de Venecia, destinados á la reparación de góndolas, donde un joven barquero corteja á su amada. El asunto es demasiado expresivo, no obstante, para necesitar explicación alguna. Este lienzo, así como todos los del citado artista, se distingue por el vigor del colorido y la riqueza de los detalles.

EL APRENDIZ DE HERRERO

La práctica saca maestros. Este aforismo no lo negará el aprendiz de herrero; pero os dirá, también, que esta práctica se adquiere dolorosamente. Con frecuencia en vez de dar en el yunque se da en el brazo, y aquí de los ayes y de las contorsiones.

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE PARÍS



LA BAYADERA, cuadro de G. Courtois, grabado de Baude

Tal ha acontecido á nuestro muchacho, y este hecho de la vida real ha dado lugar á nuestra bellísima estatua, que es un prodigio de expresión y de naturalidad.

FIN DEL SALTEADOR, cuadro de J. Schmitzberg

Quien mal anda mal acaba, dice el refrán; y los refranes dicen á menudo grandes verdades. La zorra hizo de las suyas durante el verano, porque el verano es un grande encubridor de cuadrúpedos bandoleros. Pero vino el invierno; se deshojaron los arbustos, se secaron los matorrales, desapareció la espesura que despista al guardabosque, ese guardia civil de las especies irracionales dañinas; y aquí empezó á peligrar la seguridad de la raposa. La nieve cubrió en seguida la tierra, y como la saqueadora de corrales no tuvo la astucia de Bertoldo que se puso los zapatos al revés para engañar á sus perseguidores, cata ahí que el rudo cazador dió muerte al animal con la tranquilidad del que ejecuta una sentencia pronunciada por juez competente.

El paisaje está bien entendido y da exacta idea de la naturaleza despojada de sus galas. Las figuras lo animan convenientemente y el mayor elogio que podemos hacer de su autor es que, contemplando su obra, se siente algo muy parecido á frío.

EL PAPA Y EL INQUISIDOR, cuadro de Laurent

Este lienzo ha llamado la atención pública en el último *Salón* de París, y ciertamente con motivo, pues reune á un buen dibujo, una expresión feliz de los sentimientos que dominan en los personajes. Titúlase: *El Papa y el Inquisidor;* pero este título es sobrado vago para apreciar hasta qué punto el artista ha comprendido el asunto.

A nuestro ver la escena se remonta al año 1233, cuando el Pontificado confió á los PP. Dominicos la dirección del tribunal que, á pretexto de purificar de herejía á ciertas naciones, debía servir de instrumento, alternativamente, á las miras de los pontífices, de los reyes y aun de los mismos inquisidores. Si es así, el papa del cuadro debe ser Gregorio IX. Por lo que toca al dominico, su semblante demuestra el interés con que da cuenta de las constituciones del nuevo tribunal, cuyo alcance comprende de sobra; al paso que el pontífice pone en la lectura una atención merecida: pero ajena á sorpresa, como quien se halla bien enterado de aquello que lee.

La composición es sobria y también pudiéramos calificarla de muy correcta, si el brazo izquierdo del dominico no nos pareciera algo desproporcionado. Siempre, empero, resulta un cuadro de estudio, digno de los elogios que ha tributado á su autor la sana crítica.

APUNTE, de J. M. Marqués

Nuestro apreciado colaborador sale próximamente para Suiza y nos remite este dibujo á la pluma como pudiera remitirnos una tarjeta de despedida.

—¡Hasta la vuelta querido artista!... Se dirige V. á un país que excitará poderosamente su atención y le ofrecerá mil ocasiones en que ejercitar su talento. Allí la naturaleza ha desplegado galas que usted no conoce aún: figúrese la antítesis de la Italia que V. ha recorrido; árboles que tocan á las nubes, nubes que bajan hasta las montañas, montañas que suben hasta el cielo. Nieve y verdura en admirable combinación; lagos mansos, canales estruendosos, una Arcadia en pleno siglo XIX y un pueblo virgen, fuerte, noble, honrado; manso como las blancas terneras de sus prados; bravo y altivo como las águilas que anidan en las crestas de sus montes. Prepare V. muchos *albums* y guárdenos las primicias de sus impresiones.



APUNTE, de Enrique Serra

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

CARTA PRIMERA.—*Rafael á Leonardo*

París 24 de diciembre de 1868

Mi queridísimo Leonardo: Al cabo puedo escribirte, y escribirte á mi sabor... ¡Con qué placer, con qué ansia voy á llenar de renglones pliegos y pliegos! Me ahogaba, créelo, me ahogaba en el oleaje de recientes memorias y necesitaba á toda costa referir el suceso; es decir, referírtelo á tí, no á nadie más, porque tú mereces mi confianza absoluta y puedes darme lo que necesito pronto, muy pronto: consejos y noticias.

Noticias, sí, porque desde mi salida de Madrid, después de aquella maldecida noche, nada he sabido de *ella* ni de... Pero hablo atropelladamente y sin explicar nada y lo que conseguiré será marearte con exclamaciones y frases, para tí vacías de sentido.

Voy al caso, con calma... ¡Aunque estoy tan impaciente, tan nervioso!... El creyente que, abrumado por la conciencia de grave pecado, acude, anhelante y temeroso á la vez, al tribunal de la penitencia, no experimenta otras sensaciones que las que me agitan desde que tomé la pluma.

Nuestra antigua, invariable y ferviente amistad, es prenda segura de confianza, y sé, por tanto, que no estaría



LA ROSA DE ORO, enviada por el Papa á la Reina Regente de España

más segura la confesión, á que por término de comparación aludía, en oídos del sacerdote que esta carta en tus manos.

Existe, además, otra razón, aunque de ménos entidad, que me obliga á hacerte partícipe de mi secreto Tú fuiste en realidad quien me puso en relación con *ella* (pronto te diré *ella* quién es), y á tí debo cuenta estrecha de mis actos desde que la conocí hasta ahora.

¡Ah querido Leonardo! ¡Qué de acontecimientos de toda clase en poco más de cuatro meses! No sólo ha cambiado por completo, de *fond en comble,*—como dicen por acá, – la suerte de nuestra patria, sino que algo de semejante ha sucedido con mi propia suerte.

Sí, amigo mío; también experimenté yo en setiembre una tremenda revolución, cuyas consecuencias, como las de la revolución política de España, no cabe prever todavía... A la vez que cambiaba radicalmente el gobierno, caía el trono y todo lo existente venía abajo, reemplazándolo lo nuevo, y también lo desconocido, mudábase el gobierno de mi vida, derrumbábase la honra de una noble doncella, y lo incierto, oscuro y pavoroso sustituía, en una familia respetable, la vida normal y el hogar constituído.

Me explicaré, Leonardo; sí, me explicaré..... Perdona á la ingénita vehemencia de mi carácter arranques para tí fuera de sazón, pero que son otras tantas sajaduras por donde escapa el torrente de impresiones y emociones que, comprimidas en estrecho espacio, ya te lo dije, me ahogaban, literalmente me ahogaban...

Te entregará esta carta Nicolás, mi ayuda de cámara, que va á esa corte, -á esa ex-corte, gracias á tus amigos políticos, que Dios confunda, amén... y perdona la franqueza.

Lo envío para que averigüe, arregle y ponga á salvo muchas cosas. Mi significación en la monarquía y el gobierno derrocados hace tres meses, no solamente me obligó á emigrar en pos de la Señora, sino á dejar mis negocios é intereses á merced de la casualidad, ó de cualquiera de esos bergantes... Y vuélveme á perdonar la franqueza, progresistón empecatado.

Ya sabes que desde hace años es Nicolás persona de quien puedo fiar en todo y para todo; su honradez corre parejas con su afecto á mí y á los míos; á nadie, pues, mejor que á él, ó por mejor decir, á él únicamente podía encomendar la delicada y hasta peligrosa comisión de hacerse en Madrid cargo de mis negocios, y de entregarte en propia mano esta carta que va á pecar y mucho de extensa.

Seguro estoy de que te hallas en Madrid. Al separarnos en junio ibas, según me confesaste, abominable bandido, á dar el último golpe á la conspiración en que andabas, tanto ó más que por convicción política, por amistad personal, y por tu parte cordialísima, hacia don Fulano... ya sabes quién.

Y por cierto que mucho temo que, según te vaticiné, al llegar la hora del triunfo (que yo no consideraba próximo ni mucho menos, lo declaro ingenuamente), hayas quedado de figura decorativa de último término. Dígolo, porque aunque apenas leo los periódicos españoles (me había propuesto no leer ni uno después que tus amigotes convirtieron la noble monarquía española en merienda de negros – ó botín de blancos que es peor todavía); aunque apenas leo, repito, los papeles de esa tierra, como alguna vez la maldita curiosidad puede más que mi propósito, paso la vista por los tales impresos.

Leyéndolos, pues (sólo algunas veces), he notado que entre la multitud de nombres que danzan para toda especie de empleos, – ¡cómo están poniéndose el copo los pescadores de ese río revuelto!... – no he encontrado tu nombre más que una vez, y esa en la lista de los pocos que se han ofrecido á desempeñar gratuitamente cátedras populares. Habrás, por lo tanto, entrado en Madrid á la zaga del don Fulano consabido, quien te prometería montes y morenas cuando exponías tu pelleja y tu hacienda en su provecho, pero que una vez en lo alto de la escala, te habrá dicho que te mantengas quedo en el primer travesaño, -á ras del suelo como estabas antes. «Así conviene por hoy, – añadirá, – á los altos intereses del partido y á los sacrosantos intereses de la patria.» (Donde dice «partido» léase *egoísmo,* y donde dice «patria» léase *estómago.)*

Querido Leonardo, soporta con paciencia mis catilinarias; Ovidio, desterrado allí en la Crimea por culpas propias ó ajenas, exhalaba sus penas escribiendo *Los tristes;* yo que no tengo de Ovidio sino mi afición á las Cypasis y Corinas, y que gasto diferente humor, desahogo mi coraje en otra forma; además, París tiene en realidad muy poca semejanza con el Ponto Euxino...

Estábamos en que Nicolás te entregará esta carta, que no he querido confiar al correo. ¿Por qué? dirás: porque al cruzar los Pirineos sería muy fácil que la administración postal española, que en todos tiempos ha dejado extraviar las cartas por mal servicio, esta extraviara ahora en su provecho al reconocer que procedía de un moderado de tomo y lomo, y por añadidura empleado de cuenta y palaciego.

Tranquilo, pues, por la suerte de lo que te escribo; seguro por otra parte, de que Nicolás dará contigo en Madrid, y un tanto más sosegado desde que dije algunas, sólo algunas, de las picardías que merece la taifa de liberales que ha entrado á saco en las plazas del poder, paso, sin más rodeos, á referirte lo que en el terreno privado, no en el político, me sucedió y á rogarte luego que sin demora me digas lo que *ella* ha hecho y lo que yo debo hacer.

Recordarás que hará próximamente un año conocí, galanteé, – y fuí correspondido, – á aquella graciosísima viuda... á quien no se le ha muerto el marido, y que llamaremos v. g. Calipso. Tú ya sabes su verdadero nombre.

Calipso (lo recordarás también) podía consolarse perfectamente de la partida de Ulises, supuesto que éste enemigo de la quietud, se fué al otro mundo (por eso decía ella que era viuda) estableciéndose con una compañera de viaje en el Río de la Plata, donde debe de haberse gastado ya toda la suya.

Calipso se encontró con un Telémaco de su gusto, que era yo, y cátate aquí un devaneo de los más sabrosos y placenteros.

Exigióme (como asimismo recordarás) que fuese yo donde ella iba, por lo cual me convertí en su paje, asomando por donde quiera tras de la cola de su vestido.

Una de las casas que más frecuentaba Calipso era la de los señores de Fueros, – á los que llamo así por los que tenía, ó tiene, el padre y por su afición, como buen tradicionalista, á la legislación foral de las Provincias Vascongadas.

Los señores de Fueros «recibían,» según la frase usual, todos los jueves por la noche. Componíase una buena parte de su reunión de gente moza y jovial, que sin salvar nunca los límites del buen tono, hacía de aquella tertulia una de las más amenas de Madrid, reinando en ella esa llaneza elegante (aunque suene la frase á paradójica) que constituye el principal encanto de tales *soirées.*

Esto significa que no eran de etiqueta, ni llevaban el nombre de bailes, – aunque á lo mejor la persona que tecleaba el piano promovía la danza con un wals ó un rigodón – ni admitían lo que se llama «presentados» Si yo lo fuí, bien sabes tú de qué modo. Calipso me conjuró por todos los dioses del Olimpo, – y especialmente por el más chicuelo á que asistiese á los «jueves» de los de Fueros, con quienes ella tenía antigua amistad, heredada de su madre, grande amiga de dichos señores.

Una tarde, al separarme de ella, de Calipso, me encontré contigo en la calle del Arenal. Hacía largo tiempo que no te veía; las maldades que estabas urdiendo con los liberalazos te mantenían alejado del mundo y de mí, que era lo que yo más deploraba.

Te dí un abrazo, te llamé carbonario, demagogo y masón inicuo, y á renglón seguido añadí que andaba á caza de un introductor de embajadores cerca de SS. MM. los señores de Fueros.

Al oir este apellido, tú exclamaste: «¡Ah!» lo cual podía significar tres ó cuatro docenas de cosas, en persona tan lacónica y concentrada como tú.

– ¿Los conoces? – pregunté.

– Sí.

– Pues preséntame en la casa.

– ¿Te interesa mucho?

– Muchísimo.

– Por...

– Porque Calipso, – ya sabes, la diosa á que rindo culto, – lo desea.

– ¿Y tú?

– Yo también.


TIPO AFRICANO, dibujo de T. Moragas

–Sea; te introduciré en casa los señores de Fueros, pero de este modo. Mañana me alejo, – iba luego á despedirme de tí; – no sé cuánto tiempo estaré ausente, ni si volveré...

– ¡Leonardo! ¡No digas simplezas!

– Ya sabes, Rafael, porque á tí nada te oculto, á pesar de mi natural reservado y taciturno, que á lo que voy es á correr un albur muy peligroso.

– Pero hombre, ¡por Dios santo! aun estás á tiempo de...

– No te canses, Rafael; he dado mi palabra, y sabes que por nada falto á ella. Dejémonos de esto, y vamos al pequeño servicio que puedo procurarte antes de marchar. Estoy encargado de un negocio del señor de Fueros; la compra de unas fincas en mi pueblo, y tengo que abandonarlo. Te daré una carta manifestando á dicho señor que puede fiar de tí como de mí propio, y que por ser del mismo pueblo puedes servirle como yo para el caso. Esto te permitirá desde luego visitarle y frecuentar sus reuniones... Mañana te daré la carta. Ahora no tengo tiempo que perder; cuando lo tenga te diré algo, no político, de gran interés para mí.

– ¡Hombre! ¿pues qué te sucede?

– Repito que no puedo detenerme; ya hablaremos...

Te fuiste y no hablamos, porque á la mañana siguiente, cuando estaba yo todavía en la cama, entraste en mi cuarto, me diste la carta de presentación y un estrecho abrazo, y en seguida, antes de que pudiera preguntarte nada, me apretaste con fuerza la mano y echaste á correr dejándome ¡malvado! con el temor de no volverte á ver y con los ojos más húmedos de lo que era razón.

(Continuará)


AMORÍOS EN VENECIA, cuadro de Enrique Woods

ELLA

(Conclusión)

Allí, al pie del ara, como decís vosotros los poetas, la ví de nuevo, con la frente ceñida de flores, ostentaba un blanco velo, de blanco vestida, con su rico pañuelo de batista en una mano y dando la otra al elegido de su corazón.

Un sacerdote los bendecía, sus madres lloraban, los deudos y los amigos los rodeaban, Dios presidía la boda, el templo los cobijaba, y yo, yo mismo era testigo de aquella unión.

Estoy convencido de que Dios me ponía á prueba.

Eso será una blasfemia para algunos; pero en fin... ya la solté.

Presencié aquella unión y tuve que morderme el labio inferior y llorar en silencio.

Ella... ya era la ella de él, era su esposa, la compañera de su vida, la futura madre de sus hijos, la mujer que compartía con él su coche y su mesa, que convertía su casa en templo y la tierra en cielo.

¡Ay! ya veía, como dijo Góngora y repitió Víctor Hugo, al ángel del himeneo, en pie, sonriéndose y con el dedo en los labios en la puerta de la cámara nupcial.

Al terminar la ceremonia me coloqué detrás de una columna para ver y no ser visto. Fué inútil toda mi precaución, pues ella al pasar del brazo de su esposo, fijó sus ojos en los míos, sonrojándose visiblemente.

Bendije con toda la efusión de mi alma aquel purísimo rubor de virgen que coloraba sus mejillas; porque aquellas rosas eran las últimas de su virginidad.

A pesar de la lluvia, salí del templo. En él me ahogaba, en él se oprimía mi corazón.

Todo aquel día lo pasé divagando como un loco. Cuando la noche extendió su negro velo, recogí los bártulos, tomé el tren y abandoné más que de prisa la ciudad.

V

Habían trascurrido dos años.

Durante este período de veinticuatro meses visité toda Italia.

Admiré sus suntuosos museos, visité todos sus templos, asistí á todos sus teatros, me engolfé en sus principales bibliotecas, saludé el lago *Bello* á la luz del sol y Venecia al resplandor de la luna; me interné en las catacumbas; recé en San Pedro, escalé el Vesubio y me adormecí al arrullo de las olas en las playas de Pórtici.

Aquel viaje fué una verdadera excursión artística.

La patria de Tasso, de Dante, de Pergolesso y de otros locos de amor, me seducía y me cautivaba.

Era feliz hasta cierto punto, pues recobré la calma y la paz del corazón.

Regresé á España lleno de agradables impresiones y cargado de objetos de arte. Desembarqué en una de las ciudades más poéticas del Mediterráneo. La sultana de la deliciosa costa de Levante. Al sentar el pie en la última grada del embarcadero, naufragué en tierra firme. Toda la dilatada ausencia de dos años desvanecióse como un soplo, como una exhalación.

Dí con ella en el paseo. Ella, más hermosa, más apretada de carnes, más elegante, más provocativa, más mujer. Un caprichoso sombrero Rembrant con el ala vuelta al cielo, adornaba su cabeza, y un majestuoso traje de terciopelo cubría su persona.

Una pasiega con un niño en brazos la acompañaba.

Los dos al vernos, no pudimos contener un grito de sorpresa. Nuestros ojos se encontraron y nuestras manos también.

Después de las frases de ordenanza, me dijo dulcemente:

– Mire V. á mi hijo. Es un mamón que constituye el delirio de su madre.

Y levantando por uno de sus cabos aquel nevado pañuelo de batista, aquel lienzo dorado, aquella joya perdida en la calle, codiciada en un concierto y admirada en un templo, me mostró el risueño rostro de su dormido chiquitín.

– Es un ángel, señora, – exclamé. – ¡Y cómo no, siendo obra suya!

Y dicho esto, busqué en aquel risueño y apacible rostro los rasgos más visibles de la incomparable y bellísima fisonomía de su madre, y los besé con delirio y, hasta me atrevo á decirte, con pasión.

Ya ves, yo que nunca he sido poeta, que desconozco la lengua inglesa, que no soy escéptico, que no he escrito sátiras contra el walz, que no he cruzado á nado el Helesponto remedando el célebre Leandro, obraba del mismo modo que Byron, cada vez que daba con el hijo de aquella María, que tanto amó en su juventud.

Esto te prueba que no se necesita ser poeta, ni ser inglés, ni lord, ni trasnochador de oficio para besar de un modo especial á los hijos que han dormido en las entrañas de una adorada mujer.

Me despedí de ella como un aturdido.

Al perderla de vista cayó la noche sobre mi corazón.

Amaba á un imposible, á un ser que pertenecía á otro, y el noveno mandamiento en caracteres de fuego se presentaba ante mis ojos estremeciendo todo mi ser.


EL APRENDIZ DE HERRERO

VI

Mi amigo fijó los ojos en el cielo, como si en él buscase algo, y continuó con triste y pausado acento:

– Estábamos en pleno mes de diciembre.

El mes más triste y desconsolador del año.

El mes de las escarchas, de los hielos, de las nieblas, de las nieves, de los días sin sol, de las auroras boreales, de los días cortos y de las noches interminables.

Dichoso mes para los recién casados; para los que tienen palco en el Real y en la Zarzuela, para los que concurren á las fiestas del gran mundo, comen en Fornos, pasean en carretela, se envuelven en confortables abrigos, pasan las noches en claro en los bailes y festines y las mañanas en turbio en voluptuosos camarines.

¡Terrible estación para los pobres; para las desgraciadas Magdalenas; para los huérfanos; para los enfermos; para los desvalidos; para los prisioneros; para los proscritos; para los traperos y para los desamparados niños saboyanos sin patria y sin hogar!...

Era la hora del crepúsculo vespertino.

Ella, aquella mujer de mi manía y de mi cuento, que era el ángel del hogar y la Divina Pastora de sus hijos, se sintió de pronto herida de muerte y fué en busca de salud, de aires puros, de calma, de quietud, de bellos y dilatados horizontes á una deliciosa quinta de recreo que poseía en los valles del histórico Tajo, aquel río que sacó el pecho fuera y echó nada menos que un discurso en verso, según reza fray Luis de León.

Como muere una flor, se eclipsa una estrella, se des-



FIN DEL SALTEADOR, cuadro de J. Schmitzberg



EL PAPA Y EL INQUISIDOR, cuadro de Juan Pablo Laurent



APUNTE, de J. M. Marqués

prende una hermosa estatua griega de su pedestal, murió sin saber por qué ni para qué aquella mujer que fué mi delirio y mi única ilusión.

En aquella quinta la hallé por mis desgracias.

Allí la admiraron mis ojos por última vez.

Sola, de cuerpo presente, tendida en el ataúd y entre dos blandones de amarilla cera. Un crucifijo la amparaba, y su pobre hijo lloraba á sus pies.

Tiré el sombrero, arrojé la capa, corrí hacia ella, cogí entre mis manos su pequeña cabeza y colmé de besos sus trenzas, su helada frente, sus apagados ojos, sus descoloridas mejillas, sus mustios labios, su seco cuello, sus frías manos, sus inertes pies, su negro traje y su enlutada caja mortuoria.

– ¡Ya es mía! – exclamaba como un insensato. – Ya me pertenece, ya soy dueño de su persona! Dios me la otorga; Dios me la concede; Dios me la encarga; Dios lo quiere; Dios nos bendice; Dios nos ve!...

Y me pareció que al calor de mis besos, de mis ardientes frases, de mis locas caricias, sus incomparables ojos verdes me inundaban de miradas de arrobadora voluptuosidad; que la sangre se agolpaba á sus mejillas; que sus labios buscaban mis besos; que sus manos estrechaban mis manos y que resonaba en mis oídos la música de su voz.

Me había desposado con la muerte; con un cuerpo inerte; con la fría materia; con un vaso de barro abandonado y roto, y sin embargo, era feliz.

Había en mí una mezcla de sentimiento y materialismo.

Una lucha, hablando vulgarmente, entre el espíritu y la materia. Rudo combate entre el alma y Satanás.

Hay crisis que, afortunadamente, sólo se repiten una vez en toda la vida del individuo. Otra batalla como aquélla no la hubiera podido resistir.

Pasé toda la noche velando aquel cadáver. Cuando cerramos el ataúd, una arruga se ostentaba en mi frente y en mis cabellos la primera cana.

La acompañé á la iglesia y custodié su cuerpo hasta el cementerio.

Su buena aya, que, como yo, la adoraba entrañablemente, me regaló como memoria póstuma el bendito pañuelo de batista.

Aquel lienzo que había enjugado sus lágrimas en el lecho de muerte, recogió las mías al pie de su fosa.

Todo había concluído, todo había terminado. Aquella comedia íntima tocaba á su fin.

Se apagaron las candilejas, desocupóse la escena y corrióse el telón. Y fué el velo, la cortina, el blanco lienzo que ocultaba esta desaliñada historia, un pañuelo de batista que ostentaba las iniciales de una mujer... que fué.

Epílogo

Un rayo de sol hirió de pronto mi rostro y desperté.

Volví de nuevo á la vida real. Ella, Félix, el marido, el niño y el aya se desvanecieron como por encanto.

Aquello no había sido más que un sueño, una pesadilla, imágenes incorpóreas é intangibles, hijas de mi calenturienta fantasía.

Aquellos seres fantásticos que habían tomado vida, forma y movimiento en mi imaginación se habían evaporado como por encanto. Sólo impresiones y soñolientos compañeros de viaje admiraba en derredor.

Llegó la hora de partir. El mayoral subió al pescante del coche, empuñó las riendas, blandió el látigo, soltó un terno, los caballos relincharon, emprendieron la carrera, bamboleóse la diligencia, y como en alas del rayo abandonamos la población.

Asomé la cabeza por una de las ventanillas del carruaje y ví en un balcón, una bella y juguetona niña que saludaba amorosamente con su blanco pañuelo á un joven de elegante porte, caballero en su caballo.

Aquello era el primer capítulo de otra novela de amor. ¿Cómo concluirá? Vaya V. á saberlo.

Francisco Gras y Elías

LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE URBANA

VENTILACIÓN, LUZ Y ORIENTACIÓN DE LAS HABITACIONES

El aire encerrado constituye uno de los mayores peligros que amenazan al hombre en su propia casa y contra el cual debe precaverse á toda costa, evitando en lo posible respirarle. No basta que la atmósfera que rodea nuestras moradas sea pura; es preciso, ante todo, que la del interior no se haya viciado por alguna causa de mefitismo, y que se pueda respirar en cierto modo como al aire libre. Las condiciones fundamentales para la salubridad de los habitantes se pueden resumir, por lo tanto, de la manera siguiente: «1.° respirar aire muy fresco entre las paredes y los muebles, manteniendo la debida temperatura; 2.° recibir libremente la luz del cielo, conservando bien iluminados los objetos que se tengan alrededor; y 3.° no permitir que en las habitaciones haya ninguna deyección» (Emilio Trelat).

Los higienistas se han esforzado en todo tiempo para obtener estas diversas condiciones; pero los constructores las descuidaban á medida que las aglomeraciones humanas se hacían más numerosas y compactas, sin reflexionar que una casa salubre y sana constituye uno de los mejores medios de evitar las epidemias y todas las enfermedades trasmisibles. El ejemplo de las manifestaciones epidémicas nos demuestra que en las ciudades malsanas, y en los barrios ó habitaciones más insalubres es donde aquellas se desarrollan y propagan casi exclusivamente. Las grandes epidemias de los últimos siglos ocasionaban innumerables víctimas en esas agrupaciones de casas aglomeradas alrededor de las murallas ó cerca de las iglesias y castillos de nuestras antiguas ciudades; y en las mismas condiciones producen aún hoy mayores estragos epidemias como el cólera, la fiebre tifoidea, la viruela, etc: así será hasta el día en que se consiga mejorar la higiene de esas habitaciones. Los doctores Fodor y Rozsahegyi, después de examinar bajo este punto de vista las casas de Buda-Pesth, publicaron hace poco los resultados siguientes:

	Casas muy limpias	Casas limpias	Casas sucias	Casas infectas
Cólera	2	199	268	402
Fiebre tifoidea. .	175	177	182	356

Por otra parte, en 10000 habitantes, en un período de quince años, ha resultado en la misma ciudad la mortandad siguiente:

	Casas muy limpias	Casas muy sucias
Cólera.	90	430
Fiebre tifoidea. .	162	515

Entre las condiciones de que hemos hablado antes, hay dos sobre las cuales quisiéramos llamar hoy particularmente la atención de nuestros lectores. La Exposición de higiene urbana instalada actualmente en el cuartel Lobau, detrás de la Casa de la Ciudad, nos permite dar á conocer varios procedimientos imaginados en esta última época para sanear las habitaciones y las ciudades; y el momento nos parece oportuno para hacer una reseña de ellos.

Por lo que hace á la *ventilación* de las casas y de las habitaciones, dicho se está que es preciso esforzarse para introducir de continuo la mayor cantidad posible de aire exterior, que en cualquier lugar que nos hallemos debe ser siempre más sano que el interior, el cual se vicia forzosamente poco ó mucho. La evacuación de este aire se verifica por las chimeneas y los numerosos orificios de nuestras casas, y por aberturas especiales en los locales colectivos. Ahora bien, la parte de la habitación en que más nos acercamos á la atmósfera ambiente es la ventana; los cristales que la cierran permiten entrar la luz en abundancia, condición indispensable de salubridad; pero como estos cristales son impermeables, impiden que el aire penetre.

Por eso en todas las circunstancias en que se necesitó introducir aire en las habitaciones, de modo que no molestase á las personas, buscáronse toda clase de medios para obviar la impermeabilidad; á ello se debe que ahora tengamos los ventiladores para colocar en la parte superior de las ventanas, y esa innumerable variedad de modelos de persianas movibles, planchas de cristal y válvulas de mica con aberturas. En Inglaterra, donde se ha estudiado mucho la cuestión desde hace algunos años, imagináronse muchos procedimientos; pero no se tardó en reconocer que determinaban corrientes de aire más ó menos violentas, perjudiciales para las personas que ocupaban las habitaciones así ventiladas. Entonces se concibió la idea de practicar en diversos puntos de la parte superior de las paredes, cerca del techo, una especie de válvulas ó más bien de ladrillos ventiladores perforados por varios conductos en sentido cónico de afuera adentro. El experimento representado en las figuras 1 y 2, tal como se practica en la Exposición de higiene urbana, permite comprender muy bien el interés que este medio ofrece. Cuando se introduce aire en un conducto cilíndrico con ayuda de un fuelle, prodúcese una corriente rectilínea que hiere directamente los objetos colocados delante: y así vemos cómo se agita con violencia la banderita colocada frente al conducto (fig. 1). Si se introduce el fuelle, por el contrario, en un conducto cónico, con el mismo orificio exterior y el interior muy ensanchado, la misma cantidad de aire producido no moverá la banderita, porque se habrá dispersado en todas direcciones al salir del conducto cuya disposición cónica favoreció su diseminación (fig. 2).

Estos ladrillos y válvulas tienen, sin embargo, graves inconvenientes: en primer lugar, es difícil multiplicarlos mucho en las habitaciones; y en segundo, no es fácil lavarlos bien, porque retienen siempre en el interior de los conductos que los atraviesan toda clase de polvo llevado por el aire; el cual se ensucia también fácilmente al pasar. Hace algunos años, imaginóse en Leeds sustituir esos ladrillos con una especie de jaula de madera, colocada delante de las ventanas y provista de gran número de pequeñas aberturas, á las cuales se adaptaban conductos cilíndricos de cristal; pero este aparato, de aspecto muy desagradable, ofrecía los mismos inconvenientes que acabamos de indicar.

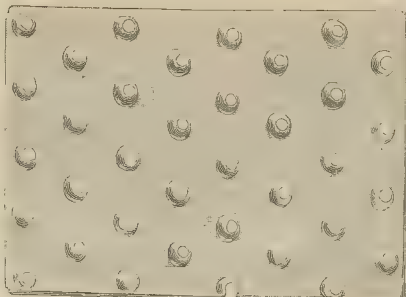
M. Emile Trelat, el sabio profesor del Conservatorio de Artes y Oficios, había demostrado, hace ya tiempo, lo ventajoso que sería tener en la parte superior de las ventanas cristales con numerosos agujeritos de corte cónico, para llenar las importantes condiciones de ventilación; y por su parte MM. Geneste y Herscher, persuadidos de lo mismo, esforzábanse en buscar procedimientos propios para obtener cristales en la forma indicada por Emilio Trelat; mientras que MM. Appert hermanos, después de practicar numerosos ensayos, conseguían al fin fabricar cristales perforados, como el que se representa en la figura 5. Fácil es comprender las dificultades que esto ofrecía, pues ya sabemos que cuando se quiere perforar el cristal ó el vidrio para poner las planchas en las puertas de las habitaciones, es preciso servirse de una espiga de acero y echar en el vidrio esencia de trementina para renovar la superficie, facilitando la acción del acero; algunas veces añádese ácido oxálico, y empléanse cebollas aplastadas; pero el cristal se rompe muy á menudo durante este trabajo.

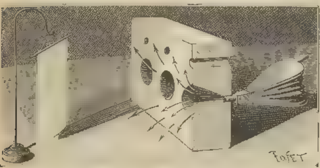
Los vidrios perforados por MM. Appert, Geneste y Herscher tienen cinco mil agujeros por metro cuadrado; son de corte circular y de tres milímetros de diámetro cada uno; entre uno y otro media el espacio de quince milímetros de eje á eje, y el espesor del vidrio es de 3m,5 (figura 5). Se hacen otros más gruesos (de cinco milímetros) con agujeros de cuatro milímetros de diámetro, separados por espacios de veinte de eje á eje. Por sus procedimientos especiales, los señores Appert han conseguido vencer las grandes dificultades que ofrecía este problema industrial: sus vidrios perforados, tales como los presentan hoy, son una prueba notable de los últimos progresos en el arte de la cristalería.

Bajo el punto de vista que aquí nos ocupa particularmente, es preciso observar ante todo que esos vidrios presentan una superficie de tres decímetros cuadrados por metro cuadrado, abierta al aire exterior, y además, como los agujeros se ensanchan interiormente, las venas fluidas del aire se dilatan al penetrar en la habitación. Emilio Trelat, á quien corresponde el mérito de haber promovido la fabricación de estos cristales, demostrando

LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE URBANA


Fig. 1. – Efectos producidos en una banderita por el aire de un fuelle á través de un conducto cilíndrico.


Fig. 5. – Aspecto de un pedazo de vidrio perforado (tamaño natural) sistema Appert, Geneste y Herscher, según el método de M. Emile Trelat.


Fig. 2. – Efectos producidos en una banderita por el aire de un fuelle á través de un conducto cónico.

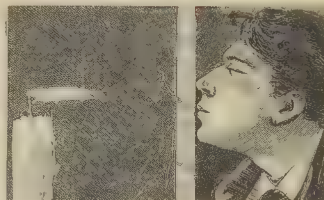

Fig. 3. – Efecto producido en la llama de una bujía soplando por la base menor del orificio cónico de un vidrio perforado.


Fig. 4. – Efecto producido por la llama de una bujía soplando por la base mayor del orificio cónico de un vidrio perforado (extinción de la luz).

cuán útiles son para la salubridad de las casas, recomienda muy oportunamente no colocarlos á una altura inferior á 2m,50 sobre el suelo, á fin de que las venas de aire no molesten á las personas. Por eso son particularmente beneficiosos en las habitaciones altas, y sobre todo en los locales colectivos, salas de las escuelas, hospitales, dormitorios, cuarteles, iglesias, salas de reunión, cafés, casinos, etc. Además tienen la ventaja de no obstruirse nunca, «pues todos los vidrios de las ventanas se lavan necesariamente, y de este modo el aire que los atraviesa no se impregna de ninguna impureza á su paso. Si se fabrican con vidrio traslúcido, pero no trasparente, las miradas de los vecinos curiosos no podrán penetrar en el interior de las habitaciones.»


Buena luz sin vista


Luz y vista

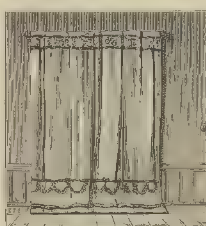
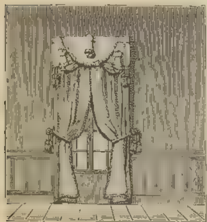
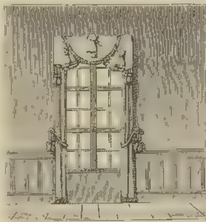

Ni luz ni vista

Fig. 6. – Luz de las habitaciones. – Lo que se debe hacer


Buena luz sin vista


Luz y vista


Ni luz ni vista

Fig. 7. – Luz de las habitaciones. – Lo que no se debe hacer.

Los vidrios perforados se emplean también útilmente en los pisos bajos y en nuestras habitaciones si se disponen de modo que puedan recobrar por momentos su superficie abierta, lo cual es fácil de conseguir por medio de un bastidor movible que cierre y deje libres á voluntad los orificios. El uso de esos vidrios está indicado, además, para todas las puertas de la casa, tales como el retrete, el tocador, las cocinas, etc., donde la ventilación es más indispensable, pues bastan por sí solos á menudo para evitar todo mal olor, asegurando la entrada de aire suficiente. Las figuras 3 y 4 demuestran de una manera precisa, por medio de un experimento muy curioso, que cualquiera puede hacer, la facilidad con que se obtiene la ventilación insensible en las habitaciones. Si se sopla en dirección de la abertura pequeña hacia la mayor, el aire se extiende á lo largo de las paredes de la vasija, las lame, digámoslo así, y forma detrás de la bujía, colocada en frente, una especie de remolino que representa con toda exactitud cómo se extendería alrededor de una habitación (fig. 3); mientras que la bujía se apaga al punto si se sopla en sentido opuesto, pues el aire llega directo como una flecha, soplando con violencia (fig. 4).

M. Emile Trelat no se limita á decirnos que se debe introducir continuamente en una habitación todo el aire fresco que sea posible, y que al efecto es útil poner en la parte superior de la ventana vidrios perforados, sino que insiste en la necesidad de recibir en el interior de las casas *luz que llegue directamente del cielo*, por lo menos durante las horas del día en que se ocupen las habitaciones. Desde hace mucho tiempo M. Trelat se declaró resueltamente en favor de la luz unilateral para las salas de las escuelas, aconsejando que en uno de los lados se construyeran grandes ventanas con vidrios, y en el otro ventanillos para airear, que sólo deberían abrirse por la noche y durante las horas de recreo. M. Trelat propone también que se cambie el arreglo interior de nuestras habitaciones, dejando completamente libre la parte superior de las ventanas: en una de las salas del primer piso de la Exposición de higiene se puede ver una ventana dispuesta de este modo por medio de un elegante cortinaje confeccionado por el hábil tapicero M. Penon: la luz de esta sala es seguramente de las más agradables, y no puede molestar la vista más delicada, ni aun despues de un prolongado trabajo. Falta saber si la moda querrá adoptar esta innovación, por demás elegante; pero como quiera que sea, ya está dado el primer paso, y siempre se deberá á M. Trelat, cuyas indicaciones reproducimos (fig. 6 y 7), el mérito de haber prestado el servicio.

M. Trelat insiste igualmente en la necesidad de disponer la *orientación* de los edificios colectivos y de las casas de una manera distinta en los países septentrionales y en los meridionales; y al efecto ha construído, en colaboración con M. Gaston Trelat, unos bastidores propios para obtener dicha orientación. Conocida es la tendencia que hay á uniformarlo todo en nuestro país; y así, por ejemplo, vemos que se adopta el mismo sistema de construcción para los cuarteles de Dunquerque y de Bayona, de Brest y de Tolón, como si las condiciones climatéricas fueran en todas partes las mismas. Ahora bien, para que la calefacción se distribuya por igual en todos los materiales con que se ha construído el edificio, y para que los rayos solares puedan penetrar profundamente en las salas, es preciso que la orientación se halle al sudoeste en el norte, y al nordeste, por el contrario, si se quiere suprimir en los países meridionales la acción ofensiva de los rayos del sol, que por la mañana y por la tarde penetran horizontalmente en el interior de las salas. Los argumentos de M. Trelat sobre este punto son convincentes.

DR. Z.....

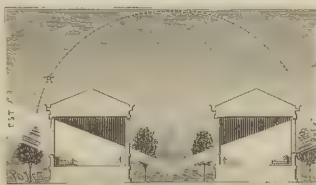
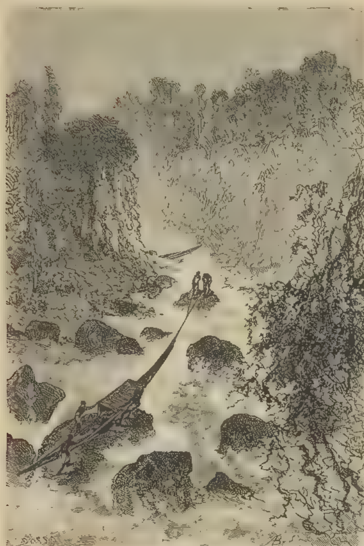


Fig. 8. – Orientación de las salas.—Países septentrionales.—Orientación Este-Oeste

Fig. 9. – Orientación de las salas.—Países meridionales.—Orientación Norte-Sur.—Se suprime con ella la acción ofensiva de los rayos solares de la mañana y de la tarde que penetran horizontalmente en el interior de las salas



Viaje á Filipinas.—Un raudal en el Sahug

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

A las cuatro y cuarto de la tarde llego á Nagta, donde veo las primeras casetas desde esta mañana; el paisaje, los indígenas y su actitud son exactamente los mismos que en Kalibukassan.

11 noviembre. – Al despertarme en mi embarcación me encuentro al nivel de la orilla, que ayer tarde me dominaba á la altura de cinco metros; durante la noche, una crecida del Sahug ha colmado la diferencia; de modo que es imposible avanzar, á causa de la violencia de la corriente. Paseándome en medio del pueblo disparo un tiro contra un ave que está muy lejos, medio oculta en el follaje; pero la toco y cae: ¡es un *limbucun!* Los mandayas parecen enojados, pero gracias á mis presentes ó á sus reflexiones sobre la fuerza de mis armas, pronto se desvanece esta mala impresión.

12 noviembre. – El nivel del Sahug ha bajado, y continúo mi viaje á las siete y veinticinco de la mañana; ahora el río se encajona más; los ribazos de la orilla izquierda tienen unos doce metros, y por todas partes veo numerosas arboledas de tawintawin. A las tres de la tarde me detengo en casa de Daug, dato mandaya, que parece bastante poderoso; las casetas se hallan en alturas verdaderamente vertiginosas, y desde esta especie de observatorios se ve todo el país ocupado por colinas bastante escarpadas, cubiertas de bosque. Daug es más expansivo que sus vecinos; hacemos algunos negocios, y puedo reforzar mi provisión de arroz.

13 noviembre. – Me pongo en camino á las siete y cuarto de la mañana, y á medio día no estoy aún más que á los 7° 38′ 38″; algunos árboles tendidos á través del Sahug nos dan mucho que hacer, y mis muchachos están muy cansados. Me detengo á las dos y cuarto en el confluente de Maggum: aquí hay dos pueblos mandayas inmediatos, de los cuales Tilacan es el más considerable; me es imposible obtener informes precisos sobre el curso del Sahug y los caminos terrestres; y en la incertidumbre, sin pararme en las dificultades anunciadas, me decido á continuar el viaje por el río, particularmente á causa de los cronómetros, que cargados al hombro se desarreglarían muy fácilmente.

14 noviembre. – Salgo á las seis y cuarto de la mañana: el Sahug no se limita ahora sólo á ser sinuoso, sino que presenta muchas cascadas y cataratas, haciéndose necesario descargar las embarcaciones para que puedan pasar á través de estos obstáculos naturales, izarlas luego, y remolcarlas contra una corriente furiosa. Las rocas que forman estos obstáculos, calcáreas, llanas y compactas, se mezclan con enormes moles de políperos, sin duda del género *Astracea*, y semejantes á los que se multiplican en el golfo de Davao: este es un nuevo indicio del levantamiento reciente de esta parte de Mindanao.

Llueve á torrentes; mis hombres están rendidos; tienen los pies llenos de ampollas y de úlceras, y yo he adelantado muy poco hacia el norte: la soledad es absoluta. A las cuatro y veinticinco minutos de la tarde me detengo en un desfiladero profundo, en una especie de playa, cerca de la cual se ve un magnífico bosque, cuya calma y silencio me recuerda los de *Las mil y una noches.*

15 y 16 de noviembre. – Siempre lluvia, cataratas, cascadas, paisajes maravillosos y mucha fatiga. He encontrado un esclavo de pura raza de Negritos. Entre las rocas veo siempre muchas moles de políperos; las colinas entre las cuales se desliza el Sahug comienzan á ser poco á poco montañas, cubiertas con una espesa cortina de bejucos.

17 noviembre. – Las masas de políperos que abundan en las cataratas constituyen casi la mitad de las rocas que obstruyen el lecho del Sahug. En un paso de los más difíciles disparo varios tiros contra algunas aves, y en el mismo momento acuden tres mandayas armados de lanzas. Estaban pescando cerca de aquel sitio, y se avienen de buen grado á trasportar nuestras embarcaciones; franqueado el mal paso, les hago varios presentes y quedan muy satisfechos, tanto que van á buscarme víveres, volviendo media hora después con doce bananos y un pollo del tamaño de un pichón. Algunos objetos de quincalla y un poco de percal deciden á uno de ellos á seguirme durante el viaje, lo cual le impone un trabajo penoso aunque apenas avanzamos. Llegada la noche, el mandaya rehusa ir más lejos por ningún precio. «Mientras permanezca contigo, – me dice, – nada arriesgo, porque tienes relámpagos y truenos en la mano; pero no puedo seguirte siempre, y cuando me separe de tí, Husip me cortará la cabeza.»

– ¿Husip?

– Sí, Husip, el gran dato; le encontrarás allí donde el Sahug no deja ya pasar ninguna embarcación.

– ¿Estás en guerra con Husip? ¿Le has cogido algún esclavo?

– No, pero Husip me cortará la cabeza.

De este modo tropiezo siempre con los mismos temores; desde Balao viajo en el *país del terror*. Para todo mandaya, alejarse de su caseta es exponerse con seguridad á la esclavitud ó la muerte. Las costumbres ya observadas en los Bagobos se desarrollan aquí sin obstáculo en toda su barbarie; los mandayas se agrupan en las casetas, poco numerosas, no sólo porque la construcción de estas viviendas, á diez, quince, y hasta veinte metros sobre el suelo, exige un trabajo inmenso, sino porque se juzga prudente tener muchos defensores juntos para rechazar un ataque. En estas viviendas aéreas no se está siempre seguro de despertar por la mañana. Puede suceder que en medio de la noche se inflame por las flechas impregnadas de resina que los enemigos arrojen; mientras que los sitiadores, formando *la tortuga* con sus escudos, derriban á fuerza de hachazos el árbol ó la estacada que sirve de apoyo á las casetas En estos ataques, el sitiador queda casi siempre victorioso, pues los defensores dirigen mal sus golpes en la oscuridad; y cuando la caseta cae, magullados ó heridos, no pueden oponer mucha resistencia. Los mandayas matan para apoderarse del botín; pero algunos lo hacen sin idea de lucro, y solo por *el honor;* tienen la palabra especial, *bagani* (literalmente *asesino*, pero *valiente* en el verdadero sentido) para calificar al que ha cortado sesenta cabezas. Estos baganis, una vez probadas sus hazañas ante la tribu reunida, tienen derecho para llevar un turbante de tela de color escarlata; y adviértase que todos los datos ó jefes son baganis. Semejantes costumbres, que tanta analogía tienen con las de los Dayaks de Borneo y otras muchas tribus del interior de las islas de la Malasia, explican suficientemente que se hallen tan despobladas las orillas del Sahug, no siendo de extrañar la miseria de los habitantes y su invencible repugnancia á reunirse con mi reducida tripulación, cuyas fuerzas se agotan rápidamente.

Este régimen bárbaro es normal en el interior de Mindanao, y los mandayas no viven menos miserablemente que sus vecinos; pero se consideran como los más antiguos y más ilustres habitantes de la isla; constituyen la aristocracia de la región; y así es que los manobos, los más poderosos y tímidos de los insulares, se enorgullecen mucho cuando pueden adquirir por el rapto ó por casamiento mujeres mandayas. Si estos indígenas no son protegidos pronto por la civilización española, muy luego no quedará sino el recuerdo de ellos, pues continuamente expuestos á los ataques de sus vecinos, se hacen entre sí una guerra sin cuartel.

18 noviembre. – El día sigue muy penoso: el Sahug no es ya más que una serie de cascadas y cataratas; después de franquear el obstáculo se cae siempre en una especie de estanque de cinco á doce metros de profundidad, y después de algunos golpes de remo se encuentra una nueva obstrucción, sucediendo siempre lo mismo. Algunos mandayas me ayudan un momento, pero rehusan avanzar siempre por temor al terrible *Husip*. Varios desprendimientos me permiten ver la constitución de las colinas de la orilla; en todas partes arena fina y conglomerados en vía de formación. Los chubascos son frecuentes, y como no hay medio de hacer observaciones astronómicas, ya no sé dónde me hallo. Mis muchachos tienen los pies ensangrentados, y mi epidermis, menos resistente que la suya, se ha resentido mucho más.

19 noviembre. – Lluvia torrencial; crecida sensible del Sahug, que me permite franquear muchas cataratas sin abrir un paso; pero la corriente y los torbellinos llegan á ser casi insuperables. No hay ningún indicio de vivienda; á las cuatro de la tarde llego á un considerable afluente (todos los que he visto hasta aquí carecían de importancia) que se confunde con el Sahug bajo un ángulo muy agudo. ¿Dónde está el Sahug? No es posible reconocerlo; remonta la corriente que parece venir más directamente del norte; y á las cinco acampo sin víveres en una alta roca, al abrigo de la crecida.

20 noviembre. – A las nueve de la mañana continuamos penosamente nuestro viaje; la excitación de la marcha reanima un poco á mis hombres, que no pueden ya entrar en el agua sin experimentar crueles padecimientos; franqueamos algunas cataratas espantosas; á las once, una balsa que vemos en la orilla nos induce á sospechar la existencia de algunas casetas; tres muchachos van á practicar un reconocimiento en el bosque, pero vuelven sin haber visto nada, y seguimos avanzando.

Mis auxiliares, heridos y en ayunas desde la víspera, no pueden hacer mas esfuerzos: una distribución de café y de tabaco reanima un poco á los que no están atacados de la fiebre; y á medio día puedo tomar la altura del sol, dándome el cálculo 7° 46′ 28″; de modo que en siete días, desde el 13, sólo me he elevado por el norte 7′ 50″ ¡Unos 14'5 kilómetros!

Sin embargo, es indispensable tomar un partido. Husip no puede estar lejos; descargo completamente la más ligera de mis embarcaciones, y confío su dirección á mis dos auxiliares más útiles, Marcelo y Francisco el cuadrillero, á quienes doy mis carabinas para que impongan más respeto, pues á pesar de todos mis cuidados, la humedad de estos últimos días me ha inutilizado casi armas y municiones, hasta el punto de necesitar diez minutos de preparativos cuando quiero cargar mi carabina Lefaucheux, de la cual fallan la mitad de los tiros. Mis embajadores parten con la misión de buscar á Husip é inducirle á buscarme remeros; la pequeña piragua, libre de su peso, deslízase ligera sobre la superficie, conducida sin dificultad por sus dos tripulantes, á los cuales pierdo de vista muy pronto.



Viaje á Filipinas. – Riachuelo en la costa oriental de Mindanao

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 26 DE JULIO DE 1886 — NUM. 239

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BERLÍN



LA ESPINA, estatua de Gustavo Eberlein, grabado por Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA ESPINA, estatua de Gustavo Eberlein

El autor de esta lindísima estatua ha dado una prueba de que comprendía, á la par, lo bello y lo cierto. Un joven pastor se siente herido por una espina clavada en el pie. Nada más prosaico como asunto y nada más verdadero que el acto espontáneo de llevar la mano á la parte dolorida. La ejecución pudiera dar lugar á una escultura groseramente realista, si el autor no hubiese tenido talento suficiente para dar forma elegante, bellísima, al acto natural realizado por el joven pastor. No cabe, en efecto, mayor corrección en el dibujo, mayor delicadeza de líneas, mayor espontaneidad en el movimiento: es una obra digna del arte griego, del arte de ese pueblo adorador de la forma, que encontró, en Fidias y en Praxíteles, el secreto de infiltrar lo sublime del genio en las manifestaciones de los sentimientos más vulgares y hasta menos simpáticos.

LA GLORIA DE DIJON, cuadro de Calderón

El título de este cuadro es un verdadero tributo del artista á la belleza de la mujer representada en su cuadro. La humilde ramilletera hubiese permanecido toda su vida muy distante de la apoteosis, si un pintor de mérito no hubiera reparado en su belleza, noble y simpática. Así la célebre Fornarina habría pasado completamente desapercibida de la posteridad si el *divino* Rafael no la hubiera retratado en sus inmortales *Madonas*.

Calderón es un artista notable por su brillante colorido y por la delicada ejecución de sus obras. La que representa nuestro grabado fué adquirida por un coleccionista inglés, que dió prueba de buen gusto adquiriendo tan bello lienzo.

REGRESO DE LA FIESTA, cuadro de G. Díez

Del distinguido autor de este cuadro hemos hablado otras veces. Hoy por hoy figura entre los artistas de primera fuerza.

La idea de una comitiva de campesinos regresando de una fiesta ha sido aprovechada por diversos pintores: los holandeses han hecho primores con ella. Algo holandés tiene el cuadro de Díez; alguna cosa que, sin ser de Teniers, recuerda á Teniers; una decoración análoga, una alegría parecida, hasta cierta libertad en las actitudes, de que tan pródigo se mostró el típico autor de Amberes. Somos admiradores de Teniers, pues para serlo basta la simple condición de tener ojos y buen sentido artístico; pero si no temiéramos ofender á ciertos maestros para quienes lo antiguo es adorable en el mero hecho de ser antiguo, diríamos ingenuamente que el cuadro de Díez por nosotros publicado, puede sostener la competencia con los primeros cuadros representativos de iguales ó análogas escenas.

UNA CALLE EN EGIPTO, cuadro de L. Muller

Muller es una notabilidad en asuntos orientales; lleva hechos grandes estudios en esos países que baña el sol del Asia y del Africa, y sus cuadros tienen un carácter que no pueden imprimir al lienzo sino los artistas que han visto y estudiado lo que al lienzo quieren trasladar. Así, en la composición que hoy publicamos, es imposible decir que esa calle es convencional, que esos personajes son copia de fotografías más ó menos directas; antes bien Muller puede repetir lo del Evangelio: *Y el que lo vió, lo afirma.*

LA JOVEN PASTORA, cuadro de F. Masriera

Varias veces hemos dicho que, tratándose arte, la simple reproducción de la naturaleza podría decir mucho á los sentidos, sin decir cosa alguna al sentimiento, cuya excitación debe ser el objetivo principal del artista. Así lo ha comprendido el autor del cuadro que publicamos, en el cual parece haber amontonado voluntarias dificultades para conseguir su objeto. Una joven pastora, cuyo semblante vemos apenas, unas cuantas malezas y un lujo de pitas, vulgares en nuestro suelo y monótonas en todas partes, han sido elementos bastantes para que Masriera pintara un lienzo que no sólo impresiona agradablemente, sino que se presta á que la imaginación vague por los espacios del idealismo. Esa pastora es joven y el pintor nos deja adivinar, nada más que adivinar, su belleza, no realzada con artificio alguno.

Sola en el campo, tal vez sola en el mundo; rodeada de abrojos, los abrojos del mundo quizás; parece que su mirada, su pensamiento, buscan un más allá, que presiente sin conocerlo. Su corazón la dice que la sociedad no se halla resumida en el triste campo que pisa un día y otro día, y en alas de un sentimiento mal definido por ella todavía, se lanza en busca de otras impresiones, de otros horizontes, de otra vida, que pongan término á la nostalgia que se ha iniciado en ella.

Esto dice el cuadro de Masriera, y el que lo contemple puede á su sabor forjarse una novela cuya protagonista sea esa pastora; novela que puede empezar en el campo, continuar en el mundo de la mujer caída y terminar en un hospital. En resumen, un lienzo que representa un idilio y deja concebir una pavorosa tragedia.

IDILIO, copia fotográfica del cuadro de E. Serra

El autor de este lienzo es uno de los artistas españoles residentes en Roma que más se ha identificado con las costumbres, historia y naturaleza del antiguo *Latio*. Con lo que existe reconstruye lo que ha existido; con lo que ve, da forma á lo que otros vieron. Dígalo *El árbol sagrado* por lo que se refiere á Roma antigua, y dígalo este *Idilio* por lo que toca á la Edad media romana.

Por supuesto que el *Idilio* existe á lo más en la parte del cuadro que representa á una joven descendiendo las escaleras que conducen á subterránea fuente. Los tres personajes de la derecha, medio artistas, medio soldados, tipos de esos merodeadores que infestaron un tiempo la Italia, tienen muy poco de *idílicos*. Si les fuera permitido trabar amistad, ó cosa mayor, con la pastora, ¡maldito si se ocuparan en grabar iniciales en el tronco de los árboles ó en ceñir con lazos de color de rosa el cuello de los mansos corderos!

El idilio existe mejor en el paisaje, apacible, tranquilo, respirando la calma de la naturaleza en invierno, ó sea en aquella época en que las funciones de la vegetación se verifican donde no llega el ojo profano del hombre. Fuera de esto, el cuadro de Serra tiene una intención que tiende más á Marcial que á Virgilio.

EL SANTUARIO INVADIDO, dibujo de Gregory

El estudio de un artista ha de excitar poderosamente la atención de una niña. Ya se ve... ¡amontona tantos cachivaches el cultivador de las bellas artes!... ¡tiene tantos libros con estampas que tientan la curiosidad de la rapaza!... Ello es que un taller es una especie de santuario; pero esto se lo pueden ir á contar á las gentes machuchas... Nuestra niña rompe la consigna, penetra en el sagrado recinto, se arrellana en un sillón y satisface por completo su pasión por las imágenes, la pasión favorita de los pocos años.

Este sencillo hecho ha sido dibujado con suma finura por Gregory, mereciendo un éxito en la última exposición de acuarelistas de Londres.

JESÚS CURA Á UN NIÑO ENFERMO, cuadro de Gabriel Max

Como ejemplo de que un mismo asunto, ó asunto muy parecido al menos, puede ser tratado pictóricamente de muy diversa manera y con no menos éxito, publicamos en el presente número este cuadro y otro de Fugel que reproducen las milagrosas curaciones de Jesús.

Ambos lienzos son igualmente notables; pero el de Max se distingue por la extremada sencillez de la composición, que en nada disminuye, antes bien hace resaltar poderosamente la fuerza de ejecución de este ilustre artista. Constituye, en efecto, uno de los mayores méritos de este cuadro la sencillez y parsimonia de recursos de que echa mano el autor para cautivar la atención. Tres figuras, las indispensables, ha pintado Max: accesorios ninguno. Pero cada una de esas figuras es un modelo acabado, perfecto, sublime; Jesús es el tipo de la bondad, la mujer es el tipo de la fe, el niño es el tipo de la inocencia. Como expresión no cabe más allá; como grupo es de una corrección inmejorable.

Max se inspira frecuentemente en escenas bíblicas y es de los pocos artistas que se remontan, en alas del genio, á los espacios donde aparecen los ideales celestes que sólo por un milagro de amor pisaron brevemente la tierra.

EL CABALLERO DE LA MUERTE

(Reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero)

Doble interés tiene la lámina que publicamos, raro ejemplar tenido en gran aprecio por los amantes del arte. Con efecto, si notable es en el simple hecho de ser debido su dibujo al precursor del renacimiento artístico, no lo es menos como muestra del grabado en madera, allá por aquellos tiempos en que el buril iniciaba su importante concurso en las manifestaciones del arte y en las demostraciones de la ciencia. En ambos conceptos es obra de Alberto Durero (Alberto Duerer por verdadero nombre), nacido en Nuremberg el año 1471, pintor ilustre, grabador en madera, escultor y arquitecto; de suerte que en su persona se reunieron, aún más que en la de Miguel Angel, si bien con menos fuerza, cuantas condiciones pueden concurrir en un hombre dedicado á las bellas artes.

Su grabado: *El caballero de la muerte* es uno de los más célebres de este célebre artista. Créese comunmente que ese caballero sea el famoso Franz de Seckingen, que consagró, como Gætz de Berlichingen, al servicio de la naciente Reforma, las postrimerías de la caballería andante. Jinete sobre un poderoso caballo, sigue su carrera con ciega temeridad, en nada obstante la aparición de la muerte y del infierno, de que prescinde por completo, sin merecerle una simple mirada de curiosidad.

Hay quien supone que en esa extraña composición quiso Durero representarse á sí mismo, yendo recto al objeto entrevisto por su genio, sin parar mientes en los obstáculos del camino.

CABEZA DE ESTUDIO, de Miguel Angel

Sea dicho en honra de la humanidad, el número de los artistas dignos de los honores de la posteridad, no es tan limitado como parece que debiera serlo, dadas las dificultades que obstruyen el camino del templo de la gloria. Muchos é inmortales nombres se hallan escritos con letras de oro en los anales del arte; pero nadie ha superado, nadie ha igualado tal vez, al insigne Miguel Angel.

Sus obras todas, aquéllas al parecer menos cuidadas, tienen impreso un tinte de grandeza, una valentía de concepción, una energía de forma, una acentuación de pasiones tan exclusiva del gran maestro, que con nada y con nadie puede confundirse lo que pasó de su poderosa inteligencia al cartón, al lienzo ó al mármol. Una prueba más de lo que venimos diciendo la tienen nuestros favorecedores en el estudio que hoy publicamos: ante tal manera de sentir y hacer sentir, cabe solamente admirar.

JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, reproducción directa de un cuadro de G. Fugel

En diversos capítulos se refieren los Evangelios á las milagrosas curaciones obradas por Jesús, pero, efecto del mismo laconismo de su estilo, la imaginación del artista experimenta grandes dificultades al dar forma á unos hechos tan parcamente descritos. Esto no ha sido obstáculo para que muchos pintores hayan tratado más ó menos felizmente el asunto; y entre esos pintores merece ciertamente Fugel mención honorífica por el acierto con que ha realizado su propósito.

A nuestro modo de ver, el artista se ha inspirado en los primeros versículos del Evangelio según San Mateo, que dicen:

«Y como descendió del monte (Jesús), le siguieron muchas gentes.

»Y vino un leproso, y le adoraba, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.

»Y extendiendo Jesús la mano, le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y luego su lepra fué limpiada.»

El artista ha tratado el asunto de manera que pudiéramos llamar respetuosa; pues sin descartar de él la parte realista de que no podía prescindir, ha conseguido que los deformes sirvan para hacer resaltar la dulce majestad, la noble actitud, la irresistible simpatía que concurren en el protagonista.

Los que suponen tan positivista á nuestro siglo que apenas caben en él las manifestaciones de la inspiración religiosa, pueden convencerse de su error examinando atentamente el cuadro de Fugel.

¡AH!... apunte para un cuadro, de A. Fabrés

En el apunte de un cuadro está el embrión de una obra inmortal, porque el embrión contiene el germen, bueno ó malo, de todos los seres. El apunte es la abreviatura pictórica de un pensamiento estético, como la abreviatura escrita es el apunte de un pensamiento que no mejorará de condición esencial aun después de haberlo puesto en limpio el más hábil pendolista.

En el apunte de Fabrés que publicamos hay un cuadro abreviado. Debajo de ese balcón que se halla indicado apenas, ha ocurrido algo no común, horripilante, que ha puesto en los labios de todos los testigos de la escena ese: ¡AH! con que nosotros bautizamos al futuro cuadro, que con ser de nuestro compatriota Fabrés, será, á no dudarlo, un nuevo timbre en su gloriosa carrera.

PINTURAS DECORATIVAS, de Arturo Fitger

Este género pictórico que dió, tal vez más que otro alguno, ocasión á las grandes manifestaciones de Miguel Angel, de Rafael, de Rubens y otros muchos grandes maestros, había caído últimamente en bastante desuso. Los artistas modernos, en general, desdeñaban la pintura mural, ó tal vez se arredraban ante el compromiso de llenar grandes espacios que necesitaban grandes asuntos.

El autor de las dos pinturas decorativas que publicamos ha dado con ellas una prueba de haber estudiado hábilmente el género. Su factura trasciende á Rubens, y este es su mayor elogio.

ESTUDIO, de Rafael

El gran Sanzio no ha conocido superior en el dibujo. Y como el mérito de un dibujante se aprecia, mejor que de otro modo alguno, en los estudios donde ejercita su talento sin sujeción á pie forzado, de aquí nuestra predilección por esta clase de trabajos artísticos en los cuales el genio de Rafael se revela de una manera aún más espontánea que en sus inmortales lienzos.



APUNTE, de A. Werner

LA TERTULIA DEL ALCALDE

– ¡Buenas noches, señores!

– Muy buenas, D. Emilio! ya hacía tiempo que le aguardábamos.

– Me he detenido algo, lo confieso.

– ¡Siéntese V.! ¡siéntese V.! ¿Le ha ocurrido á V. algo desagradable?

– ¡Oh! nada de eso; he comprado un libro nuevo, me engolfé en su lectura, y no he tenido fuerza de voluntad suficiente para levantarme de la silla antes de acabarlo.

– ¡Usted siempre leyendo! ¿No se cansa usted?

– De ningún modo; nunca se sabe demasiado

– ¿Y qué libro tan interesante es ese? – preguntó la rubia Matilde.

– ¡Oh! ¡sumamente interesante! Es un bosquejo de las costumbres de la India.

– ¡De los indios! – interrumpió la linda joven. – ¡Oh! ¡Yo no lo leería! ¡Me da miedo!...

– ¿Miedo, de qué?

– ¿Pues no son los indios unos hombres muy malos que comen carne humana?

– No, niña; los indios son muy buenos; tú quieres hablar de los salvajes.

– ¿Pues no da lo mismo?

– De ninguna manera. Los salvajes son gentes sin educación, sin trato social, y los indios son todo lo contrario; los salvajes son los que comen carne humana, aunque sólo los menos.

– ¡Bueno! Pero como los salvajes se crían en la India son indios, – exclamó Matilde, sumamente satisfecha de su argumento.

– ¡Justo y cabal! – dijo D. Emilio sonriéndose. – Estás equivocada: los salvajes no se crían en la India como tú dices; en la India sólo se crían los indios; los salvajes.....

– ¡Ah! Se criarán en la Salvajia...

– ¡Ja, ja, ja!

– ¿Pues entonces?... – replicó la joven medio amostazada.

– No hay tal Salvajia; los salvajes viven en todas partes; hoy los hay en América, los hay en Australia, los hay en Africa y en otros lugares; pero todos hemos sido salvajes.

– ¡Yo digo que no!

– La verdad es, D. Emilio... que dice V. unas cosas... – exclamó el padre de la rubia.

– ¡Pues digo lo cierto, D. Juan! Es claro que ni V. ni yo hemos sido salvajes, pero lo fueron nuestros antepasados.

– ¿De modo que en España ha habido salvajes?

– Lo mismo que en todas partes. Como el hombre no llega desde un principio á todo su desarrollo, de ahí que en los comienzos de todo pueblo el salvajismo haya imperado; comprenderéis ahora que una cosa son indios y otra salvajes. Sin embargo, os diré que no sois vosotros solos los que tenéis esa creencia, sino que han existido hombres ilustrados que confundían también á los salvajes con los indios.

– ¿Y dónde está la India? – preguntó Matilde.

– ¿La India?... Es un hermoso país situado en el Asia.

– ¿Y dónde está el Asia?

– Yo te lo diré. Mira: el mundo se divide en cinco partes: la primera es la Europa, donde nosotros habitamos; la segunda, el Africa, que es donde están los negros, se halla situada al Mediodía; la tercera, que es la América, descubierta por Cristóbal Colón, está al Poniente; la cuarta es la Oceanía, que se llama así por estar toda ella rodeada por el mar y compuesta de islas, entre las que figuran nuestras Filipinas, está al Naciente; y la quinta, que es la mayor de todas y se llama el Asia, está también al Naciente y de allí hemos venido nosotros; todos descendemos de allí.

– ¿Vivían allí Adán y Eva? ¿Estaba allí el Paraíso?

– Sí, allí estaba; la India es una península.

– ¿Y qué es eso?

– Península quiere decir *casi isla;* es una porción de tierra rodeada por todas partes menos por una, de agua.

– ¿Y estaba allí el Paraíso?

– No, pero estaba muy cerca, y aun algunos dicen que allí mismo; pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la India es un país hermosísimo, y sus habitantes deben dar gracias á Dios por lo bien que les ha dotado.

– ¿Pues no son judíos los indios? ¿Cómo han de dar gracias á Dios? – interrumpió Matilde ansiosa de ganar la revancha.

– ¡Si acabaremos de una vez! – contestó D. Emilio fingiendo seriedad, – salimos de un error para caer en otro. ¡No, señora, no! aunque la choque á usted esto: los indios no son judíos.

– ¡Ah! ¿Con que son cristianos? Yo no lo sabía; después de lo que V. nos ha dicho de su país, y de que estuvieron por allí cerca Adán y Eva, y de que no son salvajes... ya me parecía á mí... ¡me alegro! ¡me alegro!

– Siento mucho, querida mía, quitarte esa ilusión; pero la verdad sobre todo, los indios no son cristianos.

– Pues no siendo judíos ni cristianos... ¡á ver qué serán!

– Yo lo sé, yo lo sé, – interrumpió el tío Bolinche, que se las echaba de algo leído, – son... ¡herejes!

– Tampoco son herejes, tío Bolinche, – dijo D. Emilio.



LA GLORIA DE DIJÓN, cuadro de P. H. Calderón

– ¡Caramba! – murmuró el tío Bolinche rascándose la frente, – ¡por vida de!... Entonces... no caigo.

Los tertulianos se miraban unos á otros asombrados. ¡La cosa no era para menos! D. Emilio los contemplaba, sonriéndose con benevolencia.

– Explíquenos V. ese *busilis,* – dijo al fin don Juan, el padre de Matilde, alcalde del pueblo donde se verificaba tan entretenida conferencia.

– ¡Son moros! – se atrevió á decir todavía el tío Bolinche, dándose una palmada en la frente.

– Tampoco son moros. Voy á explicarme lo mejor que pueda. Vosotros sabéis que hay más religiones que la nuestra.

– Yo no lo sabía; creí que los que no eran cristianos no tenían religión, – dijo Matilde.

– ¡A ver si te callas y dejas hablar á D. Emilio! – dijo el padre de la joven.

– ¡No, no! Que hablen todos y expongan sus dudas, y así nos entenderemos mejor para evitar errores; unos adoran un Dios, otros otro...

– Pero sólo hay uno verdadero, ¿no es cierto?

– Sí, querida mía; unos adoran al sol, otros á los animales, otros á todas las cosas; son tantas las religiones que existen que para entenderse mejor han tenido los sabios que clasificarlas.

– ¿Y qué es clasificar?

– Yo te lo explicaré con un ejemplo: figúrate que tienes un montón de dinero; allí hay monedas de plata, oro y cobre, onzas, doblones, duros, pesetas, perros chicos y grandes, décimas, cuartos, céntimos, etc.; tú tienes necesidad de contarlos, y para hacerlo mejor pones separada cada clase de moneda, cuartos con cuartos, duros con duros, onzas con onzas, y así sucesivamente. Pues eso se llama clasificar.

– ¡Ah! Muchas gracias, D. Emilio; cuando vaya á contar dinero diré que estoy clasificando.

– No, esas palabras no deben usarse siempre; si dijeras eso se reirían de tí. Como iba diciendo, se han clasificado las religiones para estudiarlas mejor; hay religiones que no admiten sino un solo Dios, y las hay que admiten muchos; las primeras se llaman *monoteístas,* y *politeístas* las segundas. ¿Qué eres tú, Matilde? – preguntó D. Emilio, para ver si la joven había comprendido.

– ¿Yo? Monoteísta.

– ¡Perfectamente! Ahora verás cómo los indios no son cristianos ni judíos; entre las religiones monoteístas está el judaísmo, llamado así porque los que lo profesan vivieron en la Judea en otro tiempo.



REGRESO DE LA FIESTA, copia directa del cuadro de Guillermo Díez



Friese.—TIGRE ARRASTRÁNDOSE HACIA SU PRESA

– Dispénseme V., D. Emilio, – interrumpió el tío Bolinche, – que le diga que en España ha habido judíos.

– ¿Quién lo niega? Tú quieres decir que porque no vivan en la Judea no son judíos. ¿Dejarás tú de ser español aunque te vayas á Rusia? Pues bien, los judíos adoran un solo Dios; el mismo Jesucristo fué judío.

– ¡Ave María Purísima! – exclamó Matilde santiguándose.

– ¡Fué judío, sí, señora! No sólo porque nació en la Judea y porque la Virgen que acabas de nombrar fué judía, sino porque profesaba la ley de los judíos. ¿Ves ahora cómo los indios, sin ser cristianos, pueden también no ser judíos?

– Entonces... ¿nosotros somos judíos? – preguntó la joven temblando.

– De ninguna manera; nosotros hemos tomado muchas cosas de los judíos, como por ejemplo los mandamientos; pero no somos judíos, porque creemos en Cristo y ellos no, puesto que le crucificaron.

– ¡Ya, ya lo he comprendido!

– ¡Y yo! ¡Y yo!

– ¡Muy bien! Quedamos en que nosotros somos monoteístas como los judíos, pero nos diferenciamos de ellos principalmente en que creemos en Cristo, y en los Evangelios, y en la misa, y en otras cosas que ellos no creen. Vamos ahora á las religiones politeístas, que son las que admiten muchos dioses; entre ellas se encuentra la que profesan los indios; de éstos unos son *brahmanistas*, y otros *budhistas*, pero lo principal es que todos son *panteístas*.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Ya te lo iba á explicar; pero como eres tan viva de genio...

– ¿No te dije que no interrumpieras á D. Emilio, chiquilla?

– Déjela V., D. Juan; á mí me gusta en estos asuntos la curiosidad, aunque la deteste en otras cosas; mejor es que pregunte, y así nada se escapará sin explicación. La palabra *panteísta* quiere decir *todo Dios*. Los indios creen que todas las cosas del universo forman parte de Dios, de modo que todo lo adoran, hombres, animales, plantas, todo, en fin. Creen también que nuestras almas, después de la muerte, encarnan en otros cuerpos, mejores ó peores, según sus méritos; esto es lo que se llama *metempsicosis* ó trasmigración de las almas. Los indios están divididos en muchas castas, cuatro de ellas principales: los *brahmanes* ó sacerdotes de su religión; los *kchatryas* ó guerreros; los *vaysías* ó artesanos, y los *sudras*, ó especie de esclavos; los brahmanes son los más considerados y superiores, aunque eso no quita para que un sudra, sin dejar de serlo, llegue á ser rey; de modo que si un sudra ú otro cualquiera ha obrado bien en esta vida, su alma renacerá en el cuerpo de un brahmán, y al contrario.

– ¿Y si llega antes de morir á ser brahmán?

– Eso no puede ser; la palabra *casta*, con que se designan estas cuatro especies de indios, repugna semejante cambio; el que nace sudra, sudra será siempre, aunque llegue á rey; nunca podrá ascender á otra casta, mientras que el brahmán puede bajar, por ciertas faltas, hasta ser sudra.

– ¡Qué chocante es todo esto!

Ahora choca; pero casi todos los pueblos antiguos vivían separados en castas. Con que, ¿me habéis comprendido?

– ¡Sí! ¡sí! – exclamaron todos.

– Ya veis, pues, que siendo los indios politeístas, no pueden ser ni cristianos ni judíos, que sólo admiten un Dios.

– ¿Y los moros y los herejes, qué son?

– También os explicaré esto para evitar confusión. Con la palabra *moro* se designan vulgarmente muchos pueblos que no son tales moros; sucede con esta palabra lo que con las de judíos é indios. Los moros no son ni una cosa ni otra, aunque pueden ser ambas; este nombre no indica propiamente una religión, sino un pueblo que tanto puede ser cristiano, como judío, como panteísta; sin embargo, os diré que la mayor parte de los llamados moros, si por ellos se entiende los descendientes de los que conquistaron á España, profesan la religión de Mahoma.

– ¿Se llama así su Dios?

– No; su Dios se llama Alah, y Mahoma fué un hombre que enseñó por primera vez esa religión; también le veneran mucho, como nosotros á la Virgen y á los santos, pero no creen sino en un solo Dios.

– ¡Serán monoteístas! – exclamó Matilde, satisfecha de la pronta aplicación que pudo dar á la palabra, cuya conquista había hecho aquella noche.

– ¡Justamente! así me gusta, querida; cuando las jóvenes son aplicadas como tú, honran al que las educa.

– ¿Y los herejes?

– ¡Es verdad, tío Bolinche! Ya me había olvidado de esos señores. Los herejes no constituyen una religión aparte de las demás; todas las religiones tienen herejías. Hereje es todo aquel que, profesando cierta religión, se separa de ella en algunos puntos, más ó menos esenciales, que son los que forman la herejía. Así tenemos en la religión católica una multitud de herejes y herejías casi desde los principios del establecimiento de la Iglesia; unos no creen en la divinidad de Jesucristo, otros rechazan la confesión, otros niegan la Trinidad, y casi todos ellos no admiten la autoridad del Papa. Los herejes más notables de la religión católica han sido los arrianos y los protestantes; todos ellos son cristianos pero no católicos.

– ¡A propósito, D. Emilio! ¿Qué significa eso de católicos? – preguntó un tertuliano que hasta entonces no había despegado los labios, embelesado en la contemplación de Matilde; – es una palabra que todos decimos sin saber bien lo qué quiere decir.

– Católico quiere decir universal. Jesucristo, al hablar á sus apóstoles, les dijo: «Id, y enseñad á todas las gentes.» De este mandato de Jesucristo proviene el que nuestra religión sea católica.

– Pero, y dígame V., ¿acaso esta religión es profesada por todo el mundo? ¿No acaba V. mismo de decir que hay otras muchas religiones? Si esto es así, no comprendo qué quiere decir eso de católico.

– Cierto que hay otras muchas religiones, Caleserín, más le diré á V.: de los mil millones de hombres que hay sobre la tierra, sólo unos doscientos millones profesan la religión católica. Sin interpretación alguna, dejando á esta palabra su significado literal, es claro por consiguiente que no es exacta; pero la universalidad ó catolicidad no quiere decir precisamente que todo el mundo profese esa religión, ni tal ha sido tampoco la intención de la Iglesia al caracterizarse con esa nota. Lo que V. acaba de exponer lo dicen también muchos hombres que, sin estudiar las cuestiones como es debido, hablan según su gusto; ya sé yo que V. no lo hace así, sino que esto ha sido una duda que á V. se le ha ocurrido al explicar yo la palabra. La religión católica lo es, no porque todos la profesen, sino porque su ideal es que la profesen todos, porque para todos está hecha y á todos debe ser predicada, según las palabras que antes cité. ¿Está V. satisfecho?

– Sí, señor; y me alegro de saberlo por si acaso.

– Háblenos V. de estas cosas, D. Emilio, – dijo don Juan, – nos gustan mucho.

– Ya sabe V. que para mí no hay mayor placer que enseñar lo poco que sé. Pero me voy, que ya es hora.

– ¡Vaya V. con Dios, D. Emilio! – dijeron todos levantándose, y disponiéndose también á salir los que no eran de la casa.

– ¡Buenas noches, señores!

FERNANDO ARAUJO

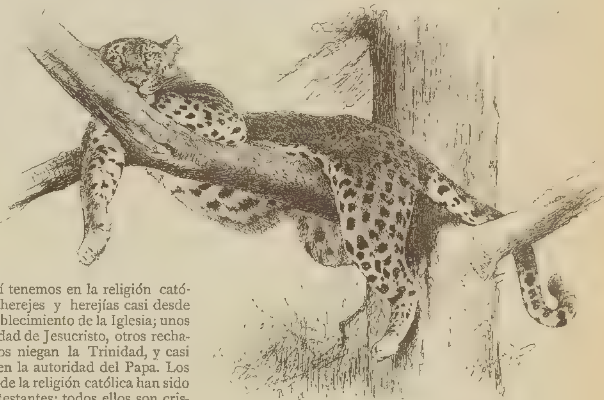


Friese. –LEÓN DURMIENDO

RICARDO FRIESE

NUEVO PINTOR DE ANIMALES

En ningún país del mundo se protege á los animales tanto como en Inglaterra; en ninguno son tan satisfactorias las relaciones entre el hombre y aquéllos; y en ninguno, en fin, se aprecian tanto las pinturas que los representan. Hasta hay motivos para creer que los artistas ingleses han sido, si no los inventores de ese ramo del arte que se refiere á la vida animal, por lo menos los que le han perfeccionado; y por tal concepto, ningún pintor tuvo jamás en su época tantos admiradores como Sir Edwin Landseer, cuya fama era en su tiempo bien merecida. Sin embargo, la admiración que inspiró, aunque tuviese en sí mucho de razonable, era más bien hija del amor de los ingleses al mundo animal y á la representación pictórica de las relaciones de simpatía que deben existir entre éste y el hombre, que no la expresión de un sentimiento puramente artístico. Durante los últimos años



Friese.—LEOPARDO DESCANSANDO

de la vida del distinguido pintor, y sobre todo después de su muerte, despertóse poco á poco la idea de que su método de retratar animales no era correcto, y que si bien reunía condiciones excelentes, los detalles de lasfiguras carecían á menudo de verdad y las ideas del artista pecaban de vulgares algunas veces. Lo que más contribuyó á que Landseer obtuviese el favor del público fué una combinación de circunstancias que estaban en armonía con las ideas de los ingleses. El pintor excitó la afición á la caza en muchos, ó halagó los instintos de aquellos que se recrean en la contemplación de la vida animal; muchas veces entretenía á sus admiradores con sus figuras de perros y de diversas especies de cuadrúpedos; y en todos sus cuadros, bien representasen la lujosa mansión señorial ó la humilde cabaña, veíanse siempre dogos, mastines ó sabuesos; pero bajo el punto de vista artístico, Landseer, aunque el más popular, no era el más célebre de los pintores de animales. No podía retratar las formas del león ó del tigre con esa viveza y vigor que traspiran los lienzos de Rubens; y hasta es probable que no le fuese posible dibujar el caballo con ese íntimo conocimiento del animal que Wouvermans demostró dos siglos después, así como su contemporáneo Rosa Bonheur. Aunque Landseer se distinguiese en pintar perros domésticos, dudoso es que hubiera sabido representarlos en su estado salvaje con ese vigor y realismo que tanto llaman la atención en la pintura de Snyders, presentada en la última exposición de la Real Academia; y los que concurrieron á ésta podrán recordar cuán pobre parecía uno de los «leones moribundos» de Landseer, comparado con la magnífica leona de su antecesor Jaime Ward. Sólo decimos esto incidentalmente, pues el objeto de nuestro artículo no es, en modo alguno, rebajar el mérito del gran artista inglés, sino demostrar á los que, bien ó mal informados, le consideraban como el príncipe de los pintores, que en otros países hay también algunos que estudian la vida animal con buen fruto y que se han dado á conocer ventajosamente como pintores de animales.



LOS BANDIDOS DEL DESIERTO, cuadro de Ricardo Friese, premiado en la exposición de París



Friese.—ESTUDIOS DE LEONES

Inútil parece decir que este arte no es privilegio de ningún país, ni lo ha sido tampoco de época alguna. En Inglaterra hubo antes de Landseer artistas que pintaron perfectamente caballos, vacas y perros, y que tienen hoy dignos sucesores Hace un siglo, Jorge Stubbs pintaba los caballos de una manera que reveló á la vez su mérito artístico y sus profundos conocimientos anatómicos; Morland, que era algunas veces flojo en el dibujo, tenía un genio especial para representar los pesados cuadrúpedos de los labradores y los robustos carneros de sus ganados; y no podemos olvidar los perros y gatos de Gainsborough, que parecían vivos en el lienzo. Hemos citado antes á Jaime Ward; y si ahora pasamos á otros países, encontraremos por lo pronto en Francia á Rosa Bonheur ocupándose aún en sus inimitables estudios sobre los animales del bosque de Fontainebleau, que si no tan perfectos en colorido como lo eran antes, se distinguen siempre por su mérito artístico. Van Marcke se hizo notar como pintor de ganados con sus admirables paisajes, en los que representaba vacas normandas. Carlos Jacke es inimitable para pintar carneros; y desde que Millet murió, nadie puede retratar una pastora con su rebaño



Friese.—REY DEL DESIERTO

tan magistralmente como él lo hacía. Si cruzamos el Rhin, veremos que hay una marcada afición á los animales y escenas silvestres. Los caballos que Von Bochmann representa en sus cuadros son verdaderos hijos de las estepas, y en esto le imitan los artistas eslavos y húngaros; pero hay muchos alemanes que no siguen el mismo camino, como por ejemplo Camphausen, esa lumbrera de la escuela de Dusseldorf que se extinguió hace poco, Pablo Meyerheim y Kroner, también pintor de Dusseldorf. Sin embargo, estos hombres no son únicamente pintores de animales, sino paisajistas, porque ahora no se puede hacer lo que Jorge Stubbs hizo algunas veces, es decir, pintar los animales y buscar un amigo que se encargara del fondo del cuadro. La pintura debe ser obra de un solo artista, sin colaboradores, como los tenían á veces los holandeses. La habilidad para pintar paisajes, á la vez que los animales que han de comunicarles vida, es uno de los más notables privilegios del hombre que vamos á presentar á nuestros lectores.

Ricardo Friese, cuyo gran cuadro: *Los bandidos del desierto* (así llama á los leones), ha merecido muchos elogios, es un joven pintor alemán residente en Berlín. Nació en 1854 en Gumbinneu (Prusia oriental); después de recibir la educación rutinaria, según costumbre, manifestóse en el joven su afición al arte, y obedeciendo á sus inclinaciones optó por el oficio de litógrafo. En 1871 ingresó en el Instituto de Berlín, y poco después obtuvo ocupación en la conocida casa editorial de Winkelman é hijo. La práctica que allí adquirió le sirvió de mucho, y pronto fué lo bastante hábil para aspirar á una carrera más independiente, sin limitarse á ilustrar libros.

Todo pintor de animales que no se quiera concretar á representarnos rebaños, caballos, gatos y perros, debe ir á estudiar en el desierto ó en los jardines zoológicos. El Parque del Regente ha servido de sala de estudio á muchos pintores ingleses, desde Landseer á Nettleship, como á los artistas parisienses el Jardín de Plantas y á los pintores cosmopolitas la plaza de San Marcos en Venecia. Herr Friese fué durante algunos años el más asiduo concurrente al Jardín zoológico de Berlín, y los bosquejos que ilustran el presente artículo son una prueba de su actividad y espíritu de observación para el estudio de los animales. Estos bosquejos de Friese forman una pequeña colección, pues el artista tiene la costumbre de llenar pliegos enteros con un mismo dibujo repetido, y en sus álbums se observa lo mismo, porque reproducen siempre lo que el artista ha visto, mezclado á veces con lo que le sugiere su imaginación. Así, por ejemplo, unas veces representa un león lanzándose sobre un antílope; otras, una lucha entre dos poderosos felinos del desierto, ó bien la víctima y el vencedor, y las aves de rapiña cebándose en su presa; pero los dibujos son en general del carácter de los de nuestro artículo, y los consideramos demasiado expresivos para que sea necesario dar una detallada explicación sobre ellos. Aquí vemos al león bajo tres ó cuatro aspectos distintos, de frente, de perfil, joven y viejo; pero lo más singular es que el artista deja sin concluir algunos de sus bosquejos, resultando varios de ellos sin piernas, ó con éstas sin acabar. Una de las figuras representa al rey del desierto entregado al sueño, y basta ver el dibujo para comprender desde luego su mérito; hay tal naturalidad en el conjunto, que no se puede menos de admirarlo. En otra figura vemos al tigre avanzando cautelosamente hacia su presa: también aquí el dibujo es excelente; y una tercera nos representa al leopardo entregado al reposo, en una actitud que seguramente no permitiría el descanso á ningún otro animal menos ágil y muscular. Esta posición del leopardo, así como también la del tigre, no pueden ser más características, y para convencerse de ello bastaría visitar algunas veces los jardines zoológicos y observar en ellos dichas fieras.

En otro de nuestros dibujos se figura la cabeza de un alce; y para dibujarla, el artista ha debido buscar un modelo, no en los jardines de Berlín, sino mucho más lejos. Sabido es que en Alemania se conservan aún considerables espacios de bosque, en los reales dominios, reservados para las cacerías de la corte; uno de ellos, conocido con el nombre de Henhorster Heide, es una especie de selva que se extiende por el Kurische Haff, no lejos de Konigsberg, y en este sitio se encuentra el alce casi en estado salvaje, pues se le conserva para la familia real. Hace un año, cuando el príncipe Rodolfo se hallaba en Berlín, organizóse una gran cacería, y Herr Friese fué invitado á ella para que pudiese estudiar el alce. El más grande de los cérvidos europeos merece seguramente la atención del artista tanto como la del naturalista, sobre todo si se tiene en cuenta que hoy día escasea ya mucho; en Suecia y en Noruega, donde antes era común, se ha de ir á buscarle muy lejos; y en la Prusia Oriental no será muy pronto más que un recuerdo, por más que aun se vean algunos individuos de la especie en los bosques situados cerca de Konigsberg y en alguno que otro de la Polonia prusiana.

Digamos ahora dos palabras acerca del cuadro de Herr Friese titulado: *Los bandidos del desierto;* de grandes dimensiones, representa á un león y una leona de tamaño natural; las figuras de estos animales, muy acabadas y de admirable ejecución, revelan el estudio de muchos meses por la minuciosidad de los detalles, y bien merecidos son los elogios tributados al artista. Por lo demás, apenas es necesario indicar el asunto del cuadro: una caravana, in-



Friese.—CABEZA DE ALCE

dicada confusamente en último término, se ha detenido para descansar, y las dos fieras trepan por una roca para reconocer el terreno, ó tal vez acechar la oportunidad de lanzarse sobre algún caballo ó camello de los árabes nómadas. Sin hacer aprecio de lo que es más regular, el artista ha representado los leones y la escena á la luz del día, siendo así que esos animales acostumbran siempre, como todos sabemos, á buscar su presa de noche: tal vez Herr Friese tenga motivos para representarnos á esos animales cazando á la luz del sol. En cuanto á las condiciones artísticas del cuadro, sólo diremos que por su carácter dramático es magnífico, así como también por la perfección y exactitud del dibujo. La actitud del león, que avanza silenciosamente como para lanzarse sobre la presa, es inimitable, y hasta se creería ver en esos temibles seres á nuestros gatos domésticos aumentados por algún enorme microscopio.

El cuadro figuró últimamente en el Salón, y fué premiado con medalla. París no ha podido perdonar aún á los alemanes la invasión de 1870, y parece rehacio para elogiar todo cuanto de ellos proviene; pero en materia de arte, la hostilidad entre los dos países no está marcada como en otras cosas. Los críticos, los artistas y el público se interesaron por el cuadro de Herr Friese, reconociendo que revelaba la presencia de un nuevo pintor de animales, de indisputable mérito.

LA CIGARRERA (1)

Los vicios predilectos de nuestra época se distinguen de los de otras por un carácter que pudiéramos llamar *cerebral*. Gustaban los romanos, por ejemplo, de excitar la oficina de la nutrición, el estómago; pero el hombre moderno prefiere la excitación que se dirige al cerebro, oficina de la inteligencia. Mal acertarían nuestros contemporáneos á prescindir de tres excitantes cerebrales directos, de tres verdaderos *venenos intelectuales*, según les llama un reciente escritor científico, que absorbidos á pequeñas dosis entretienen sus ocios, despiertan su actividad, engañan sus penas: el café, el alcohol, el tabaco.

Si los higienistas y moralistas que proscriben y condenan el uso del tabaco logran salirse con la suya, desaparecerá uno de los más curiosos tipos femeninos: la cigarrera. Porque de la elaboración del tabaco viven millares de infelices mujeres, y este vicio del cigarro es de las pocas malas costumbres masculinas que no redundan en daño del sexo femenino. ¡Cuán escasos recursos brinda la sociedad á la mujer! ¡Cuán contados son los oficios á que puede dedicarse! El de cigarrera condiciona física y moralmente á las que lo ejercen. No es la cigarrera la tosca mujer del campo, de sentidos torpes y obtusos, de tarda comprensión, tímida al par que brutal; es al contrario una criatura lista como la pólvora, de afinados nervios y rápidas impresiones. El trato y roce continuo con sus compañeras la hace sociable y comunicativa; la atmósfera saturada de tabaco, las largas horas de trabajo sedentario, empalidecen su tez y aligeran su sangre; la comida frugal, llevada en un hatillo ó en un cazuelo roto, tragada á medio mascar y á escape, comprime sus vísceras, disminuye su grasa, y da esbeltez á su cuerpo; y el automatismo de la fabricación, la repetición constante de ciertos movimientos, presta agilidad á sus dedos, vigor á sus músculos y fuerza á su brazo.



LA PARISIÉN, estudio del celebrado pintor Augusto Kaulback

Observadla en la fábrica, y comprenderéis que de un método de vida tan especial ha de resultar una mujer diversa en cierto modo de las restantes. Empieza la cigarrera su aprendizaje tan pronto como se lo permiten. Entre el mar de cabezas inclinadas sobre las mesas de la labor suele divisarse alguna más chica, cubierta de rubios bucles infantiles, alguna espalda angosta encorvada por el cansancio, la punta de una nariz menuda, una manecita flaca, inhábil aún: es la cigarrera en estado de larva, comenzando á familiarizarse con el oscuro amigo y socio de toda su vida, el tabaco. Andando el tiempo, la niña se acostumbrará á aquella atmósfera densa, impregnada de penetrantes efluvios de nicotina, y no sabrá vivir en otra parte, y allí se estará hasta envejecer y morir, empapada y envuelta en la esencia del tabaco, como la momia en la capa de nafta que la barniza.

Si queréis saber de qué manera se fabrica el cigarro que fumáis, id á esos vastos talleres que sostiene el Estado, colmena inmensa donde las abejas son mujeres, y la miel y la cera puros y pitillos. La operación preliminar es la separación del tabaco, y su *desvene*. Llega la hoja prensada, de Virginia, en grandes panes redondos como piedras de molino, llamados *maniguetas;* ó de Filipinas, en serones cubiertos de *miriñaques* de cañamazo vegetal. Clasificada ya la hoja, siéntanse en el suelo las desvenadoras, y van apartando cuidadosamente la inútil vena, que antaño se quemaba, y ogaño se vende á fin de que con ella confeccionen en Hamburgo infames tagarninas, fumables sólo para los alemanes.

Y aquí cumple hacer una advertencia, siquier parezca impertinente: el Estado español, al cual tanto se acusa, tal vez con justicia en otros puntos, no es reo de las innumerables picardías que se le atribuyen respecto de la elaboración del tabaco. No sólo separa la vena, que en rigor podría utilizar sometiéndola á un picado prolijo, sino que digan lo que gusten los oposicionistas por sistema, fabrica lealmente tabacos de hoja pura, sin adulteración ni mezcla de materias extrañas.

Volviendo á nuestra cigarrera, después que ha desvenado, sube al taller donde se confecciona el puro, el pitillo ó la cajetilla de picadura. En el tabaco picado no lo hace todo la mujer: la operación de picar está encomendada á varones, y vive Dios que si lo consintiera la índole de este artículo, yo contaría cómo se verifica en la Coruña el picado, que es cosa que referirse merece: pero quédese para otro lugar. Cuando llegan á envolver el puro, siéntanse las cigarreras á unas mesas largas, formando doble fila: entre mesa y mesa circulan, con grave continente y ojo avizor, las maestras. Cada operaria tiene ante sí un tajo de gruesa tabla, y los instrumentos del oficio: el cuchillo de hoja circular con una breve escotadura donde suele estar el filo; la tijera, la espátula de engomar; el tarrillo de la goma. Si se trata de cigarros comunes de vulgar Virginia, de los que en el estanco cuestan á cuarto y el campesino pica con la uña para liar él mismo su *papelillo*, la fabricación es, aunque diestra, compendiosa y sumaria. Comienza la cigarrera por estirar con la palma de la mano la hoja ancha que constituye la *capa* ó envoltura exterior; córtala en forma conveniente con el cuchillo; toma después otra hoja menos buena y entera para la envoltura interior ó *capillo*, ya existen la epidermis y la dermis del cigarro. En el capillo lía como al descuido la *tripa*, que es hoja más rota é imperfecta aún, y encima enrolla con mayor primor la capa, describiendo una espiral. Luego viene lo difícil, construir la cabeza y la cola del nuevo ser. Requiere la cabeza ó punta gran maña: es preciso que la espiral de la capa termine artísticamente, y sus volutas vayan de mayor á menor, hasta rematar en una punta fina, torneada, aguda y lustrosa: la cola exige un tijeretazo pronto y hábil; no han de quedar rebarbas ni desigualdades de ninguna especie en el corte. Tan cierto es que ambas operaciones piden destreza, que hay cigarreras que, por temblarles el pulso, por cortedad de la vista ó por falta de soltura en los dedos, nunca pueden conseguir ejecutarlas, y dejan el cigarro á medio hacer, liado y sin concluir; á esas envolturas

(1) Artículo tomado de la obra: *Los españoles, americanos y lusitanos*, obra publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.



UNA CALLE EN EGIPTO, según el cuadro de Leopoldo Muller, pintor especialista en asuntos de Oriente



LA JOVEN PASTORA, cuadro de F. Masriera



IDILIO, copia fotográfica del cuadro de Enrique Serra, grabada por Sadurní



ESTUDIO, de Rosenthal

empezadas llaman *niños;* y he visto con suma frecuencia madres é hijas que se ayudaban en la labor: la madre fajaba el *niño*, la hija, con mano más hábil, le vestía la toga viril.

Para el cigarro puro de Filipinas, de la Habana, para las aplanadas conchas, los vegueros balsámicos y las deliciosas regalías, los procedimientos de elaboración son en sustancia los mismos, pero más detenidos y esmerados. El pitillo y la cajetilla de picadura se fabrican prontísimamente. Sobre todo, el envase de la picadura es obra de un instante: compiten en celeridad las que construyen los *faroles* con las que los llenan. De aquéllas hay alguna que en los largos días de verano despacha doce mil, y es de notar que para construir cada *farol* ó cajetilla de estraza se necesitan cuatro movimientos consecutivos del brazo y de la mano: multiplicando los movimientos por el número de cajetillas, se comprende que cada cajetillera es una máquina viviente. Las encargadas de llenar los *faroles* han adquirido ya tal tino práctico, que aunque los colman á ojo de buen cubero, pesados después en finas balanzas quizá no discrepen en un miligramo. Viven las cajetilleras en una atmósfera verdaderamente estornutatoria, agitando con los brazos la picadura, hundiéndolos en ella hasta el codo, rodeadas de una nube de impalpable polvo, de menudas partículas que se les cuelan hasta las últimas casillas del cerebro.

Bien puede darse prisa la activa cigarrera, si ha de ganar lo preciso para comer y cubrir sus más apremiantes necesidades. El Estado le paga su labor á destajo, según lo que trabaja, y si sus manos prontas se detienen un momento, si alza la cabeza fatigada para respirar, es tanto como si dijese á los chiquillos que se quedaron en casa esperándola:

–¡Ea, hoy se ayuna, porque yo descanso!

Demuéstrase en la fábrica de cigarros aquello de que el tiempo es oro, y cada minuto representa una monedilla de cobre agregada al modesto peculio de las operarias.



Pero la distinta aptitud, la mayor ó menor suma de habilidad establecen diferencias notables en la condición de las que trabajan sentadas ante una misma mesa. Ganan las operarias listas hasta quince duros al mes: las holgazanas ó torpes, tres apenas. Es la distancia que media entre la comodidad, casi la holgura, y la penuria y estrechez. Para que una mujer gane esos tres míseros duros, tiene que abandonar de madrugada su hogar, que pasarse el día fuera de él; la criaturita recién nacida se quedó llorando; el fuego no se encendió, ni se lavó la ropa; y al volver á su techo, rendida de cansancio, después de andar quizá legua y media ó dos leguas, no fué lícito á la cigarrera tumbarse en el catre fementido ó en el mal jergón de hoja, sino que hubo de guisar la cena, de salir tal vez al río, para poder mudarse camisa al día siguiente.

Este género de vida exteriorizada, por decirlo así; esta ausencia de la familia, hacen á la cigarrera más atrevida y libre que las otras mujeres del pueblo. De suelta lengua, viva imaginación y genio tempestuoso, la cigarrera suele amotinarse, y es temible la tormenta en el mar femenino de la fábrica, cuyas olas suben y se encrespan rugientes, estallando en gritos, en dicterios, en amenazas furiosas. Mas hay que convenir en que no les falta razón cuando reclaman, en forma menos académica que espontánea, el pago de sus atrasados haberes. Si ellas no cuentan con otra cosa, ¿qué han de hacer más que protestar cuando el gobierno las pone á dieta?

Y no es ciertamente que sean avaras, al contrario. Lo que con tanta asiduidad granjea, lo da la cigarrera con regio garbo y esplendidez. Apenas trascurre semana en que no se hagan cuestaciones en las fábricas, para fines caritativos ó piadosos, y no hay operaria que cierre su exigua bolsa, ni rehuse su dádiva. Dicen ellas que gustosas *se lo sacan de la boca*, por darlo á otro más pobre. Con no menor largueza atienden al culto de las veneradas imágenes cuyos altarcitos se alzan en las salas de la fábrica, á la Virgen del Carmen y á la de los Dolores; á San Antonio de Padua y al Niño Dios no les ha de faltar su novenita ni su función solemne, con mucha cera y manifiesto. ¡Vaya! Para eso trabajan y sudan las cigarreras todo el año, y justo es que se permitan obsequiar á los númenes protectores de su humilde vida. Punto es el de la devoción en que todas andan conformes, desde la más rígida maestra hasta la operaria más inhábil; desde la más timorata *hija de María* hasta la más cruda republicana federal.

Porque la cigarrera, á diferencia de la mujer que vive entre las cuatro paredes de su casa, suele tener sus opiniones políticas como el más pintado, y en su cabeza fermenta la levadura democrática, que abunda hoy en toda masa humana. No profesa la cigarrera un cuerpo de doctrinas enlazadas y coherentes, pero conoce esas ideas que se trasmiten por eléctrico modo en los talleres, en las asociaciones trabajadoras todas. El comerciante que maneja un capital es de suyo conservador é individualista; el jornalero, socialista y avanzado. Si á la condición de jornalero se une la de mujer, y mujer impresionable, resultará un republicanismo efervescente como la magnesia, pero en el fondo bastante inofensivo. Quizás esa unidad de miras, nacida de la igualdad de necesidades; esa común manera de sentir, esa fraternidad impuesta por el acaso que reune á tantas mujeres en un solo recinto, sea lo que atrae á las cigarreras y les hace amable su tarea y oficio. A despecho del escaso lucro y continua sujeción que impone la permanencia en la fábrica, innumerables son las aspirantes á cigarreras, y pocas ó ningunas las que después de probar aquella vida se avienen á otra. Siéntense apartadas de su familia, es cierto; pero ligadas por misteriosos lazos sociales, por la solidaridad pública de los clubs, de los círculos, de las hermandades obreras.

Fama tiene la cigarrera de hermosa, y en verdad que las hay lindas, sobre todo cuando, despojándose de la librea del trabajo, el ancho casaquillo de bayeta, el pañuelo de cotonía, visten sus atavíos del día de fiesta, la enagua blanquísima con bordados de á tercia, la bata de claro percal, el mantón de Manila ó de alfombra, y rodea su cara el marco de seda del pañolito graciosamente colocado sobre los caracoles del cabello, en abultado moño recogido. No obstante, el oficio de liar cigarros no alcanza, como es natural, á embellecer á las feas, que, en toda asamblea femenina, se hallan en mayoría. Gracias propias y peculiares del estado de cigarrera son, á pesar de todo, un desgaire manolesco, una soltura que, según noté al principio, no suelen poseer ni la aldeana ni la ciudadana que á otras profesiones se dedica.

Mal hace la cigarrera en aspirar á cambios políticos: su papel social es estable: las instituciones de la humanidad pasan, pero sus vicios permanecen. Mientras haya sol que madure el tabaco y hombres que lo fumen, habrá cigarreras.

EMILIA PARDO BAZÁN

NI REY NI ROQUE

(Cuento)

I

REY

Por muy infiel que sea su memoria, ¿quién no guarda entre los más escondidos recuerdos de la niñez el principio de los cuentos con que su madre ó su nodriza predisponía al sueño su espíritu inquieto y su imaginación turbulenta? Casi todos empezaban así: «Este era un Rey... que luego ó tenía tres hijas á quienes vestir de *colorao*... ó un palacio de cristal... ó una carroza de esmeraldas, etcétera, etc.» Pues de la misma manera comienza hoy nuestro cuento, si más moral en el fondo y más dramático en la forma que los cuentos de la niñez, tan inútil en resultados prácticos como aquéllos: ni el hombre es animal de enmienda en sus pasiones y debilidades, ni ejemplos ó apólogos han servido nunca para corregirle. Hace costumbre de sus vicios, llama desdichas á sus errores, cálculo á sus infamias, destino á sus determinaciones; y cuando los años agriando su carácter y arrugando su rostro le hacen mirar con hastío y desprecio de la vida los pasados derroteros de su existencia, jamás se echa á sí propio la culpa de desventuras y desengaños que hubiera podido evitar ó prever. Y es que tanto le han hecho creer desde niño que el hombre es *el Rey de la creación*, que se aviene siempre muy mal á ser vasallo de nadie; que erige á su voluntad en monarca de todas sus acciones; que pretende avasallar á propios y extraños ante las exigencias de sus gustos ó sus caprichos, y que todo cuanto contraría sus aficiones es para él tiranía ó injusticia. Esta es la historia del hombre; y como esto no es un curso de ética, sino un cuento, dejémonos de historias y vamos á nuestro cuento.



EL SANTUARIO INVADIDO, dibujo de E. J. Gregory

Este era un Rey... de donde Vds. quieran. Importa poco el país, y menos todavía la época. Lo que sí importa para la claridad de nuestro relato, es advertir á ustedes que no era un Rey constitucional, como los que ahora se estilan, con sus congresos para hacer leyes, con sus ministros responsables para deshacerlas, con sus consejos de Estado y sus tribunales superiores para resolver conflictos gubernamentales políticos y administrativos; uno de estos Reyes modernos que tienen ocho validos y seiscientos favoritos diputados y senadores en vez de uno que tenían los Reyes antiguos, y que por mucho que mandara, comiera, prevaricara y *favoritase* (con perdón de la Academia Española) había de hacerlo mucho menos que los seiscientos ocho de las monarquías modernas. Además, si la historia no miente, el favorito que tenía entonces cada Rey solía acabar su vida en el cadalso ó el destierro, revertiendo á las arcas reales toda su fortuna debida á la munificencia de su soberano, y hasta que el *valido* nuevo se hinchaba como el anterior, pasaban muchos años de economía pública y de morigeración privada. En una palabra, el Rey de mi cuento era un *Rey* de verdad. Rey absoluto; Rey de horca y cuchillo; Rey que se hacía y se deshacía él mismo sus leyes, sin ayuda de vecinos; Rey sin más cámaras que las suyas, sin opinión pública, porque entonces el público no se permitía tener opinión; sin la voz de la prensa, sin ninguna de las múltiples trabas que hoy suelen hacer de un Rey constitucional ó parlamentario el único esclavo entre diez y seis millones de hombres libres. En fin: el Rey de mi cuento era un Rey como el de las tres hijas, como el Rey Herodes, como el Rey que rabió, como todos los Reyes que ha habido en el mundo hasta el año de gracia de 1793, en que convinimos en que los Reyes, desde aquella fecha en adelante, sólo podrían ser tales, conformándose con el papel que hacen sus cuatro compañeros, en los cuatro palos de *oros*, *copas*, *espadas* y *bastos*.

Este era un Rey, todo un Rey, lo que se llama un Rey; y naturalmente, un gran Rey; porque en los tiempos de que hablamos todos los Reyes eran grandes. Léanse las crónicas y las historias, y veremos los calificativos que merecían á los contemporáneos sus monarcas: fulano el magnánimo; zutano el conquistador; mengano el dadivoso; perengano el justo; uno santo; otro hermoso; otro deseado; nada tiene de extraño, pues, que el Rey de mi

cuento fuera un conjunto de todas estas perfecciones. Podemos decirlo sin temor de ser desmentidos: el Rey era un bellísimo sujeto, lleno de virtudes públicas y de encantos privados, porque hay que advertir que una de las cualidades que más le distinguían de los demás Reyes de la tierra, era la cualidad que más había distinguido á su compañero Salomón. No la sabiduría, sino su excesivo amor á las mujeres. La verdad, le gustaban las chicas, y nosotros le alabamos el gusto. Ver á una chica guapa y trastornarse el juicio, como al más ligero de sus vasallos, era una misma cosa. ¡Y cuidado si había chicas guapas en aquellos tiempos! Casi más que en éstos, que es cuanto hay que decir. Y es el caso que entre todas aquellas chicas guapas, descollaba una como maravilla de su sexo y admiración del otro. ¡Qué mujer! Contaba diez y nueve años, y en su cara, en su cuerpo y en su alma reunía las dos bellezas tan difíciles de encontrar en una misma persona. La belleza de la forma y la de la expresión. ¡Qué líneas! ¡qué contorno y qué gracia! ¡Qué tamaño de ojos y qué mirada! ¡Qué corrección de talle y qué movimiento! ¡qué pies y qué modo de andar! Julia se llamaba, y desde la primera matrona romana de ese nombre hasta la heroína de J. J. Rousseau, no se vió nada parecido. Lo extraño, lo inconcebible es que Julia era hija del pueblo; una muchacha sin maneras aristocráticas, sin los adornos exagerados de la moda, y sin más afeites que el agua clara de los arroyos y sus diez y nueve años. Y sin embargo, ¡qué cutis! ¡qué color de nieve sonrosada el de sus mejillas! ¡qué frescura la de sus labios! ¡qué blancura la de sus dientes! ¡qué encanto sencillo y natural el de toda su persona!

Justo era pues, y así sucedía, que mozos y viejos, ricos y pobres, Rey y vasallos, estuvieran deseando poseer aquellos encantos irresistibles. Por ellos hubiera dado el Rey su corona, el noble sus pergaminos, el rico su oro, el pobre su sangre, y todos su vida. ¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer! Y ella insensible, fría á todas aquellas demostraciones, ni daba qué hacer ni qué decir. Reservada, pero amable con todos; juiciosa, aunque alegre y bondadosa, se dejaba querer y no correspondía, como veremos después, á ninguno de aquellos enamorados. Como el Rey era, entre todos, el que parecía más loco por ella, y como un Rey, sobre todo en aquel tiempo, era el partido más ventajoso, natural es que por él empecemos. Dádivas y regalos llovían sobre Julia... nada; joyas, flores y músicas encontraba por todas partes... menos. El Rey erre que erre; Julia llámalo h... y así pasaban días, y la real pasión no adelantaba un paso. Harto por fin el Rey de desdenes y convencido de que ninguna mujer debía resistírsele, decidió atropellar respetos sociales, y tendiendo á su adorado tormento un lazo, á que se prestaba su soledad y su pobreza, logró verla encerrada y sola en su poder, sin más amparo que el de Dios y el de su combatida virtud. Y cátate á Julia favorita de un Rey, si Julia no hubiera sido una mujer como pocas. El Rey recibió unas calabazas mayúsculas y tantos arañazos, mordiscos y empellones cuando quiso pasar á mayores, que tascando el freno, y cubriéndose el regio y aporreado rostro, se retiró á un rincón del Palacio avergonzado y cariacontecido.

– ¡Julia rechaza la fortuna y el poder! ¡Julia no quiere ser la amante de un monarca! ¡Julia no acepta el amor de un Rey tan grande, tan magnánimo, tan magnífico! ¡Es inconcebible! Sin duda la virtud de Julia prefiere un modesto y humilde marido á un amante por grande y poderoso que sea. ¿Por qué no ha de ser ella una de esas matronas, cuya honradez tiene algo que no se explica y que se escapa á todas las inteligencias? ¡Hermosa Julia! ¡Desventurado Rey!

Así exclamaban los cortesanos pensando distraer á su afligidísimo y desairado monarca. Y no faltó viejo camastrón, que enterándose minuciosamente de esta aventura, exclamó sonriendo con cáustica malicia:

– ¿Qué demonios es esto?



JESÚS CURA Á UN NIÑO ENFERMO, cuadro de Gabriel Max

II

ROQUE

¡Qué alegría la de Roque! ¡qué felicidad y qué contento el suyo! Aquella noticia corriendo de boca en boca; aquellas reales calabazas, elevadas á la categoría de cachetina por las manos más torneadas del reino, sobre las reales mejillas, eran otras tantas satisfacciones íntimas, que apenas podían vivir ocultas en el enamorado pecho del labrador afortunado. Y decimos afortunado, porque el pobre Roque convertía todo esto en sustancia para sus honrados y religiosos planes. Amaba á Julia con locura: decíaselo sin cesar á todas las horas que se lo permitían sus labores del campo; y claro es que si Julia había rechazado el amor y las riquezas del Rey era porque prefería ser la esposa honrada del honrado Roque. Como él opinaban todos sus amigos; en Roque se fijaron todas las miradas; en la boda de Roque y Julia concluían todos los comentarios, y el Rey mismo, á pesar suyo, poniendo á mal tiempo buena cara, se dijo en un monólogo que la virtud es en el mundo más grande que la corona, y que si Julia era Reina de la honradez, al Rey le correspondía antes que á nadie patrocinar y honrar aquel majestuoso matrimonio. A todo esto Julia no decía una palabra. Dejábase querer por Roque como se había dejado querer por don Enrique I ó D. Rodrigo IV ó D. García XIX, como Vds. quieran, que ni el nombre del Rey está averiguado, ni importa nada para nuestro cuento. Como el amor propio del hombre no tiene límites, y como Roque no podía concebir la conducta sublime de Julia, sino dándola por causa el placer con que la honrada doncella aceptaba su honrada mano, comenzó á prepararlo todo para su próximo casamiento, y á voz en cuello y á todos los que querían y no querían oirle, les contaba lo grande de su amor, lo inmenso de su felicidad y lo justificadísimo de sus esperanzas.

Y Julia, á todo esto, ¡baila que baila! sonriendo al uno, riendo á carcajadas con otro; seria y grave en la iglesia; decidora y bachillera en la fuente, alegre y atareada en el río; fuerte con su virtud, contenta con su hermosura, conforme con su pobre medianía, altiva con los grandes, amable con los pequeños, caritativa con los pobres: conjunto hermoso, en fin, de la juventud y la belleza, y rica muestra de lo que sería sin duda el mundo si todos los seres humanos fueran siempre jóvenes, buenos y hermosos como Julia.

Figúrense nuestros lectores la sorpresa de Roque, cuando una tarde al volver del campo se encontró en su modesta vivienda con un personaje lleno de bordados en la casaca y de plumas en el sombrero que le entregó un pliego cerrado y en el que sobre un plastón de lacre rojo brillaban estampadas las armas reales.

– ¿Para mí? – dijo el pobre hombre, aturdido por la sorpresa.

– Para vos, – contestó el personaje; y abriendo el pliego con mano trémula, leyó, ó deletreó mejor dicho el humilde Roque que el Rey (q. D. g.) le había concedido para el día siguiente una audiencia... á él, que jamás la había solicitado.

¡Yo en palacio! ¡yo hablar al Rey, yo sin más vestidos que mi zamarra de los días de fiesta!

– Nada de eso importa, – le respondió el personaje. – El Rey os aguarda mañana. Como S. M. es quien quiere hablaros, vos no tenéis que hacer más que escucharle y obedecerle. Dios os guarde y sed exacto.

Dió media vuelta y salió de la casa de Roque, quien si mucho se había admirado al ver los bordados de la casaca del palaciego por delante, aun más se admiró de ver los que tapaban su espalda y sus faldones. ¡Qué de ramos entrelazados! ¡qué de palmas y de cifras! ¡qué de hojas y de festones! Con el oro de aquella casaca había para mantener quince meses á quince familias pobres.

Despedirse el cortesano de Roque, y empezar éste á no tenerlas todas consigo, fué una misma cosa. Vínosele á las mientes el desaire de Julia; dudó de la magnanimidad del gran Rey; y de deducción en deducción y de sospecha en sospecha, vióse colgado de un palo en cualquiera de los caminos reales, para escarmiento de súbditos atrevidos y de vasallos irrespetuosos. Pueden Vds. figurarse cómo temblaría el labrador infeliz al verse frente á frente del poderoso monarca.

Para vergüenza del juicio humano, el Rey, aunque en lenguaje algo irónico, y no desprovisto de despecho malicioso, elevó á Julia á la categoría de las Lucrecias romanas y de las Susanas hebreas: deseó á Roque en su matrimonio todas las felicidades que suelen faltar á los casados, y se ofreció desde luego á ser padrino de la boda, regalando á la novia diez mil maravedís de dote, y nombrando á Roque jardinero mayor de los sitios reales, y autorizándole para que hiciese públicas las mercedes del Rey, la virtud de su futura y su próximo matrimonio. En esto insistió el Rey muy particularmente: quería cuanto antes, según parece, elevar entre Julia y su desdichado amor un muro religioso que contuviera sus culpables apetitos, y una valla social que refrenara su mal olvidada pasión. No faltaron, sin embargo, almas protervas que con

torcida intención creyeron ver en el deseo del Rey, un modo más fácil de llegar al corazón de la desdeñosa Julia, y quizá el proyecto de contentarse con ser plato de segunda mesa, ya que Roque iba á ser el legítimo despensero. Opinaban muchos que una vez casada Julia con su rústico labriego, no podría rechazar las asechanzas soberanas, y muchas amigas suyas (que para esto de pensar mal unas de otras siempre se pintan solas) llegaron hasta á suponer que todo esto era un plan combinado entre S. M. y la encantadora doncella. Que ambos querían quitar el escándalo á sus amores, y habían elegido á Roque para víctima expiatoria de la vindicta pública. Por esta vez, los malos pensamientos eran infames é injustos. El Rey quería ser un protector desinteresado, y hacer ver á Julia que su posesión no le importaba un bledo; Roque tenía á Julia por una santa impecable y no la creía capaz del más pequeño pensamiento pecaminoso... y Julia... ¡oh! Julia, en cuanto á esa, escuchó á Roque á su vuelta de palacio; sonrió al saber lo de su dote; rióse un poco más al oir lo del nombramiento de su futuro, y soltó la carcajada del modo más franco y estrepitoso al escuchar que la boda había de celebrarse inmediatamente. ¡Diantre de risa y de muchacha!

III

NI REY NI ROQUE

Era la víspera del día señalado para la boda. El novio y el padrino, venciendo en breves días todas las dificultades, uno con su amor impaciente y otro con su celoso poderío, iban á realizar antes de veinticuatro horas sus esperanzas más halagüeñas. Martes era, por cierto, y el miércoles á las doce del día, en plena catedral, y entre músicos y alabarderos, sacristanes y cortesanos iban á pronunciarse por los frescos labios de Julia el *sí otorgo, sí admito* y *sí recibo* que precede á la bendición nupcial en los matrimonios católicos y que no recuerda sin terror el infeliz que una vez los ha pronunciado. La noche había tendido sobre la capital su negro manto, y *sin embargo llovía*, según la célebre frase de una olvidada novela. Todos habían ya buscado en su lecho el descanso reparador de las fatigas diarias, y ninguno de nuestros tres personajes había aún podido pegar los ojos. Daba vueltas el Rey entre la bordada batista de sus reales sábanas, pensando, mal su grado, en el lecho nupcial de Julia, donde á la noche siguiente iba á ser el zafio, el ordinario y el zopenco de Roque, el más dichoso marido de los mortales; mientras *él*, con todo su poder, su riqueza y su omnipotencia, no había podido conseguir de la hermosa vasalla ni la más inocente de sus caricias, ni la más efímera de sus sonrisas. ¡La cosa no era para dormir... francamente!

Entre sus morenas sábanas de algodón grosero, daba vueltas y vueltas el tostado cuerpo de Roque, pensando en la noche próxima, y temblando á la idea de ser perpetuo dueño de aquella mujer encantadora, que según él, dormiría á aquellas horas con el sueño de los ángeles y de las vírgenes.

¡Quién más feliz que yo, – exclamaba el labrador, – cuando llevando á mi mujer del brazo, oiga las frases de envidia de amigos y convecinos! ¡Quién más venturoso, cuando de ese árbol verde y robusto empiecen á salir retoños, todos parecidos á su padre, y pruebas vivientes todos, del mar de amor y de delicias en que desde mañana vamos *ella y yo* á navegar para siempre!

Entre sus sábanas de blanquísimo, aunque áspero lino, daba Julia vueltas y vueltas, más agitadas y más rápidas que las de sus dos enamorados. Su hermoso cuerpo parecía presa de una crisis nerviosa, y su blanquísimo é intacto seno, cuya vista hubiera enloquecido al hombre más frío de la tierra, se estremecía visiblemente á impulsos de los continuos latidos de su corazón. Su cabeza, apoyada en una de sus lindas manos, parecía querer salirse de la almohada y todo su ser estaba reconcentrado en su oído, que quería atravesar el espacio, esperando no sé qué ruido extraño y misterioso. Sus ojos, medio velados por la emoción, vagaban por los espacios imaginarios del deseo, y su pensamiento, reconcentrado en una sola idea, daba á su fisonomía una quietud marmórea y persistente. Hasta su misma boca, aquella boca hechicera, camarín misterioso de caricias futuras y fuente inagotable de temblorosos besos, aparecía cerrada convulsivamente, sin que la más tenue sonrisa entreabriera los rojos labios. A cada campanada con que el reloj lejano marcaba el curso tranquilo de las horas, un movimiento impaciente de las cejas, que se comunicaba como por hilo eléctrico á todo su cuerpo, descubría uno de sus encantos: y ya era el mórbido brazo quien agitaba con ademán convulso el embozo del lecho; ya era el diminuto pie quien parecía querer saltar al suelo; ya era el destrenzado cabello rubio como el oro quien se desparramaba en rizos naturales sobre la colcha azul de la cama deshecha. Jamás había visto nadie á Julia en aquel estado; nunca ojos humanos contemplaron hermosura más intranquila ni belleza más deslumbradora.

De pronto, un rumor, imperceptible casi al oído, pero claro y distinto para el alma, llegó al oído de Julia. Escapósele un grito de felicidad incopiable, sus labios temblaron, estremecióse de placer su cuerpo entero, y ocultando su rostro entre las sábanas y escondiéndose casi de sí propia, se acurrucó en el lado de la pared. Entreabrióse la puerta de la alcoba; la silueta de un buen mozo apareció en el quicio, y la lamparilla que esparcía por la habitación una claridad velada se apagó como por encanto...

A la mañana siguiente la casa de Julia estaba deshabitada. El pueblo se arremolinaba buscándola por todas las habitaciones: allí estaban... los muebles... pero el pájaro había volado. ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Eso preguntaban Roque y el Rey: Roque mesándose los cabellos; el Rey mesándose las barbas.

¿Con quién? – Del brazo de un hombre más feo que Roque, y naturalmente, más pobre que el Rey: que no había ofrecido ni su mano como el labrador ni su fortuna como el monarca.



EL CABALLERO DE LA MUERTE, reproducción fotográfica de un dibujo de Alberto Durero, grabado en el siglo XV

¿Por qué? – Porque le amaba con toda su alma y porque era suya hacía tiempo sin que nadie en el pueblo lo sospechara.

¿Cómo? – Con la ropa puesta, y más alegre que unas Pascuas.

¿Cuándo? – La misma víspera de su matrimonio, mientras Rey y Roque pensaban en ella.

Alzaron todos las manos al cielo en señal de sorpresa y abatimiento; y el Rey, que era sin duda el más instruído de su reino, murmuró entre dientes el siguiente aforismo:

– Pues señor, está visto: para una muchacha enamorada de veras, ni hay leyes, ni conveniencia, ni virtud, ni riqueza, ni opinión; para las Julias de esta tierra, no hay oro, ni matrimonio, ni *Rey*, ni *Roque*.

LUIS MARIANO DE LARRA

LA MÚSICA EN LA PAREMIOLOGÍA

Como sea una verdad acreditada por la experiencia, que *de músico, poeta, y loco, todos tenemos un poco*, convinimos otra noche en sujetar las propuestas de nuestros *Juegos de Refranes* á la jurisdicción de la *Música*, y así se llevó á debido efecto. Instalados en la sala los tertulianos de costumbre, si bien en menor número que otras veces, dimos comienzo á nuestra recreación, obligándoseme como en las noches anteriores, y contra todo el torrente de mi gusto, á ser el iniciador del acto, á pretexto de inspirarse en el plan de las propuestas; cosa que ya no tenía defensa, pues, en mi juicio, con lo ya practicado anteriormente bastaba, y aun sobraba. En puridad de verdad, lo que creo yo es que cada cual quería tomarse el mayor tiempo posible para ir haciendo su composición de lugar. Sea de ello lo que quiera, el caso es que *velis nolis* tuve que acceder á la pretensión general, por lo que, sin hacerme más de rogar, y á fin de no pagar por parte mía tributo al refrán de *malo, y rogado*, dije así:

Estar tocando el violón. Frase proverbial á que no han dado cabida en su Diccionario los señores académicos de la Española, seguramente por no ser profesores de ese instrumento, y con la cual se moteja á alguna persona de hallarse sumamente distraída ó embobada, hasta el punto de no hacer alto en lo que pasa á su alrededor (1).

En mi concepto, el origen de esta frase es una alusión á otra alusión. Me explicaré. El pueblo español, por efecto de lo cálido de su clima, es naturalmente propenso á dar remontado vuelo á su imaginación, y en consecuencia, inclinado á expresarse por medio de metáforas y alusiones. Ahora bien, no teniendo que ver absolutamente nada el *tocar el violón* con la idea que envuelve la frase metafórica que nos ocupa; ostentando el individuo que tañe dicho instrumento la misma posición de brazos y parecido movimiento en las manos que la persona que *hila;* y siendo sinónimas para el caso las locuciones *tocar el violón* y *estar hilando ó jilando*, como dice nuestro pueblo, de donde *jili, jiló, jilito* y *jiloyo*, creo que esta segunda frase ha dado origen á la primera, y, por lo tanto, que ésta es una alusión á aquella otra alusión, como dije en un principio.

Dije, y dirigiéndome á cierto caballero muy instruído, como persona que había leído y viajado mucho, y además algo entrado en años, se expresó con el acierto y oportunidad que el juicioso lector podrá deducir del siguiente relato:

Los órganos de Móstoles. Denota esta frase proverbial que algunas cosas están colocadas sin la igualdad ó buen orden que debieran tener.

Tal vez aluda á la mala disposición en que se encontraría, cuando se inventó este punto de comparación, el órgano de la iglesia de aquel pueblo, distante unas tres leguas de Madrid; ó á cierto artificio allí usado para enfriar el vino, el cual, por componerse de varios tubos ó cañones de diversos tamaños, aunque dispuestos sin orden

(1) Efectivamente, no constaba entonces semejante locución en el Diccionario oficial, en el que figura desde el año 1869, ó sease desde la undécima y hoy penúltima edición.

ni simetría, presenta en el interior algún parecido con el rey de los instrumentos.

Sin embargo, la versión más válida hoy por hoy en aquella población es, que en cierta ocasión existió allí un cosechero de vino que ganaba cuantiosas sumas en la venta al menudeo del rico producto de sus viñedos, los cuales ocupaban el espacio de una legua que se extiende entre Móstoles y el río Guadarrama. La plaza de Móstoles declina de poniente á oriente, y el bueno del cosechero tenía en la manzana de la parte alta su bodega y en la de la parte baja el despacho de vino, el cual consistía en una pieza anchurosa llena de bancos y mesas, á la que venían á parar las distintas clases de vino por medio de otros tantos grifos ó llaves al remate, los cuales tubos, así por el aspecto que presentaban como por el ruido tan desapacible que producían al ser conductores del zumo de la vid, dieron probablemente margen á la locución que acabo de enunciar.

Habiendo terminado, y recibido una condigna salva de aplausos, como quiera que *los extremos se tocan*, dirigióse el citado sujeto á un chicuelo, que apenas rayaría en doce abriles, el cual, con el desparpajo del mundo, dijo:

– Eso de órganos me trae á la memoria el dicho de *tener las tripas como cañón de órgano*, que se aplica á la persona que no ha comido, como me pasa á mí el día que me dejan penitenciado en el colegio sin comer, ó, cuando más, á pan y agua.

Si esta expresión se halla, ó no, en el Diccionario de la Academia, es cosa que lo ignoro, y que me abstendré de ir á averiguarlo, porque nuestro catedrático nos tiene prohibido terminantemente que consultemos ese libro, pues no cesa de decir que con él se aprenderá cuanto se quiera, menos á hablar la lengua castellana. *Dixi.*

Manifestáronle al rapaz, después de haberlo aplaudido como se lo merecía, que invitara á la persona á quien gustase á que propusiera su cuestión; y dirigiéndose á una viudita novel, prorrumpió ésta con voz trémula y sentida en las siguientes palabras:

– *Para música vamos, dijo la zorra.* Así se suele decir á la persona que pretende distraernos de alguna ocupación principal, como me sucede á mí en este momento, que, por mucho que quieran divertirme, cada día lloro más á mi difunto esposo.

– Hija mía, – repuso á la sazón con voz cazcarrienta una señora ochentona, viuda de un capitán de fragata que ganó el grado en la batalla de Trafalgar, – V. es joven todavía, y con el tiempo se irá haciendo á los golpes, si ya no es que se presente antes algún buen mozo que se preste á compartir su quebranto.

Esto lo dijo con cierto retintín, por cuanto se susurraba que había quien, apenas muerto el consorte, pretendía elevar el memorial á la individua en cuestión aspirando al puesto vacante, por tratarse de una joven honesta, guapa y rica; y como quiera que la mujer, aun en edad avanzada, suele mirar con no mucha caridad que digamos, los triunfos que pueda alcanzar cualquier otra hija de Eva, sea quien sea, y mayormente si en el estado de viudez no ha encontrado en su camino un solo hombre que le haya dicho siquiera: *¡Qué buenos ojos tienes!* de ahí la causa del retintín con que pronunció su exhortación consolatoria.



CABEZA DE ESTUDIO, de Miguel Angel

Dióle las gracias por su buen deseo la aludida, y con no menos remoquete le añadió:

– Pues á V., señora D.ª Serapia, que tan bien ha cantado en sus buenos tiempos, y canta todavía, le toca ahora improvisar.

No se hizo esperar mucho la ex-capitana, saliendo de su apuro en los términos siguientes:

– Hija, mis quince años he tenido como cualquiera; pero ya *no me ha quedado sino lo que á los músicos viejos, que es: la afición y el compás.* Y no digo más.

Fueron acompañadas semejantes palabras de tales ademanes con la mano derecha, como en actitud de quien toca el violín primero, y empuña luego la batuta con entusiasmo, que no pudo menos de excitar la hilaridad de todos los circunstantes; y encarándose luego con el joven que presumía ella ser el pretendiente á que hemos aludido poco há, manifestándole que á él le tocaba disertar, dijo éste con sabor más picante que un pisto manchego:

– *El canto del cisne.* Patraña de remoto abolengo con que se da á entender la última composición de algún músico ó poeta ilustre.

He dicho *patraña*, y *de remoto abolengo*, porque no existe ficción alguna en historia natural, ni fábula entre los antiguos, que se haya celebrado, repetido ni abonado tanto como la de hacer creer que á la hora de su muerte canta el cisne con melodioso acento el himno de sus funerales, siendo así que no es hora esa de cantar, y mucho menos de cantar dulcemente para quien toda su vida ha tenido una voz ronca, desapacible y graznadora.

Si fué alusión, ó no, á la envidiosa Matusalén, lo ignoro, aunque lo presumo. Lo cierto es que siguiéronse explanando con mejor ó peor fortuna frases tales como las siguientes, y otras que al cabo de tanto tiempo no me es dado conservar en la memoria:

Música que no he de oir, que la pague quien la oiga. – De los hechizos de amor, la música es el mayor. Eso es lo mismo que dar música á un sordo. – La música las fieras domestica. – Irse todo entre músicos y danzantes. – Estar más alegre que unas castañuelas. – Tocar el bajón. – Cuando pitos, flautas; cuando flautas, pitos. – Música ratonera



JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, reproducción directa del cuadro de G. Fugel

— *Todo eso es música celestial.* — *El músico que más sabe, no sabe comunmente más que Música*.....

Omitiré el relatar aquí las versiones que se dieron á todas y cada una de dichas locuciones musicales, en obsequio á la brevedad, consignando tan solamente la que se dió á las dos últimas en atención á la curiosidad que distingue á la primera de ellas y al interés que encierra la segunda.

El disertante sobre aquélla, dijo así:

— *Todo eso es música celestial*, es frase con que damos á entender en el estilo familiar que no damos crédito á lo que escuchamos, ó á las promesas que se nos hacen.

En mi concepto, debe de haber dado origen á esta locución la ridícula escuela de los preceptistas antiguos, empeñados en deducir los intervalos de la gama ó escala musical, de la distancia que existe entre los cuerpos celestes que componen el sistema planetario.

Y así es la verdad. Si el sujeto que en tan acertados términos se expresó en aquella ocasión hubiera conocido entonces, cosa que no era fácil por estar inédita, la magnífica obra del abate Eximeno, intitulada: *Don Lazarillo Vizcardi*, que merced á la diligencia y laboriosidad de mi amigo Barbieri salió á luz pocos años há, hubiera podido robustecer su aserto con la autoridad de aquel sazonado polemista y polígrafo esclarecido.

El disertante de la sentencia musical últimamente apuntada arriba, defendió su tesis de la siguiente manera:

— *El músico que más sabe, no sabe comunmente más que Música.*

Delirante, como el que más, por esa tierna expansión que recibe el alma mediante la influencia de la diversa combinación de los sonidos, deploro, como el que más también, que la generalidad de los profesores músicos se dediquen exclusivamente á la práctica del arte, desentendiéndose por completo del cultivo de la ciencia. Por eso adolecen nuestros métodos de enseñanza musical de no pocos errores en lo tocante á la parte expositiva, careciendo ante todo de las leyes que enseña la Lógica, ó séase de raciocinio. Como regularmente no aprende lenguas extranjeras el músico español, y hoy por hoy ni siquiera la latina, ¿qué mucho que ni el compositor ni el cantante sepan por dónde se andan al tener que recorrer ese terreno respectivamente, dando uno y otro cada traspié sintáctico, prosódico ú ortográfico, que espeluzna? Ayunos, en su mayor parte, de todo linaje de conocimientos científicos y literarios, indispensables para merecer de justicia el dictado de profesores, y mucho más el de maestros, desconocen los principios rudimentarios de la Filosofía, y, por tanto, carecen de toda noción esencial de Historia, Poesía, Acústica, etc., y, sobre todo, de la *Filosofía de la Música* ó *Estética musical*.

Al contemplar yo que todo el mundo se llama *músico*, y lo sumamente difícil que es hallar un músico en el mundo á quien competa de justicia semejante calificación, no puedo menos de exclamar para mis adentros: El mayor enemigo que tiene la Música, así como su hermana la Poesía, es su inneidad. Porque yo advierto que el niño canta, que la cocinera canta, que el cochero canta, que el barbero toca la guitarra, que el pastor toca el caramillo, y que el ciego mendigante va por las calles rascando el más ingrato de todos los instrumentos cuando está mal tocado, cual lo es el violín, y la mayor parte de dichos sujetos no saben siquiera leer ni escribir; en tanto que no conozco persona alguna que se ponga, v. gr., á dirigir un buque, si no ha estudiado previamente Náutica en unión de las demás ciencias auxiliares suyas... Pero aquí echo anclas para hacer escala al principio de nuestra travesía, porque advierto que, siendo muy largo el derrotero, no es posible continuar hasta llegar al puerto deseado.

Después de unas palabras tan razonadas, y dichas con esa entereza que dicta el espíritu de convicción, vínose la sala abajo á puro palmoteo; y como, después de esta verdadera oración académica, nadie se atreviera á seguir terciando en el juego, procedióse en seguida á la imposición de las penas que las prendas reclamaban.

Hecho esto, casi todas las familias se retiraron, y de los pocos sujetos que nos quedamos, fué uno el último disertante, con quien departí un buen rato después, hasta que lo avanzado de la hora, especialmente tratándose de provincia, donde la vida nocturna no se asemeja á la de Madrid, nos obligó á poner en ejecución el refrán de *cada mochuelo á su olivo*.

Aquellas últimas palabras, y su ampliación en la conferencia privada subsiguiente, no cayeron para mí en saco roto; por lo que me entregué en adelante, y en mis momentos de ocio (si es que momentos de ocio he conocido en mi vida), al estudio y á la observación de cuantos fenómenos pudieran converger al cultivo de la *Filosofía de la Música*. Mucho he tenido que leer, especialmente en lenguas extranjeras, para poder allegar al cúmulo de datos tan varios como interesantes que atesorados tengo acerca del particular, máxime cuando tan dispersos se encuentran por las obras de los preceptistas, hasta haberlos estudiado y comparado entre sí con el fin de alcanzar su debida aplicación y formar en consecuencia el cuerpo de doctrina que, en forma de curso escolar, he llegado á trazar de esta facultad tan importante como postergada en nuestro suelo, y de cuyo estudio no debería eximirse á los principales centros de enseñanza.

Pero, basta ya de digresión.

Lo bueno dura poco, y así tuvo que suceder con estas reuniones. Yo, que estaba entusiasmado con el vuelo que al abrigo de estas conferencias familiares podía tomar en días no lejanos el estudio tan importante de la *Paremiología*; yo, que contemplaba que con semejante medio se alejaban de la generalidad de nuestras tertulias los dos elementos más esenciales que las constituyen por regla general, perjudicial el uno é inútil el otro, á saber: la murmuración y la futilidad; yo tuve que experimentar en el albor de mi vida el amargo desengaño de que las *tertulias* de nuestro siglo no corresponden á la etimología de la palabra, por punto general, pues en lugar de discutirse sobre puntos de las obras de *Tertuliano*, ó de cualesquiera otros escritores, en las reuniones que se celebraban en la corte en tiempo de Felipe IV (si es que la Historia no falta á la verdad en este particular), la tendencia era á quitar el pellejo al prójimo, á hablar de trapos, de política (que siempre me apestó), á bailar, y á tocar en el piano alguna danza ó alguna polka, tocatas que, en último resultado, venían á experimentar igual suerte por parte del infeliz ó la infeliz que ejecutaba primorosamente una pieza de gran dificultad, á saber: que mientras el ejecutante rendía culto á la deidad que preside á la *Música*, los asistentes se entregaban á la charla y á la risa, en menosprecio del arte y con infracción de las leyes que dictan los tratados de Urbanidad y Cortesía; por eso, hastiado de contemplar una sociedad tan fútil y baladí, creí que lo más acertado era *irse con la música á otra parte*, como en efecto lo hice.

JOSÉ MARÍA SBARBI

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Continuación)

Por fortuna no te ha ocurrido accidente desgraciado alguno, según acredita aquella lista de mentecatos empeñados en ilustrar á las masas. Buen cuidado pasé antes de leerla, á pesar de lo preocupado que otros asuntos me tenían; y tú también habrás andado cuidadoso por mí, hasta recibir estas letras, y con ellas una nueva protesta del profundísimo cariño que te profeso (piensa, si quieres, que soy un adulador porque estás en candelero y yo peor que en candil) y una confesión de mis culpas y pecados.

Con que decíamos,—reanudando la narración en el punto hasta el cual estás en autos, — que me dejaste con la carta para el señor de Fueros, la cual surtió todo el efecto, y más, que tú previste.

Don Ramón se prendó de mí, — y perdona la inmodestia, - por mis condiciones de carácter y también por mi decidido aborrecimiento al liberalismo; y eso que yo al lado del señor de Fueros podía buenamente pasar por un demócrata de la extrema izquierda.

Quedé, *ipso facto*, invitado á los jueves como tertulio de primera clase; esto es, de los íntimos y predilectos, y quedó Calipso contentísima de encontrarse allí, como en todas partes, conmigo.

Las veladas de los señores de Fueros, aun para el que no contase en ellas con una diosa de Ogigia, como yo, eran, en realidad, seductoras. Habitaban — y habitarán tal vez dichos señores — un espacioso y alegre entresuelo del paseo del Prado, algo alejado del centro de la villa, pero dotado en cambio abundantemente de luz y buen acomodo. Un salón y dos gabinetes, alhajados con gusto noble y severo, eran las piezas destinadas á las recepciones semanales, amén del despacho de D. Ramón, sitio predilecto de los fumadores, los lectores y los curiosos.

Para los primeros había siempre una bandeja de habanos; para los segundos periódicos é Ilustraciones, — sin contar con las obras de fondo de la biblioteca, - y para los terceros buen número de antigüedades. El señor de Fueros, amante empedernido de los tiempos pasados, procuraba hacerlos presentes, siquiera fuese mediante objetos de otra edad y todos españoles, — esta era condición *sine qua non*, — reunidos en el aposento donde habitualmente se hallaba, que era el referido despacho.

Pasto grande ofrecía, pues, á la curiosidad el tal aposento. Vestían sus paredes tapices fabricados en Madrid en el siglo XVII por el maestro Pedro Gutiérrez (según don Ramón me dijo). En la pared frontera á la puerta de ingreso destacaba una panoplia formada por arcabuces de rueda, espadas de gavilanes y de taza, pedreñales, una media armadura, un broquel, una ballesta, un montante y qué sé yo cuántas armas ofensivas y defensivas. A entrambos lados de la panoplia pendían dos hermosas cornucopias del pasado siglo; enfrente dos cuadros religiosos, del divino Morales el uno, y de Juanes, que también mereció igual apelativo, el otro; y sobre el sillón frailero de nogal y vaqueta con gruesos clavos dorados, un Cristo de bronce sobre una cruz de ébano, trabajo, notable en verdad, de ignorado artífice de la decimaséptima centuria.

Los muebles eran: una gran mesa de roble con hierros que afianzaban los pies; un arcón de nogal tallado con labores góticas y asegurado con soberbios herrajes de igual estilo; un vargueño de la propia madera, con sus consabidos adornos de hierro dorado sobre escudetes de terciopelo, y una librería, — enorme armario del pasado siglo — de traza arquitectónica y ornamentación barroca, pero muy bella.

Añade á lo citado una multitud de objetos menudos, todos cargados de años, — entre ellos un trozo de verja, preciosa sin duda, del famoso Juan de Salamanca, y dos angelillos esculpidos en roble por Gaspar Becerra, — y tendrás bosquejado el despacho de D. Ramón de Fueros, según los datos que repetidas veces le oí al enseñarme y describirme sus antiguallas.

¿A qué pintarte lo que tú, antes que yo, conocías? No sé; es que la pluma se complace en recorrer como líneas señaladas por puntos, perfiles de recuerdos, que se han quedado fijos en mi memoria como en una plancha de grabado al agua fuerte.

Pero si conoces el despacho, y sin duda las habitaciones todas de aquel inolvidable entresuelo, probablemente no conocerías (supuesto que sólo de negocios tratabas con el señor de Fueros) á sus dos hijas; cuanto más conocerías la menor.

D. Ramón, como sabes, es viudo desde hace seis ú ocho años. Le dejó al morir su esposa,—señora excelente á lo que he oído, aunque muy romántica, como que le cogió de lleno el romanticismo imperante del año 30 al 35,—le dejó, decía, á más de un cuantioso caudal, dos niñas, una de doce á trece años y otra de diez y ocho á veinte.

Habrás visto y hablado tal vez, repito, á la pequeña, Angelita; jovial, vivaracha y comunicativa como ella sola; algo morena, de pelo castaño, más graciosa que bonita, pero en extremo graciosa. Es de esas jóvenes con las que se intima al segundo coloquio, que quizá no llegan á apasionar nunca, pero que nunca dejan de agradar y de inspirar afecto. Era el alma, y como la luz y el calor de las reuniones; para cada persona tenía una sonrisa y para cada ocurrencia una carcajada. No paraba un punto, y ni un punto se aburría ni dejaba aburrir á nadie. Parecía propiamente un ave: golondrina en el paseo; pavo real en el salón; en el charlar cotorra y en el cantar calandria.

La hermana mayor, Teresa, significaba el polo opuesto; no parecían hermanas. Frecuentaba yo más de un mes la casa y aun no la conocía. Sabía que Angelita tenía una hermana de más edad; había oído que era guapísima, y me habían contestado, al preguntar por qué no salía á la sala los jueves: «¡Qué quiere usted! ¡Es tan rara!»

Un jueves, por fin, salió; parece que se lo había ordenado terminantemente su padre, y con el señor de Fueros no se podía andar con bromas. Salió, pues, y aunque me llames, como tantas otras veces, impetuoso, impresionable y exagerado, te diré que quedé absorto ante semejante criatura.

¡Qué mujer, Leonardo, qué mujer! En la plenitud de la vida y de la belleza; alta, fuerte, robusta; de color pálido pero no enfermizo; de cabellos y ojos negros como la noche... pero noche rica en luceros, á juzgar por sus ojos; de labios de color de fuego y que como el fuego quemaban; de seno elevado y recio como un peto de la Edad media; de encanto, en suma, tan poderoso é imperativo, que tengo por necio ó de estuco al hombre que al verla no se sintiese, sin más preámbulos, enamorado furiosamente de ella.

No escapó á la penetración de Calipso el trastorno que la presencia de Teresa produjo en mi inflamable persona. Acudió al quite dirigiéndome á hurtadillas una mirada muy elocuente, acompañada de un pisotón más elocuente todavía. ¡Pero bueno estaba yo para hacer caso de ojos ni de pies que no fueran los de Teresa!

Dirás, para tu sayo, — estoy seguro,—que, como de costumbre, me dejé arrebatar de la primera impresión y que sin más ni más solté á correr hasta desbocarse mi fantasía... Pero te juro que si tú conocieras á la primogénita del señor de Fueros, —, pues repito que no la habrás visto, ó la habrás visto de lejos ó de paso,—si no te entusiasmabas como yo, aprobarías por lo menos mi entusiasmo.

Luego, ¿á qué andarme con remilgos escribiendo á un hombre y por añadidura tan amigo mío como tú? La belleza de Teresa es de las que tocan á rebato á los sentidos. Será tal vez que yo he pecado siempre de epicúreo, — de cuyo pecar no me arrepiento; — será que, enamorado ó no, siempre he buscado en la mujer algo más que los dones del espíritu; será lo que fuere; lo cierto es que Teresa, desde que la conocí, me inspiró un deseo amoroso tan ardiente, que si su ardor se hubiera convertido en llamas reales y efectivas, poco hubiera tardado en arder el entresuelo de D. Ramón...

Por otra parte, adiviné ó creí adivinar, — juzgando tal vez por mi impresión la ajena, — que Teresa, á pesar de su apariencia fría y dura, á pesar de su talante severo y casi esquivo, era como las chimeneas modernas: por fuera mármol labrado y ligera pantalla de seda ó cristal; por dentro un horno.

Escapé, sin disimularlo mucho, del lado de Calipso, — que se quedó mordiendo el pañuelo á falta de carne de Rafael, — y acercándome á Angelita, le rogué que me presentase á su hermana. Cumplió al punto mi ruego, y á pesar de que Teresa me recibió ceremoniosamente, menudeé con ella las galanterías, acentuándolas bastante más de lo que es uso cuando sólo forman parte de los juegos de conversación.

Pero repuso, — ó dejó de responder, — con tal sequedad á mis avances, que me dejé arrebatar por el despecho; dí media vuelta, tan bruscamente que pudo semejar grosería, y volví, enviando muy enhoramala á la orgullosa señorita de Fueros, á sentarme al lado de Calipso, que se había comido ya la mitad del pañuelo.

Para excusar mi escapatoria y para vengarme, ¡qué necedad! de la esquivez de Teresa, hice tales extremos con la semi-viuda que todo el mundo se fijó en nosotros, y hubo necesidad de que Angelita, que era un diablo de chiquilla á quien nada le caía en saco roto, se instalara en el piano y preludiase un wals que puso en movimiento y distrajo á la gente joven.

Nos reportamos, al fin, mi amiga y yo, y la archiduquesa Teresa de Austria (como yo la confirmé para mis adentros) se dignó reparar en las maniobras de Telémaco y Calipso, mediante las cuales habíamos divertido de lo lindo á la reunión durante un cuarto de hora.

Llegó la de que ésta, terminase, y cada cual se encaminó á su domicilio. Me despedí muy políticamente de Teresa, la cual, ¡cosa rara! al darme la mano sonrió.

La sonrisa me valió un empellón mayúsculo de Calipso, que sofocada por el calor de la sala y por la rabieta, al salir al fresco de la calle cogió un pasmo que le costó diez días de cama.

Consigno este hecho, no tanto (lo confieso avergonzado) por lo que atañe á la salud de mi entrañable amiga, cuanto porque á causa de su indisposición no pudo asistir el jueves siguiente á casa de las de Fueros. Yo, en cambio, fuí, á pesar de haberle prometido pérfidamente lo contrario.

Aquella noche D. Ramón, que era muy aficionado á la música, había llevado á un notable pianista que tenía embelesada á la tertulia. Hallábanse agrupados todos al rededor del piano, y yo, más mohino de lo que era justo por no haber divisado en ninguna parte á Teresa, pasé del salón al gabinete y de éste al despacho, donde solía entrar á fumar un cigarrillo.

Al ir á dejarme caer, aburrido, en un sitial gótico, procedente sin duda del coro de un monasterio,—volví los ojos al mirador que daba, de día, luz al despacho, y reconocí la figura de Teresa, asomada al exterior y vuelta de espaldas. Disfrutaba sin duda del apacible ambiente de la noche: estábamos en junio.

Me acerqué á ella, y poco más ó menos, sostuvimos este diálogo:

– A los piés de V., señorita.

– ¡Hola! ¿Es V., señor de Mendoza? ¿Y cómo ha venido V. estando enferma Calipso?

¡Ah! dije para mis adentros: ¡peleamos sin visera y frente á frente! ¡Pues no seré yo el que retroceda! Contesté en voz alta:

– Porque vengo á ver á usted.

– ¡A mí! ¿Y para qué?

La pregunta, por lo terminante, hubo de dejarme perplejo y algo turbado. Verdad es que había salido también al balcón y que tenía junto á mí el rostro de Teresa, bañado de lleno por la luz del farol más próximo de la calle, y la hermosura de aquel rostro me atraía de igual modo que atrae en una gran altura el abismo: siente uno deseos de precipitarse á él, sin reparar en el peligro.

—¿Para qué? – repetí; – para decirle á V. una cosa muy antigua y muy cursi, pero que no puede decirse de otro modo: que desde hace ocho días, desde el mismo momento que la ví á usted, me tiene V. perdidamente enamorado.

– ¿De veras?... ¿Y Calipso?

– ¡Dale con Calipso! Dejémosla en la cama, ya que está enferma.

- Corriente, la dejo; pero el jueves próximo estará ya buena, á Dios gracias, y vendrá.

– Es posible,—repuse impaciente, – pero...

– ¿Y qué hará V. en tal caso?

No eran preguntas las de aquella mujer, eran incisiones con una navaja de afeitar; tal me parecían de frías y cortantes.

– Pues... haré... haré lo que usted quiera.

– Muy bien. ¿Y si lo que quiero es que en toda la noche se acerque V. á Calipso?

No era cosa de titubear; además, si su lengua era, como apuntado queda, un tajante cuchillo, sus ojos eran dos puntas que se me hundían en las entrañas. Sin embargo, unas y otras heridas me deleitaban tanto que quería hacerlas más profundas.

– No me acercaré en toda la noche.

– Tendrá V. que reñir con ella.

– Reñiré.

– ¿Y qué habrá V. ganado con ello?

– Obedecer á usted.

– ¿Y nada más?

– Usted juzgará si merezco alguna recompensa.



¡AH!!!... apunte para un cuadro de A. Fabrés





PINTURAS DECORATIVAS, de Arturo Fitger

-¡Ah! ¿Luego obra V. por interés?

Sin duda.

– ¿Cuál?

– El de agradar á usted.

– Es que V. no me desagrada.

– ¿De veras?

Esto fué casi un grito, y con toda el alma.

– ¿Quiere V. hacerme el obsequio de ver dónde está mi padre?

Me asomé al salón, volví y dije:

– Entregado en cuerpo y alma á una «polonesa» de Chopin que está tocando el pianista.

– Bien; acerque V. dos escabeles: estaremos mejor sentados... Sí, aquí, al balcón. ¡Qué noche tan hermosa! ¿Verdad?

– A mí me parece tempestuosa.

– ¿Cómo?

– Al lado de V. un hombre que siente no puede estar en calma.

– Ya... ¿Y está V. muy enamorado de Calipso?

– ¡Pero Teresa!...

– ¿Quiere V. responderme?

– Quiero... Lo estuve algo, algo nada más; pero dejé de estarlo el jueves último.

– ¡Ah!...¡Pobrecilla!

– Hace V. mal en burlarse de ella, y más aún en prevalerse de estas confesiones, que usted me arranca sin que pueda yo resistir.

– Míreme V. á la cara, señor de Mendoza, – y se irguió altanera, – y dígame si me cree capaz de los chismes é intrigas de otras mujeres.

– Perdone V.; – balbuceé ofuscado.

– Quedamos, pues, – siguió Teresa con el mismo acento cortante, – en que no quiere usted ya á Calipso.

– Y en que sólo quiero á usted.

– Corre V. que vuela.

– ¿Ha visto V. nada que corra con más rapidez que un incendio?

Te juro, Leonardo, que hablaba como sentía.

Dobló Teresa la cabeza sin contestar; permaneció breves instantes silenciosa, y después, alzando el semblante y mirándome de hito en hito, dijo con voz dura y acento grave:

– Usted no sabe que tengo novio...

La temperatura cambió para mí de improviso al oir esto de manera que sentí el mismo frío que en diciembre.

– ¡Novio!... ¿Y quién es? – pregunté con rabia.

– Nada importa para el caso.

– ¿Y dónde está?

– Repito lo mismo. Sin embargo, para que vea V. si soy complaciente, le diré que no está en Madrid.

– ¿Y V. le quiere?

– ¡Oh! amigo mío, eso es mucho preguntar.

– Tiene V. razón. Me paso de indiscreto y aun de importuno. Usted perdone. A los pies de usted.

Y me aparté para marcharme; no veía de pena y de coraje.

– No sea V. tan vivo ni, sobre todo, tan exigente. Aguarde V. el fin... Ya sabe V. que hasta el fin nadie es dichoso.

No sé yo, querido Leonardo, si lo que hacía aquella peligrosísima mujer era y se puede llamar coquetería. Lo negaba en cierto modo su actitud, siempre arrogante; el fulgor, más bien sombrío que provocador, de sus ojos; el sonido penetrante y duro de su voz.

Sé tan sólo que me detuve mareado, lo que se llama mareado, como si anduviese por alta mar en una lancha... Y lo peor es que navegando en plenas olas con tal embarcación lo de menos es marearse; porque hay riesgo inminente de naufragar.

Como sucedió. Verás, si no, lo ocurrido.

– Hace V. mal en burlarse de mí...—continué,— ó por lo menos en echar á broma lo que hablamos, porque me tiene de tal manera trastornado la hermosura de usted... (esto lo decía yo muy junto á ella, echando lumbre por los ojos y con el gaznate seco) que daría, ¡ya lo creo que los daría! diez años de vida por... por...

Al llegar aquí noté que iba á cometer un tremendo desaguisado, y pude contenerme.

– ¿Por qué?

– Por nada, – contesté fosco.

– Me fastidian soberanamente las personas que en sus palabras ó en sus acciones se quedan á mitad camino.

¿Aquello era desafiarme?

– Es que temo...

– Lo que ha de temer V. es impacientarme, como lo está V. consiguiendo, ó cansarme, como lo va V. á conseguir... Con que hable V. claro y pronto, – ordenó con imperio, acercándome la cabeza á la vez que clavaba sus ojos en los míos como dos arpones de hierro.

«El todo por el todo,» pensé enloquecido.

– Pues bien, los daría... por un beso.

No bien pronuncié frase tan audaz, me arrepentí... El efecto que le produjo á Teresa fué terrible; se le encendió el rostro como si fuese de cristal y tras de él ardiese de improviso una hoguera; luego se puso otra vez pálida, ¿qué digo pálida? blanca como el papel en que te escribo. Noté al propio tiempo claramente que temblaba de pies á cabeza, y tanto, que retrocedió y se dejó caer en el asiento más próximo al balcón, cual si le faltara apoyo para sostenerse.

– ¡Teresa! – exclamé asustado. – ¿Qué le pasa á usted? ¡Perdóneme V.! ¡Estoy loco, loco! Yo...

Resonaron aplausos en el salón; luego, muy cerca, voces; había terminado sin duda su misión el pianista, y los oyentes se diseminaban por las habitaciones para charlar. Ibamos á tener testigos en el despacho de D. Ramón; quizá á D. Ramón mismo

Teresa se irguió con el ímpetu de una hoja de acero toledano que después de encorvada se suelta; me dijo con voz precipitada y ronca, pero clara: «Mañana, á las dos, bajo de estos balcones;» y salió con tal rapidez por la puerta de escape, que cuando llegaron tres ó cuatro fumadores al despacho, sólo me vieron á mí con la misma cara y ademán que si me hubiera caído encima de la cabeza el colosal montante de la panoplia del señor de Fueros.

Adivinarás fácilmente que aquella noche no volvió á salir Teresa á la tertulia y que á la siguiente, ó más bien á la madrugada del tercer día, estaba yo, como buen galán español, al pie de los balcones de la casa. Porque, claro es, que las dos, hora á que me había citado la terrible hermana de Angelita, no podían ser las dos de la tarde, hora de mucho tránsito por el Prado, incluso por aquella parte, frontera ya al Jardín Botánico y la menos concurrida.



ESTUDIO, de Rafael Sanzio, copiado del original que se halla en el Museo Albertina de Viena

En cambio, después de media noche apenas cruzaba nadie por allí, y por lo tanto, á excepción del sereno, sólo una ó dos personas vi pasar en todo el tiempo que permanecí junto á los balcones.

Eran éstos muy cercanos al suelo; D. Ramón padecía de agobios y no podía subir escaleras; por esta razón habíase edificado años hacía aquella casa, dotando como sabes, de la mayor comodidad, holgura y buen aspecto el piso que, más que entresuelo, era bajo.

Las dos y siete minutos señalaba mi cronómetro de bolsillo cuando se abrió, muy despacio, según era de presumir, el último balcón de la fachada, hacia la parte de Atocha; asomó Teresa, me vió, sacó un almohadón al alféizar y sentándose en él, al ras del pavimento de la habitación, me increpó antes de que yo abriese la boca, en estos términos:

– ¿Cómo está Calipso?

– Pero Teresa...

– ¿Cómo está Calipso?

– Mejor.

– ¿Sigue aún en cama?...

– Sí.

– Y V., ¿ha pasado allí la tarde?

– ¡Yo!

O tal vez la noche, hasta ahora...

– ¡Pero Teresa!

– Si no me contesta V. clara y terminantemente á todo, sin embajes ni disimulos, no aguardaré tanto como el jueves; cerraré el balcón y le dejaré á V. solo.

Decía esto con el aire enérgico y decidido que le era peculiar; yo la miraba hablar, y de golpe comprendí lo que medio barruntaba desde la última noche en que habíamos conversado.

Teresa, sería buena ó mala; fría como una losa de sepulcro ó ardiente como una bocanada del infierno; me querría por amor ó por juego, para su dueño ó para su dominguillo, pero era indudablemente una mujer especial, exterior y casi superior á las leyes sociales en uso, y con la cual sería un sandio si empleaba el lenguaje, los recursos y las costumbres de los devaneos triviales y de los galanteos ordinarios.

Aunque la comparación te parezca rara, diré que había que tratarla como un domador á una leona: de frente y sin rodeos ni artimañas; pronto á la lucha, pronto á la muerte quizá; ora complaciéndola, ora amenazándola, sin engañarla nunca, ni pensar nunca que era una gata y no una leona: resuelto á que se me rindiera ó á que me devorase.

– Sí, vengo ahora de su cuarto, – dije.

– Hace V. bien en ser franco.

– Por lo mismo añadiré que la he querido, que la quiero todavía, pero que V., sobre todo cuando me mira y está cerca, me subyuga de un modo que ya no hay quien conserve ascendiente sobre mí.

– Sí, pero cuando se aleja usted...

– Si llevara conmigo un recuerdo que fuera para el alma como el sello candente de los antiguos forzados para el cuerpo, ya no habría, ni ausente ni presente, nada para mí en el mundo más que usted.

– Ese sello, – y sonrió de manera que casi me dió miedo, – es por el que daría V. diez años de vida, ¿no es verdad?

– Sí.

Callamos.

– ¿Y qué piensa V. hacer de Calipso?

– ¿Y V. de su novio?

– ¡Mi novio!...Contésteme V. terminantemente, como á mí me gusta, y al punto trataremos de mi asunto, se lo prometo.

– Pues bien, terminantemente, haré lo que V. quiera.

– No ir á verla.

– No iré.

– No recibirla V. en su casa...

– ¡Cómo! ¿V. piensa?...

– Estoy segura.

– No vendrá.

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 2 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 240

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NOSTALGIA, cuadro de G. Schuchinener

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

NOSTALGIA, cuadro de G. Schuchinener

Cuanto más se profundiza el estudio de las costumbres en la Edad media, mayor convencimiento se adquiere de la triste suerte que cabía á la mujer, aun cuando su buena estrella la hubiese deparado una cuna dorada en la más suntuosa cámara de un viejo castillo. La dureza de la vida podía tener sus encantos para aquellos hombres de hierro que, á falta de mejor distracción, se batían encarnizadamente en campo abierto ó cerrado, uno contra uno, ó ciento contra ciento... Pero la mujer, la mujer nacida para amar y ser amada, la mujer cuya delicadeza física es comparable solamente con la delicadeza de sus sentimientos de esposa y madre, ¿qué papel representaba en el interior de un cuartel llamado castillo, unida á un varón ó barón que, cuando no tenía fortalezas que asaltar, asaltaba caminantes, y madre de un hijo á quien se educaba para que en todo se pareciese á su padre?...

La consecuencia natural de esas costumbres había de ser forzosamente la nostalgia de la mujer y del niño; de suerte, que el autor del cuadro que publicamos ha sintetizado una época, y, bajo la poética forma de una dama y de un infanzuelo, ha hecho la más severa crítica del feudalismo. La sociedad en que padecen de aburrimiento, en que mueren de nostalgia las madres y los hijos de más elevada alcurnia, es una sociedad fuera de su centro, condenada á morir, como el ser sometido á la influencia de la máquina pneumática.

Las figuras de nuestro cuadro revelan perfectamente el estado de su ánimo: en esa mujer, joven, hermosa, opulenta; en ese niño, bello y candoroso; hay un abandono, una indiferencia, un malestar del alma, genuinamente expresados por un artista digno de este nombre.

LAS VECINAS, cuadro de Enrique Woods

Este cuadrito, aunque sencillo, ha contribuído mucho á dar á conocer á M. Woods como artista aventajado, creándole cierto renombre entre los aficionados ingleses. Es un estudio de claro-oscuro hecho con inteligencia y soltura, cuyas dos únicas figuras se distinguen por su naturalidad y expresión, que hace innecesaria la descripción del asunto.

¿Qué podrán hacer dos vecinas desocupadas, departiendo mano á mano, sino murmurar del prójimo que habita en el mismo edificio que ellas?

¿Qué ocupación más agradable para cierta clase de gentes que la de sacar á colación faltas ajenas, la mayor parte de las veces sin fundamento ó basadas en simples apariencias?

Que las vecinas de nuestro cuadro se dedican á tan compasiva tarea, es indiscutible: basta observar el interés con que se entregan á su sabrosa plática para comprenderlo así, y para conocer también que tienen descuidadas sus respectivas obligaciones y aun el aseo de su persona por ocuparse seguramente de lo que no les importa.

El cuadro de Woods es un cuadro de género en la verdadera acepción de la palabra.

LA APLICACIÓN, apunte de Werner

Asunto simpático, dibujo correcto, expresión bien definida; tales son las condiciones de este apunte, obra de un artista alemán de envidiable reputación.

CURIOSOS, cuadro de Luis Passini

Passini, á pesar de su apellido italiano, es alemán, mejor dicho austriaco, pues nació en Viena durante el otoño de 1832. Los artistas alemanes tienen una singular afición á los cuadros de género; su tendencia más generalizada es producir un buen número de figuras que representen un sentimiento dado, un impulso común, como lo es la curiosidad en el cuadro que publicamos.

Raras veces, empero, en este orden de composiciones, se consigue un éxito tan completo como el obtenido por Passini con esa escena veneciana, en la cual no hay uno solo de los muchos personajes que la componen, que no se halle en carácter y contribuya al efecto que el artista se ha propuesto. Por debajo de uno de los setecientos puentes de la capital del Adriático, acaba de cruzar una góndola. El autor no ha querido mostrarnos lo que ocurre á bordo que así llama la atención de los transeuntes; lo más probable es que la embarcación conduzca á una de esas familias inglesas que tienen el don de atraerse las miradas de todos los babiecas y de muchos otros que no deberían serlo. La causa de la curiosidad general queda ignorada; pero esa curiosidad reviste tantas y tan expresivas formas, anima de tal suerte el cuadro y ha dado lugar á una colección de figuras tan bien acabadas todas ellas y con tal acierto agrupadas, que de este cuadro de género puede decirse que es un modelo en su género.

LA EMIGRACIÓN, cuadro de Matías Schmid

Raras, muy raras veces acierta el mejor artista en el conjunto y detalles de una obra, cuando ésta se compone de gran número de personajes dominados por una idea común. Un cuadro, cuando representa algo más que un asunto trivial, es la escena culminante de un drama que, sin salirse de los límites de la naturaleza, ha de hacerse más y más interesante merced á los recursos del arte. Este los tiene poderosos; pero los tesoros del genio son como los tesoros materiales; no están distribuídos por un igual. ¡Dichoso el artista cuyas manifestaciones pueden ser realmente espléndidas!

Esta condición tiene el cuadro de Schmid. La terrible ley de la guerra, los egoístas recelos de la política, la miseria tal vez, alejan á todo un pueblo de sus hogares. Allí, en el fondo, está la aldea abandonada, pequeña, pobre, triste; pero al fin y al cabo, es la patria de los emigrantes, es el lugar en que fueron bautizados, es el lugar donde trascurrió su apacible existencia, es el lugar donde tenían preparada su sepultura. ¡Cómo despedirse tranquilamente de tales sitios, si ellos son arca santa de los recuerdos de la edad inocente y sepulcro de los huesos de sus padres!...

Este sentimiento, esta pena, la ha interpretado Schmid de una manera admirable. En la distinta edad y condición de los personajes se comprende que los emigrantes no son tales ó cuales familias, sino un pueblo entero: este pueblo se halla dominado por un dolor común; pero, ¡cuán diversas formas toma ese dolor según los personajes que lo sienten! ¡Qué grupos tan bien formados, qué actitudes tan bien sentidas, qué lágrimas tan bien lloradas! Desde el veterano impotente para reconquistar la patria, hasta la rapazuela que se aflige de la aflicción de los demás, la pena domina en todos los emigrantes y trasciende al espectador sin esfuerzo aparente alguno, sin recursos de relumbrón, por la simple fuerza del talento de un artista.

Schmid, insiguiendo en lo que decíamos al principio, es de los pintores que pueden dilapidar impunemente los recursos del arte.

ALGO SOBRE ANTROPOFAGÍA

Un lobo á otro no se muerden, dice el proverbio, y aunque no falte quien sostenga que los refranes son axiomas á que ha dado forma la literatura popular y que en calidad de tales no pueden ser desmentidos, fuerza es convenir en que el que encabeza estas líneas está completamente desautorizado por el insaciable apetito de las razas que con orgullo llamamos civilizadas.

Mordiendo con los acerados dientes de la crítica á esos desventurados habitantes de algunos pueblos de América y de Africa que se dan suculentos festines con las más ó menos frescas carnes de sus congéneres, no hacemos más que lo que haría el lobo hincando el colmillo en el lomo de otro lobo.

¡La antropofagía! Palabra que nos llena de horror y que, sin embargo, está más frecuentemente puesta en acción entre nosotros que entre las tribus bárbaras. ¿Quién no ha sentido oprimido el corazón y revuelto el estómago al oirla pronunciar? Y al mismo tiempo, ¿quién no ha sentido los mordiscos del prójimo? El casero, el prestamista, el editor, la suegra... hé aquí diversas familias de antropófagos ante quienes nos quitamos el sombrero y á los que guardamos toda especie de consideraciones sociales.

¿Hay alguna diferencia entre esos seres y los que se adornan con un manojo de plumas colgado de las ternillas de la nariz? Una terrible. Mientras los antropófagos salvajes acaban de una vez con sus víctimas para prepararse apetitosos rosbeefs, los civilizados se van comiendo las suyas de vivo en vivo.

Antropófagos por antropófagos, estoy por los primeros. Conste, pues, que al referir á mis lectores algunos de los episodios de la vida de esos masticadores de carne humana, los saludo con la misma delicadeza que guardo hacia los que encuentro todos los días en mi casa y en la calle.

***

Un amigo mío que ha vivido veinte años entre los indios, me ha referido la anécdota siguiente:

En una excursión que hizo al oeste de los Estados Unidos acompañado de otros cinco ó seis viajeros, se encontró una tarde rodeado de una banda de hambrientos Chickasaws. Los belicosos indios lanzaron al aire su grito de guerra y como por encanto los europeos cayeron destrozados por las mazas de los guerreros. Mi amigo, sin embargo, se encontró salvado milagrosamente; una negra, que debía gozar de grandes preeminencias entre los Chickasaws, le tomó bajo su protección, y esto bastó para que nadie se atreviera á tocarle al pelo de la ropa. Aquella excelente criatura se llamaba Ouaití.

Al cabo de algún tiempo el afortunado viajero abandonó la tribu para pasar en calidad de lugarteniente á la de los Muscolgulgos, y dos años después tuvo ocasión de hacer una visita á los Chickasaws.

El jefe de la tribu, cumpliendo con una ley de cortesía, invitó á comer al lugarteniente de sus aliados, y como lo salvaje no parece que quita á lo cortés, fuerza es convenir en que le trató con la mayor cordialidad y le prodigó las más delicadas atenciones.

Animado por la conversación y por lo apetitoso de los manjares, se atrevió al fin á dirigir algunas preguntas á su huésped:

—¿Y aquella simpática Ouaití, qué ha sido de ella?

—¿Ouaití?—preguntó el jefe de los Chickasaws.

—Sí.

—En este momento os la estáis comiendo,—respondió el indio con la más apacible de las sonrisas.

—¿Cómo?... ¿Este trozo que tengo entre mis dedos?...

—Es de ella,—respondió el indio, acompañando sus palabras de una franca carcajada.

Mi amigo debió sentir un instintivo movimiento de repulsión, pero comprendiendo que una indiscreción podía exponerle á servir él mismo de manjar en la mesa de su hospitalario huésped, se contentó con decir estas breves palabras:

—¡Era una excelente mujer!

A lo cual el indio, mordiendo un trozo de los más magros, se limitó á contestar:

—Jamás me ha parecido tan buena como ahora.

***

Un escocés que se dirigía al país de los mormones tuvo la desgracia de caer en medio de una tribu india. Tanto sus compañeros como él comprendieron que lo mejor era captarse las simpatías de aquellos caballeros, de cuyas intenciones no estaban muy seguros, y al efecto partieron con ellos los abundantes víveres que llevaban.

Tal impresión produjo en la tribu la esplendidez de los visitantes, que, cautivados los salvajes por el agradable trato de los extranjeros, trataron de corresponder á sus agasajos.

Aquel momento le pareció al escocés el más favorable para hacer propaganda en pro de los europeos, contra los que los indios sienten una invencible aversión.

—¿Es cierto que no amáis á los que vivimos al otro lado de los mares?—preguntó á un indio que chapurreaba el inglés.

El salvaje hizo un movimiento negativo.

—¿Y por qué?—insistió el natural de Escocia.—Los europeos no tenemos interés en haceros daño. Además, nuestra civilización está mucho más adelantada que la vuestra: en Europa se cultivan las ciencias, las artes, la industria y el comercio y estos ramos son los que dan el bienestar á los pueblos.

—Es posible,—respondió el indio.

—Entonces, ¿por qué no pensáis en estrechar las relaciones con nosotros?

El salvaje pareció reflexionar un instante; pero después, sacudiendo la cabeza como el que trata de desechar un pensamiento importuno, respondió bruscamente:

—No, no, jamás podremos entendernos con semejantes hombres.

—¿Y por qué, amigo mío?—preguntó cariñosamente el escocés, que trataba de encontrar la causa moral de semejante antipatía.

—Porque,—contestó el indio,—la carne de los europeos es salada y á nosotros no nos gusta la sal.

***

Una familia alemana, compuesta del padre, la madre y dos niños de los cuales el uno tenía diez años y el otro doce, se fué á establecer en Kansas.

En una excursión que hizo el emigrado á los alrededores de su morada, encontró bañado en su propia sangre á un infeliz Piel-roja que mostraba en la cabeza las huellas de un terrible golpe de maza.

A pesar de aquella herida, había logrado escapar de los enemigos de su tribu; pero una vez terminado el combate se encontró solo, abandonado y á punto de espirar á causa del hambre, de la sed, y sobre todo de la pérdida de sangre.

El alemán tuvo piedad de él y le recogió en su casa, en la que acabó por mirársele como un individuo de la familia.

Un día, durante la comida, el alemán preguntó al salvaje:

—¿Te encuentras bien entre nosotros?

—Perfectamente,—respondió.

—¿Y puedes decir que nos amas?

—¡Oh! mucho, muchísimo.

—Pero, ¿hacia cuál sientes más predilección, hacia mí, hacia mi mujer ó hacia mis hijos?

—Hacia uno de vuestros hijos.

—¿Cuál?

—El menor.

—¿Y por qué?

—Porque está más gordo y su carne debe tener un sabor más delicado.

Al día siguiente el emigrado se apresuró á despedir al gastrónomo, que sin duda alguna corrió á reunirse á sus compañeros de tribu.

***

Hace poco más de medio siglo, un francés, ganoso de hacer fortuna, se trasladó á Panamá con el propósito de cambiar una considerable cantidad de diversos géneros que había reunido, por las perlas que abundan tanto en aquellas comarcas.

Panamá era entonces un país mortal para los europeos. Los que escapaban á los estragos de la fiebre amarilla tenían casi la seguridad de perecer á manos de los salvajes que poblaban aquellos lugares, trasformados hoy gracias á la civilización difundida por los Estados de la Unión.

Esta era la causa por la que pocos europeos se aventurasen á emprender semejante viaje; pero, como la fortuna es tentadora, no faltaba de vez en cuando alguno que se jugara la vida en una partida que, al propio tiempo que una muerte casi segura, ofrecía también grandes probabilidades de enriquecer á los jugadores de corazón bien templado.

Nuestro aventurero partió para el temible y deseado país donde le esperaban los salvajes y las perlas, la fiebre amarilla y la fortuna.

El principio de su viaje no había podido ser más ven-



LAS VECINAS, cuadro de Enrique Woods

turoso. Un día más de camino y podría llenar sus bolsillos de aquellas preciosas conchas que tanto abundan en Panamá.

Mas ¡ay! en el momento en que soñaba en sus riquezas futuras, una banda de salvajes, de los más temibles del contorno, le rodeó, se apoderó de su persona, y después de un maduro examen se resolvió á amarrarle á un árbol.

Después sólo se trató de decidir de su suerte.

Entre los salvajes se encontraba un negro cimarrón que había sido esclavo en Santo Domingo y que chapurreaba un poco el francés.

—Preparaos á morir, porque hemos decidido comeros,—dijo.

—¿Está completamente resuelto?

—Sin apelación.

—Me extraña el capricho.

—Pues es lo más natural del mundo; somos aficionados á los buenos manjares y no es cosa de dejar perder la ocasión de darse un buen banquete.

—¿Y sabéis cómo me vais á comer?

—Vos estáis gordo é indudablemente se os asará á la parrilla.

—Y á los delgados, ¿cómo se les come?

—Cocidos.

—La verdad es que ni lo uno ni lo otro es muy alegre.

—Para vos no; pero para nosotros no puede ser más divertido.

—¿Es decir, que también vos me comeréis?

—Mi parte no se la cedo á nadie.

El francés guardó algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales, dando un salto, como si se hubiera sentido acometido de una súbita inspiración, exclamó dirigiéndose al negro:

—¿Y qué haríais si yo os indicara un medio de comerme de una manera más sabrosa?

—Os quedaríamos eternamente reconocidos,—contestó el negro con la mayor naturalidad.

—Vosotros, hombres primitivos, ignoráis ese arte delicioso, el primero de todos y al que nosotros llamamos culinario. Sabed que hay más de cincuenta maneras de preparar una misma sustancia alimenticia, y puesto que mi suerte está decidida, sería criminal en mí no presentarme á vuestro paladar de la manera más recomendable posible.

—Ese amor propio os honra y os asegura nuestra gratitud. Pero, ¿cómo haréis para condimentaros vos mismo?

—¡Ah diablo!—dijo el francés,—no había pensado en esa dificultad... Pero, hay un medio,—añadió dándose una palmada en la frente.

—¿De veras?—preguntó el negro profundamente admirado.

—De veras. Voy á preparar ante vosotros un animal cualquiera, á vuestra elección; vosotros me veréis condimentarlo, y si encontráis mi guiso aceptable, emplearéis conmigo el mismo procedimiento.

—La idea es excelente,—dijo el negro.—Voy al instante á trasmitir vuestra proposición á nuestro jefe.

Sol de la noche, que este era el nombre del jefe de la horda, aceptó el trato y puso un mono á disposición del francés. Este, que manejaba la cocina regularmente, en calidad de aficionado, le preparó con una salsa tártara capaz de satisfacer el paladar más exigente.

Jamás manjar alguno pareció tan delicado á *Sol de la noche*, el cual, después de chuparse los dedos, como se dice vulgarmente, dijo al improvisado cocinero:

—Estimable amigo, tus votos se verán cumplidos. Serás guisado, según tus deseos, en esta deliciosa salsa, y para probarte que no soy insensible á tu galantería, te prometo cortar con mi propia mano la cabeza del que se encargue de prepararte, si su salsa no resulta tan sabrosa como ésta.

Y volviéndose á los suyos añadió:

—¿Quién de vosotros quiere tener el honor de guisar á nuestro prisionero?

Los salvajes se miraron prudentemente unos á otros, sin atreverse á aventurarse en una empresa que podía tener fatales consecuencias.

—Veo,—se apresuró á decir el prisionero,—que estos caballeros necesitan otra lección. Si Vuestra Gracia lo permite, voy á preparar otro mono delante de ellos.

Sol de la noche aceptó; pero en lugar de la salsa tártara el francés hizo esta vez una salsa picante que pareció todavía mejor que la primera.

—No es esto todo, dijo el prisionero al jefe de la tribu,—aun sé condimentar de infinitas maneras las viandas. Si queréis, ensayaremos mis talentos culinarios hasta el fin.

—Ya lo creo que quiero,—respondió *Sol de la noche*,—tú serás nuestro cocinero hasta que encuentres uno de los nuestros lo bastante instruído en tu arte para reemplazarte y para que te condimente con el esmero á que tus méritos te hacen acreedor.

Desde aquel momento no hay para qué decir que el francés puso en juego todo su ingenio para encontrar cada día una nueva salsa y prolongar así su existencia.

Por fin, después de cierto puding á las remolachas y de una mayonesa á la Marengo, el jefe indio dió un salto de entusiasmo y convocó inmediatamente á los dignatarios del reino en asamblea extraordinaria.

El prisionero compareció ante los grandes, y S. M., con voz entera y no desprovisto por completo de formas oratorias, exclamó:

—Hombre singular, tú eres de los que hacen comer y no deben ser comidos. En atención á estas razones te hago gracia de la vida, con la sola condición de que continúes encargado de la cocina y procures formar discípulos. Además de esto te nombro desde ahora sucesor de mi trono. Hasta aquí nuestro pueblo valeroso, pero mal alimentado, no ha sido gobernado más que por héroes; justo es que desde hoy comprenda que no hay gran pueblo mal comido.

Todos sus súbditos aplaudieron tan acertado acuerdo. *Sol de la noche* era un rey filósofo.

Desgraciadamente murió con el disgusto de no dejar su corona en las sienes de un digno heredero, porque el francés, desdeñando el cetro, aprovechó la primera coyuntura para volverse á su patria.

* * *

La moraleja de las precedentes anécdotas no puede ser más que una. Los antropófagos civilizados son mucho más temibles que los salvajes. De los últimos es fácil que le libren á uno el ingenio y la audacia. De los que nos chupan la última gota de sangre vestidos de levita, ¿quién puede librarse?

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Continuación)

—¿Será V. firme?

—Sí.

—Es que una mujer joven y guapa que llama con los brazos abiertos, tiene mucha, pero mucha fuerza, para con Vds., que no pueden pasar, ¿verdad que acierto? que no pueden pasar sin caricias de mujer... ó hembra...

Se expresaba, entre amenazadora y despreciativa.

—Sin caricias de hembra puedo y podré siempre pasar; sin las de una mujer adorada, dueña de mi alma y de mi vida, no.

Parecía que un apuntador diabólico me iba dictando las palabras.

—Corriente; voy á hablarle á V. de mi novio... y antes de mí... y por fin de V. mismo.

—Sí, sí; hablemos.

—Pues, en primer lugar, conviene que V. sepa que si empleo con V. esta franqueza, que V. para sus adentros calificará de desvergüenza ó poco menos...

—¡Teresa!

—Si me explico así, á la segunda vez de hablarnos,—decía,—es porque hace ya tiempo que le conocía á V... sin conocerle.

—¿Cómo?

—Verá usted. Personas que frecuentan mi casa,—su amigo de V., Leonardo entre ellas,—habían ponderado mucho á mi padre las cualidades de V., lo cual me había despertado alguna curiosidad de conocerle; mi hermana y algunas amigas habían hablado delante de mí de los famosos amores de V. con Calipso, lo cual había aumentado la curiosidad. Cuando le conocí á V. de veras, esto es, personalmente, tuve una de las ideas, de las perversas ideas, lo confieso, que suelen asaltarme, la de indisponer á V. con Calipso. Después sentí cierto deseo de estudiarle á V., para lo cual apelé á cierta coquetería y le otorgué larga conversación. Ahora me interesa V. de un modo, y por causas que V. mismo no puede adivinar todavía, que preveo que mi cariño no ha de acabar nunca.

—¡Cómo Teresa! ¿Usted de verdad me quiere?

—¿Por qué no? Oígame V. atento, porque importa. He recibido una educación que dió resultado completamente distinto del que mi buen padre se proponía. Encierro, devociones, lecturas místicas, recato estrechísimo,



LA APLICACIÓN, apunte de Werner



CURIOSOS, cuadro de Luis Passini



LA EMIGRACIÓN, cuadro de Matías Schmid

cuanto se me impuso hasta los veinte años, sólo sirvió para enardecer mi sangre que me bulle siempre en las venas como fuego...

Pronunció esta confesión de un modo y la acompañó de una mirada tal, que yo á mi vez sentí como una llamarada que me envolviese de pies á cabeza

– Leía devocionarios, – prosiguió Teresa, – por ejemplo, el mes de María, y sólo reparaba en las ternezas y cariños que en dulces coplas dirige á la Virgen el autor. Cogía las obras de Santa Teresa y olvidando sus oraciones y sus cánticos místicos, se hincaban como clavos en mi memoria versos como aquellos que dicen:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí,
Y yo soy para mi amado.

Se me vino á las manos la Sagrada Escritura un día, y hojeándola, me encontré con el «Cantar de los Cantares.» ¡Qué revolución produjeron en mí las voces ardientes y apasionadas de la Sulamita! ¿Piensa V. que me sirvieron de algo las notas? de nada. Devoraba yo una y cien veces los versículos en que ella llama á su amado con una pasión y un entusiasmo que á mí me abrasaban hasta la mano con que sostenía el libro... Y así con todo cuanto leía ú oía ó aprendía... Hay que reconocerlo y confesarlo: mi padre me educaba con gran cuidado para el cielo y á mí me atraía cada vez más el infierno...; si infierno es, como debe de serlo, el amor...

Calló un momento Teresa que había dicho las últimas frases con voz queda, pero con expresión vehemente y á la vez sombría. Yo la contemplaba silencioso y trastornado.

– Llegué así á los veinte años. Entonces, desde el caserón que habitábamos en un pueblo de Navarra, donde no veía más que á curas, labriegos y antiguos jefes del ejército carlista, nos trasladamos á Madrid. Mi madre se había mostrado siempre completamente rehacia á este proyecto; profesaba verdadero horror á la corte; decía que era la Babilonia prostituída de los libros sagrados; en fin, que no había que pensar en hablarle del asunto Pero mi madre murió, y mi padre, que no era en este punto tan exagerado y que comprendía que el centro de dos muchachas de buena familia no es un lugarón navarro, ni había allí de casarnos según convenía, nos trajo á la corte, – aquí, donde residimos hace unos seis años. – Tengo veinticinco cumplidos, sépalo V., – añadió alzando la cabeza con orgullo, segura de ostentar la plenitud de su belleza y de su vida... – En Madrid conocí hace un año á mi novio.

¡Ah! – interrumpí.

– Sí; ahora vamos á la segunda parte. Mi novio puede citarse como modelo de caballeros; es de buena presencia; tiene talento é instrucción; pertenece á una noble familia, posee abundante caudal... No había el menor pretexto para no quererle y en efecto, le quise.

– ¡Maldito sea! - murmuré entre dientes.

– Tanto más, – continuó Teresa como si no me oyese, – cuanto que él, desde la primera vez que habló conmigo, – y fué por cierto en un baile, – se enamoró de mí con la formalidad y el candor (son las palabras propias) con que se enamoran las personas como él... Pero mi novio es liberal rabioso mientras que mi padre, como sabe V., es furioso absolutista; es también sabido que D. Ramón de Fueros, cumplido y cortés cual ninguno en sociedad con todo el mundo, está firmemente resuelto— y es muy lógico,—á no casar una hija suya con persona que profese las ideas que él más aborrece. Quiere, pues, decir que mantuvimos ocultas nuestras relaciones, prestándose él— con una obediencia y una exactitud militares,—á no verme más que tales y tales días y á estas ó las otras horas... Es hombre, ya lo he dicho, muy formal; nunca se le ocurrió cometer una imprudencia... Tenía amistad con mi familia y visitaba mi casa alguna vez; los jueves, por supuesto, no. Yo, por mi parte, mientras me era posible, no salía á la reunión.

Una tarde vino á casa con pretexto... no, con el motivo verdadero de ver á mi padre y tratar no sé qué asunto con él. Hizo la casualidad, ó el diablo, que Angelita estuviera en cama un poquillo indispuesta, y mi padre en la calle, como á aquella hora siempre solía estar, pero el criado que le vió salir no fué el mismo que abrió á mi novio é hizo pasar á éste al despacho.

Allí en vez del padre se encontró con la hija, conmigo, que estaba de bata, medio despeinada y no muy ceñida, como en mi casa y sola... Al verme, así..., de improviso, aquel bravo caballero, tan enérgico en sus cosas, de tanto valor y talento, se quedó cortado y confuso; balbuceó palabras de excusa é iba á retirarse... Tuve que detenerle y que decirle que supuesto que la suerte nos procuraba aquel rato, no lo debíamos desdeñar. Siempre confuso, se sentó junto á mí, y rehaciéndose, empezó á hablarme con una pasión, con una vehemencia que realmente me conmovieron... más aún que los versos de Santa Teresa y los versículos de la Sulamita...

Había venido él entrada la tarde y engolfados en la conversación empezó á faltar la luz cuando mayor era el fervor de mi galán y más fervorosa estaba yo escuchándole. «Nos quedamos á oscuras, – murmuré sin moverme. – ¿Y qué importa? - replicó él, – estás con un caballero... y tan segura como en plena luz y en plena calle.» Tanta hidalguía me abrumó; le dí las gracias, y me iba á incorporar para despedirle... porque era ya inconveniente seguir así, cuando oí al lado, en el gabinete, la voz de mi padre que me llamaba.

De un salto acudí al llamamiento.

– Haz salir á ese hombre, sin que lo note nadie, – me dijo con voz acre y dura, – y ven á mi cuarto.

Obedecí sin replicar; mi novio quería presentarse á mi padre, defender mi honor, sostener que no había osado en lo más mínimo, que... Yo le dije que no se apurara de tal modo, que saliera aprisa y que ya le avisaría de lo que ocurriese.

Apenas lo puse disimuladamente en la escalera, acudí al cuarto de mi padre. Mediaron pocas palabras, y todas frías, entre los dos:

– ¿Te quiere ese hombre?

– Sí.

– ¿Se casaría contigo?

– Sí.

– Pues casaos.

– ¿Lo exige usted?

– ¿Es que no quieres casarte con él?

– No.

– En buen hora; mas no pienses ni hoy ni nunca casarte con otro. O él, ó nadie. ¿Entendido?

Sí.

Nada más dijimos ni era menester, porque los dos nos conocíamos perfectamente.

Mi novio no supo nunca esta conversación ni tampoco, – porque yo le hice creer lo contrario, – que mi padre me había sorprendido á solas y á oscuras con él, y que me tenía por deshonrada... Por otra parte, mi mismo padre le saludó cual de costumbre cuando le vió; le invitó á comer algunas veces y permitió que continuara visitándonos. Yo seguía hablando con él por el balcón, – por este mismo,—como antes, aunque con poca frecuencia... porque ya no me probaba el relente...

Poco tiempo después tuvo el novio que emprender un viaje; yo me mantuve un poco retraída y un mucho fastidiada: una noche salí á la tertulia por orden de mi padre y por conocer al... amigo de Calipso; V. me habló dos veces, enfermó Calipso, V. ha venido aquí y yo aquí estoy ..

Calló Teresa y quedóse mirándome con la brava fijeza que le era propia. Estaba hermosísima; llevaba una bata de color muy claro, si no blanco, y sobre los hombros, á guisa de abrigo, un chal de crespón rojo con flores negras, que acentuaba más su belleza enérgica y propiamente amenazadora.

Había escuchado yo anhelante su narración y sin que me asaltara la menor sospecha acerca de su verdad; había en sus conceptos una audaz franqueza y en su acento una energía que no permitían dudar.

– ¿Me consiente V. algunas preguntas? – dije yo apoyando mi frente en los hierros del balcón, al nivel de la suya, pues Teresa seguía reclinada, como indiqué, sobre un cojín y tan cerca de mí, que aspiraba yo perfectamente, no tan sólo el penetrante olor de heliotropo con que estaba perfumada su ropa, sino el perfume natural de su aliento.

– Pregunte V., – repuso.

– ¿El novio ha vuelto?

– No.

– ¿Volverá?

– Tal vez.

– ¿Y si vuelve?

¿Y si Calipso insiste?

– Será en vano.

– Pues digo lo mismo.

– ¿De modo que ya no le quiere usted?

– Ya no.

– ¿Y á mí?

—Empiezo...

(Continuará)

CARTA DE AMÉRICA

Chicago.—Los *stock yards* y los mataderos.—Los depósitos de maderas y los parques

Al visitar la ciudad de Nueva York, creeríase que en ninguna otra parte se puede ver mayor movimiento en las calles, ni tanta actividad como la que cada cual despliega para despachar sus negocios; pero Chicago presenta un golpe de vista más extraordinario aún. En las vías principales, y particularmente en State Street (calle del Estado), el número de vehículos es prodigioso; los tranvías, unidos y siempre llenos de gente, se siguen unos á otros, formando una compacta fila, y al verlos diríase que van enlazados con una cadena sin fin; los transeuntes circulan en medio de todo esto y completan el interesante espectáculo de la ciudad, que parece no existir más que para el trabajo. Si el viajero se dirige hacia el pequeño río de Chicago, en cuyas orillas están los depósitos de trigo, el golpe de vista es aún más curioso: los barcos de vapor mezclan sus columnas de humo con las de gigantescas fábricas; innumerables barcas cruzan la corriente á cada momento; y es tan considerable la multitud que circula por los puentes, que basta mirarla para sentirse sobrecogido de una especie de vértigo.

Después de recorrer las calles, lo más curioso que hay en la ciudad son los *stock yards*, ó mercado de reses para el consumo público, y los mataderos adjuntos.

Algunas cifras bastarán para dar idea de ese inmenso mercado de animales. En los diversos parques que de él dependen hay bastante espacio para 25,000 vacas, 100,000 cerdos y 22,000 carneros, sin contar las cuadras, que tienen cabida para 500 caballos. En la construcción de las cercas de estos parques se han empleado más de 9,000 metros de tablas y tablones, y el conjunto de aquellos ocupa una milla cuadrada de superficie, es decir, unos 2.592,100 metros cuadrados. Cada parque está separado por avenidas destinadas á la circulación del público y de los dueños del ganado. En todas partes se han puesto numerosos planos inclinados para que los animales puedan bajar fácilmente de los furgones de trasporte y entrar en los parques, ó en los mataderos, según convenga. Los trenes del camino de hierro llegan cargados de provisiones de Texas, de Pensilvania, del Ohío, etc., y el espectáculo que presenta aquella multitud de 150,000 animales, ó poco menos, que mugen y aullan en todos los tonos, juntamente con el incesante movimiento del público, el cual llena las numerosas calles formadas por las cercas de los parques, constituye un cuadro que sólo podría verse en una ciudad de los Estados Unidos. Los gastos hechos para las construcciones del gran mercado pasan ya de 15.000,000 de pesetas, y todos los días se ensanchan más. Trescientos guardianes vigilan ese establecimiento, verdaderamente prodigioso.

De los numerosos mataderos que aquí hay, el establecimiento Armour y C.ª es el más considerable.

El edificio, construído con madera, es inmenso, y según parece, sus dueños le ensanchan á medida que lo exigen las necesidades, pero sin concretarse á ningún plano determinado, pues todo se hace apresuradamente, sólo para obviar las dificultades del momento. Esto es un verdadero laberinto de cobertizos y salas enormes que se comunican de diversos modos por galerías, escaleras, ascensores y puentecillos suspendidos, por donde pasan los operarios y circulan también los coches del tren. Cualquiera que no conozca la localidad se perderá seguramente en estos edificios inmensos si no le acompaña una persona para indicarle el camino. El director, M. Cudahy, ha tenido á bien concederme el permiso necesario para verlo todo, disponiendo que un joven empleado me sirva de guía. No se podía esperar mayor amabilidad.

Cuando se entra en los mataderos, lo primero que se visita es la sala donde se inmolan los cerdos: éstos llegan uno á uno á los compartimientos (fig. 1), obligándoseles á pasar, desde su salida de los parques, por una especie de senderos formados con tablas. Un hombre los coge por las patas posteriores é introduce en una de ellas un gancho provisto de una larga cadena; otro individuo, situado en la galería superior, tira de aquélla, elevando el animal, y éste, suspendido así por un pie, grita espantosamente. Sus compañeros responden con verdaderos aullidos; mas no por eso adelanta menos el trabajo. La cadena, de cuya extremidad está pendiente la víctima, se arrolla con una especie de manubrio á lo largo de un rail horizontal, y el cerdo se desliza así hasta las manos de su ejecutor, que, casi desnudo y cubierto de sangre, le hunde un ancho cuchillo en la garganta. La sangre corre á borbotones, el animal no grita ya, pero aún se pueden observar las últimas convulsiones de su agonía. Sin más que un ligero movimiento, el verdugo empuja el cerdo de modo que se deslice á lo largo del rail, apoderáse de otro, repite la operación, y así sucesivamente; de manera que puede matar siete en un minuto, poco más ó ménos, y quinientos en una hora. No es posible ver esta matanza sin experimentar cierto horror: los gritos de los animales y los torrentes de sangre producen una sensación de disgusto y un malestar indefinibles; pero cuando al día siguiente volví á la misma sala para dibujar á mi gusto, quedé sorprendido al reconocer que mi impresión se había debilitado bastante. El verdugo ha venido á conversar un rato conmigo, y no me ha causado poco asombro observar que aquel hombre, cubierto aún con la sangre de sus víctimas, y vestido muy á la ligera, tenía una fisonomía distinguida, de afable expresión. Dirigióme discretamente algunas preguntas, y cuando supo que mis croquis estaban destinados á un periódico científico francés, hablóme como hubiera podido hacerlo una persona instruída é inteligente. Sus ayudantes, que se le asemejaban en este sentido, me rodearon y pidiéronme detalles sobre los mataderos de París, y hasta sobre la gran ciudad. Estos trabajadores americanos no son seguramente como los franceses; su educación es superior, y me hicieron olvidar que me hallaba en medio de la sangre y de numerosas víctimas.

Los cerdos inmolados y pendientes, como acabo de indicar, desaparecen después bajo un compartimiento de madera para entrar en una piscina de agua hirviente (figura 2), donde unos hombres, armados de largas picas, los someten á un primer lavado. Una especie de cogedero, semejante á una enorme parrilla encorvada, de la misma anchura de la piscina, recoge después cada animal, y dando media vuelta depósitale en una mesa de mármol. Hecho esto se engancha el cerdo otra vez en una cadena, que le hace pasar á la máquina de raspar la piel (fig. 3): unas ruedas dispuestas en todos sentidos pelan y raspan el cuero del animal, despojándole de todas sus cerdas; y de aquí sale completamente desnudo, siendo conducido por la cadena á otras mesas de mármol, donde los operarios le lavan por segunda vez bajo unas regaderas que vierten el agua en abundancia.

Después de sufrir estas diversas operaciones, y colgados de nuevo por un pie, para deslizarlos otra vez por un rail, los cerdos son conducidos á una sala, donde se les corta la cabeza, despojándoseles de las entrañas, tripas, etc. Estas últimas partes del cuerpo del animal se llevan al departamento reservado para la tocinería; después se procede á un tercer lavado, y algunos hombres trasla-



Fig. 1.—Matadero de cerdos en Chicago

dan al fin las víctimas, vacías y decapitadas, á una sala enorme, donde se cuelgan del techo: en este vasto depósito hay lugar suficiente para 10,000 cerdos.

Por último, colocados en los *refrigeradores*, donde permanecen dos ó tres días sin corromperse, bajo la acción de una temperatura constante de 38° Fahrenheit, los cerdos pasan al departamento donde se deben descuartizar por los carniceros. El trabajo de estos hombres no deja de ser curioso, y en la sala donde se hallan reina siempre una actividad prodigiosa: cortan todas las partes del cuerpo del animal con una destreza y prontitud sin igual, y otros obreros las llevan á las diferentes partes del establecimiento donde se han de preparar para la venta. Los jamones pasan á los inmensos hornos en que se someten á la operación de ahumarlos; otras carnes van á los sótanos, destinados á la salazón; y las demás, en fin, se cuecen y colocan en cajas de hoja de lata. Mi guía me conduce después á los diferentes talleres, y entonces veo la sala de la tocinería, donde varias máquinas movidas por vapor recortan la carne para elaborar las salchichas, de las cuales se hacen 52,000 libras diarias. En otra dependencia está la sala donde se embala la manteca: treinta jóvenes cosen sacos, y apenas tienen tiempo de verme pasar, porque su trabajo es de los más activos. Más lejos están los talleres de tonelería, para exportar la carne en salazón; y por último, se llega á las cocinas, admirables por su limpieza y aseo. Las ollas están llenas de carnes de vaca, de carnero y de cerdo, que se ponen después en latas para conservas: unas maquinitas giratorias, muy ingeniosas, las cierran y practican las herméticas cerraduras, que permiten guardar el contenido en buen estado indefinidamente después de la expulsión del aire. En las salas donde se pintan y barnizan las latas, las mujeres ocupadas en esto han de trabajar activamente: en sólo un día pueden despachar de 35,000 á 40,000.

Las vacas no se matan como los cerdos y los carneros: desde el parque provisional donde se hallan se las hace pasar una á una por un estrecho pasadizo formado con tablas; ábrese una trampa, y el animal, hostigado por un hombre que ocupa una especie de estrado, penetra en un compartimiento donde no hay sitio más que para él. Un hábil tirador, provisto de una carabina, y que se halla, como su compañero, en el tablado superior, apunta entre los dos ojos de la víctima, casi á boca de jarro; el animal cae como herido del rayo, y por una segunda trampa, que se abre entonces, pasa á la carnicería. En cuanto á los carneros, sólo se matan 200 y sufren las mismas operaciones que los cerdos. Mi guía me conduce á los inmensos talleres dependientes del establecimiento, destinados á la preparación de las pieles de los animales. En los mataderos se ocupan 3,200 operarios durante el verano y 4,500 en invierno, empleándose más de 100 caballos constantemente para los diferentes servicios. El establecimiento Armour tiene una superficie de 97,104 metros cuadrados. Además de los considerables envíos de carnes en conserva, jamones, etc., que se hacen diariamente para todas las provincias de los Estados Unidos, aquí hay un grande almacén para el despacho al por menor, donde los habitantes de la ciudad hacen sus compras.

La casa Armour exporta más de 600,000 jamones al año, sin contar las conservas. Según los datos que obtuve, los mataderos reunidos en la ciudad de Chicago exportan más de 2.500,000 anualmente.

Vemos por lo dicho que el comercio de carnes excede en esta ciudad á todo cuanto podría imaginarse, y el de las maderas es también de mucha importancia. En las orillas del lago Michigán, y cerca de la desembocadura del de Chicago, hay más de 300 casas que se ocupan en este comercio: tienen 150 depósitos, donde el número de carpinteros empleados es muy considerable. El fuego que destruyó en 1871 una parte de la ciudad ocasionó la ruina de muchos capitalistas; pero ninguno de ellos se desanimó; en los depósitos de las ciudades inmediatas á Michigán é Illinois recibióse orden de remitir los materiales necesarios para la reconstrucción de Chicago, y se trabajó noche y día.

Las personas arruinadas continuaron sus negocios; Chicago renacía de entre sus cenizas como por encanto, y el comercio de maderas recibió extraordinario impulso. En 1877 entregábanse en los depósitos más de 360 millones de metros de vigas y tablas, y expedíanse más de 200 millones por el camino de hierro ó por los barcos de Michigán. Este comercio está en su período creciente; el movimiento de los capitales empleados excede ya al de todos los Bancos de Chicago.

Un paseo por los depósitos de maderas es muy entretenido: en ellos se ven largas calles, cuyos lados se componen de maderos puestos unos sobre otros, y que forman paredes de 10 á 15 metros de altura; pero en vez de colocarlos en sentido vertical, los carpinteros los disponen de modo que formen saliente; de esta manera la lluvia moja solamente los que están encima, secados muy pronto por el viento, y el agua cae en medio de las avenidas en vez de bajar por las maderas. Gracias á esta precaución, la humedad no perjudica tanto á los tablones colocados cerca del suelo. Las avenidas se multiplican en todos sentidos; de suerte que sería fácil extraviarse en este laberinto de paredes de madera; cualquiera creería hallarse en una ciudad fantástica, cuyas casas no tuvieran puertas ni ventanas: el penetrante olor del pino es aquí muy agradable.

Bajo el punto de vista artístico, Chicago no tiene interés alguno; sólo posee algunos monumentos, y su única importancia consiste en sus grandiosas dimensiones. Los parques situados alrededor de la ciudad, bastante agradables, están muy concurridos todas las fiestas, pues los habitantes van á pasar allí una parte del día. En los ríos y los lagos artificiales hay mucho movimiento de barcas de toda especie; con frecuencia se ve un frágil esquife lleno de muchachas de 12 á 15 años que van solas y reman cantando.

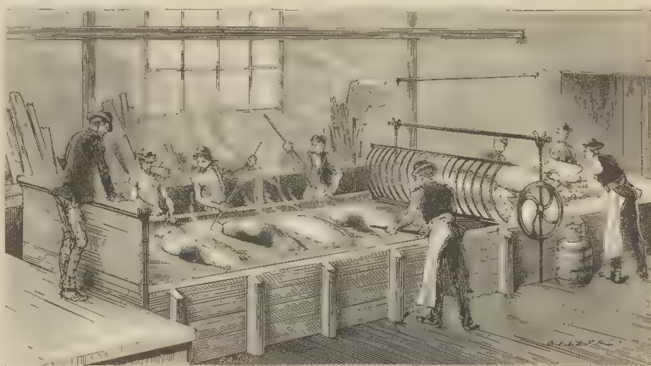


Fig. 2.—Piscina de agua hirviendo para lavar los cerdos muertos

Aquí gustan mucho las flores y los parterres: estos plantíos de mal gusto están más á la moda en Chicago que en Francia, y los horticultores se distinguen por sus extravagancias. El público acudía presuroso á South-park para contemplar unas figuras trazadas con plantas y flores que representaban un elefante, un camello, una mariposa y la bandera americana. Otra de las novedades era un enorme cuadrante solar, figurado sólo con plantas crasas; las horas se indicaban sobre la yerba con otras de follaje rojo, y como el jardinero había orientado muy bien su cuadrante, la sombra indicaba con bastante precisión la hora del día. Estos jardines públicos de Chicago se parecen bastante al *Bois de Boulogne*, de París, porque están dibujados por el mismo estilo; pero South-park y Lincoln-park, con sus ríos y sus lagos, formados por la mano del hombre, se hallan..... ¡á orillas del lago de Michigán! Por este concepto, la comparación es imposible. En ese lago inmenso no se puede ver desde una orilla la opuesta, á causa de su inmensa anchura; y como está surcado por numerosos vapores y barcas de recreo, cualquiera creería hallarse ante el mar. Gracias á la sociedad del *Floating hospital* se ha construído en el lago un muelle de madera de 200 á 300 metros de longitud, adornado con pórticos, y donde hay varios gimnasios destinados exclusivamente á los niños enfermos. Allí, acompañados de sus padres, pueden respirar el aire puro de las aguas del Michigán, y recobrar las fuerzas perdidas haciendo los ejercicios que más prefieren. Esta construcción acuática me parece bastante original, pero no es mala idea, y ya se han tocado los beneficios, pues las pálidas mejillas de muchos *bebés* recobran sus frescos colores en ese paseo reservado.

ALBERTO TISSANDIER

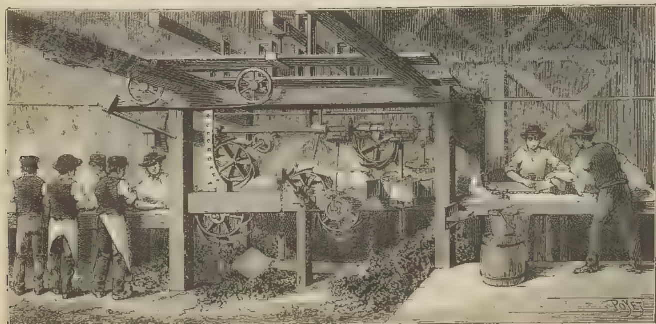


Fig. 3.—Máquina para raer la piel de los cerdos muertos

VIAJE Á FILIPINAS

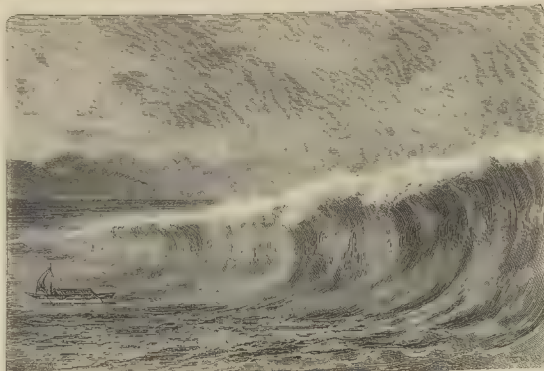
POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

21 noviembre.—A las siete de la mañana, deslizándose rápidamente en medio de la espuma de las cataratas, llega toda una flotilla de balsas montadas por mandayas. El poderoso Husip, á quien han seducido las promesas de mis embajadores, viene con toda su tribu para remolcarme.

La balsa mandaya es fácil de fabricar; tres troncos de bambú, enlazados fuertemente, constituyen el conjunto: el hombre que la monta va de pie, sirviéndose de su lanza como de un garfio; todos estos mandayas desnudos, y cubierta la cabeza de una especie de hongo, tienen una fisonomía de las más extrañas.

Algunas copas de aguardiente, todo el que me resta, ponen á Husip de muy buen humor; díceme que el Agusán no está lejos; que le encontraré en la vertiente opuesta de las montañas que nos rodean; y después da orden de abandonar las balsas á la corriente del río. Los mandayas arrastran mis embarcaciones, cuya ligereza y solidez excitan su admiración; un hermano de Husip golpea frenéticamente en una especie de tambor de bambú; los mandayas se animan, y muy pronto soy arrebatado en medio de las cataratas entre unos gritos y un estrépito que dominan el del Sahug; las más fuertes embarcaciones, aunque fuesen blindadas, no resistirían largo tiempo á la frotación que sufren mis pobres barcas, harto averiadas ya, y que los indígenas arrastran con una especie de furia. Por fortuna, llegamos muy pronto á la vivienda de Husip, al pie del monte Hoagusán (latitud norte 7° 50'40"; longitud este de París, 123° 39' 30"; altura 100 metros).



Viaje á Filipinas.—Barra del río Gigaquit

Husip me proporciona portadores, con los cuales llego, no sin dificultad, al río Agusán, donde me embarco el 24; el 26 estoy en Bunauán (8° 8'58" latitud N, y 123° 33'53" longitud E); el 8 de diciembre en Butuán (8° 55'25" latitud N. y 123° 13'37" longitud E); y el 16 llego á Surigao, capital de la provincia del mismo nombre.

VIII

Surigao.—Lago de Mainit.—Costa oriental de Mindanao

El gobernador, coronel D. Alberto Raccaj y Milagro, y el P. Ramón Luengo, superior de las Misiones, religioso tan amable como sabio, me reciben con la mayor cordialidad en Surigao. Durante mis diversas estaciones en este punto, me alojo en casa de D. Carlos Herrera, negociante español, y en la del P. Luengo; todos estos señores, sumamente obsequiosos, ponen á mi disposición su autoridad, su influencia y su conocimiento del país, con una solicitud que no olvidaré jamás.

El P. Luengo me dice que puesto que busco cráneos, no podría ir á ningún punto más favorecido para encontrarlos, y el mismo día despacha á un emisario á la isla de Dinagat para traer los que ha visto. Siguiendo su consejo, me dirijo á Taganaán, en el océano Pacífico, utilizándome de la embarcación del señor Herrera, que quiere servirme de guía.

Llegamos á Taganaán con una celeridad vertiginosa, aprovechando corrientes de marea, que alcanzan cinco ó seis millas por hora. Esta parte de la península de Surigao está preservada por numerosas islas; el mar está tranquilo, y las dificultades de la navegación se reducen á los torbellinos ocasionados por los choques de corrientes contrarias, que en ciertos puntos se estrellan unas contra otras. Este es el resultado de la diferencia de las horas de las mareas en las costas este y oeste de la península de Surigao: cuando el mar está bajo en la bahía de Butuán, se extiende en la costa del Pacífico. Las mareas de las Filipinas presentan, por lo demás, tales anomalías, que han recibido el nombre de *locas*, habiéndose desesperado durante mucho tiempo de llegar á conocer las leyes á que obedecen. Las numerosas islas del archipiélago oponen un obstáculo á la libre propagación de la marea que se forma en el Pacífico; y á esta causa de irregularidad agréguese la que proviene de la relación variable de las ondas diurna y semi-diurna. La combinación de estos diversos factores produce los resultados más extraños; así por ejemplo, en Basilán no hay nunca más de una marea diaria, mientras que en Zamboanga no se produce el mismo hecho sino durante diez y seis días del mes lunar.

Encuentro en Taganaán al P. Jaime Plana, muy aficionado á historia natural, que manda preparar inmediatamente su barca y me conduce al pequeño islote donde está la gruta de Tinagho (el secreto), cuyo nombre nada confirma, pues todos los del país la conocen muy bien. Contiene muchos esqueletos, revueltos con ataudes en forma de piragua. La fragilidad de todas estas reliquias es extremada, pero consigo hallar algunos ejemplares en buen estado y muy interesantes, porque demuestran que en una época muy remota coexistían en este punto las razas malaya, manobo y negrito. El P. Plana me invita á tomar de sus colecciones todos los objetos que puedan convenirme.

20 diciembre.—Me pongo en camino para visitar el Lago de Mainit, situado en el centro de la península de Surigao, y muy notable: á la vuelta desciendo por el río Tubay, que le sirve de depósito.

Al llegar al pueblo de Tubay, siento un malestar inexplicable; subo instintivamente á la primera caseta que encuentro, y me echo en un rincón, sin tener apenas fuerza para mandar á Marcelo que haga calentar unos guijarros á fin de comunicarme un poco de calórico. Presa de una cefalalgia violenta, pierdo el conocimiento; y al volver en mí, incapaz de moverme ni de elevar la voz, ofrécese á mi vista un espectáculo singular. Los cuadrilleros del pueblo y mis muchachos han empeñado una furiosa partida de monte; media docena de jóvenes bisayas, llegadas de no sé dónde, y evidentemente embriagadas, rodean á los jugadores, escanciándoles vino de nipa en un vaso de cuero. Creyéndome muerto ó moribundo, mis hombres han juzgado sin duda que lo más urgente era gastar las pesetas ganadas durante el día. La cólera me da fuerzas, y apoderándome de un bejuco, me precipito sobre los jugadores, que consternados por mi imprevista aparición, huyen por todas las aberturas, profiriendo exclamaciones lamentables, y tapándose los oídos, acto que en los bisayas indica el más profundo terror. Desfallecido por este esfuerzo, vuelvo á mi rincón, donde me sobrecoge el delirio.

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Orgía interrumpida

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 9 DE AGOSTO DE 1886 — Num. 241

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL RAPTO DE PROSERPINA, cuadro de Pablo Schobelt

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL RAPTO DE PROSERPINA, cuadro de Pablo Schobelt

La mitología no abunda, ciertamente, en escenas edificantes. A los pintores les importa poco la moral de los asuntos, si éstos se prestan á una forma adecuada á su talento. Suponiendo un artista que conciba con grandeza, ejecute con energía y sazone, digámoslo así, con elegancia; pocos hechos, falsos ó verídicos, le inspirarán un buen cuadro como el que la tradición pagana relata, á propósito de la maña que se dió el dios del infierno para encontrar esposa.

Parece ser (habla el mitólogo) que Plutón, en nada obstante su genealogía, era tan deforme, feo y mal reputado, que ninguna mujer, de prosapia terrena ú olímpica, se resignaba á compartir con él la corona de los dominios tenebrosos. Plutón, como es natural, se quejó á Júpiter, que en este particular era tan inteligente como práctico y poco escrupuloso; el cual Júpiter, comprendiendo el ridículo papel que hacía su próximo pariente, le dió permiso para tomar mujer por derecho de ocupación, que es un derecho algo menos respetable que el nacido de las leyes civiles y canónicas.

No se lo dijo á ningún sordo el rey de los dioses, y catahí que vagando un día Plutón por las inmediaciones del Etna, científicamente ocupado en descubrir los cimientos del volcán, se apercibió de una real moza (hija del rey Demeter por lo menos) llamada Proserpina ó Perséfona, que con sus doncellas estaba retozando por aquellos prados, á merced del primer perdulario que la codiciase.

Y la cosa pasó en menos tiempo del que se necesita para referirla. Plutón se lanzó hacia Proserpina, la arrebató de entre sus compañeras y se la llevó al infierno... en coche de cuatro caballos; circunstancia que templó notablemente el enojo de la robada.

Esta escena la han reproducido diversos pintores, entre ellos Rubens. El cuadro de Schobelt está bien concebido, aun cuando la figura del dios no guarda gran conformidad con la ortodoxia mitológica. La composición es valiente y hay en ella el necesario movimiento y la animación propia del asunto.

ROMEO Y JULIETA, cuadro de O. Vermehrer

No es ciertamente nuevo este asunto, ni por la escena que representa, ni por la manera de representarla. Los célebres amantes de Verona se citan todas las noches en el balcón de la estancia de Julieta, que Romeo escala peligrosamente. En esta difícil situación hablan de sus amores y de sus penas hasta que *canta el gallo,* como dice el autor de la admirable tragedia, en cuyo momento cambian un beso y se separan tristes, muy tristes, porque comprenden que su pasión no puede terminar sino en catástrofe.

Falta, como hemos dicho, novedad en el asunto, lo cual no es un defecto cuando se trata un hecho histórico ó convertido en tal por la potencia del genio; pero en cambio, ¡cuánta pasión, cuánta poesía en el cuadro de Vermehrer! ¡Con qué tristeza desciende Romeo la escalera por la cual ha trepado hasta reunirse con Julieta! ¡Con cuánto amor, con cuál frenesí aprisiona Julieta en sus brazos á Romeo, á fin de prolongar un minuto, un instante, el amoroso coloquio!...

Aparte estas condiciones del cuadro, las más nobles tratándose de trasportar al lienzo la pasión de los amantes popularizados por el inmortal dramaturgo inglés, avalora esta obra de arte la misteriosa luz que domina en ella y que imprime un carácter triste á la escena. Los tenues rayos de la luna iluminan el balcón de Julieta, como los poetas se complacen en decir que iluminan las piedras sepulcrales. Vermehrer, al inspirarse en una de las escenas del drama, ha preparado al espectador para la catástrofe final.

EL PRIMOGÉNITO, cuadro de M. Volkardt

En este lienzo todo es riente, simpático, noble, inocente. La impresión que causa es profunda, pero agradable; los sentimientos que reproduce son una manifestación de que en todos tiempos, y á despecho de todas las vicisitudes, hay en el fondo del hogar doméstico los elementos de una felicidad superior á todas las fastuosidades mundanas. Unos jóvenes esposos se extasían en la contemplación de su primer hijo. Al contemplar su inefable dicha, tan bien interpretada por el artista, se comprende que no la trocaran por todos los tesoros del mundo. Un autor místico escribió al pie de la imagen de María abrazada al árbol de la Cruz: —*¡Decid si hay dolor igual al dolor mío!...* —Nosotros pondríamos al pie del cuadro de Volkardt: —¡Decid si hay felicidad comparable con la felicidad de esos padres!...

Hoy que se tiende á reducir el matrimonio á otro de tantos contratos y en que el hogar doméstico ha descendido muchas veces de santuario á Bolsa en que se cotiza la dicha y hasta la honra de sus moradores; opinamos que nuestro cuadro *El primogénito* debiera fijarse en la puerta de todas las casas habitadas por jóvenes esposos, como nuestros abuelos fijaban en ellas los toscos ejemplares de santos y Gozos, á los cuales atribuían la virtud de cerrar el paso á los malignos espíritus.

FUEGO Y ESTOPA

Este bonito lienzo es realmente notable de expresión. Viendo á esa joven, que se sonríe y ruboriza al mismo tiempo, se adivina la clase de conversación trabada con el *touriste.* La escena tiene lugar al amor de la lumbre; sin embargo, el fuego más ardiente no parte de la chimenea. Hay palabras, hay miradas que promueven y propagan un incendio: esas miradas, esas palabras, las dirige, las pronuncia el huésped de la inocente montañesa. ¡Mala manera, muy mala, de pagar la hospitalidad recibida!...

La actitud de los personajes es natural: sin verse el semblante del viajero se entrevé la fascinación que ejerce en la doncella: hay entre los dos personajes del cuadro cierta analogía con el milano y la paloma; únicamente que en nuestro caso la paloma del mesón no tiene el instinto del peligro como la del aire. Al contrario, todo induce á sospechar que, cual la mariposa, se abrasará en el calor de la llama de que no se siente con fuerzas para huir. Esto ha querido decir el artista, y en esta ocasión no cabe aquello de: *Si lo quiso decir, ¿por qué no lo dijo?*

LA CONTADINA, cuadro de Davis

Buen tipo y buena postura: hay en los ojos de esa muchacha fuego de Italia, á sus labios parecen agolparse besos que embriagarán á quien los reciba; en su actitud hay esa indolencia, no exenta de dignidad, que parece conservar el último resto de la dama romana de la decadencia.

La contadina no sirve para gran cosa sino es como *modela.* en esta profesión (porque en Roma es tal profesión) no hay quien la supere. Toma con elegancia toda suerte de actitudes, identifica su rostro con toda suerte de pasiones, y lo mismo se trasforma en Minerva altiva que en incitante Venus. Si no comprende el arte, lo siente al menos y es el más poderoso auxiliar de quien lo ejerce. Tentados estamos á creer que la hermosa criatura de nuestro cuadro no es sino una *modela* embellecida probablemente. Ello es que la impresión causada es de una mujer que *pone,* como se dice técnicamente.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

BIEN VENIDO SEA JESÚS Á SER NUESTRO HUÉSPED, cuadro de Rodolfo Schufter

Este lienzo ha merecido en Berlín una ovación pocas veces tan grande, pocas veces, empero, tan justificada. Mucho aliento y mucha confianza en las propias fuerzas debía tener el autor para tratar un asunto en el cual el realismo y el espiritualismo habían de combinarse de tal suerte que bajo una forma rigurosamente humana se destacara un sentimiento y hasta una figura esencialmente divina, compenetrándose lo material y lo maravilloso de tal suerte que lo uno no perjudicase á lo otro bajo ningún concepto.

Para estimar en lo que vale esta obra, portento de expresión, hay que inquirir qué asunto se ha propuesto tratar su inspirado autor; asunto que, á nuestro ver, no es sino la apoteosis de la caridad ejercida por el pobre. En una mansión que pasa de modesta, una numerosa familia va á reparar sus fuerzas con una cena verdaderamente frugal. Es muy probable que en esa familia abunde más el apetito que los manjares, y que la inesperada presencia de un huésped acorte una ración de suyo escasa. Pero el cristiano no repara en sus propios sacrificios; un pobre es para él la imagen del Dios que también fué pobre; Jesús ha entrado en la casa del humilde; pero en esta casa hay tesoros de caridad.

Como se ve, el propósito del artista es de un sabor bastante parecido á las baladas de sus compatriotas y aun tal vez alguna de estas composiciones haya inspirado tan sorprendente cuadro. Examinándolo detenidamente la admiración sube de punto en cada figura que se estudia, asombrosas todas de expresión, de actitud, de verdad, de sentimiento. Es una obra de empeño colosal, ejecutada con tal maestría, que no dudamos en calificarla de modelo no superado de la escuela naturalista.

EL SENTIDO COMÚN

Allá por los tiempos del rey que rabió, y no dicen los historiadores si al norte ó al sur de Europa, había un suntuoso castillo que se elevaba sobre una empinada cresta semejando, según la expresión de uno de los más galanos de los poetas de la época, un nido de águilas suspendido sobre el abismo.

La castellana de aquella fortaleza sólo había tenido un profundo pesar en medio de las grandes satisfacciones de que siempre se vió rodeada. Este dolor había sido la pérdida de su esposo, valeroso guerrero muerto en campal batalla por otro señor feudal de aquellos contornos que había tenido la incalificable avilantez de querer apropiarse uno de los veintitres roeles de oro que sobre campo de gules componían el escudo nobiliario del ilustre muerto.

Sin embargo, fuerza es confesar que la pena de la altiva castellana, que sabido es que en las leyendas todas las castellanas son altivas, había encontrado en dos cosas su lenitivo: la primera en la justicia de la causa porque había muerto su muy amado esposo y la segunda en el nacimiento de un heredero de los veintidos roeles que quedaban á su escudo.

Verdad es que si hemos de dar crédito á los empolvados cronicones y á los roídos pergaminos que hemos tenido que consultar para escribir esta verídica historia, el ilustre vástago de aquella no menos ilustre casa, manifestó desde sus primeros años una precocidad verdaderamente asombrosa.

Contraviniendo las añejas costumbres de sus antepasados y comprendiendo su madre que aún más que por el valor que con su sangre había heredado, estaba llamado á figurar en los anales de su patria como modelo de ingenio, no dudó en encomendarle á los cuidados del capellán del castillo con el fin de que le procurara una educación tan sólida como brillante. De los rápidos adelantos que hizo el rapaz, sólo diremos que aún no tenía éste cumplidos los diez y siete años y ya conocía cuatro de las cinco vocales de que se compone el alfabeto.

Esto ya era para inspirar serios temores, á quien sabía que la excesiva precocidad del entendimiento puede ejercer una influencia perniciosa sobre la parte física del individuo; pero cuando la alarma subió de punto fué cuando el joven señor comenzó á aplicar á la vida práctica los opimos frutos de su talento.

Oyó un día decir que la cosecha de sus viñedos, á los que tenía particular afición á causa del excelente vino que producían, se había perdido por las inclemencias de los hielos y los pedriscos, y asaltado de súbito por una luminosa idea, hizo arrancar una por una todas las cepas y las trasplantó á los más resguardados salones de su castillo.

Tenía puestos los ojos en un soberbio caballo de silla, único que montaba, y sabiendo que la alimentación es la base de la salud decidió afinarle el pelo haciéndole comer faisanes dorados y tencas rellenas de anchoas en vez de la paja y cebada que le servía de alimento. El caballo, no acostumbrado á tales regalos, empezó á enfermar; pero él oyó decir á su preceptor que los egipcios conservaban á sus antepasados por medio del enbalsamamiento y sin escuchar impertinentes objeciones, rellenó al antes brioso corcel de los más ricos aromas y de los más costosos perfumes.

Ante tan poco comunes rasgos de ingenio, la castellana tembló por la suerte de su tierno vástago y decidida á atajar el mal se resolvió á convocar una asamblea compuesta de los más profundos teólogos de algunos centenares de leguas á la redonda.

La asamblea duró setenta y cinco días, al cabo de los cuales, los doctores probaron con copiosísimos textos tomados de los Santos Padres y de la filosofía de Aristóteles, que no habían logrado entenderse. Sólo un anciano, que no había tomado parte en ninguna de las setenta y cuatro sesiones anteriores manifestó que él creía haber encontrado el remedio.

Apremiado á que hablara, expuso sin valerse de formas oratorias que lo que podía remediar la perniciosa precocidad del ilustre enfermo era una sola píldora de sentido común, pero manifestó al propio tiempo que creía difícil se encontrasen los simples que debían componer la preciosa medicina.

Los teólogos que habían agotado ya el vasto repertorio de su erudición no deseaban otra cosa que retirarse, y asintieron al parecer del preopinante, no creyendo, sin embargo, fuera tan difícil encontrar las drogas apetecidas, y proponiendo cada cual un sitio donde debían irse á buscar.

Aquel mismo día, un crecido número de pajes, escuderos y correos extraordinarios partieron del castillo á las más apartadas regiones; y al cabo de algunos meses empezaron á aparecer.

El primero que llegó venía nada menos que de la docta universidad de Montpeller y después de manifestar que la petición no había podido parecer más sencilla á los doctos varones que explicaban las más enrevesadas ciencias en aquel centro del humano saber, sacó del fondo de la ropilla una redoma de cristal que llevaba en un rótulo escritas estas palabras: *La sabiduría es todo.*

Con grandes precauciones se destapó la vasija, temerosos de que de ella se escapara algún espíritu maligno, y con gran sorpresa se vió que el contenido no salía á pesar de haberse quitado el bien lacrado corcho. Rota la redoma sólo se encontraron unos trozos de pergamino muy delgados en los que había escritos tres apotegmas de Hipócrates y unas cuantas sílabas cabalísticas con más unas cinco ó seis dracmas de pedantería y como cosa de tres escrúpulos de erudición.

Vano fué el intento de querer hacer con aquello la píldora apetecida; los ingredientes ligaban tan mal que hubo que renunciar á la empresa.

En pos del primer mensajero llegaron otros varios. Los unos venían de la India y traían unas hojas de flor de loto, una pequeña cantidad de agua del Ganges y las primeras letras de cada uno de los capítulos de los libros Védicos; los otros venían de España y mientras unos habían recogido entre los restos de las escuelas de Córdoba media docena de suros del Corán, los otros traían una mordaza y unos leños para hacer una hoguera que les había facilitado un inquisidor modelo de sabiduría y de santidad.

Todos estos cachivaches daban un resultado tan idéntico que no hubo necesidad de hacer la experiencia más que con el primero de ellos para convencerse de la inutilidad de proseguir.

Cuando aquella decepción iba abatiendo el ánimo de la castellana llegó otro de los correos, que á lo que parecía había buscado la medicina por mejor camino. Venía de una docta asamblea de sabios cuya única misión era mantener el lustre del idioma de su país y había entregado al mensajero un libro perfectamente cerrado en que aseguraban estaba contenida la receta de la medicina que se buscaba. En la cubierta del infolio había escrita esta máxima: *No aspires á saber nada mientras no aprendas tu idioma.* La castellana lo hojeó con rapidez, pero apenas vió que no había una sola página que no estuviera plagada de garrafales faltas gramaticales y ortográficas renunció á buscar en él la receta anunciada, y al tomar esta determinación, recordando que todos los mensajeros menos uno habían vuelto ya, se dió por vencida.

Mas ¡ay! qué verdad es aquello que de donde menos se espera salta la liebre. Aquel paje de que nadie se acordaba ya, era precisamente el que había recogido la sustancia con tanto afán buscada. En vez de recorrer populosas ciudades y centros científicos, habíase dado á vagar por los más solitarios campos y los más yermos desiertos y había acabado por dar con su cuerpo en una especie de Tebaida en que sólo se veía una choza.

Más que el deseo de proseguir sus pesquisas, el de tomar algunos instantes de reposo le hizo entrar en una morada que á pesar de su estrechez no parecía estar exenta de esas comodidades que la naturaleza ofrece benéfica en ciertos climas. Un arroyo que pasaba lamiendo sus paredes de paja ofrecía frescas y cristalinas aguas y hacía crecer en su orilla copudos árboles que brindaban tan apacible sombra como sabrosos frutos.

El único habitante de la choza era un hombre que frisaría ya en los cincuenta años, pero cuyo semblante rebosaba todavía juventud; tal era el vigor, la placidez y la salud que delataban sus facciones.

La acogida que hizo al viajero fué tan cordial que éste no dudó un momento en contarle el objeto de su viaje. El hospitalario huésped le escuchó silencioso y por única contestación le refirió su historia.

Criado en una ciudad musulmana no distante de aquel desierto había pasado una juventud llena de privaciones, pero consagrada al estudio. Hombre ya, la misma oscuridad en que había vivido hizo que el sultán fijara en él sus miradas y deseando tener un primer ministro tan honrado como sabio, le ofreció aquel codiciado puesto. El, sin embargo, buscó las mejores razones que encontró en su mente para renunciarle y logró que en su puesto se nombrara á otro hombre que nada tenía que envidiarle en punto á instrucción y á virtud. Al mes escaso un capricho del sultán dió por resultado el empalamiento del primer ministro.

Poco después de este suceso, uno de los más nobles y opulentos magnates del reino murió dejándole por heredero de sus cuantiosos bienes y de sus títulos nobiliarios; mas él en vez de aceptar la fortuna que se le ofrecía hizo buscar á uno de los parientes del muerto y renunció en él la herencia. A los pocos meses el rico heredero se convirtió en un avaro y soñando en que podrían robarle se volvió loco por no dormir.

Por último, una princesa se prendó de él y le ofreció el trono con su mano. Trabajo le costó librarse de las seducciones de la enamorada princesa, pero sus razones la convencieron al fin y cetro y mano pasaron á las de un gallardo mozo, íntimo amigo del desdeñoso amante. Antes del año de la boda la princesa huyó en compañía de un esclavo, y los vasallos, atribuyendo las dilapidaciones de la reina á su inocente marido, le asesinaron en su mismo palacio.

Estas y otras parecidas aventuras acabaron por impulsar al héroe de ellas á abandonar la ciudad y á buscar el asilo en que le había encontrado el paje, y en el cual vivía con la mayor suma de felicidad.

Al tocar al término de su relato volvióse á su interlocutor y terminó diciendo:

—Ya veis que si en el mundo existe quien haya encontrado el precioso licor que se llama sentido común, sólo puede alabarse de poseerle el que como yo se ha procurado con él la paz y la ventura.

El paje, convencido de aquella verdad, le rogó entonces le diera una sola gota de él y como su huésped no se negara á ello al día siguiente partió muy agradecido llevándose lo que apetecía en una redoma poco más ó menos grande que una avellana.

Al entrar en el castillo de su dueña, lo primero que hizo fué trasmitir letra por letra la historia del hombre venturoso que había sabido huir de todos los disgustos de la vida. Todos los que la escucharon convinieron con inmenso júbilo en que por fin se había encontrado el solo ingrediente que había de curar por completo al nobilísimo hijo de la castellana y apremiaron al afortunado mensajero para que le mostrase cuanto antes.

Una vez que todos examinaron la redomilla, se hizo venir al ilustre enfermo; el capellán recitó una breve oración de acción de gracias y con las más exquisitas precauciones se procedió á destapar el frágil receptáculo.

Por espacio de algunos instantes la ansiedad tuvo embargados todos los ánimos, pero al cabo de ellos la más profunda pena sucedió á tantas esperanzas. La redoma estaba vacía. El benéfico licor, no pudiendo soportar la temperatura que allí se respiraba se había evaporado por completo.

Desde entonces no hubo otro remedio que renunciar á la cura del ilustre vástago de cien generaciones de héroes; la altiva castellana murió de pesar de allí á poco, y todo siguió en el mismo estado que hasta allí.

Lo único que haremos constar para consuelo del lector es que según el testimonio de los más graves cronistas á pesar de la incurable dolencia que le aquejaba, el protagonista vivió largos años y aun dejó un heredero de los veintidos roeles de su escudo. En aquellos tiempos, lo mismo que en estos, ciertas enfermedades sólo servían para prolongar la vida.

R. DE V.

HISTORIAS CORTESANAS

DOS CARTAS

POR D. LUIS ALFONSO

(Conclusión)

—¡Ah!—exclamé alborozado, y por un movimiento rápido, casi brusco, me apoderé de una de las manos de Teresa y la besé apasionadamente.

Recordé al punto el efecto que le había causado el jueves la palabra «beso,» porque el beso real, aunque en la mano, le trastornó de manera que pensé que se desvanecía.

Recobróse merced á la energía que le es propia, y me dijo:

—Le dejo á V. ocho días de tiempo. Digan lo que quieran, una de las mayores pruebas de amor que puede dar un hombre, es dejar una mujer joven, guapa, de *especiales* atractivos y de la que es dueño, por otra que, en resumidas cuentas, es, cuanto más, una esperanza. Si en la semana de plazo, V. rompe completa y definitivamente con Calipso, vuelva V. aquí el mismo día de hoy y á la misma hora. Si halla V. alguna excusa para mantener, aunque sea por días, esas relaciones, no se canse V. en venir... ¡Ah! para mi seguridad es preciso que el jueves asistan Calipso y V. á la tertulia. No haga V. más que saludarme, pero del modo cómo se porte V. con *ella*, deduciré yo pronto y bien lo que haya...

—La prueba es dura,—objeté.

—Es cierto; pero ¿acaso, sabe V. cuál será la recompensa?

Dijo esto de un modo que me estremecí de pies á cabeza.

—¡No se marche V. aún! — le supliqué.

—Ya habrá V. podido conocer que soy firme en mis resoluciones... Hasta el jueves...

Me tendió la mano; la cogí con las mías y, — te lo aseguro, Leonardo,—poco faltó para que la mordiera: tanto alteraba mi cuerpo el roce aterciopelado de aquella piel, el calor que sentía bajo mis labios.

Teresa, sin moverse, me dejó la mano cuanto quise entre las mías y junto á mi boca. Después, se levantó; entornó el balcón suavemente, me repitió «hasta el jueves» y se perdió tras las cerradas maderas.

Cumplí al pie de la letra sus órdenes; entreveía tal premio á mi sacrificio que ya nada más que Teresa me preocupaba y me importaba. Sin embargo, el trance era amargo; la pobre Calipso no me había dado motivo de querella.

Tuve que inventarlo y que escribirle una carta, á medias bárbara y á medias absurda, donde había el inevitable: «todo ha concluído.»

Calipso no me contestó, pero haciendo de tripas corazón, asistió el jueves siguiente á la tertulia de los de Fueros; el instinto sagaz de la mujer celosa le designaba el origen del daño. Esperaba á más, sin duda, atraerme de nuevo.

Para ello, en vez de mostrarse airada y ofendida, me saludó cariñosa y me pidió, me rogó, sin importarle que lo notaran, que me sentase á su lado.

—Necesito que hablemos,—dijo en voz baja y amorosa, — y si en algo te he ofendido ó molestado, que me perdones...

Habilidad ó cariño, aquella manera de tratar de recuperarme era verdaderamente muy peligrosa para mi promesa. Quedé perplejo, ¿cómo negarme á hablarla? Me senté junto á ella.

Por fortuna apareció Teresa en el gabinete donde estábamos; salía del despacho. Su vista me dió bríos; las dulzuras de Calipso se deshacían al sentirme como azúcar en vinagre; sus frases de cariño daban en mí como en piedra fría y dura; estuve heroico, estuve sublime..., como que llegué á estar grosero. Calipso se levantó pálida de rabia, y salióse al balcón para que no repararan en su estado. Yo había hecho cuanto se podía exigir de mí y buscando con la mirada á Teresa la hallé en el salón conversando con un amigo, pero mirándome.

— Si V. me lo permite, —le dije, acentuando las palabras,—me retiraré; ya sabe V. que no estoy bueno.

Sí, — contestó, — basta ya de sacrificio por complacernos... Retírese V... Hasta la vista.

Me estrechó la mano, salí y me alejé calenturiento por la escena violentísima con Calipso y por las vagas esperanzas que su rival me había hecho concebir.

A las dos de la madrugada del siguiente día esperaba yo (no lo habrás dudado) al pie del balcón... Estaba nublado y lloviznaba; con este motivo no transitaba nadie por aquel sitio con gran complacencia mía.

Eran las dos y cuarto y permanecía cerrado el balcón de Teresa: los quince minutos los había contado yo como sesenta.

«Y sin embargo, — me decía yo á mí mismo contestando á preguntas tácitas, — ella no es capaz de burlarme ¡no lo es, no, no!»

En el tercer *no*, el más fuerte, dudaba ya... Iban á dar las dos y media... ¡dieron!... «¡Me ha engañado!»

Rechinó el balcón; se abrió poco á poco; destacó una figura del fondo negro de la habitación...

— ¡Bendita seas!... ¡Cuánto me ha hecho V. esperar!

— Atiéndame V., — dijo Teresa con voz breve y que por primera vez sonaba algo trémula: — Mire con cuidado si alguien viene por cualquier parte. ¿No? Me alegro... Ahora ponga V. el pie en el suelo del balcón y salte usted adentro... Le espero á usted.

Se retiró y dejó el balcón vacío. Quedé tan aturdido que no acerté á contestar y no me apresuré á subir..... ¡Cómo! el triunfo que apenas me atrevía á esperar como término de larga y costosa lucha, se me ofrecía sin el menor combate!...

¿Qué mujer era aquélla?

Salté al cuarto de Teresa, que tal era el que recibía luz de la calle por el balcón que escalé, que estaba apartado de los demás dormitorios de la casa y que era vecino del despacho de D. Ramón.

Dí un paso á tientas en la oscuridad y tropecé con los brazos de Teresa extendidos hacia mí...

Te confío tan grave secreto, mi queridísimo Leonardo, porque conozco perfectamente tu sigilo y tu caballerosidad, pero en una carta, aun dirigida á un amigo como tú, no es posible entrar en pormenores de semejantes entrevistas; la mano... la pluma misma, se resiste.

Sí te diré, porque es esencial que te lo diga antes de pasar adelante, que aquel extraño comportamiento de Teresa no nació de liviandad usual ni muchísimo menos. Oyelo bien: lo que yo logré no fué el fruto de su ligereza, sino las primicias de su amor. En este punto un hombre medianamente experto no puede engañarse y yo no me engaño, Leonardo, no. El estallido formidable de pasión que por mi ventura produjo, era la primera erupción de aquel volcán, la primera...

La misma Teresa, con sinceridad ingénita y cruda y sin afeites de ningún género además, me explicaba todo esto en nuestra segunda cita, tres noches después, sentados ambos en un diván de su aposento y reclinando su cabeza en mi hombro:

— Quizá me habrás juzgado mal, — decía; — motivo tienes poderoso, sin embargo, para juzgarme con alguna indulgencia... No soy por naturaleza casta, tampoco viciosa; tenía hambre de amante, no de hombre. Lo quiero todo en el amor; regatear las caricias me parece miserable. ¿Es lo que hecho pecado? Pues bien, me consumía el deseo de pecar... Pero por más pecado tengo negarte á tí mi honra que otorgar una mirada á un hombre á quien no amase... ¿No repiten los libros que me hicieron leer, que la materia nada significa, y que el espíritu es el todo? Pues si te entrego el alma, que es lo más, ¿por qué he de guardar el cuerpo, que es lo menos?

Toda ella se retrataba en estas tremendas afirmaciones... Creía, según sus creencias religiosas, que se condenaba, pero caminaba con la frente alta y la mirada fija hacia el infierno.

A mí, y no debes de extrañarlo, me tenía enloquecido; nunca había yo hallado, si así puedo decirlo, un deleite de tanto corazón, ni un espíritu con semejantes explosiones de la carne...

El hecho es que fuimos felices sobre toda ponderación más de un mes. Casi todas las noches acudía á la misma hora al mismo sitio; asaltaba el balcón y permanecía en brazos de mi hermosísima amante hasta que apuntaba la luz del día.

Nada había vuelto á saber de Calipso, y á decirte verdad, su silencio y su ausencia me tenían inquieto. Las tertulias de las de Fueros continuaban á pesar del verano y continuaba yo asistiendo á ellas, aunque cuidando escrupulosamente, lo mismo que Teresa, de no infundir la más lejana sospecha sobre nuestros amores. Ningún jueves volvió Calipso y ya no recibí de ella carta ni recado. ¿Se habría conformado por orgullo ó por no haber otro remedio? Difícil lo consideraba y esto mismo sostenía allá en el fondo de mi ánimo algún recelo... La existencia de inefables delicias, que gracias á la pasión de Teresa gozaba, me inducía á no hacer caso de tales recelos y muy á menudo me los hacía olvidar.

Eran, por desgracia, fundados. Escucha si no. Una noche entré como todas en el cuarto de mi amada; media hora habría pasado allí, cuando de improviso, en la puerta (que ella cerraba siempre por dentro), sonó un golpe que nos produjo terrible sobresalto.

— ¿Quién es? — preguntó, sin embargo, Teresa con voz firme.

La de su padre, seca y dura, repuso:

— Yo; te he oído andar y he supuesto que estarías enferma; abre.

El tono de la orden contradecía el pretexto de la llamada y no admitía réplica. Pero apenas la hija de don Ramón hubo reconocido la voz de éste, me señaló el balcón con ademán imperioso y sin pronunciar palabra.

En el momento de saltar yo á la calle decía ella, descorriendo el pestillo:

— Ya abro.

No oí más; cerróse el balcón al momento y yo me encaminé poseído de angustia mortal á mi casa. Permanecí todo el día en ella sin saber qué hacer y al siguiente recibí la carta que copio y en la que te ruego, amigo mío, que te fijes.

«Lo que pasa, Rafael de mi vida, es muy diferente y mucho más horrible de lo que podías imaginar. Mi padre venía seguro de sorprendernos; le habían avisado. Por indicios materiales y por mi instinto seguro de mujer, adivino que que quien nos ha descubierto y delatado es Calipso. Pero no es esto lo que importa: mi padre sabía únicamente que un hombre entraba de noche en mi cuarto. — «Ese hombre, — me dijo, es, por supuesto, N...» (mi novio) — Quedé aterrada. Mi padre, ya lo sabes, ha creído siempre que aquella escena, casi cómica, del despacho se verificó á costa de mi honor. Hubiera sido inútil negárselo. ¿Cómo pensar otra cosa de una mujer que se halla sola y á oscuras junto á un hombre que le dice apasionadas ternezas? Pero mi padre no puede en modo alguno creer que si he sido liviana ó débil con uno, lo soy también con otro. ¡Ni yo, Rafael mío, puedo consentir que lo crea! ¿Comprendes ahora lo espantoso de mi situación? ¿Comprendes que primero moriré que decirle á mi padre: — «El del despacho era Fulano y el de mi dormitorio Mengano...?» ¡Sería prostituirme y á la vez calumniarme yo misma!... Callé, pues, cuando me habló; callé porque no podía, no debía hacer otra cosa.

»Mi padre prosiguió: — Aquel día te pedí que te casaras con él; hoy lo exijo. Si tú has querido vivir como una mujer mala, yo he de obligarte á que vivas como las mujeres decentes: casada, no amancebada. Te doy de plazo un mes; entiéndete, pero sólo por escrito, con tu amante, y antes de los treinta días que se haga pública la boda. Hasta entonces ni me hables ni me busques. Adiós.»

»¿Imaginas, Rafael, mi espanto? ¿Qué recurso me queda? A mi ver, ninguno. Casarme con el otro sería fácil; pronto me pondría en comunicación con él y á la primera indicación, él, tan sencillo y tan leal, se apresuraría á pedir mi mano... ¡Pero si no le amo, si hoy le odio, le maldigo! ¡Si es causa de los tormentos infernales que sufro! ¡Si me parece ahora tan abominable como en el lance aquél me pareció ridículo!... Ven en mi auxilio, Rafael de mi alma; ven tú, mi amante, tú, mi dueño; sálvame, porque fuera de tí no hay salvación ninguna. Piensa y dime si existe algún medio que me libre, ó del casamiento ó de la deshonra más inmunda. ¡Ay de mí! ¡Creo que no lo hay!

»No podemos ya hablarnos por el balcón y no podemos



ROMEO Y JULIETA, cuadro de O. Vermehrer



EL PRIMOGÉNITO, cuadro de M. Volkardt



FUEGO Y ESTOPA

tratar por cartas tan terrible asunto. No veo otro recurso sino que vengas el jueves á la reunión, como siempre. De tí mi padre nada sospecha; allí podremos hablar y decidir...

»No quiero terminar estas líneas sin hacer constar, porque quiero que conste, que si, lo que no creo, lo que no quiero creer, la desgracia me obligara á casarme con *él*, tendría en mí una estatua honrada, pero estatua nada más. Mis recuerdos, mi amor, mis deseos, mi alma, todo, mientras yo viva, será tuyo. Dios sea testigo de esta promesa. Tú me conoces sobrado para asegurar si sabré cumplirla...

»Hasta el jueves, Rafael, primero y único dueño de tu *Teresa.*»

Recibí en sábado la carta; en el intervalo de aquel día al jueves de la siguiente semana estalló la revolución de Setiembre. Tú sabes qué sagrados compromisos políticos y de gratitud me obligaban á correr á la frontera para acompañar en el destierro á la Señora. Cumplí como súbdito leal y hombre agradecido.

No me atreví á escribir á Teresa. Podía, por mi significación política, interceptar la policía mi correspondencia; podía una circunstancia cualquiera, hacer que en tan azarosos días, se extraviase la carta. Y en esa carta había de estar la honra de aquella mujer. ¡Comprendes que no podía escribir!...

He aquí, mi querido Leonardo, por qué te he dirigido este volumen manuscrito. Era necesario que tú, mi amigo de la infancia, mi confidente único, mi hermano, supieras todo lo ocurrido antes para averiguar lo ocurrido después, desde hace dos meses – ¡dos siglos! – en casa de Teresa, y para aconsejarme en tan espantosa tribulación.

Espero afanoso tu respuesta. ¡Quiera Dios traerme en ella la solución del conflicto!

Te abraza con todo su corazón tu hermano en cariño – *Rafael.*

CARTA SEGUNDA

Leonardo á Rafae.

Madrid 27 de diciembre de 1868

Sólo puedo contestarte, con la afrenta en el rostro y el odio y la desesperación en el alma, que casé hace dos meses con Teresa... – *Leonardo.*

LUIS ALFONSO

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

A mi amigo de la infancia el ingeniero de la Armada don Andrés A. Comerma

I

El pueblo de Alcornocal, teatro de la presente historia, era, en el año de gracia de 1877, una aldea de cincuenta vecinos, situada en un pequeño ribazo á doscientos metros próximamente de la vía férrea que une dos de nuestras capitales de provincia. Asentado el ribazo en mitad de una hondonada, rodeaban la aldea altas y próximas montañas cubiertas de bosques de pinos, hayas y robles, por entre cuyas quebradas se despeñaba bramando un río, semejante á un jabalí al que acosan los alanos. Las faldas de las montañas más próximas al pueblo veíanse alfombradas de sembrados y viñedos, formando con sus verdes matices grandes cuadros, tan regularmente distribuídos y en tal disposición, que traían sin querer á la memoria del observador un inmenso enladrillado de azulejos. La hondonada, ni extensa ni reducida, ostentaba en



LA CONTADINA, cuadro de Davis

su mayor parte frondosos olivares que constituían, al decir de los vecinos, la riqueza principal de nuestra aldea, y á la izquierda de la misma, mirando á la vía férrea, á espaldas de la iglesia, abríase un barranco ancho y profundo, poblado de alcornoques, de donde tomaba el nombre Alcornocal. Y á la verdad que para llamarse así no necesitaba el pueblo de semejantes árboles, pues se bastaban y aun sobraban á darle el susodicho nombre los habitantes del lugar, siendo difícil precisar con exactitud si aquellos alcornoques eran lugareños vegetantes ó si eran los lugareños pedazos animados de aquellos elocuentes vegetales, en un villorrio como aquél, sin más vías de comunicación que algunos caminos de herradura conduciendo á los pueblos comarcanos y á la carretera general que á una distancia de tres kilómetros, atravesaba la provincia. En cuanto al camino de hierro, de poco ó de nada servía á los alcornocaleños, como no fuese de asombro ó distracción, si se tiene en cuenta que los trenes pasaban por allí sin detenerse, como en son de burla, atontándolos con sus silbidos, asfixiándolos con su humo, vomitando á veces insultos y cuchufletas de los viajeros menos cultos, dejando con un palmo de boca abierta, con unos ojos como puños, con las manos apoyadas en sus útiles campesinos, á los honrados cuanto sencillos labradores de aquella triste tierra. De suerte que Alcornocal y sus vecinos, poco menos que encerrados entre dos capitales de provincia, circundados de riscos y montañas, sin más vías de comunicación que las referidas y viendo para mayor escarnio pasar los trenes que no utilizaban y cuya existencia ni siquiera comprendían, parecíanse mucho á un injusto paréntesis trazado en el mapa por la caprichosa mano del progreso, ya pujante al atacar resueltamente el último tercio de nuestro osado siglo.

En cuanto á la población, arquitectónicamente considerada, si tal adverbio puede aquí serle aplicado, formábanla cincuenta casas ó casuchas, una por vecino, negras y destartaladas, distribuídas en una calle con visos de carretera por su sobra de baches y su falta de adoquines, en mitad de la cual se abría una pequeña plaza cruzada por otra calle transversal, más corta que la primera, que iba á morir en el barranco de los alcornoques por un lado y en la hondonada de los olivos por el otro, á lo largo de cuyas calles y plaza holgaban á su sabor muchachos desarrapados ó medio desnudos, cerdos, gallinas y conejos, alternando en el uso de cierta igualdad debida á una naturaleza democrática, con las comadres alcornocaleñas, sentadas en bajas sillas de enea, ya esparcidas, ya en corrillos, siempre menguando la calceta, ó retorciendo el huso, ó mondando legumbres á la puerta de sus viviendas. Las voces desaforadas de los muchachos, unidas á las menos estridentes de las comadres; el gruñido de los cerdos, el cacareo de las gallinas, el chirrido de tal ó cual carreta con su yunta de tardos bueyes, el campanilleo de las caballerías cargadas de despojos campesinos, los cantos ó las chanzonetas de los labradores al volver de sus faenas al hombro la manta y los aperos, todo entrecortado por la esquila de la iglesia recordando á aquellas buenas gentes la salutación del Angel, no dejaban de prestar á la caída de la tarde, cierta rústica animación, no desprovista de poesía á nuestro desheredado Alcornocal. Ni tampoco este último negábale á la vista su lado pintoresco, pues contemplado el lugar desde las montañas vecinas, y sobre todo desde la vía férrea, con sus cincuenta casas agrupadas en torno de la iglesia cuya torre cuadrangular, relativamente elevada, las dominaba todas, ofrecía no poca semejanza con una escuela de párvulos acosando á su maestro, ó con un rebaño de negros carneros rodeando á su pastor.

Sobre las cincuenta casas de Alcornocal destacábase por su elevación y blancura otro edificio situado en la plaza, fronterizo á la iglesia, de construcción más moderna y esmerada, con estuco y cariátides en el frontispicio, rematando de una parte en ancho y anguloso tejado, y de otra en empinada azotea con antepechos de balaustres y jarrones en las esquinas. Esta casa, llamada el palacio por los lugareños, era propiedad de D. Ramón del Soto, primer contribuyente del lugar y por tanto lo que un político al uso hubiese llamado su cacique.

(Continuará)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

A la mañana siguiente ha pasado el acceso; cuadrilleros y muchachos parecen avergonzados, y esperan sin duda un enérgico correctivo; pero conténtome con proferir terribles amenazas, menos odiosas, pero tan inútiles como los golpes. Mientras me halle en estado de mandar, estoy seguro de mis hombres, que para obedecerme expondrían su vida sin quejarse; mas si por casualidad pierdo el conocimiento, el recuerdo del castigo no les impedirá seguir los impulsos de su carácter indiferente.



Viaje á Filipinas. – ¡Hombre al agua!

1.° enero 1881. – El año comienza por un *baguio* (tempestad) de excesiva violencia; la fiebre y el mal tiempo me obligan á permanecer en Tubay, cuando tanto tengo que hacer en los alrededores. El *capitán* del pueblo habla un poco español, pero es sumamente estúpido; hasta cuando habla parece dormido, como todos sus subalternos; pero me da cuatro huevos y seis camotes, que no ha podido obtener sin grandes esfuerzos, á lo que él dice; valiéndome de algunas amenazas, ridículas á fuerza de ser exageradas, le arranco algunas hojas de tabaco húmedo, y lo pago todo sin contar, satisfaciendo diez veces más de su valor. El capitán debería moverse un poco y buscarme algunos víveres; pero no lo hace: todos estos manobos conquistados, antiguos y recientes, caracterízanse por una anatonía incurable.

3 enero. – El viento cesa, y puedo hacerme á la mar para volver á Surigao; el 4 doblo la punta de Bilán en pleno día, y veo algunos grandes bancos de políperos, aunque las corrientes son muy violentas; en toda la costa de Butuán no los había observado, cualesquiera que fuesen las profundidades, lo cual me induce á creer, á pesar de lo que se dice, que su desarrollo depende más de la naturaleza del fondo que de la tranquilidad de las aguas.

Llego á Surigao para meterme en cama, pues la fiebre me sobrecoje con más fuerza; pero ahora estoy en casa del P. Luengo, en un buen convento, donde nada falta. Nunca podré agradecer lo suficiente las delicadas atenciones de mi patrón, las del P. Ricart, y de su auxiliar don José Ubach. Estos religiosos, tan indiferentes para su bienestar, saben buscar para mí los manjares que mejor pueden comunicar algún vigor á mi estómago deteriorado. ¡Qué diferencia entre esto y Tubay! Mis muchachos tienen cierto aire de arrepentimiento que me conmovería si no supiera que son incapaces de resistir á la primera tentación.

Muy pronto me restablezco, y prepárome á volver á Davao, siguiendo por mar la costa oriental de Mindanao: es el camino más interesante bajo el punto de vista geográfico, objeto principal de esta parte de mi viaje. En efecto, los recientes trazados no llegan por el norte sino hasta la punta Cauít, extendiéndose por el sud sólo desde el cabo San Agustín hasta Baganga. Si se compara el trazado de la costa entre Baganga y la punta Cauít con la carta marina francesa y la hidrográfica española, se hallarán grandes divergencias.

Me advierten en Surigao que en la presente estación es imposible este trayecto; pero probaré fortuna, á costa de retroceder cuando no pueda pasar adelante: en su consecuencia hago mis preparativos, ayudándome con su concurso todos los españoles residentes en Surigao. El coronel Racaj y D. Carlos Herrera me convidan á comer, y me honran, brindando por el buen éxito de mi empresa. Gracias á la intervención del señor gobernador consigo que me alquilen la mejor embarcación del país, montada por cinco robustos marineros bisayas; y el coronel me da cartas de recomendación para todos los capitanes ó gobernadorcillos de su provincia, previniéndoles terminantemente que me faciliten al punto cuanto pueda desear.

Salgo de Surigao, conservando un grato recuerdo de los pocos días que acabo de pasar aquí. Antes de marchar tengo el gusto de ver al P. Cirici, misionero de Dinagat, y darle gracias por los cráneos que me ha enviado.

11 enero. – Salgo de Surigao á las doce y cuarenta y cinco minutos de la mañana, y llego á las cinco de la tarde á Taganaán, donde cómo con los PP. Jaime Plana y Santiago Puntas, á quienes ya encontré en Talacogón, en el Agusán. El P. Puntas se dirige á Cantilán, en el Pacífico; de modo que debemos encontrarnos muy pronto. Prosigo mi marcha á las ocho y cuarto de la mañana, á fin de aprovechar una corriente de marea, y anclo á las diez menos cuarto en una caleta del Océano Pacífico, delante del pueblecillo bisaya de Placer. Envío mis muchachos á dormir á tierra, conservando sólo dos; y un poco fatigado, me duermo profundamente.

12 enero. – Me despierto á corta distancia de la costa, encontrándome solo á bordo; durante la noche los muchachos se han escapado; habían salido de Surigao sin un cuarto, según dijeron; pero los marineros conservaban el resto de mis adelantos, y obedeciendo á la costumbre de los bisayas, todos han pasado la noche haciendo libaciones. Por fortuna el viento conduce mi barca á tierra; izo la vela, y muy pronto recobro mi personal.

Salgo á las seis de la mañana. Al sud de Placer la costa sólo está ligeramente protegida por las islas; la brisa refresca y el mar comienza á picarse; á las once mis remeros dan muestras de fatiga, porque han navegado durante cinco horas contra el viento nordeste; mas por fortuna puedo anclar al abrigo de Cabgán, islote situado á media milla al sudoeste de Gigaquit.

La *calla* (1) ha comenzado; dura el 12 y el 13, y apenas podemos tenernos en pie en la playa del islote por el lado del viento; éste se debilita el 14 un poco, y no tardo en echar de ver que mi tripulación ha consumido cuatro veces más víveres de los que debía, dejando averiar los demás; de modo que es preciso ir á Gigaquit á fin de comprar nuevas provisiones. A pesar del estado del mar, los hombres se embarcan sin decir palabra, y enderezo el rumbo hacia el pequeño río de Gigaquit, al sudoeste de Cabgán; el viento que sopla con furia del nordeste me hace franquear con rapidez la zona de los fondos bajos que me separa de la costa; á pocos cables del río las olas son más grandes, y la barca se desliza fácilmente en la superficie.

(Continuará)

(1) Se da este nombre á las lluvias continuas, con borrascas frecuentes, durante varios días consecutivos.



Viaje á Filipinas. – Camino entre San Juan y Quinablangán

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 16 DE AGOSTO DE 1886— NUM. 242

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

GALERÍA DE MUJERES HERMOSAS

Siendo la representación de la belleza uno de los objetos preferentes de toda noble arte, nuestros favorecedores han de estimarnos que aumentemos, con un tipo más, la preciosa colección de verdaderas hermosuras que venimos publicando. Todas ellas son distintas en sus facciones, todas ellas revelan un temperamento propio; y en verdad que si algún inteligente estuviese llamado á convertirse en otro París para hacer presente de la manzana á la más digna de ella, difícil habría de serle hacer justicia con general aprobación. Con las mujeres bellas hay que hacer lo que con las flores: entre la rosa y la camelia, entre el clavel y la magnolia, mejor que escoger la más bonita, es hacer un ramillete con todas ellas.

PRIMERA VISITA DEL CONVALECIENTE Á LA IGLESIA, cuadro de Hugo Wehmichen

Mucho se declamará contra las prácticas religiosas; gran número de *espíritus fuertes* pondrán en ridículo á los débiles de corazón que cometen *la inconveniencia* de creer en Dios... ¡Inútil tarea!... El hombre siente la necesidad de creer, hasta tal punto que la convicción de lo sobrenatural es en él lo más natural dentro de su manera de ser. El padre lleva su hijo recién nacido al templo, no ciertamente insiguiendo una costumbre, sino porque su afecto le hace comprender la necesidad de proporcionar á su hijo amado una protección más eficaz, más incontrastable que la de su padre mismo. De igual manera, cuando se ha visto la muerte de cerca y se ha recobrado la salud perdida, á despecho de diagnósticos equivocados y de remedios más que dudosos, el primer impulso del convaleciente es dar gracias á Dios, cuya bondad suple la deficiencia de las pócimas. «El hombre es el único *animal adorador*,» ha dicho un filósofo naturalista; y el más terrible de los revolucionarios franceses añadía: «Si Dios no existiese, tendríamos que fabricarlo.»

En la piadosa costumbre de visitar el templo después de una enfermedad aguda, se ha inspirado el autor de nuestro cuadro, produciendo una obra de buena impresión y verdaderamente notable en algunos detalles. La figura menos atendida es quizás la del protagonista; pero en cambio la de su hermana se capta desde luego la atención y simpatía del espectador. Las dos criaturas del primer término son deliciosas, y el conjunto respira una tranquilidad, un bienestar del alma, que nos da ganas de orar donde oran los que tienen la dicha de creer y de esperar en Dios.

EL SIETE-DURMIENTE, cuadro de Otto Geller

Caprichoso y aun algo rebuscado es el título de este cuadro. Para comprender su intención, bastante epigramática, hay que recordar aquel pasaje de la historia eclesiástica en que se refiere que siete hermanos, murados dentro de una caverna en tiempo de la persecución de Decio, fueron encontrados profundamente dormidos reinando Teodosio el Joven. De suerte que los siete hermanos durmieron nada menos que un sueño de cuarenta años; de lo cual les viene ser conocidos con el calificativo, verdaderamente apropiado, de *los siete durmientes*.

Conocida la tradición religiosa, se comprende el significado del cuadro. El pastor se ha dormido, se ha dormido tan profundamente, que se le ha pasado la hora de salir á apacentar su rebaño. En vano las ovejas balan en torno del lecho y manifiestan su justa extrañeza por la falta de consideración con que son tratadas: el joven pastor ha cogido el sueño de *los siete durmientes*, y según duerme á pierna suelta, parece no ha de despertar hasta que suene la trompeta del juicio. Es un verdadero competidor de los siete hermanos.

El cuadro de Geller es de una ejecución acabada. El lugar de la escena, la figura del pastor, el rebaño, todo, en fin, demuestra el buen talento y la precisión con que el artista ha estudiado los objetos reproducidos. Hay, además, en esta obra un feliz concierto de realismo y de poesía bucólica que, sin disminuir en lo más mínimo la verdad de la situación pintada, le quita indudablemente una parte de su rústica crudeza. Geller es un artista que ve las cosas á través del cristal de una bella arte.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Por lo que toca al vecindario, no hace falta decir que en su inmensa mayoría componíanlo labradores, viniendo á constituir la plana mayor de aquel pequeño ejército de campesinos el susodicho D. Ramón, el padre cura, el médico, el boticario, el maestro de escuela y el albéitar, con el triple carácter este último de herrador, sangrador y sacamuelas, no, á mayor abundamiento, sin pretensiones de poeta, según lo acreditaba un mugriento tarjetón que, colgado de su puerta, en estrafalarios caracteres decía como sigue:

Rufo, albéitar, sangrador.
Se extraen muelas, raigones,
Y se hacen operaciones
De cirugía menor.

Tal era, descrita á grandes rasgos, la aldea de Alcornocal, durante el verano del año de gracia de 1877, época en que logra su comienzo nuestra tan singular cuanto verídica historia.

II

La plaza de Alcornocal, al parecer cortada á medida para los alcornocaleños, pues toda la población cogía en ella holgadamente, y aun sobraba espacio para las bestias, venía á ser, si así puede decirse, la Puerta del Sol de nuestra aldea. Su figura geométrica era la de un cuadrado imperfecto, no siendo del todo iguales los cuatro lados ni rectos del todo los cuatro ángulos. Ocupaba uno de los primeros, el fronterizo á la calle Mayor, antes descrita y cuyo nombre no revelaba allí gran inventiva, la casa Consistorial con sus dependencias; á la izquierda, la iglesia pegada á la vivienda del padre cura, con la cual se comunicaba interiormente; al lado opuesto el palacio ó sea la morada de D. Ramón del Soto, que llenaba toda la manzana, con esquina á la calle transversal, llamada del Alcornoque por el barranco de los mismos en que terminaba. Los demás edificios, complemento de la plaza, quedaban reducidos á un café, un estanco, una tienda de comestibles, otra de ropas, una confitería y algunas viviendas particulares, pertenecientes á los vecinos más acomodados del pueblo. Tenía, como la Puerta del Sol, adoquinado, si bien más tosco y desigual; al pilón lo sustituía un pozo de ancho brocal, con dos pilastras de ladrillo, unidas en la parte superior por un madero del cual pendía la garrucha sosteniendo la soga en uno de cuyos extremos, siempre húmedo, veíase la cadenilla destinada á sujetar el cántaro de cobre ó de hoja de lata.

La constante animación del centro madrileño hallaba en la plaza de Alcornocal débil remedo en determinadas ocasiones. Era una de éstas la de las diez de la mañana de un domingo de setiembre, hora en que por celebrarse la misa mayor, casi todos los vecinos, de paso para la iglesia, concurrían á la plaza, donde antes y después de la solemne ceremonia, solían detenerse á tratar de los asuntos propios y también de los ajenos, ya con la rústica sencillez, ya con la zafia malicia que les eran peculiares.

A la hora y día susodichos, varios grupos, entre los cuales sobresalían por sus trajes y maneras el de la plana mayor del pueblo, llenaban el espacio comprendido entre la iglesia y el palacio, produciendo con sus múltiples conversaciones un rumor semejante á un salto de agua lejano ó al zumbido de un moscardón chocando con los cristales de una ventana en estrecho aposento sin salida. En corrillos veíanse allí los labradores conversando alegremente, luciendo sus ajustados trajes domingueros de vistoso terciopelo con botones de metal, con el cigarro en la boca muchos, con un clavel detrás de la oreja algunos, casi todos con el flamante gorro colorado descansando sobre el hombro izquierdo y la chaqueta pendiente del derecho, cruzados sobre el ancho pecho los nervudos brazos, las piernas abiertas y combadas, como echando raíces en el suelo y queriendo reventar cada pantorrilla la lana ó la seda bajo la cual se hinchaba. Aquella reunión popular al aire libre, fatal y espontánea á un tiempo, venía á constituir una especie de lonja rústica, donde se contrataban jornales y se vendían productos agrícolas, donde se discutían y comentaban el tiempo y la próxima cosecha, el precio que alcanzarían el vino y el aceite, la escasez ó la abundancia de aguas de riego con los medios conducentes á su más útil aprovechamiento.

Entre tantas y tan parecidas conversaciones, interesaba por lo excepcional la de un corrillo compuesto de cinco ó seis campesinos, no lejos del que formaban el alcalde, el médico, el boticario y otras personas de viso en Alcornocal, si se descarta á D. Ramón del Soto, quien á la hora referida no había salido aún de su palacio.

– ¿Es cierto eso, Isidro? – preguntaba, estupefacto, uno de los aludidos campesinos.

– Mal rayo me parta, Blas, y Dios me arranque esta lengua pecadora, si mintió á sabiendas. Mejor quisiera ver malograda por el granizo la cosecha de mi viñedo, que calumniar al prójimo. Pues bien, ó yo no sé lo que me pesco, ó brujo y muy brujo es D. Ramón.

– ¡Jesús! – exclamaron á coro, santiguándose, los interlocutores de Isidro.

– Es decir, – prosiguió el llamado Blas, – que nuestro señor de Soto...

– Tiene pacto con el diablo... Estos lo han visto, – repuso bajando la voz y acercando á los ojos las yemas del índice y del cordial de la mano derecha.

Un estremecimiento de terror conmovió el corrillo.

– ¿Y qué es lo que viste? – se atrevió á preguntar un rústico nervioso y delgado, de ojos chispeantes.

– Ví y oí, – respondió Isidro, mirando con recelo en torno suyo. – Escuchadme. Ya sabéis que mi mujer padece un golondrino en el sobaco izquierdo. Anoche se acabó el ungüento, y poco antes de las ánimas, tuve que venir por él á la botica. Como me dijese el boticario que no lo tenía hecho y volviese dentro de un rato, le dejé mi jícara y salí á la plaza. Era el plenilunio; la noche estaba casi tan clara como el día. Con intención de tomar el fresco y echar un vistazo á mi viñedo, mientras me despachaban en la botica, tomé por esa calle.

– ¿La del Alcornoque?

– Sí. Ya sabéis que el palacio se extiende á lo largo de la calle y que sus ventanas traseras caen al barranco.

– Todo Alcornocal lo sabe.

– Pues, al llegar allí, sonó una voz extraña sobre mi cabeza.

– ¿Y qué dijo?

– No lo entendí; pero levantando los ojos, pude ver alumbrada y abierta de par en par una de aquellas ventanas. Volvió á sonar la voz; bajé la vista que fué á caer al otro lado del barranco, y entonces, á la luz de la luna, ví otra cosa todavía más extraña.

– ¿Qué... qué viste? – preguntaron todos agrupándose aún en torno de Isidro.

– Tendidas sobre la viña, al otro lado del barranco, largas y medrosas, ví dos sombras, la del brujo y la del diablo.

– ¡Jesús, María y José!

– El brujo, es decir, D. Ramón, porque era él, traía puesta una bata, la cabeza descubierta y los pelos de punta; el diablo...

– ¡Ave María Purísima!

– El diablo junto á él, sobre una mesa, estaba en cuclillas, con la boca muy abierta, pareciéndose unas veces á un cañón de artillería, otras á un sapo en el momento de saltar sobre su presa.

Los compañeros de Isidro daban diente con diente, y hechos una piña en torno de él, sus cuerpos se estremecían, como al impulso de una corriente eléctrica.

– ¿Y qué hacían? – preguntó Blas.

– Yo entonces quise huir; pero la curiosidad pudo más que el miedo, y haciendo la señal de la cruz y rezando un Ave María á la virgen del Carmen, que me acompaña en este escapulario, arrimado á la pared del palacio, debajo de la ventana de aquellos dos condenados, envuelto en la sombra para no ser visto del espíritu maligno, me puse á escuchar, el oído atento y la mirada fija en la viña alumbrada por la luna. Entonces la sombra del brujo se inclinó sobre la del diablo y le dijo al oído no sé qué; sonó un ruido de huesos ó de escamas, y casi al mismo tiempo, estas palabras que, la Virgen no me ampare si miento, oí con toda claridad: *Soy un diablo del otro mundo.* – Espíritu del Averno, – replicó entonces D. Ramón, – espíritu del Averno, ¿por qué me persigues en éste?

– Y el diablo, ¿qué contestó?

– Nada; se burló del brujo, remedándole. Su voz era ronca y gruesa, como salida de las entrañas de la tierra; el aire olía á azufre, el diablo jugueteaba con el rabo entre las piernas, y en cuanto á D. Ramón, á pesar de su brujería, conocí que no las tenía todas consigo. Yo temblé también, echando á correr como alma en pena. Al volver á la botica en busca del ungüento, mi cara debía ser la de un difunto, porque el boticario me preguntó si me había sucedido algo; le dije que acababa de encontrar un lobo, y me dió á beber una medicina que sabía al mismísimo demonio de D. Ramón.

– ¡Es espantoso! dijo uno de los labriegos.

– A mí no me llega la camisa al cuerpo, – añadió otro.

– Será cosa de avisar al señor cura, – concluyó un tercero.

– Nada de eso por ahora, – repuso Blas; – esas cosas son muy expuestas, y el diablo, aunque separado del brujo, pudiera tomar venganza en el delator.

– Dios nos libre.

– Amén.

– ¿Desde cuándo está poseído D. Ramón del espíritu maligno?

– Probablemente desde que vino de América, – contestó Isidro.

¿Y hay diablos en América?

– Más que aquí. Nunca nos enviaron cosa buena.

– ¿Y há mucho que D. Ramón vino de allá?

– Un mes escaso. Ya sabéis que el brujo vive en la corte, que viaja mucho y sólo pasa en Alcornocal una parte del verano.

– Dí del otoño, pues viene á la vendimia.

– ¿Y está muy lejos eso?

– *¿Cuálo?*

– América.

Yo no sé; dicen que cae en el otro mundo; primero hay que pasar esas montañas, luego toda la provincia, luego toda España, luego el mar, en seguida...

– ¿Y no se muere uno antes de llegar allá?

– Algunas veces.

– Pacto es preciso tener con el diablo para hacer ese viaje.

Pues... D. Ramón ya no es un niño.

– Por eso...

– Cierto, nadie mejor...

– ¡Ahora caigo! – dijo Isidro dándose en la frente una palmada. – Sí, amigos, mi mujer, el mes pasado cabalmente, hallándose una noche asomada á la ventana por la parte del barranco, al dar las ánimas, vió venir un brujo por los aires, montado en una escoba.

– Sería él, D. Ramón.

– ¿Quién había de ser sinó?

– Silencio, ahí está.

En efecto, un caballero de unos cincuenta años, de aspecto bondadoso y mirada inteligente, vistiendo *chaquet* y pantalón de color, chaleco blanco y sombrero de jipijapa, salía en aquel momento del palacio, dando el brazo á una hermosa dama como de treinta años, elegantemente vestida y en todo el esplendor de su hermosura, á cuyo lado se veía un joven petimetre de traje y de modales cortesanos que, unidos á su figura distinguida y estúpida á un tiempo, recordaban á un socio del Veloz-Club ó de la Peña. Los tres cruzaron la plaza con dirección á la iglesia, saludando de paso á los alcornocaleños en aquélla reunidos. Al pasar junto al grupo de nuestros campesinos, éstos, agitados y temblorosos, con disimulo clavaron los ojos en el suelo y más de una mano pugnó por levantarse á hacer la señal de la cruz.

– A quien compadezco es á su señora, – dijo uno, – tan guapa... parece un ángel.

– Y ese señorito que les acompaña ¿quién será? – preguntó otro.

– *Él*, el diablo tal vez, – contestó Isidro; – ya sabéis que el espíritu maligno se disfraza cuando quiere.

– Y ella ¿no sabrá nada? ¡Pobrecilla!

– Se han detenido á hablar con el señor alcalde y los del corro... Ya entran en la iglesia. ¡El diablo en misa! Hum, aquí va á pasar algo.

– Pues á mí, – dijo el más nervioso de los labriegos, – que me emplumen si creo en la brujería de don Ramón.
– ¿Por qué lo dices?
– Porque los brujos no van á misa.
– ¡Ta, ta! – replicó Isidro; – van cuando les conviene, á jugar á los santos alguna mala pasada, de embajadores del diablo; ó así va D. Ramón ó no coja yo un azumbre de mi vino.
– Convendría avisar al señor cura.
– Todavía no, – repuso Blas, – tengo una idea.
– Dila.
– Esta tarde en el café. La campana nos llama y el alcalde y sus amigos entran en la iglesia; vamos á misa ahora.
– Y si...
– No temáis, nada ocurrirá.
– Lo dijo Blas...
Un momento después, la plaza de Alcornocal quedaba desierta.

III

Conforme había asegurado Blas, la misa mayor fué devotamente rezada, sin que el diablo manifestara en modo alguno su presencia. Terminada la ceremonia, la plaza se volvió á llenar de concurrentes hasta la una, hora en que aquellas buenas gentes, después de dárselo al alma, daban al cuerpo el sustento apetecido. D. Ramón del Soto, su esposa y el petimetre, saliendo de la iglesia de igual manera que los vimos entrar en ella, se dirigieron al palacio. En cambio la plana mayor de Alcornocal, dando escolta al alcalde, comenzaron á pasear á lo largo de la plaza, en animada conversación, deteniéndose maquinalmente á ratos, gesticulando con energía, ya hablando todos á un tiempo, ya escuchando todos hasta quitársela al único que llevaba la palabra, sin cuidarse poco ni mucho de los ojos de los circunstantes, con frecuencia amenazados por las conteras de los bastones que enristraban sus sobacos.
– Para mí, – interrumpió el boticario, parándose bruscamente en medio de sus compañeros, – algo extraordinario ocurre en casa de D. Ramón.
– ¿En qué se funda V. para creerlo? – preguntó el alcalde.
– Primero en su retraimiento desde que regresó de su último viaje; ya no nos acompaña todas las noches al tresillo según acostumbraba.
– Esa no es razón, – objetó el médico; – desde que está con su mujer y tiene un huésped, naturalmente, pasa las veladas en familia. Además, él nunca fué gran jugador.
– Después, – prosiguió el farmacéutico, – la otra noche, convidando á ello la luna, tuve la humorada de salir con mi practicante á dar un paseo por la orilla del barranco.
– ¿Y qué? – dijo el maestro de escuela.
– Al llegar al pie de las ventanas del palacio, oímos voces y ruidos temerosos, como de una disputa acalorada, próxima á pasar á vías de hecho.
– ¿Y entendieron Vds. algo? – interrogó el albéitar.
– Distintamente, sólo estas palabras: – ¡Voy á arrancarte el alma, infame seductor! – En cuanto á lo demás, todo se reducía á imprecaciones y amenazas, propias de hombres dispuestos á reñir mortal combate.
– ¿Quién las profería?
– Dos eran los interlocutores; en uno de ellos poco hubo de costarnos reconocer á D. Ramón. Por lo que toca á la otra voz, ronca y de bajo profundo, por más vueltas que le dimos, no atinamos de quien fuese.
– ¡Cosa más particular!...
– No es esto todo, sino que la luz de la luna proyectaba sobre la viña de enfrente, al lado opuesto del barranco, la forma larguirucha de nuestro compañero junto á la de un ser extraño, algo semejante á una rana ó á una escoba, mientras aquél manoteaba y se movía como un poseído.
– ¡Ja, ja, ja!
– Señores, no es que yo crea en brujas ni en aparecidos... ¡no faltaba más! Con todo, aquello necesita una explicación que yo no encuentro.
– ¿Y no subieron Vds. á casa de D. Ramón? – preguntó el médico.
– ¿Tampoco saben Vds. si al fin vinieron á las manos? – añadió el alcalde.
– Ni á lo uno ni á lo otro puedo contestar, – prosiguió el boticario, – porque cuando me decidía á lo primero, como la botica se halla á un paso del barranco, fueron á llamarme á mi casa para la confección de un medicamento tan urgente como arriesgado. No me atreví á fiárselo al practicante y le propuse subir al palacio con cualquier pretexto; más al chico no le llegaba la camisa al cuerpo y se negó á verificarlo. Señores, hay más aún: Isidro, el propietario de la viña inmediata al barranco, estuvo anoche en la botica por un ungüento, y como éste exigiese alguna preparación, le ordené volver dentro de diez minutos. Pues bien, á la vuelta traía la cara como un difunto. Al preguntarle la causa, me contestó que había visto las orejas al lobo; pero yo sospecho que lo que vió y oyó fué lo mismo que nosotros. En cuanto á D. Ramón, no es probable que le aconteciera ninguna desgracia; todos acabamos de verle tan orondo.
– Otro tanto puede decirse de su esposa.
– Y del pollo cortesano.
– Señores, ¿quieren Vds. oir lo que yo creo? – repuso el médico.
– Somos todos oídos.
– Pues, con franqueza, que el de Soto va á necesitar en breve de mis servicios, ya que, por lo visto, está chiflado. La chifladura, señores, es la primera manifestación de la locura.
– Más bien creo yo otra cosa, – rectificó el albéitar.
– ¿Y es?...
– Que D. Ramón tal vez sorprendería con el petimetre á su mujer, con lo cual nada tiene de extraño que se armase allí la gorda; él le dobla á ella la edad y las mujeres...
– ¡Imposible! – replicaron todos, – acaban de pasar los tres á partir un piñón.
– No se fíen Vds. de las apariencias; el escándalo asusta al más templado, las conveniencias sociales se imponen en ciertas ocasiones. Pudiera muy bien ser...
– Doña Rosario goza fama de virtuosa, – argumentó el alcalde.
– Y con razón, – añadieron todos menos el albéitar.
– Sí, cobra fama y échate á dormir, – concluyó este último entonando la frase.
– Pero... vamos á ver, ¿sabe V. algo?
– ¿Yo? ni esto
– Pues entonces...
Un dependiente de la autoridad, saliendo de la casa Consistorial, llamó aparte al alcalde y habló con él breves momentos.
– Señores, – profirió éste, – la conversación de Vds. es tan agradable que me distrae de mis deberes; olvidaba que tengo citado al pirotécnico de Riafría para la fabricación de los fuegos que han de quemarse por San Cosme y San Damián, patrones de Alcornocal. Queden ustedes con Dios y no murmuren del prójimo.
– ¡Diantre! – exclamó el médico, – ¡las doce y media y mi enfermo sin asistencia! ¡Abur, señores!
– Oiga V., ¿en qué quedamos? – le gritó el boticario.
– ¿Sobre qué?
– Sobre lo que estábamos hablando.
– Por mí, queden Vds. como quieran; yo doy tiempo al tiempo; lo que fuere sonará, – respondió el facultativo, ya próximo á la embocadura de la calle Mayor.
Y como estas últimas palabras hubiesen llamado la atención de algunos paseantes, que volvieron la cabeza, el resto de nuestros interlocutores reanudaron en voz baja la interrumpida conversación.
No habían trascurrido diez minutos, cuando un alboroto desusado en Alcornocal, cundiendo á lo largo de la calle Mayor y tomando á cada instante más ruidosas proporciones, vino á sobresaltar á cuantos se hallaban en la plaza.
– ¡Allá va! ¡Cuidado con él, cuidado con él! – gritaban muchas voces.
Y el caso á la verdad no era para menos. Un novillo de una vacada que se hallaba pastando en las cercanías, partidario tal vez de una emancipación extemporánea, había penetrado en el pueblo y campaba por su respeto á lo largo de él, dirigiéndose á la plaza, muy dispuesto, según se desprendía de su actitud, á no dejar títere con cabeza. El rabadán le seguía jadeante, dando voces que secundaban los vecinos, mientras la fiera, repartiendo cornadas á diestro y siniestro, intentaba derribar cuanto á su paso se oponía.
En un abrir y cerrar de ojos, todo Alcornocal quedó convertido en un campo de Agramante, la plaza en circo taurino y los alcornocaleños en Lagartijos y Mazantinis forzados. En la calle Mayor, que por ser casi la única era bastante extensa, susto general, corridas de personas y bestias, voces de hombres y mujeres, lloros de niños, gruñidos de cerdos y cacareos de gallinas, cierre de puertas, vuelcos de sillas, tañidos casuales de campanillas y cencerros, alternando todo ello con los frecuentes mugidos de la fiera, repercutidos á intervalos por los ecos de las próximas montañas, componían una sinfonía exótica y salvaje, tan inimitable como digna del oído inculto del hombre primitivo. En la plaza deshiciéronse los grupos como banda de gorriones á la pedrada de un pilluelo; cerráronse todas las puertas con estrépito, y algunos paseantes morosos ó descuidados, sin tiempo para guarecerse en los edificios, quedaron poco menos que incrustados en las paredes, confundidos algunos con las cariátides del palacio, sin otra señal de vida que un nervioso temblor agitando sus cuerpos convulsivos. Casi instantáneamente, cruzando un tren aquella región desheredada, la locomotora lanzó un fuerte silbido en son de burla contra aquellos infelices, y los vagones, al rodar sobre un puente que salvaba el río, traquetearon produciendo un ruido estridente que bien pudiera tomarse por la carcajada del progreso en las barbas desgreñadas de la barbarie.
En tanto el novillo, furioso y resoplante, al llegar á la embocadura de la calle, topó con un asno abandonado en el tumulto, arremetióle en un decir Jesús, y mezclándose mugidos y rebuznos, lo abrió en canal de una cornada. El rabadán, mozo fornido y alto, aprovechando un descuido de la fiera distraída con su víctima, cerró con ella agarrándola de los cuernos y haciendo esfuerzos inauditos para derribarla, hasta que venciendo el bruto al hombre, lo despidió de una fuerte sacudida, dejándolo en tierra ensangrentado y polvoriento. Acto continuo la fiera penetró en la plaza; cuadróse en mitad de ella, alta la cerviz, hinchadas las narices; arañó el suelo con las pezuñas de las manos y lanzó en son de reto un mugido precursor de nuevas fechorías.
Entonces el alcalde, asomado al balcón consistorial entre dos concejales, gritó con todos sus pulmones:
– Vecinos de Alcornocal, ¿seremos tan cobardes que nos rindamos todos á un becerro?...
Apenas hubo proferido estas palabras, dos guardias rurales, única fuerza pública con que contaba la población, bajaron arma al brazo hacia la plaza. En el mismo instante, todas las puertas, como bocas ahítas, se abrieron vomitando labriegos armados de palos y aperos; quién empuñaba la reja, quién la azada, quién el rastrillo, éste una piqueta, aquél un asador; muchos con ánimo de capear al bicho, salieron medio envueltos en la percalina roja y amarilla de las colgaduras con que en las grandes festividades engalanar solían sus ventanas.
Los guardias rurales, en actitud de apuntar á la fiera, permanecieron indecisos, no atreviéndose á hacer fuego por temor de herir á algún vecino. Todos, enarbolando sus útiles convertidos en *trastos*, haciendo muletas de las colgaduras, cerraron contra el animal, que acosado de tal suerte, arremetió con ellos y derribando á unos y contundiendo á otros, magullado él también, abrióse paso entre una nube de polvo hacia la calle del Alcornoque, seguido en tropel de los improvisados diestros.
El novillo, que era de pies y corría como fiera perseguida, detúvose bruscamente al llegar al borde del barranco; quiso retroceder, más impidióselo una muralla de gente parapetada tras otra muralla de armas amalgamadas. Incierto el animal entre retroceder ó despeñarse, volvió á arañar el suelo con fiereza y lanzó un nuevo mugido.
– No hay nadie enfrente... ¡Esa, esa es la ocasión de darle un tiro! – gritaron varios labriegos dirigiéndose á los guardias.
Los aludidos, apercibidas las escopetas, avanzaron entre la multitud que se estrujaba por abrirles paso. Pero antes que tuvieran tiempo de apuntar, abrióse una ventana del palacio, sonó una detonación, y el toro, retrocediendo de improviso, después de trazar un arco con el testuz, cayó redondo al suelo como si lo descabellara Lagartijo. Todos instintivamente alzaron los ojos á la ventana y vieron en ella al petimetre empuñando una carabina Remington, humeante todavía.
– ¡Soberbio tiro!
– ¡Vaya una puntería!
– ¡Ole por el señorito! – prorrumpieron alternativamente muchas voces.
El héroe de la aventura hizo con la mano un saludo militar en señal de gratitud, y dejando á un lado la carabina, trabó conversación con D. Ramón y su mujer, quienes se habían acercado á la ventana á presenciar lo que ocurría.
En un momento casi todo Alcornocal, hombres, mujeres y niños, rodearon el cadáver de la fiera, y habiéndole atado á los cuernos y cerviz algunas cuerdas, y tirando de ellas á porfía, procedieron á un triunfal arrastre por las calles y plaza del lugar, entre remolinos de polvo y estruendosa vocería.
Isidro y Blas, con sus compañeros de corrillo, permanecieron en la plaza comentando el caso, según el leal saber y entender que á su limitada inteligencia convenía.
– A mí no me la pegan, – murmuraba el primero; – todo eso ha sido obra del brujo; Dios y la Virgen nos amparen, no presiento cosa buena; él azuzó la fiera, él la mató; ese toro era el diablo, el enemigo de Dios y de los hombres.
– Pero, ¡si el diablo no se muere ni le matan nunca! – objetó un rústico.
– Ha muerto como toro, no como espíritu maligno, – observó Isidro.
Sus interlocutores menearon la cabeza, no creyendo ó no explicándose una muerte tan compleja.
– Oíd y lo entenderéis, – repuso el campesino; ¿es cierto que el diablo se disfraza cuándo y cómo quiere?
– Sí, sí.
– Pues bien, esta vez se ha disfrazado de toro, mejor dicho, se ha metido en el cuerpo de esa fiera...
– ¿De suerte que la fiera tenía el diablo en el cuerpo?
– Eso es. El petimetre de un tiro ha matado á la fiera, y el espíritu, no teniendo ya dónde aposentarse, ha volado á otra parte, sano y salvo como antes. ¿Lo entendéis ahora?
– Perfectamente; como, cuando nos morimos, nuestro cuerpo y nuestra alma se separan, muerto el uno, viva la otra.
– Las fieras y los malvados, – observó Isidro, – todos tienen el diablo en el cuerpo; por eso hacen daño, por eso van al infierno después de muertos.
– ¿También las fieras se condenan? – preguntó uno de los labriegos.
– ¡Qué duda tiene! ¿No viste nunca serpientes, dragones y otras alimañas, acompañadas de los demonios en los infiernos que nos pintan?
– Sí que los ví.
– Pues aquellas son fieras condenadas como el toro que ha matado el petimetre.
– ¿Y adónde habrá ido ahora el espíritu maligno?
– Eso debe de saberlo el brujo.
– Si avisáramos al señor cura.
– De ningún modo, ¡ya os he dicho que tengo una idea! – interrumpió vivamente Blas, quien hasta entonces había permanecido meditabundo.
– ¿Una idea?
– Sí, un plan.
– ¿Y cuál es?
– Muy sencillo, darle una paliza.
– ¿A quién?
– Al diablo.
– ¡Al diablo! ¡Imposible!
– Ya veréis.
– ¿De qué manera?



PRIMERA VISITA DEL CONVALECIENTE Á LA IGLESIA, cuadro de Hugo Wehmichen



EL SIETE-DURMIENTE, cuadro de Otto Gelle

– Aguardadme en el café esta tarde y hablaremos. Como seais hombres de pelo en pecho, yo os lo fío, ni el brujo ni el diablo han de volver á molestarnos.

– A fe que no faltaré.

– Ni yo.

(Continuará)

INSECTOS Y FLORES

Acontece á menudo despreciar lo pequeño, no poner atención en su utilidad, ni parar mientes en su verdadero papel. También sucede á muchos que miran superficialmente los hechos que á su vista pasan, no reconocen sino lo exterior de las cosas, fijándose poco ó nada en que el hecho natural más insignificante, sobre explicar otros fenómenos y ser fuente de aplicaciones prácticas, lleva dentro de sí una ley suprema que es necesario investigar y descubrir.

Por fortuna la naturaleza presenta de continuo en su evolución perennes ejemplos infinitos de solicitud con lo pequeño, ya proveyendo á sus necesidades, como madre solícita y cariñosa, ya juntando y reuniendo la labor individual y el débil esfuerzo de sus más insignificantes hijos para ofrecerlo á la contemplación de los grandes, según acontece con el trabajo incesante é inmenso de los foraminíferos, ya aprovechando lo pequeño en sus obras perfectas y sublimes, en los momentos de multiplicación de los seres, en establecer relaciones y enlaces entre las familias y aun en la fabricación de galas y adornos que deben ostentarse en las fiestas de la primavera ó en las misteriosas nupcias de las flores.

En esto, que puede calificarse de relaciones de seres y aún de evolución, en cierto sentido, los organismos, si insignificantes por tamaño, bastante adelantados en la escala general de la creación, gozan importantes privilegios, á la par que cumplen funciones admirables. Buena prueba de ello se encuentra en el ya clásico estudio del egregio naturalista Darwin acerca de la fecundación de las orquídeas por los insectos y en la relación de los colores de éstos con los de las flores, acerca de cuyo punto pueden hoy citarse muchos y curiosos fenómenos, que habré de examinar, en conjunto, en el presente artículo. Mas antes de entrar de lleno en el asunto, he de manifestar que reconozco en los seres todos y en la naturaleza misma un como instinto ó sentido á desdoblarse y manifestarse en mil formas diversas, á la manera que las flores encerradas en el capullo ábrense en la primavera para ostentar las bellezas de la corola, ó como los frutos dehiscentes tienen la propiedad ó fuerza expansiva en cuya virtud rompen el pericarpio y dejan caer la semilla, entregándola confiados al maternal cuidado de la tierra. Este como anhelo y necesidad de reproducirse explica multitud de actos y fenómenos inexplicables de otra suerte, y aun la misma adaptación al medio y el modificarse una especie cuando no puede perpetuarse en determinada forma, parécenme á modo de manifestación de esta fuerza que es al cabo el carácter de la naturaleza misma trasmitido á sus hijos todos.

En este sentido el papel de lo pequeño, el trabajo de esos diminutos seres que pululan por todas partes, es sobremanera importante. Hay una planta delicada que vive bajo las aguas, es monoica y la flor masculina crece en las orillas de los ríos. Cuando llega la época de la florescencia, el individuo femenino asciende á la superficie de las aguas, allí abre el botón de su flor y si un insecto no deposita el polen que adherido á sus patas lleva del individuo masculino, no puede haber fecundación, pero al tocar el animal la flor acuática, ciérrase y torna al fondo de las aguas ya fecundada. Este hecho, cuya observación, sobre ser curiosa é importante, es agradable en extremo, constituye uno de los casos más sencillos de este trabajo de los insectos y puede servirnos á modo de punto de partida en el examen de sus relaciones con las flores.

Cuando no se hallan los individuos masculinos y femeninos en un mismo pie de planta la fecundación verifícasé por dos medios distintos, á saber: el aire y los insectos, y es realmente cosa notable examinar los caracteres de las flores fecundadas por cada uno de estos dos medios.

En un estudio muy importante acerca del particular, recuerdo haber leído una muy ingeniosa comparación, que puede dar idea de ambos medios y á la par de la solicitud verdaderamente maternal de la naturaleza. Supóngase que se trata de mandar á Europa desde América una cantidad de trigo; podría hacerse—y esto fuera lo más primitivo y elemental—arrojando el grano al mar, confiándolo á la corriente del Golfo, seguros de que llegaría porción insignificante, ó bien embarcándolo en un vapor, de cuya manera las pérdidas serían escasísimas. Estamos en un caso parecido al primero en la fecundación de las flores femeninas por el aire y se asemeja al segundo la fecundación por los insectos. Realmente son estos los procedimientos naturales y conviene fijarnos en la manera cómo se efectúan y en las relaciones que establecen entre las flores y los medios de fecundación, en cuyo asunto se comprenden los siguientes puntos:

Condiciones de las flores y caracteres esenciales, según se fecunden por el aire ó por los insectos (colores, inflorescencias, formas de las flores).

Relación del color de las flores y el de los insectos que las fecundan.

Papel de los olores, esencias y demás productos segregados.

Elección de los insectos de ciertas partes coloreadas.

Respecto del primer punto hay que notar cómo las flores fecundadas por polen que arrastra el aire están siempre en ramas altas y muy al descubierto. Los cálices son rudimentarios generalmente, las inflorescencias en racimo y otras formas por el estilo, únense con frecuencia para ofrecer gran superficie. Son casi siempre de color blanco, verde ó con matices poco definidos y de continuo claros; ninguna cubierta especial protege los órganos sexuales, antes por el contrario, hallánse al descubierto y como desnudos, los masculinos para abandonar con presteza el polen, los femeninos á fin de recogerlo cuando hasta ellos lo lleve una corriente aérea. Todo en estas flores es visible y nada permanece encerrado ó protegido; confiadas en el inconstante viento, á merced de sus corrientes abandonan los gérmenes, de los cuales la mayor parte ha de perderse necesariamente.

Esto explica, en cierto modo, el aspecto probable de la flora de la tierra antes de la aparición de los insectos, flora escasa en especies á cuya multiplicación contribuyen no poco los mismos insectos y el color verde ó á lo más blanco de todas las flores. ¡Triste monotonía en verdad la de la primera infancia del globo, que contrasta con la infinita variación de su edad viril y de su misma vejez!

En cambio examínense las flores fecundadas por los insectos. Escóndense en su interior los órganos sexuales, protegidos por una corola alargada contra las inclemencias del tiempo. Son coloreados los pétalos con matices variables al infinito y allá en el nectario hay glándulas que segregan líquidos azucarados de exquisito aroma. Abrense estas flores en ramos que casi nunca son terminales y parece que en ellas la naturaleza ha dispuesto las cosas de modo adecuado para recibir á huésped que á la flor trae tan rico presente. Aquí no se pierde polen y no es preciso que lo haya en exceso; porque al insecto atráenle á la planta irresistibles encantos y por nada se posaría en otra flor.

Cuando se observa la coloración de las flores fecundadas por los insectos, puede preguntarse si sus matices atraen en realidad al animal, porque es observación ya antigua que cada flor es preferida por determinada especie de insectos. A fin de comprobarlo citaré tan sólo dos experimentos practicables con facilidad extraordinaria y en cualquier tiempo.

Obsérvase que las mariposas acuden siempre á flores de determinado color; en una planta cualquiera colóquense algunas de ellas artificiales ó aun sustitúyanse todas. Las mariposas acuden lo mismo, se posan en las flores artificiales y revolotean en torno suyo engañadas por la semejanza del color.

También pueden quitarse los pétalos de las flores predilectas de determinados insectos y no se les verá acudir á ellas aun cuando queden intactos los órganos de la germinación, lo cual demuestra que el color de los pétalos ejerce poderosa atracción sobre ellos.

Otras veces, para demostrarlo, se cubre la flor de un color distinto del suyo y habiendo varias en el mismo pie de planta, no se ponen nunca los insectos sino en aquella que tiene su coloración natural inalterable. Todavía los insectos que se alimentan de flores, dejan sin atacar las partes que se han coloreado previamente y sólo devoran las del color que les atrae.

Estos hechos demuestran, en mi sentir, dos cosas: el color de las flores ejerce acción sobre los insectos que las fecundan y éstos, á su vez, poseen en grado eminente el sentido del color y cierta especie de elección estética que puede causar en ellos una suerte de sentido artístico, tan primitivo y rudimentario como se quiera. Así, pues, en el solo hecho de la fecundación de las flores por los insectos hay lugar á establecer cierta serie de relaciones importantísimas entre unos y otros seres. Como en la naturaleza no existe nada inútil y sin objeto, puede afirmarse que entran por mucho en el acto especial de la propagación de las plantas estos que pudieran llamarse accidentes exteriores de la flor; porque si en la corola halla el insecto no sólo sabrosísimo alimento y materiales con que elaborar dulce miel, sino algo como satisfacción de un rudimentario placer estético, ya sirven para algo más que recreo de la vista los ricos aromas y los pintados pétalos, verdadero encanto de quien lleva en sus patas lo que ha de propagar tanta belleza y esplendor en serie indefinida de individuos.

Pero esto sería bien poco si tales condiciones de las flores no tuvieran otro carácter muy singular y notable. Fijando la atención sólo en el color, por ser la condición más saliente, he de hacer notar, que á excepción de algunos himenópteros, en los cuales no está bien estudiada la desemejanza, el color de los insectos tiene grandes analogías con el de las flores que frecuentan, estableciéndose por esto una relación que hace pensar si las plantas pagarán la acción fecundante de ellos, dotándolos de sus mismos matices ó si las flores deberán en realidad su color á los insectos. Paréceme que ambas cosas son ciertas, en cuanto las flores debieron adaptarse primero á las condiciones especiales necesarias para atraer los seres á cuyas patas va adherido el fecundante polen y por adaptación también explícase que los insectos tomen el color de las flores que les sirven de alimento. Se puede probar lo primero examinando las corolas monocromas en relación con los insectos que de ellas se alimentan ó en ellas se posan, para lo cual es suficiente observar cómo las mariposas blancas van de ordinario á posarse en flores claras ó blancas y las oscuras acuden á su vez á las flores oscuras; libélulas, pulgones y otros insectos prefieren las partes verdes y en general aquellas que más se parecen á sus colores. En las corolas manchadas se nota siempre gran concurrencia de insectos con manchas sobre una tinta uniforme y por punto general los colores vivos atraen siempre á individuos que también los poseen. Hay, pues, una estrecha relación entre los colores de los insectos y los de las flores; pero no relación tan sencilla como pudiera parecer á primera vista, sino dependencia mutua, en cuanto el matiz de no pocas corolas ha de deberse necesariamente á insectos que las frecuentan y han modificado en tiempo más ó menos lejano.

Es ya un hecho adquirido por la ciencia y confirmado plenamente con las observaciones de Hœckel en la India que casi todos los seres toman el color del medio en que viven, así que la fauna de ciertas regiones es de color verde, sobre todo varias especies de reptiles inofensivos, que sirven de alimento á animales mayores. Tal hecho, que no es otra cosa sino mero fenómeno de adaptación al medio, tiene dos objetos: hacer que el animal, por tener color semejante á las hojas ó á las flores, se libre de la persecución de sus enemigos, ó bien hacerle invisible para su presa, que puede cazar libremente protegido por la coloración. En punto á esto, la importancia del color en la naturaleza es tan grande que no sólo los insectos por las flores, sino unos por otros tienen predilección ó aborrecimiento á causa del color, dándose el caso de ver un insecto atacado por otro, defenderse presentando un matiz determinado, y cadáveres medio devorados con algunos puntos de distinto color que el general del cuerpo, perfectamente intactos como si preservaran del cruel enemigo.

Cuanto va dicho es suficiente para demostrar las mutuas influencias y relaciones de flores é insectos, cuyo papel en la naturaleza se completa y cuyo trabajo, por demás interesante, demuestra los medios ingeniosos por los que la vida se continúa en formas infinitas. Como en el hombre los sentidos constituyen los intermediarios por los que el mundo exterior penetra en nosotros, así en los insectos valen y contribuyen á establecer una vida de relación, si en círculo más limitado y estrecho, no menos interesante y digno de estudio que la vida de relación del hombre mismo, ya que no sólo en lo grande sino quizás con mayor claridad en lo pequeño se ven confirmadas aquellas eternas é inmutables leyes por las que se rige la variación de las formas.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

CARTA DE AMERICA

Nueva Orleans. – Los buques y su cargamento de algodón. – Las prensas del algodón *(cotton presses.)* – El Mississippí y el cultivo de naranjas.

En 20 de diciembre de 1803, Francia cedía la Luisiana á los Estados Unidos, y Nueva Orleans se convertía en americana; pero la influencia del carácter francés, á pesar de los ochenta y tres años trascurridos, es todavía muy sensible en esa gran ciudad, que cuenta hoy más de 216,000 habitantes, de los cuales unos 20,000 son franceses. La alegría y el movimiento que reinan en las calles no tienen el carácter que predomina en las demás ciudades de los Estados Unidos; y en ciertos barrios, el viajero podría creer que está en país francés. Este idioma, por otra parte, hállase aún muy generalizado; los anuncios y los edictos se traducen hoy al francés; y los habitantes de los barrios bajos de la ciudad no podrían vivir en ellos cómodamente sin estar familiarizados con esa lengua.

Muchos nombres de calles y rótulos de tiendas son puramente franceses. Los antiguos colonos y los representantes de Francia en esa ciudad han dejado profundos recuerdos; pero de día en día desaparecen gradualmente, y sin duda muy pronto se perderán para siempre.

Seguramente no hay en el mundo puerto más extraño y pintoresco que el de Nueva Orleans.

Desde setiembre á diciembre una multitud de trabajadores negros y mulatos se ocupa en recolectar el algodón en el interior de la provincia; en los trenes del camino de hierro, y particularmente en los buques, se cargan cantidades enormes, y el movimiento de los negocios es considerable.

Los buques mercantes, que parecen fortalezas flotantes con muros formados por pacas de algodón, llegan de todas partes para inundar muelles y almacenes con los productos cosechados. En un solo cargamento, uno de esos inmensos barcos conduce á veces más de 8,000 balas de algodón.

El que representamos en la fig. 1, el vapor *Henry Frank*, mide 95 metros de longitud y puede contener sobre 2,600 toneladas. Su cargamento se componía de 9,226 balas de algodón, 1,213 sacos de simiente del mismo, otros 1,224 de *oil cake*, ó sean tortas de simiente de lino, 500 sacos de grano de diversas clases y 27 fardos de toda especie. Este conjunto era equivalente á la enorme cifra de 10,226 balas de algodón reunidas.

A su llegada á Nueva Orleans, el 2 de abril de 1881, este vapor produjo sensación en los muelles de desembarque, y su capitán J. F. Hicks fué objeto de una ovación, pues jamás se había visto hasta entonces un buque de aquella especie con tan considerable cargamento.

Uno de nuestros grabados (fig. 3) representa un buque análogo; es el vapor *E. D. Richardson*, sin cargamento alguno, como es fácil ver.

El método para cargar es curioso. El vapor tiene una inmensa sala central, que ocupa casi toda la longitud



Fig. 1.—VAPOR CARGADO DE BALAS DE ALGODÓN, EN NUEVA ORLEANS

de su puente, destinada para los viajeros, limitada á ambos lados por los camarotes, que tienen cabida para más de 200 personas, y por las diversas dependencias para el servicio. Esta sala recibe la luz de una galería cubierta, que sirve al mismo tiempo para la circulación exterior; el primer piso está construído lo mismo, el segundo corona estas galerías de maderamen, adornadas con cierta elegancia. Al nivel del puente, un ancho entarimado saliente, sostenido sólo de trecho en trecho por las armaduras de hierro que forman parte de la construcción de la sala grande y de los camarotes, aumenta la superficie general del vapor. Este entarimado forma un bao considerable; el del *Henry Frank* mide 17 metros de anchura, y en su superficie se comienza á colocar las balas de algodón, poniéndolas de modo que oculten completamente las salas y galerías donde están los viajeros, y teniendo cuidado de dejar los huecos necesarios para que penetre suficiente aire y luz. Terminada esta operación, las balas llenan los costados del buque, subiendo hasta la galería superior, donde los viajeros pueden circular.

El peso de este cargamento hace que el barco se sumerja mucho; de modo que el nivel del agua alcanza casi á la primera línea de pacas que están en el entarimado N. (cada bala pesa unas 450 libras), y con frecuencia la moja, á causa de los movimientos del buque.

Cuando los cargamentos se desembarcan en el muelle, los traficantes llegan al punto para comprar lo que necesitan, é inmediatamente se envían las balas á las *cotton presses* (prensas de algodón) para comprimirlas.

Una de las cosas más características de la ciudad es el barrio donde se hallan estos vastos establecimientos; cuéntanse unos 25 en Nueva Orleans, y la instalación de cada uno de ellos ha podido costar de 400,000 á 500,000 pesetas. Contienen gran número de prensas de diferentes modelos, pero los más usados son los que llaman *Taylor's hydraulic* y *New Morse*. Este último está en favor desde 1877, pues cuéntanse en la ciudad 55 prensas *New Morse;* mientras que sólo hay 32 de *Taylor*. Mr. Morse, que es el inventor de estas magníficas máquinas, ha fabricado muchos modelos desde 1872, pero el último, el que se llama *Nuevo Morse*, parece reunir todas las condiciones de economía, solidez y fuerza. Muchas de estas prensas han comprimido ya de 500,000 á 1.000,000 de balas sin haber sufrido aún el menor deterioro. Es curioso ver estas máquinas cuando funcionan: varios negros cogen la bala de algodón y la colocan debajo de la prensa, que al punto se pone en movimiento (fig. 2), aplanando el fardo con su formidable peso (5 millones de libras) y reduciéndole á unas tres cuartas partes de sus primitivas dimensiones. Arrollada en un lienzo ordinario, la bala se sostiene y queda sujeta por unos flejes de hierro que se pasan á través de unas muescas practicadas al efecto en las planchas de compresión; los operarios fijan después los flejes, y la máquina arroja la bala de algodón para recibir otra. Los flejes de hierro han sustituído á las cuerdas que antes se empleaban, lo cual es un gran adelanto: fueron inventados, y después simplificados por los ingenieros M. Lewis Miller y S. H. Gilman.

Gracias á las prensas, los buques tienen la ventaja de poder cargar un número mucho más considerable de balas de algodón, y por eso pagan un derecho de 65 centavos ó 3'25 pesetas por bala. Se exportan anualmente unos 2.000,000.

Las dos terceras partes de la población de esta ciudad se ocupan en este tráfico, pudiéndose apreciar en 500 millones de pesetas el valor de la exportación anual de esa primera materia.

Una de las más importantes cuestiones que debían resolverse respecto á las máquinas de comprimir era averiguar si la calidad del algodón sería siempre la misma cuando la bala hubiese sufrido la acción de la prensa.

Asegurábase generalmente que el algodón no se hilaba bastante bien cuando se había comprimido, y que su calidad era inferior á la del que no estaba prensado.

Los fabricantes del norte de los Estados Unidos eran de este parecer, pero según la noticia que M. J. C. Hemphill publicó en el *Special report n.° 47*, *Departement of agriculture of Washington*, vemos que en Inglaterra no se participa de esta opinión. Después de algunos experimentos practicados con balas procedentes de las provincias de la India, las ideas sobre el particular han cambiado aquí, y por otra parte, M. Dumont, gran fabricante en el condado de Gaston, en la Carolina del Sur, parece haber demostrado, después de practicar muchas pruebas, que lejos de disminuir las buenas condiciones del algodón, mejorábanse por el contrario con las prensas. Entre otras cosas, observó con asombro que el algodón comprimido tenía menos pérdida y que resultaba, por lo tanto, un producto más abundante. El hilo fabricado con algodón sin comprimir era tal vez más fuerte; pero la ligereza y regularidad del otro eran superiores, y estas son las cualidades que se consideran hoy de más importancia.

El puerto de Nueva Orleans es uno de los primeros de los Estados Unidos.

El Misissippí es magnífico.

Si se quiere llegar á la desembocadura del río, en el Golfo de México, el viaje durará unas doce horas; pero el grandioso panorama que se ofrece á la vista durante este tiempo es tan interesante con sus variados aspectos, que no puede existir la monotonía.

En sus partes más bajas el río tiene cerca de 50 metros de profundidad; el barco se acerca á menudo á la orilla, y el camino que debe seguir varía según las estaciones, pues el canal se halla tan pronto en el centro del Mississippí como en las márgenes.

Las sinuosidades son numerosas; los campos de cañas de azúcar y los arrozales cubren los campos, así como los grandes plantíos de naranjas.

Los árboles cubiertos de flores y frutas embellecen las orillas, formando deliciosos marcos en las casas y las hermosas quintas de los cultivadores ricos del país.

El comercio de naranjas es considerable en las orillas del Mississippí, en los alrededores de Nueva Orleans. El naranjo no comienza á producir fruto en estas regiones sino al cabo de seis años, y cuando llega á esta edad, puede dar hasta 3,000 naranjas al año; un poco más tarde se recogen en el mismo tiempo hasta 6,000; hasta se habla de árboles que dieron 8,000; pero estas son excepciones.

La conservación del naranjo da muy poco que hacer; por 2'50 pesetas al año un jornalero se encarga del trabajo.

Para comprender el enorme beneficio que un solo árbol produce á un propietario, bastará saber que el ciento de naranjas se vende á razón de 15 pesetas.

Los paisajes se siguen unos á otros, iluminados por los rayos del sol; son cuadros resplandecientes de luz, de un aspecto verdaderamente fantástico. El cultivo es más raro á medida que el viajero se aproxima á la desembocadura del Mississippí; sólo se ven algunas granjas sombreadas por añosos árboles cubiertos de líquenes, que los invaden poco á poco y acaban por matarlos. La gente del país re-

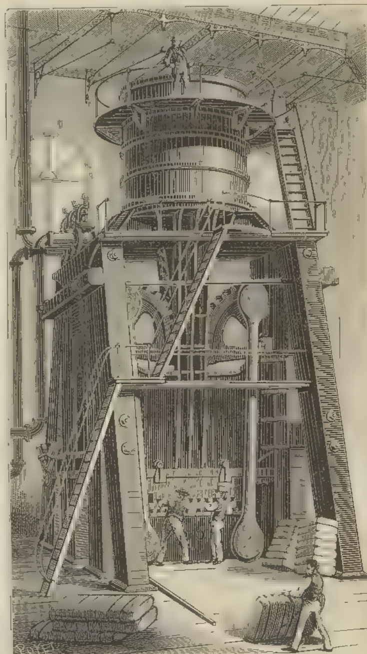


Fig. 2.—PRENSA HIDRÁULICA USADA EN NUEVA ORLEANS PARA EMBALAR EL ALGODÓN

coge esas plantas parásitas, y después de secarlas empléalas para los mismos usos que las algas que recogemos en nuestras costas.

En este largo trayecto se encuentran muchos buques; he visto, entre otros, un pequeño vapor que se acercaba á nosotros con gran celeridad: era el vapor-correo que hace el servicio para los pueblos y campos ribereños. Cuando este barco está próximo á la orilla, echa una especie de puente levadizo; tres hombres bajan al punto, empujando hacia tierra, barriles, paquetes y otros objetos, bastando un minuto para esta maniobra; los hombres vuelven al barco, levántase el puente levadizo, y el vapor prosigue su marcha para ir á depositar cartas y paquetes en otra parte, siendo tal su rapidez, que cualquiera diría que ha desaparecido como por encanto. El río comienza á estrecharse por fin; las orillas están cubiertas de cañaverales, así como también los terrenos arenosos poblados de una infinidad de aves silvestres que huyen despavoridas al oir el ruido del vapor. El delta del Mississippí ocupa un territorio inmenso, donde los desiertos pantanosos ocupan una extensión que se pierde de vista. La salida del río es muy estrecha, pues hállase encajonada por muelles toscamente construídos sobre estacas con faginas, entre las cuales se han colocado piedras; sólo tiene una anchura de 200 pies, que da entrada al golfo de México.

ALBERTO TISSANDIER

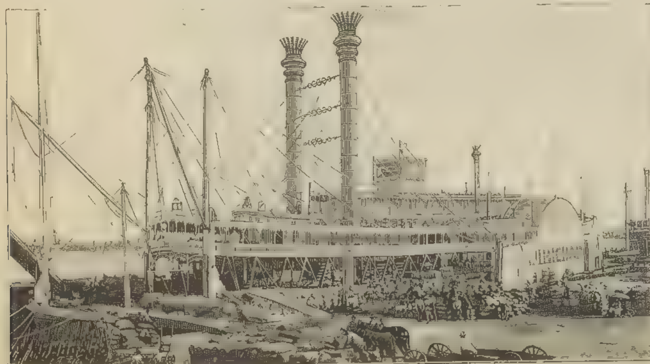


Fig. 3.—VAPOR DESCARGADO DE LAS BALAS DE ALGODÓN

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Sabiendo que mis remeros son impresionables y alborotadores, tengo en este instante la feliz idea de mandar recoger velas, excepto el foque. El agua toma un tinte terroso, y las olas son cada vez más verticales: estamos en la barra. Una ola enorme se precipita contra la embarcación, levántala como una pluma y déjala detrás; entonces flota sobre una agua amarilla, unida como el hielo, pero de pronto vemos avanzar por la proa, dominando esta superficie plana, y con la rapidez de un escuadrón de caballería que va al galope, una ola vertical como un muro, coronada de espuma; el cielo presenta un color plomizo, el viento sopla con furia, el aspecto es verdaderamente siniestro..... Pocos segundos después prodúcese el choque; la barca desaparece en medio de torbellinos de espuma, con un estrépito que domina los gritos de la tripulación; la embarcación no sobre nada sino con el auxilio de los balancines, porque está llena de agua, pero hemos avanzado medio cable, y mi gente tiene tiempo para vaciarla casi antes de llegar la ola siguiente; repítese la escena ocho ó diez veces, y el último choque nos lanza al río de Gigaquit.

Las diversas piezas de mi equipo sobrenadan suavemente en el fondo de la barca: furioso al ver esto, cojo al timonel por el cuello y le grito: «¡Miserable *talisan!* (1) ¿Cómo te atreves á venderte por piloto si nunca has navegado por aquí?»

—Dispense usted, caballero, – me contesta, – conozco perfectamente la costa.

—Entonces ¿por qué no me advertías la dificultad de esta barra?

—Dispense usted, caballero; parecía usted tan enojado en el momento de marchar, que no me atreví á hacerle observaciones.

En la orilla del río elévase el convento de Gigaquit; en el instante en que voy á entrar, un europeo, tan mojado como yo, llega por otro lado: es el P. Puntas; ambos llevamos la ropa pegada al cuerpo, y no podemos menos de reirnos al vernos. El P. Esteban Yepes, misionero de Gigaquit, acude presuroso y recíbeme cordialmente, como todos sus hermanos. El convento es grande, con tejado de palastro bien seco; una buena hoguera encendida en un cobertizo me permite limpiar bien todos mis objetos, y á fe que la tarea no es nada fácil, pues únicamente los cronómetros, bien preservados en su caja, no se han mojado.

El P. Yepes me dice que en la presente estación todas las barras de los ríos que van á verterse en el Pacífico son peligrosas, y que los de Gigaquit y de Catel son los peores. Las barras y las grandes olas, tan temidas de los indígenas, reconocen la misma causa. Desde noviembre á abril, época en que sopla casi continuamente el viento nordeste, el mar se desencadena sobre la costa oriental de Mindanao, que no está resguardada, y que no tiene puerto alguno. Las olas que se forman en la inmensidad del Pacífico encuentran bruscamente los fondos bajos constituídos por los bancos de zoófitos, y adquiriendo entonces una gran elevación, estréllanse violentamente, rodeando la costa de una faja de espuma que se prolonga desde Placer hasta la bahía de Mayo.

En los alrededores de Gigaquit la costa está constituída por altas y empinadas montañas, que siguen todas las direcciones, sumergiéndose en el mar con pendientes muy escarpadas. Los plantíos de abacá, el lavado de las arenas auríferas y la explotación de los bosques son los principales recursos de la costa comprendida entre Gigaquit y Surigao, mucho más civilizada que la región que se encuentra al sud de Bislig.

16 *enero.* – El tiempo, cada vez más desfavorable, impide hacerse á la mar; la marejada es enorme; graniza continuamente, y según me dicen, este es el tiempo normal hasta abril ó mayo; pero es preciso hacer la última tentativa para avanzar hasta el sud.

Aprovechándome de un día claro, franqueo, durante la marea baja, la barra de Gigaquit, enderezando el rumbo hacia la punta de Tugas; pero todos los esfuerzos de la tripulación son infructuosos, pues la barca se mantiene inmóvil. Estas embarcaciones, cuyas cualidades elogian algunos viajeros, son por el contrario detestables; los balancines entorpecen la marcha; la forma de su casco impide adaptar un verdadero timón (se suple esta falta con un remo corto, fijo en la proa, no habiendo por lo tanto fuerza ni precisión); y por último, su estabilidad desaparece por una fuerte marejada, cuando no se gobierna á favor del viento. El pobre Francisco, arrebatado por una ola, cuando estaba sujetando el balancín de babor, desaparece en un torbellino; mas por fortuna tengo la suerte de pescarle en el momento en que vuelve á salir á la superficie. Este accidente me induce á no dirigirme á Bislig por mar; llegaré antes atravesando de nuevo Mindanao hasta Bunauán, y llegado aquí, franquearé la cordillera, que se eleva entre el lago de Linao y el Océano Pacífico. En su consecuencia pongo la proa sobre Plaur, á donde llego difícilmente; la brisa, al principio favorable, es demasiado fresca; el viento salta bruscamente al Norte, arrebatándonos la vela mayor; mis hombres comienzan á no saber ya lo que hacen; y en este momento la barca, deslizándose con la rapidez de una flecha, estréllase contra las orillas de Plaur antes que yo pueda evitarlo. Afortunadamente, los que la tripulan llegan á tierra, y entro en Tagamán á las siete de la tarde, donde comiendo con el P. Plana y el hermano Pablo Aguilar, olvido las fatigas de este penoso día.

(1) Bandido, en dialecto bisaya.



Viaje á Filipinas. – El dato Manobo (centro de Mindanao)

Mi patrón me asegura que los siniestros como el que acabo de presenciar son muy frecuentes. Cuando un bisaya se embarca, lo hace siempre con la misma imprevisión; iza su vela y la amarra sólidamente para no tocarla más; franquea las barras á todas horas, y aunque todos los años se ahogan varios indígenas en la de Gigaquit, el ejemplo no corrige á nadie.

Por regla general, los bisayas no emprenden nunca un viaje cuando hace mal tiempo; por lo tanto, son poco marinos, y cuando les sorprende un chubasco se aturden muy pronto.

17 *enero.* – De vuelta á Surigao, sólo permanezco aquí algunas horas, el tiempo necesario para saludar al señor coronel Bacaj y á los españoles á quienes he tenido el gusto de conocer. El P. Luengo, almorzando conmigo, me reprende amistosamente por no haber seguido sus consejos; si lo hubiera hecho, ciertamente estaría ahora en Bislig; pero es preciso intentar las cosas á menudo para conseguir el objeto alguna vez.

Prosigo mi marcha á la una y media de la tarde. Después de doblar la punta Punsán, y hallándome á las seis y media en la costa de la bahía de Butuán, á los 9°30' de latitud, reconozco claramente la diferencia de las mareas en la costa Este y Oeste de la península de Surigao, causa de las corrientes alternadas que pasan por esta península, y que en los sitios estrechos alcanzan una violencia extraordinaria. En este momento el mar está muy bajo en la bahía de Butuán, y por el contrario alto en Gigaquit, según he observado hace tres días.

El 19 llego á Butuán y remonto de nuevo el Agusán aunque muy lentamente, porque el río tiene una crecida enorme, que me impediría hacer hoy el trazado de su curso. Los nuevos pueblos indígenas *conquistados* han sufrido mucho por la inundación; y al hacer un pedido de víveres, el capitán de Guadalupe me contesta: «Me muero de hambre.» Todas las plantaciones están destruídas; en Amparo, los habitantes carecen de sustento; las casetas han quedado desiertas, habiéndose llevado los que las ocupaban sus víveres y utensilios, y esto se ha convertido en una soledad.

En San Luís me dicen que yo soy la causa de la deserción de los habitantes de Amparo. En efecto, al descender por el Agusán he medido varios indígenas para conocer á punto fijo su talla, pues me dijeron que eran de raza pura; esta operación, inexplicable para ellos, les ha parecido sospechosa, y su antiguo jefe, que echaba de menos su independencia, los ha inducido sin dificultad á seguirle al bosque.

Mis observaciones astronómicas han sido otra causa de desconfianza para los ribereños del Agusán, que han forjado ya una leyenda sobre el hecho y me la dan á conocer ingénuamente. «No es natural, me dicen, lo que tú haces; por fuerza has de ser mágico para mirar al sol con un instrumento tan extraordinario (hablan de mi sextante), que debe estar encantado. Con él descubres las cosas ocultas detrás de las montañas, y en los más espesos bosques; trazas su posición en tu papel, y después volverás con los *Castillas* para entregarles á todos los *Infieles.*»

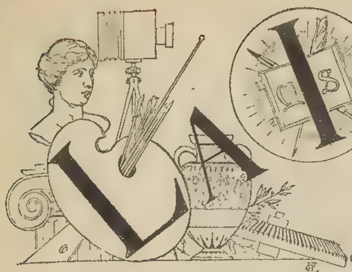
Siento mucho haber interrumpido involuntariamente la obra de los misioneros, que me acogen tan cordialmente. Me parece extraño que no se produzcan más á menudo las deserciones, pues la sujeción aniquila al dato, no dejándole más que una mujer; su autoridad como *capitán* ó *teniente* es muy dudosa; y en cuanto á los esclavos, sólo después de largo tiempo aprecian las ventajas del nuevo régimen. Gracias á su indiferencia, no les inquietan los azares de la vida salvaje, y por el contrario admiten difícilmente la obligación de construir una caseta para cada familia, un tribunal, una capilla y un desembarcadero; el dato les imponía el deber de seguirle á la guerra, pero este servicio les agradaba por la perspectiva del botín.

(Continuará.)



Viaje á Filipinas. – Marcha por la costa oriental de Mindanao

Imp. de Montaner y Simón



LA ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO V — BARCELONA 23 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 243

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ATRIO DE LA CASA DE DIOMEDES EN POMPEYA, cuadro de Luis Bazzani

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—Desde Roma*, por don A. Fernández Merino.—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás y Salvany.—*Los ventrílocuos.—Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*Atrio de la casa de Diomedes en Pompeya*, cuadro de Luis Bazzani.—*Paisaje de invierno*, cuadro de E. Mener.—*Por el amor de Dios*, dibujo de J. L. Pellicer.—*Un caso apurado*, cuadro de E. Keyser.—*El ventrílocuo O'Kill y sus muñecos.—Guerrero guianga.—Suplemento Artístico: Lutero en la Dieta de Worms*, cuadro de A. Werner.

NUESTROS GRABADOS

ATRIO DE LA CASA DE DIOMEDES EN POMPEYA, cuadro de Luis Bazzani

Las excavaciones hechas en Pompeya han sacado á luz una porción de antiguas moradas de los alegres hijos de Grecia que poblaban las feraces comarcas situadas al pie del Vesubio cuando una erupción de este volcán sepultó la citada ciudad y sus contornos bajo una lluvia de cenizas y piedras pómez. Hubo también un temblor de tierra, pero como no fué muy violento, hanse conservado muchas casas en bastante buen estado. El pintor romano Bazzani nos presenta en su cuadro el atrio de una de ellas, llamada de Diomedes, atrio que hacía las veces de antesala ó recibidor en las casas de los griegos y romanos opulentos y cuya ornamentación era tan bella como artística en las moradas particulares de Pompeya. El atrio recibía la luz por la parte superior y por lo general tenía en su centro un surtidor ó una fuente con su piscina. Bazzani ha dado vida á su cuadro, animándolo con dos esclavas griegas que vienen á buscar agua, con lo cual produce todo su efecto el gusto artístico tan noble como serio, tan alegre como solemne del pueblo griego antiguo.

PAISAJE DE INVIERNO, cuadro de E. Mener

La pintura, ni más ni menos que todas las ciencias y que todas las artes, ha verificado una grande evolución, como diría un castelarista. A principios del siglo, los paisajistas no podían prescindir de la Mitología ó de la Arcadia: la naturaleza que reproducían era una naturaleza convencional; sus obras trascendían á los libros que las inspiraban y á la manera de sentir de los artistas que las producían. Todo se volvía ruinas de templos paganos; pastores vestidos en el taller de un sastre de teatro y hasta corderos y otros animales rumiantes que parecían recién salidos de una peluquería donde hubiesen rizado sus vellones á la última moda.

Este sistema no podía prosperar porque sus bases eran notoriamente falsas; y, como todo lo que carece de verdad, estaba destinado á perecer brevemente. Los paisajistas modernos prescinden de los idilios de Florián y de las églogas de Meléndez, para leer en el libro de la naturaleza, que además de ser verdadero, es más poético, más bello, más grandiosamente concebido y ejecutado. Así es de comprender en el cuadro de Mener que publicamos; gracias á él comprendemos la tristeza del invierno en el Norte y al mismo tiempo sus imponentes manifestaciones naturales. Ningún convencionalismo, ninguna violación de la verdad, sirva ó no sirva á los intentos del artista. Y sin embargo, ese paisaje da frío en el cuerpo y en el corazón. ¡Cuán triste debe ser la existencia sobre esa nieve que parece ha de ser eterna!... ¡Cómo podría amarse á Dios en esas regiones, si la aguda punta del campanario no elevase el ánimo á la riente y consoladora idea de un cielo sin inviernos!... Esto dicen los paisajes modernos, y esto nunca dijeron los que se forjaron una naturaleza ridícula y mentirosa, para su uso particular.

POR EL AMOR DE DIOS, dibujo de J. L. Pellicer

La circunstancia de ser nuestro director artístico el autor de este dibujo, nos impide decir del dibujo y del autor cuanto ambos merecen. No temeremos, sin embargo, ofender la modestia del artista si decimos que, ora dibuje, ora pinte, las obras del señor Pellicer tienen una factura propia, correcta, característica, ajena á todo exclusivismo de escuela, realista sin ser grosera, y en todo hija de la más profunda observación de la naturaleza.

Nuestro director, que en su manera de apreciar las obras de arte, hace concesiones á todos sus compañeros, tan sólo consigo es intransigente: busca la verdad y la reproduce por medios legales, sin mistificaciones que la desfiguren, sin adornos que la desnaturalicen. Dícese vulgarmente que cada cosa es del color del cristal con que se mira: el señor Pellicer, para no equivocarse, suprime el color de los cristales, y aun los cristales mismos, y ve las cosas tales como son.

UN CASO APURADO, cuadro de E. Keyser

¿Puede haberlo mayor, en efecto, para la sobresaltada criatura en este cuadro representada? Así es un grano de anís; esperar que del árbol sacudido por su hermana mayor se desprenda alguna sabrosa fruta, y encontrarse con que lo que se desprende sobre ella es un feo insecto que la llena de horror, y del cual ni siquiera tiene alientos para desembarazarse. Si hay trances críticos para los grandes, no deja de haberlos para los pequeñuelos, y á fe que en éstos no dejan de causar un efecto tan profundamente desagradable como en aquéllos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LUTERO EN LA DIETA DE WORMS, cuadro de A. Werner

En el número 233 de nuestra ILUSTRACIÓN publicamos un grabado representando á Lutero en la Dieta de Augsburgo. El pintor Lindenschmit aprovechó este asunto para componer un cuadro de estudio verdaderamente notable. Werner, con mayor aliento, ha escogido, para tema de una obra de arte, el momento más culminante en la historia del heresiarca, ó sea la Dieta de Worms, en la cual rompió Lutero por completo con la Iglesia católica y sus formidables defensores, dando lugar á la mayor crisis por que hayan pasado el Pontificado y el Imperio. El cuadro ó tenía que ser deficiente por falta de grandeza á la altura del asunto, ó bien había de impresionar por su factura digna de la escena. Werner ha encontrado el secreto de esa impresionabilidad. Para que nuestros favorecedores se expliquen mejor el pensamiento del artista, vamos á reproducir unas líneas en que el eminente Castelar describe á los personajes de la Dieta.

«¡Grandioso espectáculo!—dice en la *Revolución religiosa*.—Bajo el trono Carlos V, de veintiún años escasos, vestido á la usanza española, con su ropilla festoneada de armiño, su gorra cubierta de plumas, su collar de perlas, al cual llevaba pendiente el toisón de oro, su calzón acuchillado, su manto de muchos pliegues y de larguísima rózaga; al pie del trono, en dos sillones de terciopelo ricamente bordados, los dos Nuncios, el uno con su traje de roja púrpura y el otro con su traje de seda violeta, parecidos ambos á estatuas, por lo inmóvil de su actitud, lo fijo de su mirar, lo puntiagudo de sus barbas recortadas al modo y manera de los tiempos de Julio II; á la derecha del emperador los príncipes eclesiásticos, verdaderos monarcas, que llevaban una corona espiritual y otra corona temporal en sus sienes, como personificaciones gigantescas que eran del espíritu de la Edad media; á la izquierda los cuatro electores laicos, resplandecientes de lujo, con todas las insignias de su soberanía y envueltos en sus capas de terciopelo; aquí un grupo de doctores con sus vestimentas universitarias, registrando volúmenes y pergaminos; allí otro grupo de frailes con sus diversos hábitos, observando desde varios puntos de vista el asombroso espectáculo; por un lado los heraldos, de los cuales el uno llevaba la corona imperial y el otro los báculos y cetros cuajados de pedrería, éste la espada imperial, aquél los globos de oro rematados por las cruces latinas; en tal parte los caballeros feudales de Germania, en cuyos petos nielados reverberaban las luces; en tal otra parte los españoles con sus trajes de terciopelo negro realzados por áureo tisú; y en tropel chambelanes, pajes, alabarderos, guardias nobles, cada cual según su categoría, con su respectivo uniforme, que daba al grandioso espectáculo, con tantos colores, matices, reverberaciones, reflejos, una deslumbradora entonación, capaz de cegar los ojos más acostumbrados á todas estas riquezas.»

DESDE ROMA

El decreto convocando á la ya próxima Exposición de Bellas Artes en Madrid, ha producido mágico efecto en los distinguidos artistas que forman el núcleo de la colonia española en la ciudad eterna. Esto, sin que pueda abrigarse la menor duda, prueba que los certámenes artísticos, lo mismo que todos aquellos en que se despierta el estímulo, son de grande utilidad y provecho. El pintor que trabaje única y exclusivamente para la gloria, si es que hay alguno, confesará sin rebozo que la exposición pública es seguro é infalible medio para llegar á ella: el que se afane sólo por lucro, por ganancia, no podrá negar que la Exposición de Bellas Artes es altamente necesaria para hacerse un nombre, merced al cual sus cuadros alcancen cada día mayor precio.

Resultado de los adelantos modernos, las exposiciones son además seguro medio para lograr reputación en breve espacio de tiempo: ciertamente para apreciar los méritos de una obra de arte, valen más los bien dispuestos salones de una galería, que los claustros de las iglesias y que los poco claros salones de los antiguos palacios en que lucieron sus glorias Murillo y Zurbarán, Velázquez y Rivera. Tal vez dirán algunos que sirven al propio tiempo para alimentar esperanzas y fomentar enconos; mas en esto, como en todo, no hay que achacar á las instituciones pecados de los hombres. ¡Si los jurados fueran jurados, como las exposiciones exposiciones!...

Dejemos el camino que nos conduciría á durísimas censuras y volvamos á nuestro asunto. La actividad de estos artistas se despertó, y, á pesar de los fuertes calores que se dejan sentir, todos trabajan: sus tareas hacen augurar un lucidísimo envío. Por supuesto, que nos referimos sólo á los artistas en libertad, que es á los que vemos trabajar y los que han dado señales de verdadero genio, probando así que si para el desarrollo de las facultades artísticas es útil y provechosa la permanencia en Roma, nada, absolutamente nada, influyen ni esta ni la otra Academia, y mucho menos la que aquí tiene el gobierno español, inútil desde todos puntos de vista siempre y perjudicial ahora por la funesta dirección que en ella se observa.

Poco se espontanean los artistas acerca de los cuadros que preparan. No queremos decir con esto que todos ellos pertenezcan á lo que pueden llamarse pintores de prestidigitación; artistas que, después de decir, voy á hacer tal cosa, se encierran en su estudio á piedra y lodo, no dejan ver á nadie lo que hacen y un día determinado lo presentan como resultado de una combinación especial, hija de medios sobrenaturales que no quieren sean sorprendidos. De estos los hay aquí como en todas partes, pero afortunadamente no abundan: el afán de darse importancia no es condición frecuente en los verdaderos artistas, y el extremo opuesto, constituído por el miedo de que las ideas propias se generalicen antes de haber conseguido provecho, es temor que no cabe en las almas que pueden elevarse hasta el infinito merced á sus excepcionales condiciones.

A pesar de lo enunciado, cometeremos, bajo nuestra responsabilidad, algunas indiscreciones que no tomarán á mal, seguros, como deben estarlo, de que nos guía la mejor intención. Desde luego, y procurando cada cual el mejor éxito, estudian asuntos poniendo á contribución la historia sagrada y la profana, los anales antiguos y los modernos. Echena, que ya en la pasada Exposición se dió ventajosamente á conocer, presentará en la próxima uno de estos dos cuadros: *Sansón y Dálila* ó la *Mujer Adúltera:* ilustrado y estudioso, no dudamos que sacará partido de cualquiera de ellos, merced á sus disposiciones, ya que por la originalidad es por lo único que no puede llamar la atención. La escena que constituye fuerte argumento contra la mujer y de que usan frecuentemente los cursis detractores de la bella mitad del género humano, lo mismo que aquella prueba de excelso perdón, han sido tratadas por pinceles de los que cada toque era un mérito para alcanzar la inmortalidad: bien lo sabe el artista que acomete la empresa de dar á una y otra representación artística más moderna y esto es un motivo más que nos hace confiar en que saldrá airoso de su empresa.

A la historia nacional acuden Seguí y Marco Artu para presentar escenas en que lucir sus condiciones: el primero, si no cambia de propósitos, enviará *Cristóbal Colón ante el Consejo de Salamanca*, cuadro simpático, escena de marcadísimo interés en la vida del ilustre descubridor, tormento de aquella alma gigante á quienes los ignorantes pudieron creer utopista, y cuyos manes resultan vengados al ver cómo los genios le rinden vasallaje. Marco Artu, hijo como Seguí de las provincias Vascongadas, ha querido particularizar más, sin duda para que la impresión sea más viva, y acudiendo á las tradiciones de su montañosa comarca, prepara el boceto del cuadro en que Don Pedro I de Castilla manda arrojar por la ventana al Señor de Vizcaya: este cuadro pide condiciones de maestro y hace necesarios grandes conocimientos en todas las artes auxiliares, imprescindibles al pintor. Tal vez, no porque le falten, sino por estar más en armonía con sus sentimientos, deje este cuadro para pintar una conmovedora escena de la antigua lucha entre romanos y vascongados. No dudamos de que tanto en uno como en otro hará mucho, llamando con justicia la atención.

Barrau ilustra gloriosos hechos de nuestra gloriosa guerra de la Independencia; dejará á la posteridad de una manera soberbia, la rendición de la heróica Gerona, ante cuyos habitantes rendidos se descubre respetuosamente el general francés. Silvio Fernández trabaja con actividad en su cuadro: *A las bestias*, tierna escena de las persecuciones contra los cristianos, buen estudio del interior del Anfiteatro en un día de tremenda fiesta, regocijo y diversión de aquel estragado pueblo á quien divertía ver cómo quedaban destrozados por las fieras aquellos que no pensaban como ellos. Sorolla tiene bastante adelantado su gran lienzo: *El entierro de Cristo*, cuadro muy hecho por maestros y de grandes dificultades.

Villodas procura sacar, y saca efectivamente, gran partido de un asunto tan difícil como: *Una Naumaquia*, fiesta que prueba hasta qué punto los romanos ponían en prensa la imaginación para inventar diversiones. Tal como hoy se encuentra el Coloseo es difícil poder decir de una manera precisa cómo tenían lugar aquellas renombradas fiestas: las excavaciones practicadas en su suelo, han dejado al descubierto buen número de pasillos y corredores estrechos, cuyo uso no se ha precisado aún; la altura á que se encuentra el pavimento del gigantesco edificio sugiere dudas acerca de si fué ó no la primitiva arena, más á pesar de todas las objecciones que la construcción presenta, contra todas las insinuaciones que hagan al ánimo las condiciones del terreno se sabe positivamente que saciados los espectadores de tanta fiesta en tierra, hubo quien concibió y llevó á cabo el proyecto de dar fiestas acuáticas convirtiendo aquello en inmenso lago: fueron primero caprichosas representaciones mitológicas, pero andando el tiempo sirvieron para hacer alardes de crueldad de los que tanto entretenían. Todas las clases de la sociedad acudían ávidamente lo mismo á las luchas de gladiadores, que á los simulacros navales; lo mismo á ver destrozos causados por las fieras, terror de bosques y montañas, que á presenciar horrores que realizaban los monstruos marinos. En aquel tiempo, si la dirección de los globos hubiera sido un hecho, se habría puesto también al servicio de luchas que tanto divertían. Villodas, ventajosamente conocido ya en el terreno del arte, es hombre de conciencia, sumamente estudioso y observador de lo bueno, condiciones indispensables para llegar mucho más allá de la mera distinción.

Silvela, que tanto ha conseguido en Roma donde aún se recuerda bien la grata impresión que dejó su *San Francisco de Asís dando limosna á los pobres*, se prepara también y tiene terminado ya el boceto de su cuadro. El asunto que ha escogido es una interesante escena en el interior de las Catacumbas; los cristianos entusiastas de la primera época comulgando en uno de aquellos lóbregos cubículos, santos lugares en que aun parece repercutir el eco de las serenas y sosegadas voces que explicaban la santa doctrina del Redentor, sin que le impusieran nada los peligros y persecuciones á que se exponían por este solo hecho. Las Catacumbas romanas han dado ya asuntos para no escaso número de cuadros, algunos de los que merecen muy señalado puesto: aquellos lugares, santificados por tantos y tantos recuerdos, no han podido menos que herir la imaginación de muchos artistas, entre los cuales formará en adelante el joven artista Mateo Silvela, legítima esperanza del arte español, del que es ya uno de los representantes que más deben tenerse en cuenta. De lo que llevamos apuntado es sin duda el cuadro que más estudios exige por la falta de documentos precisos para determinar de una manera clara y justa la indumentaria, no de aquella época, sino de aquellos lugares y de aquellos fieles, así como también para resolver las no pocas cuestiones de costumbres, disciplina, ceremonias y usos que pueden presentarse. Rossi (J. B.) ha estudiado las Catacumbas de una manera admirable, pero sólo desde el punto de vista arqueológico; tal vez más liberal es la crítica de Rollet, pero este distinguido protestante es otro arqueólogo notable: las persecuciones cristianas han sido estudiadas perfectamente por Allard, Aube y Hochart; pero estos concienzudos autores se han atenido más que á otras cosas al examen crítico de documentos y hechos que de entonces acá venían refiriéndose sin aducción de pruebas precisas, de modo que, arqueólogos é historiadores, han hecho bien poco para que el artista pueda salir adelante.

Nuestro distinguido compatriota sabe esto perfectamente, está persuadido de que su estudio debe ser muy complejo y día tras día estudia para llevar su obra á feliz término.

Las escenas de la antigua historia romana tienen también sus cultivadores, y repugnantes actos de Nerón y Heliogábalo formarán los asuntos de los cuadros que envían Monteros y Plasent. Reina acudirá para el suyo á la desventurada Pompeya, pidiendo asunto á la riente

vida de aquellos que tanta curiosidad despiertan. La historia patria sirve á Ruiz Morales, Brocos y Cerda para artísticas concepciones y enviarán cuadros inspirados en hechos que á todos nos enorgullecen. Además, completarán el ya extenso catálogo Pizá, Simonet, Roselló, Senet, Zarraoa, Salina, Parladé y algún otro que no recordamos.

Juan Antonio Benlliure pinta también, mas no podemos decir qué; hay que esperar fundadamente, sin embargo, que lo que haga merecerá distinguido premio, que así lo auguran sus adelantos, desde que consiguió sin esfuerzo una segunda medalla en la pasada Exposición. El gran lienzo: *La visión del Coloseo*, obra notabilísima de su hermano mayor, figurará también en el próximo certamen: cuadro de reconocidos méritos no ha menester nuestras previas alabanzas, y dicen poco las del Marqués de Molíns al lado de las que ha merecido del ilustre Domenico Morelli, el gran pintor italiano de nuestros días, que quería la fotografía de tan estudiada obra de arte para fuente de inspiración, como le servían ya en su estudio las aguas fuertes del inmortal D. Francisco Goya.

Larga es como se ve la lista de los presuntos envíos, grande la actividad con que estos artistas trabajan para salir airosos y esperamos que lo consigan. No lo afirmamos, pues para hacerlo sería necesario tener don de predestinación, del que carecemos, ó desconocer en absoluto que los mejores deseos se estrellan ante obstáculos que crean una serie innumerable de causas. Desde luego auguramos algún desengaño, resultado de falta de necesaria preparación: el estímulo, cuando no es otra cosa, produce opimos frutos siempre que ayuden las facultades, mas cuando dejando de ser lo que es muy alabable se convierte en la pasión de querer hacer porque los demás hicieron, entonces los resultados son casi siempre fatales. Hace ya mucho tiempo, puede decirse que desde Rosales acá, los artistas españoles se han distinguido presentando cuadros grandes, cuadros de composición, lo cual lleva á muchos al trascendental error de creer que el cuadro de regulares dimensiones ó las figuras aisladas, no pueden llamar la atención, creyéndose obligado por esto á mandar lienzos de seis y siete metros de largo, por cuatro ó cinco de alto, por lo que muchos á más que otra cosa llegan á ser palpables ejemplos de la gran verdad de que quien mucho abarca poco aprieta. Tal vez contra todos nuestros deseos resulten algunas obras flojas; tal vez algunas malas: de todo daremos cuenta á nuestros lectores.

Infinitamente más reducido será el envío por lo que toca á la escultura. Hasta ahora, que sepamos, sólo trabaja directamente para la Exposición, el tan aprovechado Díaz que presentará: *Las hijas del Cid*. Este asunto, tratado ya por la pintura, que es el arte que más partido puede sacar de él, no recordamos que tenga ninguna representación en la escultura. El joven artista que lo acomete, tiene sobradas condiciones para conseguir un verdadero éxito y no dudamos de que lo conseguirá á juzgar por la armonía del boceto que tiene acabado: le resultará un admirable estudio del desnudo, un grupo encantador formado por las desventuradas esposas de los villanos infantes de Carrión, pero á nuestro modo de ver al pie del grupo será necesario poner siempre lo que representa, pues dos jóvenes amarradas á un árbol sin que el artista tenga á su disposición el color para indicar en las carnes de ellas huellas de malos tratamientos, sin bosque en cuyo horizonte se pierdan dos jinetes, que parezcan huir en alas de su vergüenza, es difícil averiguar que son las hijas del siempre victorioso Ruy Díaz de Vivar.

En la Exposición de este año se echarán de menos obras de Barbudo, siempre recomendables por su brillante colorido y por algo especial que las particulariza. Tampoco acudirán otros muchos jóvenes que seguramente llamarían la atención con sus producciones; bien es cierto que hay muchos desanimados por la indigna conducta que con ellos observan los que más fieles y celosos debían ser en el cumplimiento de su deber. A más de los pensionados por el gobierno, vienen á Roma algunos jóvenes que, dignos de ello, reciben pensión de diputaciones provinciales ó ayuntamientos. Pocos de éstos cumplen puntualmente algunos tienen de atraso considerables cantidades, y sin sus recursos particulares, sería tristísima la suerte de estos extranjeros aquí, á quienes su talento y sus facultades sirvieron para ser engañados. ¿Cuándo cumplirán como deben estas diputaciones provinciales y ayuntamientos? ¿Cuándo satisfarán los compromisos que tienen contraídos? Si no tenían fondos bastantes, ¿por qué se dieron aires de protectores abandonando después en tierra extranjera á jóvenes dignos de la mayor consideración?

A. FERNÁNDEZ MERINO.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

– Ni yo.

– Hasta luego, pues, y mucho ojo, digo, cuidado con cantar, que por la boca muere el pez.

– Primero hablarán esas montañas.

– Entendidos.

El grupo se dispersó. Cinco minutos después, sólo gallinas y conejos paseaban tranquilamente por las calles de Alcornocal. Si un extraño las hubiese recorrido en aquel instante, un animado choque de platos y cucharas habríale advertido que la población en masa satisfacía la imperiosa necesidad de entregarse á los placeres de la mesa.

IV

El llamado palacio de Alcornocal era un viejo caserón restaurado en parte por su dueño, que aborrecía lo antiguo y amaba lo moderno. Constaba de dos pisos, principal y segundo, sin contar la planta baja, destinada toda ella á cuadras, lagares y bodegas, donde amén de las caballerías é instrumentos de labranza, se almacenaban y aun se aderezaban en parte los productos de la industria agrícola, cuya mayor riqueza constituían para D. Ramón el vino, el aceite y los áridos. El piso principal, todo él restaurado y amueblado á la moderna, contenía cuantas habitaciones y comodidades pudiera apetecer la más numerosa y exigente de las familias. Por lo que toca al segundo, componíanlo buhardillas y desvanes, donde amontonaban trastos viejos, y trojes para los cereales, ya con aberturas al campo, ya coronados por la azotea de que hablamos antes. La planta baja tenía rejas con alambreras; el principal y el segundo ventanas que por detrás caían al campo, al pie de las cuales, y á distancia breve, se abría el barranco de los Alcornoques, que daba nombre al pueblo. La fachada con balcones á la plaza, sustituída la antigua pintura por el moderno estuco con vetas azules y moradas, no conservando de su antigüedad más que el escudo señorial, restaurado también, sobre el dintel de la gran puerta, ofrecía, si no el aspecto de un palacio en toda la extensión de la palabra, el de la lujosa mansión del más rico hacendado de la comarca. El edificio, más hondo que ancho, se extendía desde la esquina de la plaza, á lo largo de la calle del Alcornoque, hasta la proximidad del barranco.

Pese á la gran capacidad del palacio, sólo lo habitaban al ocurrir la presente historia, D. Ramón del Soto, y Rosario su mujer, matrimonio algo desproporcionado y sin familia, acompañados de Enrique, *gomoso* madrileño, primo segundo de aquél, con los cuales estaba de temporada, y algunos criados y mozos de labranza.

El señor del Soto, hombre á carta cabal, pacífico y bonachón, quería paternalmente á su mujer, á la cual casi doblaba la edad, frisando él en los cincuenta y seis años y ella en los treinta. Rico, franco y amigo del trato social, residía habitualmente en Madrid, donde poseía algunas fincas urbanas, que él mismo administraba, y solía pasar los meses de setiembre y octubre, ya para saldar cuentas atrasadas con sus colonos, ya para dirigir en persona la cosecha de caldos que le rendían sus cuantiosas fincas rústicas. Un tanto dado al estudio, instruído hasta el punto de pasar por sabio no sólo entre los alcornocaleños, sino entre los españoles, los años no habían podido extinguir en él del todo una vehemente pasión por los viajes, que verificaba en cuanto las circunstancias se lo permitían, ora solo, ora acompañado de su mujer, diciendo siempre: – este será el último; – y de los cuales solía traer mil curiosidades adquiridas en los grandes centros que visitaba. Recientemente había estado en la América del Norte; el último de sus viajes, según aseguraba, y región que por otro lado, llevando la batuta del progreso, no quería morir sin conocerla. Como nadie se halla exento de defectos, éralo el principal de nuestro héroe un carácter un tanto extravagante, por demás metódico, muy amigo de llevar las cosas por sus pasos contados y de poner los puntos sobre las íes, particularidades que desesperaban con frecuencia á su mitad, más nerviosa y apasionada de lo conveniente al carácter reposado de su dueño. Por último, y para completar el boceto de D. Ramón, era éste en el agravio recibido un tanto y aún un mucho rencoroso; pero con cierto rencor infantil, cuya manifestación y efectos movían á risa ó compasión antes que á susto á cuantos los presenciaban.

Si á Rosario, su esposa, volvemos la mirada, se nos aparecerá como una mujer hermosa y elegante, en cuanto al físico; tierna, apasionada, de distinguida y rutinaria educación en lo moral, conforme acontecer suele con la mayor parte de las damas de su clase. Hija de una distinguida, mas no opulenta familia cortesana, matrimonio de conveniencia antes que de amor el suyo, amaba á don Ramón, si con entrañable ternura, sin ilusiones ni entusiasmo, conservando en lo íntimo de su corazón la virginidad de ese fondo poético, romántico, si se quiere, que con mayor ó menor intensidad, poseen casi todas las mujeres. Dos eran los constantes sinsabores de su vida: uno el carácter prosaico de su consorte; otro el haberle negado el cielo las delicias agridulces de la maternidad; este último sobre todo la tenía inconsolable. Aparte de esto, se consideraba relativamente feliz, acomodándose á los beneficios que su holgada posición le procuraba. Ansiosa de libertad, en el último viaje no había acompañado á su marido, prefiriendo esperarle en Madrid, acompañada de su familia, para trasladarse con él á Alcornocal en cuanto regresara D. Ramón.

Enrique, el primo segundo de este último, socio del Veloz-Club y perteneciente á la más *alta goma* madrileña, había tenido la humorada de acompañarles al pueblo aquel otoño, para divertirse, eran sus palabras, con las ocurrencias y las *cosas* de aquellos paletos. Joven, como casi todos los de su clase, ligero é insustancial, más amigo de amoríos que de investigaciones serias, pagándose de las apariencias más que de la sustancia de las cosas y personas; caído, como tantos otros, en el lamentable error de tomar lo transitorio por lo permanente y lo deleznable por lo positivo, con mucho aire en la cabeza y mucha sangre, nada más que sangre, en el corazón; tan elegante como distinguido en su persona y traje, distraía sus ocios requebrando á las rollizas mozas del lugar ó persiguiendo la caza de aquellos alrededores, siendo como era consumado tirador, diestro en el manejo de todas armas y en la ejecución de toda suerte de corporales ejercicios. Semejante al gastrónomo estragado á quien asalta el antojo de comer un día en la taberna, había él abandonado el regalo y las aventuras de la vida madrileña por las toscas rusticidades de Alcornocal, decidiéndose á respirar por una temporada el aire de sus montañas, á deslumbrar los ojos de sus palurdos, á encender – ¿quién lo duda? – más de una hoguera en el grosero corazón de sus zafias aldeanas. Otro objeto entrañaba también la decisión de nuestro César amoroso, objeto cuya manifestación y consecuencias contribuyen no poco al desenvolvimiento del hecho que vamos á narrar.

Por aquello de que donde quiera que fueres haz como vieres, los tres personajes descritos comían también al mismo tiempo que los vecinos de Alcornocal. La comida, diligentemente servida por dos criados en el vasto comedor situado en el piso principal con dos ventanas que miraban al barranco, era más animada que de costumbre, gracias á la aventura del novillo en que tan lucido papel representara el pisaverde, viéndose todavía en un rincón la carabina que le sirviera de instrumento.

Los tres comían sentados á una mesa cuadrada de roble con pie tallado. Rosario ocupaba la presidencia, teniendo á Enrique á su derecha, á la izquierda á D. Ramón y desierto el lado fronterizo. La comida tocaba á su fin, acabando de desaparecer una botella de *Champagne* con que D. Ramón obsequiaba todos los domingos á sus comensales. El rico propietario tomó su copa llena hasta el borde, y levantándola, dijo:

– ¡Brindo por el héroe y libertador de Alcornocal, por el nuevo Frascuelo!

Las copas chocaron ceremoniosamente, y el aludido, reventando de vanidad, repuso:

(Continuará)

LOS VENTRÍLOCUOS

Los ventrílocuos se pueden clasificar en diversas categorías según su especialidad: los unos consagran su talento á imitar gritos de animales, el canto de los pájaros, ruidos de herramientas, etc.; los otros remedan el sonido de instrumentos musicales; varios consiguen simular el rumor producido por una multitud, como por ejemplo, un regimiento ó una procesión; y hay quien hace hablar á los muñecos ó maniquíes aparentemente.

Bien conocido es el cuento que nos refieren los autores griegos: en una especie de concurso entre un actor y un aldeano, concurso en que se trataba de remedar á cuál mejor los gruñidos de un lechoncillo, la multitud otorgó el premio al primero y silbó al segundo; pero entonces éste, entreabriendo su capa, enseñó el animal vivo, que llevaba oculto, pellizcóle las orejas y demostró así al público su error.

En nuestros días se presentan á menudo al público ventrílocuos que imitan los gritos de los más diversos animales, el cerdo, el asno, el caballo, el buey, el perro y el gato; y hasta el lenguaje de todas las aves de corral.

Con estos ventrílocuos se pueden reunir los que imitan el canto de los pájaros, particularmente el del ruiseñor, y que en escenas, á veces encantadoras, llegan á producir casi la ilusión de tales.

Un actor bien conocido, Mr. Fusier, tiene singular aptitud para imitar los gritos de animales, y como prueba de ello refiérese una anécdota que, si no del todo auténtica, es por lo menos muy chistosa. Dícese que muchas veces el portero de la casa donde Mr. Fusier vivía, oyendo gritos extraños, había subido á la habitación de aquél para protestar contra la infracción de las condiciones de inquilinato, según las cuales nadie debía tener perros ni gatos en su casa, y mucho menos cerdos ó asnos y otros animales, á los que Mr. Fusier daba asilo, en opinión del portero.

Ciertos ventrílocuos imitan el sonido de instrumentos musicales, desde el violín ó el contrabajo hasta los de cobre de notas más sonoras; otros se distinguen simulando el ruido de la lima, de la sierra, etc.

Como ejemplo de las ilusiones que es posible producir de este modo, el autor inglés Stewart, que se ha ocupado mucho de la ventriloquia, nos habla de un individuo que imitaba perfectamente el silbido del viento á través de las junturas de una puerta ó de una ventana. «Con frecuencia, dice, le observé cuando hacía esta jugarreta en el rincón de un café, y rara vez se dió el caso de que algún concurrente no se levantase para ver si las ventanas ó las puertas estaban bien cerradas; mientras que otros, que se disponían á leer el diario, apresurábanse á ponerse el sombrero y levantarse el cuello del gaban ó abotonárselo.»

La especialidad de ciertos ventrílocuos consiste en ocultarse detrás de un biombo y producir en el auditorio la ilusión de que allí hay varias personas, y hasta una multitud.

El célebre ventrílocuo M. Vivier era muy hábil: en un salón, oculto por una mampara, llegaba á producir ilusiones sumamente curiosas; él solo imitaba á veces la marcha de un regimiento, y entonces oíase el clarín, el tambor, la marcha acompasada de la tropa, las órdenes de los oficiales, las aclamaciones de la multitud, etc.

A principios del siglo, un ventrílocuo llamado Fitz-James sobresalió en este género de ejercicios; imitaba, por ejem-



PAISAJE DE INVIERNO, cuadro de E. Mener



POR EL AMOR DE DIOS dibujo de J. L. Pellicer

plo, el rumor de una procesión de religiosos bajo las bóvedas de un claustro, y oíanse, no sólo el rumor de los pasos y el murmullo de una numerosa multitud, sino también los cánticos religiosos, las notas graves de los chantres y las voces de los acólitos; de modo que el espectador creía estar cerca de centenares de personas y experimentaba una verdadera sorpresa cuando el ventrílocuo se presentaba solo. Hay muchos ejemplos de ventrílocuos modernos que, á semejanza de los mágicos de la antigüedad, hacían hablar aparentemente á los animales ó á los objetos inanimados.

Cítanse particularmente varias bromas de este género, de monsieur Comte, el célebre prestidigitador que dirigía el teatro llamado hoy de Los Bufos Parisienses: M. Comte era un ventrílocuo muy hábil.

Cierto día, hallándose en la feria de un pueblo, simuló que hablaba un lechón que una buena mujer llevaba para la venta; y el pobre animal, acusado por la multitud de ser un hechicero, fué arrastrado de las orejas por un guarda de campo, y conducido á presencia del alcalde.

Por el camino, el lechón no dejó de gritar, tratando de *imbécil* al que le llevaba.

En Tours, Comte hizo derribar la puerta de una tienda, cerrada hacía largo tiempo, simulando que en el interior se hallaba una persona que pedía socorro.

En Nevers, un pobre campesino montado en su asno, oye de pronto á éste protestar contra los malos tratamientos que se le infieren; y el buen hombre, poseído de terror, huyó abandonando al animal, por creerle embrujado.

Estas jugarretas del ventrílocuo Comte le expusieron á menudo á graves peligros: en Friburgo, por ejemplo, fué detenido por unos aldeanos que, acusándole de brujería, quisieron quemarle vivo en un horno; pero cuando llegaron á él, se oyó salir de éste una voz formidable, que bastó para ahuyentar á los campesinos.

De vez en cuando anúncianse en los programas de los teatros los ejercicios del *hombre de la muñeca*, que no es otro sino el hábil ventrílocuo M. Bouchotty, el cual lleva en brazos una muñeca semejante á una niña de cuatro ó cinco años, con la que sostiene una conversación de las más divertidas.

A fines del siglo último, un ventrílocuo de Viena, el barón Mengen, adquirió gran reputación por unos ejercicios análogos; hablaba largo rato con una muñequita que llevaba en el bolsillo.

Cuéntase que en una de las sesiones del barón Mengen, un oficial irlandés quedó tan maravillado del prodigio que acababa de presenciar, que se abalanzó al bolsillo en que el barón había guardado su muñeca, firmemente resuelto á cogérsela; pero entonces aquella comenzó á proferir gritos angustiosos, como si la hubiesen hecho daño; el oficial, sorprendido y aterrado, soltó su presa; y el barón, sacando la muñeca, hizo ver que era un simple pedazo de madera toscamente esculpido y cubierto con una túnica.

Ciertos ventrílocuos, imitando á la hechicera Cecilia de Lisboa, simulan que sus manos hablan.

Ultimamente hemos visto en el Egyptian-Hall de Londres, un prestidigitador que presentaba en escena una muñeca para hablar con ella, entablando un diálogo más ó menos extravagante; veíase que movía los labios, y la ilusión era completa; pero de repente, efectuábase una transformación singular: era que el prestidigitador acababa de abrir la mano, cubierta con un guante blanco, al que, algunas rayas de color comunicaban notable semejanza con la cabeza de una muñeca.

Sabido es que basta trazar algunas líneas con carbón en la mano, y cubrirla con un pañuelo ó servilleta, para producir la ilusión de que es la cabeza de un niño: en la figura 1.ª se indican dos maneras de colocar los dedos para formar una cara con la mano.

En nuestros días, muchos de los ventrílocuos que se presentan al público consiguen facilitar notablemente la ilusión que quieren producir, sirviéndose de muñecas grandes, ó más bien de maniquíes articulados, á los que hacen hablar, cantar y conversar entre sí, dando á cada cual una voz diferente. El mecanismo de estas muñecas está dispuesto de modo que los brazos y las piernas se agitan, la cabeza se vuelve á derecha é izquierda, los ojos se abren y cierran y la mandíbula inferior se mueve como si la boca articulara palabras, bastando para todo esto que el ventrílocuo toque un resorte.



UN CASO APURADO, cuadro de E. Keyser

Entre los ventrílocuos que se presentaron en París hace algunos años figuraba una joven inglesa, miss Ana, cuyos ejercicios eran muy notables; y hace poco ha llamado también la atención, entre otros, M. O'Kill con su familia, que hacía funcionar á sus muñecos de una manera muy divertida.

Colocados éstos en un estrado, el ventrílocuo se situaba detrás, y hacíales hablar, á cada cual de un modo distinto (figura 4); uno de los muñecos figuraba ser un hombre grotesco, cuyo acento era muy bronco, y el otro una vieja de voz gangosa; mientras que la de los demás muñecos era infantil y argentina.

M. O'Kill los hacía mover la cabeza, los brazos y las piernas; los muñecos disputaban entre sí, revelando á veces muy mala educación; y depués cantaban, separadamente ó acompañándose. Mientras que hacen todo esto, el ventrílocuo suele permanecer impasible, sin que se mueva un solo músculo de su rostro, ó bien aparenta escuchar con curiosidad la discusión, y sonríe cuando hay motivo para ello.

Esos ventrílocuos, gracias á sus maniquíes, consiguen generalmente producir una ilusión bastante completa, hasta el punto de que algunos espectadores se persuaden con frecuencia de que la voz que se oye sale efectivamente de boca de la muñeca, y que no es la del ventrílocuo, colocado detrás, sino la de algún individuo oculto bajo el maniquí ó en otra parte, el cual habla por un tubo acústico.

Indicaremos aquí un artificio, bastante tosco, pero siempre eficaz para contribuir á la ilusión del espectador: se reduce á que el ventrílocuo, en el breve discurso preparatorio que dirige al público, alega ser extranjero y se excusa de no hablar bien el idioma del país; para hacerlo creer así se expresa con dificultad y con mal acento; mientras que sus muñecas, por el contrario, le contestan en lenguaje muy castizo; de modo que al oirlas, los espectadores se inclinan á creer que el ventrílocuo no interviene en sus respuestas ó en su diálogo.

Explicación de la ventriloquia. – El arte de la ventriloquia está basado primeramente en un fenómeno acústico, en la dificultad que tiene el oído para determinar con exactitud el punto de donde un sonido procede; y esta incertidumbre respecto á su dirección es fácil de comprobar, como vamos á ver por los siguientes casos.

Un adivino que se presentó en París hace algunos años, M. Stuart Cumberland, practicaba en los salones, después de sus ejercicios de doble vista, un experimento acústico que sorprendía y divertía mucho á sus oyentes.

En este experimento, una persona de buena voluntad, sentada en medio del salón, dejábase vendar los ojos; Stuart Cumberland cogía entonces una moneda de cinco francos y hacíala resonar por medio del choque con un cuerpo duro, bien fuera una llave ú otra moneda; y la persona sometida al experimento debía indicar la dirección en que se producía el sonido, determinando á qué distancia. La persona se equivocaba casi siempre en ambas cosas, indicando lo contrario á la verdad; y estos errores, á veces notables, provocaban naturalmente la hilaridad del público. Además de esto, M. Cumberland, cambiando la posición de su mano de modo que ésta formase una especie de pantalla interpuesta entre la moneda y el oído de la persona sometida al experimento, hacía variar para ésta la percepción de la dirección del ruido, siendo así que el experimentador no se había movido de su sitio.

En cierta sesión vimos un individuo del Instituto que, habiéndose prestado de buena voluntad á la prueba, quedó sumamente sorprendido, cuando se le quitó la venda de los ojos, al reconocer los grandes errores de percepción auditiva en que acababa de incurrir. La ilusión que así puede producirse, variando la posición de la mano en que se ha hecho resonar una moneda, es del todo análoga á la que el ventrílocuo obtiene. Otro caso si varias personas se colocan en fila y una de ellas emite un sonido prolongado, por ejemplo, con una vocal, ó sea *aaaa*, que no exige ningún movimiento de los labios, el espectador no podrá determinar quién lo emitió; y si trata de indicarlo, es casi seguro que cometerá un error, señalando muchas veces, á derecha ó izquierda, la persona que está más lejos de la que produjo la voz.

En los coros de la ópera se procura reunir, además de las cualidades del canto, un aspecto agradable, y como una buena voz no va siempre acompañada de un rostro agraciado, muy á menudo se coloca en primer término, en los coros, á las más bonitas figurantes, que aunque no hayan de cantar, abren la boca y pronuncian al parecer, siendo así que sus compañeras, situadas detrás, son las que verdaderamente cantan: muy rara vez echa de ver el público este pequeño fraude.

Un hombre colocado cerca de un niño, y que sin mover los labios hablase con voz chillona, mientras que el muchacho aparentaría sólo pronunciar las palabras, podría hacer creer fácilmente que eran suyas. Esta ilusión se puede obtener hasta con los animales: no es difícil enseñar á un perro á abrir la boca siguiendo el movimiento de la mano de su dueño, y si éste es algo ventrílocuo, no le costará mucho hacer creer que posee un perro dotado del don de la palabra.

El ventrílocuo que situado cerca de sus muñecas consigue conservar impasibles los músculos del rostro, mientras que aquéllas se agitan, mueven los labios y parecen hablar, no llega á producir una ilusión tan completa para los espectadores sino en virtud del principio acústico de que acabamos de hacer mención, es decir, la torpeza del oído para determinar el punto exacto de donde procede el sonido que percibe.

Debe advertirse que la principal dificultad del arte del ventrílocuo consiste en conservar la fisonomía impasible, hablando sin que mueva ninguno de sus músculos.

El ventrílocuo que habla con una muñeca y la interroga, hace las preguntas con su voz ordinaria, articulando distintamente y moviendo los labios de una manera muy marcada: pero cuando la muñeca contesta, en el semblante del ventrílocuo no se ha de ver la menor contracción y apenas debe entreabrir sus labios una ligera sonrisa.

La inmovilidad de las facciones que el ventrílocuo conserva mientras habla, puede explicarse recordando algunos principios gramaticales que sólo son aplicaciones de la fisiología de la voz.

El lenguaje articulado, que distingue el del hombre del de los animales, se divide, como la gramática lo indica,

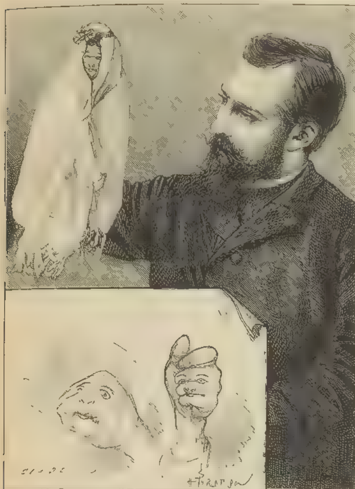


Fig. 1. —Ventrílocuo que aparenta hablar con su mano, trasformada en muñeca. – Manera de simular una figura con el puño cerrado.

en sonidos y articulaciones; los primeros, ó vocales, se forman con todos los ruidos continuos y uniformes que los órganos de la voz pueden emitir; así, por ejemplo, *a, e, o, u*, son vocales porque se puede prolongarlas indefinidamente, como *aaaaa*.

Las vocales figuran en mucho mayor número de lo que se admite generalmente en la escritura, puesto que es posible modificarlas á lo infinito, digámoslo así, por un sonido algo más cerrado ó un poco más abierto.

Se pueden clasificar bajo la forma de gamas, teniendo cada cual una vocal tipo, cuya serie entera correspondiente no es sino el resultado de una contracción cada vez más marcada de los labios, sin que la lengua y los demás órganos de la voz se hayan de modificar en lo más mínimo. En el cuadro que se acompaña señalamos esas vocales tipos y sus gamas descendientes (fig. 2).

Si al pronunciar cada una de ellas, y sin cambiar la posición de los labios ó de la lengua, se retira la punta de ésta hasta el fondo de la garganta, obtiénese el *sonido nasal* de esta vocal.

Los principales son *an*, sonido nasal de *a; on*, sonido nasal de *o*, y después vienen *en, in*, sonido nasal de *e; eun, un*, sonido nasal de *eu*.

Las vocales *i* y *u* no tienen sonidos nasales, á causa de la posición hacia atrás que ocupa naturalmente la base de la lengua al pronunciarlas, posición que se modifica muy poco si se trata de comunicarles un sonido nasal.

Lo que precede puede llamarse teoría de las vocales. Bajo el punto de vista de la ventriloquia, debe observarse que para pronunciar aquéllas no se necesita ningún movimiento de los labios; basta que éstos se mantengan ligeramente entreabiertos para dar paso á la emisión del sonido, lo cual suele obtener el ventrílocuo por medio de la sonrisa de que ya hemos hablado, al parecer provocada por el efecto que le producen las palabras de sus muñecas.

Todas las modificaciones de órganos necesarias para el paso de una vocal á otra, como en los diptongos *oa, oe*, ó para suprimir ciertas articulaciones intermedias, se obtienen fácilmente por el ventrílocuo con ayuda de la lengua y de los órganos interiores de la boca, sin hacer el más ligero movimiento ni la menor contracción con los músculos del semblante, ó por lo menos sin que se manifiesten á los ojos del espectador por ninguna señal visible. La pronunciación de las vocales no constituye, pues, ninguna dificultad para el ventrílocuo.

No sucede lo mismo con las consonantes, con las articulaciones, pues la pronunciación de alguna de ellas opone una dificultad que el ventrílocuo no puede vencer sino á costa de ejercicios y destreza, ó bien sustituyendo la articulación difícil de pronunciar sin contraer los músculos del rostro, con otra que dé poco más ó menos el mismo sonido, pero que se obtenga con los órganos vocales interiores de la boca.

Las consonantes se pueden clasificar por categorías según los órganos vocales empleados para pronunciarlas. En cada categoría divídense en fuertes y débiles, y bajo el punto de vista de la ventriloquia comprenden dos series. Esta clasificación da el cuadro que se representa en la figura 3.

Al examinarle se observará que en toda la primera serie de estas articulaciones, la lengua, sea obrando sobre la faringe ó el paladar, vibrando sola, aplicándose contra los dientes, ó tomando diferentes formas, puede funcionar, articular sin ayuda de los labios, y sin que sea necesario contraer ninguno de los músculos de la cara. El ventrílocuo podrá, pues, pronunciar todas las palabras en que sólo entren estas consonantes y vocales sin ningún movimiento del rostro.

No sucede lo mismo con las articulaciones de la segunda serie, es decir, de las cinco consonantes labiales *f, v, p, b, m;* y así es que el arte del ventrílocuo consiste en pronunciar estas cinco articulaciones sin mover los labios ó los músculos del rostro.

Con un poco de costumbre es fácil llegar á estos resultados por lo que hace á la *f* y la *v*, que pueden pronunciarse moviendo solamente los músculos interiores de los labios.

P y *b*, y sobre todo *m*, ofrecen más dificultad, pudiendo decirse que los más de los ventrílocuos que quieren conservar una inmovilidad absoluta de los labios no pronuncian ninguna de estas tres consonantes de una manera precisa mientras trabajan; generalmente las sustituyen por medio de una serie de articulaciones que se acercan á la *n*.

Así, pues, la ilusión que los ventrílocuos consiguen producir haciendo hablar á las muñecas es ante todo el resultado de un fenómeno acústico, y después de la costumbre adquirida de hablar sin que se muevan los músculos del semblante.

Los ventrílocuos que, sin ningún accesorio, consiguen producir la ilusión de una voz que parte del suelo, de una altura, ó de un sitio cualquiera, próximo ó lejano, como lo hacían Saint-Gilles, Comte y anteriormente las pitonisas y los mágicos, logran el objeto utilizando siempre el mismo principio de acústica, ó sea la dificultad del oído para determinar el sitio de donde procede un rumor; y además aumentan esta incertidumbre conservando la fisonomía impasible y disponiendo los órganos vocales de manera que el sonido sea más ó menos velado, si al ventrílocuo le conviene hacer creer que llega de lejos.

En cuanto á la dirección precisa del sonido, el ejecutante se suele encargar de indicarla por una expresiva mímica, fijando sus miradas en un lado ú otro y señalando con el dedo, mientras que su fisonomía expresa el espanto, el interés ó la sorpresa: el espectador, por imitación, se persuade fácilmente de que el sonido que oye llega del sitio que así se le indica.

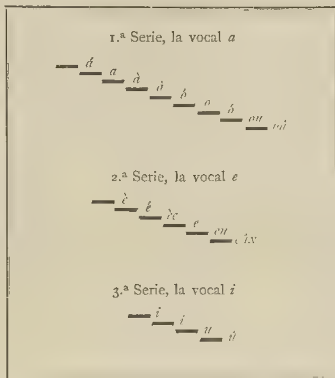


Fig. 2.—Clasificación de vocales.

Las palabras se pronuncian á menudo de una manera poco inteligible por la voz misteriosa, pero el ventrílocuo se suele encargar de hacerlas más comprensibles, repitiéndolas con su voz ordinaria, acentuándolas y comentándolas, y de este modo persuade á sus oyentes de que son las mismas que acaba de oir. Para producir un sonido velado que parezca proceder de lejos, ó de una habitación cerrada, el ventrílocuo dispone la lengua de modo que su extremidad ó su base, aplicándose contra el velo del paladar, forme una especie de diafragma, para que pase muy poca voz: si el ventrílocuo articula entonces sus palabras con voz fuerte y gutural, parecerá que el sonido proviene de la tierra ó de un sitio cerrado, tal como una gruta, una caverna, y hasta una caja, un tonel ó una alacena. Por el contrario, si estando la lengua en la misma posición el ventrílocuo hablase con voz aguda, parecería que la voz llega del techo de la sala, ó de un sitio más ó menos elevado, como la copa de un árbol, la parte superior de una escalera y hasta el tejado de una casa vecina.

Pero en uno y otro caso, para obtener la emisión de esta voz ahogada, poco distinta, el ventrílocuo tiene los pulmones distendidos y pronuncia, si no aspirando, por lo menos emitiendo el menor aliento posible.

1.ª Serie.—ARTICULACIONES OBTENIDAS POR LOS ÓRGANOS VOCALES INTERIORES

	Fuertes	Débiles
Guturales.	*c*	[illegible]
Linguales paladiales. . . .	*l*	*ill*
Linguales dentales. . . .	*r*	
Dentales..	*t*	*d*
Dentales paladiales. . . .	*n*	*gn*
Silbantes dentales.. . . .	*s*	*z*
Silbantes guturales. . . .	*ch*	*j*

2.ª Serie.—ARTICULACIONES LABIALES

	Fuertes	Débiles
Silbantes labiales.	*f*	
Labiales simples.	*p*	[illegible]
Labial aspirada.	*m*	[illegible]

Fig. 3.—Clasificación de las consonantes.

El célebre fisiólogo Richerand, que tuvo ocasión de examinar al ventrílocuo Fitz-James, decía:

«Todo su mecanismo consiste en una espiración lenta y graduada, espiración que va siempre precedida de otra muy fuerte, por medio de la cual el ventrílocuo introduce en los pulmones una gran cantidad de aire, cuya salida ordena después.»

En cuanto á las modificaciones que se deben hacer en la posición ordinaria de los órganos para producir voces de personas de edad ó de niños, broncas ó gangosas, gritos de animales ó sonidos de instrumentos de música, rumor de útiles, de una multitud, etc., esto se consigue fácilmente gracias á la movilidad, á la perfección y á los recursos de estos diversos órganos. Por la costumbre y los ensayos, el ventrílocuo llega á conocerlos y repetirlos, obteniendo con seguridad la voz que desea.

Por lo demás, para explicarse bien los cambios que es posible introducir en la voz modificando la respiración, la abertura de la faringe y la posición de la lengua, comunicando á ésta diferentes curvaturas, basta hacer durante algunos minutos este ejercicio, con lo cual se comprenderán muy bien los procedimientos de los ventrílocuos y el grado de ilusión que pueden producir. Tal vez el ensayo revelaría á algún experimentador una aptitud para la ventriloquia que se estaba lejos de sospechar.

Recordemos de paso que Saint-Gilles, el longista ventrílocuo de Saint-Germain, había adquirido su habilidad en menos de ocho días de trabajo, y que su fama, que se remonta á más de un siglo, se ha perpetuado hasta nuestros días.

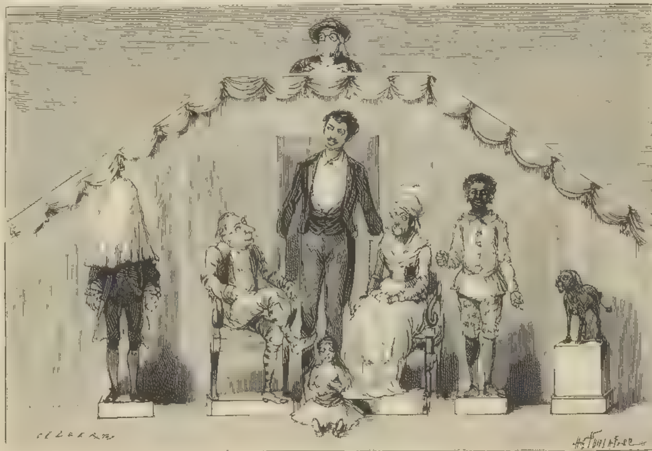


Fig. 4.—El ventrílocuo O'Kill y sus muñecos.

La celebridad de muchos grandes hombres, sabios ó libertadores, alcanzada á costa de toda una vida de trabajo, no ha sido tan duradera como la del longista Saint-Gilles.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

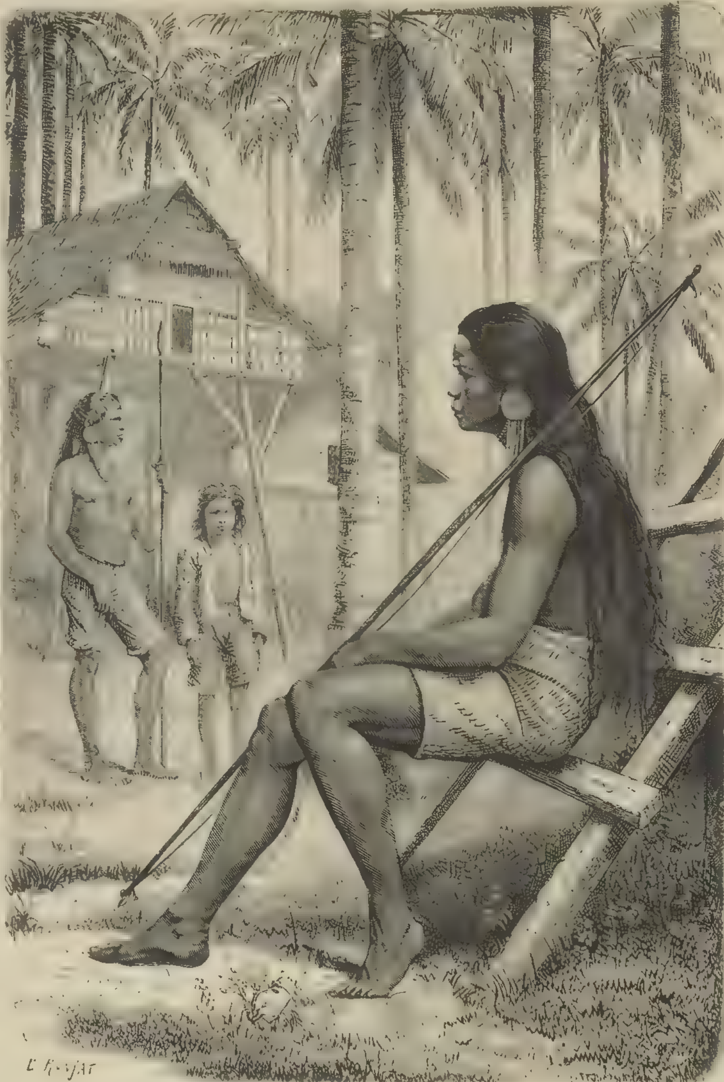
(Continuacibn)

Sin embargo, las deserciones suelen producirse con más frecuencia por las exacciones de los inspectores ó intérpretes bisayas que se hallan en los pueblos para vigilar á los *nuevos conquistados* y darles á conocer las primeras reglas de la civilización. Los Bisayas no aceptan estos empleos sino con la esperanza de sacar partido de un comercio poco escrupuloso. Especulando sobre la imprevisión y la vanidad de los nuevos convertidos, les venden á crédito ropas, abalorios y objetos de quincallería, pidiéndoles un precio excesivo. Perdida la esperanza de pagar algún día todo lo que deben, los deudores se escapan á veces, pero el acreedor pierde poca cosa; y si ha recibido algo á cuenta, aun le queda beneficio.

24 enero.—Encuentro en Talacogón al P. Canudas, á quien había conocido antes en Bunauán, y muy pronto llega el P. Urios á la cabeza de sus cuadrilleros; vuelve de una expedición al alto Agusán, y trae prisioneros á dos *bagani*, que han asesinado á dos nuevos cristianos: el Padre impone un correctivo ejemplar á uno de ellos. Parece que hay una recrudescencia de hostilidades en el centro de Mindanao; los Mandayas del río Sahug acaban de sorprender y matar á los habitantes de un caserío dependiente de Dagohoy, y los Bisayas de Bislig se han puesto en campaña contra los Mandayas de las montañas.

25 enero.—Me separo de los dos misioneros, que han tenido la bondad de no hablarme de la deserción de Amparo sino para decirme que la consideraban desde hace mucho tiempo como muy probable, y que á falta de la excusa que los indígenas dieron, el dato habría encontrado fácil otro pretexto.

La corriente del Agusán es siempre muy rápida, y hasta el 27 no llego á Bunauán, donde cambio por dos piraguas la barca tomada en Butuán.



Viaje á Filipinas. - Guerrero guianga

A partir de Bunauán sepárome de mi antigua ruta y remonto el río Simulao, crecido por los torrentes, hasta un poco más arriba de Tudela, mísero pueblo de mandayas más ó menos sinceramente convertidos al cristianismo. El Simulao está encajonado entre ondulaciones de terreno, generalmente poco elevadas; sus orillas, cubiertas de una vegetación de arbustos, se hallan tan desiertas como las del Sahug; llueve siempre, y bajo este cielo gris, Tudela, perdido en el fango, presenta el lamentable espectáculo de un conjunto de viviendas ruinosas antes de haber terminado su construcción. Los habitantes parecen heridos de parálisis; hasta los chiquillos, acurrucados en los rincones, permanecen silenciosos, entreteniéndose con unos puñales de madera.

Necesito indispensablemente portadores para franquear el monte Bucán, que me separa de Bislig; ni los ofrecimientos ni las amenazas no me dan resultado, y en su consecuencia apodérome del capitán de Tudela, le anuncio que es mi prisionero, que le llevaré lejos, y que no volverá á ver nunca las orillas del Simulao. Entonces se decide á facilitarme dos ligeras embarcaciones, tres hombres y cuatro chicos de cinco á doce años.

29 enero.—Salgo á las siete de la mañana, y me es forzoso cruzar otra vez penosamente las cataratas, sufriendo la lluvia; desde el Simulao paso al Miaga (8° 3′ 1″ latitud norte) y después al Dugán, riachuelo sin importancia. Por la tarde llego al pie del monte Bucán, donde el Dugán presenta una larga serie de cataratas y cascadas de imponente aspecto, que se precipitan sobre peñascos enormes.

30 enero.—Las rocas de andesita, cubiertas de moles arcillosas, forman la garganta del monte Bucán (altitud 130 metros), que remata en una meseta ligeramente accidentada, con una espesa vegetación, entre la cual hay barrancos profundos que dificultan la marcha; también veo en la meseta numerosos torrentes, por lo regular orientados al sud. El camino es más fácil en la vertiente este; pero mi guía, estúpido mandaya, equivoca el camino, y para llegar al río Bislig es forzoso encaminarnos por el lecho desigual de un torrente, cuyo caudal de agua aumenta con la lluvia. Paso la noche en una caseta de Mandayas.

31 enero.—Una hora más en los torrentes, y después llego al río Bislig, ancho y profundo, donde me embarco con dos esquifes que por poco zozobran en el puerto, á causa de la agitación del mar.

Así como todas las radas de esta costa, excepto el golfo de Pujada, la de Bislig está abierta al nordeste; y por lo tanto no se puede permanecer en ella durante el actual monzón. La desembocadura del Bislig ofrecería un buen refugio si se practicasen algunas obras en la barra, que tiene por todas partes de diez á doce brazas de profundidad, excepto en un punto, cuya anchura no alcanza á veinte. Esta circunstancia es buena de notar en una costa tan inhospitalaria.

Bislig, uno de los más antiguos pueblos colonizados por los Bisayas en el océano Pacífico, depende de Surigao, y su gobernador es un comandante. Me dirijo al tribunal, y busco en mi escaso equipo algún traje para presentarme á dicha autoridad. El comandante, D. Rafael Piquer y Morales, informado de mi llegada, me envía un pelotón de cuadrilleros, que recogen mi equipaje, los sigo, y poco después el gobernador me presenta á la señora Piquer, de donde que puedo disponer de su casa.

Paso dos días muy agradables con mis nuevos patrones, que solos con su hija en este pueblo bisaya, han sabido desterrar el aburrimiento, buscando las ocupaciones más agradables. Los señores Piquer insisten para que me quede algún tiempo; pero fatigado y enfermo, conozco que ya es hora de terminar mi viaje á Mindanao, porque bien pronto me faltarán las fuerzas necesarias.

El tiempo parece mejorar: después de haber observado que la situación de Bislig se halla á 123° 48′ 20″ longitud este, y 8° 7′ 6″ latitud norte, marcho el 2 de febrero en una barca bastante grande, tripulada por cinco marineros, que me ha facilitado bondadosamente el señor comandante Piquer. Si el tiempo se mantiene así, tal vez podré llegar, á pesar del monzón, á la bahía de Pujada.

Apenas he doblado la punta de Sancop, la brisa comienza á refrescar, y el mar se pica; pero á favor de la alta marea puedo costear, pasando sobre un banco que aquí existe; navego sobre un metro de profundidad y así evito la fuerte marejada, que viene á morir con estrépito á pocos cables de mi barca. Después penetro en un pequeño canal que serpentea entre la punta Sancop y la costa; en la extremidad opuesta, el mar está demasiado embravecido, y mando anclar en el canal. Durante la noche, mis tripulantes hacen una buena pesca; provistos de hachas, recorren las aguas poco profundas; y cuando los peces, atraídos por la luz, pasan á su lado, los aturden de un golpe en la cabeza.

3 febrero.—Continúo mi ruta hacia la punta Tambog, manteniéndome, como ayer, á cierta distancia de las rompientes, con lo cual evito el encuentro de las enormes olas. A las once de la mañana me veo obligado á detenerme en un canal de la punta Tambog.

4 febrero.—A las seis de la mañana, calma relativa; doblo la punta de Tambog, procurando evitar la línea de las corrientes, que termina en la punta; poco después, con la profundidad de á dos metros, en marea alta, dejo á babor la línea de las olas que se estrellan en su periferia. A las nueve de la mañana doy vista á Lingit, pueblo bisaya asaz importante; y después de doblar la punta Baticangán, y de cruzar la bahía siguiente del mismo modo, anclo á las once delante de la punta Amuraón para observar.

A partir de la punta de Tambog, los bancos costeros están formados por restos de políperos, en los cuales crecen algunas algas. La costa es generalmente escarpada, componiéndose, como los pequeños islotes de la inmediación, de masas de moles de melafira más ó menos alterada. Desde la punta de Amuraón gobierno directamente sobre Catel Nuevo ó Dacuang Banía (el gran pueblo bisaya); á doce brazas, ya no encuentro fondo; llego á Catel á las dos de la tarde, y encuentro al P. Terricabras, misionero de la Compañía de Jesús, que vuelve de su visita apostólica.

Catel Nuevo se ha establecido aquí porque la costa ofrece un anclaje regular para las barcas; mientras que el del antiguo pueblo es casi siempre inabordable; los Bisayas renuncian difícilmente á sus casetas, según me dice el P. Terricabras, quien me recibe afablemente, pero rehusa compartir conmigo lo que me queda de las excelentes provisiones que llevo en mi barca, y que debo á la bondad de la señora Piquer. «Hace mucho tiempo, — me dice el Padre, — que no he probado los manjares de Europa, y temo que me hagan daño.»

(Continuará)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 30 DE AGOSTO DE 1886 — NUM. 244

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡LOCA! cuadro de L. Deschamps

Asunto y pintura á cual más simpáticos. ¿Quién no se sentirá movido á compasión al ver esa madre tan joven y tan mísera al propio tiempo, que para engañar á su vista, engalana con el gorrito de su hijo á un pobre cuadrúpedo y para engañar á su corazón le mece y le prodiga las más tiernas caricias? La fijeza de su mirada indica que su insensato desvarío la tiene dominada por completo. Al contemplar á esta infeliz loca, la lástima que inspira induce á desear que jamás recobre la razón, si ha de pasar de nuevo por las crueles torturas que se la han hecho perder.

Algunos de nuestros abonados habrían preferido tal vez que no hubiéramos puesto tan triste composición ante sus ojos; pero el cuadro de Deschamps ha alcanzado tal y tan merecido éxito en la última Exposición de París, que no hemos podido resistir al deseo de incluir en nuestras páginas una copia de tan artística obra.

CAMINO DEL JUBILEO, cuadro de M. Schmid

La palabra *imposible* no existe en el diccionario del amor de padre. Nuestro cuadro representa al vivo esta opinión, que la experiencia confirma á cada paso. La desgracia ha llamado á la puerta de la cabaña del rudo montañés: su hija, la joven cuya sonrisa de ángel calmaba todas sus penas, cuya juventud y alegría eran el encanto del solitario hogar, ha sido atacada de terrible parálisis. El pobre montañés tiene escasos recursos y más escasa fe para implorar el auxilio de la ciencia de los hombres; pero tiene un tesoro de amor y de esperanza en Dios. El amor le inspira la confección de un aparato para cargar sobre sus robustos hombros el cuerpo de su hija, y la esperanza guía sus pasos al santuario donde se celebra la fiesta de la Virgen que obra milagros cuando los padres la imploran con toda la efusión de su alma. Tal es el asunto del cuadro de Schmid.

Sobrio de composición, ejecutado con firmeza de maestro, impresiona vivamente y á la simple vista vale á su autor un triunfo. Ese paisaje agreste, desnudo, solitario, es el teatro más conveniente para la escena escogida por el artista; como la figura del montañés, cuya robusta espalda se doblega bajo su preciosa carga, es la imagen gráfica del dolor resignado y del amor elevado á lo sublime del sacrificio. El sentimiento de que el pintor se halla dominado trasciende al espectador por medios naturales; y esto prueba la intensidad de aquél y las condiciones artísticas con que se manifiesta. Cuando se juntan el sentimiento y el arte se producen obras clásicas como el *Camino del jubileo.*

¡EDAD FELIZ! cuadro de Enrique Rasch

El artista no dice en qué punto tiene lugar la deliciosa escena que ha pintado. A juzgar por la espléndida luz que la ilumina y por la transparencia del cielo bajo el cual se realiza, deberíamos decir que esa escena tiene lugar en Italia. Sin embargo, la disposición del jardín no es italiana del todo; los mismos personajes no tienen italiano tipo. Dondequiera que la escena se verifique, ello es que el pensamiento resulta agradable y la ejecución esmerada.

Una mujer, joven aún y hermosa, viste enlutadas tocas. Induda-



¡LOCA! cuadro de L. Deschamps

blemente es una viuda que tiene concentrados sus afectos en la criatura que hace danzar á su muñeca, ejercicio que cautiva por completo su atención. Esa criatura es su hija; lo dice harto claramente el color negro de su sencillo vestido.

—¡Feliz edad!—dice para sí la madre acongojada.—¡Feliz edad aquella en que no se tiene idea de la desgracia que supone la pérdida de un padre!... ¡Feliz edad aquella en que una muñeca hace olvidar un cadáver é inspira una alegría tan inocente como contagiosa!

Esta idea se refleja en el semblante de la viuda, cuyo dolor templa una media sonrisa, bien así como en días borrascosos los rayos del sol iluminan pálidamente una nube, sin llegar á traspasarla. Las otras dos figuras del cuadro son igualmente expresivas; el conjunto resulta agradable y el pensamiento de la obra demostrado de una manera sencilla, pero no menos concluyente.

EL NÁUFRAGO, cuadro de Langhammer

Terrible y desigual es la lucha: el hombre es un ser muy débil para triunfar de las embravecidas olas. Con la fuerza de la desesperación se agarra el náufrago á los restos de la frágil barquilla; pero ¡cuán pequeña parece esta resistencia comparada con la fuerza incontrastable del mar enfurecido!... Poner de manifiesto este contraste parece haber sido el pensamiento fundamental del autor de este lienzo, al pintar con vivos colores las horas angustiosas, horribles, que preceden á la muerte del desdichado náufrago.

UNA CALLE DE CLOVELY (Devon)

A pesar de su triste cielo, de las prosaicas aglomeraciones de edificios de agudas y apizarradas techumbres interpoladas de negras y altas chimeneas, que constituyen las grandes ciudades; de las no menos sombrías campiñas manchadas en grandes extensiones por el oscuro polvo de las minas de hulla, no carece la Gran Bretaña de puntos de vista pintorescos, donde tanto el viajero como el artista encuentran bastante que admirar y no poco que estudiar.

Una de las comarcas que más atractivos ofrecen es sin duda la del Devon, y en ésta el antiquísimo pueblo de Clovely, del cual ha dicho con razón un escritor que formaba el caserío más romántico del Devonshire. Basta contemplar el grabado, que representa una de las calles de dicho pueblo, para echar desde luego de ver la antigüedad de sus casas, así como su caprichosa situación en un cerro que se alza á 500 pies de elevación sobre la llanura, y en el cual se escalonan las robustas construcciones de la población. Verdad es que entre los países que más ejemplares de arquitectura primitiva conservan, figura con ventaja la Gran Bretaña, que si es fiel guardadora de sus tradiciones sociales, no lo es menos de todo cuanto constituye su modo de ser, especialmente en los puntos apartados de los grandes centros de población.

MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de Miola

El decenviro Apio Claudio, árbitro de los destinos de la ciudad de Roma (449 años antes de J. C.) concibió por Virginia, hija del centurión Virginio, una pasión innoble que ideó satisfacer de infame manera. Al efecto recabó de los magistrados una sentencia declarando á la infeliz doncella esclava de uno de sus clientes, convertido en su cómplice; mas antes de que la infeliz doncella fuera arrebatada á su padre, éste se apoderó de un cuchillo de la tienda de un carnicero y con él sacrificó á la desdichada Virginia. Los romanos, testigos de la iniquidad de los jueces, se sublevaron contra éstos y derribaron á los decenviros, que tan escandalosamente abusaban de su ilimitado poder.

Este asunto ha sido tratado por varios artistas y verdaderamente se presta como pocos para un cuadro de composición grandiosa. El hecho en sí mismo, el sitio en que tiene lugar, la manifestación de los afectos que dominan á los personajes, la explosión de la ira pública, todo cuanto puede concurrir, hábilmente tratado, á producir un cuadro de impresión, se encuentra reunido en esta escena. El autor del lienzo que publicamos ha sacado de ella buen partido y sin desviar la atención del hecho principal, ha iniciado al espectador en las consecuencias inmediatas que produjo en los destinos de Roma.

PLACERES DEL CAMPO, cuadro de M. Leloir

El artista puede soñar también su Arcadia, y Leloir la ha pintado tan grata, tan apacible, tan bella como la ven ciertos poetas desde Virgilio hasta Meléndez y Florián. Los modernos se sienten menos inclinados al idilio, y á la vista de esa embarcación adornada con atributos agrícolas, y de esos músicos que festejan sin duda á sus opulentos señores, y de ese lago que apenas riza la brisa, y de esos árboles poblados de ruiseñores, y de ese cielo sin nubes, y de esa felicidad sin contratiempos; una sonrisa escéptica asoma á sus labios y exclaman con amargura: «¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

Ello, empero, no puede disputarse á Mauricio Leloir, pintor francés de reconocido mérito, que su idilio está ejecutado con elegancia suma y que á él podría aplicarse aquello de: si esto no es la verdad, merecería serlo.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

– Ahora, me toca á mí; ¡brindo, pues, por mis galantes huéspedes, y sobre todo, por el hada de estas montañas!

– Cuidado, Casio, que no anda lejos Otelo, - respondió con alegre sorna el señor del Soto.

Rosario se turbó ligeramente; mas reponiéndose, dijo á su vez:

– Y yo, por no ser menos, brindo por el feliz descubrimiento del secreto de mi marido, y por los alcornocaleños á quienes hoy ha cabido en suerte tan bravo matador.

La muerte del novillo había impresionado la poética imaginación de Rosario, y al proferir sus últimas palabras, un pasajero carmín tiñó sus mejillas.

– ¿A cómo estamos hoy? – preguntó Soto.

– Domingo, 14 de setiembre, – contestó Enrique.

– Pues bien, dentro de quince días, el primer domingo de octubre, sabrás ese secreto, esposa mía.

– El primer domingo de octubre es el Rosario.

– Justamente, se trata de una sorpresa que para ese día te reservo.

– Pero... ¿no me dirás al menos qué te haces por las noches encerrado en el desván?

– ¡Imposible! ni una palabra, no me preguntes nada hasta ese día; tengo hecho un pacto y he de cumplirlo.

– ¡Un pacto! ¿Y con quién?

– ¿Con el diablo? – preguntó Enrique riendo.

– Tal vez.

El interpelado dió á estas palabras tan extraña entonación que Rosario y Enrique se miraron.

Los criados sirvieron el café y el señor del Soto, mudando de conversación, dijo á su pariente:

– Pero, ¡qué bien tiras, primo! Lo ignoraba; ¿dónde aprendiste?

– Me ejercité desde muy niño. Además, tengo un ojo y un pulso... En el Veloz todos me tiemblan. ¿Quieres darme tu revólver? Voy á dibujarte un seis de oros.

– No, chico; mi mujer es muy nerviosa y se sobresalta al oir tiros.

Rosario, como atraída por un imán, miraba á Enrique de hito en hito.

– ¡Qué miedo he pasado esta mañana! – dijo. – ¿Y ha habido desgracias?

– Poca cosa, el rabadán contuso y una caballería muerta, – contestó el de Soto.

– A no ser por mí, mal lo hubieran pasado esos palurdos, – añadió el pisaverde.

– No te burles de los alcornocaleños; mayor susto llevarán cuando yo quiera, - prosiguió D. Ramón.

– ¿Qué te propones, esposo?

– ¿Por qué lo dices, primo?

– Chitón, es mi secreto.

Y añadió mirando á la ventana:

– ¡Qué hermoso día! La tarde convida á pasear; ¿vamos al campo?

Los tres se levantaron. Mientras Rosario pedía á un criado la sombrilla, Enrique y D. Ramón encendieron sendos tabacos. Cuando el último volvió la espalda para tomar de un mueble su bastón, el segundo dijo á la primera:

– Cada día está V. más guapa.

– ¡Tonto! respondió ella con una sonrisa encantadora.

Al cruzar los tres la plaza, Isidro, que con Blas y sus amigos ocupaba una mesa tras de los vidrios del café, profirió devorándolos con la vista:

– ¡Ahí vienen, ahí vienen!

– ¿Cuáles? – preguntaron sus amigos volviendo la cabeza.

– El brujo, su mujer y el pisaverde. Toman la calle Mayor; ¿adónde irán?

– Déjalos, – repuso Blas, – allá se lo dirán de misas esta noche.

– No, esta noche no.

– ¿Cuándo entonces?

– Después que nos hayamos convencido de su brujería. En esas cosas hay que andarse con pies de plomo; el diablo tiene malas pulgas.

– Corriente; pero de todas maneras esta noche...

Convenidos; le tomamos al diablo la filiación, y mañana, ó pasado, cuando á Dios plazca...

Continuaron hablando en voz tan baja que no pudo entenderse lo demás.

Entretanto, Rosario, D. Ramón y Enrique, recorriendo la calle Mayor, desembocaron en el campo y se dirigieron hacia la vía férrea. A su derecha se oían los rústicos acordes de una gaita y un tamboril, prueba de que los mozos y mozas del lugar alegraban el ocio del domingo bailando en la próxima era.

– ¡Cómo se divierten esos palurdos! – observó Enrique.

– También nosotros nos divertimos, – replicó D. Ramón, – sino que cada uno tiene su modo de matar pulgas.

– A ellos les divierte seguramente lo que á nosotros nos aburriría, – agregó Rosario.

– Vive Dios que si no fuera por Vds., había de ir á echar una cana al aire, – insistió el gomoso.

– ¿De qué suerte, primo?

– Bailando una jota con la mejor moza del lugar.

– ¿Cuándo sentarás esa cabeza? Hazlo si te atreves.

Rosario clavó en el semblante del joven una mirada tal de reconvención, que éste, avergonzado, bajó los ojos.

Llegado que hubieron á una hondonada cubierta de verdura, el de Soto se frotó las manos, profiriendo:

– ¡Ajajá! Hermoso sitio para herborizar; aquí debe haber plantas muy raras, y quién sabe si algún fósil.

– Pero, Ramón, – objetó la dama, siempre con tus hierbas y tus piedras. ¿No sería mejor dar un paseo por esas cercanías?

– Nada, nada, lo dicho. Vosotros haced lo que gustéis; ¿me necesitáis acaso?

Así diciendo, con ligereza juvenil, empezó á brincar por entre peñas y arbustos. Su esposa se sentó en el suelo, sobre el mullido césped; abrió un libro que trajera á prevención y se puso á leerlo. Enrique, en pie junto á ella, mirándola fijamente, se azotaba el pantalón con su junquillo.

– Siento no haberme traído la escopeta, – dijo de pronto.

Rosario levantó la cabeza.

– ¿Para qué? – le preguntó.

– Mi primo con sus hierbas y pedruscos, V. con su libro, yo sin mi escopeta, ¡bonita tarde vamos á pasar!

– Todavía le queda á V. un recurso.

– ¿Cuál?

– Ir á bailar una jota con la mejor moza...

– ¡Rosario!

– A prevención traje este libro; no me gusta ser importuna.

– Sin embargo, demasiado sabe usted...

Interrumpiéndose de súbito, el gomoso miró hacia donde se hallaba D. Ramón, y como le viese envuelto en la espesura de un bosquecillo, se inclinó rápidamente, intentando asir con la suya la mano de Rosario.

– ¡Insolente! – exclamó ella, dándole en los dedos con la sombrilla.

El libro, escapándose de las manos de la dama, se había caído sobre la hierba, y sus hojas, barajadas por el viento, producían un rumor seco y burlón, cual si se mofaran de la audacia del petimetre; el mismo viento azotaba el rostro y las sienes de la hermosa con el velillo de su sombrero y con los rizos que de éste se escapaban; la falda, ceñida con pudorosa precaución á lo largo de su cuerpo, dibujaba las arrogantes curvas de las caderas y permitía ver en la extremidad el correctísimo calzado de dos pies que hubieran cogido en un puño.

– ¡Ingrata! – murmuró el pisaverde, absorto en la contemplación de aquel tesoro.

– ¡Yo! ¿Le debo á V. algo por ventura?

– Siete meses de martirio, desde mi regreso de Inglaterra, la tierra del *sport*, y de Francia la tierra del *sprit*, desde que tuve la desgracia .. la desgracia, sí, no la fortuna de admirar tanta belleza.

– Por Dios, Enrique, ya que no me respete á mí respétese V. á sí mismo, á ese excelente caballero, que es mi dueño ante Dios y ante los hombres.

Ingrata, sí, ingrata una y mil veces, – prosiguió el gomoso irritado ante el llamamiento virtuoso de Rosario.

– Por V. he venido á enterrarme entre esos zafios, renunciando á mi *high life*, á mi vida de aventuras, á lo más *pschut* que el mundo encierra.

– Sabe Dios cuánto me opuse á que V. nos acompañara; pero hay cosas fatales, ojos que no ven, oídos que no oyen.

Por V. no vivo, muero aquí y en todas partes; por usted hoy, con sólo disparar mi carabina, he librado al pueblo de una catástrofe... Por V. lo hice, sí, ¿qué me importaba á mí de esos palurdos?

– Enrique, no me atormente V., yo se lo ruego; usted sabe muy bien que sus merecimientos no han caído nunca en saco roto; que ese hombre bondadoso, con su edad, con su carácter, con sus gustos, con sus... extravagancias, no puede llenar el vacío de mi alma. Con todo, no ignora usted tampoco lo que me debo á mí misma, lo que debo á mi marido, lo que nos debemos todos.

– ¡Sí, yo debo el alma al diablo y forzoso será que se la pague! – prorrumpió el gomoso con acento sombrío.

– ¡Primo, primo! ¿qué te haces? – gritó en aquel momento, desde el bosquecillo, la voz de D. Ramón.

– ¿Qué quieres? Estoy aquí, acompañando á Rosario.

– Con que, haciendo el amor á mi mujer, ¿eh? ¡Ah! bribonzuelo, holgazán. Ven acá, hombre, ven acá un momento y ayúdame á atar estas hierbas; no puedo con tantas.

Enrique y Rosario cambiaron una mirada significativa, una mirada de compasión y de despecho hacia aquel hombre. El petimetre, no obstante, acudió al llamamiento, y la dama, recogiendo su libro, se puso á leerlo maquinalmente.

Por más que lo intentaron, no les fué posible en toda la tarde reanudar la conversación: el señor del Soto, locuaz, animado, inquieto, contento como nunca por las preciosidades que, según él, había recogido, cada vez que á ello iban lo estorbaba.

El pisaverde, por instintivo desquite de su pecado, se ofreció á llevar aquel tesoro; mas D. Ramón se opuso diciendo:

—Quita, hombre, quita, podrías mancharte el traje, tú tan buen mozo! ¿Qué dirían esas palurdas? En cuanto á mí, es muy distinto; ya estoy fuera de combate.

Echaron á andar los tres, D. Ramón cargado como un patán, con su haz de vegetales, el gomoso silbando un aire bufo y la dama, pensativa, revelando en el semblante la lucha de encontrados sentimientos que su alma sostenía.

(Continuará)

LO QUE VIVE EN LA SOMBRA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Paseaba yo una tarde de otoño por el Retiro: un viento húmedo y frío impulsaba en remolinos las hojas secas; los últimos rayos del sol que se filtraban por las rasgaduras de espesos y negros nubarrones, teñían con una tinta roja-pálida las copas de los árboles; la tarde se había hecho desapacible, y yo apresuraba el paso para que la lluvia que amenazaba no me cogiese al descampado.

Había llegado á la Avenida de las estatuas: estaba desierta ó casi desierta: sólo se veía en ella una persona sentada en uno de los bancos de piedra.

No sé por qué al pasar junto á aquella persona, y como por una atracción incomprensible, me fijé en ella: era un hombre ya de edad, vestido con desaliño, aunque no con miseria: su *pardessus*, su sombrero y sus pantalones estaban muy pasados de moda: tenía muy largos los cabellos grises, que agitaba el viento, y su barba aparecía demasiado crecida.

Como si mi mirada hubiese atraído la suya, alzó los ojos y los fijó en mí de una manera profunda: lanzó una exclamación de sorpresa, se levantó de una manera nerviosa, llegó á mí y me asió las manos.

– ¡Ah! ¡eres tú, Luis! – me dijo, – vamos, te aburres como yo, y vienes por el Retiro cuando el mal tiempo echa de él á todo el mundo.

– No recuerdo, – dije.

– ¡Pues, Agustín, el bachiller!

– ¡Ah! – exclamé; – pero ¿quién había de reconocerte?

– ¿Es verdad que es imposible reconocerme? – dijo con un acento extraño, – he venido á buscarla... á lo menos á su espíritu... ¡oh! ¡la vida! ¡esto que llaman vida! ¡el misterio! ¡tengo frío, Luis; mucho frío, y una sed insoportable! ¡vámonos!

Y se asió de mi brazo y tiró de mí.

Yo me sentía mal: á Agustín se unía una historia misteriosa y sombríamente dramática que quince años antes había dado escándalo; Agustín había desaparecido, se le había olvidado.

Él continuó tirando de mí y hablándome de una manera incoherente: si yo le contestaba me cortaba la palabra con la suya que no cesaba y que revelaba la vaguedad de la locura: aproveché el primer carruaje que pasó desalquilado, y algunos minutos después estábamos instalados, y con la mesa servida, en uno de los gabinetes de un *restaurant* de la calle de Alcalá.

Apenas si comía Agustín: bebía, y luego permanecía con las manos crispadas puestas sobre el borde de la mesa.

Su mirada brillaba de una manera vaga, indecisa, como esos fuegos fatuos que lucen más ó menos según que es mayor ó menor la densidad de la sombra en que flotan y que al entrar en un espacio iluminado por la luna desaparecen, para aparecer de nuevo con toda la intensidad de su luz fantástica sobre un fondo lóbrego.

Yo sufría, como si me hubiera contagiado la situación dolorosa del alma de Agustín: si aquello no era locura, era ya visiblemente el desorden cerebral: sus ojos dilatados huían la luz de las bujías, y al extravío de la mirada se unía la contracción de los labios trémulos, y una especie de sombra interna que parecía manifestarse en su rostro pálido hasta lo lívido, causando el efecto de una luz que se extingue y se reanima débilmente dentro de una bomba de cristal mate.

Agustín acabó por tomar para mí la apariencia de un espectro, ó más bien de un cadáver agitado por una poderosa influencia magnética: había en él una vida formidable, que no era la vida tal como la conocemos; era una vida de otra esfera, de otro orden de sensaciones y de relaciones; era, en fin, como el aborto de una pesadilla que nos ha despertado y que recordamos sin poder explicárnosla, sintiendo algo más terrible que el terror: la sombra de un universo desconocido, fantástico, producto de la perturbación del sentimiento, del desequilibrio de los términos de la razón.

– ¡Ron, ron, mucho ron! – exclamó; – ella no puede resucitar; los muertos, cuando se han sumergido en lo infinito invisible, vuelven, sí, vuelven cuando los evoca una voluntad poderosa, pero no encuentran su envoltura, la máquina por medio de la cual manifestaban, con la voz, con la mirada, con el gesto, con el movimiento, lo que sentían, lo que pensaban, lo que querían. Se ha desorganizado, se ha deshecho entre el fango pútrido de la fosa: no son más que sombras que se hacen sentir de nuestro espíritu, que nos hablan sin voz, que sin ojos nos miran, que sin formas materiales dejan ver las formas que tuvieron, pero idealizadas, trasfiguradas, llevadas á la belleza suprema; tú no sabes cómo es la sombra que se levanta en el miserable vacío que ha dejado en nuestra alma la desaparición material de un ser querido; no, tú no sabes cuán horriblemente ese vacío insoportable se llena sin llenarse, porque cuanto más se llena más se agranda, y cuanto más atormenta, más deleita; no, tú no sabes hasta dónde llega en placer y en dolor el sentimiento infinito del espíritu por el espíritu.

Si yo no hubiese visto patente el trastorno febril de Agustín, hubiera creído que la filosofía á la moda, la teoría de lo infinito, los desbarros del espiritismo y del sonambulismo, toda esa fantasmagoría con que, locos tranquilos, pretenden explicarse lo que no cabe en la razón humana, se habían apoderado de él y le habían *chiflado* (permítasenos esta palabra de un nuevo *caló* que ha hecho fortuna aun en los círculos más ilustres); pero yo no veía esto; veía un síntoma de muerte; la mayor parte de los moribundos por la depresión, por la perturbación del sentimiento, ven objetos extraños, seres fantásticos; sus miradas vagan como siguiendo á aquellos espectros, que ellos ven, por las paredes, por el techo, de objeto en objeto, de colgadura en colgadura, de los que hablan á los que doloridos asisten á su agonía; y cuando ya no pueden hablar ni moverse, cuando su mirada ya no busca, parece que en sus ojos mates y vidriosos se refleja aún la tenaz visión: Agustín era entonces como uno de esos moribundos, sólo que, por un fenómeno extraño, se tenía sentado y conservaba toda la energía de sus movimientos.

– ¿No la ves? – me dijo; – está allí, en el espejo; me mira con sus grandes ojos tristes y ardientes: pero tú no la verás: tú no estás en relación simpática con ella: tú no la has conocido: si tú la hubieras conocido, comprenderías lo que sin duda crees una alucinación.

– En efecto, – le dije, – puedo tratarte con confianza: tú no estás bueno: has bebido demasiado: ¿quieres que nos vayamos?

– ¡Sí, sí, es verdad! – dijo con acento sarcástico; – tú ves en mí síntomas de congestión: tranquilízate: basta con que me abstraiga para que ella se me presente: yo tengo la razón tan fuerte como tú: yo sé bien que lo extraordinario, lo sobrenatural, lo que creemos que sin existir existe, es la visión de un inexplicable sonambulismo en que nos sentimos despiertos, y durante el cual los que nos ven, los que nos oyen nos creen despiertos también: ¿qué te parece? cuando te detuviste delante de mí, acababa de verla pasar, esbelta, leve como una pluma llevada por el viento; flotaba su elegante traje, flotaban sus cabellos rubios... ¡oh, qué cabellos! un rostro sensual, un rubio pálido, con tonos dorados, con reflejos de una luz misteriosa... y su frente tersa, serena, pero sombría, con su misterio de pasiones desconocidas... con sus enormes y lánguidos ojos negros, siempre enigmáticos, siempre abismos oscuros en cuyo fondo se agitan informes la muerte y la vida... con la sonrisa leve y epigramática de sus graciosos labios... con su garganta irresistible cuyas arterias laten á la más leve sensación... toda vida, toda luz y toda sombra, toda paz y toda guerra... lo infinito en la mujer... el ángel en el demonio y el demonio en el ángel... un destino, una fatalidad; uno de esos seres humanos en que parece haberse infundido un espíritu incontrastable; una de esas criaturas que á un tiempo hielan y abrasan la sangre... y luego una herida sobre la sien izquierda de la que con la sangre se escapa la vida!...

Yo me estremecí; probé una sensación terrible que no puedo explicar.

Agustín acababa de retratarme á grandes rasgos una mujer que era mi desesperación, mi sueño.

Y yo había ido al Retiro sólo por verla pasar como una bella aparición fugitiva por entre las enramadas... y ella había acudido como siempre á su cita tácita; ella había pasado antes que yo por delante de Agustín.

¿Y qué relación había entre Agustín y Clotilde?

Yo necesitaba saber sin preguntar, sin causar la más leve prevención á Agustín.

Él estaba en el camino de las revelaciones, y era necesario que la revelación fuese completa.

Echó una enorme cantidad de ron en la copa destinada para el vino y yo no le impedí que bebiese. Aquello debía agravar su estado congestional. Pero ¿qué importaba? Yo sentía algo horrible que me roía las entrañas: sentía hambre, un hambre cruel de saber; de descubrir; cuanto más perdiese Agustín la razón, mejor.

Sus ojos estaban ya incandescidos: parecían dos ascuas opacas, como las de un carbón que se requema.

Aparecía en su semblante contraído, la expresión del olvido de todo, menos de la pasión que le combatía: de improviso dijo:

– Yo no sé cómo, ahora que está de moda el naturalismo romántico, los autores dramáticos no se hacen aplaudir á rabiar... con que anegaran sus miradas en los abismos sociales, en lo horrible desconocido, y de allí lo sacasen y le diesen forma, llegarían á una gloria espantosa. ¿Qué te parece si yo hiciera un drama con mi historia?

– Veamos, veamos, – le dije con ansia.

Agustín tomó una expresión semejante á la de un hombre que sueña despierto en algo terrible.

– La ví, y me absorbió: su destino es absorber; aniquilar en su ser á seres que sufren sin esperanza; era todavía una adolescente: pero una adolescente precoz: era ya el arcángel caído con toda su terrible hermosura, con todo su poder de fascinación, pero aun no manchado con el cieno de la vida... y su tía... su terrible y majestuosa tía, con su mirada incontrastable y sus formas de Cleopatra... fuí admitido... pero nunca cuando fuí á visitarlas encontré á Clotilde... estaba indispuesta, á casa de un pariente ó de una amiga... siempre sola la tía... la tía formidable, resplandeciente aún de juventud y de frescura á sus cuarenta años: yo resistí todas las incitaciones de la hermosura, todas las provocaciones de la mirada, todas las artes diabólicas de una mujer irresistiblemente seductora... yo ví pasar por sus ojos cóleras sombrías, expresiones misteriosas y aterradoras... pero yo estaba absorbido por Clotilde... ella, el amor desesperado que por ella sentía hacía impotentes todas las seducciones de Ascensión; era necesario decidirse por una de las dos, y yo me había decidido: Clotilde era mi universo... y yo no la veía nunca, nunca más que en paseo; cuando por respeto á las formas no podía acompañarlas... ¡oh!

Un día recibí una carta, la letra de cuyo sobrescrito me era desconocida, pero indudablemente de mujer: abrí temblando aquella carta, de la que fluía un leve y delicioso perfume... busqué ansioso la firma: leí *Clotilde* y se me nublaron los ojos: tuve que hacer un violento esfuerzo para dominar el trastorno que se apoderó de mí. Era una carta breve, pero frenética de amor, en que ella me daba una cita decisiva á una calle apartada... acudí á las doce de la noche: en una esquina de la calle de la Comadre, encontré arrebujada á una mujer que tenía todas las apariencias de una vieja. Aquella mujer me condujo á una casa de aspecto miserable: abrió su puerta: me asió con una mano descarnada y fría, cuyo contacto me causó una impresión horrible ...yo, sin embargo, pensaba en Clotilde... la vieja me condujo á oscuras por el piso bajo... se detuvo... sonó una llave en una cerradura; la vieja me empujó dentro... se volvió á cerrar la puerta... sonó otra vez la llave... yo estaba en un espacio densamente oscuro... llamé á la vieja... no me contestó... adelanté con los brazos extendidos.. tropecé con la pared... con los muebles... hallé al fin una puerta...seguí... tropecé en un lecho .. encontré sobre el lecho un cuerpo... un cuerpo de mujer .. pero inmóvil... frío... mis manos palpando habían encontrado algo húmedo y viscoso... sangre sin duda... estaba encerrado con un cadáver!

Agustín se detuvo: sus cabellos estaban erizados; sus ojos vagos parecían los de una bestia brava.

Se sirvió de nuevo ron en gran cantidad.

– No era Clotilde, – dijo al fin, – pero yo había sentido el terror de que fuese ella: había gritado de una manera desesperada, había golpeado furiosamente la puerta... no tenía luz, ni aun fósforos y necesitaba ver, salir de una duda horrible... el terror me había enloquecido: yo no meditaba que me comprometía... y seguía gritando... gritando desesperado... sacudiendo con todas mis fuerzas la puerta... pretendiendo forzarla...

Se sintió movimiento en la casa... acudieron gentes.. sobrevino la justicia... se franqueó la puerta... me encontraron con las manos rojas, con el traje manchado de sangre... en la alcoba, en un lecho modesto, aparecía el cadáver de una mujer joven y hermosa, á pesar de la muerte... pero no era Clotilde... su traje, aunque elegante en su género, revelaba á una obrera: en su garganta aparecía una larga herida trasversal de la que aun fluía sangre... se me había hecho caer en una horrible trampa de lobo en la que había encontrado una responsabilidad capital.

Mi pensamiento se fijó en Ascensión: pero yo no me explicaba su móvil .. si me amaba, ¿por qué perderme?

El proceso arrojó de sí una luz sombría.

María de los Angeles, la pobre obrera asesinada, era la única parienta que me quedaba en el mundo, y á quien yo no conocía, por una de esas desviaciones que son tan frecuentes entre las familias; muerta *ab intestato* María de los Angeles, yo debía heredarla... ¿vas comprendiendo?

– No, no comprendo bien, – respondí aturdido por el horror de aquel drama terrible, uno de cuyos personajes aparecía loco y palpitante ante mí.

– Una intriga de Satanás – exclamó. – Aquella María de los Angeles debía heredar una fortuna de muchos millones, de un célibe que había muerto de repente y sin testar, y del cual María de los Angeles es la parienta más inmediata y á la que no se conocía: se habían publicado edictos que ella no había leído, que yo no había leído tampoco, porque no todos leen el diario oficial... Ella, como yo, tenía el apellido Pérez de Mendarieta... esto parecía evidente... yo había leído los edictos, había averiguado, había encontrado una parienta con mejor derecho en María de los Angeles y me había desembarazado de ella... ¿No ves detrás de todo esto la sombría figura de Ascensión, un horrible juego por tabla, una carambola espantosa?

– Pero tú no podías heredar á una mujer á quien habías asesinado, – exclamé.

– ¡Es que fuí absuelto!

– ¡Absuelto! – exclamé con asombro.

– ¡Ah! ¡los abismos, los abismos! – exclamó Agustín: – yo no salí de la cárcel, sino casado con Ascensión.

– ¡Cómo!

– Se me puso entre el patíbulo y el tálamo: no había elección posible, me casé: entonces apareció el verdadero criminal... un perdido, un vago, uno de estos miserables que viven de una mujer; el amante de María de los Angeles... otro juego por tabla, otra espantosa carambola; el miserable había vendido por un puñado de oro á un desconocido la vida de la desdichada María de los Angeles: encerrado, compelido, se confesó autor del crimen, su declaración justificó mi presencia en casa de María de los Angeles, mi inocencia resplandeció; pero yo era el esposo de María de la Ascensión que por su enlace conmigo de una posición mediana había llegado á la opulencia, á las grandes ostentaciones, á la gran vida. ¡Oh! ¡los abismos! ¡los abismos! una pobre muchacha había muerto; un canalla, un gorgojo del lodo había sido ajusticiado... pero Ascensión era rica y tenía por marido á un esclavo.

Hubo una pausa durante la cual Agustín bebió otra enorme cantidad de ron, sin que yo se lo impidiese: era necesario que acreciese su locura, que se completase su revelación, que acabase de revelarse por completo para mí la figura de Clotilde.

No tardó en aparecer.

– Los que niegan la Providencia, – dijo Agustín, – son unos pobres diablos que no conocen la necesidad de los efectos dadas las causas: ¡los millones! ¡la sed rabiosa del oro que seca las fauces de las gentes de nuestro tiempo, y les hace producir un silbido ronco y amenazador como el de una serpiente hambrienta! ¡ron, más ron! ¡sobre la locura la embriaguez! ¡y todo es poco, todo es poco para olvidar!

Bebió y continuó.

– Yo sabía harto claro que Ascensión no me había amado jamás; que yo no había sido para ella otra cosa que un medio: Clotilde continuaba siendo mi sueño desesperado: vivía con nosotros... á Ascensión la importaba muy poco que ella y yo estuviésemos en contacto: Clotilde era altiva y pura y había entre los dos un imposible: un día Ascensión amaneció muerta.

– ¡Cómo! – exclamé yo.

– No lo sé, – respondió Agustín, – casualidad ó crimen: ¡siempre el abismo! los médicos declararon que había muerto de una apoplejía fulminante.

Clotilde miraba de una manera fatídica el cadáver, y aparecía más hermosa: había en ella algo de sobrenatural.

Cuando se fueron todos llevándose el cadáver me asió las manos y me dijo:

– Me he quedado sola en el mundo.

– ¡Y yo! – la respondí anhelante.

– Yo no puedo vivir á tu lado, – me respondió... – ¡las conveniencias!

– Tú no te separas de mí, – la dije.

Y tres días después partimos para viajar por Europa: á los seis meses Clotilde era mi mujer. ¡Ah!



CAMINO DEL JUBILEO, cuadro de Matías Schmid



¡EDAD FELIZ! cuadro de Enrique Rasch

Esta última exclamación de Agustín fué un rugido.

– ¡Como la otra! – añadió; – ¡la sed del oro! yo era todavía un medio: una larga asechanza, una infame traición me había engañado... tuve celos, me volví loco... herí... maté... huí... y la veo, la veo siempre con sus grandes ojos melancólicos, con su mirada profunda, con su sonrisa sarcástica!

Apenas si podía hablar ya Agustín: y continuaba bebiendo: y yo le dejaba beber.

Su voz se enronqueció al fin de tal manera, que no se entendía lo que decía. Pero estaba violentamente agitado: de improviso se levantó de una manera violenta; se llevó las manos á la cabeza, produjo un ronquido horrible y cayó como herido por un rayo.

Yo grité, acudieron... todo inútil... una apoplejía fulminante.

El cadáver fué conducido á mi casa por reclamación mía.

Una vez en ella, corrí á casa de Clotilde.

– ¿Por qué me has engañado? – la dije, – ¿por qué no me has dicho que eras casada?

Yo estaba loco.

Clotilde se había puesto pálida como una muerta

– ¡Ah! ¡yo no había querido matar tu esperanza! – exclamó, – tú eres el único hombre á quien he amado: yo no podía ser más que tu hermana mientras viviese él... y él... ¿dónde está él?

Al hacerme esta pregunta había un abismo en los ojos de Clotilde: un abismo de ansiedad y de amor... de un amor indudable.

– Está... – respondí, – en mi casa.

– ¡En tu casa! – exclamó mirándome con espanto.

– ¡Lo sé todo!

– ¡Ah, sí! – exclamó con un altivo desdén, – ¡una historia horrible soñada por un loco!

Y había una altivez inmensa en la expresión de Clotilde.

– Un loco furioso, – añadió, – que por celos insensatos me hirió, me creyó muerta luego, y á quien yo por terror no he buscado.

Mis joyas que habían quedado en mi poder me bastaban para hacerme una renta. ¡Y ha muerto!

– Sí.

– Quiero verlo.

Me estremecí: la expresión profunda, fría, terrible de Clotilde al decir estas palabras, parecía confirmar la historia del loco.

Delante del cadáver de Agustín, Clotilde exclamó con acento opaco:

– Sí, verdaderamente es él.

Luego añadió:

– Pero entre ese hombre y yo había y existe un testamento en mancomún: yo soy su heredera; es necesario que se le identifique.

Volvían á aparecer los millones: yo sentía algo imposible de explicar.

Se identificó el cadáver; heredó Clotilde, y se unió conmigo.

. . . .

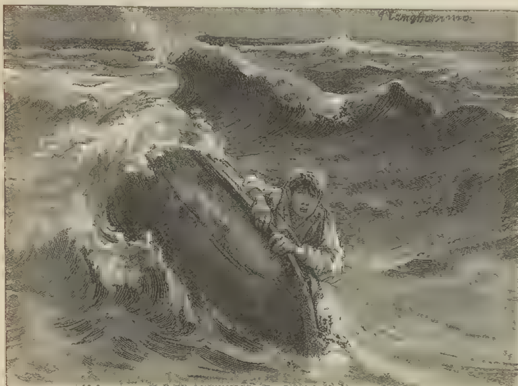
Esa mujer, inocente ó culpable, está ya delante de Dios.

Ha muerto al dar á luz un hijo que la ha sobrevivido algunas horas.

Yo era rico: ahora soy millonario: pero agonizo, muero, el horror me mata!

Esto contenía un pliego con sobre y orlas de luto que he recibido anónimo.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



EL NÁUFRAGO, cuadro de Langhammer

CLARIDADES PULPITABLES

Pensando estaba á mis solas cómo bautizar este artículo después de nacido, y al cabo de mucho ir y venir (sin moverme de mi sillón de vaqueta), se me ocurrió adjudicarle el susodicho, que me apresuré á apuntar, temeroso de que pudiéraseme ir el santo al cielo en medio de tantas especies como se agolpaban á mi mente.

«*Claridades* (dije entre mí) son verdades desnudas, esto es, destituídas de contemplaciones, paliativos ni rodeos; *pulpitables*, significa que se refieren al púlpito: ¡pues he dado precisamente con lo que buscaba; ya tenemos título!» Y soltando la pluma, y estregándome las manos, no «para dar á éstas calor, limpieza ó tersura,» porque de nada de esto habían menester, sino en ademán de fruición, como le sucede á todo aquel que cree haber hallado la clave del enigma, abrí mi tabaquera, le dí en la tapa los golpecitos de ordenanza, y exclamé, sin que nadie me oyera: *¡Vaya un polvo, y descansemos, que el asunto va formal!*

Pero... ¡qué bien dijo aquel que dijo cuando dijo que «la vida humana es un combate no interrumpido en la tierra!» En efecto, asaltóme dentro de pocos momentos la duda sobre si podría caracterizar, ó no, de *claridades* las especies que tenía colectadas como material para el presente artículo, y, de más á más, si me sería dable calificarlas de *pulpitables;* ¡ea, santo Dios! mi gozo, en un pozo! ¡vuelta á poner en tortura la mente! ¡trabajo perdido!

Para quien, como yo, tiene la costumbre de rascarse mucho la frente antes de sentar la pluma en el papel, con el loable intento de que lo entiendan á uno hasta los menos linces (cosa no muy corriente hoy en día el poder conseguirlo, dadas las nebulosidades de todo género que por doquiera nos circundan en achaque de lenguaje), es mueble indispensable el Diccionario de la Lengua, verdadero *refugium peccatorum* á que se acoge todo aquel que, estimando en algo la pureza y propiedad de dicción, desea naturalmente el acierto; tiréme, pues, á él con más ansia que la que aguija al ciervo sediento á buscar una fuente, y quedéme absorto, frío y desmadejado al leer que *claridad* significa «palabra ó palabras resueltas que suelen decirse de resultas de alguna queja ó sentimiento.»

Algo repuesto de mi estupefacción, volví á decirme: «No hay que precipitarse; vamos por partes, y veamos uno tras otro qué es lo que significan en el Diccionario los términos de que consta semejante definición, que pudieran inducir á alguna vacilación ó duda.»

«*Resuelto.* Demasiadamente determinado, audaz, arrojado y libre.»

«*Queja.* Resentimiento, desazón.»

«*Resentimiento.* Desazón, desabrimiento ó queja que queda de un dicho ó acción ofensiva.»

«Pues, señor, ¡estamos lucidos! En el artículo que acabo de trazar, ó séase en la criatura que va á nacer y tras de cuyo nombre ando, no existe ninguna de las circunstancias susodichas, y, sin embargo, toda ella se compone de *claridades* dichas en el púlpito á distintos propósitos, *ergo* no lo entiendo.»

En esto, llamaron á la puerta, y á poco entró la criada en mi despacho con una tarjeta que servía de garantía á la persona que la entregaba, quizás mucho mejor que la cédula personal, y, desde luego, á mucho menos coste, y en cuyo anverso se leía: *Justo Machetazo, juez de...* (aquí el nombre de la villa donde ejercía su cargo, y que no hay para qué nombrar).

Salíle inmediatamente al encuentro, pues, dadas tales señas de nombre, apellido, cargo y lugar, no pude menos de sospechar que aquel sujeto era el mismo, mismísimo, que tan activa parte hubiera tomado en las sesiones literarias de DOÑA LUCÍA. Dióseme á conocer como tal, así como me significó el objeto que lo encaminaba á la corte (que no era otro que el tejemaneje de elecciones), y que me traía una visita muy encarecida de parte del secretario de aquella efímera asociación, y autor de dicha novela. Hablamos largo y tendido acerca de aquella pobre señora, de cuyas manías y rarezas me contó cosas que, ora excitaban á risa, ora á compasión; y, queriendo aprovechar yo la tan fausta como inesperada coyuntura que se me acababa de entrar por las puertas con su presentación, le manifesté la duda de que era presa á su llegada, con motivo del capítulo de *claridades.* Al leerle lo que sobre el particular acababa de leer yo, junto con la materia que motivaba mi artículo, me dijo:



UNA CALLE DE CLOVELLY *(Devon)*

– Creo que está V. en lo firme al definir esa voz por los términos que me ha indicado de «verdades desnudas ó destituídas de contemplaciones, paliativos ni rodeos,» pues, esotro que acaba de leerme V., más parentesco tiene con *frescas*, y mejor aún con *desvergüenzas, salvo meliori.*

– El caso es, – repuse yo, – que en el texto que acabo de leerle á V. se hace á *fresca* sinónimo riguroso de *claridad.*

– Siento mucho no poder estar conforme con semejante sinonimia rigurosa, – me replicó, – por cuanto en *fresca* veo yo, además de la cualidad de mayor libertad ó desahogo que en la *claridad*, la circunstancia de serenidad ó desparpajo tal en quien la dice, que, en caso necesario, está pronto á decir unas cuantas más, siguiendo impertérrito é inalterable. Sí, señor mío; el decir las verdades, si bien amarga al que las oye, también suele ocasionar algún empacho ó turbación en quien las profiere; por eso dice un refrán, no prohijado por nuestra Academia, que *más vale ponerse una vez colorado que ciento amarillo*, para dar á entender que cuando se presenta la ocasión de hablar claro ó de decir *claridades*, debe hacerse así, aun á trueque de tener que sonrojarse, con el intento de evitar el tener que deplorar mayores males en lo sucesivo; pero de semejante circunstancia se exime aquel que por su temperamento particular dice las verdades, no sólo en toda su desnudez y *claridad*, sino también con la ma-

yor indiferencia y *frescura*, en cuya consecuencia lo que viene á decir son *frescas;* y si á esto último se agrega el que su aspecto y sus palabras estuvieran empapadas en el descaro y en la licencia, entonces proferiría *desvergüenzas.* Ya ve V. cómo queda así debidamente graduada la escala de dichos tres vocablos... Y, antes que se me olvide, ¿qué dice ese Diccionario, que tiene V. ahí abierto de la palabra *pulpitable?*

– Pues dice, que no dice nada, aun cuando así lo han dicho Isla, Terreros y otros muchos escritores de nuestra nación que bien sabían lo que se decían.

– ¡Qué cierto es que el que nada, no se ahoga!



MUERTE DE VIRGINIA, cuadro de Miola

Y con esto, se despidió, y yo redacté el presente preámbulo á la materia de que voy á tratar ahora, y que anteriormente tenía escrita, cada vez más convencido (entre otras muchas cosas que omito, por evitar el tener que decir unas cuantas *claridades)* de que el título que más se adecua al presente trabajo es el de

CLARIDADES PULPITABLES

Mateo Alemán, autor del *Guzmán de Alfarache*, sevillano insigne, uno de los maestros más hábiles en el arte del bien decir, que compuso un tratado de Ortografía, rarísimo hoy, é imprimió en Méjico á poco de su llegada á aquel emporio, adonde se retiró, ya anciano, huyendo de España, como tantos otros ingenios á quienes, no de madre, sino de madrastra, sirviera el patrio suelo, da cuenta, en el primer capítulo de su inapreciable novela, de un sermón que predicó en la iglesia de San Gil de Madrid cierto docto orador ante los señores del Consejo Supremo un viernes de cuaresma, en el que, discurriendo por todos los ministros de Justicia hasta llegar al Escribano, al cual dejó de industria para la postre, dijo:

«Aquí ha parado el carro; metido y sonrodado está en el lodo; no sé cómo salga, si el Angel de Dios no revuelve la Piscina. Confieso, señores, que de treinta y más años á esta parte tengo vistas y oídas confesiones de muchos pecadores que, caídos en un pecado, reincidieron muchas veces en él, y á todos, por la misericordia de Dios, que han salido de él reformando sus vidas y conciencias. Al amancebado consumieron el tiempo y la mala mujer, y al jugador desengañó el tablajero, que como sanguijuela de unos y otros poco á poco chupa la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele que dando, y los que juegan sin él. Al famoso ladrón reformaron el miedo y la vergüenza. Al temerario murmurador, la perlesía, de que pocos escapan. Al soberbio, su misma miseria lo desengaña, conociéndose que es lodo. Al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas. Al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprensiones de sus amigos y deudos. Todos, tarde ó temprano, sacan fruto, y dejan, como la culebra, el hábito viejo, aunque para ello se estreche; á todos he hallado señales de su salvación; en sólo el Escribano pierdo la cuenta, ni le hallo enmienda, más hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo, ni sé cómo se confiesa, ni quién le absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio), porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados, ó por complacer al amigo, y aun á la amiga (que negocian mucho los mantos), quitan las vidas, las honras y las haciendas, dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable; tienen hambre canina con un calor de fuego infernal en el alma, que les hace tragar sin mascar á diestro y á siniestro la hacienda ajena; y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero puesto en las palmas de las manos, en el punto se convierte sangre y carne, no lo pueden volver á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que cuando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo llego á tratar), al entrar en la gloria dirán los ángeles unos á otros, llenos de alegría: *Lætamini in Domino:* ¡Escribano en el cielo! ¡fruta nueva, fruta nueva!»

Por aquella época, puesto que vamos tratando del siglo XVI, ocurrió que, predicando un religioso delante de Felipe II, tuvo la debilidad, ó la tontería, de decirle: «Todos los hombres son responsables ante la presencia de Dios, menos V. M.» Formóse causa canónica al bueno de aquel Gerundio, acusándolo de que había divulgado desde el púlpito principios heréticos, amenazando ser terrible el castigo que le estaba preparado. Pero á influjos del Rey, que medió indirectamente en el asunto, pudo lograrse que se templaran las iras del Tribunal de la Fe con que aquel santo varón se retractase públicamente de lo dicho desde el mismo puesto en que se cometió la falta, y á presencia de las propias personas que la habían oído. Al efecto se dispuso una función de desagravios á que asistió el Monarca con su corte, y subiendo á la sagrada cátedra el predicador, entonando el *mea culpa* dijo en términos claros dirigiéndose al Monarca: «Señor, es de fe que V. M. es tan responsable de sus actos ante Dios como el último vasallo.»

A Felipe IV le dió una lección de justicia administrativa otro predicador, desde luego mucho más avisado que el de quien acabamos de hacer mención, por los términos siguientes:

«Señor, – comenzó dirigiéndose al Rey, – al encaminarme á este sitio, ví que llevaban preso á un hombre; pregunté la causa y me dijeron que por jugar á los naipes. Seguí adelante, y leí sobre la puerta de una tienda: *Aquí se venden naipes con permiso de S. M.* Pues señor, si se permite venderlos, ¿por qué se prende á los que juegan con ellos?»

(Continuará)

JOSÉ MARÍA SBARBI



PLACERES DEL CAMPO, cuadro de M. Leloir



Viaje á Filipinas. – Guerrero mandaya (centro de Mindanao).

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

5 febrero. – Salgo á las seis de la mañana. La brisa refresca, produciéndose al punto una marejada enorme, en medio de la cual mi barca desaparece hasta la extremidad de los mástiles. Nuestros pescadores del canal de la Mancha arrostran seguramente con frecuencia durante el invierno un tiempo semejante, pero sus embarcaciones no son como las de Mindanao; y además no hay comparación entre las cualidades morales y físicas de dichos pescadores y las de los indiferentes Bisayas. Por fortuna, se halla cerca un arroyo, el único que existe entre Catel y la punta Bagoso, que permite abordar, lo cual no sería posible por ninguna otra parte.

Fatigado de estas continuas detenciones, envío á buscar portadores al pueblo de Catel Viejo, pues continuaré mi viaje por tierra, siguiendo las sinuosidades de la orilla.

Llegó á Catel Viejo á las seis de la tarde.

6 febrero. – Catel Viejo, antiguo pueblo bisaya, está ocupado hoy por mandayas conquistados, cuya inercia es la misma observada en todos los nuevos cristianos. Cuando me ven encolerizado, los mandayas huyen, y es preciso buscarlos por tierra y por agua. A costa de grandes esfuerzos encuentro al fin cuatro hombres y dos búfalos para arrastrar dos trineos, que según dicen los indígenas, se deslizarán perfectamente por la arena de la playa.

A medio día atravieso el río de Catel, por dentro de la barra, que tiene mucha nombradía en la costa del Pacífico, y que es en realidad imponente. Más allá, mi caravana, reunida con tanto trabajo, emprende la marcha por la orilla del mar, sufriendo una lluvia espantosa. Las alturas, cargadas de bosques, se deprimen bruscamente á poca distancia del mar; la playa está cubierta de restos vegetales; en los bosques abundan los jabalíes y los gibones; estos últimos son fáciles de matar, y hago rodar algunos por tierra, pero no me aprovecho de sus despojos.

La costa se compone de bancos de madréporas, que se extienden á lo léjos en el mar, en forma de anchas tablas horizontales, en las que las grandes olas del Pacífico se estrellan con estrépito, levantando montañas de espuma.

A pesar de la lluvia, todo iría bien si los trineos construídos por los Mandayas pudieran deslizarse sobre la arena. ¡Qué lástima que unos hombres de tan poca inventiva se hayan atormentado la imaginación cabalmente en mi favor! Es preciso descargar los trineos y cargar los búfalos, haciendo en el acto una especie de cestos con bejucos. Uno de estos animales, molestado sin duda con el peso, emprende una carrera á escape, dispersando en tierra su carga; el conductor, aterrado, corre en su persecución, gritando desde lejos: «¡Ayao, ayao!» El aspecto del mandaya es tal, que no puedo contener la risa. Sin embargo, no puedo avanzar más, á causa de la oscuridad de la noche y de la madera flotante que obstruye la playa; es preciso acampar aguantando la lluvia, sin víveres, sin fuego y sin refugio; pero aun es mejor estar aquí, en una roca, que no en el bosque, pues allí nos mojaríamos dos veces, porque el follaje está lleno de agua, que se vierte á la menor sacudida.

7 febrero. – Llego bastante temprano á San Juan, otro caserío de Mandayas *reducidos*, cuyo capitán me alquila un caballo; pero como está muy escuálido, y peso demasiado para él, me deja caer al poco tiempo; entonces le ato á la cola de un búfalo, que le arrastra no sin trabajo; la lluvia que cae sin interrupción desde hace veinticuatro horas conviértese en un diluvio, y no parece sino que todo el Pacífico se volatiliza á la vez para caer pesadamente sobre nuestras espaldas: el sendero que franquea la arista de la punta Bagoso está erizado de rocas agudas, y cortado por arroyos profundos y anchos lodazales. Yo me pregunto cómo los búfalos podrán franquear tan malos pasos, cuando uno de los animales, el mejor, como para darme la contestación, se agacha y resiste á todas las excitaciones; veo que se hunde en el fango; dos muchachos corren al pueblo más próximo para pedir auxilio; entre tanto dispongo que se descargue al búfalo, y ¡oh milagro! el animal parece renacer, y conseguimos sacarle de su lodazal, cargándole después con menos peso, porque la lluvia continúa y duplica el que cada uno lleva. Sólo pierdo en esta maniobra los cráneos de algunos monos. Pronto llegan varios bisayas de Quinablangán: estoy de suerte; el pueblo se halla á corta distancia, y mis muchachos han encontrado un misionero que, sin conocerme, me envía cuantos hombres estaban á su disposición. Los búfalos, aligerados de su carga, no se detienen ya; mi columna franquea rápidamente los últimos barrancos de la montaña; avanzamos en medio de plantaciones de *hidiup* (1), que sólo sirve aquí para la fabricación de la *tuba;* y á las cuatro de la tarde llego á Quinablangán, donde puedo dar gracias á la persona que me ha socorrido, el P. Raimundo Peruza, que debía marchar esta mañana: el mal tiempo y mi buena estrella le han retenido aquí, y comparte cordialmente conmigo todos sus recursos.

8 febrero. – Hoy tengo por compañero de viaje al P. Peruza, que va tambien á Dapnán, pueblo bisaya, donde encontramos al P. Quírico Moré, á quien ya había tenido el gusto de ver en Davao. En Dapnán hay mucha agitación, porque hace dos días los Mandayas atacaron algunas casetas del pueblo; en la refriega perdieron tres hombres, pero han matado seis bisayas, apoderándose de otros varios: han sido unas represalias, porque los indígenas de este punto hicieron lo mismo hace pocos días. Estas *vendettas* parecen aquí interminables.

Por la noche llego á Baganga, pueblo de mil quinientos vecinos, todos cristianos viejos, y mestizos de Mandayas y Bisayas los más.

9 febrero. – Me separo de los simpáticos misioneros que se reunieron conmigo ayer tarde, y prosigo mi marcha, en la que cada paso me aproxima al bienestar y á la civilización; mis compañeros se quedan aquí para siempre, sujetos á las privaciones en medio de los Bisayas y de los infieles. Semejante abnegación es verdaderamente admirable.

El P. Moré, que debe permanecer dos días en Baganga, me presta su caballo, el cual le enviaré desde la primera parada. La marcha de hoy es difícil para mis muchachos y los portadores. Toda la parte oriental de Mindanao está ocupada por una cordillera de altas montañas orientadas generalmente de norte á sud; las estribaciones de la principal siguen la dirección este; desde la punta Bagoso, estas estribaciones son más altas y escarpadas, y avanzan más en el mar, resultando de esta disposición una serie de ensenadas y bahías, separadas bruscamente por alturas, á través de las cuales no se puede avanzar sino con mucho trabajo; las franqueamos al fin siguiendo un sendero apenas trazado, obstruído por los bejucos, y cortado por numerosos arroyos ó barrancos; el suelo está formado por restos de madréporas. La marcha por el bosque produce al cabo de algunas horas una impresión penosa, y respiramos con más libertad al llegar á la orilla, aunque los chubascos, de los cuales no nos preservaba la vegetación, son muy copiosos.

La noche ha cerrado ya por completo cuando llego á Manaligao, pueblo de Mandayas. Estos nuevos cristianos parecen progresar mucho hacia la civilización, pues el teniente y el alguacil me preguntan si no podría facilitarles carabinas como la que llevo.

10 febrero. – ¡Albricias, ya no llueve! Me pongo en camino á las 6 de la mañana, y á las 8 llego á Santa Fe, ó Kapanaán, otro pueblo de reducidos. Marcelo consigue que le den dos huevos, uno de ellos podrido. En el bosque que hay más allá, Lorenzo, que ha nacido en Caraga, encuentra á su hermano, el cual suponía que se hallaba en Davao; los dos quedan estupefactos, pero no profieren ninguna de esas exclamaciones que los europeos prodigan en semejante caso; limítanse á estrecharse la mano, y después de una explicación de medio minuto, cada cual se va por su lado.

En las accidentadas alturas que dominan á Caraga se extienden vastas praderas, muy antiguas, pues ya las invaden los árboles. Todo parece indicar que la región ha sido siempre un punto predilecto para los indígenas.

Llegado á las once de la mañana á Caraga, permanezco aquí dos días: algunos días claros me permiten tomar buenas alturas, que me dan 7° 17′49″ latitud norte, por 124°00′50″ longitud este de Paris. Reconozco con gusto que mis últimas observaciones convienen con la carta geográfica inédita de los señores Bustamante y Ruiz de Ribera. En este momento la región pasa por una de esas crisis que son resultado de la mala inteligencia, y también de los odios y rivalidades promovidas por los intereses.

Hay mucha agitación, á causa de una furiosa guerra entre Bisayas y Mandayas; no se oye hablar más que de casetas incendiadas y de degüellos.

12 febrero. – Salgo de Caraga á las 8 y media de la mañana, con diez y siete portadores. Los chubascos duran todo el día; recorremos una parte del camino por el bosque, y la otra por la playa; el suelo es muy accidentado; por todas partes hay rocas calcáreas, particularmente en las cascadas inmediatas á Caraga, donde llegan á tener algunas veintenas de metros, y las alturas están cubiertas de políperos en todos los estados de alteración: el levantamiento del terreno es aquí evidente.

A las cuatro de la tarde llego á Santa María, caserío de Mandayas, recientemente convertidos; su aspecto es fúnebre y ruinoso, como todos los de su especie. A las cinco estoy en Manay, caserío bisaya.



Viaje á Filipinas. – Hijas de un dato mandaya (centro de Mindanao).

13 febrero. – Todos mis portadores de la víspera vuelven á sus casas, y no es fácil hallar otros. Continúo mi marcha á las ocho y media, y dos horas después llego á Zaragoza, otro pueblecillo tan lúgubre como los anteriores.

(Continuará)

(1) Caryota onusta (Palm), se emplea en las Molucas para la fabricación de cables de excelente calidad.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 6 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 245

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GATITO CARIÑOSO

SUMARIO

Texto.—*Nuestros grabados.*—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*El testamento*, por don Juan Martínez.—*Claridades pulpitables* (continuación), por don J. María Sbarbi.—*Viaje á Filipinas* (conclusión), por el doctor J. Montano.

Grabados.—*El gatito cariñoso.*—*El flautista*, dibujo de J. R. Wehle.—*Inter pocola (entre copa y copa)*, cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour.—*Federico Barbarroja pidiendo auxilio al Duque de Baviera para someter á las ciudades lombardas.*—*Un balcón de Venecia.*—*Vista de la isla de Phile.*—*Lorenzo, muchacho bisaya. Rada de Butuán.*—*Suplemento Artístico: La riva degli Schiavoni*, cuadro de H. Bartels.

NUESTROS GRABADOS

EL GATITO CARIÑOSO

El autor de estas líneas es sumamente aficionado á niños: no tiene nada de particular que le embelese este cuadro. Pero supongamos la persona más recalcitrante en materia de filogenitura. ¿Nada le dice, nada le hace sentir esa niña que, si es un estudio, debe estar hecho á la vista de un ángel? ¿Cabe mayor belleza infantil, más exuberancia de vida, igual candor, actitud más espontánea y afecto peor empleado? Tentados nos sentimos á tener envidia de ese gato, á quien el artista califica de cariñoso, cuando por egoísmo siquiera debería aspirar á ser paloma, tórtola, el animal más inofensivo de la creación.

El mayor mérito de este cuadro es la maestría con que el artista ha evitado caer en uno de los dos extremos propios de los pintores de niños, el excesivo candor ó la excesiva inteligencia: nuestra criatura es candorosa é inteligente; pero no es babieca ni sabia: es una verdadera niña, con rasgos que recuerdan á los querubines de Murillo y que el inmortal sevillano no hubiera renunciado á colocar en torno de sus portentosas *Inmaculadas*.

EL FLAUTISTA, dibujo de J. R. Wehle

No es empresa de que salgan honrosamente todos los artistas la de llamar la atención hacia una sola figura cuando ésta no se halla dominada por alguna de las grandes pasiones que agitan el corazón humano. Parece que la frialdad de un asunto influya en la frialdad del espectador; y sin embargo, nada de esto sucede cuando la deficiencia de lo que diremos argumento, se halla compensada por la fuerza de la ejecución.

Esta circunstancia concurre en el dibujo de Wehle que publicamos. Su autor es bien conocido de nuestros favorecedores, quienes han tenido ocasiones distintas de admirar la corrección de su factura y el estudio profundo que hace del natural. Nuestro *flautista* está perfectamente dominado por el arte; su atención toda se encuentra concentrada en la ejecución de un trozo de música; es lo que se llama poner los cinco sentidos en un ejercicio. Cuando así se dibuja, una sola figura llena un cuadro y este cuadro ocupa un lugar honroso en cualquiera galería.

INTER POCOLA (ENTRE COPA Y COPA), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour

El pueblo romano, tan virgen, tan rudo, tan frugal en los tiempos de Rómulo y de Numa, acabó por una degeneración sensual de que tal vez no ofrezca ejemplo ningún otro pueblo. El refinamiento del placer llegó á ser para él una necesidad. ¡Tal, en consecuencia, le encontraron los bárbaros, cuando Alarico llegó á las puertas de la ciudad que iba á dejar de ser eterna!...

Guinea, en admirable cuadro lleno de luz, de animación, de elegancia y de verdad, ha representado gráficamente una de las costumbres del patriciado romano; la que pudiéramos llamar sobremesa de un magnate opulento.

La provista mesa hállase servida en deliciosa terraza. Al pie de ella se encuentran, hábilmente distribuídos, los amenizadores de la fiesta. A un lado bellas jóvenes tañendo musicales instrumentos; á otro lado los domadores de fieras aguardando su turno para exponer tigres y leones amaestrados, y en el centro la voluptuosa egipcia mostrando simultáneamente sus mal encubiertas formas y sus habilidades en juegos de equilibrio. A todo esto, los comensales, la cabeza ceñida ridículamente de flores, contemplan á los ambulantes artistas con la mirada del más completo fastidio, el fastidio de las personas encenagadas en los más groseros vicios. El cuadro de Guinea es, por todos conceptos, un hermoso lienzo. Pocos como él han dado á comprender, aparte las condiciones de dibujante y colorista, un conocimiento más profundo del asunto tratado. Contemplando esa obra se echa de ver lo que era el fundo romano, cuando dejó de ser lugar de descanso para Cicerón y se convirtió en lugar de licencia para Tíbulo.

FEDERICO BARBARROJA pidiendo auxilio al duque de Baviera para someter á las ciudades lombardas

No pudiendo soportar las ciudades de la Alta Italia las continuas vejaciones que, desde su advenimiento al trono imperial, hizo pesar sobre ellas Federico I Barbarroja, determinaron sacudir su yugo, ó cuando menos imponerle ciertas condiciones para reconocer su soberanía, y con tal objeto convinieron en formar una confederación que se conoce en la historia con el nombre de Liga lombarda. Veintidos años de lucha y la pérdida de siete ejércitos costó al emperador su tenacidad en no acceder á las proposiciones de los confederados. El último de aquéllos fué desbaratado en la batalla de Legnano por las tropas de la Liga, á consecuencia de haber negado á Federico su auxilio el duque de Baviera Enrique el León.

Acosado el emperador por el numeroso ejército de los confederados, se replegó sobre Chiavena, desde donde pidió su ayuda á los príncipes alemanes, que se la prometieron. Pero el peligro era inminente: Enrique el León era el único que podía salvar al reducido ejército imperial; invitóle Federico á que se avistase con él en aquella población y le manifestó el extremo á que se veía reducido; pero ni razones ni ruegos pudieron decidirle á que le acompañara, aunque el emperador, á pesar de todo su orgullo, llegó á suplicárselo de rodillas: Enrique regresó á Alemania con sus guerreros, y esta defección costó á Barbarroja la pérdida de la batalla de Legnano, viéndose obligado de sus resultas á aceptar las condiciones que los confederados quisieron imponerle, para no perder la corona de Italia.

UN BALCÓN DE VENECIA

En la colección de curiosidades artísticas con que se ha enriquecido últimamente el Museo de Birmingham figura uno de esos balcones antiguos y verdaderamente monumentales en que los graves senadores de Venecia, con su rico traje, y las aristocráticas damas, radiantes de belleza con sus joyas y pedrerías, dejábanse ver del pueblo durante las procesiones y otras ceremonias en los canales. Ese balcón, del tipo columnar, y que data de 1550, no sólo es curioso por contener todos los detalles de su construcción, sino también por la maravillosa delicadeza con que está trabajado y por la excelencia del dibujo: la obra es digna de Jacobo Sensovino, á quien se atribuye la ejecución. Todos los balustres son aquí figuras terminales muy bien acabadas, que representan sátiros y deidades, todas de diferente dibujo; las cabezas están admirablemente esculpidas, y tal es su expresión, que parecen animadas. Esta magnífica muestra, que con seguridad es una de las más notables y características en su género, proviene de la fachada de un palacio situado en la calle dei Furloni, cerca de la «Comenda di Malta,» en Venecia.

VISTA DE LA ISLA DE PHILE

Antes de penetrar en el dédalo de arrecifes de la primera catarata bañan las tersas aguas del Nilo un archipiélago de verdes islas, una de las cuales es la sagrada Ilak de los egipcios, la célebre Phile, postrer refugio del culto egipcio, á donde fué trasportada desde Abidos la tumba de Osiris. La isla es pequeña, su perímetro no alcanza á un kilómetro, tiene la forma ovalada y contiene templos de Isis reconstruídos después de la conquista del Egipto por Alejandro. Pero lo que realmente llama poderosamente la atención en Phile es el elegante edículo llamado la *cama de Faraón*, que en medio de hermosos grupos de palmeras refleja en las aguas su fina silueta. Es el asunto de arquitectura que más se ha reproducido para la ilustración y la escenografía. No obstante, es este edículo de baja época, del tiempo de Tiberio. Phile es famosa por sus inscripciones bilingües, que tanta luz dieron para descifrar los jeroglíficos; allí se halló la reproducción de la célebre *piedra de Roseta*, en que se hallaban jeroglíficos con su equivalente ó traducción en caracteres demóticos, glorificando la victoria de Ptolomeo V «el Inmortal;» allí estaba también el obelisco en que Champollión descifró el nombre de Cleopatra. En otro tiempo estaba unida la isla de Phile con otra también sagrada, la de Biggeh, por medio de un túnel por bajo el canal del río que las separa.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA RIVA DEGLI SCHIAVONI, cuadro de H. Bartels

La *riva* ó muelle *degli Schiavoni* es el sitio más concurrido por los venecianos; preferencia fácil de explicar, no sólo por ser uno de los puntos en que mejor atracan los buques, sino por descubrirse desde él uno de los panoramas más bellos de la incomparable reina destronada del Adriático. No es de extrañar, por lo tanto, que Bartels haya pintado una vista de Venecia tomada desde dicho muelle, vista que á su fidelidad une la hoy esplendente y peculiar del cielo veneciano.

Notables son las figuras de ese cuadro, pues reproducen exactamente el tipo de las mujeres de ese pueblo entre oriental é italiano, es decir, medio africano y medio europeo, como lo es todo en esa ciudad incomparable, desde su arquitectura hasta sus costumbres. La mujer veneciana es bella de la belleza de la gitana granadina y como ésta viste y peina con singular desaliño. No parece sino que vincula su poder de seducción en el fulgor de su mirada, que unas veces tiene la languidez de Desdémona y otras veces fulgura siniestramente como la de Otelo.

El cuadro de Bartels es una obra que da, como pocas, una idea bastante aproximada del cielo, de la tierra y de las hijas de la ciudad ducal.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Al acercarse ellos al pueblo, el sol se había hundido en el ocaso y algunos labriegos esparcidos por la campiña regresaban á sus hogares. Aprovechando un momento en que el señor del Soto se adelantó á sus compañeros, Enrique dijo á Rosario:

—¿Cuándo premiará V. tantos tormentos?

—Esta noche..

—¿Así que Ramón se encierre en su desván?

—Hablaremos.

El señor del Soto se detuvo á esperar á los rezagados y los tres entraron en Alcornocal, repartiendo saludos á derecha é izquierda, atravesando toda la calle Mayor por entre dos hileras de corrillos que, sentadas á la puerta de sus viviendas, ya solas, ya acompañadas de sus vecinos, formaban las comadres.

V

Dió el toque de ánimas la campana de la aldea. La luna, en el segundo día de su primer cuarto menguante, no había asomado aún su plateado disco sobre el próximo horizonte. Las calles de Alcornocal estaban desiertas y silenciosas, sin otra luz que la de la blanca reina de la noche, á cuyo cargo corría el alumbrado público,, siempre y cuando, no importaba la hora, en el cielo debía presentarse. A intervalos sonaban pisadas en la oscuridad: eran las de algún vecino que iba ó venía del café, dando traspiés, tropezando con las piedras ó hundiéndose en los baches. Algunas ventanas, abiertas y alumbradas, reflejando sobre la pared de enfrente la luz de algún velón junto con las sombras de varias personas y objetos, y dando salida intermitente á voces y carcajadas, revelaban que los alcornocaleños, según Dios les daba á entender, divertían la velada en casa propia ó en la ajena.

De pronto, no sin cierta precaución, abrióse una puerta de la calle Mayor y por ella fueron saliendo uno tras otro, primero Isidro, luego Blas, en seguida otros tres compañeros, todos armados de sendos garrotes en la mano, y aunque no se les veían, de sendos escapularios pendientes del cuello. Con su actitud sigilosa y azorada á un tiempo, parecían los cinco otros tantos diablos, contrarrestando las influencias celestiales y apercibiéndose á caer sobre el alma condenada de algún pecador de alto copete.

Sin decir palabra, los cinco tomaron á lo largo de la calle, llegaron á la plaza, torcieron á mano derecha, pasaron rápidamente por delante de la alumbrada vidriera del café y siguieron por la calle del Alcornoque, hasta el barranco. Allí se agruparon como constituídos en consejo de guerra.

El silencio y la oscuridad reinaban en torno. Todas las ventanas del palacio estaban cerradas menos una, la de un desván, en la cual no sólo se veía luz, sino que salían por ella voces y ruidos extraños, simulando una disputa de poseídos.

—¡Te digo que no!

—¡Te digo que sí!

—Soy un espíritu del Averno.

—Eres un condenado, y tu mujer...

—¡No sigas, te prohibo nombrarla!

—¡Al infierno, pues, con ella!

Imposible describir el efecto que estas frases, ora claras, ora confusas, caídas desde lo alto de la ventana, produjeron en los labriegos. Hechos una piña entre la casa y el barranco, temblándoles las carnes, no se atrevían á resollar.

—¿Os convencéis ahora,—balbuceó Isidro,—de la brujería de D. Ramón?

—Sí,—contestó uno muy quedo,—arriba suenan dos voces.

—La una,—añadió otro,—se oye perfectamente; es la suya, la del brujo.

—En cuanto á la otra, más fuerte y menos clara, ronca, subterránea, no puede negarse, es la del diablo.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Ahora?—dijo Blas;—es muy sencillo; ahora entra este,—agregó enarbolando el garrote.

—Sí; pero ¿cómo?

—Esperad, yo os lo diré.

—Antes es preciso hacernos cargo de la cosa, saber lo que pasa entre el diablo y el brujo.

—Esperemos á que salga la luna,—observó Isidro.

—¿Para qué?

—Para ver claro, la luna alumbrará la viña de enfrente, y entonces...

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media, ya dieron las ánimas.

—No saldrá hasta las nueve, y primero que esté alta...

—Es verdad, no podemos esperar tanto,—afirmó Isidro,—luego, el tiempo urge, y hay que poner remedio á nuestros males; el golondrino de mi mujer, lo juraría, es obra de esos condenados.

—Y yo,—prosiguió Blas,—tengo enfermo el chiquitín.

—Y á mí,—continuó un tercero,—hace tres días que, por más que la ordeño, no me da leche la vaca.

—Yo pondría las manos en el fuego que si no escarmentamos al diablo, nos va á dar á todos mal de ojo.

—Esperad, ¡ya caigo en ello! profirió repentinamente el más joven de los rústicos.

—¿Quién, tú, Cosme?

—Sí, ahora lo veréis.

El aludido era un mocetón de diez y siete años, alto y delgado, nervioso y fuerte, ágil y vivo como una ardilla.

—¿Veis ese almezo?—dijo.

—Sí, ¿qué te propones?

—Es más alto que la casa del brujo; desde sus ramas puede verse lo que pasa en el desván, no siendo ciego uno. Pues bien, subo, atisbo, os cuento lo que veo, y obramos en consecuencia.

—¡Buena idea! Pero, ¿y si te caes?

—Eso corre de mi cuenta; el almezo es un árbol muy fuerte, y sé por experiencia que sus ramas más delgadas soportan el peso de un hombre como yo.

—¿Y si te ve el brujo?

—No temáis, el follaje me tapará; la luna aun no ha salido, la oscuridad nos favorece.

—Pues manos á la obra.

—Te va á estorbar el garrote.

—Le soltaré, mas por si acaso...

Cosme, uniendo la acción á la palabra, tiró el palo, cogiendo en su lugar dos ó tres guijarros que guardó en su seno.

Durante este diálogo, sostenido en voz muy baja, con suma animación y rapidez, los ruidos y voces extrañas, sin ilación ni coherencia, no habían cesado en el desván, estremeciendo á nuestros rústicos.

En efecto, á la orilla del barranco, arrancando de la vertiente del mismo, se alzaba con gallardía un corpulento almezo de unos cincuenta pies de altura, cuya apiñada copa superaba los jarrones que servían de adorno á la azotea del palacio.

En un decir Jesús, Cosme ciñó lo mejor que pudo con sus largas extremidades el tronco del árbol, y comenzó á trepar por él con la agilidad de un hombre práctico en tal suerte de ejercicios. Durante algunos minutos sólo se oyeron las voces y ruidos del desván, la respiración anhelosa de los labriegos, el rumor del follaje revuelto y el crujido de alguna débil rama próxima á romperse bajo los pies de Cosme.

—¿Estás ya?—preguntó Blas, abarquillando la mano junto á la boca para concentrar lo quedo de su voz.

—Esperad... ahora,—respondió Cosme, haciendo crujir por última vez las ramas.

—¿Qué ves?

—¡Jesús María, cuántas cosas! ¡Y qué raras! Sapos, culebras, dragones y otras alimañas, todos encantados; muchas piedras que deben de ser del infierno, pues parecen quemadas. En un rincón hay un cuerno retorcido, en otro una escoba dentro de un caldero; arrimada á la pared, un alma toda de huesos, como las que sacan en la iglesia el día de difuntos; al lado un murciélago con las alas extendidas. También veo muchas hierbas misteriosas, de esas que, hervidas, sirven para embrujar.

—Y al brujo ¿le ves?

—Sí, está en pie, junto á una mesa muy larga, vestido

como el señor cura, sino que la sotana es encarnada; tiene la cabeza descubierta y los pelos erizados; los ojos le brillan como ascuas.

—Y al diablo ¿le ves también?

—No, á ese no; debe de estar en otro rincón, entre un tabique y la pared maestra de la ventana, porque sale de allí un fuego rojizo.

—Mira bien. ¿No le ves el rabo?

—Sí, sí; por allá asoma la punta. Ahora el brujo se acerca á él, hablan los dos. ¿Oís?...

El labriego no se equivocaba:

—¡En breve todo Alcornocal sabrá que existo!—retumbó una voz exótica.

Aquellos rústicos, transidos de pavor, hicieron la señal de la cruz, requiriendo instintivamente los garrotes.

En el mismo instante la luna, que empezaba á elevarse sobre las montañas, pareció arrojar toda su luz sobre el almezo en que se hallaba Cosme.

—¡Bájate, bájate, que te va á ver el brujo,—gritaron sus compañeros.

—Es inútil, parece que me ha visto ya,—respondió el interpelado.

En efecto, fuese instinto, fuese casualidad ó que hubiesen llamado su atención las voces mal contenidas de los campesinos, el brujo, que estaba de espaldas al barranco, volvió la cabeza, miró al almezo situado enfrente de la ventana, y como le pareciese ver en él un bulto á los rayos de la luna, se detuvo suspenso, admirado, inquieto en medio de la habitación.

—¡Qué ojazos me echa!—repuso Cosme.

—¿Cuálo, el brujo ó el diablo?

—El brujo. Ahora se acerca á la ventana, se tira de los pelos, me amenaza con el puño... ¿Sí?..... ¡pues toma, bribón!

Esto diciendo, Cosme sacó un guijarro del pecho, y agarrándose al árbol con una mano, lo arrojó con la otra hacia el desván. Oyóse dentro un ruido temeroso, como de hierro y vidrios hechos añicos, y quedó á oscuras la ventana.

—¿Le has dado?—preguntaron desde abajo.

—No sé; ha apagado la luz. Yo me escurro, aquí va á pasar algo.

En en santiamén Cosme se deslizó desde el almezo al suelo. A breve rato sonaron golpes sordos en el interior del palacio, casi al mismo tiempo, abrióse una ventana del piso principal, colgaron del alfeizar una cuerda, por la cuerda escurrióse una forma blanca que con extraordinaria agilidad saltó no lejos de los rústicos; sobre la forma blanca cayó instantáneamente un bulto negro, y abrazados los dos dieron á correr con la velocidad del rayo. Todo ello al dudoso reflejo de la luna que acababa de ocultarse entre una montaña de nubarrones.

Los labriegos, sin darse cuenta de lo que veían, permanecieron inmóviles un momento.

—¡Ellos son, que no se escapen!—gritó de pronto Blas.

—¡A ellos, matarlos!—añadieron los demás, sin reflexionar lo que decían.

Y diciendo y haciendo, enarbolados los garrotes, se lanzaron como gatos en persecución del doble bulto.

Este, en su huída, retrocedió rápidamente al hallar cortado el terreno por el barranco; en seguida fué á salir por la calle del Alcornoque; pero Cosme y otro rústico, que embargados de un temor supersticioso no osaban acometer, cruzando los palos con objeto de ahuyentarle, le cerraron el paso. Entonces tomó por el lado opuesto con una agilidad verdaderamente diabólica.

—¡A ellos, á ellos!—prorrumpieron Blas y los suyos, descargando garrotazos.

Todo fué inútil: la forma blanca y el bulto negro, hechos un ovillo, rompieron por en medio, corriendo hacia el campo, no sin que les alcanzaran los golpes de Blas é Isidro.

—¡Se nos han escapado!—exclamó el primero.

—Y ahora ¿qué hacemos?—preguntó Cosme.

—Dejadlos, más días hay que longanizas; ya los atraparemos; á cada puerco le llega su San Martín.

Y mohinos y cabizbajos, se fueron todos por donde vinieran.

Media hora después, al tiempo de acostarse, D. Ramón decía á su esposa:

—Pero ¿por qué no abrías, mujer?

—¿Qué quieres que te diga? Estaba medio dormida y no te oí.

—Y ¿por qué echaste la llave?

—Como tú te encierras arriba en el desván, y Enrique sale á caza de cortejos, yo me quedo aquí sola y tengo miedo.

Al mismo tiempo el gomoso, molido y descalabrado, frente á un espejo de su dormitorio, se lavaba con árnica cabeza y posaderas, diciendo para su capote:

—Vaya, no es nada, de buena me he librado; ¡qué brutos son esos palurdos! Si no salto por la ventana, y Rosario no me echa la ropa, nos lucimos.

Y añadió, llevándose una mano á la cabeza:

—Lo peor del caso es que he pescado este coscorrón sin comerlo ni beberlo. ¡Al demonio se le ocurre llamar tan á deshora!

(Continuará)

EL TESTAMENTO

I

—¿No te sirves más sopa, Micaela?

—No, señor; no se me apetece.

—Está muy rica. Eres una gran cocinera.

—Favor que el señor quiere hacerme.

—Vamos, mujer, come.

—Está muy caliente todavía.

—¿A que no sabes el proyecto que traigo entre ceja y ceja?

—¡Qué sé yo! ¡Cualquiera cosa!

—Pues he pensado traspasar la tienda.

—No me parece mal. ¡Ya es hora de que el señor deje de trabajar y piense en darse buena vida!

—Tú lo has dicho. Cuarenta años hace que estoy detrás de un mostrador dale que te pego. ¡Cuarenta años cortando y vendiendo camisas! Anda, llévate la sopa y trae los garbanzos.

—Al momento.

. . . .

—Con que, dime, ¿qué te parece mi proyecto?

—Que hace el señor divinamente. El señor es soltero, solo, tiene ya lo suficiente para que nada le falte mientras viva. ¿A qué trabajar más? ¡para que luego venga cualquiera con sus manos lavadas á comérselo!

—Cualquiera no, Micaela. ¡Te voy á revelar un secreto! He hecho testamento.

—¿Y quién le ha metido al señor en esos trotes?

—Nadie; ha sido por inspiración propia. ¡Te dejo por heredera de todo cuanto tengo!

—Dios quiera que el señor viva mil años. ¡Yo no soy codiciosa, ni me llaman los intereses! Teniendo cariño y salud, todo lo demás me es indiferente.

—¡Ay, qué rico está el chorizo, Micaela!

—También es bueno el precio; ¡diez realazos la docena! Y, ¿sabe el sobrino del señor eso del testamento?

—Ni palabra. Por cierto que la tienda se la traspaso á él.

—¿Es el regalo de boda que le hace el señor?

—¿Regalo?. . ¡qué si quieres! Buenos están los tiempos para regalos. Se la traspaso mediante escritura y á pagar mil reales cada trimestre hasta cubrir el precio de los géneros y de la anaquelería; con la condición de que el primer plazo que me falte vuelve á mi poder la tienda y pierde el dinero que me tenga entregado.

—Hoy me han dicho en el mercado que el domingo se leerán las primeras amonestaciones.

—El mes que viene se casa. ¡Ya verá lo que es bueno! ¡Cómo se ha de acordar de su tío! Es muy dulce eso de gastar una pesetilla todos los domingos sin saber de dónde viene. ¡En buena se va á meter! ¡Mucho me temo que salga con las manos á la cabeza! Pues lo que hace á mí ¡no le perdono un cuarto de la tienda! Vamos, esta pechuguita de gallina, Micaela.

—Para el señor.

—No me desaires; tengo gusto en que te la comas tú.

—A mí me aprovecha vérsela comer al señor.

—Un bocadito y yo el otro. No, no; en mi mano. ¡Ay, qué pechuga tan rica, Micaela.

II

—¿Qué tal va por esta casa?

—Perfectamente, tío.

—¿Se vende mucho?

—Así, así.

—No se te ve por ninguna parte.

—El trabajo...

—¿Y el pequeño?

—Tan bueno á Dios gracias.

—¡Cuánto trabajo cuesta ganar un duro! ¿verdad, Miguel?

—Mucho, tío, mucho.

—Nunca lo habrás sabido mejor que ahora.

—Siempre lo supe, tío, siempre lo supe. ¿Trae V. el recibito?—Hoy cumple el último plazo del traspaso de la tienda.

—Pues no lo traigo.

—¿Qué milagro es ese? ¡V. tan formal en todas sus cosas! ¿Piensa V. regalarme ese piquillo?

—Y aun darte dinero encima.

—¿De veras? V. está malo, tío.

—Efectivamente, no ando muy católico; ¡siento por todo el cuerpo una gran flojera! no duermo, ni como; la carne la voy perdiendo á puñados y tengo un humor de todos los diablos que no puedo echarlo de mí un instante.

—¿No ha consultado V. á algún médico?

—A D. Cirilo.

—¿Y qué dice?

—Lo que yo me sospechaba; ¡que mi enfermedad es moral y no física! No se cambia así como así tan radicalmente de vida. Echo de menos la faena de la tienda; me paso todo el santo día de Dios pensando en las camisas y en los calzoncillos y tengo ganas de volver á coger las tijeras. Porque, lo que me decía D. Cirilo, el hombre es un animal de costumbres, y, á mi edad, querer cambiar de modo de ser es suicidarse; el hábito es una segunda naturaleza. Además, el trato de los parroquianos es muy distraído, entran y salen, á éste se le ocurre una cosa, á aquél otra, se habla, se murmura.. ¡Hasta los disgustos que proporciona la cuenta que no pagan tiene su deleite! Así es que aconsejado por el médico y obedeciendo á mis deseos y naturales inclinaciones, he pensado seriamente en volver á quedarme con la tienda.

—¿Con qué tienda?

—Con la mía.

—¿Su tienda de usted?

—Sí, hombre, con esta. Yo te devuelvo el dinero que tengo recibido y tú te estableces donde quieras.

—Perdone V., tío; eso no puede ser.

—¡Cómo que no puede ser!

—Como que no puede ser.

—Tú dirás por qué.

—Por la sencilla razón de que no me conviene. Este comercio está ya acreditado, y como V. dijo antes, el hombre es un animal de costumbres, y hace más de cuarenta años que el público la tiene de venir á esta casa y no irá á otra aunque lo aspen.

—Es decir, ¿que te niegas?

—Sí, señor, rotundamente.

—Piénsalo bien.

—Lo tengo bien pensado.

—Entonces pondré comercio al lado del tuyo.

—Póngalo usted.

—Te haré la competencia.

—Haga V. lo que quiera.

—Te arruinaré.

—Allá veremos.

III

—¿Y tú qué opinas, Micaela?

—Que lo mejor de todo se lo va á llevar la trampa. El viejo tiene vida para muchos años todavía; no piensa en morirse y á mí se me acaba la paciencia, sobre todo desde que ha puesto esa nueva tienda donde va á perder hasta la cera de los oídos.

—La gente dice que está loco.

—Y dice bien. ¡Al demonio se le ocurre lo que á él se le ha ocurrido! ¡Vender las camisas que le cuestan diez y seis reales á peseta! Y todo por el mismo estilo. Es cierto que ha arruinado á su sobrino, pero lo peor del caso es que el viejo sigue la misma marcha y dentro de un par de meses no le va á quedar ni un clavo de donde ahorcarse. ¡Si aquella tienda parece un jubileo! ¡Qué modo de entrar y salir gente! No hay quien dé abasto á toda ella.

—¿Y para eso he consentido yo que tú?...

—¡A quién se lo cuentas! ¡Pues, si tuvieras tú que hacer carocas á ese viejo asqueroso! ¡No sé cómo no me muero de asco! ¡Bonito porvenir me espera! ¡Sirviendo toda mi vida, hoy á unos, mañana á otros y siempre viendo caras nuevas. Y luego tú no tienes alma para nada; te pudrirán en el matadero como una bestia que eres.

—¿Sabes lo que he pensado?

—Cualquier majadería.

—¿Estás tú cierta de que ese majadero ha hecho testamento á tu favor?

—¡Ya lo creo! como que me he enterado yo misma. ¿Por quién me has tomado á mí? ¿Soy yo tan panoli como tú? Me enteró el escribano y me dijo que si me quería casar con él cuando se muriese el abuelo. ¡Mira tú! ¡yo metida en la curia! ¡antes me tiraba al río de cabeza!

—Pues si es cierto lo del testamento...

—¡Como si no fuera! porque dentro de dos meses no habrá de qué.

—Se morirá el viejo antes.

—¿De risa?

—Pues si no quiere morirse le mataremos.

—¿De un estornudo?

—Como á un cerdo; degollado.

—Mira tú, pues conmigo no cuentes para eso.

—Pues por tí lo hago.

—¡Por mí! pues chico no te molestes.

—Es decir, ¿que no quieres?

—No.

—Pues mira, Micaela, hemos concluído, ¡quédate con tu viejo y compóntelas como puedas. Adiós.

—Oye, tú, ¡no seas bruto! Escucha, hombre, escucha. ¡Tienes un carácter!...

—Las cosas claras: ¡ó lo hacemos entre los dos ó no lo hacemos!

—La verdad es que el viejo merece que le maten. Nos va á dejar sin un cuarto.

—En tí consiste todo.

—Pues si por mí no llueve, agua á Dios. ¡Con tal de no presenciar yo la cosa! Porque tengo el corazón muy tierno y soy muy impresionable y no puedo ver que se haga daño á una mosca.

—No hay necesidad de que tú estés delante. Verás. El domingo por la mañana sales á la compra; yo te espero en la calle con mi cuchilla bajo la chaqueta; tú te vas á la plaza y yo me subo á ver al viejo á quien le diré que necesito hablarle de su sobrino; abre la puerta, entro, vamos á su cuarto y cuando se vaya á sentar caigo sobre él y le hundo la cuchilla en la tetilla; con un mandao hay de sobra y me las guillo cerrando bien la puerta tras de mí. Tú vuelves de la compra, llamas y nadie responde; vuelves á llamar, y nada, no abren. Preguntas á las vecinas si ha salido el amo; sales á la calle, esperas en el portal, vuelves á subir, llamas otra vez, y después de algunas horas empiezas á alarmarte; buscas por aquí, preguntas por acá, ¡nadie ha visto al viejo! ¡qué habrá pasado, Dios mío! Todo el mundo se entera y toma cartas en el asunto y los vecinos con el juez fuerzan la cerradura, entran, ven la cosa, tú empiezas á dar gritos y á llorar. . y asunto concluído. ¿Qué te parece? ¿Está bien tramado?

—No me parece mal.

—Pues hasta el domingo.

—Adiós.

—¡Ah!

—¿Qué?

—¿Y nos casaremos?

—Cuando todo se haya pasado.

—Adiós.

—Abur.



EL FLAUTISTA, dibujo de J. R. Wehle



INTER POCOLA (ENTRE COPA Y COPA), cuadro de Guinea, grabado por Brend'amour



FEDERICO BARBARROJA PIDIENDO AUXILIO AL DUQUE DE BAVIERA PARA SOMETER Á LAS CIUDADES LOMBARDAS

IV

—¿Qué tal los chicos?

—Buenos, D. Cirilo.

—¿Agarró la vacuna en la pequeña?

—Perfectamente.

—Y de noticias ¿qué hay?

—Nada que V. no sepa. Ayer no tuvimos el gusto de verle á V. en la misa de cabo de año que se dijo en San José por el descanso del alma de mi tío que esté en gloria.

—No pude ir y lo sentí mucho. Una primeriza me tuvo toda la noche en vela y no salí de su cuidado hasta las tres de la tarde del día siguiente. Pero en cambio no faltaré mañana á la ejecución de la Micaela y su querido. Tengo ganas de verlos bien ahorcados.

—Dicen que están muy alicaídos.

—El trance no es para menos. A nadie le gusta que le aprieten el pescuezo.

—Pues bien tuvieron alma para asesinar á mi pobre tío.

—No es lo mismo contra el prójimo, que pegar contra nuestro propio pellejo.

—Es verdad, es verdad.

—Las ideas son como las cerezas, que las unas traen consigo las otras. ¿Qué hay de la herencia de tu tío?

—Hace poco estuvo aquí el procurador á decirme que la semana próxima tomaría posesión de todos los bienes.

—Vaya, hombre, me alegro. Aunque la causa que lo ha provocado no es, que digamos, nada halagüeña, recibe mi enhorabuena.

—Tantas gracias, D. Cirilo.

—Me alegraré que prosperes.

—Dios escuche sus palabras de V., que bastante lo necesito.

—Ahora si que se puede decir no hay mal que por bien no venga.

JUAN MARTÍNEZ

CLARIDADES PULPITABLES

(Continuación)

En *El Averiguador Universal* del 15 de febrero de 1880 (núm. 27, págs. 34-38) di cuenta de un ruidoso atropello que los áulicos de Fernando VII intentaron cometer en la persona del P. carmelita Fr. José del Salvador, con motivo de la santa libertad y raro desahogo con que desde el púlpito dirigió la palabra al Monarca y á sus cortesanos en el 24 de febrero de 1815, viernes 3.° de cuaresma. Allí remito al lector que desee más amplias instrucciones acerca del particular, limitándome ahora, por lo que á mi propósito hace, á trasladar textualmente las palabras de su discurso que exacerbaron los ánimos de aquel Gobierno, y fueron causa de suscitar aquella sorda persecución contra aquel ilustrado cuanto decidido campeón de la Reforma Carmelitana. Leo, y copio:

« . . . .

»Pero, ¿quién será esta mano oculta? ¿Quién será este hombre enemigo que inutiliza las santísimas intenciones de V. M. y el trabajo de sus colonos? ¡Ah, señor! alerta, que no está lejos quien hace tanto mal. Entre nosotros anda. Es fácil descubrirlo si lo buscamos con cuidado. Ya lo veo. Voy á decir quién es... Pero no... En este lugar no puede nombrarse al pecador... Daré las señas, sin descubrir la persona; esto bastará para nuestro remedio. Oidlo... Hombre enemigo es el que no quiere la paz; el que come y se engruesa con la discordia; el que se recrea mirando á los españoles desunidos y encontrados; el que no se muestra sensible á la sentencia del Salvador, que asegura la desolación del reino dividido en sí; el que desprecia la oración del mismo divino Maestro, que clama al Eterno Padre por que todos seamos una misma cosa por amor, así como lo son el Padre y el Hijo por naturaleza; el que no pondera el celo y empeño especial que el apóstol San Pablo tuvo para clavar esta importantísima verdad en el corazón de los cristianos: este propiamente es un Anticristo; una fiera, que tiene corazón y obras de lo que es, y que debe ser arrojado á las selvas y bosques para que viva con sus semejantes.

»Hombre enemigo es también, el que gritando á voces *viva Fernando, la Patria y Religión*, se introduce en el Gobierno, trastorna el orden con disimulo, hartando entretanto su furiosa ambición con empleos, rentas y honores á costa de la inocente Nación. Observe V. M. á los que se le presenten, aunque sea con planes y proyectos de economía á favor de la Patria; míreles V. M. á las manos cuando se retiran; y si llevan carne en las uñas, esto es, algún empleíto, etc., etc., no hay que dudar que son los que buscamos, los que nos hacen tanto mal, los que han dado ocasión al nuevo adagio, que repiten hasta los niños por las calles, á saber: *viva Fernando, y vamos robando*. . . . .

. . . . »

A mediados del siglo pasado floreció en Francia el abate Poulle, digno émulo de Massillón en la Oratoria sagrada, aunque de pocos conocido hoy (que una cosa es la fama, no pocas veces usurpada, y otra el mérito, casi siempre postergado). Pues bien, en el discurso que pronunció ante la Grandeza de aquella nación, con motivo de la toma de hábito de la Condesa de Rupelmonde, se explica en los términos siguientes, que traduzco con la mayor propiedad que me es posible, con objeto de pintar, y lo hace de mano maestra, las ruindades, intrigas y demás flores que brotan en el campo cortesano. Dice así:

«Al oir esta palabra *corte*, despiértanse en vuestra mente las ideas más halagüeñas, dado que os la figuráis bajo la imagen del deleite, del orgullo y de la molicie, rasgos que caracterizan mejor al mundo en general, que no á la corte en particular; mas ¡ay! á poco que reflexionéis, comprenderéis que no es ella el lugar adonde se ha de ir en busca de los placeres, supuesto que lo que en su recinto sobra es ocasiones con que dar pábulo al aburri-

miento. Tampoco se ha de buscar en ella las distinciones, en el bien entendido de que, absorbiendo el esplendor supremo del trono cualquiera otra claridad que viene á ser como prestada, la majestad del soberano atrae á sí las miradas y consideraciones de los circunstantes todos, hasta el punto de llegar á confundirse los dioses del siglo con el vulgo servil, que, fuera de aquel sitio, los inciensa, dado que á la puerta deponen toda su ostentación y soberbia para volverlas á tomar á la salida. Pues, ¿y los regalos y comodidades de la vida? Baste decir que los habitantes de esa mansión se estiman felicísimos con acampar bajo tiendas, sin saber qué cosa sea sueño ni descanso; siempre violentos, distraídos siempre, constantemente fuera de sí, impelidos por rápido torbellino, van de acá para allá sin objeto y sin gusto, sin otro desvelo que satisfacer los caprichos del superior. Si no fuera por la ambición y el sórdido interés, las cortes de los reyes serían mucho menos frecuentadas de lo que son; y como quiera que esas pasiones se excitan con la esperanza de lo pingüe de las recompensas, al propio tiempo que se contemplan mortificados por la presencia del soberano y el ojo avizor de los émulos, de ahí el que lleguen á resultar tan vehementes como simuladas; por manera que, lo que caracteriza á los verdaderos cortesanos, haciendo que dentro de una misma nación exista otra nación distinta de la que componen los demás vasallos, tanto en costumbres cuanto en lenguaje, es esa sed inmoderada de mandar y hacerse rico, junto con la doblez; ese arte fatal, en que son maestros consumados, de ver quién engaña á quién, aparentando ocuparse únicamente en sus mutuas satisfacciones, mientras que en lo que cada uno piensa realmente es en su propia fortuna; de convertir sus defectos en atractivos, prestando á los vicios cierto colorido que los hermosee; de sustituir á la verdad y á los afectos palabras artificiosas y protestas simuladas; de poner por obra los arcanos y astucias de la intriga; de afectar modales complacientes y obsequiosos que sólo respiran candidez y buena fe; de esconder muy adentro los disgustos y sinsabores, que los devoran, gracias á un aspecto constantemente risueño; de disfrazar el odio bajo las apariencias de la urbanidad, dañando en el seno de las tinieblas al propio tiempo que fingen por delante dispensar mercedes. No se les caen de los labios las bendiciones, *ore suo benedicebant*, pero las maldiciones reinan en lo íntimo de su corazón, *corde suo maledicebant*. Al verlos tan atentos, agasajadores y oficiosos, cualquiera se daría á entender que todos ellos juntos componían una sola familia cuyos intereses eran comunes; pero, al penetrar de la parte allá de esa apariencia engañosa, descubriríase muy luego que esos pretensos amigos no son más ni menos que otros tantos envidiosos y rivales, que á lo que aspiran única mente es á su mutua destrucción; y á no ser porque poseen la infausta habilidad de engañar y seducir, las perfidias é infamias que entretejen su vida serían motivo harto sobrado para que se los abominase cual se merecen.»



UN BALCÓN DE VENECIA

Juro en Dios y en mi ánima que el cuadro anterior está pintado de mano maestra, ó no sé yo dónde tengo la chapucera diestra mía; y creo igualmente que semejantes palabras caerían como una bomba sobre aquel auditorio, compuesto en su casi totalidad de individuos de uno y otro sexo que, haciendo suyas en aquel momento las palabras dirigidas al Salvador por sus Apóstoles en el Cenáculo, no dejarían de preguntarse á sí mismos: «¿Por ventura soy yo, Maestro?»

Y ya que de las miserias de la corte vamos tratando, no estaría de más el sacar á relucir aquí un pasaje del magnífico sermón de Saurin *sobre la vida de los cortesanos*. Pero antes, digamos dos palabras acerca de este orador.

Saurin era protestante, lo que no obsta para que lo que dijo y escribió con arreglo á los fueros de la verdad, estuviera bien dicho y bien escrito: la verdad no es más que una, dígala quien la diga y parta de donde parta; hay más: cuando la verdad emana ó brota de labios de un adversario, parece como que se afianza y consolida su carácter de tal, manifestando por ese hecho el ser tan fuerte su poderío que nadie, absolutamente nadie, podría sustraerse á su omnímodo influjo; semejante al sol, que, al aparecer sobre la haz de la tierra, derrama sus rayos sobre los justos que sobre los injustos. Así es que, tratando el cardenal de la Iglesia Romana Monseñor Maury de acompañar con modelos sus bien dirigidos y digeridos preceptos acerca de la *Elocuencia del púlpito*, no puede menos de hacer una honrosa conmemoración de Saurin, á quien, no sólo concede vigor apostólico, elocuencia, erudición, y otras varias prendas recomendables, sino que presenta como dignas de imitación sus peroraciones, en cuyo género sólo encuentra un orador que le supere (que es el gran Bossuet), y de quien, después de haberlo comparado en ocasiones con Demóstenes, y hasta con el Crisóstomo, concluye diciendo «que el Pastor francés de La Haya es, sin excepción alguna, el hombre más elocuente de que pueden jactarse con fundados motivos los protestantes, porque excede patentemente á todos los predicadores extraños á Francia, é Inglaterra en particular, no tuvo jamás ninguno que se pueda comparar con él.»

Dejo á Maury la responsabilidad de su aserto, y paso á traducir el pasaje que prometí arriba, en el que se verá que no salen aquí mejor parados los cortesanos de lo que salieron antes de boca del abate Poulle, en atención á las *claridades* que desde el púlpito les dirigió igualmente.

«El hombre sensato considerará siempre la corte y los puestos elevados como un peligro para su salvación, pues allí es donde por lo regular se tienden los mayores lazos á la conciencia y se entrega la humanidad más comunmente al imperio de sus pasiones, supuesta la facilidad que en halagarlas encuentra, y cuando se lisonjea ser formada de una materia superior, con mucho, á la de aquellos seres que se arrastran en la clase del vulgo. Por lo menos, allí cada cual se transforma en un reyezuelo despótico, pues, á fin de desquitarse el cortesano de la servidumbre á que lo redujera el monarca, esclaviza él por su parte á aquél á quien tiene por bajo. Allí es donde se fraguan esas intrigas secretas, esas maquinaciones clandestinas, esas tramas sanguinarias, esas conspiraciones criminales, que en último resultado viene á pagar la inocencia... Allí, todos derraman la ponzoña de la adulación, y todos gustan de aspirarla. Allí, se postra la imaginación ante fementidas deidades, recibiendo algunos ídolos indignos esos homenajes supremos que sólo se deben al soberano Dios. Allí, impresiónase el alma con imágenes seductoras, cuya importuna memoria la embarga á veces por completo, cuando lo que desea es nutrirse con la meditación únicamente digna de toda inteligencia inmortal. Allí, zumbando los oídos, como no puede ser



VISTA DE LA ISLA DE PHILE

por menos, con el murmullo del mundo en el cual se ha vivido, se dificulta más y más ese recogimiento, ese silencio, esa concentración de pensamientos tan indispensable para entablar el examen de su conciencia y el estudio de su propio corazón. Allí, se siente uno arrastrado, quiera ó no quiera, por el torrente que lo precipita, dado que ciertos ejemplos que se reputan por ilustres autorizan á incurrir en actos los más criminales, llegando hasta conseguir que se vaya perdiendo poco á poco esa delicadeza de conciencia y ese horror al crimen que de tan pujantes barreras servían para contenernos en los límites de la virtud.» etc.

Como se ve, la doctrina recién expuesta no puede ser más moral, práctica, ni verdadera, y la teoría sentada tan sin ambajes ni circunloquios por aquel ministro de la Iglesia disidente, viene á corroborar en esta ocasión la defendida en iguales términos por el ministro de la Iglesia universal, compenetrándose, y auxiliándose mutuamente.

(Concluirá)

JOSÉ MARÍA SBARBI

VIAJE Á FILIPINAS

(Conclusión)

Más lejos veo grutas calcáreas, y en la playa pruebas evidentes del levantamiento, conglomerados de guijarros, arenas, conchas y políperos. Siguen los chubascos.

A las cuatro de la tarde estoy en la desembocadura del río Kinunuan, que se ha desbordado; es imposible pasar; durante toda la noche llueve mucho; y acampamos en la playa ante una hoguera suficiente para asar un búfalo, sin que me sea posible tostar una batata: los pocos víveres hallados en Manay se consumieron al amanecer.

14 febrero. – A las siete de la mañana atravieso el río Kununuan, algo molestado por esta lluvia húmeda y glacial, pues sigue lloviendo á torrentes; á las nueve me detengo dos horas en Mampanón, otro caserío insignificante y lúgubre, para que coma mi gente: abundan las bananas y los camotes. Un indio come en cinco minutos, pero ellos necesitan mucho tiempo para preparar la menor cosa. El capitán de Mampanón me alquila su caballo, rocín de formas angulosas, que apenas alienta; muy pronto me arrepiento de haberlo tomado, pues al cabo de una hora de marcha es preciso tirar de él para que dé un paso; tanto mis muchachos como yo tenemos los pies ensangrentados.

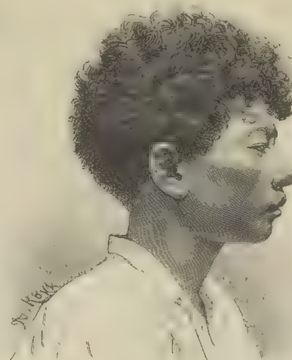
El río Baguán, único que con el Dapnan parece tener alguna importancia en esta costa infernal, está desbordado también; la barra de su desembocadura, muy formidable, se extiende paralelamente á la costa, sin la menor interrupción; semejante obstáculo, elevándose como un muro á pocos cables de la orilla, opónese aún más que el estado del mar á todo tránsito por agua. Mis hombres, agachados y sufriendo la lluvia, tienen ese aspecto de resignada indiferencia de los caballos cosacos del cuadro de Lchreyer. Mando construir una balsa, pero la furiosa corriente arrastra los dos hombres que la concluían; el uno se arroja al agua sin vacilar, y el otro por fuerza, pues la balsa se hunde; les arrojamos unas amarras, y se salvan, mientras que aquélla se hace pedazos en la barra. Otra noche *sub Jove*.

15 febrero. - Continúa la lluvia, pero el río es vadeable, y mi rocín me servirá por lo menos para cruzar la corriente. Los hombres pasan con agua hasta los hombros, yo voy el último en mi triste montura, pero llegado al centro del río, detiénese de pronto el jamelgo, comienza á vacilar y cae conmigo; no me mojo mucho más, pues ya estaba calado hasta los huesos. Encuentro algunos mozos que dan caza al ciervo; exceptuando el hermano de Lorenzo y un mandaya que ví ayer, son los únicos individuos que he hallado fuera de los pueblos desde que salí de Catel. A las diez de la mañana llegó á Lucatán, pequeña ranchería de moros, cuya alegría y animación contrastan con el fúnebre silencio de todos los pueblecillos anteriores. El dato me regala un jabalí que acaba de matar (se ha de tener en cuenta que su religión le prohibe comer la carne de este animal), y me alquila una barca, con la que atravieso la pequeña bahía de Mayo, muy tranquila, porque está preservada de los vientos del nordeste. Paso al pie de los ribazos de Batunán, cuya altura varía de 20 á 60 metros; se componen de pudinga poligénica, y presentan todos los caracteres de un levantamiento reciente.

A la una y media de la tarde salto á tierra en Taganonoc; las montañas, de agudos picos, están cubiertas de bosque, y constituyen una parte del dominio de los Tagacaolos.

En el momento de hacer los honores al jabalí del dato me acomete un violento acceso de fiebre; envío á dos hombres á Mati para buscar un caballo, y no vuelven.

16 febrero. – El camino es fácil; las pendientes del istmo, que termina con la punta de Taucanán son regulares; los arroyos poco profundos, y sin embargo avanzamos muy lentamente, porque mis muchachos están casi tan cansados como yo. El sol brilla hoy, pero sus rayos son demasiado ardientes para nuestra debilidad; á las doce y media llegamos á Mati, pueblo de Bisayas y de moros recluídos, en la bahía de Pujada; aquí hay una rada magnífica, cuya punta sudeste termina en altas montañas del más pintoresco aspecto. Este puerto natural tendrá una importancia de primer orden cuando la civilización se haya apoderado de la parte oriental de Mindanao.



Viaje á Filipinas. – Lorenzo, muchacho bisaya

El anclaje, que es excelente, está del todo preservado de los vientos del norte y del nordeste por la punta de Taucanán: y la entrada, sin peligros, presenta algunos islotes. Esto será sin duda el centro comercial de la costa, cuando haya un tráfico que por ahora no parece próximo

Desde Bislig hasta aquí he visto la costa desierta, y he caminado días enteros sin encontrar el menor vestigio humano fuera de los pueblos y de los caseríos. Las agregaciones de mandayas nuevamente convertidos apenas están rodeadas de algunas míseras plantaciones de batatas, de arroz y de *cabo negro* (1), ahogadas por el bosque; y los pueblos de *cristianos viejos* no valen mucho más. Excepto en Caraga, siempre me ha sido muy difícil reunir portadores, y sobre todo mantenerlos. Las escasas provisiones que traían consigo quedaban consumidas por la mañana, y cuando llegaba á un pueblo por la noche, rara vez se podía comprar un poco de arroz; de modo que con frecuencia era preciso contentarse con algunas bananas y batatas. Los recursos del país, sin embargo, son menos exiguos en los meses que siguen á la recolección del arroz.

17 febrero. – Una embarcación de Mati me conduce á Puerto Balete (al sudoeste de la bahía de Pujada), anfractuosidad que se prestaría admirablemente á la construcción de muelles y dochs. Desembarco aquí para franquear la cordillera que se corre paralelamente á la orilla en toda la longitud de Mindanao, desde Surigao al cabo de San Agustín. He franqueado ya por el norte esta cordillera en sentido inverso, para pasar desde las orillas del Simulao á la costa del océano Pacífico. El camino es aquí más fácil; después de escalar una rápida arista que se eleva al noroeste de Puerto Balete, sólo hay que seguir una inmensa cortadura que divide la parte central de la cordillera; aquí recojo muestras de metafira, de cuarzo y de pirita de hierro; la cortadura termina en la orilla oriental del golfo de Davao en Kuavo, donde hay dos casetas, sin que se vea ninguna embarcación. Un pescador moro que vuelve á su ranchería me recoge con mis bagajes en su barca; despido á los portadores, y los muchachos me siguen por la playa. Jamás los he visto en tan triste estado; su ropa se cae de su cuerpo enflaquecido; y á pesar de lo mucho que les agradezco sus servicios, no puedo menos de comparar estos infelices con los conejos vaciados; mas por fortuna está próximo el término de nuestras fatigas.

El pescador moro se detiene en Sumlug: el dato de este caserío es diez veces más rapaz que un judío árabe; y sólo después de una interminable discusión me cede una barca carcomida y dos esclavos enfermos.

18 febrero. – Remonto penosamente por el norte, costeando el golfo; el viento de nordeste, que se convierte en noroeste al pasar por los flancos del Apó, oblígame á detenerme muchas veces. Encuentro acampadas en la playa varias familias de moros procedentes de las orillas del río Hijo (al norte del golfo); han huído de los mandayas, que decididamente tienen el diablo en el cuerpo, puesto que se hacen temer hasta de los moros.

Más lejos encuentro algunos Guiangas que en otro tiempo había visto al pie del Apó; ellos también han debido evitar por la fuga los ataques de vecinos más poderosos.

La incuria de mis remeros y las fatiga de mis muchachos me hacen pasar otro mal rato en el estrecho de Paquiputan, cuyos torbellinos amenazan romper mi deteriorada barca.

22 febrero. – A las dos de la tarde llego al fin á Davao, donde tengo el gusto de encontrar á la mayor parte de los amigos de quienes me separé el 2 de noviembre. Su cordial acogida me haría olvidar muy pronto la fatiga del viaje si frecuentes accesos de fiebre no me lo recordaran.

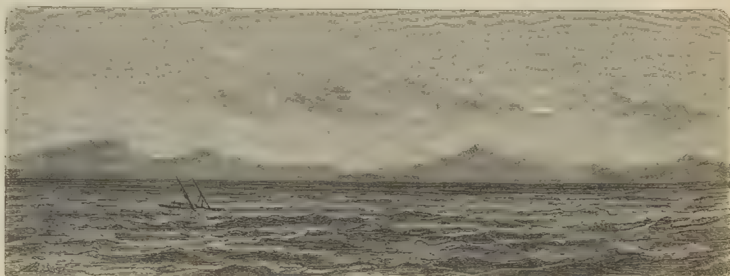
Por lo demás, el tiempo es admirable aquí; desde el 22 de febrero al 13 de marzo apenas ha llovido tres ó cuatro veces, y esto muy ligeramente; la monzón del nordeste, lluviosa para la costa oriental de Mindanao, es la estación seca para el golfo de Davao, preservado contra este viento. Arreglo mis colecciones y hago mis cálculos. Los muchachos, bien alimentados y descansados, desean continuar la marcha, y los dos que me veo obligado á despedir para no arrebatarlos completamente á sus familias, parecen muy tristes; pero les consuelo con una buena gratificación. Nada es tan agradable para los indios como la vida nómada en compañía de un europeo; libre de toda preocupación, olvidan fácilmente sus fatigas, refiriendo por la noche á los daragas maravillados los peligros que corrieron, las acciones heroicas en que han tomado parte; á fuerza de mentir se engañan á sí mismos, y no tardan en considerarse como muy superiores á sus compatriotas.

13 marzo. – Me despido de Davao, donde una larga permanencia me ha permitido apreciar á tantas personas amables, y me embarco á bordo del *Francisco Reyes*, que toca el 15 en Pollok, el 16 en la Isabela de Basilán y el 17 en Zamboanga, el 18 enderezamos el rumbo al norte, á la vista de las altas montañas de *Negros;* y anclamos por la noche en la rada de Ilo-Ilo, al sudeste de la isla de Panay. Ilo-Ilo se eleva á la orilla de un pequeño río, en la extremidad de una inmensa llanura de aluviones; este puerto, situado en la inmediación de provincias populosas y bien cultivadas, es un gran centro comercial, practicándose en gran escala principalmente la exportación de los azúcares en bruto. En la rada, donde hay anclados grandes buques americanos y vapores de todas clases, tengo el sentimiento de no ver nuestro pabellón; en las oficinas de correos, las cajas destinadas á la distribución de la correspondencia tienen los nombres de todos los principales negociantes ingleses, americanos y chinos; pero no veo ni uno solo francés.

El 21 llego á Manila: nuestro excelente cónsul, Mr. Dudemaine, ha marchado, con gran sentimiento de nuestra pequeña colonia; pero su sucesor, Mr. Ernest Crampón, me había dado ya, sin saberlo yo, una prueba de interés: como durante largo tiempo no me fué posible enviar noticias á mi simpático corresponsal en Manila, Mr. Genú, circulaba ya el rumor de que los Infieles de Mindanao me habían jugado una mala pasada. Mr. Crampón pidió audiencia al nuevo gobernador general, D. Fernando Primo de Rivera, para hablarle de mí, y éste tuvo á bien mandar que se practicasen pesquisas: hoy mismo se iban á expedir las órdenes.

Permanezco todo un mes en Manila, esperando inútilmente la curación en la hospitalaria casa de nuestro compatriota Mr. Genú, cuyos cuidados me habrían devuelto seguramente la salud si las fiebres complicadas con anemia no exigieran de todo punto mi regreso á Europa.

En el intervalo de mis accesos paso ratos muy agradables con Mr. Genú y nuestros compatriotas establecidos en Manila, particularmente Mr. Brejard, canciller del consulado de Francia, y Mr. Aussenac, antiguo oficial de caballería; estos señores, personas muy instruídas y sagaces, han vivido en todos los países del mundo; sus recuerdos, y la comparación de las diversas colonias con las Filipinas, comunican á la conversación tanto atractivo como variedad durante las noches que paso en su compañía, y de las que conservaré un grato recuerdo; pero siempre enfermo, me es imposible ir á estudiar los Infieles del norte de Luzón, y me veo obligado á volver á Francia.



Viaje á Filipinas. – Rada de Batuán. Vista tomada á tres millas al norte de la desembocadura del río Agusán

(1) *Caryota onusta.* (Palm.)

J. MONTANO.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 13 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 246

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DOLORES, dibujo de J. M. Marqués

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DOLORES, dibujo de J. M. Marqués

El autor de este apunte se encuentra en buen camino y de seguro llegará á su término. Joven aún, ha conquistado bravamente el aplauso del público; pero en lugar de dormirse sobre sus laureles, dedícase incansable al estudio de la naturaleza. Trata pictóricamente diversos géneros, y en todos ellos progresa de una manera visible. Quizás produce demasiado: esto depende de la fogosidad juvenil: cuando, por dicha, se tienen pocos años, se hace abuso de fuerzas. Y sin embargo, nadie como el artista debiera reservar las suyas para cuando su imaginación, fortalecida por la observación y el estudio, es capaz de producir esas obras que conducen á la inmortalidad.

TAEDIUM VITAE, fragmento de un cuadro pintado por E. Neide

Más de una vez hemos emitido nuestro parecer contrario á un exagerado realismo en el arte, y por lo mismo no perdonaríamos al pintor E. Neide el tétrico asunto en que se ha inspirado para el cuadro del cual reproducimos un bellísimo fragmento, si no hubiera dado en él pruebas de ser un artista aventajado. El tedio, el hastío de la vida está tan magistralmente expresado en los dos principales personajes de su lienzo, que unidos en estrecho abrazo y atados además uno á otro con fuertes ligaduras, parecen dispuestos á precipitarse á algún abismo para arrancarse una existencia insoportable, que no puede reprimirse un sentimiento de conmiseración á la vez que de horror al contemplarlos. Si este efecto produce un solo fragmento, ¿cuál no producirá el cuadro entero? Fuera de esto, el dibujo es magnífico, la interpretación acabada y el conjunto verdaderamente artístico.

DANZA PÍRRICA, dibujo de Alma Tadema

En la antigua Esparta calificábase con el nombre de *pírrica* cierta danza militar muy en uso entre los jóvenes, los cuales la ejecutaban vestidos con túnicas de color de escarlata y completamente armados. El pintor Alma Tadema, tan aficionado á reproducir en sus cuadros asuntos de la antigüedad griega y romana, de las cuales ha hecho un profundo estudio, ha demostrado una vez más en su *Danza pírrica* su innegable competencia en este género, así como la soltura de su lápiz comparable únicamente con su vigoroso colorido.

LA CANCION DE GUNTRAM, dibujo de Gehrts

Es esta uno de los episodios más interesantes de la epopeya romántica de Kastropp «Enrique de Osterdingen.» Después que el hechicero Klingshor ha cantado la «canción de Lotos» en que el vicio triunfa de la virtud, Enrique entona «la canción de Guntram.» El rey Guntram, enamorado de una ondina, la lleva á su palacio, - á pesar de anunciarle ella que en vez de amor sólo puede llevarle la ruina, - y la presenta á los magnates del reino como esposa y futura reina. Sin hacer caso del descontento del pueblo, ni de las amonestaciones del obispo Benno, y á pesar de que la Virgen de la catedral gira sobre su altar y de que su anillo salta de su dedo roto en mil pedazos, la ondina pasa á ser esposa del rey. Sólo lo fué un día, sin embargo, pues á la primera noche Benno, al frente de sus adeptos asalta el castillo que fué sepulcro de la infortunada pareja.

¿Qué decir del artista encargado de reproducir las escenas más culminantes de la leyenda que en nuestro grabado están continuadas? Sólo podremos exclamar: ¡Feliz el poeta que logra en vida encontrar para sus creaciones un Homero del lápiz como es Carlos Gehrts!

EL ÚLTIMO EMPEÑO, cuadro de L. Aranda

Lleno de sentimiento, admirable de verdad, estudiado con inteligencia y ejecutado con cariño, el cuadro de Aranda que hoy publicamos es una nueva prueba de la justicia con que se le ha distinguido dondequiera que haya expuesto sus lienzos. El que tenemos á la vista, cuadro de género, es una concepción feliz, avalorada por un sin número de detalles ejecutados con verdadera maestría.

En el despacho de un notario, tan bien entendido que no parece sino que el artista haya sido pasante en la profesión de dar fe, una desvalida anciana y un joven necesitado de dinero, empeñan el último resto de su hacienda. ¡Cuánta tristeza y cuánta resignación en el semblante y en la actitud de esa mujer! ¡Qué pobreza tan noblemente soportada la del mancebo! ¡Cuánta naturalidad en la actitud del notario autorizante y cómo se destaca entre esos pobres de caudal y de espíritu la figura y el traje del prestamista!... ¡Qué bien entendido agrupamiento! ¡Cuánta armonía en la composición toda! ¡Cuán bien calculado es el efecto del conjunto y con qué esmero se hallan tratados los detalles!... Parece este cuadro escena de comedia de Moratín ó de novela de Galdós; mas para pintar con éxito asuntos tales, se necesita estar en artes á la altura de aquéllos en letras.

EL SILENCIO DE LA NATURALEZA, copias fotográficas del natural por Mr. Wilson

El aspecto de un país cubierto de nieve es lo que más vivamente despierta la idea del silencio y del sueño, no de la muerte, sino de la transfiguración. ¿Quién no ha reconocido que ningún pintor pudo expresar nunca la pureza, la fantasía, el sentimentalismo de semejante conjunto, tan delicado y tan sublime como imagen del reposo? En los paisajes de invierno del pintor, casi siempre hay alguna cosa que nos recuerde el interés humano, que nos dé la idea del calor y de la comodidad, como por ejemplo, el sol brillante entre enrojecidas nubes, ó el fuego de una hoguera lejana; y he aquí por qué rara vez encontramos en las obras del artista un conjunto que exprese en absoluto el frío, el silencio, la desolación y la nieve sin su elemento contrario, el fuego. Sin embargo, estos son los atributos inmutables.

Por medio de la fotografía se han representado muy bien ciertos efectos del paisaje de invierno, como se verá en los admirables trabajos de Mr. Wilson, de Aberdeen, algunos de los cuales reproducimos en nuestros grabados. Esas fotografías son particularmente notables por la suavidad del tono, y porque producen la verdadera impresión de la luz difusa que resulta de las superficies cubiertas de nieve. No llama menos la atención en dichos trabajos la admirable naturalidad con que se representan los árboles, cuyas ramas se inclinan bajo el peso de aquélla.

Nuestras ilustraciones representan algunos paisajes bajo el aspecto más familiar que ofrecen á la vista durante los fríos de invierno. En la primera, cuyo título es «Abandonada,» vemos la carreta solitaria en medio del campo, verdadera imagen de la tristeza y la desolación; en la segunda y tercera, que el autor titula «Ciego es el día,» se representa perfectamente el efecto de la nieve, que ha formado una espesa capa en todo el camino, cubriendo árboles y plantas; y la tercera reproduce muy bien el aspecto que el invierno comunica á los campos. Aquí no hay luces, ni hogueras ni accesorio alguno que modifique el conjunto; aquí todo es frío y helado; el cielo, de color de plomo, comunica á todos los objetos un tinte melancólico; la naturaleza parece entregada al eterno reposo de la muerte, y ningún ser animado viene á desvanecer la ilusión. He aquí las verdaderas condiciones para representar un paisaje de invierno con los efectos de la nieve, y estas condiciones se han llenado admirablemente en las fotografías á que se refiere la presente descripción, de las cuales son una copia exacta nuestras ilustraciones.

BIOLOGIA

Entre los múltiples y variados aspectos bajo los cuales puede considerarse la ciencia de la vida, que es lo que significa en puridad la palabra que encabeza este artículo, sin disputa alguna merece especial predilección aquel que se relaciona con el origen y ulteriores desenvolvimientos de los reinos vegetal y animal que hermosearon la superficie del planeta, y continúan siendo el encanto de la humana especie, única al parecer, por no servirnos de un lenguaje sobrado absoluto poco frecuente entre los naturalistas, capaz de gozar de sus bellezas y sorprendentes armonías.

Y tanto más importa fijar la atención en este concepto de la Biología, que en cierto modo pudiera llamarse terrestre, cuanto que sobre comprender en los vastos dominios de su competencia la Antropología, ó sea la historia física, intelectual y moral del hombre considerado en la totalidad de su especie, todo cuanto acerca del génesis de la vida allá en remotísimas edades lleguemos á descifrar, si no en el cómo, por lo menos en el cuándo y en el orden de aparición de sus primeros representantes, ha de servirnos grandemente para quilatar ciertas doctrinas que acerca de la vida se han inventado; y si á esta noción, ya de suyo bien importante, se agrega el conocimiento de los ulteriores desarrollos y del ritmo á que los seres obedecieron en todos tiempos en la sucesiva aparición en el mundo, no es dudoso llegar á concebir la lisonjera esperanza de que por dichos senderos tanto como por los de la experimentación en el laboratorio, ha de llegar un día la humanidad á resolver satisfactoriamente los problemas más trascendentes que la noción de la vida entraña.

Por de pronto en cuanto al origen de los seres orgánicos puede asegurarse que no fué ni había medios hábiles de que fuera coetáneo del globo que había de sustentarles; oponíase á ello la elevada temperatura que reinaba á la sazón y por luengos siglos en la superficie terrestre, y á más, la falta de un agente, el agua, cuya misión es tal, que no se concibe sin ella la vida tal como hoy la vemos. Las investigaciones geológicas han confirmado de la manera más evidente esta aseveración hecha á priori, ya que fundados en ellas los hombres de ciencia señalan un cierto horizonte más abajo del cual la estructura geognóstica terrestre hállase representada por rocas cristalinas formando masas inmensas, en cuyo seno ni el examen macroscópico, ni el más delicado estudio microscópico ha podido hasta el presente descubrir el más ligero rastro ó vestigio de ser orgánico vegetal ni animal. La presencia de estos seres profundamente alterados por la mineralización que experimentaron se revela por primera vez en los materiales de sedimento primitivos, tan metamorfoseados en su aspecto y hasta en su naturaleza íntima como aquéllos, ostentándose bajo el aspecto de rocas que por concurrir en ellas la estructura propia de los materiales formados en el seno de las aguas y la cristalina de los productos eruptivos, hanse llamado por el insigne geólogo belga Sr. Omalius cristalofílicas, expresión bastante más propia y exacta, atendida su etimología de dos raíces griegas *christallon* y *philos*, que la empleada por la mayor parte de nuestros ingenieros de minas, la cual consta de un sustantivo, estrato, y de un adjetivo, cristalino, puesto que las designan con la denominación de estrato cristalinas, formando un solo nombre por tan singular y anómala manera.

Figuran entre estos materiales metamórficos el gneis, especie de granito abortado, puesto que le falta el cuarzo, las pizarras todas arcillosas, cloríticas, micáceas, etc., algunos conglomerados y calizas cristalinas de aspecto marmóreo, y con frecuencia anfibólico y serpentínico, circunstancia que las hace muy estimables como piedra de construcción monumental.

Ahora bien; en estos productos alterados de la primera sedimentación es donde aparece por decirlo así la aurora de la vida, la vegetal positivamente en el interior de un canto errático de gneis, encontrado en la Brianza (antigua Lombardía) por uno de los hermanos Sismonda, distinguidos naturalistas piamonteses; la animal no de un modo tan evidente, en una masa de caliza serpentínica del terreno llamado laurentino por hallarse enclavado en la cuenca del río San Lorenzo en la América del Norte.

Para ver la primera planta sólo se necesita tener ojos en la cara y visitar el Museo de Turín donde me la enseñó D. Angelo Sismonda, su descubridor, allá por los años 53, ó el Gabinete de Historia Natural de Madrid, en cuyas colecciones paleontológicas de mi cátedra figura una copia fotográfica regalada por aquél que examinan y admiran los alumnos cuando durante el curso se aborda la magna cuestión del origen de la vida en el globo, pudiendo hasta el menos avisado advertir que pertenece al grupo de las equisetáceas ó colas de caballo, siendo tan ostensibles sus caracteres, que el insigne Brongniart pronto echó de ver que era una especie nueva, razón que le movió á dedicársela al sabio profesor de Geología de Turín, llamándola *Equisetum Sismonda*. – La cosa es algo más problemática por lo que al reino animal se refiere, puesto que el famoso *Eozoon Canadense*, frase que traducida al lenguaje vulgar significa aurora de la vida del Canadá, presentado por primera vez en la exposición universal celebrada en 1867 en París, y regalado más tarde al Jardín de Plantas, en cuyas grandiosas galerías de Cuvier figura, después de tanto como en pro y en contra de su naturaleza orgánica se ha escrito, discutido y hablado, desde su primera exhibición, la inmensa mayoría de los geólogos y paleontólogos se inclinan á considerarlo más que como foraminífero, grupo de seres de organización muy inferior, como una roca serpentínica cuya estructura reproduce á veces todo el aspecto celular de la organización. Aun recuerdo lo que contestó el insigne Lapparent, profesor de Geología en la universidad católica de París, cuando en la visita que hice á sus preciosas y bien ordenadas colecciones hube de preguntarle dónde ó en qué grupo de fósiles colocaba al Eozoon, á lo cual llevándome al compartimento de las rocas serpentínicas, respondió: aquí, este es su verdadero sitio. Dejando para ocasión más oportuna discutir este tema, por ahora cumple manifestar que desde el momento en que el acuerdo tocante á la naturaleza de un objeto deja de ser unánime, entre los que por sus especiales circunstancias se hallan en condiciones de resolver el asunto, lo prudente y discreto es aplazar la cuestión para cuando se hayan recabado mayores esclarecimientos, y no pretender sobre tan deleznable base erigir un sistema ó teoría que allane el áspero sendero de la ciencia, pues en vez de obtener el resultado apetecido, el día en que por virtud de nuevas investigaciones se resuelve la cuestión en sentido contrario, toda la balumba del edificio se viene abajo con no poco descrédito de los patrocinadores de la idea. Tal es lo que sucedió hace poco con lo que inconsideradamente se creía el origen de la vida, esto es, con el Eozoon por lo que á los tiempos antiguos se refiere, y con el no menos fantástico Batibio, expresión que significa vida de las profundidades, con referencia á la época actual. Esto último es tan curioso, que siquiera nos desviemos momentáneamente de nuestro propósito, merece la pena de darlo á conocer. Pretendíase haber encontrado allá en los abismos del océano, una cosa parecida, por decirlo así, al substratum de la vida, especie de nebulosa vital, de la que andando el tiempo, y mediante la influencia de las leyes de la trasmisión hereditaria de la selección y adaptación, había de ir apareciendo todo el reino vegetal y animal por lento y secular desenvolvimiento de la materia protística. Fundábanse todas estas generosas y casi pueriles ilusiones en el hallazgo hecho por medio de la sonda en las capas más profundas del océano de una sustancia de aspecto gelatinoso é informe, dotada de ciertos movimientos que al parecer indicaban hallarse dotada de la excitación que se considera en la materia protoplasmática como la señal más clara y evidente de la vida rudimentaria, bastando esto para que los evolucionistas partidarios de la doctrina de Darwin creyeran ya resuelta la cuestión, y procediendo un poco á la ligera, dejándose llevar de las exigencias siempre inmoderadas de todo sistema, no sólo creyeron en la naturaleza orgánica y organizable del Batibio, sino que el insigne anatómico inglés Huxley le dió nombre químico y específico, dedicándosela al correligionario alemán Haekel, *Batybius Haekeli*. No tardó, empero, en demostrar el más sencillo examen microscópico y químico que el famoso comienzo de la vida actual aun ostentaba muchos menos títulos que el Eozoon para figurar entre los seres orgánicos, puesto que no era más que yeso ó sulfato hidratado de cal, diluído en el espíritu de vino en el que se conservaban los objetos recogidos por los expedicionarios del buque inglés *Challenger*. Evidenciado el fracaso, el mismo Huxley tuvo la noble franqueza de confesarlo en el discurso pronunciado en una de las asambleas que anualmente celebra la Asociación británica para el progreso de las ciencias, haciéndolo de la manera delicada é ingeniosa que corresponde á un hombre de talento, como sin género alguno de duda hay que declarar que lo es.

No representan, pues, el comienzo de la vida primera ni la aurora de la actual el Eozoon y el Batibio, teniendo que recurrir á otros datos para formar claro y cabal concepto del complejo asunto. Tocante al comienzo de los organismos en el globo, queriendo partir de hechos positivos é incontrovertibles, debemos recordar lo que queda ya señalado respecto de aquel canto de gneis, con el Equiseto ensalzado por el Sr. Sismonda, y la presencia en muchas rocas antiguas de sedimentos metamórficos de grafito y de sustancias bituminosas de procedencia vegetal, y si se quiere tambien del diamante, como última reducción orgánica, en la cual desaparecieron los restantes elementos componentes de las plantas primeras, quedando tan sólo el carbono puro, como el más fijo de todos y cristalizado, circunstancia esta que lo distingue del grafito. A todas estas sustancias, en las cuales lo único que puede saberse es que proceden de organismos vegetales, pero sin poder determinar á qué grupo de plantas corresponden por efecto de las profundas alteraciones que experimentaron puestas bajo las condiciones á ello más favorables, hay que agregar las llamadas Eophyton que signi-



TÆDIUM VITÆ, fragmento de un cuadro pintado por E. Neide

fica aurora vegetal, Oldhamias-Fucus, etc., que arman, valiéndonos de una frase de minero, en pizarras cristalinas pertenecientes al terreno ó sistema cámbrico, verdadero comienzo, según el orden cronológico, de la serie de materiales sedimentarios.

Respecto al reino animal hállase en dicho horizonte geológico representado por restos de algunos pocos moluscos, tales como singula prima y antigua singulilla Davisi, Theca gregaria y otros pocos, un Nereites y varios crustáceos del extraño grupo de los Trilobites un poco más arriba. De modo que el dato positivo que esto nos suministra es adquirir el convencimiento de que el reino vegetal precedió al animal, como así debía en realidad suceder, primero por la misión á sus individuos confiada, de transformar allá en lo recóndito de su organismo, sin saber cómo ni por qué se verifica, la materia mineral en orgánica, y después porque en rigor los animales, desprovistos de tan singular y recóndita facultad, necesitan encontrar ya realizado lo que en cierto modo pudiera calificarse de milagro incomprensible, para encargarse luego y á su vez, de dar nuevas y más complicadas formas á la celda, á la fibra y al vaso vegetal.

Podrá ser todo esto claro y si se quiere evidente desde el momento en que así lo atestigua la observación de un lado y la experimentación en el gabinete ó laboratorio de otro; pero ¿se sabe algo tocante al modo cómo se formó la primera planta? ¿podrá el hombre averiguar algún día y conocer la esencia de tan misteriosas operaciones naturales? yo creo firmemente que nó; por lo menos se sabe hoy que la síntesis química á pesar de los sorprendentes progresos en estos últimos años realizados no ha podido obtener hasta el presente el menor indicio de protoplasma y menos aún de célula orgánica, y eso que la análisis ha revelado de la manera más evidente la composición no sólo cualitativa, sino también cuantitativa, de todos los elementos componentes del organismo así vegetal como animal.

Algunos naturalistas y especialmente los afiliados á la doctrina de Darwin salen del paso admitiendo sin prueba alguna en su apoyo la generación espontánea ó la autogonía como quiere Haekel; mas como quiera que los más recientes estudios y experimentos de Pasteur, Tyndal y tantos otros rechazan semejante procedimiento de transformación de la materia mineral en organizada, por haber demostrado la experiencia la necesidad de que intervengan para ello los gérmenes, se conforman con lo que sería hasta insensato y absurdo rechazar, pero añaden que esto es tan sólo para explicar la vida de hoy, pero que para darse cuenta de cómo se originó en remotísimas edades el gran misterio, hay que admitir por fuerza la generación equívoca, prefiriendo caer en esta flagrante contradicción, á reconocer y admitir en todo esto la mano omnipotente del Creador. Y es que como dice Burmeister en una obra cuyo título está en completo desacuerdo con la doctrina admitida, pues la llama La Creación, prescindiendo del Hacedor supremo para explicar el origen de la materia, la cual es en su sentir eterna, no tiene necesidad de esta rueda intermedia para comprender cómo la materia mineral revistió formas y textura de seres vivos y para esto se paga de la frase generación espontánea ó autogonía, creyendo ó haciéndose la ilusión de que con esta frase todo el mundo queda ó debe quedar no sólo convencido sino también lo suficientemente ilustrado para poder decir *eureka*, ya sé cómo se salva la gran dificultad.

Bien mirado el asunto, yo no sé real y verdaderamente qué referencia exista entre este dogmatismo que se invoca é impone á nombre de la ciencia, y el que á título ó como artículo de fe nos manda creer que *in principio creavit Deus cœlum et terram*, y que cuando la ocasión fué oportuna, este mismo Dios dispuso que aparecieran primero las plantas, luego los animales, y por último el hombre, como digno coronamiento de la grandiosa y admirable obra de la Creación. Lo cierto es que de ambos modos nos quedamos á oscuras en cuanto á la esencia del procedimiento que dió vida al primer organismo; pero hay la ventaja de parte del creyente que con ello hace un acto de humildad reconociendo gustoso y por espontánea confesión la existencia de quien todo lo conoce, lo sabe y lo puede, sin que por ello sea más confusa la idea que se forma del misterio, pues la verdad es que la frase generación equívoca, espontánea ó autogonía no lo explica mejor.

En este particular el único que en mi concepto ha discurrido un medio ingenioso y al parecer racional para explicar lo inexplicable es el Sr. Lecoq de feliz memoria, quien tratando de la materia orgánica ú organizable que arrojan muchas aguas minerales en una obra por muchos conceptos estimable y digna de estudiarse (1), emite la opinión de que aquélla hubo de ser en un principio la verdadera creadora de la vida en el globo. Hé aquí ahora la manera como discurre el insigne geólogo auvernense: las aguas minerales se forman en lo que él llama zona de reacción química terrestre, en otros tiempos más próxima que hoy á la superficie, por virtud de la afinidad que el oxígeno tiene por el hidrógeno uniéndose en las proporciones conocidas, verificándose allí también en las profundidades de la costra sólida la combinación de aquellos dos cuerpos simples con el carbono y nitrógeno originando la materia organizable que adquiere formas propias de determinados seres orgánicos cuando arrastrada con y por el agua en el manantial recibe la benéfica influencia de la luz y del calor. Como en todas estas operaciones no hay al parecer comunicación con el mundo exterior de los agentes que determinan tan singulares y extraños hechos, sino cuando aparece la materia sulfurina, olesina, como diría el doctor Arnús, etc., podría real y verdaderamente creerse, como así lo creía Lecoq, que todo se formaba allá en lo más recóndito de la costra sólida del planeta, sin intervención de otras fuerzas más que las representadas por la afinidad química, pudiendo en cierto modo considerarlo como expresión genuina de la autogonía ó de la generación espontánea.



DANZA PÍRRICA, dibujo de Alma Tadema

Forzoso es reconocer que la explicación es ingeniosa, revelando en el autor insigne, con cuya amistad me honraba muy mucho, conocimientos químicos y geológicos nada comunes, evidenciados en la mencionada y en muchas otras obras que dió á luz; y que si fueran susceptibles de demostración los datos en que aquélla se apoya, no habría más remedio que admitir la doctrina como genuina expresión de la verdad. Pero es el caso que por satisfactoria que sea la idea de la zona química terrestre y la formación directa del agua en su seno, al pretender averiguar qué habrá en todo ello de real y verdadero, nos encontramos en la más absoluta necesidad de declarar que nada sabemos que sea á la doctrina favorable; al paso que en cuanto á la procedencia positiva del agua por filtración desde el exterior, para originar manantiales allí donde las condiciones son propicias, lo que nadie ignora es que constituye un hecho incuestionable, así como la termalidad se relaciona con la inclinación de las capas que las aguas atraviesan en su marcha descendente y el carácter mineral de los manantiales se halla estrechamente enlazado con la composición de los materiales atravesados. Podrán quizás á las veces presentarse todas estas circunstancias de estructura geológica y de naturaleza mineral de los materiales recorridos por las aguas algo problemáticas ó dudosas, pero en la inmensa mayoría de los casos las relaciones entre la termalidad y la mineralización de las aguas de un lado, y la orografía ó estratigrafía y la composición del terreno de otro, son de tal manera estrechas, que han servido de fundamento racional para idear la teoría que más satisfactoriamente lo explica todo.

En este caso y sin necesidad de desechar en absoluto la ingeniosa doctrina de Lecoq por lo que á la formación directa de parte del agua que sale del interior del globo se refiere, pues podrá ser cierta, en cuanto á que deba aplicarse el propio criterio á la aparición de la materia organizable que llevan consigo los manantiales minerales y en especial los sulfurosos, no encuentro que sea lógico como consecuencia ineludible lo uno de lo otro; antes por el contrario, aun admitiendo de plano lo primero, ¿no podrían las aguas encontrar ya formada en su trayecto de abajo arriba ó por lo menos los materiales ó gérmenes que contribuyan á su formación haciendo tan sólo en este caso el agua de agente conductor? Por otra parte, la filtración y circulación subterránea de las aguas procedentes de la superficie es tan evidente, que en ambas operaciones se funda de un modo lógico y racional, la teoría y también la práctica de los diversos modos de alumbrar aguas, y entre todos ellos el que se vale de la sonda artesiana (2) Este hecho no podía ciertamente pasar desapercibido á la clara inteligencia de Lecoq, quien reconoce como base de la teoría de los manantiales la filtración y circulación subterránea del agua; pero preocupado sin duda alguna con la idea de la zona de reacción química terrestre, de que en puridad era y fué inventor, establece la diferencia, en mi concepto á todas luces arbitraria, entre los manantiales comunes que atribuye á las aguas que proceden de fuera, y los manantiales minerales, sean ó no termales, cuyo génesis va á buscar en las reacciones químicas que se verifican en el interior de la costra sólida, á mayor ó menor profundidad, según el tiempo que nos separa de la época en que vivimos Tampoco por tan bello cuanto ingenioso medio encuentra explicación plausible la generación espontánea; lo cual hace que con respecto al origen de la vida en la tierra, por lo que á la esencia del hombre se refiere, estemos hoy á la misma altura en que se encontraban los primeros inventores de la idea allá en remotísimas edades, y en la que se encuentran todos aquellos que parten de la realidad inexplicada é inexplicable del hecho, como principal fundamento de la teoría evolutiva y transformista. Pero los representantes de las primeras manifestaciones orgánicas desaparecieron de la escena del mundo, quedando sepultados en el seno de los estratos terrestres más antiguos,

(1) Les eaux minérales dans leurs rapports avec la Géologie.

(2) Consúltese para mayores esclarecimientos mi obra titulada «Teoría y práctica de pozos artesianos.»



LA CANCIÓN DE GUNTRAM, dibujo original de C. Gehrts



EL ÚLTIMO EMPEÑO, cuadro de L. Aranda

donde con el transcurso del tiempo convirtiéronse en fósiles ó sea en lo que respetables autoridades científicas llamaron medallas de la creación, para ser reemplazados por otros, los cuales á su vez sufrieron la misma suerte, sintetizando en una indeterminada serie de apariciones y desapariciones orgánicas la encantadora historia del planeta. Ahora bien; dado lo cierto y positivo del hecho, la ciencia ¿nos suministra hoy bastantes y evidentes datos para esclarecer el cuándo y el cómo se hicieron de modo lento ó brusco estas renovaciones de las faunas y floras que en distintas épocas hermosearon la superficie del planeta que habitamos?

Por fortuna la Geología y la Paleontología se hallan hoy en disposición de contestar á la mitad del problema, puesto que indudablemente saben y enseñan los hombres que las cultivan cuál fué el orden de aparición y de desaparición de los diferentes tipos vegetales y animales, circunstancia que sirve de criterio para determinar la sucesión de los acontecimientos orgánicos é inorgánicos que caracterizan la historia terrestre. La dificultad hoy por hoy insuperable consiste en llegar á conocer cómo hanse realizado tales y tan sorprendentes fenómenos. Está puesto fuera de toda duda por virtud de recientes descubrimientos, que la humana fué la última especie que apareció en el globo, cuyos despojos existen entre los materiales cuaternarios; que antes figuraron los restantes mamíferos, cuyos restos comienzan á encontrarse en el terreno que los geólogos llaman Trias ó triásico en sus niveles superiores y caracterizan sobre todo el sistema terciario inferior, medio y superior; que las aves son tal vez contemporáneas de los mamíferos; que los anfibios y reptiles hicieron su primera aparición en el terreno carbónico y quizás en el devónico, y por último, que entre los vertebrados los peces, que son los más inferiores, precedieron sin duda alguna á los restantes, ya que con frecuencia se encuentran fósiles hacia el promedio del terreno silúrico, uno de los más antiguos depósitos de sedimento.

Respecto de los animales que por carecer de vértebras se llaman invertebrados, el orden de aparición de sus diferentes tipos protozoos, foraminíferos, radiolarios, equinodermos, moluscos y articulados, no se ostenta con la aparente regularidad que acaba de señalarse para los vertebrados, circunstancia que concuerda perfectamente con la dificultad de establecer una verdadera y razonada jerarquía entre ellos, advirtiéndose tantas anomalías aun dentro de cada tipo en la presentación de las diferentes clases, órdenes, familias y demás divisiones de inferior categoría, que aun considerado el asunto en sus grandes delineamientos es harto comprometido aventurar opinión alguna que esté fundada en hechos positivos y bien observados y que no tengan en su contra otros de tanta ó de mayor valía. Un solo ejemplo sacado del tipo molusco, el más importante quizás, bajo el punto de vista de la característica de los terrenos, en razón á su propia abundancia, servirá de confirmación á cuanto acaba de indicarse. Comienza á encontrarse los restos de moluscos, esto es, las conchas, en los niveles más bajos de las formaciones de sedimentos llamadas arcaicas, precediendo á foraminíferos, á equinodermos y á otros tipos que les son inferiores; y hacen su primera aparición, según queda dicho, por los géneros singula y singulilla, como representantes de la clase más inferior entre los moluscos verdaderos, ó sea, la de los braquiopodos. Ahora bien; según el orden de complicación orgánica, debía haberse presentado inmediatamente después la clase de los acéfalos ó lamelibranquios, seguida de los gastrópodos, para completar la serie de las divisiones del tipo los llamados cefalópodos, seres de organización tan superior, que muchos autores los desmembran de los restantes moluscos para colocarlos por encima de los articulados; y sin embargo la cosa no se realizó de esta manera normal y regular como exigía la doctrina de la descendencia, sino que muy pronto, es decir, en los niveles medios del terreno silúrico que es el que sigue al arcaico, preséntanse tantos y tan variados representantes de los cefalópodos, que puede asegurarse haber alcanzado allí el máximo desarrollo, anteponiéndose por supuesto al predominio de gastrópodos y acéfalos que sólo se realiza en los tiempos actuales.

A más de estas aparentes anomalías, el tipo molusco ofrece en el curso de su desenvolvimiento muchos hechos de todo punto inexplicables, cualquiera que sea la teoría que para ello se invente; tal es entre otros, la súbita é inesperada aparición hacia los tiempos medios representados por el terreno cretáceo, del grupo extraño y casi pudiera decirse inarmónico con los restantes moluscos, llamado de los sudistas, el cual aparece sin precedente y desaparece al final de dicho terreno, sin dejar lazo alguno de descendencia con los que le siguen.

Pero prescindiendo de detalles de todo punto inexplicables, y volviendo al asunto principal, debemos declarar muy alto, que merced á los progresos por la historia de la tierra realizados, hánse llegado á formular ciertos principios generales calificados de leyes paleontológicas y mejor aún biológicas, en las cuales se condensa ó sintetiza el saber moderno acerca de la marcha y vicisitudes que experimentaron los seres orgánicos desde que hicieron su primera aparición en la haz de la tierra. En este linaje de disquisiciones, consecuencia natural y legítima del incalculable arsenal que hoy concervan los Museos privados y públicos, lo que desde cincuenta años á esta parte se ha progresado es verdaderamente asombroso, y sin embargo, tocante á la filiación de las especies, á la manera especial cómo se sucedieron unos organismos á otros, estamos hoy por hoy tan á oscuras como respecto al origen misterioso de la vida en el globo. De todos los problemas encomendados á la Paleontología, como la rama más importante de la Biología, existe uno fatalmente condenado, según dice el belga Briart, á no recibir jamás solución plausible, por cuanto hay que renunciar á comprender los misterios de la vida, el más maravilloso cuanto incomprensible de los fenómenos en sentir de Laporta. Y no se crea que esta idea sea moderna, pues los sacerdotes egipcios ya esculpieron en el frontispicio del templo de Isis, personificación de la naturaleza, la siguiente inscripción: «yo soy todo lo que es, todo lo que fué y todo lo que será, pero nadie ha descorrido ó levantado el velo que me cubre.»

No es ciertamente lisonjera la declaración de que en el particular estemos á la misma altura que los hombres que sintetizaban el saber egipcio; verdad es que én muchos otros asuntos no menos trascendentales ocurre lo propio, como por ejemplo, en lo referente al famoso apotegma del templo de Delfos, pues á pesar del tiempo trascurrido, todavía el hombre no ha llegado á cumplir el *nosce te ipsum*, deseo y nobilísima aspiración de la clásica antigüedad, de la que tantos beneficios podría recabar el hombre de hoy preparando el bienestar á las generaciones venideras.

J. VILANOVA.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

VI.

Al día siguiente, la noticia de lo sucedido la víspera se esparció por todo Alcornocal. Conforme ocurrir suele en tales casos, el suceso, alterado, tergiversado, comentado y referido hasta la saciedad, tomó proporciones gigantescas, alarmantes. Según unos, D. Ramón se hallaba poseído del espíritu maligno y no había quien parara en el palacio; según otros, el primito era un embajador de Satanás, que traía revuelto á todo el pueblo; no faltó quien hubiese visto á toda una legión de diablos saltar de las ventanas traseras de la casa maldita y perderse con infernal estruendo en el fondo del barranco, ni tampoco quien asegurara haber divisado á media noche un escuadrón de brujas montadas en escobas cabalgando en los rayos de la luna. Isidro y sus compañeros contaban á quien lo quería oir que habían presenciado las diabólicas artes del brujo en el desván, que luego éste y el diablo habíanse escurrido juntos por la ventana, evaporándose por ensalmo entre los garrotes con que intentaban aquellos zurrarles la badana. Una tempestad de truenos y granizo, sobrevenida en la misma noche del suceso con gran detrimento de la cosecha, fué achacada por muchos al vengativo influjo de las potencias infernales. Los más creían á puño cerrado estas patrañas; algunos, muy pocos, las negaban rotundamente; estos, sin rechazarlas, las oían con gran reserva; aquellos, al oirlas, se encogían de hombros sin decir malo ni bueno, ni dar á entender lo que opinaban.

Cuando por la tarde los habitantes del palacio salieron á dar el paseo acostumbrado, de los labriegos unos se los comían con los ojos, otros se apartaban instintivamente, sin que ninguno se atreviera á dirigirles la palabra. Durante la noche, medio Alcornocal acudió á la orilla del barranco, ansioso de oir aquellas voces y ruidos extraños, y de presenciar las escenas diabólicas que de aquel paraje se narraban; mas las ventanas permanecieron cerradas, inalterable silencio reinó en torno y la pública curiosidad tuvo que contentarse con un examen minucioso y comentado del almezo, mudo actor y testigo incorruptible de tamañas brujerías. Al propio tiempo unos fuegos errabundos recorrían en todas direcciones las próximas montañas: eran Blas y sus amigos que con teas encendidas, armados de palos, horcas y rastrillos, batían el monte en busca del diablo, semejando ellos mismos otros tantos ejemplares del espíritu maligno á quien buscaban.

Entre tanto, Rosario, sobrecogida aún del susto recibido la víspera, habíase encerrado sola en su habitación, rechazando con energía las reiteradas instancias del gomoso, quien vagaba por las afueras del pueblo, escamado, confuso y dado, en efecto, á todos los diablos. En cuanto á D. Ramón, como hubiese tomado el partido de ir á jugar al tresillo en casa del médico, donde se reunía la plana mayor de Alcornocal, estaba dando un codillo al alcalde en aquel momento.

– ¡Diantre! – profirió la autoridad local; – ¿será cierto lo que cuentan?

– Y ¿qué es ello? – preguntó el señor de Soto.

– ¡Cómo! ¿Lo ignora V.?

– Sí, á fe mía.

– Pues dicen nada menos que es V. brujo.

D. Ramón se sonrió como quien siente lisonjeada su vanidad.

– Cuentan, – terció el maestro de escuela, – que esta noche última ha vomitado V. brujas y demonios por aquellas ventanas.

– Y que V., – añadió el boticario dirigiéndose al albéitar, – está componiendo una sátira contra nuestros sencillos aldeanos.

– ¡Líbreme Dios! – contestó pavoneándose el interpelado, – capaces serían, si tal hiciera, de llevar sus caballerías á mi colega de Peñalta.

– Lo que yo entiendo, – dijo el médico, – es que me veré obligado á someter á un método curativo á medio Alcornocal: están de remate, por lo visto.

– D. Ramón, – repuso el alcalde, – á no ser nuestra antigua amistad y mi respeto á la Constitución vigente, y á que á mí por un oído me entran y por otro me salen ciertas cosas, hoy hubiera V. visto invadida su casa por mi autoridad.

– ¿Con qué motivo, D. Juan?

– Una comisión de alcornocaleños se ha presentado esta mañana en la casa consistorial, con la pretensión de hacerme practicar un registro en el palacio, bajo el pretexto peregrino de que tiene V. pacto con el diablo.

– Esa sí que fué diablura, – observó el maestro de escuela.

– Dicen que todas las noches se encierra V. en un desván donde no entra nadie, ni aun D.ª Rosario, ni don Enrique, el bravo matador de aquella fiera.

– ¿Qué contesta V. á tales acusaciones?

– ¿Tiene V. verdaderamente pacto con el diablo?

– Algo hay de eso, algo hay de eso, – respondió don Ramón.

Todos afectaron tomar á chanza esta contestación, temiendo pasar por zafios si la tomaban en serio; alguno, no obstante, quedó perplejo.

– ¿Quieren Vds. dar otra vuelta? – propuso el doctor.

– Yo no juego con brujos, – contestó el alcalde, riendo.

– Se acabaron las puestas, mejor será dejarlo, – concluyó el albéitar.

– Como Vds. quieran, – dijo D. Ramón, embolsando sus ganancias.

La conversación giró alrededor de duendes, brujas y diablos; se refirieron mil cuentos de aparecidos, á cual más chuscos, en los que siempre el fantasma resultaba un ser grotesco é inofensivo. El mismo D. Ramón refirió uno, cuyo héroe fuera él en un pueblo de la Mancha; habló con tanta naturalidad, hizo tantas y tan oportunas observaciones sobre la tendencia supersticiosa del vulgo, que á ninguno de los presentes le ocurrió dar crédito á las patrañas que en Alcornocal se comentaban.

Al disolverse la reunión, Blas y sus compañeros, con teas, palos, horcas y rastrillos, regresaban de la batida, desalentados y mohinos. Al verlos en tal disposición, se les habían juntado la mayor parte de los labriegos.

– ¿Qué habeis hallado? – les preguntaban, ávidos de curiosidad.

– ¡Nada, nada! – respondieron ellos, – el diablo se ha burlado de nosotros.

Cuando después de haber atravesado la plaza, llegaron á la esquina de la calle Mayor, donde habitaba el médico, los tertulios de este bajaban la escalera. Apenas hubieron llegado al zaguan y puesto el pie en la calle, un labriego vió el primero á D. Ramón detrás del albéitar, entre el boticario y el maestro de escuela.

– ¡Ahí viene, compañeros, ahí viene! – gritó.

– ¿Quién? – preguntaron todos.

– El diablo, es decir, el brujo; donde está el uno no debe andar lejos el otro. ¡Miradlos, allí están!

Una enorme piña de cabezas obstruyó la puerta por donde iban á salir á la calle D. Ramón y sus amigos; un centenar de ojos salvajes, amenazadores, se clavaron en ellos; sobre los ojos alzóse un bosque de palos, horcas y rastrillos.

– ¡El es, ellos son, matarlos! – rugieron otras tantas voces.

Aquella piña humana tomó una actitud tan amenazadora, que los aludidos, faltos de valor para afrontarla, retrocedieron asustados, y subiendo á saltos la escalera, entraron bruscamente en casa del médico. Y aun así lo hubieran pasado mal, perseguidos de cerca por Blas y los suyos, si el alcalde, haciendo de tripas corazón, no se hubiera detenido en lo alto de la escalera y gritado ostentando la vara:

– ¡Atrás! ¡El primero que dé un paso experimentará todo el rigor de la ley que represento!

Aquellos furiosos se detuvieron, sin retroceder, codeándose, cabeceando, agitándose tumultuosamente y cuchicheando como verdaderos poseídos.

– ¡El señor alcalde es compinche del demonio! – decían como energúmenos.

– Lo han embrujado.

– ¿Cómo había de ser si no?

– Pues ¡muera también el señor alcalde!

– ¡Y el maestro de escuela!

– ¡Y el boticario!

– ¡Y el médico y el albéitar!

– ¡Todos son brujos!

– ¡A ellos, y salgan todos por la ventana!

(Continuará)

UN ADEPTO DE VOLTAIRE

I

El año de 1830 corría para unos, y para otros íbase deslizando lentamente. Reinaba la Majestad de Fernando VII, y era la época feliz en que España estaba todavía en el limbo, en que los religiosos dormían tranquilamente en sus conventos y los voluntarios realistas en sus cuarteles, cuando la política yacía en calma, por más que en el lejano horizonte se diseñasen vagamente los nubarrones de la guerra civil, la administración estaba encauzada, y la prensa trabajaba poco, como conviene en un país meridional.

No obstante, había conatos escénicos y literarios. Algunos aficionados á la poesía recitaban los versos de Arriaza; en el teatro del Príncipe se puso en escena una tragedia titulada «Blanca de Moncasín,» tan conmovedora que

Lloraban de dolor hasta las mulas
De los coches que estaban á la puerta.

Don Lucas Alemán y Aguado publicaba sus folletos satíricos y *costeaba la edición*, el poeta Rabadán era condecorado en Filfa por el Emperador de Rusia y se traducían algunas tragedias francesas tan concienzudamente como se deduce del siguiente diálogo:

PERRO ¡Dichoso el que consigue,
querida Hermione bella,
la dicha de miraros
tan hermosa...
HERMIONE Señor, tened la lengua,
yo sé que siempre á Perro
le he parecido fea;
si es que buscáis á Andrómaca
se equivocó sin duda vuestra Alteza.

Habíase suprimido el tribunal de la Inquisición, pero como todavía se creía en Dios, en el Rey, en el diablo, en los íncubos y en los súcubos, aun se exorcizaba en las iglesias, especialmente á las manolas en cuyos cuerpos se metía el demonio con una frecuencia satánica ¡Las manolas! ¡Ah! comprendo la predilección del príncipe de las tinieblas! Desgraciadamente ya no existe tan respetable y encantadora clase de mujeres; el sombrero gabacho, las monteras murcianas y los velos de ilusión, han sustituído á aquellas mantillas con franja de velludo; en lugar de la corta y pomposa falda, se ven por todas partes faldas largas y escurridas, y en vez de admirar el zapatito español con las provocativas *galgas*, nos encontramos con epicenos zapatos rusos.

¡Dichosos tiempos en que había manolas!

II

En aquella época, la Universidad existente hoy en Madrid, estaba establecida en la ciudad de Toledo, y en ella cursaba leyes un joven estudiante llamado Damián, hijo de un rico covachuelista, no de las gradas de San Felipe, sino del ministerio de Estado. Tenía Damián veintidos años, buena figura, carácter alegre y despejo nada común. Era *sprit fort*, cosa rara en aquellos tiempos, en que los enciclopedistas apenas habían podido trasponer el Pirineo; no obstante, nuestro joven leía á hurtadillas el *Contrato Social* de Rousseau y el *Cándido* de Voltaire, sus dos libros predilectos.

Romántico y escéptico quizá presentía á Víctor Hugo y á Suñer y Capdevila; así es que se mofaba de todo lo más sagrado que había entonces. Decía, por ejemplo, que la catedral de Toledo era un palomar lleno de monos; San Juan de los Reyes, un presidio real y póstumo, en el que no faltaban ni aun las cadenas, y Santa María la Blanca, un buen local para establecer una cantina de arrieros. Pero *magüer* incrédulo y refractario á toda idea de vasallaje, el joven estudiante habíase rendido al imperio del amor, y amaba con buen fin á la hija de un *indiano*, el cual, hecha la fortuna en Indias, había venido á establecerse en Toledo su ciudad natal.

Don Celedonio el indiano, y el padre de Damián, eran antiguos amigos y habían convenido en que sus dos respectivos vástagos se unirían en lazo matrimonial, no bien el estudiante hubiese acabado su carrera.

Todos los días, después de salir de clase, Damián hacía una breve visita á su adorada y por la noche asistía á la tertulia del indiano, tertulia sin pretensiones, en la que sólo se reunían algunos vecinos del barrio.

III

Una noche en la tertulia de D. Celedonio se habló mucho del Alma en Pena, especie de fantasma nocturno que vagaba entre las tinieblas, haciendo cosas inauditas; porque en aquel tiempo se creía más en las almas en pena que ahora en la infalibilidad del Papa. Un vecino de la Plaza del Ayuntamiento, una madrugada, había visto un espectro blanco y gigantesco, repicar furiosamente las campanas de la Catedral. Un labrador que volvía del campo á la hora del crepúsculo vespertino, vió también una sombra negra y pigmea, trepando por la fachada de San Juan de los Reyes, haciendo sonar las cadenas en ella colgadas; y finalmente, y esto es lo más grave, hallándose reunido el Cabildo en la Capilla del Condestable, vióse cruzar una especie de meteoro que apagó instantáneamente todos los cirios que ardían en el templo.

Unos sostenían que el alma en pena iba envuelta en un inmenso sudario blanco, otros afirmaban que se aparecía bajo la forma de un enano gris; pero todos convenían en que el fantasma arrastraba una larga y sonora cadena.

Se decía que era el alma de un presidiario inocente, muerto en presidio; el espíritu de uno de aquellos realistas furibundos que, abolida la Constitución, pedían á voz y en grito: *¡Las cadenas!*

IV

Damián el estudiante, como *sprit fort*, se burlaba de todas estas cosas, y una noche en que, según he dicho, se había hablado en la tertulia del indiano del alma en pena, dadas las diez, el escéptico joven salió de la casa de su futuro papá político y encaminóse hacia la suya, lamentándose en sus adentros del deplorable estado intelectual de España.



DESPUÉS DE LA NEVADA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

Toledo es la ciudad de los callejones; en aquella época no había alumbrado público, y á hora tan avanzada los habitantes de la ciudad imperial hallábanse recogidos en sus viviendas.

Caminaba, pues, Damián, entre la soledad y entre la sombra subiendo por la calle de la Catedral. Al trasponer una callejuela, oyó un ruido extraño, semejante al producido por una cadena arrastrando.

Paróse sorprendido, miró hacia atrás; pero en lo que alcanzaba la vista, nada vió.



ABANDONADA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

El ruido había cesado.

El joven supuso que algún labrador en el zaguán de su casa, estaría arreglando los útiles de la labor; y siguió tranquilamente su camino.

V

No bien hubo andado un corto trecho, el ruido metálico volvió á sonar.

Detúvose el estudiante, y todo quedó en silencio.

Aquello era algo incomprensible.

La noche, noche de noviembre, estaba oscura y fría. Damián que iba envuelto en su capa, llevaba un bastón de estoque y una pistola en el bolsillo; no temía á los muertos, pero recelaba de los vivos.

Anduvo unos cuantos pasos, y el ruido volvió á producirse. Retrocedió hasta la esquina de una calle que había dejado atrás, y entonces oyó el ruido del metal arrastrando que se alejaba por la mencionada calle.

Y lo más extraño era que no se veía ni el menor bulto, no se oía el más ligero rumor de pisadas.

Damián se animó á sí propio. Era valiente, despreocupado, no bebía más que agua, la noche anterior había dormido perfectamente; no podía, pues, achacar á lucubraciones de la imaginación aquel extraño incidente. Creer en la existencia del alma en pena era como pensar en las Batuecas; pero indudablemente alguno le seguía.

Entonces pensó en D. Remigio, un boticario andaluz tertuliano de D. Celedonio, y supuso que aquél le estaba dando una broma.

—Si es así,—pensó el joven,—cara le va á costar.

Y desembozándose y amartillando la pistola, entróse apresuradamente por la calle, pero... ¡oh, asombro! el ruido continuaba sonando, no ya en el suelo, sino en lo alto, chocando con las tejas de los edificios.

Cesaba á intervalos y volvía á producirse, unas veces delante y otras detrás del joven estudiante.

Este comenzaba á preocuparse seriamente, porque no podía admitir la suposición de que un boticario viejo y rechoncho trepase hasta los tejados de las casas.

Sin querer, pensaba en el alma en pena que subía á la torre de la Catedral y á la fachada de San Juan de los Reyes, arrastrando una larga y sonora cadena.

Inquieto, excitados sus nervios, parándose á trechos y mirando hacia los tejados, dispuesto á descerrajar un tiro al primer bulto que se presentara, Damián continuó andando, oyendo siempre el extraño ruido, unas veces en lo alto y otras sobre el empedrado de las calles.

Aquello era demasiado aun para un joven escéptico.

VI

Llegó á su casa sudando aunque hacía bastante frío. Llevaba una doble llave que le daba acceso hasta su habitación.

Abrió la puerta de la calle, mirando por última vez hacia todos lados, y subió á su cuarto en un estado de excitación difícil de expresar.

Todos dormían en la casa. Damián tomó un velón que encendido le dejaban, se cercioró de que el balcón de su cuarto que daba á un patio estaba cerrado, y desnudándose lentamente, se acostó.

No podía conciliar el sueño. Su extraña aventura bullía en su imaginación.

Trascurrió un rato; el joven iba tranquilizándose poco

á poco, cuando de repente volvió á oir el ruido perseguidor, que parecía sonar en el balcón de su cuarto.

Prestó oído atento incorporándose en la cama y entonces ¡oh, prodigio! percibió un rumor como de manos que golpeaban los cristales y gritos estridentes y agudos. Damián, con un postrer esfuerzo de voluntad, dominó su espanto, tomó su pistola y abrió el balcón.

En el balcón no había nadie.

Entonces volvió á cerrarle y se tendió en su cama exclamando:

—¡Será verdad! ¡Hay otras cosas superiores á la naturaleza humana! ¡Voltaire y yo seremos un par de animales!

VII

Al día siguiente se levantó muy temprano, quemó en el hogar de la cocina el *Contrato Social* de Rousseau y el *Cándido* de Voltaire; y en vez de ir á la clase, encaminóse á la Catedral, en la que durante un buen rato, trató de recordar las oraciones que de niño habíale enseñado su madre.

Después fué á hacer su visita matinal á su prometida.

Esta, que le recibió en el zaguán de su casa, estaba muy preocupada.

—¿Qué tienes?—preguntóla Damián.

—Un disgusto. Oscar se escapó anoche sin duda al salir la tertulia.

—¿Oscar, el mono?

—Sí, y no parece. Papá lo siente mucho.

Damián dejóse caer sobre una silla.

Todo estaba explicado; el alma en pena era el mono de D. Celedonio.

Porque D. Celedonio, como todo indiano que se respeta, tenía un mico y un papagayo.

JAIME MARTÍ-MIQUEL



EL SILENCIO DE LA NATURALEZA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

CLARIDADES PULPITABLES

(Conclusión)

Conocida es en general la actitud manifestada por el P. Isla en su invectiva contra los malos predicadores, al escribir su *Fray Gerundio de Campazas:* ¡lástima, que él mismo no hubiera podido sustraerse siempre en sus sermones al pernicioso influjo de los aires tan pestilentes que corrían por aquel entonces en las regiones de la Oratoria sagrada de España, y aún de otros países! Con sobrada razón, pues, aunque sea triste confesarlo, decía Fléchier que se divertía leyendo á la mayor parte de los predicadores italianos y españoles de su época, á los que llamaba *sus bufones*. Sea como quiera, en todos los países del mundo ha padecido eclipses este ramo tan importante de la Literatura; y si bien no hay nación alguna que puede jactarse de ostentar tantos y tan buenos modelos de Oratoria sagrada como Francia, tampoco deja de presentarnos algunos ejemplos, aunque en menor número, dignos, cuando menos, de conmiseración, ya que se trata de asunto tan respetable para poder excitar á risa. Pero volvamos al P. Isla.

El año de 1737 predicó este ilustre jesuíta en Santiago de Galicia varias pláticas acerca del 7.° mandamiento de la ley de Dios, y en la 7.ª de ellas dijo, entre otras *claridades*, las siguientes, aludiendo á «los consentidores, esto es, los electores, los apresenteros, los vocales, los examinadores, y cualesquiera otras personas cuya aprobación, cuyo voto, ó cuyo consentimiento sea necesario para alguna elección ó nombramiento, quedan obligados á la restitución de los daños que ocasionare el indigno á quien promueven, y de los que resultaren al benemérito que excluyen, con tal que con su consentimiento, aprobación ó voto hayan sido causa de esta elección:»

»... fué muy discreto y muy justificado el cargo que hizo á Don Pedro, rey de Castilla, un cortesano. Alcanzaba éste al Rey en gran cantidad de maravedises por una administración que había tenido. Mandáronle presentar las cuentas, y en ellas había esta partida: *Item, me debe el Rey 30.000 maravedís, que injustamente me llevó el Alcalde de Medina.* Tildaron los Contadores Reales esta partida, y añadieron al margen esta nota: *Si el Alcalde lo hurtó, el Alcalde lo pague.* Pero el cortesano la corrigió de esta manera: *Si el Alcalde lo hurtó, páguelo el Rey, que le hizo alcalde.*»

Si de cuantos desafueros, injusticias y tropelías como cometen muchos elegidos se hiciera responsables en su día á todos y cada uno de los electores, menos votos, y aun botas, andarían de mano en mano por esos mundos de Dios. Esto no lo dijo el P. Isla; pero lo digo yo. Lo que sí siguió diciendo algunos párrafos después aquel ilustre literato, es lo que copio á continuación, en donde se verá un cuadro bastante bien trazado de lo que es el *Adulador*.

«Aduladores (dice) son todos aquellos que, precisados á dar su voto, á decir su parecer ó su dictamen, no atienden á Dios y á la conciencia, sino precisamente al gusto y la inclinación, ó al interés del que los consulta. Aduladores son los que no hablan con toda *claridad* y con todo desengaño, á los príncipes, en los gabinetes, á los jueces, en los tribunales, á los auditorios, desde los púlpitos, y á las conciencias, en los confesonarios. Aduladores son y perniciosísimos aduladores, los que truecan los nombres á las cosas, dando el título de virtudes á los que son perniciosísimos vicios, los que á la prodigalidad llaman bizarría, á la avaricia, gobierno, á la ambición, generosidad, á la torpeza, cortesanía, á la obstinación, constancia y fortaleza... Aduladores son los que al atrevido le llaman valiente, al vengativo, puntoso, al enredador (ó, como vosotros decís, al *argallador)* (1), ingenioso, al ladrón, sagaz, al caviloso, prudente. Adulador es, en fin, el amigo que, precisado de la verdad, ó de la caridad, disculpa á su amigo de lo que justamente le notan; adulador, el padre que disimula á la mujer ó á los hijos lo que justamente los censuran; adulador, el confesor que con toda claridad no desengaña al penitente de lo que con razón le murmuran, y de lo que absolutamente le conviene.»

Más conforme estoy yo con las anteriores palabras de Isla, que con las que dirigió en Francia al rey el célebre predicador Mascarón cuando le dijo un día desde el púlpito: «Señor, si el respeto que os tengo no me permite decir la verdad sino encubierta, preciso es que con vuestra discreción supláis el arrojo que me falta.» Pero ¿á qué semejante cobardía? á qué exponerse á tener que pronunciar en el gran día de la rendición de cuentas aquello de Isaías: «¡Ay de mí, porque callé! Y si el decir las verdades *claras*, desnudas y sin circunloquios, es género de ilícito comercio en el de la sociedad, supuesto el amargor que en sí llevan, ¿qué paraje es el que queda donde puedan decirse?...

Por lo que á nuestra lengua atañe, y por si alguien tuviera reparos en decir *claridades* desde ese lugar sagrado, cese desde luego la perniciosa creencia á que haya podido dar lugar el Diccionario de la Academia con su errónea definición, como hicimos ver á nuestros lectores en un principio; no confundamos lo que es *claridad* con lo que es *fresca*, y mucho menos con lo que es *desverguenza;* en suma, conste que, siendo *claridad* sinónimo riguroso de *verdad*, en la acepción que fundadamente le reconoce nuestra Academia á este último término cuando dice que es «expresión *clara*, sin rebozo ni lisonja, con que á uno se le corrige ó reprende, y que se usa frecuentemente en plural,» debe desaparecer desde luego, del vocablo que nos ocupa, toda nota desfavorable ó injuriosa en cierta manera.

Y antes de acabar, permítaseme que dé la última brochada á este tosco cuadro.

Si bien no debemos confundir lo que es *claridad* con lo que es *fresca*, y mucho menos con lo que es *desvergüenza*, tampoco debemos confundirla con lo que podríamos llamar *inconveniencia*, por cuanto no sería *conveniente* ó *decente* el tratar ciertos asuntos, ó el tratarlos de cierta manera menos respetuosa, aun cuando intrínsecamente buenos, en la cátedra del Espíritu Santo. Dos ejemplos me saldrán fiadores del principio que acabo de sentar.

En una obra que se imprimió en Alcalá de Henares el año de 1592, cuyo título es *Lugares comunes*, etc., *de grande utilidad para todos los estados, especial para Predicadores, Curas y Prelados*, su autor Fr. Francisco Ortiz Luzio, predicador de la Provincia de Castilla, de la Observancia de San Francisco, se lee al folio 172 lo si guiente:

«Antiguamente los sacó de Egipto (á los hombres), y los llevó al desierto, y los sentó á su mesa, y les dió manjar de ángeles; y fué tal el gusto que allí recibieron, que cuando la Escritura quería dar á entender un consuelo grande, decía que había de ser el del desierto, donde les dió el maná... en desierto donde no había molinos, ni qué moler, ni agua. Y, qué consuelo hubo allí? No lo recibió el pueblo jamás como entonces, que tuvo agua de la piedra, dulce como almíbar, y pan celestial que sabía á todo lo que deseaban. Tenía un hombre deseo de comer guindas de Egipto, que deseaba, y perdices, y sabíale á guindas y á perdices, y decía: ¿Qué es esto que sabe á perdiz, y no es perdiz? Y dijo Moisés que era pan de ángeles; porque los justos como Moisés saben bien los dones de Dios. ¡Oh! que es pan del cielo, hecho á la condición del cielo, una representación del cielo, y de lo que los ángeles comen. ¿Qué cosa es cielo? Que allí tenéis todo lo que deseáis. ¿Sois amigo de comer un pavo? Pues ese gusto ternéis, viendo á Dios, y más perfecto. Ese es cielo, y no hay más cielo; y por eso dice que tenía todo deleite en sí mismo,» etc.

Veamos el otro ejemplo.

En cierto discurso predicado en las Honras de Cervantes pocos años há, y que anda en letras de molde, se dijo á vueltas de otras cuantas inocentadas, que «Todavía anda en manos de los literatos un célebre poema de gran mérito en la versificación y en su artificio, en el cual una mujer medio casta y medio disipada anda por los aires en su hipogrifo, y un hombre enloquecido arranca pinos de cien años cual si fueran espárragos, y los parte con su hoja de acero cual si fueran requesón.» La trivialidad de estos dos términos de comparación no puede menos de causar náuseas á cualquier persona que tenga el paladar un si es no es delicado en achaque de gusto literario.

No veríamos el fin á estos apuntes, si fuéramos á traer aquí á colación cuantos pasajes de este género tenemos á la vista, incluso uno de San Vicente Ferrer sobre el débito conyugal que se lee en su sermón del Bautista, y en el cual resalta el realismo más puro en todo su esplendor: ignoro si la candidez ó buena fe que al pueblo se le atribuye en aquella época podría soportar *claridades* tan desnudas en el púlpito; lo que sí sé es, que la malicia de hoy no permite que se pronuncien en tan sagrado lugar.

JOSÉ MARÍA SBARBI

(1) Como el orador dirigía la palabra á gallegos, emplea aquí un término propio del dialecto de éstos para ser mejor comprendido.
Cuveiro Piñol define al *argallador* por los términos siguientes: «El que habla mucho y sin tino, mintiendo á diestro y siniestro.»

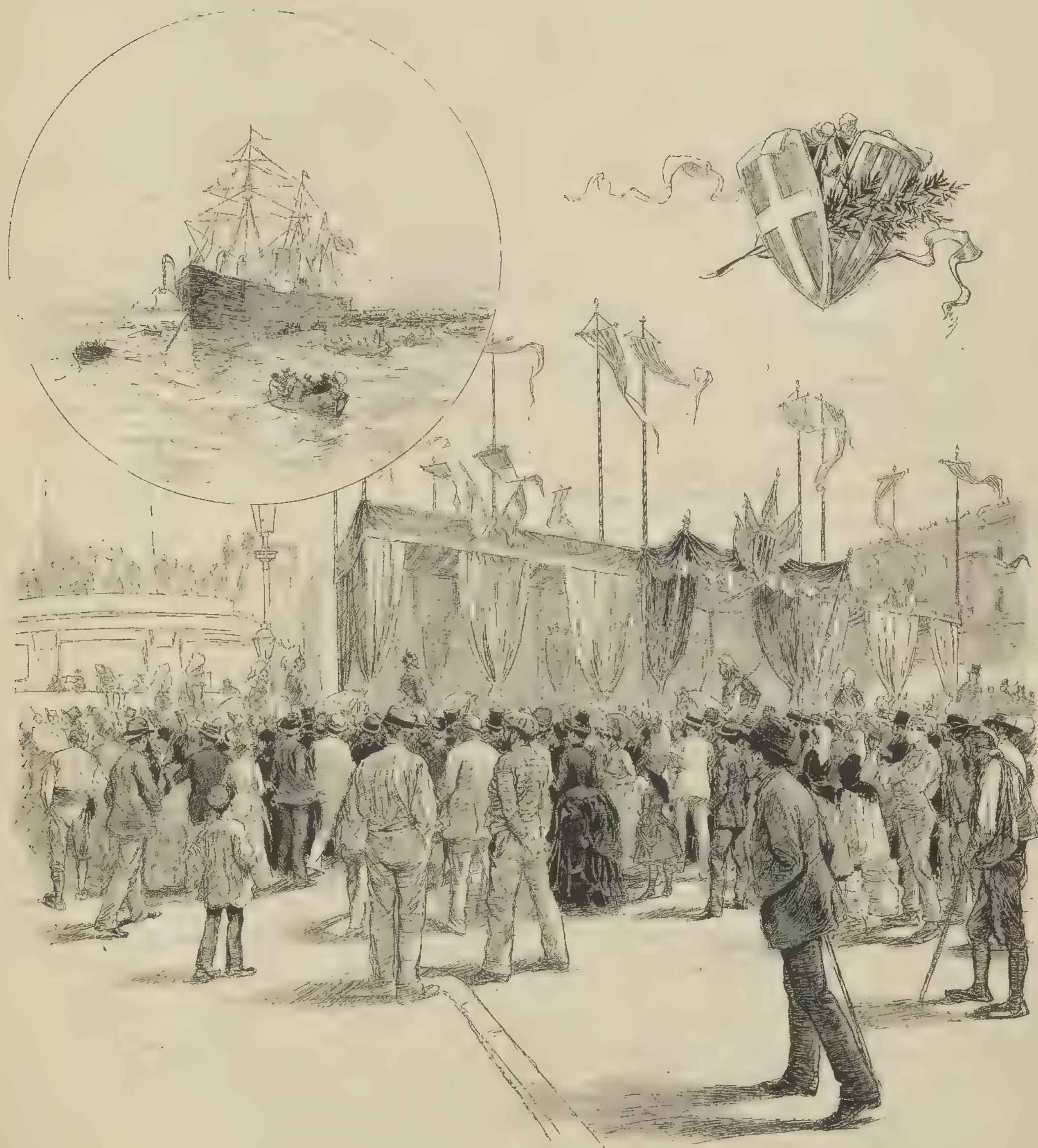
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 20 DE SETIEMBRE DE 1886 — NUM. 247

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EL VAPOR «NORD-AMÉRICA» EN EL PUERTO DE BARCELONA

Recepción al saltar en tierra, en el pabellón levantado junto al desembarcadero de la Paz, dibujo de J. L. Pellicer

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIANTES DE GEOLOGÍA, dibujo de Percy Tarrant

A cuantos examinen este intencionado dibujo, les propondríamos este sencillo problema: Dado el sitio, la serenidad de la atmósfera, las frescas brisas que del mar soplan, la soledad, y la diferencia de sexo de ambos estudiantes, ¿qué resultará al fin del curso? Nosotros creemos que en vez de un conocimiento profundo de la estructura de las rocas, de la composición del terreno, y de las diferentes capas de la corteza terrestre, nuestros dos estudiantes lo habrán trabado con la vicaría, y que en vez de examinarse de una asignatura, se habrán examinado de doctrina cristiana, y recibido la bendición nupcial, como remate y fin de sus excursiones científicas.

LA FIESTA DE LAS FLORES EN VENECIA, cuadro de A. Opolli

Esta obra de arte no puede apreciarse debidamente por medio del grabado, que nunca podrá reproducir dos cosas características en Venecia, la luz de su cielo y el color de sus palacios. La fiesta de las flores es una costumbre poética, galante, propia de un pueblo que, embriagado por los aromas del Lido, perdió su antigua virilidad y arrió la bandera de la República ante Napoleón primero y ante los austriacos más tarde. No hay, pues, que criticar el asunto: flores y Venecia son dos cosas que casan perfectamente.

No nos parece tan acertada la época en que se supone la escena: los trajes de últimos del pasado siglo y principios del presente, llamados vulgarmente casacones, no armonizan con el carácter especial de la arquitectura veneciana, que en todo y por todo recuerda la Edad Media. Por de contado que en Venecia se ha vestido como en el resto de Europa y que la escena pintada por Opolli lo mismo pudo haber tenido lugar á fines del siglo XVIII que á fines del siglo XV; mas á pesar de todo, los figurones del cuadro desentonan de la decoración, y pudiendo el artista escoger la época hubiera sido preferible elegir otra más remota, otra en que la poesía de la localidad y la de la fiesta descrita no hubieran puesto tan de relieve lo horrible de esos trajes, casi tan horribles como los trajes al uso del día. Conste, por lo tanto, que de este cuadro nos quedamos con las piedras y prestamos las figuras á quien las apropie más á la idea que tenemos formada de Venecia y de los venecianos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

BANQUETE DE HERODES, cuadro de P. Rubens

Este cuadro forma parte de la rica colección de cuadros que Hermann Linden posee en Nueva York. Es una de las obras más notables de Rubens, tanto por su carácter dramático como por la armonía del colorido. La figura de más efecto es la de Herodes que sombrío, lívido y horrorizado, estrujando con la mano izquierda convulsivamente el mantel, contempla inmóvil la cabeza de San Juan Bautista que su hija Salomé le presenta en una fuente con la mayor tranquilidad y hasta manifestándose sorprendida de la impresión que causa á su padre la vista del sangriento despojo. La colocación profundamente estudiada, correcta y armoniosa, de todas las figuras y grupos revela el genio y la experiencia de Rubens, cuyo sello peculiar se ve impreso en cada pincelada del cuadro en el cual no trabajó, sin duda alguna, ninguno de sus discípulos. Es de presumir que el gran maestro pintó este lienzo poco después de su casamiento, en 1630, con su segunda esposa, la bella Elena Fourment, puesto que la cabeza de Herodías, esposa de Herodes, es su retrato, del propio modo que la de este último es el retrato del mismo Rubens, vestido á la moda española de su tiempo. Entre los comensales vemos los retratos de Pablo Veronese, á la izquierda, y á su lado al Tiziano; sigue luego mirando á los dos, Miguel Angel señalando con el dedo á Rubens ó sea á Herodes. En medio de todo el grupo de comensales está Rafael con la barba corta como lo representa el grabado de Bonasone. Su vecino inmediato es Palma el Vecchio con la cabeza y barba blancas, ostentando la cadena de oro sobre su capa con valona de piel, conforme está representado en casi todos los retratos más antiguos. Completa el grupo de pintores célebres el Vasari, el biógrafo de los maestros italianos. Toda la parte central, la izquierda, el primer término y el fondo del cuadro son de estilo italiano puro, mientras la parte derecha lleva tanto en su composición como en el colorido todos los rasgos característicos de la escuela flamenca.

Respecto de la historia de esta obra, añadiremos que poco después de haber salido de manos del maestro pasó á formar parte de la colección de Milich en Nuremberg, una de las mejores de aquella época. En 1675, es decir, treinta y cinco años después de la muerte de Rubens, figura ya entre los lienzos «escogidos» de la galería de Sybrecht de Amsterdam. De allí pasó á Inglaterra á la colección de una de las familias más opulentas de aquel país, donde adquirió grandísima fama. Un descendiente de esta familia cuya fortuna había menguado mucho, se embarcó con el cuadro para los Estados Unidos de América, donde le compró por 100,000 pesos una compañía formada expresamente para enseñarlo en todas las ciudades de la Unión. Concluída esta excursión, pasó el lienzo á ser propiedad de uno de los individuos de esta sociedad, del cual lo adquirió Hermann Linden.

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA

La índole especial de nuestro periódico no nos ha permitido ocuparnos con la debida oportunidad de la llegada á nuestra capital, á fines del pasado agosto, de una numerosa comisión de representantes de la prensa italiana, sobre cuya breve estancia en ella han dado los necesarios detalles los periódicos diarios de Barcelona.

Pero merced á ese mismo carácter, propio de las publicaciones ilustradas, podemos hoy representar en las páginas de la nuestra algunos de los episodios que han marcado la visita de tan simpáticos huéspedes; y el experto lápiz de nuestro director artístico, el conocido pintor y dibujante Sr. Pellicer, da en el presente número á los abonados de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una idea de algunos de los festejos que en Barcelona se han improvisado para obsequiarles.

Teniéndose noticia con muy contados días de anticipación de la visita que los periodistas de Italia se proponían hacernos, galantemente invitados al efecto por el marqués Durazzo, que puso á su disposición el magnífico vapor trasatlántico *Nord-América* del que es armador, el Ayuntamiento, la colonia italiana, la Junta directiva de la Exposición universal, el Fomento del Trabajo nacional y diez y siete representantes de otros tantos periódicos diarios ó semanales de Barcelona organizaron una serie de obsequios, á fin de recibir con la cortesía y cordialidad propias de este suelo, á tan distinguidos viajeros.

Llegado el jueves 26 de agosto el buque que los conducía, encaminóse al desembarcadero de la Paz en elegantes carretelas una numerosa comitiva encargada de darles la bienvenida; y apeándose cuantos la componían en un vistoso pabellón levantado en pocas horas junto al monumento de Colón, pasó inmediatamente á bordo una comisión de representantes de la colonia italiana y de la prensa periódica.

Desde el momento en que esta comisión puso el pie en las lujosas cámaras del *Nord-América*, establecióse entre ella y los recién llegados una corriente de sincera simpatía que fué creciendo en intensidad hasta convertirse, durante los breves días que junto á nosotros han pasado los periodistas italianos, en fraternal cariño, tan franco y tan leal como dignos de él se han mostrado en palabras y acciones los ilustrados huéspedes que nos han honrado con su visita, y que en número de sesenta y dos, representaban otros tantos periódicos de casi todas las provincias de Italia.

Una vez desembarcados, á los entusiastas gritos de ¡Viva Italia! ¡Viva España! lanzados por los circunstantes y por los recién llegados, el Excmo. Sr. Alcalde de Barcelona les dió la bienvenida, en nombre de la ciudad que representa, en el susodicho pabellón, contestándole el diputado-periodista Sr. Felice Cavallotti, en un improvisado discurso que, á pesar de su brevedad, demostró desde luego las innegables cualidades, no sólo de discreto orador, sino de inspirado poeta de que el Sr. Cavallotti está dotado.

Terminada esta corta ceremonia, tanto los recién llegados como las comisiones que habían acudido á recibirlos tomaron asiento en las mismas carretelas, dando un largo paseo por los principales puntos de la ciudad hasta dejar á los primeros en la fonda de las Cuatro Naciones, en donde se han hospedado.

Por la noche la colonia italiana celebró en su obsequio un suntuoso banquete, en los salones del Fomento del Trabajo nacional, galantemente cedidos á este fin por su Junta directiva y adornados é iluminados con tanto gusto como profusión; en cuyo banquete se inició la serie de brindis continuada en los celebrados en los siguientes días y en los que todos los oradores, así italianos como españoles, han emitido bellísimos y oportunos conceptos, entusiastas frases de fraternidad entre Italia y España, expresiones de cordial y no estudiada galantería, y fervientes votos de paz y bienandanza para entrambas naciones, unidas por tantos y tan estrechos vínculos históricos, de afinidad y de raza.

Al siguiente día tuvo lugar la inauguración del pabellón destinado á la prensa en los terrenos de la futura Exposición universal, inauguración que la Junta directiva de la misma había tenido la galantería de aplazar para aquel día con objeto de que á ella asistiesen los representantes de la prensa de ambas naciones; y no contenta dicha Junta con esto, los invitó á participar de un delicado banquete, en el que reinó la misma cordialidad que en el del día anterior, pasando inmediatamente los convidados á visitar los edificios en construcción y luego á recorrer los jardines del inmediato Parque, los cuales, así como su soberbia y monumental cascada, fueron objeto de lisonjeras alabanzas por parte de nuestros amables huéspedes.

Al otro día, fué nuestro municipio el digno anfitrión de éstos. Sólo los muchos elementos con que Barcelona cuenta para improvisar en pocas horas cualquier festejo que no desmerezca de su proverbial esplendidez, unidos á la inteligencia y práctica de los encargados de realizarlo, pudieron convertir en brevísimo espacio de tiempo el espacioso Salón de Ciento de la Casa Consistorial en sorprendente jardín que no compararemos con los famosos de las *Mil y una noches* por lo vulgar del símil, pero que dejó admirados á cuantos tuvieron ocasión de contemplarlo, mereciendo generales plácemes la pericia, el buen gusto y el arte con que el hábil jardinero Sr. Oliva adornó dicho salón. En aquel anchuroso recinto los periodistas italianos así como varias comisiones del Ayuntamiento, del Fomento del Trabajo nacional, de la colonia italiana presidida por el Sr. Cónsul de Italia, de la Junta de la Exposición y de la prensa barcelonesa, participaron del escogido *lunch* con que nuestro municipio obsequió á los primeros, mientras, oculto entre el frondoso ramaje del *parterre* situado en el fondo del salón, un cuarteto ejecutaba con consumada maestría diferentes piezas musicales.

Es de advertir que antes de pasar los convidados al salón de Ciento, la banda de música del municipio acompañada de 200 coristas pertenecientes á cuatro sociedades corales que ostentaban sus ricos y vistosos pendones, dió en honor de los periodistas italianos una serenata, en la que se ejecutaron entre otras piezas el bélico rigodón titulado *Los nets dels almugávers* y el himno *Gloria á España*, ambos del malogrado Clavé.

Las marciales notas del popular rigodón, una de cuyas partes fué acompañada del obligado estampido de numerosos petardos; los majestuosos compases del himno; la bien entendida combinación de los acordes de los instrumentos y de las voces humanas; la iluminación eléctrica de la espaciosa plaza de la Constitución, en donde tenía lugar el concierto, unida á la de las luces de bengala que en un momento dado brillaron con profusión en todos los ámbitos de aquella; la compacta masa de personas que en número de 15 á 20,000 se apiñaban en torno de los ejecutantes, y por fin la animación que allí reinaba, todo esto causó tal impresión y tan grande entusiasmo en los periodistas italianos que agitando sus pañuelos prorrumpieron desde el balcón principal de las Casas Consistoriales en calurosos gritos de ¡Viva España! gritos que fueron contestados con los de ¡Viva Italia! lanzados por los millares de personas que ocupaban la plaza, y que á su vez agitaban sus pañuelos ó sombreros, produciendo todo este conjunto un efecto de tan imperecedero recuerdo como imposible de comprender sino presenciándolo.

La jira campestre con que los periodistas españoles brindaron á sus colegas de Italia se celebró al día siguiente. A las diez de la mañana partieron los expedicionarios en diez y siete breaks tirados cada uno por tres caballos en dirección de las pintorescas alturas de Vallvidrera. Al pasar por delante del Circo ecuestre, se apearon todos para aceptar el galante refresco con que obsequiaban á sus compatriotas los obreros italianos que, en su modesta esfera, quisieron ofrecerles una muestra de cariñosa simpatía, tan digna de ser acogida en gracia de la buena voluntad que la inspiraba, y de los laboriosos y honrados individuos que la ofrecían, como si fuese el festín más opíparo. En el grabado de la última página ha representado el Sr. Pellicer el momento en que el diputado Cavallotti, presidente de la comisión de la prensa italiana, dirige á sus compatriotas su elocuente palabra, dándoles gracias por su delicado obsequio, y exhortándoles á que continúen siempre, como hasta aquí, representando dignamente á su patria en país extraño y á que estrechen más, si cabe, los vínculos que con los españoles los unen.

Emprendida de nuevo la marcha, empezóse el ascenso á la inmediata montaña hasta llegar á la plaza Mayor de Vallvidrera, arrostrando el polvo del camino y los cálidos rayos de un sol canicular con ese buen humor y esa jovialidad propios de los hijos de los países meridionales, y más especialmente de cuantos al periodismo consagran sus tareas. Otro de nuestros grabados representa esta expedición. Ya en dicha plaza, se dejaron los carruajes para emprender animosamente á pie la subida hasta la cumbre del monte Tibidabo, desde la cual contemplaron nuestros huéspedes un bellísimo y dilatado panorama, cuya vista les dejó gratamente impresionados, con tanto mayor motivo, cuanto que á muchos de ellos les recordaba el que ofrece la risueña bahía de Nápoles.

Después de permanecer algún tiempo embebidos los expedicionarios en dicha contemplación, mientras algunos de ellos, entre otros los Sres. Pascarella y Vasallo, tomaban apuntes y sacaban croquis desde tan ameno observatorio, se procedió al regreso, bajándose en los mismos carruajes hasta el Manicomio de Nueva Belén, donde, merced á la bondadosa acogida de su director el ilustrado doctor Giné, los periodistas españoles tenían preparado el banquete ofrecido á sus colegas italianos y en cuya lista de platos ó *menú* figuraban con buen acierto algunos propios del país. Libres allí los comensales de la grave, aunque no ceremoniosa, etiqueta semi-oficial que en los anteriores banquetes había debido reinar, se manifestaron más expansivos, las ocurrencias fueron más chistosas, los brindis más numerosos y si se quiere más elocuentes, como inspirados por una cordialidad que se manifestaba sin rebozo, sincera, franca y comunicativa.

El sol empezaba ya á trasponer el horizonte, cuando los comensales se alejaron casi con pesar de un sitio donde tan breves horas de ameno solaz habían pasado, y regresaron á Barcelona recorriendo á su vuelta los principales puntos de la ciudad.

Aunque estas han sido, por decirlo así, las principales etapas de los periodistas italianos en nuestra capital, y á las cuales se refieren los grabados á que estas líneas sirven de descripción, han visitado también durante su corta estancia varios de nuestros principales establecimientos industriales acompañados por una comisión del Fomento del Trabajo nacional, los teatros de verano que en la actualidad hay abiertos y en todos los cuales se dieron funciones á ellos dedicadas y algunos edificios públicos ó de corporaciones, entre estos el elegante Casino mercantil.

Obligados á pasar á Madrid, aceptando la cortés invitación que les dirigió la Asociación de escritores y artistas de la corte, los periodistas italianos partieron el lunes 30, conducidos en lujosos carruajes á la estación del ferrocarril por las mismas comisiones que los habían recibido á su llegada. La despedida fué, más que amistosa, fraternal; los abrazos y apretones de manos dados con verdadera efusión, y las protestas de afecto tan sinceras como entusiastas por una y otra parte.

Nosotros aprovechamos esta ocasión para enviar un nuevo saludo á los representantes de la prensa italiana, de cuyo rápido paso por nuestra ciudad conservaremos grato recuerdo.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

Estas voces, corriendo de boca en boca y de grupo en grupo, como la llama de un incendio, llegaron hasta el centro de la plaza, donde, atraído por la ocurrencia, se había reunido todo el pueblo.

De pronto abrióse una ventana de la casa amenazada y asomó por ella la cabeza del alcalde delante de la de D. Ramón y la del médico.

- Alcornocaleños, ¿qué queréis? – gritó el primero. – Soy yo quien os hablo, la suprema autoridad de Alcornocal pronta á haceros justicia.

– ¡Queremos vernos libres del demonio, queremos la cabeza del brujo D. Ramón!

– D. Ramón no es brujo, el demonio no está ya en Alcornocal, lo sabemos de buena tinta, el mismo D. Ramón nos lo ha probado.

– Nos engañáis, esa tinta es de un tintero del infierno. Todos estáis embrujados.

– Preguntádselo al señor cura.

En aquel instante habíase abierto la ventana central del edificio contiguo á la iglesia, mostrando la venerable cabeza del cura párroco, atraído él también por el tumulto. Era un hombre encanecido en el servicio de Dios, de escasas luces intelectuales, mas de corazón sensible y probada buena fe.

– Hijos míos, – predicó, – no permita Dios que el diablo venga á Alcornocal; y si viniera, yo lo expulsaría. Retiraos, pues, á vuestras casas y dormid tranquilos. Dios nuestro Señor y la Vírgen Santísima, su bendita madre, nos librarán del espíritu maligno.

– El espíritu ha venido, – gritaron muchas voces, – está en el cuerpo de D. Ramón y queremos escarmentarle.

– A mí me mata las gallinas.

– A mí me escurre las ubres de la vaca.

– A mí me pone enfermo el chiquitín.

– A mi mujer la atormenta con golondrinos.

– A todos nos ha dado mal de ojo.

– ¡También el señor cura está embrujado! ¡Eso clama al cielo! – prorrumpieron los más furiosos.

– El brujo tiene la culpa... ¡Muera el brujo!

– Y el señor alcalde, que le protege.

– Y el médico, que en su casa los alberga.

– ¡Fuego, fuego á la casa del médico! ¡Perezcan todos abrasados como seres infernales que son!

Y aquellos infelices, poseídos del demonio de la ira, enarbolando sus armas rústicas, agitando en el aire las teas encendidas, con el intento de pegarle fuego, se arremolinaron contra la puerta de la calle que el alcalde tuviera poco antes la precaución de cerrar.

Ni las voces conciliadoras de este último, ni las exhortaciones evangélicas del padre cura eran escuchadas, ni siquiera oídas en medio del tumulto. La cuestión del brujo era ya una cuestión de orden público, para dominar la cual no contaba con fuerzas el alcalde, pues los dos guardias rurales y demás dependientes de su autoridad, sobre no saberse de ellos á qué lado se inclinarían, eran muy pocos en número para hacer frente á aquella legión de fornidos aldeanos, hijos de la ignorancia, presa de la superstición y embargados por el coraje. Casi todos los vecinos de Alcornocal se hallaban en la plaza, y los que no, asomados á las ventanas que caían á la misma, unían sus clamores á los de la multitud, dispuestos á secundarla. En el balcón abierto sobre la gran puerta del palacio, veíase á Rosario acompañada del gomoso, á quienes la alarma sacara de sus respectivas habitaciones, pálida y temblorosa ella, indignado él y balbuciendo injurias contra aquel puñado de patanes, brutos y palurdos.

Los momentos eran preciosos; el tiempo volaba y urgía en grado sumo tomar un partido eficaz que sosegara el alboroto. Ya D. Ramón, resuelto á todo, se resignaba á franquear al pueblo la entrada en el palacio para probar que en él no residía diablo alguno, ó con objeto de que los alborotadores buscasen libremente al espíritu maligno, tomando de él cruda venganza; ya el padre cura, alarmado y vacilante, sin perjuicio de averiguar más tarde cuanto pudiera haber de cierto en el asunto, se decidía á utilizar la comunicación entre su casa y la iglesia, saliendo repentinamente á la plaza por el pórtico de la segunda, llevando la Sagrada Forma, rodeado de todo el aparato litúrgico de que disponía, á ver si de tal suerte lograba contener la exaltación de los amotinados.

De súbito el albéitar, hombre de cierto ingenio, bien que de mediana cultura, profirió dirigiéndose á sus ya atribulados compañeros:

– Esperad, tengo una idea. Dejadme libre la ventana. Usted, D. Ramón, es preciso que me secunde.

– Estoy dispuesto á ello, – respondió el interesado.

Todos entraron en la habitación, excepto el albéitar que, asomándose, gritó con todos sus pulmones:

– Amigos míos, oidme, y luego haced lo que queráis.

Los amotinados se detuvieron un instante, apartando sus teas de la puerta amenazada.

– No os engañáis, – continuó el albéitar, – el diablo ha estado en Alcornocal, metido en el cuerpo de D. Ramón; hay más, cargó con él, quiso llevárselo al infierno y ambos saltaron por la ventana. Pero tú, Blas; tú, Cosme; vosotros todos, con vuestro valor y vuestra fe cristiana, matasteis al diablo á palos, siendo gratos á los ojos de Dios, prestando un gran servicio á D. Ramón, al pueblo entero, pues á todos nos librasteis del espíritu maligno. El mismo D. Ramón acaba de confesármelo; hemos jugado al tresillo con él y damos fe de que ni su alma ni su cuerpo están endemoniados. ¿Lo dudáis? El en persona va á decíroslo; él, con su propia boca, va á daros las gracias por el inmenso favor que le habéis hecho.

– Queremos verlo; ¡que salga, que salga! – aulló la muchedumbre.

– Ahora le toca á V., – añadió el albéitar por lo bajo, tirando de la ropa al señor de Soto hacia el alféizar de la ventana. – ¡Aquí le tenéis! – concluyó en alta voz.

El interesado se asomó entonces, gritando:

– Sí, amigos míos, cuanto acaba de deciros el albéitar es la pura verdad. ¿Cómo hallar al espíritu maligno si está muerto? Muerto, sí, gracias á vuestra devoción y á vuestro esfuerzo, muerto él y libre yo; mi admiración y mi gratitud hacia vosotros serán eternas. Yo, D. Ramón del Soto, no el enemigo, soy quien os dirijo la palabra, libre de toda brujería. Mirad, oíd y convenceos.

Y el señor de Soto, haciendo repetidas veces la señal de la cruz, comenzó á recitar una oración. No pudo concluir: las atropelladas voces de aquellos sencillos aldeanos le interrumpieron, exclamando:

– Basta, basta, creemos.

– No ha mentido, vedle, se santigua, reza y no le pasa nada.

– Está libre, libre como nosotros mismos.

– ¡Viva D. Ramón!

– ¡Viva el albéitar!

– A dormir, á dormir, la noche avanza.

– ¡Mueran como ese todos los diablos!

– Amén.

Hubo en la plaza una explosión de júbilo; todo Alcornocal respiró en aquel instante, como renaciendo á nueva vida. Ya los amotinados empezaban á disolverse, cuando Blas, dándose una palmada en la frente, dijo de pronto:

– Esperad, nos han engañado; el diablo no puede morir; y si nosotros le matamos, ¿dónde está su cadáver?

Al oir este argumento, aquellos rústicos se miraron como idiotas. Acto continuo suscitóse entre ellos una acalorada discusión acerca de si podía ó no morir el espíritu maligno.

– Vamos á preguntárselo al señor cura, – dijo uno.

Pero el señor cura, quien tal vez adivinó lo que ocurría, en la imposibilidad de resolver una cuestión tan ardua, había escurrido el bulto cerrando la ventana.

Entonces D. Ramón y sus compañeros, quienes felicitaban todos al albéitar por el feliz resultado de su ingeniosa estratagema, vieron de nuevo avanzar hacia ellos, más furioso que nunca, aquel nublado.

– ¿Qué queréis ahora? ¿No estáis convencidos? – se atrevió á preguntar el señor de Soto.

– Sí que lo estamos, pero queremos ver el cadáver del diablo.

– Está en el barranco, – terció oportunamente el albéitar.

– No hay tal, le hemos registrado esta noche, – contestaron.

– Esperad, esperad, – repuso el alcalde, – yo lo mandé recoger y quemarlo esta mañana.

– ¡Mentira, mentira, nos engañan!

– Acabemos de una vez.

– ¡A ellos!

– ¡Fuego!

– ¡Mueran!

El tumulto llevaba trazas de reproducirse con todas sus funestas consecuencias. El médico, hombre estudioso y experto, que había viajado casi tanto como D. Ramón, sintió repentinamente hervir en su cerebro una idea luminosa, que daba quince y falta á la del albéitar.

– Compañeros, – gritó, – no os enfadéis: mis amigos acaban de deciros la verdad, sino que no la saben toda: los dependientes del señor alcalde, encargados de quemar el diabólico cadáver, llenos de miedo, no atreviéndose con él, me lo han traído para que lo quemara yo. Felizmente no lo he quemado aún y puedo entregároslo.

– ¡Venga, venga!

– Esperad.

D. Ramón y sus amigos se miraron atónitos. El médico, que había desaparecido, volvió á salir con un gran bulto al hombro.

– ¿Pedís el cadáver del diablo?

– ¡Sí, sí!

– Pues aquí lo tenéis.

Y arrojó por la ventana la disección de un enorme orangután, fruto de uno de sus viajes.

Inútil fuera describir el jubiloso tumulto que reinó en la plaza. El médico y sus compañeros viéronse colmados hasta la saciedad de hurras y de vítores; el orangután fué apaleado, pinchado, rajado, agarrotado, arrastrado por todo Alcornocal, entre un huracán de voces y silbidos, al resplandor rojizo de las teas, hasta despeñarlo en el fondo del barranco, hecho una masa informe y espantable, que si no era la forma del espíritu maligno, podía muy bien pasar por ella.

Al tiempo de despedir á sus tertulios, el médico, exhalando un gran suspiro, dijo al señor de Soto:

– Los secretos de V. me cuestan la perla de mi colección zoológica.

– Muchas gracias, amigo, yo le resarciré cumplidamente, – respondió D. Ramón, estrechándole la mano.

VII

Aquella misma noche, antes de recogerse, los habitantes del palacio hicieron objeto de agudos dichos y sazonadas burlas el mismo suceso que poco antes los pusiera en grave aprieto. El gomoso puso de zafios, brutos y patanes á aquellos sencillos aldeanos, que no había por donde cogerlos, añadiendo que si una vez le habían encontrado en Alcornocal, otra vez quería mejor verse entre horteras que abandonar por tales rusticidades lo más *chic* y lo más *pschut* de su *crème* y de su *hig life*. Estas palabras las pronunció fijando una mirada de reconvención sobre Rosario, la cual se puso colorada hasta lo blanco de los ojos.

Apenas el petimetre se hubo retirado á su aposento, la dama no pudo menos de preguntar á D. Ramón:

– Ya que en él no nos permites la entrada, ¿puede saberse al menos qué te haces en el desván para lograr fama de brujo y mover en Alcornocal tales alarmas?

– Esposa mía, nada me preguntes, si has de evitarme el dolor de desairarte. En breve lo sabrás; hoy por hoy, cierto pacto me impone el silencio más absoluto.

– ¡Un pacto, dices! ¿Y con quién?

– Conmigo mismo.

Rosario miró primero á su marido con extrañeza, preguntándose si, con efecto, aquel hombre tendría metido el diablo en el cuerpo, y luego acabó por encogerse de hombros, achacando al carácter extravagante de D. Ramón tales palabras Este último, en tanto, se había quedado pensativo, como dándole vueltas á una idea sugerida por la pregunta de su mujer.

– Rosario, – dijo de pronto, – á mi vez tengo curiosidad de saber algo acerca de lo cual acaso tú pudieras informarme.

– Te escucho, – respondió ella, no sin sobresalto.

– Que el diablo cargue de veras conmigo, si entendí la causa principal del alboroto de esta noche. Que gozaba opinión de brujo entre esas buenas gentes lo sabía, y no extrañándolo, los compadecía cordialmente. No obstante, ellos hablaron de haber yo saltado anoche por la ventana del desván en hombros del espíritu maligno, al cual esos palurdos dieron muerte á palos. ¿Entiendes tú este batiborrillo?

– ¡Yo! ni jota.

– Lo mismo me pasa á mí. Sin embargo... Voy á contarte lo que en el desván me ocurrió anoche, á ver si entre los dos desenredamos la madeja. Estaba yo clasificando las hierbas recogidas ayer tarde y soldando con el soplete una moneda antigua, cuando acerté á mirar al campo. Acababa de salir la luna, á cuya luz ví á uno de esos zotes en lo alto del almezo que crece frente á la ventana, el cual parecía devorarme con los ojos. Maravillado de la aparición en semejante sitio y á tal hora, á mi vez me le quedé mirando. ¿Qué hace entonces el palurdo? Saca un guijarro, no sé de dónde, y me lo arroja con tal furia, que por poco me descalabra. Y yo ¿qué hago? Mato la luz de un soplo; bajo corriendo á tu... á nuestra habitación, la encuentro cerrada por dentro, llamo con golpes redoblados hasta que tú respondes y me abres.

(Continuará)

LAS MEDALLAS DE LA CREACIÓN

Expresivo y por todo extremo apropiado título, que un famoso geólogo del reino unido, el docto y religioso señor Bukland, dió por primera vez con harto sentido práctico en una obra por muchos conceptos estimable, á los que en términos hoy ya casi vulgares, se llaman fósiles, palabra que según su propia etimología, del verbo latino *fodere*, cavar, supino *fossum*, se aplicaba antes del inmortal Linneo á toda sustancia que se extraía del seno de la tierra, cualesquiera que fuese su naturaleza; pero desde que el insigne naturalista sueco hizo la distinción muy oportuna entre *fossilia nativa* y *fossilia petrificata*, generalmente se aplica tan sólo á los seres que corresponden á la última categoría, reservando el nombre de minerales y rocas á los que aquel llamaba *fossilia nativa*. Conviene, sin embargo, tener presente que no siempre es exacto el llamar petrificados á los fósiles verdaderos según la acepción corriente, pues muchos en realidad no experimentaron en su larga y misteriosa génesis la susodicha transformación pétrea; así como á juzgar tan sólo por su aspecto exterior, se dan casos en que á pesar de su aparente petrificación, no debe llamarse fósiles á los que ofrecen semejante aspecto, como se observa en las llamadas incrustaciones, las cuales sólo representan una cubierta ó revestimiento de caliza, sílice ó de otra cualquier sustancia lapídea, que en nada ó en muy poco afecta al cuerpo que la ofrece.

En rigor de verdad, la idea que debe ir unida á la palabra fósil, ó lo que real y positivamente significa, es todo ser ó parte de él y aun la huella impresa en el suelo, que habiendo permanecido enterrado naturalmente en el seno de las capas terrestres, consérvóse por modo maravilloso, para representar los imperecederos monumentos de la terrestre historia, ó como quería Bukland, para convertirse en las verdaderas medallas de la creación, refiriéndose, como es fácil advertir, á la del planeta que habitamos, ya que las medallas de la universal creación hay que ir á buscarlas en los espacios celestes.

Mas no se crea por ello que este concepto científico y hasta vulgar que se tiene hoy de la tal palabra, ya que figura y con sobrada razon en el Diccionario de la lengua, haya sido siempre el mismo, pues dejando aparte la distinción que el gran Linneo se creyó en la necesidad de establecer para no confundir una simple piedra ó un metal con un fósil, en tiempos anteriores se profesaron acerca de la materia las ideas más extravagantes y hasta invero-



ESTUDIANTES DE GEOLOGÍA, dibujo de Percy Tarrant



LA FIESTA DE LAS FLORES EN VENECIA, cuadro de A. Opolli

símiles, aplicándoles, á tenor de las que á la sazón reinaban, los nombres más exóticos é impropios.

Simples caprichos ó juegos de la naturaleza, *ludus naturæ*, los llamaban unos; resultado, querían otros, de una fuerza plástica y oculta de que suponían dotada á la madre tierra; obra, en sentir de muchos, de las estrellas, y por último, para no abusar de la paciencia del benévolo lector, meras ilusiones de los sentidos, como estampó en un libro cierto escritor italiano; tales son las extravagancias que llegaron á profesarse en los siglos anteriores al XVI, en el que dos insignes varones, combatiendo todos estos errores, echaron, por decirlo así, las bases firmísimas sobre que andando el tiempo había de levantarse el templo dedicado á la verdadera ciencia de la vida de otros tiempos, ó sea de la Paleontología. Estos genios extraordinarios fueron Leonardo de Vinci, pintor admirable á la par que experto ingeniero, y el danés Nicolás Stenon, genuino fundador de la historia verdadera de la tierra: aquel retaba á sus contemporáneos con singular donaire á que le señalaran las estrellas encargadas por entonces de fabricar fósiles, y como quiera por otra parte que en las muchas obras de canalización que dirigió en territorio toscano, especialmente en los bellísimos alrededores de Florencia, encontrara gran cantidad de conchas y otros verdaderos fósiles, hizo ver por método comparativo, el más eficaz de todos, la analogía y hasta en muchos casos la perfecta identidad con las especies que viven aún hoy en el Mediterráneo, de cuya circunstancia no era difícil inferir que el hecho evidenciado por las excavaciones significaba que el mar había ocupado en otros tiempos aquella parte del territorio italiano, siendo las conchas marinas y demás restos fósiles que allí existen, el testimonio más evidente é indisputable de los cambios en lo físico allí experimentados. Esto es lo lógico y natural, no acertando á comprender cómo Leonardo y después el insigne Stenon tuvieron que luchar contra errores tan crasos como los que en su época y aun en tiempos posteriores fueron bastante generales, por efecto de la escasa cultura de la época, cuando no sólo Ovidio en sus Metamorfosis dió claras muestras de conocer las que la tierra había sufrido, según se desprende de aquellos conocidos versos

Vidi factas ex æquore terras
Et procul a pelago conchæ iacuere marinæ
Et vetus inventus est in montibus anchoræ summis

sino que muchos escritores de la antigüedad clásica griega y egipcia, entre los cuales debe citarse á Eratóstenes, Xanto de Lidia, Herodoto, Aristóteles y muchos sacerdotes de los que sintetizaban en el Egipto el saber de su tiempo, habían ya expresado esta misma idea, considerando á las conchas, peces y otros seres que se encuentran en las piedras de construcción, por ejemplo, como otros tantos y auténticos documentos que acreditaban las transformaciones que con el tiempo había experimentado la superficie y aun el fondo de la tierra Estos cambios verificanse, sin embargo, con tan extremada lentitud, que pasan totalmente desapercibidos por el hombre, á no fijar su atención en los efectos producidos; pero como prueba evidente de que los sabios de la antigüedad no sólo los conocían, sino que adivinaron hasta la naturaleza especial de su procedimiento, debe citarse la ingeniosa fábula ó cuento que inventaron como para sintetizarla en estilo elegante y atractivo Supónese una especie de judío errante que en su continua é incesante peregrinación por la tierra, acierta á pasar por el mismo punto cada cinco mil años, observando y anotando, siquiera sin acertar á explicarse satisfactoriamente los cambios allí ocurridos, pues los habitantes de la villa, del campo y del puerto que alternativamente ocupan la localidad, unánimemente le contestaban que nada sabían acerca de lo que se les preguntaba, ya que para ellos aquel sitio siempre ha sido lo que en el momento de pasar el curioso viajero es, ó en otros términos, el puerto siempre puerto, el campo siempre campo y la población siempre lo mismo.

Verdaderamente causa maravilla el que en el período de la historia de la ciencia llamado antiguo por la edad á que corresponde, y de observación por su especial carácter, historiadores, geógrafos, poetas y viajeros adelantándose á su tiempo en algunos siglos profesaran ideas tan exactas acerca de la naturaleza de las medallas de la creación del planeta y de su peregrina historia, y que durante los tiempos medios que yo suelo llamar de controversia, la humanidad en este punto concreto en vez de progresar marchando con paso firme hacia el descubrimiento de la verdad, retrocediera hasta un punto tal, que no sólo dejó de reconocerse la verdadera y genuina natura orgánica de aquellos seres, sino que desconociendo por completo su legítima significación, se creía por entonces, y aun hoy lo creen no pocas personas, que los fósiles lejos de pertenecer y caracterizar los diferentes períodos de la historia de nuestro globo, como así es con efecto, según quiso probar Bukland aplicándoles el nombre colectivo que llevan, eran todos ellos resultado de la acción del diluvio.

Mas así como en Italia fueron los insignes Vinci y Stenon los encargados de combatir en el siglo XVI y XVII los falsos conceptos sobrado generalizados á la sazón respecto de la verdadera naturaleza de las plantas y animales fósiles; en nuestra querida patria también hubo defensores de la buena doctrina así por lo que respecta á dicho concepto, como á la diferente edad á que deben referirse. Y ¡cosa al parecer extraña! el campeón de estas ideas fué un fraile benedictino, el inmortal Feijoo, quien en la noble y generosa tarea por su superior talento y amor patrio impuesta, de combatir los infinitos errores y preocupaciones que en su tiempo reinaban en España, no dejó pasar desapercibidos los falsos conceptos que en la obra de otro fraile, el Padre Torrubia, titulada «Aparato para la Historia Natural,» estampó su autor. Distinguían á éste más bien laudable celo y entusiasmo por la ciencia y sus progresos que vasta y sólida instrucción; de donde resulta que si bien llevado de aquellos generosos estímulos viajó mucho y consignó en su libro no pocas observaciones y descubrimientos por él realizados, ilustrándolo todo con muy bonitas láminas de objetos y especialmente fósiles encontrados en distintas comarcas de España y América, cuando trata de discurrir acerca del significado y valor que entrañan los hallazgos hechos, incurre en no escasos é imperdonables errores, dura y categóricamente combatidos por el benedictino gallego en el «Teatro crítico» y en las «Cartas eruditas.»

La escasa cultura, ó tal vez la sobrada credulidad hija sin duda de aquella, motivó el capítulo 5.° del Aparato de Torrubia que este llama Gigantología española, por suponer que los huesos fósiles de mamíferos que en gran copia se encuentran en el barranco de las Calaveras en territorio de Concud cerca de Teruel, acreditaban haberse librado allí una gran batalla entre hombres de colosal talla; y el caso es que en dicha localidad explorada por mí un siglo más tarde en 1860 y 61, no se encuentra ni un solo hueso humano, perteneciendo todos, según demuestran las dos láminas primeras de la Memoria que publiqué sobre dicha provincia, á diferentes especies de cuadrúpedos característicos del período llamado terciario por los geólogos.

A propósito de la existencia de gigantes, he aquí cómo se expresa Feijoo en el título 1.°, discurso 12, que titula «de la senectud del mundo:» El exceso, dice, de los antiguos en la corpulencia es otro capítulo por donde pretenden algunos convencer la decadencia del género humano en los modernos. Pero ese exceso no está bastantemente comprobado, por más que nos citen varias historias de cadáveres de prodigiosa estatura... Los sabios casi todos convienen en que unos son de elefantes, otros de ballenas ó de materias petrificadas.

Mas en donde se evidencia con cuánta claridad se presentaban estos asuntos al claro talento del insigne benedictino, es en lo referente á la verdadera naturaleza orgánica de los fósiles y modo cómo se estamparon en la piedra las plantas y los animales de otros tiempos, cuyo procedimiento explica de un modo sencillísimo y natural, y también en lo de combatir el error de que fueran obra exclusiva de las aguas del Diluvio, no alcanzando, decía, á comprender cómo la fuerza de dicho agente fuera capaz de arrancar y transportar á grandes distancias nada menos que bancos enteros de ostras y de otras conchas que en condiciones normales viven adheridas al fondo del mar ó sobre los materiales de la costa.

Pero dejando ya estas disquisiciones históricas, cuyo único y exclusivo objeto ha sido demostrar cuántos esfuerzos ha tenido que hacer el hombre del siglo XIX, sobre todo, para sobreponerse á tantas causas de error que á modo de verdaderos obstáculos entorpecieron especialmente durante los siglos medios la marcha tranquila del progreso científico verdadero, veamos qué significado tienen en la historia del planeta los que nos sirve de morada los fósiles, y si realmente de este estudio podemos sacar la consecuencia de la exactitud que entraña la frase medallas de la creación que encabeza este artículo.

Por de pronto es ya casi axiomático entre los dedicados á este linaje de disquisiciones, que no hay problema alguno de Biología general ó sea de los que se refieren á la vida que en diferentes épocas hermoseó la superficie terrestre, que pueda dilucidarse nada más que medianamente sin la intervención de esos restos de animales y plantas, grandiosos y extraordinarios á las veces, pobres y miserables al parecer otras, que encierran los estratos terrestres que como resultado de operaciones más ó menos complejas se depositaron en el seno de las aguas dulces ó saladas.

Con efecto, en el terreno puramente científico, sería de todo punto imposible en primer término pretender averiguar sin el auxilio de los fósiles, el cómo y en cierto modo el cuándo, apareció la vida en el globo allá en remotísimas edades, cuya distancia de nosotros es harto difícil, por no decir de todo punto imposible precisar; y menos aún, comprender de qué manera brusca ó lenta, hubo de realizarse el ulterior y maravilloso desarrollo de los diferentes grupos de seres que constituyen la serie vegetal y animal, y el carácter permanente ó transitorio de los diferentes términos de las mencionadas series. Verdad inconcusa, aceptada por todos los naturalistas, es ya hoy, el que en el concepto del plan que ha presidido á la organización tan admirable como misteriosa é incomprensible de los representantes de la vida en el globo, no hay un reino antiguo diferente del actual ó moderno, sino que resultado ambos de un mismo ideal, diríase preexistente en la mente del Supremo Hacedor, antes de su material realización, los seres actuales pueden considerarse como la continuación de los anteriores, formando unos y otros como dos mitades de un todo armónico, á la manera de un árbol cuyas raíces y parte del tronco corresponden á los seres de otros tiempos y lo restante á los actuales. Ahora bien, este conocimiento lo debemos sin género alguno de duda al hallazgo y detenido estudio de los fósiles, los cuales según la feliz expresión de un eminente naturalista, el Sr. Flourens, representan las piezas perdidas de un mosaico, cuya reconstrucción ha venido á probar del modo más sorprendente, la encantadora armonía de las obras del Creador, ya que aquellas completando la parte conocida del incompleto mosaico, han demostrado que pertenecían al mismo, ilustrando por modo curiosísimo y hasta en sus menores detalles, el dibujo de todas las figuras que de una manera asaz deficiente lo representaban antes.

La consecuencia ineludible del principio que acabamos de sentar tiene bastante mayor alcance de lo que á primera vista pudiera creerse, pues de que en la parte estática, ó en la referente á los elementos materiales de su constitución no haya distinción alguna entre los seres actuales y los de otras edades, dedúcese lógicamente que tampoco la hubo en lo dinámico ó fisiológico, es decir, en los principios que rigen la vida, de donde lógica y naturalmente se deduce que en todos tiempos ha sido un gran axioma el expresado por la ley de la adaptación, pues los seres á no encontrar en el medio ambiente las condiciones biológicas requeridas por el estado particular del organismo para su existencia, hubieran forzosamente perecido. Precisamente en este orden de consideraciones fundábase Cuvier haciendo aplicación de estos conocimientos á la historia terrestre, para sentar el principio de que sin la intervención de los fósiles hubiera sido harto difícil y hasta quizás imposible de todo punto llegar á conocer las infinitas fases y modificaciones por que ha pasado nuestro planeta por lo menos desde que la vida apareció en su seno. Con efecto, sólo las plantas y los animales sujetos á la enunciada ley pueden dar una idea exacta en sus continuos cambios y en el orden con que se han ido sucediendo, de las vicisitudes que experimentaron las condiciones biológicas terrestres, de cuya armonía con los seres que habían de desarrollarse bajo su dominio é influencia, depende su vida. Y como quiera que entre dichas condiciones biológicas figuraba en lugar preferente y continúa siendo el clima uno de los principales y más decisivos factores, de aquí el que indirectamente puedan semejantes datos contribuir á la reconstrucción de una Meteorología retrospectiva sumamente curiosa y tanto más interesante cuanto que esta fué una de esas conquistas inesperadas conseguida precisamente por el estudio del reino vegetal y animal de otros tiempos. Complétase este conocimiento con el de la naturaleza y especial estructura del suelo y más especialmente del fondo del mar y de los lagos, á tenor de cuyas modificaciones de carácter topográfico, hubo de cambiar y cambió, con efecto, repetidas veces la naturaleza y aspecto de la vegetación y del reino animal en la por demás peregrina historia terrestre.

De todos cuyos antecedentes, así como del orden con que sin repetirse en dos períodos sucesivos han ido sucediéndose las Faunas y las Floras ó en otros términos el conjunto de representantes de uno y otro reino, y de mil otras circunstancias que el estudio paleontológico pone fuera de toda duda, sacamos la consecuencia final de que con efecto, lejos de ir desencaminado, estuvo por todo extremo feliz el insigne Bukland al aplicar á los fósiles el nombre de medallas de la creación, ya que sabiendo interpretar por medio del estudio de ellos mismos y de sus condiciones de yacimiento el valor que entrañan, han contribuído más que otro dato cualquiera, á esclarecer y evidenciar todos los encantos de la historia de nuestro planeta. Y adviértase de paso y para concluir, que á todas cuantas ventajas acaban de indicarse, tiene esta clase de documentos la incomparable sobre los que sirven para la historia terrestre, de ser infinitamente menos ocasionados y susceptibles de falsificarse, en razón á que por lo común alcanzan por su misma abundancia y por la dificultad suma de reproducirlos precios tan bajos, que apenas si en determinados casos pudiera el especulador prometerse en esta no iniciada industria algún resultado práctico que le moviera á emplear tiempo é ingenio en la fabricación fraudulenta de fósiles. Son estos, pues, los verdaderos monumentos de la historia no sólo del planeta, sino también del más egregio de sus moradores, sirviendo el hallazgo reciente de restos humanos fósiles y de los más auténticos testimonios de su tosca é incipiente industria, para la reconstrucción de las diferentes razas, así como para trazar la marcha que estas siguieron en las grandes emigraciones, á favor de las cuales, partiendo de la unidad de especie y de cuna, se esparcieron y ocuparon la extensión de la superficie del planeta.

Ahora lo que realmente causa maravilla, es la sagacidad con que el hombre ha sabido interpretar todos estos hechos sacando las consecuencias más trascendentales de la mera inspección ó hallazgo de un resto á veces informe de planta ó animal, reducido á menudo á una simple huella dejada en el terreno blando por donde caminara el ave, reptil ó mamífero. Hoy se sabe casi con entera certidumbre, cómo se formó por ejemplo el carbon mineral, y de qué naturaleza fueron las plantas que le dieron existencia, á favor de conocidas metamorfosis; basta para ello fijar por un momento la atención en las numerosas y bellísimas impresiones de hojas, frondes, frutos, etc., que suelen encontrarse en las rocas que acompañan al combustible, ó en los troncos que con frecuencia se ven en la posición misma que tenían en vida. Merced á recientes investigaciones paleontológicas, se ha puesto en claro el risueño aspecto que en los tiempos llamados terciarios por los geólogos ofrecían aquellas regiones polares ocupadas por la Groenlandia, Spitzberg, etc., hoy cubiertas de eternas nieves y de seculares hielos, y á la sazón hermoseado el suelo por una Flora rica y exuberante, cuyos interesantes despojos fielmente interpretados por los hombres de ciencia, han contribuído de un modo decisivo á ilustrar este período de la historia terrestre,

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EXPEDICIÓN Á VALLVIDRERA, dibujo de J. L. Pellicer

uno de los más curiosos por cuanto sirve como de introducción al en que sin género alguno de duda hizo nuestra especie su primera aparición en el globo.

Sin necesidad de entrar en mayores detalles, creo bastan los expuestos y las reflexiones que los acompañan, para que el lector se persuada de la exactitud con que el geólogo inglés llamó á los fósiles verdaderas medallas de la creación.

J. VILANOVA.

EL DOGAL DE PIEDRA

Es una tradición terrible la del castillo de Belver; no el Belver de las islas Baleares, sino esa antiquísima fortaleza cuyas ruinas se admiraban no hace muchos años todavía en la campiña de Zamora.

En la comarca de esta ciudad, así como en la de Toro, en las largas noches del invierno, cuando los labriegos de las aldeas y de los campos se reunen en torno de la lumbre del hogar, recuerdan siempre la historia de los castellanos de Belver al par de la de *Los doce Pares de Francia*, escrita por el arzobispo Turpín.

Oid la tradición y admiraréis uno de los más extraños castigos de la Providencia.

Don Alonso de Stúñiga y Dávaloz, el buen caballero, descansaba de las fatigas de la guerra en su castillo de Belver. Había tomado parte en el sitio de Gibraltar; había visto morir al Rey D. Alfonso XI, y léjos de la corte, esperaba á que el nuevo Rey necesitase de su brazo y de su mesnada.

Vivía dichoso; su esposa y prima doña Brianda Stúñiga y Conil era un modelo de hermosura y de virtudes, y sólo atenuaba su felicidad la falta de sucesión, aunque confiaba en tenerla.

El castellano de Belver era un gran cazador, y casi todos los días, acompañado algunas veces de su mujer, y siempre por su fiel Vivaldo, hijo de un antiguo servidor, gallardo é inteligente mancebo, intendente de sus haciendas, soltaba D. Alonso su jauría ó sus halcones en los campos de Zamora ó en los breñales de Toro.

II

Una mañana, antes de romper el alba, mientras el castellano se apercibía en su aposento para la caza de montería, D.ª Brianda y el joven intendente hablaban en la sala de armas del castillo, medio ocultos en la penumbra de una ventana.

—Hoy es el día,—dijo Vivaldo.—Todo está preparado.

—Ya era tiempo... ¿Dónde?

—En la entrada del bosque.

—¿Has cubierto bien la sima?

—Perfectamente. Además, la he llenado de guijarros y de pedernales.

—¿Crees infalible el golpe?

—Infalible.

—¿No sospecharán?

—No lo supongo. La cosa tiene el aspecto de una trampa para animales dañinos. Por otra parte, ¿quién puede imaginar nuestro interés? Hemos sido tan cautos, que no debemos abrigar recelo alguno.

—Es verdad.

—Y después de todo, son imposibles la vacilación y la demora.

—Imposibles, tú lo has dicho. Dentro de pocos días, no tendría medio de ocultar mi falta; á mi marido le extraña ya que no le acompañe en sus cacerías.

—Pues bien; hoy cesará nuestra inquietud.

—¡Esa maldita guerra de Gibraltar, esa ausencia de un año, nos precipita!

—No hablemos del pasado; aprovechemos el presente; pensemos en el porvenir.

—Vivaldo...

—Adiós, oigo su voz... prepárate para cuando volvamos al castillo.

III

¡Qué día aquél tan aciago para el señorío de Belver!

El castellano, corriendo un ciervo, había caído en una sima llena de malezas y pedernales. Apenas pudo llegar con vida cuando le trasladaron á su castillo, deshecha la cabeza y herido todo su cuerpo.

Murió el buen caballero, el leal vasallo, el tierno esposo, el noble y caritativo señor. Su muerte fué sentida y llorada en ambos reinos. Hasta el joven monarca D. Pedro, al saber la infausta nueva, exhaló un suspiro diciendo: *¡De mala guisa comienza mi reinado!*

¡Y la castellana, y la infeliz viuda!... ¿Cómo sería posible expresar su dolor?

Encerrada en su castillo, sólo salía de su aposento para asomarse algunas veces á la plataforma.

Veíasela allí, envuelta en sus tocas de luto, suelto el cabello y marcado el rostro con una extraña expresión.

Algunos días después de la muerte del castellano, fueron llegando al castillo artífices y menestrales, y se supo que D.ª Brianda había mandado labrar un sepulcro en la capilla de la fortaleza, para que sirviese de enterramiento á su marido. Vivaldo, el fiel intendente, cuidaba de activar la obra; corría á las canteras, é iba y venía incesantemente á Toro, á Zamora y á Valladolid, en busca de operarios y de materiales.

Todas las tardes, á la hora del crepúsculo, veíase pasear por los alrededores del castillo á un anciano de luenga barba y vestido á usanza extranjera, que era el famoso escultor y cincelador que tallaba y dirigía los trabajos.

IV

Trascurrieron cerca de tres años.

La castellana había dado á luz una hermosa niña; pero continuaba casi siempre encerrada en su solitaria mansión. Decíase que no vivía ni sosegaba hasta ver terminado el sepulcro de su inolvidable esposo. Dos veces al mes trasladábase á Zamora, acompañada de su intendente, y allí, arrodillados ambos en la cripta de la iglesia de San Juan, donde se hallaban depositados interinamente los restos mortales del señor de Belver, oraban por el buen caballero.

Por fin acabóse la obra del sarcófago.

La castellana, rindiendo el último homenaje de su dolor, quiso que las cenizas mortuorias del noble finado fuesen trasladadas á la capilla del castillo con inusitada pompa.

El día de la fúnebre ceremonia, desde la explanada hasta el santuario de la fortaleza, los muros estaban cubiertos de paños funerales; la servidumbre, enlutada, esperando el lúgubre cortejo, y hasta la jauría y los halcones que habían pertenecido al malogrado señor, llevaban enlutadas mantillas y capirotes.

V

El entierro, presidido por el arcipreste de Toro y por el alcaide de Zamora, y en el que venía toda la nobleza de los contornos, salió de esta última ciudad al romper el día, y llegó al castillo al ponerse el sol.

Detrás del ataúd, conducido en hombros por los escuderos y mesnaderos del castellano de Belver, venían sus cuatro caballos de batalla encaparazonados de negro; todo aquello era imponente y magnífico.

La capilla del castillo era como una catedral en pequeño; tenía aislados el retablo mayor y el crucero; es de lamentar que la acción de los siglos y la incuria, hayan destruído una de las joyas más preciadas del arte gótico-bizantino.

El templo estaba lleno de gente; la clerecía ocupaba el centro, rodeando el recién construído sepulcro, y el artífice constructor, recostado en un pilar, esperaba el momento de sellarle.

La tumba destinada al señor de Belver era un prodigio del arte. Estaba á la derecha del retablo, y se abría y cerraba por uno de sus lados. Sobre la losa superior veíase la estatua yacente de aquél, revestida de su arnés y cruzadas las manos sobre la empuñadura de su mandoble.

El escultor, con rara habilidad, había reproducido en la piedra, copiando uno de los retratos del castillo, las nobles y enérgicas facciones del castellano; y las piadosas mujeres allí reunidas, lloraban al contemplarlas.

El sarcófago estaba maravillosamente cincelado; á ser posible, diríase que allí habían golpeado las manos de Cellini, de Guirlandajo, ó de Borgoña.

VI

Cuando el fúnebre cortejo entró en la capilla, comenzaba el crepúsculo nocturno. La luz de los blandones se confundía con la que provenía del exterior, temblando caprichosamente en los pintados vidrios de los ajimeces y de los rosetones.

Colocóse el ataúd en el suelo sobre un paño de brocado.

Los sacerdotes entonaron el oficio de difuntos; en todo el ámbito del templo se oían sollozos comprimidos.

Vivaldo, el fiel intendente, oculto en la sombra de un arco y cubierto el rostro de mortal palidez, se apoyaba en el fuste de una columna, como abrumado por el peso de su dolor.

Cesaron los cantos.

Cuatro caballeros ricoshomes, deudos del finado, alzando el ataúd, le colocaron dentro del sepulcro; pero antes de haber acabado de cerrarle, se oyó un gemido y alzóse en la capilla un ligero rumor.

Doña Brianda Stúñiga, la viuda del castellano de Belver, se presentó de súbito en una de las puertas del retablo mayor, y lívido el semblante, fija la mirada, andando con una lentitud espectral, se dirigió hacia la tumba.

VII

Vivaldo, el leal servidor, quiso detenerla; pero ella, rechazándole suavemente, se aproximó al sarcófago y se arrodilló, de suerte que su rostro casi tocaba con el de la estatua yacente de su marido.

Todos los presentes estaban sobrecogidos.

La castellana de Belver contempló durante un momento la imagen de su esposo, y luego, con indefinible acento, exclamó entre sollozos:

«Mi noble esposo y señor, amado compañero de mi vida; tú que eras mi única felicidad en la tierra; si tu espíritu ha acudido á este lugar, si puedes oirme, atiende á mi voz, y perdóname la sola falta que he cometido...

»Yo creía amarte como no ha amado jamás esposa alguna; pero ahora comprendo que este amor no era digno de tí, puesto que he podido sobrevivirte. Quizá el Señor, en sus altos juicios, me da la existencia por purgatorio; tal vez es necesaria en el mundo, no solamente una alma que viva con tú recuerdo, sino que también una voz que repita al vástago de tu amor: «¡Hija mía! ama siempre la memoria de tu padre y ruega incesantemente por él; si es que el más bueno, el más perfecto de los hombres necesita de oraciones.»

Hubo una larga pausa.

Doña Brianda alzó algún tanto la cabeza y volvió á contemplar el rostro de piedra.

Después, como vencida de nuevo por el dolor, tomó su primitiva actitud, diciendo:

– Noble esposo y señor, ¡descansa en paz!

VIII

Los circunstantes estaban inmóviles y silenciosos, penetrados de aquella inmensa pena; á todos los ojos asomaban las lágrimas.

Entonces sucedió una cosa espantosa é inaudita.

Las manos de la estatua yacente se desprendieron de la empuñadura del mandoble en que se cruzaban, y con un movimiento rápido, ciñeron el cuello de la castellana; se oyó un grito de dolor exhalado por ésta, después un ruido semejante al que pudieran producir huesos triturados, y el cuerpo de la adúltera cayó desplomado al suelo, con la cabeza casi separada de su tronco.

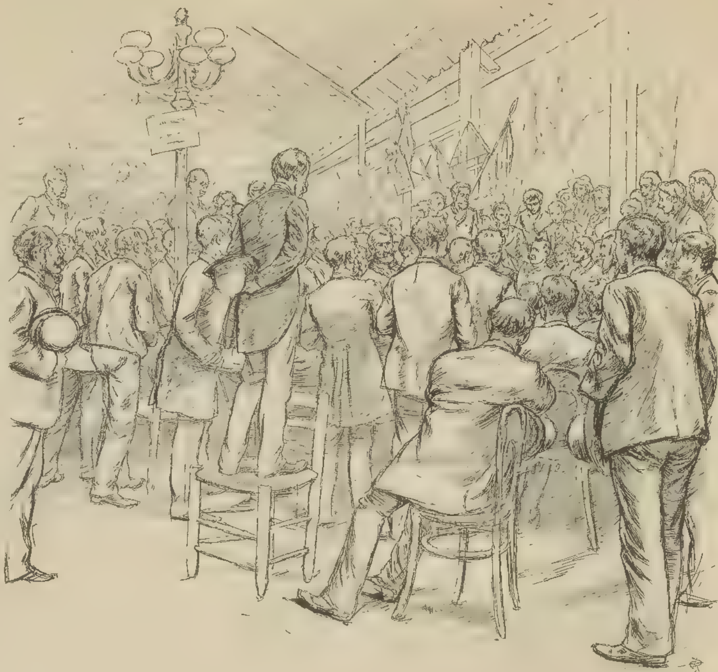
Casi al mismo tiempo un hombre se abrió paso por entre la aterrada multitud, y salió precipitadamente de la capilla. En sus ojos brillaba el fuego de la juventud; pero su cabello estaba enteramente blanco.

Era Vivaldo; los que se hallaban en la parte exterior del castillo, le vieron alejarse en carrera desalada.

Nadie, desde entonces, supo lo que había sido de él.

LUIS CARRILLO

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EN EL CAFÉ DEL CIRCO ECUESTRE.—Vermouth ofrecido por los obreros italianos á sus compatriotas, dibujo de J. L. Pellicer

UN INVENTO PRODIGIOSO

I

LA MULTIPLICACIÓN DEL CALOR

Un día de invierno.—Palacio maravilloso.—Los prodigios de Mister Koppel.—Calefacción sin gasto de combustibles.—Dónde están las chimeneas.—La multiplicación del calor.

En una ciudad norte-americana, situada á la parte oriental de las vertientes de las grandes Cordilleras del Oeste, pero cuyo nombre no hace al caso, unos viajeros, europeos á juzgar por su aspecto que no tiene nada del tipo yankee, se detienen ante un soberbio edificio de recentísima construcción. Han oído contar de él maravillas y quieren conocerlas. Con ser Norte-América el país de los descubrimientos prodigiosos, de las empresas atrevidas y de las más audaces inventivas, donde nadie es capaz de admirarse de nada y sí de emprenderlo todo, han oído hacerse lenguas á todo el mundo de los prodigios en aquel palacio acumulados, del ingenio y ciencia infinita de su dueño, de los asombrosos inventos allí en ensayo para derramarlos después por el mundo entero.

Es natural, pues, que los expedicionarios sientan vivísimos deseos de conocer aquel palacio, superior en todos conceptos á los encantados de las Mil y una noches. El dueño, Mister Koppel, es amabilísima persona y les franquea en seguida de muy buena voluntad las puertas de su casa.

La temperatura en el exterior es muy cruda.

Es invierno y el aire sopla del Noroeste con gran fuerza, haciendo sentir en la ciudad los efectos de las nevadas de la sierra. Los viajeros, que, á pesar de sus abrigos, sienten mucho frio al aire libre, experimentan grata sensación de bienestar al penetrar en el edificio y empiezan á recorrer, en pos del dueño, sus anchas galerías.

Pronto las pieles se hacen insoportables y los gabanes pesadísimos; Mister Koppel invita á los viajeros á dejarlos para proseguir con más comodidad su inspección por todo el interior del edificio.

En este igualan el gusto á la magnificencia, los prodigios del arte á las maravillas científicas; cuadros y esculturas de grandes maestros; micrófonos y teléfonos por todas partes, que permiten desde el más apartado gabinete oir lo que en todas las habitaciones sucede y con todas comunicarse; muebles y tapices de gran mérito; lámparas fotofónicas que al par que alumbran producen suaves armonías; pianos en los que el músico puede tocar en secreto, ó sea para sí solo sin que nadie más perciba sonido alguno, gran invento para los vecinos de los principiantes; rarísimas antigüedades que harían la delicia de cualquier aficionado; fuentes caprichosas que al mismo tiempo que la vista, recrean el olfato; todo esto y otras muchas cosas contemplan admirados los viajeros, que á cada momento se hacen lenguas de las preciosidades que allí se encuentran y se felicitan de haber atravesado los extensos territorios del Oeste para visitar aquel palacio.

* * *

Pero á todo esto, mientras los visitantes, en pos del dueño cruzan galerías y salones, el frio se hace al exterior cada vez más intenso, la nieve cubre las calles, y la ventisca azota con furia las dobles vidrieras del edificio. Algún aterido transeunte envuelto en pieles cruza rápidamente calles y plazas esquivando el helado soplo de la sierra; por todas partes se perciben las muestras de un día crudísimo de invierno.

En cambio, en el interior del palacio la temperatura no puede ser más agradable. Los viajeros, ya despojados de sus abrigos, empiezan á considerar muy pesados los trajes de invierno que llevan y ven correr las fuentes en los salones con igual placer que se contemplan los juegos y saltos de agua fresca en los camarines de los palacios orientales en las horas más calurosas del estío.

Fuera, pues, el invierno con todos sus rigores; dentro la grata primavera de los países meridionales.

* * *

Pero lo extraño es que ni estufas, ni chimeneas, ni braseros se ven por ninguna parte. Así lo hacen notar los viajeros al elogiar la suave temperatura de que disfrutan y admirarse de los medios para conseguirla.

– Nos servimos de corrientes de aire caliente; – dice Mister Koppel, – de este modo no hay que temer ni que el aire que haya de respirarse se vicíe por los gases de la combustión, ni hay peligro de incendio y el calor es más igual al repartirse la atmósfera caliente por todo el edificio.

– Efectivamente, – replica entonces uno de los extranjeros, – todas esas ventajas tiene la calefacción por aire caliente y allá en Europa se emplea también. En lo que no estoy muy conforme, es en lo del peligro de incendio, que no deja de haberlo por los grandes hogares de combustión que hay que tener para calentar el aire. Además, este método de calefacción, aunque excelente, es sumamente caro, y sólo puede aplicarse á grandes establecimientos como hoteles y hospitales ó á edificios de cierta clase, como los de los Parlamentos, Universidades, etc. ¿A V. le costará un dineral todo esto?

– Al contrario, muy poco. ¡Si es el procedimiento más económico de calefacción! – dice sonriendo el norte-americano.

– Eso no, – contesta el viajero que antes habló. – En los hogares donde el aire, que ha de utilizarse, se calienta, se pierde la mayor parte del calor por radiación, y el aire caliente obtenido deja después otra gran parte de calor perdida por conductibilidad antes de llegar á la atmósfera que ha de calentar.

– ¿Y qué me importan todas esas pérdidas, – replicó Mister Koppel, – si multiplico el calor obtenido?

– ¿Cómo? ¿Qué dice V.? – exclaman al mismo tiempo todos los viajeros llenos de asombro.

– Repito que efectivamente hay muchas pérdidas en el calor producido en los hogares de que el señor nos habla, pero el que queda utilizable *se puede multiplicar* de modo que se obtenga al fin y al cabo más calor que el producido en los fogones; además de que yo no necesito de estos para nada; y por eso persisto en que el inconveniente del peligro de incendio no se conoce aquí en mi casa.

– *¡Multiplicar el calor!* – contestan á coro. – ¿Pero será con nuevo gasto de combustible?

– Nada de eso; entonces no sería verdadera multiplicación del calor primitivo.

– ¿De modo, que con mil unidades de calor útiles en los hogares, V. consigue después tener dos ó tres mil; es decir, más de lo producido? eso es imposible.

– No lo es, y aquí, en mi casa, tienen Vds. la prueba.

—Pero, ¿cómo puede multiplicarse el calor?

– Lo explicaré en pocas palabras.

DOCTOR HISPANUS

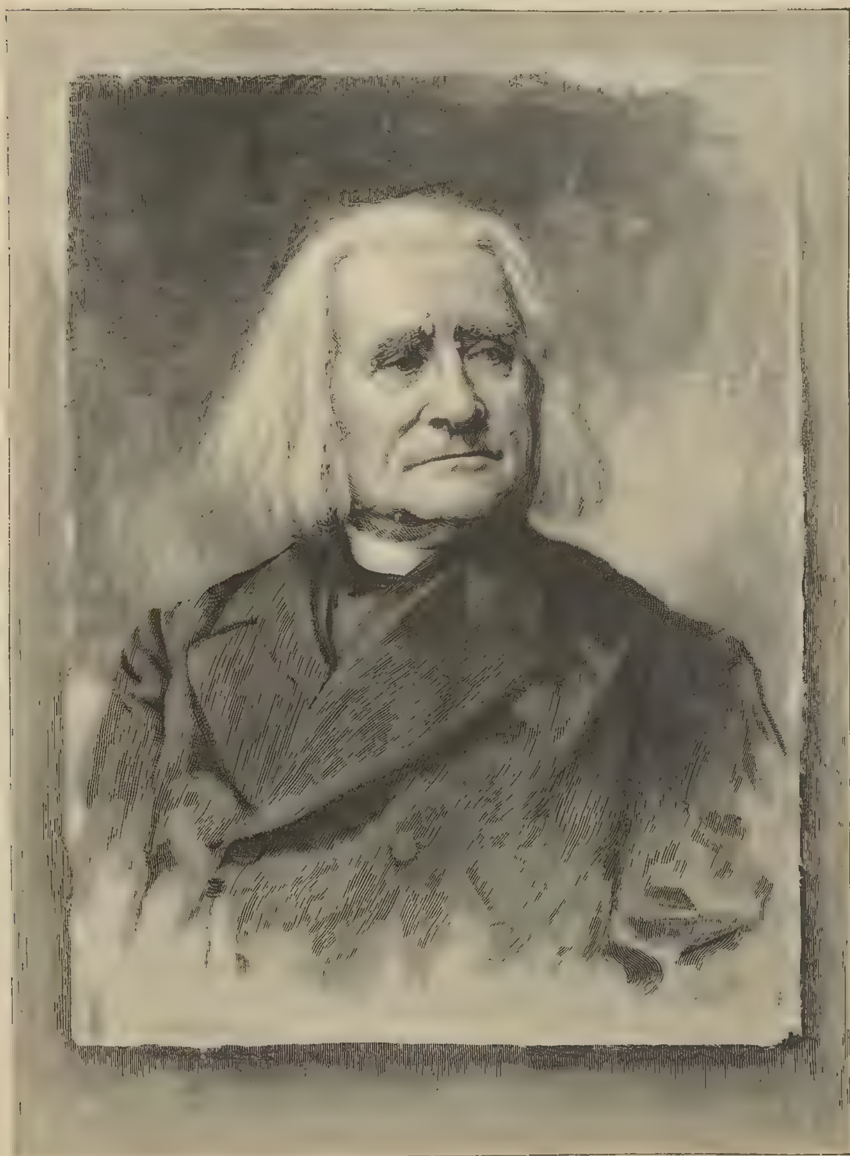
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —— BARCELONA 27 DE SETIEMBRE DE 1886 —— NUM. 248

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CELEBRIDADES EUROPEAS



FRANZ LISZT, eminente pianista y compositor musical, † el día 31 de julio de 1886

NUESTROS GRABADOS

FRANZ LISZT

En el núm. 227 de la Ilustración artística publicamos un sencillo retrato de este eminente compositor-pianista, acompañado de algunas notas biográficas. Á la sazón él arte no tenía aún que lamentar su pérdida; mas hoy, que ha pagado su tributo á la naturaleza, nos consideramos en el deber de publicar otro retrato mucho más parecido y mejor ejecutado del célebre pianista, como justo homenaje de respetuosa memoria y entusiasta admiración al hombre que ha bajado al sepulcro rodeado del aplauso y estimación de cuantos por el divino arte de la música sienten predilección especial.

UN BERBERISCO, cabeza de estudio de W. Genz

Dibujo vigoroso, conocimiento del claro-oscuro y facilidad en trasladar gráficamente al papel la expresión del rostro, por más que esa expresión sea tan dudosa como la del berberisco que ha servido de tipo: tales son las condiciones que resaltan en este estudio y que demuestran en M. Genz una aptitud envidiable para esta clase de trabajos.

EL VIAJERO SUCCI EN SU 28.º DÍA DE AYUNO

Llama la atención de toda Europa en los actuales momentos el experimento voluntario á que se ha sometido un émulo del doctor Tanner, el conocido viajero y explorador de algunas regiones del Africa, M. Succi. Habiendo sostenido éste que, mediante la absorción de un líquido inventado ó descubierto por él, podía pasar treinta ó más días sin tomar alimento sólido de ninguna clase, y sin que su estado físico se resintiera de tan prolongada abstinencia, se halla haciendo esta prueba, que seguramente habrá terminado ya, vigilado sin cesar por una comisión de médicos milaneses.

Y en efecto, Succi soporta victoriosamente el absoluto ayuno que se ha impuesto, sin perder nada de su energía, de su jovialidad y buen humor; su inteligencia continúa tan despejada como antes de empezar el ayuno, ejerce normalmente todas sus funciones, y la única diferencia que en él se observa es la de haber disminuído doce kilogramos de peso en los 28 días de experimento.

Excitada, como es natural, la curiosidad de sus compatriotas, Succi se ve diariamente asediado de visitas, que si en los primeros días sólo ascendían á cincuenta ó sesenta, en los últimos han pasado de trescientas. Nuestro grabado representa la escena que se podía contemplar diariamente en la sala de las escuelas municipales de la calle Bassano Porrone, donde ha tenido lugar el experimento, y en la cual se ve á Succi, sentado en su lecho, prestándose á las observaciones de la comisión médica.

MARCHA DE WALLENSTEIN Á EGER, cuadro de Piloty

G. Wallenstein, duque de Friedland, es una de las principales figuras de la guerra de los Treinta años. Dotado de tanta ambición y codicia, como de genio organizador para levantar ejércitos y mantenerlos á costa de las desgraciadas comarcas que recorría en sus expediciones militares, si en un principio se hizo bienquisto del emperador Fernando III por sus brillantes victorias y atrevidos golpes de mano, acabó por serle repulsivo á causa de su desapoderada ambición, de su rapacidad y de sus aires de independencia. Acusado de alta traición por su soberano, quien eximió á los oficiales de Wallenstein de la obediencia y fidelidad debidas á su jefe, pereció éste á manos de aquéllos en la ciudad de Eger.

El malogrado Piloty, director de la Academia de Munich, cuya reciente muerte deploran las artes, ha representado en el cuadro que hoy reproducimos el momento en que el duque de Friedland, acompañado de parte de su ejército, se encamina en una litera á aquella ciudad, que había de ser su tumba. Como en más de una ocasión nos hemos ocupado de las condiciones artísticas de dicho profesor, no tenemos para qué reproducir nuestros juicios, y únicamente haremos observar que el presente cuadro es digno del renombre que Piloty supo adquirir en el dominio pictórico.

BARQUEROS DEL PUERTO DE BARCELONA, cuadro de Dionisio Baixeras

No somos nosotros, sino los críticos extranjeros los que se han encargado de hacer una brillante apología del magnífico cuadro del aventajado artista barcelonés. Lo que en nosotros pudiera parecer apasionado, es en aquéllos verdadera expresión de asombro causado por las admirables condiciones de dicho lienzo. Expuesto éste en el último *Salón* de París, «se impuso desde luego á las miradas, porque en medio de las cosas artificiales que le rodean, es como una ventana abierta bruscamente á la luz de la verdad.» «Comparado este cuadro con los que tiene á su lado, hay entre uno y otros la misma distancia que la que separa el *chic* de la observación reflexiva y de la facilidad de la fuerza.» «El cuadro del Sr. Baixeras ha sido premiado con mención honorífica, pero era acreedor de mucho más.»

A las frases encomiásticas, que hemos copiado entre comillas, de críticos tan competentes como M. Mantz, del *Temps*, M. Girard, del *Phare* de Dunkerque, y Pierre Verón, del *Charivari*, pudiéramos añadir otras muchas tomadas de varias revistas artísticas; pero creemos que basta con ellas, y con manifestar que el lienzo en cuestión ha sido adquirido por M. Knoedler, representante de la casa Goupil de Nueva York, tan severamente escrupulosa en esta clase de adquisiciones, para que se avalore todo el mérito de una obra de arte con la que se ha dado á conocer ventajosísimamente el Sr. Baixeras, tan distinguido pintor como amante de su patria, cuyos tipos y costumbres reproduce en sus lienzos con afán digno de encomio.

TORPEDEROS AEROSTÁTICOS

El aeronauta alemán Jorge Rodeck ha inventado recientemente un nuevo aparato de destrucción al que ha dado el nombre de columna flotante de torpederos aéreos. Esta columna consiste en un globo principal acompañado de cierto número de torpederos aerostáticos. El primero, tripulado por el aeronauta director y dos auxiliares, cubica 1,200 metros, y los torpederos, hechos de material barato, por ejemplo, percal, pues no sirven más que una vez, miden 500 metros cúbicos. La columna destructora aérea de nuestro grabado se compone de un globo principal y de cuatro torpederos aerostáticos, uno de los cuales acaba de soltar su torpedo en forma de bomba explosiva de metal, cargada con 50 á 75 kilogramos de dinamita ó pólvora de algodón y además, de 100 cartuchos de dinamita que estallan en todas direcciones cuando la bomba choca con el primer objeto duro que encuentra en su caída. Los globos torpederos están unidos con el principal por un cable en cuyo interior hay dos alambres aislados de cobre para cerrar el circuito de una batería eléctrica colocada en la barquilla del globo principal, y que se hace funcionar por medio de un mecanismo adaptado á cada globo torpedero. Tan luego como uno de éstos recibe la corriente, despréndese de él el torpedo ó bomba explosiva; en el mismo instante uno de los tripulantes del globo principal ha de cortar el cable que lo une al torpedero, para que éste, una vez libre de su peso, desaparezca á merced del viento: al propio tiempo, ha de abrir una válvula de dicho globo, á fin de dar salida al gas y de evitar que el globo principal, unido todavía á los demás, suba con vertiginosa rapidez á demasiada altura á consecuencia de la ruptura de equilibrio que en todo el sistema ocasiona el desprendimiento del torpedero soltado. Aun así suben, mas para bajar otra vez y quedarse á la altura conveniente. A voluntad del jefe pueden soltarse todos los torpedos simultáneamente, ó uno á uno.

Como el uso de estas baterías aéreas depende de la marcha de las corrientes atmosféricas, es preciso tenerlas preparadas y á punto de ascender, bajo espaciosos tinglados, en diferentes puntos del cerco formado al rededor de la plaza sitiada. Un mecanismo automático regulador hace que todos los globos se sostengan á una misma altura cuando se hallan estacionados en el punto donde han de funcionar, hasta que vayan soltando sus proyectiles. La altura de la operación se calcula aproximadamente en 1,000 metros, pues se ha observado que los tiros de los cañones construídos por Krupp con el exclusivo objeto de destruir los globos aerostáticos que en el sitio de París remontaban los franceses sitiados, no alcanzaban á 900 metros de altura; que á la de 400 metros sólo dieron en el blanco, es decir, en el globo, once tiros de diez y ocho, y á la de 500 metros ninguno.

Excusamos enumerar todas las precauciones que deben tomarse en las maniobras así como las eventualidades que pueden ocurrir y que son, como comprenderán nuestros lectores, numerosísimas.

Hasta ahora no se ha inventado todavía ningún medio protector contra estas nuevas y terribles máquinas de destrucción, de innegable trascendencia, y que vienen á anular todas las leyes de la guerra hasta hace poco admitidas.

MIGUEL EUGENIO CHEVREUL, eminente químico, nacido en Angers el 31 de agosto de 1786

El ilustre centenario, con cuyo retrato honramos las páginas de nuestra publicación, es un verdadero sabio. Modesto á fuer de tal, laboriosísimo, hoy lo mismo que en su edad juvenil, afable, y sobre todo entregado por completo á la ciencia, el *decano de los estudiantes de Francia*, como á sí mismo se titula, ha hecho en su larga carrera importantísimos descubrimientos, como el de las bujías esteáricas, que han proporcionado al mundo entero grandes rendimientos, los cuales, según el famoso químico J. B. Dumas, deben valuarse en centenares de millones. Profesor de química desde 1824, fué elegido individuo de la Academia de Ciencias en 1826; de 1836 á 1879 puede decirse que ha sido sin interrupción director del Museo de Historia Natural y del Jardín de Plantas de París y hoy lo es honorario. Las recompensas que ha obtenido M. Chevreul, por parte del gobierno francés, por sus trabajos, son numerosas; pero la más preciada de cuantas en su prolongada vida ha recibido acaba de proporcionársela el pueblo parisiense, celebrando en su honor una serie de públicos festejos y erigiéndole una estatua el mismo día en que cumplía los cien años de una existencia consagrada constantemente al estudio y al trabajo.

VÍA LIBRE, dibujo de J. Echena

Por sencillos que sean los asuntos en que se inspiran nuestros modernos artistas para sus obras, nunca dejan de tener importancia, sobre todo desde el punto de vista histórico, y á mayor abundamiento si están trazados con el acierto y naturalidad que distinguen á nuestro aventajado compatriota. Si los pintores y dibujantes de anteriores épocas nos hubieran legado tipos tan exactos como la pobre guarda-aguja italiana que señala «vía libre» al tren que se aproxima, ¡cuánto hubieran allanado la prolija tarea de los arqueólogos modernos! ¡cuánto les hubieran agradecido las personas que al estudio de la indumentaria se dedican la representación de los antiguos trajes y atributos de esos modestos hijos del pueblo, trajes y atributos que hoy son objeto de laboriosas investigaciones y de incesantes controversias! Por esto decimos que los asuntos, al parecer más insignificantes, tienen grande interés, y creemos que los artistas que, como el Sr. Echena, aprovechan los momentos que les dejan libres otros trabajos de mayor importancia para trazar esas figuras populares, prestan un verdadero servicio que, si hoy les aplaude la generación presente, artísticamente considerado, mañana les agradecerá la posteridad.

DESDE ROMA

¡Pobre Italia! Por mucho que se afanen en ocultarlo, es de todos bien sabido que el cólera invade sus mejores y más ricas provincias: las ciudades de más recuerdos, los más fértiles campos, las más salubres alturas como los más risueños planos, todos tienen que lamentar la visita del odioso huésped que hace dos años abandonó su temido retiro en las orillas del Ganges, para venir á pasearse entre nosotros, mal cubierto con su pestilencial sudario. Los poéticos pueblos que parecen arrellanados indolentemente en las nunca bien ponderadas playas del golfo de Nápoles, son los más castigados ahora, y la ciudad coronada por el Vesubio, la ciudad donde todo ríe y todo grita, aquella población que jamás descansa, recuerda horrorizada sus pasados quebrantos y sus habitantes acobardados huyen despavoridos en todas direcciones.

Lo que á unos perjudica favorece á otros: esta es una triste verdad que ahora se comprueba fielmente en Roma. El calor en la ciudad Eterna es insoportable; al acercarse julio, la gente emigra buscando fresco, los unos en las costas, los otros en las montañas. Cuando los rayos del sol pierden fuerza y aquella atmósfera deja de ser abrasado horno, un nuevo peligro mantiene separadas á las gentes que no vuelven á la antigua metrópoli de los Césares sino bien entrado ya el mes de octubre. Setiembre, según la opinión general, es el mes de la *Malaria;* las fiebres que engendra la insalubre campiña romana son tremendas; contra ellas lucha dificultosamente la salud más fuerte y ha sido necesario todo el valor que inspira el sentimiento religioso llevado hasta el fanatismo, para que los trapenses, á costa de vidas y trabajos inauditos, arranquen á una pequeña porción de aquel suelo sus deletéreas condiciones. Estas causas dan lugar á que en los meses de estío, Roma pueda hacer competencia á Siena y Pisa, las ciudades de pasadas grandezas, muertas años há, en cuyas calles apenas si se ve gente y cuyos paseos parecen las anchas avenidas de bien cuidado cementerio. Roma deja de ser la populosa capital del reino de Italia; el mayor número de los establecimientos públicos se cierran, las tiendas no se abren, los paseos carecen de concurrencia y salvo la escasa animación que mantienen los centros oficiales, la Roma de hoy no difiere mucho de la Roma de otros tiempos; por sus calles en julio y agosto no transitan más que los perros y algún inglés más inglés que todos sus compatriotas.

Este año Roma en sus días de gran calor sorprende por la mucha gente que discurre por las calles. Huídos del cólera, acuden á la capital, indemne aún en los días en que podía darse por más segura una invasión. Aunque de una manera ficticia, la ciudad está animada, la gente que le es propia se encuentra ausente como siempre y entre ella no pocos artistas, pues de éstos también, y no en corto número, salen á veranear, esto es, á trabajar donde el calor no se sienta tanto. No por vana figura retórica se llama Italia cuna del arte: apenas si en esta tierra de tan clásicos recuerdos se da un paso sin que se encuentren graves testimonios de la justicia de aquel apelativo. La Romagna y la Toscana, la Emilia y el Napolitano, el Veneto y la Lombardía son focos de inspiración para pintores y escultores, y como es justo, no podemos ocultar que artistas de grandísima reputación y acrisolada fama, que no habían venido á Italia, se encuentran aquí sorprendidos por revelaciones que no esperaban.

Una prolongada estancia en Roma sirve menos á un artista que un largo viaje por Italia y más aconsejaríamos esto último que lo primero, á los que sienten verdadero deseo de estudiar: el movimiento activa las facultades, el cambio frecuente despierta ideas de las que antes no se había uno dado cuenta, y la conciencia de que no se ha de hechar raíces en ningún punto, aleja ó separa al menos de relaciones que dañan siempre. Es triste ver á muchos de los jóvenes que vienen á ésta caer en la inacción por no hallar los horizontes que deseaban y más triste aun verlos descender por una pendiente que lleva á fatalísimos términos. Por fortuna éstos son los menos; el mayor número estudía y queriendo aprovechar los días en que no sería posible hacer nada en Roma, salen á los distintos puntos en que pueden conseguir opimos frutos y justo es que vayamos tras de ellos.

La Romagna no presenta ciertamente campo á propósito para el estudio de ninguno de los grandes maestros que se han inmortalizado en el arte, pero en cambio tiene detalles pictóricos de grandísimo valor en la composición de los cuadros. En toda la provincia así llamada, montañosa en su mayor parte, se alzan pueblecillos que, considerados desde lejos, más parecen nidos de aves que moradas de hombres: extendidos en la cima de los montes se llega á ellos con trabajo, se discurre por sus calles con fatiga y se les abandona con satisfacción; mas antes de llegar á este extremo pueden aprovecharse elementos de cuantiosa valía; las construcciones no han cambiado nada desde la época de su fundación, así es que la Edad media puede estudiarse del natural sin ficción alguna; las gentes contribuyen á que la ilusión sea más completa, su vestuario no ha sufrido alteración ninguna; y cada lugar tiene su pintoresco traje que cuida con esmero, para diferenciarse de los demás. Las condiciones económicas no pueden ser más aceptables, pero tampoco más pésimas las materiales de la vida. En Italia á cualquier cosa se llama Hotel y de aquí que ningún pueblo, por mezquino que sea, deje de tener uno ó dos que no pasan de ser pobres hosterías con pocas vitualias y muchas moscas. La llegada de forasteros constituye un acontecimiento: son seguidos á todas partes, constituyendo objetos de la mayor curiosidad, pero justo es decirlo sin que se les dirija ni una burla, ni una palabra ofensiva: en cambio todos piden, pero poco, el que más cinco céntimos. Los muchachos procuran ganarlos, y uno se apodera de la caja de colores, otro de la silla, otro del caballete, y siguen y escoltan al pintor como si fueran su sombra.

No tarda mucho en encontrarse un precioso fondo que en el día de mañana servirá para formar un cuadro de mérito; se busca punto de vista, se escoge asiento, si no se lleva, en lo cual hace falta gran cuidado, pues las distracciones suelen ser fatales, se olvidan los olores que vician la atmósfera, se prescinde de todos los ruidos, se hace caso omiso de la gente que circunda y manos á la obra. En tanto que el artista la ejecuta el espectador tiene á la vista un graciosísimo cuadro. El pintor desaparece entre hombres, mujeres y muchachos, que lo rodean haciendo mil comentarios y sosteniendo animada conversación con los convecinos que pueblan ventanas y agujeros, atraídos allí como si fuera á darse el más divertido espectáculo; todos manifiestan sustos y sobresaltos pensando que van á ser retratados: hay carreras y atropellos, los niños se caen y lloran con voces que serían envidiadas por muchos artistas líricos, las madres gritan, y todo es confusión y barullo motivado por el artista. Este, entretanto, prosigue su obra, si es que no ha venido á terminarla un jarro de agua ó de otra cosa peor, sin que su atención pueda concentrarse sin embargo: á uno y otro lado le acechan chicos de mirada traviesa que esperan la ocasión para meter un dedo en la paleta y lleno de color correr tras sus semejantes para pintarles la cara, lo cual produce nuevas escenas; el pintado llora, su madre acude y todos reniegan del pintor que á tales cosas dió lugar.

Así, los que por cualquier causa no pueden salir de la provincia romana, estudian y realizan trabajos de los que pueden conseguir buenos resultados, según la habilidad con que vean aquellos sitios y aquellos personajes que sólo allí pueden ser estudiados.

No faltan tampoco en algunos de ellos monumentos dignos de un detenido estudio, monumentos que sólo por ellos se podría hacer el viaje. Aparte de los antiguos castillos baroniales que tan perfectamente conservan el recuerdo de agitados tiempos, aparte de alguna que otra iglesia en que pueden estudiarse importantes frescos, la provincia romana tiene uno de los principales monasterios de la cristiandad primitiva, sede de uno de los descubrimientos de que más orgullosa puede mostrarse la humanidad.

Sobre Subiaco, más arriba de las antiguas termas de Nerón, de las que aun se conservan ruinas, se alza el primer monasterio fundado por San Benito, fundador de una orden á la que las letras deben mucho y no poco las ciencias. En este convento, edificado casi en la cumbre de abrupta montaña, allí donde se llega con trabajo, se estableció la primera imprenta de Italia y sus primitivas prensas dieron á luz la notable y estimada edición del Lactancio que se remonta al año 1456. Allí, donde á una han trabajado la naturaleza y el arte, se ven importantes frescos lo mismo por la época á que se refieren que por los asuntos que representan; obras de una edad en la que el arte moderno se hallaba en su infancia, no hay en ellas ni perspectiva, ni dibujo, ni perfecto conocimiento de la paleta, y sin embargo, se deducen de ellas estimadísimas enseñanzas que ningún artista puede dar al olvido.

Más que la Romagna se presta la Toscana para realizar estudios artísticos, que, francamente hablando, sólo allí pueden llevarse á cabo. Las obras inmortales que tanto abundan en aquella parte del suelo italiano, harán eterno el nombre de los Médicis. Lo más extraordinario es que apenas si hay en toda ella una ciudad que deje de tener elementos para que un artista consuma en ella bastante tiempo dedicado al estudio. No hablaremos nada de Florencia, pues es mucho lo que acerca de ella se ha escrito; sus inmensas galerías han sido perfectamente estudiadas lo mismo que sus numerosos frescos, su esplendente arquitectura y su clásica estatuaria. Serán pocos los que no hayan leído prolijas descripciones de aquella admirable galería Pitti, cuya tribuna contiene lo que en todo el mundo no podría encontrarse; allí hay una de las dos Venus que se dividen el imperio del mundo artístico; allí están los clásicos luchadores, el afilador inimitable y el sátiro danzante: todos los muros se ven tapizados de cuadros que son verdaderas joyas, las mejores obras del Tiziano y de Rafael, los cuadros que á tantos y tantos han hecho inmortales.



TIPO DE UN BERBERISCO, cabeza de estudio de W. Genz

La Piazza della Signoria en Florencia es un verdadero museo: á un lado el Palazzo Vechio, suntuoso monumento, testigo de la grandeza de la República florentina, al otro la tan celebrada logia de Orgagna, curiosísima arca donde se conservan entre joyas de grandísimo valor las inapreciables *El rapto de las Sabinas*, de Juan de Bologna, y *el Perseo*, de Benvenuto Cellini. Acá y allá, en distintos monumentos, hay frescos que siempre se estudiarán con fruto, debidos á Boticelli, Andrea del Sarto y otros maestros que nunca dejarán de ser modelos. En aquella Galería de Bellas Artes hay una verdadera historia de la pintura: allí se ve lo mejor de Cimabúe y Giotto, lo más notable de Fra Angélico y Filippo Lippi; allí campea también la admirable academia que se llama el David de Miguel Angel, artista gigante que en Florencia puede estudiarse mejor que en ningún otro lado, que allí están las tumbas de los Médicis, obra gigantesca para la cual puso á contribución su genio, hallando seguramente que los medios eran superiores á las exigencias.

La torre inclinada de Pisa, ha dado á la república rival de Génova un nombre que nadie olvida. Ciudad duramente vituperada por Dante que la hizo responsable de la inaudita desgracia del Conde Ugolino, puede formar escuela con los monumentos que atesora. En la misma plaza donde se halla la famosísima torre que sirvió á Galileo para sus experimentos, se encuentra el Duomo con sus ricos mosaicos, el Baptisterio con su atrevida cúpula y su filigranado púlpito, uno de los tres que han contribuído á la celebridad de Giovanni il Pisano y el célebre Campo Santo, museo de pinturas y esculturas, archivo de tradiciones y centro de recuerdos.

Menos nombradas, pero relativamente de tanta importancia artística, son Orvieto y Siena, cuyas catedrales son famosas en todo al mundo: en la primera está la célebre



EL VIAJERO G. SUCCI EN LA SALA DE EXPERIMENTO EN SU 28.° DÍA DE AYUNO



MARCHA DE WALLENSTEIN Á EGER, cuadro de Piloty



BARQUEROS DEL PUERTO DE BARCELONA, copia del cuadro de Dionisio Baixeras (Premiado con mención honorífica en el último *Salón* de París)

capilla llamada de Signorelli, donde hay frescos que pueden ser citados como precedentes de los de Miguel Angel. El Duomo de Siena es célebre por todo, hasta por su pavimento que es un preciadísimo mosaico: allí se encuentran las mejores obras del Pinturichio, importantes obras del Donatello y el más completo de los púlpitos ideados por Juan de Pisa.

Si el temor á los fuertes calores que se dejan sentir en la Toscana, aleja de ella al artista, haciéndole buscar costa fresca, allá está la del risueño Adriático, sobre el que se alza la sin par Venecia. Su Basílica de San Marcos es un museo; sus calles y sus canales son admirables, sus iglesias suntuosas. Allí el Carpacio y Tiepolo han dejado sus mejores producciones, y estos recuerdos artísticos, al par que los tradicionales que se avivan en la mente viendo el Palazzo de la Signoria, las Prisiones y el Puente de los Suspiros, mueven la mente del artista y le llevan á la creación de notables obras.

En casi todos los puntos que hemos enumerado, se hallan hoy artistas españoles: allá fueron guiados por las mejores intenciones y con toda el alma les auguramos los más plausibles resultados.

A. FERNÁNDEZ MERINO



TORPEDEROS AEROSTÁTICOS, inventados por el aeronauta alemán Jorge Roden

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR D. J. TOMÁS SALVANY

(Continuación)

Ahora bien, si el diablo, como aseguran, saltó, con alguien más, por la ventana, debió de ser en el momento de yo bajar y de llamar á nuestra puerta. ¿Le viste tú?

– Ni en sueños.

– Vamos á ver, ¿por qué te encerraste?

– Ya te lo dije, hombre, porque tenía miedo.

– ¿Y por qué no abriste en seguida?

– También te lo he dicho, estaba dormida y no te oí. ¿No me encontraste recogida?

– ¿Sola?

– ¡Qué cosas tienes! ¡Vaya una pregunta!

– Es singular...

Don Ramón permaneció meditabundo, sin que pudiera asegurarse si había notado ó no la turbación de su mujer. Sólo más tarde, en sueños, pudo oírsele esta frase:

– ¿Se habrá realmente metido algún diablo aquí?

A la mañana siguiente, obedeciendo á una de sus mil genialidades, manifestó deseos de testar.

– ¿Estás loco? – le dijo su mujer.

– Nada de eso; anoche contraje una deuda sagrada con el doctor y quiero pagársela como Dios manda. Ya llevo á la cola medio siglo, podría morirme...

– ¡Si no hay notario en Alcornocal!

Iremos á Peñalta.

– Pero ¿á qué tanta premura? Dentro de un mes estaremos en Madrid.

– ¿Tú sabes, chica, lo que puede ocurrir en un mes?

– ¡Dios mío, me asustas!

– Lo dicho, mañana veré al notario de Peñalta; no se hable más del asunto.

Y dicho y hecho: al otro día D. Ramón se dispuso al corto y penoso viaje por aquellos vericuetos. Su esposa, por razones fáciles de adivinar, quiso acompañarle. En cuanto al gomoso, prefirió quedarse en Alcornocal cortejando á las palurdas, semejante al gastrónomo hambriento que, no pudiendo comer faisán, se resigna á comer gallina.

La villa de Peñalta, cabeza del partido, contaba cien fuegos y estaba situada á una legua de Alcornocal, al otro lado de las montañas. Allí, acompañado de Rosario, fué don Ramón á otorgar su testamento. Como no tenía hijos dejó heredera universal á su mujer, excepto algunas mandas de más ó menos cuantía á sus amigos y parientes, entre los cuales se contaba Enrique. El testamento, entre otras, contenía la cláusula siguiente:

«Profundamente agradecido á la cariñosa solicitud de don Benito Portela, médico de Alcornocal, quien por salvar mis días tuvo la abnegación de sacrificar el soberbio orangután, llamado con notable acierto la perla de su colección zoológica, lego á dicho señor médico, cuantos muebles, útiles y ejemplares de los tres reinos naturales se contienen en el desván número dos de mi casa, nombrada el palacio, en el susodicho lugar de Alcornocal. Item más: si yo falleciere en el dicho pueblo de Alcornocal, durante la presente temporada, es mi voluntad que el dicho señor médico D. Benito Portela, no entre en posesión de este legado hasta el año preciso de mi fallecimiento, sin quitar ni poner día, y que esta toma de posesión se verifique con toda solemnidad en presencia del señor alcalde, del padre cura y demás personas de viso y de no viso del dicho Alcornocal, con asistencia de mi esposa y heredera universal doña Rosario Ortega del Soto y demás parientes y amigos sobrevivientes que gustaren concurrir al solemne acto, para que así el dicho don Benito Portela, mi heredero, pueda rendir á todos ellos, si otra vez se la exigieren, cuenta exacta del diablo. Item más: es también mi voluntad que el desván arriba dicho permanezca cerrado precisamente hasta el día y hora en que la toma de posesión se verifique, á cuyo efecto nombro custodio de su llave á D. Dimas Lobezno, notario de Peñalta, redactor, autorizador y depositario legal del presente documento.»

—Lo dicho, está loco mi marido, – pensó Rosario al enterarse de esta cláusula.

VIII

No volvieron á oirse voces ni ruidos extraños en el desván de D. Ramón. Este último, lejos de encerrarse en él, concurrió todas las noches á la tertulia del médico, se hizo un tresillista consumado, ocupóse del rendimiento y mejora de sus fincas rústicas, perdonó á sus colonos una buena parte del arrendamiento, cosa que, siendo D. Ramón el primer terrateniente de Alcornocal, sirvió de gran alivio á la población, y por último, para convencerles de que nada sobrenatural existía en el palacio, dió en el salón del mismo un opíparo banquete á cuantos alcornocaleños quisieron asistir, con gran escándalo de Rosario, que seguía tildando de loco á su marido, y del gomoso, que amenazó con regresar á Madrid, si le obligaban á codearse con aquellos palurdos.

Después del banquete, que él en persona había presidido en señal de gratitud por haberle sus comensales libertado del espíritu maligno, el señor de Soto, llamando aparte al labriego Cosme, le dijo estas palabras:

– Tú fuiste quien me tiró la piedra desde el almezo.

– No, á V. no, se la tiré al diablo.

– Muy bien hecho. Ya te he perdonado la mitad del arrendamiento de este año.

– El señor es tan bueno...

– Te perdono la otra mitad si me contestas á una pregunta. ¿Nos viste saltar al espíritu y á mí por la ventana?

Sí, señor, estos lo miraron; que no vuelvan á ver la luz si miento.

– ¿Por qué ventana saltamos?

– Por la del piso principal.

– ¿La que está debajo del desván?

– No señor, la otra, la primera á mano derecha, conforme mira V. al barranco.

– ¿Estás seguro?

– Como de que estos ojos se los ha de comer la tierra.

¿Pero V., que fué quien saltó, no lo recuerda?

– Ni una palabra; entonces yo estaba poseído del diablo, y al volver á ser quien soy, lo he olvidado todo.

El labriego abrió unos ojos como puños.

– Está bien, – concluyó D. Ramón, – lo prometido es deuda, sólo te encargo el secreto.

Cosme se frotó las manos de gusto.

Así que el señor de Soto se vió á solas, meditó un momento.

– Es indudable, – dijo, – no pudo suceder otra cosa. ¿Me créen brujo? Mejor que mejor, lo soy y lo seré... ¡Ah, qué idea! Sí, será una venganza póstuma... Pero ¿y mi honor?... ¡Bah! no tengo hijos, entonces habré muerto, ¿qué importa lo demás?

Aquella noche subió al desván breves momentos y volvió á bajar, guardándose la llave. En seguida llamó al gomoso, habló con él durante media hora, de cuya conversación resultó que á la mañana siguiente el pisaverde, pretextando la urgente necesidad de apercibirse para las próximas carreras de caballos, á las cuales no podía faltar en modo alguno, ensilló el mejor caballo de su primo y montado en él se dirigió á Peñalta, donde tomó la diligencia de la tarde hasta la próxima estación de la vía férrea, esperando en ella el tren que había de conducirle á Madrid.

A los ocho días en Alcornocal ya nadie daba el menor crédito á las supuestas brujerías de D. Ramón, y si se lo daban, ó no se atrevían á manifestarlo ó lo habían olvidado por completo. Sólo el cabezudo Blas decía de cuando en cuando á sus amigos:

– Apostaría mi vaca contra un mal carnero; aquel novillo no pudo matarlo hombre nacido de madre cristiana.

– Pues ¿quién crees tú que lo mató?

– El brujo ó el diablo, que viene á ser lo mismo.

Mas entonces saltaba Cosme con estas palabras:

– Desengáñate, Blas, somos unos palurdos; nunca ha habido brujo ni diablo en Alcornocal, lo sé de buena tinta.

– ¡Cómo! ¿No los viste tú desde el almezo?

– Ví visiones; era D. Ramón, hecho un herbolario.

– ¿No saltaron los dos por la ventana? ¿No les dimos á los dos una paliza?

– Cayeron hierbas y trapos inútiles, apaleamos á la luna.

– Y ¿lo que el doctor nos arrojó á la plaza?

– Fué un diablo de mentirijillas para reirse de nuestra buena fe.

Y Blas y Cosme callaban, y los dos permanecían pensativos, y ni uno ni otro quedaba convencido ni de lo que decía ni de lo que escuchaba.

IX

Llegó el día de San Cosme y San Damián, patrones de Alcornocal, cuyos vecinos estaban dispuestos á celebrar la fiesta con la solemnidad y el esplendor que sus recursos permitían. D. Ramón, si antes había echado al diablo esta vez echó la casa, el palacio, mejor dicho, por la ventana, proporcionando á los alcornocaleños toda suerte de recursos para el mayor lucimiento de la gran festividad del pueblo, y sobre todo para hacer en lo posible la debida competencia á los de Peñalta, los cuales les tiraban siempre al degüello en materia de festejos y diversiones. El alcalde, por su parte, había puesto en juego todos los resortes sometidos á su autoridad, contratando, además, con cargo á los fondos del municipio, un brillante ramillete de fuegos artificiales, obra no del pirotécnico de Peñalta, cuyas pretensiones eran insolentes, sino del de Riaclara, otra importante villa de las cercanías, el cual sobre exceder en mérito al primero, no trataba de exprimirles el jugo como á un limón. El señor cura, celoso como nadie del culto debido á los santísimos patronos del lugar, ya llevaba muchos días ocupados en dar felices disposiciones, con objeto de que el templo y las ceremonias religiosas fuesen dignas de aquellos moradores celestiales. No sólo la plana mayor del pueblo, sino hasta sus vecinos más humildes, todos habían hecho un esfuerzo con el mismo objeto, cada cual según su esfera y sus posibles. El albéitar, amén del sacrificio metálico de rúbrica, habíase brindado á redactar el programa de los festejos, que era de lo más variado y escogido que en Alcornocal se conocía. Véase si no en extracto.

Desde la víspera quedaba terminantemente prohibido trabajar, ni armar quimera, ni entregarse á ninguna ocupación que no fuese el esparcimiento y la alegría; por la tarde, al son de gaitas y tamboriles, recorrería la plaza y calles de Alcornocal una tarasca, restaurada al efecto, que se guardaba en los sótanos de la casa Consistorial; á primera hora de la noche, se cantarían solemnes vísperas, con asistencia de todo el vecindario, por el cura del lugar y otros dos que, acompañados del debido servicio y personal, vendrían de Riaclara; después de vísperas se encenderían hogueras, disparándose algunos cohetes y bailándose en la plaza á la luz de los hachones. Durante el día de la gran festividad, al rayar el alba, gaitas, tamboriles y tarasca empezarían á recorrer la población, despertando á los vecinos; á las diez de la mañana, celebración y audición de la misa mayor, cantada con solemnidad digna de los santísimos patronos; á mediodía ruidosa salva de morteretes en la plaza pública; á las tres de la tarde cucañas en el mismo punto, á las cinco una lucida procesión sirviendo de acompañamiento á las benditas imágenes de San Cosme y San Damián, cuyo curso sería el siguiente: salida de la iglesia á la plaza, calle Mayor hasta el final, torciendo luego á la izquierda, por la ronda del barranco, y regreso á la plaza y templo por la calle del Alcornoque. A las ocho de la noche disparo y quema del consabido ramillete de fuegos artificiales; á las diez gran baile en el lujoso entoldado dispuesto al efecto en el ancho baldío situado á la salida del pueblo, junto á la embocadura de la calle Mayor. En cuanto al tercero y último día, continuarían los festejos bajo igual ó parecido pie, excepto la procesión y la misa mayor, con cucañas, bailes y otras diversiones á juicio, discreción y posibles de los vecinos.

Este programa se cumplió en todas sus partes con algunas adiciones: las ventanas amanecieron colgadas desde muy temprano con el damasco y la percalina que sirvieran, si no de hecho de intención, para capear al novillo que matara Enrique; cubrió el piso de las calles una alfombra de hierbas aromáticas y floridas, tales como retama, jeringuilla, tomillo y orégano, y en más de dos portales viéronse improvisadas capillas, adornadas de ramas de boj y de alcornoque, en honor de San Cosme y San Damián. Durante las primeras horas de la tarde del gran día hasta la de la procesión, ni la gaita ni el tamboril, ni los ligeros pies de los jóvenes aldeanos de ambos sexos tuvieron punto de reposo en la vecina era, debiéndose añadir á esto que muchos pollos y conejos, acompañados de alguno que otro corderillo, corrieron y triscaron con gran susto á lo largo de la calle Mayor, huyendo del cuchillo y de la olla en que trataban de enterrarles, y al fin les enterraron, las desalmadas comadres. De la procesión dijeron los ancianos más autorizados no haber visto ni oído otra igual en los días de su vida. Los fuegos quemados en la plaza poco antes de las ánimas, con sus caprichosas combinaciones de colores, con sus voladores cohetes elevados á considerable altura á manera de gigantescos surtidores de fuego, despertando con sus detonaciones aéreas los dormidos ecos de aquellas montañas y deshaciéndose en grupos de luces ó en cascadas de centellas, arrancaron tantos y tan diversos gritos de entusiástica sorpresa, que no parecía sino que rayaba en tormento el inefable placer de cuantos los presenciaban.

Con tales antecedentes no será maravilla decir que cada vecino de Alcornocal rebosaba en felicidad por sus cuatro costados, al acercarse la hora del gran baile que iba á darse en el lujoso entoldado, para competir con el cual ni los de Peñalta, ni los de Riaclara, ni los de población alguna de las cercanías se verían con alientos. Este entoldado era no sólo la obra maestra, sino la piedra angular de los castillos que en el aire levantaba la soberbia de aquellos aldeanos. Situado en un extenso terreno baldío, á la derecha del pueblo conforme se salía de él por la calle Mayor, medía un espacio de cien metros en cuadro por diez de altura, siendo capaz para toda la población de Alcornocal, sin distinción de sexos, ni aun de especies. Cerrábanlo por todos lados anchos lienzos de tela de cáñamo, sujetos á formidables mástiles por medio de argollas y cuerdas; por fuera remataba en ángulo diedro sobre cuya arista central, como sobre las laterales, ondeaba al viento un bosque de gallardetes; por dentro cubría el techo un cielo raso de blanco lino, del cual pendían muchas y cristalinas arañas pobladas de bujías entre un mar de tules ondulantes, en tal disposición, que recordaban las bambalinas de un teatro; las paredes, tapizadas de la misma tela adornada con simétrica profusión de hojas de laurel prendidas con alfileres, parecían abrir á los concurrentes los brazos de muchos y muy luminosos candelabros entre los cuales veíanse espejos, multitud de cuadros con estampas de gran tamaño, representando en revuelta confusión al general Espartero y al conde de Montemolín, á Cabrera y á Riego, en compañía de muchos otros varones por diferentes conceptos más ó menos populares. Alrededor del salón, desde el suelo hasta el techo, veíanse bancos dispuestos á manera de gradas con sus correspondientes pasillos; al pie de ellos, palcos con flamantes sillas de pino y enea, y delante de los palcos largos y estrechos divanes, forrados ora de percalina, ora de damasco de algodón. En un ángulo, entre unas y otras gradas, dominándolo todo, alzábase una desahogada tribuna con atriles y colgaduras, destinada á los músicos, á la cual se subía á derecha é izquierda por sendas escaleras de palo con alfombrillas. Por último, entrábase en el salón por una ancha puerta de madera vestida de papel pintado, ceñido el marco de vasos de colores que relumbraban á lo lejos entre la oscuridad del campo y sobre cuyo dintel destacábase, entre un grupo de banderas y gallardetes, el escudo del lugar, cuyas armas se componían de un gorro colorado sobre cuatro varas de alcornoque en sentido horizontal, y al pie de ellas una reja y un rastrillo cruzados en forma de aspa. Al entrar, los piés se hundían en la abigarrada alfombra que cubría el piso del salón, adquirida á costa de grandes sacrificios en el mejor y más acreditado almacén de Riaclara.

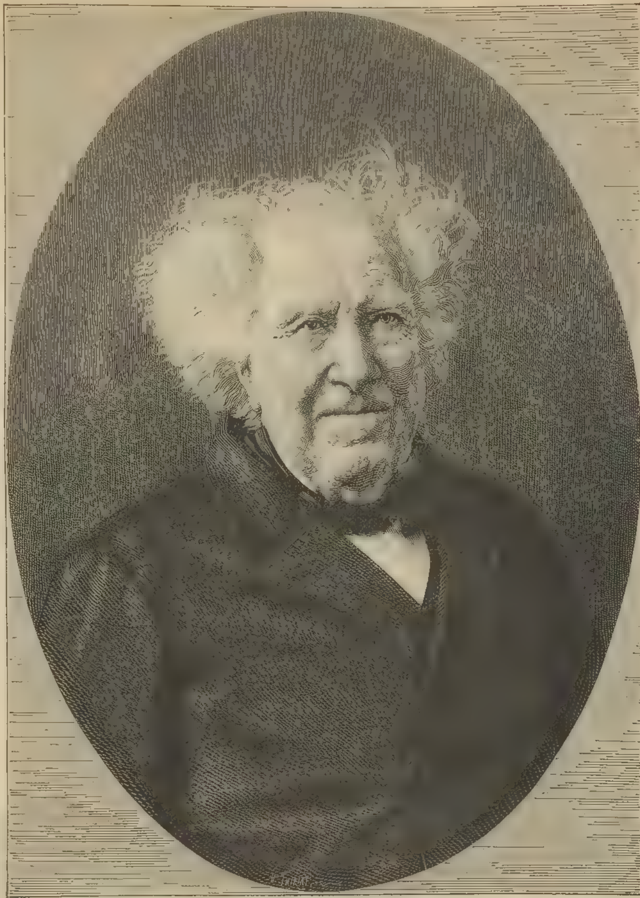
Al contemplar, radiante de júbilo, el salón en todo su esplendor:

– Muchas arrobas de pan han de comer los de Peñalta si quieren presentar otro entoldado como éste, – había dicho Blas á cuantos quisieron oirle.

Y todos, inclusos el alcalde y el albéitar, habían opinado que, á pesar de su ignorancia, Blas era un hombre de muy buen sentido.

Mediaba la noche. La luna, ya metida en su menguante, no brillaba en el cielo; empero, como si San Cosme y San Damián, sin contravenir á las leyes que rigen los mundos, hubiesen querido hacer algo en pro de sus patrocinados, la bóveda celeste estaba tachonada de estrellas, como las paredes del entoldado de hojas de laurel. En los alrededores de éste reinaba gran animación, sostenida por los concurrentes á varios puestos de bebidas, consistentes en otras tantas mesas con blancos manteles sobre los cuales se veían, á la luz de sendos faroles, en fuentes, potes, vasos y botellas, fiambres, pastas, dulces secos, aguardiente, vinos y licores, que á precios módicos expendían sus respectivos industriales. La plaza y la calle Mayor, sumamente concurridas ambas, en ausencia de la luna, se hallaban alumbradas aquella noche con espléndidos hachones, colocados á distancia conveniente unos de otros, cuya disposición venía á ser la de varios rústicos braseros fijos en lo alto de unos mástiles embutidos en el suelo. Los acordes de la orquesta, numerosa y escogida, sonaban á gran distancia, confundiéndose con el canto de los grillos.

En el salón se bailaba con la frenética impaciencia de quien sabe por instinto que no dura en la vida el tiempo alegre. Aquellas rústicas parejas de morenos semblantes manando sudor como botijos traídos de la fuente, luciendo sus abigarrados trajes de seda, crespón y terciopelo, saltando confusamente en todas direcciones, semejaban un inmenso mosaico en movimiento. Las gradas y divanes se hallaban en su mayor parte llenas de curiosos espectadores ó de bailadores fatigados. En un palco veíase á D. Ramón, con tranquilo continente, acompañado de Rosario y del médico; en otro estaban el albéitar, el boticario y el alcalde, rodeados de sus respectivas familias, haciendo animados comentarios relativos á tan brillante fiesta; hasta el mismo señor cura, vestido de paisano y



MIGUEL EUGENIO CHEVREUL, eminente químico, nacido en Angers el 31 de agosto de 1786

conversando á intervalos con el maestro de escuela, modestamente sentado en un rincón, con bondadosa sonrisa, parecía gozarse en la contemplación del honesto esparcimiento á que se entregaban sus feligreses. En el centro del salón, luciendo sus mejores ropas, cubiertos de sudor, brillándoles el cabello cuidadosamente peinado, con rojos claveles detrás de la oreja y entregados á un momento de reposo, conversaban con desusada animación Blas, Isidro, Cosme y otros compañeros.

– ¿Dónde se ha visto un baile como éste? – preguntaba Isidro.

– En ninguna parte, ni en Peñalta, – respondía Blas.

– Me río yo de los de Peñalta, que vengan y verán, – añadía otro.

– Pues ¿y los fuegos?

– ¿Y la procesión?

– ¿Y las cucañas?

– El señor alcalde, eso sí, tiene gusto para estas cosas.

Gusto y voluntad, porque sin ella no se hace nada.

– ¿Creéis que los señorones de la corte, de quienes nos hablaba tanto el petimetre, armarán un entoldado mejor, ni se divertirán como nosotros?

(Continuará.)



VÍA LIBRE, dibujo de J. Echena, grabado por Sadurní

UN INVENTO PRODIGIOSO

II

LA MULTIPLICACIÓN DEL CALOR

Cómo se multiplica el calor.—Calor sin combustible.—Los torrentes y ventiscas; medios de calefacción.—Los fogones de las ciudades del porvenir.

Prestaron atención los europeos á la relación del norte-americano, anhelantes por descifrar el extraordinario enigma que sus palabras envolvían.

Mister Koppel, con gran calma y aplomo habló de esta manera:

– Sabido es, señores, que el calor que generalmente obtiene el hombre y el que aprovecha, es el producido por los cuerpos combustibles al arder; y de todos los cuerpos combustibles el carbón es el más conocido y empleado. Un kilogramo de carbón produce al quemarse unas siete mil unidades de calor ó calorías; de modo que el procedimiento de calefacción más económico y más cómodo sería aquel por el que se consiguiese que las siete mil calorías producidas pasasen al ambiente que se trate de calentar sin que experimentasen la pérdida más insignificante.

– Es evidente, – dijeron á una voz los extranjeros.

– Pues no, señores, – replicó en seguida el norte-americano, – hay otro procedimiento más perfecto y económico todavía, con el cual se consigue que por cada kilogramo de carbón que se queme produciendo siete mil calorías, pasen al aire ambiente que se trata de calentar, no sólo las siete mil calorías íntegras, sino ocho ó diez veces esas siete mil calorías.

– Pero es asombroso, sino fuera imposible, – manifestaron los interlocutores de Mister Koppel.

– Asombroso, sí, – contestó éste, – imposible no. Y ustedes se convencerán. Figúrense que á un depósito A se hace llegar aire ambiente y que allí se enrarezca dilatándose mucho. A medida que vaya ocupando cada vez espacio, el aire se irá enfriando porque tiene que absorber el calórico necesario para efectuar el trabajo de la dilatación. Pero este enfriamiento es pasajero, porque el aire frío contenido en el depósito A, va poco á poco tomando la temperatura del depósito y demás objetos que le rodean, hasta tener la misma temperatura que todos ellos.

Si entonces, por medio de una bomba aspirante-impelente, se absorbe el aire enrarecido del depósito A, y se hace pasar á otro depósito B, y en éste se comprime, desprenderá dicho aire el calor antes absorbido. Se ha efectuado, pues, un trasporte de calor de A á B, habiéndose empleado para ello el trabajo mecánico que representa el funcionar de la bomba. Esta cantidad de trabajo depende de la diferencia de temperatura que haya de existir entre los dos depósitos A y B. Si el exceso de temperatura que el segundo ha de tener sobre el primero es de 15°, la cantidad de calor trasportada es próximamente *veinte veces mayor* que la cantidad de calor equivalente al trabajo necesario gastado. Si, pues, se supone que el aire que entra en el depósito A, es el aire ambiente y que el referido depósito A está sumergido en el agua de un río á temperatura de 15°, por ejemplo, sucederá que el aire al dilatarse y enfriarse se empezará después á calentar á expensas del calor del río que rodea al depósito, hasta ponerse á la misma temperatura que éste (ó sean los 15°); y si después, por medio de una bomba aspirante-impelente se recoge el aire dilatado pero ya á los 15° de temperatura, y se inyecta y se comprime en B hasta que adquiere 15° más de temperatura, resultará dicho aire á 30°; de modo que si se inyecta en un edificio se tendrán en éste corrientes de aire caliente á 30° ó poco menos. ¿Y qué combustible se habrá consumido para lograrlo? pues simplemente el que se necesite gastar para mover á vapor la bomba que efectúe el trabajo de aspiración é impulsión del aire.

Y como el trabajo que se necesita absorber es $^1/_{20}$ de la cantidad de calor trasportado, resulta que no es menester emplear más que $^1/_{20}$ de la cantidad de carbón que se necesitaría consumir para obtener la misma cantidad de calor por combustión directa. Es claro que las máquinas de vapor no trasforman en trabajo más que la décima parte del calor que reciben; pero así y todo, como esta décima parte es el doble de un veinteavo se advierte que por este procedimiento se utiliza doble cantidad de calor que la que se obtendría quemando simplemente el carbón dentro de la atmósfera que se trata de calentar y aprovechando absolutamente todo el calor producido; y como todo esto en la práctica no se consigue, sino que, por el contrario, sólo puede utilizarse una fracción del dicho calor trasportado desde el depósito A al interior del edificio que se trata de caldear, será cuatro ó seis veces mayor cuando menos que la que se obtendría quemando en el interior del edificio todo el carbón que se gastara en hacer funcionar la bomba.

Al acabar de hablar Mister Koppel, los viajeros no saben qué decir y se miran unos á otros con gran sorpresa. La explicación del norte-americano les ha dejado completamente satisfechos y asombrados á la par. El razonamiento no tenía vuelta de hoja. El misterio quedaba claro como la luz del día.

– Pero aún hay más, – añadió en seguida el dueño del maravilloso palacio. – Como la bomba que aspira el aire no necesita ser movida á vapor, sino que puede serlo por otra fuerza cualquiera, yo no necesito ni un gramo de combustible para caldear mi casa con el aire caliente, que tan grato nos es en este momento, en este crudo día de invierno.

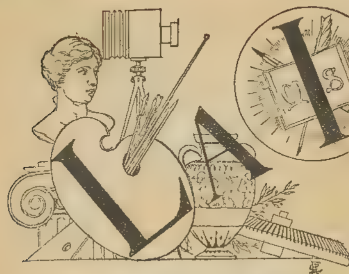
– ¿Pero cómo es que no gasta V. nada de combustible? – preguntaron los visitantes.

—Nada absolutamente. En la cercana sierra hay grandes saltos de agua que representan gran cantidad de fuerza útil; esta fuerza la hago obrar sobre máquinas dinamo-eléctricas reversibles y la trasformo en corriente eléctrica y la trasporto, como los partes telegráficos, hasta mi casa. Esa corriente eléctrica, vuelta á trasformar en fuerza en mi domicilio por medio de otra máquina dinamo-eléctrica, es la que hago actuar sobre las bombas, y éstas efectúan así su trabajo sin gasto alguno de combustible. Es verdad que el trasporte eléctrico consume la mitad de la fuerza útil que el agua desenvuelve al caer ó el viento al soplar, pero esto no me importa, porque esta fuerza abunda y la encuentro gratis. También utilizo como primera fuerza motriz, trasportándola igualmente, la fuerza impulsiva del viento que sobre aquellas altas mesetas siempre sopla. De modo que ahora mismo, esas ventiscas de aire frío que azotan las ventanas y hielan al transeunte por la calle, son las que producen el trabajo que origina el calor que por estas galerías circula.

Vean Vds., pues, si es cierto todo lo que decía. Ni gases deletéreos, ni peligros de incendio, ni gasto de combustible. Y en cuanto á economía, no es posible más; la naturaleza lo suministra todo; el viento y el agua corriente me dan el calor necesario sin gasto de combustible y el trabajo necesario para efectuar su trasporte hasta estas galerías y salones. Mis fogones están, pues, en las fragosidades de la sierra!

DOCTOR HISPANUS

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 4 DE OCTUBRE DE 1886 — NUM. 249

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA MUERTE DE LA ABUELA, cuadro de Carlos Becker

El y ella se casaron, tuvieron hijos, trabajaron siempre; casóse el hijo ó hija, y el nuevo matrimonio no paró hasta ser dueño de la reducida hacienda de sus padres. Los viejos, cansados de trabajar, de luchar y de tener que pagar el censo que la finca debe al señor de cuyo dominio forma parte, la contribución que exige el recaudador del gobierno, la que se ha de satisfacer á la parroquia, al municipio y á la escuela, hicieron donación al heredero ó heredera casados, reservándose una mísera casucha ó una cuadra en la misma casa y un huertecito para su propia manutención. El anciano pasó el primero á mejor vida; ahora le ha seguido al otro mundo, sin siquiera recibir en sus últimos momentos los consuelos de la religión, la que fué su compañera en esta vida. Cuando el hijo, la nuera ó algún nietecito observen que la puerta del chiribitil de los abuelos continúa cerrada, la abrirán y verán que ha muerto también la vieja, y podrán disponer del chiribitil y del huerto minúsculo que bien ó mal ella cultivaba.

Carlos Becker nació en Berlín en 1820. En 1843 hizo un viaje á París y á Italia donde pasó tres años; y en 1853 se trasladó á Venecia donde aprendió á ser pintor, es decir, algo más que dibujante. A él se debe el cultivo del colorido moderno, y los asuntos de sus cuadros son de un género más elevado que el hasta entonces puesto en práctica por los artistas de Berlín.

UN VETERANO DE FLANDES, dibujo de L. Roca

Cada nuevo dibujo que publicamos de nuestro joven y distinguido compatriota es una prueba de sus crecientes aptitudes para el difícil arte á que se ha consagrado con el entusiasmo de un verdadero artista; es evidente muestra de que se dedica incansable al estudio, recogiendo de él frutos más y más lisonjeros.

El veterano que hoy reproducimos no es mero engendro de la fantasía del señor Roca; antes al contrario, ese tipo debió ser positivamente el de aquellos indomables soldados cuya mejor apología consistía en estas palabras: «He peleado en Flandes:» es el tipo del hombre avezado á las luchas en extrañas tierras, del guerrero para quien «el descanso es pelear» y que lleva impreso en su fisonomía la experiencia de la guerra y el desprecio de la vida.

Creemos que nuestros favorecedores unirán su aplauso al que sinceramente tributamos al señor Roca.

LA LUCHA, cuadro de Franz Defregger

El autor de este cuadro puede envanecerse de dos méritos á cual más digno de encomio: el de ocupar hoy un puesto preeminente entre los artistas alemanes como profesor de la Academia de Munich, y el de haber llegado á ocuparlo, nuevo Giotto, desde la humilde condición de pastor y labriego. Nacido en el Tirol austriaco, é hijo de un humilde campesino, desde muy niño se reveló en él una marcada afición á las bellas artes, que le indujo á abandonar sus rudas tareas para consagrarse por entero á la pintura. A fuerza de constancia, de estudio y de privaciones, logró perfeccionarse en este arte y que sus obras fueran premiadas en diferentes concursos. Estas representan por lo general escenas de su país natal, y una de ellas es la que reproducimos en nuestro grabado y que se distingue por la vida y movimiento que en él campea, por la naturalidad de todas las figuras, en especial las de los dos luchadores, perfectos tipos de los robustos montañeses del Tirol, y por el ambiente de localidad que parece reinar en todo el cuadro.

CASTILLOS EN EL AIRE, dibujo de M. Stone

Apostaríamos doble contra sencillo á que la mayoría de las muchachas que contemplen el bonito dibujo del artista inglés dirán para sus adentros que éste las ha sorprendido en uno de esos momentos en que casi todas, por no decir la generalidad, se abstraen sin darse cuenta de ello, forjando las doradas ilusiones de los verdes años, haciendo lo que suele llamarse *castillos en el aire.* ¡Es tan natural y sobre todo tan grato en la edad juvenil trazarse un porvenir risueño y en el que se vean realizadas las más halagüeñas aspiraciones! El dibujo de Stone no puede ser un trabajo hecho de memoria, sino un verdadero retrato; de otra suerte no habría podido hacer que traslucieran á las bonitas facciones de esa doncella los pensamientos que la ocupan, no habría podido lograr que se adivinara desde luego que su mente vaga por los espacios donde se fabrican ilusiones á cuenta de ulteriores y amargas decepciones.



LA MUERTE DE LA ABUELA, cuadro de Carlos Becker

DESPUÉS DEL TRABAJO, cuadro de O. Gunther

Terminadas las diarias faenas y después de reparar las fuerzas con una modesta cuanto bien ganada cena, se han reunido esos cinco amigos, el más joven de los cuales debe contar sesenta inviernos, en el patio del modesto hogar de uno de ellos, para tomar el fresco y entretenerse en sabrosas pláticas.

Los tipos de las cinco figuras, tan variados como naturales, demuestran que el autor ha trazado en su artística carrera más de una cabeza de estudio, pues no de otro modo se comprenden esa variedad y esa naturalidad, al mismo tiempo que ese acierto en la ejecución de la difícil fisonomía de un anciano. Y bien sea por oportuno contraste, ó por querer dar una prueba de que ha estudiado el ser humano en sus comienzos á la vez que en sus postrimerías, el pintor ha intercalado en su lienzo una sexta figura, la de un *bebé* que parece un tierno capullo rodeado de flores marchitas, y cuyo terso y mofletudo rostro forma ingeniosa oposición á los arrugados semblantes de los cinco interlocutores.

Otón Gunther nació en Halle el año 1838; á los veinte años pasó á Dusseldorf para estudiar allí tres años la pintura. Trasladóse después á Weimar donde murió en 1884 á la edad de 46 años. Ha sido uno de los pocos pintores alemanes de género que buscan los asuntos de sus cuadros en la esfera y época que conocen bien, huyendo así de incurrir en puerilidades é impropiedades, y de caer en una ridícula vulgaridad.

EL REGRESO DE LOS TRABAJADORES, cuadro de M. Edelfelt

El autor de este cuadro, renombrado artista finlandés, ha representado en él un bonito grupo de mujeres y niños, esperando á orillas del agua el regreso de los ausentes, y sirviendo de fondo á tan sencilla escena uno de los poéticos paisajes de Finlandia. La naturalidad de las actitudes y de las fisonomías de esas criaturas, que aguardan con deseo, aunque sin impaciencia, el momento de recompensar con sus tiernas caricias los rudos afanes á que durante el día se han consagrado sus padres para proporcionarles el necesario sustento; los suaves tonos de los colores bajo un cielo pálido como el de todos los países del extremo Norte; la calma del agua y de la atmósfera, todo produce en el espectador grata impresión. Es la naturaleza en su verdad y no en su grosero realismo, cualidad digna de encomio en el artista, y que demuestra en él un talento, una aptitud tan llenos de sinceridad y de encanto en la elección de los asuntos como en su ejecución. No es de extrañar por esto que haya sido tan celebrado en el *Salón* de París del año actual.

LA CATEDRAL DE LEÓN arco de la puerta del centro y detalle del trascoro

Entre los monumentos artísticos de Europa que conservan con mayor pureza los rasgos característicos de la arquitectura ojival, figura en lugar preferente la esbelta catedral de León, tesoro de la fe cristiana de la Edad media. Sin ostentar la profusión de adornos que otros templos extranjeros de parecido estilo arquitectónico, y aun careciendo de las colosales dimensiones que distinguen á varias catedrales famosas, ofrece ancho campo de estudio y de meditación, tanto á la escrutadora mirada del artista, como á la contemplación del filósofo ó del arqueólogo.

Su mérito se resume en dos palabras: sencillez y atrevimiento. Causan en efecto sorpresa y admiración aquellas sutilísimas columnas que parecen perderse en las alturas y que están destinadas á sostener el enorme peso de la gran nave; aquellos sencillos lienzos de mampostería, que en apariencia son incapaces de resistir el más ligero golpe; aquel considerable número de estribos y arbotantes que mantienen el equilibrio maravilloso de tan delicada fábrica.

La traza y desarrollo de tan bella catedral son obra del obispo Manrique de Lara, que vivió hacia la segunda mitad del siglo XII. Cerca de 400 años tardó en terminarse por completo este monumento del arte cristiano, en cuyo prolongado período dirigieron la obra varios arquitectos. Por esta razón se advierten en ella reminiscencias de las épocas por que atravesó su construcción, desde el primitivo arte ojival hasta el gótico flameante de los siglos XIV y XV y el Renacimiento del XVI.

A este último pertenece sin duda el detalle del trascoro de la catedral, que representa uno de nuestros grabados. Entre estriadas columnas corintias de basas recargadas de adornos y bajo un arco rebajado están reproducidas en alto relieve dos escenas del Nuevo Testamento, la Natividad de Jesucristo y la adoración de los Reyes Magos: un tarjetón que hay debajo de la primera contiene estas palabras del v. 19, cap. 8 de los *Proverbios: Melior est fructus meus, auro et lapide pretioso* (Es mejor mi fruto que el oro y las piedras preciosas). En el tarjetón del segundo grupo escultórico se leen estas palabras del v. 1, cap. 14 de Isaías: *Propè est ut veniat tempus ejus* (Cercano está ya su tiempo). Esta parte del trascoro, que contrasta con la sobriedad de otras partes del templo, llama desde luego la atención por este mismo contraste, así como por la acabada ejecución de sus prolijos adornos.

El arco de la puerta del centro, muy parecido al de otros pórticos de catedrales españolas y adornado con profusión de figuras, es también un modelo en su género, y á fuer de tal una de las partes del monumento en que más suele fijar su atención el artista.

La inminente ruina que amenazaba este soberbio edificio ha hecho necesaria su reconstrucción, más bien que su reparación, y há ya tiempo que se procede, aunque lentamente, á ella, siguiendo con este objeto el plan del inteligente cuanto malogrado arquitecto don Juan de Madrazo.

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, grupo en barro cocido

La escena pasa en el monte. En su solitario ámbito se han encontrado un pastor y una aldeana: joven él y á fuer de tal partidario del bello sexo; garrida y nada esquiva ella, han entablado amorosa plática que, sin saber cómo, ha ido inflamando el corazón del apasionado zagal. Que éste no peca de tímido lo demuestra el que, aprovechando el aislamiento que los rodea, trata de probar de un modo sobrado expresivo á su interlocutora, la sinceridad de sus sentimientos. A bien que no está lejos la aldea y en ella el señor cura que sabrá absolver al culpable de este pecadillo, si al cometerlo le ha guiado una intención recta.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

REGRESO DE LA FIESTA DE PIEDIGROTTA, cuadro de E. Dalbono

Todos los años se canta en Nápoles una canción popular nueva, hecha por concurso de los campesinos y elegida por aclamación en la fiesta de Piedigrotta, que se celebra en honor de la Virgen venerada en el santuario subterráneo del túnel de Posilipo. Tan luego como una de las canciones que forman parte de tan original certamen ha merecido el sufragio unánime de la concurrencia, todos los romeros la entonan y la difunden por la ciudad y por la provincia.

El cuadro de Dalbono representa el regreso de la fiesta de Piedigrotta, y á los expedicionarios entonando la nueva canción cuyos alegres sones se difunden por el golfo.

La Nápoles de los napolitanos del pueblo está toda en este cuadro, con su afán de divertirse, su deseo de bromas, su pasión por la música; con sus bellas *popolane;* con la fosforescencia de la luz diurna propia de aquel ameno puerto, con la trasparencia del golfo, las ilusiones del espejismo, la magia del cielo y de la tierra, y sobre todo con la magia de su pintor por excelencia, de Dalbono.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

POR DON T. NIEVA

> Las lágrimas que se lloran
> nunca fueron tan amargas
> como aquellas que se quedan
> escondidas en el alma... .

Aun no he podido olvidar esta copla que oí una noche al pasar por delante de uno de esos cafés que en Madrid hacen, con su *cante* flamenco, las delicias de sus parroquianos.

En aquella copla, que me había sorprendido cuando iba pensando no sé en qué, tal vez en una mujer que venía á ser una pasión más en la lista de otras ya olvidadas pasiones de un día, cuando más de una semana, en aquella copla, repito, había encontrado yo algo dolorosamente punzante y misteriosamente poético.

Aquel sentimiento me absorbió, se apoderó de mí y me lanzó en el café.

***

Me encontré en un sitio inverosímil en uno de los barrios más céntricos y más aristocráticos de una capital civilizada.

Hubiera estado en su lugar en la plazuela de la Cebada, en el Lavapiés, en las Américas Viejas ó en Maravillas.

Había allí un jaleo infernal.

A la vinosa voz del *cantaor*, á la cascarreña, desentonada, chillona, indefinible, de la *cantaora* se unía el estruendo de un zapateado montruoso, más bien de un pataleo, loco, ebrio, si se nos permite la frase, aumentado por el estallar de las palmas, por el ruido monótono de las varas cayendo sobre las mesas, por el retintín de las cucharillas al chocar acompasadamente contra los vasos.

A esto se unían, no embargante el canto, las conversaciones á voces, las palabras imposibles que ningún diccionario contiene, las interjecciones, cuya energía iba más allá de todas las potencias, las frases, cuya crudeza no había oídos que resistiesen.

Y todo esto provieniendo de mujeres casi niñas, de jóvenes, ya prematuramente envejecidas, de fisonomías sórdidas y degradadas, de ojos inflamados de no sé qué cinismo agresivo, irritante, repugnante; ellos y ellas, sedimentos infectos del fango social, salvajes de la civilización, espuma del torrente que se lanza ciego por lechos desconocidos.

Y acá y allá, como excepciones, algunas bellezas típicas, frescas, candentes, incitantes: algunos ojos, que hubiesen sido divinos sin su desvergüenza; algunas bellezas de primer orden, anegadas en todas las crápulas y, sin embargo, inmarchitas, lucientes, magníficas, como por un privilegio inviolable de la naturaleza y á pesar de todo; y los peinados bizarros al sesgo, con los flequillos, con los cerquillos, con los rizitos, con las patillitas, con los caprichos; la peineta baja de marfil ó de coral de imitación, los pasadores dorados, las arracadas y los broquelillos de diamante, siquiera falso, en orejas de un delicioso dibujo, en gargantas mórbidas, torneadas, suculentas, de un dulce moreno, ó de un nacarado sensual; cintitas negras, azules ó rojas, con un medalloncito, ó una cruz sobre el seno; el pañuelo de seda de colores vivos de la cabeza, arrollado; el pañoloncito de talle alfombrado, ó bordado de Manila; las manos tal vez un tanto deformadas, pero siempre pequeñas y graciosas, cuajadas de sortijas, no importa si de oro ó de *doublé*, con pedrería fina, ó con vidrio semejante á la pedrería; la frente, severa y pura, á pesar de los pesares, sobre los grandes ojos, chispeantes siempre, dulces, á veces burlones, epigramáticos, con un *esprit* admirable, de mirada potente, incitadora del amor, ó de la cólera, lucientes, francos, audaces, sin género alguno de pudor, ni de temor; en una palabra, la chula en toda la extensión de la idea, la guarnecedora, la marchanta, la cigarrera, la revendedora, la hembra de rompe y rasga, de golpe y zumbido, *la hija de Madrid*, lo incomparable entre lo incomparable, lo poderoso entre lo tremendo, con la gracia de las andaluzas y la sangre del diablo.

Y alternando con estas beldades enérgicas, punzantes, embriagadoras y dislocantes, con estas hembras que sólo Madrid produce por privilegio especial, tunantes de planta baja, maestros de cuantas industrias se encuentran justificadas en los artículos del Código penal; valientes de ocasión, héroes del *madruga*, prestidigitadores á perderse de vista, rufianes sin *lacha;* filósofos sin estudio, sentenciosos sin aliño, entierros sin canto llano, de mirada presuntuosa y brutal, provocadora, sórdida, sesgada, patibularia, en que aparecen en crudo todas las ferocidades de un amor propio salvaje: los huídos, los estafadores, los brazos con que se trabaja en la superficie social, vomitados por un antro misterioso; una especie de corte de los milagros, infinitamente más terrible que las que se conocían con este título en las grandes ciudades de la Edad media y que tan bizarramente, aunque de una manera incompleta, ha pintado Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París.*

Solamente con entrar allí se sentía el contagio.

Olía allí á vino rehervido, á sangre coagulada, á materia pútrida.

Era el aire denso é infecto como en los calabozos.

Las luces de gas se aislaban, se manchaban, por decirlo así, en una neblina impura de un gris violado, cargado con el hálito de tantos seres candentes y de tantos cigarros cáusticos.

(Continuará)

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

(Conclusión)

– ¡Quiá, hombre, quiá! Allí no hay más que orgullo, mira tú, orgullo, vicio y pamplina. Aquí al menos todos somos iguales.

– Al mismo D. Ramón, que es todo un gran señor hecho y derecho, no se le hace cuesta arriba el codearse con nosotros: ¿Visteis la otra tarde, en el banquete del palacio, qué decidor y campechano?

– Míralo, allí está con su señora y con el médico; no se da de menos de venir al entoldado, como si fuera un cavador.

– ¿Y doña Rosario? ¡Qué guapa!

– Calla, hombre, si parece un serafín, un ramo de cerezas y jazmines.

¿No baila?

– Cómo no hay quien la saque...

– Si yo me atreviera...

– ¡Y decíais que era brujo D. Ramón!

– Quita, bruto, quita; ¡qué ha de ser brujo!... Nosotros sí que somos... Mira, Pepa, no bailes tan encima, que me has despachurrado el dedo gordo.

– ¡Cállate y no rebuznes, animal!

– Gracias, chica, por la patá...

– La culpa nos la tenemos nosotros, que estamos aquí hechos unos postes, mientras todos bailan.

– Hablas como un libro. ¡A bailar, á bailar!

– ¡Viva la Pepa!

– ¡Y San Cosme y San Damián!

– ¡Vivan!

En un decir Jesús el grupo se disolvió, y cuantos lo componían fueron á confundirse entre el barullo y la algazara general. El baile parecía haber llegado á su apogeo; la orquesta tocaba á paso de carga, como excitando á los bailadores; las parejas giraban en revueltos torbellinos, levantando nubes de polvo á través de la mal clavada alfombra y un verdadero huracán con sus ropas ondulantes.

De repente sonó un estrépito horroroso, seguido de gritos de espanto, de carreras indecisas y de gemidos lastimeros. La orquesta se detuvo bruscamente, no pocas campesinas cayeron desmayadas, y los que ni gritaron ni corrieron, unos á otros se miraron atónitos. La indescriptible confusión no tardó en descubrir que acababa de hundirse la tribuna de los músicos, viniendo éstos al suelo, revueltos y maltratados, con sus rotos instrumentos. Todos se precipitaron hacia el lugar donde había sonado el estrépito y sonaban todavía los quejidos. Una vez deshecho aquel revoltillo de hombres y maderos, pudieron apreciarse en toda su extensión los horrores de la catástrofe. Los instrumentos yacían sobre la alfombra, aquí y allá, hendidos, aplastados ó desvencijados. Al violón, amén de otros desperfectos, le faltaban dos clavijas, una de las cuales, al saltar, había ido á chocar contra una luna ovalada, haciendo pedazos el cristal, y de rechazo sobre la cabeza de un bailador, descalabrándolo; el oboe, al tiempo de caer juntamente con su dueño, le había destrozado dos dientes con la lengueta; el arco de un violín, al desprenderse con violencia de la mano que lo sostenía, había saltado el ojo derecho del artista vecino. En cuanto á los demás músicos, dos ó tres resultaron milagrosamente ilesos, algunos molidos y los restantes, quién descalabrado, quién fracturado, quién derrengado, todos salieron con heridas ó contusiones más ó menos graves.

Los lamentos no cesaban y el espectáculo que ofrecía el salón era tan doloroso como animado. D. Ramón, el alcalde, el señor cura y toda la plana mayor de Alcornocal se desvivían por auxiliar á los heridos; multitud de mujeres desmayadas eran socorridas por sus novios ó parientes; unos iban y venían, aturdidos, en todas direcciones; otros, formando corrillos, comentaban el hecho, ilustrando sus comentarios con fogosas miradas y enérgicas gesticulaciones; muchos, esparcidos por el salón, refunfuñaban entre dientes, se mesaban el pelo ó las barbas y levantaban los puños al cielo como amenazando á San Cosme y San Damián que á tal trance, según ellos, los trajeran. Entre estos últimos Blas, volviendo á su tema:

– Eso no puede ser sino cosa del brujo, – mascullaba para sí.

Isidro y Cosme, descompuesto el ademán, salidos los ojos de sus órbitas, recorrían los corrillos, diciendo en voz baja:

– ¡Por Dios, silencio, que no lo sepan los de Peñalta!

Era inútil tanto celo: los de Peñalta estaban allí, acababan de entrar en número de sesenta, feroces y disciplinados, lanzando gritos salvajes, llevando, ellos sí, el diablo en el cuerpo y sendos garrotes en la mano.

– ¡Mueran los de Alcornocal! ¡A ellos! ¡A bajo el entoldado! ¡Mueran!—iban gritando al tiempo de entrar en el salón y recorriéndolo de arriba á abajo, formados en hileras de treinta cada una.

Y uniendo la acción á la palabra, por dondequiera que pasaban esgrimiendo sus garrotes, no quedaba un espejo, ni un cuadro, ni un lienzo, ni una cabeza, que no estuviesen rotos, aplastados, hendidos, descalabrados.

Los alcornocaleños, afectados aún por la catástrofe de la tribuna, distraídos en comentarla y en auxiliar á los heridos, ni salían de su aturdimiento, ni acertaban á defenderse de los insultos y los golpes que encima de ellos como granizo menudeaban.

– Ni aun por arte de brujería, ¿os dejaréis insultar y apalear de esa manera? – gritó Blas con voz de trueno.

– ¡No, no, ni al diablo en persona le consentimos una ofensa!



UN VETERANO DE FLANDES, dibujo de Leopoldo Roca

—¡A mí los de Alcornocal!
—¡A mí los de Peñalta!

A estos últimos gritos lanzados por Blas y otro fornido mocetón, sucedió la confusión más espantosa. Sonaron algunos tiros, disparados no se supo por quien. Las mujeres, semejantes á gallinas perseguidas, huyeron exhalando chillidos penetrantes. Algunos hombres, como el maestro de escuela, el boticario y el albéitar, las imitaron, diciendo el primero que, pudiendo allí ser muerto, no era cosa de dejar sin instrucción á los párvulos de Alcornocal para que en el día de mañana hicieran otra barbaridad por el estilo; el segundo que se volvía á su farmacia á preparar medicinas, y el último que iba en busca de los útiles indispensables para herrar á tantos animales, que bien merecido lo tenían.

Ni las exhortaciones evangélicas del padre cura, ni las intimaciones del alcalde, ni la pacífica intervención del médico y del señor de Soto, lograron desvanecer la tempestad ni salvar el entoldado. De este último no quedó más que el armazón sobre un campo sembrado de despojos entre los cuales reñían á su vez Cabrera y Riego, Espartero y Montemolín. En cuanto á la tempestad, no quedó sosegada hasta después de media hora de batalla, en que derrotados al fin los de Peñalta, huyeron por aquellos vericuetos, perseguidos á tiros y pedradas á la escasa luz de los tizones encendidos que, al pasar por la calle Mayor, unos y otros arrebataron de los hachones.

Los heridos de uno y otro bando, junto con los músicos víctimas de la catástrofe primera, fueron instalados y atendidos en un hospital de campaña, improvisado al efecto.

—Ya lo decía yo que el diablo andaba suelto y no podía ocurrirnos cosa buena, —refunfuñaba Blas, mientras el médico y el boticario le curaban una terrible deslomadura.

Al cabo de una hora Alcornocal quedó tranquilo; solo el silbido estridente de la locomotora y la carcajada desdeñosa de un tren, al atravesar el puente sobre el río, interrumpieron el silencio de la noche.

La victoria, no obstante, había costado cara á los alcornocaleños. Aparte de los muchos labriegos heridos de más ó menos gravedad, el infeliz señor de Soto, víctima de su celo conciliador, yacía moribundo en el palacio, sufriendo en el pecho los mortíferos efectos de una bala perdida, procedente de una de las pocas pistolas que se dispararon.

Rosario, —preciso es hacerle justicia, —sentada á su cabecera, le cuidaba con solicitud filial.

—No te canses, esto es hecho, —balbucía D. Ramón; —me había dado una corazonada y por eso fuímos á Peñalta.

Apenas hubo proferido estas palabras, cual si se sintiera presa de un remordimiento, manifestó deseos vehementes de escribir. Trajéronle recado y la pluma se le cayó de la mano sin trazar un renglón. Entonces, con la escasa energía que su estado le dejaba, hizo señas á su esposa.

—Sí, ya entiendo, dijo ésta, —la manda del médico, el testamento... Descuida, se cumplirá en todas sus partes.

El infeliz, queriendo replicar, se retorció en el lecho, y aquel esfuerzo supremo le hizo desplomarse para siempre.

¡Arcanos inescrutables de Dios! Aquel hombre de bien murió como un condenado, y no pudiendo decirse de él que moría en olor de santidad, no faltó quien sospechase si había muerto en olor de brujería.

X

Era el primer aniversario del fallecimiento de D. Ramón, ó del brujo, como todavía le llamaban algunos. Viva aun la memoria del día que cubriera de luto á Alcornocal, sus vecinos, salvo el culto religioso debido á sus patronos, no habían celebrado aquel año la fiesta de San Cosme y San Damián.

A las diez de la mañana toda la plana mayor del pueblo, incluso el señor cura y los vecinos más caracterizados, se hallaban reunidos en el salón del palacio, esperando al notario de Peñalta para subir al desván y dar exacto cumplimiento á la voluntad del difunto. El resto de la población, impulsada de una curiosidad irresistible, ya formaba corrillos en la plaza, ya invadía impaciente el portal y la escalera del palacio, sin atreverse á subir á reunirse con aquellos señores. Rosario, que acompañada de un viejo pariente había llegado la víspera, vestida de riguroso luto, entraba y salía del salón, dando disposiciones y tratando en vano de ocultar la agitación que la dominaba. Con el testamento de D. Ramón se había encontrado un codicilo concebido en estos términos:

«Es mi última voluntad que mi esposa doña Rosario Ortega del Soto ponga al médico de Alcornocal, D. Benito Portela, en posesión de todos los objetos contenidos en el desván núm. 2, en la forma, día y hora ya expresados, no sin antes hacer funcionar mi dicha esposa, con su propia mano, el aparato que verá sobre una mesa en el último rincón de la derecha. La misma disposición del aparato, sencilla en extremo, revelará el uso que de éste debe hacerse.»



LA LUCHA, cuadro de Franz Defregger

Este breve y extraño codicilo, anejo al testamento, traía sumamente preocupada á Rosario y con ella á muchos de los que debían asistir al acto, sin que ni la una ni los otros osaran comunicarse sus temores.

Cuando el notario de Peñalta, D. Dimas Lobezno, provisto de la llave del desván, se presentó en la plaza de Alcornocal, la multitud, herida aún por los tristes acontecimientos del año anterior, quiso tomar en él fiera venganza. Necesario fué para impedirlo manifestar enérgicamente á los alcornocaleños que D. Dimas, venido á cumplir un sagrado deber en el ejercicio de sus funciones, no sólo no había tomado parte en aquellos dolorosos acontecimientos, dignos de toda su censura, sino que ni aun era nacido en la villa de Peñalta, donde las contingencias de su carrera, unidas á la lucha por la existencia, le ponían en el caso de procurarse su sustento, regentando aquella notaría.

Sosegados los ánimos con esta declaración, D. Dimas, acompañado de dos escribientes dispuestos á levantar acta del suceso próximo á verificarse, pudo subir al salón donde, graves y enlutados, le esperaban cuantos debían asistir á una solemnidad tan desusada.

—¿Estamos? —preguntó el notario después de los saludos y presentaciones de rúbrica.



CASTILLOS EN EL AIRE, dibujo de M. Stone

—Cuando Vds. gusten, —contestó Rosario, temblorosa y pensativa.

Y tomando el brazo de D. Dimas, comenzó á subir hacia el desván, seguida del médico, del alcalde y demás concurrentes al acto.

Al mismo tiempo hubo entre el pueblo agolpado á la puerta y la escalera del palacio un estremecimiento de pánico y de curiosidad indescriptible.

Toda la parte trasera del segundo piso la ocupaban varios desvanes ó graneros numerados, comunicándose entre sí, con grandes ventanas á la orilla del barranco. El designado con el número 2 era el más espacioso y dábale acceso una ancha puerta abierta al extremo de un pasillo. Al llegar enfrente de esta puerta, todos se detuvieron embargados de una emoción desconocida.

—Cálmese V., señora, —dijo D. Dimas, notando el temblor convulsivo de Rosario.

En seguida, con la frialdad propia de los hombres de su profesión, sacó la llave, metióla en la cerradura y dió dos vueltas á la derecha. La puerta giró sobre sus goznes, rechinando como un demonio atormentado.

Rosario primero dió un paso atrás; luego, armándose de todo su valor, siguió resueltamente al notario, que ya había entrado en el desván. El médico se quedó á la puerta y los demás permanecieron en el pasillo, no atreviéndose á avanzar.

—Pasen Vds., señores, aquí no hay nada extraordinario, —dijo D. Dimas desde dentro.

En un momento el desván se llenó de espectadores, pues á los concurrentes obligados al acto se agregaron los curiosos más audaces que, no pudiendo contenerse, habían subido tras ellos. Rosario cayó más bien que se sentó sobre una desvencijada silla.

En efecto, como había dicho muy bien D. Dimas, el desván no contenía nada al parecer extraordinario. Las empolvadas vigas del techo estaban llenas de agujeros y telarañas. Convenientemente dispuestos, ya arrimados ó pendientes de las paredes, ya contenidos en frascos y redomas, ó encerrados en escaparates, ó sobre una tosca mesa corrida que rodeaba gran parte de la estancia, veíanse multitud de animales disecados ó puestos en alcohol, fósiles, minerales y monedas antiguas, difíciles de clasificar; en un rincón había un herbario, en otro un



DESPUÉS DEL TRABAJO, cuadro de Otón Gunther



EL REGRESO DE LOS TRABAJADORES (FINLANDIA), cuadro de M. Edelfelt, grabado por M. Baude (Premiado con mención honorífica en el último *Salón* de París)

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA



ARCO DE LA PUERTA DEL CENTRO DE LA CATEDRAL DE LEÓN, copia de una fotografía de Laurent

caldero con una escoba dentro, arrimado á la pared un esqueleto y junto á él, clavado en la misma, un enorme murciélago con las alas desplegadas; esparcidos aquí y allá, un crisol, un soplete y varios útiles. En el último rincón, entrando á mano derecha, entre un tabique y la ventana, veíase una mesa pequeña y sólida, sobre esta mesa descansaba un aparato cuya sencilla disposición, si bien no tenía nada de temerosa, era desconocida á los ojos de cuantos lo examinaban: consistía en un cilindro de bronce sostenido por dos sustentáculos afirmados en una pequeña plataforma ó plancha metálica; el cilindro, horizontalmente colocado, tenía en el extremo posterior un manubrio y en el extremo opuesto, estribando en otro sustentáculo, una boquilla, metálica también.

Todos los ojos, ávidos de curiosidad, se clavaron en este aparato. Rosario, atontada, lo examinaba todo con extrañeza. El señor cura, previendo algo satánico, corrió en busca de su acólito.

– ¿Qué será esto? – preguntó el alcalde.

– Indudablemente el aparato de que nos habla el codicilo, – respondió el notario. – Vamos á ver, señora, tenga V. la bondad; hay que cumplimentar en todas sus partes la voluntad del difunto, – añadió dirigiéndose á Rosario.

– Pero... si yo no sé...

– La misma disposición del aparato, – prosiguió D. Dimas consultando el codicilo, – ha de enterarnos de su uso. Vamos á ver, aquí tiene un manubrio; claro está que los manubrios sirven para darles vueltas; á ver, señora, pruebe V.

Rosario, temblando como la hoja en el árbol, se acercó y puso su mano en el mango del manubrio. Cuantos se hallaban enfrente del aparato retrocedieron al otro lado del desván, temiendo ver salir de la boquilla algo terrible.

El notario continuó:

– Valor, señora, eso no será nada; alguna caricia póstuma de su señor esposo.

Y no se equivocaba. Apenas la viuda, con nerviosa mano y deseando concluir, hizo girar rápidamente el diabólico manubrio, sonó un ruido extraño, el mismo que antes oyeran Blas y sus amigos, y la máquina, como un monstruo ebrio de cólera, por tres veces consecutivas escupió al rostro de la dama esta palabra:

– ¡Adúltera, adúltera, adúltera!

Los circunstantes, incluso el mismo notario, quedaron helados de estupor. La viuda soltó el manubrio, y pálida como un cadáver, miró á todos con ojos extraviados.

– ¡Es la voz de mi marido! – balbució cayendo desplomada sobre el pavimento.

– ¡Imposible! – profirió el notario, rehaciéndose el primero.

Y frenético, nervioso, se abalanzó á dar vueltas al aparato.

– ¡Adúltera, adúltera!—siguió gritando la máquina.

El alcalde, temiendo que el miedo fuese en menoscabo de su autoridad, y el médico por gratitud al testador, armados de un esfuerzo heroico, con idéntico resultado intentaron la misma prueba.

– ¡Adúltera! – repitió siempre la máquina.

De los demás espectadores ya no quedaba uno en el desván. Al oir hablar aquel tubo de bronce, al distinguir clara y vibrante la voz de D. Ramón, difunto hacía un año, en revuelta confusión, atropellándose unos á otros, se habían precipitado hacia el pasillo y del pasillo á la escalera hasta la plaza, gritando como poseídos:

– ¡El brujo, el brujo!

– ¿Dónde? - preguntaban los de abajo.

– No ha muerto, está arriba con el diablo, escondidos los dos en un cañón.

– ¿Y qué hacen?

– Primero insultar á la señora, después nos insultarán, si no nos llevan, á todos.

– ¿No os lo dije? – exclamó Blas, – brujo y muy brujo era D. Ramón, y no ha muerto, y el diablo le acompaña. El diablo no puede morir, nosotros le matamos y ha resucitado.

La confusión y el alboroto subieron de punto. Todos estaban seguros de la presencia del espíritu maligno: quién le había visto los cuernos, quién el rabo, quién los ojos, quién olía á azufre á gran distancia.

– Matémosle otra vez, – se atrevió á decir uno.

– Sí, á ellos, mueran.

– ¡Peguemos fuego al palacio!

– ¡Que ardan en un infierno!

– Esperad, esperad, ahí viene el señor cura.

– ¡Paso, paso, él nos librará del espíritu!

El cura, acompañado de su acólito llevando el caldero y el hisopo, comenzó á subir la escalera con la serenidad de quien conoce el flaco del enemigo. Todos se precipitaron tras ellos.

En tanto el notario, el médico y el alcalde habían tenido la suficiente presencia de ánimo para llevarse en brazos á Rosario, que continuaba desmayada y á la cual estaban auxiliando en el principal.

Ya en el desván, rodeado de cuantos pudieron seguirle dominados del miedo y la curiosidad, el cura braceaba y sudaba como un gañán, agotando sus conjuros y descargando sobre el aparato rociadas de agua bendita. Cuando, presintiendo su victoria, se arrojó á dar vueltas al manubrio.

– ¡Adúltera, adúltera! – repitió la máquina, con infernal impavidez.

El pobre sacerdote, que hasta entonces no oyera ni conociera la voz de D. Ramón cual si éste se hallara presente, sobrecogido de un supersticioso terror, pronuncióse en resuelta retirada, y con él cuantos le rodeaban, no sin abandonar al enemigo por despojos el caldero y el hisopo.

El alcalde al fin calmó el tumulto, cada vez mayor, mandando cerrar el desván y guardándose la llave, so pretexto de que el diablo andaba en Cantillana y que ya vería él de libertar á Alcornocal de su influencia.

Rosario, más muerta que viva, regresó á Madrid al otro día, acompañada del médico, que no quiso abandonarla á su dolor, deseoso, además, de buscar en la corte quien le explicase aquel misterio.

El palacio quedó cerrado y desierto, sin que ningún labriego osara aproximarse á él, ni aun para quemarlo.

. . . .

Antes de terminar el año, unos ingenieros fueron allí á hacer los estudios de un ferrocarril que, atravesando la provincia, debía empalmar con el que recorría aquellos campos. Entonces el médico entró en pacífica posesión de su legado, entonces supieron todos que el diablo de Alcornocal era un fonógrafo, recientísima invención de mister Thomas Alba Edison, de los Estados Unidos, y el primer ejemplar traído á España por D. Ramón del Soto, quien, semejante á un niño con un juguete, no se cansara de admirarlo.

En cuanto á la honra de Rosario, no sufrió gran detrimento, ya porque asombrados todos del prodigio, ninguno paró mientes en lo que decía el aparato, ya porque el

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA



DETALLE DEL TRASCORO DE LA CATEDRAL DE LEÓN, copia de una fotografía de Laurent

gomoso, cuando se enteró de lo ocurrido, hizo el sacrificio de ir á Alcornocal á decir á aquellos palurdos que entre sus mil conquistas, la de Rosario era la única que no había conseguido realizar, y á mayor abundamiento, se casó con ella para atrapar, según decían malas lenguas, los millones del difunto brujo.

JUAN TOMÁS SALVANY

LA PIEDRA FILOSOFAL

Paréceme cosa bastante ignorada, aun por muchos de aquellos que debieran fijarse en lo que constituye la base de nuestro actual saber, el significado y trascendencia de esta palabra. Tienen algunos la piedra filosofal por la mayor quimera de los hombres en épocas ya remotas y otros la consideran empeño vano de los codiciosos alquimistas, más solícitos en buscar oro, para satisfacer sus ansias de riqueza, que diligentes en averiguar la razón de las cosas y constituir la ciencia de las combinaciones; que durante no escaso tiempo fué costumbre despreciar todo antecedente y tener en poco los trabajos que no fuesen propios, como si las ciencias se formasen de pronto y surgiesen de una vez, según cuenta la fábula que salió Minerva de la cabeza de Júpiter. Y aun fuera bueno que para calificar así el trabajo de muchos hombres, sin duda los más ilustrados de su tiempo, se analizase el significado de sus procedimientos, al alcance de sus doctrinas, y la trascendencia de aquellos sistemas metafísicos, casi siempre, con no poco carácter místico; pero en los que hay de continuo un fondo experimental resistente á toda crítica, que, modificado, subsiste todavía y es base de los métodos actuales y de no pocos tratamientos que la industria emplea en sus operaciones, sobre todo en las que tienen por objeto aislar un metal, valiéndose del fuego.

Es error de monta suponer que la piedra filosofal, base de la obtención del oro, trasmutando, unas en otras, las sustancias consideradas metales, representa cosa distinta de la unidad de la materia, que se pensaba realizar, por medio experimental, desdoblando y descomponiendo sustancias tenidas, al presente, por elementales y límite de todo trabajo analítico. Cuando herméticos y filósofos se dieron, con no igualado ardor, á buscar la materia primera, base y fundamento de todos los cuerpos, es cierto que perseguían un imposible; pero en su afán de investigarlo todo, hallaron, quizá sin darse cuenta de ello, procedimientos industriales y metalúrgicos, descubrieron cuerpos y supieron utilizar sus propiedades; por todo lo cual es menester reconocer los méritos contraídos, que no porque el águila no alcance á llegar al Sol deben cortársele las alas: ¡quién sabe todo lo que encuentra en las regiones elevadas que su vuelo alcanza! De la propia suerte es preciso buscar el fondo de verdad contenida en los sueños alquimistas, los hechos reales y positivos envueltos en sus quiméricas hipótesis, recorridos de continuo por la alegoría y el símbolo, los procedimientos científicos, apenas enunciados y la significación de aquella unidad de la materia, primera y fundamental idea de la alquimia, que, modificada con el tiempo, constituye acaso la luz moderna de la constancia de la masa en que se apoya nuestro actual sistema de conocimientos químicos. No intento, por ahora, empresa de tanta consideración y sólo trato de resumir, en cortas frases, el significado y alcance de la célebre piedra filosofal, para cuyo hallazgo diéronse recetas á millares y aun cuentan que hubo alguno que, por gozar su posesión, sintióse capaz de dar el alma al diablo y el cuerpo al infierno. Abrigo la esperanza de que así podrá, al menos, apreciarse el valor de un trabajo colectivo nada despreciable y el mérito de quienes, perseguidos y maltratados, tenidos por brujos, quemados por hechiceros y casi expulsados de la sociedad, sostuvieron y engrandecieron la tradición científica, legado de edades remotas, y verse cómo en las ciencias naturales nada es despreciable y el dato más insignificante y en apariencia más desprovisto de fundamento, tiene valor nada escaso. En la naturaleza pasa desapercibida la obra individual del diminuto foraminífero y sólo al cabo de siglos, acumulada la labor de millares de generaciones, las rocas formadas atestiguan el esfuerzo inmenso de aquellos seres y la importancia de su trabajo.

Desde dos puntos de vista, ambos muy dignos de tenerse en cuenta, es menester considerar lo que fué base y fundamento de la alquimia. El primero refiérese á los métodos establecidos y procedimientos recomendados y puestos en práctica para reducir todos los cuerpos á la deseada piedra filosofal, en lo que hállanse los elementales tratamientos metalúrgicos, no pocas veces completos hasta aislar los metales puros. El segundo comprende la teoría más sublime de los alquimistas, aquella idea de la unidad de la materia, no desprovista, en verdad, de fundamento lógico, absurda tan sólo en la manera peregrina de realizarla por caminos puramente experimentales, como si no encerrase un concepto filosófico, trascendental en grado sumo, y fuera mero término de investigaciones llevadas al último límite. De esta consideración se infiere el doble valor de la vida que trato de exponer, valor que retrata la misma índole de la alquimia, en cuanto participa del carácter metafísico, que en ella adviértese siendo móvil é ideal supremo de las investigaciones, y del sentido experimental, considerado medio único y eficacísimo para realizar los sueños, casi siempre místicos y de la más sutil filosofía, encanto de alquimistas y herméticos y de cuantas gentes, ardiendo en deseos de saber, entregábanse á la magia y artes ocultas, castigadas sin piedad en tiempos que fueron de guerras y conquistas. Y no es sólo la piedra filosofal lo que participa de este doble carácter, de continuo envuelto en los más extraños símbolos; todos los descubrimientos de la alquimia lo tienen de igual suerte y bien marcado por cierto en la mayoría de los casos; porque era difícil sustraer el ánimo á las influencias de un medio impregnado de sentido místico y teológico, prescindir del convencionalismo de los símbolos y dejar de respirar aquella atmósfera saturada de misterio. Como hoy es deber publicar cuanto se investiga y hace, era entonces obligación guardar secreto, instruir sólo á los iniciados y mantener ocultos procedimientos, aparatos y resultados obtenidos. Algo se escribía para conservarlo escondido y si las recetas acerca del tinte de los metales, del hipocrás, y de ciertas operaciones, en que se preparaban diversos compuestos metálicos, como el latón, corrían de boca en boca y se ponían en

práctica, era por la fuerza de la necesidad. Lo verdaderamente sublime, las sutilezas de la ciencia elevada, los métodos para obtener la piedra filosofal, pocos los conocían y á nadie, fuera de sus más allegados adeptos, los revelaban.

Para apreciar, de un solo golpe de vista, el doble aspecto que antes se dijo, es preciso tener en cuenta una circunstancia esencial. De muy antiguo, pues fué idea corriente entre los griegos, pensaban los alquimistas y creían con verdadera fe en la unidad de la materia, considerada origen de todas las cosas. Al propio tiempo, daban realidad objetiva á sus propiedades, creyéndolas separables de los cuerpos y así cuando éstos, por ejemplo, tornábanse líquidos, con el fuego, permaneciendo la escoria infusible, aseguraban que perdían la cualidad de solidez, representada por la parte no fundida, añadiéndoseles el agua especial característica de cada uno de los líquidos. En esto se fundaba la famosa clasificación de los cuatro elementos de Aristóteles, los cuales eran símbolos de propiedades de la materia, sin valor por sí mismas, en cuanto la cualidad era separable del cuerpo que la poseyera, sin que la sustancia de él sufriera alteración alguna. Conforme á semejante idea, se concibe cuál había de ser el fundamento de las metamorfosis: aislados de los cuerpos todos sus caracteres, perdidas las propiedades que los distinguen, quedaba la sustancia primera, la materia primordial, de la que, segregando las propiedades que se quisieran, podían obtenerse cuantos cuerpos vinieran en mientes al alquimista afortunado, ni más ni menos como de un pedazo de cera blanda se hacen figuras variadísimas. No hay para qué decir lo que semejante doctrina tiene hoy de falso y absurdo; pero he de hacer notar que de ordinario sucede en la ciencia que buscando, por equivocados caminos, explicación de ciertos fenómenos, si no se halla satisfactoria, realízanse descubrimientos de cierto género, sobremanera útiles é importantes. Recuérdese si no á Volta y Galvani tratando de explicar los primeros efectos de la electricidad dinámica, ambos obcecados, ninguno de los dos con ánimo bastante sereno, interpretando un hecho cada vez de distinta manera y realizando, no obstante, descubrimientos maravillosos, por los cuales modificáronse no pocos conceptos de la ciencia, cada vez más enriquecida con los inventos motivados por los errores de aquellos dos sabios.


LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, grupo en barro cocido

Iniciada la idea primordial de la alquimia, bien pronto se ven sus consecuencias principales y necesarias. La mayoría de los cuerpos de la naturaleza, - exceptúanse sólo los metales nativos, - son capaces de perder aquellos caracteres propios, convirtiéndose en otros distintos, dotados de diversas cualidades, representantes de sustancia más pura. A su vez los nuevos cuerpos, restando de ellos propiedades que el fuego aisla, ó dotándolos de apariencias que el mismo agente puede dar, transfórmanse de la misma suerte y resultan elementos que se aproximan más todavía á la materia pura, sin estar alterada por ningún carácter separable. Figúrese el lector cuál sería el placer de aquellos buenos alquimistas, cuando, después de tostado un mineral y luego de tratado por carbón, á alta temperatura, obtenían metal puro y fundido, separándose la escoria, y el gozo de los que, mezclando el *cinabrio* con cal viva y sometida la mezcla al fuego, obtenían un gas pesado, que en el agua tornábase en líquido metálico, movible, que no mojaba los dedos y en el cual flotaba el hierro; ó la sorpresa del primero que vió arder el zinc, trasformándose en aquel sutil polvo blanco, al que, por su escaso peso, hubieron de nombrar *nihil album*. En vista de los productos de metamorfosis y en presencia del hecho de la obtención de los metales, de algunos óxidos y de buen número de cales, se impuso la necesidad de clasificarlos y sobre todo los primeros, llamáronse nobles ó puros los inalterables, muy próximos de la materia primitiva, y los otros, convertibles en óxidos ó cales, creyéronse compuestos de un elemento impuro ó escoria y de materia de superior categoría. Tratábase ahora de dos operaciones importantes: convertir los cuerpos de calidad inferior en sustancias puras, reducir éstas á una, quitarle á ella después sus cualidades, tenidas por cosa separable é independiente de los cuerpos, y se ha dado con la nunca bastante como se debe alabada piedra filosofal.

Ha de pensarse en el número de operaciones practicadas para llevar á buen término tamaña empresa; la acción múltiple de los diversos agentes, cuyo modo de actuar ignorábase completamente, y sus resultados; los cuerpos obtenidos y considerados elementales, sólo porque el fuego no los alteraba; las aleaciones metálicas, confundidas con alguno de los cuerpos que las constituyen y, en fin, todo el conjunto de métodos, procedimientos y recetas, mucho de lo cual hoy se utiliza, porque ha constituído el comienzo de la industria metalúrgica, hoy tan adelantada y completa. Todo ello tenía un objeto: cambiar los metales imperfectos, - que eran la mayoría aleaciones, - en metales perfectos, que se hallaban constituídos en la naturaleza, porque los primeros poseían ciertas cualidades de los últimos; por cuya razón, añadiendo al oro ó á la plata uno de estos metales imperfectos, que ó perdiese sus propiedades ó se asimilase los caracteres del metal perfecto y noble, se había duplicado ó triplicado la cantidad de oro. Persiguiendo la consecución de esta idea, descubriéronse muchas aleaciones, hubo quien consideró tales el oro y la plata, nació el arte de imitación de las piedras preciosas, usáronse los esmaltes y vemos surgir la industria de los metales potente y grande.

Casi todos los métodos para llegar á la codiciada piedra filosofal reconocían el mismo fundamento, adivinado entre los misterios y símbolos de los alquimistas de todos los tiempos y en especial de las escuelas griegas. Admitida la unidad de la primera materia, cuando se quería obtener el oro era preciso valerse de cuerpos análogos, cuyas diferencias residan en alguna cualidad que ha de eliminarse, á fin de obtener el por tantos títulos famoso mercurio de los filósofos. También puede extraerse del mercurio ordinario, mediante la serie de operaciones que voy á describir, tomándolas de la última obra de Berthelot. Es menester, en primer término, quitar al mercurio ordinario su liquidez, una especie de agua, causa de que sea fluido y movible en alto grado, obstáculo de monta para llegar á la perfección. Ha de perder luego su cualidad de volatilizarse, convirtiéndose en sustancia fija, á cuyo fin se le despoja del aire ó materia volátil que encierra, y después debe perder el elemento terrestre, la escoria impura y grosera, que se opone á la metamorfosis. Geber, que ha sido uno de los alquimistas de más fama y nombradía, asegura que se llega al mismo resultado trabajando con otros metales si se logra hacerles perder sus caracteres, al plomo la cualidad de fundirse, al estaño su grito, que tanto dió que hacer á los químicos de nuestros tiempos. «De esta suerte preparada la materia primera de todos los metales, escribe el insigne autor de *Los orígenes de la alquimia*, sólo restaba teñir el mercurio de los filósofos con azufre ó arsénico, palabras en las que confundíanse todos los sulfuros metálicos, diversos cuerpos inflamables congéneres y materias quiesenciadas que de ellos se pretendía haber extraído. En este sentido, creyóse, en la época de los árabes, que los metales estaban compuestos de azufre y mercurio; decíase que las tinturas de oro y plata tenían, en el fondo, composición idéntica y constituían la piedra filosofal.» Por el estilo son las demás fórmulas para obtenerla, reducidas, al cabo, á aquella primordial idea por la que se consideraban las cualidades de los cuerpos con valor y representación propia, capaces de aislarse de la materia, tenida por idéntica á sí misma y sólo variable en virtud de caracteres á ella superpuestos.

Al pretender realizar los alquimistas esta especie de divorcio entre la sustancia de los cuerpos y sus propiedades especiales, cuando soñaban con la síntesis de los cuerpos reputados de simples, aún en el día, fundaban, acaso sin darse cuenta de ello, un método experimental. Importa poco el camino elegido y nada vale que las ilusiones metafísicas fueran el móvil de sus experimentos, porque tenían aquellas dos cualidades requeridas para constituir un sistema científico: amor profundo á la verdad, que inquirían agotando los recursos de su ingenio y de sus procedimientos, temeridad y constancia en el estudio, en lo cual nadie les iba en zaga. Cierto es que mezclaban á la ciencia positiva no poco de aquellas sutilezas y argucias escolásticas; pero no ha de negarse que, esclavos de una doctrina, decididos partidarios de la unidad de la materia, que la filosofía pretendía haber demostrado, querían realizarla por vía experimental y viendo la eficacia de los procedimientos, la aplicación positiva de muchas sustancias, el desdoblamiento de otras y el resultado, en fin, de las operaciones practicadas, nada tienen de extrañas ni quiméricas sus hipótesis, cuando las veían resistir las pruebas más decisivas, las controversias más encarnizadas y los ataques lanzados por quienes tenían costumbre de aguzar el ingenio en las disputas escolásticas, acerca de puntos sutilísimos de filosofía y dogma.

Por mucho tiempo dominó en la Química moderna un criterio derivado de leyes, en apariencia muy preciosas, y aun hay todavía quien es partidario de semejante doctrina. Refiérome á las últimas consecuencias de la hipótesis de Pront, por las cuales todos los cuerpos calificados de elementales ó simples, reduciríanse á uno solo que debía ser el hidrógeno, por donde se venía á parar en que la materia una, susceptible de innumerables metamorfosis, que se ofrece á nuestros propios ojos con apariencias infinitas, sería el más sutil y ligero de los gases. Enunciada esta doctrina, se ve que representa algo parecido á la piedra filosofal de los alquimistas, diferenciándose de ella en la mayor solidez de sus fundamentos; pero ambas significan, cuando menos, la idea primordial de la unidad de la materia. Las dos hipótesis fueron causa de adelantos inmensos y de aplicaciones sobremanera importantes, lo cual demuestra cómo toda idea científica es siempre fecunda y, aunque lleve en sí y en cuanto doctrina, un error grave, tiene el mérito de explicar, en períodos determinados, los hechos de la ciencia, constituye algo parecido á un ideal, con ardor perseguido y nunca alcanzado, y es acicate del espíritu, que le obliga á trabajar en el conocimiento del mundo que le rodea.

J. RODRÍGUEZ MOURELO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 11 DE OCTUBRE DE 1886 — Num. 250

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VIÁTICO EN LA ALDEA, cuadro de A. Luben

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL VIÁTICO EN LA ALDEA, cuadro de A. Luben

Este precioso cuadro, presentado por su autor en la reciente Exposición de Bellas Artes de Berlín, ha llamado la atención á pesar de tener junto á él otros firmados por Defregger, Zimmermann, Werner, M. Schmid y otras notabilidades artísticas de Alemania, lo cual, así como las entusiastas frases que le consagran las revistas más competentes de aquel país, hace su mejor apología.

Todo en él respira conmovedora sencillez. Ese venerable párroco de aldea que con verdadera unción se dirige á dar los postreros auxilios espirituales á un moribundo, ese viejo sacristán cuyo rostro expresivo está tan surcado de arrugas como de grietas las paredes de la vetusta capilla, ese pobre muchacho, hijo del enfermo, que demuestra en sus facciones la tribulación de que está poseído, son tres tipos dignos del pincel del más consumado artista, tipos que todos hemos visto en nuestras aldeas, pues el pintor para dar un carácter más general á su cuadro, no ha estampado en ellos el sello particular de ninguna raza determinada.

Sobrio en detalles, impregnado de misticismo y de religioso carácter, el cuadro de Luben se contempla con tanta admiración como placer y respeto.

LA SIESTA, cuadro de Guillermo Díez

Este es otro de los lienzos que ha merecido el aplauso de los inteligentes en la última Exposición de Berlín. Escena campestre, tan sencilla como todo cuanto con la vida del campo tiene relación, representa una pobre familia de aldeanos que después de comer frugalmente, se entrega por breve rato al descanso hasta que llegue la hora de reanudar las interrumpidas tareas. En este cuadro todo parece dormir, hasta el escuálido caballo uncido á la rústica carreta, hasta el ambiente, pesado cual suele serlo á la hora del medio día, pero no con ese sopor que infunden las nocturnas tinieblas, sino con ese sueño ligero del que, antes de conciliarlo, sabe que muy en breve ha de emprender la segunda etapa de su diurno trabajo.

Si la verdad es lo que se exige principalmente en pintura, el cuadro de Díez es maravilloso por lo verdadero.

LOS ÚLTIMOS CONSEJOS, cuadro de R. Lagye

Sabido es que las aldeas de cada país son las que suministran el principal contingente de criados de ambos sexos para las ciudades. ¡Es tan precaria la vida en ellas! ¡Cuesta tanto mantener una familia numerosa como suelen serlo las de los aldeanos! Por esto se ven muchos de ellos obligados á enviar á las poblaciones populosas á sus hijas cuando ya se hallan en edad de servir, aun cuando en bastantes ocasiones tengan que arrepentirse de ello, pues lo menos malo que puede suceder es que las muchachas contraigan gustos y costumbres de todo punto incompatibles con las costumbres y gustos de la aldea. Y por esto también en el momento de la separación, las solícitas madres no escasean sus consejos, que si se escuchan con atención y propósito de seguirlos, muy presto se dan al olvido en el bullicio de las ciudades.

La muchacha del cuadro de Lagye, triste y apenada por tener que separarse del hogar en que nació y de los que la dieron el ser, presta profunda atención á las últimas advertencias de su no menos apesadumbrada madre, mientras la lancha que las conduce se encamina rápida al vapor que debe llevar á la joven á extraña tierra. ¿Seguirá estas advertencias? Para saberlo, el artista debiera pintar otro cuadro, tan bello como éste, en que nos diera á conocer si se trata ó no de una nueva *Linda de Chamounix.*

TULIA, bajo relieve de Agustín Querol

Si nuestros lectores se toman la molestia de repasar la carta que *Desde Roma* nos dirigió el Sr. D. A. Fernández Merino y que insertamos en el núm. 236 de este periódico, podrán ver en ella la descripción y el juicio crítico de la obra de nuestro compatriota, trazados por la competente pluma del señor Merino, y por consiguiente mucho mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerlo.

Refiriéndonos, pues, á lo allí expuesto acerca de este bajo relieve, sólo nos resta añadir que nos felicitamos de poder incluir en las páginas de esta publicación una copia de la interesante composición del señor Querol, que seguramente verán con agrado nuestros favorecedores, y de tributar al inspirado artista el aplauso que por su obra merece, confiando en que no se dormirá sobre sus laureles, antes al contrario, seguirá dando nuevas pruebas de su relevante aptitud para el arte escultórico.

MAZEPPA, dibujo de A. Wagner

Mazeppa es el héroe de uno de esos episodios amorosos, que, cantados por la poesía y reproducidos por el pincel, han llegado á alcanzar popularidad universal. Aunque de origen cosaco, Mazeppa no es desconocido en nuestra España, donde abundan las estampas de pacotilla y los grabados en que se le representa poco más ó menos como se le ve en el nuestro.

Estando el noble mancebo, en calidad de paje, al servicio de un señor polaco, éste descubrió entre él y su mujer una intriga amorosa. Para castigarlo, mandó atarlo á la cola de un caballo salvaje, que lo llevó en vertiginosa carrera al través de bosques, riscos y breñas, hasta la provincia de Ukrania, en cuyos páramos, reventado el caballo, hubiera sido Mazeppa pasto de las aves de rapiña, á no haberle recogido y salvado unos pobres campesinos. A su compasiva solicitud debió la vida y el haber llegado á ser con el tiempo hetman de los cosacos.

El dibujo de Wagner representa con acierto el apurado trance en que se encuentra el triste joven, víctima de la saña de su celoso señor. Expuesto á ser presa de la voracidad de los buitres ó bien á morir de hambre y de sed, se retuerce en convulsivos cuanto inútiles esfuerzos para romper sus ligaduras, dirigiendo al propio tiempo al cielo suplicantes miradas, en las que se advierte una mezcla de terror, de desaliento, de desesperación y de ira admirablemente expresada. El paisaje es tal cual debe ser el de las áridas y frías llanuras de la Ukrania, y sobre él difunden un velo de tristeza, propio del asunto del cuadro, los melancólicos celajes que indican la proximidad del crepúsculo.

Es muy probable que Wagner, al trazar este dibujo, se inspirara, más bien que en la tradición popular, en el poema que á Mazeppa ha dedicado lord Byron.

CABEZA DE ESTUDIO, de Agustín Querol

Acabamos de hablar de la aptitud de este joven artista para la escultura, y el busto que reproducimos la aquilata una vez más. Hay en él vigor, firmeza, seguridad, perfecto conocimiento del natural, y esa destreza en el modelado que no se adquiere sino á fuerza de práctica y de aplicación.

Esta cabeza de estudio patentiza que el señor Querol es eminentemente estudioso.

UN OLIVAR, paisaje de José Masriera

Cada nuevo cuadro que brota, por decirlo así, del pincel de este estudioso artista, es una nueva muestra de sus relevantes dotes. Nuestro distinguido paisano, que se consagra al arte con desinteresada y vehemente pasión, estudia los asuntos de sus lienzos con verdadero cariño, por lo cual no es extraño que salgan de sus manos paisajes como el olivar que reproducimos en nuestro grabado, pálido reflejo de lo que esta obra es en sí. Al ejecutarla, el señor Masriera no ha buscado sin duda un punto de vista determinado: en una de sus excursiones ha cruzado por un bosque de olivos de los que tanto abundan en ciertas regiones catalanas, se ha inspirado en su contemplación, ha trasladado al lienzo su imagen, y al terminar ha debido quedar satisfecho de su trabajo.

No lo ha quedado él solo: cuantos tienen ocasión de examinarlo, manifiestan asimismo su satisfacción.

RECUERDOS DE CONSTANTINOPLA

EL SULTÁN EN LA MEZQUITA

28 de octubre de 1881

Las calles de Gálata y Pera, que así se llaman los barrios habitados por los europeos, presentaban una animación extraordinaria. Nosotros tomamos un coche á eso de las once, y seguimos una espaciosa calle que corre á lo largo de la orilla europea del Bósforo, por la parte baja de la ciudad. Forman la acera izquierda casas de pobre apariencia, con infinidad de tiendas que ostentan sendos letreros en árabe, en turco, en griego, en francés, en italiano, en todas las lenguas, y que más bien parecen ser miserables covachas: en la acera opuesta, que es la que corresponde á la orilla del Bósforo, se ven algunos edificios de rica arquitectura y con pretensiones palaciegas. Pero lo que más cautivaba mi atención era el incesante movimiento de carruajes á la europea, de gente de todas condiciones y vistiendo los trajes más variados que acudía presurosa en dirección al Palacio imperial: europeos, árabes de hermosa presencia, beduínos armados hasta los dientes, griegos de movedizas facciones, persas, circasianos, alguna dama llevada en palanquín por sus esclavos, vendedores vocingleros pregonando su mercancía en cuatro ó cinco lenguas distintas, una nube abrumadora de mendigos exhibiendo la miseria más aflictiva, y también algún bajá rezagado, que, temeroso de llegar tarde á la ceremonia, espoleaba impaciente un brioso caballo ceniciento, sin dignarse mirar siquiera á la muchedumbre que en torno suyo hormigueaba. Sólo á la puerta de algún ruin café, unos turcos acurrucados, fumando con aire displicente su chibuk, permanecían extraños á la general animación.

De esta suerte llegamos á una plazoleta, frente á la Mezquita de Abdul-Medjid, llamada por los turcos Medjidieh: un edificio blanco como el marfil, de arquitectura moderna poco recomendable, con dos esbeltos alminares, y por cuya cúpula hemisférica revoloteaban una bandada inmensa de palomas... Creen los musulmanes que van allí para ver al Sultán y que se marchan acabada la ceremonia, y sería empeño vano querer quitarles esta creencia.

Al lado de la Mezquita desemboca una grande avenida que conduce al palacio Dolma-Bagtché, que es el que habita actualmente el sultán Abdul-Hamid. Desde tiempo inmemorial el Sultán acude todos los viernes á alguna mezquita para orar públicamente y dejarse ver de sus súbditos; y aunque es asimismo costumbre variar de mezquita cada semana, Abdul-Hamid va siempre á la Medjidieh, situada á la salida de los jardines de Palacio, del cual no quiere alejarse, por temor del espíritu hostil del pueblo. Todo el mundo aquí achaca á la ineptitud del soberano reinante los grandes reveses que ha sufrido la Turquía en estos últimos tiempos; y tan bien lo sabe el Sultán, que apenas sale de Palacio, si no es rodeándose de grandes precauciones; hasta tal punto, que no conoce nada de Pera y Gálata y muy poco de Stambul.

La plaza de la Mezquita estaba ocupada ya por numerosas tropas, que mantenían al público á buena distancia del espacio que iba á recorrer la comitiva imperial. Había allí soldados turcos, cazadores, infantería de marina y algunos negros con una especie de turbante verde dispuesto en espiral. El uniforme, á pesar de haberse adoptado el fez para la cabeza, es un sencillo plagio de los uniformes europeos, y está, por lo tanto, poco conforme con las necesidades del clima. La organización está tomada también de la de los ejércitos de Francia y Prusia.

Aunque el soldado turco carece de aspecto noble y marcial, por su sobriedad, por su resistencia á toda clase de penalidades, y por su bravura en el combate, – bravura que nace de la certidumbre de que si muere peleando se va derechito al paraíso, – podría ser el primer soldado del mundo si estuviera equipado y armado como merece. Pero por el contrario, disfruta de un sueldo mezquino de siete francos al mes (sueldo que no ha cobrado hace más de tres años) y la alimentación se reduce por lo general á pan y aceitunas, sin probar el vino ni el café; y por vía de extraordinario un día á la semana le dan carne de carnero, y otro día pilaw, comistrajo compuesto de arroz y manteca de Siberia, muy estimada de los turcos. Como lo corriente es que el sueldo no se les pague, se ven privados de fumar, esa suprema delectación de los orientales, y no es raro que en medio de la calle se os acerque un soldado pidiéndoos cortésmente tabaco.

Mientras aguardábamos la llegada de la comitiva, me entretuve en examinar el abigarrado gentío que se rebullía entre el sinnúmero de coches que habían ido llegando á la mitad de la plaza destinada al pueblo. Allí, frente á la Mezquita y separadas de la gente, están en dos coches cerrados algunas mujeres del harem imperial. A mi lado, y en otras tres carretelas, hay algunas mujeres vestidas con lujo asiático, con anchos mantos de riquísima seda listada de vivos colores, y envuelto el rostro en el *yachmak* de finísima gasa, tan fina y trasparente que deja adivinar ojos incendiarios y sonrisas tentadoras. Son, según me dicen, mujeres de algún ministro: acompaña á una de estas damas turcas una señora austriaca, en traje europeo, que es la profesora de piano del harem.

A una de ellas pude examinarla á mi sabor, porque estaba fumando cigarrillos de papel y para esto tenía que descubrirse el rostro; y hasta me atreveré á declarar que me dirigió miradas insinuantes, que hubieran lisonjeado altamente mi vanidad, si no supiera ya á qué atenerme acerca del coquetismo de las mujeres turcas con los europeos. Son, en efecto, muy dadas á llamarlos por señas ó con sonrisas desvanecedoras, y gustan mucho de conversar con ellos, examinar con infantil curiosidad los dijes del reloj, los anillos, la botonadura; pero no pasa todo de ser un alarde de traviesa coquetería. He aquí el secreto de las grandes *conquistas* de que se envanecen algunos europeos á su regreso de Constantinopla.

El intérprete que nos acompañaba, creyendo del caso ponerme sobre aviso, me refirió que años atrás, un individuo de la embajada inglesa recién llegado, atraído por las miraditas y mimos de unas turcas muy buenas mozas, se acercó al coche para hablarlas, orondo y satisfecho de haber entrado con tan buen pie en la capital de los Osmanlíes; pero no le dió lugar á ello uno de los eunucos que acompañaban á las engañosas huríes, el cual, interponiéndose, administró al sensible inglés un tremendo sablazo que hubo de dejarle de muy mal arte.

A consecuencia de este lance, Inglaterra, que no desperdicia fácilmente las ocasiones, exigió que se prohibiera á los eunucos el uso del sable, y desde entonces, para ahuyentar á los indiscretos, se sirven de un látigo, del que iban también provistos los eunucos que, bien sentados en el pescante, bien á caballo á ambos lados del coche, á mis subversivas vecinas custodiaban.

Mientras mi hombre, con su cháchara de buen griego me contaba, lleno de caritativas intenciones, esta edificante historia, habían ido llegando más fuerzas del ejército, entre ellas, un escuadrón de gastadores armados de hachas descomunales, y las inmediaciones de la Mezquita quedaron completamente ocupadas. De pronto se presenta una charanga detestable y chillona, en la cual abundan unos instrumentos como campanólogos chinescos, tocando un aire que yo conozco... sólo después de un buen rato caigo en la cuenta de que es la romanza manoseada y cursi *Alla Stella confidente*, convertida, gracias á un movimiento muy vivo, en paso doble. Allah es grande, sin duda alguna, pero mucho más lo sería si no permitiese estas metamorfosis irracionales.

Un empleado, encargado de recoger los memoriales que en este día se presentan al Sultán, circula trabajosamente por entre la muchedumbre, acudiendo á donde le llaman: estos memoriales los resuelve el Sultán en el acto, dentro de la Mezquita. En este momento se presenta en lo más alto de uno de los alminares, el almuezín, vestido con su túnica agrisada, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales para llamar á voces á los fieles á la oración, y al poco rato empieza á desfilar por la grande avenida la comitiva imperial. Los *muchires*, ó ministros del Estado, con sus grandes uniformes, los chambelanes, los ayudantes de campo, toda la complicada servidumbre de esta corte decrépita, los bajás ó gobernadores, todos de una obesidad insana y con un aire de servil sumisión, aprisionados más que vestidos, en un uniforme estrictamente abotonado hasta el cuello, cubiertos con un fez rojo con franja de oro, y rematando en una gran bellota de seda azul; todos andan distraidamente á pie. Sólo el Sultán, llamado más propiamente el *Padichah*, viene montado en un soberbio caballo, blanco como la nieve, suntuosamente enjaezado de oro y pedrería. Es un caballo que tiene ya diez y ocho años, á pesar de lo cual pasa por ser el más hermoso de Europa.

El Sultán, en cambio, tiene el semblante poco simpático. Usa barba de color castaño oscuro, está medianamente grueso y parece ser de constitución linfática y gastada. Mira al pueblo entre desdeñoso y altivo, quizás con cierto ademán de recelo, y en toda su persona se advierte al poderoso hastiado, inquieto y aburrido de su ficticia grandeza.

Cuando se presentó en el arco morisco del jardín de Dolma-Bagtché, resonó en la plaza una aclamación que parecía elaborada de encargo. Eso no tiene nada de sorprendente, porque ocurre también en otros países que no son Turquía y con otros monarcas que no son Sultanes.

Hamid echó pie á tierra, se descalzó como el último musulmán, y por una escalera de mármol cubierta de rica alfombra subió hasta una tribuna, en donde, según dicen, ora solo, mientras reza el pueblo en la nave general del templo.

– ¿Qué le parece á V.? – me preguntó el guía mientras aguardábamos la conclusión del acto.

– He visto pasar al Padichah con más lástima que envidia.

–Sin embargo, –repuso con sonrisa maliciosa, –tiene distribuídas en varios palacios del Imperial Patrimonio, unas tres mil mujeres.

–No crea V. que me seduzca el número, aun cuando fuera acompañado de la calidad. En nuestro país cuesta bastante aguantar una sola, con que no le digo á V. nada con tres mil mujeres! Y ¿cómo tantas?

–Es bien sencillo. Por una parte, todas las mujeres que fueron de los sultanes anteriores, se las conserva cuidadosamente en el harem del Sultán reinante, en donde se las trata con mucho miramiento. Además todos los años salen emisarios á recorrer las provincias del Imperio, la Circasia, el Cáucaso, el Egipto, las Islas griegas, y traen á las mujeres más hermosas que encuentran y pueden robar.

–¿Con su consentimiento?

–¡Quiá! No se cuenta para nada con la voluntad de las infelices; y la que habiendo tenido el honor, muy común por otra parte, de agradar al Sultán, entra en el harem, ya no sale más de allí.

–Esto es horrible!

–Por supuesto que de esas tres mil mujeres muy pocas son las que disfrutan del favor del Sultán, favor que se disfruta continuamente con mil intrigas... Las otras viven en condición de odaliscas, tal vez de esclavas, se las emplea en viles menesteres y no ven en toda su vida al Gran Señor.



LA SIESTA, cuadro de Guillermo Díez

–Pues si no ven á nadie más, están, á fe mía, divertidas. Pero por lo menos verán al Sultán cuando éste vaya al Serrallo.

–El Sultán no puede entrar bajo ningún pretexto en la casa de sus mujeres. Cuando se le antoja, manda llamar á una de ellas por medio de los eunucos: después vuelve la mujer á su encierro, tal vez ya para no salir más de él.

–¿Y el encierro es verdaderamente infranqueable?

–Ya lo creo. En ciertos días solemnes, las favoritas, las que han mostrado más destreza en tener propicio al jefe de los eunucos, salen tapadas y en coche cerrado, y custodiadas como esas que ve V. allí. Algunas, muy pocas, llegan á casarse con algún *muchir* ó con algún *bajá*, con lo cual, en rigor, no hacen más que cambiar de esclavitud. Pero no crea V.; ya se dan buena vida allí dentro; con sus baños, y sus perfumes, con sus golosinas y sus juegos y sus danzas arman buenos jolgorios.

–¡Quién sabe! Y los ministros, bajás y altos dignatarios, ¿tienen muchas mujeres?

–Eso según: ochenta, ciento, quizás más.

Estando en esta conversación, la guardia imperial había formado á uno y otro lado de la Mezquita. Esta guardia se compone de soldados albaneses, que se colocaron muy apiñados junto á la puerta para proteger la persona del Sultán, y un escuadrón de circasianos y kurdos, á caballo, vistiendo un elegantísimo uniforme negro, ribeteado de plata. Luego se presentaron en la escalera los ministros: uno de ellos, el de la Guerra, aunque algo grueso, tiene un tipo sumamente interesante. Es nada menos que Osmán Bajá, el valiente defensor de Plewna, en donde cayó prisionero de los rusos, con sesenta mil turcos. Por último, apareció el Sultán, llevando á su derecha al *Kizlar agassi*, ó primer jefe de los eunucos negros. Es un hombre de atezado semblante, no muy alto, obeso, con un aspecto repulsivo y odioso, carácter que aumentan el látigo que empuña en una mano, y las tremendas cicatrices que, como á todos los desgraciados de su clase, cruzan oblicuamente su cara, cual un infamante estigma. Disfruta de la categoría de *muchir*, y tiene á sus órdenes seiscientos eunucos en el harem imperial. En realidad es el amo del Palacio, y maneja al soberano á su capricho.

Al pie de la escalera presentaron al Sultán para que escogiera, seis caballos espléndidamente enjaezados y una carretela descubierta. Es de advertir que nunca el Sultán en sus salidas, puede regresar en el coche ó caballo que usó á la ida. Esta vez se decidió por la carretela, y solo en ella, seguido de su mustio acompañamiento, se fué por donde había venido á su Palacio. A pesar de estos alardes de grandeza, lo cierto es que ha venido muy á menos aquella legendaria fastuosidad de las cortes de Oriente. A la exorbitante renta de que gozaba antes el Sultán, ha sucedido ahora un sueldo anual de veintitres millones de francos, con los cuales ha de atender al mantenimiento de su casa. ¡Pobre monarca! Hastiado de los placeres, odiado de su pueblo, temeroso de todo cuanto le rodea, sin voluntad propia, humillándose á las más arbitrarias exigencias de los embajadores de Rusia, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de todas esas potencias que ejercen sobre el Imperio de Oriente una tutela que podrá ser necesaria, pero que es altamente irritante... ¡Oh, Dios! déjame siempre la libertad hermosa de recorrer el mundo á mi placer, de trabajar honradamente, de vivir sano y contento con los cuidados de un hogar ignorado, pero que sea *mío*, *mío*, completamente *mío*.

No bien el Sultán hubo desaparecido con su séquito, empezaron á desfilar las tropas, al son de la misma flamante *Stella*, y se dispersó la gente en todas direcciones.

Tuvimos que aguardar un buen rato para poder abrirnos paso por en medio de aquel océano viviente. Entretanto pasó á nuestro lado un coche, conduciendo á dos niños de corta edad, acompañados de un sujeto que parecía ser su preceptor. Vestían sencillamente de color gris, y en sus tiernos rostros se pintaba cierta expresión de tristeza. Son los hijos menores de Abdul-Aziz, el Sultán misteriosamente asesinado. ¿Qué suerte reservará el cielo á esas dos inocentes criaturas? En otro coche iban dos hijas, niñas también, del Sultán reinante, envueltas en grandes chales de seda, uno azul, y el otro encarnado. Las dos eran preciosas; pero una de ellas, sobre todo, tenía una cara monísima, y ojos grandes, rasgados y negros como la endrina, que hoy aun pueden contemplar los indiscretos. Pero dentro de pocos años, cuando empieza la niña á convertirse en mujer, se la encierra entre celosías, se ocultan sus gracias bajo los pliegues sin gracia de velos importunos, y entonces, ¿quién será el afortunado mortal que pueda deleitarse con aquellos rostros hechiceros?

Cuando empezó á clarear la gente que nos rodeaba, dimos vuelta hacia la parte alta de Pera, para recorrer los alrededores de Constantinopla.

JOAQUÍN MARSILLACH

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

POR DON T. NIEVA

(Continuación)

Los espejos aparecían empañados como por el vaho ponzoñoso de una serpiente, y reflejaban los objetos de una manera vaga, fantástica, original, caprichosa, extraña.

***

Y no faltaban allí señoritos de estos de costumbres problemáticas, que tanto vagan por los altos salones,



LOS ÚLTIMOS CONSEJOS, cuadro de R. Lagye



TULIA PASANDO SOBRE EL CADÁVER DE SU PADRE, bajo relieve de Agustín Querol,
obra presentada en la Exposición de la academia de España, celebrada últimamente en Roma



MAZEPPA, dibujo de A. Wagner

como por las zahurdas; que tal vez no van en balde á ciertos lugares profundos del edificio social; que en todas partes hay laboratorios de la grande obra que todos persiguen: esto es, hacer posible la gran vida, que es demasiado cara.

* * *

La concurrencia era enorme.

El café *regorgutaba.*

Fuera había público entorpeciendo la calle á los transeuntes pacíficos. Gente flamenca pobre que no tenían dos reales que gastar y que se daban un plantón, ávidos de las delicias de las *Peteneras*, de la *Soleá*, del *Tango* y del *Zapateado*.

* * *

Me costó gran trabajo encontrar donde colocarme.

Al fin hallé una silla junto al ángulo de una mesa en un rincón.

Tres chulitas de quince á veinte años, que la mesa ocupaban y que bebían como unas señoras sus *meás copas* de ron y marrasquino, me hicieron graciosamente un lado y no se ocuparon más de mí.

Estaban ocupadas en sus propios asuntos

Cerca de mí estaba el estradillo de la *cantaora* y del *cantaor.*

Ella era una gitana ya jamona, buena moza, más allá de los treinta, de formas prominentes é incitantes, de un trapío que ni un toro de Miura relidiado; fea con ganas; pero con unos ojos irresistibles que relampagueaban como una tempestad, dejando ver fondos tenebrosos, y con más fuerza de atracción que una tromba en el océano.

Se comprendía que el amor á toda orquesta, ó en su más alta entonación, en aquella mujer, podía matar, como matan cuando vienen á la explosión, todas las concentraciones de fuerza.

Estaba empavesada (tantos trapos y colorines tenía sobre sí) y relucía por todas partes, cargada de cadenas, collares, relicarios y sortijas.

Pero lo que más relucía en ella eran los ojos.

Cuando cantaba se la encendían más; parecía que su boca necesitaba devorar; se le nublaba el entrecejo, como imponiendo la rendición; echaba hacia atrás la cabeza con más altivez que un conquistador amamantado por la victoria, se la elevaba el seno, se la hinchaba la garganta, soltaba su voz terrible y daba vértigo.

Se comprendía lo satánico del amor y se justificaban los frenéticos aplausos con que aquel público pedía la repetición de la copla.

Aquello era callos y caracoles con guindilla y vino peleón, con algo más inapreciable que no podía definirse.

Yo me sentí embriagado, aturdido; en una palabra, malo.

* * *

Pero volvió á cantar el *cantaor* y cambió la situación de mi sentimiento.

Allí había un alma.

Un alma triste, solitaria, dulce, sentida, poética.

Un alma que lloraba.

Que, llorando, blasfemaba á veces, á veces se rendía fatigada á la resignación.

Un poema infinito.

Allí había una historia conmovedoramente dramática.

No se podía dudar de ello

Cuando él cantaba, sobrevenía, como por encanto, una conmoción acusada por el recogimiento súbito de aquella multitud tumultuosa.

Había momentos de una potencia tal de sentimiento en aquel canto brusco, áspero y si se quiere desentonado, que no se oía más que la voz de aquel pobre hombre.

Una de mis jóvenes vecinas, con un candor de todo punto primitivo y que daba una idea de Eva, después de su rebeldía, le miraba con los ojos absortos, con la pequeña boca entreabierta, y por sus sonrosadas mejillas resbalaba una lágrima.

¡Poder de Dios! ¿Cuál es el insondable misterio del sentimiento que se revela omnipotente á pesar de todas las monstruosidades de la forma, de la manera y del sonido, como si él por sí solo, fuera lo bastante para apoderarse del corazón, estrujarle y deshacerle en lágrimas?

Se comprende á Orfeo descendiendo á los Infiernos y dominando á las Furias.

* * *

En un intermedio del canto, llamé al mozo y le dije:

– De parte de un señorito flamenco, lo que quiera la *cantaora*, y al *cantaor* que le agradeceré mucho que venga á tomar una *flimiya* conmigo.

* * *

Se fué el mozo y á poco volvió y me dijo:

– La Pepa dice que se lo agradece á V. mucho, y como si lo disfrutara; pero que no se atreve, porque está su señor: que ya habrá lugar; lo que es Curro va á venir en seguida.

En aquel momento se acercó el *cantaor.*

Una de las chulitas le hizo sitio con una especie de asombrada veneración, y él, quitándose por un momento el sombrero, me dijo con una distinción, tanto más estimable, cuanto era más natural:

– ¿En qué hay que servir á V., señor mío?

– Yo soy el que desea saber en qué se le puede servir á V., – le respondí.

Se sentó mi hombre, que apenas si llegaba á los cuarenta años; pero que, á causa sin duda de desgracias y de desórdenes, tal vez proviniente de ello, representaba una vejez prematura.

Se comprendía, sin embargo, que debía de haber sido muy buen mozo, tenía la fisonomía completamente abierta y simpática.

Sus hermosísimos ojos tenían una extraña fuerza por el contraste con la tez, ya un tanto rugosa, de un moreno entre mate y pálido.

Pero aquellos ojos estaban amortiguados, como degradados por la continua acción de la embriaguez.

Esto se comprendía á primera vista.

Sin embargo, como por una resurrección, había momentos en que aquellos ojos resplandecían y dejaban ver un infinito fondo de pasión, en que lucía algo sardónico y terrible, ó dulce y doliente.

Y todo esto en un estilo rudo y primitivo.

– ¿Qué va V. á tomar? – le dije.

– Por darle á V. gusto *peñascaró:* ¿ y usted?...

– *Peñascaró* también.

– El *peñascaró* es santo, – me dijo con un acento entre burlón y sentido, - porque hace milagros.

– Es cierto, – dije yo; - aturde, y cuando se está aturdido no se sufre.

– Vamos, – dijo Curro; - ya veo yo que V. no se trata mucho con él: mira, Valentín, dos copas del triple, del que yo *privo:* ya verá V.; ya verá V.: el buen *peñascaró* vuelve lo negro de color de rosa.

Pues es un veneno.

– ¿Y qué le hace tomar el veneno de una vez, para reventar en un trís, como el lagarto de Jaén, ó tomarlo poco á poco, poquito á poco, como se han tomado las peniyas que matan?

– ¡Las penillas que matan! – dije yo insinuándome: – pues mire V.: yo he entrado aquí porque oí al pasar una copla que V. cantaba y que decía:

Las lágrimas que se lloran...

. . . .

– ¡Ay, señor! – exclamó Curro, interrumpiéndome vivamente, – que me ha dado V. sin saberlo una *mojá* en las entrañas! ¡Si V. supiera lo que me ha pasado á mí, porque oí cantar esa copla!... ¡Y que yo no hubiera venido á este mundo sordo!...

Las tres chulitas oían con toda su alma.

Se comprendía lo que las interesaba lo romancesco de nuestra conversación: un romancesco vulgar, pero siempre romancesco, siempre conmovedor.

En aquel momento, el mozo trajo el servicio.

Curro se echó al cuerpo, de un solo trago, la enorme copa de aguardiente, sin hacer un gesto, mientras que yo, que sólo había tomado un pequeño trago, había roto á toser, como si un diablo se me hubiese metido en el cuerpo.

Al mismo tiempo el público, que es siempre exigente, empezó á dar señales de impaciencia que fueron rápidamente tomando el *crescendo.*

– Usted perdone, señor, – dijo Curro levantándose; – pero esta gente no se harta: ¡revienta que para eso eres pobre y tonto!... hasta siempre, señor: la Pepa tiene que cantar tres coplas y la añadidura y yo otras tres con la *iden* y *aluego* la función se acaba, le darán á ella cuatro pesetillas en el *mostraor*, porque es hembra, y á mí tres porque soy *macho*, y cada mochuelo á su covacha.

Y se fué al estradillo, retempló la guitarra y la Pepa cantó:

No te impacientes, mi vida,
que esperando se hacen ganas,
y el amor que llega pronto
no sabe como el que tarda.

Yo tuve la debilidad de creer que la gitana había cantado aquella copla por mí y me sentí acometido de una especie de espasmo en el corazón.

Unos amores de aquel género tenían para mí el encanto de una candente novedad imprevista.

¡Un paraíso gitano!

La Pepa cantó otras dos coplas, y la de añadidura, como decía Curro, á petición del público y yo creí que todas ellas me las había disparado aquella beldad bravía.

Una de dos.

O yo le había hecho *tilín*, ó había visto en mí una conveniencia y se había propuesto cazarme.

Cantó otras tres coplas y la repetición Curro, después de lo cual se levantó, guardó en una caja la guitarra y se fué con la Pepa al mostrador á que le diesen su *porqué.*

El concierto flamenco había concluído por aquella noche.

La Pepa, al pasar junto á mí, inclinó ligeramente y con mucha gracia la cabeza, sonrió como debían sonreir las sirenas, me envolvió en una mirada de fuego y fué á sentarse en una mesa en que había algunos tunantes que no necesitaban certificado ni recibo para probar que lo eran.

Curro se acercó y me dijo:

– Aquí me tiene V. á su disposición, señor, hasta mañana á la noche, á las ocho, que tendré que venir á ganar mi pobreza: ¡quiá! ¡ni á cuarto la copla!

– Yo puedo procurarle á V. una ocupación más cómoda y si se quiere más decente.

– Ya es *dimpues;* á un borracho no le quieren en ninguna parte; pero para el cante flamenco no le hace: cuanto más borracho mejor.

Había una amargura infinita de una ironía rajante en las palabras de Curro.

Llamé al mozo y quise pagar.

– Ya está, – me dijo.

– ¡Cómo! – pregunté severamente á Curro.

– Eso no merece la pena, – me dijo: – esta noche va por mí.

– Pues bueno, por mí mañana á la noche.

– *¡Verdá!* pero vámonos: quiero que me dé el aire.

Y se fué hacia la puerta.

Al pasar junto á la Pepa no pude menos de mirarla.

Me pareció una diosa.

Influencias...

Ella me abarcó en una larga y luciente mirada.

– Así empecé yo, – me dijo Curro al salir.

– ¿Pues qué, V. cree?

Estábamos ya en la calle.

– La Pepa no es bonita, – me dijo Curro; – pero es una real hembra y tiene mucha alma. Así la hubiese tenido la otra. Tome usted.

– ¿Y qué es esto?

– Una tarjeta.

– ¿De quién?

– De la *cañí;* de mi compañerita: le ha hecho V. *tilín:* y, ¿para qué son los amigos?

Yo guardé aturdido la tarjeta.

– ¿Usted quiere estarse esta noche de *juelga* conmigo?

– Corriente, si yo pago.

– Ya se ha dicho que esta noche va por mí.

– Sea, – le respondí, viendo que Curro hablaba de veras.

– Mire V.: aquí cerca hay una taberna donde hacen una pepitoria, unas albondiguillas y unos pollos con tomate, que se chupa uno los dedos: el *mostagán* es de lo rico y el *peñascaró* de lo fino; y se entra por el portal á una sala que hay de reserva y donde pueden entrar las personas decentes, vamos, los que no quieren que los vean en una taberna: ¡va cada señorito con cada señorita! ¡quiá! si no se sabe lo que tiene en las tripas este Madrid.

Luego se echó á andar delante de mí con el calañés echado sobre los ojos, la cabeza caída sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

La faja se le había deshecho y le arrastraba.

No podía darse más aburrimiento, más descuido, ó más concentración en sí mismo.

Yo no le seguía.

Podía más bien decirse que me arrastraba consigo.

Se metió por una de las calles más céntricas, en las inmediaciones de la Puerta del Sol; luego por un portal convenientemente alumbrado, y al fondo, por una puertecilla, entramos en un extenso salón en que había muchas mesas cubiertas con manteles de una limpieza problemática, alumbrado por dos lámparas dobles de gas.

Nos sirvieron pepitoria de pavo, á la que debo hacer justicia.

En la tal casa tienen gracia para la pepitoria, con añadidura de otra gracia.

Es barata.

¡Cuántas personas venidas á menos, en otro tiempo ilustres, irán allí á saciar su hambre, ó á lo menos, á entretener la vida, por una peseta!

¡Cuántos amores contrariados, de estos que arden en la sombra, habrán hecho allí y harán de *tapadillo*, una cena deliciosa!

¡Cuánto viejo libertino, cuánta buscona, cuánto lío!

Decía muy bien Curro: ¿Quién sabe lo que tiene en las tripas Madrid?

* * *

Mi hombre pidió para sí aguardiente.

– ¿Qué es esto? – le dije.

– Yo no pruebo el vino, – me respondió: – eso es andarme por las orillas; embarcarse, ó no embarcarse.

– ¡Pero aguardiente, comiendo!

– Yo como muy poco: yo me alimento de *peñascaró.*

Y luego, mirándome de una manera profundamente fija y con una expresión investigadora, en que había yo no sé cuántas expresiones indeterminadas, desde la malevolencia á la dulzura triste, desde el sarcasmo al sentimiento espiritual, desde lo degradado á lo sublime, añadió:

– Yo soy un tunante: yo he rodado más que una pelota: he dormido en el cotarro y en el hospital: he ido de la desesperación á la borrachera, de la borrachera al asesinato, de la cárcel al presidio y he estado al pie del palo; yo no sé cómo se llamaba mi madre, ni quién fué mi padre...

Aquí se detuvo, y su acento sombrío, amenazador, siniestro, se cambió en dulce y conmovedor.

– No, no, – me dijo, sin duda advirtiendo una espantosa expresión mía de que yo no pude apercibirme: – yo no he dicho nunca: «¡malditos sean!» no, eso no, porque yo no sé por qué no los he conocido: porque yo no sé si me abandonaron ó me perdieron; pero me trajeron al mundo para ser el rigor de las desgracias.

Y luego añadió destellando una mirada feroz:

– ¿Y por qué estoy yo así y otros están de otra manera? porque no ha querido Dios; pero Dios es muy cruel, caballero.

Se me iba amargando aquella cena excepcional que había empezado con gusto.

Aquel hombre, más bien, aquel loco, no me daba miedo; pero me causaba dolor.

Un dolor incalificable.

Una presión fatigosa del sentimiento.

El tomó la botella del aguardiente, llenó la copa y, según su costumbre, la vació de un trago.

– ¿Conoce V. ahora para lo que sirve el aguardiente? —me dijo: – si cuando se me reverdecen á mí ciertas ideas, no tuviera aguardiente á mano, reventaría: el aguardiente ahoga las penas: deje V., deje V.; yo todavía no estoy templado: cada día necesito más: yo soy alegre, muy alegre, cuando no estoy triste; y oiga V., si yo le digo á V. todo esto, es porque sé que V. no me cree tonto, porque, ¿qué le importaría á nadie las cosas de los demás?... Yo no me quejo sino de los que son buenos como usted; con los tunantes me aguanto: no quiero que se diviertan viéndome penar.

Y luego, con una voz dulce y sentida como el arrullo de una tórtola, y con una mirada cariñosa como la de una madre á su hijo, añadió:

– ¡Pero yo estoy dándole á V. jaqueca!

– No, no, afligiéndome sí, – le contesté.

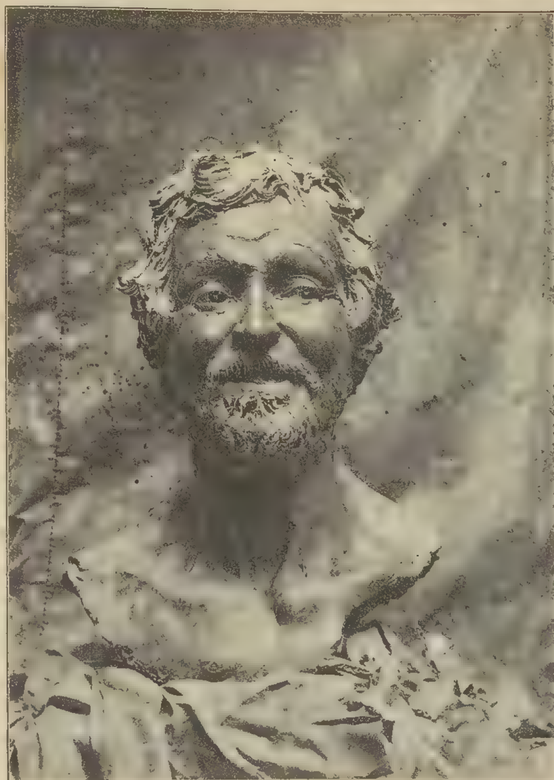
– Ya sabía yo que era V. bueno: eso se conoce en la cara: digo, yo lo conozco: pues bueno, perdóneme V.; porque mire V., cuando se encuentra un alma buena que nos comprenda, parece que nuestras penas se alivian; pues por eso, por eso me he venido con V. y por eso pago, porque digo, sería mucha calma que yo afligiera á V. con mis trabajos y encima le castigara el bolsillo.

– Usted no vuelve á cantar al café: usted se viene conmigo á mi casa.

– ¡Quiá! ¡no señor! gracias, de todo lo hondo de mis entrañitas; pero yo me consuelo en el café: las palmas me embriagan tanto como el *peñascaró:* cuando suenan las varas sobre las mesas y se rompen las manos y los vasos y todos ellos y ellas patalean, que no parece sino que les ha entrado el baile de San Vito, entonces yo soy como Dios; vivo, señor, vivo y esa miajita de vida, al fin es vida... y *aluego* que yo he estado rodando siempre, porque he nacido para rodar, hasta que la pelota se pare, sabe Dios en qué charco, y allí se quede.

Volvió á llenar la copa y á apurarla.

– Vamos, – dijo: – ya me voy templando y se me va quitando la murria: mire V., si yo pudiera llorar, llorando me consolaría y no tendría que beber tanto: pero yo no he llorado nunca: digo, como no llorara antes de nacer y no esté de Dios que yo vuelva á llorar hasta después de muerto.



CABEZA DE ESTUDIO, de Agustín Querol

No sé por qué, se me pusieron los cabellos de punta. El había continuado sin detenerse.

– Cuando era muchacho y me martirizaba el maldito ciego que me llevaba de lazarillo, yo rabiaba; pero mis rabietas eran secas, ni una lágrima; cuando ella... ¡Dios la haya perdonao!... no porque se haya muerto, que no sé si es muerta ó viva, sino por la mala partida que me hizo, yéndose con otro, cuando ví á los dos cachorros de mi vida que llamaban llorando á su madre, que no parecía, sufrí como si el mundo entero se me hubiera caído sobre la cabeza; como si poquito á poco me hubieran arrancado pedacito á pedacito las entrañas; pero no lloré: cuando mis dos polluelos, faltándoles el calor de su madre, doblaron el uno detrás de la otra la cabeza, mi Juanito, mi Carmen, los dos pedazos de mi alma; cuando yo los ví fríos, inmóviles, blancos como la cera y todavía hermosos como ángeles y todavía parecidos á su madre que los había matado, sentí... yo no lo sé, eso no lo sabe más que Dios... porque á mí se me ha olvidado; pero no lloré: cogí el uno bajo la capa y le llevé al cementerio: no tenía dinero, ni para cera, cajita blanca y azul, que vale tres pesetas, ni para pagar al sepulturero: mi pobre hijo cayó desnudito en la hoya: le echaron una palada de tierra: quedaba fuera una manecita y le echaron otra y no le volví á ver más... traje luego á mi Carmen: desapareció como su hermano... y no lloré... no lloré... ¡y qué tarde! una tarde de verano, á la puesta del sol; el cielo estaba cubierto por nubarrones negros, caían gotas gordas que quemaban, parecía que el viento salía de un horno: yo, si hubiera podido, hubiera abrasado entonces el mundo hasta hacerle ceniza... se me partía la cabeza, me parecía que estaba en el infierno... y no lloré tampoco; pero corrí... corrí: yo me había puesto mi vieja capa, á pesar del calor, para tapar los cuerpecitos de mis hijos: no valía nada, si hubiera valido yo la hubiera vendido para enterrarlos; pero servía para trapos. Llegué á una taberna y la dejé empeñada por dos cuartillos de *peñascaró;* luego me fuí á buscarle á él... yo sabía donde él estaba: en la timba: yo sabía que estaba muy tranquilo; que no me temía porque yo no le había buscado; y él no sabía que si yo no le había hecho pedazos había sido por no dejar huérfanos á mis pobrecitos: más valiera que le hubiera matado antes: el hospicio hubiera recogido á mis niños: tal vez vivirían; tal vez serían ahora el consuelo de su padre, licenciado de presidio.

Como puede suponerse, yo, absorbiendo todo este dolor vivo, creado, mordiente, punzante, expresado por la elocuencia del sentimiento, lloraba á lágrima viva.

(Continuará)



UN OLIVAR, paisaje de José Masriera

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

I. – TIEMPOS ANTIGUOS. – El arte de trabajar los metales, según refiere el Génesis, fué inventado por Túbal-Caín, hermano de Júbal, el inventor de la música. Habiendo quedado ciego su padre Lamech, Túbal-Caín le servía de guía y lazarillo; pero este acto de piedad filial expuso al desgraciado inventor de la más útil de las industrias á ser víctima de una tragedia tan sangrienta, y tal vez más sensible, que la de los Atridas.

Habiendo divisado Júbal á Caín que llevaba en su frente el estigma de la cólera divina, creyó que un animal salvaje se acercaba á su padre que, aunque ciego, tenía un arco en sus manos, y aconsejó á éste que lanzara una flecha contra el enemigo cuya posición le indicó con tal exactitud que el padre le hirió mortalmente; pero antes de morir Caín, tuvo tiempo de revelar á su matador quién era.

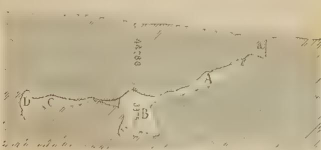


Fig. 1.—Corte de la mina romana de Lamb Botton

Fig. 3.—Azada romana



Fig. 2.—Pala romana

Fig. 4.—Pico roman

Esta trágica leyenda ha sido reproducida bajo mil diferentes formas por varios pueblos, con el fin de expresar su sentimiento de terror y de menosprecio á los trabajos que se llevan á cabo en el interior de la tierra y cuyo fin principal es la extracción de los metales.

A darse crédito á lo que nos cuenta Ovidio respecto al origen de los males en el mundo, la introducción de los metales en los usos de la vida produjo la corrupción universal é hizo necesario el diluvio de Deucalión. Los poetas y los filósofos de la antigüedad inventaron una escala descendente de la felicidad y de la moralidad, en la que cada escalón estaba caracterizado por el descubrimiento de un nuevo metal. El hierro, que casi nunca se encuentra en su estado natural y cuya preparación es, el mayor número de veces, resultado de la acción del fuego, era, en la época en que el autor de los *Fastos* lloraba sus desgracias, el último agente de corrupción que el crimen de Prometeo trajo al mundo.



Fig. 5.—Lingote de cobre, de la época romana

En nuestros días deberíamos seguramente hallarnos más sumidos en los vicios y en el fango de la deshonestidad, puesto que vivimos en la edad del carbón, y según las ideas antiguas, los que lo buscan, lo parten y lo extraen de las entrañas de la tierra deberían tener una participación más directa en el suplicio á que fué condenado el inventor del fuego.

No obstante estas ideas mitológicas, debemos confesar que el trabajo de los obreros que tratan de buscar la hulla hasta las entrañas de la tierra es mucho más audaz que el de los Titanes que se contentaban para escalar el cielo con poner al Pelión encima del Osa. Con efecto, cuando los intrépidos mineros llegan á las profundidades del abismo al que llevan la vida de la ciencia, el pensamiento, encuentran á veces todos los obstáculos de que Homero y Virgilio sembraron el camino de Ulises y de Eneas en su bajada á los infiernos. La imaginación de los poetas, aplicada á estas grandes ficciones, no ha pasado jamás los límites de la realidad. La historia de los trabajos subterráneos ofrece también escenas terribles que no pudieron prever aquéllos gigantes del pensamiento humano.

El horror que los antiguos sentían hacia las minas y hacia los mineros era debido, en parte, á las ideas supersticiosas que tenían formadas del carácter de los dioses ó de los genios que habitaban en el interior de la tierra, y que todos son más ó menos repugnantes. El mismo Plutón, el dios de los infiernos, se ve obligado á robar la compañera que había elegido: y no sale bien de su empresa, sino después de haber triunfado de la desesperada resistencia de la joven diosa y de la ninfa que la acompañaba. Por esta razón vemos que sólo á la fuerza podía sujetarse á los trabajadores de la antigüedad á estar encerrados en las galerías subterráneas, pudiendo decirse que, entre los griegos y entre los romanos, todos los mineros eran ó esclavos rebeldes, ó criminales condenados á expiar en las minas sus maldades, ó algunas veces también proscritos. El régimen de las minas misteriosas de la Siberia puede darnos en la actualidad una idea bastante exacta del régimen de las explotaciones romanas, griegas y fenicias de las que se han hallado vestigios importantes en varias regiones diferentes, vestigios que han formado en nuestros días la base de provechosas y célebres explotaciones, como ha tenido lugar con las famosas minas de Laurium, descubiertas hace poco después de una interrupción de casi dos mil años.

Los romanos, discípulos de los fenicios, llevaron á cabo en la Gran Bretaña otros antiguos trabajos, no menos importantes ni más conocidos, para extraer el plomo y el estaño. Para dar una idea de la importancia efectiva de los antiguos establecimientos, acompañamos el dibujo de la caverna de Lamb Bottom, descubierta á mediados del siglo XVII en las cercanías de Bath, cerca de la orilla meridional del Severne (fig. 1). Los sabios que han descubierto estos trabajos, hace más de mil años abandonados, penetraron en la mina por un pozo vertical de 20 metros de profundidad. Después de haber descubierto la entrada de una galería lateral A, que bajaba en plano inclinado y cuya longitud era de unos 80 metros, llegaron á la excavación B, de 49 á 50 metros de elevación, en la que debieron permanecer mucho tiempo los cautivos condenados al trabajo subterráneo. Todo el suelo, tantas veces hollado por los galeotes y los guardianes romanos, estaba alfombrado de un bonito césped en el cual, lejos de la luz del sol, había prodigado sus primores una graciosa y delicada flora.

Detrás de esta primera caverna hallábase otra segunda, CD, á la que se penetraba por otra galería parecida á la primera y alfombrada también de césped. Las cavernas presentaban en todas partes las señales de venas cuidadosamente explotadas, lo cual indica que aquella era un establecimiento minero que se había abandonado después de haber sacado de él todo el partido posible. Lo más probable es que á la entrada de la caverna se hallara el campamento de legionarios que cuidaban de los esclavos y de los aparatos de descenso á los subterráneos.

Esta operación, que podía efectuarse ó bien por escaleras ó bien por cuerdas, debía durar algún tiempo, por lo cual es propable que los esclavos ó los condenados no salían del subterráneo sino cuando la mina se había agotado ó se les sacaba de ella para ser enterrados. El régimen de los caballos que en la actualidad se encierran en galerías subterráneas puede darnos una idea de la suerte que les estaba allí reservada.

Fácil es imaginarse cuál sería el régimen interior de los establecimientos penitenciarios que deberían ser muchos en la Gran Bretaña, con sólo leer los discursos que Tácito pone en boca de Galcaco, jefe de los Caledonios sublevados contra Roma, quien para animar á sus compañeros á defender heroicamente su libertad contra la avaricia extranjera, les pone á la vista la perspectiva de verse encerrados en el fondo de las minas, haciéndolo con la seductora elocuencia de un verdadero hijo de Espartaco, dispuesto á perecer antes que á aceptar las cadenas.

Inspirado en la lectura de la *Vida de Julio Agrícola*, M. Ferat ha dibujado una escena de la vida de los mineros de la antigüedad. Su dibujo (fig. 6) nos da á conocer los primeros pasos dados en las industrias subterráneas y hace ver á los mineros modernos el camino recorrido por el progreso, merced al trabajo, á la ciencia y á la paz.

Los pesados útiles que los romanos ponían en las manos de sus esclavos estaban en relación con el régimen bárbaro á que el trabajador se hallaba sometido en aquella época. En las figuras 2 y 3 damos los grabados de una pala y de una azada, descubiertas en el siglo pasado en Parr-Moor, en la parroquia de Saint Eive (condado de Cornualles) en el que se encuentran aún muchos vestigios de antiguas explotaciones. Los lingotes de cobre que presentamos en la fig. 5 fueron hallados por un campesino, un siglo después que los útiles de Parr-Moor (1871), en la isla de Anglesey. Las letras IVLS se imprimieron con un trozo de madera en el que se hallaban grabadas en relieve. Esta primera aplicación de los principios de la imprenta, hecha cuando el metal estaba aún caliente, servía indudablemente de verdadera marca de fábrica; y esto nos prueba que han trascurrido más de mil años sin que el arte diera un nuevo paso en el camino del progreso, por ser tan difícil comprender la trascendencia de las operaciones prácticas.



Fig. 6.—Mineros esclavos á las órdenes de un centurión romano

El pico romano (fig. 4) que termina la serie de los objetos antiguos de minería tomado de la excelente obra de M. Robert Hunt sobre las minas de Inglaterra, fué hallado, en 1858, por Weston de Machynlette, cerca de Wyddyn, en las minas abandonadas llamadas Ogo. La tradición del país supone que todavía se explotan en el mismo yacimientos metálicos cuyo descubrimiento y primitiva explotación se deben á los esclavos romanos.

W. DE FONVIELLE.

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — BARCELONA 18 DE OCTUBRE DE 1886 — Num 251

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES.—ANTONIO FABRÉS Y SUS OBRAS



ANTONIO FABRÉS, dibujo de P. Ros, copia de una fotografía



Recuerdos de Llinás, copia de una acuarela

SUMARIO

ANTONIO FABRÉS

Nuestros lectores conocen de sobra aquel cuento de un aficionado que plantó un rosal en su ventana, y que á puro abonar la tierra y regar la planta cuidadosamente, logró...

—¿Rosas?...

—No señor; logró que un municipal le impusiera una multa por verter agua en la calle.

Pues un chasco semejante han experimentado los que, paso á paso, vinieron enterándose de los progresos que Antonio Fabrés hacía en su vida artística.

Era en 1882... Apareció el primer número de La Ilustración Artística, y en su quinta página reproducíamos una escultura alegórica, el siglo xix. En la página primera publicábamos un dibujo de Fortuny; y al explicar *Nuestros grabados*, decíamos haber querido reunir en un mismo número los nombres de dos artistas españoles, la gloria en el sepulcro y la gloria en la cuna.

Al considerar la obra de Fabrés, tan bien concebida, tan bien ejecutada, todos presentíamos al escultor insigne; presentíamos las rosas del cuento...

Y sin embargo... Todos nos equivocamos: Fabrés escultor no siente; siente Fabrés el pintor distinguido, Fabrés el acuarelista insuperable. Una vez más el rosal del cuento no ha producido las flores presumidas.

¿Hemos de felicitarnos ó hemos de lamentar que nuestro paisano haya soltado el cincel para sustituirlo con los pinceles? Difícilmente podríamos contestar á esta pregunta: no sabemos lo que hubiera dado de sí el cincel de Fabrés, que probablemente no hubiera sido poco, á juzgar por sus comienzos; pero sabemos lo que brota de sus pinceles, y ateniéndonos á lo que vemos, cabe decir que no deben dolerse las artes de la veleidad de este su hijo cariñoso.

¿Cómo se verificó el cambio de Fabrés?... Vamos á verlo.

Discípulo de la Academia barcelonesa, y discípulo distinguido, puesto que durante los tres cursos que la frecuentó, obtuvo por unanimidad todos los premios de las asignaturas aprendidas; á los veinte años ganó por rigurosa oposición una plaza de pensionado en Roma. Valiósela su estatua de *Abel muerto*, para ejecutar cuya obra tuvo á su disposición *la respetable suma de veinte pesetas*, y aún menor suma de tiempo que de dinero. Ya tenemos á nuestro presunto Miguel Angel en la Ciudad Eterna, empeñado en la ejecución de obras de mucho aliento para corresponder á su Mecenas, la Diputación de Barcelona, llamando muy pronto la atención con sus trabajos. El primer boceto que hizo en Roma fué un *Prometeo;* y aunque le hubiera sobrado en realidad talento para ejecutarlo tal como lo concibiera, la falta de los recursos necesarios y la impaciencia propia de su carácter, que entonces no acertaba todavía á dominar, fueron parte á que dejara aquella obra sin concluir. El arte de la escultura opone verdaderamente estos singulares escollos, y se necesita una voluntad incontrastable para vencerlos. Requiere algunos gastos á los cuales un artista joven y en sus comienzos no siempre puede subvenir; sujeta á un trabajo material, penoso, abrumador, para el cual se necesitan auxiliares, y luego las obras que se producen son de difícil venta, ya por su importancia y magnitud, ya por su precio.

Al boceto del *Prometeo* siguió el que se titulaba *Domador de serpientes*, y á éste la *Bacanal*, precioso bajo relieve que destinaba á Barcelona en cumplimiento de sus obligaciones de pensionado, pero que, por desgracia, halló su autor roto y resquebrajado cuando volvió á su estudio después de una larga enfermedad. Aquella obra le hubiera acreditado sin duda. Bella y espontáneamente concebida, ejecutada con singular delicadeza y gracia, ofrecía un punto de comparación para juzgar de sus adelantos y aun de su inspiración, en un género absolutamente distinto del que siente Fabrés, pues más que la gracia sonriente de la anacreóntica, le atrae y expresa en sus estatuas la fuerza, el vigor, la grandiosidad. Prueba de ello es *El siglo XIX* á que antes hemos aludido, un *San Marcos* y una estatua de la *Tragedia* vaciada en bronce.

A pesar de las dificultades materiales con que había de realizar sus obras, consiguió obtener encargos cuyo desempeño acreditó su buen talento.

Un día, empero, se le ocurrió que la escultura no reproducía las imágenes que bullían en su cerebro, con la fidelidad y actividad con que las concebía, y que la pintura le había de producir rendimientos superiores á los que de la escultura se prometiera. ¿Puede aceptarse esta explicación, mezcla de intuición artística y de consideraciones impropias, por lo prosaicas, de un joven entusiasta por el arte? A nosotros se nos hace difícil conciliar esos dos sentimientos antitéticos, y consideramos la resolución de Fabrés hija de una de esas evoluciones del genio que, á semejanza del río que discurre fuera de su cauce natural, cuando menos se piensa cambia de corriente y hace su camino por la senda que la naturaleza le traza, sin darle explicaciones de la variante. Fabrés se convirtió en pintor como Saulo se convirtió en cristiano; es decir, cuando un rayo de luz iluminó su mente, hasta entonces ciega y preocupada.

Y tan era pintor, sin comprenderlo él mismo, que á los cinco meses de cultivar su nuevo arte, vendía en cinco mil pesetas su primer ensayo, del cual sólo tenía ejecutada la cabeza sobre una tela en blanco, que se comprometió á llenar en noventa días. Representaba el cuadro un centinela árabe, y llevado por su dueño, norte-americano, á la exposición de Filadelfia, estuvo á punto de obtener la primera medalla, premio que dejó de adjudicársele, no precisamente por falta de mérito, sino por ser condición del certamen la nacionalidad norte-americana de los artistas que optasen á dicha recompensa.

Llegó en esto á Roma un hombre inteligente como pocos en pintura, el célebre Goupil, que cubre de oro los lienzos recomendables y se enriquece con la reventa de sus compras. Goupil oyó hablar de Fabrés, visitó su estudio, y comprendiendo que el artista catalán podía ser una mina en sus manos, le compró en diez mil francos una pequeña tabla de 30 centímetros por 20, y le hizo seductoras proposiciones para que se trasladara á París, donde le aseguraba una fortuna. Negóse Fabrés á abandonar á Roma, y los romanos le agradecieron la preferencia, colmándole de aplausos á la aparición de cada una de sus obras.

Y entonces se efectuó una nueva evolución en las manifestaciones de nuestro artista, y así como al escultor había sucedido el pintor, á éste sucedió el acuarelista; pero no el acuarelista adocenado, porque Fabrés no sabe hacer nada á medias, sino el pintor de aguadas que desde los primeros momentos supo colocarse en preeminente lugar entre los que cultivan este género. Aun cuando han trascurrido ya algunos años desde que Fabrés emprendió su carrera artística, en nada ha menguado la fogosidad de su carácter, siendo esta la causa principal de la segunda evolución á que aludimos. Si abandonó el cincel por los pinceles, entre otras causas, porque la escultura no le parecía el modo más fácil y expedito de llegar sin enojosas demoras á la realidad de sus concepciones, la aguada le pareció procedimiento más rápido y espontáneo que la pintura al óleo para el mismo objeto, y le indujo á dedicarse con su entusiasmo y su pasión habituales á dicho género. Que sus primeros ensayos no debieron ser tales, sino obras perfectas, lo prueba una circunstancia á la que debe una de sus honrosas distinciones. Habiendo cedido á un aficionado las primicias de sus productos como acuarelista, éste presentó en la Exposición universal de acuarelas de Londres una ejecutada por Fabrés en menos de tres horas, y sin que su autor tuviera noticia de ello, pues de lo contrario seguramente se habría opuesto, y el jurado calificador le otorgó una medalla como merecida recompensa de su talento.

Hoy Fabrés cultiva este género de pintura con verdadero cariño, con entusiasmo creciente, y así lo demuestra el considerable número de aguadas que brotan de su pincel, y en las cuales la cantidad no perjudica á la calidad, como en todo suele suceder; antes bien cada una de las que exhibe al público puede calificarse de obra maestra tanto por su ejecución cuanto por el modo de presentar el asunto.

Fabrés, en cuanto pintor, ha conservado muchas de sus cualidades de escultor: en sus dibujos como en sus pinturas, se marca, quizás con alguna exageración, el relieve, como si acostumbrado á valerse de la forma óptica real, la confundiera con la forma óptica aparente de la pintura. Por el grueso de la capa de color, algunos fragmentos tienden á acercarse al bajo relieve. En cambio, en sus cuadros parece inspirarse en un ideal enteramente distinto del que movía su cincel. A la fogosidad de sus concepciones primeras, no siempre realizables por completo, porque traspasaban los límites de un arte esencialmente plástico para cernerse en las nubes de una divagación subjetiva más propia del poeta que del escultor, ha sucedido en él aquella idolatría exclusiva por las formas, aquella embriaguez de los colores, tan común y general en el día.

Como acuarelista, se distingue por esta misma embriaguez, por una entonación que revela la artística energía de



¡Buena salsa! copia de una acuarela

que se siente poseído y la seguridad con que traslada al papel, fácil y espontáneamente, la idea que bulle en su férvida imaginación; distínguese también por esos toques que pudiéramos calificar de nerviosos y que, sencillos en



Recuerdos de Cataluña, copia de una acuarela

la apariencia, comunican exuberante vida á sus creaciones; y si en sus aguadas huye de prolijos detalles, propios más bien de las miniaturas, en cambio consigue dotarlas del efecto que sin duda apetece y que da sorprendente realce á sus trabajos. No pretendemos afirmar que Fabrés sea una eminencia en este género, tal como nosotros consideramos á las verdaderas eminencias en el arte; pero si se nos obligara á establecer alguna comparación, diríamos que Velázquez, acuarelista, hubiera sin duda cultivado este género como nuestro paisano lo cultiva.

Como dibujante, sólo se nos ocurre decir que en sus dibujos á la pluma, á los que ya se dedicó durante su residencia en Roma, bien pronto no conoció rival y fué saludado por sus mismos compañeros como el primer discípulo de esta nueva escuela que hace cada día nuevos prodigios en la exacta interpretación del modelo. Fuera de esto, los constantes favorecedores de nuestra publicación habrán tenido ocasión de apreciar en lo que valen los diferentes dibujos de Fabrés que hemos incluído en sus páginas, y en los cuales no se sabe qué admirar más, si el acierto y destreza con que representa los más variados tipos, ó la espontaneidad y soltura de su lápiz.

Tal es Antonio Fabrés como artista. Joven aun, conserva por la gloria el entusiasmo de su primera edad. Vehemente, impetuoso, se halla á merced de sus impresiones que se suceden hasta la fatiga, siempre varias, siempre vivaces, siempre renacientes. La realidad le abruma, y á ser posible viviría en un perpetuo sueño. Con sólo ejecutar la mitad de lo que su fértil imaginación ha concebido, tendría lo bastante para su fama, y sólo á la fuerza ha debido abandonar su sistema de dejar en esbozo sus mejores proyectos, aguardando la hora bendita y deliciosa de la inspiración, la única en la cual despliega sus brillantes facultades.



Un emancipado, copia de una acuarela

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, palenque abierto á todos los artistas de fe y aliento, no podía, no debía dejar de consagrar uno de sus números á rendir un tributo de cariñosa admiración á tan distinguido escultor y pintor, como no há mucho lo consagró á otro joven artista de brillantes esperanzas. Si Fabrés ha encontrado hasta ahora más abrojos que rosas en su camino: si la fortuna no se le ha mostrado tan propicia como por su talento merecía; si su artística carrera le ha deparado más honra que provecho, no por eso debe desmayar: el mérito tarde ó temprano se abre paso, y Fabrés está en condiciones de obtener por sus obras el apoyo de propios y extraños y de legar á la posteridad un nombre ilustre y respetado.

¡FUERA JUDÍAS!

Bien dice el refrán que el hombre propone y Dios dispone.

Nosotros habíamos salido de caza, y nos proponíamos naturalmente hacer ejercicio, divertirnos y matar muchísimas perdices.

Pero Dios había dispuesto que no matáramos ninguna, y las nubes, dóciles al mandato del Criador del mundo, se encargaron de hacernos cumplir su voluntad altísima.

Apenas habíamos llegado al cazadero comenzó ya á llover un poco. Nos resistimos por ver si paraba, pero lejos de parar, la lluvia fué engordando, engordando cada vez más, y no hubo otro remedio que abandonar el campo calados del todo.

Cuando entrábamos en casa del anciano cura de Val de San Pedro, yo de mí recuerdo que iba hecho una sopa.

El venerable sacerdote, á quien solamente uno de mis amigos conocía, nos facilitó ropa con que mudarnos, mientras se enjugaba la nuestra, nos dió de comer, y, como la lluvia continuó hasta otro día, nos entretuvo toda la tarde y toda la noche dándonos consejos y lecciones que sacaba del abundante almacén de su experiencia.

Sabía de todo y nos habló de todo, desde la caza hasta la teología, y aun me parece que estoy viendo su noble figura, y recuerdo especialmente la fe con que nos ponderaba la eterna desdicha de los pueblos que pretenden curarse de sus males con motines y revoluciones.

«Es de todos los tiempos, — nos decía; — la inclinación á rebelarse es de todos los tiempos; está en la naturaleza humana, viciada y corrompida por el pecado de nuestros primeros padres, que fueron los primeros rebeldes en la tierra, instigados por el demonio, el rebelde de las alturas; pero hay que convenir en que por rara maravilla producen alguna vez las rebeldías y conjuraciones resultado favorable á los conjurados.

Me acuerdo, á este propósito, de una sublevación en que yo tomé parte á los catorce años.

Fué una sublevación terrible.

Era yo colegial en León, y todas las noches nos daban de cenar habichuelas, á las que los colegiales mayores habían dado en llamar con el odioso mote de judías, que la Academia, en su perpetua falta de discreción, ha tomado por nombre propio.



Crepúsculo, copia de una acuarela



UNA PARTIDA EMPEÑADA, copia de una acuarela

Se habían cogido muchas aquel año y andaban muy baratas, circunstancia que pesaba demasiado en las resoluciones del mayordomo del colegio.

Las *judías* estaban buenas, es verdad; pero nos fastidiaban, entre otras razones, por la de que los superiores querían que las comiéramos.

Nos quejábamos en particular al profesor que por turno presidía el refectorio, hoy un colegial, mañana tres, al otro día siete, todos sin resultado.

Después de diez y quince y veinte quejas particulares, á la noche siguiente habichuelas sin falta.

Nos confabulamos, nos pusimos de acuerdo, y una noche hicimos el sacrificio ¡que vaya si lo es entre los trece y los veinte años! hicimos el sacrificio de quedarnos todos sin cenar, dejando intactos los platos de judías sobre la mesa.

El resultado... no llegó á saberse á punto fijo; pero los mayores, como más prácticos, aventuraron la idea de que el mayordomo había mandado al cocinero reservar aquellas judías para el día siguiente, y que al día siguiente habíamos cenado las mismas judías trasnochadas.

Era preciso tomar una resolución más enérgica y se tomó en efecto. El fuego de la conjuración prendió en todos aquellos adolescentes corazones, y tres días después, al llegar la hora de la cena, no bien se nos había servido el manjar de costumbre, cuando al grito resuelto y poderoso de *¡Fuera judías!* ciento diez platos de alubias volaron por el aire y cayeron al suelo hechos pedazos, después de haberse estrellado contra el techo ó contra las paredes del refectorio.

Éramos ciento diez colegiales y todos habíamos tirado los platos, pintando grotescamente las paredes y formando un verdadero lodazal de judías sobre los ladrillos del pavimento.

¿Habíamos conseguido el triunfo?...

¡Ah! El catedrático presidente de la cena quedó escandalizado y dió parte al rector en seguida.

El rector, por de pronto, nos condenó á dormir, ó mejor dicho, á no dormir, con la incertidumbre de su resolución y de nuestra suerte.

Al siguiente día muy de mañana nos hizo reunir y, formados en fila, dispuso quintarnos. Todos aquellos á quienes tocó el número cinco fuimos expulsados inmediatamente.



Lección de Corán, copia de una acuarela

Digo que fuimos, porque yo fuí uno de los veintidos que recibimos la orden de marcharnos á nuestras casas.

Arreglé mi baúl con ese orgullo propio de los vencidos en defensa de una causa justa, encargué á un compañero que me lo remitiera por el ordinario y me puse en camino.

Mi pueblo dista cinco leguas de la capital, y, unos ratos á pie y otros andando, llegué á casa después de oscurecido, cuando mis padres y mis hermanos iban á cenar y estaban sentándose á la mesa.

Mis padres eran unos labradores mucho más ricos en nobleza y en virtudes cristianas, que en bienes de fortuna.

Lo digo para que comprendan ustedes que no vivíamos con lujo.

Ni aun hubieran podido buenamente pagar mi pensión de colegial, y si yo seguía la carrera eclesiástica en el seminario, era porque había obtenido una beca de gracia.

–¿Qué es eso? – dijo mi padre alarmado viéndome entrar: – ¿cómo por aquí? ¿qué pasa?

Yo no sabía qué decir y apenas acerté á murmurar cuatro palabras incoherentes, por las que el autor de mis días comprendió que había sido expulsado del colegio con otros muchos.

–¿Que os han expulsado? – dijo con acentuada severidad – ¿Qué habéis hecho?... En fin, siéntate y cena si tienes gana, que luego ya hablaremos.

Obedecí temblando y me senté á la mesa dispuesto á cenar, á pesar del disgusto, porque como había hecho tanto ejercicio y no había comido en todo el día tenía mucha hambre.

Dos minutos después estaba la cena sobre la mesa.

¿Y saben ustedes lo que era la cena?

Judías.

Una gran fuente de judías, más pobremente condimentadas que las que nos daban en el colegio, pero que, así y todo, aquella noche me supieron á gloria.

Es la historia de la pobre humanidad pecadora, – añadía el venerable anciano: – gritar *¡fuera judías!* y comer judías cada vez peores.»

Yo era el más joven de la partida: tenía diez y ocho años, y confieso que me parecían un poco pesimistas las reflexiones del señor cura.



EL SIGLO XIX, bajo relieve, dedicado á la Excma Diputación de Barcelona



Cercanías de Roma, copia de una acuarela

Pero andando el tiempo, que ciertamente ha andado mucho desde entonces, observando los sucesos y estudiando la vida de los pueblos, ¡cuántas veces me he acordado de las judías y he reconocido la razón que tenía aquel santo hombre que nos reparó las averías de la caza!

Porque efectivamente, he visto armarse y triunfar muchos motines contra las judías, y siempre he visto las judías á la vuelta del triunfo.

He visto que una vez se incomodó la gente contra las judías de los privilegios, y comenzó á gritar ¡fuera privilegios! ó ¡fuera judías! es lo mismo.

Y en efecto, quedaron abolidos de una plumada los privilegios de la nobleza, de la religión, de la ancianidad, del valor, de la virtud y del saber

Pero al día siguiente reaparecieron las judías mucho peores que antes, es decir, que surgió el más repugnante de todos los privilegios, el del dinero, y otro peor todavía si cabe que el del dinero, el de la desvergüenza.

Los hijos de los nobles no estaban sujetos al servicio militar, ni los alumnos de los seminarios, ni los novicios de las órdenes monásticas.

¡Fuera judías!

Y quedaron sujetos al servicio militar los hijos de los nobles y los novicios y los seminaristas; pero quedaron exentos los hijos de los ricos.

Antes pesaba el servicio militar obligatorio sobre los plebeyos, sobre aquellos cuyos ascendientes no constaba que hubieran prestado servicios á la patria.

Ahora pesa exclusivamente sobre los que no tienen seis ú ocho mil reales de sobra; es decir, sobre los que no han esquilmado á la patria.

Antes había fuero militar y fuero eclasiástico. La persona de alguna de esas clases que por casualidad ó por imprudencia cometía un acto penado por las leyes, no iba á confundirse con los criminales de profesión en inmundos calabozos.

¡Fuera judías!

Y á este grito que se tradujo por igualdad ante la ley, los hombres honrados que tuvieron la desgracia de delinquir, fueron á la cárcel con los alumnos más sobresalientes de la escuela del crimen.

Pero las judías subsistieron con otra salsa; quedaron fuera de la cárcel los criminales ricos, los que pudieron dar fianza de dos mil ó de cuatro mil pesetas.

¿Y quién les quitaba luego de huir del castigo perdiéndolas?

Antes había inmunidades, de que gozaban las personas que por los difíciles y trabajosos caminos antiguos habían llegado á cierta dignidad elevada.

¡Fuera judías!

Y aquellas inmunidades desaparecieron, y un obispo ó un general tuvieron que ir á la prevención cuando se le antojó á un polizonte.

Pero en seguida volvieron las judías de la inmunidad á favor de los que tuvieron bastante dinero ó bastante influencia para hacerse elegir senadores ó diputados, y se vieron aquí los tribunales detenidos á cada paso en la persecución del delito.

También he oído gritar muchísimo contra las judías de la inmoralidad administrativa y del despilfarro.

¡Fuera judías!

Y por ejemplo, quedaron suprimidos los consumos.

Pero aparecieron en seguida las judías de la capitación ó de las cédulas personales; y á la vuelta de unos pocos años nos encontramos con las primeras judías y con las otras, con las cédulas y con los consumos.

¡Cuánto no se gritó también en otro tiempo contra las judías de las manos muertas!

Y en efecto, se desamortizaron los bienes eclesiásticos y los bienes de beneficencia y los bienes comunales dejaron de pertenecer á sus antiguos y legítimos dueños en cuyas manos eran patrimonio y remedio de los pobres.

Pero pasaron á las manos vivas de cuatro usureros miserables sin conciencia y sin corazón que en seguida cuadruplicaron el tipo de la renta...

Y sin embargo, es bien seguro que la pobre humanidad, apartada de los caminos de Dios, seguirá tan entusiasmada gritando á cada paso *¡Fuera judías!*

ANTONIO DE VALBUENA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

(Conclusión)

Curro estaba trasfigurado, trasportado, como si se hubiese encontrado aún en los terribles momentos de su historia.

No reparaba, no podía reparar en mi emoción.

Se encontraba en una situación de todo punto anormal.

Sus ojos escandecidos titilaban.

Sus cabellos ya entrecanos, aparecían erizados como la crencha de un león.

Sus largas patillas de *boca de hacha* parecía como que también se agitaban levemente.

* * *

– Me eché sobre él, – añadió, – y le abrí de una puñalada, como á un cerdo, desde el cuello al vientre: le ví sobre un charco de sangre á mis pies... sentí la alegría de la venganza... la alegría más grande que he tenido en todos los días de mi vida y tampoco la alegría me hizo llorar.

¡Pero ella! ¡Y ella, la infame!... – exclamé yo.

– ¡A ella no la podía yo matar! – me respondió con voz ronca: – no podría verla sin matarla, y como no podía matarla, no la he vuelto á ver desde que nos dejó á todos: á los hijos para la hoya y al padre para el presidio.

Guardó por algunos instantes silencio.

Luego añadió:

– No, no sé lo que ha sido de ella, ni lo quiero saber.

* * *

Por esta vez no llenó la copa.

Tomó la botella y se la empinó.

Por pronto que acudí á quitársela, ya la había apurado.

Sonrió.

La tensión terrible de su semblante había desaparecido.

Su expresión feroz se había borrado.

Sólo quedaba en él un ligero estremecimiento, como el de las aguas después de la tempestad.

* * *

– Pues si ella no hubiera cantado hace quince años, – continuó, mientras hacía lentamente un cigarrillo y con la voz ya tranquila, – esa copla que á V. ha chocado tanto, no la hubiera yo conocido.

Yo era entonces corista de una compañía de ópera que trabajaba en Granada.

Pasaba una tarde por el corral del Carbón, que es una casa de vecindad muy grande.

Yo era entonces muy feliz.

Tenía veinticinco años y ajuste seguro.

Viajaba, ganaba, me divertía.

El mundo era pequeño para mí.

Cuando oí la voz de niña, de tiple, de una extensión admirable, de un timbre delicioso, de un sentimiento, de un estilo incomparables, que cantaba... ya sabe V. la copla, yo no sé lo que me pasó.

Ella no había cantado la copla, como la canto yo, no.

La había cantado como una de tantas coplas que se saben de memoria.

Yo me entré en el corralón y la oí.

Estaba lavando, con los cabellos rubios tendidos.

Apenas si tenía diez y ocho años.

La pedí agua para hablar con ella.

Hablamos.

Pelamos aquella noche la pava, como se dice en nuestra tierra. Digo, si Andalucía es mi tierra, que yo no puedo decir dónde nací, ni siquiera dónde estoy bautizado, lo cual fué una dificultad para nuestro casamiento.

¡Ojalá no hubieran podido vencerse aquellas dificultades!

Pero se vencieron y nos casamos.

Yo me consagré á enseñarle la música y al año ajustaron conmigo á Milagros de corista; pero yo perdí la voz, me faltaron ajustes, vino la miseria, ella no supo resignarse á ella... y me... y nos abandonó.



El suplicio de Prometeo, boceto escultórico

– En fin, afuera ideas negras: ¡viva el aguardiente, viva la alegría!

Es necesario que esta noche nos *divertamos*.

Y en aquel momento, fué cuando el pobre Curro me pareció más horrible.

Tras la desesperación había venido la locura.

Me costó un trabajo infinito impedirle que bebiera más y una batalla el sacarle de la taberna

* * *

Sobre la enorme cantidad de aguardiente que sin duda había bebido durante su trabajo en el café, delante de mí había apurado cuartillo y medio de un aguardiente de tan alta graduación que bien podría llamársele *capitán general*.

Sin embargo, andaba de una manera firme y desembarazada, y al hablar no se le embrollaba la lengua.

Pero á poco que se le observaba, se notaba en él la peligrosa, la formidable sobrexcitación del alcoholismo.

Me negué decididamente á continuar la *juelga* como él decía y me acompañó á mi casa.

A la puerta nos despedimos.

No tardé mucho en arrepentirme, en acusarme de no haberle hecho entrar.

Aquello se hizo para mí un caso de imprudencia temeraria.

¡Pobre Curro!

* * *

Cuando me encontré solo en mi gabinete, me pareció que se me quitaba un peso del alma.

Pero me dominaba el horror del drama que de una manera tan palpitante se había representado delante de mí.

Dormí mal y me levanté con la cabeza pesada.

Al buscar en mis bolsillos un papel que necesitaba, me encontré con una tarjeta que decía:

Pepa la Gallarda – cantaora flamenca y echadora de cartas, – calle del Peñón – núm... cuarto...

Se me recrudeció el recuerdo de la hermosa gitana.



Un hombre feliz, copia de una acuarela

Almorcé de prisa, me vestí con cuidado, como quien va á una conquista, salí, tomé un carruaje y me hice conducir á casa de Pepa que me recibió con ansia.

– ¡Ay! señor de mi alma! – dijo en cuanto me vió; - que viene V. porque la Santísima Virgen le envía, que no sabe V. lo que pasa: que el pobre Currito está en el *espital* y Dios sabe si el *desdichao* habrá *palmao* ya.

Yo me aturdí

– ¿Pues qué pasa?—la pregunté balbuceando.

– Que esta mañanita le ha dado un *singusto* en una aguardientería y se ha caído redondo al suelo; y mi señor, que estaba allí, avisó y fueron y le llevaron al *espital*: y *aluego* vino y me lo contó á mí: que mire V. qué plato de gusto, el pobre hombre! y por eso yo le dí á él una tarjeta para que se la diera á V., porque yo, con mirarle á las personas los clisos, sé lo que son y V. es muy bueno y Dios y su Santísima madre le guardarán á V. muchas venturas: y no por otra cosa, que no podía ser, porque yo soy *cañí* y las *cañís* no las ha hecho *ondivel* más que para su flamenquito; pero yo quería hablarle á V. para que usted hiciese lo que pudiera por Currito, que es muy *esdichao* el pobre; conque vaya V. por cariá, señor, que hasta en el *espital* son menester las recomendaciones... y V. es mucha *presona*, que lo conozco yo.

– ¿Y en qué hospital está?

– Pues, en el general.

– Adiós y hasta la vista, – exclamé.

– Hasta la vista, señor, que estemos más despacio.

Yo salí escapado.

¡Prisa inútil!

Cuando llegué al hospital, acababa de sobrevenir el aplanamiento.

Curro había sucumbido á una apoplejía fulminante causada por el alcoholismo.

¿Por qué no le había yo detenido algunas horas antes?

Tal vez se hubiera impedido...

Tal vez hubiera podido convertírsele...

¡Quién sabe!...

* * *

Hice lo único que me era posible.

Reclamé el cadáver.

Adquirí para él un nicho perpétuo en una sacramental.



LA FAVORITA, copia de una tabla sin concluir, de 30 centímetros de largo.



LA TRAGEDIA, notable obra escultórica



LA CALUMNIADA, copia de una acuarela

Al día siguiente por la tarde, cuatro sepultureros conducían modestamente en un ataúd, también modesto, aquel conmovedor cadáver.

Yo iba detrás á pie.

Seguíamos el camino que, á través de Chamberí, conduce á Tetuán.

De improviso un grupo de hombres y mujeres, de los del bronce, chulos y tunantes, se cruzó con nosotros.

Antes de que llegaran había yo reparado en una magnífica rubia ya bien pasada de los treinta años; pero oronda y fresca.

Venían todos desaforados.

Llenos del vino de Tetuán.

Al mismo punto de cruzarse con el cadáver, la hermosa rubia cantó con una voz admirable:

Las lágrimas que se lloran
nunca fueron tan amargas
como aquellas que se quedan
escondidas en el alma.

Sentí un horror infinito.

Una crispatura penosa.

Me pareció que el ataúd producía un ruido sordo, violento, siniestro, como si dentro de él se hubiera agitado el cadáver.

– ¡Milagros! – exclamé como por instinto.

– ¡Calle! ¿y de qué me conoce á mí ese señorito? – dijo ella tranquilamente, – pues yo no me acuerdo.

Y pasó... pasaron.

Era indudablemente ella.

La adúltera, la infame, la exterminadora de su familia, que, ebria por la crápula, se había cruzado sin saberlo con el cadáver de su última víctima.

* * *

Cuando en el cementerio se abrió el ataúd, ví con espanto en los ojos del cadáver dos gruesas lágrimas congeladas.

Entonces recordé claramente, como si acabara de oirlas, aquellas proféticas palabras del desdichado:

«*Yo no he llorado nunca, como no llorara antes de nacer, y no esté de Dios que yo vuelva á llorar hasta después de morir.*»

¿Era que en aquel cuerpo muerto que nunca había llorado, había llorado al fin el alma inmortal?...

¡Sábelo Dios...!

T. Nieva



De vuelta de las carreras, copia de una acuarela

¡POBRE HOMBRE!

(monólogo de un infeliz)

Decía así:

Pues señor, cuando la conocí hubiera jurado cosa imposible lo que había de suceder, mejor dicho, lo que está sucediendo Yo estaba persuadido íntimamente de que no hay bribón en este mundo que no vaya en carnes vivas, harapiento y que no se encuentre sin salud, hogar ni oficio conocido. Y aun cuando la obra de que ha venido á resultar este planeta no me parecía, ni con mucho, una cosa acabada en su conjunto, y deja, según puede ver el menos lince, mucho que desear en los detalles, tenía á lo menos el consuelo de que, de tejas abajo, no había virtud sin premio, ni maldad ó perversidad sin castigo.

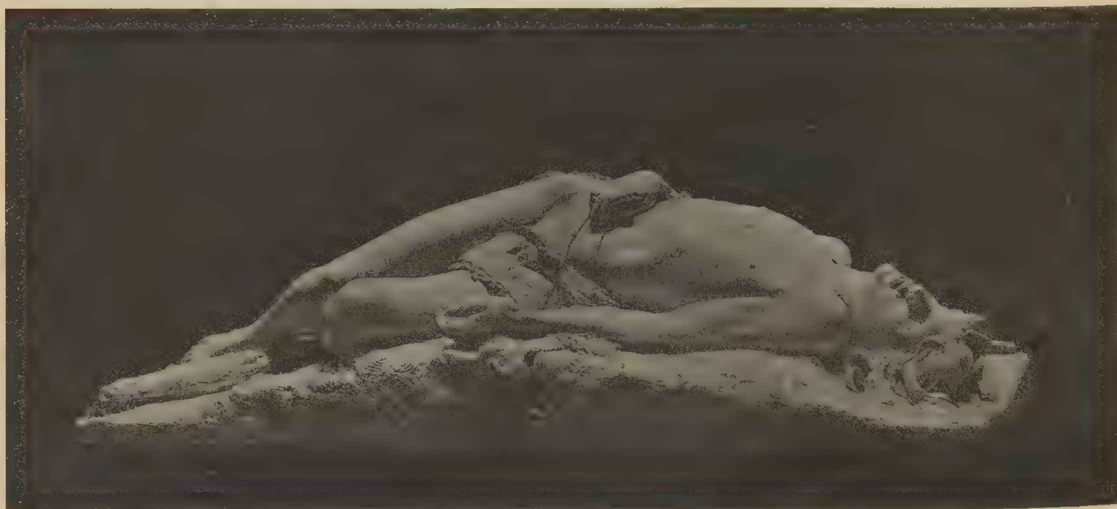
En esta persuasión hubiera jurado una y mil veces, que la roca que se despeña de la montaña no cae al llano, cuando por este llano pasa un hombre de bien á carta cabal. La moral de la literatura docente tampoco me la explico de otro modo, porque, en suma, cuando un autor, al final de una comedia dice que debemos ser como Dios manda, eso lo afirma, después de consignar las malas consecuencias que traen consigo todas las picardías.

Calcule cualquiera, si en mi caso se hubiera sentido capaz de matar á una hormiga, de engañar á un amigo ó de dar alimento á tentaciones pecaminosas por leves que fueran. Así es, que yo, hombre honrado, por estas y otras razones que yo me sé, cuando conocí á Dolores y la dije, con una fe que, pese á mi natural modestia, nunca me cansaré de ponderar, cuánto y cómo la quería, pensé que el demonio no tendría nada que hacer en el asunto.

Figúrense Vds. una muchacha joven, alegre, morena, con unos ojos que tenían más ternura que una elegía de Lamartine y una expresión encantadora, y un cabello más negro que mi suerte y un fuego que ni el Ecuador, y se figurarán, en parte, á Lola. Aquel andar provocativo, menudo y airoso, aquellas manitas blancas, aquella boca que parecía una amapola cuajada de rocío, aquel talle seductor, aquella voz y aquella gracia, que eran una bendición del cielo, lo confieso, acabaron en un punto con todo el estoico alarde de viril entereza, que yo acostumbraba á hacer en lo más hondo de mi alma, orgulloso como estaba de mi libre albedrío.

La posición de ella valía muy poco. Era modista y ganaba mucho menos de lo que necesitaba para atender á su sustento y al de su buena madre, viuda de un auxiliar de la clase de quintos, del negociado octavo, de la sección undécima, de no sé cuál dirección general de un ministerio.

Pero la pasión no ha sido nunca hacendista. Yo la que-



ABEL MUERTO, obra ejecutada para las oposiciones de la pensión de Escultura en Roma

GIRA CAMPESTRE, copia de una acuarela

ría con toda mi alma, y con todo mi corazón y con todo mi todo, y estaba decidido á hacerla mi esposa y á conducirla de la mano, como Dios me diera á entender, por los ásperos senderos de la vida, compartiendo con ella mis gustos y mis gastos, mis bienes y mis males.

Ella, por su parte, parecía dispuesta á acceder á mis honrados deseos, y así hubo de manifestármelo muchas veces, del modo más inocente y persuasivo. Su apreciable mamá era de la misma opinión, y no hay para qué detenerse á averiguar la causa de este su parecer. Estando, como estábamos, todos de acuerdo y decididos á dar la última mano á la obra, se comenzó esa larga operación de expedientes y certificados y papeles, cosa indispensable, como es sabido, para que las gentes puedan decir, sin miedo ni vergüenza, que se quieren y están empeñadas en quererse, sin escándalo de la moral y de las buenas costumbres

Yo había soportado, hasta con heroísmo, las burlas y chanzonetas de mis amigos á propósito de mi proyectado matrimonio. Mi señor padre me había hecho todas las consideraciones que, según su buen juicio, debía tener presentes antes de dar aquel paso, en el paso y después del paso.

Hombre sesudo y de mucha experiencia, veterano de cien campañas amorosas, experto conocedor de los más impenetrables abismos del corazón de la mujer, cuando conoció á Lola, me dijo:

—¡Qué quieres! ¡No me da buena espina esa muchacha! Tiene un no sé qué, que no te puedo decir, por eso mismo, porque no sé qué es. Se me antoja, sin embargo, que no has de ser feliz con ella; pero, chico, piénsalo bien. Tu padre ¿qué ha de querer? Que seas feliz; y en fin, ¡ojalá me equivoque!

Yo traté de persuadir á mi padre, diciéndole que desechara vanos escrúpulos, porque si Lola fuera mala, habría que pensar que los ángeles del cielo eran unos bribones, y yo no era capaz de semejante pensamiento.

El amor paternal le hacía creer que yo era un joven de provecho, destinado á dar grandes días de gloria á mi pueblo y á mi patria. Así es que me escuchaba con la boca abierta, y como mis vulgaridades se le antojaban conceptos sublimes, dignos de esculpirse en mármoles con letras de oro, se hallaba siempre dispuesto á aceptar mis razones sin discutirlas, como evidentes é incontestables.

Se dió por convencido, no sin argüir, entre otras cosas, que había observado con disgusto las atenciones que Lola tenía con cierto primo suyo, oficial de caballería por más señas.

Confieso que lo del oficial me dió motivo á algunas cavilaciones. Qué tales serían ellas, puede conjeturarse, considerando que llegué á ponerme serio con Lola y hasta á amenazarla si dicho primo no desaparecía de la escena, porque rabiaba de celos y estaba que me podían ahogar con una hebra de algodón.

Lola, entonces, me dijo que nada podía regocijarla tanto como esta prueba de cariño que acababa de darla, pues ella creía difícil que no resultara eficaz la prueba que acababa de hacer para persuadirse de la intensidad de mi pasión; que por eso y para eso había tolerado las lisonjas *insípidas* (recalcó mucho y con desdén el adjetivo) de su primo, el cual no podía compararse, ni de lejos, en buenas prendas y excelentes condiciones conmigo; que sus miraditas tiernas y sus conversaciones en voz baja con aquel oficial de caballería, tampoco tenían otro objeto que el que me decía, pues como la parecía un tanto reservado mi carácter, necesitaba convencerse de algún modo de la sinceridad de mi afecto.



A la salud de mis vecinitas, copia de una acuarela

Muchas consideraciones añadió á las dichas, entre otras, la de dolerse mucho de que la hubiera considerado capaz de faltar á la fe que me tenía jurada, y muy jurada, haciéndome de mil modos la protesta de que la perdonase, si las apariencias, justificando su torpeza, ya que no sus honradas intenciones, la condenaban; y terminando sus explicaciones con una lluvia de frases cariñosas y con la expresión de su propósito de no recibir una vez sola á su primo en su casa, ni cambiar con él palabras, sonrisas, señas ni saludos en ninguna parte.

Con esto, que según observaba, era cumplido en todas sus partes, se vió limpio de nubes el claro y hermoso cielo de mis esperanzas amorosas.

Ya no hubo más sino fijar el día y la hora en que debían cumplirse, consagrándose ante el altar. La víspera de ese día, hasta muy entrada la noche, no me separé de ella: todo eran dulces ensueños, hermosas perspectivas y suaves presentimientos.

Se vistió sus galas de novia porque la contemplase y me quedé más embelesado que Fausto la vez primera en que vió á su Margarita: de tal modo embellecían su hermosura aquellos modestos adornos.

Fuíme á mi casa tan satisfecho y alegre, que me parecía cosa extraña no tomasen las gentes que hallaba á mi paso, una parte principal en mi alegría. La noche se me antojó muy larga y toda ella la consagró mi pensamiento desvelado á la risueña imagen amorosa de mi adorada.

Por fin llegó la hora del día, que creí no llegaba nunca, y me dispuse á adornarme con aquella elegancia y decoro que demandaba el acto solemne que iba á verificar. Ya me disponía á salir, cuando un fuerte é inesperado campanillazo me anunció una impensada visita. ¡Cuál no sería mi asombro y mi sorpresa al ver con mis propios ojos á la señora madre de Lola, pálida, trémula, llorosa!

En resumen: Lola había desaparecido de su casa aquella noche y su honra estaba en el mismo caso que mi dicha, evaporada y perdida de una vez para siempre. Su buena madre ignoraba si esto había sido un acto de su voluntad ó conjuración de algún infame enamorado de ella, como se lo hacía creer la crítica circunstancia en que había ocurrido acontecimiento para mí tan doloroso,

¡Oh mudable y perversa condición! ¡Oh insensatos y malparados deseos! La honradez escarnecida, el sentimiento hollado, pedían venganza; pero la venganza era imposible, pues una muchacha puede... ¡No quiero acabar el pensamiento!

Después de algún tiempo supe que Lola vivía en íntimo consorcio con su primo, el consabido oficial de caballería.

Desde entonces, en los momentos en que el dolor me lo consiente, me pregunto con frecuencia monomaniaca: ¿por qué, vamos á ver, predican ciertas gentes la moral como una cosa tan acorde con la dicha? ¿No valiera más decir que el bien se debe amar por sí mismo?

Pues lean Vds. casi todas las obras dedicadas á la enseñanza de la niñez y allí verán, cómo todos los chicos buenos, obedientes y aplicados lo pasan muy á su gusto, y los malos, holgazanes y díscolos están en una continua dolorosísima agonía.

Víctima de esa literatura azul, proclamo sus efectos: á creer en ella, mi actual desengaño me convertiría en hombre desalmado y perverso.

***

Hasta aquí el protagonista.

Yo sólo puedo añadir, por vía de comentario, que cuando Lola se marchó con su primo, hablaban del burlado novio, y ella decía riendo á carcajadas:

–¡Pobre hombre!

Ignoramos si, pasado algún tiempo, el pobre hombre llegó á devolver, con más razón, el adjetivo á su perversa engañadora.

Acaso nó: y este sería otro epigrama de la vida contra la literatura docente, en que se cotizan las buenas acciones á tanto por ciento la recompensa.

José Milla

HISPALA Y SILVIA

POR DON JOSE TORRES

I

El limpio sol de Italia, próximo al ocaso, dejaba tras sí un incendio de nubes. Era esa hora en que las lejanas montañas parecen trasparentes, amatistas inmensas engarzadas en el anillo de oro del horizonte.



Unos minutos de descanso, copia de una acuarela

Por la amarillenta playa de Nápoles un hombre caminaba á caballo, siguiendo las sinuosidades del golfo. Su cabalgadura, tipo perfecto de la soberbia raza de Numidia, lanzaba de cuando en cuando un alegre relincho y dilataba las anchas fosas de su nariz, ávidas de las frescas brisas del mar.

Las armonías de la tarde despertaban en el alma del viajero profunda melancolía; su mirada, cual si buscase la imagen de un recuerdo, vagaba errante desde las nubes de oro fundido hasta las cercanas olas, que, heridas por el sol poniente, caían, al deshacerse en espuma, sobre la arena de la playa, como tornasolada lluvia de brillantes.

Sentía, sí, toda la belleza de aquellos momentos y de aquellos lugares; pero la sentía en su armónica totalidad, en su conjunto; sin que los sentidos se detuviesen á examinar ningún detalle: como llegan siempre á nosotros esas grandes síntesis de la naturaleza, á cuya poderosa magia el espíritu se siente poseído de desconocida inquietud é indefinibles aspiraciones, que nos hacen soñar con otros mundos y con otras existencias. Causa inesperada vino á sacar al viajero de su abstracción. Leve movimiento de la rienda refrenó el airoso andar de la cabalgadura, y el jinete dirigió una mirada á las colinas que se extienden paralelamente al mar. Las ligeras alas de la brisa habían llevado hasta sus oídos mezcla confusa de voces y rumores extraños, que fueron haciéndose cada vez más perceptibles. Muy en breve llegaron hasta el viajero palabras claras y distintas.

De pronto resonó en aquellas soledades la siguiente canción, entonada á coro por muchas voces.

¡Con el címbalo el címbalo vibre!
Sólo Baco al mortal hace libre:
cantémosle un himno de paz y de amor.
Sólo es cierta de Baco la gloria;
es la dicha del hombre, ilusoria;
sin vino la vida tan sólo es dolor.

Siguió á este canto loco vocear, vibrantes golpes de címbalos, sonoro chocar de copas, alegres carcajadas, gritos de entusiasmo..., hasta que, pasados algunos instantes, se oyó esta otra canción:

¡Vino! ¡vino, en las copas de oro!
Que el metálico choque sonoro
se mezcle al rumor de las olas del mar;
y la trémula nota argentina
vuele así de colina en colina,
del Dios que adoramos el sueño á arrullar.

Nuevo y mayor estrépito que el anterior siguió á esta segunda estrofa.

El viajero era joven; la naturaleza y el acaso le ofrecían reunidos un espectáculo sorprendente y una aventura que tenía mucho de misteriosa, y en su ya exaltada imaginación llegó á pensar que alguna oculta divinidad había venido á revelársele, como en los tiempos heróicos.

Los acontecimientos aquí narrados acaecían el año 569 de la fundación de Roma, 185 antes de nuestra era, cuando ostentaban las haces consulares Póstumo Albino y Marcio Filipo, juntamente.

Nuestro joven había estudiado las letras griegas en Atenas; era un discípulo del Liceo, formado en la poesía homérica. Sin detenerse un instante y con resuelto acento exclamó:

–Aun cuando viera descender el rayo sobre mi cabeza, he de perseguir á la diosa sobre las alturas.



UN GIGANTE DEL REINO VEGETAL, copia de una acuarela

Y abandonó el llano por las vecinas cumbres. De detrás de las rocas coronadas de pinos, muchas voces fueron llegando sucesivamente hasta él, y pudo oir con toda claridad:

– Divino Baco ¡gloria á tí!

– Compañeras, el sol toca ya á la línea del horizonte. ¡Gloria á Baco inmortal!

– La noche llega... ¡más vino en las copas! Bebamos á las constelaciones amigas.

– ¡El mortal embriagado es tirano del destino!

– Baco, Baco, el Capitolio será tu templo, y desde él dominarás á todos los pueblos de la tierra!

– ¡¡Muera Póstumo!!

– ¡¡Muera!!... ¡¡muera!!... – contestó la multitud.

– Compañeras, antes de dar comienzo á las sagradas ceremonias de nuestro rito, saludad á la nueva conjurada. Es hermosa como Venus afrodita, y en su corazón arde el fuego de la venganza.

– ¡Honor á la nueva sacerdotisa de Baco! – gritaron muchas voces.

– ¿Qué aguardas, Dánae? – preguntó una voz femenil.

– Ahora mismo; – contestó la interpelada.

Ya el viajero había echado pie á tierra, y amarrado á un tronco su caballo. Oculto entre un espeso grupo de pinos, presenciaba, sin ser visto, cuanto allí pasaba.

Verde corona de hiedra y de pámpano circundaba la frente de las bacantes. Entre el extraño grupo que reunidos formaban hombres y mujeres, muchos lucían con impúdico descaro incitantes inicios y hasta esbeltas y mórbidas desnudeces. Todos los ojos brillaban con desusado fulgor: sin embargo, más parecía debido esto á un común sentimiento de venganza estimulado por los vapores del vino, que á eróticos ni licenciosos desenfrenos

La mujer que había respondido al nombre de Dánae, se separó del grupo de sus compañeras, dió la vuelta por detrás de una pequeña colina, y reapareció á los pocos instantes, trayendo de la mano á otra mujer. Era ésta de elevada estatura, de suelto andar y talle esbeltísimo; su rostro tipo acabado de la más rara hermosura. En la sencilla aunque intensa mirada de sus grandes ojos garzos, había á un mismo tiempo algo de la timidez de la vestal y de la altivez vengativa de Lucrecia. Era, en una palabra, una de esas bellezas imposibles de clasificar; una de esas bellezas que no dependen en manera alguna de las líneas ni del colorido, sino de la expresión y del conjunto. En aquella fisonomía singular todo hablaba. Nada tan artístico como el prendido de aquella opulenta cabellera rubia encendida al último rayo de un sol meridional. Por la expresión vengativa, armonizaba aquel rostro con el de las demás mujeres; por su candidez de vestal, era una nota discordante.



Soberbia y humildad, copia de una acuarela

La recién llegada impuso admiración á las mujeres y sedujo los ojos de los hombres.

– ¿Ella?... ¿ella aquí?... – exclamó, sin poderse contener, el oculto viajero.

Cautiva la atención de todos por la neófita, ni oyeron las exclamaciones ni el crujido de las ramas tronchadas por el joven para ver mejor.

Un hombre en el último tercio de su vida, de canosa barba, sacerdote, al parecer, de aquella extraña multitud, se adelantó hasta la joven, la contempló con ojos de codicia, y permaneció inmóvil ante ella, mientras á coro, y levantando en alto las copas, entonó aquella ebria muchedumbre:

¡Con el címbalo el címbalo vibre!
Sólo Baco al mortal hace libre:
¡bebamos, bebamos de Baco en honor!
Ya la luna se oculta en el cielo:
que la virgen con báquico anhelo,
deponga ante el ara primicias de amor.

Al expirar la última nota de la canción báquica, aquel hombre extiende el brazo hacia la joven para asirla... Ella se echa rápidamente atrás...

Resuena un grito, y aquel hombre rueda por tierra atravesado el corazón.

Mortal palidez cubre el rostro de la joven, vacila, y cae privada de sentido.

El viajero, despidiendo rayos de su mirada, oprime aun en la convulsa diestra su espada tinta en sangre.

El ejército de Baco huye en tropel y desaparece.

II

El viajero tomó en sus brazos á la joven, y la trasladó hasta un lugar allí próximo, en donde, por la interposición de una pequeña eminencia, no pudiese al volver en sí contemplar el repugnante espectáculo de un hombre muerto y bañado en su propia sangre. Iba ya á depositar su preciosa carga sobre la verde alfombra de yerba, cuando del pecho de la joven se escapó un hondo y entrecortado suspiro.

– ¡Silvia! ¡Silvia! – pronunció el viajero con acento apasionado, mientras contemplaba con ansiedad indescriptible el pálido semblante de aquella mujer.

Entreabrió la joven sus párpados y dejó errar en torno suyo una mirada vaga é indecisa.

– ¡Silvia! ¡Silvia! – repitió el viajero; – vuelve en tí, nada temas; estoy yo aquí, á tu lado. Los dioses me han



MUERTE DE CLEOPATRA, dibujo á la pluma

concedido el más alto favor que concederme podían; ellos me hicieron llegar á tiempo de impedir que esas gentes impuras profanasen tu inocencia.

La joven había recobrado el pleno uso de sus sentidos. Al contemplarse entre los brazos del viajero, su rostro se tiñó de vivísimo carmín, é irguiéndose con rapidez, se desprendió suavemente de los lazos que la aprisionaban.

El, por su parte, no hizo esfuerzo alguno para retenerla, y ambos quedaron enfrente uno del otro, contemplándose mutuamente. Ella fué la primera en romper el silencio.

– Te debo un reconocimiento eterno, – dijo con voz cuya emoción pretendía en vano disimular. – Te conozco hace algún tiempo, aunque ignoro tu nombre. Seas quien fueres, yo te juro por los sagrados manes de mi familia, que tu recuerdo no se borrará jamás de mi memoria.

– Pero ¿acaso no hemos de volver á vernos? ¡Silvia! ¿por qué me has hecho el más desgraciado de los hombres? ¿Porqué has huído de Roma?

– Por motivos muy poderosos...

– ¡Si supieras! – prosiguió el joven; - no he dejado de ir una sola tarde á la colina donde te ví por la primera vez, donde tantas otras veces solía encontrarte. Pero ¡ay! que en vano recorro desde hace mucho tiempo aquellos sitios, para mí los más queridos de la tierra.

– Joven, – replicó Silvia con acento que pretendía revestirse de gravedad; – ¿porqué no atiendes mis consejos? No sé quién eres, repito, pero tu aspecto me da desde luego á conocer que ocupas una elevada posición en el patriciado romano. ¿Porqué has de haberte fijado en mí, en una pobre muchacha que no puede en modo alguno satisfacer las exigencias de tu condición? Créeme, créeme, desiste de tu pasión insensata, olvídame.

– ¡Olvidarte!... ¡dile al sol que se detenga!

– Pues es necesario que me olvides.



Juego de bolos, copia de una acuarela

– ¡¡Nunca!!

– Y que nos separemos inmediatamente.

– ¿Ahora...

– En el acto.

– ¿Porqué estabas en este sitio? ¿cómo has conocido á esa gente?

– Algún día lo sabrás.

– ¿Luego nos veremos?

– Nos veremos.

– Pero... ¿porqué has venido á este sitio? ¿porqué estabas con esa gente?

Hubo un momento de silencio.

Me haces mucho daño dudando de mí. Ni esa luna que allá se levanta es más pura que yo... - Y el labio inferior de Silvia se contrajo con soberana altivez. La soberbia de su apostura revelaba á una diosa.

—¡No! ¡no! - se apresuró á exclamar con arrebato el joven; – yo no he dudado, yo no dudo, yo no dudaré nunca de tí. El virginal pudor de tu mirada no puede mentir: lo he sorprendido muchas veces.

– Gracias, – respondió Silvia; – me has hecho mucho bien. Tu recuerdo no se borrará jamás de mi memoria. Adiós.

- Pero, ¿te vas?

– Patricio de Roma, si deseas volver á verme, déjame marchar y no me sigas, – dijo Silvia con voz de seducción inefable.

– ¡Volver á verte! ¿y dónde?... ¿cuándo?...

La joven, después de mirar á una y otra parte, como temerosa de que alguien pudiera escucharla, se inclinó hasta rozar con sus labios los oídos del joven, y murmuró algunas palabras en tono tan bajo, que sólo de él pudieron ser oídas. Después le dijo en voz alta:

– Silvia no miente ni ofrece nunca en vano. Confía en mi promesa.

Y se alejó sin otra despedida.

El viajero, inmóvil como una estatua y pálido como la muerte, la siguió con los ojos, hasta que la vió desaparecer en una quebrada del sinuoso sendero.

III

Mientras unas esclavas preparaban los aceites y las esencias, ocupábanse otras en llenar de agua tibia el baño.

Híspala Yecenia, honor y envidia de las cortesanas de Roma, aun más que por su lujo fastuoso, por su deslumbrante hermosura, entraba y salía en la sala de baño, con visibles señales de impaciencia Aguardaba á su liberta Dánae. Más de una esclava había ido repetidas veces hasta el vestíbulo, con la orden de avisar inmediatamente á su señora la llegada de la liberta.



EL VENDEDOR DE GUMÍAS, figuras sin terminar del cuadro «Un día de mercado»

El baño estaba listo. Híspala, cada vez más impaciente por la tardanza de Dánae, hizo saltar con rabia los broches de oro que cerraban su rica túnica de Mileto, de la que se desembarazó en un instante. Aquellas esculturales formas habrían sido la desesperación de Praxíteles. Híspala se sumergió al fin en el agua cristalina de su magnífico baño de pórfido. Extendióse muellemente; entornáronse con voluptuosidad sus párpados; un hondo y prolongado suspiro hizo elevarse y deprimirse su turgente seno de un blanco más puro que la nieve, y su respiración dejó de ser fatigosa para hacerse regular y acompasada.

Aquel estado de tranquilidad duró muy poco tiempo. Un ligero y rápido temblor que recorrió todo el cuerpo de Híspala, hizo rizarse con leve ondulación la superficie del baño. Violentas pasiones hervían en el interior de aquel organismo. Híspala se sentó en el baño, de modo que el agua quedaba por debajo de los hombros, y se llevó ambas manos á las sienes, como para contener el dolor de una aguda punzada. Largo rato permaneció en aquella actitud, mientras, echada atrás la cabeza, dejaba vagar por el techo su mirada, en la que unas veces ardía un rayo de cólera, y otras se quedaba fija en un punto, con expresión suplicante. Inclinó después la cabeza, cubrió con las manos su rostro, y por entre los rosados dedos comenzaron á resbalarse las lágrimas, que iban á caer como perlas sobre la límpida superficie del baño.

Una esclava entró.

– Dánae, – dijo.

– Que entre.

Híspala saltó del baño, y se enjugó rápidamente los ojos.

Una de aquellas mujeres tomó una copa de bronce cincelado que contenía aceite de Mitilene perfumado con yerbas del Líbano, y humedeció con aquel bálsamo la suntuosa cabellera de Híspala, quien en instantes fué vestida por sus esclavas. Cuando le presentaron el espejo para que pudiese admirar su peinado y su túnica bordada de oro y ceñida por lazos de púrpura, se vió los párpados enrojecidos por el llanto, rechazó colérica el espejo, y mandó retirar á todas sus mujeres.

Un momento después, Híspala y Dánae sostenían el siguiente diálogo:



La encina, copia de una acuarela

IV

– ¿Has ejecutado mis órdenes?

– Puntualmente. Silvia caerá en el lazo.

– Lo mismo me asegurabas la otra vez.

– ¿Y tuve yo culpa de lo que pasó?

– Bien; adelante.

– ¿No me expuse á ser cogida en una bacanal?

– No te expusiste á nada, porque nada tenías que temer.

– Sin embargo, - repuso Dánae; – hoy se ejerce gran rigor contra los adoradores de Baco...

– ¿Y no sabes, terca y terquísima, – interrumpió ya colérica Híspala, – que he prestado un gran servicio á la República denunciando los secretos crímenes de las bacanales? ¿No sabes que gozo de la omnímoda confianza del Cónsul? ¿No te he repetido ya cien veces que Póstumo sabía que tú, por orden mía, habías reunido allí á aquella gente para que fuese sorprendida y cayese en poder de los lictores?

– Y así debió pasar, – se apresuró á decir Dánae; – todo habría salido á medida de tus deseos, á no ser por la inesperada aparición de Octavio en aquellos lugares.

– ¿A qué me hablas de eso? ¡maldita! ¿á qué me hablas de eso? ¿á qué me lo recuerdas? – gritó Híspala fuera de sí, crispadas las manos y lanzando á la liberta una mirada terrible.

Dánae no osaba siquiera alzar los ojos para mirar á su patrona.

Híspala continuó con exaltación creciente, mientras recorría una y otra vez con febril movilidad el reducido espacio de la habitación.

– ¿Porqué fué Octavio á Nápoles? ¿porqué fué? ¿porqué fué?... ¿qué oculto destino protege á esa Silvia á quien odio con todo mi corazón? ¿se han conjurado contra mí los dioses infernales? ¡Sí! ¡sí! ¡Ellos condujeron á Octavio á Nápoles! ¡ellos lo llevaron allí para que impidiese la desgracia de esa mujer aborrecida! ¡¡Maldita sea!! ¡¡maldita sea!! ¡¡maldita sea esa mujer!!

Híspala golpeaba los muebles, y hasta su propio cuerpo. La descomposición de sus facciones era espantosa; más que mujer, parecía una pantera mordiendo y procurando romper los hierros de su jaula, para tirarse sobre alguien que la hostigase en su encierro.

La sobrexcitación era demasiado grande: el colapso no se hizo aguardar mucho.

Híspala se dejó caer sobre el pavimento. Vuelta hacia tierra y apoyado el rostro en ambas manos, rompió á llorar ruidosamente.

– ¡Yo lo quiero!... ¡¡lo quiero!! ¡¡¡lo quiero!!! – decía amargamente en medio de su llanto. – ¡Yo no puedo vivir sin su amor! ¡es el único hombre á quien he querido en el mundo!

Largo rato permaneció Híspala en aquella actitud. A la primera explosión de dolor y de cólera, de gritos y de llanto, sucedieron sollozos y gemidos ahogados que fueron también disminuyendo. Incorporóse al fin hasta quedar sentada en el suelo; desvió á uno y otro lado sobre sus hombros los cabellos empapados en lágrimas y aplastados sobre el rostro, y sus ojos, hinchados y enrojecidos por el llanto, permanecieron durante algunos minutos fijos é inmóviles como los de una ciega. En realidad nada veían á su alrededor; miraban hacia dentro.

Los labios de Híspala se agitaron por una especie de temblor nervioso, y pronunciaron con acento gutural y extraño, muy semejante al de una persona que se halla bajo la acción de una pesadilla, y sueña en alta voz:

– Hace un año... hace un año que la conoció... Desde entonces huye de mí. No me lo dice, pero... huye de mí. Ya no tengo atractivos para él. Donde antes ardía el deseo, bosteza hoy la indiferencia y se despereza el hastío... ¡Qué feliz era yo hace un año! ¡qué orgullosa me sentía con su amor! Soñaba yo con una felicidad capaz de causar envidia á los mismos dioses... Por conseguirla una hora nada más, habría dado todo el resto de mi vida. Nadie me ve ya en el Campo de Marte, ni soy, como en otro tiempo, la reina del circo. He sido una esclava para él. ¡Y todo inútil! ¡todo perdido!

La frente de Híspala se contrajo; arqueáronse sus cejas, y por sus ojos cruzó un rayo de cólera y de orgullo. Púsose rápidamente en pie, como impelida por un resorte.

– ¡Yo! ¡yo!... – dijo golpeándose el pecho con ambas manos; – yo, que he sido en Roma la reina del desdén, ¿he de verme desdeñada? yo, que tantas fortunas, que tantos amantes he despreciado, ¿he de ser objeto de desprecio? ¡Ella!... ¡ella! ¡una jovenzuela oscura y miserable!... ¡¡Ella mi rival!!... ¡ella!! Pero, ¿cómo, cómo ha vuelto de la proscripción?... ¿Cómo ha logrado volver del Ponto, de donde nadie vuelve?... Esa mujer está protegida por los dioses infernales... ¡Pero no importa! ¡contra todos lucharé! ¡Dánae! – gritó dirigiéndose á su liberta, que permanecía muda y sobrecogida; – ¡necesito que mi venganza sea sangrienta! Dánae, séme fiel como hasta aquí, ayúdame á realizar por completo mi venganza, y te daré tantas riquezas que serás la envidia de las mujeres de Roma. Sobre todo, silencio y astucia; mucho silencio; es necesario que Octavio jamás sospeche nada, absolutamente nada.

– Soy leal, – contestó Dánae.

– ¿Qué te pidió el augur?

– Mil sestercios.

– ¿Nada más?

– Nada más.

– ¡Necio! ese augur no sabe lo que vale una venganza. Dile que le darás diez mil sestercios.

V

El Véspero centelleaba espléndidamente, y reflejaba con trémulo rielar sobre las oscuras ondas del Tíber. El susurro de los olivos en flor, el murmurio de las aguas, los mil vagos rumores de la noche, semejaban el misterioso secreteo de las dríadas moradoras de aquellos lugares. El número de las estrellas iba aumentando, y la nocturna brisa haciéndose cada vez más fresca.

Dos hombres caminaban por la orilla izquierda del río.

Al otro lado de la opuesta margen, hacia Oriente, se proyectaban sobre el oscuro horizonte las siluetas de los monumentos de la ciudad eterna; hacia Occidente, podían seguir los ojos las sinuosidades del Tíber, que corría como la majestuosa línea de la Vía Apia.

– Nestor, - dijo uno de aquellos hombres, – ¿crees tú que acudirá á la cita?

– ¡Quién sabe!

– Ella me lo prometió.

– Es mujer.

– ¡Si tú la conocieras!

– Puede ser que tenga más sinceridad que pudor.

Mentir... quizá. Pero el pudor la ha elegido por su templo.

Siguió silencio largo, apenas interrumpido por los pasos sobre las yerbas.

– Oye, Octavio, – dijo al cabo Nestor; – ¿pero no te parece un imposible que el pudor habite en el seno de quien va por los campos en compañía de los discípulos del dios Líber?

– Eso mismo pensaba yo; pero luego la ví erguirse majestuosamente; y aquella era la majestad de una diosa.

– ¡Diosa entre bacantes!...

– Tú no la viste.

Tras brevísima pausa, Nestor dijo como hablando para sí:

– ¡Qué caprichos los del amor! Octavio, el sobrino de Póstumo, del Cónsul de Roma, enamorado de esa mujer...

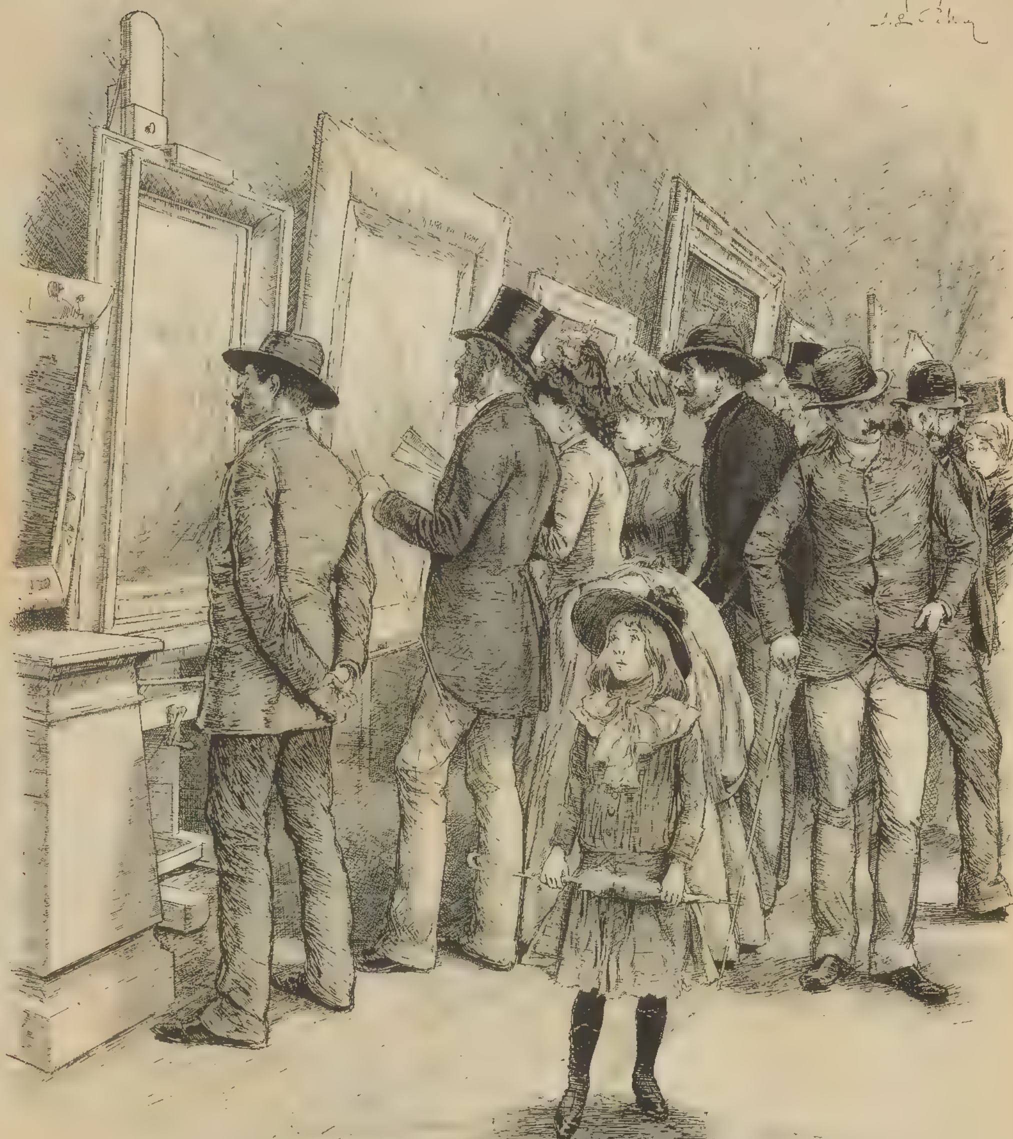
– Para toda mi vida, – añadió Octavio, terminando la frase de su liberto.

– ¡Silvia, la querida de Octavio!

– No, la haré mi esposa.

Llegaban en esto á la pirámide tumularia que se alzaba sobre las márgenes del Tíber, á algunas millas de Roma.

Reinaba silencio profundísimo; ni aun los pasos de Octavio ni de Nestor se oían, apagados en la blandura de la yerba.



EXPOSICIÓN DE LAS OBRAS DE ANTONIO FABRÉS, dibujo á la pluma de J. L. Pellicer

De pronto, se oyó una voz que cantaba tenuemente:

En mi pecho la cólera vibre.
De esta loca pasión hazme libre;
¡Venganza, liberta mi pecho de amor!

. . . .

–¡Silvia! – gritó Octavio.

Como respuesta, cesó el canto.

Octavio, casi con fiebre, dijo imperiosamente á Nestor:

– Aguarda; no me sigas.

El que momentos antes hablaba como amigo y confidente, obedeció sin replicar.

VI

Octavio rodeó la pirámide. En una de sus gradas y destacándose fuertemente en la oscuridad, distinguió una figura blanca, tan inmóvil, que parecía una estatua perteneciente al monumento. Octavio se aproximó.

– Aquí me tienes, – dijo Silvia; – vengo de muy lejos, al lugar y la hora prometidos. Ya lo ves: soy puntual. Tú me salvaste de un gran peligro, y te dignaste escuchar mis ruegos. Mi gratitud será eterna.

– ¡Gratitud! – murmuró Octavio con amargura.

– Siento por tí la más profunda estimación. ¿No ves como acudo á tu cita?

– ¡Gratitud!... ¡estimación! ¿Esas solas palabras tienes para mí, después de haber encendido en mi pecho un fuego que me mata?

– Jamás he querido hacerte mal.

– Silvia, – continuó el joven, – ¿es posible que siendo tú la más hermosa de las mujeres, nada ambiciones en el mundo? ¿Es posible que prefieras á la vida de la ciudad, á cuanto yo puedo ofrecerte, esa vida triste y azarosa?

– Sí, – respondió Silvia.

– Pero, ¿porqué?

– Ya te lo he dicho: tengo para ello motivos poderosos.

– ¡Motivos poderosos!...

– Sí, muchos.

– Dímelos al menos...

– Imposible.

– ¿Imposible?

– De todo punto Me es absolutamente imposible revelártelos. Además... ¿qué ganarías con saberlos? Tú eres un hijo de la ciudad, un patricio opulento... En tus orgiásticos festines, entre los vapores del vino y las caricias de tus mujeres, fácil te será olvidarme.

– ¡Nunca! ¡nunca! ¿olvidarte yo? ¡jamás! Mi amor durará tanto como mi vida.

– Estoy segura de que no pretendes engañarme; pero piensa en que puedes engañarte á tí mismo.

(Continuará)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 25 DE OCTUBRE DE 1886 — NUM. 252

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PINTORES ITALIANOS



RENACIMIENTO, cuadro de Vicente Irolli, presentado en la exposición de Brera

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RENACIMIENTO, cuadro de Vicente Irolli

Vicente Irolli es un pintor joven dotado de gran facilidad para pintar de pronto, por decirlo así, sin vacilación, á grandes masas. Su instrucción es sólida, y manifiesta tendencias marcadísimas por un colorido vigoroso. Es más bien un pintor decorativo, que podrá llegar á ser un pintor perfecto.

En la reciente exposición de Brera ha presentado dos cuadros, ambos de concepto simbólico. Titúlase el primero *Mi ideal* y el segundo *Renacimiento*, que es el que reproducimos.

Figura una hermosa joven medio desnuda en actitud de abrazar á un niño tan ligeramente vestido como ella: uno y otro salen de entre fúnebres emblemas. En sus rostros está retratada la expresión del logro de un deseo largo tiempo reprimido é irrealizado; un impulso de amor irresistible: en lontananza se ve el mar, surcado de buques y lanchas, y cierto movimiento que anuncia el despertar del tráfico.

El dibujo es vigoroso y acertado; el colorido, de masas homogéneas de tintas opuestas, y el conjunto de bello efecto decorativo.

EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE OLDEMBURGO

Este príncipe, candidato del emperador de Rusia para el trono de Bulgaria, desciende de la familia gran-ducal de Oldemburgo, pero es natural y súbdito de Rusia como su padre y su abuelo, y servidor fidelísimo del actual emperador de Rusia Alejandro III. Está casado con la princesa de Leuchtenberg, nieta del emperador Nicolás. Tiene un hijo, Pedro Federico Jorge, que hoy cuenta diez y ocho años y ha sido educado en los mismos sentimientos de ciega obediencia hacia su soberano, tiene el mismo amor á Rusia y á todo lo que es ruso, y la misma indiferencia ó menosprecio que su padre á cuanto es alemán. Además de las cualidades citadas tiene el príncipe Alejandro, como su hijo, la ventaja de pertenecer á una familia soberana de Alemania, lo que le podrá hacer á primera vista más aceptable en el extranjero y en Bulgaria al pueblo y aún á las cancillerías, que si llevara un apellido ruso ó de otro país eslavo.

EL MERCADO DE ARBUCIAS, cuadro de Dionisio Baixeras

De este cuadro puede decirse que no es una pintura, ni una fotografía: es un grupo de *payeses* catalanes trasladados al lienzo en cuerpo y alma. No cabe mayor verdad, más fiel interpretación de los tipos, mayor conocimiento etnográfico. Tenemos la completa seguridad de que si algún hijo de la montaña catalana contempla este sencillo cuadro en extrañas tierras, sentirá esa melancólica á la vez que halagüeña nostalgia, ese efecto fisiológico que conmueve todo el ser al recordar las escenas de la madre patria, esa emoción que causa en un montañés suizo el oir el *Ranz de las vacas* ó en un paisano gallego la característica *muñeira*.

Cuadros como este acreditan á un artista, y Baixeras ha dado bastantes pruebas de ser verdaderamente digno del nombre de tal.

EL INVÁLIDO, dibujo de A. Forestier

Los soldados viejos, los que de la guerra han hecho un género especial de vida, creen que no hay carrera más envidiable á pesar de sus quebrantos y de las desagradables reliquias que á menudo deja, no sólo en el bolsillo, sino, lo que es peor, en el cuerpo. El veterano de nuestro grabado, que seguramente conserva indelebles recuerdos de su azarosa existencia, aunque no ha conservado á la vez ileso su individuo, como lo demuestra la falta de un brazo y una pierna, se enoja con su netezuelo porque en lugar de jugar á los soldados prefiere los bolos. La contemplación de la pierna de palo no debe servir de gran estímulo al rapaz para que atienda los consejos del anciano, pero andando el tiempo, quizás hagan mella en su ánimo, porque al refrán que dice que de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco, pudiera añadirse que también tenemos todos algo de soldado.

Por lo demás, esta escena acredita la fama adquirida por Forestier como discreto dibujante.

LA HUELGA EN BÉLGICA, dibujo de R. Kohler

El célebre novelista francés Emilio Zola traza en su «Germinal» el cuadro de una huelga, arma de dos filos, que la maza obrera considera como la única eficaz para alcanzar su bienestar material. Más seria y amenazadora que la pintada por Zola fué la reciente huelga de los obreros belgas, en la cual no dominó ya la reflexión fría que reconoce y respeta los derechos de ambas partes, sino el furor ciego de la miseria reducida al último extremo, á la desesperación, al instinto salvaje de destrucción, aun cuando no falta quien la haya atribuido á intrigas y sugestiones indignas de fabricantes de un mismo artículo industrial. El autor del cuadro nos representa la escena crítica de las negociaciones entre los obreros y el dueño de la fábrica parada ya; el grupo de obreros que escucha al compañero encargado de hablar con el amo, la actitud apasionada y enérgica del comisionado, la expresión del dueño, á la vez enérgica y condolida, los nuevos contingentes de obreros que acuden á engrosar el grupo principal, todo rebosa naturalidad, todo está perfectamente entendido y agrupado, y es la fiel representación de un cuadro social moderno de admirable ejecución artística.

VISITA Á LOS DIFUNTOS

Este bello grabado está impregnado de tal melancolía y tristeza que nuestra descripción había de ser forzosamente triste y melancólica. Difícil será que haya uno siquiera de nuestros favorecedores que, en estos días consagrados á dedicar más especialmente un recuerdo á los difuntos, no tenga que hacer á su vez una visita al lugar en que descansan las cenizas de algún deudo, no deba encaminarse á la mansión de los muertos con la misma angustia en el corazón que las dos atribuladas jóvenes de nuestro dibujo.

Ellos se harán, pues, las consideraciones que éste les sugiera, sin que nosotros demos nuevo pábulo con las nuestras á su duelo y su quebranto.

ARTISTAS PREMIADOS con la gran medalla de oro en la última exposición de Bellas Artes de Berlín

Los arquitectos *Enrique Kayser*, natural de Duisburg donde nació en 1842 y *Carlos de Grossheim*, hijo de Lubeck, han sido premiados cada uno con medalla de oro por la magnífica puerta y vestíbulo del edificio construído para la misma exposición de este año, y otras obras ejecutadas en Berlín y en muchas ciudades de Alemania. Ambos son individuos de la academia de Bellas Artes de Berlín; Kayser aprendió los oficios de cerrajero y albañil, y Grossheim el de carpintero. Este último cuenta un año más que su compañero y el arte decorativo y la ebanistería de Berlín le deben su actual regeneración y vuelo.

Rodolfo Alt nació en Viena en 1812, es acuarelista fecundo, inteligente y distinguido, habiendo recibido su educación artística principalmente en Italia.

Augusto Corelli, natural de Roma, es discípulo de la academia de San Lucas. Su acuarela: «Mi pobre María», que le valió la medalla de oro en la última exposición de Amberes, le ha hecho ahora acreedor á la gran medalla de la de Berlín. De sus lienzos más célebres citaremos sólo «Las Lavanderas de los Abruzos;» «Preparativos para la procesión» y la «Vuelta del campo» adquirido por el museo Brera de Milán.

Arminio Baisch, nació en Dresde en 1846; aprendió los primeros rudimentos de dibujo en Stuttgart y continuó sus estudios en Munich. Obtuvo una medalla de oro en la exposición internacional celebrada en 1883 en la misma ciudad, y ha ganado otra en Berlín. Algunos cuadros suyos figuran en los museos de Dresde, Hannover, Wiesbaden y Berlín.

Claus Meyer, natural de Linden cerca de Hanover, no ha cumplido todavía 30 años, y ha seguido su carrera en Munich. Por su «Convento de beguinas holandesas» consiguió la medalla de oro en la exposición de Munich de 1883. El lienzo «Los jugadores de dados» expuesto este año en Berlín y adquirido para el museo nacional le ha valido una distinción igual.

Eugenio Ducker, establecido en Dusseldorf, pero natural de Livonia en Rusia, nació en 1841, y es discípulo de la academia de artes de San Petersburgo donde ganó la medalla de oro y la correspondiente pensión para pasar seis años en el extranjero. Es célebre por sus marinas y paisajes de las comarcas septentrionales.

Víctor Tilgner, conocido escultor de Viena, cuenta hoy 42 años, y sus obras figuran en muchos de los monumentos arquitectónicos con que se ha ido embelleciendo la capital de Austria en los últimos veinte años.

Huberto Herkomer es natural de Baviera, pero siguió su carrera en Inglaterra, empezando sus estudios en la escuela de Bellas Artes de Southampton y continuándolos después en el museo de South-Kensington. Hoy es profesor de la escuela de Bellas Artes de Oxford. Un solo lienzo, el retrato de la hermosa señorita Grant, ha causado en Berlín la admiración de los inteligentes, y le ha valido la apetecida recompensa.

Federico Geselschap nació en Wesel en 1835. Recibió su educación artística en la academia de Bellas Artes de Dresde, se perfeccionó primero en Dusseldorf y después en la pintura ornamental en Roma, desde 1866 hasta 1871. De allí pasó á Berlín, donde le dieron celebridad sus pinturas de la cúpula y de los frisos y entrepaños del arsenal de aquella capital. Tres cartones de este friso, exhibidos en la actual exposición, le han valido la gran medalla de oro.

El barón *Juan Eveett Millais* nació en 1829 en Southampton (Inglaterra); pasó su juventud en Francia, de donde es oriunda su familia, y en la isla de Jersey; concurrió á la escuela preparatoria de Sass y después á la academia real de Bellas Artes de Londres. Aun no tenía 14 años cuando ganó una medalla de plata, y antes de cumplir los 18, la de oro por su cuadro «Rapto de mujeres por los benjamitas.» El año anterior, 1846, había expuesto por vez primera un cuadro que representaba la «Prisión del inca Atahualpa.» El cuadro por el que acaba de merecer este artista la gran medalla de oro en la exposición de Berlín lleva por título: «El guardián de la Torre de Londres.» Además ha expuesto dos retratos.

EFECTOS DE UNA CALUMNIA

monólogo dramático

PERSONAS: *Ester*, hija de D. Fernando *(no habla)*

ÉPOCA ACTUAL

ACTO ÚNICO

Decoración: gabinete lujosamente amueblado. Por la puerta del fondo se verá una alcoba.

ESCENA I

Ester en traje de mañana, el cabello suelto y los brazos desnudos.

Ester. Al fin he podido descansar. ¿Qué hora será? *(mirando al reloj)* Las doce. ¡Qué temprano!... ¡Cómo me fatigué anoche! Cuando volví del baile clareaba ya... He aquí mi ramo de flores y mi abanico... Aquí mis guantes... Mi pañuelo en este otro lado... Mi vestido de baile sucio y arrugado en este rincón. Probablemente no volveré á usarlo. *(Lo recoge todo y lo va colocando sobre las sillas.)* Lo peor es que ando muy cansada. El baile es una de mis más grandes aficiones. *(Pausa.)* Pensar que en un espectáculo que tanto me divierte hay quien se aburre, es más, hay quien padece, hay quien no llora por no hacer público su dolor!... Y precisamente son esas tristezas lo que más me divierte. La verdad es que yo debía disimular algo más esta afición al dolor ajeno. Todos me la conocen. Yo, que no dejo de escuchar porque soy curiosa, he oído más de una vez decir á mis amigas que sería una excelente muchacha si no me gustaran tanto los chismes; pero ¡cómo ha de ser!... Acaso me tienen envidia. Fuere lo que fuere, lo cierto es que yo no lo puedo remediar. Me hace gracia ver á los demás reñir. Las caras que ponen cuando se disgustan me hacen reir con todas mis fuerzas.

(Suelta una alegre carcajada. Se levanta con rapidez y se acerca al espejo. Frente á él y como si con él hablase, sigue el monólogo mientras peina con cariño sus cabellos.)

— Anoche asistí por segunda vez al baile y de seguro que dí lugar á más de dos pendencias. Desde mi presentación á la sociedad puedo congratularme de haber deshecho un número regular de bodas. Donde sé que hay una suegra hago en seguida llegar rumores de insubordinación por parte del yerno y cátate una algarada monumental; pero sobre todo los suegros, esos me divierten hasta la saciedad.

(Comienza otra vez á reir y no cesa de hacerlo en largo rato.)

— En medio de todo es esta diversión bien inocente. Nunca llega la sangre al río. Anoche mismo Ernesto, uno de esos jóvenes tétricos que me persiguen á sol y á sombra, un jovencito tímido y triste que apenas se atreve á iniciarme sus pensamientos, me expuso y se expuso á un lance desagradable. La orquesta había comenzado las primeras notas de un wals. Paseaba yo al rededor del salón del brazo de Ernesto y dispuesta á lanzarme cuando él quisiera. Él me miraba con insistencia y con insistencia también miraba á una joven sentada con otras varias cerca de una de las columnas laterales. Ella le sonreía con intención y él también con intención la sonreía. Como estos jóvenes serios y graves, que en honor de la verdad me aburren soberanamente, suelen ser de los que las matan callando, me disgustaron aquellas miradas y aquellas sonrisas. Sin amarle, porque yo no sé lo que es amor, sentí celos y me dispuse á la venganza. — Conozco aquella joven á quien V. mira, — le dije con indiferencia y como dejando caer desdeñosamente mis palabras. — ¿Sí? ¿la conoce V.? — me contestó con vivacidad.—Sí, la conozco, — le respondí insistiendo. — Si no me han engañado, — añadí con el mismo desdén, — no es su vida de las más santas, ni recomendables. Tiene, — dije misteriosamente, — ciertas relaciones con un caballero... Yo no sé, yo no sé; pero así me lo han dicho. — ¿Está V. segura? No, no; pero me lo han dicho. Es más, él, á quien conozco, él mismo lo dice. — ¿Quién, — repuso Ernesto con vivacidad, — quién es? — No sé cómo se llama. — Déme V. sus señas. — Es alto y delgado. — ¡Ah! — añadió fuera de sí dándose una palmada en la frente, — es aquél, — y me señaló á un extremo del salón mientras yo miraba al otro. — Sí, — le contesté, — ese mismo. — Siguió él todo aquel baile más silencioso que de costumbre. Yo reí y hablé como siempre. Después pregunté á una amiga quién era la joven á que Ernesto miraba y me dijo: — ¿Aquella? Es su hermana. — Luego oí hablar de un desafío; pero á última hora se dijo que habían los contendientes cambiado las tarjetas. Yo creo que eso sería para poner las paces y ofrecerse la casa.

(Como si este recuerdo de su última aventura la hubiera entristecido se sienta en una de las butacas y queda pensativa.)

— ¡Qué tonto es eso de los desafíos! Anoche cuando oí hablar del que sin duda estuvo en vías de realizarse entre Ernesto y algún otro, quizás el que en el baile me señaló y yo no miré, me estremecí.

(Pausa, como si siguiera primero el impulso de alguna idea que la atormentara y más tarde como queriéndose desprender de esa misma idea.)

— Pobre Ernesto, único sostén de su viuda madre cuya vida alienta con el fuego de su amor... Pero ¡qué tétrica estoy! Esos tipos melancólicos le pegan á una su romanticismo y su tristeza... Las doce y cuarto. Pronto me llamarán á almorzar. Entretanto leeré este periódico. *(Cogiendo uno de la próxima mesa.) El Imparcial... (Leyendo) La actitud del gobierno...* La pasaremos por alto. *Sección de noticias. (Pausa larga. Con sorpresa y leyendo agitada) Anoche á última hora se decía en los círculos de la buena sociedad que se había suscitado un incidente desagradable entre el conocido diputado de la mayoría D. Fernando de León y un joven muy apreciado en nuestros aristocráticos salones.*

(Se levanta con extraordinaria prontitud y recorre á grandes pasos la habitación.)

— ¡Dios mío!... Mi padre... ¡Un desafío!... Y ese joven, ese joven es Ernesto... ¡Ah!... Horrible castigo á mi maldad... Acaso el que Ernesto me señaló y yo no ví fué mi propio padre. Acaso la calumnia que proferí cayó sobre la cabeza del autor de mis días. ¡Horrible, horrible!... Esto no puede ser. Voy á quedar huérfana... Son las doce y media... A estas horas puede haber muerto ya mi padre! ¡Espantosa expiación!... ¡Qué despacio anda este reloj! Quizá sea un sueño... Veré si mi padre está en casa. Voy corriendo á buscarle.

(Va á hacerlo cuando repara en una carta que estará escondida entre los papeles de la mesa.)

Pero ¿qué es esto? — Una carta. ¿Quién puede remitírmela? *(Abre la carta. Leyendo) Señorita: la joven que ayer me señaló V. como infame era mi hermana y el hombre que según V. la había ofendido, su propio padre. Comprendo que todo es una calumnia de V.; lo comprendo porque su padre me ha hablado con sinceridad; pero como yo ignoraba quién fuese V. y quién su padre, he llevado la ofensa al terreno que debo y á la hora en que V. lea esta carta el desafío estará realizándose. (Interrumpe la lectura y se mesa los cabellos con rabia. Recitando)* ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué lección tan humillante y tan dura! ¡Soy una infame, soy una infame!... ¡Odio, odio eterno sobre mí!... *(Leyendo) Hoy mismo uno de los dos dejará de existir... (Recitando)* ¡Parricida!.. Yo, yo sola tengo la culpa de esa desgracia espantosa... ¡Padre, padre!... Yo te adoro... ¡Ernesto, Ernesto!... Yo te amo... Perdonadme... Cruel, muy cruel... ¡Padre, padre mío!... ¡Ernesto, Ernesto!.. Yo te hubiera amado tanto. *(Comienza á moverse y á gesticular como si*

se hubiese vuelto loca. Leyendo) No tema V. sin embargo, Ester. El que morirá soy yo. El desafío es á muerte y yo que conozco y adoro á V. no permitiré que sea su padre la víctima. El abismo que se abre entre los dos hace ya para siempre irrealizable mi amor. Ester, no tema V. Yo erraré todos los tiros. Yo no le apuntaré siquiera. Tranquilícese usted; pero á cambio de esa vida que pudiera corresponderme, prométame V. rezar por mi madre y mi hermana, por mi pobre madre que quedará para siempre sin amparo. Adiós. Su padre nada sabe de la intervención de V. en este asunto. Ocúlteselа V. Corríjase para lo sucesivo y guarde mientras viva un recuerdo para este pobre amante.

ERNESTO

(Recitando) Yo me vuelvo loca. Me siento mala... ¿Qué es esto?... ¡Cielos!... ¡Cielos! Yo hubiera sido feliz entre los dos... ¡Qué corazón tan excelente el suyo! ¡La suya qué desgraciada madre!... ¡Ernesto!... Dios mío, consérvale la vida.

ESCENA II

ESTER Y D. FERNANDO

(Se abre la puerta y entra por ella D. Fernando en trágica actitud. D. Fernando viene pálido. Ester, encendido el rostro por la cólera, clava sus ojos en los de él y así permanecen un instante padre é hija. Cuando D. Fernando se propone romper el silencio, ella le detiene y abrazándole pregunta)

– Padre mío, tú vives; pero ¿y Ernesto y Ernesto, padre?

(D. Fernando no contesta.)

¿Le has matado?

(D. Fernando hace un signo afirmativo mientras sujeta por los brazos á su hija que se agita nerviosa.

Ester *(fuera de sí y como respondiendo al signo afirmativo de su padre)*

No, no. Tú no le has matado. El se ha dejado matar por salvar tu vida. Quien le ha muerto soy yo, yo mil veces miserable. *(Se deja caer en los brazos de su padre y queda como muerta.)—(Telón.)*

F. PI Y ARSUAGA



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE OLDEMBURGO
candidato del Emperador de Rusia para el trono de Bulgaria

HÍSPALA Y SILVIA

POR DON J. TORRES Y REINA

(Continuación)

– ¡No, no, no puedo engañarme! Mi alma entera es tuya desde el momento en que te vi! Pronuncia una palabra, tan sólo una, y mañana te consagraré mi amor ante los altares de Juno.

– Sueñas un imposible, – interrumpió Silvia.

– ¿Imposible?

– Imposible.

– ¡No, no! óyeme, Silvia... Yo invoco aquí los manes sagrados de mis padres; yo invoco al divino Júpiter, protector de las águilas capitolinas! Ante ellas, óyelo bien, Silvia, ante ellas te juro hacerte mi esposa.

– ¡Calla! ¡calla!... – exclamó la joven; estás pronunciando juramentos terribles...

– Quiérelo tú, y esos juramentos serán cumplidos

– No te dejes llevar de arranques pasajeros; no pretendas realizar imposibles. ¿No comprendes qué abismo nos separa? Sigue mis consejos; ve y recorre la ciudad de Roma; busca en el patriciado, entre las familias más renombradas por su virtud, una joven que sea digna de tí, y condúcela al altar de las bodas legítimas. Unete á una patricia, y vive con ella en honores y rodeado de alegres hijos.

– Yo no amo á nadie más que á tí.

– Soy una vagabunda; me has encontrado en medio del campo, entre los horrores de una bacanal

– Estoy seguro de tu inocencia; la duda no me asaltaría jamás. Pronuncia una palabra; pronúnciala, y serás mi esposa, Silvia: tú serás mi esposa, ó moriré abrasado por la llama de este amor que has encendido en mi pecho.

– ¡Imposible! – dijo Silvia con resolución.

– ¡Imposible... imposible!... Siempre esa palabra!

Hubo un momento de silencio, después del cual, dijo Silvia con acento enigmático:

– Muy pronto... acaso mañana... te convencerás de que nuestra unión era una locura. Pero no he acudido á esta cita para hablar de sueños irrealizables

– ¡Sueños irrealizables! ¿eso contestas á mi esperanza?

– Te pido, – contestó Silvia con mal reprimida emoción, – que no insistas en nada de eso. He querido darte un testimonio de gratitud acudiendo á esta cita. Pero también me guía otro objeto.

¿Cuál? habla.

– Vengo también á pedirte algo.

– Silvia... ¿te burlas?

– No, te repito que vengo á pedirte algo.

– ¿Y qué puedes tú pedirme á mí? Soy tu esclavo; manda.

– Quiero que estés aquí mañana á esta misma hora.

– Estaré.

– A la misma hora y en el mismo sitio.

– ¿Me das una cita? – exclamó Octavio con júbilo indescriptible.

– Quizás, – contestó Silvia con acento algo trémulo.

Luego añadió:

– Necesito más.

– Dí, dí cuanto quieras, – exclamó loco de pasión Octavio.

– Permanecerás aquí hasta que la aurora haya iluminado por completo el horizonte

– ¡Qué rápidas correrán las horas!... ¡Si fuese una noche eterna!

Silvia guardó silencio. Octavio siguió como un sonámbulo, ebrio de ventura:

– Tu voz divina resonará en mi oído durante mucho tiempo, y mi felicidad causará envidia á los dioses.

Silvia callaba.

El joven continuó en un arranque de pasión frenética:

– Hablaremos mucho, ¿verdad, Silvia? Hablaremos de mis pasadas penas y de nuestra felicidad futura. ¿Verdad que hablaremos mucho?

Silvia, sin contestar á las frases apasionadas del joven, dijo con tono imperativo, al mismo tiempo que de una seducción irresistible:

– Prométeme que vendrás.

– Pero... ¿lo dudas?

– Prométemelo.

– Te lo juro.

– Júrame también que estarás aquí todo el tiempo que te he dicho, aun cuando yo tarde.

– ¡Cómo! – interrumpió bruscamente Octavio; – pero tú no vendrás?...

– Depende de los dioses infernales.

– ¿Qué causas podrían impedírtelo?

– No me preguntes lo que no puedo decirte. Si me amas, obedece.

– ¿No me concedes siquiera el derecho de preguntarte?

– Me has prometido obedecer.

– Ni la más leve confianza para mí...?

– Si me amas, obedece.



EL MERCADO DE ARBUCIAS, cuadro de Dionisio Baixeras



EL INVÁLIDO, dibujo de A. Forestier



LA HUELGA EN BÉLGICA, dibujo de Roberto Kohler

– Manda, manda... te obedeceré.

– Júrame que estarás aquí todo el tiempo que te pido, aun cuando yo no viniera.

– Te lo juro, sí, te lo juro; me es imposible resistir... Pero, ¿tú vendrás, Silvia? ¿vendrás?

—A no impedirlo los dioses infernales.

– ¡Basta! ¡basta! ya no te pregunto; esa sola esperanza me haría aguardar toda una eternidad.

– Estoy satisfecha de tí, – dijo con acento visiblemente conmovido Silvia. No lo dudes; aun cuando jamás volviéramos á vernos, tu recuerdo vivirá eternamente en mí. Adiós, Octavio.

– ¡Ah! ¿sabes mi nombre? ¿sabes quién soy?...

– Sí; nada más me preguntes. Adiós.

– ¿Hemos de separarnos ya?

– Es necesario.

– Pero ¿por qué no hemos de permanecer más tiempo juntos?

– No puede ser.

– Pero ¿por qué?

– Te pido que nada me preguntes. Adiós, y no olvides lo que me has prometido.

Silvia comenzó á alejarse rápidamente.

– ¡Silvia! ¡por todos los dioses! ¡yo te ruego!... algunos momentos más, algunas palabras más de tus divinos labios!

La voz de Silvia resonó á alguna distancia.

Adiós, Octavio, adiós...

El joven, víctima de un paroxismo de angustia, no fué dueño durante algún tiempo de moverse ni de pronunciar una sola palabra. Logró al fin dominarse por un supremo esfuerzo, y gritó:

– ¡Silvia! ¡Silvia!

La voz de Silvia repitió, ya muy lejos:

– Adiós, Octavio, adiós.

Nestor se aproximó entonces.

(Continuará)



ENRIQUE KAYSER, de Berlín



CARLOS DE GROSSHEIM, de Berlín

Arquitectos premiados con medalla de oro en la última exposición de Bellas Artes de Berlín

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

II. – edad media. – Si los documentos relativos á la historia de las minas en los tiempos antiguos son muy raros, y por regla general poco explícitos, no así en la edad media, en la que abundan y acerca de la cual pueden consultarse obras curiosas; pero antes de recurrir á ellas, debemos observar que la nota característica señalada por Teofrasto quedó completamente inutilizada durante muchos siglos. Los griegos y los romanos sólo hicieron uso de los árboles de sus bosques, así para calentarse, como para las necesidades de su religión, de su industria y de sus hogares domésticos. Fué necesario el descubrimiento de una nueva sustancia negra que sirviera para alimentar fuegos más vivos, más económicos y mucho más cómodos, á los que debe en parte su superioridad la civilización moderna y que no han podido generalizarse sin haber luchado antes con grandísimos obstáculos. El parlamento inglés discutió ya con gran detenimiento una petición que hacían varios ciudadanos pidiéndole que prohibiese su uso. La opinión de que la tisis, enfermedad tan común por desgracia en la Gran Bretaña, proviene del uso de la hulla, estaba de tal modo generalizada que hasta se menciona en la *Enciclopedia* francesa, si bien el autor del artículo teme que se le confunda con los partidarios de esta doctrina, razón por la que cita la opinión de los médicos que creen que el humo del carbón cura las afecciones del hígado y la de los que sostienen que el humo del carbón mineral ha hecho que hayan desaparecido las enfermedades de pecho, desde que se puso en uso en la ciudad de Halle. Recuerdo haber presenciado en mi juventud la instalación de los primeros hornillos de hulla á la cual se oponían las cocineras, fundadas en motivos plausibles; y no es de extrañar que así fuera, toda vez que las chimeneas de entonces tenían menos tiro que las de ahora y que no se conocían aún las rejillas modernas que facilitan á este combustible todo el aire que necesita para que no se desarrollen humos nocivos ó desagradables. Los explotadores de las minas desconocen todavía el arte de refinar los carbones y de separar las clases que deban reservarse exclusivamente para los usos domésticos (1).

Sea de ello lo que fuere, la tradición más generalizada es que el descubrimiento de la hulla se hizo en el año 1198 por un herrero del país de Lieja, llamado Hullos de Plainecaux, que comenzó á explotar en la parte elevada de Publémont, á la orilla derecha del Mosa, las extremidades de una veta que se prolongaba por el terreno en que desde muy antiguo se hallaba edificada la ciudad.

El barón de Gerlache, primer presidente del tribunal de casación de Bélgica, que ha publicado una historia completa de Lieja, da pormenores muy circunstanciados acerca de una carta otorgada á la ciudad por el príncipe

(1) Tal vez sea posible que los humos que con gran abundancia se elevan por las chimeneas inglesas hayan producido un cambio desfavorable en el clima; pero esto debe atribuirse á las partículas de carbón que se desprenden por ellas á consecuencia de una combustión incompleta, lo cual podría evitarse con el empleo de chimeneas más perfeccionadas.



VISITA Á LOS DIFUNTOS, copia del cuadro de Wilkers

ULTIMA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE BERLÍN


RODOLFO ALT, de Viena


AUGUSTO CORELLI, de Roma


CLAUS MEYER, de Munich


ARMINIO BAISCH, de Karlsruhe


EUGENIO DUCKER, de Dusseldort


VÍCTOR TILGNER, de Viena


HUBERTO HERKOMER, de Inglaterra


FEDERICO GESELSCHAP, de Berlín


JUAN EVERET MILLAIS, de Inglaterra

ARTISTAS PREMIADOS CON LA GRAN MEDALLA DE ORO (Copias de fotografías)

obispo Alberto de Cuyek en dicho año, tan importante en la historia industrial del mundo civilizado, y no dice una palabra del humilde artesano que con la misma fecha había descubierto el poderoso instrumento de emancipación y de trabajo del cual se ha utilizado Lieja tan admirablemente. En efecto, hace algunos años el total de los valores creados por la industria de hierro, merced á la hulla, pasaba de cien millones de francos, en el término de esta antigua ciudad. Después ha aumentado, y todo hace creer que continuará en aumento, no obstante los fatales acontecimientos provocados por los enemigos de todo progreso á principios del año actual.



Fig. 1.—Reconstitución de un fósil de la hulla, hallado en la Edad media. (Del *Mundo subterráneo* del P. Kircher.)

La historia, tal como la refiere la tradición, es realmente interesante.

Era Hullos tan pobre que no tenía pan que dar á sus hijos. Un día en que andaba buscando medios para acabar con su vida, vió entrar en su casa un viejo de barba blanca. Al encontrarle el anciano tan triste, preguntóle

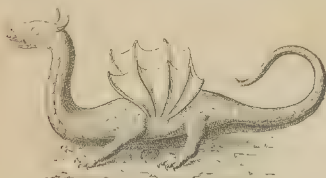


Fig. 2.—Reconstitución de un fósil de la hulla, hallado en la Edad media. (Del *Mundo subterráneo* del P. Kircher.)

por la causa que motivaba su tristeza, y el pobre obrero le contestó que siendo tan caro el carbón de madera, no podía hallar ganancia alguna. – Amigo, le dijo el viejo, que era un ángel disfrazado, id á la montaña de Publémont, y hallaréis dentro de la tierra carbón que vale más que el de los montes y no tendréis más trabajo sino el de cogerlo.

Hullos siguió el consejo que le diera el ángel; volvió con una carga de materia negruzca, y vió que ardía tan bien como el carbón de madera de mejor calidad. Como tenía buen corazón, se lo hizo saber á sus convecinos, y estos agradecidos dieron su nombre á tan rica substancia, el mejor regalo que pudo hacer un ángel á los hombres, y que en el glosario de Ducange figura con el nombre de *hulla*.

Littré ha desconocido esta curiosa etimología y confiesa ingenuamente que no conoce ninguna de tal palabra. Otros etimologistas, más atrevidos pero más paradójicos y noveleros, dicen que procede del francés *fouller*, cavar; pero no creemos que merezca ser refutada semejante opinión, por no hacer ninguna ofensa al buen criterio de nuestros lectores. Debemos decir sin embargo á tan extravagantes etimologistas que no tienen presente que la palabra latina *hulla* se usaba en Lieja á fines del siglo XII.

Las supersticiones que devastaban la superficie de la tierra no podían respetar las oscuras galerías que los obreros de la Edad media abrieron con grande atrevimiento á distancias, cada vez mayores, de la boca de los pozos y á profundidades, tanto más pavorosas cuanto que los mineros no tenían otro medio para salir de ellas que el de subir gigantescas escaleras, que todavía se conservan en las minas para el caso de que llegaren á faltar los medios mecánicos á causa de alguno de los muchos siniestros á que se halla expuesto el trabajador subterráneo mientras se encuentra dentro de las galerías. No preocupa al minero de la Edad media la perspectiva de quedarse ciego por alguna explosión, ni la de ser aplastado por la caída de un andamio, ni la de quedar encerrado, sin auxilio alguno, en una cueva en la que puede perecer, así como el peligro de un naufragio no es obstáculo para que el marinero duerma profundamente en su camarote; pero no es extraño que la vida tan rara que en ella hacía le predispusiese á creer con la mayor facilidad las leyendas más extraordinarias. Es indudable que la creencia en los duendes, en los vampiros y otras muchas más supersticiones y patrañas que pretenden mostrar la trasformación de los metales ó bien su creación ó levantamiento por una especie de vegetación subterránea, han tenido su origen en los mineros, adeptos natos de la hechicería de la Edad media y que han suministrado un gran contingente á los espiritistas de nuestros días. Bástanos citar la varilla mágica usada hasta el siglo décimo octavo de nuestra era.

A todas horas descubre el obrero los extraños restos de un mundo que ha desaparecido para siempre y que se conserva entre las capas de la tierra, así como entre las páginas de un herbario se conservan las flores más delicadas. Pero los fósiles vegetales ó animales, que fuera de las entrañas de la tierra dan ocasión á felices resultados, producían en el ánimo de los mineros diferente efecto del que les causaban las galerías subterráneas. En efecto, pasando estos infatigables trabajadores la mayor parte de su vida en las tinieblas, no tenían siempre bien equilibrada su inteligencia; y como en la Edad media se hallasen sumergidos en la más grosera ignorancia, atribuían una influencia sobrenatural á todas sus sensaciones. Sobrexcitada su imaginación por las extrañas formas de los esqueletos cuyas huellas veían, poblaban las galerías de vampiros cuyas proezas referían con tono compungido y que hallamos descritas en muchas obras, algunas de sabios de gran valer. Los animales extravagantes que reproducimos en las figuras 1.ª y 2.ª están tomadas del *Mundo subterráneo* del P. Kircher, en cuya obra se hallan, entre muchos defectos de una lamentable credulidad, señales de un verdadero talento científico.

Estos vampiros habitaban las galerías abandonadas, y emboscados entre las tinieblas sorprendían á los mineros que estaban ocupados, ya en abrir galerías, ya en completar su apuntalamiento. A los peligros reales de que por todas partes se hallaban rodeados, aumentaban los trabajadores de la tierra otros que, aunque sólo existieran en su imaginación, les parecían mucho más formidables. Y creíble es que así fuera, pues entre todos los males, los que con más dificultad soporta el hombre son los que él mismo se forja, y con frecuencia vemos que el desgraciado que se cree perseguido por su mala estrella, es el mayor instrumento de su desgracia.

La extracción de las materias que se sacaban de los pozos se hacía de un modo penoso y por medios tan incómodos como limitados, si bien algunos hábiles ingenieros, cuyas obras nos da á conocer el P. Kircher, empleaban molinos de viento, aunque su acción fuese intermitente (fig. 3).



Fig. 3.—Empleo de molinos de viento en las minas. (Del *Mundo subterráneo* del P. Kircher.)

Los mineros prueban con mucha frecuencia la importancia del progreso realizado, ó bien para bajar á las partes más retiradas de su sombrío imperio, ó bien para subir á la superficie de la tierra, para lo cual les basta poner el pie en el *cesto* que sirve para llevar los vehículos llenos de carbón á la plataforma de que dispone la industria moderna; pero no hace muchos años se empleaban constantemente en Escocia grandes escaleras, y las mujeres pasaban los días subiendo el carbón desde una profundidad de 100 ó más metros.

Y no sólo estaban sujetas estas desgraciadas, por espacio de muchas horas, á un trabajo abrumador que ni aun tiempo les dejaba para pensar, sino que bastaba que se rompiese un banzo ó se desprendiese un trozo de hulla de los cestos en que la subían, para que las que quedaban atrás fuesen gravemente heridas ó muertas de repente. Según la expresión de un cronista, si un ángel descubrió la hulla, un diablo inventó las escaleras. El dibujo ejecutado por M. Ferat, inspirado en una lámina del P. Kircher (fig. 4), nos da á conocer que tal ascensión era muy terrible para los hombres mismos, aun cuando la verificasen descargados y sólo la hiciesen para salir á descansar á sus hogares.

No será nunca bastante lo que se diga sobre el cúmulo de sufrimientos que las máquinas de vapor han hecho que desaparezcan de la población minera, sufrimientos y penalidades que sólo así han podido evitarse. A pesar de las huelgas y de las predicaciones socialistas, siempre habrá mineros; y aunque su condición fuese diez veces peor, siempre habrá hombres valientes y atrevidos que prefieran esta profesión á la de asesinos y ladrones; equivocándose mucho el que crea que ellos la menosprecien y que no sienten hacia las galerías subterráneas el mismo cariño que tiene el marinero al Océano.



Fig. 4.—Las minas de hulla en la Edad media. Corte que representa la ascensión por medio de escaleras

W. DE FONVIELLE.

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1886 — NÚM. 253

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MONUMENTOS ESPAÑOLES



MONUMENTO Á JOSÉ DE RIBERA (El Españoleto)

que la ciudad de Valencia dedica á la memoria del ilustre pintor, proyectado y ejecutado por Mariano Benlliure

NUESTROS GRABADOS

MONUMENTO
que la ciudad de Valencia dedica á la memoria del ilustre pintor Ribera, por M. Benlliure

Aun cuando el afamado artista José de Ribera era conocido con el significativo sobrenombre de el *Espagnoleto*, Italia disputó por mucho tiempo á España la gloria de contarle entre el número de sus hijos preclaros, suponiéndole natural de Galípoli, en el reino de Nápoles. Para honra de la patria de Velázquez y de Murillo, hoy resulta indudable que José de Ribera nació en San Felipe de Játiva á los 12 de enero de 1588; y la ciudad de Valencia, capital de la provincia, ha acordado erigir un monumento que recuerde á las generaciones futuras los títulos que para su inmortalidad conquistó en lid bien ruda, el autor de la *Adoración de los pastores* y del *Martirio de San Bartolomé*. Ello, empero, es cierto que Ribera hizo su educación artística en Italia, que el estudio de los cuadros de Rafael y de Carraggio determinó su vocación y que las lecciones de Miguel Angel Caravaggio, primero, y más tarde las de Correggio hicieron de él uno de los pintores más reputados de su tiempo, tan fecundo en artistas de primera fuerza.

Sin que propiamente haya Ribera formado escuela, tiene género propio, notable por su finura de ejecución, por su verdad asombrosa y por un vigor de dibujo y colorido que ningún artista ha superado hasta ahora. La suavidad de sus carnes es perfecta y ninguno como él ha pintado con más artístico realismo las cabezas de los ancianos, en las cuales, las arrugas, la osamenta, el gris del pelo, están tratados con una minuciosidad que en nada perjudica á la espontaneidad de la factura.

La vida de Ribera fué singularmente azarosa: de la más cruel y prolongada miseria pasó á la mayor y más ostentosa opulencia. Sus obras, que al principio no le dieron para acallar su hambre y cubrir su desnudez, fueron en la segunda mitad de su existencia adquiridas á precios fabulosos; y á este propósito se cuenta de él la siguiente anécdota.

Dos alquimistas de los muchos que se dedicaban á encontrar la piedra filosofal, le propusieron asociarle á su negocio si aportaba á él una cantidad indispensable para obtener la producción del oro. Negóse á ello Ribera, manifestando que para hacer oro tenía él un procedimiento mucho más seguro que todas las alquimias juntas; y como dudaran de ello sus interlocutores, cogió un lienzo en blanco, pintó en él algunas horas, y una vez concluído su abocetado trabajo, lo remitió por uno de sus criados á un mercader de cuadros, con encargo de que le dieran por él cuatrocientos ducados. Cuando regresó el doméstico y Ribera puso de manifiesto á sus amigos la suma que aquél le había traído, díjoles sonriendo: — Vamos á ver cuándo vuestra alquimia producirá en menos tiempo tan regular cantidad de oro legítimo.

Tal es la silueta del artista á quien Valencia rendirá en breve un tributo de justa admiración. La traza del monumento es sencilla y elegante: no en vano lo ha ideado artista de tanto talento como el señor Benlliure.

LA PRESENTACIÓN, cuadro de M. Brozik

No es, por cierto, el trovador errante quien recibe hospitalidad en la suntuosa mansión señorial: por más que el recién llegado vaya provisto de la característica cítara, en su traje suntuoso, en su elegante porte, en la cortesía con que es presentado y recibido, bien se echa de ver que el joven de nuestro cuadro no pertenece á la familia de aquellos trovadores ni de aquellos juglares que, cubiertos de polvo, generalmente, rendidos de fatiga, muertos de hambre, llamaban á la puerta de los castillos, donde sus melopeas distraían por un momento el fastidio de los rudos barones y de las malhumoradas castellanas. No, el huésped de la opulenta mansión es de ilustre alcurnia, quizás á su presencia algún corazón femenino late con significativa vehemencia; no hay más que examinar la actitud y expresión de los personajes para apercibirse del interés que el joven inspira á la familia que le agasaja y de la cual, si mucho no erramos, formará parte antes de pasarse mucho tiempo.

El asunto de este cuadro está tratado con grandeza; al autor no le estorban las numerosas figuras de la composición, que ha agrupado hábilmente y cada una de las cuales expresa un sentimiento revelado sin exageración. De este lienzo cabe decir que las buenas formas están perfectamente guardadas en él bajo todos conceptos.

LECTURA AL AIRE LIBRE, cuadro de Kemendy

La escena representada en este cuadro es poco interesante, siendo probable que el artista se ha propuesto solamente demostrar que cuando se dibuja y pinta con talento, cabe combinar, en iguales proporciones de interés, el paisaje y la figura, sin que lo uno perjudique en lo más mínimo á lo otro. Así en nuestro cuadro llama la atención ese bosque, en el cual la frondosidad no oculta los buenos efectos de aire y trasparencia de cielo, dando lugar á una luz plácida y simpática; al paso que las figuras no carecen de animación y por sí solas constituyen un grupo estimable. Ese hombre se entusiasma con la lectura de que hace partícipes á sus compañeras: probablemente el libro que trae entre manos es alguna diatriba contra los terroristas, puestos fuera de combate por los termidorianos. El Directorio, en cuya primera época tiene lugar la escena, abrió las válvulas de muchos sentimientos comprimidos por el miedo; decididamente nuestros paseantes se hallan bien con la nueva situación.

SUPLEMENTO ARTISTICO

SALÓN DE JUEGO EN MONTE CARLO, cuadro de Luis Botelmann

Hay en Europa un Estado microscópico, incomprensible, consistente en una peña rematada por un palacio suntuoso y unos jardines bellos como los de Semíramis. Al pie de estos jardines se eleva un casino espléndido, último refugio del juego y de ese enjambre de viciosos de ambos sexos, que cubren la podredumbre de sus sentimientos con los más elegantes y ricos trajes que París confecciona para los pretendidos *touristes*. Aquel estado es Mónaco; este casino es el casino de Monte Carlo.

El príncipe que gobierna esa *nación*, cuyo territorio compró Francia después de 1848 en la exigua suma de tres millones de francos, no se avergüenza de cifrar sus únicas rentas oficiales, lo que todos los pueblos cultos llaman presupuesto de ingresos, en el producto de la ruleta y del *treinta y cuarenta*, que tiene arrendado á una poderosa compañía. ¡Valiente Estado y valiente Hacienda!

En Monte Carlo todo es elegante, todo es espléndido: hay que confesar que el veneno se sirve allí en copa de oro; y el desdichado á quien la ruina precipita en el abismo, tiene la ventaja de que la detonación de la pistola con que pone fin á sus días, se confunda y pierda ahogada por los acordes de la orquesta que ejecuta los más selectos trozos de la música de todos los célebres maestros.

El cuadro que reproducimos da una perfecta idea del gran salón de ese casino, lugar del holocausto horrible, donde se sacrifican sin piedad el caudal y la honra de los concurrentes. La obra de Botelmann reune excelentes condiciones de arte; pero á nuestro entender la excesiva verdad le imprime cierto carácter frío, dada la idea que generalmente nos formamos del asunto. El arte, en tales casos, debe ir más allá de lo estrictamente cierto: el autor se ha limitado á reproducir una *vista*, cuando pudo haber lanzado un anatema.

DESDE ROMA

Por su índole especial, esto es, por lo grande de los medios que tiene á su disposición, bastantes para que como arte romántica exceda á la música, á la escultura y aun á la misma poesía, la pintura, que, como ha dicho uno de los grandes maestros de la ciencia estética, puede expresar por su forma sensible lo más íntimo que haya en el espíritu, es un arte esencialmente individual. A él lleva cada uno sus particulares sentimientos, su manera de ver, sus creencias, sus ideales y hasta sus aspiraciones. De aquí también las eternas divisiones y subdivisiones de las escuelas pictóricas, cada una de las que, bien analizada y estudiada, puede quedar reducida á un número cortísimo de artistas.

Estos principios generalmente admitidos y reconocidos, llevan sin embargo con gran frecuencia al extravío, pues si bien es cierto que individualmente puede hacerse mucho cuando se ha nacido artista, no lo es menos que son necesarios profundos estudios para llegar á la realización de una obra, y al par que los estudios, dejar pasar el tiempo que es á su vez un gran maestro. Si á esto que dejamos dicho, no añadiéremos ni una palabra más, muchos lo tomarían por alusión embozada, pero como proceder así es bien ajeno á nuestro carácter, queremos ser explícitos ya que caminamos en brazos de la buena fe, que puede servirnos de excusa.

En algunas de nuestras Revistas, concretándonos siempre á lo que ocurre entre los artistas que viven en la ciudad eterna, hemos censurado, y valga la frase en toda su dureza, el inmoderado afán de hacer un cuadro grande, pues parece que para algunos la mayor gloria consiste en pintar una tela de colosales dimensiones. Al paso que vamos, dentro de pocos años, el Museo nacional, los museos provinciales, los salones de los ayuntamientos, á quienes se ha puesto de moda regalar cuadros; los claustros de los ministerios y, en una palabra, todos los locales oficiales, no bastarán á dar cabida á tanta y tanta tela desmesurada como salen de los estudios de nuestros artistas. Nos hemos referido únicamente á los centros oficiales, para la colocación de los cuadros enormes, por cuanto la arquitectura moderna los hace imposibles para los particulares, razón por que el único comprador será el Gobierno y esto por lo que buenamente quiera dar.

No podremos determinar á punto fijo de qué procede el vicio que estamos señalando: en las Exposiciones anteriores se han premiado cuadros que ciertamente llamaban la atención por todo menos por el tamaño, que al fin es lo que menos debe tenerse en cuenta: en lienzos de reducidas dimensiones cabe desarrollar la tragedia más grande, el pensamiento más sublime, de la misma manera que tragedia grande y sublime pensamiento caben en los catorce versos de un soneto. Afirmar que sea por seguir el camino que otros siguieron, sería cosa ofensiva, pues no cabe suponer exageradas pretensiones que llevaran á los principiantes, que es á quienes nos estamos refiriendo, á querer rivalizar con Rosales, con Villegas, con Domingo ó con Pradilla. ¿Será por cautivar al público? Tampoco puede admitirse: al público inteligente, al público que puede tener importancia para el artista, al elemento principal para su reputación y para su gloria no se le cautiva con un cuadro que haya que mirarlo con escalera, dentro de la barraca hecha exprofeso para pintarlo.

Al público de nuestros días se le cautiva sólo con obras de estudio que entrañen un pensamiento y que estén desarrolladas con arreglo á las exigencias que la cultura moderna exige al arte. Hoy no se salva un cuadro porque haya en él un magnífico trozo de pintura, ni porque sea vigoroso de tono ó vivo de color ó armonioso de luz, frases inventadas para encubrir defectos capitales en las obras artísticas, como en el mundo social se inventaron las de: «es muy simpática,» «tiene buenos ojos» y otras para ocultar faltas de belleza en las señoritas de quienes se habla. Hoy en el terreno del arte hay que hacer algo más que sentir; es menester pensar: en nuestros días la forma no disculpa; en el cuadro se busca un fondo que armonice con aquella, y para la realización de una obra en estas condiciones, seis meses no bastan, ni un año; en gran número de casos la vida entera puede resultar corta.

La índole del pensamiento no puede alterar la belleza de una composición pictórica, cuando se realiza en estas condiciones; pero desgraciadamente el deseo de llamar la atención ofusca y se recargan las escenas y se vierten colores, para justificar sin duda aquello de «á mal Cristo mucha sangre.» Con esto no damos en modo alguno la razón á quien con más ligereza que estudio y más mala fe que amor al arte, dijo que el vicio dominante en nuestros artistas modernos era la comisión de delitos; la exhibición de dramas sangrientos. Las representaciones trágicas son propias, lo han sido siempre, de la escuela española, porque á ellas parecen inclinados los nacidos en aquellas hermosísimas regiones que nunca se olvidan y siempre se echan de menos, y estos cuadros trágicos, estas escenas sangrientas constituyen el fondo de las obras más notables que se han pintado, en este moderno Renacimiento del arte español: sangrienta al par que trágica es la escena á que Gisbert debe su fama; trágica y dolorosa es la *Doña Juana la Loca* de Pradilla; conmovedor en extremo el *Testamento de Isabel la Católica* del infortunado Rosales; la *Muerte de Lucrecia* del mismo autor no es una escena de ángeles; ni se mira con la sonrisa en los labios el *Sepelio de D. Alvaro de Luna*, ni la *Muerte de Séneca* de Domínguez, ni los *Náufragos de Trafalgar*, ni el *San Sebastián sacado de la Cloaca máxima*, ni el bien pensado cuadro de Moreno Carbonero, ni el *Spoliarium* de Luna que tanto llamó la atención en la culta Barcelona, que lo ha comprado y que mereció la honra señalada de ser premiado en el último Salón de París á pesar de ser extranjero su autor, condición que tanto retrae á los franceses aun del deber de hacer justicia. A todos estos podríamos añadir muchos más que son títulos de gloria para sus autores y orgullo de la patria, pero en todos ellos lo mismo que en algunos más, en que se revela poderosa fantasía y genio para concebir lo que excede de los límites materiales de este mundo, se ve el estudio, y salvo alguna que otra ligerísima excepción, hay que admirar en todos ellos, por igual, el fondo y la forma. Sus autores comenzaron por el principio; estudiaron y consultaron previamente cuanto podía serles necesario y útil, y este ejemplo es el que deben seguir cuantos quieran caminar sobre sus huellas.

Desgraciadamente no es así; la pasión está en las dimensiones: que la obra sea grande y lo demás no importa. ¿Qué ha de resultar de aquí? Fácil es decirlo; anacronismos imperdonables, faltas que jamás pueden tener disculpa, extravíos lamentables en los que se prueba insuficiencia, desconocimientos de principios que deben ser elementales y con todo junto y barajado un cuadro de época romana que huele á revolución del 48, un asunto histórico que parece fábula mitológica, una escena cristiana digna de excomunión mayor. Llegará un día en que estas que parecen exageraciones nuestras se den en la conciencia de todos y comprendan que la carrera seguida por Alma Tadema, es la que deben seguir cuantos quieran que en sus cuadros juntamente con el color brille la verdad; pues ni la historia se presiente, ni la antigüedad se inventa, ni lo familiar se ve sin la justa y razonada observación.

A las mayores aberraciones que se lamentan en el terreno del arte y que venimos haciendo observar hay que añadir una de la mayor trascendencia, nacida de la general falta de cultura y poco amor al estudio. Es esta la creencia en que muchos están de que para pintar un cuadro lo que hay que hacer es buscar el asunto; de aquí que pasen días y días recordando hechos y analizando escenas, para ver qué es lo que más llamará la atención. Decid á un pintor de nuestros días que el asunto viene por sí cuando se posee cierta ilustración, y seguramente se reirá: no quieren creer que la pintura es un arte que necesita amplísima base; afirman que todo depende de la ejecución, que no es en suma más que un medio auxiliar, y suponen con demasiada ligereza que da lo mismo pintar un cuadro de esta ó aquella época, que es igual pintar una escena religiosa que profana, una batalla llena de sangrientos episodios y conmovedoras escenas que un pacífico interior de hogar donde todo es calma y bienandanza. Cuenta sin embargo que nuestro ánimo no es sostener un extremo, pues ya sabemos que siempre son viciosos; con lo que dejamos dicho no queremos mantener la necesidad de que un pintor de batallas siente plaza de soldado, pero que al menos haya visto simulacros; ni afirmamos que meses antes de pintar un cuadro religioso, haya que profesar en una orden monástica, ni confesar y comulgar todos los días; basta con que el artista sepa cómo se está en la iglesia y cómo se verifican las prácticas del culto.

Fijos en las erradas ideas que venimos censurando, la cuestión capital es colocar la tela en que se ha acordado pintar, pongamos por ejemplo «La muerte de Domiciano.» Saber que este señor fué emperador de Roma es lo de menos, pero ¿dónde lo asesinaron y por qué? ¿Quién movió la conjuración si la hubo? ¿Los asesinos fueron muchos ó uno solo? ¿El crimen se cometió en el palacio, en un templo ó en la calle? ¿Cómo eran los palacios, los templos y las calles de entonces? ¿Los trajes cómo eran? ¿A qué hora se verificó la escena? En el supuesto de que fuera de noche, ¿el espectador puede ó no apreciar detalles en el cuadro? Así seguiríamos haciendo preguntas hasta hacer perder la paciencia de nuestros lectores, que más de una vez, en presencia de ciertas obras pictóricas, habrán comprendido que el artista debió hacerlas antes de aventurarse á pintar un cuadro que no debió emprender, porque no conociendo el asunto no podía sentir la escena. Y no se nos diga que pretendemos hacer de los pintores sabios y eruditos rebuscadores de datos y detalles, ratones de bibliotecas: hay libros elementales y de poco precio que dicen lo bastante para no cometer desatinos.

En esta como en todas las carreras hay los medios y hay el fin; aquellos son los estudios previamente necesarios, no sólo los que dependen de la mera técnica, sino los que pueden contribuir al perfecto desarrollo de un pensamiento en un cuadro: el fin es este mismo cuadro, esto

es, por donde ahora se ha puesto en moda empezar Lo que resultará es fácil preverlo y desde luego puede lamentarse.

En una de nuestras anteriores Revistas dábamos somera cuenta de algunos artistas que piensan presentar en la Exposición que debe celebrarse en Madrid en abril próximo. Involuntariamente omitimos á uno de los artistas de más valer que aquí viven ahora, el escultor Antonio Susillo. Modesto cuanto puede serlo un hombre, posee una ilustración nada común, una cultura que acredita prolongado estudio y un amor al trabajo excepcional en su edad y sus condiciones; escultor de nacimiento, vió la luz en la tierra que embellece el Betis y se perfeccionó en París, donde tanto adelanto prueba la escultura moderna. Ha venido á Roma á estudiar lo clásico que late acá por todas partes; ha visitado el eterno museo que constituye la capital de Toscana y se ha embelesado ante las obras magistrales del soberbio Miguel Angel, de Juan de Bologna, de Donatello y Benvenuto: con estos elementos de que perfectamente se da cuenta, con la sólida base en que se mueve y el tiempo necesario que entra por tanto en todo, Susillo llegará á ser un escultor modelo.

En nuestra patria la escultura nunca ha alcanzado gran florecimiento. Los artistas que se han dedicado á ella han encontrado mil obstáculos que vencer. antes de poder dar salida á cualquier obra; excepción hecha de Madrid y Barcelona, las demás capitales de España reunidas no pueden hacer vivir decorosamente á dos escultores; entiéndase que hablamos de escultores en la rigorosa acepción del calificativo. Los que han emprendido la carrera y á toda costa han querido seguir adelante, han tenido que limitarse á lo pequeño, á lo puramente de gracia, á lo que se vende, han trabajado en fin para el comercio. Aun en esto, sin embargo, cabe manifestar genio, pues al fin y al cabo pequeño es siempre el boceto de lo grande Susillo para sus obras ha podido poner á contribución sus extensos conocimientos y en verdad que ha conseguido resultados grandemente dignos de ser tenidos en cuenta. Su proyecto de monumento á Becquer es una maravilla; resulta una sentida ilustración para la más dulce de las composiciones del malogrado vate. Sin nombre, sin suscrición ninguna, por su estructura, por sus encantos, se ve que aquella es la tumba de un poeta que cantó llorando y lloró con la armonía de los ángeles; aquel monumento no es la obra de encargo que rara vez deja de ser fría; es el recuerdo de un artista á otro artista, es la traducción en piedra de aquella admirable estrofa:

Antes que tú me moriré: y mi espíritu
En su empeño tenaz,
Sentándose á las puertas de la muerte
Allí te esperará.

El admirable pensamiento del viejo Esquilo: «en cada corazón humano hay un Prometeo» le ha servido para un bellísimo grupo fino y delicado; de un corazón abierto brotan la paz, el amor, el odio, la codicia, los dorados sueños, la avaricia, cuanto es pasión en fin, cuanto la engendra y todo representado por figuras que no mienten, que dicen claramente lo que son. *La tradición popular* tiene, gracias á este artista, una representación de que antes carecía; una representación propia y elevada al mismo tiempo. En desbocado corcel que casi vuela sin riendas y sin estribo, va jinete un hombre en cuya faz se reflejan mil pasiones y al paso suyo murmurando en su oído, van de un lado el amor que ofusca, del otro el genio de la guerra que entusiasma. Tras sí deja la reja en que conversaron los amantes, el Mefistófeles que se recata, la cruz que sirvió de faro, las armas que chocaron sombras amantes que se besan, libros poéticos que hacen estremecer, luz que se apaga, fantasmas que comienzan á surgir y cuanto sirve de base al primitivo elemento literario de los pueblos. *El Misterio*, lo hemos visto representado muchas veces, pero ninguna de la manera acertada que lo ha hecho el artista que estudiamos. Sobre la cabeza de la esfinge, el ángel de la noche

Susillo, cuyo talento está probado y de cuyas condiciones nadie duda, expondrá también: llevará á la Exposición un bello grupo representando *La primera guerra civil*. En él nada de generales ni soldados; ni muertos, ni heridos de acongojadas expresiones: en el dulce regazo de esbelta matrona, dos rapazuelos que riñen por el turgente seno de la madre.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

HISPALA Y SILVIA

POR DON J. TORRES Y REINA

(Continuación)

– Lo he oído todo. Desconfía, Octavio, desconfía. La cita de esa mujer oculta, sin duda, un misterio terrible Teme, Octavio, teme.

Una ráfaga de aire llevó hasta allí, de un modo imperceptible, como aroma de flor ignorada...

– Adiós, Octavio, adiós...

VII

El día siguiente á la entrevista de Silvia y Octavio fué día de tempestad. Nublos densísimos y de formas monstruosas fueron amontonándose en el cenit, hasta formar uno como anfiteatro colosal, en el que hubiesen ido á tomar asiento los fantasmas de la muerte

Largas y blancas líneas luminosas partieron al fin en rápidos zigs-zags de uno y otro lado y se cruzaron como espadas de titánicos gladiadores, que producían al entrechocarse el bronco y seco estampido de los truenos.

Un águila que se atrevió á cruzar por debajo de la nube tempestuosa, fué herida por el rayo, y cayó muerta á las gradas mismas del Capitolio.

El presagio no podía ser más pavoroso, y la ciudad estaba aterrada. El Senado suspendió sus tareas, y los senadores huyeron temerosos á sus moradas.

Muy entrada ya la tarde, fué disminuyendo la lluvia Solo se oía de vez en cuando retumbar en lontananza alguno que otro trueno. La negra cortina de nubes se rasgó por fin hacia el Poniente, y pudo verse al rojo disco solar hundirse en el lejano horizonte.

Norbano Máximo, el augur que á la sazón gozaba de más prestigio en Roma, pasó gran parte de aquel día en el Capitolio, conferenciando secretamente con el cónsul Póstumo Albino, á quien hizo terribles predicciones y anunció peligros inminentes.

El augur había consultado los libros sagrados de Prenesto, é interrogado á la tempestad. Los dioses mismos le habían hablado en la voz de la tormenta. No podía, pues, equivocarse; sus predicciones eran infalibles.

VIII

Cerró la noche.

Los ediles habían recorrido la ciudad de Roma, habían registrado las encrucijadas y los alrededores de los monumentos públicos. La orden de apagar los hogares había sido dada. Todo dormía, al parecer, en la ciudad eterna.

En la morada de los cónsules no reinaba, sin embargo, la tranquilidad. Algo grave debía ocurrir, pues los lictores custodiaban todas las entradas y salidas.

Por una puerta situada á espaldas del edificio salió sigilosamente un numeroso grupo de hombres armados, al mando de un centurión. Habían recibido orden de no hablar y de hacer el menor ruido posible. Los soldados marchaban en oscuridad casi completa, dejando oir tan solo el unísono de sus pasos iguales y acompasados. Recorrían de aquel modo gran número de calles, y llegaron á las afueras de la ciudad. Siguieron caminando aun algún tiempo, hasta que por fin el centurión mandó hacer alto. Hallábanse á unas tres millas de Roma, ante una quinta completamente aislada en medio del campo. Distribuyóse de corto en corto trecho el suficiente número de hombres para rodear la quinta por completo La consigna era absoluta: de aquella casa no debía salir nadie, sin caer en manos de la tropa. Hecho esto, el centurión se dirigió con el resto de los soldados hacia la puerta, ante la cual se detuvieron. El silencio de la noche dejaba oir algo como arengas, algo como explosiones de asentimiento, confusión, en fin, extraña y singular en el interior de aquella morada. Un coro de multitud de voces de hombres y mujeres estalló al fin distintamente.

¡Afilad en la sombra el acero!
Que penetre con golpe certero
Del déspota odiado en el vil corazón:
Y de Baco el espléndido solio
Coronando verá el Capitolio
Del orbe romano la esclava extensión.

– ¡¡Muera el Cónsul!! gritó con ronco acento una voz.

Un ¡¡MUERA!! unánime y de rencor profundo contestó en el acto.

En esto, se abrió muy despacio, sin rechinar apenas sobre sus goznes, la pesada puerta que daba acceso á aquella morada, y apareció en los umbrales un hombre de fantástico aspecto. Los rojos destellos de un hachón que sostenía en una mano permitía examinarlo distintamente. Vestía el traje simbólico de los augures. Espesa barba blanca hasta la cintura no le daba un aspecto venerable; bajo la angosta y deprimida frente de hirsutas cejas brillaba la perfidia de unos ojos hundidos y pequeños; contracción siniestra en la boca, habría parecido sonrisa á no infundir espanto. El fantasma llamó con la mano al centurión. Este se le aproximó rápidamente, y le preguntó en voz baja:

– ¿Ya?

– Ya, contestó el augur. – Sólo respetarás á la del tirso de oro.

– Guía.

El centurión y sus soldados, precedidos del augur, que iluminaba el camino con su antorcha, se internaron en el edificio.

Faltaba sólo atravesar una habitación para llegar á la sala de los conjurados. Al pisar el augur los umbrales de aquella habitación, una voz varonil y potente gritó con toda su fuerza:

– ¡¡Traición!! ¡¡el augur!!

Y Norbano Máximo rodó á tierra, muerto de una rabiosa puñalada Casi al mismo tiempo, cayó exánime sobre él su agresor, atravesado por la espada del centurión.

Los soldados se precipitaron en tropel hacia la sala de los conjurados, donde, al escucharse el grito de «¡traición!» seguido de dos ayes de muerte, había reinado, sólo por brevísimos instantes, pavoroso silencio.

El centurión se adelantó rápidamente á sus soldados, y penetró antes que ninguno en el lugar de la conjuración. Lo primero que se ofreció más distintamente á sus ojos, fué una mujer vestida de blanco y que sostenía en su diestra un tirso de oro. La mirada de aquella mujer, así como su actitud, rebosaban altivez. Hallábase colocada ante una grosera efigie, de tamaño natural, que representaba al cónsul Póstumo, y que tenía un puñal clavado en el sitio del corazón.

El centurión corrió sin vacilar hacia aquel punto de la sala, y gritó á sus soldados, mientras guarecía con su cuerpo el de la joven:

– ¡Esta mujer es sagrada! ¡¡Mueran todos los demás!!

La escena de matanza y de carnicería que siguió á las palabras del centurión es indescriptible.

IX

Hasta hacía muy poco, habían permanecido envueltas en el misterio las monstruosidades de las orgías dionisíacas: diéronlas á conocer secretas confidencias hechas al cónsul Póstumo por la célebre cortesana Híspala Fecenia.

Constituían los adoradores de Baco una formidable asociación extendida por toda la república romana, y cuyo número aumentaba de día en día: sólo en la ciudad de Roma había más de 7,000 iniciados, entre los que se contaban individuos pertenecientes á las más altas clases sociales y á las familias más distinguidas.

Comenzaban las bacanales con la puesta del sol. Lugares preferidos eran los apartados é incultos, con tal de hallarse en las proximidades del mar ó de un río. Los hombres fingían furores sagrados; las bacantes, dando ebrios alaridos, los cabellos al viento, en estado casi completo de desnudez, corrían hasta el mar ó hasta el río, llevando antorchas apagadas de resina, cal viva y otras sustancias, que sumergían en las aguas, de donde las retiraban en el acto encendidas.

De las bacanales salían falsos testimonios, testamentos falsificados, envenenamientos, muertes tan secretas, que los cuerpos de las víctimas no podían ser habidos para darles sepultura.

Las iniciaciones eran siempre nocturnas. Y ¡ay de aquellos que se negaban á prestar el juramento que se les exigía, ó que después de haberlo prestado lo quebrantaban! ¡Ay de los que se atrevían á manifestar desagrado ó siquiera frialdad por aquel ominoso culto! Inmolados en el acto como víctimas, cavernas escondidas ó pozos profundos ocultaban el secreto de su muerte. Redobles de tambor, estridencias de címbalo, ebrias carcajadas, aullidos feroces... impedían con su infernal estruendo oir los ayes de los moribundos.

Al rasgarse velo tan tenebroso, el pueblo y el senado se estremecieron. Un senatus consulto en el que se conminaban con las penas más severas los horrendos crímenes de las bacanales, y en el que, á fin de que la reunión de los iniciados no pudiese hallar pretexto ninguno, se prohibía toda clase de fiestas nocturnas, fué circulado en tablas de bronce á los pretores de todas las provincias (1).

Póstumo obró con actividad y prudencia, y mereció por ello el aplauso del Senado.

Júzguese de la satisfacción producida por la noticia de que el cónsul Póstumo había sorprendido una bacanal la noche anterior. Una bacante, prodigio de hermosura, - al decir de los que aseguraban haberla visto, – estaba juramentada para dar muerte al supremo magistrado de la república.

A no ser por los augurios de Norbano Máximo, el cónsul Póstumo habría sucumbido al filo del puñal de la conjurada. La admiración por el prestigioso augur y por su hierática ciencia crecía de punto y se comentaba con mil detalles fabulosos. El trágico fin que siguió á tan maravillosas predicciones contribuyó poderosamente á hacer popular en Roma durante mucho tiempo el nombre de Norbano Máximo.

X

El cónsul Póstumo había mandado retirar al centurión.

Todos los conjurados habían perecido. Se proponían, no sólo matar al Cónsul, sino á toda su familia, y especialmente á su sobrino Octavio, á quien no perdonaban el haber dado muerte cerca de Nápoles al gran corifeo de Baco.

Sólo á una mujer había el centurión perdonado la vida: á la del tirso de oro. Esta mujer era hermosísima, y se hallaba ante el Cónsul en actitud majestuosa. Póstumo tenía fija sobre ella una mirada escrutadora; la contemplaba con admiración. En vano buscaba en sus facciones esa mezcla de audacia y de impudor propios de una mujer avezada á los desenfrenos y horrores de las bacanales. La joven, cuyo semblante coloreaban á un tiempo el rubor y la cólera, le devolvía mirada por mirada: estaba prisionera, pero no vencida.

– ¿Cómo te llamas?

Silvia.

– El centurión me ha dicho que te llamas Dánae.

– Ya Dánae pertenece á la región de las sombras.

– Entonces, bacante, ¿cuál es tu nombre?

– Yo no soy bacante.

Tenía esta denegación tan enérgico acento de verdad, que el Cónsul se sintió impresionado.

– Pues si no eres bacante, ¿cómo estabas en la bacanal?

---

(1) Una de estas tablas se conserva actualmente en el Museo de Viena. Fué hallada el año 1640 en unas excavaciones de Tirioli (Calabria ulterior) por el arqueólogo J. B. Cigala.



LA PRESENTACIÓN, cuadro de M. Brozik



LECTURA AL AIRE LIBRE, cuadro de Kemendy

– Porque esta noche se trataba sólo de una conjuración contra tu vida.

– ¿Y tú querías mi muerte?

– Quería matarte. Cuando entraron los soldados, prestaba yo el juramento sobre el tirso de oro.

– ¿Y no podías matarme sin ir á la bacanal?

– Siempre sales rodeado de lictores, y en tu morada no se puede entrar.

– Pero, ¿pueden entrar los conjurados de Baco?

– ¿No faltan ahora en tu morada libertos y confidentes tuyos? Búscalos entre los muertos de esta noche.

– Con que la conjuración afilaba su puñal junto á mí..

– Pero le faltaba corazón y brazo que lo blandiera: por eso me buscaron.

– Y, ¿por qué á tí?

– Las entrañas de las víctimas han revelado á los arúspices de la conjuración que sólo una virgen puede darte muerte.

– ¿Y quién te buscó?

– Bien puedo decir sus nombres, puesto que tu brazo no puede ya alcanzarles.

– ¿Quiénes eran?

– Norbano Máximo y Dánae.

El Cónsul meditó en silencio, y dijo como hablando para sí:

– Norbano .. Dánae..,.; – y dirigiéndose á Silvia exclamó:

– ¿Conoces tú á Híspala?

– De nombre.

– ¿Era augur Norbano Máximo?

– Augur era.

– ¿Sabes si Dánae era liberta de Híspala?

– Nada sé.

El Cónsul volvió á meditar.

– Pero tú, ¿qué ganas con mi muerte?

– Vengarme.

– ¿De qué? Yo no te conozco. ¿Qué agravio he podido hacerte yo?

Hace un año, existía un romano insigne, honra de las legiones, anciano respetable y respetado, página viviente de nuestra historia; centurión renombrado en Italia, en España, en Sicilia; que regresó con las reliquias del ejército romano de aquella desgraciadísima jornada bajo Terencio Varrón; que se halló después en las gloriosas márgenes del Metauro. Pues bien, ¡ese... ese... ha muerto en *Palus-Mæotide*, proscripto por tí, calumniado vilmente! No murió en el campo de batalla; murió sin honra en el destierro.

– Proscripto por mí... ¿quién era ese centurión?

– Mi padre.

– Su nombre.

– Anlus Albano.

– ¡Qué dices! ¡proscripto por mí Anlus Albano!... ¿Cuándo?

– Cuando mandaste al Ponto á los iniciados de Baco y á sus hijos infelices. Y mi padre no era de los iniciados ni yo tampoco. Y mi padre murió allí, lejos de sus lares. Y, al darle tierra, yo no morí de angustia, porque juré vengarme. Y aquí me tienes. He caminado descalza, heridos los pies, he sufrido hambres horribles, he creído morir de sed... ¡pero he llegado!

El Cónsul paseaba agitadamente por la estancia, con visibles muestras de indignación y de pesar. De pronto se detuvo y exclamó en alta voz, como si hablase consigo mismo:

– ¡Y he sido juguete de esa mujer!... Híspala, Híspala...

Aquel nombre, pronunciado ya en tres ocasiones por el Cónsul, quedó como grabado con caracteres de fuego en la mente de Silvia.

Póstumo añadió:

– Pero, ¿quién en la lista de proscripción pudo incluir el nombre de Albano?

– ¡Qué irrisión! El hombre que rige los destinos de Roma y del universo, ignora sus propios actos.

– Por Júpiter Capitolino te juro que en la lista de proscripción no estaba el nombre de tu padre.

– Pues, ¿cómo nos desterraron?

– Al menos cuando yo la ví. ¡Yo desterrar á Albano! ¡creer yo calumnia tan grosera! Sabe, Silvia, que él me salvó la vida en Cannas.

Póstumo se aproximó á la joven y le dijo con voz conmovida y cariñosa:

– Aun cuando hubieras atentado realmente contra mi vida, aun cuando esa diminuta mano hubiese herido mi pecho, yo te perdonaría.

– ¡Devuélveme á mi padre! – gritó Silvia con desesperación, y dos lágrimas cayeron rutilantes de sus ojos.

– ¡Ah! – rugió el Cónsul; – ¡quién pudiera con esta vida que le debo satisfacer al menos á sus ultrajados manes!

– Estoy sola, completamente sola en la ciudad de Roma y en el mundo. Hogar, familia... todo lo perdí!

Mañana te será devuelto tu confiscado hogar.

– No, no quiero recibir nada de tí.

– Nadie recibe de otro lo que es suyo.

Vanas fueron las súplicas de Póstumo. Silvia se negó á aceptar nada del hombre, si no causa, instrumento de su desgracia. El Cónsul hubo de contentarse por entonces con devolverle la libertad.



PAOLO Y FRANCESCA, bajo relieve de Susillo. (Véase la revista *Desde Roma*, pág. 286.)

XI

La salud de Octavio se alteraba visiblemente, al extremo de llegar á inspirar á Póstumo serios temores. El Cónsul, que en más de una ocasión había oído á su sobrino hablar con entusiasmo de Nápoles, de su mar, de sus olas azules, de sus playas risueñas, de las verdes colinas de aquella tierra privilegiada, aconsejó á su sobrino que volviese á aquel país de su predilección, en la esperanza de que la vista de nuevos y más alegres horizontes desterraría la pasión de ánimo que iba minando sordamente la existencia de Octavio.

Más de un mes hacía que se hallaba instalado el joven en una hermosa casa, desde donde se descubrían, por una parte las serenas riberas del golfo, y por otra los fértiles y accidentados paisajes de la Campania. La salud de Octavio, sin embargo, lejos de mejorar, iba empeorando por momentos.

Híspala, cuya pasión se acrecentaba de día en día, á pesar del manifiesto desvío de aquel á quien ella no podía resignarse á dejar de considerar como su amante, lo había seguido á Nápoles. Hallábase instalada con toda su servidumbre en una casa que poseía próxima á la de Octavio, y se pasaba á su lado la mayor parte del día y de la noche cuidándolo con amante solicitud. Pero tan incansables desvelos no hacían más que aumentar el tedio que la presencia y las caricias de la antigua cortesana producían en el ánimo del joven. En su amoroso delirio por Silvia, creía Octavio robar algo al culto de aquel ídolo de su alma, en cada frase, en cada mirada que se veía obligado á dirigir á Híspala.

La debilidad del jóven había llegado á ser tanta, que se veía imposibilitado, hacía algún tiempo, de dar, como en los primeros días de su llegada á Nápoles, un paseo allá á la caída de la tarde por las colinas que corren paralelamente á la playa. No consintió nunca Octavio que nadie le acompañase en aquel paseo. La soledad de aquellos sitios y de aquella hora poseía para el joven un encanto indefinible. Entre aquellas colinas solitarias había encontrado una tarde á Silvia... La presencia de otra persona habría venido á turbar la dulce melancolía de tan adorados recuerdos.

Híspala, que conocía la causa secreta de tal predilección, había derramado muchas lágrimas viendo alejarse por las tardes á Octavio. Ella, que habría dado sin vacilar su vida por un solo capricho de su amante, sentía oculta é infernal complacencia al verlo imposibilitado de proporcionarse aquella única distracción. ¡Sangriento y encarnizado egoísmo de los celos!

El médico mismo de Póstumo se había trasladado á Nápoles para cuidar del enfermo. Un día dijo Híspala al sabio:

– Léntulo, ¿es posible que, siendo tú la admiración de Roma y del mundo, nada puedas contra la enfermedad de Octavio? ¿en los recónditos arcanos de tu ciencia no existe remedio alguno contra ese mal?

El sabio, después de permanecer algún tiempo como recogido en su propio pensamiento, alzó lentamente la cabeza, y dijo con acento sibilino:

– Aun podría haber esperanza.

– ¡Yo lo sabía! ¡yo estaba segura de ello! – prorrumpió Híspala en un acceso de entusiasta júbilo; – con razón te admiran Roma y el mundo; Léntulo, con razón te llaman el sabio de los sabios.

Léntulo repuso gravemente:

– Es muy difícil, casi imposible, hallar lo que se necesita.

– Aun cuando sea imposible te digo que yo lo hallaré. Habla, Léntulo, habla. ¿Hay que hacer ofrendas á los dioses? Todos mis bienes, mis alhajas todas, cuanto poseo. ¿Hay que surcar los mares? ¿Hay que ir lejos, muy lejos, más allá de esas montañas por donde el sol se pone? ¿Hay que llegar hasta los inhabitados confines de la tierra?...

Aquella naturaleza se sublimaba por el amor. Aquel rostro, dispuesto siempre á contraerse por la terrible cólera de los celos, se hallaba transfigurado; en aquel momento resplandecía en él toda su soberana belleza; las negras y grandes pupilas, dilatadas y ligeramente humedecidas por la emoción, llenaban casi por completo los huecos de aquellos ojos magníficos; entre las larguísimas pestañas titilaban con todos los cambiantes del iris dos lágrimas encantadoras, dos lágrimas dentro de las cuales jugaban y sonreían á un mismo tiempo el amor y la esperanza; en los trémulos labios, semejantes al entreabierto cáliz de una amapola silvestre agitada por las brisas de la montaña, se pintaba una ansiedad indescriptible.

Si Octavio se hubiese hallado cerca de Híspala, si la hubiese visto de aquel modo, si hubiese caído dentro de aquella esfera de luz, se habría sentido arrastrado por atracción invencible, y habría vuelto á amar á aquella mujer, aun cuando hubiera sido sólo por breves instantes.

Léntulo, abstraído en honda meditación, dijo, sin levantar la vista del suelo, donde parecía buscar la solución de un enigma:

– Existe un insecto maravilloso; si lo tuviésemos, Octavio sanaría.

– Pues lo tendremos.

– ¡Estás loca!... Yo, durante mi vida toda consagrada á la ciencia, sólo he conseguido ver un ejemplar.

– Pero... ¿dónde está? ¿dónde podrá hallarse? Habla, Léntulo, habla.

–Hay una mariposa cuyo cuerpo tiene el color y la trasparencia del topacio, y cuyas alas son rojas como la sangre. Esa mariposa se alimenta con la espuma de las olas del mar. Está dotada de vista y oído tan delicados, que es imposible aproximarse á ella. No bien sospecha que pretende alguien darle caza, se interna mar adentro á donde no hay posibilidad de seguirla. Si tuviésemos una mariposa de esas, yo confeccionaría con ella un medicamento encantado, y Octavio sanaría inmediatamente.

Al pronunciar estas palabras, Léntulo envolvió sus brazos entre los anchos pliegues de su toga, y se alejó con grave y mesurado paso.

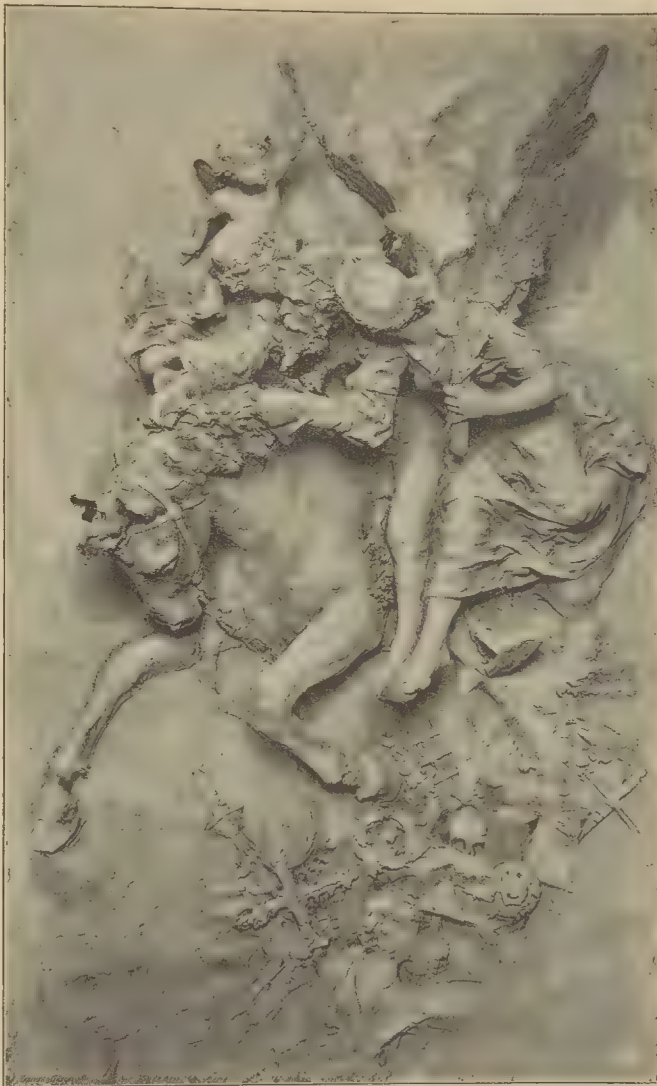
XII

Híspala, seguida de sus esclavas, pasó muchos días espiando con avidez la rompiente de las olas en la arena de la playa. Muchas veces la sorprendió la noche en las solitarias riberas del golfo rendida de cansancio. A medida que el sol declinaba cada día, su desaliento era mayor.

Una tarde, en que desesperada ya y habiéndose alejado gran trecho de sus mujeres, se hallaba sentada á orillas del mar, vió acercarse á ella una joven á quien no reconoció como de su servidumbre.

–Han pasado ya dos nundinas, –le dijo aquella mujer, –desde que pregunté á tus esclavas qué venías á buscar todos los días á este sitio. Desde entonces, he estado buscando lo mismo que tú.

(Continuará)



LA TRADICIÓN POPULAR, bajo relieve de Susillo. (Véase la revista *Desde Roma*, pág. 286.)

EL HUMORISMO

Mientras el hombre se agite y viva, ahondando sus raíces intelectuales y morales en un pasado, que le sirve á veces de losa de plomo, al contener la exuberancia de su loco fantasear, y á la vez empleando sus energías en un presente fugaz, que es línea eternamente móvil del suceder, y entreviendo un porvenir que le seduce, sentirá en el fondo del alma la emoción imperecedera de la belleza y del arte. Contra todas las lúgubres y apocalípticas profecías de que «los dioses se van,» anunciando que el prosaísmo de la existencia asfixia la inspiración artística, se puede afirmar con las pruebas incontrovertibles de los hechos y de la constitución humana que el ser que vive dentro de un presente que le hastía y anhelando un porvenir que cree le satisface sentirá eternamente la nostalgia de la realidad que le rodea y le enajenará descubrir en ella el hálito vivificador de la belleza y del arte.

Siempre será símbolo plástico y encarnación seductora de estas febriles pretensiones que dan por muerto lo que se está haciendo y renovando á toda hora, es decir, el destino humano, aquel aparatoso y gigantesco alambique, con sucias retortas, de que se valían los antiguos alquimistas para perseguir el imposible de la piedra filosofal ó el alfa y omega de la existencia humana. ¡Enigma perdurable y signo constante de la insaciable ambición de los mortales ha sido y seguirá siendo condensar lo que fué con lo que ha de ser en el punto de conjunción de un presente que no bien se alcanza, se pierde y diluye en el panteón de lo pasado!

Lo nuevo, cual germen que contiene en sus complejas sinuosidades los derroteros que ha de seguir el hombre en el cumplimiento de su destino; lo ideal, que pide plaza en la existencia; la aurora de lo porvenir, que aparece en el inmenso horizonte de nuestra vida intelectual y moral, no disipa ni suplanta, como un tachón borra equivocaciones de la escritura, lo que ya ha hecho su historia y tomado cuerpo en la realidad; de igual modo que la luz, por refulgente que sea, no suprime, sino que aleja las penumbras y sombras del horizonte exterior.

Por vías y procedimientos desconocidos, que se traducen más tarde en el gran drama de la historia, se combinan ambos elementos y como signo de estas combinaciones se engendran el contraste, la oposición y la antítesis, nuncios venturosos de síntesis más amplias que se efectúan, determinando puntos de proximidad ó verdaderas corrientes de afinidad entre los polos extremos.

A la manera original y personalísima, según la cual el genio piensa y siente y después expresa el contraste, la oposición y antítesis, cuando no la paradoja real ó aparente, entre los elementos ó factores que fermentan en el hervor de la vida individual y social, se refiere el procedimiento artístico del humorismo.

Es el humorismo una manera individualísima, propia, única en cada escritor de pensar y sentir. En él toma el artista como criterio único la experiencia variable de la sensibilidad, ante la cual aparecen la contradicción y la paradoja como sus caracteres inherentes El cambiante de luz y color, la faceta múltiple y variable de la realidad, la inconsistencia de lo que aparece, ocultando lo que es, y la reverberación del genio personalísimo ó de la idiosincrasia moral del artista rodean al *humor* de un cierto encanto, que seduce En el humorismo la materia artística ó asunto poético es la causa ocasional, el pretexto de que el escritor se vale para dar forma plástica á lo sustancial de su genio. Existe, pues, en el procedimiento humorístico un predominio de la subjetividad del artista sobre lo objetivo y real de las cosas concebidas y sentidas. Y cuando se exagera hasta un límite inadmisible esta circunstancia, se llega, por exigencia de un chiste ó rasgo de humor, á sacrificar todos los elementos artísticos.

En el humor todo consiste en la *factura*, en la manera de hacer. Por la virtud misteriosa del genio se puede exaltar la grandeza de lo pequeño, escudriñando á la vez la pequeñez de lo grande. Y en ambos casos, el cristal donde refleja su pensar y sentir el humorista, es el factor principal. Muchas de las más bellas poesías de Gœthe y Byron descansan en un dato real, inapreciable para la generalidad de las gentes, y cuando alguno envidia al poeta aquella agradable aventura se equivoca, porque lo que debía hacer es sentir emulación ante aquella fantasía genial, que ha sabido convertir un suceso vulgar en asunto tan grande y tan bello.

¡Quién sabe si en los derroteros, siempre nuevos, que va persiguiendo el progreso del arte, servirán estas múltiples perspectivas del humorismo como otros tantos jalones, que preparen en su día la condensación y síntesis del sentido artístico en epopeyas más geniales que las conocidas hasta ahora!

Pero el humorismo, aunque impregnado de cierta atmósfera escéptica, implica una trascendencia moral innegable. Usa de lo cómico y de lo ridículo, pero á la vez que ríe, llora; censura con amor, zahiere y aun se burla con cierto dolor y jamás se deja de sentir en él un aura de simpatía hacia aquello mismo que reconoce como malo é imperfecto. La sátira despiadada es contraproducente en el humorismo.

Se aplica el humorismo á cosas y personas y parece que respecto á las primeras no haya nada que advertir, puesto que el espíritu reformista y el hálito innovador, que vivifican la inspiración, imponen por sí mismos el límite que separa el uso del abuso en los recursos de lo ridículo y de lo satírico Pero cuando el humorismo se aplica á las personas (siluetas cómicas de un individuo, caricatura de un personaje, parodia ó copia de las faltas de alguno), debe cuidar diligentemente el escritor de no recargar la paleta, convirtiendo el toque genial en brochazo de mala ley ó la censura en insulto. Siempre será por tales razones más difícil el humorismo respecto á las personas que aplicado á las cosas. Ha de comenzar el humorista por poseer un gran fondo de honradez y sentido moral, sin cuya condición (por aquello de que ha de ser irreprensible el que reprenda) la crítica no cumple con su ministerio. Además, en el humorismo con las personas se corre el grave riesgo de que el juez y censor se convierta, sin mesura ni imparcialidad, en especie de Jehová despiadado y vengador.

Indicaciones someras en asunto tan delicado bastarán para que se comprenda bien lo que venimos diciendo. Aparte todo afecto personal (que ciegamente se lo profesamos), en el vicio á que nos referimos cae con excesiva frecuencia y logrando efectos contraproducentes uno de los escritores contemporáneos de más genio y saber, el celebrado Clarín, en sus críticas, no de obras, sino de autores. Del mismo pecado se puede acusar á Campoamor, que fué impío, injusto á sabiendas y parcialísimo en su antigua polémica contra los Krausistas ó caballeros de la lenteja como él los llamaba Reincidió después en la misma falta, aunque entonces devolviendo golpe por golpe, al defenderse de la acusación de plagiario. Y es en personalidad tan indiscutible como Campoamor, en genio que preside en vida la apoteosis de su gloria, más censurable que en cualquier otro esta flaqueza, tan contraria á los hábitos, que constituyen su idiosincrasia moral pastosa por lo buena. Quizá argüirá Campoamor que pocos se ven libres de semejante falta, pues el mismo Gœthe usó y abusó de su talento y de su humorismo para triturar despiadadamente en sus *Die Xenie* á aquellos que no le prestaban el culto á que él se creía acreedor. Es cierto, ciertísimo, pero también lo es que estas flaquezas (también tiene manchas el sol) se deben tener en cuenta para evitarlas y no para copiarlas ó exagerarlas. En lo que se refiere al humorismo de las personas, se puede citar un ejemplo, en el cual no se rebasan las condiciones que requiere. El señor Valera, en cartas ó diálogos á Grafila, comenzados á publicar en la *Revista de*

España, usa de un humorismo seductor con todo el atildamiento y corrección propios de su carácter; censura y no insulta, ridiculiza, sin ser injusto, y en cierto modo cumple el precepto horaciano, *pariterque monendo*.

Algunos parecerá ésta una distinción alambicada, pero aun podemos reargüir diciendo que en todas las cosas se puede llegar al polo, á lo más alto, sin necesidad de terminar en punta, que atraiga la tormenta y con ella los rayos de la ira. Además, si el humorismo es, según hemos dicho, procedimiento artístico, que pone de relieve y en primer término la personalidad del artista, bien se puede anticipar, comentando en vivo la frase inglesa «que se debe ser bueno hasta por cálculo,» que cuando se exagera impíamente la flaqueza del prójimo, en ella va envuelta también la nuestra propia, y que quien, con el placer de los dioses paganos, el de la venganza, menosprecia á los demás, menospreciado queda por él mismo. Sí; que en la doble faz, que todas las cosas presentan, tanto se puede ver en Diógenes escultura de carne de una idea noble como encarnación plástica de un egoísmo repugnante.



Fig. 1.—El *Penitente* prendiendo el grisú

Para concluir, en el humorismo el escritor se ofrece en espectáculo ante sí y ante los demás; que cuide, pues, diligentemente de no remover el cieno del fondo humano, porque sus miasmas intoxican á todos y el humorista, por serlo, no posee antídoto contra el veneno y que no olvide el gran precepto moral del poeta latino: *parcere personis, dicere de vitiis.*

U. González Serrano

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

III.—PROGRESO QUE HAN REPORTADO LAS MINAS.—No podemos hacer ahora el resumen de todos los progresos y adelantos debidos á las explotaciones mineras cuyo uso se halla propagado por todas las naciones; pero debemos observar que la máquina de vapor nació en las minas inglesas de hulla, que en ellas se ha ido perfeccionando y que desde ellas se ha extendido por todo el mundo; debiendo asimismo decir que el servicio que ha prestado en el siglo pasado, aunque todavía no se hubiera perfeccionado, ha sido tan importante que no puede menos de llamarnos la atención el gran interés que la industria minera ha tenido en sustituir con el vapor el trabajo material del hombre.

Las máquinas de vapor, por las que Savery y Newcomen obtuvieron patente de invención, en el año 1680, se componían de una capacidad ó espació hueco que comunicaba con la caldera por medio de un tubo y en la que se hacía el vacío introduciendo gran cantidad de agua. La llave destinada á la introducción del vapor se cerraba á mano cuando empezaba la condensación, y se abría también á mano cuando, impelido por la atmósfera, bajaba el pistón al extremo inferior de su carrera.

Para comprender la gratitud y reconocimiento que debemos á las explotaciones en las que máquinas de tanto coste han prestado tan admirables resultados, no basta recordar el hecho, por todos conocido, del pilluelo que, para poder ir á jugar á las bolas, tuvo la idea de hacer que la llave se abriera y cerrara automáticamente por el juego del balancín; sino que es necesario saber lo que generalmente se ignora, y es que la idea de introducir agua, hasta llenar el pistón para condensar el vapor, por sencilla que parezca, fué descubierta por una feliz casualidad que le ocurrió á uno de los inventores de la primera máquina.

Como Newcomen se viese obligado á dar grandes proporciones á los pistones, no conseguía que cerraran herméticamente; y á fin de evitar las pérdidas del vapor que se escapaba por entre el pistón y el cilindro, le ocurrió recubrir los pistones con una capa de agua que sirviese de juntura hidráulica. Como observase un día que un pistón mal construído funcionaba mejor que los otros, llamó esto su atención; y tratando de encontrar la razón de tal anomalía, descubrió que tan admirable efecto se debía sólo á la introducción del agua por los huecos de las junturas. Desde aquel día el arte del enfriamiento dió un gran paso. Se comprendió el absurdo de limitarse á poner en contacto la pared caliente con una masa de agua fría que sólo podía obrar de un modo indirecto, en virtud de la conductibilidad, y se puso en contacto inmediato al vapor con el agua, lográndose de esta suerte que, suprimido un intermediario inútil y perjudicial, se obtuviesen grandes adelantos.

Mas no sólo se deben á las minas inglesas las máquinas de vapor; debémoslas también los rails ó caminos de hierro. Los carriles se conocían desde tiempo inmemorial y particularmente en tiempo de los romanos. Sabido es que las vías construídas por el pueblo rey para mantener la comunicación entre la ciudad eterna y los pueblos sometidos á su imperio se hallaban empedrados con grandes losas pulimentadas como el vidrio y que disminuían mucho el frotamiento. Todavía se encuentran restos de estas piedras con la huella del paso de las ruedas y que aun conservan la forma de rails cóncavos.

Pero, prescindiendo de esto, es lo cierto que la primera vez que se construyó un camino con carriles de hierro fuera de las minas, debió ser en el año 1680, en Newcastle-upon-Tyne, al efecto de facilitar el trasporte de los carbones desde el pozo de extracción á los muelles de carga de los navíos. En 1767, M. Reynold, ingeniero constructor del primer puente de hierro de la Gran Bretaña, inventó el empleo del hierro en la construcción de rails que hasta su tiempo se hacían de madera y no servían más que para carruajes con tres toneladas de peso. En 1776, el director de las minas de hulla del duque de Norfolk, cerca de Sheffield, dió á cada uno de los rails la figura de una L Por último, en 1693 se descubrió el modo de unir los dos rails en ⅃ L unidos en su parte superior, y poco tiempo antes los propietarios de las minas de Northumberland habían encontrado la manera de enlazar unos con otros y formar grandes líneas.

En estos últimos años, el progreso, que tanto se ha desarrollado fuera de las entrañas de la tierra, ha penetrado también en ellas, introduciendo en las minas caballos para el arrastre interior á pesar de la resistencia de los obreros, por desgracia todavía poco instruídos, que no comprendían que tan útil innovación les produce mayor bienestar y les da mayor dignidad que las que pueden reportarles las violentas declamaciones contra el abuso del capital; pues en las minas administradas con inteligencia queda reducido su trabajo á colocar la hulla y el carbón en las bestias de carga.

En la actualidad no puede satisfacer el grosero método empleado por los hulleros de otros tiempos para desalojar de las galerías el grisú que en ellas se acumulaba, para lo que se valían del fuego; hoy nos hallamos muy distantes de la época en que el *Penitente* se echaba en tierra sobre las rodillas, con la cabeza envuelta en una especie de capuchón y llevando en la mano una larga mecha encendida (fig. 1). Las galerías se hallan siempre ventiladas y en ellas se disfruta una corriente de aire fresco á la que los ventiladores modernos dan una gran regularidad y una excesiva abundancia, que no se había podido obtener con los anteriores procedimientos, mucho más adelantados que el antiguo método tan peligroso, tan bárbaro y tan absurdo. Ni satisfacen tampoco en el día las corrientes de aire que se obtienen por medio de cierta clase de chimeneas en cuyo interior se quema una pequeña cantidad de hulla. Por eso el *Penitente*, el hijo perdido del abismo, no se ve en la necesidad de exponerse á ser abrasado por el gas ó á morir aplastado por las piedras. Pero, no obstante tantos adelantos, siempre encuentra el minero ocasión de manifestar su abnegación por la causa común y manifiesta ser un verdadero héroe cuando sin temor ninguno salva la vida de sus compañeros. No debe juzgarse al minero cuando está fanatizado por las predicaciones demagógicas, y la cruz que se da á los defensores de la patria estaría más honrosamente adornando su pecho.

De la talla se extrae el mineral ó la hulla por varios medios, la mayor parte de ellos muy ingeniosos y económicos, á las galerías de arrastre en cuya boca se forman los trenes que son arrastrados por las caballerías de la mina que á ellos se enganchan y llevan hasta su descargue. Antes se descargaban los wagones y tenía que ponerse otra vez el mineral amontonado en cestos; pero los adelantos que el arte de la tracción ha hecho desde que se han descubierto los ferrocarriles, se han aplicado al trasporte de la hulla: así que, cargados á granel los wagones, se les sube hasta el punto de descargue, y una vez que se han descargado, vuelven á ser llevados al punto en que se encuentra el filón en el que trabaja el obrero.

El resultado que con mayor interés se trata de obtener es disminuir, en todo lo posible, las manipulaciones que se efectúan en el interior de la mina y reemplazarlas por otras que puedan hacerse á cielo descubierto.

Los caballos, cuya existencia en las minas recuerda la de los esclavos de la antigüedad, sienten una gran repugnancia á bajar á su nuevo centro; tiene que introducírseles á la fuerza en la jaula y tan espantados se encuentran cuando llegan abajo que parece que están muertos; pero recobran sus fuerzas con una rapidez extraordinaria, y llegan á aclimatarse muy bien en la temperatura siempre igual de las minas. Se ponen más gordos y rollizos, les crece el pelo y casi se hallan libres de las enfermedades propias á su especie; pues si bien es cierto que las Compañías tienen veterinarios que los visiten, esta medida no tiene otro objeto que el de cerciorarse si los mozos de cuadra les dan buena alimentación ó venden parte de la cebada que para ella se les pasa.

Pero tal adelanto no es la última palabra de la ciencia: hay minas por cuya jaula baja la locomotora y en las que corren sobre los railways modernos máquinas iguales á las de las vías férreas.

Sir Humphry Davy ha descubierto también para los mineros la lámpara que ha hecho su nombre inmortal y ha salvado á más desgraciados que los que puedan perder las locas insurrecciones contra la ciencia. No nos ocuparemos en hacer la descripción de tan interesante aparato que todos conocen y que permite al hullero continuar sin exposición ni peligro la solitaria é ímproba tarea conocida con el nombre de trabajo de *costado* ó *tendido* (figura 2); pero sí debemos hacer algunas observaciones respecto á la lámpara de Davy. Los mineros, en vez de acoger favorablemente y con agradecimiento un aparato que tantas veces les salva de la muerte, han sido por espacio de mucho tiempo sus más encarnizados enemigos, y se han necesitado emplear los medios más enérgicos y las medidas más severas para evitar que la abrieran. ¡Cuántas veces uno de esos grandes niños á quienes sería conveniente contener en la explotación del más peligroso y difícil de los artes, no teme exponer á que estalle la mina por tener la egoista satisfacción de fumar ocultamente una pipada ó con objeto de ver algo más claro!

Pero la ciencia que, entre todas las atracciones y entre todos los deseos, trata de satisfacer principalmente la pasión por el resplandor y la claridad, no ha dicho la última palabra para dar satisfacción á los mineros. La luz eléctrica se ha descubierto por Humphry Davy con motivo de las grandes investigaciones por él ejecutadas para hallar una lámpara de mina que pueda funcionar sin peligro en las galerías llenas de grisú; por lo que casi puede decirse que la luz eléctrica ha nacido en las minas para con las cuales ha contraído una deuda filial desde el momento que se ha posesionado del dominio que antes pertenecía á las tinieblas.



Fig. 2.—Mineros trabajando de *costado* y *tendido*

W. de Fonvielle

(Continuará)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 8 DE NOVIEMBRE DE 1886 — NUM. 254

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONTAÑESA CATALANA, cuadro de J. M. Marqués

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MONTAÑESA CATALANA, cuadro de J. Marqués

Cada nuevo cuadro que brota del pincel de nuestro joven y distinguido compatriota es una cumplida muestra de sus adelantos en el difícil arte que con tanto entusiasmo profesa. Dedicándose con cierta predilección á reproducir en sus lienzos tipos genuinamente españoles, ha llegado á adquirir tal perfección que basta contemplarlos para conocer al punto la región á que pertenecen. No puede desconocerse en la joven de nuestro grabado, que ha respirado desde su niñez las frescas y puras brisas del Montseny; tan pura y fresca como ellas, reune á la natural belleza de la montañesa catalana, la vigorosa complexión y el saludable aspecto que le comunica el medio ambiente en que trascurre su tranquila y sencilla existencia.

Del artista y de su estilo, hemos dicho ya lo suficiente en otros números de nuestro periódico: el bello cuadro que hoy reproducimos contribuye de nuevo á confirmar nuestras apreciaciones.

BEDUÍNOS EN DESCUBIERTA, cuadro de A. Schreyer

La contemplación de este bello cuadro nos traslada mentalmente á esos áridos países del Norte de Africa ó de la Siria donde el atezado hijo del desierto vive con entera y salvaje independencia. Su tienda, su corcel, sus armas y sus ganados constituyen toda su hacienda, con los cuales poco trabajo le cuesta trasladarse de un punto á otro en su nómada existencia, mil veces preferible para él á la suntuosidad y opulencia de los alcázares asiáticos. De vez en cuando, pero sólo transitoriamente por no ver su libertad jamás coartada, directa ni indirectamente, presta su apoyo material á alguna de las naciones muslímicas en guerra, y entonces ese hijo del desierto, veloz y ágil como veloces y ágiles son sus fogosos corceles de pura raza árabe, y experto además en todo género de ardides de guerra, presta inapreciables servicios, sobre todo en los reconocimientos y descubiertas, para los que no tiene igual.

El aventajado artista alemán A. Schreyer ha representado en su lienzo un grupo de estos indomables jinetes que practican un reconocimiento por país enemigo. Las figuras de este cuadro no son producto de la imaginación, sino copias fidelísimas y exactas del natural, trazadas con el vigor y con la energía indispensables tratándose de unos tipos en que todo es energía y vigor y en cuyos curtidos rostros se adivina el fuego de la sangre árabe que circula por sus venas. La figura principal, especialmente, es un modelo de correcto dibujo y de admirable colorido que ha valido justos plácemes á su autor.

GOCES MATERNALES, cuadro de E. Lancerotto

Egisto Lancerotto es un distinguido pintor italiano, cuya fértil imaginación se revela en las escenas y asuntos, siempre simpáticos, de sus cuadros, así como en la asombrosa facilidad con que compone y ejecuta cuadros de género, y más especialmente tipos venecianos.

Las composiciones de este artista no requieren por lo general explicación alguna: la evidencia es la cualidad más culminante que en ellas campea. Así sucede con el cuadro *Goces maternales* que reproducimos, que presentado en la reciente Exposición de Brera, ha conquistado las simpatías de los inteligentes, pues así las figuras principales como los accesorios están tratados con singular habilidad y delicadeza.

EL BARBERO, cuadro de A. Jiménez

Dos grupos constituyen este precioso lienzo, grupos admirables de naturalidad, ó mejor dicho, de realismo tal como nosotros lo entendemos. El de la izquierda representa varios parroquianos de la barbería, que reunidos en aquel *establecimiento público* para matar el tiempo, juegan una partida de dominó, que debe ser muy empeñada á juzgar por la atención que contrincantes y mirones prestan á las jugadas. En el de la derecha, el *Fígaro* riza el pelo, ó mejor dicho abrasa el cráneo á un infeliz, pues distraído con las observaciones de un individuo del primer grupo, no observa que los candentes hierros han tomado una dirección contraria.

La escena en su conjunto es eminentemente típica; los personajes están felizmente agrupados; tanto los trajes como los accesorios son de un carácter de época y local irreprochables, y el lienzo en su totalidad cautiva agradablemente la vista y hace tributar un justo aplauso á su distinguido autor.

UN PASEO EN ROMA, cuadro de J. Echena

Echena es ya conocido de nuestros lectores. Recientemente hemos tenido ocasión de reproducir algunas de sus obras, en las cuales se habrán podido apreciar las aptitudes artísticas de este joven pintor. El grabado que hoy insertamos es una prueba más de sus adelantos y de la facilidad con que trata las sencillas escenas de la vida social.

En este nuevo cuadro, además de presentar uno de los continuos contrastes que ofrece la existencia, entre la pobreza de la florista romana y la opulencia de las damas que arrellanadas en lujosa carretela le compran su olorosa mercancía, son de admirar bien entendidos efectos de perspectiva, viéndose en primer término las figuras de aquel grupo, en segundo las espesuras de árboles, y en tercero, el panorama de la ciudad eterna cuyos edificios y cúpulas se destacan sobre un cielo limpio y sereno.

El acierto con que el cuadro, así en sus detalles como en su conjunto, está ejecutado es digno de aplauso, y nosotros se lo enviamos muy sincero á nuestro inteligente compatriota.

LA FUERZA DEL MIEDO

La misma conciencia acusa.
(MORETO)

Lucas Villalosa había entrado en un presidio cuando aun no llegaba á los quince años y había salido cuando pasaba ya de los veinticinco. Su ingreso en la *casa grande* se había debido á un incidente en que tenían una pequeña parte la criminalidad y otra bastante mayor su inexperiencia y la mala suerte; pero lo cierto es que una vez dentro de ella se las habían compuesto de modo que á la pena de diez y ocho meses y un día, que tal vez con poca benignidad se le había impuesto, fué acumulando otras que formaron un total de diez años largos de talle.

Cuando le llevaron allí estaba en camino de llegar á ser un buen maestro de carpintero; pero en cambio cuando le pusieron en la calle no poseía otros beneficios que la poco lucrativa industria de fabricar mondadientes llenos de flores talladas á navaja y el apodo del *Garduño*, que casi le había hecho olvidar su propio nombre.

En medio de tales contras tenía una ventaja: la de que la edad le había trasformado tan por completo que nadie hubiera podido reconocer en el *Garduño* á Lucas Villalosa. Esto cuando no se tienen las mejores referencias y cuando hay que presentar en caso de apuro documentos en que no se ha olvidado hacer constar la hospitalidad dispensada por el Estado, puede llegar á ser un bien inapreciable.

Nuestro héroe lo comprendió así y desde el primer momento decidió renunciar al honor que los timbres de los Villalosa pudieran proporcionarle, y no queriendo hacer ostentación tampoco del significativo alias con que se le había confirmado en el presidio, optó por escoger un nombre cualquiera que pudiera ser más ó menos noble, según lo exigieran las circunstancias.

Con esto quedaba resuelto el problema de poder presentarse en cualquier parte sin exponerse á indiscretas indagatorias; pero el que quedaba por resolver era el de pasar la existencia con los escasos reales de su masita, sobre todo cuando no se tiene oficio ni beneficio y cuando se siente un invencible hórror á todo lo que sea trabajo y privaciones.

Lo de que nadie es profeta en su patria debía ser letra muerta para el ex-Lucas Villalosa, puesto que después de entrar en cuentas consigo mismo se dirigió, por supuesto sin encontrarse muy embarazado por el equipaje, al pueblo en que le cupo en suerte nacer, y que era una no muy populosa aldea de la provincia de Palencia, de cuyo nombre no es que no quiera acordarme, sino que por más que hago no puedo hacer memoria de cómo se llama.

¿Cuál era el propósito que allí le guiaba? Todavía no estaba completamente definido en las tenebrosidades de su cerebro. Pero en lo primero que había pensado era en que así como á su modestia le convenía no ser conocido, á sus talentos prácticos le era necesario saber las circunstancias de las gentes con quienes pudiera tener que entenderse.

Sin documentos que acreditaran su personalidad, sin dinero y sin relaciones, hizo durante algunos días una verdadera existencia de vagabundo; pero en medio de aquellas penalidades proseguía el trabajo de orientación que era el principal móvil que le había impulsado á emprender aquel viaje.

Al cabo de algún tiempo la vista de una casita blanca, que casi se ocultaba entre el doblado ramaje que rebasaba las tapias de un extenso huerto, fué despertando sus recuerdos y concluyó por evocar en su mente la memoria de la familia propietaria de tan bellísima finca.

Aquella familia se componía en los tiempos de la infancia de nuestro héroe de un matrimonio sin hijos, y Garduño recordaba que especialmente el marido tenía reputación de ser tan rico como avaro.

En la época en que Lucas le había conocido frisaría el tío *Miseria*, que por tal nombre era conocido el propietario, en los cuarenta años, y su temperamento robusto, así como el metódico plan de vida que observaba, hacía creer que los cincuenta y cinco próximamente que ahora debía tener habrían hecho poca mella en su complexión.

Lucas le conocía bien. En sus primeros años había desempeñado una temporada el oficio de criado de aquella casa y por esta razón estaba al corriente tanto de sus entradas y salidas como de las costumbres de los dueños.

Sabía que la ancha puerta que daba al camino era alta y estaba defendida por sólidos cerrojos; no ignoraba que las bardas del huerto estaban erizadas de agudos trozos de vidrio; pero tampoco había escapado á su observación que los árboles del exterior debían haber crecido lo suficiente para enlazarse con los de dentro y saltando de uno en otro no era difícil encontrarse en el jardín. Sabía además que una vez en él no era difícil franquear la cocina y que de esta pieza á la habitación del tío *Miseria* no había que salvar más que una empinada escalera, cerrada sí con doble llave, pero escondida esta en una hornacina que existía detrás del hogar.

En la habitación del tío *Miseria* no había entrado nunca; mas como había tenido muy buen cuidado de observar por las rendijas cuando barría las piezas inmediatas, recordaba vagamente el lecho colocado en el fondo, las toscas sillas de castaño sobre las cuales el propietario dejaba la ropa y especialmente el sólido armario de encina en que estaban encerrados ciertos talegos repletos de peluconas, que según contaba la fama constituían todo el recreo del avaro.

Desde el momento en que tales recuerdos se despertaron en la mente del licenciado de presidio, todas sus ilusiones se cifraron en aquellos sacos, que lógicamente debían haber aumentado en número y en volumen con el tiempo trascurrido. Pero ¿viviría todavía el tío *Miseria*? ¿No habría pasado la finca á otro propietario? Nada más fácil que informarse de estos detalles; pero para ello era necesario preguntar y una pregunta es siempre un hilo suelto que puede en su día conducir hasta el ovillo. Lucas prefirió tomar por sí mismo las noticias que deseaba.

Para ello lo primero que hizo fué aguardar á que las sombras de la noche impidieran que nadie pudiera verle dirigirse á la casa, que distaba más de tres cuartos de legua del pueblo. Una vez en las inmediaciones escuchó en el silencio y los ecos no llevaron hasta su oído más que los lejanos aullidos de un perro de ganado.

Entonces observando con atención los árboles del contorno se fijó en uno cuyas copudas ramas le ofrecían un asilo impenetrable y desde el cual le era fácil no sólo observar cuanto pasaba en el huerto, sino penetrar en él cuando lo tuviera por conveniente.

Con la agilidad de un gato trepó por el nudoso tronco y pasando de rama á rama no tardó en encontrar un lecho si no muy cómodo, lo suficientemente seguro para dormir hasta que los primeros albores de la mañana le permitieran comenzar sus investigaciones.

Rendido por la fatiga, su primer sueño fué tan tranquilo como el de Napoleón en la víspera de Austerlitz. Sin embargo faltaban todavía bastantes horas para amanecer cuando se despertó acosado, no por el sobresalto ni lo incómodo de la cama, sino por las exigencias del estómago.

Instintivamente se registró los bolsillos de la blusa, pero la especie de fiebre que desde la mañana se había apoderado de él le había hecho olvidar el cuidado de atender á su vituallaje y todo lo que halló fueron unos mendrugos de pan de centeno.

Pasar al huerto inmediato tenía para él dos ventajas; la de proveerse de algunas frutas y la de ensayar el camino, para el caso de convenirle introducirse en la casa. Volvió á escuchar atentamente, se enderezó en la rama en que reposaba con objeto de devolver la elasticidad á sus músculos y pocos momentos después daba la vuelta á su escondrijo vituallado ya con unas cuantas peras y manzanas que á buena cuenta había tomado del huerto de su antiguo amo.

Hecho esto cenó parcamente y volvió á dormirse. Aquella vez los rayos del sol fueron los que le despertaron.

La primera cosa que vió á través de las ramas del hospitalario árbol fué al tío *Miseria*, que acababa de levantarse y daba pacientemente de comer á sus gallinas. Una sonrisa de satisfacción se pintó en el rostro de Lucas, pero aquella sonrisa no tardó mucho en cambiarse en un gesto de espanto.

El tío *Miseria* acababa de pasar por debajo de un peral y reparando que faltaban dos peras lanzó maquinalmente una mirada de desconfianza hacia los muros del jardín y á los árboles del exterior. Parecía temer la presencia de un ladrón, pero el aspecto de las bardas erizadas de fragmentos puntiagudos de botellas rotas debió tranquilizarle, puesto que encogiéndose de hombros se contentó con decir:

– No es posible!

Sin embargo aquel incidente debía tenerle inquieto y deseando asegurarse gritó con voz de trueno:

– Lucas!

Villalosa se estremeció al oir aquel nombre y sólo tuvo fuerzas para mirar con más atención al lugar de la escena. Entonces vió que la puerta de la cocina se abría y que de ella salía un muchacho como de trece á catorce años rubio como unas candelas.

El sobresalto del ex-presidiario fué todavía mayor. Por un momento se creyó trasportado á los tiempos de su infancia y una terrible alucinación llegó á hacerle creer que aquel Lucas era él mismo. Esto no obstante el sentimiento de la realidad le hizo volver en su acuerdo y comprendió que aquello no era más que una coincidencia de nombre.

– Lucas, – dijo el tío *Miseria*, – tú me has robado dos peras.

– Señor, – respondió el muchacho azorado, – le juro á usted que no. ¿No recuerda que acabo de volver del campo con la vaca y que V. mismo ha sido quien me ha abierto la puerta?

El tío *Miseria* no pareció quedar muy satisfecho de aquellas razones; pero prefiriendo sin duda aquel hurto á una tentativa más seria, se contentó con agarrar á Lucas por una oreja y entrar con él en la casa.

Durante el resto del día Villalosa no hizo más que una averiguación importante.

Un breve diálogo del propietario con su homónimo le puso en autos de que la mujer del tío *Miseria* había muerto hacia algunos años después de haber estado baldada por espacio de largos meses.

– Bueno, – pensó nuestro héroe, – esto es más cómodo.

Una cosa le inquietaba no más. ¿Saldría aquella noche el chiquillo al campo? Todo parecía indicar que no. En tal caso ¿en qué parte de la casa dormiría? ¿Será preciso pasar sobre él para subir allá arriba?

– Tanto peor para él, – se dijo Garduño; – de todos modos es preciso tener desembarazado el camino.

Cuando pensaba esto la noche había ido extendiendo poco á poco su negro manto sobre la tierra y Garduño no distinguía ya nada de cuanto tenía á sus pies. Sólo las estrellas brillaban á trechos entre los intersticios de las ramas.

A las nueve una claridad rojiza se dejó escapar de las ventanas del segundo piso. Sin duda alguna el tío *Miseria* pasaba revista á sus peluconas según su costumbre.

A las diez la luz se extinguió. Las horas se hacían interminables. A las once todo dormía. Había llegado el momento. Lucas Villalosa se dejó desprender de rama en rama y se encontró en el centro del huerto.

Allí esperó todavía algunos minutos, después se des-

calzó y comenzó á practicar un reconocimiento, que sólo le dió por resultado el hallazgo de una piocha. Hecho esto sacó una navaja de uno de los bolsillos de la blusa y con ella le fué tarea fácil descerrajar la puerta de la cocina.

Una vez dentro buscó á tientas y al poco tiempo su mano tropezó con una linterna.

– Esto era lo que buscaba, – murmuró, – y sacando un fósforo que encendió contra el muro dió luz á la mecha.

Ni sus recuerdos le habían engañado ni las costumbres de aquella casa parecían haberse modificado en lo más mínimo. La llave se hallaba en el sitio de costumbre.

Debajo del vano de la escalera había una pequeña puerta que Lucas recordó ser la del zaquizamí en que en otro tiempo había dormido. Una instintiva curiosidad le hizo levantar el pestillo. Un ruido dulce y acompasado anunciaba que su homónimo descansaba allí.

El ex-presidiario se aproximó al lecho aferrando vigorosamente la piocha; pero cuando ya la levantaba sobre la cabeza del muchacho la bajó de pronto murmurando:

– Bah! Ronca demasiado fuerte. Estas cosas no despiertan á los chicos. Cuando yo ocupaba su puesto, ni un cañonazo me hubiera hecho abrir los ojos.

Y volviendo á entornar aquella puerta abrió la de la escalera sin producir el más leve ruido. Al segundo escalon se detuvo un momento: los peldaños crujían bajo sus pies desnudos. En cuanto se paró no volvió á oirse otro ruido que el de los ronquidos del muchacho.

—Animo, – se dijo, – un esfuerzo y estamos al lado del viejo. Si este durmiese con tanta tranquilidad como ese arrapiezo de ahí abajo la cosa se simplificaría; pero tiene el oído fino y no duerme más que con un ojo. Fuerza es que esta herramienta haga su oficio.

Diciendo esto aferró la piocha y ya con menos precauciones empujó la puerta de la alcoba del tío *Miseria*. El rayo de luz que penetró en la estancia, despertó al avaro que se incorporó de un salto en el lecho.

Un grito espantoso iba á salir de su garganta indudablemente, pero los músculos de Lucas tenían una agilidad prodigiosa y antes de que pudiera articular un sonido la piocha cayó pesadamente sobre su cráneo.

Los dos golpes que siguieron á aquel fueron pura medida de precaución: desde el primero el tío *Miseria* había caído exánime.

Todo marchaba á pedir de boca, sólo faltaba descerrajar el armario y para ello le bastó emplear con habilidad la navaja. El armario quedó abierto de par en par. En una de sus tablas reposaban tres repletos sacos.

Si Lucas hubiera estado más tranquilo, una rápida inspección le hubiera bastado para comprender que sus esperanzas habían sido defraudadas. Aquellos talegos no contenían más que monedas de cobre; pero en su premura se creyó satisfecho y no hizo más que aferrárselos con una cuerda debajo de la blusa.

Entre tanto un temor instintivo le había hecho no apartar los ojos del cadáver. El solo instante en que había dejado de mirarle para abrir el armario se había sentido presa de un horror inaudito.

Andando siempre de espaldas llegó hasta la puerta que se había cerrado por su propio impulso, y haciendo un poderoso esfuerzo para abrirla y huir, apartó los ojos de su víctima y los clavó en el muro opuesto.

Un grito de horror se ahogó en su garganta, sus piernas flaquearon y estuvo á punto de caer. Delante de él había un hombre.

Sin fijarse en que aquel testigo importuno estaba vestido como él, sin reparar en que también tenía una piocha en una mano y una linterna en la otra, Lucas no tuvo más que una idea: matarle. El miedo da á veces un valor temerario, y sin reflexionar que aquel hombre pudiera defenderse se lanzó á él y descargó sobre su cabeza la piocha con una fuerza de titán. En vez del ruido mate de un craneo que se rompe, lo que se produjo fué el estridente trepidar de un cristal que se quiebra.

Lucas había herido á su propia imagen reflejada en un espejo, que ocultaba un cuchitril en que el viejo tío *Miseria* guardaba su verdadero tesoro.

Lo poderoso del esfuerzo, el peso de los sacos que llevaba colgados del cuerpo y el supersticioso temor que de él se había apoderado hicieron que Lucas Villalosa cayera de boca sobre la quebrada luna.

Entretanto el muchacho despertado por el ruido, creyendo que el tío *Miseria* se había puesto enfermo, acudió con una luz; pero al llegar á la estancia cayó sin conocimiento.

Cuando á la mañana siguiente penetró la justicia en aquella estancia, encontró un lago de sangre en el que se descubría al tío *Miseria* horriblemente mutilado. En uno de los muros había un agujero circundado de agudas puntas de cristal por el que un hombre, que tenía una piocha en la mano, había pasado la cabeza. Una de sus yugulares dividida por el cristal había lanzado cinco ó seis borbotones de sangre sobre el papel amarillento del muro. En el ángulo más negro de la estancia, se veía un muchacho en cuclillas, con los ojos desmesuradamente abiertos y los cabellos erizados. A las preguntas que se le dirigían sólo contestaba con una espantosa carcajada.

El infeliz se había quedado idiota.

– El crimen no queda nunca sin castigo, – dijo sentenciosamente el juez mostrando al asesino.

Si el pequeño Lucas, que había subido lleno de interés á socorrer á su amo, hubiera podido hablar, de seguro hubiera añadido:

– Pero no siempre es la virtud recompensada.

LA POSDATA

(Imitación de Emilio Augier)

POR D. FÉLIX REY

PERSONAJES: CLOTILDE Y RICARDO

Madrid, época actual.—Gabinete elegantemente amueblado. Una puerta en el fondo y otra á la izquierda del actor. A la derecha, una chimenea. Mesa en el centro de la escena, etc.

ESCENA PRIMERA

Clotilde, de bata y con el cabello empolvado, está sentada cerca de la chimenea leyendo un libro. – Ricardo entra por la puerta del fondo.

RICARDO Perdone V., vecina, que me presente sin anunciarme... La doncella ha cumplido con su deber, me ha asegurado que no estaba V. para nadie en casa; pero yo he hecho valer mi calidad de casero y no ha podido menos de dejarme pasar.

CLOTILDE Pues una vez que la cosa no tiene remedio, siéntese usted.

RICARDO Obedezco.

CLOTILDE Siéntese V. y ayúdeme á esperar.

RICARDO ¿La llegada del carnaval? Con mucho gusto; estamos en noviembre...

CLOTILDE ¿Lo dice V. por mi cabello empolvado? Me he lavado hoy la cabeza y me he puesto polvos para que la humedad desaparezca antes. Ya tiene V. satisfecha su curiosidad.

RICARDO (De cualquier modo que se arregle, resulta encantadora esta mujer.)

CLOTILDE Satisfaga V. la mía ahora. ¿A qué viene á verme el *casero* tan de mañana? ¿Va V. á subirme el cuarto?

RICARDO Por desgracia se trata de algo más importante: voy á suplicar á V. que le deje libre...

CLOTILDE Supongo que se chancea usted...

RICARDO Señora, he comenzado por decirle á V. que venía aquí hoy no como amigo sino como propietario. Según nuestro contrato, debemos avisarnos recíprocamente con tres meses de anticipación si V. quiere dejar la casa ó si yo necesito disponer de ella; estamos á últimos de mes y...

CLOTILDE Pero para ponerme en la calle con tanta prisa y tan poca caridad tendrá V. algún motivo.

RICARDO Es posible.

CLOTILDE ¿Nada más que posible?

RICARDO ¿Puede V. escucharme con algún despacio?

CLOTILDE ¿Tanto necesita V. hablar?

RICARDO Un poco. Dispense V. si la hablo de mí mismo... Huérfano á los veinticinco años...

CLOTILDE ¿Va V. á hacerme su biografía? ¿Por qué pasa usted por alto su infancia, que es la edad más interesante?

RICARDO Si lo toma V. en ese tono ..

CLOTILDE Ya estoy seria otra vez. Huérfano á los veinticinco años...

RICARDO He sido desde muy joven dueño absoluto de mi libertad y de mi fortuna. Sin tratar de presentarme á los ojos de V. como un modelo de virtud...

CLOTILDE Ruego á V. que suprima todo detalle que no sea imprescindible.

RICARDO Iba precisamente á decir que la vida del calavera no ha sido nunca de mi gusto y que hace años que la idea de casarme ha llegado á ser para mí una verdadera idea fija. Por desdicha me hallo ya lejos de la edad en que se casa uno con los ojos cerrados y durante mucho tiempo he buscado en balde mi media naranja.

CLOTILDE Eso equivale á decir que al cabo la ha encontrado usted.

RICARDO Sí, señora; pero ignoro aún ..

CLOTILDE Si será V. correspondido.

RICARDO Precisamente.

CLOTILDE Pues eso, ¿cómo se puede dudar? V. es un hombre que reune estimabilísimas prendas y si no se presenta V. á su bella como casero, en cuyo caso es posible que lo eche todo á perder... Pero creo que nos apartamos de nuestro asunto.

RICARDO Al contrario, estamos más dentro de él que nunca. Mientras yo permanezca soltero puedo vivir sin dificultad en el entresuelito que ocupo ahora; pero una vez casado...

CLOTILDE Comprendo, comprendo; mi cuarto es para la señora de usted.

RICARDO Esa es mi idea.

CLOTILDE No puede negarse que el motivo en que V. se funda para despedirme es poderoso. Pero aparte de las molestias que toda mudanza trae consigo, crea V. que abandonaré con sentimiento esta casa... Estaba ya tan acostumbrada á ella...

RICARDO Pues no se vaya usted...

CLOTILDE ¡Cómo!...

RICARDO Continué V. habitándola.

CLOTILDE ¿Y su señora de usted?

RICARDO Mi señora no tendrá nada que oponer con tal...

CLOTILDE ¿Con tal de qué?...

RICARDO Con tal de que V. se resigne á cambiar el nombre de su difunto marido por el nombre que debe llevar mi señora.

CLOTILDE ¡Señor D. Ricardo!... pero esta es una declaración en regla...

RICARDO ¿Usted cree?...

CLOTILDE ¡¡Digo!! ..

RICARDO Pues una vez que V. lo cree, soy de la misma opinión.

CLOTILDE ¿Sabe V., amigo mío, que tiene V. una manera bastante original de hacer la corte á una mujer?... Más de un año hace que nos conocemos y aunque nuestra intimidad date de época más reciente yo no podía presumir siquiera ..

RICARDO No me extraña. Si hace un mes me hubieran dicho á mí que yo estaba enamorado de V. no lo hubiera creído.

CLOTILDE Y hoy...

RICARDO Hoy me reiría á carcajadas del que pretendiera probarme que no la amo á V. con locura.

CLOTILDE No comprendo cómo ha podido desarrollarse pasión tan extraordinaria.

RICARDO Pregúnteselo V. á esa chimenea.

CLOTILDE ¿Cómo?

RICARDO Esa chimenea es la culpable. Yo la conocía á V. de vista... lo cual ya es algo, porque la vista de V. es una cosa sumamente agradable; pero el luto de V. me tenía cerradas á piedra y lodo las puertas de esta casa. Afortunadamente la chimenea empezó á hacer humo...

CLOTILDE ¿Afortunadamente?...

RICARDO Usted pidió al casero que la librase de esa molestia. Yo penetré en este dichoso rincón. Conocí á V., nuestro trato fué de día en día más continuo y... y... Colorín colorado, mi cuento está acabado. Ahora á V. es á quien corresponde el uso de la palabra.

CLOTILDE Yo... yo siento por V. una amistad sincera... usted es el hombre más amable y discreto que conozco...

RICARDO (Hum! Mal principio)

CLOTILDE Pero ni siento por V. otra cosa que amistad ni me remuerde la conciencia por haber contribuído...

RICARDO En una palabra, que mis proyectos y los de usted son completamente distintos. No prosiga V.. Haga V. cuenta que no he dicho nada y continúe V. guardándome mi puesto al lado de la chimenea.

CLOTILDE Usted no puede dudar que cuantas veces venga será bien recibido.

RICARDO Muchas gracias, Clotilde: en ese caso, vendré todos los días.

CLOTILDE ¿Todos?... ¿También si volviera á casarme?...

RICARDO Pero V. no piensa en eso.

CLOTILDE ¿Y si pensara?...

RICARDO Suplico á V. no eche á broma asunto tan grave para mí.

CLOTILDE El caso es... V. ha de saberlo un día ú otro...

RICARDO ¡Clotilde!... Pero no, no es posible... Nunca he visto nadie en casa de V. que pueda...

CLOTILDE En mi casa no; pero antes he dicho á V. que hoy esperaba á alguien...

RICARDO ¿Hoy?... Precisamente hoy... ¡No se puede negar que he estado oportuno!

CLOTILDE Vamos. No ponga V. esa cara... V. ha conquistado en mi corazón la parte de afecto de que yo podía disponer, y desde el momento que existe un compromiso anterior, no tiene usted motivo para considerarse desairado.

RICARDO La intención de V. es generosa; pero ¿quién podrá hacerme creer que ha elegido V. el día de la llegada del ausente para enharinarse el pelo?

CLOTILDE ¿Conoce V. á Eloísa Garralda?

RICARDO Sí, pero hace un siglo que no la veo por ninguna parte.

CLOTILDE Después de tres años de matrimonio, Eloísa, que entonces era de las mujeres más lindas de Madrid, cayó en cama con calenturas tifoideas y salió de la enfermedad con el pelo completamente blanco.

RICARDO Recuerdo haberlo oído contar.

CLOTILDE Su marido la adoraba. Mientras duró el peligro, su desesperación no reconoció límites. Eloísa se salva milagrosamente...

RICARDO Sus cabellos blanquean...

CLOTILDE Y el marido se cansa de la mujer y da principio á la larga serie de sus infidelidades.

RICARDO La verdad es que...

CLOTILDE ¡Cómo! ¿Será V. capaz de excusar á Garralda?

RICARDO Hasta cierto punto... hay que convenir...

CLOTILDE ¡Todos los hombres son Vds. iguales! ¿De qué le sirve á una mujer ser la fiel compañera, la amante cada día más cariñosa de su marido? La virtud, la bondad, la abnegación, todo esto nada significa para el corazón de Vds.: el color del cabello, la forma de la nariz ó de las manos, he aquí lo único capaz de mantener nuestro imperio. Seamos frívolas, impertinentes, coquetas y el amor de Vds. no disminuirá, al contrario, puede ser que aumente; pero Dios nos libre de la primera cana, de una ligera erupción... ¡Son Vds. unos monstruos!



BEDUÍNOS EN DESCUBIERTA, cuadro de A. Schreyer



GOCES MATERNALES, cuadro de E. Lancerotto

RICARDO Perdone V., pero yo no creo ser en nada responsable de la conducta del marido de Eloísa Garralda.

CLOTILDE Conducta contra la cual no ha tenido V. una sola palabra de protesta. Señal indudable de que la encuentra lo más natural del mundo.

RICARDO Permítame V. que le diga...

CLOTILDE Tenga V. al menos el valor de sus opiniones, que son las de su sexo en general y que le llevan á considerar á las mujeres como un objeto de arte, como un animal más ó menos bonito.

RICARDO Regla general: toda mujer que presume de cierta delicadeza de sentimientos se indigna al verse amada por su belleza y sólo quiere serlo por su alma.

CLOTILDE ¡Qué pretensión tan ridícula! ¿verdad?

RICARDO Yo no digo que sea ridícula, pero ¿qué hemos de hacerle si el hombre es un ser grosero á quien el amor entra por los ojos?

CLOTILDE Pues de eso precisamente es de lo que yo me quejo.

RICARDO Pero esa es una ley de la naturaleza á que la mujer no está menos sometida que el hombre, aunque ella piense otra cosa.

CLOTILDE ¡Qué infamia!

RICARDO Vamos, Clotilde, póngase V. la mano en el corazón y contésteme: si V. amase á un hombre y este hombre se le presentase un día tuerto ó cojo, semejante desperfecto – llamémosle así – ¿no modificaría un poco los sentimientos de usted?

CLOTILDE ¡Qué mal conoce V. á las mujeres! Cuando nosotras amamos á un hombre, sólo lo vemos á través de su inteligencia y de su corazón. Rara vez reparamos en si es rubio ó moreno, y ante una herida que destruyese su rostro, ante una desgracia que estropee su cuerpo, nuestro cariño crece y nuestra admiración redobla.

RICARDO Durante una semana.

CLOTILDE Durante toda la vida.

RICARDO Si yo pudiera someter á V. á la prueba...

CLOTILDE Si yo estuviese tan segura como de mí de que el hombre á quien espero triunfará de la que yo le preparo...

RICARDO ¿Insiste V. en hacerme creer que espera hoy á alguno...?

CLOTILDE Porque le espero y porque quiero probar hasta dónde llega su afecto hacia mí me he enharinado el pelo, como V. dice.

RICARDO ¿Quiere V. hacerle creer que su cabeza ha blanqueado durante su ausencia?

CLOTILDE Justamente, y si cuando nos veamos noto en él el menor gesto de desagrado, todo habrá concluido entre nosotros.

RICARDO ¿Está V. resuelta?

CLOTILDE Se lo juro á V. por lo más sagrado.

RICARDO (Entonces no desespero todavía.) ¿Me permitirá V. que venga á saber el resultado de la entrevista? Porque ya que V. no quiere ó no puede concederme otros, á los derechos de la amistad no renuncio.

CLOTILDE Gracias por esas palabras que no olvidaré nunca, suceda lo que suceda.

ESCENA II

Dichos, un criado por la puerta del fondo.

CRIADO Señora, D. Julián Salcedo espera en la sala.

RICARDO (¿Salcedo?...)

CLOTILDE Está bien; dígale V. que tenga la bondad de aguardarme unos minutos.

ESCENA III

CLOTILDE Y RICARDO

RICARDO ¿Es... D. Julián Salcedo el pretendiente de usted?

CLOTILDE ¿Usted le conoce?

RICARDO Apenas. Sé que hace dos años fué á Filipinas en comisión del ministerio de Ultramar y...

CLOTILDE ¿Y qué?

RICARDO Nada; que... como sólo hace catorce meses que V. está viuda...

CLOTILDE Mis relaciones con Salcedo comenzaron en vida de mi marido, eso es lo que quiere usted decir, ¿no es verdad?

RICARDO Perdone V. mi impertinencia y permítame retirarme.

CLOTILDE No señor, ni debo dejarle á V. en esa falsa creencia, ni la estimación de V. es para mí indiferente.

RICARDO Es V. demasiado buena... pero... la espera á usted...

CLOTILDE La comisión que durante dos años ha tenido á Salcedo en Filipinas fué pedida por mí al ministro.

RICARDO ¿Por usted?

CLOTILDE Por mí que no desconocía el afecto que inspiraba y que comprendía que hay peligros con los cuales no debe jugar una mujer de bien.

RICARDO ¡Señora!... Perdone mi indisculpable ligereza. Razón le sobra á V. para mirarme de hoy en adelante hasta con repulsión.

CLOTILDE Ha habido en su ligereza de V. algo que no me desagrada.

RICARDO No comprendo...

CLOTILDE Se ve al menos que mi honor no es cosa indiferente para usted.

RICARDO Ni su honor... ni su felicidad. *(Muy marcado.)*

CLOTILDE Ahora soy yo quien no comprende....

RICARDO Permítame V. que me retire...

CLOTILDE Explíquese V. antes.

RICARDO Conste que lo hago obligado por V. ¿V. sabía que á los dos meses de llegar á Filipinas el Sr. de Salcedo entró en relaciones con la hija de un rico comerciante?

CLOTILDE Lo sabía.

RICARDO Entonces...

CLOTILDE Yo no era libre entonces, y tengo motivos para creer que Salcedo buscaba en el matrimonio el olvido de otro amor desprovisto de toda esperanza razonable.

RICARDO Hay en el corazón de V. un fondo de indulgencia verdaderamente extraordinaria.

CLOTILDE Y en el de V. otro de severidad que yo me explico muy naturalmente.

RICARDO Sí, yo no puedo menos de aparecer parcial en esta cuestión... Pero crea V. que daría algo bueno por ser ahora su hermano, ó su tío de usted...

CLOTILDE ¿Qué quiere V. decir?

RICARDO No quiero decir nada... y para hacer mi voluntad me retiro. Ahora va de veras.

CLOTILDE *(Saliéndole al paso.)* Espere V. ¿Qué significan esas reticencias á propósito de un hombre que confiesa V. no conocer apenas?

RICARDO ¡Apenas!... ¡Apenas!... Si he dicho á V. que no quiero hablar.

CLOTILDE ¿De qué conoce V. á Salcedo?

RICARDO De haber sido padrino de su adversario en un duelo que se arregló sobre el terreno... sin que mi apadrinado ni yo tuviéramos en ello el menor interés, puedo asegurarlo.

CLOTILDE ¿Usted era testigo del brigadier Zaldívar?

RICARDO ¿Conoce V. la cuestión?

CLOTILDE En todos sus detalles. Toda la razón estaba de parte de su apadrinado de V., pero Salcedo no quería reconocerlo y sólo yo pude con vencerlo de la verdad y decidirle á presentar sus excusas á Zaldívar. No hay deshonra en reconocer un error y la conducta de Salcedo en aquellas circunstancias no es la prueba de cariño menor que me ha dado. Quizás el agradecimiento que sentí al ser obedecida me hizo comprender la necesidad de alejarle de España. No está V. afortunado en sus ataques á una persona que...

RICARDO A una persona que...

CLOTILDE Está esperándome hace largo rato, tiene usted razón. *(Saluda y entra por la izquierda.)*

ESCENA IV

RICARDO, solo

(Después de una pausa.) Le ama ciegamente, eso salta á la vista, y fácil es de adivinar lo que ocurre en este momento. Apenas la vea con el pelo blanco torcerá el gesto el interesante seductor, y Clotilde se apresurará á decirle: «Tranquilícese V., ha sido una broma; mi pelo continúa siendo negro como la endrina!» *(Pausa.)* Y vamos á ver, ¿qué es lo que yo espero aquí? El parte de boda indudablemente. Y quiero irme, y una fuerza superior á mi voluntad me clava en este gabinete... Aquí pondrá ese trasto su despacho que caerá precisamente encima del mío... Pasaré los días oyendo el insistente ruido de sus pisadas... En estas casas nuevas se oye todo... Se me prepara el suplicio de Tántalo corregido y aumentado... ¡Qué suerte la mía! No hay en el mundo más que una mujer que me guste... Y esa mujer gusta de un tipo como Salcedo... Tipo... Pche!... Acaso le juzgo con demasiada severidad... La explicación de Clotilde cambió un poco la cosa... Mal consejero es el despecho y en fin... En fin, aquí sobra uno y ese uno soy yo.

ESCENA V

RICARDO Y CLOTILDE que vuelve á entrar por donde salió, sin ver á aquél, atraviesa lentamente la escena y echa una tarjeta sobre la mesa.

RICARDO *(Deteniéndose al ver á Clotilde.)* ¡Ella!... ¡Qué aire tan pensativo...!

CLOTILDE ¿Es V., Ricardo?

RICARDO Poco ha durado la entrevista... *(De pronto.)* Es que... ¿es que el Sr. de Salcedo no ha encontrado de su gusto los cabellos blancos de usted?

CLOTILDE No... yo soy quien le ha suplicado que me deje ahora y que vuelva esta noche á tomar el te conmigo... Después de todo lo que hemos hablado necesitaba un poco de calma y reposo... Crea V. que celebro encontrar á usted todavía.

RICARDO Crea V. que si no me he marchado...

CLOTILDE Quédese V., yo se lo suplico.

RICARDO ¿La victoria de V. no es completa si yo no la presencio?...

CLOTILDE Mi victoria... Cierto que debería estar satisfecha del resultado de mi ardid y sin embargo...

RICARDO Sin embargo...

CLOTILDE Creo que estoy triste.

RICARDO Las grandes alegrías anonadan tanto como los grandes dolores.

CLOTILDE Y V. es el culpable de la situación de ánimo en que me encuentro.

RICARDO ¡Yo!...

CLOTILDE Todo lo que me ha dicho V. respecto de Salcedo me preocupa á mi pesar y...

RICARDO A mí también me preocupa, Clotilde, y crea usted que estoy bien arrepentido de mi severidad, que no puede reconocer otra causa que mis celos.

CLOTILDE ¿Está V. seguro de lo que dice?

RICARDO Y sinceramente deseo que lo esté V. también.

(Continuará.)

HÍSPALA Y SILVIA

(Conclusión)

Híspala, después de mirar un momento á la joven, le dijo:

– No te conozco.

– Toma, – dijo la jóven, y alargó á Híspala un ánfora de cristal de Tebas, dentro de la cual se movía la mariposa descrita por Léntulo. Efectivamente, el cuerpo era de topacio, y las alas rojas como sangre.

Híspala se puso rápidamente de pie, y le arrebató el ánfora. En su transporte de júbilo, estuvo á punto de abrazar á la joven. Pero algo superior á aquel movimiento de entusiasmo la contuvo. La presencia de aquella mujer de severo aspecto, y que la miraba de hito en hito, producía en ella un efecto inexplicable. Híspala se limitó á decir, con acento de profunda desconfianza:

– ¿Quién eres tú, á quien yo no conozco, á quien yo no he visto nunca? ¿quién eres tú, que has conseguido hallar lo que yo tanto he buscado inútilmente? ¿Por qué ese interés?... No te conozco.

– Me conoces, y no me has visto nunca.

La mirada de Híspala se hallaba fija con tal intensidad sobre la joven, que parecía querer devorarla con los ojos. Pero la extranjera sostenía impasible aquella mirada, sin retroceder un paso ni cambiar de actitud.

– ¿Silvia? – rugió Híspala, con ese profundo instinto de adivinación peculiar de la mujer.

– ¡Sí! yo! – contestó la joven.

Aquellas dos mujeres se hallaban por fin frente á frente.

La cortesana, rígida, inmóvil, pálida como la muerte, parecía adherida al lugar de la playa sobre que descansaban sus pies.

– ¡Híspala! ni las panteras te igualan! – dijo al cabo Silvia.

Híspala quiso hablar, y una convulsión nerviosa impidió la explosión de su cólera. Aquel espléndido organismo humano sufría espantosamente.

Silvia continuó:

– ¡Harto vengada estoy! Me incluiste en la lista de proscripción, y Octavio muere. Pero... ¿por quién?... ¿por tí?...

Palidez de muerte cubrió el rostro de Híspala; la sangre huyó de todas sus facciones; vaciló, y cayó en la arena de la playa. Algo como un resto de conocimiento le hizo no romper en la caída el ánfora de Tebas.

Silvia acarició el pomo de oro de un puñal que llevaba oculto entre los pliegues de su túnica, y dijo mirando á la altura:

– ¡Padre!... ¿dónde serán ahora mayores los tormentos de esta mujer; en el profundo Cócito, ó en la tierra?... ¿La mato?... ¡¡No!! ¡¡que viva!!

. . . .

Las esclavas hallaron, ya de noche, á Híspala, sin sentido, sobre la arena de la playa.

XIII

De los artesonados pendía una lámpara de bronce que derramaba en la estancia tibia luz, tamizada por dos hojas de talco; en una estaba dibujada á buril una figura del padre de los dioses, y en la otra una de Mercurio, que rige los sueños y las sombras.

Sobre el lecho, y sumido en profundo sopor, yacía Octavio, cuya palidez lo asemejaba mucho á una estatua.

En un ángulo de la habitación ardía el fuego sagrado en un trípode de bronce; sobre una mesa de marfil se veía el ánfora de cristal de Tebas con los últimos restos de una poción encantada hecha por Léntulo; próxima á la copa había una artística urna de plata llena de agua lustral.

Sería media noche, cuando un hombre entró en la habitación. Era Póstumo, que acababa de llegar de Roma. Por un mensaje secreto de Nestor había sabido la causa

de la enfermedad de Octavio. Ordenes secretas para Nestor le habían precedido.

Aproximóse Póstumo al lecho, y estuvo contemplando algún tiempo al joven; posó el índice sobre las sienes del enfermo, y observó sus febriles latidos. Sobre los párpados de Octavio y al rededor de su boca se dibujaban ya las líneas precursoras de la muerte.

El Cónsul murmuró:

– Tarde me avisó Nestor; – y comenzó á pasear por la estancia, baja la cabeza y cruzados los brazos sobre el pecho. – ¡Esa pasión acaba con Octavio!...

Nestor entró.

– Ahí está Silvia.

– Que venga.

XIV

Silvia entró, y Póstumo le dijo:

– Mira tu obra: se muere por tí.

Silvia miró al lecho, y exclamó con voz que los sollozos hacían insegura:

– ¡Verdad!... ¡no me engañó!

Póstumo añadió:

– Léntulo ha sabido á última hora que Octavio se moría de amor por tí. No espera ya salvar esa vida que tan querida me es; pero dice que si hay una esperanza de salvación, consiste en que tu alma pase en tus miradas á la mirada de Octavio. Ten lástima de él, ten lástima de mí. Silvia, míralo; por tí se muere de amor; por eso te he mandado buscar. ¿Quieres pasar tu alma en tus miradas hasta el alma de Octavio?

Silvia dijo:

– Los dioses saben que, lejos de tratar yo de dominar á Octavio por el amor, he huído siempre de él, siempre. Pero ¡plegue á los dioses que mi juventud y mi vida pasen en mi mirada hasta el alma de Octavio! ¡Dioses inmortales! ¡mi vida por la suya!

Silvia se acercó al lecho, y miró al enfermo; tomó después una de sus manos, y lo llamó por su nombre.

El joven abandonó la región de los sueños; entreabrió sus párpados, y su mirada vagó errante hasta reconocer á Póstumo. Sonrió penosamente á su tío, quien le devolvió con cariñoso gesto aquella sonrisa. Octavio dejaba su mano abandonada entre las de Silvia, á quien tomaba por Híspala. Al fin dijo con voz débil:

– Te has dignado abandonar á Roma por venir á verme. Pero... ¿por qué tiemblas así, Híspala?

Al mismo tiempo, su mirada se encontró con la de la joven.

Resonó un grito.

– ¡¡Tú!! – exclamó.

– ¿Vosotros aquí, juntos, á mi lado, Silvia y Póstumo?... ¡Silvia! ¡Silvia!... ¿eres tú? Mercurio, yo te pido que este sueño no me abandone; dile que no huya, que su imagen me acompañe hasta las riberas de la Estigia.

– ¡¡Octavio!! – repitió Silvia.

Y después de pasar su brazo al rededor de la cabeza del enfermo, la estrechó dulcemente contra su pecho. El joven murmuró con voz desfalleciente y de una dulzura indefinible:

– ¡Qué felicidad! salir de la vida acompañado de tu imagen.

Octavio dejó caer la cabeza sobre el seno de la joven, buscó á tientas la mano de Póstumo, y exhaló el último suspiro.

Silvia lo estrechó dulcemente contra su corazón, y cuando estuvo convencida de que el espíritu que animara á aquel cuerpo había huído de él para siempre, sus lágrimas corrieron en torrente.

Reinaron algunos segundos de doloroso y lúgubre silencio.

– ¡¡Octavio!! ¡¡Octavio!! – gritó al fin Silvia con desesperado acento. – ¡¡Yo te amaba!! ¡¡Yo huía de tí, pero era tuya!! ¡¡Yo huía de tí, pero te amaba con pasión!! ¡¡Octavio!! ¡¡Octavio!! ¡¡espérame!! ¡¡yo no tardaré en unirme á tí en las serenas regiones de la muerte, donde me aguarda también mi padre!!

Y estrechaba frenéticamente á Octavio, y besaba con pasión aquella lívida frente.



EL BARBERO, cuadro de A. Jiménez



UN PASEO EN ROMA cuadro de J. Echena

XV

Híspala apareció á la puerta de la estancia. Imposible describir la expresión infernal y dolorosísima á un mismo tiempo que se pintó en el rostro de aquella mujer ante el cuadro que se ofrecía á su vista. Sus desencajados ojos se fijaban alternativamente en el semblante cadavérico de Octavio, y en el de Silvia, quien no dejaba de estrechar al jóven contra su pecho.

Póstumo, transido de dolor, y considerando una profanación la actitud de Silvia, dió un paso hacia ella, con objeto de separarla de Octavio. Pero la joven, que comprendió la intención de Póstumo, estrechó más y más á Octavio contra su corazón, y gritó con desesperado acento:

– ¡¡Es mi esposo!! ¡¡es mi esposo, y no hay ya poder en el mundo que de él me separe!! ¡Es mi esposo, y voy á unirme á él para siempre! Póstumo, ¿de qué te sirve regir los destinos de Roma, si has sido el juguete de una mujer?... ¡Póstumo! tú y esa mujer habéis causado mi inmenso infortunio... ¡Adiós, Híspala! voy á saludar en tu nombre á las furias infernales!!

Al pronunciar estas palabras, y antes de que Póstumo hubiera podido evitarlo, sacó de entre los pliegues de su vestidura el puñal de pomo de oro, y lo hundió rápidamente en su corazón. Su hermoso cuerpo cayó vertiendo sangre al lado del de Octavio.

Híspala, que hasta aquel momento había permanecido como petrificada, salió de pronto del estupor en que se hallaba sumida, y se abalanzó furiosa sobre el lecho, mientras gritaba con voz ronca:

– ¿Junto á él? ¿Tú?... ¡¡nunca!! ¡¡nunca!! ¡¡¡ni muerta!!! ¡¡¡Lejos!!! ¡¡¡lejos de él!!!...

Y arrastró el sangriento cadáver de Silvia hasta separarlo por completo del de Octavio.

El horror trágico de aquella escena pesaba de tal modo sobre Póstumo, que lo redujo á la condición de autómata.

Híspala, con el cabello suelto y en desorden, manchadas de sangre las manos y la blanca túnica que vestía, estaba con una rodilla en tierra junto al cadáver de Silvia, que devoraba con sus ojos de loca. De pronto, se inclinó sobre ella; su mano convulsa arrancó el puñal que permanecía clavado en el seno de la joven, y gritó aún con más fuerza, mientras blandía el puñal en su crispada diestra:

– ¿Unirte tú á él? ¿Tú?... ¡¡nunca!! ¡¡nunca!! ¡¡¡ni muerta!!! Te perseguí ante el Cónsul... ¿Crees haber escapado á mi persecución? ¿crees que vas á unirte á él?... ¡¡Nunca!! ¡¡nunca!! ¡¡¡ni muerta!!! Voy tras de tí...voy á perseguirte ante el rey de los infiernos... ¡¡¡Ampárame, Plutón!!!

Híspala hundió rabiosamente en su pecho aquel puñal tinto aún en sangre, y su cuerpo, al desplomarse, se interpuso entre los de Silvia y Octavio.

J. TORRES Y REINA

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

(Conclusión)

IV. – EL PROGRESO EN LAS MINAS. - Si la electricidad no ha logrado aún disipar de los ojos de los obreros las tinieblas, que con frecuencia oscurecen su inteligencia y los hacen presa de los trastornadores demagogos, á lo menos ha prestado ya un gran servicio, pues ha permitido que se aumente la eficacia de varias sustancias explosivas, cuyas admirables propiedades conocerán ya nuestros lectores; y aunque algunos desgraciados hayan llegado en ocasiones á desviar tan preciosas materias de su cauce legítimo y natural, las catástrofes que han ocasionado no tienen ninguna importancia, si se comparan con los grandes resultados que se obtienen con el empleo de la dinamita, desde que se sabe manejarla con precaución y sobre una elevada escalera, y se conoce el arte de aumentar sus resultados haciendo instantánea la explosión de cualquier número de cartuchos.

La ejecución de las colosales empresas de obras públicas que, como la abertura del Monte-Cenis, del istmo de Panamá y del túnel de la Mancha, colocan á nuestro siglo en un lugar elevado en la historia, se debe, á todas luces, al buen empleo de los metales usuales y de la hulla, ó sea á los medios de fuerza que la industria minera obtiene de las entrañas de la tierra.

En compensación de esto, los procedimientos mecánicos empleados por inteligentes ingenieros para trasportar la fuerza motriz, creada en la superficie de la tierra con ayuda del aire comprimido ó de la electricidad, al interior de las minas más profundas, permitirán disminuir la suma del trabajo manual que se necesita para sacar á la superficie los tesoros escondidos en las capas que los griegos y los romanos creyeron inaccesibles.

En la fig. 1 presentamos el corte de una mina de varios pisos, en cada uno de los que tienen los obreros máquinas perforadoras, y que hemos sacado del *British Mining*, preciosa obra que acaba de publicar M. Robert Hunt, uno de los maestros del arte.

A pesar de la pequeña escala que nos hemos visto precisados á adoptar, podrá el lector formarse idea de la facilidad con que se hace el trabajo. Es cierto que semejante instalación, que tan considerables capitales exige, no puede presentarse como modelo en una época en que las catástrofes sociales son tantas como las calamidades naturales que los ingenieros tienen que vencer; su arte, que logra dominar el agua, el mar y los gases, es importante para luchar contra las tempestades que las doctrinas socialistas levantan en el alma crédula de los trabajadores y de las que, por lo general, son las primeras víctimas.

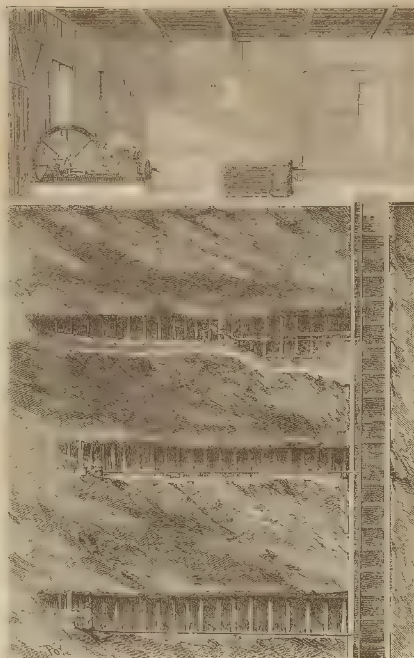


Fig. 1.—Corte de una mina moderna de hulla, de varios pisos

El uso del aire comprimido tiene la gran ventaja de llevar consigo el oxígeno, tan necesario para la respiración, y de contribuir al descenso de la temperatura, tan elevada en ciertos casos que los obreros tienen que quitarse sus ropas aun cuando estén trabajando *tendidos* ó de *costado*. Este modo de trasportar la fuerza motriz contribuye indirectamente, por lo tanto, á la solución del problema vital, llamado ventilación, sin la cual hace muchos años que no existirían mineros. Y verdaderamente, los hombres, merced á los adelantos de la ventilación, no han encontrado aún límites infranqueables en la conquista del Diamante negro; así que se citan minas descubiertas debajo del mar en las que se oye el ruido espantoso que producen las rocas rodadas por las olas y movidas por el esfuerzo continuo é incesante de las mareas.

En el estado actual de la industria minera, la causa más frecuente de catástrofes es el desplome de las galerías que no están bien apuntaladas; y tales desplomes son las calamidades más terribles que pesan sobre los obreros, pues, á no perecer aplastados, corren el riesgo de quedar encerrados, sin auxilio ninguno, en una cavidad oscura en donde perecerán lentamente con la muerte de los hambrientos del polo norte ó de los reclusos. Por desgracia, la mayor parte de las galerías provisionales que se abren, se apuntalan con madera, en vez de efectuarse con mampostería ó sillares, como se hace en las grandes galerías que han de ser permanentes.

Uno de los mayores adelantos que podrían llevarse á cabo, sería la separación de los servicios de la extracción de la hulla y del apuntalamiento; pues, no teniendo siempre el obrero el sentimiento de su responsabilidad, se siente muy inclinado á descuidar su seguridad personal, y halagado con la esperanza de ganar á la semana un jornal mayor, se expone á horrorosas heridas ó á una muerte segura.

Por otra parte, la negligencia del hullero acarrea al explotador de la mina los más fatales resultados, porque los dueños de la superficie están en acecho de los más pequeños descuidos para echarse encima de la Compañía que se encuentra á su disposición merced á leyes draconianas, cual es la bárbara legislación vigente que dispone que el poseedor del suelo recibirá en compensación una indemnización igual al duplo del valor de la tierra ó de sus inmuebles, sin tener en cuenta la mayor importancia que una explotación minera da al suelo y á los edificios que en él se encuentren.

No conoce el minero que, sin pensarlo, se hace cómplice del derecho de propiedad en su más rígida expresión, ni que su interés es solidario con el de sus patronos.

El interés que naturalmente está frente al suyo, es el de los tenderos que procuran ponerlo en pugna con las leyes económicas y le alejan de las sociedades cooperativas de consumos, tan numerosas entre los mineros ingleses merced á los esfuerzos de nuestro amigo M. F. Q. Holzoake, el apóstol de la cooperación en Inglaterra.

Por este cambio comenzó el conflicto, por desgracia muy reciente y que formará parte de la historia, conocido con el nombre de huelga de Decazeville, cuyas peripecias no nos proponemos referir. Mas no podemos terminar nuestra ligera reseña sin dar á nuestros lectores una vista del aspecto industrial de esta inmensa población, abierta en condiciones excepcionales, por unirse en ella los fuegos subterráneos á las grandes dificultades que tienen que vencer los ingenieros para impedir la completa destrucción de las riquezas minerales de la comarca.

En la figura 2 puede verse el lugar destinado al apartado del carbón y á la carga del mismo en los wagones destinados á trasportarle con ayuda de la red de vías férreas. El dibujo que acompañamos, tomado de una buena fotografía, nos dispensa de otra explicación, si bien debemos decir que este trabajo, nada pesado ni molesto, le hacen mujeres á quienes por una ley sabia y humanitaria está prohibido el trabajo interior de las minas, y que ganan un salario mayor que el que obtienen las mujeres dedicadas á las faenas agrícolas.

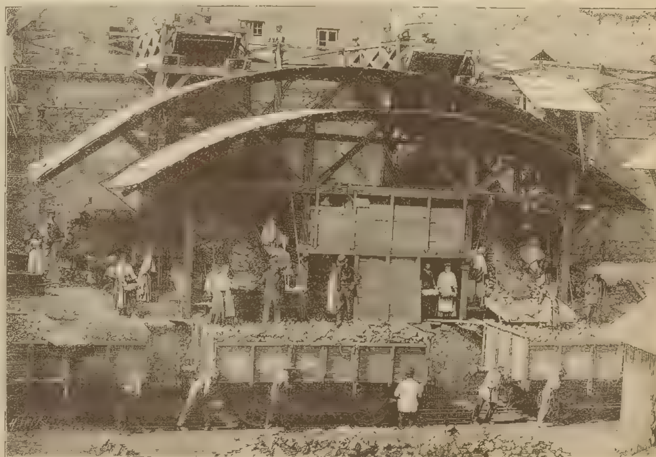


Fig. 2.—El apartado del carbón en Decazeville (Aveyron)

W. DE FONVIELLE

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 15 DE NOVIEMBRE DE 1886 — NUM. 255

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

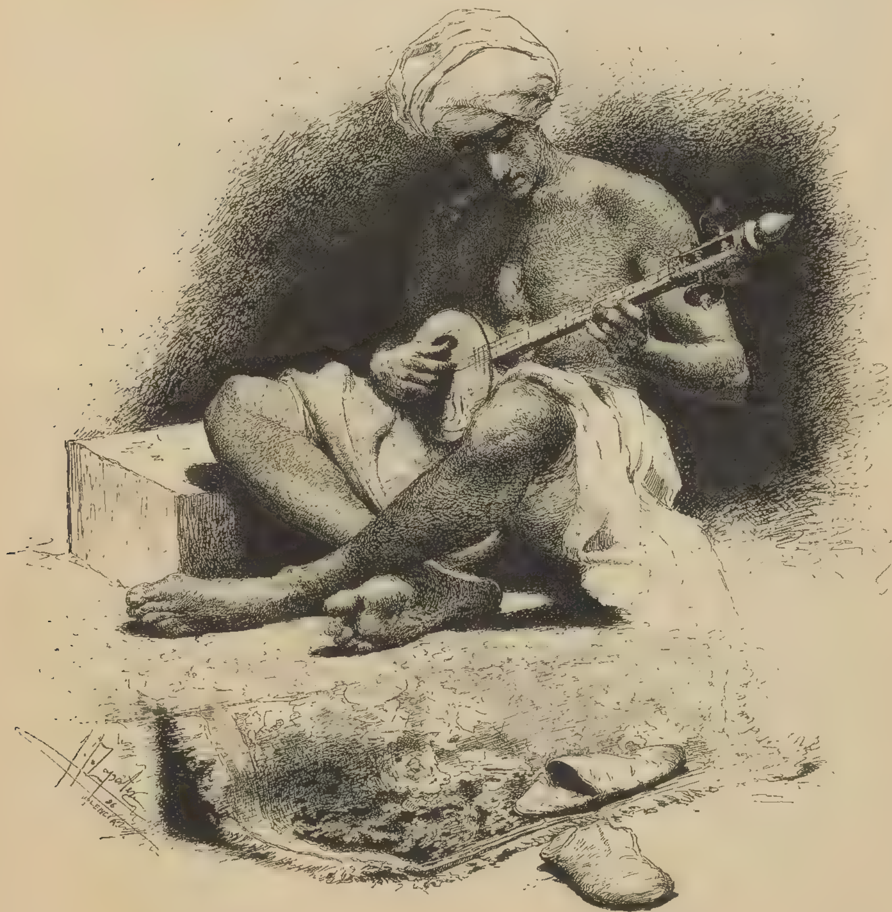
SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ÁRABE TOCANDO LA GUZLA, dibujo de Zapater

Consecuentes con nuestro programa, tenemos el gusto de dar cabida en las páginas de esta publicación al bello dibujo á la pluma

ARTISTAS ESPAÑOLES



ÁRABE TOCANDO LA GUZLA, dibujo á la pluma de J. J. Zapater

que nos ha remitido con tal objeto desde Valencia el Sr. Zapater. La ciudad del Cid, que hoy encierra en su seno una distinguida pléyade de artistas que saben renovar las buenas tradiciones de la famosa escuela valenciana, tiene en el autor de dicho dibujo un hijo que la honrará sin duda, como puede presumirse en vista de esta pequeña muestra de sus aptitudes artísticas y de su habilidad en el dibujo.

APUNTES DE ANTONIO DE WERNER para su cuadro: «Prisionero de guerra»

En la última exposición de Bellas Artes de Berlín ha presentado Antonio de Werner un cuadro de costumbres del cual damos en este número algunos apuntes. El cuadro pintado por dicho artista con el título de: «Prisionero de guerra,» constituye, en opinión de los mismos críticos del arte en Alemania, lo mejor que en materia de escenas de la vida militar figura en escasísimo número en aquella exposición. El autor ha escogido por asunto el regreso de un prisionero de guerra francés al seno de su familia.

Antonio de Werner cuenta ahora 43 años y asistió cerca de tres años á la Academia de Bellas Artes de Berlín. Un premio que ganó en la misma en el certamen de 1866 le deparó medios para estudiar un año en París y otro en Italia. Sus grandes cuadros murales, que representan glorias militares del ejército alemán y adornan varios monumentos públicos de Berlín, le valieron en 1875 el nombramiento de director de la Academia de Bellas Artes de aquella capital.

UNA CONFIDENCIA, cuadro de F. Andreotti

Andreotti es un excelente artista, de los muchos con que cuenta Italia, esa tierra clásica de las bellas artes, y así lo ha demostrado en las obras que ha exhibido en la reciente exposición de Liorna. Su cuadro: *Una confidencia*, es una de ellas. Una hermosa niña cuyo fresco y lozano semblante contrasta con el rostro surcado de arrugas de su anciano abuelo, se dirige á él fiada en la benignidad propia de todo abuelo, para pedirle consejo y quizás apoyo en sus inocentes amores. Porque de amoríos se trata indudablemente á juzgar por el interés y afán con que la joven espera la resolución del anciano, por la expresión de éste, que casi pudiera calificarse de socarrona, y sobre todo por la indecisión de la doncella en presentarle el billete que mantiene oculto hasta conocer su determinación. ¿Cuál será ésta? Conteste á esta pregunta todo abuelo que se halle en igual caso.

El lienzo de Andreotti, sin ser una obra maestra, se contempla con agrado y es una prueba de que el artista se inspira en ideales halagueños para los asuntos de sus cuadros.

¿QUÉ SERÁ?_cuadro de Steffano Bruzzi

El grupo de este bonito cuadro ha oído un ruido en el valle; una de las ovejas se ha espantado; las otras se han atemorizado á su vez, y han corrido á refugiarse en torno de la pastorcilla. *¿Qué será?* parecen preguntarse unas y otra mirando á lo hondo del valle. ¿Algún lobo? ¿Alguna oveja despeñada? ¿Un pastorcillo que ha querido gastar una broma? ¿Un pedrusco que ha rodado por la ladera del monte, yendo á parar con fragor al torrente? ¿Quién lo sabe? En tanto las seis ovejas miran con ansiedad, y su expresión y actitudes prueban cuán á fondo conoce el pintor Bruzzi los apacibles instintos y los pusilánimes movimientos de la humilde raza ovejuna que vaga por las cumbres del Apenino.

RECOGIENDO LAS REDES, dibujo de Wopfner

Discípulo de la floreciente escuela de Munich, este artista se ha dedicado con preferencia á pintar escenas de los poéticos lagos que se hallan entre las montañas de la Alta Baviera. Nuestro grabado representa una de ellas, en la cual los pescadores del lago de Cheem recogen sus redes, cargadas del exquisito *Salmo Wartmanni* que abunda en aquella extensión acuática y á cuya pesca se dedican de febrero á octubre. En la hechura particular de la barca así como en los trajes de los pescadores se echa de ver que no son marinos en la verdadera acepción de la palabra; pero esto no impide que el dibujo dé exacta idea de la pesca en los referidos lagos, y sobre todo de la destreza del artista que tan sencilla escena ha trazado.

ANTIGUO PARQUE DE ROTTERDAM, dibujo de P. A. Schipperus

No todo son médanos, pantanos y arenales en el país de los *polders*, cuyos habitantes tienen que luchar á brazo partido con el mar para contener sus invasiones en aquellas bajas tierras: la naturaleza también le ha concedido en ciertos puntos poderosas especies vegetales, árboles de frondoso follaje á cuya sombra puedan buscar esparcimiento los vecinos de las ciudades.

Estas sufren hoy por lo general grandes trasformaciones: lo que antes bastaba para solaz ó recreo de la población, resulta ahora insuficiente, y á los reducidos paseos van sustituyendo grandes parques y jardines cuya extensión se halla relacionada con el número de habitantes.

Esto ha sucedido con Rotterdam, y su antiguo parque está hoy abandonado á pesar de la frondosidad de sus alamedas: sin embargo, los artistas, diferenciándose en esto de las multitudes, buscan con preferencia para sus cuadros puntos de vista en que todos los accidentes sean naturales más bien que artificiales, é inspirado sin duda en esta idea el pintor Schipperus, hijo del país, ha copiado con experto lápiz el paisaje cuya reproducción insertamos.

SUPLEMENTO ARTISTICO

UN PERCANCE, cuadro de A. Muller-Lingke

Este percance no es otro sino uno de tantos como ocurrían con los antiguos medios de locomoción, aún no del todo desaparecidos. No cabe negar que los percances que sobrevienen en las vías férreas causan anualmente algunas víctimas, pero si se hubiesen sumado las causadas por las diligencias, galeras, etc., en los tiempos en que no se conocían los trenes, y aún en los actuales, veríase que la proporción no está en desventaja de aquéllas.

El desagradable episodio acaecido á los viajeros del cuadro de Muller está representado con acierto, predominando sobre todo en él la agitación y movimiento propios de tales lances. El vuelco del pesado vehículo ha causado diferente efecto en los respectivos viajeros. En uno, el enojo demostrado en la agresiva actitud con que se dirige al conductor que procura disculpar su torpeza; en otro, el natural cuidado de sus hijos; en otro, el de un rasguño recibido en la caída; en la sirvienta, el disgusto al ver averiadas sus provisiones de boca; en una niña, la zozobra originada por el temor de que haya sufrido daño su perro favorito, y en una dama, el sentimiento por los jirones que advierte en su traje.

Es indudable que Muller ha presenciado uno de estos incidentes, pues de otro suerte no podía haber reproducido la escena con tanto acierto, naturalidad y animación.

EL BESO

POR DON F. MORENO GODINO

I

Anita y Antonio estaban entregados á esa dulce ocupación conocida con el nombre de *Pelar la pava*, frecuente en toda Andalucía, pero muy especialmente en la hermosa ciudad del Betis, en donde, desde los amantes recientes, hasta los prometidos esposos, la creen como el complemento de su amor. Así es que aun cuando un novio entre con entera libertad en casa de su futura cónyuge, no puede prescindir de hablar con ella por la reja y expresarla su ternura en pleno ambiente.

La benignidad del clima, las noches casi siempre estrelladas, la comodidad de las rejas que parecen hechas á propósito y hasta la benevolencia de los serenos que se complacen en proteger á los enamorados en la penumbra; todo contribuye á hacer más atractiva esta poética costumbre.

Anita y Antonio pelaban, pues, la pava con tanto más fervor, por cuanto éste era todavía un novio callejero, que no había conseguido penetrar en el domicilio de su amada.

Anita sólo parecía andaluza por su acento armónico sevillano, que en Cádiz se afina hasta la melodía. Por lo demás, se asemejaba más bien á esas madonas del renacimiento italiano, de cabello suavemente castaño, tez blanca, ojos claros y mejillas diseñadas en una línea un tanto prolongada. Tenía una cosa admirable: la boca, modelada con una expresión divina, plegada en los extremos con una gracia indecible.

Antonio era un guapo muchacho, de cabellos negros y encrespados, de ojos oscuros y vivos, de moreno y expresivo rostro, y de boca de labios gruesos, que revelaban la franqueza aunque también la sensualidad.

La calle de Flandes, teatro de esta amorosa escena, estaba enteramente solitaria, y la revuelta brisa de una noche de marzo, traía hasta la reja de los amantes, ora la marejada de La Barqueta, ó bien los olores de los ranúnculos y de los Don Diegos de noche de la Alameda.

El sereno del barrio pasaba de tarde en tarde por la acera opuesta y se sonreía, y si la enamorada pareja no hubiese estado tan ocupada, podría haber visto sobre el cielo de la calle, en un extremo, á Andrómeda, la tierna amante de Perseo, rodeada de las estrellas de su constelación; y en el otro extremo, al astro del amor, á Venus, que parecía como que se asomaba á la esquina de la calle de Santa Ana.

Todo, pues, favorecía á los enamorados interlocutores.

II

—Nita mía,—decía Antonio suprimiendo la primera sílaba del nombre de su amada,—¿cómo podré expresarte mi alegría? ¡Qué golpe tan inesperado de la suerte! por fin vamos á descansar de nuestras fatiguitas. Algunas veces me atrevía á hablar á mi padre de tí, pero aunque es un hombre muy campechano, siempre me tapaba la boca con las mismas razones. «Muchacho,—me decía,—no pienses por ahora más que en estudiar. Tu novia será todo lo buena que tú quieras; pero no estamos para *casaca*. Ella te traería en dote una cama, cuatro trapitos, un devocionario que la regalaría su tío el buen cura de San Lorenzo, y como á esto sólo podríamos añadir las mil quinientas pesetas de mi sueldo en el Gobierno Civil, resultaría que nos iríamos quedando flaquitos como un alma en pena. Nada, nada; á acabar tu carrera y entonces veremos...»

—Tu padre tenía razón,—dijo Anita.

—Sí, pero yo estoy en *tercero* y si tuviésemos que esperar hasta entonces... Afortunadamente, y perdóneme Dios la palabra, la herencia de mi tío ha venido á remediarlo todo. ¡Pobre tío Pepe! mucho he sentido que se muera; pero en la otra vida tendrá la satisfacción de haber hecho felices á dos buenos muchachos, como somos nosotros; ¿verdad, Nitita?

—¿Quién sabe? puede que tu padre... Ahora que sois ricos...

—¿Quieres callarte? Yo seré rico porque te tendré á tí; por lo demás la herencia no es el Ducado de Osuna, ni mucho menos. Una haciendita en Córdoba, que bien arrendada produce veinticuatro mil reales anuales; he aquí todo.

—Sin embargo...

—Te repito que no seas tonta. Ya está andado el camino. Pues qué, Nitita, ¿no sabes cuánto te quiero? ¿Crees que estos días me he dormido en las pajas? He convencido á mi padre...

—¡Ah!

—Pues claro. Ayer mismo le enseñé tu retrato.

—Antonio...

—Te digo que mi padre es muy campechano, que se hace cargo de las cosas de jóvenes. «Mire V., padre,—le dije, dándole el retrato,—mire V. á mi futura mujercita.»

—¿Y tu padre?...

—Te miró, es decir, miró tu fotografía...

—Bien, ¿y qué?

—«Es guapilla esta muchacha,—dijo, observándote con atención.—Tiene una boca muy graciosa.»

—¿Eso dijo? ¡Vaya!

—Bien sabes tú que es verdad, y mi padre lo entiende. Padre,—le dije yo,—si es guapa, miel sobre hojuelas; pero esto es lo de menos. Nitita es la muchacha más buena y honrada de Sevilla y ahí está todo un barrio que lo diga. Te cuidará y te tendrá al pelo, como ahora tiene á su madre y á su tío el cura. «Pero, chico,—interrumpió mi padre,—tú ya todo lo das por hecho.—Pues no que no,—repliqué yo,—sí, que de hoy en adelante voy á consentir que le haga á V. rabiar esa estúpida de Mari-Cruz, poniendo la sopa ó muy sosa ó muy salada, ó que se encuentre V. las camisas sin botones y los calcetines hechos una criba. Nada de eso. ¿Para qué estamos en el mundo Nita y yo?—Si te casas no vas á estudiar,—dijo mi padre.

—Más que ahora,—repliqué,—porque ahora me distraigo pensando en ella;—y al ver que mi padre se sonreía, repuse:—Padrecito, cosa hecha; tomamos posesión de la herencia, esperamos á que pasen los dos meses de luto que faltan, y allá, por el Corpus, V., Nita y yo vamos á las gradas de la Catedral á ver salir la procesión; ¿verdad, padre?

—¿Y qué dijo?

—Pues nada, dijo que si no le constara que yo había nacido en el cogollito de Andalucía, por lo tozudo me creería aragonés.

—Y es cierto, Antonio, siempre quieres salirte con tu gusto.

—¿Porque mi gusto eres tú? Así son las mujeres. Y sin embargo, no hay hombre más contrariado; después de cuatro meses aun no he podido conseguir...

—¿Otra vez?

—Y ciento: ¿soy yo tan tranquilo como tú? No permitir que te dé un simple beso!

—¡Es claro! muy simple.

—Pues sí, un beso, es nada ó es mucho; nada, porque poco significa; mucho para el que lo desea tanto como yo.

—Antonio...

—Vamos, Nitita, sé buena. Considera que no nos vamos á ver en seis ú ocho días. Que me lleve ese recuerdo tuyo.

—Te llevas mi corazón.

—Nitita, ¡un beso!

—¡Qué tenacidad!

—¡Anda, Nita!

—Pero, ¿por qué quieres disgustarme? Antonio, seamos formales, para lo que falta.

—Pero...

—Vé á Córdoba, ven pronto, que yo te prometo...

—¿Qué, Nitita?

—Cuando vuelvas... Sé bueno, Antonio.

—Nita, ¿me das palabra de que cuando vuelva?...

—Bien, sí.

—¿La primera vez que nos veamos?

—Antonio...

—¿Me das tu palabra? ¿pagaré pagado á la vista? Dí que sí.

—Bueno, sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo prometo...

La ventana se cerró, la calle de Flandes quedó solitaria, Andrómeda siguió rutilando en el cielo, aunque sus estrellas palidecieron, y Venus, no teniendo ya nada qué hacer allí, fué declinando lentamente hacia la Alameda de Hércules.

III

Dos días después, Anita recibió una carta de Antonio, fechada en Córdoba, á donde había ido con su padre á tomar posesión de la herencia de su tío. El joven, entre mil ternezas, decía en su misiva que se hallaba aburrido, que Córdoba era una ciudad muy fea, que ninguna de sus calles vale lo que la de Flandes en Sevilla, que las mujeres son sosas, qué el acento cordobés quiere parecerse al manchego, que la Catedral es como una giganta sin cabeza, porque no tiene torre, y finalmente, y esto era lo más triste, que la toma de posesión de la herencia se prolongaría más de lo que habían pensado, á causa de que los jueces, en materias de sucesión, quieren publicar edictos hasta en la luna, si se supiese que la luna estaba habitada.

(Continuará)

LA POSDATA

(Conclusión)

CLOTILDE Hábleme V. así... Cambie V. el curso de mis ideas... Siéntese V. á mi lado... Como antes... La idea que tengo de V. es tan alta que por más que hago no puedo estimar á un hombre á quien V. no estime.

RICARDO Y yo repito á V. que no tengo razón fundada para dejar de estimar al Sr. de Salcedo.

CLOTILDE ¿Habla V. de veras? De modo que sus proyectos de matrimonio en Filipinas...

RICARDO Usted misma me ha dicho que su intención...

CLOTILDE No se trata de lo que yo haya dicho, sino de lo que V. opine. Decláreme V. que en su caso V. se hubiera conducido como Salcedo.

RICARDO No tengo inconveniente en declararlo.

CLOTILDE ¿A los tres meses de separarse de mí?

RICARDO ¡Bah! Mes más ó menos no agrava el hecho en nada.

CLOTILDE Poco á poco. Una de dos: ó Salcedo me olvidó demasiado pronto, lo cual probaría la inconstancia de su afecto...

RICARDO Su regreso prueba lo contrario...

CLOTILDE O se hallaba dispuesto á ofrecer su mano á una señorita á quien no amaba y cuya posición era tan brillante como la de Salcedo modesta.

RICARDO Desde el momento en que el matrimonio no se ha verificado...

CLOTILDE Pero, ¿nos consta que es él quien ha retrocedido?

RICARDO ¡Oh! En cuanto á retroceder...

CLOTILDE En cuanto á retroceder... Eso no es cosa que en él puede extrañarse, ¿verdad?

RICARDO No me haga V. decir lo que no he pensado. Ya que toca esa cuestión debe declarar que su duelo...


APUNTE para el cuadro: *Prisionero de guerra*, de A. Werner

CLOTILDE No me niegue V. que su duelo le había dado á V. de él una pobrísima idea.

RICARDO Porque yo ignoraba que él se limitó á complacer á usted.

CLOTILDE De manera que si yo rogara á V. que presentase sus excusas á otro hombre, ya sobre el terreno, ¿V. me complacería?

RICARDO Ciertamente.

CLOTILDE ¿Y se pondría V. en el caso de escuchar semejante petición? ¿Vendría V. á mi casa la víspera de un duelo á anunciarme que se batía usted?

RICARDO Señora... *(Sacando el reloj.)* Crea V. que... Una ocupación imperiosa...

CLOTILDE No, no, respóndame V. categóricamente.

RICARDO El Sr. de Salcedo procedió con escasa previsión. Pudo acaso desear aparecer á los ojos de V. con la aureola del peligro que le esperaba, lo cual no es un crimen... Pero de eso á creer que buscaba manera de esquivar el peligro, hay mucha diferencia.

CLOTILDE Él debió, sin embargo, prever lo que iba á ocurrir...

RICARDO ¿Y quién le dice á V. que no quiso ponerse en el caso de sacrificar hasta su amor propio en obsequio de usted?

CLOTILDE ¿Le juzga V. tan apasionado?

RICARDO Usted acaba de someter su asunto á una prueba concluyente.

CLOTILDE ¿Concluyente?

RICARDO Sin duda.

CLOTILDE Procure V. ponerse de acuerdo consigo mismo, porque desde hace un rato me está V. haciendo el efecto de una veleta. Su opinión de V. es que el hombre tiene una manera de amar (muy diferente de la nuestra, – yo sigo en mi idea), pero que no tiene más que una.

RICARDO Acaso soy demasiado exclusivista.

CLOTILDE No, no lo es V.; todos los hombres son Vds. lo mismo... Pero si no tienen Vds. más que una manera de amar, y Salcedo no me ama de esa manera... es que no me ama de ninguna. Seamos lógicos.

RICARDO En primer lugar...

CLOTILDE ¿No es cosa extrañísima su indiferencia hacia mí?...

RICARDO Hacia la belleza de usted.

CLOTILDE Después de todo, si algo hay en mí que tenga algún mérito es mi pelo... ¡Pues cualquiera diría que ni siquiera lo ha echado de ver!

RICARDO Salcedo ama á V. como V. quiere ser amada: por su alma.

CLOTILDE Dejémonos de bromas; y si no me ama porque le gusto, ¿qué debo esperar?

RICARDO Usted dirá.

CLOTILDE Que siendo él pobre y yo rica, mi fortuna es lo que le enamora.

RICARDO Creo que ofende V. sin razón á Salcedo.

CLOTILDE ¡Dios mío! ¡Mis ideas se confunden! ¿Cómo salir de esta horrible ansiedad? Antes lamentaba V. no ser mi hermano ó mi tío... Suponga usted que es la persona de más autoridad en mi familia, aconséjeme V.: encarecidamente se lo ruego.

RICARDO Mi consejo sería y no podía menos de ser interesado.

CLOTILDE No: V. es la lealtad misma y yo le obedeceré ciegamente.

RICARDO Entonces... aconsejo á V. que se case conmigo.

CLOTILDE La cuestión no es esa. Contésteme V. con sinceridad: ¿V. cree que Salcedo me ama?

RICARDO Yo la amo á V. de tal manera que no concibo que exista hombre en el mundo capaz de no amar á usted.

CLOTILDE *(Levantándose impaciente yendo hasta la mesa y volviendo donde está Ricardo.)* Pues bien, si me ama tanto peor para él, porque nunca, nunca seré su esposa. ¿Lo ha entendido V.? Perdone V. que así desaire á su recomendado.

RICARDO ¡Mi recomendado!.. ¿Puede V. dudar que esa resolución, si es formal y definitiva, me convierte del más desdichado en el más feliz de los hombres?

CLOTILDE No espere V. sacar ninguna ventaja de este suceso... Estoy decidida á seguir viuda.

RICARDO Pero, ¿qué le ha hecho á V. Salcedo que motive un cambio tan brusco?

CLOTILDE Todo lo sabe V.; todo se lo he dicho.

RICARDO ¿Todo? ¿Absolutamente todo? ¿No tiene usted ninguna posdata que añadir? Dicen que en las cartas de las mujeres lo más interesante está siempre en la posdata.

CLOTILDE No señor; en esta carta no hay posdata. *(Sentándose á la derecha de la mesa.)* Y ahora, ¿cómo hago yo para recuperar mi libertad? No le pido á V. consejo porque hoy no es sin duda el día de la semana en que V. sabe darlos.

RICARDO ¿Qué necesidad tiene V. de consejo?... Una mujer está siempre autorizada para retirar su palabra.

CLOTILDE Yo no he dado jamás á Salcedo mi palabra de casarme con él.

RICARDO ¿Ni hoy tampoco?

CLOTILDE Hoy menos que nunca. No sé por qué instintiva prudencia he eludido toda alusión á los proyectos de Salcedo, de Salcedo, entiéndalo V. bien.

RICARDO En ese caso... Cuando venga esta noche á tomar el te con usted...

CLOTILDE Es que desearía que no viniese.

RICARDO Entonces escríbale usted...

CLOTILDE ¡Si viese V. qué arrepentida estoy de haberle escrito otras veces!...

RICARDO ¿El conserva cartas de usted?

CLOTILDE No muchas ni demasiado expresivas, pero...

RICARDO Devuélvale V. las suyas y él le devolverá las que tenga de usted.

CLOTILDE ¿Y si no las devuelve?

RICARDO ¿No tiene V. ningún amigo capaz de encargarse de negociación tan sencilla?

CLOTILDE Usted mismo... ¡pero le creo á V. un diplomático tan poco hábil!

RICARDO Usted no me conoce en ese terreno.

CLOTILDE Vamos á ver, ¿qué haría V. para?...

RICARDO Iría á ver al señor Salcedo y le diría pura y simplemente: «Caballero, aquí tiene V. estas cartas escritas por V. á la señora viuda de Ossorio: sírvase V. entregarme las cartas que la señora de Ossorio ha escrito á V.» Me parece que no hay dos maneras de decir ciertas cosas.

CLOTILDE ¡Eso es!... ¡así!... háblele V. con ese aire resuelto y nada tendrá que oponer. Tome V. sus cartas. *(Sacando un paquete del cajón de la mesa.)*

RICARDO ¿Dónde vive el señor de Salcedo?

CLOTILDE Aquí debo tener su tarjeta *(tomándola de la mesa y dándosela).*

RICARDO ¿Cuándo nos veremos?

CLOTILDE ¿Quiere V. tomar esta noche una taza de te conmigo?

RICARDO Con mucho gusto. (¡El te de Salcedo! Nadie diga «de esta agua no beberé.»)

CLOTILDE *(Revolviendo aún en el cajón de la mesa.)* ¡Ah! olvidaba este medallón... Devuélvaselo V. con las cartas.

RICARDO ¿Algún retrato?

CLOTILDE No... *(Bajando los ojos.)* Es pelo que creyó conveniente enviarme de Filipinas. Déselo usted, que acaso volverá á verlo con gusto en Madrid.

RICARDO ¿Es que ha perdido alguno en ese viaje?

CLOTILDE Ha vuelto calvo como la palma de la mano.

RICARDO ¡He aquí la posdata! *(Sale riéndose por el fondo.)*

Cae el telón.

FÉLIX REY

ELÍAS RECIO

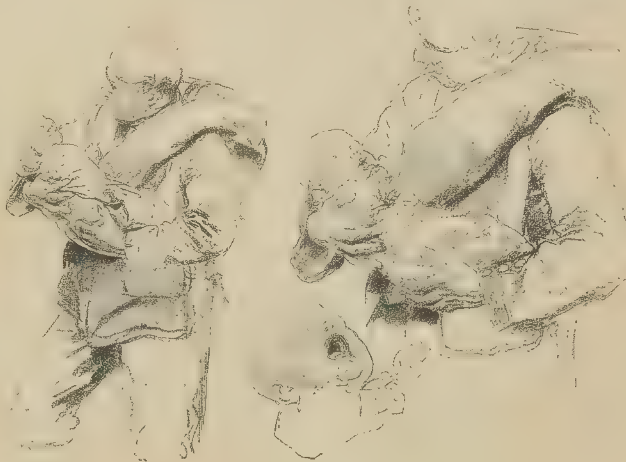
I

La escena representa un gabinete modestamente amueblado.

Frente á la puerta de entrada, ocupando todo el lienzo de la pared, álzase un armario color rosa, de fondo escaso y multitud de compartimientos, formando en su centro un arco bajo el cual se destaca un antiquísimo sillón de brazos recientemente revestido de lustrosa gutapercha negra.

A ambos lados del armario, sobre dos medias columnas de yeso, descansan los bustos de Calderón y Cervantes vaciados en lo mismo, y, entre éstos, á igual distancia de uno y otro, una mesa de despacho con chapas de caoba esmeradamente barnizada y cuyos altos pies de robusto pino, lucen al aire la desnudez de sus toscas formas.

A la izquierda de la habitación una gran ventana abierta á un patio, cuya luz da de lleno en el tabique de la derecha, donde campean, en el centro, tres marcos de metal pintados, los cuales contienen otras tantas fotografías y grabados. Víctor Hugo y Byron son las de los extremos, la otra... ¡la del amo de la casa!


APUNTE para el cuadro: *Prisionero de guerra*, de A. Werner

Media docena de sillas de Vitoria, un sofá, estera de cordelillo y hasta tres coronas de papel verde y oro con largas cintas de seda, constituyen el resto del mueblaje.

Este nido tiene su pájaro, y el pájaro de este nido lo es un mozo de treinta á treinta y cinco años de edad, estrecho de pecho, abultado de abdomen, un tantico cargado de espaldas, largo de piernas y no muy corto de brazos.

Su pequeña cabeza se alza entre los puntiagudos hombros con afectado orgullo; sus ojos parduscos y desdibujados parecen mirar con afectado desprecio cuyo mohín completan sus finos y plegados labios; adornan y rompen la monotonía del rostro un bigotillo lacio y una barba corrida, rubia y mal sembrada, que allá en las sienes se une con una grasienta y sucia cabellera que el peluquero riza los jueves y domingos.

En cuanto á la masa, poca carne y mucho hueso, y, la color, entre pálida y cobriza. A primera vista predispo-



UNA CONFIDENCIA, cuadro de F. Andreotti



¿QUÉ SERÁ? cuadro de Steffano Bruzzi

ne en contra suya á quien tiene costumbre de ver, y es de un gran efecto su exterior hinchado y fofo para quienes no ven más allá de sus narices.

El amor y cuidado de sí mismo es el sello distintivo de su personalidad, que por toda ella se refleja y traduce hasta en el más pequeño detalle. Su traje parece nuevo y recién hecho en cualquier época de su larga vida; ni una arruga, ni una mancha; inalterable siempre. La blanca y almidonada camisa asoma por el cuello y cae sobre las manos siempre, en un determinado número de centímetros; ni más ni menos. Las botas y el sombrero negros y lustrosos, lo mismo en los ardientes días del estío que en los lluviosos del invierno; ni el polvo los empaña ni el barro los enloda.

Nada es accidental en su traje. El color del paño responde á una combinación complicadísima de la intensidad de la luz, la estación del año, el lugar que habita, la ocupación á que se entrega, el estado patológico de su organismo y el psicológico ó moral de su ánimo; es decir, que el traje es en él una expresión.

El gabán abotonado, por calor que se sienta, significa melancolía y tristeza, y así lo usa cuando *quiere* estar triste y melancólico; entonces acorta el paso, se echa el sombrero sobre los ojos, éstos los clava en tierra, cruza los brazos y mueve un pie tres minutos después de haber sentado el otro. En cambio, cuando el aire es más fuerte (no importa que hiele ó llueva), haciéndole cara, apresura el paso, desciñese el abrigo, y, en tanto que con la una mano se descubre la cabeza y ahueca con la otra los rizados cabellos, abriendo de par en par los ojos y la boca un palmo, avanza feliz y risueño imaginando lo que dirán las gentes de su tan airosa figura.

Llámase Elías López, pero, por un rasgo estético del mejor gusto, y para no confundir su personalidad con la de tantos otros López como en el mundo han sido, ha sustituído éste por su segundo apellido, y á sí mismo se conoce y para los demás se firma: Elías Recio, nombre de ruido y estrépito que habrán de oir los sordos en las futuras edades.

¡Elías Recio! ¡qué bien le suena á López cuando, á sus solas, se lo repite en voz alta! ¡y cómo se indigna cuando le llaman Elías á secas ó López solamente ó á la par Elías López!

– No me diga V. Elías; no me nombre V. López; no me llame V. Elías López. Soy Elías Recio, ¿ha comprendido V.? ¡Soy Elías Recio, sí, señor, Elías Recio! Como Víctor Hugo se llama Víctor Hugo y no López, ni Víctor, ni Hugo.

Y tal se cree; porque una, entre las muchas razones que Elías tiene para creerse un hombre superior y excepcional, es su semejanza con ciertos grandes hombres.

– Yo tengo mucho de Cervantes, – le he oído decir más de una vez, y, volviéndose hacia el busto de que hice mención más arriba, me ha preguntado:

– ¿No halla V. el parecido?
– ¿El... parecido?
– Cervantes y yo nos parecemos...
– ¿En lo blanco del yeso?
– No, hombre, no; fíjese V. bien.
– Bien me fijo, pero...
– No puede estar más á la vista.
– Con efecto...
– ¿Lo ha adivinado V. ya?
– Sí; creo encontrar cierta semejanza...
– ¿En qué?
– En los ojos.
– ¡Si no los tiene!
– Pues... por eso mismo.
Es V. muy mal fisonomista.
– Acaso.
– Vea V. esas narices.
– Las veo.
– Mire V. ahora las mías.
– Las miro.
– Cervantes y yo tenemos las mismas narices.
– ¡Ya!...
– Él ha escrito el *Quijote*.
– Es cierto.
– Y yo...
– ¿Usted también ha escrito el *Quijote?*
– Precisamente el *Quijote*, no; pero...
– Pero tiene V. las mismas narices.
– Luego soy un genio.
—¡Quién lo duda!

Dice también que es un Byron porque como Byron tiene pequeña cabeza, si bien está por averiguar todavía si el poeta inglés se rizaba el pelo los jueves y los domingos; que es un par de *Quevedos*, por lo menos, no cabe la menor duda, pues los lleva sobre sus cervantescas narices, y, que vale tanto como Víctor Hugo, ya queda demostrado.

II

¡Dichoso y bienaventurado Elías Recio!

Hijo único de una bien acomodada familia de Castilla la Vieja, enriquecida en el comercio de telas, nunca, para adquirirse el cotidiano sustento, tuvo necesidad de recurrir á ocupación ni trabajo algunos, comiendo el pan nuestro de cada día en medio de una ociosidad enemiga del buen apetito.

Siendo ya un hombrecito, cuando apenas contaba veinticinco años, compuso y escribió una oda á su mamá, con motivo del santo de esta respetable señora; la cual oda se conserva todavía en la casa paterna de mi héroe, bajo un verdoso cristal, cuyos cuatro lados limitan un ancho marco de pino revestido de papel dorado con menudísimas flores de lis en relieve. Comienza así:

Á MI QUERIDA MAMÁ EN EL DÍA DE SU SANTO

ODA

Canto á mi mamá en el día de su santo;
por eso pulso mi lira de diamantes y oro;
y con la lira conmovido canto;
porque hoy es el día del santo de mi querida mamá y yo la adoro.

Los padres, y los amigos que comieron aquel memorable día en la casa, se deshicieron en elogios y aplausos. El tema duró algunos meses.

– ¡No sabe V., don Fulano! – decía la madre saludando á cada individuo que iba á visitarla.

– Usted dirá, señora.
– Mi hijo...
– ¡Ah! se cría muy robusto.
– ¡Ha escrito una oda!
– ¡Caramba!... ¡una oda!
– Sí, señor; ¡una oda!... ¡una oda! Elías, hijo mío; lee la oda á este caballero.
– A mi mamá en el día de su santo, oda.

A cada verso, los amigos, moviendo lenguas y manos, prorrumpían:

– ¡Bravo!
– ¡Magnífico!
– ¡Prodigioso!

Y todos repetían á coro:

– ¡Es un gran poeta! ¡Un genio!

Desde esta fecha datan los descubrimientos fisionógmicos de Elías con todos los grandes hombres de la humanidad y su vocación poética.

Era el tiempo en que el romanticismo, después de haber alcanzado la plenitud de su vida, se empequeñecía en pueriles rapsodias, en exageraciones ridículas y en huera palabrería.

Poeta significaba tanto como ser el más desgraciado de los mortales, tener el corazón hecho pedazos, vivir perfectamente en la funesta edad de los amargos desengaños y ser una planta maldita con frutos de bendición.

Un artificial y artificioso vocabulario poético del peor gusto posible sustituyó á los dioses y héroes paganos y á los preceptos retóricos.

Fué chistosísimo, en verdad, ver á Elías con su traje nuevo é irreprochable, su sombrero de copa alta recién planchado, el pelo rizado cuidadosamente y las guías de su incipiente bigote rubio tiesas por el cosmético, lamentarse de la pesada carga de la vida, de la impureza de la realidad, de la pérdida de las ilusiones, no creer más que en la paz de los sepulcros y acariciar la idea del suicidio como único remedio á su insoportable existencia. El era para sí mismo un ser superior cuya grandeza nadie comprendía y cuyos sufrimientos nada consolaba. Su corazón tenía sed de lo infinito, su alma se anegaba en lo ideal, su espíritu se elevaba á las alturas á conversar con lo eterno, y cuando volvía sus ojos á cuanto le rodeaba, á esta tierra á la cual le tenía sujeto su cuerpo, hallábase en medio de un vacío sin límites, de un mar sin orillas, de un espacio inacabable en el cual no había ni una estrella, ni una luz, ni una sombra, ni un rumor, ni un efluvio, ni un suspiro... ¡qué espantosa soledad!

Como el mismo Elías dijo en una poesía, caminaba por la senda de la vida,

de la cuna al sepulcro,
solo entre tanta gente!

Servíale su madre todas las mañanas una gran jícara de chocolate con pan tostado y manteca que, á medio despertar, se metía entre pecho y espalda perezosamente hasta que con la última sopa volvía á caer dormido; se levantaba á las doce, paseaba de una á dos á cuya hora tenía la desgracia de comer el clásico cocido con dos ó tres principios y un montón de golosinas; desde la mesa pasaba á su cuarto donde le servían el café, consumiendo el resto de la tarde en escribir leyendas, tradiciones y poesías íntimas. Era socio de todos los casinos, tenía abonos en los teatros, dinero de sobra en los bolsillos, viajaba en verano y daba veladas en invierno. ¡Pobre Elías!

Desde su infancia había sentido grandes y sublimes afectos sin conseguir jamás el objeto de su amor. ¡Amaba lo imposible! El sol, la luna y las estrellas fueron sus primeras pasiones, eternamente contrariadas por el destino y las leyes naturales.

Poco á poco las circunstancias y la naturaleza le hicieron descender del cielo á la tierra y amó como hombre.

III

Frecuentaba el trato de los padres de Elías una familia de la que era última rama una doncella de cuarenta años de edad, baja de cuerpo, con más narices que cara, menos pecho que espaldas, ojos muy claros y pies y manos más grandes de lo que fueran menester. Llamábase Berta y, al decir de las gentes, su padre tenía una fortuna más positiva que esta hija.

A pesar de la desproporción de edades los padres de Elías acariciaron el pensamiento de casar á su hijo con Berta, ¡era un gran partido! pero el muchacho, por mortificar más y más su espíritu poético, no bien se enteró del asunto se enamoró del papel de víctima, sintiendo, por la ley de los contrastes, una invencible pasión por una guarnecedora de calzado que no lejos de su casa ejercía tan pobre oficio.

Los padres se enteraron y no ocultando su disgusto comenzaron á dirigir indirectas á su hijo.

– Con el amor no se echan pantorrillas.
– Ni se cuece el puchero.
– ¡Contigo pan y cebolla!
– Eso se dice muy bien teniendo el estómago lleno.

Después vinieron las prudentes observaciones.

– ¡No tiene dónde caerse muerta!
– Lo de menos es que sea pobre.
– ¡Una zapatera!
– ¡Ella, á qué está!
– Nos cree ricos...
– Y quiere atrapar los cuartos.

Por fin se rompieron las hostilidades.

– Con nosotros no cuentes.
– Como si tales padres tuvieras.
– Allá vosotros sabréis cómo os las vais á arreglar.
– No te daremos ni un cuarto.
– Te pones á un oficio para ganar de comer.
– Le enseñará á coser zapatos.
– ¡Zapatero!
– ¡Y luego dicen que tienes talento! No sé de qué te sirve.

A Elías le daban en tales refriegas síncopes y desmayos con todo el aparato que su argumento requiere; hubo delirios á ojos abiertos é insomnios á ojos cerrados. La idea del suicidio se le presentó entonces más viva y persistente que nunca.

– ¡Es preciso morir!

truéquese en risa mi dolor profundo,
que haya un cadáver más, ¡qué importa al mundo!

A todo esto la guarnecedora ignoraba que tal pasión había inspirado y seguía cosiendo sus zapatos, mientras que Elías tomaba sus precauciones decidido á suicidarse cuanto antes.

Al efecto reunió todas sus poesías, hizo de ellas un paquete que ató cuidadosamente y escribió en la primera cuartilla: «Es mi voluntad que se publiquen con mi retrato y biografía después de mi muerte.»

Por fin llegó el instante.

Una noche, y á la hora en que todo dormía, se dirigió de puntillas á la habitación donde doña Cesárea, su madre, guardaba *la plata;* no recuerdo si este lugar lo era el comedor ó la cocina.

Llegó á la alacena, palpó, y... ¡primera contrariedad!... ¡la llave estaba puesta!

¡No tener que forzar la cerradura! ¿No era esto un mal presagio?

Sin embargo, cogió un cuchillo y se volvió á su alcoba. Una vez en la cama, contempló á la poca luz de la lamparilla la hoja de aquel arma, con la cual tantas veces había cortado el pan de cada día, diciéndose mentalmente:

Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.

Luego derramó abundantes lágrimas, y, oprimiendo un instante el cuchillo contra su pecho, lo colocó en seguida debajo de la almohada, sobre la que reclinó la cabeza y se quedó dormido.

Tuvo sueños y pesadillas horribles, de las cuales despertaba todo asustado y con el alma en un hilo, creyendo que le asesinaban.

Estas escenas se repitieron durante algunas noches más y como viera que nadie le hacía caso, ni se daba por entendido, resolvió hacer las cosas de veras, es decir, una que fuese sonada.

Al efecto escondió un bastón de estoque en la habitación inmediata á la alcoba de sus padres, y, cuando éstos se hubieron echado á dormir la siesta, comenzó á dar largos paseos y grandes resoplidos, á tumbar muebles y á dar gritos, concluyendo por gritar á voz en cuello:

– ¡Mi estoque! ¡mi estoque! ¿dónde está mi estoque? que me voy á matar, que me mato, que me estoy matando; ¿dónde está mi estoque?

Terminó todo este estruendo con la presencia de los padres de Elías, los cuales, no bien hubieron llegado al sitio de la catástrofe, vieron á su hijo irse detrás de la puerta y salir, de allí á poco, estoque en mano, dirigiendo la punta de éste contra su pecho, en el instante mismo que la madre se interponía entre el arma y el suicida, quien al verse desarmado sintió tal furor que hubo de llevársele á la cama, en donde permaneció dos días con una convulsión nerviosa que daba lástima verle.

IV

Temerosos los pobres viejos de que su hijo llevase la cosa más adelante, consintieron en sus relaciones con la guarnecedora, en vista de lo cual Elías se casó con Berta, con gran contentamiento de todos.

Instalado tan ruin matrimonio en casa propia, cobrada y contada la dote de Berta y unos cuantos miles de durejos que á Elías le dieron sus padres el día de la boda, mi héroe pensó entonces en que la vida era un doble problema, los cuales había que aceptar y resolver de la mejor manera posible.

La vida ideal ó del alma, mediante el arte; la vida positiva ó del mundo y el cuerpo, mediante los negocios. ¡Había que transigir, en parte, con la impura realidad!

Obedeciendo á tan sabia idea, amuebló en su casa dos habitaciones: la una para el artista, la cual dejo descrita en los comienzos de esta verídica monografía; la otra para los negocios. Esta última estaba humildemente decorada; dos estanterías laterales llenas de legajos y carpetas amarillas, una mesa de pino sin barnizar y varias sillas de paja.

Elías completó estos aspectos de la vida con una feliz ocurrencia, tomada sin duda del misterio de la Santísima Trinidad: como literato siguió firmándose Elías Recio; como hombre de negocios se llamó Elías López, dos personas distintas y una sola verdadera.

Así pasaron los años; Recio traduciendo artículos del francés, que daba como originales, iba de mal en peor. Escribió varios dramas; el primero *El tejado de vidrio*, de Ayala, que redujo á un solo acto; otro titulado: *La milicia por si acaso*, tomado de tres dramas de Echegaray, y, por ultimo, *La tirria*, que es una comedia que se parece á *La última noche* como una gota de agua á sí misma. Todos ellos tuvieron muy mal éxito y no pasaron de la noche del estreno.

Pero el tiempo que perdía tan lastimosamente Recio, lo ganaba con creces el activo López prestando al mil por ciento con garantía, ya sobre sueldos á empleados, ya sobre fincas y valores del Estado á los particulares.

Cada año, López duplicaba su capital, mientras que á cada estreno, Recio recibía una silba.

Las gentes de letras, cada vez que leían un artículo de Recio tomado del francés ó alguna de sus producciones dramáticas, tomadas á propios y á extraños, decían:

– ¿Ha visto V. el drama de Recio?

– Sí, señor.

– ¡Ya no hay vergüenza en este país!

– ¿Por qué?

– Porque ese drama es una novela de Daudet.

– Pues ayer leí en *La Ilustración* un artículo de Recio traducido al pie de la letra de Zola.

– ¡Pero ese hombre no hace más que robar!

– Sí, señor; es un ladrón.

En cambio los clientes de López, cuando por casualidad se encontraban, solían decir, sobre poco más ó menos:



RECOGIENDO LAS REDES, dibujo de J. Wopfner

– ¿De dónde viene usted?

– ¿Y V. adónde va?

– Voy á casa de López.

– De allí vengo; y me atrevo á consejarle que no vaya, á no ser que esté V. mal con su dinero.

– ¡Ah, ya sé que es un bandido! pero, amigo mío, no tengo otro remedio; necesito fondos, mi honra está comprometida, y entre matarme y dejar que me roben, prefiero lo segundo.

– Pues le robarán á V., amigo mío, le robarán á usted, porque López es un ladrón.

– Sí, señor; un ladrón, ¡demasiado le conozco!

V

En casa de Elías eran, en cambio, muy frecuentes estas escenas:

– ¿El señor López?

– Sí, señor; pase V. á su despacho. Por aquí, á la izquierda.

. . . .

– ¿El señor Recio?

– Sí, señor; tenga V. la bondad de pasar adelante. Por aquí, á la derecha.

. . . .

– Vengo á suplicar á V. un nuevo plazo. El pagaré vence mañana...

– Ya sé, ya sé que vence mañana, pero no me es posible esperar más tiempo; necesito fondos, no tengo un cuarto y es preciso pagar mañana.

– Mañana no me es posible; dentro de quince días...

– ¡Dentro de quince días! De ninguna manera, ha de ser mañana, mañana mismo, señor Suárez.

– No dispongo de cantidad alguna.

– Procederé al embargo inmediatamente.

– ¡Si mi mujer se entera, señor López!

– ¿Y á mí qué me cuenta usted?

– Está enferma.

– ¿Y yo qué tengo que ver con eso, señor Suárez? ¿qué tengo que ver con eso?

– ¡Por mis hijos, señor López, por mis hijos, concédame usted quince días de término!

– Ni una hora, señor Suárez, ni una hora.

– ¿Es decir?...

– Que mañana, ó me paga usted ó le embargo hasta la cama.

. . . .

– Aquí me tienes, Recio.

– ¿Qué hay?

– Esta noche es la función en el teatro de la Alhambra á beneficio de la Cruz roja.

– ¿Y qué?

– Vengo á decirte que escribas alguna cosa, porque después del drama hay lectura de poesías.

– ¿Irá mucha gente?

– Sí.

– ¿Escogida?

– Escogida.

– ¿Habéis invitado á la prensa?

– Está invitada. ¿Contamos con una poesía tuya?

– ¡Pues no faltaba más!

– Hasta la noche.

– Adiós.

. . . .

Al día siguiente los periódicos decían:

«Un hombre llamado Suárez se ha suicidado esta madrugada en la calle de... dejando su mujer y cinco hijos en la más completa miseria.»

Y en otra columna de los mismos periódicos, dando cuenta de la función del teatro de la Alhambra á beneficio de la Cruz roja, leíase entre otras cosas:

«Mereció grandes aplausos una oda del conocido poeta don Elías Recio, titulada: *La Caridad.*»

VICENTE COLORADO



ANTIGUO PARQUE DE ROTTERDAM, dibujo de P. A. Schipperus



Fig. 1.—Tranvía eléctrico de la Exposición del Palacio de la Industria en Bruselas

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN BRUSELAS

Nuestros lectores tienen ya conocimiento de que se habían hecho varios ensayos de tranvías de tracción por medio de acumuladores; pues á su debido tiempo les dimos á conocer los experimentos practicados por M. Philippart en los años 1882 y 1883. Hoy podemos decirles que, merced á los adelantos que se han llevado á cabo en los acumuladores y motores eléctricos y al concienzudo estudio que se ha hecho de los numerosos detalles que el problema abarcaba, los ensayos han llegado á ser un hecho. En Hamburgo se ha inaugurado un tranvía con dos carruajes eléctricos, del sistema Julien, director de la sociedad de *Electricidad* de Bruselas. Por lo tanto creemos oportuno describir el sistema que se ha puesto en explotación, y darle á conocer á nuestros lectores, ya en sus constitutivos esenciales, ya en alguno de los pormenores que son más interesantes.

Cada carruaje es *automóvil*, es decir, lleva consigo los acumuladores y el motor que le imprime movimiento.

Los acumuladores están colocados debajo de las banquetas del carruaje y son en número de 96, distribuídos en 12 cajas, á razón de 8 cada una. Cada acumulador vacío pesa unos 10 kilogramos y contiene 17 placas; su capacidad es de 150 amperes por hora, ó sea 15 amperes por hora en cada kilogramo de placas, cifra muy superior á la que dan los acumuladores que generalmente se emplean para el alumbrado, que no necesitan ser ligeros como es indispensable lo sean en los tranvías. El peso total de las 8 cajas llenas de líquido es de 1,100 kilogramos, y con los 96 acumuladores se puede obtener una velocidad de 25 kilómetros por hora.

El tranvía, sin viajeros, pesa 5,370 kilogramos, y es capaz para 16 personas en el interior y once en cada una de las plataformas, si bien creemos que son muchos viajeros para tan pequeñas plataformas (fig. 1).

Los pormenores que más interesan son los relativos al sistema de construcción, á la carga y á las maniobras de los acumuladores.

Los acumuladores del sistema Julien son iguales á los del sistema Faure-Sellón-Volkmar, con la diferencia de que, en el primero, las placas están formadas por una aleación especial de plomo y antimonio que las hace inatacables por la acción de la corriente y les da más consistencia y duración. El jurado de la Exposición de Amberes ha calculado que pueden prestar servicio diario por espacio de seis meses; pero los ensayos hechos por la Compañía han demostrado que pueden durar más tiempo.

Las cajas, de 12 acumuladores cada una, están colocadas en un *banco de carga* (fig. 2), y las comunicaciones más convenientes para la carga se hacen automáticamente, por la parte de abajo, por medio de zapatas metálicas de resorte colocadas debajo de las cajas y enlazadas eléctricamente con los dos polos de la batería de acumuladores. Estas zapatas van colocadas sobre otras que están adheridas al banco y empalmadas con la dinamo de carga. En el interior del carruaje se encuentran unas zapatas semejantes, que establecen las comunicaciones necesarias, para lo cual basta mover la caja de los 12 acumuladores desde el banco de carga al carruaje.

Empléanse dos series de acumuladores; unos sobre el banco de carga, y otros en el carruaje. El reemplazo de unos con otros es muy sencillo. Cuando se ha consumido el líquido, basta colocar el carruaje frente al banco de carga, que está vacío, y retirar los acumuladores, después de haberse abierto los tableros laterales; se hace que el carruaje ande hasta que esté frente al segundo banco de carga, y se ponen en lugar de aquellos los que están llenos de líquido. Esta operación se hace en pocos minutos y no es necesario tocar á los hilos, pues las cajas son exactamente iguales. Tampoco ofrece dificultad alguna hacer la carga en los bancos. Se reparten los acumuladores en dos grupos, de 48 cada uno, en tensión, y se emplea una máquina dinamo á la que se hace dar de 100 á 110 volts. A fin de economizar el tiempo, se calcula casi el mismo para la carga que para la descarga.

El acoplamiento de los acumuladores en el carruaje durante el servicio, ofrece algún interés. Las cajas se colocan primero empalmadas de dos en dos, en tensión y de un modo invariable, formando así cuatro grupos distintos, de 24 acumuladores cada uno. Los dos extremos libres de cada grupo y los tornillos de empalme del motor van unidos á diez hilos que, en cada uno de los extremos del carruaje, terminan en un conmutador giratorio que efectúa las combinaciones siguientes:

Botón de reposo. Todos los circuitos abiertos.

Botón 1.° – Los cuatro grupos en derivación sobre el motor.

Botón 2.° – Los cuatro grupos, dos en tensión y dos en derivación, sobre el motor.

Botón 3.° – Tres grupos en tensión sobre el motor, y el cuarto en derivación sobre uno de los tres.

Botón 4.° – Los cuatro grupos en tensión.

Botón 5.° – Botón de igualación. Los cuatro grupos están enlazados entre sí en derivación á fin de que las cargas sean iguales, pero no comunican con el motor. Es la posición normal de espera durante las paradas.

Un manubrio de eje vertical permite que se tomen con gran rapidez las posiciones que se deseen y que sean necesarias. El primer botón sirve para hacer las paradas, y el cuarto para las marchas rápidas en los puntos en que el terreno esté llano y la vía sea recta. Los botones intermedios corresponden á velocidades y esfuerzos intermedios. El cambio de un botón á otro no se lleva á efecto, sino después de roto el circuito de la máquina, y esto evita que salgan chispas del conmutador.

El motor es una máquina dinamo con inductores en circuito, capaz de resistir una corriente de 100 amperes en momentos de reposo, y de 20 á 30 en marcha normal. Está colocada debajo del carruaje é imprime movimiento á las ruedas por un eje intermediario. El motor está unido con este eje por medio de cinco cuerdas de algodón y seda, y el eje lo está con las ruedas motoras por medio de una cadena de Gall que el inventor ha apropiado al efecto y que está sumergida en un baño de aceite.

Debemos señalar una particularidad de las barrederas. El colector, de 24 teclas, es doble y está compuesto de dos colectores distintos, respectivamente descalzados entre sí unos 18.° Una de las barrederas se apoya en uno de los colectores, y la otra en el otro; pero, en vez de estar diametralmente opuesto, para lo que eran necesarias mucha vigilancia y una gran precisión en el ajuste, el descalce hace que se hallen en la misma línea. Tan ingeniosa combinación tiene la ventaja de hacer pasar las barrederas sobre la máquina y de facilitar la regulación; puesto que es bastante que los contactos estén sobre una misma generatriz del colector, por lo cual puede asegurarse que están diametralmente opuestos bajo el punto de vista eléctrico.

El cambio de marcha se verifica por medio de un manubrio que dirige dos pares de barrederas, uno para la marcha en un sentido y otro para marchar en sentido opuesto, si se ha de hablar con propiedad; porque en los tranvías eléctricos no hay delantera ni trasera. El manejo de este manubrio opera á la vez el calaje conveniente de las barrederas y el cambio de corriente necesaria en la bobina ó carrete del motor.

El alumbrado se lleva á cabo por medio de dos lámparas incandescentes de 45 á 48 volts, alimentadas por 24 acumuladores en tensión, que de este modo están independientes de los diferentes acoplamientos de los acumuladores.

El conmutador de acoplamientos variables se halla dispuesto en dos, uno á cada extremo del carruaje, y se mueve por un manubrio que se puede cambiar de un lado á otro; y, á fin de evitar circuitos cortos interiores, mientras que uno de los conmutadores maniobra, el otro debe estar en el botón de reposo. Esto se consigue con mucha facilidad por medio de un engrane y de un espolón colocados sobre la manivela que no permite que se mueva el eje, sino cuando está en el botón de reposo. Y como hay un solo manubrio en cada coche, ha desaparecido toda posibilidad de peligro.

Estas son, á grandes rasgos, las disposiciones de los tranvías de tracción eléctrica, adoptados por la ciudad de Bruselas, uno de cuyos ejemplares funciona en la Exposición de ciencias y de artes industriales en el Palacio de la Industria.

Pero como, en la cuestión de la tracción mecánica de los tranvías, todavía esté dividida la opinión del mundo científico é industrial, no creemos oportuno asegurar que se halla definitivamente resuelto el problema con el sistema que dejamos descrito. Sólo debemos decir que el jurado de la Exposición internacional de Amberes ha declarado que es acreedor al primer lugar por las muchas ventajas que ofrece. La explotación regular en grande escala, en el trascurso de algunos años, nos ofrecerá ocasión de conocer sus económicos resultados y hará, como así lo esperamos, que se confirme la opinión favorable que sobre él ha dado el tribunal de Amberes.

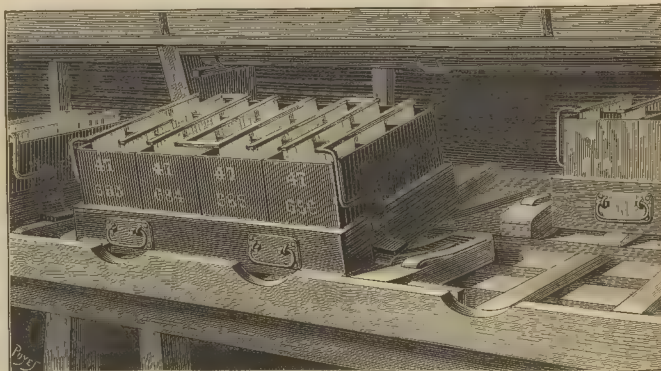
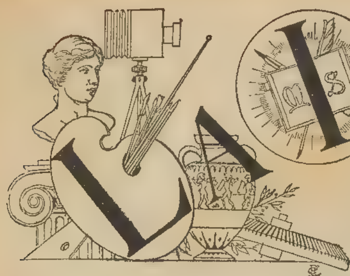


Fig. 2.—Banco de carga de los acumuladores del tranvía eléctrico

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 22 DE NOVIEMBRE DE 1886 — NUM. 256

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

HERMOSA, cuadro de E. Mélida

Esta deliciosa figura, obra de uno de nuestros más distinguidos pintores, ¿es el retrato de una mujer realmente simpática, ó es simple concepción de un artista que posee el secreto de la belleza? Opinamos lo primero y para ello nos fundamos tanto en la historieta que corre unida á esta obra, como en cierto aire de verdad, en cierto naturalismo que raras veces concurre en las producciones del arte cuando éste no tiene más límites que la imaginación. *Hermosa* titula el autor á esa mujer, y sin embargo hay en ella más de simpático, más de *atrayente* que de hermosa en realidad.

Dícese que esa *jembra* es una notable *cantaora* que en compañía de otra *artista* del mismo pelo concurrió á una cena en carnaval, con que cierto jugador favorecido por la suerte obsequió á varios aficionados al *cante*, entre los cuales se hallaba el autor del cuadro. *Hermosa*, por su aspecto melancólico y quizás por su misma falta de desenvoltura, interesó en su favor á los concurrentes, que trataron de explicarse su inesperado comportamiento. Ninguno, empero, penetró en los secretos de la vida de *Hermosa:* todo lo que pudieron recabar de ella es que tenía veinte años, que el único hombre por quien se interesara su corazón había muerto y que muertas se hallaban igualmente las ilusiones todas de su juventud perdida.

Y si esta historia resultare ser puro invento, conste, querido lector, que *como me la contaron te la cuento*, y que los sentimientos de la referida *cantaora* se hallarían, de ser verdad el hecho, perfectamente reproducidos en la obra de Mélida. Esta, cualquiera que sea su origen, es digna de la merecida reputación de su autor.

LA PEREGRINACIÓN á Nuestra Señora de las Nieves, en Zermatt, cuadro de R. Ritz

Si vuestra buena suerte os lleva algún verano á Suiza, no dejéis de encontraros el día 5 de agosto en Zermatt. Una vez allí, uníos á la romería que se dirige a la ermita de Nuestra Señora de las Nieves y presenciaréis un espectáculo edificante y pintoresco. En la cima de una montaña tan desnuda de galas como la ermita de Nuestra Señora, cuyo rústico vestíbulo decoran apenas algunas guirnaldas de hojas silvestres, á 2,558 metros de altura, cabe las ruinosas paredes de una especie de choza, cuyo carácter de santuario revela una tosca cruz de palo mal sujeta á unas tablas carcomidas; un religioso, todo fe, todo unción, habla la palabra de Dios á un pueblo que posee los inapreciables dones de creer y de esperar. Este festival religioso, sublime en su sencillez, imponente porque parece realizarse más cerca del cielo que de la tierra, ha inspirado á Ritz un cuadro digno del asunto.

El lugar de la escena, copiado del natural, causa de por sí profunda impresión. El espíritu de Dios parece flotar por cima de esa montaña, cuyas gigantes proporciones dan testimonio de su poder. La misma aridez del sitio hace que la imaginación no se distraiga poco ni mucho del objeto principal; y hasta la pobreza del santuario es imagen de esa fe, viva siempre en el pueblo suizo, que no necesita suntuosos estímulos para manifestarse á la altura de su importancia.

No están menos bien entendidos los diversos grupos de fieles que escuchan la predicación del religioso. Ni un solo personaje desdice del asunto, ni uno solo ha sido trazado con el simple intento de que llene un hueco; antes bien en su semblante, en su actitud, revelan, ya el fervor de que se hallan poseídos, ya la fatiga consiguiente á la penosa expedición; que también algún cuerpo se rinde por más que el espíritu se remonte á más serenas alturas.

Rafael Ritz ha demostrado no tan sólo un perfecto estudio del asunto que reproduce, sino el sentimiento profundo que en su corazón de artista debió producir esa manifestación de la piedad helvética.

DIAS SERENOS, cuadro de T. Gratz

Decía el inolvidable Olona: *¡Qué felices que son... los que lo son!*

Con lo cual quiso significar cuán difícil es apreciar la felicidad ajena.

El pintor Gratz será ó no será feliz, cosa que ignoramos por completo; pero en cambio estamos seguros de que tiene perfecta idea de la felicidad. Es más, la sabe representar, y si muchos que pueden hacerlo siguieran el ejemplo que les ofrece en el cuadro que reproducimos, casi casi pudieran exclamar: *¡Eureka!*

Con efecto, ¿quién no cambiaría su sitio, ó su sitial, en el mundo, cualquiera que fuese la elevación de su emplazamiento, por un pequeño lugar en esa barquita, donde tiene lugar una escena tan apacible, tan simpática, tan saturada de esa ventura tranquila que tiene por fundamento el amor á la familia?... El mundo está lejos, muy lejos, á lo menos el mundo de las pasiones borrascosas y de los placeres turbulentos. Pero ¿acaso el lugar, por estrecho que sea, en donde se reunen un esposo amante, una madre cariñosa y una hija robusta que paga con sonrisas inocentes las no menos inocentes caricias, no contiene todo un mundo?

Gratz lo ha comprendido así y nos lo ha dejado comprender con buen talento. Y aquí tenemos un ejemplo más de que no hay asunto vulgar para un artista que vulgar no sea. Copiar á la naturaleza no es sentirla; pintar agua, cielo, árboles, personas, puede hacerlo todo aquel que pinte; pero el mero hecho de pintar no hace al artista: el que merece este nombre debe en todas sus obras hacer vibrar la cuerda de un sentimiento. Si lo consigue, puede estar satisfecho. Y pues á cualquiera embelesa la escena pintada por Gratz, hemos de convenir en que su cuadro merece ser calificado de obra de arte.

ORILLAS DEL LLOBREGAT, cuadro de Masriera

En uno de nuestros números anteriores publicamos un *Olivar* de este mismo apreciable pintor, y al hacer su descripción nos ocupamos de su mérito artístico. El cuadro, cuya copia hoy incluimos, es una confirmación de nuestras opiniones, y nos depara nueva ocasión de tributar un aplauso al Sr. Masriera.



HERMOSA, cuadro de E. Mélida

LOS DIOSES SE VAN

I

Santiago de Galicia es una de las ciudades que tienen más color tradicional, aunque no ostenta tantos edificios antiguos y monumentales como Toledo, Avila, Salamanca y otras. La ciudad del Apóstol parece como que se ha quedado petrificada en la edad media y el carácter de sus moradores participa hasta cierto punto de este arcaísmo social.

Detrás de la Catedral hay un barrio en que abundan las casas solariegas, que son muchas y linajudas y con cuyos escudos de armas podría reconstruirse no sólo la historia galaica sino la española en general.

En una de estas antiguas moradas habitaba la condesa Armíldez de Padrón. Apenas contaba cincuenta años de edad, pero representaba algunos más. Su cabeza prematuramente encanecida, hacía resaltar el color apergaminado de su tez y la prolongación extranatural de su nariz de movibles cartílagos. Había quedado viuda á los treinta años, con dos hijos que educar y una exigua fortuna de que disponer.

Su marido, muerto en la flor de la juventud, después de haber llevado una vida poco edificante, dejóla solamente bastantes deudas, algunas heredades en el término de la ciudad, y la mansión señorial.

La condesa vendió todas sus alhajas, inclusa la vajilla hereditaria, y pagó las deudas. Dió sus tierras en arrendamiento y se redujo á vivir con las cuatro mil pesetas que la rentaban. Se encargó ella misma de la educación de su hija Ana, á fin de atender con más holgura á la de su hijo Enrique que debía llevar y sostener con decoro el título patronímico de la casa Armíldez de Padrón. Además de esta consideración, que labraba grandemente en el ánimo de la dama imbuida de nobleza, la complexión delicada y enfermiza de su hijo disculpaba hasta cierto punto esta preferencia maternal.

Había un gran contraste entre Enrique y su hermana; él era casi raquítico y de sangre empobrecida; Ana, por el contrario, fuerte y llena de vida, quizá porque siendo el primer fruto de una unión cuya savia se secó pronto, ella la absorbió toda. Tenía cuatro años más que su hermano y desde niña se desarrolló con facilidad y lozanía. Hallaba muy natural la predilección de la condesa hacia su hermano, primero por tradición aristocrática y además por buen corazón; de suerte que entre la madre y la hija habíase establecido una especie de pacto tácito para sacrificarse, si era necesario, al porvenir de aquel niño que llevaba el nombre de la familia.

Este sacrificio no fué inútil. A fuerza de precaución Enrique salvó las peligrosas crisis de la infancia, y merced á un arreglo doméstico que casi rayaba en la avaricia, pudo seguir la carrera militar é ingresar en el cuerpo de artillería.

La madre y la hija, aisladas en su antiguo caserón, vivían con lo estrictamente necesario, conservando sólo algunos trajes presentables para salir las menos veces posibles á misa ó á los oficios divinos, rehuyendo cuanto podían las relaciones sociales que hubiéranles ocasionado dispendios que no podían soportar.

Sin embargo, dos veces por semana, la condesa recibía á algunos buenos y antiguos amigos, que comprendían su situación, y que se reducían á dos hermanas de buena casa, viejas y solteras, á un canónigo de la Catedral, y á un coronel retirado perteneciente á la familia de Revillajijedo.

En estas tranquilas veladas, se hablaba, se jugaba á los *tres sietes* y algunos ratos Ana tocaba de afición el piano.

II

Cuando se tiene poco ó nada, cualquiera cosa sirve de distracción, y por eso la pobre

joven creía divertirse mucho con esta pacífica y monótona tertulia, gustábala oir á aquella sociedad de viejos hablar del tiempo pasado anatematizando el presente, y agradábanla aún más las noticias chismográficas referentes á la ciudad, que llegaban hasta ella como un eco.

A los veintitres años de edad, Ana era notablemente bella. Sus cabellos rubios tirando á rojos daban á su tez una expresión deslumbrante, que se asemejaba á la nieve de las montañas colorada por el sol naciente; su cuerpo magníficamente desarrollado armonizaba con su carácter expansivo y alegre, y aunque educada por su madre con ideas serias y preocupaciones de altivez y abnegación, conservaba algo de la adorable sencillez de la infancia.

Acostumbrada á la economía, habituada á la falta absoluta de diversiones, sólo deseaba ver contenta á su madre y adelantar á su hermano en su carrera, y como se creía feliz, se preocupó mucho cuando, sin saber cómo, sintió surgir en su espíritu un anhelo desconocido, una necesidad imperiosa é inexplicable.

¿Cuál era? he aquí el problema.

Se quedaba inmóvil y pensativa persiguiendo una idea sin fórmula; sus dedos se detenían si bordaba, ó permanecían parados sobre las teclas si tocaba el piano. Sus ojos permanecían obstinadamente fijos contemplando el vacío, hasta enardecerse como cuando se mira el fuego mucho tiempo. Experimentaba languideces incomprensibles, estremecimientos que serpeando por todo su cuerpo la repercutían en la nuca en donde sentía como un soplo caluroso. En una ocasión, haciendo su oración acostumbrada ante la imagen de un Niño Dios, parecióla que Jesús la sonreía y creyó sentir en sus labios un furtivo beso. La condesa y su reducida tertulia notaron el cambio de carácter de Ana, y una noche, mientras la joven ensayaba al piano una nueva pieza, tuvieron un conciliábulo en voz baja. – Yo creo, – dijo una de las solteronas, – que lo que Ana experimenta es un principio de vocación religiosa. Así empezó nuestra hermana mayor, con distracciones que son como primicias de próximo éxtasis.

– ¡Bah! - replicó el coronel, – esa es una suposición exagerada. La muchacha tiene los caprichos y movimientos propios de la edad.

– No, amigo mio, – observó la condesa, – en primer lugar mi hija no ha sido nunca caprichosa y además no es ya una niña.

– Pues eso es lo que tiene, – dijo con viveza el canónigo.

– Explíquese V., ¿qué tiene?—preguntó la otra soltera.

– Tiene… tiene… lo que todas las jóvenes; inclinaciones propias de su sexo.

– ¡Cómo! – exclamó la condesa, – ¿supone V. que Ana está enamorada?

– No, señora. Sólo la creo en ese estado de que habla San Agustín cuando dice: «Yo no amo todavía, pero amo el amor.»

Fué preciso convenir en que la suposición del canónigo era la más aceptable y cada uno quería expresar su pensamiento, lo cual hizo que elevando el diapasón, atrajesen la atención de Ana, que se levantó del piano y acercándose lentamente, pudo oir las postrimerías del siguiente diálogo, interrumpido al verla:

– ¿Por qué no piensa V. en casarla? - preguntó el canónigo.

– ¿Cómo, con quién? una joven pobre.

– Pues bien, yo conozco uno que está deseando casarse con ella, no obstante *su pobreza*.

Bajaron la voz. Ana vió que el sacerdote se expresaba calurosamente y que su madre hacía ademanes negativos.

Aquella misma noche, cuando se hallaban solas, Ana confesó á la condesa que había oído parte de la conversación, y preguntó sencillamente quién era el que deseaba casarse con ella. Su madre no titubeó en decírselo. Se trataba, en efecto, de un proyecto de matrimonio, respecto al cual habían hablado al canónigo. El joven que pretendía á Ana era el primer fabricante y almacenista de tejidos de lana de la ciudad, y pasaba por millonario.

– ¿Habrá V. rehusado? – preguntó aquella.

– Naturalmente, – contestó la condesa, – la hija y la hermana del conde Armíldez de Padrón no puede ser la señora de Cardaliza.

Luego repuso:

– Puesto que hemos tocado este punto, debo decirte lo que yo pienso y á lo que creo debes atenerte. Según las leyes modernas, tú tienes derecho á compartir el pobre patrimonio que nos resta, lo cual no es bastante para que puedas contraer un enlace conveniente, y casi no te queda más esperanza que encontrar algún Cardaliza que pretenda esclarecer un tanto su origen, comprando á una joven de buena cuna.

– Pero yo no aceptaré jamás, – dijo Ana con altivez.

– Conozco la nobleza de tus sentimientos; por tanto no he querido oir las proposiciones de ese almacenista. Tendré además el valor de proponerte un gran sacrificio. La pensión que paso á tu hermano no es suficiente para sostener su rango, lo cual influye mucho en su carrera. Es preciso, pues, que nos resignemos á echar mano de nuestro pequeño capital, aun cuando esto disminuya tu parte de herencia. ¿No te parece que será digno de nosotras el reconocer el derecho de primogenitura, abolido por gentes que no tienen idea de lo que vale y representa un nombre ilustre?

III

Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas, y esta vez sabía porqué tenía necesidad de llorar. A la idea del matrimonio, un velo se había desgarrado en su pensamiento, sintiendo confusamente el origen de sus melancolías. Al oir á su madre, experimentó una especie de deseo no formulado, pero más concreto que sus vagas languideces, y al mismo tiempo surgía en ella una esperanza halagadora de la felicidad, á la que la decían debía renunciar. Fuéla, pues, preciso un gran esfuerzo de voluntad para acallar la voz de su corazón, tanto más persuasiva por cuanto la oía súbitamente.

Tuvo este valor heroico, y enjugó sus lágrimas. Supo hallar una energía ciega, para ponerse á la altura del sacrificio de que se la creía capaz.

Tranquila y grave, no dejando adivinar su emoción más que por la contracción de su boca y el parpadeo de sus ojos, con una expresión de orgullo satisfecho y de dolor reprimido, alargó la mano á su madre, no con el abandono de hija que busca caricias, sino con ademán casi augusto; y como si prestase juramento, dijo con voz firme:

– Madre, he comprendido. Estoy orgullosa de conocer las severas leyes del deber. No me casaré nunca.

Algún tiempo después, como si á la condesa no la quedara ya nada que hacer en el mundo, cayó gravemente enferma.

Trascurridos dos meses estaba desahuciada. Momentos antes de morir, miró á su hija con ansiedad; esta comprendió el último pensamiento de la moribunda, y junto aquel lecho que era casi un féretro, renovó su solemne promesa.

– ¡Gracias, hija mia! – murmuró la condesa. – Ahora cúmplase la voluntad de Dios.

El conde, que estaba presente, y que como habituado desde niño á la abnegación de los demás, era un tanto egoista, aceptó el sacrificio de Ana sin oponer la menor resistencia, creyéndose sólo obligado á decir:

«¡Pobre hermana mía!»

– Es verdad, – repuso la condesa. – Perdóname, hija de mi corazón. Tú sabes que te amo también. ¡Ah! ¿qué va á ser de tí?

– No se inquiete V., madre mía; si me quedo huérfana, me refugiaré en Dios.

– Sí, hija, Dios es un esposo que no puede morir.

Y dichas estas palabras, las facciones de la agonizante se iluminaron de beatitud, y exhalando como suspiros de satisfacción se dejó caer en la muerte; pero momentos antes aun tuvo fuerzas para murmurar con un acento que se asemejaba á un eco:

«Escucha, Ana: el convento de la Concepción Jerónima de Madrid, es fundación de las casas de Rivas, de Maceda y de Armíldez de Padrón; allí te recibirán sin dote, ¿comprendes? sin dote.» Así murió aquella madre sublime de egoísmo y de abnegación.

IV

Algunos meses después, Ana tomó el velo en el susodicho convento, con el nombre de *Sor Tránsito*, cediendo todos los bienes que la correspondían á favor de su hermano. Cuando este fué á Santiago á asuntos de testamentaría, el canónigo que había sido amigo de su madre le dijo:

Señor conde, me parece que su hermana de V. no tiene entera vocación religiosa.

– Yo creía que sí.

– Yo propuse á la señora condesa un buen partido, un joven honrado y riquísimo que amaba á Ana; pero sufrí una repulsa.

– Mi madre era excesivamente severa en punto á nobleza; no lo extraño. Yo no participo de tan exageradas preocupaciones.

– Pues aun es tiempo. Ana no ha profesado y el señor de Cardaliza la recuerda con sentimiento. Además esta unión puede ser provechosa á V. para adelantarle en su carrera, pues aquel es influyente y va á ser elegido diputado.

– Mi hermana no me ha hablado nada sobre el particular. Merece pensarse, ¿qué diablo? es preciso transigir con las ideas actuales.

Ana fué consultada y se negó á dejar el convento.

«Nada, pues era verdadera su vocación,» pensó el canónigo.

Y he aquí cómo el sacrificio de la pobre joven no fué comprendido ni apreciado por nadie.

Sor Tránsito, en su clausura, tenía la dulce compensación de haber cumplido un deber para ella sagrado. Este elevado sentimiento, lleno de beatitud, suplía en cierto modo á la vocación que la faltaba; pues aunque era piadosa, no hasta el extremo de sentir ese místico amor que florece á la sombra de los claustros. Tenía una encarnacion demasiado robusta y una imaginación harto viva, para poder experimentar la exaltación de la fe que conduce al éxtasis; esa fiebre de devoción que consume el corazón en la llama de sueños delirantes; esa comunión deliciosa con el infinito, en cuyo fondo se arroja el alma desvanecida; pero en cambio, hallaba una serenidad profunda en la conciencia de su sacrificio.

Consiguió resignarse á las duras exigencias de su nueva vida, á las incesantes oraciones, á los ayunos, al reposo interrumpido por los oficios y en fin á la adoración abstracta y perpetua.

Alguna vez sentía el recuerdo del bien á que había renunciado, bien tanto más atractivo por cuanto sólo le entrevió vagamente, enriqueciéndole con los esplendorosos colores de su fantasía. Soñaba con los inexplicables deseos que la habían inquietado, y estudiando el recuerdo, lo comprendía, no obstante su candor, así como también las misteriosas revelaciones de la naturaleza.

Había podido amar y ser amada; esposa y madre á la vez. Toda una existencia distinta á la que llevaba, una existencia íntima, familiar, tiernamente expansiva y fructífera…

A haber tenido verdadera vocación religiosa, no la asaltarían estos pensamientos; de suerte que, según ella, no debía procurar vencerlos. Además donde no hay dolor, privación, contrariedad y lucha, no existe mérito alguno. Cuanto menos predispuesta á la vida monástica, mayor era su merecimiento en aceptarla, é imbuida por esta idea se ensimismaba en sus recuerdos y aspiraciones, y clavándolos en la mal cerrada herida de su corazón, experimentaba una cosa parecida á las voluptuosas torturas de los mártires.

Con el tiempo sus impresiones se amortiguaron; la costumbre despuntó un tanto las espinas de su cilicio moral. La adormecedora monotonía del convento extinguió uno por uno los ecos de la vida exterior, que repercutían aún en el corazón de la joven religiosa. Ana se fué trasformando poco á poco en *Sor Tránsito*, plegándose al sin número de prácticas que ocupan todos los instantes y absorben todos los pensamientos. Su salud se desvaneció en el aire claustral y con la fatiga de las oraciones interminables, de las genuflexiones repetidas y de las postraciones sobre las heladas losas del templo. Su sangre, antes tan rica, que desbordaba de juventud, se empobreció bajo la influencia de alimentos poco nutritivos, de vigilias y maceraciones. Huyeron de su rostro los colores, y sus mejillas enflaquecidas se envolvieron en el sombrío crepúsculo de las tocas virginales.

Su pensamiento se modificó como su cuerpo, y á medida que se afinaba físicamente, sus ideas se desprendían de la realidad para absorberse en la contemplación de un mundo místico.

V

Un solo pensamiento mundano subsistía aún en ella, un resto de noble orgullo palpitaba en la alegría de decirse que su sacrificio había sido útil al nombre de los Armíldez de Padrón. Las noticias que de vez en cuando recibía de su hermano, avivaban este último fuego humano. Merced á su título, y habiendo salido de la oscuridad, aunque á costa de su patrimonio, el conde ascendió á teniente coronel, y estaba agregado al Estado mayor de un capitán general muy influyente. En la guerra de Africa obtuvo una condecoración y próximamente debía ser nombrado para el puesto militar de una embajada importante.

Sor Tránsito se complacía en pensar en estos honores mundanos que recaían en su familia, á los que unía la memoria de su madre feliz y satisfecha en la vida de la eternidad, experimentando á consecuencia de estos pensamientos un bienestar moral, que atemperaba sus fervores y arrebatos místicos. A veces suspendía sus meditaciones religiosas para recordar á su hermano, jóven, inteligente, dichoso, casi nacido á la existencia y á la prosperidad, gracias á su abnegación. Se le figuraba casado con una mujer digna de él, heredera de un gran nombre y de una buena fortuna, renovándose en el porvenir el glorioso escudo de armas y la antigua sangre de los Armíldez de Padrón.

Sor Tránsito, embelesada en estas ideas, sentía estremecimientos de alegría, hallando muy justo que su sacrificio hubiese servido para tan grandes fines.

Un rayo de dolor hízola despertar de estos hermosos sueños.

Un día recibió una carta de su hermano; carta seca, sin explicación ninguna, participándola solamente el hecho inaudito, la noticia monstruosa de que el conde se había casado con la hija de un comerciante en curtidos, de las Islas Baleares, millonario y *judío*.

Fué tan terrible el golpe que *Sor Tránsito* estuvo á punto de perder hasta la fe. No podía admitir que la justicia divina hubiese permitido tal abominación. ¿Para esto se sacrificaron incesantemente su madre y ella? ¿Para esto renunció al mundo, á su misión de mujer, á sus aspiraciones más naturales?

Los sufrimientos, las luchas, las privaciones, los heroísmos, ¡¡todo, todo había sido inútil!!

Ella entrevió todos los goces y los ahogó en la idea del deber; ella combatió y subyugó sus aspiraciones tan deliciosas y tan legítimas, el amor, la familia, los éxtasis maternales; estos goces que reaparecían en su imaginación más vivos, más intensos que nunca; ella se había martirizado en el cuerpo y en el espíritu, suicidándose lentamente: ¡y su hermano pagaba tantos dolores con una infamia!

¡La hija de un judío! se había unido á la hija de un judío; había mezclado su sangre con la sangre de los enemigos de Dios; él, el conde Armíldez de Padrón, el hermano de Ana que rehusó la mano de un hombre cristiano y honrado; él, el hijo de aquella que le había sacrificado su bienestar, su hija, y quizá hasta su vida consumida prematuramente!

Atormentada por estas ideas se despertaron todos los comprimidos rencores de Ana, librando íntima batalla en el corazón de *Sor Tránsito*; esta pedía cuenta á Dios de su fe estéril; aquella, de las alegrías del mundo que le habían sido arrebatadas.

Exhaló un grito de rebelión y de protesta; un solo grito, pero que bastó á consumir todo su ser.

VI

Notándose en la comunidad la falta de asistencia de *Sor Tránsito* al segundo oficio matinal, subieron á la celda y halláronla tendida en tierra, inanimada, convulsa,



ECHENA.—Apunte para su último cuadro

presa de un ataque cataléptico, con los ojos fijos, las manos crispadas y el cuello hinchado.

Dos horas después tuvo un momento de calma, pero sus nervios debilitados por las exigencias monásticas, sin fuerzas para resistir aquella crisis espantosa, estallaron en lesiones orgánicas, que terminaron con un anonadamiento.

En este estado tiró algún tiempo. No pensaba ya, ni apenas conocía. Parecía como que rezaba, pero harto se advertía que era por costumbre é inconscientemente.

En los últimos días recobró un tanto la voz; se la oía rezar, pero sus oraciones eran un murmullo monótono sin entonación ni sentido; había caido en esa rutina religiosa que aconseja Pascal cuando dice: «Embruteceos.»

En el instante de su muerte, *Sor Tránsito* experimentó una lucidez relativa; pues en medio de sus oraciones, ó mejor dicho divagaciones, dejaba escapar frases en que se revelaban pensamientos mundanales y dolorosas decepciones.

«¡Haber hecho tanto para nada!... ¡La hija de un judío!... ¡Nobleza, mentira!»

Pasóse la mano por los ojos, como para enjugar una lágrima ó desvanecer una odiosa imagen, y recobrando un resto de su pasada energía, pronunció estas últimas palabras:

«¡Los sacrificios inútiles son quizá los más hermosos!»

JUAN SEVILLANO Y URDIGA

EL BESO

(Conclusión)

Y era cierto que Antonio se aburria en Córdoba, se aburría tanto que una noche, en la calle del Conde Gondomar, vió una muchacha asomada á una ventana, y por distraerse, se aproximó á hablar con ella. En honor de la verdad debemos decir que tuvo un motivo ó una disculpa, según quiera entenderse, y fué que á la luz de un farol cercano, no sólo vió que la cordobesa tenía buenos ojos, sino también que se parecía mucho en la boca á su adorada Anita; tanto que esta circunstancia le hizo pensar con insistencia en el beso que su novia de Sevilla le había prometido.

Antonio recibió carta de esta á vuelta de correo. Anita le decía en ella que estaba muy triste, que había tenido como un amago de fiebre y concluía con este párrafo que parecía un tanto extemporáneo:

«Antonio de mi alma, sé que me quieres bien, que en mí has apreciado más que mis pobres prendas físicas, mis cualidades morales; sé que sobre todas las cosas tú amas mi corazón que es enteramente tuyo.»

Antonio contestó á esta carta con otra en la que se desbordaba su amor, y en la que, con referencia al párrafo antes citado, se expresaba así: «Nita de mis ojos, te repito lo que algunas veces he dicho á mi padre: si Anita es linda, tanto mejor, pero esto es secundario. Yo amo en ella su honradez, su ingenuidad; rica ó pobre, fea ó bonita, la amaría del mismo modo. Yo anhelo con preferencia el cariño del corazón;» y á este propósito, Antonio que era aficionado á versos, recordaba á su adorada, estos que ya la había recitado algunas veces:

Ven á mí, yo no anhelo hermosura,
No desea mi pecho ¡amor mío!
Más que el alma, el amante albedrío,
La fe pura, la llama inmortal...

Trascurrieron algunos días sin tener Antonio contestación á esta poética carta; por fin, al tercer correo, recibió una escrita por una amiga de Anita, en que decía que ésta había estado en cama; pero que, aunque débil todavía, se hallaba ya convaleciente. Antonio se sobresaltó con esta inesperada nueva, y aunque, al parecer, la enfermedad de su amada había cesado, pidió permiso á su padre para ir á Sevilla. «Ten paciencia, muchacho,—le dijo aquel;—pasado mañana se termina nuestro negocio, y al día siguiente nos largaremos los dos.»

Antonio escribió á Anita una amorosísima epístola y se resignó á esperar; pero ¡cosas de España! el *negocio* se retardó seis días más.

El joven deliraba de impaciencia.

IV

Al cabo llegó el día feliz, y aunque el tren corría rápidamente hacia Sevilla, parecíale á Antonio que caminaba á paso de carromato. Para mayor dolor hubo descarrilamiento junto á Tocina, que, aunque leve, produjo un retardo de hora y media.

Llegados á Sevilla, el joven tuvo que comer en compañía de su padre en la fonda del café Suizo, luego acompañarle á su casa y dejarle acostado; así es, que al encontrarse dueño de sus acciones exhaló un hondo suspiro de satisfacción.

Antonio se encaminó á la calle de Flandes, pasó por delante de la casa de su amada, y no vió luz en ninguno de los dos pisos. Esta era buena señal; Anita había salido, luego hallábase restablecida de su enfermedad El edificio tenía poco fondo, el tiempo estaba casi caluroso, las vidrieras de los balcones y ventanas, entreabiertas, y no era probable que á las diez y media de la noche la familia se hubiese acostado. Enterado de las costumbres de esta, el joven no vaciló, pues supuso dónde estaría su novia, y torciendo la esquina de la calle, siguió á lo largo de la de Santa Ana, deteniéndose frente á una casa situada en el comedio de aquella. Este edificio, como la mayor parte de los de la antigua Sevilla, sólo tenía piso bajo y principal; el primero estaba oscuro, porque aun no había llegado la época de habitar en los patios trasformados en estrados; pero en el principal veíase luz, á través, no de los cristales que estaban abiertos, sino de grandes cortinas de lona corridas sin duda por causa del airecillo que soplaba La puerta de la calle se hallaba herméticamente cerrada.

—Lo más tarde que salen es á las once,—pensó Antonio;—poco tendré que esperar.

Y comenzó á pasear por la acera de enfrente.

Luego se detuvo á mirar á los balcones de la casa. De vez en cuando, alguna sombra se proyectaba en las cortinas, con esos caprichosos contornos de todas las sombras que se mueven, y en una ocasión, el enamorado joven creyó reconocer la gentil silueta de su adorada. Mientras esperaba con cierta impaciencia, se entretuvo en edificar castillos en el aire que, á medida que pasaban los minutos se iban resumiendo en este monólogo del momento próximo:

«No tarda ya diez minutos en salir: ¡cómo se va á alegrar y á sorprender cuando me vea! ¿Me dará el beso que me prometió? Vaya que sí; Nitita es muy virtuosa, pero también muy formal...

Se oyó ruido en la puerta de la casa.

—Ya salen,—dijo Antonio lleno de emoción,—y se separó algunos metros andando calle arriba. Con efecto, dos señoras y un sacerdote salieron de la casa y se dirigieron hacia la calle de Flandes El joven los siguió á alguna distancia.

«¡Qué friolera se ha vuelto Nita!—pensó Antonio.—¿Por qué llevará esa *nube* en la cabeza, haciendo tanto calor?

Anita, pues era ella, iba tapada hasta los ojos; pero si ocultaba su cabeza, descubría en cambio á los ávidos ojos de su amante, el cuerpo más gracioso y más andaluz que pudiera imaginarse. La luna escondiéndose tras un nubarrón poco denso, dejó la calle como envuelta en una neblina plateada, y á esta indecisa luz, el joven admiraba el esbelto contorno de su adorada, cuya falda de color claro, parecía compuesta de plegados rayos, que la luna al ocultarse, había prendido en ella. Antonio, que como sabemos, estaba algo *picado* de poesía, no pudo menos de recordar estos versos de Espronceda:

Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanco ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisara mullidas alfombras
Deslízase leve sin ruido su pie.

V

Anita, su madre y su tío entraron en su casa.

Un rato después, Antonio silbó dos veces de un modo particular, según costumbre, para prevenir á su amada; y hecho esto, empezó á vagar por el barrio, esperando á que la familia de esta cenara y se recogiera.

¡Qué rato aquel tan rico de emociones! ¡Qué visiones tan esplendorosas pueblan el aire de la juventud! Se cuenta que un ayudante de campo oyó palpitar el corazón de Napoleón, al empezar la batalla de Jena; pues de seguro, el del enamorado joven no latiría con menos fuerza durante aquellos momentos de espera.

Trascurrido un cuarto de hora, Antonio creyó que ya era tiempo, y se aproximó á la casa de Anita; pero aun tuvo que aguardar. Vió que salía luz por las rendijas de los balcones, ya cerrados, y supuso que aquella estaba ayudando á desnudar á su madre.

Por fin la luz se extinguió casi simultáneamente en el piso de la casa y en el cielo; porque las nubes iban siendo cada vez mayores y más compactas. La calle de Flandes se hallaba casi en tinieblas, pues el único farol que hay en ella, estaba en la esquina opuesta.

Antonio creyó oir ruido y se acercó á la reja.

Mientras se abría lentamente el cierre de cristales de la ventana, el joven oía zumbar en su pensamiento una cosa parecida á arrullos de nidos y rumores de besos.

El contorno de Anita se diseñó en la penumbra. Aun llevaba envuelta su cabeza en la nube. Como esto es lo clásico en semejantes circunstancias, creemos superfluo advertir que el interior de la casa estaba á oscuras.

—¡Nita de mi alma!—dijo Antonio—¡Gracias á Dios! Me parece que hace un siglo que no te veo; esta ausencia me ha probado que no puedo vivir sin tí.

—¿Quién sabe?—murmuró Anita.

—¿Y lo dudas? ¿y me vuelves á ver con esa tranquilidad?... pero, ante todo; palabra obliga, cúmpleme tu promesa, déjame que cobre el pagaré vencido.

—Antonio!

—Nada, Nitita, el beso.

—¿Eres siempre el mismo?...

—El mismo, tenaz é inmutable, inmutable en quererte mientras viva... El beso.

—Pues, bien, sea, dijo Anita quitándose la nube y aproximándose á la reja.

Casi al mismo tiempo, la luna, saliendo de entre un denso nubarrón, brilló clarísima en un trecho de cielo azul y dió de lleno en el semblante de la joven; Antonio, con el corazón palpitante, casi incrustó su cabeza entre los hierros, pero la retiró horrorizado y tan sorprendido como si hubiera visto á un sol hundirse en una sentina.

Anita estaba trasfigurada. Uno de sus ojos se ocultaba entre un cerco que parecía una costra pulverulenta. Las mejillas, antes tan finas y tan suaves, estaban manchadas por dos rosetones de color de lodo, uno de los cuales se prolongaba hasta la boca, cuyo labio superior levantado dejaba ver el alveolo dental, como una llaga reciente.

La Madona se había trasformado en cariátide; la viruela negra pasando por aquel rostro, antes tan bello, marcó en él su huella pustulosa.

Antonio sintió un vértigo, exhaló un grito, asió los hierros de la reja con sus crispadas manos; y dejando aquel sitio, torció rápidamente la esquina de la calle de Santa Ana, llegó de una carrera desalada á la Alameda de Hércules y cayó jadeante al pie de la columna de Vikinims.



ECHENA.—Apunte para su último cuadro

Antes, en la calle de Flandes, junto á aquella ventana abandonada, también Anita, ahogando un sollozo, había caído desplomada al suelo.

VI

Poco tiempo después, una noche Antonio pelaba la



LA PEREGRINACIÓN Á NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES EN ZERMATT, cuadro de Rafael Ritz



DIAS SERENOS, cuadro de T. Gratz

pava con la muchacha cordobesa de la calle del Conde Gondomar. Dos casas más arriba, en la del conde de T.. C..., había concierto en el que alternaba la música extranjera con los aires del país. En el momento en que los enamorados de la reja se hallaban más embelesados en ese suave cuchicheo que se asemeja al ruido de la brisa entre las frondas de los bosques; un *cantador* aristocrático, como que descendía de D. Alonso de Aguilar, entonó la siguiente soledad:

¿A qué hablar de corazones
En las pláticas de amor?
Si amor entra por la vista
¿Qué le importa el corazón?

Antonio oyó esta copla y sintió en el suyo una punzada parecida á un remordimiento.

F. MORENO GODINO

LA HOJA DEL ÁRBOL

POR DON VICENTE COLORADO

I

Estamos en los últimos días del invierno; el sol, menos perezoso, abre más pronto las ventanas de oriente y desaparece más tarde por las puertas del ocaso.

La atmósfera, tibia y transparente, envuelve á la tierra con la suavidad y dulzura de un suspiro de amor.

El bosque se extiende en la llanura semejante á una muchedumbre de espectros cuyos descarnados brazos se elevan al cielo como suplicando vida, luz y calor para sus ateridos cuerpos.

Entre otros, un árbol, colocado en la parte meridional de la selva y próximo á un caudaloso río que, cual cinta de bruñida plata, atraviesa á lo largo todo el valle, alza su tronco rugoso y macizo empenachado de infinitas ramas como él desnudas y escuetas

Arriba, en lo más alto, sola y aislada de las demás, una ramita, tan larga y bien modelada como el dedo de una Venus, dirige al cielo su extremidad superior como si á él apuntase queriendo hablar y mirar á un tiempo mismo.

Esta actitud, ¿es voluntaria?

¿Mira realmente al cielo?

¿Habla acaso?

¿Quizá ve?

Si deseáis saberlo, venid, venid al bosque antes que luzca el día.

La ramita parece hallarse triste entre las sombras de la noche; toda ella, como bajo el peso del dolor, se halla inclinada hacia la tierra; la escarcha que la cubre cae en menudas y líquidas gotas al suelo; cualquiera, al verla, diría que está llorando.

Ved; su última lágrima coincide con la aurora.

¡Con qué dulce movimiento, girando sobre sí misma, se levanta, se eleva y se vuelve en dirección á ese punto rosado y luminoso que aparece en la extremidad oriental del espacio!

¡Pobre ramita!

¡Quién duda que siente cuando así llora!

¡Quién duda que vive cuando así gira!

¡Quién duda que ve cuando así halla lo que desea!

II

El primer rayo del sol, vibrando en el espacio, atravesó el ambiente, y cayendo sobre la desnuda rama, la estrechó contra su seno haciéndola palpitar con sus besos y caricias.

– ¿De veras me quieres? – decía la ramita al rayo de luz, devolviéndole halago por halago, caricia por caricia y beso por beso.

– ¿Y tú lo dudas? ¿Por quién, sino por tí, hago que la luz todos los días aparezca en el horizonte un poco más temprano y, apenas llegado al oriente, bajo del cielo á la tierra tan de prisa, tan de prisa, que sólo el pensamiento puede igualarse conmigo?

La rama parecía sonreir.

– ¿Has llorado? – exclamó el rayo de sol secando con su cálido aliento el húmedo cuerpo de la rama.

– Paso unas noches muy tristes, dijo esta última suspirando; el frío me entumece y la oscuridad me da miedo. ¡Oh, cuándo llegará un día sin ocaso, un día eterno, sin crepúsculo ni sombras, para no separarnos nunca, nunca, y vivir eternamente juntos, estrechados y confundidos en un inacabable y dulce beso de amor!

Las horas transcurrían y el amoroso idilio se prolongaba con las horas, mirando la ramita por la mañana al oriente, al cenit al medio día y por la tarde al ocaso.

Cuando el sol iba á trasponer el horizonte y el crepúsculo vespertino se acercaba,

– Adiós, adiós; decía el rayo de sol desprendiéndose de los brazos de su amada: y ambos, cambiando su última caricia, se daban el postrer beso.

– Adiós, adiós; gemía la ramita, al propio tiempo que, extinguiéndose la claridad del crepúsculo, volvía tristemente á inclinarse hacia la tierra sobre la cual vertía en abundantes lágrimas la escarcha de la noche.

¡Pobre ramita!

¡Quién duda que sufres cuando así lloras!

¡Quién duda que vives cuando así giras!

¡Quién duda que sientes cuando así amas!

III

De esta suerte transcurrieron los últimos días del invierno; el rayo de sol venía cada mañana más pronto y, ahuyentando las sombras de la noche, desaparecía más tarde en el ocaso.

Dios no ha querido que sea estéril para el amor cuanto en el mundo existe; los ojos tienen miradas de fuego, ardientes suspiros el pecho y abrasadores besos los labios; el cielo tiene el sol, la luna y las estrellas que miran con amor á la tierra, y la tierra tiene ríos, lagos y mares que miran con amor al cielo; las raíces son los lazos del amor que unen la planta á la tierra; la flor guarda en su seno la semilla como la madre guarda al hijo en sus entrañas; quien mira los ojos del ser amado se encuentra en el fondo de ellos como si quisieran decirle que detrás de los ojos vive y en el pensamiento anida y dentro, muy dentro del alma le ocultan y le llevan, para no separarse de él un solo instante.

¡Dios no ha querido que sea nada de cuanto en el mundo existe estéril para el amor!

Ya las noches eran breves y cortas como lo son las ausencias de apasionados amantes; la primavera sonreía al mundo, el rayo de sol amanecía más amante y la ramita descansaba menos triste durante la noche, arrullada por dulces ilusiones.

Una mañana, al cambiar uno y otro su primer saludo, la ramita se adelantó mostrando al rayo de sol, en medio de su seno, un botoncito verde semejante á una esmeralda, que al brillar parecía sonreir y, al agitarse, mecido por el viento, parecía saltar de gozo y de alegría.

– Aquí tienes al hijo de tu amor, – dijo la rama todavía convaleciente de los dolores del alumbramiento.

El rayo de sol besó á uno y á otra con inefable trasporte y, aquella tarde, al separarse de ellos, el botoncito se había convertido en una hoja pequeña como una almendra, brillante como la luz y alegre como una sonrisa.

La rama, nutriendo á su hijo con la savia de sus venas, le dió á éste cuerpo y vida, y el rayo de sol, vivificándole con su luz y su calor, infundió en la hoja aliento y alma

El hijo de tan ardiente y apasionado amor crecía, crecía y crecía hasta cubrir con su cuerpo el de su madre, la cual devolvía al rayo de sol en su hijo los besos que aquel la daba por el mismo conducto.

La hoja, el rayo de sol y la rama vivieron así largo tiempo, gozando en la primavera de la tibia y perfumada brisa del campo y adormeciéndose en las ardientes siestas del estío llenos de amor, de felicidad y de esperanzas.

IV

A las templadas brisas siguen los helados cierzos, á la juventud la vejez, la pena á la ventura, tras de los largos y claros días vienen las largas y sombrías noches y á la bulliciosa vida sucede la callada muerte.

Llegó el otoño y, con él, los vientos fríos y los días tristes; la tierra parecía recogerse en sí misma; el cielo se envolvía en crespones y la naturaleza entera, revistiendo esas líneas cortadas y angulosas de la senectud, semejaba, después de tanta vida, un inmenso cadáver.

La ramita del árbol volvió á inclinarse hacia la tierra mostrando por toda ella las arrugas de la vejez y la inmovilidad de la muerte.

Nuevamente la escarcha cubría su cuerpo y á la mañana sus lágrimas rodaban á la tierra.

El rayo de sol se helaba en el espacio, y muchos días, muchos, las nubes le robaban á su vieja y amada ramita, la que en vano le buscaba en toda la extensión del horizonte.

La hoja, triste y enferma, comenzó á palidecer; la sangre se le helaba en sus complicados filamentos y, falta de fuerzas, tuvo necesidad de reclinarse en el seno de su madre para no caer.

¡Pobre hoja! su pálido rostro se tornó amarillo, sus fuerzas se agotaron del todo, y, una tarde, el viento la arrancó de los brazos de su madre para arrojarla á una vida de azar y á un mundo para ella desconocido é ignorado.

– ¿Dónde me llevas?

– Anda, – la decía el viento sacudiéndola con violencia y rugiendo con sorda ira.

Arrastrándose por la húmeda tierra se alejó del bosque; ya no veía ni un árbol; la ramita desapareció á su vista para siempre.

¡Sí al menos el rayo de sol estuviera allí, á su lado, para consolarla y acompañarla en tan doloroso camino!

Sola, en medio de las sombras y azotada por el viento corría sobre la húmeda tierra sin descansar ni detenerse un momento.

– ¿Dónde me llevas?

– Anda, anda; – silbaba el viento cada vez más fuerte é impetuoso.

– Pero ¿dónde?

– Anda.

Y ya no corría, volaba describiendo gigantescos círculos que, estrechándose, se comprimían para estallar después con espantoso estrépito.

– Anda, anda, – seguía diciendo el viento, cuando, de pronto, se halló cogida la hoja por una de sus caras y arrastrada con movimiento más igual y constante, pero no menos rápido y vertiginoso.

Había caído en el río.

V

Al asomar el día en el horizonte, el rayo de sol, pálido y vacilante de dolor, contempló en el bosque á la desnuda rama llorosa é inmóvil, y allá, á lo lejos, sobre las ondas del río, la amarillenta hoja, la cual flotaba á merced de la corriente como el cadáver de un náufrago á quien las olas del mar traen y llevan de un punto á otro sin arrojarle nunca á la costa

Parte de la noche y toda la mañana caminó la hoja del árbol sobre las aguas, como en otro tiempo la cuna de Moisés sobre el Nilo.

Pasado que fué el medio día, una ráfaga de viento la llevó á la orilla y la internó en la tierra, en donde el rayo de sol la secó con el calor de su aliento.

Ya enjuta cobró agilidad y fuerzas y, meciéndose á compás del viento y avanzando en la misma dirección que soplaba, llegó al término de un jardín, traspuso la cerca y comenzó á correr por sus enarenadas calles.

Era la caida de la tarde; el jardín en que la hoja se hallaba rodeaba, como un cinturón de encaje, á una hermosa casita de dos pisos con altas galerías de cristales y esbeltas columnas de madera artísticamente entalladas.

Absorta en la contemplación de este nido humano, para ella desconocido, la hoja sintió de pronto la dura presión de un pie que sobre ella se detuvo estrujándola contra la menuda arena.

(Continuará)

DESECACIÓN DEL LAGO COPAIS

Aunque el arte de llevar á cabo las desecaciones, no pueda llamarse en rigor una aplicación moderna de la ciencia del ingeniero, sin embargo, ya ha entrado en el terreno científico, que es el único que puede señalar el término que ha de durar una obra y llevarla á cabo con mayor rapidez y economía. Si se trata de arrebatar grandes terrenos al mar, como así se ha llevado á efecto en el mar de Haarlem, se han de construir fuertes diques y agotar el agua contenida en el espacio cerrado por ellos; pero si se pretende desecar lagos ó pantanos que estén en terreno firme y se hallen más elevados que un río inmediato ó la costa del mar, hay necesidad de abrir grandes zanjas para recoger las aguas, teniéndose que practicar á veces túneles en las colinas próximas al sitio que se ha de desaguar. Este método se empleó para el desecamiento del lago Fucino y es también el que se emplea para el saneamiento del lago Copais, en Grecia. Las operaciones más importantes para el desecamiento de este último se han llevado á cabo con feliz resultado; pues, inaugurado el canal el 12 de junio último, á presencia del ministro francés de Obras públicas y de los representantes del Gobierno helénico, se ha logrado desecar, temporalmente, todo el lago, y de una manera definitiva una gran parte de su superficie; por lo que creemos oportuno ocuparnos de los trabajos al efecto empleados

Condiciones geográficas. – El Copais, situado al N. de la ciudad de Tebas, es un gran pantano cubierto de plantas acuáticas en una superficie de 25,000 hectáreas, y está alimentado por los torrentes del Cefiso, del Hercino, del Pontgia, del Lofis y de otros que nacen al norte del Parnaso y del Helicón y que, si bien en la estación del estío apenas llevan agua, en el invierno algunos son muy caudalosos y temibles por sus avenidas. El nivel del lago empieza á subir, todos los años, en noviembre; continúa ascendiendo durante el invierno, y llega á su máximum en el mes de abril, empezando ya en esta época el descenso. En el verano, se encuentra seco el pantano, y sólo está cubierta de agua una gran hoya que se encuentra en medio del lago y que está de ordinario, de 94,40 á 95 metros de altura sobre el nivel del mar, no pasando de los 97ᵐ aun en la época de las mayores crecidas. Este desecamiento es debido, en parte, á la evaporación, que anualmente es de 1ᵐ,50 de la profundidad del agua del pantano, y en parte á los *katavothros*, especie de canales subterráneos abiertos naturalmente en el fondo del mismo y que filtran el agua en el interior de la tierra ó la arrastran al mar, según la naturaleza de la atracción. Estos *katavothros* están situados, en su mayor parte, al E. del lago.

El fondo del lago está formado por una capa de arcilla plástica impermeable sobre la que se encuentra otra de limo ó cieno Esta, cuyo espesor varía de 2 á 4 metros, es un verdadero *humus* que resulta de la mezcla de los despojos vegetales con los sedimentos que arrastran los torrentes; y, según varios análisis practicados en el laboratorio de la Escuela de puentes y calzadas de París, sobre muestras sacadas de diferentes sitios del lago, es un verdadero abono fosfatado con mezcla de nitrógeno. Las orillas del lago así como la parte que queda seca en el verano, vienen explotándose hace muchos años, bien para prados, ó bien para tierras de cultivo. Pero tan dilatada capa de agua, aunque de poco espesor, exhala tan peligrosos miasmas, á causa de las materias orgánicas que allí se encuentran en abundancia, que la fiebre palúdica ha llegado á hacerse endémica en las poblaciones próximas, y causa muchas víctimas en los niños, determinando una anemia incurable en los adultos.

Los grandes trabajos que se están practicando hoy día, pondrán en manos de la agricultura 25,000 hectáreas de terreno muy fértil; sanearán una comarca que se extiende á 20 kilómetros de las orillas del lago; harán que disminuya la mortalidad de los niños, y darán más vigor á la



EL COMERCIO, figura del monumento que ha de elevarse en Valencia al Marqués de Campos, por Mariano Benlliure

raza y á la densidad de la población.

Proyectos de ejecución. – Los proyectos de M. Pochet que fueron aceptados definitivamente por la Compañía, son de dos clases: unos que tienden al *desecamiento* propiamente dicho y comprenden los diferentes canales parciales y principales, y otros que tienen por objeto el riego de los terrenos saneados.

Trabajos de desecación. – 1.° Canales laterales. – Son tres: el gran canal de circunvalación, el de Melas y el de aguas interiores. Los dos primeros están destinados á recoger las aguas de los afluentes del lago, y el último las aguas pluviales.

a. – El gran canal de circunvalación tiene una longitud de 33 kilómetros y recoge los afluentes de las regiones E. y S. del lago, que ya hemos anteriormente indicado.

Estos torrentes no tienen las mismas accidentaciones en su curso; pues, al paso que el Cefiso, el Pontgia y el Lofis son tranquilos, el Hercino es muy impetuoso; y estas diferencias, que son indudablemente debidas al suelo de las capas que atraviesan, ofrecen la ventaja de no efectuarse las crecidas al mismo tiempo en todos ellos ni de que puedan rebasar por lo tanto sus aguas á las del canal que las recoge. Este canal, cuyas paredes tienen una inclinación de $^1/_4$, ofrece la figura de un trapecio que forma un lecho menor y la longitud de sus paredes varía de 9 á 22 metros según las diferentes secciones y que es bastante para conducir los 161 metros cúbicos que por segundo pueden suministrarle los torrentes en cualquiera época de crecidas. Las aguas descendentes van á parar á unos arroyos que se encuentran á los lados de sus paredes.

Esta solución ha sido de mayor economía que la proyectada por M. Sauvage, pues sustituye con un gran canal de circunvalación por la orilla derecha á los dos que él pretendía que se hicieran, uno á la derecha y otro á la izquierda.

b. – Canal de Melas. – Este canal, que consiste en una rectificación, y en algunas partes en una excavación del primitivo lecho del Melas, está destinado á recoger las aguas de la hoya superior del Copais y del Cefiso, 15 metros cúbicos de agua por segundo en época de crecidas, M. Pochet ha conseguido por medio de la elevación de los terraplenes de la orilla derecha y haciendo diques en los puntos más bajos, preservar esta parte de las inundaciones del Cefiso que, mientras duren los trabajos, desaguará en el Melas, á fin de poderse hacer en seco el lecho del canal de circunvalación. El canal de Melas está cortado, en el kilómetro 19'500, por unas compuertas, cerca de las cuales se ha abierto un canal secundario que recibe la mayor parte de las aguas y las conduce al canal emisario general que va á parar á la bahía de Karditza. Las aguas restantes desaparecen en el antiguo lecho del Melas y el katabothro de Kefalari. La longitud total del canal es de 29 kilómetros.

c. – Canal de aguas interiores. – Este canal se ha de practicar á lo largo de la orilla del Sur; será suficiente para trasportar cinco metros cúbicos de agua por segundo, y tendrá una longitud de 25 kilómetros.

Estos dos últimos canales se reunen en uno antes de llegar al canal principal, del que se halla separado por unas compuertas que tienen bocas de desagüe.

Los primeros trabajos representan excavaciones y terraplenes de 2.135,000 metros cúbicos, repartidos en la siguiente forma:

Gran canal de circunvalación, y diques de este y de los canales afluentes. . . .	1.660,000 m.
Canal del Melas y derivación del Cefiso. . .	156,000 »
Canal de aguas interiores.. . .	319,000 »
Total.. .	2.135,000 m.

Aunque la Compañía haya tratado principalmente de terminar primero la línea de canales principales á fin de conseguir el desecamiento definitivo de una parte del lago y poderle entregar cuanto antes al cultivo, no por eso ha desatendido las demás obras, como así lo comprueban la derivación del Cefiso y el dragado del Melas, que se encuentran casi terminados.

2.° *Línea de canales emisarios.* – Esta línea tiene por objeto conducir las aguas del lago al mar, pasando por los pequeños lagos de Likeri ó Hylicus y del Paralimni.

Comprende:

a. – Un canal de 2,800 metros de longitud y un túnel en Karditza de 672 metros de largo y 46 metros de sección, con objeto de conducir las aguas del Copais al Likeri. En las figuras 1 y 3 pueden verse estas dos obras. La tercera representa un túnel de piedra, de 16 metros de abertura, practicado sobre la zanja para dar paso al camino que de Tebas va á Karditza; y puede dar salida á un raudal de 138 metros cúbicos de agua por segundo, que es la mayor cantidad que pueden suministrarle los canales que en él desembocan. Después de haber salido del túnel, la zanja recorre 815 metros y desagua en el lago Likeri que



ORILLAS DEL LLOBREGAT cuadro de J. Masriera

se encuentra á 90 metros de altura sobre el nivel del mar. Para llevar á efecto estos trabajos, se han tenido que extraer 342,000 metros cúbicos de tierra y piedra, y se han tenido que vencer grandes dificultades debidas á la insalubridad del terreno y á hallarse muy distantes de toda población.

Ya hemos indicado que estas obras se inauguraron el 12 de junio último, á presencia del conde de Mouy, ministro de Francia, de varios individuos de las Comisiones militares, marítimas y de obras públicas, de la estación naval francesa, de varios representantes del Gobierno helénico, y de los periodistas que representaban á la prensa.

A la cabeza del canal se instaló una toma de agua provisional del sistema Camere, como las que hoy se emplean en las esclusas del bajo Sena, al efecto de cerrar el canal después de verificado el desagüe y de poderse llevar á cabo las reparaciones que fuesen necesarias. Cuando se abren las compuertas de la cabeza del túnel, las aguas se precipitan por el canal subterráneo con gran fuerza, pues entre el canal por donde vienen y éste hay un desnivel de $3^m,40$, lo cual representa una pendiente de $0^m,005$; pasan luego en cajonadas por un lecho de 15 metros de anchura y de 2 á 5 de profundidad, y van á parar después al lago Likeri. El nivel de éste era de $0^m,60$ á $0^m,70$, por término medio, desde el 12 al 14 de julio en que se llevó á efecto el desagüe; habiendo bajado el Copais desde los 96'65 metros á que se encontraba sobre el nivel del mar á 94'86, y quedado casi descubierto su fondo. Después de cerrados los portones, se observó que las piedras del canal y el revestimiento del túnel habían resistido perfectamente los ímpetus de la corriente.

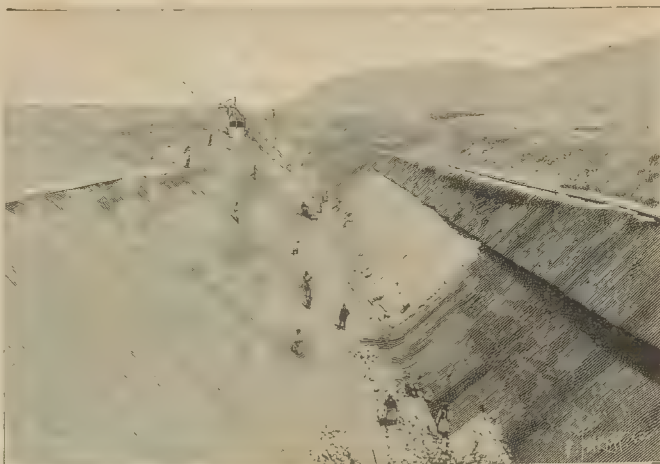


Fig. 1. Vista de la gran zanja del canal emisario de Karditza

b.—Desaguadero de Moriki. – A fin de conducir al lago Paralimni el sobrante de las aguas del Likeri, cuando lleguen á los 80 metros, que es el nivel máximo, se ha practicado un desmonte en la garganta de Moriki dejándola rebajada á una altura de 79 metros en una anchura de 50. El trabajo está casi terminado, y el canal quedará cerrado con compuertas.

c. – Túnel de Anthedón. – Esta obra tiene por objeto desaguar al Paralimni, que se halla á una altura de 55 metros sobre el nivel del mar. Su sección es de 16 metros cuadrados, y su longitud de 860 metros. Las calizas grietadas que atraviesa en la mayor parte de su trazado, hacen necesario un revestimiento de piedra. La galería del túnel y la parte superior é inferior del canal se encuentran ya terminadas, y toda la obra lo estará á fin del año actual.

La elevación de 55 metros que hay entre el lago Paralimni y el mar procurará una fuerza disponible de 12,000 caballos de vapor que podrán emplearse, ya en establecer un centro industrial en terrenos de la Compañía, ya en trasmitir la fuerza y la luz por medio de la electricidad.

Lo adelantados que ya se encuentran los trabajos, hacen suponer que la línea de los canales principales podrá funcionar con regularidad muy pronto y que se podrán recoger las aguas del invierno.

Trabajos de riego. – El riego en Beocia, como en todos los países cálidos, es un medio poderoso para activar la vegetación de las plantas; así que el valor del agua está en relación con el del terreno. En los alrededores de Tebas, al precio de arriendo de una hectárea de terreno, que es de 500 á 600 francos, hay que añadir 400 francos más por el arriendo del agua. Por lo tanto el riego es de una importancia capital en los terrenos desecados del lago Copais; pero, como el único río de corriente constante es el Melas, que sólo arrastra un caudal de agua de dos metros cúbicos por segundo, y los demás riachuelos sólo llevan agua en la época del invierno, ha sido necesario recoger las aguas del invierno en un gran depósito general, para poderlas destinar á su debido tiempo al riego de los terrenos que se desequen. A este efecto se ha destinado el lago Likeri después de haberse tapiado con piedra los muchos catabothros que en su fondo había, á fin de que en él se conserven estancadas las aguas. Esta operación que se ha llevado á cabo cuando el lago tenía poca agua



Fig. 2.—Plano del lago Copais y de la región comprendida entre el mar y el lago (Tomado del periódico francés *La Nature.*)

y se descubrían los catabothros principales, ha dado importantes resultados en la práctica, sobre todo, después que, á consecuencia de las obras realizadas, se ha abierto á la explotación el canal emisario de Karditza, de que hemos hablado.

M. Pochet ha conseguido depositar las aguas en el lago Likeri, que está á 80 metros de altura sobre el nivel del mar, y obtener de este modo un declive conveniente entre los dos lagos consecutivos, sin haber tenido necesidad de profundizar el lecho del Likeri. Un túnel que atraviesa la colina de Hungara pondrá al Likeri en comunicación con el Paralimni que está á 55 metros de altura sobre el mar; su longitud será de 1,030 metros, y servirá de canal de alimentación para una fábrica hidráulica establecida á la boca de salida del mismo. Esta solución, mucho más económica que la ascensión de las aguas por medio de máquinas de vapor, ya por la carestía del carbón en Grecia, ya por la dificultad de hacer funcionar allí una máquina de vapor de más de 2,000 caballos de fuerza, se completará con la construcción de un canal de riego que nacerá á los 109 metros de altura sobre el mar, y pasando por la llanura de Leugina y el puerto de Karditza, entrará en el terreno perteneciente á la Compañía; vadeará luego las orillas S. y O. del lago y terminará en San Dimitri, en la bahía de Degli, después de haber recorrido 45 kilómetros, en una pendiente de $0^m,20$ por kilómetro.

De la galería de Hungara, se hallan ya abiertos 300 metros de longitud; la zanja que la precede está también terminada, y de la que la sigue hay hecha una tercera parte.

De este modo, la Compañía podrá disponer para los riegos de un caudal contínuo de 6 metros cúbicos de agua por segundo, dos de ellos tomados del Melas, y de 2 ó 3 eventuales que puede suministrar el Cefiso en los años de lluvias; y esta cantidad de agua servirá para el riego de 10,000 hectáreas.

El terreno es muy á propósito para el cultivo del algodón, del maíz y del trigo, como así lo enseña la experiencia de las poblaciones limítrofes. Los rendimientos que se obtienen en la vega de Livadia, á pesar de la pobreza de su suelo, son considerables, y serán indudablemente mucho mayores los que se obtengan en los terrenos vírgenes del Copais, muchos de los que son unos excelentes abonos fosfatados. Varios son los cálculos que se han hecho sobre las utilidades que puede reportar el cultivo del Copais. En 1848, M. Sauvage las hacía subir á 4 650,000 dracmas en una superficie de 9,000 hectáreas de cultivo; el coronel griego Papa George, en 1867, las redujo á 4.000,000 en igual superficie; y M. Moulle, en su Memoria de 1879, las fijó en 10.000,000 de francos en una explotación de 20,000 hectáreas. Los trabajadores necesarios para este terreno tan vasto, se pueden hallar, primeramente en las poblaciones vecinas, algunas de las que, como las de la llanura de Livadia, cultivan ya unas 2,000 hectáreas de las orillas del lago; y otras, que como las de la Locrida, labran terrenos pobres. También es de suponer que, en vista de los buenos resultados que se han obtenido con el desecamiento del lago Fucino, muchos de los italianos que emigran á la América del Sur y que pueden calcularse en unos 10,000 al año, se animarán á pasar á Grecia y dedicarse al cultivo de los terrenos desecados. Y por último, pueden hallarse en las poblaciones griegas del Asia Menor.

La Compañía es de opinión que dentro de tres años quedarán terminadas todas las obras, y esto mismo hacen suponer los ventajosos resultados hasta ahora obtenidos; pero antes de que esto tenga lugar, hay necesidad de luchar con los inconvenientes que para su realización presentan la naturaleza y el clima, que como decía M. Pochet en el discurso de la inauguración del emisario de Karditza, «es un verdadero combate, aunque en el nombre no lo parezca, pues tan colosal obra causa muchas víctimas que, no por ignoradas, dejan de ser menos heroicas.» Grecia no olvidará los grandes esfuerzos del autor y de los colaboradores de obra tan necesaria y conveniente, y es de creer que se vean coronados con la feliz terminación de un trabajo que hasta ahora se había considerado imposible. – G. R.



Fig. 3.—Entrada superior del canal emisario de Karditza

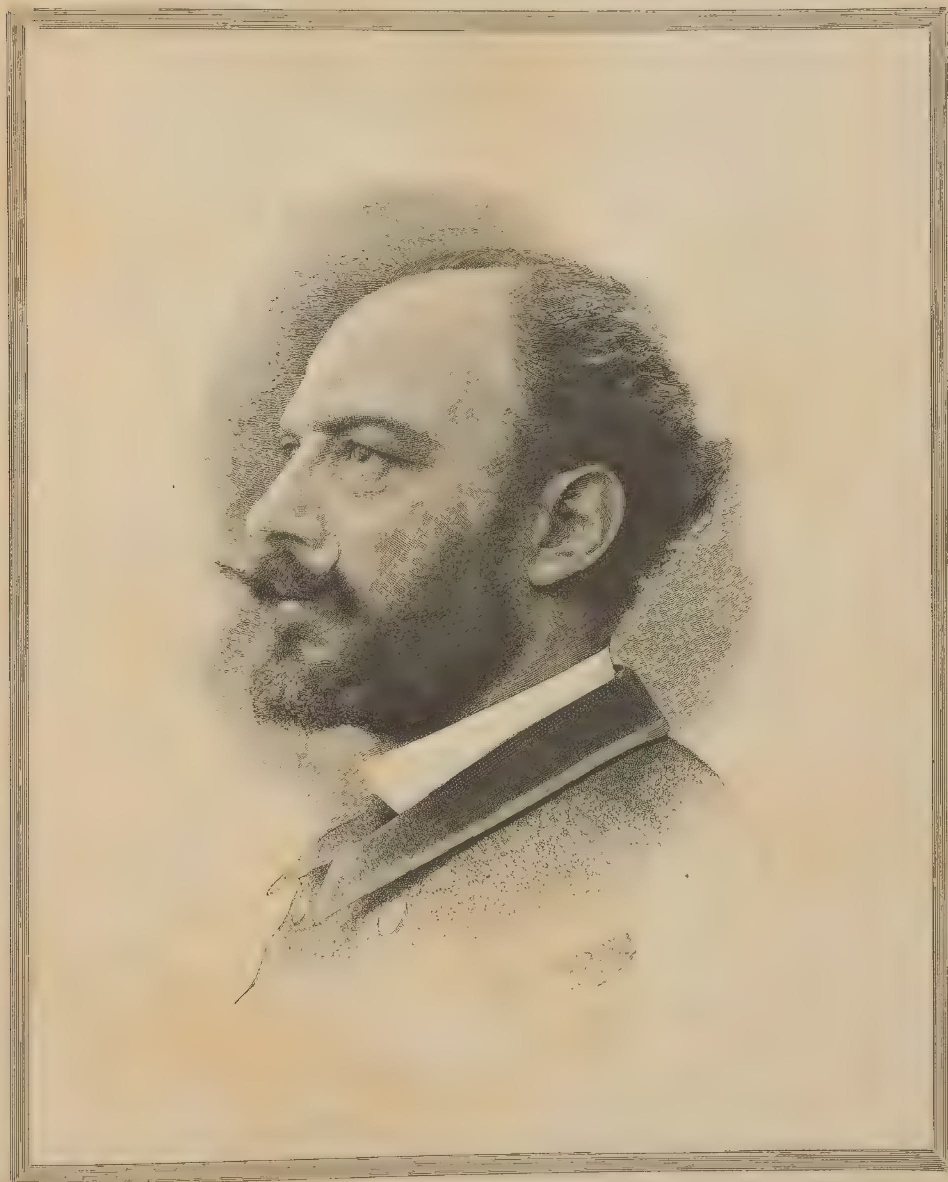
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 29 DE NOVIEMBRE DE 1886 — NUM. 257

NUMERO EXTRAORDINARIO.—REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES.—BALDOMERO GALOFRE Y SUS OBRAS



BALDOMERO GALOFRE, copia de una fotografía, grabada por Sadurní

SUMARIO

BALDOMERO GALOFRE

Escribo estas líneas cuando aun suenan los ditirambos de unos, los distingos ó las francas censuras de otros. El pintor Galofre, de regreso á su patria, abre su album ante los artistas apiñados junto á él en el salón Parés, y conforme vuelve las hojas, va desprendiéndose de ellas unas veces el acre olor de la naturaleza rústica, otras, la esencia sutil de un arte elegantísimo, ó el hálito ardoroso de aquella Italia de los pintores napolitanos, relumbrante, alegre, é impregnada de seductora poesía. Los espectadores admiran ó discuten, pero todos se enardecen; comparan y distinguen, pero todos pronuncian la frase consagrada:

—¡Qué temperamento!

Y en realidad, el pintor es todo un temperamento esencial y positivamente artístico, donde se funden la arrebatada valentía y el fogoso desenfado con la sensibilidad profunda y una ejecución vigorosa: sangre ardiente, nervios irritables y tenues, y musculatura de acero. Cada una de estas cualidades produce obras de diverso, y aun opuesto estilo; ayudándose mutuamente, la riquísima variedad que admira el más prevenido, en la exposición Parés.

Galofre exhibe en ella grandes y pequeños cuadros al óleo, paisajes y testas en claro-oscuro, marinas á la aguada, apuntes de figura á pluma, cróquis de animales á lápiz: todos los procedimientos, todos los géneros, y todos los estilos. El pintor vació sus carteras, sin guardar en ellas receloso el menor trazo; franco y leal, con la infantil ingenuidad de su carácter, muestra cuánto es, y cuánto vale, de modo que nos permite conocerle en la intimidad, como el amigo que, abriendo su bufete, nos enseñase desde los pergaminos y escrituras hasta los sobres de las esquelas que escribió aquella mañana.

Sea cual fuere el concepto ulterior que nos sugieran las obras, gran condición nos parece desde luego su variedad, la desenfadada franqueza en la exhibición, y el don de apasionar á los inteligentes y galvanizarnos á todos con un espectáculo artístico.

***

Descuella en aquel temperamento el amor intensísimo á la naturaleza, amor panteístico de nuestro siglo, exaltado por una imaginación vivaz, y exacerbado por el anhelo nunca satisfecho, siempre palpitante y casi diré jadeante, de quien aspira á penetrarla, fundirse con ella, arrancarla sus secretos. En punto al sentimiento y poesía de sus colores, Galofre, arrebatado de semejantes ansias, acierta unas veces con la eterna verdad, otras se extravía por el camino de lo fantástico. Su amor al natural, cuando robusto y enérgico, produce aquellos paisajes admirables al carbón, donde trasmite impresiones tan distintas como la de una transparente charca perdiéndose entre húmeda arboleda, ó una puesta de sol en melancólica llanura erizada de malezas, que cruzan, arrebujados ya en las sombras, un buey y un pastor. El sentimiento de la naturaleza, no divorciado de la ejecución, firme y exacta, palpita en aquellas páginas trazadas con gran simplicidad de recursos, y con áspera sublimidad. Del propio modo en el gran cuadro al óleo, el *Ave María*, en que se nos ofrece igualmente el color exacto del natural, sobrio y esfumado, acierta el pintor en los tonos con vivacidad y vigor verdaderamente notables. ¡Qué luz tan intensa! ¡qué dorado fulgor el de aquel ocaso, incendiando el lejano horizonte que recorta la negruzca llanura á lo infinito bajo un cielo de un azul pálido y melancólico magistralmente pintado! En aquella *playa de Nápoles*, otro cuadro que si no supera iguala por lo menos al anterior, la fidelidad de los colores, unida á la riquísima variedad de matices en cada objeto, en cada figura, diestramente modeladas todas, la esplendidez del cielo, la suave brillantez del mar que lame con mil lenguas de espuma y ondas de nácar los recodos de la costa, producen un conjunto de verdad tan viva y seductora que embelesa y maravilla.

Mas conforme se vuelve la vista á los demás cuadros, se observa que el pintor se divorcia lentamente y paso á paso de la sólida verdad, por cierta fascinación y embriaguez que causan en su naturaleza de artista más fúlgidos tonos, más viveza de luces. En su cuadro al óleo donde figura una nodriza vigilando á dos niños, todo adquiere la nitidez vibrante de la cámara oscura, y desde el cielo arrebolado hasta la última hoja, están pintados con aquella intensidad de visión que deslumbra y alegra, que fascina, pero que inquieta el ánimo como la primera intrusión de la fantasía en el uso del color.

En las varias *Marinas*, donde Galofre osado, agitadísimo, pretende trasmitir al papel toda la braveza de las olas encrespadas, chispeando heridas por el sol ó teñidas con los tonos siniestros de la tempestad, asombra realmente, pero se aumenta la inquietud. Una sensación de color, aguzada, sutilizada hasta su último límite, le lleva todavía más allá en sus tablas «Una carrera de gitanos á caballo» y el «Séquito de una boda.» En ellas parece derramó el autor á puñados chispas de fuego; centellean los más nimios adornos con microscópicos destellos, brillan en los rostros, en los trajes, en los más insignificantes pormenores, tenues y casi imperceptibles matices de ígnea viveza. ¡Qué hechizo tan singular el de aquellas iluminadas miniaturas, pero cómo en ellas se convierte la pintura en deleite refinado de los ojos, al modo que los cinceladores de versos convierten la poesía en deleite del oído! Por mi parte, prefiero sin vacilar la fusión de ésta con la verdad externa de los objetos, alcanzada magistralmente en los paisajes al carbón, y en los cuadros al óleo que más arriba cité.

***

Galofre, como dibujante, más espontáneo y apasionado que concienzudo, se muestra tan vario é inagotable en su estilo como en el color. ¿Quién creería que fuesen de una misma mano aquellas testas vivaces, de expresión enérgica, de trazos duros, la mirada penetrante, el alma en el rostro, si se las compara con los delicadísimos perfiles de las escenas de gitanos? Allí la simplicidad grandiosa, aquí la rara distinción. No puede darse mayor limpieza en acertar con la línea característica, unas veces con nimio esmero, otras con incorrecta fogosidad. En los apuntes principalmente, el perfil aparece firme y seguro, como sorprendido sin previos tanteos, y á pesar de esto, palpitante de movimiento y gracia. Un simple trazo traslada toda una postura instantáneamente arrancada á la vida; el gesto de las figuras es variado como ella, y como ella siempre nuevo; los grupos, en la más breve composición, se rebullen con animación inusitada, vivificados por la inquieta impresionabilidad del artista. Aunque pudieran señalarse incorrecciones visibles en algunos dibujos, principalmente en las testas al carbón, nada valen estos pormenores. ante la aptitud saliente de arrebatar, así á la naturaleza animada, como á la naturaleza muerta, su forma esencial y distinta, con facilidad incomparable y del primer golpe.



ESTUDIO *(del natural)*

***

Galofre es poeta. Hay siempre en sus composiciones algo imaginado, algo sentido que es difícil indudablemente separar del sentimiento y la imaginación exclusivamente pictóricos, pero que va más allá de lo que estos alcanzan con sus medios adecuados. Esta condición explica la especial fascinación que ejercen sus obras en el ánimo de los no inteligentes, y con cuánta facilidad le perdonan algunos defectos ya señalados, principalmente en el uso del color. Apenas hay cuadro suyo que no comunique al espectador la vibración nerviosa que estremece al artista; en bien pocos, el lugar, la hora, el panorama, el asunto, carecen de valor ideal ó dejan de sugerir algo que no siempre cabe en la pintura, pero que abre camino al comentario poético. En el *Ave María*, no le basta la elección del crepúsculo vespertino, ni la serenidad infinita de la horizontal; á trueque de prolongarlos con exceso, le es fuerza dar su valor á los penachos de humo de los hogares, como símbolo de la oración que se remonta tranquila al cielo en una atmósfera diáfana. Las barcas de sus pescadores llevan todas atado al descuido en la carcomida proa, el correspondiente ramo, poética costumbre italiana harto común, pero aquel ramo seguramente no es para el artista una nota más, y un detalle airoso del natural; cuelga de él el recuerdo de aquella poesía vívida, desenfadada, verdaderamente popular de los meridionales. Galofre me enseñaba apuntados en su cartera algunos rótulos de barcazas napolitanas, con la fruición de quien lee en aquellos nombres y dedicatorias picarescos y graciosos, la historia íntima de un pueblo. Había entre otras, una inscripción recogida en las desvencijadas tablas de una lancha que naufragó, donde algunos compañeros del patrón grabaron groseramente, á modo de epitafio, esta sencilla frase: *¡Pòvero marinaio!* Bastábale á Galofre tan lacónico mote para concebir toda una elegía; era para él como un sollozo.

No sólo la elección de ciertos asuntos, sino la de los espectáculos de determinadas clases, arguye en Galofre temperamento poético singular. El mar y su gente que, según parece, le embelesan tanto, ¿no constituyen toda una región, por cierto extensísima, del mapa de la poesía? Nuestros chalanes andaluces, en sus cosos y en sus bodas, atraen sin duda al autor, no sólo por pintorescos, sino por vehementes y geniales y afines por tanto con su carácter expansivo y rebelde á toda sujeción. Galofre, sin embargo, no parece partir su cariño con predilección alguna. Bien claro dicen sus numerosísimos cuadros, que ama todo el natural sin distinción de géneros ni clases y con universal afecto, y que su ansia indecible consiste en dar relieve y forma plástica al alma palpitante de las cosas, cualesquiera que estas sean. Lograrlo universalmente, ¿quién lo ha logrado? Pretenderlo tan sólo, engrandece al artista.

J. YXART

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA (1)

I

A mediados de noviembre de 1856, regresaba á Paris el Excmo. Sr. Duque de Osuna y del Infantado de una expedición á Plombières y Baden-Baden, cuando se vió agradablemente sorprendido con el nombramiento de embajador de España en la corte del Czar de todas las Rusias. Habíale yo acompañado en la excursión veraniega, como secretario particular que era desde su último viaje á Lóndres en el año anterior, y como una cosa es andarse de fiesta en regocijo en países libres y en climas seductores y otra encaminarse á la región de los cuervos al entrar los frios, tuvo la deferencia de preguntarme si sería gustoso en acompañarle en su misión diplomática. Faltóme tiempo para aceptar, guiado por mi afición á novedades y á ver mundo, pero luego me asaltaron en tropel infinidad de reflexiones capaces de alterar la resolución de un ánimo prudente ó por lo menos utilitario. Hacía algún tiempo que residía en Inglaterra, y estaba acostumbrado á respirar en una atmósfera físicamente nebulosa; pero políticamente de las más claras y diáfanas de Europa. Poco antes había tenido lugar en España lo que unos llaman sublevación del Campo de Guardias, ó levantamiento de Vicálvaro, y que yo me empeñé en sublimar y poetizar en un opúsculo intitulado: «Mitología de la Revolución». Había conocido á grandes personajes emigrados de Hungría, Polonia, Rusia, Italia, Alemania, y sobre todo de Francia, refugiados en Lóndres, principalmente á Mazzini, Kossuth, Ledru-Rollin; en suma, así á los que frecuentaban los salones del radical miembro del Parlamento inglés, Peter Taylor, como á los que comían en el modestísimo restaurant de la *Boule d'Or* en Chappel Street, y hasta había reunido una colección de folletos, opúsculos, cartas, necrologías y discursos que llamaba la *Biblioteca del destierro*, en que figuraban por su estilo y su fondo Víctor Hugo, Alejandro Herzen, Félix Pyat y otras notables plumas.



APUNTE *(del natural)*

Pasar de la corte de los *meetings*, de las asambleas políticas populares *al fresco*, bajo el árbol de la Reforma ó al pie de los leones de la gran plaza de Trafalgar, á una corte donde para empezar, no se permitia fumar por las calles, era una transición asaz violenta para quien no se nutre sólo de carne y vino, sino de ideas y discusiones libres. Era aquel viaje una especie de disimulado destierro á una Siberia de color de rosa: ponerse en incomunicación con el cerebro de la Europa, ver de cerca la esclavitud que siempre había visto de lejos, y familiarizarme con revistas, paradas y simulacros militares, que siempre me parecieron juegos pesados de niños grandes. Además, San Petersburgo era la corte de la etiqueta, monótona, brillante, donde cada cual luce un traje de vistosas lentejuelas y entorchados, con su correspondiente calvario de cruces en el pecho, y refulgentes cascos y plumíferos tricornios en la cabeza, y desentona mucho un cuervo entre tantas oropéndolas y pavos reales, sin más cruz que la de sus pecados y por añadidura con el sambenito del frac y el vergonzante gibus bajo el brazo. Pero estaba echado el dado y era corto el tiempo para solicitar el uniforme de Sanjuanista ó siquiera de maestrante de Ronda ó de Sevilla, con los cuales parece uno un capitan general en día de media gala. Por fortuna, hice mi composición de lugar, pues no llevando carácter oficial alguno, pensaba vivir retraido é independiente, consagrando mi tiempo al estudio de una sociedad nueva, y no olvidando el de la que por entonces empezaba á llamar mi atención en el campo de nuestra literatura patria, cual era la sociedad imaginaria de Cervántes en su novela realista del *Quijote*.



EN EL TEATRO *(croquis del natural)*



UNA CALLE DE TERMINI, Golfo de Nápoles *(apunte del natural)*

II

Bruselas, Colonia, Berlín, Varsovia... todas estas capitales fueron atravesadas á vuela máquina y como corresponde á pueblos civilizados, es decir sin hallar nada nuevo que poner en sus librillos de memoria los individuos de la misión diplomática ni sus agregados. ¡Dios nos libre de países que necesitan libros en folio de impresiones! Allá se entienda eso con los separados del comercio humano, que necesitan de un Marco Polo, ó un Livingstone, y donde hasta el pobre rey de la creación se presenta como un nuevo mono ó gorila á la curiosidad de los lectores. El verdadero uniforme social del porvenir será el de las prácticas civilizadas y refinadas, que por fuerza han de ser las mejores, y si llegamos á hastiarnos de monotonía, es como cuando nos hartamos de pavo, trufas y champagne, que al cabo no es ninguna bazofia.

En Varsovia comenzó á variar la decoración porque estábamos ya en terreno eslavo, y era donde finalizaban las vías férreas, y arrancaban las jornadas en silla de posta. Allí estuvimos ocho días, alojados como príncipes por el Virey Gortschakoff. Daba pena el ver, en medio de la nieve que ya cubría las calles, y del silencio y orden que reinaba en Varsovia, la estatua del gran Galileo, dispuesto á negar de nuevo que la tierra se moviese al sentir tamaña parálisis en una raza latina. En cambio, se hacían notar los grandes bailes en el teatro; pero todo el gusto se me aguó al ver que por deferencia nos habían puesto por guardia de honor á la puerta del palco dos cosacos del Don, que parecían el Gog y el Magog de las leyendas populares.

Estamos en marcha para atravesar el Vístula forrado con una cubierta de hielo de dos pulgadas de espesor, elástica al modo de *caoutchouc*, y brotando saltaderos de agua como en jardín de hadas á la presión de nuestras sillas de posta. Aunque con esa capa decíasenos que podía pasar artillería gruesa, el embajador y su ayudante militar atravesaron el río á pie con la cartera de las credenciales. Los demás quisimos tentar el peligro, y ya que nos llevase el diablo, que nos llevase en coche.

Ocho días de Varsovia á Petersburgo. Mucha nieve, mucho frío y muchos lobos. No recuerdo otra novedad que referir, que la de nuestro correo, alemán renegado, corpulento, armado de un sable como los antiguos espadones toledanos, con el cual repartió tanto mandoble y espaldarazo sobre las costillas de los cocheros y zagales de las imperiales postas, que antes de la mitad del camino se había quedado con sólo la cruz entre las manos, y gracias que no se le antojó como á Vargas desgajar un tronco de los muchos que hay en aquellos bosques Me indignó su conducta hasta lo sumo, y más cuando veía que los apaleados se quitaban la gorra de pieles, y encorvando el espinazo, le daban todavía las gracias encima. Roguéle que no les apalease y mirase á que eran esclavos y humildes y dignos más bien de compasión.

– Caballero, – me dijo, – no entiende V.: estos palos les saben á gloria. No les duelen y les hacen entrar en calor.

– Pues, hijo mio, – respondí, – aprieta, y buen provecho les haga.

A nuestro primer breve hospedaje en Petersburgo, en el gran hotel de la plaza Miguel, siguió la espaciosa y elegante morada del Conde Larski, situada en el extremo del magnífico puente de piedra y hierro de San Nicolás, y esquina al famoso *Muelle inglés*, á cuyos pies corre el cristalino y azulado Neva, cuando el hielo se lo permite, retratando en sus aguas como en bruñido espejo los mástiles, edificios, cúpulas y torres de la isla de Vasili, que como la parte sur de Londres y de Paris, forma la mitad de la capital de Pedro el Grande. Llámase *Larski doma*, comunmente, y dicen las gentes que el dueño debió su fortuna al traspaso de uno de los más gruesos brillantes del tesoro del Shah de Persia á la corona de Catalina, sin el conocimiento y la voluntad del dueño. A tuerto ó á derecho, es una residencia de príncipe, especialmente las habitaciones destinadas á «la Señora,» entonces solitarias

(1) Tenemos el gusto de insertar este artículo inédito del distinguido escritor D. Nicolás Díaz de Benjumea, primero de una serie que se proponía escribir cuando le sorprendió la muerte y que há tiempo teníamos en cartera, con lo cual creemos rendir un tributo de afecto á la memoria de nuestro malogrado amigo, y proporcionar á nuestros lectores una ocasión más de apreciar el castizo estilo y el graceio de tan ingenioso escritor.—*(N. de los E.)*

por carecer la embajada española de este precioso artículo. Y en verdad, que esto tuvo á raya las naturales inclinaciones de nuestro embajador á espléndidos bailes y suntuosas recepciones, si bien lo perdido por el bello sexo ruso lo ganaba el feo, según pudieran testificar los estómagos agradecidos del personal aristocrático y diplomático en aquel período.

Por esta parte no podía quedar el pabellón español mejor puesto y para la vida contemplativa y doméstica que yo pensaba llevar y á que convidan veinte y tantos grados bajo cero al aire libre, y una temperatura media de diez y ocho sobre cero dentro del hogar, no era indiferente atractivo el usufructo de un palacio en lo interior, desde cuyas ventanas se extendía la vista por los fuertes de Cronstadt y la embocadura del golfo de Finlandia, teniendo enfrente un extenso ancoraje de buques de todas las naciones, la escuela naval y el inmenso edificio de la Academia de Bellas Artes; á la derecha la imponente fortaleza de Petro Paulo, donde en lechos de blanca piedra yacen los restos de los soberanos moscovitas, y á corta distancia la celebrada plaza del Almirantazgo, con sus monumentos de Alejandro I y Pedro el Grande, la catedral de Isaac, el Palacio de Invierno, el Hermitaje, el Senado, el Sínodo y el Estado Mayor, obras todas que la colocan en el rango de los panoramas urbanos más grandiosos que poseen las modernas cortes europeas.

III

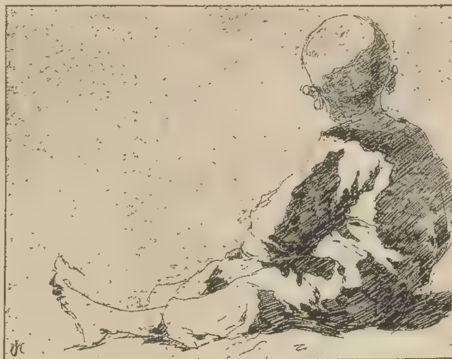
No hay punto de comparación entre la esclavitud que pesa sobre las clases bajas y la que ejercen sobre la inteligencia los fiscales de las ideas. El primer periódico que cayó en mis manos, al pisar á la gran Petrópolis, fué *The Daily News*, de Londres, y bien podía decir al verse tan afrentado: ¡ay miedo, cómo me has puesto! Cada página parecía un tablero de damas con casillas blancas y negras, y mirado por columnas, semejaban éstas los postes miliarios de las carreteras de Rusia, revestidos de los colores nacionales. Aquello no era órgano para difundir la luz, sino la nada ó las tinieblas. La impresión estaba sembrada de parches negros de varias dimensiones, ocultando aquellas partes de alimento espiritual nocivo para la sociedad rusa á juicio de la fiscalía. En ninguna ocasión he sentido más humillada la dignidad humana, que al ver aquel vergonzoso cuanto inútil tormento y prisión de la idea, porque aquellos parches de tinta negra se me representaban como piedras sillares del edificio de una revolución futura. La afición á la tiranía es tan ingeniosa como la pasión por la libertad, y á cada invención de la una responde un organismo más refinado de la otra: tal es la enseñanza que nos da la historia.

Las embajadas y legaciones estaban exentas de este escrutinio de los periódicos que recibían, pero no de la vigilancia ó espionaje tradicional en Rusia. Yo había leído cosas peregrinas acerca del modo con que la policía, cual nuevo Asmodeo, miraba el interior de las familias como si viviesen en casas destechadas, pero al modo que los no aficionados al libro de las cuarenta hojas miran con indiferencia todas las leyes referentes al juego de azar, á mí se me importaban un ardite cuantos espías y soplones hubiese por el mundo. La circunstancia de ser nuestro embajador Mariscal de Campo de nuestros ejércitos, hizo que el Emperador Alejandro II, destinase al coronel O... al servicio del Duque de Osuna, como ayudante, y bien podía añadirse de campo y plaza, y decir de él figuradamente:

Que así ensillaba el cordobés caballo,
Como tomaba la luciente espada,

porque era el *cicerone*, trujamán, consultor y amigo de confianza en una pieza, y aun sirviera de mayordomo en caso necesario. Era alto, de bigotes largos y gallarda presencia, y con sus espuelas, sable y casco semejaba andando al Dios de las herrerías. Pero su mirada, ó más bien, su *remirada*, trasminaba á inquisición. En efecto, miraba más de reojo que de ojo, y más de cuatro tenían para su capote que aquel era nuestro Asmodeo y el eslabón que nos enlazaba con el comité secreto. Yo jamás dí en tal pensamiento ni pude creer que un hombre tan grande fuese tan pequeño, ni que bajo complexión tan blanca se anidase alma tan negra.

Entre las cartas que hallé á mi llegada, había una del apoderado del Duque, en París, en que me anunciaba el despacho de la remesa de libros que había dejado tras de mí á causa de la precipitación del viaje. Los que pertenecemos al batallón volante que tiene por patria el mundo, estamos privados de la posesión de una biblioteca, á no ser compuesta de ediciones diamantinas, como la que se hizo de la Comedia del Dante, cuyos dos tomos cabían holgadamente en un bolsillo de reloj. Pero si con estas no se resiente la bolsa pagando trasportes, se resiente la vista, que es peor. Durante mi estancia en París quise, pues, permitirme el lujo de una librería que pudiese venir tras de mí en vez de andar yo tras de ella, y ya que una biblioteca universal era imposible, me resolví por una especial completa de los libros más notables de utopías sociales y políticas. Hice este encargo á un entendido bibliógrafo y cuando me envió la lista, ví que no era tan bravo el león como lo pintan y que los llamados locos ó visionarios ó utopistas, casi pueden contarse por los dedos de la mano. Plutón y Cicerón estaban á la cabeza con sus respectivas repúblicas. Seguían San Agustín con su *Ciudad de Dios* y Campanella con su *Ciudad del Sol* gobernada por el Gran Metafísico. Tras éstos parecía que el arte de soñar perfecciones sociales se concentró en las islas Británicas, pues á Inglaterra pertenecen Tomás Moro autor de la *Utopia*, ó sea el que dió el nombre á estos dorados sueños: Bacon, autor de *la Nueva Atlántida*, y Hawington que escribió *La Oceana, Martesia y Panopea*, ó digamos Inglaterra, Escocia é Irlanda. Parece raro, en efecto, que los hijos de la nebulosa Albión se dedicasen á estas volaterías sublimes, aspirantes á un estado social perfecto en esta vida, mientras el genio poético meridional nos la pintaba en su mayoría condenada al llanto, al mal y á la miseria, colocando sus utopías ultra-tumba. Había después una gran laguna en el orden de los tiempos, y de la moderna hornada venían las obras de Rousseau, el Código de la naturaleza, de uno de los famosos enciclopedistas franceses, los escritos de Saint Simón, de Fourier y Pierre Leroux, y finalmente la *Icaria* de Cabet, y el *Descubrimiento austral* de Retif de la Bretone. Vese, pues, repito, que el género humano no es tan loco como se le pinta.



CROQUIS Á LA PLUMA (*del natural*)

IV

Y aquí, lector, empieza á cambiar la decoración y á presentarse algo del tinte cómico que suelen revestir los sucesos más serios del mundo. Comuniqué este avisto al mayordomo ó intendente del duque, para que encargase á uno de sus servidores la conducción de esta remesa á mis manos. Era éste alemán, y yo creo que no había en toda la corte rusa bicho viviente que se moviese ó representase algo que no fuese del país de los Niebelungen. Tardo, flemático é incapaz de una resolución sin antes haber visto los lados y atajos de cualquier asunto, púsose los lentes y me preguntó con tono solemne:



ESTUDIOS DEL NATURAL



ESTUDIO AL CARBÓN (del natural)

– Convendría saber si esa remesa viene dirigida á nombre de V. ó al de su Excelencia, aunque supongo que en este último caso ya nos la habrían remitido sin formalidades de aduanas.

– Eso es lo que no podré decir.

– Entonces prepárese V. para una investigación minuciosa y un cúmulo de diligencias, fianzas y requisitos: bien que dependerá en mucho de la clase de obras, porque si son las de Paul de Kock, los Cuentos de Boccaccio ó los de las Mil y una noches, no habrá muchas dificultades.

– ¿Qué? – interrumpí, maquinalmente, por tomar algún desahogo.

– Digo que en esta materia de introducción de libros se hila aquí muy delgado. Usted puede si á mano viene, introducir ó imprimir hasta las obras de Pedro Aretino, la *Lozana Andaluza*, el *Barón de Faublas*, el *Portero de los Cartujos* y demás libros de esta clase; pero guay, si se trata de ideas libres políticas ó sociales: Eso es muy delicado y expone á un hombre á tener sobre sí la vigilancia perpetua de la policía, si ya no es que le consideran propagandista de alguna sociedad revolucionaria, y entonces no le arriendo la ganancia. Usted sabrá la clase de libros ..

– ¿Eh? – volví á interrumpir, abrumado con un tropel de repentinas reflexiones.

– Pues yo hablo bien claro, – prosiguió: – digo que usted sabrá qué especie de libros le remiten. ¿No ha recibido nota, lista ó factura detallada? Véala V. y podrá juzgar por sí mismo de la gravedad del caso. Estoy á sus órdenes.

Y diciendo esto, se retiró mi alemán muy oportunamente, pues me hallaba en aquellos momentos en que necesita uno dialogar á solas con el *alter ego* que llamamos la conciencia.

Confieso, lector, que por primera vez la tuve de que me hallaba en Rusia. Aquella tormenta de recelos, temores, peligros y disgustos que se me venía encima, era cosecha propia de una atmósfera espesa, estancada, enferma. Esos mismos actos, cambiada la escena, serian inofensivos. En cualquier nación libre, gozaría con la idea de poder mostrar á mis amigos un tesoro de libros que no fácilmente se reunen, donde se ve el curso y progreso de la inteligencia libre y elevada que se remonta hasta lo absoluto en busca del bien y la felicidad de los mortales. Lejos de ocultarla, tendría á gala el ser el poseedor de esta escogida biblioteca, y estoy seguro que los periódicos que de estas curiosidades se ocupan, me prodigarían elogios por lo singular de la idea.

Puesta la escena en Rusia se convertía en una caja de dinamita espiritual, una materia explosiva, una peste, un tifus, que podía desquiciar el orden ó corromper la salud del imperio. En vez de sencillo aficionado á esas elucubraciones político-sociales, iba yo á pasar por incendiario, socialista, agente de la demagogia europea, ó por lo menos, propagandista de sectas sociales y de libros prohibidos; á ser inscrito en el libro verde, vigilado rigorosamente por la policía ó tal vez sorprendido y trasportado á las regiones del polo.

Las resoluciones que por el pronto se me ocurrieron eran todas negativas. Deseché la idea de presentarme á recoger los libros, así como la de comisionar á persona alguna ó valerme del influjo del Duque, pero despejada un tanto la imaginación, determiné como único recurso, devolver aquel mismo día el talón al apoderado de París, diciéndole que la misma empresa expeditora reclamase la caja, y la reexpidiese á mi residencia de Londres, expresando que se había digirido á San Petersburgo equivocadamente. ¡Oh, y cómo me aligeró de peso este discretísimo y salvador expediente! Sentíme tan volátil,

que por instinto me así á un objeto pesado, no fuera á elevarme por los aires como esos globos de goma de los niños. Pero en vano busco el documento, y en cambio encuentro en la carta la frase siguiente que se me había pasado por alto: «Mañana remitiré el talón,» lo cual equivalía á veinticuatro horas más de suplicio, sobre los doce días que había de tardar la respuesta tranquilizadoza del apoderado de París, pues entonces aun no enlazaba el alambre mágico al norte con el centro de Europa. Pero cuando se toma una resolución que parece poco menos que un golpe de estado, ella *fa da se.* Sirve en las aflicciones del espíritu como la medicina que acierta con la enfermedad del cuerpo: se siente venir la calma como se siente venir la salud: el enfermo no está bueno, pero se encuentra comparativamente bien. Recuerdo que en aquellos momentos se disipó un espeso celaje y apareció el azul de la esfera y tras él el sol orgulloso de su batalla contra las nieblas, y tras el sol la vida y el movimiento de la ciudad que parecía antes sumida en profundo letargo; y como todo es relativo, llegué á figurarme que ni las orillas del Arno, ni las del Tajo ó el renombrado Genil ó el Betis pintoresco eran tan deliciosas y poéticas como las del helado Neva. ¿Qué digo? Parecióme Rusia más libre y hasta entreví el tiempo en que vendrían á su corte emigrados políticos, y conspiradores de otros pueblos más salvajes, sin que nadie les molestase ni pidiese pasaportes ni cédulas de vecindad; y la época en que las minas de Siberia estarían pobladas de familias dichosas y llenas de talleres de propaganda liberal, y en que los últimos esbirros y polizontes huían á escape de los rayos de un fanal eléctrico situado en la dorada cúpula de la catedral de Isaac.

Con todo eso, el día terminó con su correspondiente pesadilla por la noche. La escena era una Aduana rusa. Se trataba del registro de la silla de posta del Duque, donde iban todos los equipajes. Su correo, con la mano llena de billetes de cien kopecks, pasaba por delante de una fila de empleados, todos con la garra abierta y extendida lo largo del brazo, como si fuesen mendicantes de bazofia á la puerta de un convento Una vez servidos, cada cual se retiraba con el índice y el pulgar derechos sobre los labios. Luego se puso de manifiesto una caja dirigida á mi humilde persona. Un empleado la abrió á fuerza de golpe de escoplo y maza. De repente se oyó una detonación horrible y todos cayeron en tierra. Eran las ideas de libertad, que producían aquella explosión en una atmósfera comprimida y sofocante. Al mismo tiempo sentí opresión en la garganta como de la mano de un esbirro que me asía de un modo invisible. Echaba las dos mías al socorro y era inútil. La opresión continuaba y lo peor era que día y noche me sentía antecogido por el cuello sin esperanza de librarme de mi verdugo. Al despertar, no podía tragar alimento alguno. Era una afección catarral, que la fantasía había mezclado en su argumento de visiones extrañas.



EN EL CAMPO, dibujo á la pluma

V

Al día siguiente salí á dar un paseo y vistazo por la ciudad de los Czares. Debía marcar el termómetro sus quince bajo cero, á que llaman *primavera rusa.* El Neva tenía ya en su capa de hielo la consistencia necesaria para sostener toda la artillería del imperio, y los buques enclavados parecían resignados á invernar hasta la época del deshielo que tiene lugar por el mes de mayo. Al lado del fondo blanco que en todas partes forma la nieve, no hay color que no parezca sucio: así es que la primera impresión que causa la ciudad, es como cuando se entra en un magnífico salón, todo enfundado de lienzo crudo. La blancura de la nieve seduce y atrae toda la atención y sólo la comparten los objetos que contrastan en color, como los cuervos, que andan á bandadas por las calles mezclados con las palomas, los caballos negros con sus trineos del mismo color, y los habitantes, por lo general, cubiertos de gorras negras y abrigos de azul oscuro, en su interior forrados de pieles. Todo lo demás apenas se destaca, y las fachadas de las casas, los pesebres de las vías públicas, carros de tráfico, perros y caballos de color claro y soldados con capotes grises, parecen figuras desteñidas cuyos contornos hay que adivinar, especialmente si la nieve ha perdido ya la pureza por el tráfico ó por el descenso de la temperatura. Agréguese á esto el color dominante de la atmósfera algo pardusco y el cuadro general es monótono de veras.

Con todo eso, la animación es grande, especialmente en la dilatada y anchurosa calle que tiene por cabeza la plaza é inmenso edificio del Almirantazgo y por cola el convento de Newski y se llama la *Perspectiva,* y en las dos *Morskaias,* centro de las tiendas elegantes de modas. Los trineos parecen estrellas errantes negras que discurren por un cielo de plata: tal es la velocidad con que guían á los caballos los expertos cocheros rusos. Pero lo verdaderamente grandioso y cuya vista suspende en la gran plaza, es la columna de Alejandro I, monolito de granito colosal coronado por la estatua de la Paz en figura de ángel,



PAISAJE, estudio al carbón del natural

y la riquísima catedral de Isaac, obra del arquitecto francés Montferrand, entonces aun no abierta al culto de los fieles.

Contemplando estaba yo su inmensa cúpula, al parecer de oro macizo, soportada por un gran número de colosales columnas todas asimismo de una pieza, cuando noté que un individuo de la policía, á quien había visto al salir de casa, estaba á corta distancia de mí. Entro en la *Perspectiva de Newski*, se me antoja volver el rostro, y veo al propio individuo siguiéndome cual si fuese mi rabo. Al punto me acordé de la caja de los libros. «Ciertos son los toros, dije para mí; el intendente tenía razón: ya me cayó la lotería.»

Pasaba en esto un trineo desalquilado, y lanzándome dentro de él grito al *Isvotshik*: *¡Na pravo!* Es de advertir, que lo primero que aprendimos todos del idioma ruso fué el dar la dirección de la casa y las palabras: ¡á la derecha! ¡á la izquierda! con lo cual podíamos navegar por lo pronto. Cuando me pareció oportuno, grité: *¡Na levo!* y así alternando me llevó al extremo opuesto, donde se halla el hermoso convento de Newski, habiendo visto de camino las calles laterales más notables. Dejo el vehículo, pago al cochero, vuelvo la cara y mi hombre de la policía á dos pasos de mí.

– Pero esto es atroz, incomprensible,—murmuré algo sobrecogido. – ¿Estoy dormido? ¿Me dura aún la pesadilla de anoche?

Sin duda al polizonte le llamó la atención mi fisonomía, porque se acercó y me dijo no sé qué, repitiendo mucho las voces de *pa ruski*.

—¡Qué *pa ruski*, ni qué demonio! – contesté:—lo que



CHARRO Á CABALLO, figura tomada del cuadro *Una boda en Salamanca*

yo quisiera saber, hombre endiablado, es cómo has venido aquí al mismo tiempo que yo.

La puerta del convento estaba abierta y en ella un gallardo y gigantesco fraile con una hermosa y luenga barba negra, que parecía la cola de un pavo real.

—A sagrado me acojo,—dije, y haciendo una reverencia me entré en el templo.

Ya más sosegado, pude discurrir que aquel hombre no podía estar allí, sino habiendo tomado otro trineo y seguido al que me conducía. El daño estuvo en que creyéndome á salvo en coche, no tuve la precaución de mirar atrás de vez en cuando; pero á la vuelta me proponía subsanar esta falta.

El templo es de majestuosa arquitectura y la reja del *Sancta Sanctorum* de un valor inestimable. Pero más era la riqueza de los enormes cuadros que hacían oficio de altares, representando por lo común á la *Panagia* ó Virgen María. El culto griego no permite imágenes de bulto; pero ya que no puede adornarse á la Reina de los cielos con los trajes y mantos y encajes que usan los católicos romanos, lo compensan adornando el lienzo al rededor del marco con hileras de gruesos diamantes, esmeraldas y rubíes, y poniendo collares, corazones y cinturones á la imagen, todo de preciosas perlas. Admirando estaba yo la riqueza de uno de estos cuadros, que medía sus tres metros de alto, cuando oí una tos hombruna cerca de mí, sin ver de qué garganta procedía. ¡Otra vez el polizonte! pensé involuntariamente. Pasaron unos instantes y volvió á sonar la tos, esta vez más repetida y fuerte.

– ¡Cielos! ni aun aquí estoy seguro; pero esto es también sin remedio una ilusión del oído, puesto que no hay nadie en esta parte de la iglesia. En efecto, desde el lugar donde yo estaba, como clavado en el suelo, no se veía bicho viviente. Pero la tos volvió á sonar por tercera vez, seguida de un buen barrido y escombrado de la garganta, que la debió dejar limpia para un año. Este ejercicio me dió tiempo para notar que el sonido procedía de delante y muy cerca de mí. Y si la imagen hubiese sido de un santo viejo, como de Pedro, por ejemplo, motivos había para creer que se hubiese constipado y expectorase de aquel modo. Pero siendo de la Virgen y teniendo al cuello cinco ó seis collares bien apretados de gruesas esmeraldas, no había lugar á tal suposición. En esto se me ocurrió mirar por los lados, y en el corto espacio ó hueco que había entre el cuadro y la pared, estaba sentado un fraile descomunal y velludo, que era, lector, el que en tal confusión me había puesto. El supradicho fraile no estaba allí llovido por casualidad, sino que es costumbre de que haya uno detrás de los cuadros, sin duda como guardianes de las joyas que los rodean.

Respiré por entonces. Salíme á la nave principal cuan-



EN LA PLAYA DE NÁPOLES, marina dibujada al carbón



Saltimbanquis, pidiendo permiso al alcalde de un pueblo de Salamanca para dar sus representaciones

Copia de una fotografía del cuadro antes de estar terminado



MARINA (*croquis del natural*)

do aparecían en el altar mayor gran número de ellos, que formando un semicírculo cantaron con voces graves y estentóreas que hacían temblar las bóvedas, como suelen hacerlo las llamadas *contras* del órgano de la catedral de Sevilla. Delante de ellos y en el centro, había uno cuya hermosísima talla, melena y barba larguísimas, junto con una túnica de terciopelo ajustada á la cintura, le daba el aspecto del Nazareno, tal como le habría esculpido Miguel Angel si le hubiese dado por representar las figuras del Nuevo Testamento.

Concluída la salmodía, salí para tener el disgusto de topar de nuevo con el endiablado polizonte. Por fortuna diviso un trineo. Hago señas al cochero, tomo asiento sin aguardar á que parase, y no á gritos como antes, sino á dos dedos del oído, le digo: – *Scartie, na ugul Nicolai moste.* Al primer latigazo estábamos á diez metros del esbirro. Aquello era el descenso por una montaña rusa. «Ahora veremos, – decia yo, – si sueño ó estoy despierto,» y con tanto ahinco miraba hacia atrás por ver si me seguía otro vehículo, que insensiblemente me fuí volviendo el cuerpo, de modo que al llegar á la puerta de la casa, iba sentado al revés, cosa que debió llamar la atención de los transeuntes.

– Toma por la carrera, y veinte *kopecks* por la velocidad – dije al cochero, – y al volverme tropiezo con el mismo polizonte, que estaba muy sereno rondando la puerta de la casa Larski. Esta vez no me alarmé ni me incomodé siquiera. Es una ilusión óptica, un espectro de la retina, uno de esos cuerpos que no están fuera sino dentro de la imaginación. Esto se decide muy pronto, yendo hacia él, porque todas estas visiones caminan á cierta distancia cuando caminamos y retroceden cuando retrocedemos. Adelante, pues. Voyme hacia él, y en vez de retirarse como los fantasmas del órgano visual, se estaba quedo. Aquí se renovó mi alarma; pero quise hacer la última prueba. Saqué mi cigarro de la petaca por ver si lo tomaba, y no sólo lo tomó, sino que hizo una reverencia tan profunda, que se le cayó la gorra al suelo. Y por cierto que descubrió una calva que parecía un melón valenciano.

– Ya no hay duda, – exclamé al entrar en mi aposento. – Esto es insoportable. Mañana mismo tomo la diligencia para Varsovia ó compro una *kibilka* que me lleve á Kœnisberg en un vuelo ¡Oh patria del ilustre Kant, allí respiraré por vez primera! – Pero yo no contaba con que nadie podía salir de la capital y el territorio ruso, sin anunciarse su viaje oficialmente con quince días de anticipación.

Nicolás Díaz Benjumea

(Continuará)



MARINA (*croquis del natural*)

LA HOJA DEL ÁRBOL

(Conclusión)

En medio del dolor que la despedazaba escuchó el siguiente diálogo sostenido á media voz entre dos personas:

– ¿Me esperas esta noche?

– Sí.

– ¿A la hora de ayer?

– A la hora de todos los días. Juan no se retira á sus habitaciones hasta las nueve; á las diez se habrá dormido y yo te estaré esperando á esa misma hora.

– Adela, te adoro con toda mi alma. Y tú ¿me quieres?

– Si no fuera así, Antonio, ¿arriesgaría tanto como arriesgo en estas entrevistas nocturnas?

– Hasta las diez.

– La puerta estará entornada; empújala con cuidado y no hagas ruido al atravesar el pasillo en que se hallan las habitaciones de Juan.

– Pierde todo cuidado. Adiós, Adela.

– Adios, Antonio.

La hoja del árbol oyó entonces el apagado rumor de un beso que fué como el punto final de esta corta y rápida conversación. En seguida Antonio se dirigió fuera del jardín en dirección al campo y Adela penetró en la casa á la que el jardín rodeaba como un cinturón de encaje.

Más tarde, por el paseo circular paralelo á la verja la hojita vió adelantarse á un hombre de edad avanzada, con un libro en las manos, el cual se detuvo no lejos de ella leyendo y pasando una por una las páginas de aquel volumen.

La noche iba cerrando; el afanoso lector levantó los ojos al cielo, los volvió al libro, y, no distinguiendo ya sus letras, suspiró, se inclinó á la tierra y, tomando entre sus dedos á la hoja del árbol, hasta la cual había llegado, la colocó á manera de señal entre dos páginas, cerró el tomo y con él debajo del brazo se fué hacia la casa en la que penetró cerrando la puerta de golpe.

La hojita asomando entre las del libro miró y oyó á la mujer que poco antes tan cruelmente la había pisado.

– ¿Juan?...

– Aquí me tienes.

– Te esperaba con impaciencia.

– ¿Qué ocurre?

Adela echó sus brazos al cuello de Juan.

– ¿Tomaremos el te?

– Aun es temprano; no son las ocho todavía.

– Tengo sueño; no me encuentro muy buena y quisiera retirarme hoy temprano á descansar.

– Como tú quieras entonces.

. . . .

Media hora más tarde Juan entraba en sus habitaciones seguido de Adela.

– ¿Vas á trabajar esta noche?

– No; tengo sueño, lo dejaré para mañana.

Adela, mientras tanto, jugaba distraída con el libro en el cual se encontraba prensada la hojita seca del árbol.

– ¿Piensas madrugar?

– A la hora de costumbre.

– ¿Con el día?

– Justamente; con el día.

La hoja del árbol rodó al suelo, Adela inconscientemente cerró el libro y, después de abrazar á Juan, quien la besó con ternura en una de sus mejillas,

– Hasta mañana, – le dijo.

– Que descanses.

Adela salió de la habitación de Juan; entre la cola de su vestido arrastraba á la hojita seca del árbol, la cual se desprendió y se detuvo de la red que la aprisionaba al llegar al oscuro y largo pasillo que separaba las habitaciones de Juan y Adela. La hojita quedó pensativa entre las sombras, adivinando por las tres escenas que había presenciado, un drama en el que la ingratitud, el perjurio y la mentira, minaban la existencia y la felicidad de una familia.

La hoja estaba indignada; Juan la había sido profundamente simpático; él la había recogido con amorosa dulzura del suelo y llevado consigo, en tanto que Adela, con una indiferencia cruel, la había maltratado y vuelto á arrojar al suelo para emprender quizá nuevamente la azarosa vida que llevaba desde que el viento la arrancó del bosque y de los brazos de su madre.

Tan doloroso porvenir la asustaba y, mirando á la puerta por la cual había desaparecido Adela, prometió vengarse de quien así se complacía en su desgracia y en la de un hombre tan honrado y tan bueno como lo era indudablemente Juan, que confiado dormía, mientras ella velaba por él, no muy distante de su lado.

La puerta del pasillo se abrió silenciosamente y, un hombre, en el cual la hoja reconoció á Antonio, avanzó sigilosamente hasta llegar á las habitaciones de Adela; al empujar la puerta para penetrar á donde aquella mujer le esperaba, Antonio arrojó al suelo el fósforo con que se había alumbrado para llegar hasta aquel sitio.

Entonces, la hojita seca se sintió poseída y animada por una idea heroica, sublime, sobrenatural; como lo era advertir á Juan de su desgracia y de la infame iniquidad de Adela, para que, por sí mismo, pudiera tomarse pronta y cumplida venganza, castigando á los culpables con todo el rigor que su delito merecía.

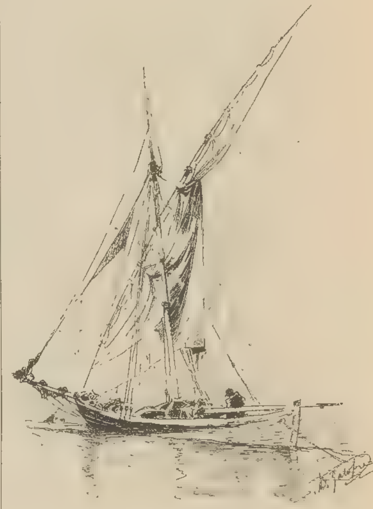
El aire que entraba por debajo de la puerta del pasillo la ayudó en tales propósitos, y, favorecida por la corriente, se arrastró hasta la cerilla que seguía ardiendo en el suelo, hizo el sacrificio de su vida, su cuerpo absorbió la llama y, empujado por la suave corriente del aire, llegó hasta la puerta de Juan á cuyas colgaduras de muselina trasmitió á su vez el fuego que ya la devoraba.

La hoja del árbol no desmintió su origen pereciendo de tan heroica suerte; la sangre de su padre, el rayo del sol, había abrasado su pensamiento y moría luminosa, brillante y resplandeciente de felicidad, siendo útil á un hombre honrado, bueno y generoso.

VI

La asfixia despertó á Juan; el humo le ahogaba; cuando abrió los ojos se horrorizó al ver que las llamas avanzaban á lo largo de las paredes, estrechando todos los muebles de la habitación con vertiginosos movimientos.

Se arrojó de la cama; se vistió como pudo y, su primer cuidado, fué ir á avisar á Adela del peligro en que estaban.



MARINA (*croquis del natural*)

Al penetrar en la habitación de su mujer, el espanto y el terror de la sorpresa paralizó su pensamiento y quedo como enclavado en el pavimento.

Por un instante se olvidó del fuego, pero vuelto en sí por los gritos y las exclamaciones de Adela, recobró su calma, miró á uno y á otro lado y tomando rápidamente una resolución salió del cuarto cerrando con llave la habitación en donde los amantes se hallaban.

. . . .

Al amanecer, Juan contemplaba desde el campo el montón de ruinas y cenizas en que se había convertido aquella casita blanca, nido de su felicidad, á la que un jardín de flores y de verdura rodeaba como un cinturón de encaje.

Adela y Antonio habían perecido entre las llamas.

Que á veces Dios, en su infinita justicia, se vale de la hoja seca de un árbol para realizar sus santos y divinos decretos.

Vicente Colorado.

EL SACAMUELAS (1)

POR DON CECILIO NAVARRO

Todo el que tiene comezón de hablar y habla sin ton ni són, ó mucho y sin sustancia, es lo que en buen castellano se llama charlatán.

(1) Artículo tomado de la obra *Españoles, Americanos y Lusitanos*, publicada por D. Juan Pons en 1881, cuya segunda edición, ilustrada con cromos, se ha puesto á la venta.

En esta acepción genérica, pueden ser charlatanes, sin permiso de nadie, cuantos tengan esa aptitud ó flujo de irse por la boca, como por ejemplo, el leguleyo, el politiqueante, el filosofastro, el medicastro, el poetastro, y demás profesores de la misma desinencia ó capacidad.

Pero el carácter típico, el tipo y aun prototipo histórico, el charlatán técnico, licenciado, licencioso, es necesaria y fatalmente sacamuelas.

Este tipo, verdaderamente popular, si no elocuente, locuaz; si no discursista, verboso; si no razonador, palabrero; siempre un tipo perfectísimo, dentro de su misma imperfección, viene á ser un brote ubérrino, *lujurioso* ó *lujuriante*, como se dice en galliparla, y de todas maneras un germen perdido por su misma fecundidad en el jardín de la oratoria.

Y no se hubiera perdido, sino que habría llegado á ser disertísimo orador, si como se consagró á sacar muelas, se hubiera consagrado el charlatán á meter ideas en la cabeza.

Pero es un tipo vano, vacío.

Y no puede ser otra cosa, si ha de ser charlatán en la máxima expresión ó profesión de sacamuelas.

El tipo no es ni puede ser exclusivamente español, es universal. Allí donde hay hombres, hay necesariamente muelas. No hay que seguir la inducción. ¿Habrá quien dude que donde hay muelas, surge naturalmente la necesidad de un profesor que saque las buenas y deje las malas?

Hásenos escapado aquí una equivocación. No la salvamos, sin embargo: á veces se expresa mejor el concepto, diciéndolo al revés.

Sea de esto lo que quiera, el sacamuelas fué siempre una necesidad sentida, y lo que es necesario se cumple siempre en la historia, por decirlo así, diciéndolo también con ínfulas oratorias.

Hay, pues, y no puede menos de haber en todas partes, honorables sacamuelas.

Pero el tipo alemán se pierde, no ya por lo facundo, sino por lo vulgar ó regular, como quiera que es un profesor que saca muelas, como el herrero clavos: *zahnbrecher*, arrancador de dientes, nombre que, dicho sea de paso, sería bárbaro, si no fuera filosófico.

El tipo americano sabe más que el español, pero habla ó perora mucho menos, defecto que ha de tenerse en cuenta para juzgar bien del mérito del sacamuelas.

El italiano es una afeminación del tipo general, sin ciencia, ni puños, ni accidentes oratorios, bien que pretenda suplirlo todo con el acento dulzón de su garrulería.

El francés es el maestro de los sacamuelas: charlando más que todos juntos, parece que habla bien, y es mentira; parece que sabe mucho, y no es verdad. Ignora menos que el español y el italiano; pero no sale del empirismo de raza.

Sin embargo, es un sacamuelas elegante, cortés, reverencioso hasta quebrarse por la espina; no habla nunca sino *comm'il faut*, no habla ni opera sin guantes, no obtura sino con oro, ni engarza sino con el mismo metal. Sobre todo, y esto es lo principal, saca siempre las muelas *sans eprouver aucune douleur*, es decir sin dolor... del sacamuelas.

No hemos tenido el gusto de observar el tipo inglés: hálo infaliblemente, supuesta su necesidad; sino que en esto, como en todo, ha de ser una degeneración del alemán, esto es, ha de entrar mejor en la familia, hablando un poco más y sabiendo un poco menos que él.

Sea como quiera, no entra en nuestro plan el empeño de describir el tipo general en todas sus fases: sólo nos proponemos reivindicar la gloria de nuestro tipo nacional, y aun así, Dios y ayuda, que esto de seguir á un charlatán es empeño temerario.



ALREDEDORES DE OSTIA (ROMA), *paisaje al carbón*

II

El sacamuelas español, á quien todos conocemos por su nombre, no se llama así ni mucho menos, técnicamente hablando; á lo menos no se conoce por él el mismo sacamuelas, ó no responde por este mal nombre.

Llámase técnicamente el sacamuelas, según interpretación auténtica, *dentista de SS MM. y AA.*

Esto, en primer lugar, dentro de la monarquía, por supuesto; fuera de ella, el sacamuelas se las saca en primer lugar á la república, llamándose gallardamente *dentista presidencial*, ó más gráficamente, *tricolor*, ó con más libertad, igualdad y fraternidad, dentista de Pí ó de Castelar.

Caben luego otras denominaciones no menos gráficas, si no tan pretenciosas; y llámase á sí mismo el sacamuelas *profesor odontológico* ó *cirujano dentífrico* ó invadiendo toda la facultad, como leimos años atrás en un *Aviso al público, médico-cirujano de dentificación.*

El sacamuelas, ó sea el dentista, por darles gusto en tecnología, si no siempre doctor, es casi siempre licenciado por París ó Nueva-York, lo que en materia de dientes, vale tanto como decir, cuando se decía, por Salamanca ó Alcalá en derecho ó teología.

Y aun hay profesor de estos, que en su noble ambición de adquirir más y más conocimientos para hacer luego todo el bien posible á la humanidad doliente, sacándoles las muelas, *sin experimentar ningún dolor*, no ha limitado sus viajes á aquellas dos metrópolis, sino que fué á Pekin y aun más allá, volviendo al fin cargado, como noblemente se propuso, de conocimientos, te indio, hojas de loto y otras yerbas para el dolor de estómago del ilustrado público.

Aquí hay una invasión de facultades, por cuanto el sacamuelas no saca, sino que mete la pata en la jurisdicción del médico.

Pero no hay tales carneros, al decir del mismo profesor, quien salvando su conciencia ó su responsabilidad, bien que nadie lo acusara, á lo menos en la ocasión á que aludimos, decía así á su respetable auditorio:

«El estómago es la cocina de este pequeño mundo humanitario, pero sin muelas que preparen el guisado, es inútil la cocina. Por consiguiente, señores y señoras, míos y mías, la dentificación es un precioso aparato, anterior y superior al estómago física y moralmente. Y, una de dos, ó el estómago ha de reconocerse y declararse *á priori* dependiente de las muelas, ó tiene que irse con la música á otra parte.»



APUNTE DE PAISAJE

Aquí interrumpió el insigne gárrulo su bárbaro discurso, mas sólo para despachar algunas cajas de te indio y otras yerbas, única solución de continuidad admisible en su flúida facundia.

Y hecho esto, continuó persiguiendo la conclusión que buscaba, añadiendo con sin igual gallardía:

«Está, pues, en relación directa é inmediata uno con otro aparato, y entra, por consecuencia obligada, en la competencia del dentista, si como *verbo y gracia*, sabe su obligación, todo el conducto digestivo-intestinal, desde la boca hasta... perdonen ustedes el modo de señalar.»

Y para que no quedara duda del punto en que, según él, terminaba su competencia, anunciaba *incontinenti* hojas de loto, como el más precioso específico para curar las almorranas.

Claro es que entraba en su competencia, según su arrastrada lógica; sino que este industrial vendía también pastillas de jabón de leche de almendra, de afrecho y otros extraños lacticinios, no sabemos por qué otra relación ó dependencia odontológica.

Hay otros charlatanes, que al són de algún instrumento, por lo común pulsátil, cuando no de viento, de vendaval, de pistón, y siempre al compás de su asombrosa charla, venden en calles y plazas y en medio de un corro de público, ilustrado siempre, mil utensilios, trebejos y baratijas; pero estos charlatanes son de ínfima ralea, como quiera que no tienen título de sacamuelas, y no pueden por consiguiente alegar en su abono y conciencia,



UNA CALLE DE VILLAFRANCA DEL PANADÉS
(apunte del natural)

ni arte, ni aún legítima charlatanería. ¿Cuándo, ni cómo, ni en qué pudiera equipararse á la culta y técnica locuacidad de un cirujano *dentífugo* ó *dentífrico* la bárbara peroración de un ignaro pedestre buhonero?

«¡Maldito charlatán!» decía con mucha sal y pimienta uno de estos cirujanos, que estando un día en uso de la palabra, se veía con frecuencia interrumpido por el abuso de otra más chillona, pero nada odontológica. «¡Maldito charlatán!»

Y aun añadía dirigiéndose á lo más granado y culto del ilustrado público:

«¡Cosas de España! Si hubiera aquí buen gobierno, prohibiría la autoridad hablar en público á los charlatanes en perjuicio de los que tenemos título profesional muy bien ganado.»

Es gallardía.

Pero no á humo de paja lo dijo quien lo dijo, pues este charlatán con título profesional y todo, á quien nos guardaremos muy mucho de nombrar, porque tomaría infaliblemente la palabra para alusión personal y estaría hablando hasta el día del juicio; éste, como todos los de su profesión, exhibe públicamente en cada sesión al aire libre, no ya sólo sus títulos profesionales, expedidos en París ó Nueva-York ó en la misma universidad de Oxford, sino también certificados tan fidedignos como honrosos, de admirables curaciones, y diplomas de cruces y calvarios, concedidos por reyes y emperadores y hasta por el mismo Pontífice Romano.

Y si no los exhiben en la rigorosa acepción de la palabra, los presentan, que viene á ser lo mismo, los ofrecen en mano á la lectura del público ilustrado, aunque á la conveniente distancia ó altura para que no pueda leerlos el ilustrado público.

La intención basta, cuando hay buena fe; y la buena fe de tan honorables profesores, sin contar con la nuestra, nos veda creer que sean papeles mojados.

III

Hay, y no puede menos de haber, según dijimos, sacamuelas en todas partes; sino que el sacamuelas, como los grandes cetáceos, no es pez que navegue en mares de poco fondo. Por eso, pues, si bien hace excursiones á los pueblos subalternos, cuando su propio instinto le advierte que hay que sacar algo, su residencia ordinaria es la capital.

Aquí tiene su laboratorio, ó técnicamente, su gabinete; gabinete ó laboratorio echado á los cuatro vientos de la publicidad y aun á los treinta y dos de la aguja de marear, con sólo el soplo de un anuncio, que en letras de cuerpo entero dicen, como quien dijera: *Hipócrates, Príncipe de la medicina:*

LUCAS GÓMEZ, PROFESOR DENTÍFRICO

Algunos, más cultos, ponen: *Odeontológico.*

Otros, más modestos, ponen simplemente: *Dentista,* después del Lucas Gómez, por supuesto.

Como quiera que sea el gabinete por fuera, por dentro es el estudio del profesor; sino que el tal profesor no tiene que estudiar nada, por la sencilla y á la vez poderosa razón de sabérselo ya todo.

Con esto, no hay allí cosa de libro, ni hace maldita la falta; sino llaves maestras, tenazas, gatillos, perros, diablos, y demás instrumentos de sacar.

Esta cerrajería odontológica no es ni debe ser nunca numerosa; lo primero, porque no lo exige la operación de sacar, que facultativa y todo, consta sólo de tres tirones, aunque hay ejemplos de más; y lo segundo, porque ha de responder á la necesidad ó conveniencia de que el gabinete sea portátil.

En efecto, dentro de estos límites, todo el gabinete del sacamuelas cabe en un coche de alquiler, que ya con este aparato primordial y algunos accesorios de efecto, viene á ser la tribuna del más gárrulo de los oradores, y el verdadero trono, á veces con dosel y todo, del rey de los profesores públicos, del profesor de *odeontología.*

Y es de ver cómo se engríe, vestido de sociedad y aún de toda etiqueta, *secundum quid,* y hasta arrogante y gentil de su persona, aunque no tenga cinco pies, como quiera que está en alto y con ó sin perdón, á todos se los pasa por debajo de la pata; se engríe y con razón, porque está en berlina, es decir, en exhibición, en exposición universal, luciendo todas sus facultades y aptitudes, no ya sólo de sacamuelas y *perorador,* que es un orador más largo, sino hasta de prestidigitador; expediente con que abre la sesión, aunque esté solo, bien seguro de atraer muy luego público ilustrado con el incentivo, siempre aceptable, de un espectáculo *gratis dato.*

No por eso sale de situación ni deja de estar en carácter el licenciado sacamuelas, aunque á primera vista no se alcancen bien las relaciones de los dientes con los títeres.

En el coche, como en su propia cátedra, explica luego el profesor con pasmoso desenfado, osteología, odontología, veterinaria, en fin, aplicada al arte de sacar muelas.

Y las saca, uniendo la teoría á la práctica, porque al buen pagador no duelen prendas; las saca y las pone, limpia, fija y da esplendor, ni más ni menos que la Academia Española; aunque lo que es poner, no pone nada, sino en su gabinete, donde se dejó los dientes. Y ved qué cosa: estas piezas que con mejor derecho que el loto y el te indio entran en su competencia, no son hechas por el profesor, sino por un menestral acaso extraño á la profesión. Así es que muchos dignos sacamuelas se desdeñan de ponerlas y sólo se consagran á sacar.

A vueltas de esto y lo otro y lo de más allá, pondera sus largos estudios; la utilidad que han traído á la ciencia y á la humanidad, ambas dolientes, sus más largos viajes; el primor de sus manos en esto de sacarlo todo, sin maldito el dolor; se despacha, en fin á su gusto.

Y no acaba nunca; acaba, sí; pero como si no acabara, porque vuelve á empezar.

Y todo esto con fluidez vertiginosa, con habla desortografiada, con supresión de puntos y comas, sin más interrupción que las facultativas, gárrulas también, de sacar y meter, ó sea cobrar después de los tres tirones.



EN EL PASEO *(croquis á la pluma)*

No hay que extrañarlo: está en su cátedra, y además y sobre todo está en la lección de todos los días y naturalmente se la sabe de memoria.



EN EL TEATRO *(croquis á la pluma)*

Ni se dejó en el tintero de su abundosa elocuencia el justo encomio de su desinterés, que llega, con la cola á lo menos, á la abnegación. Saca *gratis et amore* las muelas á los pobres de solemnidad, bien que saque lo que puede á los demás pobres pacientes; y no quiere sacar cosa de hueso á los ricos, sino en último extremo, pues dice en beneficio ajeno y contra el suyo propio á voz en grito que toda extracción inutiliza, no uno solo, sino dos preciosos instrumentos de masticación, de nutrición y de vida, y debe aconsejarse su conservación dentro de la moral *dentífrica.*

He aquí un desinterés que tiene tres bemoles, porque en efecto está dentro de la moral común. Pero en la *dentífrica,* como muerto el perro se acabó la rabia, no quiere el sacamuelas empezar por matar el perro de cuya rabia vive, y se esfuerza con la mayor *abnegación* en vender antes todos sus paliativos, teniendo como tiene asegurado el duro de la extracción.

(Continuará)



APUNTE *(del natural)*

LA CUEVA DE HÉRCULES

POR D. J. ORTEGA MUNILLA

I

¡Toledo! Una ciudad de encaje viejo, carcomido por este lado, apolillado por el otro, hundido aquí y allá; chafada, envejecida, caduca; patria de la gloria; calavera de una civilización completa que en las artes fué definitiva; enorme cráneo descarnado y frío dentro del cual latió pletórica la vena del pensamiento; panteón de la fe...

A tí voy. Déjame husmear el polvo de tus leyendas y buscar una. Déjame copiar lo que el pueblo dice. Copia será de sus errores y de su fe. No respondo de ellos más que como el eco de la montaña responde del salvaje y ronco grito que el viento furioso le arrancó.

Sobre siete colinas, á semejanza de la que fué señora del mundo, álzase soberbia y majestuosa la idolatrada de los godos, la llorada perla de los sarracenos, la enamorada del rey D. Pedro de Castilla, y la muy querida y mimada del emperador Carlos V. Báñala el caudaloso Tajo, que la aprisiona arrullándola con sus cristalinas aguas, y rodéala, perfumándola con sus balsámicos olores, la más hermosa y florida de las vegas. ¡Toledo! ayer testigo de la lucha, la adversidad y la gloria; hoy oscuro y viejo rincón, que cuenta por piedras los monumentos. Del sagrado polvo de los héroes y de los mártires surgen los inapreciables encantos del arte.

Al acero damasquino, á la temible adarga, le sucede el lápiz y el buril del entusiasta artista. A la desolación y muerte, el elocuente silencio del literato pensador. Al



ORILLAS DEL ANIENE, ROMA, paisaje al carbón



PAISAJE DE OSTIA *(Roma)*

estruendo y carnicería del combate, la lucha pacífica y gloriosa de las ideas. ¡Oh sacrosanta ley del progreso que todo lo vivificas con tu soplo!

Registrando nuestra historia, hállase entre sus gloriosas páginas una, oscura y vergonzosa, que pone de relieve una época tan funesta como despreciable. El reinado del torpe é imbécil rey Enrique IV. ¡Desastrosa época de la Edad media! Males grandes afligían á España; pero más grandes pesaban sobre la ciudad de Toledo, en medio de la política tan funesta seguida con torpe obcecación por aquel monarca. Las divisiones surgían constantemente y de ahí creábanse los partidos en perpetua lucha. Dos bandos había que descollaban por el ciego furor con que peleaban y por sus crímenes y fechorías. Los Silvas y los Ayalas. Odiábanse á muerte. Verdadero odio de razas, sostenido y originado por dos familias.

Un señor feudal que acaudillaba los primeros y que gozaba en Toledo de gran posición, temido por su carácter inflexible y sanguinario, y por sus relajadas costumbres, y por los desafueros de que eran víctimas todos aquellos que tenían la negra suerte de caer bajo su fiero dominio.

Alto, de robustos y hercúleos hombros, de gruesa y chata cabeza; con salientes pómulos, de pequeños y hundidos ojos medio ocultos por espesas y desmesuradas cejas. Deprimidos los parietales, poblado su cuadrado y pequeño cráneo de largo cabello tan rebelde que asemejábase á la cerda; de boca grande con abultado labio inferior medio cubierto por largo y erizado bigote que se confundía con su áspera barba; más parecía fiera que humana figura el señor Jimeno Esquivel de Silva. Vestida su antipática persona de rica dalmática, é inmóvil como una estatua, levantaba con la siniestra mano magnífico y bordado tapiz que ocultaba en la sombra regio lecho, donde descansaba en medio de pudoroso abandono una joven y encantadora mujer, sonrientes sus labios con el dulce placer del amor, y en desorden, medio tapando las ricas almohadas, su negra y abundante cabellera.

De cuando en cuando las aguosas y repugnantes pupilas del feudal llameaban de ira, posándolas horriblemente sobre el lecho; contraía su boca y su comprimida respiración entreabría convulsivamente sus anchas fosas nasales por donde salía el aliento como agudos y apagados silbidos de venenoso reptil. Mordíase los labios hasta hacer brotar sangre de ellos, y maquinalmente llevaba la diestra á la empuñadura de su daga.

– Si le amo tanto, – decía apenas con imperceptible y argentina voz, entre sueños la hermosa.

– Hanme dicho, que apretando con suavidad el lado del corazón del que sueña, hace revelaciones y contesta á las preguntas que se le dirigen, – balbuceaba con opaco acento el de Silva, llevando su velluda y morena mano sobre el corazón de ella.

Un sacudimiento nervioso agitó los músculos de la bella mujer y un ligero carmín coloreó sus mejillas, y su boca se contrajo desdeñosamente al sentir el contacto de aquella grosera mano sobre su ebúrneo seno.

– ¡Vive Dios! – prorrumpió el caballero, golpeando con ira el pavimento. – ¿Contestará? – murmuraba coléricamente, por lo bajo, hablando consigo mismo.

– Sí,... sí, le amo, – profirió de nuevo ésta, con voz más clara.

– ¿A quién? – dijo él, súbitamente, abriendo desmesuradamente los ojos que parecían querer salirse de las órbitas.

– A Lisardo, – contestó ella amorosamente. Y luego, después de una leve pausa, una sonrisa fugaz se dibujó en sus labios, exhaló un hondo suspiro, y prosiguió de esta manera. – ¡Lo juro! no lo sabrá jamás; mi secreto morirá conmigo. Siento por él el santo y puro amor como yo lo concibiera antes de ser vendida en cuerpo y alma al de Silva. – Y en medio de fatigosa y anhelante respiración, exclamó mesándose fuertemente los cabellos. – ¡Jamás, jamás faltaré á mi deber! Mi deber y mi honra, para mi señor esposo. Mi alma y mi corazón para Lisardo, – y cayó inerte, como si la muerte hubiera hecho en ella eterna presa.

El esposo ofendido, seguía con la mano sobre el corazón de su infeliz mujer, mirando con extraviados ojos y gesticulando horriblemente. Con mano convulsiva desnudó la daga, levantóla tres veces para herir, y otras tantas quedó paralizado el golpe. De pronto, verificóse en él un repentino cambio: serenósele el rostro, sus ojos cobraron de nuevo la tranquilidad perdida, soltó pausadamente la cortina, y fuése lentamente y cabizbajo, sin poder contener la sarcástica sonrisa que se dibujaba en sus labios. Algún proyecto infernal bullía en el cerebro de aquel desalmado.

***

– Daos prisa ¡vive Dios! que harto me tienen vuestra cachaza y flema, – decía con imponente voz el que parecía jefe de un pelotón de hombres, que llevaban divididos en dos grupos, dos bultos de forma humana.

– ¡Válgame el Cristo de la Luz! – exclamaba uno de la comitiva, – ¡qué noche! jamás la conocí igual, á pesar de mis años. – ¡Esto parece el fin del mundo! – murmuraba entre dientes un segundo. – ¡Ave María purísima! – exclamó horrorizado otro, haciendo rápidamente la señal de la cruz, deslumbrado por vivísima y verdosa claridad, acompañada de horrísono estruendo por seco trueno que repitió pavorosamente á lo lejos el eco. – ¡Esto es el diluvio! – repetían todos en coro por lo bajo.

La lluvia iba cesando, oyéndose en lontananza el ruido del trueno que se confundía con el bramido del viento que silbaba con furia entre el follaje de los árboles. De cuando en cuando, y en medio de la oscuridad, se dibujaba en el horizonte la fulgurante silueta fosfórica del rayo que alumbraba los objetos momentáneamente, para dejarlos de nuevo en la penuria de la sombra.



EN EL TEATRO *(apunte del natural)*

Hicieron alto en un sitio tan agreste como solitario. Un enorme peñasco destacábase como sombrío fantasma sobre el cielo. De un agujero profundo abierto en la roca, salían enormes troncos y raíces que se agarraban fuertemente y se introducían por las grietas, como hace en el mar el pulpo; dentro del agujero se oían ruidos extraños; parecía el inmenso estómago de una fiera durante la digestión.



BAILARINA *(estudio del natural)*

– ¡Santo Cristo! – exclamaron aterrados, como un solo hombre. – ¡¡La cueva de Hércules!!

– Entrad, – dijo el jefe.

Miráronse unos á otros y retrocedieron vacilando.

– ¡Cobardes! – repitió aquél y entró el primero.

Un grito de admiración partió del grupo, y, aunque indecisos, siguiéronle todos en confuso tropel.

Una vez internados en la cueva, el jefe mandó encender las antorchas. Guiados por ellas empezaron á caminar lentamente, poseídos de mortal espanto. Con frecuencia se desandaba lo andado, por el temor más pueril, ó alegando precaución hija del miedo. El motivo, sin embargo, tenía su fundamento: nada más original ni más imponente y raro á la vez, que aquel sombrío agujero, de desiguales y fantásticas proporciones, que se hundía en las entrañas de la tierra: sembrado por doquier de pilastras y figuras toscas, incrustadas entre las mil y mil diversas estalactitas que tan pronto pendían de la bóveda natural de la cueva, como surgían inesperadamente del suelo, impidiendo el paso: multitud de agujeros abiertos en las paredes en forma de osarios: de trecho en trecho veíanse en el suelo profundos hoyos, algunos de ellos con charcos de cenagosa y pútrida agua. De pronto, y con sorpresa de todos, paróse el que hacía de guía: volvió el rostro á sus compañeros é hizo ademán de hablar. Algunos signos inarticulados demostraron bien pronto el terror de que se hallaba poseído. Alzó temblorosa mano y señaló con ella á sus compañeros un inmenso sarcófago de piedra del que descollaba, en ridícula postura, un esqueleto de grandes proporciones. La calavera parecía animada: sus ojos, diminutos y fosforescentes, parecían girar por sus grandes fosas orbitarias, con vertiginosa rapidez, ora centellantes, ora apagándose. Apenas vueltos del asombro que les produjera la vista de aquel fenómeno, el esqueleto se deshizo en polvo como herido por violento rayo. Dos fuertes y lastimeros silbidos repercutiéronse por la cueva. De improviso empezó á salir del sarcófago un cuerpo monstruoso, con pequeña y estrecha cabeza: dirigió su horrible mirada por todos lados: abrió desmesuradamente la boca, roja como el fuego, y se dispuso á saltar al suelo.

EN EL TEATRO *(apunte del natural)*

– ¡Horror! – exclamaron todos, haciéndose á un lado, – la culebra de Hércules.

– Atrás, villanos: nada temáis, – gritó el jefe, adelantándose hacia el reptil, que le acechaba dispuesto á lanzarse sobre él, pero éste, con un hábil y rápido movimiento, vertió unas gotas de un pomo que llevaba preparado, sobre la cabeza del reptil, que desapareció, cayendo como herido de muerte, en el fondo del sepulcro.

El jefe sonrió con desprecio y miró con desdén á los que le seguían aterrados. Habló al oído de éstos, y á los pocos momentos aparecieron en el suelo dos masas inertes que contenían los dos bultos que antes trajeron. Quedaron admirados en presencia de dos seres humanos, que



MARINA DE NÁPOLES, dibujada al carbón

á pesar de conservar el sonrosado color que presta la vida, los músculos mostraban contraídos y rígidos como los de un cadáver.

– Atadlos en esas dos columnas: uno enfrente del otro, – decía el jefe. – Asegurad bien sus pies y manos por medio de esposas. Sujetadles fuertemente las cabezas con sólidas argollas en los cuellos. – Hubo un momento de pausa, que el jefe invirtió en inspeccionar detenidamente las ligaduras. Debió quedar satisfecho: se acercó á uno de los esbirros, tomó de sus manos una antorcha que enclavó en una grieta, y ordenó que salieran á esperarle todos fuera en la entrada de la cueva.

Una vez solo, el señor Jimeno Esquivel de Silva, que no otro era el jefe de aquellos bandidos, sentóse con glacial indiferencia ante las dos víctimas, colocó la diestra mano debajo la barba, apoyó el codo sobre el muslo, y quedóse atento mirando fijamente aquellos dos cuerpos inmóviles, á pesar de estar llenos de vida.

– Si habré tenido la mala suerte de matarlos, – decía con repugnante gesto y apretando convulsivamente sus puntiagudos y negros dientes. – ¿Acaso habré sido víctima de un engaño por parte de aquel miserable judío? ¿Habrá sido veneno lo que han tomado en lugar del narcótico convenido? ¡Ira de Dios! si tal sucediere...



PAISAJE *(del natural)*

Apenas acabara de pronunciar la última frase, cuando una de aquellas víctimas, empezó á dar visibles señales de vida.

– ¡Ah! vive, vive, – exclamó con infernal alegría el de Silva.

– ¡Socorro, socorro! – gritó dolorosamente y abriendo los espantados ojos, aquella hermosa criatura, fuertemente atada, suelta su larga cabellera, y mirando aterrada por todos lados, sin darse cuenta de su cruel situación.

– Así se castiga á las adúlteras: en vano será que grites, ni forcejees, – respondía á sus lamentos el de Silva, con ronca voz é irónica sonrisa – Morirás de hambre en medio de los más atroces tormentos. Tu muerte será lenta, horrible, cruel; tan sólo comparable á mi odio y á mis celos.

La infeliz víctima al volver á la vida, después del letargo, comprendió su espantosa situación: no se dignó, pues, dirigir una sola mirada á su verdugo; levantó al cielo sus hermosos ojos arrasados en lágrimas, balbuceando con imperceptible voz, la suficiente para que la oyera su conciencia: – ¡Dios mío, soy inocente! – Dejó caer sobre el pecho su hermosa cabeza y empezó á orar en medio de amargo llanto. Su cruel verdugo contestaba á aquellas lágrimas con diabólicas carcajadas.

Levantóse bruscamente el de Silva, al ver que por momentos se acababa la luz de la antorcha. Cogióla con precipitación, arrimóla á la cara del gallardo mancebo maniatado, miróle con desencajados ojos, contrajéronse sus labios dejando paso á satánica sonrisa, y con aire de estúpida alegría levantó la mano á la altura del rostro del inmóvil joven, y la hizo chocar contra su mejilla.

Al contacto de aquel golpe, despertó de su postramiento Lisardo, y mirando por tres veces consecutivas de arriba á bajo á su adversario, le dijo con imponente voz: – Así es de la única manera que los Silvas pueden vencer á los Ayalas. Ven, ven, – decía forcejeando, lleno de cólera y rabia, – ponte no más que al alcance de mi rostro...

Pero el de Silva comprendió que la luz se extinguía y que sin ella estaba perdido, y echó á correr perdiéndose por completo sus pisadas á los pocos momentos. A poco, oyóse, aunque confusamente, un sordo y continuado ruido como producido por los golpes de piquetas y azadones. Después nada. El silencio triste volvió de nuevo á reinar dentro de la cueva. La entrada de ésta había sido tapiada para una eternidad. ¡Inmenso agujero, convertido en horrible tumba!

– ¡Ah señora! – decía con lastimera voz, Lisardo, – mi valor acrece cada vez que oigo una palabra amorosa de vuestros labios.

– Muero más por el cruel remordimiento de ser la causa de vuestros males, que por mis sufrimientos, – decía ella, entre sollozos mal comprimidos.

– No lo creáis señora; desterrad esta idea de vuestro pensamiento; Dios ha puesto en vos la mayor de las bellezas y la más grande de las perfecciones. ¡Qué mucho, señora mía, que en medio de mi horrible muerte, sean éstos los mejores y más dichosos momentos de mi triste vida!

– ¡Oh Lisardo, cuán grande y generoso sois!

– De rodillas y con las manos cruzadas, quisiera adoraros mirándoos solamente, para que mis palabras no ofendieran la castidad del inmenso y puro amor que por vos siento. Os lo juro, señora, – decía Lisardo con apasionado y tierno acento, – quiero morir amándoos y que todo mi pensamiento esté con vos. Ni una palabra más; ni un suspiro, ni una sola queja exhalarán mis labios. No os veo, y mi entendimiento se embelesa. Dentro de breves momentos y cuando falte á mi desventurado cuerpo la vida que daría gustoso por salvar un grano de la vuestra, seguiré adorándoos. En este solemne momento mi alma toda sonríe de amor. ¡Adiós... señora... mía... muero por vos!

– ¡Lisardo! ¡Lisardo! ¡Maldita oscuridad! ¡Dios de los cielos, salva su vida... prolóngala...! Habla, habla, – decía en medio de amargo llanto y en entrecortadas frases. – Ya que no me es dado verle, que tenga la inmensa dicha de oirle. ¡Oh! malditas ligaduras, – prorrumpía en medio de la mayor desesperación, – ¡por qué me aprisionáis! ¡dejadme siquiera por un momento! ¡Monstruos de piedra, compadeceos del amor ya que no de la mujer! ¡Oh! por compasión, dejad que mis labios se posen sobre los suyos por primera y última vez. Anda, corre, alma mía, y devora á besos su rostro. ¡Toma!

(Continuará)



ESTUDIOS DEL NATURAL

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 6 DE DICIEMBRE DE 1886 — NUM. 258

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JUNTO AL LECHO DEL DOLOR, cuadro de L. M. de Gelder

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

JUNTO AL LECHO DEL DOLOR, cuadro de L. M. de Gelder

Asunto simpático ejecutado con verdadero sentimiento. La luz del alba ha sorprendido á la joven madre junto al lecho donde padece su tierna hija: ni un instante sus ojos se han apartado de sus ojos, ni un momento sus labios han dejado de pedir á Dios la salud de la inocente criatura.

Y Dios ha oído esta súplica... ¡Cómo no!... Si el Dios que perdona los pecados de los que han amado mucho, no se apiadase del llanto de las madres, ¿cómo se hubiera apiadado de las lágrimas de Magdalena?

En el semblante de esa mujer se echa de ver que el peligro ha cesado y que la esperanza renace en el atribulado corazón. La enfermita duerme, duerme tranquilamente, soñando tal vez en los ángeles sus hermanos... ¡Con qué atención, con qué cariño, con qué fruición la excelente mujer vela ese sueño, durante el cual su amada hija vuela en espíritu á las regiones celestes!

Gelder ha hecho un cuadro de impresión, pero de buena impresión; sin apelar á recursos extremos, sin echar mano de actitudes desesperadas; haciéndose intérprete de un sentimiento purísimo y teniendo la buena suerte, el mérito diremos mejor, de trasmitirlo al ánimo de los espectadores.

CABEZA DE ESTUDIO, de Conrado Fehr

Recomendamos á nuestros abonados la preciosa obra de Fehr que publicamos en este número.

HISTORIA CURIOSA, cuadro de Manuel Muñoz

Historia curiosa ha titulado el distinguido artista Manuel Muñoz un cuadro rico en detalles, armonioso de conjunto y brillante de colorido. La odalisca más ilustrada del harem entretiene los constantes ocios de sus compañeras teniéndolas pendientes de sus labios con la narración de cuentos de encantos ó de miedo. El artista que conoce las costumbres orientales y que sabe lo que ha de tener un cuadro para que llame la atención, que trabaja y estudia constantemente, ha sabido dar á cada fisonomía la expresión que conviene y su cuadro resulta animado é interesante. En presencia de esta obra puede augurarse mucho al simpático artista y seguros estamos de que llegará donde pretende, pues ni le ciegan ambiciones desmedidas ni le ofuscan pretensiones infundadas.

INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN MARCOS EN VENECIA

El grabado que publicamos da una idea del interior de San Marcos, visto desde su entrada principal. Para que nuestros lectores puedan calcular hasta qué punto se prodigaron tesoros en esta construcción, bastará saber que su pavimento, sus paredes, sus arcos, sus cúpulas, cuanto la vista alcanza en ella, se encuentra cubierto de mosaico. San Marcos, con el Vaticano y la catedral de Colonia, son, á no dudar y cada uno según su estilo, los más grandiosos, bellos y típicos monumentos del arte cristiano.

CUBIERTA DEL ÁLBUM dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio González Solesio

Este álbum, obsequio que hace la provincia de Barcelona á su ex-gobernador Sr. Solesio, como justo tributo de aprecio por sus relevantes condiciones de funcionario probo é íntegro y en recuerdo de los servicios que prestó durante la última epidemia colérica, es una hermosa manifestación de lo que puede y vale la industria catalana.

Lo forma una sentida dedicatoria firmada por millares de personas de todas las condiciones sociales y de diferentes opiniones políticas, y á las firmas correspondientes á cada uno de los partidos judiciales de la provincia precede una preciosa y delicadísima portada alegórica pintada á la aguada por artistas distinguidos, entre los que figuran los señores Fabrés, Vilaseca, Pascó, Riquer, Pellicer, Marqués, Pahissa, Moragas, Codina, Bastinos y Solá. Así las acuarelas como las firmas van sobre hojas de pergamino fuerte y finísimo.

Las cubiertas, la superior de las cuales es la reproducida en nuestro grabado, corresponden, si no aventajan, á la riqueza y buen gusto de las hojas. Su fondo es de piel de Rusia, y en los adornos están combinados con singular acierto el hierro, el cobre, el bronce, la plata y el oro. Campea en el centro el escudo de la provincia con las cuatro barras de cobre sobre fondo de oro; de igual materia es la corona y de hierro esculpido á cincel y grabado al agua fuerte la cimera que la remata. En los grandes broches descuellan, en caracteres decorativos y sujetas con granates y otras gemas, las letras de oro macizo de la dedicatoria: *A A. G. Solesio.—Barcelona.* Artísticas ramas de roble y de olivo van combinadas en dichos broches, siendo de cobre las primeras y de bronce verde y blanco las segundas.

Todos estos primorosos adornos han sido labrados en los acreditados talleres de D. Francisco Vidal y C.ª y cuantas personas han tenido ocasión de contemplarlos afirman que pueden compararse con los mejores trabajos de las principales casas de París, Londres y Viena. La encuadernación del álbum bastaría para acreditar la casa de los señores Domenech, si no fuera conocida su competencia en este ramo.

En suma, el obsequio que la provincia de Barcelona hace al señor González Solesio honra tanto á este distinguido funcionario como á los donantes, y á los artistas é industriales que en él han tomado parte.

Ya en máquina el presente número hemos recibido la siguiente carta del Excmo. Sr. D. A. González Solesio, copia de la dirigida por el mismo á los señores que formaron la comisión para el obsequio de que hemos dado cuenta, y que nos hacemos un deber en reproducir por ser una nueva prueba de la elevación de miras y generosos sentimientos del que fué nuestro digno gobernador civil. Dice así:

Mis queridos y bondadosos amigos: No encuentro palabras con qué expresar á Vds. mi profundo agradecimiento y lo que mi corazón siente, por la singular y valiosísima prueba de cariño y buen recuerdo que me dedica esa hermosa y para mí inolvidable provincia. Jamás pude, ni soñar siquiera, tamaña recompensa á los modestos servicios que prestara en el corto espacio de tiempo que tuve la honra de estar á su frente y que por ninguna otra humana trocaría

Su inmenso valor artístico, y la significación que tiene, colmaría en alto grado el premio que pudiera otorgarse á caudillos esforzados ó ilustres estadistas, que en provecho de la patria se hubieran distinguido. En cuanto á mí, confieso sin ningún alarde de modestia, que, careciendo de las necesarias aptitudes, nada hice que excediera del elemental cumplimiento del deber, procurando siempre el bien general y defendiendo los fueros de la justicia.

Y al aceptar tan gallarda muestra de cultura y adelanto en las artes, legalizada con tan honradas firmas, sólo veo en ella una manifestación del pueblo más generoso que conozco, que con sus envidiables virtudes cívicas é inagotable caridad, allanó por extremo mi gestión, llevando su bondad al límite, atribuyéndome méritos que única y exclusivamente pertenecen á los catalanes, que con un gran sentido moral y bien arraigado amor al prójimo, afrontaron serenos los días angustiosos que en el pasado año transcurrieron.

El precioso álbum que Vds. me han entregado, volverá en su día á esa provincia, y así, las generaciones venideras, podrán formar acabada idea del adelanto de las artes en nuestra época, conociendo además los curiosos autógrafos que encierra tan bien concluída obra, producto sólo de hijos de una comarca que es honra y legítimo orgullo de los españoles.

A todos debo inefable gratitud, y ojalá tuviera la fortuna de poder demostrar alguna vez mi cariño á esa culta é industriosa provincia, por cuya prosperidad y ventura hago los más fervientes votos.

Ahora, como siempre, repito á Vds. mis más sinceros sentimientos de estimación, amistad é íntimo reconocimiento, quedando suyo afectísimo amigo S. S.

Q. B. S. M.

A. GONZALEZ SOLESIO

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

POR DON NICOLAS DÍAZ DE BENJUMEA

(Continuación)

VI

No sé qué autor ha dicho en verso, que en los peligros grandes, el temor es mucho mayor que el peligro. Esto es decir poéticamente lo que se ha sentido de un modo prosáico desde que los primeros hombres habitaron la tierra. La razón de esto es, que la fantasía es ingeniosa para atormentarse, y sobre cualquier fondo lúgubre no sabe pintar más que espectros y fealdades, y el tinte negruzco y amarillento propio de la tristeza de ánimo hace aparecer todas las cosas por su lado más sombrío y temeroso.

Esperé en vano aquella tarde la llegada del correo; y no viendo el documento, en vez de achacarlo á olvido del remitente, cosa muy natural en nuestra flaqueza, deduje que su carta había sido interceptada y abierta y sacado el talón con la santa idea de caer sobre mí con todas las pruebas necesarias. Habíame asomado á la ventana, y me llamaron la atención sus dobles puertas de cristales para protección del frío y en cuyo hueco y sobre un lecho de sal, había una porción de moscas inertes y esperando la resurrección á los rayos del sol de mayo. Aquello era una verdadera prisión donde seres vivientes dormían el sueño de la nada. Extiendo la vista sobre la orilla opuesta del Neva, y por primera vez me fijo en aquellos buques enclavados en el hielo, como águilas acostumbradas á cruzar el vacío, sujetas por fuertes ligaduras á una dura roca. Cinco meses de cautiverio esperan á las voladoras naves usadas al continuo movimiento de las olas, y otros tantos de holganza al marinero aburrido sobre cubierta, cantando alguna canción de su patria para disipar la temible nostalgia que le devora. ¡Qué triste perspectiva!

Para rematar el cuadro se ofreció una extraña decoración sobre la sólida y blanca superficie del Neva, y fué una inmensa asamblea de cuervos formando perfecto círculo, cuya circunferencia tocaba en las dos márgenes. En el centro había otro pequeño círculo, como de dos metros de diámetro, completamente despejado, cuya blancura resaltaba por el contraste de aquella congregación, y dentro de él un cuervo que parecía como el presidente de aquella asamblea, pues él solo graznaba, mientras los demás guardaban silencio, y él solo se movía, mientras el resto permanecía inmóvil.

Admitiendo que los animales han sido medios indirectos de instrucción para el hombre, dábame yo á discurrir qué parte tendrían los cuervos en esta caritativa tarea. Aquel espectáculo, si alguna enseñanza encerraba, era entonces para mí la ilustración de un gobierno autocrático. Había allí, por lo menos, de ochenta á cien mil cuervos sin acción, ni voluntad, ni *personalidad*, perdóneseme el vocablo. La masa de seres, así hubiese cubierto el mar Báltico, no representaba más que un guarismo, ó mejor dicho, la negación de un guarismo, el cero: el nihilismo, la ausencia de toda actividad é iniciativa, ó lo que es lo mismo, millares de ceros á la izquierda del jefe ó autócrata que se hallaba en el centro. Y, en efecto, nada explica mejor la fuerza de un autócrata y la insignificancia de los súbditos que su representación por guarismos, porque esa misma masa representante de la nada, puesta á la derecha del guarismo autócrata, se convierte en una fuerza inmensa, como instrumento dócil de una sola voluntad.

El daño para el déspota consiste en que no sabe cuándo esa ciega muchedumbre empieza á abrir los ojos, porque no habiendo expresión libre del pensamiento, vé moralmente á la nación como la gran Catalina veía el paisaje de su célebre jornada. Pero, en fin, por el pronto, aquella reunión de cuervos, á corta distancia del Palacio de Invierno, parecía la representación exacta del imperio ruso.

Aquella asamblea parecía contenta y satisfecha. Probablemente versaría el discurso del orador sobre que era llegado el tiempo de escoger parejas, apalabrarse y tomar los dichos para unirse cada cual en la próxima primavera en feliz consorcio con la cuerva de su elección y dar hijos rollizos á la patria. Todo esto es posible, y si los hombres hubiesen hecho estudios para comprender el lenguaje de las aves y los animales, tal vez hallaríamos en ellos una fuente inagotable de admiración, enseñanza y gusto.

Yo me hallaba muy lejos de sentirlo, porque, devorado por el pensamiento de un peligro inminente, todo lo veía triste y oscuro, y puedo decir, en verdad, que nunca me pareció el cuervo más negro que en aquel día. Las casas rusas se me figuraban prisiones. La fortaleza Pietro-Paulo, un cementerio y su descomunal aguja un instrumento para empalar al por mayor. Los rusos me semejaban tártaros por las facciones y esquimales por las pieles en que iban envueltos, y hasta el seco ruido de sus pisadas sin elasticidad á causa del doble zapato de madera, parecía el de esqueletos ambulantes castañeteando canillas y carcañales Uno de ellos, *moujik*, con su montera cuadrada, sin ser doctor, y su larga túnica, sin ser apóstol, alto como un trinquete, y más lleno de *kwass* ó aguardiente que un bocoy hamburgués, tuvo el privilegio de distraer mi imaginación por unos instantes. Había caído sobre la nieve y pugnaba por levantarse, hecho lo cual volvía á caer en el mismo sitio. No sé por qué los griegos se dieron á inventar la tela de Penélope, la roca de Sísifo, la rueda de Yxión, ni el tonel de las Danaides para representar el trabajo en vano, cuando un beodo lo ilustra á la maravilla. El meta-centro de aquel discípulo de Baco estaba en la coronilla, y como tenía estatura bastante para ser gastador de la guardia imperial, conforme tomaba la perpendicular y se veía tan lejos de su madre la tierra, perdía la cabeza y el equilibrio y volvía á bajar de donde había subido. Aquel espectáculo me recordó la definición que daba del derecho un fanático germanista, diciendo que era «la evolución del concreto;» pero aquel concreto no llegaba á derecho por más evoluciones que hacía. Al fin, tuvo por conveniente quedarse en la horizontal, hasta que dos soldados le levantaron, y, sirviéndole de puntales, le condujeron. Aquel hombre del pueblo que pugnaba una y otra vez por levantarse ¿no semejaba á las clases bajas, ignorantes y embrutecidas, luchando inútilmente por elevarse? Los pueblos, si miramos la historia, no han hecho otra cosa que levantarse para caer de nuevo, porque les falta la cabeza ó digamos la inteligencia para tenerse derechos.

Poco tiempo había trascurrido, cuando uno de los domésticos vino á avisarme que pasaba el emperador Alejandro II.

– Y ¿dónde diablos está? – pregunté yo con cierto asombro, puesto que no oía marcha real ni veía escolta, ni carruaje, ni acompañamiento, ni ese bulle-bulle ordinario en las cortes, cuando hacen aparición las testas coronadas por los sitios públicos. Según la idea que en Europa tenemos de la omnipotencia del Czar, esperaba yo, por lo menos, que le precediese un regimiento y le sirviese de cola una división de infantería con sus correspondientes caballos y cañones, sin contar con que las gentes que le hallaban al paso hincarían una rodilla en tierra.

– ¿En dónde está el Czar? – pregunté de nuevo.

– ¿No ve V. dos hombres que por el puente Nicolás se dirigen al muelle inglés? Pues uno es el emperador y el otro su hermano el gran Duque Miguel, que vienen de visitar la escuela de marina. El más alto es Alejandro.

En efecto, el gallardo descendiente de los Romanoffs atravesaba el dilatado puente, como cualquier hijo de vecino, siendo saludado á su paso por algún cochero ó soldado que le reconocía por las facciones más que por el traje ó las insignias, pues consistía aquél en un sobretodo gris que le cubría desde la barba hasta los tobillos, y un casco, al parecer, como cualquiera otro de los infinitos que coronan el atavío militar en Rusia.

Esta llaneza me predispuso en su favor, pues á decir verdad, creía yo que el autócrata de todas las Rusias, no podía moverse en público sin estrépito y ceremonias como verdadero Júpiter de un nuevo Olimpo terrestre. Cierto es que entonces no había nihilistas, y si algunos existían se hallaban muy lejos del imperio y aún más distantes de inspirar temor alguno. Comparativamente, la Rusia era entonces una nación que avanzaba. Alejandro se había dado á conocer por su protección á las letras, expediciones y exploraciones, aun antes de ceñir la imperial corona. Su advenimiento al trono trajo consigo la paz en Oriente y las esperanzas de grandes reformas sociales y políticas, entre las cuales no eran un grano de anís la emancipación de los siervos, y un poco de justicia para la Polonia. Como quiera que sea, daba señales de príncipe ilustrado, y hasta personalmente era un tipo noble y varonil cual convenía al representante de un vasto imperio militar, ó sea un emperador de la punta del pie á la de los cabellos.

Esta impresión fué la más notable de aquel día, que terminó para mí con una confidencia tranquilizadora. El mayordomo vino á darme la buena nueva de que había estado en la aduana con motivo de otros encargos, donde había encontrado un oficial antiguo amigo suyo, por medio del cual supo que no había bulto alguno recién llegado de París y dirigido á la embajada española.

Esta noticia y la falta del talón me hicieron ensanchar el ánimo encogido, y en lo tocante á la persecución ó seguimiento del individuo de la policía, me dí á creer que sin duda era ilusión óptica formada por el temor de un gran peligro. Con esta composición de lugar, resolví distraerme y refocilarme aquella noche asistiendo al teatro imperial de la Opera, en cuya compañía figuraban nada menos que el célebre Tamberlick, entonces en lo más florido, y el inolvidable Ronconi, en lo más granado de sus

facultades vocales, amén de los famosos Marini y De Bassini y la incomparable Madame Bossio, víctima poco después del ingrato clima de la Rusia. Representábase la obra maestra de Rossini que lleva el nombre de *Guillermo Tell*, y sobre la cual había yo tenido la alta honra de conversar no hacía muchos días con el ilustre autor, mientras daba sus paseos vespertinos en Baden-Baden, frente al famoso casino de Benazet, y oyendo de sus labios la anécdota que corre entre los *dilettanti* acerca de su inimitable sinfonía.

– ¡Ah! ¿qué puede oirse después de este *capo di ópera* de la overtura del *Guillermo*? – decía un fanático admirador del cisne de Pésaro.

– La introducción, – contestó sencillamente el maestro.

Pues bien, yo me prometía oir hasta templar los instrumentos, por no perder las primeras notas del violoncello, risueña y rosada aurora descrita por el sonido; pero al salir de casa topé de nuevo con el polizonte, y al apearme del trineo en la puerta del teatro, volví á verle fijo, impertérrito, como si hubiese de pedirme la entrada.

Tomo otra vez asiento en el trineo y grito al cochero:

– *¡Franzuski teatre!*

Tiempo perdido. Al llegar al vestíbulo del teatro francés, mi hombre clavado allí.

(Continuará.)



CABEZA DE ESTUDIO, de Conrado Fehr

LA CUEVA DE HÉRCULES

(Conclusión)

Entretanto, un bulto informe movíase como aletargado, rastreramente, por el fangoso suelo con lenta pesadez; encontró á su paso un cuerpo, y empezó á trepar por él, enroscándose y oprimiéndole: paróse de pronto, movió lentamente con indecisión la cabeza, echóla luego atrás, sacó su lengua larga y viscosa como una saeta envenenada, é hirió varias veces con ensañamiento y asombrosa rapidez.

Oyóse inmediatamente un grito agudo, penetrante, desesperado como los que lanzan los ahogados en los supremos momentos. Después... un silencio lóbrego y horrible.

La serpiente había acabado violentamente con los últimos restos de la desventurada señora de Silva.

***

En 1546, es decir, setenta y nueve años después de los sucesos que acabamos de narrar, y á las dos de la tarde de un hermoso día de Mayo, tenía lugar en Toledo, con toda solemnidad, un acto que dejó profundos y tristes recuerdos en sus moradores, debido, no á la curiosidad, como dicen algunos historiadores, sino al deseo de acabar de una vez con las fábulas y supercherías que se contaban de la misteriosa «Cueva de Hércules,» que tenían amedrentado al fanático y timorato pueblo toledano. Con este principal objeto, pues, en el citado día, el sabio y respetable arzobispo y cardenal don Juan Martínez Siliceo, rodeado de gran número de seglares, nobles y plebeyos, con todo aquel imponente aparato que el asunto requería, dirigióse el sitio donde se hallaba tan famosa cueva, y una vez ante ella, hízose corro, improvisándose un pequeño altar con su crucifijo y sus correspondientes cirios encendidos, con más gran número de hachones que ostentaban los concurrentes para dar al acto más lucimiento. El arzobispo, vestido de pontifical, se acercó lentamente y con solemnidad á la entrada de la cueva, rociándola con agua bendita con un gran hisopo que á la sazón tenía preparado. El pueblo en masa cayó de rodillas. Inmediatamente varias piquetas, sostenidas por forzudos brazos, empezaron á derribar la mole que obstruía la entrada de la cueva. A cada golpe la ansiedad era grande y el miedo iba pintándose en los rostros de todos.

Sólo el arzobispo, de pie, sosteniendo en una mano el báculo y en la otra el hisopo, mostrábase sereno y tranquilo. Una vez limpia de escombros la entrada, el obispo ordenó á media docena de hombres, que no más se hallaron en toda la ciudad para el tal acto, que entraran en la cueva como exploradores, con sus hachones, linternas, cuerdas y demás mantenimientos. Arrodillados éstos ante el altar, hicieron, de palabra, sus respectivos testamentos en medio de la consternación del auditorio y de los llantos y vociferaciones de sus parientes y allegados, que, á trueque de todo sentimiento, no quisieron dejar de asistir á tan memorable acto. Recibieron la bendición del cardenal, y poseídos de mortal angustia, que llevaban retratada en el rostro, se precipitaron dentro de la cueva en pelotón, porque sabido es que el número acrecienta el valor. Al poco rato, y en medio de la curiosidad y asombro general, salieron al punto los tales exploradores, desencajados los rostros, erizados los cabellos y con un castañeteo de dientes que probaba claramente el pánico de que se hallaban poseídos. Dos de los seis cayeron en el suelo como heridos por el rayo, siendo inútiles todos cuantos auxilios se les prestaron. El pueblo quedó consternado ante aquellos dos cadáveres. Se hacían las más estrambóticas conjeturas. Había individuo que juraba reconocer las garras del diablo en el cuello y pecho de uno de los muertos. Imposible sería describir el miedo que se apoderó de los circunstantes. En medio de la confusión producida por el pánico, el obispo se acercó á uno de los cuatro exploradores, que yacían postrados; asióle cariñosamente una de las manos, y le interrogó, tomándole juramento de decir verdad de todo cuanto hubiere visto y



HISTORIA CURIOSA, cuadro de Manuel Muñoz



Cubierta del álbum dedicado por la provincia de Barcelona á su ex-Gobernador el Excmo. Sr. D. Antonio González Solesio, en demostración de afectuoso recuerdo



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN MARCOS EN VENECIA (copia de una fotografía de los hermanos Alinari)

oído. Aseguró éste, con desfallecida voz, que habrían andado como unos doscientos pies, cuando sobrevino una densa claridad, pálida y azulada, que salía de un gran agujero abierto en el suelo; que á sus costados se levantaban dos columnas gigantescas en las que estaban ligados



PESCADOR Y CAZADOR DE STAGNO

dos demonios huesudos y horribles, uno de ellos con largos pelos en la cabeza y el otro de feroz mirada, amenazando con su brazo y mano. Luego unos silbidos espantosos; luces diminutas que corrían de un lado á otro persiguiéndoles; y un inmenso trapo que les envolvió apagándoles las luces y privándoles la respiración.

En vista de tan funesto y contrario resultado, el arzobispo mandó cerrar y lodar de nuevo la entrada de la cueva, con gran contentamiento del vulgo, que aseguró que los demonios, que en ella tenían su guarida, acabarían por morir asfixiados.

Para terminar, réstanos decir: que lo que vieron los exploradores, aumentado por la doble vista que siempre produce el miedo, fueron simplemente los dos esqueletos de los infelices amantes encerrados allí por el señor de Silva. El demonio cabelludo, no era otro que el esqueleto de la desventurada mujer, que aun conservaría la cabellera. El inmenso trapo que les envolvió quitándoles la respiración, no otra cosa era que la falta de oxígeno que paralizaba la función de los pulmones: y finalmente las lucecitas que los perseguían los gases y miasmas que corrían en dirección del aire que los impulsaba.

Acaso se me objetará, y con razón, acerca del malvado señor Jimeno Esquivel de Silva. ¿Qué fué de él?

Vivió feliz largos años, porque la Providencia para realizar el grande y sublime equilibrio de la moral, no necesita llevar á cabo visibles venganzas.

¿Creéis que engordó?



«DOLCE FAR NIENTE»

Pues sí, creedlo. He aquí por qué se dice que muchas veces la vida es inmoral. El remordimiento hincaba su diente en la conciencia y la linfa ensanchaba los tejidos abdominales.

J. Ortega Munilla

EL SACAMUELAS

(Conclusión)

IV

El gabinete odontológico, que cabe en un coche de alquiler, puede caber también en unas alforjas, reducido á su mínima expresión, cada y cuando el sacamuelas va á visitar su distrito.

El profesor, en esta otra exhibición de facultades, no ha descendido en manera alguna; está á la misma altura física, moral é intelectual; pero su cátedra es ahora más modesta: es una silla... de montar.

Es el mismo profesor, licenciado por Oxford, revalidado en Pekín, médico-cirujano de *dentificación* de SS. MM. y AA.; sólo que ahora va á cuatro pies... va á caballo.

Dejémoslo ir, que ya parecerá.

Cuando parezca, no hay que preguntar quién es; él mismo se anticipará con garbo de *sans façon*, que quiere decir sin vergüenza ni cortedad ninguna, y os entregará sus credenciales.

Las credenciales de un charlatán son prospectos, aunque con cierto aire ó corte de edictos ó proclamas.

Hé aquí una que nos viene de molde y hemos de insertar textualmente para que no se crea que recargamos el carácter, mal aconsejados por la envidia:

«Don Julián Martínez Rubio, cirujano dentífrico de SS. MM. y AA., premiado en París y Lóndres y otras exposiciones:

»Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público de esta culta y morigerada población sus filantrópicos servicios de dentificación garantizados con el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.

»Extrae muelas, dientes y raigones subrepticios sin experimentar ningún dolor; corrige y perfecciona con toda perfección las desigualdades dentrífugas, limando salientes y arrancando sobrepuestos, sin dolor; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos, á plata, á oro, á zinc, y por otro de su propia invención, que es el mejor de todos ellos, por cuanto es una pasta mixta de ambos á tres elementos físicos sin cosa de mercurio ni otra sustancia inmoral ni corrosiva. Cura radicalmente la excoriación escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmías mandibulares y demás desperfectos denticales; añade también sueltos á las piezas montadas sobre planchas ó bases de cuchú; y todo esto sin ningún dolor, como tiene acreditado y acredita diariamente en sus operaciones públicas y privadas, nacionales y extranjeras.

»Inventor también de un elíxir vegetativo-animal de virtud maravillosa en la Academia de Medicina de París, cura instantinamente el mal olor de la boca, y fortalece la dentición mas endeble dejándola para siempre limpia y completamente masticable.

»Ofrece á más, aunque ajena á su profesión, una sustancia extraída de plantas exóticas y elaborada en pastillas de á real para sacar de raíz toda clase de manchas de aceite, de sebo, de grasa, de mugre, de fruta, de tinta, de vino y demás licores maculares.

»El especialista sólo permanecerá en esta culta y morigerada población tres días; lo que tiene el honor de advertir al ilustrado público, para que aproveche la favorable ocasión de servirse de sus servicios.

»Firmado. – Julián Martínez Rubio.»

Ante esta pieza, tan preciosa como auténtica, y tan auténtica como hecha de mano maestra, mano del mismo interesado, no es ya lícito darnos por sospechosos atribuyéndonos el empeño de exagerar el tipo ó cualquiera otra mira adversa á tan honorable clase, ni por envidia ni por ningún otro sentimiento de hostilidad.

No pudiéramos haber dicho menos, aun animados del mejor deseo, ateniéndonos estrictamente, como narradores de costumbres, á las inviolables reglas del arte, arte de hacer comedias y comedia de figurón, cuyo héroe es siempre el mismo figurón.

Tampoco pudiera resentirse justamente el sacamuelas cuando en tan grata ó ingrata pintura nos ayuda al fin el mismo sacamuelas.

Y en su insigne trabajo, que habla sólo por su gran colorido, expresión y movimiento, daríamos por terminado el nuestro, si á pesar de nuestra modestia y dudando siempre de nuestras propias fuerzas, no tuviéramos la pretensión de hacer un verdadero cuadro; y para este empeño faltan aún algunos toques.

Hemos visto al sacamuelas ejercer en coche allá en las plazas públicas de la capital, y hay que verlo también ejercer á caballo en los pueblos subalternos, aunque no hemos de tomarnos el fatigoso trabajo de seguirlo á todos ellos, pues para muestra basta un pueblo ó sea un botón, como reza el refrán.

Ejerciendo á caballo el sacamuelas, no se da ya punto de reposo ni en manos ni en lengua, pues siempre hay que coger de una á otra cosecha, y en punto á muelas, se guardan en el lugar para él solo todas las que han madurado desde la visita anterior.

Que para coger la fruta se empine un hombre todo lo que pueda, cuando es el árbol alto, no tiene nada de extraño, es al contrario muy racional; lo extraño, lo absurdo es que, siendo bajo el árbol, tan bajo como un hombre ó una mujer, se suba el sacamuelas á un camello para coger su fruta.

¿Es que no puede ó que no debe descender al nivel de los demás?

– Baje usted de ese animal, – decía una tarde al mismo Martínez Rubio una tímida paciente; – baje usted y me la sacará mejor.

– ¡Bueno fuera! – contestó casi dignamente el charlatán. – ¡Bueno fuera que bajara yo á operar!

No es, pues, que no puede, sino que no debe descender.

Y acaso acaso sea también que no le sea del todo posible, embarazado como va entre todos los trastos de su gabinete; pues si bien no hemos tenido ocasión de ver dónde duerme el sacamuelas ambulante, sí hemos visto dónde come: come allí mismo donde almuerza... á caballo siempre.

Desde esta altura, que sigue siendo su cátedra, no menos digna que la otra, exhibe al público, siempre ilustrado, sus títulos, certificados y diplomas con la chusca precaución ya conocida; tiene el honor de ofrecer sus excelentes servicios garantizados por años como los relojes, más pecadores que justos; corrige y perfecciona, empasta y obtura á plata, á oro y hasta á calderilla; cura *instantinamente* el mal olor de la boca, la excoriación escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmías mandibulares y demás desperfectos *dentífricos*.

No hace nada de esto ni mucho menos; pero dice que lo hace, lo dice sin puntos ni comas, desbocado como un caballo, que no sea el suyo, el cual, expuesto desde por la



VENDEDORA DE JUNCOS

mañana hasta la noche á la lluvia, lluvia de palabras, y á todas las inclemencias de la charlatanería, no mueve en su asombro pie ni mano, como si fuera un manso y pacientísimo camello.

Pero si no hace nada de eso el charlatán, no deja de sacar muelas, mandíbulas y cuartos; y todo esto sin dolor.

¡Sin dolor! Esto nos trae á la memoria un paso de tragicomedia en cuya heróica acción fué protagonista el mismo sacamuelas, representante histórico y auténtico del tipo, y cuya catástrofe vamos á referir en cuatro rasgos para dar digno remate á este trabajo.

Tráenos también á la mano ese oportuno epigrama:

—No hay dolor como el de muelas,
Cuando aprieta de verdad.
—Hay quien sin dolor las saca.
—Ese aprieta mucho más.

V

Había ido por casualidad ó de intento á un pueblo de Andalucía un ingeniero hidráulico, que no era en verdad hidráulico ni ingeniero, sino un charlatán, especie de sacamuelas del ingenio, por cuanto iba sacando muy ingeniosamente del pueblo todo lo que se había propuesto.

El pueblo, aunque no á mucha distancia del río, carecía de aguas potables, y las había traído en abundancia hasta la misma plaza de la Constitución, dirigiendo bien ó mal el acueducto y cobrando cuatro ó seis meses de honora-



LA INUNDACIÓN

rios, como tal facultativo, á razón de tres duros diarios.

Había dirigido después la visual á una moza del pueblo, propietaria de muy buenos fundos y no malas partes por su honestidad y belleza, y estaba á la sazón en vísperas de bodas.

A ver si este ingeniero hidráulico no era en cierto modo un sacamuelas. Y él, en verdad, las sacaba sin dolor.

Al dolor vamos.

Todo estaba preparado para tan feliz conyugio, que venía á ser un golpe de estado en el pueblo.

Pero como el diablo no duerme y es enemigo siempre de la dicha ajena, ya que no pudo descomponerla, hubo de poner para retrasarla y ganar tiempo, toda su infernal rabia en una muela del novio.

En efecto, la muela del juicio se le había vuelto loca de puro rabiar.

Pero si el diablo da la llaga, Dios da la medicina.

Aquí de nuestro héroe, caído como del cielo.

– «Don Julián Martínez Rubio, (decía el charlatán en la plaza recitando de memoria su técnico prospecto) médico-cirujano de dentificación de SS. MM. y AA., premiado en París y Londres y otras exposiciones...»

– Pare usted esa jaca, compadre, – le gritó el alcalde á cierta distancia, bien que la jaca estuviera parada.

El orador no hizo caso de esta incongruencia y continuó en el uso de la palabra.

– «Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público sus filarmónicos servicios, garantizados por el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.»

– Pare usted esa jaca, – repitió el alcalde.

– «Extrae muelas, – prosiguió el otro, gárrulo y palabrero, – extrae muelas, dientes, raigones subrepticios, corrige y perfecciona con toda perfección las desigualdades dentífricas, limando salientes y arrancando sobrepuestos; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos y por conocer á plata, á oro, á zinc...»

– ¡Que pare usted esa jaca! – volvió á repetir el alcalde, enseñando el bastón de autoridad.

– «Yo ejerzo mi facultad con título profesional y por la gracia de Dios y la Constitución de SS. MM. y AA., y en su virtud continúo sacando...»

– No se saca ya ni un pelo, cuanto menos un quijal, á nadie de este mundo, tan y mientras no venga usted á sacarle el mismo juicio á mi más estimado amigo.

– Pues no es eso sino continuar ejerciendo; estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

– Vamos allá.

– Quisiera saber previamente, – dijo luego el charlatán, – qué casta de pájaro es el paciente; porque según sea su casta, así será mi procedimiento científico y así también serán mis honorarios. A cada categoría de pacientes aplicamos su instrumento respectivo: al pobre de solemnidad, que es parroquiano gratis, las tenazas; al que puede dar más que las gracias, los alicates; al que dar puede una peseta, el gatillo, y al que tiene para dar un duro, la llave inglesa. Ahora bien, vuelvo á preguntar: ¿Qué casta de pájaro es ese amigo?

– Es un pájaro de cuenta, – contestó enfáticamente el alcalde.

– Llave inglesa, pues.

– Y si tiene usted otra superior, aunque valga un duro más...

– Superioridad no hay ya ninguna, á no ser las de San Pedro; pero por el duro más, le aplicaré toda la superioridad de mi ciencia.

– A la mano de Dios.

Y llegamos á la casa de la novia, en cuya sala estaba el paciente, hundido en una poltrona con todo el abandono de quien tiene la salud atravesada por el agudo puñal de un dolor de muelas.

Con esto, ni él se fijó en el charlatán, ni el charlatán pudo fijarse en él, que tenía la dolorida cara entre las manos...

El cirujano de SS. MM. y AA. se inclinó profundamente al entrar, haciendo por la primera vez de su vida un saludo sin palabras, saludo inverosímil que falseaba el carácter, pero, con todo eso, no dejaba de estar en situación.

Después, armado de todas armas, digámoslo así, pues empuñaba la llave inglesa, llave que, como dijo el profesor, no reconoce superioridad sino en las de San Pedro, y seguido en primer término por la novia y la suegra, en segundo por el alcalde y en último por unos cuantos amigos de la casa, se acercó al paciente y tocándole en el hombro, le dijo cortésmente:

– Estoy á las órdenes de usted.

El paciente se incorporó al aviso, descubriéndose á la vez la cara.

– ¡Ah!—exclamaron sorda y simultáneamente ambos á dos charlatanes.

Se habían reconocido.

Los circunstantes tomamos la exclamación por un quejido, refiriéndola al doliente; refiriéndola al sacamuelas, nos pareció hasta absurda, como quiera que él ejercía siempre sin dolor.

Con todo eso, no hicimos alto en tan ligero incidente, tanto más cuanto los dos charlatanes tomaron el prudente partido de disimular, aprestándose el uno á operar y el otro á someterse al sacrificio.

– No le haga usted mucho daño, – encargó la flévil novia.

– Ni mucho ni poco, – añadió el alcalde, como reconviniendo; – está ajustado en un duro más que no ha de hacerle ninguno.

– Ninguno, – contestó el sacamuelas con tan imperceptible sonrisa, que no alteró su heróica seriedad.

Y el maldito, á pesar del encargo de la novia y del recuerdo del alcalde, dió unos pasos retrógrados, dejó la llave inglesa en su estuche, tomó no ya el gatillo, ni los perros alicates siquiera, sino la última categoría de sus instrumentos, las tenazas, y volvió cerca del paciente.

– ¿Cuál es la muela dañada? – le preguntó con voz afectuosa, digámoslo así.

El doliente le indicó una de las del juicio.

El sacamuelas aplicó sus tenazas á otra que no tenía cosa de eso, esto es, cosa de daño, á la que no le dolía ni le había dolido nunca, á la más sana de todas, y muy luego vino afuera, aunque no á dos ni tres tirones.

Aunque el dolor fué supremo, hubo de sufrirlo el doliente sin proferir una queja, con un disimulo heróico; lo cual dió propicia ocasión al sacamuelas para confirmar con una prueba más su prodigiosa habilidad en presencia de irrecusables testigos.

– ¡Sin dolor! – dijo el ladino, mostrando la muela sana en sus pésimas tenazas. – ¡Sin dolor!

– ¡ Del sacamuelas ! – gritó ahora el doliente entre sollozos echando á rodar su disimulo.

Ante este descrédito, acabó de vengarse el sacamuelas revelando...

Pero esto no cabe en un cuadro ya acabado.

¿Qué nos importa que el seudo ingeniero tuviera ó no obligaciones de conciencia con una hermana del sacamuelas?

VI

Cuatro palabras más.

Los que seriamente se consagran al estudio de la odontología no deben darse aquí por aludidos; esos, como todos los hombres de ciencia, no son charlatanes, sino pensadores, ni por más que saquen, son tampoco sacamuelas, son dentistas.

Hay dentistas alemanes doctorados en medicina y cirugía; no sino un dentista americano fué el que hizo en las muelas el primer ensayo anestésico para operar sin dolor, y hay bastantes dentistas españoles que, sin ser inventores, realizan diariamente ese verdadero milagro, suspendiendo, mientras operan, la sensibilidad del paciente, no con el empirismo y garrulería del charlatán, sino con la ciencia y conciencia del modesto y reservado profesor.

Hecha esta necesaria salvedad, para la cual pedimos la palabra, después de agotado el asunto, no tenemos más que decir, á no ser también sacamuelas.

C. NAVARRO

CASAS Y HABITANTES DE STAGNO

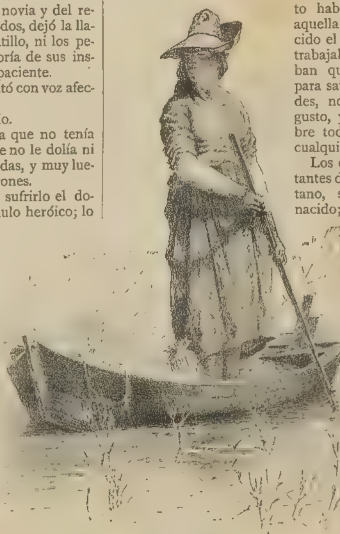
dibujos tomados del natural por E. Cecconi

No era Stagno una ciudad, ni un pueblo, ni tampoco un caserío; cuando más, se le hubiera podido llamar un distrito, ateniéndose estrictamente á las reglas observadas por los que forman los censos de población. Diez ó doce casas y cabañas diseminadas al acaso, según las necesidades de la localidad, ocupaban los espacios de terreno menos accesibles á las inundaciones, y aun en ellos había numerosos diques y canales que conducían las aguas al río Calambrone, que en su lento curso dejaba pocos sitios útiles para establecer viviendas humanas.

La casa más grande era una antigua mansión señorial, hoy ruinosa, á la que los restauradores habían procurado varias veces devolver su primitivo aspecto, sin conseguir otra cosa más que mutilar el estilo, disminuyendo la solidez del conjunto. En el vetusto edificio se albergaron varias familias pobres, unidas por lazos de parentesco; otras construyeron cabañas al rededor de un molino, en la encrucijada que hay entre los caminos de Florencia y de Pisa; y las últimas que llegaron instaláronse á orillas del agua, sin temor á la inundación ni á las perniciosas emanaciones de los canales. En Stagno no había ningún centro común ni punto de reunión para los habitantes; faltaba también la iglesia y el café, tan conveniente para distraerse un rato los domingos y días de fiesta, y naturalmente, tampoco había escuela, ni botica, ni médico ni sacerdote; bien es verdad que tampoco se hubiera sabido qué hacer con estas superfluidades de la civilización. Los habitantes podían pescar anguilas sin que se les enseñase á leer y escribir; todos sabían cómo curarse de un dolor de cabeza; y en caso de grave peligro, bastaba enviar un expreso al hospital de Leghorn, donde había médicos y sacerdotes suficientes para morir en debida forma con la conciencia tranquila.

Y de este modo, sin necesitar nada de la civilización, sin pedirla tampoco cosa alguna, los naturales de Stagno parecían satisfechos con la singular existencia que la naturaleza del suelo les impusiera desde un principio y que la costumbre y el aislamiento habían arraigado. Para aquella gente era desconocido el método en la vida; trabajaban cuando encontraban qué hacer, pero sólo para satisfacer sus necesidades, no por virtud, ni por gusto, y desagradábales sobre todo la regularidad en cualquiera ocupación.

Los de Stagno eran habitantes del bosque ó del pantano, según donde habían nacido; pero á causa del carácter esencial de los recursos que podían hallarse en tales localidades, no era posible que las mismas ocupaciones facilitasen la subsistencia todo el año, ni menos en todo tiempo, y de consiguiente hacíase preciso cambiarlas muy á menudo, tanto más cuanto que no se podía contar con



PESCADORA DE STAGNO

ninguna cosa segura para el porvenir, conviniendo también por lo mismo reservarse medios para hacer frente á las eventualidades, que en la vida son tan frecuentes, en el caso de que las circunstancias dieran al traste con los planes mejor combinados.

Ya hemos dado á conocer superficialmente las figuras, y ahora bosquejaremos el país, que debe formar el fondo de nuestro cuadro.

Distante sólo nueve millas de Pisa, tres de Leghorn y otras tantas del mar, con el que no estaba en comunicación por ningún camino, el grupo de casas que tomó el nombre de Stagno, sin duda por hallarse en la inmediación de un estanque, hallábase en una verde llanura cortada por canales que se extienden desde la Maremma pisana, contigua á los bosques *(rombolo)*, es decir desde el estuario del Calambrone hasta las desembocaduras del Arno. Anchos pantanos, cuya superficie líquida cubrían en parte altas yerbas, y estrechas corrientes de agua, que con suave murmullo iban á morir en el mar, cortaban el terreno, donde una exuberante vegetación se desarrollaba vigorosamente; de tal modo que los bejucos, la madreselva, los helechos y las plantas trepadoras formaban inextricables espesuras. En el espacio de treinta y seis millas de esta singular región sólo había diez viviendas ocupadas, y en el fondo del bosque veíase la mísera casilla destinada en otro tiempo para los guardabosques de Su Eminencia el arzobispo, donde éstos acostumbraban á pasar el tiempo jugándose el jornal que pretendían haber ganado. En la orilla del mar una especie de torreón llamado Mezza Piaziva, servía de cuartel general á los empleados de la Aduana, que también mataban allí sus ratos de ocio tirando de la oreja á Jorge; mientras que los contrabandistas introducían continuamente, con toda tranquilidad, sus cargamentos de tabaco, sal, vino y licores.

Fuera de los empleados oficiales del arzobispo y del gobierno á que nos referimos, raro era encontrar en la región un ser humano, y por lo mismo abundaban los animales salvajes, particularmente osos y jabalíes. En cuanto á los pantanos pertenecían á las reservas del Gran Duque de Coltano; pero á causa de la indiferencia con que en Toscana se miran los derechos de propiedad, los merodeadores los invadían sin escrúpulo cuando las aguas estaban bajas, y con toda libertad cuando subían. Los de Stagno no hubieran podido encontrar en el bosque ni en los pantanos una ocupación continua, pero ni aun para lo poco que había que hacer manifestaban la menor disposición, y en vez de dedicarse á la agricultura, asegurándose con ella hasta cierto punto un modo de vivir, preferían los trabajos casuales. Raro era que en los meses de mayo ó junio los hombres y las mujeres se avinieran á segar el heno, y aun entonces nunca descuidaban los pantanos. Durante el resto del año, dedicábanse principalmente á la caza y á la pesca, ocupándose en ésta más ó menos, según la cantidad de peces que penetraban por los diques. Los cazadores invadían las reservas, lo mismo de noche que de día, cuando llegaba la estación, con la mayor tranquilidad, sin cuidarse en lo más mínimo de los derechos del propietario. Sin embargo, estas ocupaciones no bastaban siempre para la subsistencia y cuando así sucedía hombres y mujeres iban á buscar espárragos silvestres, setas, ranas, culebras, huevos de faisán y sanguijuelas; ó bien acechaban la ocasión más oportuna para emprender una excursión de merodeo por el bosque, donde cogían piñas y cortaban leña en abundancia.

A pesar de estas múltiples ocupaciones, los habitantes de Stagno estaban muy lejos de conocer el bienestar; cierto que rara vez les faltaba el alimento y que, mal ó bien comían, pero bien caro les costaba. Durante las noches de octubre, cuando la familia estaba reunida en su mísera vivienda, nadie podía entregarse al reposo si comenzaba á llover, porque las aguas, penetrando por puertas y ventanas, inundábanlo todo, mientras que el viento destruía en parte el frágil tejado. En la estación calurosa, las mujeres, sufriendo los ardores de un sol canicular, permanecían horas enteras en los pantanos con el agua á media pierna para coger sanguijuelas, operación que les costaba no pocas heridas y padecimientos; y cuando iban á los campos á recoger el heno, érales preciso cargar con los enormes haces para llevarlos á la casa, recorriendo milla sobre milla dobladas bajo su peso. En cuanto á los cazadores, no era mejor su suerte, pues en las heladas noches de diciembre debían ir al bosque y ponerse al acecho á veces para no coger nada, y al rayar la aurora volvían á sus casas yertos de frío. Añádase á esto que en aquella región reinaba la fiebre como soberana, fiebre mortal para aquellos á quienes acometía; y que las inundaciones arrebataban con frecuencia muchas cabezas de ganado á los que no tenían más bienes que sus animales, cuando no ponían en grave peligro la existencia de las personas. Raro era el año en que las aguas no ocasionaban alguna víctima.

A pesar de todas sus penalidades, de sus frecuentes privaciones y de su precaria existencia, los habitantes de Stagno, que tenían sobrados motivos para cambiar de residencia, ni siquiera pensaban remotamente en tal cosa; para ellos no había más mundo que aquella región, y por nada la hubieran dejado. Hábiles cazadores y pescadores endurecidos en el trabajo, pero el trabajo independiente, sin trabas, sin jornales fijos y sin amos; amantes de su libertad y acostumbrados á su aislamiento, juzgábanse felices en medio de todo y con nadie habrían cambiado su suerte. No se hubiera podido dudar, en efecto, que eran dichosos, pues aunque pobres, se complacían á veces en hacer alguna obra de caridad, tan generosamente como si fueran ricos, y además distinguíanse por su carácter hospitalario y sus generosos sentimientos.

En cuanto á las mujeres, su cooperación en casi todos los trabajos de los hombres, y el beneficio que reportaban con el suyo propio, eran circunstancias más que suficientes para que se las dispensaran más consideraciones que á las campesinas de todos los países en general. Por otra parte, bien parecidas generalmente, y mejor desarrolladas, ofrecían demasiados atractivos para no encontrar pronto un honrado compañero con quien compartir su existencia, y así es que no tardaban en casarse.

Pero ¡ay! ¡Stagno ha dejado de existir! Los terrenos que ocupaba pasaron al dominio de la Corona, y ahora están vigilados por un ejército de guardas; los bosques vírgenes, donde inútilmente se hubiera buscado una salida sin el hilo mágico de Ariadna, están cortados ahora por anchos caminos, y los habitantes de Stagno han desaparecido, porque en aquella región no era ya posible la vida de hace treinta años, habiendo cambiado todas las condiciones.

Como apóstoles del progreso, admitimos que es lógico y necesario que desaparezcan las primitivas formas de la vida; pero como amantes de lo bello y original, no podemos menos de reconocer que todos los cambios y *mejoras* son tristes; y al ver que el hombre natural ha de ceder su puesto al simple labrador y al mecánico, lamentamos aún el pasado que no puede volver.

Los grabados del presente artículo representan varios tipos de los habitantes de Stagno; el primero, un cazador y pescador; el segundo, unas campesinas entregadas al *dolce far niente;* el tercero una segadora; el cuarto, varios animales sorprendidos por la inundación, y el quinto una pescadora de sanguijuelas.

(Tomado del *The Art Journal.*)

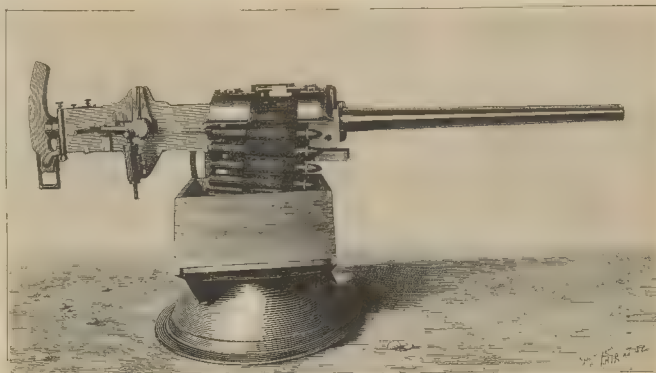


Fig. 1. —Cañón repetidor de M. Maxim (de una fotografía)

CAÑÓN REPETIDOR

DE M. MAXIM

Hace muchos años que se conoce la *ametralladora fusil* automática *(self acting machine gun)* del ingeniero americano Maxim, así en lo referente á su organización como en su manera de funcionar. Sabido es que este aparato, en el que no se emplea otra fuerza motriz que la de su propio retroceso, requiere cartuchos del fusil francés Gras, modelo de 1874; que con él se disparan *seiscientos* tiros por minuto, ó sean *diez* por segundo, máximum de su velocidad, y que después de los muchos y satisfactorios resultados que han dado los experimentos que se han hecho con la ametralladora-fusil, no es prematuro asegurar que se obtendrán grandes ventajas en las operaciones de la guerra, y que puede emplearse con éxito, ya para mantener la ofensiva, ya para ocupar una posición defensiva con pequeñas fuerzas; ora para lanzar muchos proyectiles á un punto accesible al enemigo, ora para reemplazar los parapetos en los buques de guerra; bien para defender las obras de fortificación, bien para varios otros usos.

Hoy damos á conocer á nuestros lectores otro descubrimiento de M. Maxim, el de un cañón de repetición, de tiro rápido y automático como el de la ametralladora-fusil.

El cañón que representa la fig. 1.ª, tomada de una fotografía de los talleres del autor, tiene un calibre de 37 milímetros, y su parte más ancha, que es la de la cámara de los proyectiles, se halla unida por dos muelles de acero, que sirven de soporte y de guía á la culata movible. Esta culata, que contiene todo lo concerniente al aparato de percusión, como es gatillo, muelle, etc., se llama *móvil*, por lo mismo que puede moverse automáticamente por medio de un árbol angular que gira entre sus muelles, al que va unida una empuñadura con cuya ayuda el operador maneja con la mayor facilidad todo el aparato. Los muelles y el cañón están dispuestos de manera que pueden moverse en una funda de cobre de la que forman parte los muñones.

De igual modo que en la ametralladora-fusil, los cartuchos del cañón Maxim, de 37 milímetros, están colocados, uno al lado de otro, en una especie de cinturón. Las piezas y las municiones del aparato están á merced del artillero que apunta, porque el servicio del cañón no exige más que un solo hombre y éste no necesita emplear más que una sola mano.

El tiro puede hacerse de dos distintos modos: *ó con la mano ó automáticamente*, y esto último á voluntad. En el primer caso, el apuntador sólo tiene necesidad de mover un muelle que está independiente de la culata; en el segundo, la pieza obedece al movimiento del árbol angular que se mueve á sí mismo en virtud de la fuerza del retroceso. Sin embargo, si se quiere que el aparato funcione automáticamente se necesita cebarle, lo que se consigue disparando el primer tiro con la mano.

Veamos ahora la manera de funcionar el cañón.

El que dispara mueve la empuñadura del árbol angular dirigiendo la culata (fig. 2) é introduciendo de ese modo en el cañón el primer tiro del cinturón. Cargado así el cañón, mueve el gatillo... y se produce el primer disparo. Cuando el primer proyectil se ha disparado, retrocede, ó mejor dicho, gira el cañón y se mueven los muelles que le mantienen sujeto, haciéndolo á la vez el árbol angular, que da dos medias vueltas.

Cuando se efectúa la primera, retrocede la culata móvil, saca fuera el cartucho vacío y toma un cartucho cargado en el *distributor*. En la segunda media vuelta, expulsa el cartucho vacío é introduce el cargado en el cañón quedando colocado en el disparador.

Y así sucesivamente se van disparando todos los tiros del cinturón, con una velocidad que puede regularse á voluntad, cuyo máximum alcanza á *doscientos* tiros por minuto, ó sean tres por segundo, con la circunstancia de que el artillero que apunta puede impedir el movimiento cuando lo crea oportuno para el cambio de la dirección del tiro; y una vez que ha efectuado la nueva dirección, puede por medio de su mano hacer que continúe funcionando el cañón.

En resumen: el principio de construcción del cañón repetidor es muy ingenioso y la organización muy sencilla; la pieza es ligera y está bien equilibrada; el manejo es poco complicado, y el disparo rápido.

El cañón de repetición de Maxim, de 37 milímetros, está llamado á prestar ventajosos servicios, especialmente en la marina, pues sabida es la importancia de resolver el problema de la protección de los buques de guerra contra los ataques de los torpederos cuya marcha es de 25 millas por hora. El nuevo cañón satisface todas las condiciones de una prudente defensa.

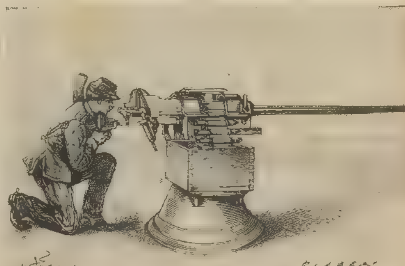


Fig. 2.—Modo de funcionar el cañón para que se efectúen los disparos

HENNEBERT

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1886 — NUM. 259

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MIGUEL LÓPEZ DE LEGASPI, primer gobernador español de las islas Filipinas

Copia de un cuadro de J. Luna

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MIGUEL LÓPEZ DE LEGASPI.—EL PACTO DE SANGRE cuadros de J. Luna

Felipe II, dueño ya de la monarquía española, concibió desde luego la resolución de proseguir la obra comenzada por el portugués Hernando de Magallanes, empresa que tanta gloria había de dar á su corona y á la cual le estrechaba aún más, la idea de llevar su nombre las islas hasta entonces reducidas y descubiertas, llamadas así por Ruy López de Villalobos.

Obedecidas las órdenes estrechas que D. Luis de Velasco, virrey de Méjico en aquella época, recibiera de su soberano, se aprestó una sólida escuadra compuesta de cuatro buques. Era necesario entonces para mandarla un hombre que reuniera en sí no sólo las cualidades de un hábil y aguerrido soldado, sino también adiestrado en la profundidad de miras políticas, que supiese con cautela evitar los escollos que algunas veces empañan el brillo de las conquistas. Procedióse á la designación de jefe y fué nombrado, con el título de adelantado, D. Miguel López de Legaspi, de una familia ilustre de Vizcaya, escribano mayor y alcalde ordinario de la ciudad de Méjico.

Salió la expedición del puerto de Natividad (Méjico) el 21 de noviembre de 1564, y el 9 de enero del siguiente año dió vista á una isla que denominó de los Barbudos, y dirigiendo el rumbo hacia el Oeste, fondeó el 22 del propio mes en las de los Ladrones ó Marianas, siguiendo el 3 su derrotero.

A los diez días avistó Legaspi las playas Filipinas, dando el nombre de Buena señal á la isla que aun lo conserva, y después de infinidad de peligros, la escuadra fondeó en Tandaya y Abuyo, en donde Miguel López de Legaspi requirió de paz á los naturales, ofreciéndoles pagar bien, si les facilitaban provisiones de que estaban muy necesitados.

Sin embargo de estos ofrecimientos, los naturales rehusaron toda especie de trato con los expedicionarios; circunstancia que llamó la atención de Legaspi, quien no podía comprender el origen de tan extraña mudanza y temía por el porvenir de la armada, si desgraciadamente llegaban á faltarla provisiones. Afortunadamente un incidente providencial vino á explicarle la causa verdadera del retraimiento de los naturales.

Habiendo ido á reconocer el maestre de campo Mateo del Sanz, por orden de Legaspi, un junco borneo, trabóse entre los españoles y la tripulación de éste un rudo combate, que terminó, entregándose el piloto y seis hombres más que lo tripulaban, sin hacer resistencia. Conducidos éstos á la presencia de Legaspi, dispuso éste se les volviera á su buque con todos los efectos que les hubiesen apresado; proceder á que quedaron tan agradecidos que facilitaron espontáneamente importantes noticias. El retraimiento advertido en los filipinos consistía, según ellos, en que hacía dos años que una escuadra portuguesa procedente de las Islas Molucas ó de la Especiería, había causado en el territorio grandes destrozos y extorsiones á los naturales, y como éstos no distinguían á los españoles de los portugueses, de aquí el recelo con que los miraban.

Para desvanecer tan desagradable impresión, comisionó Legaspi agentes de entre ellos para que procurasen por todos los medios posibles atraer á su nave á Sicatuna, reyezuelo de mucho prestigio en la tierra por su valor, con el objeto de asentar paces con él. Agradecido aquel príncipe á los nobles sentimientos del general español, acudió con premura al llamamiento, admitiendo con verdadero placer la amistad con que se le brindaba.

El pacto más firme y solemne usado por aquellos isleños se reducía á sacarse del brazo derecho las partes contratantes una pequeña cantidad de sangre que se echaba en un vaso con agua ó vino, bebiendo uno la sangre del otro. A tal fórmula hubo de sujetarse el general de nuestra armada, á trueque de no despertar con la negativa la suspicacia de aquellos naturales, recelosos de las intenciones de sus nuevos huéspedes.

Verificóse, pues, la ceremonia con todas las formalidades de estilo; y llegado el momento de ratificar el trato, se sangraron al mismo tiempo Legaspi y Sicatuna, bebiendo éste la sangre de aquél y viceversa, por cuyo extraño acto se alcanzó de la manera más completa que tanto los boholanos, como los de otras islas, perdiesen el recelo que tenían de los españoles, acostumbrándoles á que viesen en ellos no enemigos sino protectores, y fué, puede decirse, la base en que estribaron importantes operaciones de reducción, felizmente comprendidas y ejecutadas por el prudente caudillo de la armada española.

Desde esta época la reducción de las islas corrió á tan feliz término sin obstáculos que la detuviesen, cuando el 23 de junio de 1569 arribó al puerto de Cavite una escuadra al mando del capitán Juan de la Isla, por la que recibió despachos del rey en los que se prevenía, tomase posesión del territorio en nombre de la corona de España. Inmediatamente se trasladó el adelantado á Cebú, fundando allí una ciudad que se llamó Ciudad del santo Nombre de Dios en conmemoración del santo niño de Cebú, que se venera en dicha ciudad, imagen hallada por los españoles.

Preparóse Legaspi á la reducción de la isla de Luzón partiendo de Panay el 15 de abril de 1570, y sin contratiempos dignos de referirse, llegó al puerto de Cavite, cuyos habitantes se presentaron espontáneamente como súbditos del rey de España. Dirigió luego sus miras á reducir á los tagalos, pueblo numeroso y de bélica inclinación; pero éstos, contra lo que era de esperar, no hicieron el menor alarde de resistencia, de cuya favorable circunstancia supo Legaspi sacar el mejor partido posible en favor de la empresa que se le había confiado.

Producto de su sistema conciliador y benéfico, fueron las presentaciones del rajá Matanda y de su sobrino Solimán, personajes de mucha influencia entre los tagalos, los cuales quedaron tan complacidos de las demostraciones de afecto é interés que les fueron prodigados por el gobernador que ambos reconocieron la soberanía de España.

Cimentada la paz de la manera que hemos visto, era llegado el momento de proceder á fundar una ciudad que fuera la capital de estas hermosas islas; el punto designado fué Manila y el 19 de mayo de 1571, fué el señalado para tomar posesión de la ciudad.

Después de haber sido fundada Manila, el rajá Solimán formó una liga contra los españoles, compuesta del reyezuelo de Tondo, Lacandola, pero fué sofocada por Martín de Goiti á tiempo de evitar mayores males. El general español perdonó á todos por medio de una amnistía; y este acto de clemencia causó tanta admiración en aquellas gentes, que las poblaciones de los alrededores acudieron presurosas á rendir vasallaje al rey de España.

Tal era el feliz estado de adelantamiento en que se encontraba la pacificación de estas islas, cuando el 20 de agosto de 1572, á los quince meses de la fundación de Manila, falleció casi repentinamente el primer gobernador de las mismas D. Miguel López de Legaspi á consecuencia, según consignan las crónicas, de un disgusto que le originó el desempeño de su empleo. Como no podía menos de suceder, su muerte fué vivamente sentida de todas las clases en general que conocían sus relevantes prendas, y dejaba un vacío inmenso imposible de llenar cual exigía la situación por que atravesaba el país.

Siete años iban trascurridos desde su arribo á estas islas y en tan breve período ya se encontraban reducidas á la obediencia la mayor parte de las islas de Luzón y Visayas, sin que tan sorprendentes resultados se obtuviesen por medios violentos. Una política inteligente y previsora y el influjo de la razón sobre la inteligencia, fueron las únicas armas que se emplearon para reducir tantos miles de almas esparcidas en un dilatado territorio.

Legaspi no fué sólo un hábil soldado: pues las negociaciones comerciales entabladas por él con el virrey de Fockina dieron importancia á las transacciones mercantiles entre Filipinas y China. Adiestrado con la experiencia de los sucesos que tuvieron lugar en las conquistas de Méjico y el Perú, sus huestes no ofrecieron jamás motivos á agria censura.

Los restos mortales de tan insigne varón, en quien empieza á contarse la serie de gobernadores de Filipinas, existen depositados en la capilla de San Fausto de la iglesia de S. Agustín de Manila.

EL MIEDO, dibujo de J. Wopfner

Algo extraordinario ocurre que alarma á esas débiles criaturas. Quizás el huracan estremece la endeble cabaña, quizás alguna alimaña dañina ha asaltado el desprovisto corral. Ello es que el miedo se ha apoderado de la anciana y de sus nietecitas, revistiendo en cada una de ellas distintas proporciones, desde la simple alarma hasta el terror. Es un dibujo hecho de mano hábil, como los ejecutan solamente aquellos que dominan el arte.

IDILIO ENTRE PESCADORES, cuadro de Falkenberg

El trabajo del pescador es rudo: esto le hace más agradable el descanso. Es, además, peligroso: el mar que le proporciona el sustento, parece algunas veces como si quisiera vengarse en un día del yugo que el pescador le ha impuesto durante muchos años. Por esto cada vez que el marino se aleja de la playa, un pensamiento horrible tortura su imaginación: ¿volverá á ver á su familia?

Y obedeciendo á esta misma duda, duda espantosa por cierto, la amante esposa, á la caída de la tarde, cuando el sol poniente la recuerda que el pescador debe estar muy próximo á la orilla, sale al encuentro del amado de su corazón, le envía á distancia un apasionado beso, entona la misma canción que el viento la trasmite desde los labios de su marido; y apenas éste toma tierra se cuelga de su brazo y ambos emprenden el camino solitario de su cabaña sin decirse una palabra, porque las palabras distan mucho de valer lo que valen los ojos cuando se trata de expresar un sentimiento puro, noble, íntimo.

Esta situación del ánimo que hace de dos rústicos personajes los héroes de un verdadero idilio, sin que ellos mismos lo sospechen, ha sido perfectamente interpretada por Falkenberg en este cuadro lleno de tranquilidad, de amor y de poesía.

LOS TIGRES JÓVENES Y EL PERRO, cuadro de R. Freise

Este cuadro está tomado del natural en el Jardín Zoológico de Berlín, por un artista que ha copiado acertadamente á los terribles felinos y á su inverosímil tirano. Es por cierto singular el espectáculo, muy común en las menajerías, de un perrito indefenso que lejos de temblar y morirse de miedo en la sociedad de animales carniceros, no sólo vive y engorda en su compañía, sino que les provoca y acaba por imponer su voluntad y sus caprichos. ¿Será que la inocencia y la debilidad constituyan un título al respeto de las mismas fieras? No nos atreveríamos á sostenerlo y menos tratándose de tigres, que son por naturaleza sangrientos y traidores. El hecho, sin embargo, existe; y Freise lo ha aprovechado para hacer un buen estudio.

Los felinos parecen haberse despojado de su fiereza y con sus actitudes animan al huésped que podrían destruir con una pequeña zarpada. No son tigres; son gatos juguetones que desmienten aquello de la lucha sempiterna entre los gatos y los perros. La familia *tigrina* debe estar muy agradecida á Freise que la ha defendido contra la preocupación. A pesar de ello, no le aconsejaríamos poner á prueba esa gratitud, ocupando siquiera por breves momentos el lugar del perro de su lienzo.

ESPAÑA Y LAS ISLAS FILIPINAS (ALEGORÍA) cuadro de J. Luna

En otras ocasiones hemos hecho presentes las dificultades que ofrece expresar un pensamiento por medio de una alegoría. Luna no se ha detenido ante esas dificultades, y las ha casi vencido con talento. Siempre el pensamiento resulta algo oscuro; siempre se prestará á distintas explicaciones ese sol de gloria hacia el cual señala la matrona española; siempre será motivo de interpretaciones el significado de esa escalinata que ascienden las dos amigas. Pero al lado de esas circunstancias, inherentes á la índole de la composición, ¡cuán bien calculada resulta su parte fantástica! ¡cuánta elegancia hay en el trazado de las dos figuras! ¡Cuánta expresión en ellas, á pesar de haber renunciado el autor á la exhibición de sus rostros, que es donde generalmente imprime el artista el sentimiento dominante en sus personajes!

No podemos apreciar este cuadro en toda su importancia porque en él, más que en otros, el color entra por mucho en el efecto de la composición. Pero el autor tiene demostrado su dominio del colorido y sin duda esta alegoría confirmará su merecida reputación.

SUPLEMENTO ARTISTICO

Bodas de un príncipe español en el siglo XV, cuadro de S. S. Barbudo

El autor de este notable lienzo es uno de los jóvenes que honran á España en los talleres romanos. Al ilustre Villegas debe sus primeros conocimientos artísticos, y bien puede decirse por esta vez con toda verdad que de tal maestro debía esperarse tal discípulo. Empero, las grandes disposiciones de Barbudo se hubieran probablemente malogrado por falta de medios de fortuna, si su buena suerte no le proporcionara un ilustre Mecenas en el señor Marqués de Castillo, á expensas de quien el modesto hijo de Jerez, que por dura ley de la necesidad había ingresado en la más humilde clase del ejército, pudo buscar y encontrar en la ciudad eterna las fuentes de inspiración y los conocimientos artísticos, que hoy día honran al talento del protegido y á la bien aplicada largueza del protector.

Salvador Sánchez Barbudo ha dado en este cuadro, una muestra ostensible de que así comprende los efectos de conjunto, como cuida esmeradamente de estudiar los detalles de sus personajes, ninguno de los cuales está tratado á la ligera. Hay más, el número de ellos no le estorba (y cuidado que no son pocos los del lienzo) cosa no muy común hasta en los artistas de mucho aliento, á quienes, como á ciertos generales, cuantos más soldados les dan á mandar, más confusión resulta en sus operaciones. Los del cuadro de Barbudo se hallan bien distribuídos, tienen en su mayoría típica expresión, y quizás solamente pudiéramos tildar en este punto la mucha abundancia de damas, de prelados y de curas, y la casi completa ausencia de grandes, de hombres de armas, y del elemento civil, que tomaron siempre parte muy principal en las ceremonias matrimoniales de los príncipes de España.

El lugar de la escena está bien comprendido y perfectamente ejecutado, hasta en sus menores detalles. El autor conoce esas construcciones religiosas del arte gótico, monumentos tan espléndidos como severos con que los cristianos vencedores trataron de eclipsar los palacios de los vencidos.

En el *Matrimonio de un príncipe* un solo personaje nos parece desentonar el cuadro. ¡Lástima que ese personaje sea el protagonista!...

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE A RUSIA

POR DON NICOLÁS DÍAZ BENJUMEA

(Continuación)

Entonces resolví tornar de nuevo á la ópera. Ya que me llevaba el diablo, quería que me llevase con música. Pero aquella vez me propuse agarrar al toro por los cuernos. Apenas le veo, me dirijo á él y le pregunto: – ¿Qué me quieres, sombra vana? – El pobre hombre se mostró sorprendido, se quitó la gorra, desafiando á una temperatura de más de veinte grados Reaumur bajo cero, y movió la cabeza en signo negativo. Creo que le hice la pregunta en seis ó siete idiomas, figurándome que, pues tenía el don de la ubicuidad, pudiera tener el de lenguas; pero á todas contestaba:

– *Niato, niato, ia gabariu pa ruski.*

Quiso la suerte que en aquel momento llegase en un trineo, y pasase junto á mí un joven francés asociado á la casa del opulento banquero el Barón de Stieglitz, á quien tuve ocasión de conocer en el hotel del Norte, de Berlín, en nuestra ruta para San Petersburgo.

– La Providencia le envía á V. – exclamé – hágame el favor de preguntar á este hombre fantasma, qué quiere de mí y por qué me persigue.

El joven habló en ruso á mi perseguidor é interpretando su respuesta, me dijo:

– Este buen hombre me afirma, que no ha visto á usted en los días de su vida, y que hace tres horas que no se mueve de esta plaza. – *Ochien jarashio*, – le dije en ruso, que venía á ser el tercio y quinto de mi capital de lengua moscovita, y significa, «está muy bien.»

Saqué del bolsillo un rublo para dárselo en albricias de tan buena nueva, y al relucir de la plata, creí que me llevaba la mano y el brazo detrás de la moneda. No estoy cierto si llegó á besármela; pero sí que sentí un contacto frío como el hocico de un lebrel, y debía ser la nariz expuesta tantas horas á la intemperie.

Mi amigo quiso saber los antecedentes de aquella escena, y yo prometí revelarle el terrible misterio al día siguiente, si tenía la bondad de favorecerme con su compañía en la mesa. Es un caso grave, añadí. Si este hombre no me sigue, es mi conciencia la que me persigue.

El joven mostró gran curiosidad al oirme estas palabras pronunciadas como maquinalmente, pero no quiso insistir, prometiendo su asistencia al convite.

Cuando tomaba asiento en mi luneta, la overtura y la introducción eran cosas del pasado. ¿Qué quedaba para el porvenir después de estas dos grandes inspiraciones? Y yo añado á la respuesta del maestro:

– La ópera.

VIII

Gran abismo es el pensamiento humano; pero aun es más insondable el cerebro donde se genera. Las máquinas más sencillas se descomponen á cada paso. ¿Qué no será con esa pequeña cavidad que encierra la máquina más delicada y complicada de la creación? En lo físico, apenas se encuentra un hombre completamente sano. ¿Y es posible que sea de otro modo en lo espiritual? La sociedad sale del paso encerrando á unos cuantos individuos en los manicomios, para hacerse la ilusión, como dice Montesquieu, de que los que andan sueltos son los cuerdos; pero como dijo aquel lunático: «ni son todos los que están, ni están todos los que son.» Entre la locura de los encerrados y un sano juicio existen infinitas categorías de demencias, alucinaciones y pasiones. Por de pronto no puede haber sano juicio sin un conocimiento universal de lo verdadero, lo bueno y lo justo, de donde resulta que lo que llamamos razón, no es más que una ecuación con las circunstancias. Si las locuras ó alucinaciones fuesen como las apoplejías, ataques fulminantes ó repentinos, aún menos malo, porque luego conoceríamos á los atacados y sabríamos guardarnos de ellos. Pero la demencia es un proceso lento. Nace inapercibida y se desarrolla sin crear alarma, hasta que la repetición constante la caracteriza. Los más cuerdos hacen en su vida infinitos actos que, repetidos, constituirán locura confirmada, y no hay juicio, por claro que sea, que no tenga sus alucinaciones. ¡Cuántos monarcas, jueces y autoridades no mandan, juzgan y gobiernan tal vez en vísperas de saltar ese invisible límite!

Las alucinaciones son, si cabe, peores que la locura, pues si bien son transitorias, son también más generales y frecuentes. La historia de la humanidad no es más que un compendio de preocupaciones y fanatismos, sinónimos de demencia y alucinación, hasta el punto que no parece sino que el hombre guiado por la razón para nada sirve

ni se mueve, ni se anima ni se exalta, y sabido es que las grandes cosas y empresas no se llevan á cabo sin el calor del entusiasmo. La fe no es nada si no toca en el fanatismo, ni el valor sin la temeridad, ni el amor sin la fiebre del corazón, ni la ciencia sin la fiebre del espíritu. El honor ha sido una preocupación, la guerra un frenesí, utopías los inventos, aventuras las exploraciones, y entre estos impulsos temerarios que buscan lo desconocido y peligroso y el miedo á los peligros que engendran el espíritu de conservación y el apego á la vida, se balancea la mísera humanidad.

Estas y otras reflexiones semejantes me asaltaron durante la noche y el siguiente día al considerar la respuesta del hombre á quien miraba como mi perseguidor. Llegué hasta persuadirme que el temor por mi seguridad personal era infundado; que la caja de los desventurados libros no había entrado en territorio ruso; que el hombre que me había seguido en mis dos expediciones por la ciudad era una figura de viento, un vapor, una imagen sin existencia en el mundo exterior, en una palabra, que el miedo al destierro en la Siberia había producido en mi cerebro esa alucinación. Bien es verdad, que esa persuasión no salía del terreno de la dialéctica y de la razón. Para mis adentros, no las tenía todas conmigo; porque los sentidos respondían á la lógica: ¿Y el rostro, y el traje y la estatura y la voz? ¿No hay ya en el mundo signos seguros para distinguir la realidad de la nada y del viento?

Pero aun quedaba otro problema que resolver. Concedido que fuese ilusión óptica ó fantasma de antro, ¿porqué toma la figura de un miembro de la policía y no otra manifestación ó apariencia? La persecución política de un gobierno tiránico reviste muchas formas y maneras, más graves, invisibles y temerosas, que la de un simple polizonte que corre inútilmente tras de los trineos y admite rublos y cigarros. Esto era pueril, necio, y sobre todo, infructuoso. Era una muestra bien pobre de organización inquisitorial, una parodia ridícula del sistema tenebroso que ha hecho célebre á la política rusa.

La duda quedaba en pie aunque el miedo lo iba perdiendo. Aquel día tuve carta del apoderado de París y no había una palabra referente al asunto que tanto me preocupaba. Si hubiese remitido el talón, parecía lo natural que dijese: confirmo mi anterior que llevaba el documento para recoger la caja de libros. ¿Qué pensar en este mar de confusiones?

Pero hay un medio muy seguro en estos casos, sólo que la flaca humanidad no sabe aprovecharlo. La gran realidad de esta vida es que todo cambia, se mueve, y se trasforma. Ni el miedo, ni la ilusión, ni el deseo, ni el dolor, ni el placer de ayer son iguales á los de hoy. Cuando una afección del cuerpo ó del ánimo llega á su climax, ó según la expresión corriente al período álgido, lo natural es que cede. No hay cosa más socorrida que un día detrás de otro. Pues bien, dije yo, este mal mío presente necesita de remedio de péndola. Ande el tiempo, corran las horas y veremos claro.



EL MIEDO, cuadro de J. Wopfner

IX

Monsieur de Clairville tuvo la feliz ocurrencia de personarse en la legación á las dos de la tarde, conducido en un elegante trineo y con un cochero que decía él no lo había mejor, fuera del que conduce el carro del rubicundo Apolo, de quien es fama que todavía no ha chocado con el vehículo de ningún otro auriga celeste. Concedo que estos pilotos en tierra firme son muy hábiles en Rusia y que por especiales circunstancias se camina allí más velozmente que en ninguna otra parte; pero conducir un trineo con una ó dos personas por anchas calles, no es lo mismo que conducir un ómnibus al trote de los caballos, con veintiocho personas encima, por las angostas calles de Londres atestadas de carruajes de todo género: *unicuique suum.*

Como el día convidaba con sus veinte grados bajo cero para envolverse en una piel y salir á gozar de los encantos de una ciudad del norte, mi amigo propuso que fuésemos al otro lado del Neva, á recorrer las varias islas, que enlazan pintorescos puentes de madera, y donde hay bellísimas casas de verano, muchas con pretensiones de palacios, y sobre todo, á disfrutar del inefable placer de deslizarnos, ó mejor dicho precipitarnos por «montañas rusas» Los meridionales no sabemos qué hacer con el hielo cuando de tarde en tarde nos visita; pero los rusos le han hecho servir para recreo y diversión nacional. No puede negarse que el hombre tiene ingenio para acomodarse á todo lo que le cae en suerte en esta vida, y aún en la otra; pues al paso que los curas amenazan en los países cálidos con fuego eterno en el infierno, los sacerdotes rusos tienen que pintar este lugar á los pecadores con un frío que hiela los tuétanos.



IDILIO ENTRE PESCADORES, cuadro de Falkenberg



LOS TIGRES JÓVENES Y EL PERRO, cuadro de R. Freise



EL PACTO DE SANGRE, ceremonia verificada entre el gobernador español de Filipinas M. L. Legaspi y Sicatuna, reyezuelo de las citadas islas, (copia de un cuadro de J. L[illegible])

Excusado es decir que al montar en el trineo ví á mi sombra, rabo, perseguidor ó fantasma, pero la presencia de mi amigo me hizo refrenar toda manifestación de enojo ó de sorpresa. Atravesamos el magnífico puente de San Nicolás, delante de cuyo santuario se quitó el cochero la gorra de nutria que llevaba hasta las orejas, mientras con la izquierda mano tomó ambas riendas, se puso de pie sobre el pescante y se santiguó á la usanza griega la friolera de una docena de veces, costumbre general de los *isvoshits* cuando pasan por delante de algún templo, capilla ó santuario, y como de éstos está llena la capital sería curioso el cálculo de los que mueren víctimas de su devoción.

Al entrar en aquel archipiélago en miniatura que es la residencia de verano de los petersburgueses, pasamos cerca de un cementerio, donde vimos en derredor de un sepulcro sencillo de piedra, varias personas de ambos sexos, que cantaban, bailaban y bebían sendos tragos de vino.

– Supongo – dije yo, – que esos son los parientes del difunto, porque los extraños no osarían cometer tal profanación en un campo santo.

– En efecto – dijo Mr. Clairville, – y si V. hubiese llegado á esta capital un mes antes, habría podido ver la gran función del día de difuntos exornada con todo el aparato que exige su argumento. El cementerio se convierte en una bacanal; en vez de charcos de lágrimas hay lagunas de vino, y es preciso hacer requisición de todas las ambulancias para trasportar gente ebria incapaz de volver á pie á sus hogares. ¿Qué quiere V.? En cada tierra su uso.

– Ya lo veo, – respondí; – pero creía yo, que en este país clásico del sorbete, las bebidas frías eran las más salutíferas, por cuanto disminuyen el gran calor concentrado en el estómago y lo reparten por todo el cuerpo.

– Así debía ser, amigo mío; pero créame, le digo á mi vez, que no hay gentes más dadas á las bebidas fermentadas y alcohólicas que los habitadores de climas fríos. En mi opinión el ruso es el mayor bebedor en Europa. ¡Es tan dulce contrarrestar el movimiento perezoso de la sangre en estas altas regiones! Vosotros los meridionales tomáis la vida de los rayos del sol, á él debéis vuestro ingenio chispeante. Cualquier otro estímulo artificial os enloquece y mata; pero aquí donde el señor Febo nos mira de soslayo, es preciso que entren á calentar el espíritu los rayos de sol en forma de aguardiente, y que la inspiración se beba en copas de Jerez y entre la chispa con el chispeante y espumoso Champagne.

– Lo que á mí se me figura, – respondí, – es que la embriaguez es achaque de gentes embrutecidas é ignorantes, que se dan á ese placer por falta de otros más delicados y racionales. Cada individuo tiene cierta suma de actividad que ha de emplearse, cierta suma de curiosidad que ha de satisfacerse, y un verdadero derecho al goce espiritual y material, como tiene la obligación de sufrir los males y dolores y contratiempos del cuerpo y del alma. Claro es que, donde faltan los medios legítimos, hay que apelar á los ilegítimos.

Más hubiera dicho sobre este punto, y aun creo que hubiese desarrollado todo un sistema que yo denominaba entonces *de la balanza moral*, como los economistas tienen la suya del comercio y la riqueza, cuando dimos por entonces término á la jornada en una especie de explanada que rodeaban desiertas quintas y *chalets* á la usanza de Suiza. En el centro se elevaban dos altas montañas rusas ó pendientes de hielo sostenido por una armazón de madera, que corrían paralelas aunque en dirección contraria, por espacio, quizás, de un cuarto de milla. Al pie de la más cercana había hasta media docena de trineos y doble número de personas de varias edades, formando el bello sexo la mayoría. Los cocheros hacían su rancho aparte y así los amos como los criados reanimaban el espíritu con sendos tragos, acompañados de fiambres, repuesto que no debe olvidarse en tales excursiones, pues ninguno de los cuervos se cuida de llevar pan, aunque están aquellos lugares tan desiertos como el que habitó San Pablo.

Aquello era una agradable sorpresa que me había preparado Mr. de Clairville, quien dirigiéndose con aire familiar á la alegre compañía, hizo mi presentación en regla. Era, en efecto, la familia de un rico comerciante francés, dueño de uno de los más elegantes bazares de San Petersburgo, en cuyo negocio tenía participación mi amigo, y sacaba de él una pingüe renta, porque fuera de los artículos de industria ordinaria y grosera, los franceses son los grandes proveedores de objetos de lujo en la gran corte del Czar, y llaman á San Petersburgo *la América de Europa*, por los grandes caudales que en ella se hacen en poco tiempo.

Mr. de Clairville era además el prometido de la mayor de las hijas, y con tales antecedentes, júzguese del buen acogimiento que se nos haría, mucho más habiendo aún otras tres jóvenes solteras, que allí estaban embutidas en ricas pieles, por cuya razón nada pude juzgar de sus talles ni gentileza personal. Una mujer envuelta en capuchones y túnicas con las manos enfundadas en anchos guantes sin dediles, y los piés blindados en calzado doble, no puede parecer bien, así sea la diosa Venus en persona. Sin embargo, los ojos y la nariz de una de las jóvenes cautivaban de tal modo, que desearía cualquiera ver llover fuego del cielo, para que cayese á tierra todo aquel envoltorio encubridor sin duda de formas seductoras.

X

La orden del día era el recreo de las montañas rusas, y no pasó mucho tiempo sin que todos se dispusiesen á aquellos viajes en líneas viciosas. Cada montaña es accesible por la espalda por medio de una escalinata de madera, al fin de la cual hay una meseta ó plataforma, á la altura de siete ú ocho metros, en cuyo lado opuesto empieza la pendiente, prolongada al llegar al nivel de la planicie hasta la distancia que se ha dicho, en donde otra montaña igual devuelve al volador trineo al sitio de donde ha salido. El viaje se hace sobre un pequeño taburete prolongado que descansa en dos barras de acero del grueso que suelen tener las de los patines. Sobre él se sienta el viajero á la vez conductor ó timonero de aquella microscópica barquilla, á la cual dirige apoyando las manos sobre el hielo á uno ú otro lado en caso de que fuerza su curso, ayuda de que no necesitan los maestros en el oficio. Los novicios han de sentarse por fuerza en las rodillas de un conductor experimentado, y es costumbre que las jóvenes han de precipitarse en las de un caballero.

El primero que rompió la marcha fué Mr. de Clairville, según dijo para que me sirviese de ilustración ó muestra, y tomando asiento sobre él su futura esposa, ambos cayeron con la velocidad del rayo, viéndose luego un punto negro que se alejaba por la blanca cinta de hielo, hasta que á los pocos instantes, volvía á divisarse, arrojado por la montaña opuesta, creciendo en tamaño y viniendo á anclar en el punto de partida.

Yo debía formar parte de la segunda expedición; pero me humillaba la idea de pedir práctico donde á mi parecer no había escollos.

Tomé, pues, mi trineo y comencé á subir con ánimo resuelto la escalera.

– ¡Cómo! ¿va V. solo? – exclamó asombrado Mr. de Clairville, interponiéndose en mi camino.

– Voy á conquistar el derecho de ir acompañado, – respondí dirigiendo una mirada á la invisible hurí, que también había acudido al ver mi temeraria resolución.

– Piénselo V. bien, – repuso mi amigo, – mire que aquí no basta el valor, es preciso la experiencia.

(Continuará)

EL PLACER DE LOS DIOSES

Así llamaban á la venganza los antiguos y así la llaman los modernos; porque, sin desconocer la ley del progreso, es necesario convenir en que las preocupaciones, cuando han arraigado muy profundamente en las costumbres del pueblo, con dificultad se desechan: juicio de Dios se llamaba el duelo en la Edad media, y si hoy no lo llamamos así, como juicio de Dios lo consideramos cuando á él remitimos la satisfacción de nuestros agravios. Filósofos, moralistas, autores dramáticos, profundos pensadores, escritores sensatos, han anatematizado el duelo, probando, en todos terrenos, su ineficacia como reparación incierta, su injusticia como lucha desigual, su barbarie en todos conceptos; el duelo, en esta cruzada contra él iniciada muchos años hace, no ha tenido un solo defensor: sus impugnadores surgen á cada paso, se multiplican, predican, escriben, peroran; los oyentes y los lectores encuentran excelentes sus razones, hallan incontestables sus argumentos; pero los hombres continúan batiéndose.

Asi sucede en todo. Aun los católicos llaman *Minervas* á determinadas procesiones religiosas; aun conservan recuerdos vivos de ciertas fiestas del paganismo; aun repiten, en fin, que *la venganza es el placer de los dioses*, porque asentó tamaño disparate un famoso poeta, no sé si griego ó latino, que no me he curado de averiguarlo: pues para asentar y sostener adefesios y tonterías nos bastamos y nos sobramos los contemporáneos, y no hay para qué ir á buscarlos á épocas remotas, de esas que, según la locución admitida y casi reglamentaria, se pierden en la noche de los tiempos.

Por lo que á mí hace, declaro que no soy vengativo, ni comprendo que pueda serlo nadie. Si dijera que no soy sensible á las injurias que se me infieren, á los agravios que se me hacen, á los daños que intencionada ó injustamente se me causan, mentiría y no tengo por qué mentir ahora. Siento profundamente, con honda y amarga pena, las ofensas que recibo: cuando á lo duro de la ofensa se une, como muchas veces sucede, la ingratitud del ofensor, la injusticia y sinrazón de su proceder, lo miserable y rastrero de los medios empleados para perjudicarme, siento algo interior que me transforma en otro hombre; olvido que para algo tengo el pensamiento; lo olvido todo, y recuerdo sólo el dolor que me abruma, lo inmerecido de mis sufrimientos, la villanía del que me vendió; y si en aquel momento mismo, viese delante de mí al que causó mi mal, sin buscar armas, en las cuales ni remotamente pienso, sin padrinos, sin preliminares de ningún género, me arrojaría sobre él; vigoroso y fuerte habría de ser mi adversario si yo no lograba estrangularle ó deshacerle entre mis manos.

Eso, por fortuna, dura poco; es un extravío, es una excitación nerviosa que luego pasa; la razón recobra sus fueros, la inteligencia torna á imponerse á la voluntad y acaso algunos instantes bastan para probar que ni el asunto tiene la gravedad de que el espíritu acalorado, enardecido le revestía, ni la intención del ofensor fué tan aviesa, ni hay en la cuestión las infamias, las arterías y las traiciones que la imaginación había hecho ver en un principio. En último resultado, si todo eso hay (porque se dan casos en que hay todo eso), yo compadezco al desdichado raquítico de alma, envidioso de condición, pobre de sentimiento, que trató de perjudicarme, que harto trabajo tiene con tales dotes y perdono de todo corazón el agravio. No lo olvido, eso no, lo recuerdo, y ese recuerdo me sirve para preservarme de agravios nuevos; pero ni por un momento me pasa por la imaginación la idea de la venganza, el deseo de gustar del *placer de los dioses*, antes por el contrario, si se me presentara ocasión de hacer un servicio á quien me agravió, no vacilaría en hacérselo.

Algo ha contribuído, y aun mucho, á confirmarme en esta manera de pensar y de proceder, una historia, – triste historia en verdad, – que siendo yo muy joven, casi niño, oí de labios de un anciano achacoso, cuyas palabras y cuyos consejos se grabaron en mi alma con caracteres indelebles.

Comenzaba el mes de setiembre de 1854: preparábame para hacer unas oposiciones, y después de haber consagrado al estudio muchas horas del día y con el fin de dedicarle también algunas de la noche, yo, en busca de aire con que refrescar mis pulmones y de distracción para esparcir el ánimo y dar descanso á la atención, salía diariamente á la caída de la tarde y paseaba una ó dos horas por los sitios más apartados y menos concurridos del Retiro.

Al llegar á las alturas del telégrafo antiguo, encontraba todos los días, sentado en uno de aquellos bancos de piedra, al anciano á quien antes me refería, de ordinario sumido en profundas meditaciones, no nada alegres, á juzgar por la expresión de su semblante, el cual, aun con ser triste, más que triste lúgubre, no era repulsivo, antes inspiraba respetuoso cariño: cerca de él jugueteaba siempre, con el aturdimiento, la bulliciosa alegría y el inquieto regocijo de los pocos años, un niño encantador: de cabellos rubios y rizados naturalmente, de ojos azules y grandes, vivos, inquietos, alegres, de sonrisa franca, el chiquillo era una verdadera joya y bastaba verle una vez para quererle entrañablemente.

Yo he sido siempre amante de los niños; cuanto más revoltosos y más traviesos, tanto más me han gustado; no tardé mucho en hacerme gran amigo de mi compañero de paseo.

Por él supe que se llamaba Rafael y que el anciano era su abuelito y se llamaba Pedro: que no tenía más parientes, ni había conocido á sus padres; que su abuelito era muy bueno y le quería muchísimo, aunque estaba siempre muy triste, y que algunas veces cuando entraba de pronto en su cuarto le veía llorando.

Las noticias del niño me interesaron y casi insensiblemente fuí intimando, no solamente con Rafael, sino hasta con su abuelo, á quien el niño me presentó con toda solemnidad, diciéndole que era yo un amigo que le había salido en el paseo.

Como fácilmente se comprende, no cometí la indiscreción de preguntar á Pedro, ó D. Pedro (que así le nombraba yo), la causa de su tristeza; pero una circunstancia casual me hizo conocer pormenores de su vida.

Ocurrió por aquel entonces que un mi amigo (así se llamaba y por tal le tuve), me causó intencionadamente grave daño y aun pretendió causármelo mayor haciendo en mi descrédito y desprestigio cuanto le fué posible. Cuando aquella inesperada traición, que no vacilo en calificar ahora mismo de felonía, llegó á mi noticia, tuve momentos de verdadera locura. Era el primer desengaño que experimentaba, era la infamia primera con que tropezaba en mi vida, y la impresión fué dolorosa y terrible. Trizas habría yo hecho sin vacilación al que tal desaliento y tal desencanto había llevado á mi alma confiada y alegre. Aquello pasó: algo más tranquilo aunque agitado todavía, más como quien obedece por instinto á la fuerza del hábito que como quien realiza conscientemente un acto voluntario, me dirigí al Retiro: encontré allí á mis buenos aunque nuevos amigos, los cuales no pudieron menos de advertir en mí algo que ordinariamente no se advertía. Interrogado con afectuoso interés por D. Pedro, yo, con la ciega confianza que dan los pocos años y en la necesidad de comunicar mis penas á alguien, necesidad que me aguijaba sin que yo me diese cuenta de ello, lo referí todo, sin ocultar los impulsos de venganza que se habían apoderado de mí y que, á decir verdad, todavía no estaban del todo desvanecidos.

Don Pedro, al escucharme, tornóse pálido, púsose convulsivo, y con voz entre imponente y trémula me dijo:

– ¡Oh! amigo mío, nunca, nunca puede ser justa la venganza. Si el corazón nos impulsa hacia ella, desoigamos al corazón, y si él se obstina en hacerse oir, arranquémosle del pecho antes de escucharlo. Nada, ni la más horrible ofensa, ni el agravio más cruel justifica la venganza, acto vil, represalia infame, que no remedia el mal causado y los produce mayores.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, como si en ellas hubiese gastado todas sus fuerzas, dejóse caer sobre el banco y ocultó el rostro entre las manos: Rafael y yo, que le habíamos escuchado con atención y le contemplábamos en silencio, observamos que sollozaba; al poco rato, cogió el anciano con cariñoso trasporte á Rafael, lo sentó sobre sus rodillas, le cubrió de besos, lo acarició durante largo rato y después precipitadamente se despidió de mí, no sin decirme al estrechar mi mano:

– Lo repito, amigo mío, todo menos vengarse: cualquiera cosa, sea la que fuere, es preferible á la venganza.

En honor de la verdad, debo decir que no había yo menester tan enérgicas advertencias para desistir de vengarme, cosa en que, en puridad, no había pensado; pero la conducta del abuelo de Rafael no pudo menos de impresionarme. Así se lo manifesté al día siguiente, expresándole al mismo tiempo que había ya perdonado la ofensa del que se llamó mi amigo y que no pensaba tomar venganza.

– ¡Ah! – replicó, – V. es un joven de nobles sentimien-

tos y de corazón generoso. Veinticuatro horas han bastado para borrar en su alma la impresión del agravio; una semana le sobrará para olvidarlo; ¡desdichados los que como yo acarician el pensamiento de la venganza durante muchos años, y si advierten que el rencor comienza á extinguirse, lo excitan y lo recrudecen con el recuerdo de la injuria! Esos llevan la maldición consigo, van acompañados por la desgracia y hacen desgraciados á los que á su lado viven y con ellos se relacionan.

Vete á jugar y á correr en otro jardín,—dijo á la sazón á Rafael, que estaba cerca de nosotros,—tengo que hablar con este caballero. El niño obedeció, como siempre, sin replicar, y pronto le vimos correteando, olvidado de todo y sin pensar más que en la enorme pelota de goma que le servía de gran entretenimiento.

Entonces, D. Pedro, señalándome á Rafael, que parecía entonces, alumbrado por los oblicuos y amarillentos rayos del sol poniente, una creación de Murillo, me dijo:

– Vea V. ese pobre niño; cuantos le ven, le quieren; los que le tratan, le adoran: es lindísimo, eso lo ve V.; pero es más bueno que hermoso, eso lo sé yo, yo que soy su única familia, toda su familia. Su madre ha muerto, cuando él era todavía demasiado pequeño para conocer lo que perdía; su padre murió sin haber podido dejarle su nombre. Huérfano, sin parientes, sin nombre, tal se halla Rafael, á quien sabe Dios qué sinsabores reserva el porvenir, y todo... todo por una venganza de que me acuso constantemente y por la que yo mismo me habría impuesto sin piedad la última pena, si ese ángel no tuviera necesidad de mi vida que es para él toda entera y que no tendrá objeto cuando él no la necesite.

Ayer debí parecer á V. extravagante: cuando V. conozca los hechos que pienso referirle, comprenderá mi excitación. Usted tuvo confianza en mí, V. ha sabido captarse la simpatía de mi pobre Rafael; esto para mí es suficiente garantía: por otra parte, mi historia merece ser conocida: á mi el referirla una vez más me servirá de cruel castigo que merezco mucho, á V. el escucharla acaso le sirva de advertencia para los acontecimientos de la vida: V. es joven, tiene delante de sí muchos años de lucha, de contrariedades, de decepciones; tal vez le pueda ser de saludable enseñanza mi ejemplo.

Bien lejos estaba yo en 1840, cuando me hallaba al frente de un acreditado establecimiento de ebanistería en Madrid, de sospechar que la tranquilidad de mi hogar, la paz de la familia, el bienestar de que gracias á mi honrado trabajo disfrutaba, había de ser poco duradero.

Vivíamos contentos y satisfechos: mi esposa, que era una santa mujer, amante de su familia, ama de su casa, económica y alegre como pocas; una hija de once años, en la cual su madre y yo teníamos puestos todos nuestros sentidos, y yo que gozaba como artesano, reputación de hábil, y como industrial, gran crédito y merecida reputación de honradez y de probidad.

Acontecimientos políticos en que me ví complicado por mi afecto sin límites á Espartero, me obligaron á emigrar abandonando mi establecimiento y mi familia: este fué el origen de todas mis desgracias. Mi ausencia, que juzgué sería de escasa duración, se prolongaba un año y otro; mi establecimiento vino á menos y hubo necesidad de traspasarlo. El deseo de ver á mi familia por una parte y por otra mis compromisos políticos, me hicieron regresar á España y tomé parte en las ocurrencias del 26 de marzo de 1848. Preso entonces y sentenciado á muerte, lograron las gestiones de antiguos parroquianos míos, que me estimaban, que se me indultase de la pena de muerte; pero fuí conducido á Filipinas en una de las cuerdas que salieron de Leganés.

Renuncio á pintar la desolación que semejante acontecimiento llevó á mi casa, el trastorno que esto produjo á mi familia. Mi pobre mujer y mi desgraciada hija, que era á la sazón una hermosísima muchacha de diez y ocho años (no me ciega el amor de padre, he visto pocas mujeres que pudieran compararse con Rafaela), mi pobre mujer y mi pobre hija, digo, hubieron de dedicarse á coser para tiendas. Lucharon valiente, heroicamente con la miseria y la vencieron, lo digo con orgullo.

Pero lo que no consiguió la miseria, lo alcanzó por desgracia el halago, la seducción. Rafaela, mi hija, que por necesidad había de salir sola de casa para buscar trabajo en las tiendas y llevar á ellas el concluído, hubo de agradar á un muchacho, aristócrata, muy rico, hijo único de una familia poderosa.

(Continuará)

EL PUENTE RODADO DE SAINT-MALÓ

Habiendo recibido dos fotografías, una que reproduce el puente rodado en baja marea (fig. 1) y otra que le presenta en marea alta (fig. 2), nos creemos en el deber de hacer siquiera una ligera reseña de este curioso procedimiento de paso entre dos muelles. Bueno será que nuestros lectores tengan presente que, aunque estas dos ciudades están tan próximas que parece que se tocan con la mano, era necesario dar un gran rodeo para ir de una á otra. A fin de obviar este inconveniente, hace más de quince años que el arquitecto de Saint-Maló, M. Leroyer, construyó un puente, no móvil, ni de barcas ó de otro sistema conocido, sino rodado y formado por una ligera armadura de hierro, que sirviese para trasladar los pasajeros desde una á otra orilla del muelle.

El puente rodado está unido á dos cadenas, una que le conduce á Saint-Maló y otra que le lleva á Saint-Serván, que se arrollan á una trasmisión de movimiento por medio de una máquina de vapor.

La parte superior de la armadura de hierro termina en una plataforma en la cual se colocan carruajes, caballerías y mercancías, y que tiene un departamento independiente y cerrado para los pasajeros. El precio del viaje, por persona, es el de 5 céntimos al descubierto y el de 10 céntimos en reservado.

El puente rodado funciona de igual manera en pleamar que en baja marea: en el primer caso, es un espectáculo muy curioso la vista de la plataforma suspendida por ligeras barras de hierro en medio del mar, y los pasajeros experimentan á veces grande emoción al verse suspendidos en medio de las aguas del Océano.



Fig. 1. El puente rodado de Saint-Maló, en baja marea. (De una fotografía.)

En la exposición universal que se celebró en París en 1878, presentó M. Leroyer un modelo en pequeño del puente rodado y acompañó una memoria descriptiva del mismo, de la cual tomamos estos datos.

Cuando el puente rodado no funciona, se coloca de manera que no embarace el paso de los buques; para lo cual hay en el murallón de la orilla de Saint-Maló un hueco igual á su longitud y anchura, y en la de Saint Serván un desembarcadero, como puede verse en la figura 1.ª.

La altura de los muros desde los rails es de $10^{m}50$; durante las grandes mareas el puente queda sumergido en el agua diez metros. La distancia que recorre es de 90 metros, y tanto esta como su altura pueden aumentarse en caso necesario. La corriente del agua es de cinco á seis nudos y el paso de una orilla á otra se hace en 90 segundos, ó sean dos minutos y medio, por medio de una máquina de vapor

Desde el año de 1871 en que se construyó este puente no ha habido ningún accidente que lamentar; nunca se han interrumpido las comunicaciones entre las dos ciudades y el puente ha funcionado sin sufrir entorpecimiento alguno, así de día como de noche, ya en baja marea ó en pleamar.

Con él se transportan carruajes y ganados, y su plataforma admite hasta cien pasajeros.

Nos extraña que no se haya imitado en otros puertos el ingenioso puente rodado de Saint-Maló, y por eso nos creemos en el deber de llamar la atención de los ingenieros y del público sobre una obra tan importante y tan útil.

G. TISSANDIER

EFECTOS FISIOLÓGICOS
de la presión del aire

Siempre han ocupado poderosamente la atención pública las cuestiones relativas á la salubridad del aire que respiramos. Y por eso, constantemente, la higiene ha pedido y pide consejos á la ciencia del ingeniero para la eficaz ventilación de los edificios públicos y las habitaciones todas, y para el saneamiento de las comarcas castigadas por las emanaciones palúdicas y los miasmas malsanos de cualesquiera otras especies.

Pero los progresos de la industria han hecho mirar estas cuestiones desde un nuevo punto de vista, al cual antes apenas se concedía importancia: la PRESIÓN del aire.

Ningún animal puede existir si no ejercita bien aquella función capitalísima, – la respiración, – por cuyo medio los varios tejidos del cuerpo se someten á las acciones químicas de los gases de la atmósfera, y se expelen del organismo los productos formados bajo tales influencias. La esencia de esas acciones es una oxidación. De la atmósfera, al respirar, tomamos el oxígeno; y el producto principal de la combustión de nuestros tejidos es el ácido carbónico, que devolvemos á la atmósfera. Las plantas se apoderan de este ácido carbónico; se asimilan el carbono, y liberan el oxígeno que los animales vuelven en seguida á utilizar,... y así sucesivamente en ciclo inacabable. Lo cual no quiere decir que el reino vegetal no consuma también oxigeno. Por la noche se lo apropia grandísimo número de plantas, las cuales expelen después ácido carbónico, y lo mismo sucede durante la floración y la germinación. Vegetales hay, como las coníferas, que lo absorben durante la actividad de su crecimiento, etc. Por esto se ha propuesto aplicar el nombre de RESPIRACIÓN á todo proceso de oxidaciones en el reino orgánico; por más que para los antiguos fisiólogos la respiración de las plantas fuera exclusivamente aquella función por la cual los vegetales se apoderan del ácido carbónico de la atmósfera, se apropian el carbono, lo descomponen, y liberan el oxígeno.



Fig. 2. El puente rodado de Saint-Maló, en marea alta. (De una fotografía.)

* * *

Claro es, pues, que no pueden ser á propósito para la vida aquellos recintos de viciadas atmósferas donde el oxígeno falte ó se halle en proporciones inadecuadas, ni tampoco aquellos sitios donde abunden los organismos microscópicos enemigos de nuestro ser.

Pero sucede que la atmósfera puede estar enteramente sana, y, sin embargo, resultar impropia para la vida por falta ó sobra de la presión normal (760 milímetros de mercurio).

***

Desde que la pasión por las ascensiones difíciles se ha generalizado entre los turistas, son notorios los efectos patológicos producidos por la falta de presión del aire en las altas montañas: aceleración del pulso, somnolencia, vértigos, síncopes, transudación de la sangre por las membranas mucosas, dolores musculares, sensación como de parálisis en los miembros inferiores, palidez de la piel, cianosis de la cara.

Estos síntomas (conocidos con el nombre de MAL DE LAS MONTAÑAS, aun cuando también se sienten en las altas ascensiones aerostáticas), proceden de la rareidad del aire; y van cesando á medida que se desciende á lugar donde la presión atmosférica es la normal, ó se va acercando á ella.

A no ser por sus riquísimas minas, la meseta de Pasco en el Perú, la más alta de los Andes, pues se eleva á 14,000 pies sobre el nivel del mar, estaría deshabitada, no sólo por su baja temperatura y sus horribles tormentas de nieve y de granizo, sino también y muy principalmente por los mortales efectos del mal de las montañas, que pocos europeos pueden resistir. Los escasos indígenas allí habitantes son (en virtud del proceso llamado de adaptación) notables por lo enorme de su cavidad toráxica, propia para alojar pulmones especiales. Solamente el *llama*, precioso y manso animal que carga la mitad que una mula, vive bien á tanta elevación.

***

Los caminos de hierro requieren obras sin precedente en la antigüedad. Respecto de la altura de los puentes de sillería, no han excedido apenas los ingenieros modernos las obras de los antiguos, y, en cuanto al abra de los arcos, no han llegado á tanto como ellos. El Puente de San Martín, sobre el Tajo, construído en 1203, tiene 40 metros de abra: el de Verona en Italia, edificado en 1354, se abre hasta 49 metros: el de Vieille-Broude en Francia, construcción de 1454, tiene 54, y el de Trezzo en Italia, quizá el de mayor abertura de la época antigua, alcanza 72 metros: su construcción data de 1377. Ningún puente de sillería del siglo actual llega á tanto. El puente de Chester sobre el Dee, en Inglaterra, edificado en 1834, cuenta un abra de 61 metros; y 67 tiene el de Cabin-John en los Estados-Unidos, levantado en 1861.

Pero en cambio son muchos los puentes para ferrocarril con tramos de 100 metros y más. El puente sobre el Mississippí, en San Luis, tiene dos tramos de 152 metros de abra y uno de 158: cinco de 160 metros ostenta el puente sobre el Hudson, cerca de Poughkeepsie, en los Estados Unidos; y otro también de 160 metros se admira en el Puente sobre el Duero, Oporto, en Portugal. Y en cuanto á puentes colgantes, baste citar el de Brooklin, Nueva York, cuyo tramo central cuenta casi medio kilómetro (487 metros) y los dos de las orillas 286 metros cada uno: el ancho de este puente colosal es de 26 metros, con dos vías de $5^m,70$ cada una para carruajes, y otras dos de 3,86 para líneas férreas.

Necesariamente los cimientos de los estribos de estos puentes gigantescos han exigido á veces trabajos bajo el nivel libre de las aguas hasta profundidades excepcionales, cuya ejecución habría sido, si no imposible, de seguro costosísima, y en todo caso muy incierta sin el empleo del aire comprimido.

***

Dentro de un gran cajón ó de un enorme tubo, rectangular muchas veces, cilíndrico con frecuencia, cerrado por su parte superior, abierto por la inferior, dentro del cual se inyecta continuamente aire hasta la presión necesaria para que las aguas no entren, trabajan en seco los obreros destinados á sentar los cimientos de estos puentes. Los hombres sacan primero los fangos, arenas ó piedras del lecho, y luego sientan los sillares y el hormigón hidráulico.



ALEGORÍA Á ESPAÑA É ISLAS FILIPINAS, copia de un cuadro de J. Luna

No es del caso describir ahora los medios ingeniosos imaginados para la entrada y salida de los trabajadores, extracción de arenas, fangos y guijarros inútiles, é introducción de los materiales de construcción. Baste decir que todo esto constituye por sí solo una de las más grandes maravillas del arte moderno de las edificaciones hidráulicas.

En el puente de la Voulte en Francia se usó un tubo elíptico de palastro de doce metros de largo y cinco de ancho. En la esclusa de Rotterdam, el cajón-tubo llegó á 24 metros de largo por 9 de ancho; y en el puente de San Luis sobre el Mississippí se usaron tubos exagonales de 25 metros de largo por 18,50 de ancho. Pero todas estas dimensiones parecen exiguas cuando se contempla que en el puente de Brooklin el cajón rectangular dentro del cual se construyeron los cimientos tenía 52 metros de longitud por 31 de anchura; es decir, una superficie de 1612 metros.

***

Pero las presiones más intensas que el hombre ha soportado no fueron en ese colosal cajón: fueron las de 3 at. 3 y 3 at. 4 en el puente Saint Louis del Mississippí, la cual todavía quedó excedida por la del puente de Lünfjord en Dinamarca, donde varió de 3 at. 50 á 3 at. 80, además de la natural de la atmósfera ambiente.

***

Numerosas fueron las desgracias ocurridas á los obreros en el citado puente de San Luis, por causa sólo de lo excesivo de la presión; pero muy más terribles resultaron las del puente de Lünfjord, donde, á los males propios de tan insólita compresión, se agregaron los de explosiones de gases deletereos desprendidos de los fangos.

***

El primer efecto desastroso del aire á gran presión es producir fuertes dolores de oídos, y, en algunos casos sordera y neuralgias que se prolongan durante mucho tiempo. A veces sigue parálisis parcial ó completa. Muchos han muerto inmediatamente: otros en los hospitales ó en sus casas; y no pocos han quedado inútiles para el resto de su vida; pero en la gran mayoría de los casos los enfermos han recobrado por completo la salud.

Los efectos temibles no empiezan sino cuando la compresión del aire dentro de los cajones ó tubos llega hasta contrarrestar una carga hidráulica de 10 á 15 metros de agua, ó sea de una atmósfera á una atmósfera y media sobre la normal del aire ambiente; y por tanto no hay verdadero peligro en las cimentaciones por medio del aire comprimido mientras no se trabaje á más de 15 metros por debajo del nivel libre de las aguas. Y aun los efectos á mayores profundidades no son de temer si se toman ciertas precauciones que recomienda la experiencia.

No debe admitirse á obreros que no sean jóvenes, de robusta complexión y de buenas costumbres.

No ha de permitirse á nadie el trabajo á grandes profundidades mientras no se hayan habituado á la compresión de esas atmósferas artificiales en presiones inferiores á una carga hidráulica de 10 metros ó sea inferiores á una atmósfera.

Ha de sacarse inmediatamente al aire libre á todo obrero al primer síntoma de accidente.

Se reducirá el trabajo á 2 horas cuando la carga hidráulica llegue á 20 metros; y á una hora solamente cuando la presión suba hasta 25.

Por último, cerca de las obras debe haber constantemente un médico de guardía y un botiquín bien surtido de los auxilios necesarios.

***

De lo dicho se deduce que el hombre no puede exponerse sin gran peligro á una rarefacción del aire en las montañas y los globos aerostáticos inferior á $^1/_2$ de atmósfera ni á una compresión en los tubos ó cajones superior á 3.

La presión normal de 760 milímetros de mercurio se encuentra á orillas del mar; y bien conocidos son en España sus efectos bienhechores de los que en sus excursiones veraniegas abandonan las elevadas mesetas de Castilla, donde la presión es de 700 milímetros ó poco más, y van á tomar baños en las lluviosas playas del Cantábrico ó en las deliciosas del mar de Andalucía.

E. Benot

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — ←BARCELONA 20 DE DICIEMBRE DE 1886→ — NUM. 260

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Juan Fechner

En este mismo sitio, testigo ahora del intenso pesar de la joven viuda, se encontró ésta por vez primera con el hombre que había de ser su esposo. Se vieron, se amaron, se unieron con santo vínculo y el cielo bendijo su unión con el nacimiento de una hija hermosa como su madre, robusta como el autor de sus días.

A lo mejor de esta felicidad, la patria reclamó el concurso de la espada de ese hombre, y un fatal encuentro puso sangriento término á ese idilio, efímero como todas las dichas humanas. Por esto al encontrarse la pobre mujer en el lugar que fué cuna de su dicha muerta, las lágrimas inundan su semblante y hoy es para ella desierto triste lo que antes fué risueño paraíso.

El autor de este cuadro ha interpretado con acierto el asunto: el paisaje da perfecta idea de la soledad en que se encuentra la temprana viuda; hasta la inocente huérfana parece dirigir á su muñeca una triste mirada, parecida á otra de las muchas que á ella dirige su apesarada madre. Es uno de esos cuadros de los cuales puede decirse y no es poco: — Está bien sentido.

COSTA HOLANDESA, cuadro de Hermán Grobe

El mar es, sin duda alguna, el espectáculo que da al hombre una idea más aproximada de lo infinito. Será por esto que el mar tiene para los artistas tan poderoso atractivo. Innumerables son los cuadros que ha inspirado, y ninguno de ellos, sin embargo, puede decirse imitación de otro. Es que el mar tiene, asimismo, manifestaciones innumerables, y ora se le reproduzca en perfecta calma, cual si la voluntad de Dios enfrenara su orgullo, ora se le copie cuando en su soberbia, parece querer apagar con sus olas encrespadas el rayo que se fragua en la electrizada nube; el artista tiene campo vasto y variado para sus manifestaciones, ricas en poesía ó sublimidad.

Grobe se ha situado en la costa holandesa y debe haber pasado muchas horas en esa contemplación, mezcla de ensueño y vigilia, durante la cual la imaginación del artista ve las cosas de una manera muy distinta de lo que las ve el vulgo de los mortales. Unicamente cuando el mar se aprecia con los ojos del alma, cuando la mirada vaga en la contemplación de la inmensidad hasta confundir el agua y el cielo en un mismo sentimiento de adoración; se producen marinas tan simpáticas, tan reales y tan poéticas á un mismo tiempo, como la publicada en el presente número.

EL BUFÓN DE LA REINA, cuadro de F. Gilli

Dijo el profundo Larra, en uno de esos artículos, cuyo fondo y forma nadie ha igualado todavía, que no se conoció jamás cosa tan repugnante como los bufones asalariados por los príncipes, á no ser los príncipes que asalariaban bufones. La reina de nuestro cuadro, según lo concibió su autor, no ha tenido el mal gusto de recibir al *loco* de la corte, y este ridículo personaje se resigna á lucir sus estrafalarias habilidades en presencia de cuatro damas de honor, que las encuentran deliciosas.

No hay en este cuadro ninguno de esos prodigios del arte que revelan á un pintor de primera fuerza: las cuatro damas ríen bastante bien, y aunque animadas de un mismo sentimiento, la manifestación de éste resulta bastante variada. En cuanto al bufón es tan repugnante como Larra lo tenía concebido: repugnante, física y moralmente; su cuerpo es un engendro de la naturaleza en un día de mal humor; la expresión de su semblante es el espejo de un alma más fea aún que el mismo cuerpo Si el autor se ha propuesto hacer repugnantes á esos seres á los cuales no nos permitiríamos llamar hombres, creemos que lo ha conseguido por completo; su cuadro es uno de esos epigramas que destilan sangre.



DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Juan Fechner

ANTES DE ABRIRSE LA EXPOSICIÓN
cuadro de Hugo Birger

Hubo un tiempo en que, dondequiera que se reunía numeroso concurso, eran de ver dos emblemas que lo dominaban todo, una campana que citaba á los adoradores de Dios y un ramo de pino que citaba á los amantes del vino. Hoy se ha suprimido casi por completo el primer emblema, y en cuanto al segundo el *restaurant* ha sustituído á la taberna, con algunas ventajas en la forma aunque bastante discutibles en el fondo.

El *restaurant* es inseparable, por ejemplo, de toda *Exposición*, tan inseparable como la sombra del cuerpo; y por cierto que lo de la sombra no debe entenderse siempre en el sentido del arte. Sombras hay en esos banquetes preparatorios de las exhibiciones artísticas, más imponentes que la de Banco en el festín de Macbet. Para disipar esas sombras, que amenazan en forma de desaire del Jurado ó de falta de compradores de aquel lienzo en que se han cifrado tantas esperanzas y para cuya ejecución se han contraído tantas deudas, se echa mano del conjuro eficaz del *champagne* y del ponche que se escancia con más ó menos orden, pero siempre en abundancia.

Birger es un pintor que conoce *á su gente* y la ha reproducido del natural. La mayor parte de los bustos del cuadro son retratos; la gran mayoría de los personajes, artistas sorprendidos *in-fraganti*. La composición es animada y si no produce en el ánimo impresión durable, es porque el asunto no es de los más á propósito para excitar sentimiento alguno de esos que se imponen hasta involuntariamente. Las escenas vulgares de la vida real nunca se prestarán á grandes manifestaciones del arte. Con ellas se hacen á lo sumo bonitos cuadros, como el de Birger.

ALDEA DE PESCADORES EN EL LAGO PEIPUS,
cuadro de J. de Klever

En la exposición berlinesa llamada del *Jubileo* ha llamado la atención este cuadro, muy principalmente por su fuerza de luz, circunstancia imposible de apreciar en un grabado. Es de ver, empero, la sobriedad de recursos empleado por el autor y esa misma desnudez de la naturaleza, tan á propósito para hacernos formar idea exacta de la otra desnudez que reina en las cabañas de esos pescadores que deben tener formada del mundo una idea bien mezquina y bien triste.

Gregorio el Magno, castigando á un codicioso,
cuadro de Wassili Wereschtschagin

El pontífice Gregorio I, llamado *el Magno*, fué consagrado en 3 de setiembre del año 590 á la edad de los cincuenta años. Varón dotado de vasta ciencia, controvierten algunos su carácter, suponiéndole arrebatado en algunas ocasiones hasta el punto de hacer odiosas sus mismas justicias.

Los que tal sostienen, dan cuenta de un hecho que no sabemos se halle seriamente comprobado. Dicen, y tal es el asunto de nuestro cuadro, que mandó enterrar vivo á un hombre á quien los hábitos codiciosos habían hecho cometer toda clase de excesos.

Verdad ó leyenda, el asunto se prestaba á algo superior en su género; pero el lienzo en cuestión, sin carecer de recomendables condiciones, no corresponde al aliento que supone el hecho de escoger un argumento que, por lo extraordinario, predispone á la exigencia de parte del público y de la crítica.

UN SUEÑO DELICIOSO, cuadro de León Herbo

Precioso estudio ejecutado de mano de maestro. No cabe mayor corrección de dibujo, ni pastosidad mayor, ni más delicadas tintas; y sobre todo, no es posible transparentar con mayor verdad y poesía á un tiempo el sueño del amor que embarga á la hermosa criatura. Se ha dormido leyendo á Shakespeare: no hacía falta que el artista consignara en la cubierta del libro la obra en cuya lectura la había sorprendido el sueño. La joven que así duerme y así sueña no podía leer sino *Julieta y Romeo*.

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

POR DON NICOLAS DÍAZ DE BENJUMEA

(Continuación)

– ¿Se atreve V. á tirarse? – preguntó asombrada la señorita Natalia, que este era el nombre de la interesante joven.

– Señorita, me tiraría yo de la cumbre del Chimborazo, y de la luna á este globo, seguro de bajar ileso, con tal que me estuviese mirando ese par de ojos.

Y diciendo y haciendo, seguí camino arriba sin esperar réplica. Es verdad que en aquel pequeño espacio de tiempo se me ocurrió que ¿quién me metía á mí en aquel trance, donde sin perder la vida, podía perder la dignidad rodando por el suelo como costal de patatas? pero había pasado el Rubicón y no era tiempo de volver atrás. Llegué, ví, me senté, tomé bastante aliento, apreté los dientes, extendí los brazos como remos, y encomendándome á todos los santos volatines, dejéme despeñar por aquel abismo. La sensación que en este descenso rápido se experimenta es indescriptible, por lo menos la vez primera y cuando va mezclada con dudas, escrúpulos y temores. Sólo diré que desde el instante en que dejé el punto de apoyo hasta el momento en que cesó la fuerza impulsiva, no tuve verdadera conciencia de la marcha del tiempo, y si me hubiesen preguntado cuánto tardé, habría dicho que un año y un día. Volví los ojos y ví que desde lo alto de la montaña me saludaban y victoreaban como á un héroe, lo cual fué ponerme espuelas para subir la escala de la otra montaña, que en otro abrir y cerrar de ojos me disparó y devolvió sano y salvo al lado de los testigos de mi serenidad y no digo sangre fría, porque en aquel momento debía estar á ochenta grados sobre cero: que un gran esfuerzo de ánimo produce los mismos efectos que un gran esfuerzo físico. Recibí los plácemes y escuché las expresiones de asombro con cierto orgullo interior, pero pensando más en lo que me quedaba que hacer que en lo que había hecho. Sin que hubiese un voto en contra, todos confesaron que era yo un piloto seguro y un conductor de confianza para encargarme de la preciosa carga de cualquier señorita por tímida que fuese, y valido de esta aura popular, convidé á la joven Natalia para mi tercera expedición.

¡Oh, *vis suprema formæ!* como exclamaba el gran poeta latino. ¿Hay nada en el mundo que transforme, divinice, avasalle é impere como la juventud y belleza de la mujer y más cuando esta belleza se oculta á la mirada y como por la uña al león se la construye por un solo rasgo? Aquellos ojos azules, grandes, ideales, aquella complexión blanca y trasparente de la tez, y una nariz *irreprochable*, como suelen decir los retratistas franceses á la pluma, no podían ser parte sino de un todo perfecto. Al modo del naturalista, á quien dan un miembro ó hueso de una especie viviente desconocida, y por él calculan su forma y dimensiones, había yo figurado y refigurado en mi fantasía el talle, el pié, la mano, el cuello y el cabello de Natalia, y entonces deseaba que nunca de otro modo se vistiera, para que nadie más que yo gozase del encanto de su hermosura.

Al tomar de nuevo aquel vehículo en miniatura para lanzarme en el espacio con tan gentil compañera, se me vinieron á la mente todas las expediciones célebres de hombres y dioses con la dulce compañía de una sirena en su regazo, y me parecía soñar, y bendecía á Rusia y sus incomparables costumbres, tan lejos de tener imitación bajo el insociable y escrupuloso clima del Sur de Europa.

– Usted llamará á esto bajar á la tierra, – dije á Natalia, cuando estábamos en la altura, – pero yo le llamo subir al cielo y en compañía de un ángel.

– ¿Cree V.?

– No por fe, señorita, sino porque lo veo. Usted se presenta á mi vista como espíritu puro, ocultando el cuerpo y dando sólo á ver el alma por el cristal de esos ojos. Ya ve que soy de los que distinguen la joya del aderezo y el brillante de la montura.

– Lo veremos.

Llegó el ansiado momento. Si entonces me hubieran propuesto cambiarme por el soberano más rico y poderoso del mundo, habría declinado reverentemente la proposición. Mi fantasía se desbordaba sobre abismos de inesperada dicha al pensar que aquel serafín bajado del cielo, á la dulzura de cuya mirada se derretía mi corazón, iba á estar dentro de poco en mis brazos, que podía estrecharla á mi sabor y sentir los latidos del suyo. Yo debía ser presa de una fiebre, porque conocí que el abrigo que me cubría estaba demás. Parecíame la temperatura algo más insufrible que la del Senegal, y sentía calor bastante para ir á explorar el polo Norte de frac y corbata blanca. Solté también los guantes como apéndices inútiles, y sentándome en el trineo recibí tembloroso la preciosa carga. Un segundo después volábamos á razón de treinta leguas por hora.

Al revés de mi primera, presentía que había de parecerme corta mi segunda expedición; pero en este breve espacio, ¡cuántos mundos de ilusiones y de felicidad! Deseaba yo que aquella pendiente se prolongase y diese cien vueltas á la superficie de la tierra, quería entrar en otro laberinto como el de Teseo, renunciando al hilo de Ariadna. ¿Por qué, decía para mí, no han construído los hombres una montaña rusa que corte en zig-zag los senos de nuestro planeta? Y á todo esto estrechaba la cintura, digo más bien, el *blindaje* ó coraza de blandas pieles que deformaba el talle de mi sílfide, hasta el punto de hacerla exclamar: ¡V. me ahoga! y acercaba los labios á su cabeza creyendo poder besar la presunta cabellera rubia, y... pero, ¡oh suerte caprichosa y cruel! En aquellos breves instantes de felicidad suprema, diviso frente de mí un punto negro, casi imperceptible en la distancia, que se acercaba y crecía en magnitud, como vemos agrandarse un tren expreso que corre en dirección á nosotros, y por último, se presentaba bajo la forma del fantasma perseguidor de mi reposo, á quien dejamos rondando tranquilamente el muelle inglés. Mostrar miedo en aquellas circunstancias estaba fuera del programa. Me sentía capaz entonces de hacer frente, no digo á un polizonte ruso, sino á la policía pública y secreta de todas las potencias de Europa con el mismo Vidocq en persona á su cabeza; pero esta rebelión de mis ímpetus de independencia debieron producir algún estremecimiento nervioso, porque nuestro trineo torció su dirección, y queriendo enderezarle, le hice dar una voltereta en la que creímos caer rodando por la helada senda. Ya iba yo á exclamar para mi piel, ¡adiós poesía, prestigio y éxtasis de amor! pero á dicha pudimos resistir aquella rotación rápida, y el vehículo siguió de nuevo el camino recto.

El retorno fué más feliz, y por lo tanto desafía á toda facultad descriptiva; pero cuando sentado en el trineo regresaba á la capital llevando al lado á mi bella compañera, mi rostro estaba pálido, mis labios mudos, la mirada vaga y las manos temblorosas. Natalia, por el contrario, parecía una amapola.

—¿Se siente V. mal? – me preguntó dulcemente.

– Nunca me he encontrado mejor.

En toda la jornada no cambiamos más que estas palabras. Tras la excitación pasada, había sobrevenido una reacción terrible. El abatimiento se apoderaba de mi espíritu y el frío del cuerpo, cuyas extremidades tenía ya insensibles. El cristal de los ojos se hallaba cubierto de una finísima capa de hielo, las pestañas parecían agujas que se chocaban al cerrar dificultoso de los párpados. El bigote semejaba hecho de bayonetas de luciente acero, según brillaba el cristal de hielo trasparente que envolvía á cada tubo capilar, y esta rigidez impedía de tal modo el movimiento de los labios, que imposibilitaba de todo punto la emisión de la palabra. No obstante, la sensación general era por extremo agradable. A no estar tan cerca de una beldad, habría creído que era el bienestar engañoso que precede á la parálisis mortal del enfriamiento; pero ¡helarse al lado de una mujer hermosa, cuyas mejillas despedían vivo fuego! Sobre todo, ¡helarse un andaluz!

Pero los elementos son inclementes y para las leyes naturales no hay subterfugios. Al frío del Norte le tenía sin cuidado el que yo fuese hijo de la tierra de María Santísima, y no hacía más que recompensar la audacia de haberme salido á afrontar veintidos grados bajo cero, próximamente con el mismo abrigo que usamos en cualquier capital de España. En efecto, yo había contado con que era de la raza

De gente que regelea,
Y tiene en las venas brea,

y de que llevaba calor natural para una temporada de cinco ó seis meses; pero lo que me llevé fué un gran chasco. El color de la cera, signo inequívoco de la congelación, apareció en las puntas de nariz y orejas. La pobre Natalia exclamó alarmada: ¡V. se hiela! y tocando en la espalda al cochero, le llamó la atención hacia mi fisonomía risueña y beatífica, cual la de un anacoreta en éxtasis. El cochero detuvo el caballo, saltó á tierra como un gamo, tomó dos buenos puños de nieve, y sin pedir permiso empezó á refregarme dichas extremidades, como quien lava un mascarón de proa, expuesto muchos años á la intemperie. Bien veía yo que aquella faena sería necesaria para salvar los tales miembros; pero ¡cielos! ¡así se rompe la poesía de un cuadro! ¡así se perturba aquella situación romántica con un fregado ignominioso de nariz en las barbas del adorado objeto! Yo me dejaba manosear, porque no había otro remedio, viéndome sin acción en las manos; pero á media voz no pude menos de decir:

– ¡Ay, señorita! ¡cuán poco entiende este besugo de venturas de amor! Dejárame morir dulcemente al lado de V. y moriría dichoso.

Concluída la fricción, salió el caballo al galope y en poco tiempo se halló reunida la caravana en la gran Morskaia, donde nos separamos, no sin decirme Natalia, que otra vez no desafiase indiscretamente la crudeza del clima, pues aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca.

XI

Al entrar en mi residencia de Larski Doma, la variación de temperatura fué por lo menos de cuarenta grados. Parecíame estar en uno de los salones de calefacción de los baños turcos. La sangre empezó á afluir á las extremidades y entonces sí que sentía la impresión algo dolorosa del triunfo del calor vital sobre el mortífero hielo. Después hubo un período de verdadero *comfort* ó bienestar, y luego comenzaron á fatigarme las consecuencias de una reacción tan violenta y rápida. Las partes más combatidas por el frío semejaban hervideros. Parecía que la sangre, desalojada de las partes donde había vivido, venía en doble cantidad á recobrar el domicilio y corría de una á otra parte jugueteando y celebrando la reconquista. Toda esta función interior, se reveló al exterior por un tinte primero sonrosado, que fué pasando al rojo y después al pimentón, y luego al amoratado ó aberenjenado; y el exceso del líquido vital se tradujo en una hinchazón que crecía gradualmente, adelgazando los tejidos y epidermis de tal modo, que quería saltarse afuera tomando una apariencia como si fuese carne viva, y todo esto acompañado de un peso y fogareda en dichas extremidades, como si verdaderamente se hubieran trocado en derretido plomo.

Mr. de Clairville notó aquellos estragos, y haciéndome poner un poco de *cold cream*, me dijo que no temiese, pues la sangre volvería á buscar su equilibrio, y que el peligro estaba en descuidar una de esas partes, hasta el punto de ausentarse de ellas la última ráfaga de calor, que por la fricción externa sirve de medianera y conductora de nueva circulación de la vida, porque entonces aquella parte se marchita, seca y arruga, y concluye por desprenderse como apéndice inútil.

Un doméstico ruso entró en la habitación, y saludando profundamente, dijo:

– *Abiada gatof, payatte*, – que en cristiano quiere decir: la comida está lista, pueden Vds. pasar. El apetito era voraz, pero donde quiera que fueres haz lo que vieres. En un extremo de la galería, que yo había hecho mi comedor, porque daba á un precioso jardín de invierno, había una mesa redonda cubierta de fiambres y estimulantes de todo género para abrir boca, y comenzamos este exordio antes de entrar de lleno en la función gastronómica. El caviar, las ruedas del salchichón de Vich y de Lyón, las sardinillas de Nantes y aceitunas de Sevilla, sirvieron de agujas de ensartar el seco de Jerez y el amargo de Torino, á guisa de descubierta ó vanguardia destinada á preparar en el local digestivo una recepción de los alimentos, como convenía á la alta reputación del jefe de la cocina, Mr. Jules, ex jefe culinario de varias notabilidades dinásticas y diplomáticas, y autor de un libro, en vía de composición, con el título de *Filosofía del gusto*, donde continuaba la gran obra que empezó con tanto aplauso el inolvidable santo padre de la *gourmandise*, Brillat-Savarín.

Apenas nos sentamos á la mesa, Mr. de Clairville me recordó la promesa que la noche antes le había hecho de revelarle el misterio de mi conflicto con el individuo de la policía. A decir verdad, me sentí avergonzado de tener que relatar accidentes, que á veces me parecían pueriles, temiendo no fuese á representar un papel ridículo.

– Si V. no lo lleva á mal, – respondí, – aun le pediría un nuevo plazo. Baste decirle por ahora, que el fondo de la cuestión no es más que susceptibilidades de un carác-

ter libre é independiente, acostumbrado á vivir en una nación gobernada por un régimen liberal.

Esto nos hizo venir como por la mano á hablar del estado y porvenir de la Rusia. Mr de Clairville era de estos jóvenes cosmopolitas que engendra la banca y el comercio, para quienes el mundo va bien y la sociedad es inmejorable, mientras arrojan un buen saldo á su favor los libros de caja.

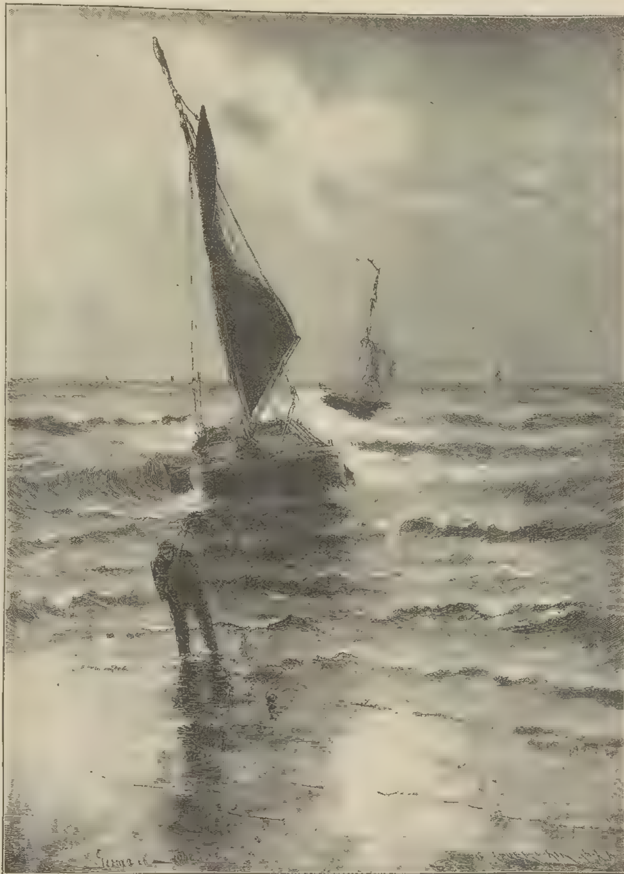
– Yo no diré á V. que la Rusia sea una nación perfecta, – observó, llenando de camino una honda copa de legítimo *Château Laffitte;* – pero si V. se abstiene de hablar de política y de religión, de murmurar del Czar y de su gobierno, y de fumar en las calles y plazas, puede V. moverse y vivir á su talante.

– Como un pájaro en su jaula.

– Concedido; pero hay diferencias de jaulas. Algunas son tan grandes, que puede el pájaro revolotear sin topar con los hierros. Después de todo, ¿qué es el mundo más que una jaula inmensa? La verdad es, que en Europa se tiene muy pobre idea de lo que es este pueblo. Se cree que es un gran desierto de nieve y hielo donde sólo se curten pieles para carteras y petacas, de las muchas alimañas que lo infestan. Pero vengamos á cuentas. V. ha visto ya algo de su capital, y no podrá menos de convenir en que es una ciudad grandiosa y elegante. Los rusos de las clases alta y media tienen una educación refinadísima, el trato es amable, los espectáculos públicos no ceden en magnificencia á los de París y Londres, el lenguaje usual de la sociedad culta es el francés, los trajes, la alimentación, las costumbres de la sociedad están cortados según el mejor modelo parisiense. ¿Qué más puede V. pedir á una nación que hace un siglo estaba aislada, concentrada y amurallada como la China, para el contacto europeo?

– Yo no pediría tanto, – respondí, – si es que ha de haber una nación propiamente rusa, lo cual no es interés mío, sino de sus naturales. La cuestión es muy complexa hoy día á juzgar de la marcha de una nación. ¿Se quiere que un pueblo nazca, crezca y se desarrolle por sus propias fuerzas y según su carácter propio, para que ofrezca un tipo excepcional, individual, distinto, y venga con él á resolver algún problema social, político ó económico? Entonces, la Rusia se ha cortado las alas, Pedro el Grande ha sido su mayor enemigo, introduciendo semillas exóticas, abriéndola á todos los vientos, dándola un exceso de vida y de progreso artificial, que no podrá seguir sin llegar á un gran conflicto con las instituciones nacionales. El caso queda reducido á este dilema: ¿Qué es mejor? ¿el sistema de repulsión ó el de atracción y asimilación? Para mí ha concluído la época de gestación nacional aislada. Lo que pueden dar las naciones con una vida exclusivamente propia y aislada, ya lo hemos visto. Cada nacionalidad nos trajo una idea, un principio, una conquista en la ciencia del vivir y del ser de un Estado. Concluyó el trabajo parcial para dar lugar al colectivo.

(Continuará)



COSTA HOLANDESA, cuadro de Hermán Grobe

AL PIE DE LA CUBA (1)

(Costumbres euskaras)

El manzano, árbol bajo y extenso, de raquítica figura cuando no está en flor y de semejanza en su copa á una sombrilla, fué el destinado á hacer un grandísimo papel en el Paraíso, como que albergó en su tronco al genio del mal, á Lucifer, y en su fruto todos los males de la tierra, trasmitidos á la humanidad por un mordisco de mujer.

Y el hombre, exasperado con la pérdida de tantos bienes, estrujó con rabia y venganza este fruto; mas ¡oh sorpresa! las lágrimas de la manzana sirvieron de consuelo á los desheredados del Paraíso, porque queriendo reparar el mal causado por su intercesión, dió en su zumo exquisito néctar que hoy se conoce con el nombre de sidra.

Los verdaderos aficionados á esta bebida la acechan, la buscan en el campo ó la ciudad; y cuando al catar de una de las cubas descubiertas, ya en un lejano caserío ó taberna de un pueblo inmediato, la califican de superior, este descubrimiento es más celebrado que el de Colón y la gente acude en masa al lugar designado, y durante tres ó cuatro días el cosechero, dueño de tan preciado tesoro, tiene su romería asegurada.

Al anuncio de una buena sidra todos abandonan el trabajo. Antes era un crimen el acudir en coche ú otro medio que no fuese á pie; pero en el día la abundancia de vehículos delante de la sidrería ó en el crucero más próximo, si no hay carretera hasta la puerta, denota que han variado los tiempos y que las facilidades que nos proporciona la época hacen que la comodidad sea atendida primero.

El núcleo de concurrentes á la apertura de una *sagardúa* lo componen principalmente cortadores y artesanos en gran número, propietarios de pequeños comercios, *indianos*, marineros, obreros y algunos señoritos desocupados que gastan boina, y el contraste que forma esta abigarrada colección de trajes y colores, extraña sobremanera; pues allí se ve, entre la faja y blusa del pescador y jornalero, el *chaquet* y hongo del *indiano*, y entre las maneras finas del hombre educado, el tosco ademán del rudo campesino.

Si la sidra se expende en el casco de alguna población ó aldea, á la puerta del establecimiento bullen compactos grupos de gente que sirve de anuncio con su presencia.

El local es lóbrego y oscuro, almacén sin ventilación en el que lucen las candilejas mañana y tarde. Por estrecho portal obstruído con hilera de bancos sucios y desvencijados tiene acceso, y en primer término y á la humeante luz del aceite se distingue una larga fila de cubas enormes que en su negrura parecen colosales elefantes adormecidos; aquí y allá barricas, toneles, leña, hojarasca, bancos y alguna silla incapaz, todo festoneado de moho y las paredes cubiertas de humedad y profusión de telas de... araña. Braseros de piedra para asar entre sus candentes cenizas la modesta sardina ó el trozo de mal abadejo, y chirriantes sartenes friendo en sus entrañas rojos chorizos ó lonjas y magras de jamón hostigadas en su evolución con punzantes dientes de tenedores de estaño, por manos de mujeres especuladoras. El gran bebedor, como el buen artillero al pie del cañón, no se separa de la cuba y allí en aquella atmósfera insalubre de humo, olor y humedad va apurando trago á trago el ansiado mosto. Dadle al tal sujeto una mesa pulcra, una habitación aseada, manjares en vajilla, y os dirá que la sidra en esas condiciones se desvirtúa y que es preciso beberla dentro de aquel antro.

Una ó dos dulcineas, según la afluencia, escancian en copas que se hallan colocadas en barreños ó cubetas repletas de agua en la que están en remojo, y las pobres mujeres no cesan un momento de mover el grifo, llenando y volviendo á llenar los vasos del solicitado néctar que á la incierta luz de las candilejas parece oro.

Los *gourmets* de sidrería tienen siempre para merendar escogida lista de comestibles, y ya son las tiernas chuletas ó los exquisitos *entrecots* ó la abundante callada, la dorada merluza frita, las famosas trimpollas (tripas de merluza) ó las frescas anchoas á la papillote, porque el género francés ha adquirido carta de naturaleza hasta en las tabernas; pero el mísero peón y el infeliz pescador, que pululan por entre aquellos *tripazais* (tragaldabas), se contentan á la fuerza con la sardina en el pan, cuyas migajas van á parar á las fauces de su inseparable perro.

El entusiasta consumidor, que nunca separa la vista de la cuba, ve con pena cómo extrañas y para él profanas gentes acuden en crecido número á comprar al por *mayor* y llena el primero sus toneles, otro infinidad de botellas, otros cántaras y *herradas*, para llevarla á vender fuera de aquel clásico recinto ó despacharla en sus casas.

Esto le disgusta en alto grado; es arrancarle la fibra más sensible de su corazón, porque vislumbra en período breve el término de su muy amado brebaje.

La contabilidad de las escanciadoras no ofrece quebraderos de cabeza, y eso que en ocasiones se arma gran confusión y barullo; se fían de la buena fe de los parroquianos. Cada consumidor al tomar el vaso va cantando el número de los que debe; *bigarrena, laugarrena, amargarrena* (segundo, cuarto, décimo), y á la conclusión de su tarea hace el resumen total y paga religiosamente. A veces, como la cuenta sube al vaso número veinte ó treinta, le cuesta más de un cuarto de hora de discusión el arreglarla, y se comprende.

Si la sidrería se ha abierto en un caserío, la decoración varía; pues si bien en el fondo es la misma, en la forma presenta mayor colorido y abundancia de aire, luz y espacio.

La gente, las cubas, las meriendas, todo es igual, mas cambia la escena que generalmente se verifica en el establo de la casería; mientras el concurrente bebe, recibe el saludable aliento de vacas y terneros, oye la chillona música de los cerdos y se encuentra si se descuida con una coz que sale de entre tinieblas, y cuyo autor se adivina siempre; un manso asno. Pero á su capricho tiene el bebedor, si quiere, el gran salón de la naturaleza para comedor, con la verde alfombra por mantel, y los frondosos árboles por toldo, y las diversas cocinas que al aire libre se improvisan para satisfacción de su estómago.

Su vista se recrea viendo jugar algunas partidas de bolos ó al interesante *chott* (impropiamente llamado en castellano *toca)*, y en sus oídos repercuten los dichos y oportunidades de los famosos *eranzalles* (bebedores).

En la calle, hay que advertir que en vascuence con esta gráfica denominación se indica la ciudad ó pueblo de alguna importancia, las sidrerías se hallan en sótanos con el correspondiente cartelito anunciando la mercancía, á la puerta; pero sidrería en sótano, almacén ó caserío, el aparato escénico es el mismo y únicamente se observan las diferencias de que ya hemos hecho mención.

Ir á la sidra, es la frase que emplean los favorecedores de ella cuando se dirigen casi todos los días de paseo á echar un trago.

Y vamos á conocer este tipo *amateur* de la *sagardúa*.

Manuel ha hecho dinero con el tráfico de ganado y colocado sus intereses en papel del Estado, Banco y sociedades de crédito, con cuyo objeto ha aprendido á leer, escribir y contar lo suficiente para poder enterarse diaria-

(1) Este artículo forma parte de una recomendable obra: *La tierra Euskara*, publicada últimamente en Tolosa por D. Alfredo de Laffitte. El autor nos cuenta en ella lo que ha visto y lo que ha sentido en ese país, que para los vascongados constituye la predilecta patria dentro de la patria común de los españoles. Es libro poco abultado y de agradable lectura da á conocer sus montes y sus valles, sus poblaciones y sus puertos, sus tipos y sus costumbres. ¡Bendita tierra la tierra euskara, con la cual hasta tal punto se encariñan sus entusiastas hijos!



EL BUFÓN DE LA REINA, cuadro de F. Gilli



ANTES DE ABRIRSE LA EXPOSICIÓN, cuadro de Hugo Birger



ALDEA DE PESCADORES EN EL LAGO PEIPUS, cuadro de J. Klever
(Presentado en la Exposición de Berlín)

mente de la cotización de la Bolsa; y como no tiene otro quehacer, se dedica exclusiva y buenamente á comer, pero á comer de lo lindo, para descansar, así lo dice él, puesto que bastante ha bregado ya con cuernos. Todas las mañanas da su vueltita por el mercado, porque eso sí, ¿para qué ganó tanto dinero sino para comerse lo mejorcito que aparezca en la plaza? ¿para quién han de ser los primeros besugos, los primeros chipirones (calamares), las primeras lampernas (percebes), las tiernas legumbres, la rica fruta, las producciones todas de la tierra, sino para Manuelito?

Al mediodía come espléndidamente, toma café y copa, y después de terminada con calma tan importante función se dirige pian, pianito, por carretera ó camino vecinal, según su destino, á donde le han indicado los aficionados que se vende la mejor sidra. Da gusto verle por esos caminos de Dios con el consiguiente bamboleo de su cuerpo hercúleo, su gran barba entrecana, una cara que parece un sol, su pesado continente, el fardelito con la merienda en una mano y el garrote en la otra, andar algunos kilómetros hasta dar con la deseada *mezquita*.

A la llegada saluda á sus conocimientos, que por lo regular son todos los fuertes bebedores, y se sienta en un banco al pie de la cuba; en seguida saca de su pañuelo fardel las provisiones; poca cosa, alguna merluza de ocho ó diez libras ó una tajada de sustanciosa carne, como que es sastre que conoce el paño; é ínterin se lo preparan, comienza un rosario de vasos, tomándose media docenita para hacer boca Le rodean amigos, admiradores y guasones que quieren *tomarle el pelo*, y alguno que otro caballerito de hongo que ha cultivado su amistad en Madrid ó Valladolid cuando Manuel iba á estos puntos por asuntos mercantiles.

Entablada la conversación, cuidadito con interrumpirle ó hacerle observaciones; es muy susceptible y no aguanta bromas; destroza el castellano y aun el vascuence, su lengua nativa, pero habla de las cortes y de la corte, del ayuntamiento y hasta de la Dominica, que tiene un puesto en el mercado.

Entretanto, merienda la carne con cuchara para que no se escape el jugo, y lo demás con los cinco mandamientos, tragándose el pan por libras.

La rociada de sidra es tanta, que asalta el temor de que ésta no hace más que cambiar de sitio. La cabida de *la cuba* de Manuel es de veinte á treinta vasos diarios, y su complacencia explicar quinientas veces á cuantos le quieran oir la cantidad de sidra que ha bebido en los cincuenta años que lleva de existencia, y que á su juicio llenaría la bahía de Pasajes.

Al oscurecer, y después de haber pagado el gasto de sus amigos, que no en vano es poderosísimo señor, emprende la caminata de vuelta á pie, él no pierde las antiguas y buenas costumbres; pero en recompensa, al llegar á las puertas de su casa, se le desarrolla un apetito tan voraz, que cena opíparamente, vacía algunas copitas de aguardiente y se acuesta tranquilamente hasta mañana, que se repite la misma función.

Este es uno de los pocos tipos clásicos de sidrería que quedan; pues que la mayoría, como hemos dicho antes, acude en grupo más ó menos numeroso, pero casi siempre en coche, y alguna vez en ferrocarril, según el lugar.

La tradicional romería á la sagardúa no existe ya apenas; la cerveza y el vino han concluído con ella, así como el moderno *restaurant* con las meriendas en el campo.

A pesar de todo, el lema de los escasos aficionados que permanecen fieles á las antiguas tradiciones, es que la buena sidra debe beberse al pie de la cuba.

ALFREDO DE LAFFITTE

EL PLACER DE LOS DIOSES

(Conclusión)

No descenderé á pormenores que yo mismo conozco apenas: fué la historia de siempre, la historia eterna de la virtud desvalida y débil en lucha desigual con el vicio fuerte y poderoso. Sagradas promesas de casamiento, amorosos extremos vencieron al fin la virtud de Rafaela que sólo advirtió cuán loca y cuán imprudente había sido cuando era demasiado tarde para remediar la locura ó corregir la imprudencia.

Ese pobre inocente que por ahí juega bien ajeno de su desgracia, fué el desdichado fruto de aquellos amores; su padre había desaparecido de Madrid algunos meses antes de nacer Rafael, encargando á uno de sus más íntimos amigos que arreglase este desdichado asunto como esa gente cree que se arregla todo, con un puñado de billetes de banco.

Recibí la triste noticia en Filipinas y desde entonces sé que no matan las penas: no sé lo que pasó por mí, ni sé lo que pensé, ni sé lo que hice; sé solamente que á los seis meses de conocer la noticia me encontraba en Madrid.

Abracé á mi pobre hija que, deshecha en llanto, apenas se atrevía á levantar hasta mí sus hermosos ojos; abracé á mi mujer, ¡pobre mujer! que para descargar á su hija de toda culpa, echaba sobre sí los cargos de imprudente y descuidada; besé al pequeño, inocente fruto de la culpa, y después juré por la sagrada memoria de mis padres que vengaría á mi hija y lavaría con sangre mi deshonra: juramento sacrílego que llevé á cabo.

En vano se arrojaron á mis pies mi mujer y mi hija; en vano apelaron á cuantos recursos les sugirió su ternura: nada oí, nada quise saber sino el nombre del seductor; no me lo dijeron ellas, pero me fué fácil averiguarlo. Cuando lo supe, cuando averigüé también su paradero, repetí con más fuerza y mayor encono el juramento que había hecho.

Todos los tormentos me parecían pocos para castigar al osado, al impío que había profanado la pureza de una joven tan hermosa, tan buena, tan noble como mi Rafaela.

Este pensamiento me quemaba la frente y me hacía concebir y madurar horribles proyectos.

Con tranquilidad que ahora mismo me espanta formé mi plan, lo medité con todo detenimiento, estudié sus dificultades, discurrí la manera de orillarlas, precaví los obstáculos y encontré medios para vencerlos, y una vez ultimado mi plan, púseme desde luego á llevarle á efecto.

Comencé por presentarme, con las reservas que mi situación de proscripto exigía, á mis antiguos parroquianos que, si bien censuraban lo que tenían en mí por fanatismo político, estimaban mi honradez y se hacían lenguas de mi probidad: fácilmente pude procurarme expresivas cartas de recomendación para el seductor de mi hija á cuyo servicio pretendía yo entrar como hombre de confianza, y nadie extrañó que yo ocultase mi verdadero nombre dada la crítica situación en que me encontraba. Provisto de buenas cartas de recomendación y de algunos aunque no muy abundantes recursos, me despedí de mi mujer, á la que no había de ver más y de mi pobre hija, y sin darles cuenta de mis propósitos, salí para Barcelona donde se hallaba el verdugo de mi Rafaela, el que yo había señalado ya como mi víctima.

No tardé en presentarme en su casa, y poco tiempo después me admitía á su servicio. Cuando por primera vez me encontré frente á frente con aquel hombre, con aquel joven cuya felicidad insolente era un verdadero insulto para mi desgracia, rico, considerado, lleno de comodidades, rodeado de placeres, sin límites para el deseo, sin obstáculos para la ambición; cuando pensé que aquel que solamente felicidades conocía, me había privado á mí de lo único que mitigaba mis amarguras y hacía llevadera mi desgracia; que un pasatiempo de aquel miserable gran señor, un rato de placer de aquel infame había sido bastante para causar la desgracia de toda mi familia, sentí impulsos, impulsos muy poderosos, de arrojarme sobre él y sumergir mi puñal en su pecho; pero esto, que hubiera hecho sin remordimiento alguno, sin temor de ninguna clase, me privaba de la vida, y yo necesitaba vivir para mi hija y para su inocente Rafael. Me contuve, pues, á costa de duros combates y sacrificios penosos, y procuré captarme la confianza de mi amo.

El crimen es mas ingenioso que la virtud ó es que el hombre presta mas crédito á la mentira que á la verdad: el hecho es que, en muy poco tiempo, conseguí apoderarme del espíritu de Gonzalo, así se llamaba el padre de Rafael. Llegué á presumir que Dios era mi cómplice: tan absoluta, tan completa fué la confianza que Gonzalo depositó en mí; era yo una necesidad para él; de mí se aconsejaba en todos los asuntos arduos de su vida; conmigo consultaba las cuestiones de intereses. No podía separarse de mí, y así lo confesaba él ingenuamente.

Este resultado me había costado dos años. Durante estos dos años nada escribí á mi familia, que ignoraba completamente mi paradero.

Entretanto mis proyectos de venganza se aproximaban á su realización, y yo solamente esperaba una oportunidad que no podía tardar en presentarse, para poner término á mi tarea.



GREGORIO EL MAGNO, CASTIGANDO Á UN CODICIOSO, cuadro de Wassili Wereschtschagin
(Presentado en la Exposición de Berlín)

Esta oportunidad llegó muy pronto. Mi amo había resuelto, sin consultarme esta vez, salir de Barcelona con dirección á Italia. Habíame encargado de tomar papel sobre plazas italianas y de convertir en oro todo el capital existente en casa, encargo que yo no había cumplido teniendo considerables sumas de efectivo capaces de tentar la codicia del ladrón más descontentadizo y avaricioso.

Así las cosas, me puse de acuerdo con el jefe de una cuadrilla de bandidos que se ocupaban en dar golpes de mano cuando el negocio era seguro y de consideración. Nuestro trato se cerró fácilmente, porque mis condiciones no podían ser más aceptables para mis cómplices. Ellos debían esperar una señal mía para penetrar en la casa cuya puerta yo habría dejado sin cerrar. Ya dentro de la casa, debían sujetar, maniatar y amordazar á mi amo, dejándole para mí, para mí solo, y ellos después podían llevarse tranquilamente dinero, billetes, alhajas, mobiliario, cuanto quisieran; yo nada quería de aquello: mi parte de botín era Gonzalo, aquel ladrón de mi felicidad, aquel asesino de mi hija. Yo le veía en sueños, yo pensaba en él despierto y le contemplaba á mis pies mudo, espantado, tembloroso; me veía blandiendo el puñal y hundiéndole una, dos, tres, cien veces en su infame seno, y gritándole para responder á sus gritos de angustia: «mírame, soy el padre de Rafaela, de esa pobre niña cuya honra ha sido para tí un juguete, cuya felicidad has destruído con criminal indiferencia;» y cuando pensaba en esto me sentía feliz, la venganza era para mí más que la vida.

Llegó la noche con tanto anhelo esperada; los ladrones apostados alrededor de la casa, esperaban mi señal; inmediatamente después de hecha, debían introducirse en la casa: yo había sacado previamente las cápsulas del revólver de mi amo y había quitado la carga á sus pistolas.

Aquella noche los contertulios de Gonzalo, otros jóvenes tan atolondrados como él, se retiraron tarde: yo cuando salí á despedir al último, dejé entreabierta la puerta y me apresuré á hacer la señal. El corazón me latió con violencia y más de una vez tuve tentaciones de cerrar la puerta y renunciar á mi proyecto en el momento mismo de realizarle.



UN SUEÑO DELICIOSO, cuadro de León Herbo

En estas angustias me hallaba cuando oí la voz de mi amo que me llamaba; entré en su cuarto y le ví que se paseaba midiendo á largos pasos el salón que le servía de despacho.

«Manuel, – me dijo cuando me vió entrar, y sin interrumpir su paseo; – tú no eres un servidor para mí, eres un buen amigo. Muchas veces te lo he dicho y ahora voy á probártelo. Vas á encargarte en mi favor de una comisión difícil y delicada; pero tengo completa seguridad en que sabrás desempeñarla perfectamente. Tú ignoras á qué voy á Italia: pues bien; voy a casarme; pero la mujer con quien he de unirme no está en Italia, está en Madrid. Es una joven, tan bella como virtuosa, á quien amé y de quien fuí amado. No es mi igual por el nacimiento, pero ¡ay! es superior á mí por el corazón. Razones de familia, exigencias ridículas de la posición me obligaron á cometer con ella un crimen que de seguro sabrá perdonarme: la abandoné y pretendí olvidarla, no lo he conseguido; comprendo que mi cariño durará lo que mi vida dure y que el remordimiento de mi falta no dejará de atormentarme mientras no le dé mi nombre y mi mano legitimando así el fruto de este amor. Yo deseo que nuestra unión se verifique en Italia para evitar las hablillas y las murmuraciones á que daría motivo una boda desigual: pasaré con mi mujer algunos años en Italia, Alemania y Francia, y me volveré á Madrid donde sólo verán en mi mujer, no la hija de un obrero digno y honrado, sino la condesa de X. Quiero pues, y esto es lo que de tí solicito, que salgas mañana mismo para Madrid, que busques á *Rafaela N.*, que vivía hace muy pocos años en (dió las señas de mi casa), veas á su madre, una honradísima y buena mujer, digna madre de tal hija, entregues á una y otra estas cartas que para ellas he escrito y en las que me declaro solemnemente unido á Rafaela y las hagas que se pongan en camino de Italia á donde quiero que las acompañes...»

Pintar á V. las diversas emociones que al escuchar estas palabras experimenté no cabe en lo posible: el placer por una parte, el agradecimiento por otra, la alegría de ver á mi hija honrada otra vez y feliz para siempre, el temor de que aquello fuese un sueño; todo pasaba y repasaba por mi cabeza sin darme punto de reflexión; todo lo veía en un confuso montón de revueltas ideas, y cuando loco de alegría quería precipitarme á los pies de Gonzalo, cuatro hombres, que sigilosamente habían llegado hasta la habitación gracias á los medios por mí facilitados, se arrojaron sobre mi amo y le ataron sin que pudiera defenderse. Yo, sin pensar en lo que hacía y sin recordar que estaba indefenso, corrí al lado de Gonzalo, le desaté, me apoderé del revólver que sobre la mesa había y disparé inútilmente: yo mismo había descargado el revólver; ni mi amo ni yo teníamos armas; quise gritar y los ladrones que no comprendían mi traición ni se explicaban mi actitud, se dividieron en dos grupos para inutilizar á los dos enemigos. Ví caer á mi amo, muerto al parecer, sentí un golpe terrible en la cabeza y caí aturdido y sin conocimiento.

Al llegar á este punto, suspendió mi compañero su relación por algunos minutos. Hallábase visiblemente afectado. Roguéle que aplazase para otro día la terminación de la historia, y me dijo: «no, falta muy poco ya y prefiero terminarla ahora.»

Cuando recobré mis sentidos, me encontré en la sala de presos del hospital. Entonces supe que mi amo había muerto á consecuencia de sus heridas, pero que había tenido fuerza para prestar declaración; que las declaraciones de Gonzalo me habían sido muy favorables; que había dicho que era yo el hombre más honrado y más probo del mundo y que como servidor leal y decidido había caído á su lado dando mi vida por defender la suya; declaró que, si le sobreviviese, era su voluntad que fuese yo dueño de cuantos valores suyos existían en aquella casa que los ladrones abandonaron al cabo sin robar sorprendidos por la policía, aunque no capturados. Estaba, pues, en la sala de presos, no por el crimen cometido entonces que fué siempre un secreto, sino porque al registrar mis papeles se identificó mi persona y se supo que era fugado de Filipinas: un indulto vino á poner término á mi prisión; pero no á mis remordimientos que no me abandonan ni un instante

Por más que hice, cuando busqué las cartas que Gonzalo me había dado para mi hija, no conseguí encontrarlas: si la justicia se había incautado de ellas, no creyó conveniente desglosarlas del proceso; si no se incautó de ellas, en el trastorno de la refriega se extraviarían y acaso por papel inservible las arrojaron después á la calle. La verdad es que hube de abandonar á Barcelona sin poder llevar á mi hija este consuelo del tardío arrepentimiento de su desnaturalizado padre y la noticia de los dignos propósitos del padre de su hijo.

En Madrid supe que mi esposa había muerto ya y encontré moribunda á mi hija. La noticia de lo ocurrido en Barcelona á Gonzalo había llegado á conocimiento de una y otra; y aunque nada dijeron, sé perfectamente que adivinaron de dónde había partido el golpe que mató á Gonzalo: sabían cuáles eran mis sentimientos al abandonar á Madrid y temiendo constantemente una catástrofe, mi silencio les causaba el terror que inspira siempre lo desconocido. Mi santa mujer no pudo resistir el golpe: mi pobre hija, mi hija querida sobrevivió muy poco á su madre Cuando logré verla, estaba expirando. Apartó su vista de mí, me pareció que con horror, y me señaló á su hijo que jugueteaba á los pies de la cama alegre y risueño como ahora le vemos.

Comprendí su recomendación muda y juré obedecerla. Desde entonces vivo para Rafael... y sólo por él vivo.

Mi deseo de venganza le dejó sin padre; mi deseo de venganza dió la muerte á su madre; mi deseo de venganza le ha quitado un apellido ilustre, una posición brillante, toda clase de bienes, ¿qué puedo yo hacer, pobre de mí, para darle algo que compense lo que le he quitado?

Aunque le diera mi vida, que no vacilaría en dársela, ¿qué vale mi vida para él?

Crea V., amigo mío, que este pensamiento me hace llorar.

Por eso cuando oigo á cualquiera hablar de venganza, el terror se apodera de mí, y ni sé lo que digo ni comprendo lo que hago.

Diga V. si no está justificado con esto... Al llegar á este punto, se acercó Rafael fatigado de su contínuo ejercicio y preguntó con angelical sonrisa: «¿Habéis acabado? ¿puedo quedarme aquí ó me voy al banco de enfrente?» Don Pedro sentó á Rafael sobre sus rodillas y le enjugó el sudor que corría por su tersa y pura frente de ángel. Yo contemplé con muestra de verdadera compasión al pobre niño, estreché la mano del viejo y me separé de ellos. Les he perdido de vista después, pero no puedo menos de recordar al uno y al otro cuando oigo decir que la venganza es sabrosa ó la titula algún majadero el *placer de los dioses*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

UN GIFFARD DE FUEGO

Si la *Naturaleza* pertenece al bello sexo, como su nombre lo indica y la tradición lo enseña, forzoso es confesar, en acatamiento á la justicia, que es señora por todo extremo juiciosa y en alto grado económica. Producir los mayores efectos con el menor gasto; utilizarlo todo, lo grande como lo pequeño; conservar íntegro el capital de la familia; no vagar inútilmente por extraviados senderos; ir por el contrario, siguiendo el camino más corto, á sus haciendas y deberes; no suspender sus trabajos ni un solo instante; tales son sus buenas y ejemplares costumbres, y sus invariables principios.

Por el camino *recto* va la luz, cuando las dificultades que encuentra no le obligan á torcer el rumbo, buscando siempre la menor distancia, compatible con las dificultades de la marcha, como sucede en la reflexión, en la refracción y en otros muchos fenómenos de la Óptica.

Su *energía* conserva íntegra, procurando ganar por un concepto lo que por otro concepto pueda perder; como sucede en las infinitas transformaciones del calor en electricidad, de la electricidad en trabajo mecánico, de la corriente en luz, y de la luz en acción química, pasando así en evolución eterna, de unas en otras formas en el seno de un todo invariable y constante.

Por el principio de la *menor acción* demuestra en mecánica, que las leyes del mundo físico, tal como está ordenado, son las más económicas entre todas las leyes que hubieran podido imponerse á la materia.

Y de esta suerte pudiéramos ir ensalzando las cualidades de la *madre común*, su previsión y su arreglo en la inmensa faena del mundo inorgánico.

Pero si la *madre* es adorable modelo de juicio y prudencia, hay que reconocer humildemente que sus señores hijos, los *humanos*, no han heredado las virtudes domésticas de la que, en su propio seno y con sus maravillosas fuerzas vitales, les dió inteligencia y actividad, y forma nobilísima para ejemplo y estímulo de las artes plásticas.

El hombre es de suyo derrochador y despilfarrado, y en sus grandes orgías devora todo el capital de la familia, sin cuidarse del porvenir de sus descendientes, ni de la pobreza en que ha de sumir á las futuras generaciones.

Derrocha su ingenio no pocas veces en insustancialida-

des; aniquila sus energías en el vicio; derrama su sangre á torrentes en los campos de batalla, por causas santas en alguna ocasión, por odiosas ambiciones en otras muchas; y en lo grande como en lo pequeño, por cada trance en que se muestra digno de su grandeza, en otros mil preséntase como un *sublime calavera*, que cuaja la historia de aventuras escandalosas y asombra y deslumbra con sus gigantescas excentricidades.

Entre otras infinitas que pudiéramos presentar, valga esta prueba de las afirmaciones que preceden.

Trabajó por nosotros durante siglos y siglos, que se cuentan por millares, el astro central de nuestro sistema planetario, á fin de economizarnos un respetable caudal de fuerza bajo forma de *carbón*.

Hubiera sido de ver, si hubiera podido verse, al sol de los tiempos prehistóricos, tendiendo hacia latierra, como dedos gigantescos, sus infinitos rayos de luz: cogiendo con toda delicadeza cada molécula de *ácido carbónico*, separando de una parte el oxígeno y de otra el carbono, lanzando aquél á la atmósfera y colocando cuidadosamente en el maravilloso tejido vegetal el átomo libre de carbono.

Hubiera sido de ver, decimos, cómo arropaba bajo tierra ramas y hojarasca y troncos carbonizados; cómo prensaba durante siglos y siglos los grandes depósitos de hulla; y cómo conservaba la provisión de fuerza, de calor, de luz y de energía, en las grandes cuevas del edificio geológico, para regalo y riqueza de sus ingratos, imprevisores y mal educados descendientes.

Porque acababa el siglo XVIII comenzaba el nuestro, y cayó el hombre en la cuenta de que esto de quemar carbón es manera sencillísima de obtener inmensa fuerza motriz, y es por ende centuplicar las energías de la industria, dar alientos de vapor al comercio, y satisfacción espléndida á las mil y mil necesidades de la raza humana, comprimidas por la miseria en los siglos medios, y despiertas y codiciosas de placer en los tiempos modernos, por la facilidad con que el placer se brinda, y el poco trabajo con que se consigue.

Bien echado está el cálculo, y no fué otro el objeto de la próvida naturaleza al ordenar á su gigantesco y activo servidor, el gran astro del día, que separase en las brumosas atmósferas de los bosques primitivos, de una parte todo el *oxígeno* y de otra, en la masa vegetal, todo el carbono que con el aire vital hallábase combinado.

Obrero maravilloso fué el sol y á conciencia, si la tiene, cumplió el mandato recibido: separados fueron el oxígeno y el carbono, consumiéndose en separarlos un inmenso trabajo, que durante miles de años ha permanecido bajo forma *potencial:* en la atmósfera ha vagado el oxígeno; en las entrañas de la tierra ha dormitado el carbono; y cuando en el hogar de una máquina se encuentre un trozo de hulla y una corriente de aire, al precipitarse y unirse, engendrarán todo aquel trabajo que el sol empleó en alejarlos uno de otro, y, bajo forma de calor, obtendrá la industria moderna la energía acumulada en las primeras edades de nuestro globo.

De su herencia dispone el hombre, y no está en ello el daño, sino en que tira y derrocha, como antes decíamos, de modo tal, que en tres ó cuatro siglos habrá consumido todo su patrimonio, agotando las ricas minas de carbón de piedra, que no há muchos años parecían inagotables y cuyo fondo hoy con espanto se calcula, y se ve como ve el pródigo en el fondo del arca las últimas onzas de oro que su buen padre economizó durante toda una vida de laboriosidad y privaciones.

Y no decimos que *derrocha* porque *gaste*, sino porque consume cantidades enormes sin utilizar de ellas más que una pequeñísima parte.

He aquí la demostración, bajo forma de unas cuantas cifras.

Para separar de *un kilogramo* de carbón el oxígeno que con él se hallaba combinado, empleó el sol de las primeras edades geológicas, un trabajo representado por 3 millones 400,000 kilográmetros, de suerte que al quemar hulla en una de nuestras máquinas de vapor, es decir, al estimular la unión de cada *kilogramo* de combustible con el oxígeno correspondiente á esta masa de carbono, *consumimos* 3.400,000 kilográmetros.

Pero de esta cantidad total, ¿qué parte se utiliza?

Esto es lo triste, aquí está el derroche, y en él consiste la gran responsabilidad de la generación presente para con las generaciones venideras.

Cada kilogramo de carbón consumido, sólo produce, aún en las máquinas más perfectas, 270,000 kilográmetros.

Destruir 3.400,000 kilográmetros y no aprovechar más que 270,000 km., es lo mismo que utilizar el 8 por 100: ni *la décima parte* siquiera de la fuerza total.

Es lo mismo, repetimos, que si el heredero de una gran fortuna de cada 100 duros de su capital utiliza 8, arrojando los 92 restantes por la ventana; y séanos permitido lo vulgar del ejemplo, en gracia á su exactitud y á su claridad.

Y si bien es cierto que el 2.° principio de la Termodinámica demuestra que la transformación del calor en trabajo no puede realizarse por la totalidad de aquél, no es suficiente esta circunstancia para justificar la pérdida absoluta de fuerza motriz que con el sistema actual hemos señalado, y que en términos generales aceptan todos los autores que de esta materia tratan. Basta con observar que más del 50 por 100 de la fuerza que representa el combustible huye á la atmósfera y en ella se pierde por la chimenea de la máquina en espesas y caldeadas nubes de humo.

Sería una transformación total de las industrias y un aumento extraordinario de riqueza, cualquier invención que permitiese aprovechar de ese 92 por 100 de pérdida, otro 8 por 100 siquiera: que en esta modestísima hipótesis la fuerza industrial se habría duplicado de un golpe, y aun quedaba el campo abierto á nuevas invenciones para triplicarla, cuadruplicarla y recorrer toda la escala del 8 por 100 al 100 por 100 como límite.

No es esta pérdida un misterio; que harto se conoce, y harto se encarece; y á reducirla en lo posible tienden numerosos inventos: las envolventes de vapor, la expansión del mismo por escalones, las máquinas compound; el sistema de cadenas metálicas de Mr. Tellier; y tantas y tantas combinaciones ingeniosísimas y más ó menos útiles en la práctica.

Pero con ser importante en sumo grado lo que hasta aquí llevamos escrito, no se explica el título del presente artículo, ni adivinará fácilmente el lector qué es, ni qué relación tiene con la economía de combustible *un Giffard de fuego*.

Ante todo, ó mejor dicho, después de todo, porque estas breves líneas tocan á su término, recordemos al que lo haya olvidado, ó expliquemos al que no lo sepa, que Mr. Giffard era un célebre ingeniero francés, que trabajó brillantemente en el problema de la navegación aérea; que inventó un *inyectador* ingeniosísimo para alimentar de agua las calderas de las máquinas, con cuya invención hízose poderoso; y que á dicho mecanismo, hoy universalmente empleado, se le da el nombre de Inyectador Giffard.

Pues bien, si convirtiéramos el hogar y la chimenea de una máquina en un enorme inyectador; si los productos de la combustión en vez de perderse en la atmósfera actuasen por su propia fuerza expansiva dentro de la misma chimenea; si utilizando una parte de su fuerza el mecanismo lanzase sobre las ascuas del hogar una violenta corriente de aire; y si todo estuviese protegido por envolventes aisladoras; tendríamos lo que pudiera llamarse un *Giffard de fuego*, porque en vez de circular por él vapor de agua y agua absorbida de un depósito, circularían directamente los productos de la combustión actuando como fuerza motriz.

Y como el artículo termina, es imposible que desarrollemos esta concepción más que teórica, de puro simbolismo científico; y con la cual hemos procurado dar forma sensible á uno de los problemas capitales de la industria moderna y de la Termodinámica: utilizar toda la energía de que es capaz un combustible, suprimiendo las pérdidas del hogar, del humo y del aire calientes, de los enfriamientos, de las expansiones incompletas, de la temperatura final y de toda clase de resistencias pasivas.

Mucho pedir es, pero en el pedir no hay engaño, según dice el popularísimo refrán de pedigüeños y esperanzados.

J. Echegaray

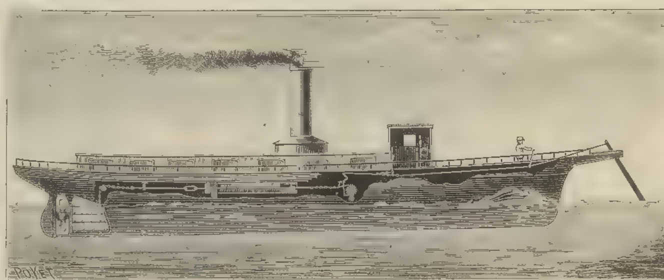


Fig. 1. —El buque *Ciudad de Florencia* con el freno de Mac-Adán

EL FRENO DE MAC-ADÁN PARA LOS BUQUES

(Artículo tomado del periódico *La Nature*)

No es posible hallar ningún medio de locomoción que no ofrezca peligros, y éstos son tanto más graves cuanto mayor sea la velocidad del medio de transporte empleado. Por esta razón los trenes de los ferrocarriles, en los que la velocidad es muy grande, si encuentran en su marcha algún obstáculo, ocasionan espantosos siniestros. La catástrofe de Monte Carlo, que tuvo lugar á principios del año actual, puede servirnos de triste ejemplo. Para poder evitar tales peligros, basta que cuando se tema fundadamente un choque, haya un freno bastante enérgico que pueda detener repentinamente, ó casi de repente, los vehículos que forman al tren. El freno de Westinghouse ha venido casi á llenar esta necesidad en los ferrocarriles, porque facilita la detención de un tren en un corto espacio y porque en la práctica se han evitado muchos choques merced á su uso.

La locomoción marina por medio de buques de vela ó de vapor no está exenta de tales peligros, ya porque las colisiones ó choques entre dos de ellos son más frecuentes, ya también por la dificultad que hay en evitar el encuentro de los hielos flotantes.

En la navegación, como en la locomoción terrestre, es necesario un freno: pero en la primera se necesita obtenerle en la misma agua en que se mueve.

A este fin ha construído, hace poco, el americano Mac Adán un ingenioso aparato del que vamos á dar á nuestros lectores algunos detalles tomados del *Scientific American* de Nueva-York.

A fin de conseguir Mac-Adán detener de repente á un buque en movimiento, ha tenido la idea de colocar en los dos costados posteriores del mismo dos paletas ó compuertas que por su gran superficie pudieran servir de freno.

Semejante idea, muy sencilla en teoría, ha obtenido resultados prácticos. La fig. 1. nos presenta la manera de funcionar el aparato. Las anchas paletas, revestidas de planchas de hierro y protegidas con bandas del mismo metal, están montadas sobre charnelas y colocadas en el codaste, en la parte anterior del bastidor del hélice. Cuando el aparato no funciona, quedan en contacto con los costados del buque, y á fin de que conserven esta posición, se las sujeta por medio de fuertes cadenas que salen por los escobenes abiertos en el casco. Si se desea que funcione el freno con objeto de que disminuya la velocidad del buque, basta sólo que se abran las paletas, en cuyo caso toman la posición que se indica en la fig. 2; pero al mismo tiempo que esta maniobra ha de ser rápida, es necesario que no sea violenta y que se eviten los choques bruscos. Para obtener este efecto, las cadenas suben á la parte superior sobre la línea de flotación y, después de haber pasado por galetes dispuestos de la manera más conveniente, se sujetan á fuertes resortes en forma espiral, que funcionan en cilindros, como puede verse en la fig. 1., y moderan los choques al abrirse las paletas por medio de la acción de la cadena sobre el eje ó tronco del cilindro.

En la posición habitual, ó sea durante la marcha normal del buque, un aparato de enganche hace que las compuertas estén perfectamente abiertas. Un alambre de acero, que corre á proa, permite que se maneje fácilmente el pasador ó desenganche, bien desde el camarote del capitán, bien desde el puesto que ocupa el timonel ó bien automáticamente por medio de una berlinga colocada en la proa y que toca en el fondo cuando hay poca agua.

Cuando se verifica el desenganche, los pequeños resortes que se encuentran entre los costados del buque y las compuertas, hacen que éstas se muevan suavemente hacia fuera; el agua penetra en las aberturas, y por medio de los resortes interiores se lleva á cabo la separación moderada de las paletas.

El aparato anterior se ha montado en un vapor de 170 toneladas, *Ciudad de Florencia*, que mide 39^{m} metros de eslora, 6,30^{m} de manga, 3,30^{m} de calado, y cuyas paletas ó compuertas tienen una superficie de 10 metros. Marchando el buque á toda velocidad, se ha detenido á los 22 segundos después de haberse cerrado la caja de vapor; y

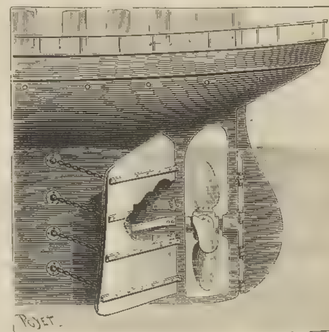


Fig. 2.—Freno para los buques, abierto y funcionando

dando contravapor, á los 12 segundos. Se han hecho tambien ensayos abriendo las paletas cuando marcha á toda velocidad, y el andar reposado del buque ha demostrado los útiles y beneficiosos resultados del freno de Mac-Adán.

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año V — Barcelona 27 de diciembre de 1886 — Num. 261

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

G. A. BECQUER.

Nació en Sevilla el 17 de Febrero 1836

Murió en Madrid el 22 de Diciembre 1870

Los artistas y escritores sevillanos le dedican este recuerdo ✝

Sevilla 1886

García y Ramos

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

Si pudieran en estas líneas condensarse todos los dolores, si con lágrimas pudieran escribirse las breves frases de esta introducción, lágrimas y dolores serían el tributo más elocuente que depositar ante la tumba del poeta. ¿Qué palabras habrá bastante expresivas para verter al papel lo que el corazón sufre y siente y no encaja en el estrecho molde del lenguaje? ¿Cómo lamentar sino con ayes y suspiros la memoria del amigo muerto en flor, cuando aun no habían estallado los volcanes de ingenio y de talento que hervían en aquella cabeza privilegiada, en aquella frente que apenas pudo reposar tranquila una sola noche sin que insomnios crueles pretendieran turbar su lucidez? Ni miserias ni desengaños ni amarguras hicieron mella en su poderosa inteligencia; luchó con el destino, probó todos los acerbos cálices del dolor, agotó todo el triste caudal de desencantos que presenta la vida, no gozó apenas día sereno, que hasta sus sueños é ilusiones mataba la realidad, y al fin se dobló su cuerpo como el lirio que troncha el huracán; mas el tiempo no ha podido arrebatarle su perfume, que aun exhala, y hoy, cuantos aman las letras y rinden culto á lo bello buscan con afán las hojas secas, pero siempre vivas, que dejó arrojadas á su paso por este mundo: la flor se ha marchitado, pero la esencia ha subido á los cielos y ha llenado la tierra con su aroma!

¿Qué significa el presente número, cuya primera página abro con el temor natural del que reconoce su insuficiencia, pero con el entusiasmo del que ayuda á reparar injusticias y hacer el bien? ¿Qué representa la ceremonia sencilla, pero conmovedora, de colocar la primera piedra para el monumento que ha de recordar aún más si posible fuera en esta Sevilla la memoria de Gustavo Adolfo Bécquer? ¿Qué valor tiene la velada literaria celebrada en su honor? ¿Por qué se trasladan sus restos mortales sin pompa ni aparato para que duerman el sueño eterno á orillas del Guadalquivir? ¿Por qué se coloca modesta lápida conmemorativa en la casa donde abrió sus ojos á la luz?

Preguntas son éstas cuya contestación podría encerrarse en una sola palabra que sale del corazón y brota rápida de la pluma... ¡Perdón! sí, ¡perdón! en nombre de los que te desconocieron y te abandonaron y colocaron hiel sobre tus lábios y sobre tus heridas: hoy queremos llegar hasta las alturas donde moras con la esperanza de ser perdonados; si es posible que lavemos el pasado, acepta esta reparación por todos los que te ofendieron y baje hasta nosotros el rocío del cielo y adivinemos tu sonrisa y tu perdón en el crepúsculo de la tarde, cuando suben las oraciones hasta el trono del Altísimo acompañadas por el melancólico son de la campana, cuando se esparcen por la tierra misterios, sombras y armonías.

Bécquer: tus ilusiones de adolescente van á cumplirse. A la orilla del Guadalquivir, entre el puente que conduce á la fabril Triana y el arruinado convento de los Jerónimos, en uno de los remansos que forman las aguas, una cruz gótica y una piedra dirán que allí vive tu recuerdo; los álamos arrullarán tu sueño, el sauce llorará tus desventuras, las campanillas y los lirios subirán á besar tu nombre, y todo un pueblo vendrá en día señalado á depositar flores y coronas y á proclamar tu genio, que cual sol vigoroso ha roto las nubes que amortiguaban su lumbre y brilla con claro é inusitado fulgor. ¡Gloria á Bécquer! gritarán las generaciones futuras - ¡Perdón! continuaremos gimiendo nosotros...

Y el viajero que llegue á la ciudad de San Fernando llamado por la fama de sus artísticas bellezas, al cruzar impulsado por la vertiginosa locomotora, el barrio de los Humeros, fijará sus ojos en aquel sencillo monumento, preguntará quién reposa en aquel poético sitio y al escuchar tu historia y al conocer tus libros llevará á su patria un nombre más que añadir á los de los grandes poetas y escritores de la humanidad, y podrá exclamar: «Sevilla no es ingrata; ha honrado á su hijo querido, ha dominado la pereza que le achacan, ha vencido su apatía y ha dado un ejemplo que guarde el corazón de los buenos como preciada reliquia, como bálsamo consolador...»

Sería insigne temeridad mezclar en estas líneas, hijas sólo del sentimiento, juicios críticos más ó menos rápidos del carácter de Bécquer, de sus obras y de su importancia literaria; el artista, el poeta, el escritor están juzgados; pocos años han bastado para otorgarle la corona merecida y, prueba clara y evidente de su alta significación, apenas había dejado el que fué para él valle de lágrimas perenne, cuando ya su nombre resonaba en todos los oídos, pasaba los mares, inundaba las prensas y adquiría la popularidad que hoy tiene y que crece á medida que el tiempo hace más luz y el entendimiento penetra con atención en los riquísimos tesoros que encierran sus artículos, sus cartas, sus leyendas y sus rimas.

Energía, sentimiento, estudio concienzudo del idioma, galanura inexplicable en el decir, profundidad del pensamiento, erudición extraordinaria, facilidad pasmosa de asimilación, gusto exquisito y depurado, todas estas condiciones juntas hacen de Bécquer uno de aquellos escritores que revelan en pocas hojas su inmensa valía y le señalan puesto de honor en la historia literaria del siglo presente. Su temprana muerte secó los caudalosos torrentes de su magnífica inteligencia, cortó el hilo de su inspiración cuando producía frutos más sazonados y abundantes, y no puedo menos de protestar contra los que han dicho que Bécquer valía más por lo que anunciaba que por lo conocido: basta una *Carta desde mi celda* para darle el título de hablista sin igual; sus *Rimas* son todo un hermoso poema que no necesita ampliación. ¿Para qué más? Cójase al azar cualquiera de sus páginas, y el que no devore aquellas líneas, el que no sienta con el autor, el que no lo comprenda, el que no vea la belleza incomparable de la forma y la intención y grandiosidad del asunto, arroje el libro; para ese no tiene Bécquer confianzas, para ese están cerradas las puertas del sentimiento, del arte y de la poesía.

. . . .



Vista de Sevilla, tomada desde los Remedios, dibujo de Antonio Cánovas

Acude, juventud sevillana, y haz tu paseo predilecto del lugar donde descansa el poeta; vé todos los días á refrescar sus laureles, á entonar himnos de loa sobre su tumba y á levantar los ojos ante la cruz pidiendo paz eterna para el que se adurmió tranquilo al sentir las alas de un ángel que se posaban sobre su frente: vé allí, y dí al que lo ignore que hubo un hijo ilustre de esta ciudad que sufrió todos los tormentos, que apenas tuvo reposo para dar rienda suelta á los raudales de su potente genio, y que murió pobre y triste y abandonado; dí por todas partes que ese víctima de desdichas sin cuento es uno de los que dan mayor esplendor á las glorias literarias de nuestra patria; y no olvides que, aun cuando tarde, los hombres se acuerdan de él y le tributan los honores debidos. Juventud que nacesá la vida, sírvante de enseñanza las amarguras del poeta y sírvate su recuerdo para inspirarte en un alto espíritu de generosidad y de protección. ¡Qué mayor satisfacción podrías dar á Bécquer! ¡qué triunfo el suyo, si agrupados al rededor de su tumba echásemos los cimientos de una verdadera fraternidad, si su memoria fuese el poderoso impulso que uniera todas las voluntades y salvásemos de los escollos y las borrascas de la vida al que, desalentado y sin fuerzas, se viera próximo á perecer!... Entonces sí que nos creeríamos perdonados, entonces sí que vendría á vivir para siempre entre nosotros la sombra del poeta, el espíritu inmortal de Gustavo Adolfo Bécquer.

Gonzalo Segovia y Ardizone



El monasterio de San Jerónimo, dibujo de M. García Rodríguez

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Nunca he tomado la pluma conociendo mejor el asunto de que voy á tratar, y sin embargo jamás experimenté la indecisión en que ahora mi ánimo vacila. Porque escribir la biografía de un personaje universalmente reputado, y cuya existencia, completa en el tiempo, ha producido todos sus frutos para el saber, para el arte, para la gobernación de su patria, es narrar hechos íntegros; es presentar el drama humano desde su exposición hasta su desenlace.

Pero bosquejar el cuadro de una vida, cuyo hilos rotos flotan al acaso; de una vida que fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un mediodía espléndido y una serena y luminosa tarde, es tomar la pluma del biógrafo para cambiarla pronto por la del poeta, y dejando el terreno de la realidad, lanzarse por los campos imaginarios de la fantasía. Procuraré contenerme en los límites de lo justo, sin que la amistad ni otra consideración alguna me perturbe ni extravíe.

En Sevilla y en el mismo barrio en que el célebre caballero D. Miguel de Mañara, tipo original y primitivo de Lisardo el Estudiante y de D. Juan Tenorio, sintió el misterioso golpe y vió desfilar su propio entierro, nació en 1836, dos años después que su hermano el pintor, don Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer. Eran sus

RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos á colgar,
Y, otra vez, con el ala á sus cristales
Jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
Tu hermosura y mi dicha al contemplar,
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...
Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
De tu jardín las tapias á escalar,
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,
Sus flores se abrirán;

Pero aquéllas, cuajadas de rocío,
Cuyas gotas mirábamos temblar
Y caer, como lágrimas del día...
Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes á sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,
Como se adora á Dios ante su altar,
Como yo te he querido... desengáñate,
Así no te querrán!

Bécquer

antepasados oriundos de Alemania; mas ya en el siglo XVI avecindados y conocidos en la reina del Guadalquivir entre las más hidalgas familias Fué su padre D. José Domínguez Bécquer, pintor aventajado en el género de costumbres, y su madre doña Joaquina Bastida Ambos, el esposo antes y poco después la joven viuda, bajaron al sepulcro, dejando, á unos en la niñez y á otros en la cuna, siete hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo Adolfo, Alfredo y José. Un tío, anciano y sin descendencia, don Juan Vargas, se encargó de los huérfanos, haciendo para con ellos el oficio del más cariñoso padre hasta que ya crecidos pudieron ir buscando honrada subsistencia en distintas profesiones.

Había en Sevilla á la margen del río un colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, palacio hoy de los duques de Montpensier, en cuyo establecimiento planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa *Escuela de Mareantes*, de Triana. Era preciso para ingresar en ella, ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado que costeaba la educación y alimento de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de San Telmo. Poco después lo fué también el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo á una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas lámparas colgadas de trecho en trecho me parece estar viendo todavía.

Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario, y digo *nuestro*, porque siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho colegio un espantable y disparatado drama que se titula, si mal no recuerdo, *Los conjurados*. Asimismo comenzamos una novela. Me extraña la candidez con que aquellos dos niños, ignorantes de todo, se lanzaban jugando á los dos géneros literarios que más conocimientos exigen del hombre, de la sociedad y de la vida. ¡Tiempo había de llegar en que á fuerza de penosos combates y rudas pruebas adquiriesen esta ciencia, tan difícil como amarga!

El colegio fué suprimido de real orden y nos encontramos en la calle Decididamente la fortuna se empeñaba en que no llegásemos á ser pilotos de altura, cosmógrafos y navegantes. Gustavo fué recogido por la señora Monchay, su madrina de bautismo, persona de claro talento, que poseía bastantes libros y ¡cosa rara en mujer! que los había leído todos. Esos libros fueron una mina para Gustavo; los leyó, los releyó, y como algunos estuviesen destrozados, faltándoles, ya el principio, ya el fin, los empezaba ó concluía de su cosecha, devanándose los sesos días enteros y semanas seguidas en semejante empeño, descomunal y extraordinario para las fuerzas intelectuales de un niño.

Por este tiempo leyó dos obras que influyeron en él notablemente; las Odas de Horacio, traducidas por el P. Urbano Campos, y las poesías de Zorrilla. Vacilando entre ambos caminos, unas veces seguía las huellas del epicúreo cantor de Roma, valiéndose de las imágenes, alusiones y ornato mitológico, y otras adoptaba con admirable facilidad el estilo pintoresco, libre, incorrecto y desigual del poeta vallisoletano. A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras mías, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa. De las de Gustavo dos solamente recuerdo, una *Al viento*, imitación de Zorrilla; y otra en verso suelto, de corte horaciano, dirigida á mí, se empezaba de este modo:

Muy más sabrosos que la miel hiblea,
Más gratos que el murmullo de la fuente,
Me son, Narciso, tus hermosos versos.

En 1849, había dos pintores notables en Sevilla, con estudio abierto y concurrido por numerosos alumnos, futuros émulos, cada cual en su imaginación, de las glorias de Velázquez y Murillo; uno de tales estudios, situado en el mismo local del Museo de Pinturas, era el de D. Antonio Cabral Bejarano, persona inolvidable por su talento y tal vez más por su gracia, delicia de cuantos le trataban; el otro, establecido en un salón alto del alcázar árabe de Abdelasis, junto al patio de Banderas, se hallaba dirigido por D. Joaquín Domínguez Bécquer, hermano y discípulo de D. José, padre de Gustavo. A pesar de la circunstancia de tan próximo parentesco, ingresó éste á los 14 años en el taller de Bejarano, donde permaneció dos ejercitándose en el dibujo, para cuya arte, como para todas las demás, poseía extraordinarias dotes Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aún con más disposiciones para la literatura, en vista de la facilidad y mérito de sus poesías, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costeó algunos estudios de latinidad. Entretanto Gustavo crecía y reunido constantemente conmigo ensanchaba sus horizontes poéticos por la meditación de los grandes modelos y sobre todo por la contemplación de la naturaleza. Entonces compusimos los tres primeros cantos de un poema histórico titulado: *La Conquista de Sevilla*. Poco tiempo antes de morir y hallándonos ambos en Madrid, ¡con qué placer me recordaba nuestros paseos en lancha por el Guadalquivir, donde bogábamos los dos entre márgenes cubiertas de álamos, sauces, palmeras, cipreses y naranjos, llenas de penetrantes perfumes de azahar y alumbradas por un sol de fuego ó por la redonda y ancha luna que hacía brillar el río como si fuese plata fundida! ¡Cómo gozaba también al recordar nuestros solitarios paseos á las ruinas de Itálica; las cien y cien leyendas que formábamos en voz baja, ya vagando por las gigantescas naves de la desierta catedral, ya inmóviles y contemplando entre la sombra de algún ángulo apartado el sepulcro de un sabio, de un santo, de un guerrero, ó las innumerables estatuas de ángeles, vírgenes, profetas, psalmistas, reyes y apóstoles que, desde los huecos de sus hornacinas ó desde los pintados vidrios, parecían mirarnos tristemente, á nosotros, tan jóvenes y entusiastas!

El tiempo es despiadado: barre y se lleva á su paso las ilusiones de la adolescencia y los fríos desengaños de la ancianidad, empujando siempre adelante, lo mismo al que teme que al que espera. En el otoño de 1854 vino Gustavo á Madrid, resuelto á conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó á la de Gustavo el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido y de poder subvenir á las necesidades más imprescindibles de la vida. Dando pormenores de este período de la suya, temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.

En 1857, ayudado de otros literatos, y dirigiendo la obra, emprendió la *Historia de los templos de España*, de cuyo importante trabajo sólo pudo publicar el primer tomo, notable bajo el doble concepto de la redacción y los dibujos, algunos de los cuales son suyos, singularmente el de la portada. Todos ellos, así como otros varios sobre diversos asuntos, muestran con toda certeza que hubiera sobresalido en la pintura, á no haberla pospuesto y desatendido para dedicarse exclusivamente á las tareas literarias.

Como todo en nuestro país lo absorbe la política, en ella casi siempre se ve obligado el escritor á buscar los recursos que en el cultivo de las letras no halla, sentando plaza bajo tal ó cual enseña política, y convirtiéndose de publicista en jornalero asalariado de la publicidad, que á



DIBUJO DE J. OREJUELA, INSPIRADO EN LA RIMA LXX DE BÉCQUER

veces desarrolla proyectos que no entiende, sustenta cuestiones que no le importan, y se propone casi diariamente como supremo fin el llenar determinado número



COPIA DE UN CUADRO DE NARCISO SENTENACH

de cuartillas para aplacar la voracidad de ese insaciable monstruo llamado prensa periódica. Gustavo en 1861 escribía para *El Contemporáneo*, diario en que parece se habían dado cita muchas elevadas inteligencias. Gravemente enfermo en esta época, se retiró en busca de aires más puros, acompañándole su hermano el pintor Valeriano, al histórico monasterio de Veruela, donde escribió varias leyendas, fantásticas en su mayor parte, y las notables cartas tituladas: *Desde mi celda*, que tanto llamaron la atención al insertarse en las columnas del citado periódico.

Al año siguiente regresó á la corte, donde comenzó á publicar en unión de su buen amigo D. Felipe Vallarino la *Gaceta literaria*, cuya breve, pero provechosa existencia, bastó para darnos á conocer excelentes artículos y poesías, y el primer tomo de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por Adolfo Federico de Schack, traducida del alemán con sumo acierto por don Eduardo de Mier. Este año y el de 1863, continuó Gustavo formando parte de la redacción de *El Contemporáneo* y embelleciéndolo con varias *leyendas* llenas de ingenio, novedad y colorido poético. En los baños de Fitero, adonde fué á buscar la salud el verano del 64 acompañado de su inseparable Valeriano, compuso la leyendita del *Miserere* fantástico, y también otras varias no menos interesantes.

A su vuelta de los baños de Fitero, continuó en *El Contemporáneo*, y poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político que su situación le imponía. Digo pesada cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo. Cuando le llegó el de verse libre de ella, aceptando un destino que le permitía entregarse á sus estudios favoritos, mejor diré, á sus sueños, pues Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida, su júbilo fué grande y proyectó vastos trabajos literarios, que, habiéndolos podido desarrollar, le hubieran dado ciertamente en nuestra historia el alto puesto que su talento merecía. Durante el tiempo de su empleo escribió un breve tomo de poesías, tituladas *Rimas*. Don Luís González Bravo, ministro entonces, y particular amigo del poeta, se encargó espontáneamente de ponerlas un prólogo é imprimirlas á sus expensas: ¡tal fué la originalidad, la frescura y el sentimiento que encontró en ellas, como encuentran hoy cuantos las conocen y conocen la vida del autor!

Estalló y triunfó el movimiento revolucionario de 1868: cayó para siempre el trono de doña Isabel; ésta y sus ministros buscaron precipitadamente seguro refugio en país extranjero; Gustavo presentó dimisión de su empleo, volvió los ojos á la poesía, pero no pudo recobrar su volumen manuscrito, extraviado en aquellos días por efecto de las circunstancias de quien lo conservaba entre otros papeles y libros. Con ímprobo trabajo consiguió el poeta ir recordando y trascribiendo sus composiciones; retirado á la imperial Toledo, se extasiaba su espíritu ante las grandiosas ruinas de otras edades, tal vez contemplando en ellas una imagen fiel y viva de su juventud y esperanzas, que á un tiempo iban desvaneciéndose.

En 1869, á su regreso de los baños de la costa del Norte, vino á vivir en las afueras de Madrid, en el barrio de la Concepción. Allí se entregó con afán á su vida solitaria y contemplativa, pasaba días enteros cultivando su jardín, hablando de literatura y artes con Valeriano y los amigos que iban á visitarle, ó alternando en infantiles juegos con sus pequeños hijos. Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio, verdad es que á él parecía habérsele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella. En este retiro apacible escribió algunas nuevas poesías, proyectamos publicar una biblioteca de grandes autores para la cual comenzamos á traducir, él á *Dante* y yo á *Homero:* organizó el notable periódico titulado *La Ilustración de Madrid*, que bajo su dirección empezó en 1870, y donde tan buena muestra dió de sí Valeriano como dibujante conocedor de costumbres y tipos españoles. ¡Quién podría decirle que dentro de breve término habían de imprimirse en el mismo papel su necrología y la de su querido hermano!

En setiembre de 1870 ocurrió el fallecimiento de éste y desde entonces pudo afirmarse que Gustavo quedó herido de muerte; ¡tal fué el abatimiento y pesar que produjo en su alma la pérdida de este hermano y compañero, con quien había compartido siempre su bolsillo, sus esperanzas, sus largas penas y alegrías breves, su habitación y su vida! Sí, largas penas y alegrías breves, y además lucha incesante y obstinada: en estas palabras se halla comprendida su existencia. Su gozo era fugaz como el tránsito de los días primaverales; una ilusión, un desvanecimiento de un instante: no es posible leer sin pensar en esto la siguiente bellísima composición de sus *Rimas*:

Los invisibles átomos del aire
En derredor se agitan y abrillantan,
El cielo se deshace en rayos de oro,
La tierra se estremece alborozada·
Oigo vibrar en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas,
Mis párpados se cierran... ¿qué sucede?
Es el amor que pasa.

Es verdad, que pasa y no vuelve; como no vuelven tampoco las generosas ilusiones, ni las espléndidas esperanzas de la juventud. En cambio, el dolor, una vez llegado, permanece y echa de día en día, como los árboles, más honda raíces en nuestro corazón; y pues me he valido de algunos versos de Gustavo para confirmar la primera idea, sírvanme otros del mismo para lo segundo, indicando al par otra especie de tormento que le devoraba:

Me ha herido recatándose en las sombras,
Sellando con un beso su traición:
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda
Partióme á sangre fría el corazón.
Y ella prosigue alegre su camino,
Feiz, risueña, impávida... ¿y por qué?
Porque no brota sangre de la herida,
Porque el muerto está en pie.

Muerto se juzgaba ya, aunque no exhalaba su pesar en estériles ayes: muerto para la alegría y la confianza: así le veíamos siempre triste y meditabundo, como si fuera recordando en su interior continuamente una por una las páginas de su dolorosa historia, á que puso fin una rápida enfermedad el 22 de diciembre de 1870.

¿Terminaré estos apuntes biográficos examinando literariamente sus *Rimas*, *Leyendas* y demás produciones? De ningún modo. El público las ha leído y las ha juzgado; sé muy bien que es inapelable su fallo, y nunca me pareció justo ni conveniente andar disculpando faltas, ni encareciendo méritos. Lo que sí procuro con estas líneas es indicar las condiciones difíciles y adversas en que se desarrolló el genio de Gustavo, para que, no perdiéndolas de vista, pueda juzgarse, por lo que hizo, lo mucho que era capaz de hacer; y por las ideas poéticas que dejó consignadas, las muchas y grandes que llevó consigo á otras regiones más serenas y resplandecientes.

NARCISO CAMPILLO

BÉCQUER

A solas estoy contigo;
el mundo ligero y vano
ni mira temblar mi mano
ni escucha lo que te digo;
de mi confesión testigo
es la estrella vespertina;
muertos el gnomo y la ondina
del realismo al golpe rudo,
no rompen del Betis mudo
la lápida cristalina.

Ante el becerro de oro
gira el mundo turbulento;
oigo en el rumor del viento
el torpe y lascivo coro;
del sér humano en desdoro
el vil metal se entroniza;
Loreley á nadie hechiza,
la deshonra ya no arredra,
toda mujer es de piedra
y toda virtud ceniza.

En vano el Cristo enclavado
desde el Gólgota nos llama,
en vano el que siente y ama
busca ansioso al ser amado;
en el mar alborotado
del vicio y de la ambición
pesa tanto el corazón
y de tal modo acongoja,
que si al agua no se arroja
no hay tabla de salvación.

Con él en la mano has ido
recorriendo tu Calvario,
en el inmenso espoliario
arrojarlo no has querido;
los que como tú han sufrido
del mundo ingrato la saña
suben todos la montaña
imposible del deseo
y al buitre de Prometeo
ofrecen su propia entraña.



LA ROSA DE PASIÓN, COPIA DE UN CUADRO DE MANUEL DE LA ROSA

Recatándose en la sombra
te hirió una mano de nieve;
morir de una herida leve
cuando es de amor, no me asombra;
sobre la mullida alfombra
pasa en silencio el reptil,
las pobres rosas de abril
le dan al pasar su aroma
y él los bálsamos que toma
devuelve en ponzoña vil.

Comprendo que hayas buscado
en las vetustas rüinas
las vírgenes bizantinas
que ornan el arco apuntado;
bajo su brial plegado
la forma carnal perece;
ni la osada línea ofrece
la fácil curva del seno,
ni hay en su labio sereno
la contracción que enloquece.

¡Oh! cuando el pecho se abrasa
y se enciende la pupila
y la pasión intranquila
en nuestro ser se extravasa;
cuando el desear sin tasa
nuestra existencia envenena;
cuando se desencadena
el ciclón que dichas finge,
hay que apoyarse en la esfinge
hasta que pare la arena!

Que es la vida breve paso
tú lo sabes, pues has muerto;
¡grano leve en el desierto!
¡gota en gigantesco vaso!
¡sol que el Oriente y Ocaso
alcanza en un punto mismo!
¿Cómo existe el egoísmo?
¿cómo el dolo aquí se encierra?
¿va hacia el abismo la tierra
ó la tierra es el abismo?

¡Quién sabe las leyes duras
que nuestra existencia envuelven!
¡quién sabe por qué no vuelven
las golondrinas oscuras!
Tus íntimas amarguras
resucita mi razón
y no alcanzo, en conclusión,
cuál fué tu mayor tormento:
si el ser todo *pensamiento*
ó el ser todo *corazón.*

BENITO MÁS Y PRAT

EL PRÓLOGO DE BÉCQUER

¿Habéis leído la *Introducción* del poeta sevillano á la primera edición de sus obras? ¿Recordáis esos engendros inagotables, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, que, como esas miriadas de gérmenes que hierven y se estremecen dentro de las entrañas de la tierra sin encontrar fuerzas bastantes para salir á la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos, procreaba de continuo en su mente el extraño maridaje del insomnio y la fantasía?...

Pues son la revelación primera del genio.

Allá en esos limbos ignorados en que se tocan lo consciente y lo inconsciente; en esa unidad inefable en que la materia y el espíritu se penetran, el artista siente y el filósofo prevé pero no razona ni se explica, se encuentra la materia cósmica del Arte.

Pensamientos indescifrables, átomos, ya luminosos, ya invisibles que aparecen y desaparecen, se juntan y se apartan para volverse á juntar en figuras extravagantes é incoherentes, constituyen ese mundo en incubación, esa nebulosa del universo de lo bello.

Pero la mole se agita... La creación comienza.

Un momento después, en el espíritu del poeta se verifica la conjunción divina de la inteligencia y del amor.

La idea esclarece y ordena aquel revuelto caos; el sentimiento purifica las formas; lo infinito se encarna en lo finito y el misterio de que nace la belleza se consuma.

La creación gigante no cabe ya en la cabeza estrecha de un mortal; á su irresistible influjo, la palabra ruda se convierte en torrentes de armonía...

¡Descubríos!...

Es el vate, el adivino; es el poeta, es el sacerdote, es el inspirado, ¡es Dios mismo que habla por la boca del poeta!

Os trae á la tierra lo perfecto, lo que eleva, lo que ennoblece, lo que sublima. A su voz huye la muerte y las generaciones pasadas resucitan; lo mezquino se esconde avergonzado; calma la tempestad de las pasiones; brilla el ideal como el eterno faro de la vida y el alma tiende sus alas invisibles, procurando arrastrar el cuerpo á su celeste patria.

¡Coronas de palma y de laurel para el poeta! ¡Bécquer ha triunfado!...

Mas ¡ay! traed también coronas de ciprés empapadas en lágrimas...

Joven aun, al peso de su inspiración ha sucumbido...

FEDERICO DE CASTRO



MATTONI. - El Miserere



La Giralda, dibujo á la pluma, de José Pinelo

LA POESÍA

Podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía!!!

BÉCQUER

I

No es de la estatua el cincelado mármol,
Ni la ardiente palabra:
Ni las notas que vibran en el viento,
Del laúd arrancadas:

—

No es el color de múltiples matices,
Ni la correcta línea...
Nota, mármol, color, línea, palabra,
Las formas son no más de la Poesía.

—

¡Forma rebelde! Al pensamiento pone
En cruento martirio...
¡Para expresar lo ilimitado, sólo
Tiene medios finitos!

—

Dios es belleza, para el alma humana
Poco á poco visible...

Será poeta quien lo bello ame,
Y, amando, lo realice.

—

¿Y dónde, me diréis, vive lo bello?
¿Dónde brotan las fuentes
Que templan con sus aguas cristalinas
La sed que el alma siente?

—

En la verdad que la razón columbra;
En el bien que se ama;
Donde al soplo de Dios, un mundo alienta;
Donde de Dios, el pensamiento encarna

—

El corazón por celestial impulso,
Lleva al ansiado centro,
Y brillante le alumbra en su camino
La luz del pensamiento.

—

No, no es la forma, realidad corpórea,
No es la forma Poesía...
¡Encarnada en el mármol de la estatua
Una idea palpita!

II

Virgen celeste, que del alto cielo
Baja á la tierra en alas de la tarde,
¿Quién no levanta, por su blando influjo,
La mustia frente que el dolor abate?

—

En los revueltos mares de la vida,
Cuando las olas y los vientos braman,
Eres, Poesía, para el triste naufrago,
La salvadora tabla.

—

Tú no socavas los ciclópeos muros
De templos seculares,
Ni aventas las cenizas del pasado
Como impuras cenizas de un cadáver.

—

Tú no despojas de su azul al cielo
Ni manchas el plumaje de tus alas...
Tú vuelas poderosa; no rastreas...
Tú no aterras al hombres; tú le ensalzas.

—

Tú vives á la luz del claro día;
No duermes a la sombra de la noche...
Tú no enciendes la guerra; tú la apagas...
Tú no forjas cadenas; tú las rompes...

—

Tú no deshojas con aleve mano
La flor de la inocencia...
¡Tú no te atreves al altar bendito
Donde la Cruz del Redentor se eleva!

III

Se atreve al rojo sol la oscura nube,
Y el sol radiante brilla;
El hombre niega á Dios; pero ¡qué importa!
¡Dios es perpetua vida!

—

Podrá existir quien al amor no entregue
Las llaves de su pecho;
Pero el amor, dulcísimo tirano,
Será señor y rey del Universo.

—

Niega la luz el ciego, en las tinieblas
De su vida angustiosa;
Y le brinda la luz con dulces besos,
Cual madre que perdona.



Cerraron sus ojos
Que aun tenia abiertos;

Taparon su cara
con un blanco lienzo.

Cuadro de *Fernando Tirado*, inspirado en la Rima X de Bécquer

No porque en pueblos á la fe dormidos,
Triunfe la tiranía,
Muere la libertad. Párase el hombre
Alguna vez; la Humanidad camina.

IV

Dormirá el ave en el oculto nido,
Que su amor alegraba,
Y correrán las aguas del torrente
Turbias y alborotadas:

—

Huirán, acaso, del inculto suelo
Las brisas y las flores,
Y sobre el mundo tenderán su manto
Las sombras de la noche ..

—

Aunque el invierno para el alma llegue,
Las fuentes de lo bello no se agotan .
¡Siempre el incienso subirá á la altura!
¡Siempre daran las flores sus aromas!

Podrá no haber cantores, que del alma
Interpreten la música divina...
«¡Podrá no haber poetas! pero siempre
Alentará la Virgen Poesía!»

LUIS MONTOTO



Amparo, copia de una tabla pintada por Ildefonso Cañaveral

EL GÉNIO.-LA INSPIRACIÓN

(DE UN LIBRO INÉDITO)

. . . .

Quasi naves... sicut nubes... velut umbra.

LIBRO DE JOB

¡Genio!

¡En qué manera tan bella, tan expresiva, y al par tan gráfica, profunda y filosófica dió forma á esta idea abstracta la antigüedad!

Es un hermosísimo niño que juega con los atributos de todas las ciencias, de todas las artes... Sobre su cabeza hay una llama, una luz, una lengua de fuego simbolizando la inspiración.

Pero esa luz está fuera del cuerpo: es independiente de la materia; brilla sobre esta, y bien claro se ve que no la toca, por tener origen y destino superior.

La materia perece: el genio es inmortal. No puede expresarse la idea de una manera más clara.

La llama, la luz, es el espíritu. Es el *quid divinum*, el soplo de Dios que anima el barro, mas no puede confundirse con él. Nunca las modificaciones de la materia llegarán á alterar lo que es divino por origen é inmortal por esencia.

Desaparece el hombre: el polvo vuelve al polvo: lo que era nada tornarse ha en nada y hombre tras hombre pasan las generaciones casi como naves perdidas en el mar, á manera de fugaces nubes... menos todavía... como sombras.

Pero cuando se rompe el barro, al disolverse la materia, la llama que irradia sobre ella sin tocarla sube á región más pura, se separa del mundo, y solamente permanecen y duran sus resplandores, en reflejos más ó menos vivos, cuando el hombre ha sabido encadenar la huella de su espíritu en obras que puedan contribuir al adelanto y perfeccionamiento de la humanidad en sus etapas subsiguientes.

La medida del genio está en la importancia de su obra...

. . . .

¡Las obras del genio!

¿Sabe acaso el hombre el alcance de sus inspiraciones en la posteridad? ¿Puede imaginar siquiera si han de sobrevivir las manifestaciones de su ingenio y crecer en importancia y ser aplaudidas y estudiadas, ó están destinadas á morir con el sol que las vió nacer?

Homero y Murillo, Shakespeare y Cervantes, Miguel Angel y Esquilo, Velázquez y Dante, ¿pudieron soñar ni aún remotamente la importancia trascendental de sus creaciones, ni la refulgente aureola de gloria que circunda sus nombres á través de los siglos?

Tiene el genio conciencia de su propia valía... siente la inspiración... trabaja con fe... Su lugar en el porvenir no es posible que se le manifieste.

. . . .

¡Bécquer! ¡Lira que canta, corazón que gime!

¡Cuánto de notable encierra su representación en la historia del arte moderno! ¡Con cuánta inspiración, con cuánto verdadero genio reune en sus obras el concepto filosófico de las presentes aspiraciones, con todo lo grande, con todo lo hermoso, con todo lo noble, levantado, bello y armonioso que conserva la antigua escuela Sevillana!

En eso consiste su grandeza; por esta razón es tan simpático á la generación que ha escuchado sus cantos.

Los poetas andaluces, brillantes en sus concepciones; abundantes de luz, de color, de armonía en sus pinturas; entusiastas de la patria, de la fe, del valor... eran los bardos de la antigua España, que no encontraban todavía su oportuno lugar en la evolución contemporánea.

BÉCQUER, genio y pensador, poeta y filósofo, sensible y desgraciado, encontró en sus propias desventuras la apetecida y ambicionada unión del canto de las tradiciones con el canto del filósofo. En sus obras se siente y late la sociedad antigua con las formas y la amargura de nuestras presentes convulsiones.

Y es que en su inspiración toma vuelo desde los jardines, las iglesias y las torres de Sevilla y las pinta con el subjetivismo de sus propias desdichas. Mira á la sociedad que le rodea y encuentra escepticismo, decepciones, frialdad y desventuras; pero como tiene siempre la vista fija con indecible ternura, con amor de hijo, en las glorias y tradiciones de sus mayores, encuentra por doquiera fe, patriotismo, religión y lealtad y con ellos forma el fondo de todos sus cantos.

La antítesis que resulta de la fusión de ambas grandezas, es el secreto de la hermosa poesía de BÉCQUER...

JOSÉ M. AUSENSIO



Copia de un boceto de *Ricardo López*, inspirado en la Rima X de Bécquer

PODER DEL GENIO

Con lógica implacable, la experiencia
nos conduce al fatal convencimiento
de que engrandece su poder la ciencia
á costa del poder del sentimiento.



Retrato del malogrado pintor *Valeriano D. Becquer*, hermano del poeta, pintado por Eduardo Cano

Despreciada la fe, ya su dominio
contra el pesar al corazón no escuda
y hace la misma luz del raciocinio
más siniestras las sombras de la duda.

—

De investigar ante el afán creciente,
más fácil ha de ser para cualquiera
dividir un macizo continente
que arrancar una lágrima sincera.

—

No tus laureles mancillar pretendo
¡siglo inmortal! De inmarcesible gloria
van tus conquistas pródigas cubriendo
las páginas más grandes de la historia.

—

Pero á medida que con noble brio
prosigues tu carrera soberana,
vas dejando en las almas un vacío
que no puede llenar la ciencia humana.¦

. . . .

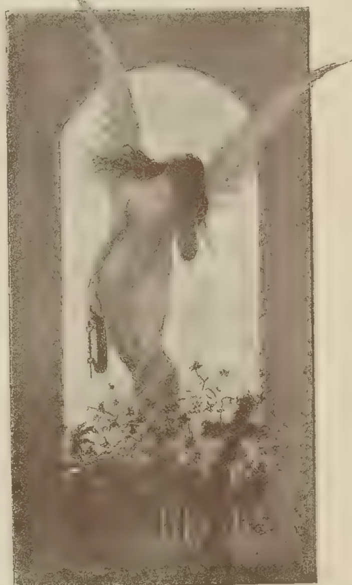
¡Bécquer, Bécquer! Tu genio esclarecido
mi admiración frenética promueve,
porque has hecho llorar, has conmovido
á los hombres del siglo diez y nueve!...

AMANTE LAFFÓN

CARTA Á MR. ACHILLE FOUQUIER

Mi distinguido y excelente amigo: prometí á V. durante nuestros ratos de conversación en su deliciosa quinta de San Juan de Luz, el pasado verano, enviarle algunas noticias inéditas referentes á Gustavo Adolfo Bécquer, cuyas leyendas, en su mayor parte, ha traducido al idioma francés de una manera magistral, publicando un volumen lujosamente impreso y enriquecido con bellísimas aguas-fuertes, dibujadas por el reputado artista D. Santiago Arcos. Oblíganme á cumplir mi oferta, á más de los sentimientos de sincera amistad hacia V., el deber que tengo como buen español y entusiasta del gran poeta, de demostrarle mi reconocimiento por haber dado á conocer á los literatos franceses las más preciosas muestras del esclarecido ingenio del poeta sevillano, aplaudido hoy ya en Francia como en España, gracias á la versión hecha por usted. Ahora, pues, que se me ofrece propicia ocasión, le envío los datos que poseo para que cuando realice el propósito de imprimir segunda tirada, pueda aumentar con ellos la biografía de aquel infortunado soñador.

Mil veces he intentado escribir algunos renglones acerca de este ilustre ingenio, traduciendo por medio de palabras los íntimos sentimientos que en mí ha despertado desde niño la lectura de sus obras. Mi empeño ha sido inútil; tantas veces como me he propuesto hacerlo, cansada la imaginación, fatigado el espíritu, he tenido que renunciar á mis deseos. Si en las tardes de otoño en las poéticas márgenes del Guadalquivir veía ponerse el sol detrás de los muros y torres del monasterio de la Cartuja, teniendo á mi derecha la oscura mole del abandonado convento de San Jerónimo y á mis espaldas los de Santa Clara y San Clemente, vigilado el uno por la gigantesca y sombría atalaya de D. Fadrique y el otro con su ligera espadaña esmaltada de azulejos, venían siempre á mi memoria las inmortales narraciones de mi poeta favorito: si al recorrer las empinadas y tortuosas callejas de la imperial Toledo acudían á mi mente sus inimitables descripciones, sus sentidas leyendas, llevando en el alma viva la impresión causada por sus palabras, las ideas que entonces bullían desordenadamente dentro de mi cerebro pugnaban por romper su estrecha cárcel y manifestarse al exterior, mi mano quería obedecer á aquellos impulsos, pero no sé por qué secreto misterio permanecía quieta sobre el papel sin haber llegado nunca á escribir un solo renglón. Como resultado de este fenómeno psicológico cuya causa no he podido explicarme, trataré sólo de consignar algunas notas que podrán ser útiles para alguien que trate de escribir la biografía de este ilustre hombre. Recientes se hallan los hechos culminantes de su vida, aun existen sus deudos y amigos, restan al presente los documentos que vamos á trascribir; pasarán años, desapareciendo con ellos las personas, y ¡quién sabe también si los originales que ahora copio! Muéveme al intento que me propongo rendir un testimonio de admiración á la memoria del poeta y al mismo tiempo dejar impresos ciertos pormenores que la posteridad se encargará de juzgar. Junto al entusiasmo de la juventud, á sus nobilísimos impulsos, á sus esfuerzos y generosa lucha para tributarle un homenaje de gloria, aparecen también las sordas y mezquinas pasiones de políticos sin corazón, que, incapaces de sentir y menos aun de comprender los vuelos de aquel espíritu, pretenden hallar con el escalpelo de la fría razón motivos de censura para manchar su memoria; y mientras que los artistas y escritores sevillanos todos se agrupan impulsados de una misma idea, y el Municipio y Corporaciones acuden solícitos á prestar su concurso para honrar las venerandas cenizas, callada y encubiertamente se crean oposiciones á la realización de estos proyectos, niégase un asilo á sus huesos alegando fútiles pretextos, y llega la pasión hasta el extremo de lanzar gravísimas acusaciones en el concepto religioso para atraer la odiosidad de algunos á los sacrificios desinteresados de tantos hombres. Creo, mi buen amigo, como antes manifesté, que no corresponde á los contemporáneos juzgar estos procederes: dejemos á la posteridad tan difícil encargo, si bien por mi parte pido al cielo aleje de mi mente el pensamiento de oscurecer la memoria de los que fueron, con suposiciones nacidas de la pasión religiosa ó política, mala consejera siempre. Sentados estos precedentes que he creído necesarios, no para hoy, sino para lo porvenir, voy á trasladar á V. la partida bautismal de Gustavo Adolfo Bécquer, salvándola de los trastornos y vicisitudes de los tiempos.



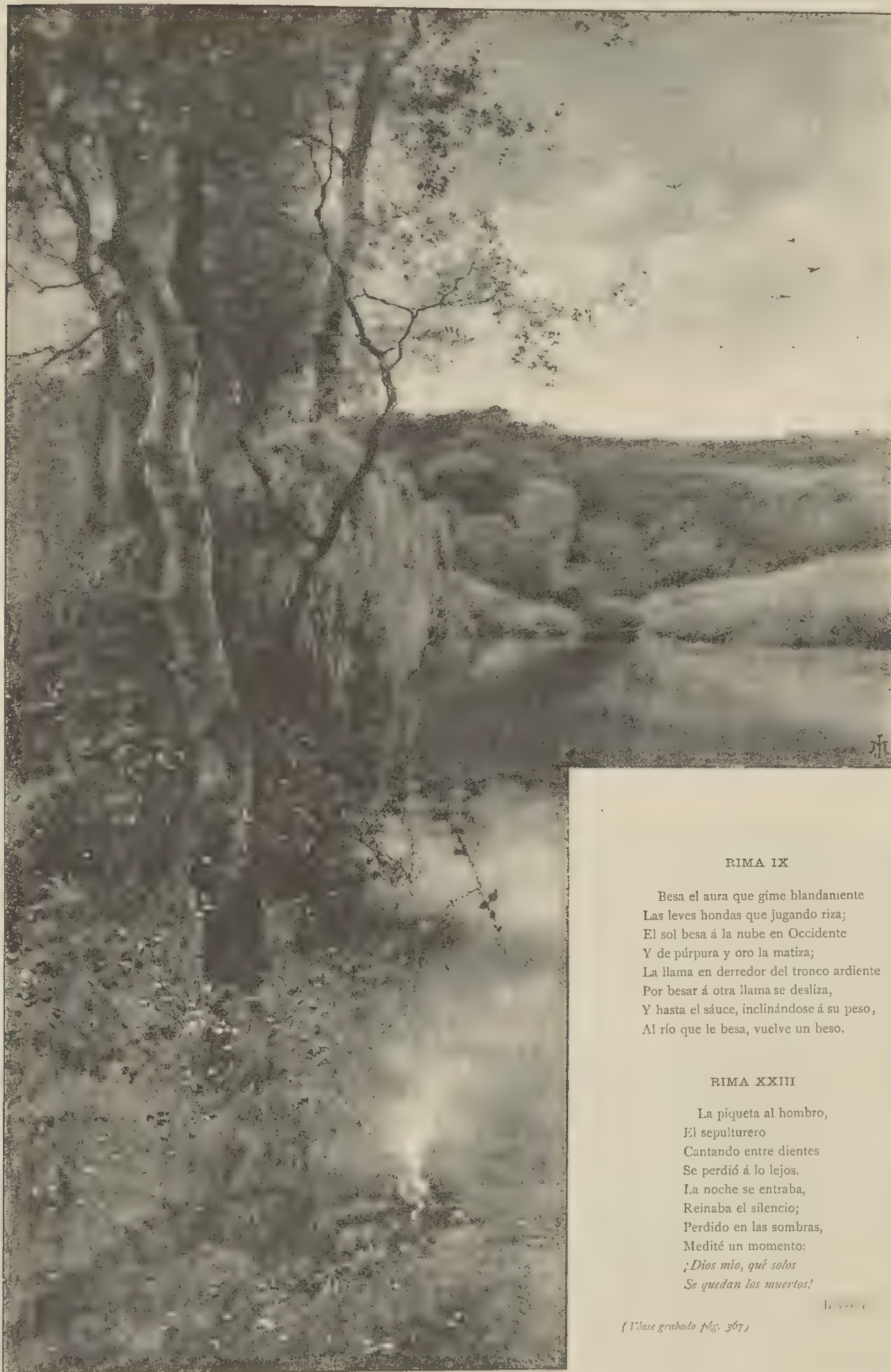
La Musa de Bécquer, de Juan Aldaz

Gustavo «En jueves 25 de Febrero de 1836 años D. Antonio Rodriguez Arenas Pbro. con licencia del infrascrito Cura de la Parroquial de Sn. Lorenzo de Sevilla: bautizó solemnemente á Gustavo Adolfo que nació en 17 de dicho mes y año hijo de José Dominguez Vequer (sic) y Doña Juaquina (sic) Bastida su legítima mujer. Fué su madrina Doña Manuela Monahay vecina de la collacion de Sn. Miguel á la que se advirtió el parentesco espiri-



EL MONTE DE LAS ÁNIMAS, copia de un cuadro de Gonzalo Bilbao

«Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin salir del *Monte de las Ánimas*, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera á una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.» *(Bécquer.)*



Copia de un dibujo de Emilio Sánchez Perrier

RIMA IX

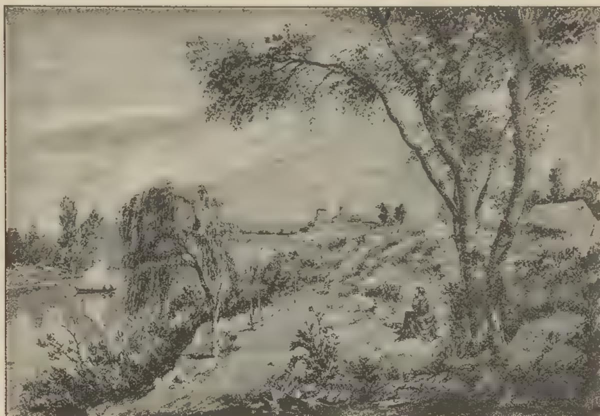
Besa el aura que gime blandamente
Las leves hondas que jugando riza;
El sol besa á la nube en Occidente
Y de púrpura y oro la matiza;
La llama en derredor del tronco ardiente
Por besar á otra llama se desliza,
Y hasta el sáuce, inclinándose á su peso,
Al río que le besa, vuelve un beso.

RIMA XXIII

La piqueta al hombro,
El sepulturero
Cantando entre dientes
Se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
Reinaba el silencio;
Perdido en las sombras,
Medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

[illegible]

(Véase grabado pág. 367)



El sueño del poeta, dibujo de M. Cabral Bejarano

tual y obligaciones y para verdad lo firmé. – Antonio Lucena Cura.»

Con objeto de aclarar las dudas que pudieran ocurrir de la letra de este documento, debo hacer á V. las siguientes declaraciones que me ha facilitado el Sr. D. Estanislao Bécquer, hermano de Gustavo.

Don Martín Bécquer, mayorazgo y Veinticuatro de Sevilla, oriundo de Flandes (1), casó con doña Ursula Díez de Tejada, siendo padres de D. Juan y doña Mencía Bécquer. Casó ésta con D. Julián Domínguez, de quien tuvo á su hijo D. Antonio Domínguez y Bécquer, que á su vez contrajo matrimonio con doña María Antonia Insausti y Bausa, que fueron los padres de D. José Domínguez Insausti y Bausa, marido de doña Joaquina Bastida y Vargas, padres de Gustavo Adolfo, Valeriano, Estanislao, Ricardo, Alfredo, Eduardo, Jorge y José.

Ha salvado del olvido los hechos más importantes de la vida del poeta, su amigo del alma el Sr. D. Ramón Rodríguez Correa en la notable biografía que va al frente de sus obras; nada puedo añadir á estas noticias, pero sí daré á V. algunas que se relacionan con su memoria.

A fines de 1879, ó en los comienzos del 80, regalé al Excmo. Cabildo Catedral un retrato de Gustavo Adolfo, pintado generosamente por el autor del gran cuadro de Hamlet, por Barbudo: después de pocos meses que estuvo en los salones de la famosa Biblioteca Colombina, colocado entre los demás de sevillanos ilustres, se quitó de su sitio y ocultóse en una dependencia de la citada Biblioteca: los artistas, literatos y la prensa sevillana, dirigieron con este motivo á la Excma. Corporación eclesiástica la siguiente solicitud:

«Excmo. é Ilmo. Cabildo de esta Santa Iglesia de Sevilla. – Los que suscriben, deseosos de honrar la memoria del ilustre escritor Gustavo A. Bécquer, á V. E. I. suplican se digne disponer la colocación de su retrato entre los de sevillanos insignes que ornan los muros de la Biblioteca Colombina. Petición que esperan será atendida, dado el reconocido saber de V. S. I. – Sevilla 14 de Agosto de 1880.» Seguían cincuenta firmas. El retrato no llegó á colocarse de nuevo. Al cabo de cinco años, en 18 de junio del próximo pasado, me ha sido devuelto, quedando por ahora en depósito en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Extrañará V. que no se lleve á efecto el sepelio de los restos mortales de Bécquer en la Capilla de la Universidad Literaria, como en un principio se había pensado, pero ha habido tales dificultades, que se ha renunciado á inhumarlos en aquel templo, entre ellas por encontrarse las bóvedas absolutamente rellenas de tierra y cascotes, y ya V. comprenderá que ante esta razón no hay más que callar. Dejando á un lado estos *detalles*, tan naturales de la condición humana, voy á terminar enviándole copia de una composición inédita de nuestro poeta, conservada en el álbum de los Sres. de Tolache: así al menos olvidará V. el efecto que hayan podido causarle algunos renglones de mi carta. Dice así:

La gota de rocío que en el cáliz
duerme de la blanquísima azucena,
es el palacio de cristal en donde
vive el genio feliz de la pureza.
El la da su misterio y poesía,
él su aroma balsámico le presta,
¡ay! de la flor si de la luz al beso
se evapora esa perla.

De V. afmo. S. S. Q. B. L. M.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

Sevilla 13 abril 1886

(1) La familia de los Bécker ó Bécquer, procedente de aquel país, vino á establecerse en España á fines del siglo XVI ó en los comienzos del XVII. Restan memorias de este tiempo en la Catedral de Sevilla, según acredita la inscripción que se encuentra en la verja de la capilla de los dos Santiagos, Mayor y Menor, que dice así: ESTA CAPILLA Y ENTIERRO ES DE MIGUEL ADAM BECQUER HERMANOS Y DE SUS HEREDEROS Y SUCESORES. ACABÓSE AÑO DE 1622.

Tanto estos señores como sus descendientes gozaron de gran respeto, y algunos de sus miembros aparecen como Veinticuatro, cargo que sólo podía obtenerse perteneciendo á esclarecido linaje y necesitando los que aspiraban á él presentar pruebas de nobleza.

Sus armas son: escudo de azur y un cheurrón de oro cargado de cinco estrellas de azur, acompañado de dos hojas de trébol de oro puestas en los cantones superiores del escudo, y en la punta una corona de oro.



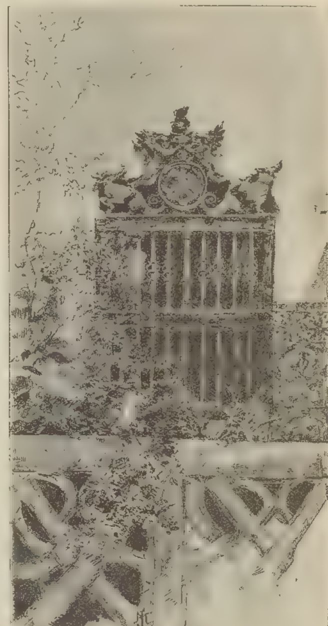
La torre del Oro y el puente de Triana, por José Lafita

LA NOCHE TRISTE

(Fragmento de la leyenda inédita: *El hombre de piedra*)

XIX

Entraron por la calzada,
entre sombras caminando,
y empezó mal la jornada,
pues mal se va confiando
en la noche y no en la espada.
Marchaban entre la bruma,
mudo el labio, el paso incierto,
recordando á Motezuma
y sintiendo cómo un muerto
á tantos vivos abruma.
Queda atrás su cuerpo inerte,
atrás sus vastos jardines
y su mansión rica y fuerte.
¡Detrás risas y festines!
¡Delante el luto y la muerte!
Aquella calzada inmensa,
estrecha como mortaja
y los temores condensa,
y envuelta entre sombra densa,
las esperanzas ataja.
¡Qué recelos al andar!
¡Y qué ansiedad por salir
de aquel tremendo lugar
sin matar y sin morir,
pues era morir matar!
Iban muy pesadamente
arrastrando los cañones;
muy silenciosa la gente;
muy despacio los bridones;
muy triste Cortés valiente.
Los indios con mucha carga;
los nuestros con mucho oro
que les pesa y les embarga,
pues defender el tesoro
es perder la vida amarga.
No retirada marcial,
parece fúnebre duelo;
y de duelo dan señal
con sus crespones el cielo,
con su grito el vendaval.
Ni hubo tardanza ni olvido,
fué todo bien calculado;
fuerte puente construído,
en fuertes hombros llevado
y á todo azar prevenido.
Mucho la calzada aterra,
que aquella laguna impura
que entre sus sirtes la encierra,
tiene traiciones de guerra
y horrores de sepultura.
Poco camino anduvieron.
La calzada estaba rota
y con gran asombro vieron
peñascos que el agua azota
entre abismos que se abrieron.
¡Venga el puente! se clamó
en un grito. Llegó el puente.
Entre miedos se tendió
y sobre él como un torrente
la hueste se desbordó.
Con gran peso y mal segura
la móvil puente crujía,
y la hueste sin ventura
se apiñaba y se embestía
con angustiosa locura.
Allí el temor se hacinaba
produciendo horrible estrago,
y la gente se apretaba
cayendo dentro del lago
la que del puente sobraba.
Y entre horribles confusiones
al agua echaron el oro,
botin de sus ambiciones,
y al agua, entre duelo y lloro
los no vencidos cañones,
aquellos bronces que fueron
los que á Tabasco asombraron,
los que á Tlascala rindieron,
los que á tantos valles dieron
ecos que á España aclamaron.
La tormenta iba á estallar,
mas por amargo sufrir,
entre el horrendo luchar
ni había rayos para herir,
ni truenos para asombrar.
Al fin la puente cedió.
Se oyó un grito. En torbellino
gran muchedumbre rodó.



Ventana de la casa de Pilatos, dibujo de M. Martínez

Se abrió al lago en remolino
y á cien guerreros tragó!
Y luego... la furia loca
de la sirte que en espuma
se estrella contra la roca,
y la avalancha que abruma
y el simoún que sofoca.
Luego... el incendio sin valla
y las furias sin cadena,
y el torrente sin muralla,
y el mar que se desenfrena,
y la tormenta que estalla.
Todo tomando color
de sangre, voz de lamento,
de rabia insana el furor,
de cruel aullido el clamor,
de atroz venganza el intento.
Era preciso matar
para evitarse morir,
y luchar sin descansar,
pues sólo dejar de herir
era la vida dejar.
Y la oscuridad cerraba
cuanto más se combatía.
¡Entre sombras se mataba!
¡La noche se enrojecía
y olor de sangre tomaba!
Era rudo el pelear,
sin tregua el acometer,
interminable el matar,
para la fuga el luchar,
para vivir el vencer.
¡Qué estrago! ¡Y qué confusión!
¡Y cómo el oro pesaba
al brazo y al corazón!
¡Cómo el que más rico estaba
estaba en más perdición!
¡Y cómo la fiera suerte
de la ambición se reía
viendo en aquel trance fuerte
al que más oro tenía
encontar más pobre muerte!
¡Tanto afán para adquirir
de riquezas gran exceso,
y, al fin, para conseguir
ver trocado el oro en peso
en la hora de morir!
¡Ricos murieron! La historia
á sus nombres no dió amparo
é hizo olvidar su memoria,
que en el templo de la gloria
entra el héroe, no el avaro.
¡Noche triste! ¡noche triste!
¡noche aciaga y sin fortuna!
toda luz en niebla hundiste
porque no viera quisiste
tinta en sangre la laguna,
tinta en sangre la calzada,
muertos tantos campeones
prez de la patria adorada,
desgarrados los pendones,
la santa cruz mancillada.
¡Noche triste! Con gemidos
tus amarguras contaron
los héroes esclarecidos
que se vieron ¡tan vencidos!
y ¡tanta fama lograron!
No el laurel lozano crece



para ceñir al dichoso
sino al que más lo merece;
él corona al animoso
que más lucha y más padece.
¡Torcedores del honor!
¡Martirios de las banderas!
¡Momentos de cruel dolor!
¡De la patria angustias fieras!
¡Sois vencimientos y horror!
En un árbol apoyado
porque el peso le abrumaba
de su dolor despiadado,
Cortés sus huestes miraba,
inerte, mudo, agobiado.
Sintió correr con enojos
por su semblante una hoguera
que le llena de sonrojos.
Y lava de fuego era
la que brota de sus ojos!
¡Gotas, sí, de fuego son
las que de sus ojos van
quemándole el corazón!
¡Salideros de un volcán
de amarguras y aflicción!

MANUEL CANO Y CUETO

VALERIANO D. BÉCQUER

Entre los artistas y más aún los artistas españoles, que dejándose llevar tan sólo de sus intuiciones y particulares gustos, servían é impulsaban á la causa del progreso siendo los primeros indicadores de los nuevos caminos, se encuentra la personalidad de Valeriano D. Bécquer, hermano de cuerpo y de alma de Gustavo y no menos ilustre que él, en el terreno del arte.

En la familia Bécquer existe un germen artístico que va desarrollándose hasta producir las dos eminencias de que tratamos: ya antes, D. José Bécquer y D. Joaquín se dedican al cultivo de la pintura y del primero nacen los dos afamados hermanos. Sin duda un médico, mejor que nadie, hubiera podido darnos la clave de este y otros fenómenos de la misma especie.

Valeriano completa á Gustavo; entre los dos se comprende la realidad toda; el verdadero realismo es la unión de ambos hermanos.

Valeriano era jovial, alegre, observador finísimo del mundo exterior, propenso á lo cómico y lo pedestre, admirable en el retrato de los tipos y de las humanas variedades, chispeante y lleno de vida en la interpretación de las escenas más variadas, popular y lleno de gracia en sus motivos, haciendo resaltar siempre lo que era más lógico y propio de la localidad que estudiaba. Un artista espontáneo de primera fuerza, en una palabra, continuador de la serie iniciada por Velázquez y seguida después por Goya, Alenza y otros en nuestro siglo.

La pintura y el arte en general, cuando se dedica al género histórico-arqueológico, es indudable que no cumple su verdadera misión, se hace erudito y sacrifica la espontánea inspiración, resintiéndose siempre sus producciones de pertenecer á un arte *artificial* La verdadera misión del artista es presentar á su siglo, extraer su esencia, único medio de obtener el mayor aplauso de sus contemporáneos y de ser buscadas por la posteridad sus producciones como el verdadero oro de sus tiempos.

Valeriano pertenece á estos últimos, era esencialmente espontáneo; dominando el dibujo, por procedimientos superiores á los que entonces se enseñaban y que después se habían de aceptar por todos los grandes revolucionarios de la pintura, nos dejó una grandísima colección de obras á cual más propia y encantadora. Ya retratara á Sevilla, su país natal, con todos sus encantos, ya nos manifestara las escenas de la vida íntima de las sencillas gentes de Castilla ó de la Mancha, ya nos representara los graciosos incidentes de sus viajes y sus estancias en posadas y ventas, siempre se ve en él un talento y una distinción, una vista tan superior que el lápiz en sus manos no hace á veces menos que la pluma en la de Cervantes.

Los realistas de hoy, los que han venido á destruir á los idealistas puros de mediados del siglo, no pueden por menos que ver en Valeriano una protesta de las ideas entonces tan en boga, una avanzada en el mundo de la observación y de la experiencia, un antropólogo profundo que estudia al hombre en su vida real y terrestre y lo comprende y retrata en sus más características variedades, en sus más elocuentes determinaciones. La fatalidad que se cernía sobre estos hermanos, cortó para desdicha nuestra tan tempranamente su existencia, como la de Gustavo.

NARCISO SENTENACH

DESDE MI CELDA

(FRAGMENTO DE LA CARTA TERCERA)

. . . .

En Sevilla y en la margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay cerca del agua una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura formado por el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta y tiene un rápido declive. Dos ó tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol que rara vez logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y á su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.

Cuando yo tenía catorce ó quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límites que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta; cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja en sus silvas á las flores, Herrera en sus tiernas elegías y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis majestuoso, el río de las ninfas, de las náyades y los poetas, que corre al Océano escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuántos días, absorto en la contemplación de mis sueños de niño, fuí á sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta á mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se revestía á mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas! Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante á la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación; soñaba que la ciudad que me vió nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos; y cuando la muerte pusiera un término á mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la inmortalidad á la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas y en aquel mismo punto á donde iba tantas vecer á oir el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca con una cruz y mi nombre, serían todo el monumento.

Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían á refugiarse los pájaros para cantar al amanecer un himno alegre á la resurrección del espíritu á regiones más serenas; el sauce, cubriendo aquel lugar de una flotante sombra, le prestaría su vaga tristeza, inclinándose y derramando en derredor sus ramas desmayadas y flexibles como para proteger y acariciar mis despojos; y hasta el río, que en las horas de creciente casi vendría á besar el borde de la losa, cercada de juncos, arrullaría mi sueño con una música agradable. Pasado algún tiempo y después que la losa comenzara á cubrirse de manchas de musgo, una mata de campanillas, de esas campanillas azules con un disco de carmín en el fondo que tanto me gustaban, crecería á su lado, enredándose por entre sus grietas y vistiéndola con sus hojas anchas y trasparentes que no sé por qué misterio tienen la forma de un corazón; los insectos de oro con alas de luz, cuyo zumbido convida á dormir en la calurosa siesta, vendrían á revolotear en torno de sus cálices; para leer mi nombre, ya borroso por la acción de la humedad y los años, sería preciso descorrer un cortinaje de verdura ¿Pero para qué leer mi nombre? ¿Quién no sabría que yo descansaba allí? Algún desconocido admirador de mis versos plantaría un laurel que, descollando altivo entre los otros árboles, hablase á todos de mi gloria; y ya una mujer enamorada que halló en mis cantares un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, ya un joven que se sintió inflamado con el sacro fuego que hervía en mi mente y á quien mis palabras revelaron nuevos mundos de la inteligencia, hasta entonces para él ignotos, ó un extranjero que vino á Sevilla llamado por la fama de su belleza y los recuerdos que en ella dejaron sus hijos, echaría una flor sobre mi tumba, contemplándola un instante con tierna emoción, con noble envidia ó respetuosa curiosidad: á la mañana, las gotas del rocío resbalarían como lágrimas sobre su superficie.

Después de remontado el sol, sus rayos la dorarían penetrando tal vez en la tierra y abrigando con su dulce calor mis huesos. En la tarde y á la hora en que las aguas del Guadalquivir copian temblando el horizonte de fuego, la árabe torre y los muros romanos de mi hermosa ciudad, los que siguen la corriente del río en un ligero bote que deja en pos una inquieta línea de oro, dirían al ver aquel rincón de verdura donde la piedra blanqueaba al pie de los árboles: «allí duerme el poeta.» Y cuando el *gran Betis* dilatase sus riberas hasta los montes; cuando sus alteradas ondas, cubriendo el pequeño valle, subiesen hasta la mitad del tronco de los álamos, las ninfas que viven ocultas en el fondo de sus palacios, diáfanos y trasparentes, vendrían á agruparse al rededor de mi tumba: yo sentiría la frescura y el rumor del agua agitada por sus juegos; sorprendería el secreto de sus misteriosos amores, sentiría tal vez la ligera huella de sus pies de nieve al resbalar sobre el mármol en una danza cadenciosa, oyendo, en fin, como cuando se duerme ligeramente se oyen las palabras y los sonidos de una manera confusa, el armonioso coro de sus voces juveniles y las notas de sus liras de cristal.

. . . .

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

LA VIDA

Primero la niñez dulce y serena
Sin inquietud ni pena,
Resbalando entre juegos y sonrisas;
¡Puro y naciente albor, fresco capullo,
Indescifrable arrullo
De ondas y ramas, pájaros y brisas!

Feliz después la juventud despierta
Como la flor abierta,
Y perfuma el amor los corazones;
¡Ardiente claridad, fijo deseo,
Misterioso aleteo
De sueños, de esperanzas, de ilusiones!

Luego la ancianidad triste y sombría
Como nublado día,
Entre recuerdos al sepulcro marcha;
¡Rayo crepuscular, seco ramaje,
Tristísimo paraje
De olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

MERCEDES DE VELILLA



Copia de un dibujo de *José Pando*, inspirado en la Rima XXIII de Bécquer. (*Véase pág. 365*)


Una aguja de la puerta de la Barqueta, dibujo á la pluma por Manuel García y Rodríguez

EL POETA

La inspiración, la originalidad, el talento y el genio artístico son sus dotes; la palabra su forma de representación, como verbo humano que mantiene una relación más directa con el espíritu; la expresión sensible, la de más idealidad y que menos impresión directa ejerce sobre los sentidos.

La obra del poeta no ofrece las líneas materiales esculpidas en la piedra, ni los vivos colores de la pintura, ni la sensible vibración de los sonidos; pero sus imágenes arrancadas de la profundidad de su concepción, aparecen visibles y vestidas con las galas y la riqueza de la imaginación. Desprendido de formas materiales para expresar el pensamiento, tomadas de la naturaleza sensible, desciende con entera libertad á las profundidades más íntimas del alma y descubre y revela sus misterios.

El poeta se mueve y agita en los dominios puros del pensamiento y de la representación espiritual. La sensibilidad que presta á sus imágenes no reviste la forma tangible de una existencia; sino la delicadeza impalpable de una realidad, destacada de los pliegues más profundos del alma; se asemeja al avaro que ha penetrado en el recinto que guarda los tesoros más recónditos del espíritu, y dueño


La Iglesia de San Marcos, dibujo á la pluma por Nicolás Pineda

de aquella riqueza se complace en deslumbrar con su vista. Al contemplar aquella revelación y recibir su impresión sentida en el alma, se experimenta el efecto que produce el despertar de un sentimiento que estaba dormido; y aquella realidad impalpable de la concepción y el pensamiento del poeta, toma cuerpo y formas en el propio sentimiento de los demás, evocados por la misteriosa corriente que surge en las relaciones espirituales.

Por este medio habla el poeta el lenguaje del alma y en el alma encuentra resonancia. Los sentidos perciben la cadencia armónica de las rimas, agradable vestidura que ciñe el pensamiento, pero el alma percibe á éste y con él se identifica. En la profundidad de los pensamientos, en la novedad al evocarlos y en la facilidad para trasmitirlos está la grandeza del poeta. Vasto é inmenso es el círculo en que puede moverse, tan extenso como grande es el mundo del alma y del pensamiento; desde el concepto delicado y puro del más sencillo sentimiento, bordado con una naturalidad que apenas descubra haber sufrido un cambio en la imaginación del poeta, hasta aquellos sentimientos concebidos y trasfigurados en toda su grandiosidad y que exigen mayor riqueza de conceptos y mayor profundidad de pensamientos, resulta un inmenso círculo que abraza el Universo físico y moral, enriquecido por la atenta é inteligente observación de la naturaleza y de sus fenómenos asimilados y embellecidos en su imaginación.

Independiente en su alta esfera, es el poeta, el artista de creación libre, emancipado de preocupaciones, contemplando al mundo en el fondo de su alma, y manteniendo entera libertad en la relación del espíritu con las cosas exteriores. Con esta libertad penetra en esas profundidades íntimas de la conciencia, y da vida y realidad con las imágenes arrancadas á su inspiración, á cuanto ha podido recoger en el conocimiento interno y externo de la naturaleza humana.

El fondo de su obra es siempre el pensamiento, el soplo que le da vida su inspiración, y la forma ó expresión poética, las palabras y el lenguaje combinados de manera que la imaginación misma se represente el objeto como si tuviera las formas sensibles de que carece. Al emitir y dar vida á su pensamiento mantiene la armonía entre la esencia íntima de las cosas y su forma accidental, y entre el análisis de la realidad y la síntesis de su esencia.

La expresión figurada de su lenguaje forma un todo único con la misma imagen que representa; por la riqueza de su imaginación se muestran los objetos con cierta forma de realidad, sin perder la sencillez que corresponde á la imagen que ha de permanecer en el espíritu y ser vista sólo por la claridad del pensamiento. El expresa en sus imágenes toda la riqueza de las formas sensibles, pero fundidas con el sentido íntimo y la esencia misma de la cosa, objeto de su representación, formando un todo de verdadera originalidad.

La diversidad del genio en los diferentes matices de la inspiración determina la naturaleza de su obra, ya expresando sentimientos delicados y melancólicos del alma, encerrados en su individualidad, ó ya cantando gloriosos acontecimientos y conceptos universales que abrazan el ideal entero de la humanidad.

Antonio Benítez de Lugo

¡DUERME!

Non est mortua; sed dormit.
(San Mateo, IX, 24)

Cuando los que veneramos
al noble vate hispalense
llevemos para su tumba
siemprevivas y laureles,
vayamos quedo, muy quedo;
nuestros pasos no resuenen
en la bóveda sombría;
recite el alma las preces.
Tú, pálida envidia, calla,
y tu propia lengua muerde;
que tu rumor miserable
hasta esta mansión no llegue.
Porque aunque el mundo y las musas
por muerto lloran á Bécquer,
no murió nuestro poeta:
¡Duerme!

¿Qué es morir?... Muda está el arpa,
el arpa de acentos flébiles;
pero su dulce armonía
aún los aires estremece
Se apagó la voz süave,
la voz de timbre celeste;
mas las almas la recuerdan
y por su amor desfallecen.
Pasan siglos y naciones,
pero no el genio, que es fénix
y de sus propias cenizas
renace perpetuamente.
Y pues vivirá su fama
en todas partes y siempre,
no ha muerto nuestro poeta:
¡Duerme!

Numen por mí venerado,
sol radiante, luz perenne,
que iluminaste las almas
con fulgores que no mueren:
á tu sepulcro me acerco
silencioso y reverente,
con mis versos por ofrenda,
para tu alto ingenio débil.
Duerme tranquilo el piadoso
blando sueño de la muerte,
que no es el Calvario monte
á que se sube dos veces.
Sobre el corazón la mano
me he puesto, porque no suene
su latido, y de la noche
turbe la calma solemne.
¡Duerme!

Francisco Rodríguez Marín

BÉCQUER Y LA POESÍA POPULAR

No canta el poeta las glorias ni las desgracias de su patria; ni las conquistas, luchas y aspiraciones de su siglo ni los ideales que persiguen los grandes pensadores; ni los problemas políticos y sociales.

¿Por qué, pues, es leído y admirado y da su nombre á una calle de Sevilla y se le erige un monumento y testifican los poetas, pintores y escultores, que pasa á la posteridad en el número de los genios?

Si no hizo dramas, ni poemas, ni novelas, si no llegó á realizar ninguna obra de empeño, porque la muerte segó en flor las más halagüeñas esperanzas, consiguió al menos cantar sus amores y sus recuerdos, identificándose con el pueblo en el modo de sentir y expresar sus afectos.

Así como el insigne poeta sevillano García Gutiérrez es inmortal por el *Trovador*, obra cuyos elementos son todos españoles y populares, Bécquer muestra cuanto vale en *La venta de los gatos*, bellísimo cuento inspirado en


La hija de Maese Pérez, por Domingo Fernández

esta hermosa copla que sirvió también al expresado dramaturgo de comienzo á su discurso de ingreso en la Academia Española:

En el carro de los muertos
ayer pasó por aquí;
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí.

El que supo apreciar y describir artísticamente la poética tristeza, el tesoro de sentimiento que encierran esos cuatro versos, pintando con exactos rasgos el amor, la alegría, los celos, la desesperación y la pena, con toda la riqueza de colorido propia de Andalucía, bien merece ser contado en el número de los escogidos.

Pasarán los años, se repetirá mil veces el mismo drama variando en los detalles, se olvidarán muchas pequeñeces que hoy preocupan en sumo grado y sobrevivirá *La venta de los gatos* con el cantar del poeta anónimo que, celoso sin duda porque el artista engarzó en su corona ese diamante, nos lo ofrece en esta otra forma:

A las dos é la noche
pasaron los carros;
como llevaba una manita fuera
yo la he pincharao.

El que mejor sepa *pincharar* (1) lo que siente el pueblo y sus inagotables maneras de expresarse, ese será el mejor poeta. Por eso vale Gustavo Adolfo Bécquer, á cuyo nombre nos descubrimos con respeto.

Manuel Díaz Martín

(1) Pincharar, voz de la germanía que significa ver con perspicacia.



¡Pobres flores! Eran las últimas que había de ponerse aquella mujer, hermana de las flores como todas las mujeres. – *(Becquer)*

TRES FECHAS, copia de un cuadro de Salvador Clemente

UN AUTÓGRAFO DE BÉCQUER

Sr. D. Román García Pereira

Barcelona 1.º de mayo de 1886

Próximo á embarcar, mi estimado amigo y compañero, para el nuevo destierro de Manila, desempeño con estas



líneas la palabra que le dí en esa ciudad, cuando tuve el gusto de conocer á V., de oir sus inspirados versos, y de informarme del noble proyecto por V. generosamente iniciado y con inquebrantable constancia perseguido, de glorificar la memoria de Bécquer erigiéndole sencillo y elegante monumento proyectado por el hábil Susillo y recordando á la dormida Sevilla, de ese modo, cómo debe honrar el nombre de su gran prosador y sentidísimo poeta, una de sus más legítimas glorias.

Pero, ¿cómo decir algo nuevo, y sobre todo, algo bueno, acerca de escritor tan célebre? Ocioso sería, y en mí tarea imposible. Toda España, toda Europa conocen íntimamente el carácter, las tendencias literarias y hasta los más insignificantes detalles biográficos del constante amador de las *campanillas azules:* todo el mundo sabe de memoria las brillantes descripciones del poeta, especialmente en leyendas y asuntos de la Edad media, y con él ha aprendido á decir *medito* ante las venerable ruinas del armónico estilo greco romano: *amo*, ante los monumentos del mauritano sensual y gracioso; *creo*, bajo las bóvedas sonoras del templo gótico, de que tantas muestras ofrece la insigne Sevilla, patria de eximios poetas, de grandes pintores, de brillantes artistas, cielo de hermosos y deslumbradores sueños y tierra fecunda en caracteres indiferentes y perezosos olvidos.

Enseñar, por otra parte, en la debatida materia del género é importancia de las poesías de Bécquer, mal llamadas *suspirillos germánicos*, que algo más son y mucho más representan, no sería oportuno: discurrir sobre la gran poesía clásica y sobre la carencia de una epopeya castellana, inútil y largo, y más si recordamos á Ercilla y si afirmamos que las mayores epopeyas de la historia están escritas con sangre latina y firmadas con espada española, y si añadimos que nuestros antepasados hicieron tantas que no dispusieron del tiempo necesario para escribirlas.

Nada de esto es oportuno, pero tengo en cambio algo importante que comunicar á V., tan amante de nuestro Bécquer.

El autógrafo original de la famosa poesía *¡Dios mío! ¡qué solos se quedan los muertos!* vino á mis manos desde las del egregio poeta Campillo, albacea literario del infortunado Gustavo y lo conservo como reliquia preciosa. En la amarillenta hoja del papel aparecen, primero, en larga fila, los asonantes que se proponía emplear el poeta: después, como el balbucir de un niño, las primeras aún incorrectas estrofas, en que ya se dibuja vigorosamente el sombrío y abierto nicho que espera á su eterno huésped; el sepulturero apoyando la tosca mano en la siniestra piqueta; el lecho desde el que se proyecta la sombra del inmóvil cadáver, y el ¡ay! desgarrador del vate. A intervalos trazados por mano febril é inquieta, pero hábil, un friso, un capitel con elegantes hojas corintias, un busto de guerrero, revestida la finísima cota milanesa, la espesa celada descansando sobre el robusto pecho; y más allá, juguetona escena de dos damas sorprendidas por paje travieso en las escalinatas del jardín, presa una en los brazos amorosos del doncel, mientras huye precipitadamente la compañera. ¡Cuántas veces, en mis desalientos de poeta, me abismo en la muda contemplación del autógrafo, y me parece sentir el hálito abrasado del autor ilustre, y siento renacer nuevas fuerzas y divinas esperanzas, confortado con la sola vista del manuscrito, y pensando que sus amarillos bordes han sentido el roce de unas alas, de las alas gloriosas de la inmortalidad!

He cumplido mi oferta: pequeño es el don, pero no tengo otra cosa que dar; en cambio es grande mi admiración por el sevillano ilustre y grande también mi gratitud hacia V., que se enaltece honrando su memoria.

Se despide de V. y se reitera su amigo y admirador

Q. B. S. M.

Carlos Peñaranda

Copia de un cuadro de *José Arpa*, inspirado en la Rima LXXVI

LAS LÁGRIMAS DE BÉCQUER

Al pie de un sauce, en la desierta orilla
del caudaloso Betis,
una tarde de Otoño en esa hora
en que las sombras y las nieblas crecen
velando el sol, como las negras dudas
el sol de la razón velan y envuelven,
un hombre cual el sauce solitario,
enferma el alma y como enferma débil,
revelaba su amargo desaliento
con silenciosas lágrimas ardientes.

Ellas eran la tierna despedida
de un corazón que de dolor se muere,
al separarse del nativo suelo
que á la vez le rechaza y le detiene.
Eran también la decepción del genio
y expresión del tormento que padece,
al luchar por los nobles ideales
que el mundo no comprende.

. . . .

Marchó el poeta y su infeliz camino
sembró de abrojos la contraria suerte:
perdió sus esperanzas é ilusiones,
dulcísimas y alegres,
y las primeras luces de sus glorias
apagaron las sombras de la muerte.

Pero aquellas sus lágrimas, vertidas
en la orilla del Betis
y llevadas después al Oceano
á impulsos de la rápida corriente,
se elevaron del mar en los vapores
suavísimos y leves,
de que se forman las gigantes nubes
que luego cruzan la región celeste.
Con blandas lluvias fecundar lograron
la tierra dura, pedregosa, estéril,
y brotaron cual flores los recuerdos
del pobre mártir que muriera ausente.

A la ribera que meció su cuna
sus tristes restos vuelven
y Sevilla la losa que los guarde
cubrirá de coronas y laureles.
Mas no temáis, vosotros, los que unidos
por entusiasmo ardiente,
queréis hacer eterna su memoria,
que estas coronas el olvido seque;
que para refrescar siempre sus flores,
y conservar sus hojas siempre verdes,
del cielo bajarán como rocío
las lágrimas de Bécquer.

Isabel Cheix

Con motivo de la colocación de la primera piedra para el monumento á la memoria de Bécquer

Sevilla, aunque no nacido
bajo tu cielo esplendente,
tú para mí siempre has sido
patria amante, y te he querido
cual patria entrañablemente.

Que en tu recinto al lucir
de mi vida los albores
tú me enseñaste á sentir,
á pensar y á bendecir
al Dios de nuestros mayores.

Aquí por la vez primera
resonaron mis cantares,
y aquí alegre y placentera
vi volar la primavera
de mi vida sin pesares.

Y mi ardiente fantasía
aquí entre alegres canciones
impregnadas de poesía,
ufana se enardecía
con tus viejas tradiciones.

Tu hermosa brillante historia
profundamente grabada
llevé siempre en mi memoria,
mirando cual propia gloria
la gloria por tí alcanzada.

Por eso vengo mi acento
á unir á tu acento aquí,
y á gozar en tu contento
al honrar hoy el talento
de un hijo digno de tí.

La Torre de D. Fadrique, dibujo á la pluma, de José de la Vega y Marrugal

Noble genio á quien el hado
maltrató con saña impía,
corazón desventurado
cuyas quejas ha exhalado
en torrentes de poesía.

Para él desierto erïal
fué de la vida el camino,
y su infortunio fué tal
que sólo tuvo un rival
en su ingenio peregrino.

¡Olvido y pobreza en vida!
¡mármol y aplausos en muerte!
Bécquer, tu patria querida
de su ayer arrepentida
quiere honrarte de tal suerte,

que al ensalzar tu talento
y cantar tu gloria aquí
hoy con entusiasta acento,
alcance el merecimiento
de hacerse digna de tí.

José Sánchez Arjona

Á GUSTAVO BÉCQUER

SONETO.

Mendigó, ciego y pobre, el gran Homero,
Vióse Ovidio de Roma desterrado,
De Eleonora el amante, encadenado,
Y el autor del Quijote, prisionero.

Byron vivió, cual triste aventurero,
De su patria y sus deudos arrojado,
Y por Grecia murió, como soldado,
Con noble abnegación y ánimo entero.

Tal del genio la suerte: en lucha impía,
Sufrir, sólo sufrir fué tu destino,
Que en tí también la luz del genio ardía.

Mas si abrojos hallaste en tu camino,
Hoy las musas del arte y la poesía
Cercan tu nombre de laurel divino.

José Lamarque de Novoa

LOS PÁJAROS

Hay niños criminales que escalando
Los árboles frondosos, decididos,
El riesgo despreciando,
Arrancan á los pájaros sus nidos.
Los pájaros se quejan,
Y, en confusión volando,
Rápidos de los árboles se alejan.
Llegan á otras regiones en bandadas,
Pero á labrar sus nidos no se atreven,
Temiendo que otras almas despiadadas,
De nuevo se los lleven.
Inquietos, revoltosos,
Andan volando, siempre temerosos;
Examinan los árboles, se juntan,
Se esconden en los huecos del ramaje
Al más tenue rumor, y en su lenguaje
– ¿También aquí habrá niños? – se preguntan.

Yo, triste, por la tierra caminando
En desiertos sin nombres;
Si me detengo á reposar, temblando,
Me pregunto también: – ¿Habrá aquí hombres?

José de Velilla

TRENZAS Y PELOS

La tienda es nueva, es elegante y concurrida. Los escaparates, llenos de botes de perfumes, cabezas peinadas y figuras de pelo, muestran al público, entre pelucas para viejos y trenzas y bucles y tirabuzones, largas cabelleras femeninas, rubias, negras y castañas.

Siempre que paso por la calle en donde está la tienda, mis ojos son atraídos por aquellas guedejas, rubias como los rayos del sol poniente ó negras como la endrina, y siento mi alma invadida de pensamientos melancólicos.

Yo quisiera interrogarlas, saber qué ha sido de ellas, descubrir el secreto que las envuelve con no sé qué velo de melancólica y sentida poesía.

¡Oh, cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas! narradme vuestra historia... ¿Cuántos años han transcurrido desde que, peinadas en trenzas, ó graciosamente ensortijadas ó sueltos vuestros hilos y derramándose en torrentes, adornabais una cabecita infantil?... ¿Qué tiempo ha pasado desde que una madre os enseñaba con orgullo, exclamando llena de alegría: «mirad qué hermosos cabellos son los de mi hija»... ¿Hace mucho que vuestra joven dueña, mirándose dichosa en el espejo, ó de un arroyo en la corriente cristalina, y desatando la delgada cinta que os sujetaba, os arregló y peinó de las maneras más diversas?...

Cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas: ¿habéis crecido en medio de los aires pesados de la ciudad, ó jugueteó con vosotras el aura de los campos?... ¿Cuántos labios posó el amor sobre vosotras? ¿Cuántas manos os han hecho caricias? ¿Cuántos sueños de amor aletearon en torno vuestro? ¿Cuándo, por qué fuisteis cortadas? ¿fué la enfermedad, fué la miseria, fué la muerte lo que os hizo caer bajo las tijeras del peluquero?... ¿Aquellas cabezas que adornabais, miran al cielo todavía, ó se corrompen ya en la fosa?...

¡Oh, cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas! ¿qué destino os espera?... No se sabe de dónde venís. No se sabe tampoco dónde ireis. Pero sí se sabe que seréis adornos postizos de marchitas bellezas ó enfermas fealdades; que seréis una materia como el albayalde que emblanquece las mejillas, como el carbón que tiñe las cejas.

Triste, muy triste y desgraciada es vuestra suerte.

¡Feliz el pequeño rizo que una madre cortó de vosotras antes de que cayeseis en manos del mercader! El no ha roto sus lazos con el pasado; él no va peregrinando por entre personas extrañas, ni sirviéndolas para amaños y falsías; él no es objeto de ajenas vanidades; sino que siendo prenda de plácido recuerdo y descansando sobre un pecho amoroso, hace vibrar en él la cuerda de los más dulces afectos.

Lorenzo Leal



LA RIMA, por Ildefonso Cañaveral

PESADILLA

Era noche de estreno; comenzaba
La escena culminante de la acción
En medio del silencio más solemne
Que el interés dramático engendró.
Era aquel desenlace fiel trasunto
De la desgracia inmensa que sufrí;
Desgarrarse mis hondas cicatrices
En breve instante con dolor sentí;
Volví el rostro con torpe disimulo...
Y en el palco inmediato la encontré,
Tan cerca que á no ser por la baranda,
Cayera de rodillas á sus pies.
En sus marmóreas áridas mejillas
Que nunca dulce afán ruborizó,
Ni por ruda emoción palidecieron,
Ni llanto de ternura ennobleció,
Yo ví absorto, á la luz de cien bujías,
Dos silenciosas lágrimas brillar
Como las dos más tristes que en el Gólgota
Pudo la Virgen misma derramar.
Quise huir; sentí un vértigo; aturdido
Del palco al antepecho me acerqué,
Volviéronse mil rostros á mirarme
Y, ciego, señalándola, grité:
¿Por qué á mi amor profundo fué insensible
Y al que mintióle amores adoró?
¿Por qué rió de mi dolor inmenso
Y al parodiarlo un cómico lloró?

Javier Lasso de la Vega

PENSAMIENTO

Los mármoles en que se labraron y los bronces en que se fundieron las estatuas de tantos héroes, de tantos mártires del deber y de la ciencia, y de tantos genios que inmortalizaron el nombre de la patria que meció su cuna y abrió su seno para darles sepultura, son menos duros que esa sociedad primero despiadada y á la postre vanidosa, que les dió en suerte

. . . .

HAMBRE EN LA VIDA, MÁRMOL EN LA MUERTE

JOAQUÍN GUICHOT

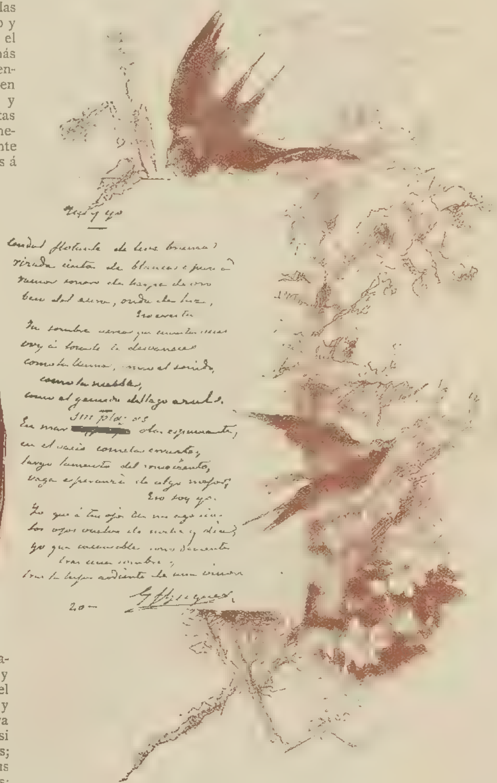
. . . .

POESÍA Y ARTE

(PÁRRAFOS DE UN DISCURSO)

. . . .

En la India cantó Valmiki á Rama buscando á Sita por las cañadas y los bosques, y Viasa á Mahabharat, y oyéronse las eróticas estrofas del poema pastoral Gita Gorinda que celebra á Krishna vagando por la tierra con sus nueve pastoras; y el pueblo hebreo escuchaba todas las heroicas resignaciones del dolor en los trabajos de Job y todas las beatitudes y deliquios del más puro amor en el símbolo de Salomón, y veía todas las irisaciones de la más confiada esperanza en los Salmos de David y oía sorprendentes predicciones en el acento profético de Isaías; y en Grecia oyéronse los ecos de los inspirados cantores y errantes rapsodas que vagaban perdidos en las florestas del Asia Menor y de la Arcadia, y los poemas de Homero que creó al heroico Aquiles como Esquilo al gigante Prometeo y Sófocles al desventurado Edipo y Eurípides á la inmortal Ifigenia, y resonó el dolorido lamento de Safo hundiéndose con su lira y sus laureles en las aguas del olvido para ahogar en ellas con su vida aquella pasión incurable y frenética alimentada con la vista y el recuerdo del ingrato, insensible á la hermosura, insensible á la endecha, y á la gloria de la poetisa, y al sacrificio de la mujer amante; y en la ínclita Roma rindió Horacio tributo á la poesía para no pensar en la ruina de la República y Virgilio expresó en sencillas estrofas su entrañable amor á la vida del campo y el epicúreo Lucrecio cantó cual no otro la secreta naturaleza de las cosas; y oyóse por el Norte el eco de los bardos que cantaban las hazañas de Hermann y la voz sibilina de Velode la profetisa animando con sus acentos á los bátavos alemanes; y bajo la tienda de Atila entonáronse los poemas heroicos que celebraban la gloria de la familia real de los Amalungenes, como el Húngaro cantaba la conquista del país por los siete Jefes y las feroces proezas del *brazo de Dios*; y allá en Sajonia y entre las brumas de la Escandinavia escuchábase la teogonía de Odino y las catástrofes del Edá que profetizaban la noche de los dioses y la victoria de las sombras y de las potestades tenebrosas; y en Escocia embelesaba el ánimo la infinita melancolía de los poemas ossiánicos; y en la época de las Cruzadas la poesía provenzal, la gaya ciencia, las cortes y tribunales donde con sutileza casi metafísica discutían los trovadores las cuestiones amorosas; y preludiábase ya el poema de los Niebelungen con sus lances increíbles, sus aventuras inesperadas y maravillosas; y surgieron entonces las poesías de los Normandos con sus enanos y gigantes, con sus hadas y genios de las montañas, últimos vestigios de la teogonía del Norte, que cantaron las famosas hazañas de Carlomagno, y la batalla de Roncesvalles, y la muerte heroica de Rolando, y las historias del rey bretón Arturo y de la Mesa Redonda, que hallaron eco en Inglaterra y Francia y resonaron en Sicilia y se repitieron en Palestina, como vinieron del Oriente los cuentos árabes de las Mil y una noches y el libro de los héroes persianos de Firdusi, el Ariosto y el Homero de aquellas lejanas tierras; y resonó el poema del Cid, ese monumento nacional que no tiene rivales conocidos; y Dante y Tasso, y Milton y Klopstock simbolizaron en sus estrofas los caracteres, las luchas, las agitaciones de aquellos amargos días, mientras se oía en la calle del Zacatín y en la plaza de Vivarrambla y entre los azahares de la granadina vega, los romances que cantan las luchas de Zegríes y Gomeles con Abencerrajes y Venegas, Gazules y Almoradines, ó las cuitas de Zaida que avisa á su amante no ronde su casa ni hable con sus mujeres ni con sus cautivos trate, ó los terrores de aquella fuente del Pino donde luchó el Maestre de Calatrava con Albayaldos y Reduán con Gazul; y no extinguidos estos acentos, oyéronse los de Garcilaso, dulces y armoniosos como las corrientes cristalinas aguas que riegan los verdes prados y en cuyas linfas miran los árboles su umbroso follaje; y sucedená éstos las empresas de Ercilla y Camoens y los cantos de Guarini y la dramática poesía de Shakespeare, para quien nada es recóndito en el corazón humano; y síguenlo Lope y Calderón, Schiller y Goethe, Byron y Lamartine, Zorrilla y Víctor Hugo, Leopardi y BECQUER, pléyade gigantesca que prueba la universal necesidad de la poesía, teniendo á sus héroes repartidos por todos los países, diseminados por todos los tiempos, peritos en todas las lenguas, para que lleven á todos los hombres esas sublimes creaciones del genio, entre las cuales descuella y descollará eternamente una que todo el mundo conoce, una que no puedo citar sin emoción, que ha nacido en el centro de nuestra tierra, hija del más español de los españoles, glorioso timbre de la patria que debía estar representado en los cuarteles del escudo nacional, aquel aventurero, flor y nata de la generosidad y la abnegación, noble pecho de virtuosa fidelidad que no quebrantaron los sórdidos apetitos de la carne, alma cautiva de aquella alta y soberana señora del pensamiento, sólo acariciada en incorpóreas visiones y espirituales ensueños, por quien yacía herido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón, creación la más simpática que iluminó el humano entendimiento; aquel hidalgo que nos inspira adhesión con sus temeridades y duelo con sus decepciones y á quien antes miramos con irresistible piedad que con sar-


Tú y yo

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
eso eres tú.
Tú sombra aérea que cuantas veces
voy á tocarte te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla,
como el gemido del lago azul.
sin playas
En mar [redacted] ola espumante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento del ronco viento,
vaga esperanza de algo mejor,
eso soy yo.
Yo que á tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día,
yo que incansable corro y demente
tras una sombra,
tras la hija ardiente de una visión

20— G. Bécquer.

AUTÓGRAFO DE A. GUSTAVO BÉCQUER, con orla dibujada por José Rico

cástica sonrisa, porque todos los que al cruzar en ingrata peregrinación el áspero desierto de la vida comparamos la Dulcinea de nuestras aspiraciones con la triste figura de la realidad, aquí en el secreto de nuestro pecho vamos también, como el manchego hidalgo, heridos de punta de ausencia y llagados de las telas del corazón.

. . . .

El artista no pretende la reproducción exacta ni la descripción prolija de la realidad; como dicen distinguido escritor, pinta con los mismos colores la oscuridad que la luz, el día que la noche, el polo que el Ecuador, el cielo caluroso del Africa, el bochorno y la pesada atmósfera del desierto, las arenas ardientes que calcinan las patas de los jadeantes camellos, la negra y movible sombra que traza en el suelo la cansada y sedienta caravana, el deslumbrante resplandor de los blancos alquiceles heridos por los rayos de un sol canicular, y la sombra de la noche, el misterio de la enramada, la húmeda brisa que la orea, la frescura del agua que pasa susurrando entre los álamos, y los tibios rayos de la luna que á través del follaje iluminan al ruiseñor que á las puertas de su nido, arrebujado en sus erizadas plumas, duerme, escondido el pico entre las alas.

¿Ni dónde se encuentra modelo para la obra artística que se propone expresar con la línea ó el sonido los más íntimos afectos del corazón humano? Es posible la reproducción, la copia, la imitación de ciertos seres y entidades corpóreas que cruzan constantemente ante la vista, pero ¿qué día sorprendió Cleómenes á Venus en el momento de salir del baño? ¿qué noche se presentó á los asombrados ojos de Cervantes la escuálida figura del hidalgo manchego? ¿en qué indescriptible crepúsculo vió Miguel Angel la separación de la luz y de las tinieblas?

Yo concibo que pueda copiarse la luz difusa de la alborada, el campo cubierto de fría escarcha, la llamarada á cuyo alrededor se agrupan las damas rendidas por el cansancio y ateridas por el frío; yo concedo que en último término se copien las torres de un monasterio y en primero el féretro de un rey; pero la figura que se alza en estática contemplación ante aquellos motales restos, pálida por la vigilia, demacrada por la abstinencia, majestuosa como reina, delicada como mujer, incansable como la pasión, insensible al frío que entumece, á la brisa matinal que hiela los huesos y produce tembloroso escalofrío, sorda á la voz del sacerdote y al responso canónico, reprimidas las lágrimas, ahogado el sollozo, dilatados los ojos escudriñadores, absortos, incrédulos, que parecen detener su vista en las profundidades de la nada, descompuesto el rostro, devorada por los celos, loca por el dolor, juguete acaso de descabelladas esperanzas, cuerpo sacrificado á las demencias del espíritu, dudosa de la castidad monástica, más profana que religiosa, más enamorada de la carne mortal que del espíritu eterno, esta mujer heroica, esta viviente epopeya desbordada, esta eterna apoteosis de los celos de ultratumba, no han tenido más modelo ni son copia de otro original que la visión inspirada de Pradilla

. . . .

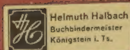
¿Dónde una creación más fantástica que la de esa misteriosa y espiritual electricidad que admiramos y no vemos, que vive junto á nosotros y en nosotros mismos y que nos trae con prodigiosa exactitud y rapidez, calor, movimiento, luz, el eco de una voz amada ó la curación de una aflictiva dolencia?

¿No satisface y colma las exigencias de la imaginación más ardiente el espectáculo de un poco de agua reducida á vapor, encerrada en un cilindro, en contacto con un pistón unido á un vástago, y el vástago á una rueda, y la rueda á una máquina y la máquina á un tren que aparece á la larga distancia en el bello panorama del paisaje y se detiene ante vosotros arrojando ceniza, respirando humo con estertoroso aliento, engendro infernal que juzgarían inverosímil ó diabólico las pasadas generaciones y en cuyas entrañas os alojáis atrevidamente, y partís con él, y vais viendo cruzar ante los ojos como en mágica visión el mar que se confunde con el cielo, los verdes campos que el labrador cultiva, la pintoresca aldea que se congrega á los pies del campanario, la blanca ermita que se sienta en el inmediato cerro, los riscos en que pastan las ovejas, el valle que atraviesa el arroyuelo, los restos del convento abandonado, la espesura que tala el leñador, el castillo de histórico recuerdo, el poste telegráfico que hiere vuestra vista y no lo veis; y luego entráis en las profundidades del estrecho desmonte, cruzáis ruidosamente sobre el abismo, bordeáis el precipicio, saltáis el río, os internáis en la sierra, sois ya el huracán que todo lo atropella y sobre todo pasa, devastador é imponente; y entonces veis alzarse ante vosotros la montaña inaccesible, la mole inmensa de granito cuyos picos nevados no pisó planta humana, y aquel monstruo que se arrastra no se detiene ni arredra, lanza en las vastas soledades su estridente alarido, parece que desafía, redobla su ímpetu, como para subir á la elevada cumbre, y cuando teméis retroceder rodando á la mitad de la subida ó estrellaros al pie de la marmórea roca, os encontráis sumidos en horrible subterráneo, húmedo y lóbrego, donde resuena y se multiplica el estrépito atronador de vuestra vertiginosa marcha y donde la oscuridad absoluta ciega vuestros ojos enormemente abiertos, donde creéis oir sordos rechinamientos, férreos crujidos y gemidos extraños; y cuando pensáis si será aquella la lúgubre madriguera donde va á devoraros el monstruo ó si sois el huracán y aquélla la caverna donde Eolo guarda los vientos ó creéis oir la voz de Carón que á las puertas del infierno os invita á cruzar las aguas de la Estigia, y os falta el aire y sentís angustia, de repente la luz os hiere, salís del túnel y sólo veis el pueblo en que nacísteis, vuestra madre que os tiende los brazos y la cara de rosa de vuestra prometida.

. . . .

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5526

